



JOHN BARTH
Giles, el niño-cabra

TRADUCCIÓN DE MARIANO PEYROU



OR DA CO



Lectulandia

Giles, el niño-cabra, traducida por primera vez al español, es, junto a *El plantador de tabaco*, el otro ocho mil novelesco de John Barth y, para muchos, la mejor obra del autor.

Concebida como una parodia del Ur-mito (inspirada en los trabajos de Otto Rank y Joseph Campbell) y una alegoría de la guerra fría en clave de novela de campus (Barth pasó gran parte de su vida en los pasillos de la universidad), *Giles, el niño-cabra* es una prodigiosa locura llena de humor, sabiduría y desencanto, un texto complejo y carnavalesco, ambicioso y divertido, donde lo mitológico, lo teológico, lo político, lo académico y lo caprino se (con)funden, también en el léxico. Así, el universo es una Universidad; el Juicio Final, el temido Examen Final que hay que Aprobar; y Giles, un joven criado entre cabras, el héroe destinado a convertirse en Gran Maestro o líder espiritual de la Facultad de New Tammany (trasunto de los EE. UU.) y del Campus Occidental, el único capaz de penetrar en el interior del ORDACO, un intrincado y monstruoso sistema que puede simular cualquier actividad humana (cálculo, impulso sexual, emociones...), y desprogramarlo. ¿Lo logrará?

Carrera mesiánica en pos de la salvación y de las respuestas últimas, sátira que reescribe y amalgama el Nuevo Testamento, los mitos grecolatinos y mil cosas más, *Giles, el niño-cabra* fue publicada en 1966, el mismo año que vio la luz *La subasta del lote 49* de Pynchon, y es todo un referente de la literatura posmoderna estadounidense.

Lectulandia

John Barth

Giles, el niño-cabra

o el Nuevo Programa Revisado

ePub r1.0

Titivillus 15.02.2019

Título original: *Giles Goat-Boy or, the Revised New Syllabus*

John Barth, 1966

Traducción: Mariano Peyrou

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.0



más libros en lectulandia.com

PRÓLOGO

Al volver la vista sobre ese período, podemos pensar que los años sesenta, en Norteamérica, comenzaron el 22 de noviembre de 1963 con el asesinato del presidente John F. Kennedy y concluyeron en el Yom Kippur de 1973, con el ataque de Egipto a Israel y el consecuente embargo de petróleo por parte de los países árabes. Si aceptamos esta definición, *Giles, el niño-cabra* —escrito entre 1960 y 1966 y publicado por primera vez en 1966— tiene un pie en los cincuenta y otro en los sesenta, como su protagonista tiene un pie en la biblioteca de «la Universidad» y otro (por lo menos) en los establos del campus destinados a las cabras.

Al finalizar los años cincuenta, la Guerra Fría estaba en un punto ciertamente helado: tanto los Estados Unidos como la Unión Soviética tenían ya bombas de hidrógeno operativas, misiles balísticos intercontinentales y submarinos nucleares. El lanzamiento del Sputnik, en 1957, había sido el detonante tanto de la «carrera espacial» como del gigantismo académico norteamericano: un esfuerzo enorme por «alcanzar» a sus competidores, impulsado por una lluvia de dinero federal que fertilizaría los terrenos de la universidad a lo largo de los años sesenta. Y la crisis de los misiles en Cuba, de 1962 —otro hito razonable donde situar el cambio de década—, hizo que, para muchos, el espectro del apocalipsis se asomara a su casa, cosa que las pruebas atmosféricas del armamento termonuclear no habían provocado. Por otra parte, la nación ya estaba considerablemente implicada en el conflicto de Vietnam, el movimiento negro por los derechos civiles estaba en su apogeo, acababa de instaurarse la aviación comercial con motores a reacción y las grabadoras y los aparatos de música estéreo se habían sumado a la televisión como fuentes de entretenimiento en el hogar. El ordenador personal todavía quedaba en un futuro muy lejano, pero los grandes ordenadores centrales estaban «en su sitio», sobre todo en los florecientes campus universitarios, y el procesamiento electrónico de datos había impactado inequívocamente la conciencia colectiva. Los *hippies* todavía no se habían inventado, pero los *beatniks* eran bien conocidos, con su aura contracultural de budismo zen y drogas. En la narrativa norteamericana, el fenómeno llamado Humor Negro no sólo estaba establecido, sino que ya había recorrido una buena parte de su trayecto.

Muchos de estos elementos resuenan en la novela, metamorfoseados en los términos de una alegoría sencilla —diría que es, de un modo deliberado y programático, «de segundo de carrera»—; no se trata en absoluto de una alegoría en el sentido dantesco o kafkiano, sino sólo de una forma de hablar. También reverberan en ella algunas de las preocupaciones literarias y profesionales de su autor, que espero que no parezcan de segundo de carrera, así como unas pocas circunstancias de su historia personal.

Empecemos hablando de las primeras: en 1960 yo había concluido lo que consideraba una trilogía no muy estricta de novelas —*La ópera flotante*, *El fin del camino* y *El plantador de tabaco*— y sentía, sobre todo tras escribir aquella extravagante tercera obra, que había dejado algo atrás y me había mudado a un nuevo territorio narrativo. No podría haber dicho cuándo se produjo exactamente ese desplazamiento; hoy podría describirse como el paso dado por unos cuantos escritores norteamericanos del Humor Negro de los cincuenta al Fabulismo de los sesenta. Durante cuatro años, mientras escribía *El plantador*, me había sumergido en mayor o menor medida en los documentos, en ocasiones fantásticos, de la historia colonial de los Estados Unidos: en los orígenes de lo que llamamos «América», incluyendo los orígenes de nuestra literatura. Esta inmersión, junto a la idea de algunos críticos literarios de que la novela era una nueva orquestación del antiguo mito del héroe errante, me llevó a reexaminar dicho mito con mayor atención: los orígenes no de una cultura particular, sino de la cultura en sí misma; no de una literatura en particular, sino de la misma noción de la aventura narrativa, sobre todo de una clase de aventura que resulta trascendental y que supone un cambio tanto en el nivel vital como en el cultural.

Todo muy serio. En esa época yo vivía en una localidad rural en el medio de Pensilvania y daba clases en una gran universidad pública que se volvía más grande cada semestre. Mi propia alma mater era pequeña, intensa y bastante elitista, al menos desde el punto de vista académico. Estaba fascinado e impresionado por la gran escala, la democracia jacksoniana y la heterogeneidad de las universidades públicas norteamericanas. En un departamento de Filología Inglesa de casi cien profesores, impartía mis clases no muy lejos de un túnel de agua para probar cascos de submarinos lanzamisiles, un reactor nuclear experimental, unos laboratorios para investigar sobre la elaboración de helados y el crecimiento de los champiñones, un programa de fútbol con una generosa dotación y espectáculos en el descanso que parecían de Hollywood, un ordenador del tamaño de un establo con unos sistemas de refrigeración muy complejos (si no recuerdo mal, aquella máquina no se apagaba nunca, ni siquiera cuando se desconectaba) y los espléndidos establos literales del departamento de industria pecuaria, rodeados por inmensos corrales y granjas experimentales donde, entre otros animales, merodeaban unos turcos radiactivos, como merodeábamos mis hijos, que por aquel entonces eran pequeños, y yo.

No había cabras, pero supliría esa carencia con mi imaginación.

Había cruzado una frontera muy señalada por los poetas, la edad de treinta años, y me estaba acercando a otra muy señalada por los mitos heroicos, la edad no tanto de la crisis de la mediana edad, sino de un punto crucial madurativo: los treinta y cuatro, treinta y cinco o treinta y seis, dependiendo si uno piensa en la crucifixión de Cristo, por ejemplo, o el *impasse* de Dante en la selva oscura (a medio camino de los setenta años bíblicos) o el momento de la individuación de Carl Jung. En Giles, sitúo esa edad en los treinta y tres años y un tercio: el momento en el que, con música de vinilo

de fondo, el héroe mítico —que es todos nosotros, a mayor escala— es convocado por su misterioso destino. Debe abandonar su hogar y a sus padres (tanto uno como otros suelen ser adoptivos), el mundo luminoso y conocido de la realidad consciente y todo lo que constituye su identidad; debe atravesar el territorio crepuscular de las formas oníricas y las categorías porosas; apoyándose en ciertos guías y ayudantes, y empleando sus intuiciones, trucos y secretos, debe enfrentarse a acertijos y pruebas de iniciación y a las monstruosidades ficticias (pero no irreales) del inconsciente; debe conseguir, al final, a la princesa o el elixir: un conocimiento sin mediador, óntico, en el oscuro, inconsciente e innominado centro de las cosas, en su fondo.

Esto siempre ha sido, de forma literal o figurada, tanto una aventura espiritual y psicológica como una aventura física. Históricamente, cada una ha representado a la otra. El avance místico hacia la trascendencia unitiva se relata por medio de imágenes de viajes y tareas *riesgosas*; la búsqueda del héroe errante, por medio de imágenes de descenso o ascenso hacia los dioses y de comunión con ellos. Pero, además (como aclara de un modo conmovedor el gran pragmático William James en el capítulo que le dedica al misticismo en *Las variedades de la experiencia religiosa*), se trata de una aventura que tiene una continuación cuasi-trágica. Cuando llega al fondo del mar, o cuando se le concede la mano de la hermosa hija del ogro, o cuando alcanza la visión de la Rosa o de Roma, el héroe debe regresar al mundo de las tareas de la vida cotidiana y hacer, en él, una tarea real. Reforzado por una iluminación esencialmente inefable, debe traducir esa iluminación en actos —convertirla en leyes o ciudades, en religiones, poemas o novelas—, sabiendo o descubriendo a lo largo del proceso que esa traducción, de un modo inevitable, comprometerá su visión, la traicionará. (En algunos idiomas sabios, los verbos «traducir» y «traicionar» son el mismo; *Giles, el niño-cabra* ha sido traicionado a varias lenguas). Es aquí donde el misticismo, tradicionalmente asociado con «la sabiduría oriental», se cruza con la visión trágica clásicamente occidental; donde se produce el ominoso reencuentro entre el héroe errante Edipo y alguien más mayor que él.

Pero el cruce de caminos de Edipo, recordemos, era un lugar en el que se encontraban tres caminos, no dos; y, de hecho, estos comentarios sobre el encuentro entre lo trágico y lo místico nos han llevado muy lejos de mi línea de trabajo, la novela cómica. Junto a la mirada trágica y la mirada mística sobre la experiencia humana, siempre ha habido otra, por lo menos en la civilización occidental: la mirada cómica. «La alegría transfigurando todo ese terror», como escribe Yeats sobre Hamlet y Lear en «Lapislázuli». Y no sólo en la tradición de occidente; el gran poema de Yeats termina con la imagen de dos sabios chinos en la cima de una montaña:

[...] contemplan todo el trágico paisaje.
Uno pide melodías tristes,
y dedos hábiles comienzan a tocar.
Sus ojos, rodeados por arrugas, sus ojos,
sus viejos ojos brillantes, están alegres.

Había otra razón —además del hecho de que mi musa es la musa sonriente— para abordar lo místico y lo trágico por medio de lo cómico. Tenía que ver con lo que el semiólogo y novelista italiano Umberto Eco llama «el doble código de la ironía» (y al que considera un sello distintivo de la posmodernidad). En una época de extrema conciencia de sí y de pérdida de la inocencia, si es directo, el misticismo (al igual que le sucede a las miradas trágica y mítica) tiene muchas probabilidades de ser rechazado por los lectores de narrativa informados del mismo modo que —por tomar el ejemplo de Eco— la ingenua declaración «Te quiero con locura» tiene muchas probabilidades de ser rechazada por los amantes sofisticados. Sin embargo, las personas informadas y sofisticadas todavía necesitan hacer y escuchar declaraciones de amor, igual que la gente todavía necesita los puntos de vista trágico y místico sin, como dice Eco, sucumbir a la falsa inocencia ni a la indiferencia por «lo que ya se ha dicho». La comedia —sobre todo la ironía y lo que podría llamarse la parodia apasionada y compasiva—, a veces, puede acudir al rescate. «Como dicen en las noveluchas románticas», podría decirle el amante de Eco a su amada, «te quiero con locura». De este modo, a estas alturas de la historia, todavía se puede hacer, y tal vez escuchar, una declaración de amor.

Misterio, tragedia, comedia. El lugar donde se cruzaron estos tres caminos ante mí fue *Giles, el niño-cabra*: las aventuras de un joven engendrado por un ordenador gigante en una bibliotecaria desgraciada, pero dócil, y criado en los establos experimentales para cabras de una universidad universal, dividida ideológicamente en el Campus del Este y el Campus Occidental. Al joven se le encarga una serie de tareas cuando se matricula y tiene que aceptar tanto su caprinidad como su humanidad (por no hablar de su maquinidad) y, en las entrañas mismas de la Universidad, trascender no sólo las categorías que representan ambos campus, sino también todas las demás; trascender incluso el lenguaje, y después regresar al campus a la luz del día, expulsar al falso Gran Maestro, que él entiende que es un aspecto de sí mismo, y hacer todo lo que esté en su mano para explicar lo inexplicable.

Escribí esta novela entre los treinta y los treinta y cinco años. Comenzada en la Universidad del Estado de Pensilvania, continuada en el sur de España, donde abundan las cabras, y terminada en Buffalo (Nueva York), representa, no hace falta decirlo, una iniciación para su autor, además de para su caprino protagonista. Es mi propio intento (todavía en curso) de hacer lo que Giles, el niño-cabra, y todos los demás debemos hacer: entender, en el nivel más profundo, quiénes somos y en qué consiste nuestra existencia, y tratar —trágicamente, cómicamente, como sea— de hacer algo con ese entendimiento.

Langford Creek (Maryland), 1987

DESCARGO DE RESPONSABILIDAD DEL EDITOR

El lector debe comenzar este libro haciendo un acto de fe y terminarlo haciendo un acto de caridad. Le rogamos que confíe en la sinceridad y la veracidad de este prefacio y declaramos, como retribución, que tiene derecho a mostrarse escéptico con respecto a todo lo que sigue.

El manuscrito que nos remitieron hace algún tiempo bajo las iniciales *N. P. R.* y que nosotros reitulamos *Giles, el niño-cabra*, se halla lo bastante alejado de lo común y lo susceptible de procesamiento como para hacer que el habitual descargo de responsabilidad por parte del editor, «Cualquier parecido con la realidad», etc., resulte inapropiado. La relevancia del propio descargo de responsabilidad —que reivindicamos enérgicamente— fue puesta en tela de juicio incluso antes de la recepción del manuscrito, como ha sucedido a partir de entonces con todo el resto del libro, desde su contenido hasta su autoría. El profesor y otrora novelista cuyo nombre aparece en la primera página (en *nuestra* primera página, no en la que sigue a esta nota preliminar) niega que la obra sea suya, pero «sospecha» que es una obra de ficción, una sospecha que al lector medio le basta con dos páginas para confirmar. El candidato que él propone para la autoría es un tal Stoker Giles o Giles Stoker —cuyo paradero es desconocido, cuya existencia es dudosa— que, por su parte, parece haber afirmado 1) que él sólo era un editor entregado a su oficio y que el texto fue escrito por cierto ordenador automático, y 2) que el libro no es ni una fábula ni un relato histórico ficcionado, ya que, con la excepción de unas pocas «invenciones básicas imprescindibles», en él sólo se cuenta la verdad literal. Y el ordenador, el potente «ORDACO», ¿acaso no rechaza la autoría? Sí, la rechaza.

Sinceramente, lo que esperamos al publicar *Giles, el niño-cabra*, nuestra arriesgada apuesta, es que la cuestión de su autoría sea literaria y no jurídica. Si es así, a tenor de todo el alboroto que hemos tenido en la oficina estos últimos meses, el libro proporcionará abundantes motivos más para la polémica. Sólo la decisión de publicarlo ya nos ha costado dos estimados colegas, por razones muy distintas. Cinco de nosotros participamos activamente en la disputa, que llegó a ser tan acalorada, larga y compleja que llegados a cierto punto, en mi calidad de director editorial, me vi obligado a ponerle fin. No se permitió volver a comentar nada más acerca del libro. Debido a que la responsabilidad, en última instancia, era mía, solicité a mis cuatro socios una breve declaración escrita contestando a las preguntas: ¿Debemos publicar el manuscrito titulado *Giles, el niño-cabra*? Si es así, ¿por qué? Si no es así, ¿por qué no?

Sus respuestas prefiguran, en mi opinión, el abanico de reacciones que suscitará el libro en el público y en la crítica. No las reproduzco aquí (omitiendo las firmas y ciertas referencias personales) con la intención de evitar tales reacciones, sino con la de mostrar que nuestra decisión no se tomó de un modo apresurado ni con mala fe:

Soy plenamente consciente de que los tiempos han cambiado desde mi época de director editorial: el matrimonio ha perdido su santidad y el sexo su misterio; se publica cualquier inmundicia en nombre de la Honestidad; se ha perdido todo respeto por la ley y la disciplina, por no mencionar ni la *propiedad* ni el *decoro*, cuyos meros nombres provocan el desdén y la burla. El cinismo es generalizado: al estudiante que rechaza copiar, así como a la jovencita que rechaza la promiscuidad o al editor que valora más los principios que los beneficios, se lo considera un bicho raro. Cualquier cosa que sea vieja —un hombre, un edificio, un principio moral— no se contempla como algo establecido sino como algo obsoleto, que debe conservarse, en el mejor de los casos, por el interés que pueda despertar en tanto antigüedad, pero de lo que uno puede librarse sin remordimientos en cuanto comience a *estorbar*. A estorbar, desde luego, al interés egoísta y a la inagotable sensualidad de la juventud. Sin duda, los tiempos cambian, siempre han cambiado, y ésta es la cuestión. Dado que todas las generaciones deben escribir su «Nuevo Programa» o reinterpretar el antiguo, rebelarse contra sus profesores y cuestionar todas las reglas, es de especial importancia que las Reglas se mantengan firmes. La moral, como el movimiento, tiene sus leyes; cada generación toma impulso a partir de la resistencia de sus antepasados, como los corredores que basan su esfuerzo en el suelo, y aquellos que quisieran abolir las viejas Respuestas (no hablo de reformularlas ni de modificarlas, lo cual es necesario hacer constantemente), convertirían la pista que hay bajo sus pies en arenas movedizas, lo cual tendría consecuencias fatales para la raza humana.

Este *Nuevo Programa Revisado* no es en absoluto nuevo; es tan viejo como la enfermedad del espíritu. No es una revisión de nada, sino un repudio de todo lo que es íntegro y redentor. Somos nosotros quienes debemos repudiarlo. La edición sigue siendo, a pesar de todo, una empresa moral, y así lo considera en el fondo de su corazón incluso el público que clama por la gratificación de sus apetitos. Lo llamativo, lo vulgar, lo escabroso, lo barato, lo estereotipado... todas estas cosas tienen una cierta inocencia en sus formas convencionales y producidas para las masas, incluso una cierta virtud; los novelistas que todo el mundo lee no hacen ningún daño mientras se llenan los bolsillos llenándonos los nuestros. No son difíciles; no sorprenden; se rebelan siguiendo las pautas tradicionales, nos asombran de una manera acostumbrada y nos enseñan lo que ya sabemos. Sus preocupaciones son modestas, su voz y sus modales literarios rara vez son salvajes. Sólo lo es su vida privada, que siempre vende bien: con una prosa directa, nos muestran cómo es formar parte de una cierta minoría racial o cultural, cómo es ser un adolescente, un drogadicto, un adúltero, un vagabundo, y, especialmente, cómo es ser el Autor, con su pequeña historia particular de asco por y engrandecimiento de uno mismo. Dichas novelas, a mi entender, son los sueños impresos de esa minúscula fracción del

populacho que compra y lee libros, y las auténticas moradas del arte y el beneficio. Al estimular los sueños evitamos los hechos: vicariamente, el lector transgrede, y es vicariamente redimido; no se lo grava por sus ideas, no se aprueba su depravación natural aunque ésta se ponga de manifiesto, no se lo castiga por lo que sucede en su imaginación, no se lo fuerza a prestar atención a nada. Es el mismo tipo que era antes sólo que un poco más leído y, en la mayor parte de los casos, más saludable por su pequeño flirteo con el Mal. Incluso puede llegar a afirmar «La vida es absurda, ¿no le parece? No hay ninguna respuesta», tras lo cual, mientras su acompañante en el almuerzo expresa su absoluto acuerdo, tomarán otro cóctel y volverán a hablar de asuntos más agradables.

Observemos la diferencia con el *N. P. R.*: aquí el fornicio, el adulterio, incluso la violación, de hecho hasta el propio asesinato (por no hablar del autoengaño, la traición, la blasfemia, la prostitución, la hipocresía y los actos de crueldad deliberada), no sólo se representan para nuestro deleite ¡sino que por momentos se los aprueba e incluso se los recomienda! También desde un punto de vista estético (aunque este argumento palidece ante las cuestiones morales), la obra es inaceptable: la retórica es extrema, las ideas y la acción son por completo inverosímiles, la interpretación de la historia es superficial y claramente sesgada, la narración está llena de incoherencias y tiene un ritmo muy pobre, y es en ocasiones tediosa y, con más frecuencia, excesiva; y la forma, como el estilo, es poco ortodoxa, asimétrica, inconsistente. Los personajes, sobre todo el protagonista, no son realistas. ¡Nunca ha habido un niño-cabra! ¡Nunca lo habrá!

En resumen, se trata de un libro malo, de un libro malvado, que no debe —diré incluso que *no puede*— ser publicado. No es el producto de un ordenador, sino de las cavilaciones de un inútil megalómano: un excéntrico, en el mejor de los casos, y muy probablemente un psicópata. En mi calidad de miembro más anciano de la junta directiva de este grupo editorial, aunque ya no detente el cargo más alto, solicito que aprovechemos esta oportunidad para restaurar una parte del prestigio moral que poseíamos cuando nuestra organización era más entregada y armoniosa, aunque menos pudiente, y que invirtamos nuestra reciente política lamentable de publicar libros esotéricos, bizarros, extravagantes, directamente viciosos. Solicito no sólo que el manuscrito en cuestión sea rechazado de inmediato, sino también que los superiores del «autor», el decano y el director de su departamento, reciban una notificación para que sepan a qué están exponiendo las mentes de los alumnos de su facultad. ¿Acaso el director editorial, me pregunto, permitiría que a su hija le diera clase un hombre como éste? Entonces, ¿en nombre de qué principio podríamos contribuir a que esta bazofia esté a disposición de nuestros hijos e hijas?

EDITOR B

Yo voto a favor de publicar el *Nuevo Programa Revisado* y estoy de acuerdo con el director editorial en que *Giles, el niño-cabra* sería un título mucho más comercial. Todos sabemos cuáles son las objeciones [de A] al manuscrito; sabemos también por qué él ya no es director editorial, después de haber rechazado _____^[1] por motivos «morales» similares. Lo que debo añadir, aun a riesgo de ser «indecoroso», es que además de sus predecibles prejuicios contra cualquier cosa que sea un poco más atrevido que *Gay Dashleigh en el cole*, es posible que sienta una íntima animadversión por este manuscrito en particular: su propia hija, por lo visto, «huyó» de la universidad con un estudiante de poesía, un joven barbudo que posteriormente la abandonó, embarazada, para dedicarse a la cría de ovejas y a la composición de largos romances pastorales en verso libre, que básicamente tratan de su gran amor por ella. Su padre nunca pudo perdonarla, y por lo que parece, tampoco ha podido perdonar ni la heterosexualidad con barba ni las cosas bucólicas, y es una señal de su falta de criterio el hecho de que castigue a un niño relacionado con las cabras por los pecados de un niño relacionado con las ovejas. Por mucho que respete su petición de que estas declaraciones sean impersonales, y aunque vacile, en tanto nuevo empleado, a la hora de criticar a mis colegas tras mostrar mi desacuerdo con ellos, debo decir que las cuestiones «personales» y «profesionales» están tan imbricadas en este caso (de hecho, ¿acaso alguna vez son separables cuando se trata de juicios literarios?), que tomar una postura a favor o en contra de *Giles, el niño-cabra* es equivalente a hacerlo con respecto a la pregunta de si esta organización prosperará en armoniosa diversidad o languidecerá en agrios desacuerdos. Al decidir si publicar o rechazar un manuscrito, no deberíamos también asumir la carga de escoger amigos y enemigos profesionales. Cuando ése es el caso, la única opción del hombre moderno es seguir su buen juicio y afrontar las consecuencias de llamar a las cosas por su nombre, y yo sugiero con todo respeto que la mejor forma que puede encontrar un administrador responsable de solucionar esta situación es convertir cualquier ultimátum amenazador (como el de A) en una oportunidad para revitalizar y rearmonizar el equipo.

El hecho es que estoy de acuerdo —creo que todos lo estamos— con que *Giles, el niño-cabra* es difícil por momentos e irregular desde el punto de vista artístico y puede resultar ofensivo (diremos que es un *desafío*, por supuesto) para ciertas convenciones literarias y morales. Personalmente, no siento demasiada admiración por el «Autor»; al igual que [el editor C, cuya opinión figura a continuación], considero que su obra anterior tiene vida pero es un tanto ingenua, y que su última novela es salvaje y excesiva en todos los aspectos. Francamente, no sé qué pensar de ésta. Donde otros escritores buscan ser fieles a los hechos de la experiencia moderna, él declara que su objetivo es simplemente *asombrar*; donde otros luchan en pos de la verdad, él admite su interés por las mentiras, cuanto más grandes, mejor. Sus colegas, como es propio, buscan el reconocimiento y un público amplio; él se regocija (eso dice) en que no tiene más de una docena de lectores, ya que el número trece podría

traicionarlo. Por lo tanto, lejos de desanimarse por el repetido fracaso de sus novelas y el hecho de que no le proporcionen ningún beneficio, confiesa sentirse sorprendido por que nadie lo haya cubierto con alquitrán y plumas. Aparentemente respaldado por el hecho de que nadie en absoluto se haya tragado su último mamotreto, se decide a perpetrar otro mientras cacarea encandilado por su producción. «Argumento», para los jóvenes novelistas que aclamamos, es una mala palabra, como lo era para sus padres; «historia», para ellos, significa invención; e invención, artificio; y artificio, fraudulencia. En cuanto al «estilo», todo el mundo coincide en que el mejor lenguaje es el que desaparece en la narración, de modo que no haya nada que se interponga entre el lector y el tema del libro. Pero este autor ha afirmado (en lugares oscuros, como es fácil de entender) que el lenguaje *es* el tema de sus libros, al menos tanto como cualquier otra cosa, y que por tal motivo debería ser «musicado esplendorosamente»; da la espalda a lo que *hace al caso*, rechaza lo familiar y lo cambia por lo asombroso, abraza el artificio y la extravagancia; lavándose las manos en lo que respecta a la búsqueda de la Verdad, se denomina a sí mismo «un alcahuete de la Belleza» o «el portero de la lujosa casa de las Musas». En resumen, forma parte de una categoría en la que sólo está él, y no es de su tiempo; si va por delante o por detrás, tres décadas avanzado o con tres siglos de retraso, es algo que deben decidir por sí mismos sus doce lectores.

Mi opinión personal es la siguiente: el autor en cuestión tiene, por lo que se dice, un público pequeño pero en aumento, más leal que refinado o influyente, del que no requiere ninguna clase de promoción especial para llegar a él, ya que tiene sus propios medios para hacer correr la voz: estudiantes de literatura sin blanca, profesores en universidades de segunda y un par de críticos excéntricos. Es improbable que *Giles, el niño-cabra* haga rico a nadie, pero si pudiéramos colocárselo a todos ellos, al menos se cubrirían los gastos e incluso se podrían compensar las pérdidas generadas por los otros libros de este hombre. Es posible que esos estudiantes sin blanca algún día estén lo bastante blanqueados, que esos profesores asciendan a puestos de mayor influencia, que esos críticos excéntricos pasen a considerarse profetas... Por otra parte, es posible que cambie la suerte del autor (o más bien la nuestra, ya que él no parece sentir ningún interés por el asunto). Por mera casualidad, su próximo libro podría ser popular; cosas más raras se han visto. Entretanto, podemos desgravarnos las pérdidas con esa especie de prestigio deducible de impuestos que se asocia con las mejores editoriales. Lo que hay que hacer es mantener los gastos en concepto de adelanto y publicidad lo más bajos posible y tenerlo bien atado por contrato para el futuro, explotando mientras tanto los valores ornamentales o de desgravación que nos pueda proporcionar.

EDITOR C

Voto en contra de publicar el libro titulado *Nuevo Programa Revisado*, y no lo hago por cuestiones morales, legales o políticas, sino basándome simplemente en fundamentos estéticos y comerciales. Este libro no nos va a reportar ningún beneficio y no veo ninguna justificación ética o «prestigial» para perder ni un céntimo con él. La edición puede ser una empresa moral, como le gusta afirmar a [A], pero una editorial es ante todo una empresa a secas, y por mi parte considero que es tan poco profesional publicar un libro por cuestiones morales (que es lo que viene a defender [B] con entusiasmo juvenil) como rechazarlo por cuestiones morales. Es más que evidente que [A] tiene motivos personales para rechazar el libro; yo sostengo que [B] tiene motivos igualmente personales, aunque sean más simpáticos, para presionar por su aceptación. Es nuevo en la profesión y sabe muy bien que descubrir un talento nuevo es un camino hacia el éxito sólo superado por arrebatarle un talento consagrado a la competencia. Tiene la admirable compasión de un hombre joven por las causas perdidas, el interés de un hombre joven por los talentos menores y la pasión de un intelectual joven por lo heterodoxo, lo esotérico, lo oscuro. Además él también es novelista y sin duda siente una cierta afinidad con aquellos otros cuyo talento todavía no les ha reportado ni dinero ni fama. Por último, el hecho de que la primera vez que se solicita su opinión con respecto a un manuscrito se haya mostrado casi diríamos deseoso de oponerse a la conocida opinión del hombre que lo contrató no es reflejo de su preponderante integridad, pero se trata de una circunstancia que probablemente no debiera pasarse por alto, sobre todo debido a que su voto a favor de la publicación es una «opinión personal», según sus propias palabras, a la que ha llegado dejando de lado una amplia serie de importantes objeciones.

Creo que puedo decir que mi propia posición es relativamente objetiva. Estoy de acuerdo con que hay libros inferiores con los que se debe perder un poco de dinero para no perder a un autor superior, y con que hay libros superiores (¡muy pocos!) que hay que publicar, al margen de su valor comercial, sólo para haber sido su editor. Pero el libro en cuestión no me parece que sea ninguno de estos casos: es un libro de éxito improbable escrito por un autor de éxito improbable. Le faltan sutileza y pericia: la historia no es tan «asombrosa» como ridícula, y el argumento es absurdo. El protagonista es una monstruosidad física, estética y moral; los demás personajes están contruidos sin apenas consideración alguna hacia el realismo y en algunos momentos les falta incluso la solidez de los estereotipos; los diálogos, por lo general, son antinaturales y necesitarían diferenciarse más en función de quienes los mantienen. ¡Todos los personajes hablan igual que el autor! El estilo de esta prosa — esa grandilocuencia antigua, ampulosa y semi-métrica— es desde luego contagioso (observemos cómo [A] y [B] caen en ella); más aún lo es la sífilis. El tema es oscuro, probablemente blasfemo; el ingenio es descortés, y tal vez incluso haga pensar en preocupaciones malsanas; en cuanto a la psicología... pero no hay nada de psicología. El autor sin duda desconoce a las personas y las cosas tal como son en realidad: ¡pensemos en su falta de consideración con el lector! Por mucho que las

novelas largas se hayan vendido bien en los últimos tiempos, se da por hecho que no es su mero tamaño lo que hace que se vendan; y cuando su extensión consiste en interminables exposiciones, sermones y arengas (¡qué contento me sentí cuando llega la muerte de Max Spielman, ese viejo vano y lunático!), estamos justo ante el antídoto para el beneficio. De hecho no puedo imaginar a quién le podría gustar un libro como *N. P. R.* salvo que piense en esas inteligencias —remotas, picajosas, ineficaces— que por fortuna son poco frecuentes, están más o menos perturbadas y nunca van asociadas al dinero, y que, como se sabe, producen la única correspondencia de admiradores que recibe el autor.

Lo que considero mejor, por lo tanto, no es «proteger nuestra inversión» publicando este *Nuevo Programa Revisado* (y el que venga después de éste, y el que venga después de éste), sino evitar que sigan las pérdidas dejando de apostar por algo que no rinde. Mi propia «opinión personal» es que habría que optar por un sensato rechazo no sólo de este manuscrito sino también de su autor. Todavía no nos ha aportado ni un centavo. La clase de energía que tiene (digamos, mejor, su *inexorabilidad*), alejada como está de los gustos del público, es algo que nos supone una carga indudable; es como la energía de las malas hierbas o del cáncer. Aunque ha recibido ciertas alabanzas por parte de algunos críticos cuestionables y goza de una débil reputación entre estudiantes universitarios barbudos (de espíritu) —de los que tienden a robar lo que leen, más que a comprarlo—, sigue siendo un desconocido para los principales reseñistas, por no mencionar a la generalidad de los compradores de libros. Si se diera el improbable caso de que se convirtiera en un «gran escritor», o incluso de que haya sido uno desde el principio, conservamos los derechos sobre sus otros libros, que hasta ahora no han generado más que pérdidas, y siempre podemos reeditarlos. ¡Pero no, eso es tan poco verosímil como el argumento de este libro! Él mismo afirma que nada mejora, que todo empeora; se limitará a envejecer y se volverá más cascarrabias y excéntrico y perderá inteligencia; su escaso renombre se desvanecerá, su vitalidad se convertirá en mera perseverancia, o desaparecerá por completo. Su docena de admiradores se aburrirán de él, sus empleadores dejarán de subirle el sueldo y de disculpar sus limitaciones académicas y sociales; su esposa perderá su belleza, su matrimonio se irá a pique, sus hijos empezarán a avergonzarse de su padre. Lo veo al fin solo, enfermo, amargado, desesperadamente desagradable, tal vez convertido en un onanista, tal vez en un alcohólico o en un orate, si no en un suicida. Ya sabemos cómo va esto.

EDITOR D

¡Suspendidos, suspendidos, suspendidos! Miro a mi alrededor y por todas partes veo suspensos. Viejos moralistas, jóvenes lameculos, escritores sin éxito; viejas glorias, jóvenes promesas, negados absolutos; artistas suspendidos, editores suspendidos, académicos y críticos suspendidos; esposos, padres, amantes suspendidos; mentes

suspendidas, cuerpos suspendidos, corazones y almas suspendidos. ¡Ninguno de nosotros ha aprobado, todos hemos suspendido!

Ya no me importa si el *Nuevo Programa Revisado* se publica, en esta editorial o en alguna otra. ¿Qué le importa a la Respuesta si alguien la «encuentra»? El oro no pide que nadie lo extraiga, ni la medicina que nadie la tome; no es la medicina la que empeora cuando el paciente la rechaza. En cuanto al médico, ¿a quién le importa si se muere de hambre o si prospera? ¡Que pase hambre, tal vez vuelva a recetar! ¡O que muera, ya tenemos suficientes recetas!

O que se ría, incluso, de que me he tomado de buena fe la pastilla que él me dio sabiendo que era un fraude: ¡yo estoy curado, a mí qué me importa! Uno acaba por entender que un cierto ermitaño que vive en los bosques no es un excéntrico sino un Profesor, un Gran Maestro. Entre millones de individuos hay un puñado de personas que lo buscamos, pensando en honrarlo y en darle apoyo; le llevamos dinero e incienso, cantamos sus loas a cuatro voces, le procuramos champán y *vichyssoise*. Con nuestro barullo, ay, interrumpimos sus cavilaciones y espantamos a las langostas que él se habría cenado; se marea si toma vino, vomita la sopa; no puede oler las flores porque se lo impide nuestro perfume, ni escuchar los pájaros porque se lo impide nuestra música, y no hay nada en lo que le interese gastarse el dinero. ¡No es de extrañar que nos maldiga en voz baja cuando vuelve a estar sobrio! Y pensando en vengarse por medio de un truco, se pone una máscara para asustarnos y hacernos huir. Le pedimos una revelación, y él nos endilga sus sueños más enloquecidos. «Muéstranos la Belleza», suplicamos, y él nos enseña el trasero. «Muéstranos la Bondad», rogamos, y él monta a nuestras hijas y esposas. «¡Ah, señor», le imploramos, «danos la Verdad!». Él se pone un índice en cada sien y exclama: «¡Sois todos unos cornudos!».

Y sin embargo, yo digo que el mentiroso ha sido engañado, que el elevador es el inventor: al bromista le sale el tiro por la culata, en eso consiste su broma. Mejor maltratados por el Conocimiento que salvados por la Ignorancia; ser presa de la Sabiduría equivale a ser su protector. Engañados, vemos cómo nos hemos engañado nosotros mismos; al sufrir la mentira, llegamos a la verdad, y esperamos aprobar mediante el conocimiento de nuestros suspensos.

Publique el *Nuevo Programa Revisado* o rechácelo; considérela arte o artificio, obra de ficción, basada en hechos reales o fraudulenta; no importa, a su autor no le importa y a mí tampoco me importa ya. No lo alabo ni lo condeno; no pregunto quién lo ha escrito ni si se venderá bien ni qué opinarán de él los críticos. Mi juicio no se dirige al libro sino a mí mismo. Lo he leído. Por la presente renuncio a mi puesto en esta editorial.

Se ve claramente la diversidad de opiniones a la que tuve que enfrentarme (ni siquiera menciono aquí las disputas que ha habido en el departamento jurídico ni ciertos bonitos imponderables como el hecho de que el editor A fuera quien me dio mi primer trabajo en el campo de la edición, o el de que el editor D —actualmente en

paradero desconocido— sea mi único hijo); se ve también el precio que se ha pagado por cada una de estas opiniones. Y se ve, por último, la decisión que tomé, sin ninguna clase de ayuda ni manifestación de simpatía por parte del autor, por cierto, que ni siquiera contesta el correo con regularidad. La edición es, sin duda, una empresa moral, con matices más sutiles que los que ha afirmado mi querido A; y en tanto tal, tiene un alto coste espiritual, presenta importantes riesgos y plantea desafíos importantes en la misma medida. También es (si he comprendido correctamente al niño-cabra) un posible camino para llegar hasta las Puertas de la Graduación, como lo es cualquier otra empresa moral, y en esa posibilidad debo confiar.

Aquí está, pues, *Giles, el niño-cabra, o el Nuevo Programa Revisado*, «una obra de ficción; cualquier parecido entre sus personajes y personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia»^[2]. Que la carta de presentación del autor figure en todas las ediciones a modo de prólogo que se explica por sí mismo o de capítulo inicial, como cada uno decida considerarlo; que el lector lea y crea lo que le parezca; que estalle la tormenta, si así ha de ser.

EL EDITOR JEFE

CARTA DE PRESENTACIÓN PARA LOS EDITORES

Caballeros:

El manuscrito que les envió no es *El buscador*, esa novela que les estoy prometiendo desde hace dos años y sobre la cual ustedes tienen una opción contractual. Me temo que *El buscador* se ha perdido; no tiene sentido buscarlo, ni ninguna otra novela de este autor: la Musa y yo, que en cualquier caso no hemos cohabitado durante todos estos meses, ya estamos divorciados definitivamente *a vinculo matrimonii*. Lo extraordinario no es que nuestra alianza haya concluido, sino que haya podido ser duradera y en cierta medida productiva, a la luz de mi obcecación. No estoy dispuesto a admitir que haya sido un error casarme con ella; el matrimonio puede ser la muerte de la pasión, pero no tiene por qué ser la de la producción. El error (que no es en absoluto el único que he cometido) consistió en creer que algo podría durar; que mi programa, o cualquier otro, podría funcionar. Nada «funciona» en el sentido en que solemos esperar que lo haga; eso es algo que me ha enseñado cierto niño-cabra; lo único que hacen la cosas es empeorar y empeorar; nuestras victorias nunca son más que morales, y siempre son pírricas; de hecho sólo conocemos las derrotas, más o menos ruinosas.

Ah, bueno, ahora que he contraído el Conocimiento como quien contrae una enfermedad venérea, he comprendido que no es que mi antiguo poder fuera un delirio, sino que los delirios pueden tener un gran poder: al fin y al cabo, la señora Imaginación fue mi amante, *en efecto*; y, *en efecto*, alumbró los vástagos que mi inocente lujuria sembró en ella. Ahora son huérfanos, pero el duro abandono que les ha tocado sufrir puede ser su salvación, a largo plazo. Si quieren, pueden considerarlo un nuevo indicio de inocencia por mi parte; yo estoy convencido de que me quiso, sabe Dios que me quiso, mientras me quiso, y de que lo que ella quería fue precisamente lo que acabó por hundirnos: me refiero a mi épica falta de sofisticación. Y esto fue así porque, en contra de las apariencias y de lo que suele creerse, ella también es así; si no es la esencia de su espíritu, es al menos una de sus principales características y tiene mucho que ver con lo dorado que hay en ella. ¿Cómo, si no, explicar el peculiar resplandor que mantiene, a pesar de su pasado, una frescura tanto de espíritu como de aspecto, que conduce a que cada nuevo pretendiente la tome por una doncella? Mi ambición de *desposarla*, en exclusiva y para siempre, como quien aspira a convertir en una *Hausfrau* a una diosa del amor... ¿creen que ella la satisfizo por hacer una broma o que más bien se entusiasmó con la idea de llevar una vida sencilla? Muy bien: por mi parte, elijo pensar que el experimento la atraía de un modo tan simple e ingenuo como me atraía a mí; ambos nos afligimos igualmente al verlo fracasar, y sea cual sea el destino de nuestra prole, creo que ella recordará con tanta dulzura como yo el deleite de su concepción...

No importa. Ahora soy célibe: un sacerdote de la Verdad que antes fue un alcahuete de la Belleza; ya no más un Buscador, sino un humilde Descubridor, y todo gracias al extraordinario documento que aquí les envío. No se lo hago llegar en calidad de autor ni de agente en el sentido habitual del término, sino en tanto desinteresado servidor de Nuestra Cultura, si aceptan la expresión: el moho que ha surgido más recientemente en el cristal del reloj del Tiempo. Conozco de antemano las reservas que tendrán en relación con la longitud de la obra, con los aspectos polémicos de ciertos pasajes e incluso, aquí y allá, con su rigurosidad; sin embargo, se considere como un relato verdadero o como una obra de ficción, la relevancia de este libro y lo apremiante de su publicación deberían ser tan evidentes como sus considerables (aunque incoherentes y en última instancia irrelevantes) méritos literarios, y confío en que se entusiasmarán con él. «Si la señorita Universidad tiene una verruga», como afirma a veces el Gran Maestro, «ésta es igualmente una verruga, y aunque yo no diría que se trata de un lunar, tampoco le impediría meterse en mi cama por ello». Hay verrugas, desde luego, en este *Nuevo Programa Revisado*, estéticas y tal vez históricas; pero están, por decirlo así, a un nivel cutáneo, y no creo que ningún editor le deba impedir entrar en su catálogo por ello.

Permítanme ahora que, a modo de introducción relevante a la propia obra, les cuente la historia de sus orígenes y de cómo di con ella. Como tal vez ya sepan, al igual que muchos de los autores de nuestro tiempo, yo me mantengo predicando sobre lo que hago. Uno se va acostumbrando, en los seminarios de escritura creativa, a tres categorías principales de alumnos: señoras mayores y caballeros climatéricos que buscan en la escritura un pasatiempo que además pueda redondear su jubilación; jóvenes estudiantes de literatura de ambos sexos, inteligentes, bien peinados y talentosos; y esos espíritus intensamente marginales —poco disciplinados, demasiado sensibles, desorganizados en el fondo y en la forma— cuya insaciable pasión por lo artístico puede llevarlos tan lejos, en algunas raras ocasiones, como para dedicarse a hacer obras de arte. Formaba parte de esta categoría, supongo, quien entró en mi oficina una ventosa tarde de otoño de hace unos cuantos cursos con una caja de papeles mecanografiados bajo el brazo y un resplandor en el rostro.

Nunca antes lo había visto, aunque lo cierto es que esos bohemios aparecen y desaparecen como fantasmas, cambian de aspecto cuando se les antoja (de un modo similar a como hace la criatura llamada Harold Bray que aparecerá más adelante) y suelen tener una relación casi inexistente con sus departamentos. Imagínense a un joven delgado de unos veinte años, con los ojos oscuros y la piel aceitunada, casi un mulato, pero con una descuidada mata de rizos de bronce en la cabeza y en la barbilla; incluso sus cejas eran como virutas de ese metal. Llevaba unos zapatos de trabajo muy gastados y un pantalón raído e indescrutable, metido a la altura de los tobillos en unos calcetines altos y una extravagante chaqueta lanosa que, retrospectivamente, pienso que se había hecho él mismo; ya se puede suponer con qué material. Aunque no se veía que cojera, lucía un bastón tan estrafalario como su

indumentaria: se trataba de un palo de fresno blanco con tres pies, un poco más grueso que una vara, que tenía algo que parecía unas lentes plegables y otros artilugios pegados por todas partes, y estaba adornado con unas groseras tallas (tanto entalladuras como bajorrelieves) de *lingams* alados, *Sheela na Gigs*, cornamentas de ciervo y racimos de uvas.

Cerca de la punta de su insólita herramienta había un pequeño gancho despuntado con el cual mi visitante primero desatrancó y cerró la puerta, y después tiró hábilmente de una silla y se sentó en el escritorio situado junto al mío. Registré todo esto con un par de vistazos y después, para serenarme, me concentré en mi propio manuscrito, con el que estaba entreteniéndome cuando él había entrado. El atuendo del tipo, aunque extremo, no era tan extraordinario; se ven otros igual de raros en cualquier reunión de estudiantes de arte, y yo personalmente, en ciertos estados de ánimo un tanto alterados, puedo ponerme harapos y cosas de mala calidad, aunque prefiero las prendas convencionales. Pero el bohemio típico suele ser tímido con quienes respeta y arrogante con todos los demás, mientras que mi visitante no era ninguna de las dos cosas: enérgico, franco, cordial, dejó caer la caja llena de papeles sobre mi escritorio, se inclinó hacia delante apoyando los codos sobre las rodillas y ambas manos sobre su bastón y puso el mentón encima de todo, de manera que su impactante barba quedaba colgando. Tan desconcertantes como la sonrisa que me dedicó eran sus rasgos, que no se parecían a los de nadie que yo hubiera visto. Las personas de su clase que habían pasado por mi despacho hasta entonces o bien tenían barbas negras y ojos carbón y eran muy intensos, siguiendo el modelo de algún poeta que admiraran, o bien tenían el pelo del tono de las espigas de trigo, los ojos del de las nomeolvides y el aspecto y la conducta de un cervatillo castrado. Pero aquel tipo, no: su barba de bronce; sus ojos ni claros ni atormentados, sino simplemente atentos; su musculatura nervuda, la curvatura de su sonrisa, incluso un pequeño olor en torno a su persona que no era ni de tierra ni de colonia... en una palabra, era *caprino*: juro que este término me vino a la cabeza antes de hablar con él y, por supuesto, de leer lo que me había llevado. Y ese bastón que llevaba, ese instrumento sin parangón...

—Nada temas —me dijo directamente, con una voz clara, semejante al repique de una campana, un tanto elitista y despectiva—. No soy escritor, y eso no es una novela.

Me desarmaron por igual la indiferencia y el *timbre* de su voz, y el contenido de las palabras que pronunció. Me sonó como si realmente hubiera querido decir lo que dijo, como quien afirmara «No soy zurdo» o «No soy clarinetista». Y sentí esto con una punzada de dolor, ya que expresaba, con una elocuencia infantil, el temor del que ningún escritor de ficción puede librarse y que llevaba morando en el altillo de mi imaginación desde hacía doce meses. Acababa de cumplir treinta años, era mi séptimo año dedicado al arte de la mentira y, escasamente remunerado por mi esfuerzo, me hallaba tan exhausto como se hallaría el Hacedor de todos nosotros al séptimo día. Pronto sería de nuevo lunes, confiaba yo, y entretanto escribía una *obra*

sabática, por llamarla de algún modo: el libro que nunca verán. Yo sabía cómo eran las novelas, y *El buscador* no era una de ellas. Desplazar a los personajes, dotarlos de una localización y un estado de ánimo, de historias pasadas y de caminos que se cruzan me resultaba aburrido; carecía del interés o de las agallas que se requieren para ello. Me hartaba por encima de todo la cuestión del *movimiento*, el elemento *sine qua non* de cualquier narración. En mi novela anterior había incubado un argumento tan sustancioso como el que más y había conducido a cien personajes a lo largo de ocho veces ese número de páginas; y ahora un aprendiz de segundo curso, a pesar de su inexperiencia en numerosos aspectos, me superaba en ese particular. ¿Su inspiración? Limitada. Y sin embargo, ahí estaba yo, asombrado ante la valentía con que la desplegaba. ¿Sus *personae*? Toscos autómatas que habían recibido la maldición de disponer de la palabra, que eran malignos como cualquier hijo de vecino, pero fanfarroneaban como si estuvieran vivos, y no pude evitar negar con la cabeza. Las historias que yo había escrito eran niños echados a perder; todas las señales apuntaban a que nunca llegarían a nada; apenas reconocía sus rostros. Estaba, en resumen, desvinculado: no me había ahogado ni quedado sin combustible; me limitaba a pasar el rato y estaba de mal humor. Las páginas de mi obra se iban acumulando sin ningún objetivo, puro ruido sin progreso, como un coche en una pista de carreras. ¿Cómo podía hallar consuelo en el hecho de que en otros aspectos mi suerte fuera mejorando? Mi casa y mis jardines prosperaban, mi rango había subido recientemente, al igual que mis ingresos, y mi pequeña reputación se iba extendiendo por diversas facultades... pero a un hombre cuya Imaginación ha desaparecido en combate cualquier bendición le parece póstuma. La obra que tenía delante de mí (que dejé a un lado con el gesto del que se siente interrumpido)... ¿dónde estaba su fuerza, su interés? Había algo que faltaba desesperadamente, algo que no podría perseguirse con esfuerzo, sino que debe llegar como un regalo, sin buscarlo; una fruta que cae por su propio peso en los huertos del espíritu; una voz surgida de ninguna parte, una visitación. Sin duda, no era una novela... Mi corazón se hundía, alejándose de mi cuerpo.

—¿Ah? —fue lo único que dije.

—Me llamo Stoker Giles —proclamó el joven.

Todavía tenía la cabeza apoyada en aquel bastón singular, y seguía observándome con aspecto de estar disfrutando injustificadamente. Tal vez supusiera que yo debía conocer su nombre, pero nunca me he sentido muy seguro con respecto a esa clase de cosas. Sobre todo en los últimos tiempos; aunque daba mis clases con mucho ánimo, incluso casi con fervor, había notado que la memoria y la capacidad de concentración estaban escapando de mi control. La información se me iba, no podía recordar mi número de teléfono y me extraviaba incluso en los recorridos más habituales por el campus. Mi familia ya esperaba que cualquier día, al volver a casa, me metiera en la vivienda de algún desconocido; las bromas habían dado paso a la preocupación, la

preocupación a la impaciencia y la impaciencia a un silencioso rencor, que aunque yo percibía no podía enfrentar.

Le pregunté si había estudiado en la universidad.

—Bueno, por lo menos estoy graduado.

Parecía divertirse, lo cual a esas alturas ya me resultaba claramente irritante, cuanto más porque no podía hacer nada para modificar su estado de ánimo, y él afectaba de manera considerable al mío. Y entonces añadió con amabilidad:

—Me pregunto si *tú* también lo estás.

No creo que se me pueda acusar de altanería o arrogancia. En realidad, más bien me reprocho por ser demasiado tímido, por condescender con excesiva facilidad, por soportar la presunción ajena hasta el punto de sentirme poco viril y por provocar el desdén con mi deseo de no resultar desagradable. ¡Pero aquel hombre era un insolente! Supuse que se refería al grado de doctor; de acuerdo, yo había cesado mis esfuerzos a tal respecto años atrás, cuando me fugué con la musa. Es más, nunca había fingido que tuviera la memoria y el temperamento necesarios para ser un erudito, ni siquiera la inteligencia: en repetidas ocasiones he seguido a alguien profundo hasta llegar a mi límite, donde me he visto obligado a detenerme y observar, estirando el cuello en el bajío, mientras él seguía adelante donde yo no podía llegar. Era adecuadamente humilde, y me sentía adecuadamente indiferente. Hacer no es lo mismo que pensar; hay más de un camino que lleva al fondo de las cosas.

—Es mejor que cojas esa caja y te vayas —le dije—. Tengo mucho trabajo por hacer.

—Sí —dijo él—. ¡Desde luego que sí!

¡Como si al fin nos entendiéramos! Entonces dijo mi nombre con un tono de lo más suave (tenía, debo decir, un curioso acento que yo no era capaz de ubicar, pero que me parecía extranjero) y, señalando mi obra todavía por hacer, añadió:

—Pero ya sabes, no es ése. Hay mucho que hacer; no deberías perder más tiempo.

Ante mi enfado, su tono de voz se volvió más formal y brusco, aunque no por ello dejó de ser alegre.

—Y yo tampoco —afirmó—. Por favor, ahora escúchame: he leído tus libros y los entiendo perfectamente, y he venido desde muy lejos para verte. ¿Puedo preguntarte cómo se va a llamar éste?

Me quedé atónito por unas cuantas razones. No era sólo su presunción; yo más bien la admiraba, me hacía recordar una seguridad que yo había tenido en otra época y que deseaba recuperar; de hecho, se parecía bastante a cierto antiguo recuerdo de mí mismo, y sin embargo era tan *ajeno*, incluso tan salvaje, que me vinieron a la cabeza tres docenas de viejas historias en que el héroe se encuentra con su propio reflejo o tiene que vérselas con un personaje procedente del reino de las tinieblas. Sin embargo, había poco del Maligno en aquel tipo, aunque hubiera mucho de fauno; no me habría sorprendido descubrir que tenía unas pezuñas hendidas, pero habría portado una flauta en lugar de un tridente. Me vi tan absorto en estas reflexiones y, en

sentido contrario, tan afectado por lo tedioso de sucumbir a la imagen que aquel tipo evidentemente se esforzaba por dar, que tanto mi fastidio como mi buen juicio se desvanecieron en la confusión. No podía decidir cómo había que tratarlo; la situación se me estaba escapando de las manos, desvinculándose de mí como tantas otras cosas parecían haber hecho últimamente. Por ejemplo, me había vuelto a olvidar las pastillas, que había llegado a necesitar con regularidad para no quedarme dormido encima de mi obra: ésa era la causa de la somnolencia que sentía, sin duda. Le dije que el libro iba a llamarse *El buscador*, o tal vez *El amateur*, no estaba seguro...

—Desde luego. —El placer con que se acarició la barba claramente no procedía de la excelencia de mis títulos—. Un *buscador*, un *amateur*: alguien que ama mucho, por decirlo así, pero no sabe demasiado; un *ingenuo* apasionado, ¿no es cierto?

Bueno, era cierto. Ya lo saben, el gran error que cometemos en esta clase de encuentros no sucede al final sino ahora, justo al principio. El momento en que un visitante misterioso llama a la puerta, o en que nos damos cuenta de que hemos tomado un camino equivocado en algún punto y estamos en terreno desconocido: *entonces* es cuando tendríamos que actuar de inmediato, y con energía, protestar de una vez contra la extrañeza de la situación, cerrar la puerta, cerrar los ojos y los oídos y no dejarlo entrar ni un segundo. Si avanzamos un paso más por su camino, ya no habrá vuelta atrás. ¡Detengámonos donde estamos! Pero, ay, la Curiosidad le susurra al Buen Juicio: «Ya es demasiado tarde de todos modos», y siempre seguimos adelante.

—Tendrá unos treinta años —supuso mi visitante.

—Treinta y tres, me parece.

—¿Treinta y tres y cuatro meses? Y estoy seguro de que tiene alguna dolencia, algo físico, probablemente de nacimiento... ¿Es un tullido?

Yo no había pensado en hacer que mi protagonista fuera un tullido, aunque era verdad que apenas salía de su domicilio (en lo alto de cierta torre), ya que prefería la compañía de sus libros y sus aparatos científicos de *amateur* que la de los demás hombres.

—Es sólo un poco corto de vista, nada más —le dije—, pero tiene una mancha de vino de Oporto de nacimiento en la sien...

—¡Cancerosa! —gritó el desconocido—. ¡Tienes que hacer que sea cancerosa! Sí, eso está muy bien. Pero ¿no debería tener alguna clase de astigmatismo en vez de miopía?

Ah, cuánta razón tenía, era mucho más razonable que la visión del buscador fuera *distorsionada* en lugar de simplemente *borrosa*. Y hacer que la marca de nacimiento fuera el origen de un cáncer, ¡qué buen golpe sería eso! Por primera vez en medio año sentí verdadero interés por mi libro. Dejando de lado mis reticencias, le resumí el argumento a aquel visitante excepcional, que mostraba una comprensión mucho más sagaz de mis preocupaciones que ningún crítico o reseñista de los que había leído;

más sagaz, pensé sonriéndome en mi interior, que yo mismo, que en los últimos meses casi había llegado a olvidar cuál era mi visión de las cosas.

—Es sobre el amor, como tú dices, pero una clase muy especial de amor. La gente suele hablar sobre dos clases de amor, ya sabes, la clase que trata de escapar del yo y la que trata de afirmar el yo. Pero a mí me parece que hay una tercera clase de amor, una que no busca ni la unión ni la comunión con su objeto, sino que se limita a admirarlo desde una posición de desapego absoluto: lo que llamo la Imaginación Inocente.

Mi héroe, le expliqué, había de ser un Amateur Cósmico: un hombre fascinado por la historia, la geografía, la naturaleza, la gente que lo rodeaba —todo lo que *hiciera al caso*— porque veía sus arbitrariedades, pero no podía ni comprender ni aceptar su finalidad. Había de relacionarse con la realidad como con un libro, una novela que él no hubiera escrito ni de la que fuera un personaje, sino sólo un lector agradecido; como es natural, él asumiría que había más novelas, algunas mejores y otras peores... Pero en realidad, claro está, al final no sería sólo un espectador ni mucho menos; no podría mantenerse al margen; y los fracasos desastrosos de sus interacciones con hombres y mujeres —en particular, la revelación de su destino mortal— finalmente harían de él, si no una persona auténtica, por lo menos un *amateur* experto, por decirlo así, que podría aspirar a ser una especie de miembro honorario de la fraternidad humana.

—Creo que tiene algo heroico, ¿no le parece?

La verdad es que nunca me había sentido tan entusiasmado con mi historia. Después de todo, era una gran idea, y a medida que hablaba me iban llegando destellos de inspiración: el buscador no sólo debe ser astigmático, sino adicto a las lentes, telescópicas y microscópicas; la torre en la que vivía debía convertirse en una especie de enorme *camera obscura* en la cual se proyectarían imágenes de la vida exterior, diez veces más luminosas e interesantes que la realidad... ¡perfecto, perfecto! Y mi *amateur* de la vida daría la bienvenida a su cáncer y lo apreciaría como un tesoro, ya que era su billete de entrada a la fraternidad...

Pero mientras mi entusiasmo crecía, Stoker Giles negó con la cabeza.

—Está mal, compañero.

Incluso me puso una mano en el hombro, debo decir que *cariñosamente*. Y por mucho que me diera cuenta de que ni por un momento dejaba de interpretar su papel de clarividente, me conmovió su forma de tocarme. Y el candor risueño de aquellos ojos, esa expresión en el rostro de diablillo exaltado (sin duda, ensayada frente a un espejo)... ¡qué talento para esparcir la desdicha! Mi desencanto inmediato dio paso a un estado de lasitud, de dulce fatiga. Era cierto que estaba mal, desde luego; todo lo que yo había hecho siempre estaba mal. No tenía ningún control sobre las cosas. Todas mis aproximaciones a la realidad —como artista, profesor, amante, ciudadano, marido, amigo— eran estafalarias y erróneas, una serie de fraudes que tal vez resultaran impresionantes durante un tiempo pero que en última instancia eran

ruinosos. Él no podía darse cuenta de cuán profundamente penetraban sus palabras, casi hasta lo más hondo de mí. Sin aceptar ni por un instante que fuera un *profeta* (yo sabía que todos los estados de ánimo eran retroactivos, de manera que lo que él dijera podía aplicarse a cualquiera que estuviera a punto de caer en el descontento), me permití tomar conciencia de los aspectos mánticos de la situación. A lo largo de todo el resto de la entrevista, deben entender, hubo esta ambivalencia: por una parte, nunca perdí de vista la posibilidad de que estuviera ante un estudiante de alguna disciplina artística, o incluso ante un lunático, cuyas afirmaciones eran tan pertinentes, en general, como los dictámenes de una balanza; por otra, tenía claro que es el profeta el que valida la profecía, y no viceversa; su autenticidad no reside en lo que dice, sino en su conducta y en sus modales, en cada uno de sus gestos, en toda la encarnación de su personalidad. Y en este importante sentido (en el que hago tanto hincapié debido a su relevancia para el manuscrito que me había dado), el señor Stoker Giles era sumamente eficaz.

Entonces habló con calma, y dijo:

—Tú eres como el hombre que una vez le dio una pequeña lente a mi padre, que según él le mostraría todas las cosas tal como son en realidad. Aquí está...

Dio la vuelta a una lente redonda y cóncava que había cerca del extremo superior de su bastón y me invitó a examinar mi manuscrito a través de ella. Pero la gracia era que por la parte de atrás era plateada, y no me devolvió la imagen de mis palabras, ni aumentada ni reducida, sólo un reflejo ampliado de mi ojo. Me di cuenta de que me ruborizaba, y me ruboricé más al darme cuenta.

Entonces dijo:

—Vas a suspender. Tú nunca has estado verdaderamente *ahí*, ¿no es cierto? Y nunca has asumido verdaderamente la realidad de las cosas. Si yo de repente te pellizcara y tú te despertaras y vieras que todo había desaparecido, que ninguna de las cosas ni la gente que has conocido realmente *hacían al caso*, no te sorprenderías demasiado.

Antes de que pudiera contestar, me cogió del brazo y me pellizcó. Salté de la silla con un grito y traté de apartarle la mano, pero no conseguí que me soltara.

—¡Despierta! ¡Despierta! —me ordenó, sonriéndome. Me puse a parpadear y a respirar con fuerza. Quería, ansiaba con todo mi corazón liberarme del Sueño y despertar en un nivel de realidad... ¡nuevo y distinto! Y no era la primera vez.

Me soltó el brazo y con el gancho de su bastón me devolvió la silla, que se había caído por ahí.

—Es irrelevante que todos los demás también suspendan —continuó—. ¿No estás de acuerdo? Lo importante es *aprobar*; tú tienes que aprobar. ¡Y tienes un largo camino por delante! No te creas que es cuestión de doblar una esquina y ya habrás llegado a las Puertas de la Graduación: tienes que aceptar que es como si estuvieras otra vez en la guardería, o como si fueras un recién nacido. Si no fuera así, mi papá no lo habría dicho. Pero tú ya sabes todo esto. —Una vez más, me tocó el brazo, esta

vez con mucha suavidad, donde resplandecía furiosa la marca de su pellizco, y me miró con afecto—. ¡Qué buena cosa es que no saques todos los viejos argumentos! Eso es el artista que hay en ti (que es real en muy buena medida, aunque tu obra esté mal). Ya sabes que un hombre no puede razonar una obra musical hasta conferirle existencia; y argumentar sobre el hecho de la Graduación es como argumentar sobre la belleza de una melodía, o de un verso de un poema. Es espléndido que tú no te molestes en hacer eso. Ya sabía que tú eras el hombre.

Todavía me sentía sumamente agitado, pero no pude resistir las ganas de decirle que en cualquier caso él era un buen argumento en contra de otros argumentos. Echó su cabeza de bronce hacia atrás y soltó una carcajada, y después, con una sonrisa seria, declaró:

—Te quiero, compañero.

Se me debió notar la aprensión, porque añadió con una risa ahogada:

—No, no de esa manera. No hay tiempo, para empezar; los dos tenemos demasiadas cosas que hacer. Tú tienes que alistarte en el Nuevo Programa y conseguir graduarte; después tienes que fundar el gilesianismo aquí, para que los demás también puedan aprobar los Finales. Y ésta no es la única facultad de la universidad, ya sabes, ni la única universidad que hay, por cierto. ¡Mi obra me supone un gran desafío!

Lo único que se me ocurrió decir fue:

—Gilesianismo.

—Es el único Camino —dijo encantado—. Dicen que estamos locos y que somos unos farsantes y unos subversivos, pero eso no me importa nada, ni tampoco me importan las cosas que nos haces; habríamos sido tontos si no nos lo hubiéramos esperado. Lo que me rompe el corazón es ver cómo todos suspenden, cuando el *Nuevo Programa Revisado* podría mostrarles cómo aprobar.

Yo suspiré.

—Eres de la Escuela de Magisterio. Se te ha ocurrido un truco para la tesina, para que yo la lea y te haga algunas recomendaciones sobre el estilo, ya que tú te has tomado la molestia de comprar mis libros.

—Por favor —dijo con suavidad—. El *Programa* no necesita nada. Ya he revisado el texto que el ORDACO ha leído para corregir los pasajes equivocados. Eres tú el que necesita el *Programa*.

—Eres de Administración de Empresas —aventuré después, pero todavía estaba demasiado disgustado como para disfrutar de la ironía—. Todo este embrollo es la forma que se le ha ocurrido a alguien para vender libros de texto.

Él cerró los ojos tranquilamente hasta que hube terminado. Después, con el mismo buen humor de antes, dijo:

—Me gusta el cachondeo, compañero, pero la verdad es que no hay tiempo. Esto es lo que tienes que saber: no soy de este campus (eso ya lo has supuesto). Vengo de la Facultad de New Tammany, de la que no puedes haber oído hablar, ya que está en

otra universidad. Y mi padre era George Giles —entonces se detuvo—. El *auténtico* Giles, compañero: el Gran Maestro de nuestro Campus Occidental.

Me recliné en mi silla giratoria. Ya era tarde. Fuera, el viento rugía. No estaba haciendo nada. Afligido hasta el tuétano, confirmé lo que él había dicho:

—Dices que *fue*.

Pero era casi incapaz de comprender lo que me decía. Por primera y única vez, su expresión se volvió apesadumbrada.

—Ya no está con nosotros. Se ha... marchado por un tiempo.

—Pero volverá, por supuesto —dije como si estuviera en un sueño.

Él me miró.

—Por supuesto.

—Algún día... cuando volvamos a necesitarlo.

Tenía muchas ganas de irme a dormir. Su sonrisa regresó, aunque teñida de melancolía.

—Ahora lo necesitamos. Las cosas están peor de lo que nunca estuvieron en su época. Pero se ha... se ha tomado una especie de sabático, podríamos decir. Somos nosotros los que tenemos que seguir adelante.

Entonces me contó su historia, que escuché en mi torpor y comprendí sólo al recordarla más tarde: su padre era o había sido una especie de *profesor extraordinario* (de qué materia no me llegué a enterar) cuya reputación se basaba en su gran capacidad para preparar a los alumnos para que aprobaran los Exámenes Finales. Su método pedagógico era muy poco ortodoxo, y por lo tanto, como muchos radicales, había chocado contra una oposición de lo más vehemente, que en algunos momentos incluso llegó a convertirse en una persecución: me enteré de que su ejercicio docente había sido interrumpido y él había sido despedido de su puesto acusado de bajeza moral a los treinta y pocos años, aunque no me quedó claro si alguna vez había tenido un cargo oficial en su facultad. Tampoco supe a ciencia cierta qué había sido de él a continuación: por lo visto, había abandonado el campus durante un breve período de tiempo, había regresado clandestinamente (no me pregunten por qué) para deliberar con sus pupilos y después había desaparecido para siempre. La historia era igual que tantas otras que se oyen; yo casi hubiera podido predecir ciertas cuestiones, como que dichos pupilos habían dedicado su vida a propagar la palabra de su mentor y a institucionalizar su método tal como ellos lo habían entendido; que también ellos fueron tratados con dureza al ir pasando de una facultad a otra y que, sin embargo, gracias a su entusiasmo, conseguían prosélitos allá donde iban. Tampoco me resultó sorprendente que el tal profesor Giles, el «Gran Maestro», como lo llamaba su hijo, nunca divulgara su sabiduría por medio de la imprenta: ¿qué departamento académico no tiene a su Anciano Estupendo que llena las salas de conferencias curso tras curso pero nunca publica ni una palabra sobre su disciplina? De hecho, el único detalle un poco extraño de toda la historia, tal como la escuché entonces por primera vez, era el hecho no demasiado verosímil de que aquel hombre hubiera tenido un hijo con una

dama casada con otra persona; por lo demás, era el típico relato del penoso camino de los reformadores e innovadores.

El problema que tenía mi visitante —el fruto de aquella siembra ilícita—, por lo tanto, era el que suelen enfrentar los seguidores de segunda generación de cualquier pionero: formular las enseñanzas del Maestro en un canon susceptible de difundirse con rapidez, una guía ética legitimada para las filas, en veloz crecimiento, de sus adherentes. Para cuando Stoker Giles llegó a la mayoría de edad, los seguidores originales de su padre ya se habían dividido en facciones; la primera idea del hijo había sido recopilar, a modo de libro de consulta, los recuerdos que guardaban los pupilos de la vida y la práctica del gran hombre, pero a lo largo del proceso se puso de manifiesto que había tantas discrepancias, e incluso contradicciones, que dejó de lado el proyecto. En sus primeras etapas, en cualquier caso, llegó a registrar los diversos textos en un ordenador automático, como les gusta a hacer en la actualidad a nuestros modernos classicistas, para acelerar el trabajo de compararlos. Y aquí, amables editores, su credulidad, como la mía, debe prepararse para aumentar considerablemente.

Según me dijo, este extraordinario ordenador (un artilugio llamado ORDACO) no sólo estaba programado para señalar las divergencias sin remedio que existían entre los distintos textos; por iniciativa propia, o siguiendo las instrucciones recibidas, también afirmó que había en su dispositivo de almacenamiento «una gran cantidad de material original» que había sido leído, de manera fragmentaria, por el mismísimo George Giles durante su período más floreciente: grabaciones de notas para conferencias y de conversaciones con sus pupilos y cosas semejantes. Además, la máquina declaró que tenía la capacidad y estaba preparada (con la ayuda de «dispositivos análogos» y una sofisticación desalentadora al menos para un humanista de poca monta como yo) para reunir, cotejar y editar este material, interpolar toda la información verificable procedente de otras fuentes, como los textos memorialísticos que había disponibles, reorganizarlo todo hasta componer una narración coherente desde el punto de vista del Gran Maestro y «sacarlo a la luz» con un formato elegante por medio de su impresora automática. El hijo, que sentía tan poca inclinación hacia la escritura como el padre pero que por lo visto detentaba cierta autoridad en su facultad, aceptó y, pese a la oposición de unos cuantos «gilesianos» y a la de algunos «antigilesianos», el ordenador cumplió con su promesa. Tras varias salidas en falso y determinados ajustes en el programa, produjo una crónica en primera persona de la vida y las enseñanzas del Gran Maestro, un texto tan fidedigno y ajustado a la realidad, y de redacción tan pulida, que el joven Stoker sólo necesitó «modificar alguna fecha aquí y allá o cambiar algún nombre de lugar», según afirmó solemnemente, para darlo por concluido.

La gran prueba llegó, según me dijo, cuando le llevó el manuscrito a un tal Peter Greene, un antiguo alumno de Giles, que ya había superado los sesenta años y era el crítico más feroz del «Proyecto ORDACO». Greene, un profesor famoso por derecho

propio, recibió al joven con el ceño fruncido y éste tardó un largo rato en persuadirlo para que accediera a escuchar una docena de páginas. Se negó incluso a quedarse sentado, y se puso a recorrer su despacho con una expresión que denotaba sus intensos prejuicios (así lo afirmó Stoker) cuando comenzó la lectura. Al final de la primera página, se quedó quieto; a mitad de la segunda, lloraba; para la tercera, estaba de rodillas a los pies del joven, suplicando su perdón y asegurando que era «la voz de Giles en persona» la que resonaba en aquellas páginas.

Así nació el *Nuevo Programa Revisado*, que, como su narrador y sus evangelistas, estaba destinado a sufrir arduas vicisitudes. Los gilesianos cuyas enseñanzas contradecía —algunos de los cuales para aquel entonces eran directores de sus departamentos— denunciaron que la obra era espuria y que había sido inventada o bien por el ORDACO o bien por el arribista de Stoker Giles, tal vez por ambos, si no por el propio «Decano de los suspendidos»^[3]. El más hostil incluso llegó a negar que mi visitante fuera realmente el hijo del Gran Maestro, calificándolo de oportunista y antigilesiano y afirmando que quería sacar provecho de un parecido fortuito; por su parte, los antigilesianos, «naturalmente», sostenían, como habían hecho desde el principio, que el hombre llamado George no había sido ni mucho menos «el auténtico Giles» sino un peligroso impostor, y que el *N. P. R.*, «genuino» o no, era antiintelectual, inmoral, subversivo y, desde cualquier punto de vista, inadecuado para formar parte de las lecturas de los estudiantes universitarios.

Mi visitante suspiró al terminar su relato, y jugueteó sombríamente con el extremo de su bastón; después se encogió de hombros y recuperó el ánimo.

—Pero todo eso nos ha beneficiado, como comprenderás, toda la censura y las prohibiciones, y las palizas que nos han dado y el hecho de que nos metieran en la cárcel. Incluso las imitaciones y las versiones pirateadas que todo el mundo se apresuró a imprimir nos han servido de gran ayuda. ¡Seguro que alguna vez has deseado que se armara un alboroto como ése por uno de tus libros! Pero nosotros aguantamos, igual que hacía papá, y el Nuevo Currículo antes o después se establecerá, pese a todo. Porque tú ya sabes, compañero, que lo único que tenemos de nuestra parte es lo único que realmente importa a largo plazo: *tenemos razón*. Y los otros están equivocados. —Estaba radiante—. Tal vez haga falta que pasen cien cursos, pero sabemos que el Nuevo Currículo vencerá. Los que no lo elijan como especialidad, suspenderán; los impostores y falsos maestros serán descubiertos. Sólo ha de pasar cierto tiempo para que el libro ese que tienes sobre la mesa esté en todas las carteras de todos los campus de la universidad. *Debe* ser así: no hay ninguna otra esperanza para la estudiantía.

Consultó de nuevo el reloj de su bastón y se levantó abruptamente para marcharse. Me di cuenta de que había dejado de llevar la cuenta de los repiques de campanas de la torre.

—No puedo quedarme más; tengo que ir a visitar otras facultades, incluso otras universidades —me dijo, guiñándome un ojo—. Hay otras universidades, ¿sabes?

—Bueno, oye... —Sacudí la cabeza vigorosamente para librarme de la somnolencia y señalé la caja con el texto mecanografiado—. ¿Qué se supone que tengo que hacer con esto? No tengo tiempo...

—Claro que no. —Se rio y adoptó una postura de lo más peculiar con su extravagante vara—. ¡Es tarde, es tarde, es tarde, eso está muy claro! Por otra parte, tienes exactamente todo el tiempo que hay. —Dio un golpecito al manuscrito con el bastón—. Olvídate de ti mismo, si te parece. Límitate a enviar esto a tus editores sin leerlo; ya te lo agradecerán, al igual que tus alumnos. O títalo, si no te importa lo que les pueda suceder en los Finales. Tengo otras copias para otros campus; éste es sólo cosa tuya...

Hablaba sin ninguna irritación y con un ligero tono de burla; ahora, en cualquier caso, fue mi hombro lo que tocó con el bastón, y su voz adoptó un tono de ardorosa diligencia.

—¡Pero léelo, compañero! Nos dirigimos a la estudiantía como un todo y sin embargo la estudiantía no existe, como siempre decía papá, sólo los estudiantes, que tienen que graduarse uno por uno. Quiero que seas el profesor de Giles de este campus, por el bien de ellos; pero más que eso, quiero que te inicies, por tu propio bien. ¡No dejes de leerlo!

Un momento después, la punta de la vara se quedó quieta. Después me dio un toquecito con ella y se marchó, y me gritó desde el pasillo:

—¡Estaremos en contacto!

Pero no fue así. Su texto mecanografiado languideció al lado del mío —uno sin leerse, el otro sin escribirse— e incluso un conserje descuidado los mezcló. Respiré hondo y el trimestre de invierno había terminado; me detuve a reflexionar un momento y me encontré con treinta y dos años. ¿Qué es lo que mejora con el tiempo? Frente a una clase, me olvidé de lo que opinaba sobre cualquier cosa y tuve que fingir que estaba enfermo. Algunos hombres famosos murieron; la situación política se deterioró. Ya no podía cenar justo antes de acostarme como hace un joven y, pese a ello, dormir bien. Cada vez menos propuestas de vida social; en breve, ninguna. El casquete polar, advierten los científicos, se va a derretir. El problema de la superpoblación no se puede solucionar. «El universitario de primer curso, hoy en día, se toma sus estudios más en serio que sus predecesores, pero ¿acaso también tiende a pensar menos por sí mismo?». Ayer uno tenía veinte años; mañana, muere de viejo.

En los crepúsculos extrañamente claros de marzo, cuando el aire está helado, uno reflexiona sobre los apasionados corazones que ahora se encuentran en la tumba y desea que las horas que le quedan, y que pasan tan veloces, fueran más intensas. Chicos y chicas jóvenes, segados cuando su sangre todavía ardía, duermen ahora en los campos; ancianos que sueltan un juramento al expirar; los apasionadamente buenos, los apasionadamente malvados, todos en sus tumbas, cubiertos por un suave

liquen, y las florecillas asintiendo. Uno anhela... hacer un viaje. ¿Por qué uno no será un héroe?

Leí el *Nuevo Programa Revisado*. ¡Hagan ustedes lo mismo, caballeros y damas en cuyas manos se encuentra esta carta!

Una última palabra. He intentado laboriosamente encontrar al señor Stoker Giles, o Giles Stoker (la coma de su nombre en la primera página y mi recuerdo imperfecto de los detalles de aquella ominosa tarde hacen que el orden sea incierto), con un entusiasmo que podrán apreciar en breve. En vano: no aparece tal nombre en el directorio de nuestros alumnos, ni hay ninguna «Facultad de New Tammany» en la lista de instituciones acreditadas de enseñanza superior. Del mismo modo, consulté a uno de nuestros expertos en ordenadores sobre la cuestión de la autoría del *N. P. R.*: su opinión fue que ningún dispositivo automático que conociera era capaz, por el momento, de redactar más que relatos con una estructura y un estilo rudimentarios, pero añadió que no existía ningún límite teórico para que incluso nuestras propias máquinas desarrollaran tal capacidad con el tiempo. Se trataba sólo de crear un sistema de circuitos y unos programas más sofisticados, como el mismo ordenador sin duda podría comprender; el dispositivo ya estaba enseñando literatura y redacción, observó, con la misma competencia que cualquier otra materia, en diversos programas piloto que se habían implantado en nuestro campus, y declaró su convicción de que cualquier cosa «susceptible de enseñarse por ordenador» (éstas fueron sus palabras) era también «susceptible de enseñarse al ordenador». Además, no podía saber a ciencia cierta lo que sus colegas militares estarían haciendo, por no hablar de sus homólogos «del otro lado»; consideraba que la carrera informática no era menos importante que la competencia relativa al desarrollo armamentístico, y se hallaba envuelta en un secretismo similar. Su impresión era que nuestros enemigos estaban más preocupados por la capacidad de cálculo en bruto que por la versatilidad y la sofisticación —no había pruebas de que emplearan ordenadores, como hacemos nosotros, para encargarse de hacer salchichas, recomendar matrimonios, apostar en eventos deportivos y componer música, por ejemplo—, pero nadie podía estar del todo seguro.

Estarán de acuerdo conmigo, por lo tanto, en que lo más probable es que el *Nuevo Programa Revisado* no sea obra del «ORDACO» sino de un hechicero oscuro e irresponsable cuyo *nom de plume*, al menos, es *Stoker, Giles*; y también estarán de acuerdo en que ésta no es la única posibilidad, ya que, como observó aquel tipo extraño y maravilloso, es una verdad literal que hay «otras universidades además de la nuestra». Para el estudioso individual de la sabiduría del libro, la cuestión de su autoría es irrelevante en cualquier caso, y me parece sumamente improbable que se cometa una violación de derechos de autor, por ejemplo, mediante la publicación de esta obra. Declaro que el texto que les envío aquí es idéntico al que se dejó en mis manos aquella noche trascendental (con la excepción de ciertas correcciones y

reestructuraciones que el imperfecto dominio de nuestro idioma del autor y su reconocido respeto por mi criterio estético me animaron a llevar a cabo). Mis intenciones son: 1) guardar el dinero que se me pague en tanto agente, por si el autor reaparece; 2) renunciar a mi puesto de profesor, cualesquiera que sean las adversidades que ello pueda suponerle a mi familia, y dedicarme a la tarea de mi propia reeducación, incluso hasta el punto de hacer como si estuviera «otra vez en la guardería» si fuera necesario; y 3) para conseguir este objetivo, compilar una exposición más formal y sistemática de las enseñanzas del niño-cabra, así como un comentario exhaustivo sobre el *Nuevo Programa Revisado* y en concordancia con él, ambas cosas para emplearlo en el aula en mi propio «Nuevo Currículo», que todavía se encuentra en fase de planificación.

Todos estos proyectos, deseo y espero, junto con el *Programa*, compensarán más que de sobra las pérdidas que han debido afrontar por mis anteriores manuscritos y justificarán su confianza incesante y más que conmovedora en

Este renacido Buscador de Respuestas,
J. B.

N. P. R.
EL
Nuevo Programa Revisado
DE
George Giles
NUESTRO GRAN MAESTRO

Consistente en las grabaciones autobiográficas
y perentorias leídas en la Facultad de New Tammany a su hijo

Giles (,) Stoker

por el Ordenador Automático del Campus Occidental
y por él preparadas para el desarrollo del currículo gilesiano

Primera bobina

1. SU CUIDADOR. SU CABRANCIA

Mi nombre es George; mis actos se han relatado en la Sala de la Torre y la crónica de mi infancia ha aparecido en el *Journal of Experimental Psychology*. Soy el que en esa época fue llamado Billy Bocksfuss, un apelativo cruel y poco apropiado. Y es que si realmente tuviera una pezuña hendida ahora no iría renqueando apoyado en un palo, ni necesitaría que me llevaran a caballito a clase cuando llueve. Sí, fue precisamente por falta de una pezuña por lo que a los catorce años fui pateado en vez de pateador; por lo que caí tullido sobre la hedionda turba y tuve que ver cómo un bruto carnero de Angora cubría a mi primer amor. Que Dios se apiade de aquel macho que me expulsó de un mundo a otro, cuyos cuernos retorcidos inflamaron la imaginación de mi amada, que me sacó de los pastos y me puso a cojear por el camino que todavía recorro. Él coronó esta frente desnuda, oprobio de mi descendencia, con el oprobio de los hombres; dije adiós a mi caprina infancia carente de cuernos y partí, un estudiante humano y cornudo, con rumbo a las Puertas de la Graduación.

Yo fui, en otras palabras, el niño-cabra de la Colina Agrícola. ¿Quién me engendró, y en quién, quién lo supo, en qué rincón de la Universidad vi la luz? Mi destino fue no llamar papá a ningún hombre, ni mamá a ninguna mujer. *Herr Doktor*, el profesor Spielman, fue mi cuidador: Maximilian Spielman, el gran psico-proctólogo matemático y exlíder de la minoría en la asamblea de la facultad; el extraordinario Max que dio su nombre a la Ley de la Ciclología, y que en su plenitud encabezó el combate emprendido por su departamento para instaurar alguna clase de exámenes que complementaran a los orales. Ay, su ardiente cruzada quemó más de un dedo, por lo que, lejos de recibir un cargo de profesor emérito para confortarlo en la vejez, fue expulsado un año antes de jubilarse con la acusación falsa de bajeza intelectual, aunque su único delito, confesó al final, fue sugerir en una conferencia que sólo por medio de su ciencia se podía llegar al fondo de la naturaleza humana. Caído en desgracia, sin un céntimo, se vio obligado a aceptar cualquier empleo que pudiera encontrar para mantener juntos el cuerpo y el alma; y así fue como pasó sus últimos años como Cabrero Superior en las Granjas de la Facultad de New Tammany. Una ignominia, aunque ¿quién puede decir que Max no fuera el principal responsable? Dedicó su obra maestra, *El enigma de los esfínteres*, que tardó veinte años en concluir y a la que sólo le faltaba el prólogo, a alimentar a las cabras, a razón de un capítulo por vez: yo mismo, según me contaría años después frente a un queso Mont d'Or y una cerveza alemana, almorcé en una ocasión el Apéndice Segundo, un poema hecho de números y destinado a demostrar matemáticamente su creencia en la rectitud esencial de la naturaleza de los estudiantes. Amargado, pero de corazón demasiado grande como para perder la esperanza, se apartó por completo de la sociedad y empleó todo su genio con el rebaño. Vivía con nosotras durante todo el año: se hizo un hogar en una casilla del establo, para el invierno, y venía a pastar con

nosotras cuando el clima se volvía más cálido. Llámenlo si quieren tribulaciones profesionales del investigador de campo; el hecho es que pronto comenzó a sentir por sus objetos de estudio más amor del que nunca había sentido por sus pares en la asamblea. Se volvió vegetariano, se dejó crecer una pequeña barba, cambió la toga y el birrete por una pelliza de Mohair y sólo se lamentaba de, por su edad, no poder desplazarse a cuatro patas. Aunque nunca en su vida se dignó a volver a publicar nada más, sus investigaciones en ningún momento fueron más intensas y meticulosas que durante los primeros años de ese período. Las cabras, al fin y al cabo (por citar una entrada de su diario) «no ocultan por vergüenza ese aspecto de su belleza que ansío desentrañar; serenamente conscientes, a su manera, de que un todo perfecto es la suma de unas partes perfectas, llevan su bandera bien alta». Su único enemigo entre los machos cabríos era un viejo Toggenburger marrón llamado Freddie, el déspota del rebaño, que, cuando veía que Max se inclinaba para examinar a alguna cabritilla, lo corneaba, pues lo tomaba por un rival. Max, entonces, solía verse impulsado de cabeza contra el objeto de sus investigaciones, que, al considerarse víctima del acoso de su cuidador, solía retirarle su confianza. Una pérdida de compenetración tal entre la examinada y el examinador no podía permitirse; igualmente enojosa resultaba la coincidencia de que el director del Departamento de Expresión Oral de New Tammany, cuyas tácticas obstruccionistas en la asamblea habían impedido la aprobación de la Ley de los Calificativos Anales y contribuido a la caída de Spielman, se llamara Fred. Max consideraba que esto era una señal y se tomó su venganza. No se atrevía a acercarse abiertamente al Toggenburger, por lo que una noche de octubre, cuando los machos estaban balando, como era habitual en ellos, llenos de lujuria (ninguno con más fuerza que el traicionero Freddie), hizo que una cabrita joven y vivaz se acercara a la casilla de su enemigo: un momento más tarde, Max se arrastró por detrás de él con una tijera para cortar el maslo. Zas, el viejo granuja fue amputado en acto de servicio. ¡Su gozo en un pozo! Y a partir de entonces, toda su furia desapareció; se volvió gordo y dócil, y no dijo ni una palabra cuando su cuidador lo descornó unas semanas después. De estos trofeos, Max hizo con el primero un amuleto, del que hablaremos próximamente, y con el segundo un par de shofares que desde ese momento empleó para llamar al rebaño... y sus estudios continuaron sin más problemas. De hecho, ya fuera porque comprendieron «a su manera» que Freddie había quedado arruinado y estaban agradecidas a su arruinador, ya fuera porque en el mundo de las cabras el cuerno y los testículos generan obediencia independientemente de quién los porte, los machos cabríos siempre le cedieron el paso a Max de ahí en adelante, y las cabritas brincaban al oírlo llegar. Los siguientes meses tal vez fueran los más dichosos para él: fundó las ciencias de la proctoscopia analógica y de la cosmografía psicosimbolista, creó el Índice Rectimétrico para «distinguir, aritméticamente y para siempre, a las ovejas de las cabras» e investigó las tenues primeras señales de lo que más tarde se convertiría en la Ley de Spielman, su última aportación, y la de mayor alcance, a la comprensión

de la Universidad por parte del ser humano. Ese remate final en el templo de su genio, clímax de su épica búsqueda de Respuestas, ya suena casi a tópico, prácticamente banal; y sin embargo, ¡qué energía, qué apabullante perspicacia! Con cinco palabras, Max Spielman sintetizó todos los campos que hasta entonces había explorado por separado, mostrando que el «enigma del esfínter» y el misterio del universo son lo mismo. *La ontogenia recapitula la cosmogenia*. ¿En qué consiste esta frase sino en afirmar que la proctoscopia repite la hagiografía? ¿Que nuestro Fundador, en la Colina del Fundador, y el más tierno estudiante de primer curso en su primer *mons veneris* son padre e hijo? ¿Que mi día, mi año, mi vida y la historia del Campus Occidental son ruedas que giran en el interior de ruedas? «La ontogenia recapitula la cosmogenia». No puedo oír estas palabras más que con el suave acento moisiano de mi cuidador. Bueno, el viejo Max conocía el destino de las grandes hipótesis, pero sus duras experiencias lo habían llevado a desconfiar injustamente de la sabiduría de sus colegas, y su aislamiento impidió que al final apreciara al ORDACO. Durante cincuenta años, decía, su teoría de las Correspondencias Cíclicas estaría anatemizada en el Campus Occidental. Todavía no habían pasado ni veinte y ya había sido convertida en dogma por el rector, grabada por el jefe de los programadores y devorada por el ORDACO.

No habría podido profetizar su fama actual, por muy clarividente que fuera durante sus últimos años, y predecirla tampoco habría mitigado mucho su misantropía. Sin embargo, a pesar de que rechazó, y con justicia, la tardía oferta que le hizo el patronato para que se beneficiara de las ventajas de un cargo emérito, hay algunas pruebas de que se dulcificó en sus últimos cursos, incluso de que tal vez se sintiera solo y anhelara estar con alguien de su especie. De las multitudes que han citado la famosa máxima «Cabrera es más humana que hombres, und hombre es más cabrrón que cabrras», ¿cuántos han comprendido su profunda ambivalencia? Es cierto que tuvo un serrallo de cabritas (aunque sus apetitos a este respecto han sido exagerados en demasía, al igual que su potencia) y que las llamó con los nombres de las principales miembros del Club Femenino de la facultad, pero no había malicia en la voz que llamaba a Helen a su casilla, o a Maude o a Shirley; y el respeto que mostraba por Mary V. Appenzeller, mi muy querida mamá, era algo que cualquier niño desearía para su madre humana. Pero la prueba más reveladora de que Max todavía sentía cierto amor por la raza humana es lo que con más frecuencia se menciona para desacreditarlo: me refiero a mi propia aparición en el establo de las cabras y mi crianza con los demás retoños del rebaño del Campus Occidental.

Ahora sé que no soy hijo de Max y Mary: eso me lo contó el día en que me enteré de que era un hombre. Que a aquellos que me tienen lástima por cómo fue mi infancia les quede esto bien claro: lloré tanto al hacerme consciente de una cosa como de la otra. ¡Qué bonita y alegre fue mi infancia! La dulce Mary Appenzeller repudió al resto de su familia para amamantarme; gracias a sus espléndidas ubres, cuyas fuentes gemelas manaban cada vez que yo lo requería, pasé de ser un robusto lactante

a convertirme en un niño tan sano como pueda soñar cualquier varón humano. La fatiga era mi único problema, y lograr descansar lo bastante, mi única preocupación. Comía lo que quería, y cuando y donde quería: aulaga y tojo y fleo; tortas de semillas de lino, cortezas de sauce y salvado. Las bellotas me astringían cuando estaba suelto; las remolachas forrajeras me soltaban cuando estaba estreñado. Como no había reglas que pudiera incumplir, Max nunca me azotó; como él me separaba el heno y me daba palmaditas en la cabeza, yo lo amaba de una manera ilimitada. Al igual que mis compañeros de establo, tenía miedo del fuego, de los ruidos fuertes y de los machos más grandes, pero sólo cuando estaba ante estos peligros, nunca durante su ausencia, y por lo tanto la ansiedad me era tan desconocida como el jabón. Cuando estaba contento, retozaba por donde quería, jugaba con mis hermanos a embestirnos y balaba en los campos de tréboles; enfadado, pateaba mi casilla, a mis compañeros o a Mary Appenzeller, lo que tuviera detrás, y entonces era o bien ignorado o bien pateado al instante. No aprendí ni a sumar ni a hablar hasta que tuve diez años, pero a los cinco años mis zancadas superaban las de cualquier niño humano de doce; podía saltar de roca en roca como un rebeco, romper una cerca con la cabeza, distinguir seiscientos noventa clases de plantas y comérmelas todas salvo ochenta y tres. Mi educación moral no requería ningún tipo de sermón (en lo cual no difería para nada de la de los humanos): Quien desatiende a sus apetitos, sufre sus tormentos; Quien presume imprudentemente, puede resultar corneado; Quien ensucia su casilla, debe dormir entre las inmundicias. Hay que arrimarse, aprendí, a quien te trata con cariño; Hay que evitar a quien te hace daño; Hay que quedarse dentro de la cerca; Hay que tomar lo que se te ofrece, todo lo que puedas durante todo el tiempo que puedas; No hay que cambiar lo seguro por lo posible; Hay que dar órdenes cuando uno pueda y recibirlas cuando no, pero no hay que abandonar el rebaño. Lecciones sencillas en las que se combinan el instinto y el aprendizaje y que garantizan a quien las ponga en práctica tardes de suprema dicha y noches tranquilas. Durante trece años, cercaron los pastos de mi alma; me divertí y correteé sin preocupaciones. En el decimocuarto, crucé sus puertas —como he cruzado muchas otras desde entonces—, miré hacia atrás y vi que aquello de lo que me estaba despidiendo era mi felicidad.

2. SU DECANATO DE LA COLINA

Se adulan a sí mismos quienes sostienen que yo no supe lo que era la *gente* durante todo aquel tiempo; que si alguna vez hubiera visto seres humanos normales, habría deseado tristemente abandonar el rebaño. Lo cierto es que Max no mantuvo mi existencia en secreto; la gente sabía quién era yo mucho antes de que aparecieran aquellos artículos en el *Journal of Experimental Psychology*. De hecho, la Sociedad Protectora de Animales de New Tammany, interpretando de manera amplia su jurisdicción, actuó más de una vez «en mi nombre», y sólo la intervención directa del rector (que, digamos, se sentía culpable por el despido de Max) evitó que me apartaran de mi familia. Todos los fines de semana veíamos estudiantes y profesores junto a la cerca. A mí me gustaba tanto verlos como a todos mis amigos, y triscábamos para entretenerlos. Si con el tiempo Max me prohibió que me acercara a ellos, no fue por miedo de que yo *desertara*; sabía que no cambiaría mi libertad por la lamentable condición de quienes se desplazan, titubeantes, sobre dos patas, apestan a perfumes antinaturales, se envuelven en diversas capas de tela y nunca tienen permiso para corretear por los pastos. Lo que él temía —ay, y con razón— era que si no me envenenaban —como hicieron con una cabrita Schwarzhals que conocí una vez, dándole tabaco—, me corromperían con su mal ejemplo. Llegó un día en que aquellas restricciones comenzaron a irritarme: Max pensaba que yo era más inocente de lo que yo sabía que era, y por lo tanto, como cualquier jovencito, yo subestimaba mi propia susceptibilidad.

A él le hubiera resultado alarmante mi grado de sofisticación a los catorce años. Por medio de la mera observación había aprendido a distinguir a los hombres de las mujeres, incluso cuando estas últimas llevaban pantalones y la lana esquilada. Para estar seguro, todavía debía calcular la medida de la fragilidad humana: alguien cuyos hermanos pasan a ser padres antes de cumplir un año, y que ha estado jugando a follarse cabras desde que empezó a moverse, apenas puede representarse a un animal que no se puede aparear hasta los trece años. Pero yo comprendía bien por qué sus cuidadores nunca mostraban escrúpulos por el hecho de que los jóvenes machos y hembras humanos corrieran juntos, y por qué se sentían tan avergonzados de sus cuerpos que se ayuntaban en la oscuridad. Más de una noche, sin que Max se enterara, entraban parejas humanas en la pradera llena de alforfón: si yo los escuchaba avanzando y rozando las pajas —cosa que sucedía a menudo, ya que sus intentos de guardar silencio eran sumamente torpes—, me escapaba del cercado para observar sus movimientos desde algún escondite cercano. Cuando me di cuenta de lo poco que veían en la oscuridad y de la pobreza de su olfato y su oído, me volví tan audaz que me acercaba casi hasta ponerme a su lado, para no perderme ni una palabra de su curioso balar, y nunca fui descubierto. De este modo descubrí que aquellas bestias eran más peludas en los pocos lugares donde las cabras no tienen pelo, y no

tienen pelo casi en el resto del cuerpo, donde más falta hace la lana (consideraba la piel de angora con que me envolvía como parte de mi propio cuerpo, de lo poco que me la quitaba). Yo había dado por hecho que todos los hombres que veía estaban castrados, ya que corrían con las mujeres y nunca olían a lujuria: entonces aprendí que ninguno de los dos sexos pasaba con demasiada fuerza por un período de celo, lo cual me sorprendió poco. ¿Quién podría montar, por ejemplo, a un monstruo con dos cabezas en lugar de una, y que, para colmo, le salen del trasero? Así de tremenda me pareció la primera hembra humana que vi sin ropa, con aquellas extrañas y pequeñas ubres en el extremo equivocado del tronco. Y, sin embargo —alabada sea la naturaleza, que le proporciona una dragona a cada dragón, y alabados sean los instintos, que hacen que los gusanos se amen los unos a los otros—, ella logró acoplarse débilmente con su macho lampiño, al fin y al cabo, y mi educación dio un gran paso adelante.

Pero ya ven cómo me voy alejando del tema, de un modo parecido a como empecé a alejarme del rebaño y a dejar atrás mi buen juicio. Aquellos actos de espionaje tuvieron que ver con lo que sucedería más adelante, pero por el momento, que sirvan para demostrar que yo era menos ingenuo de lo que suponía el bueno de Max. Y es que, a los catorce años de edad, ya entendía que él era una especie de humano, pese a sus largos rizos blancos y a su formidable olor; y, además, aunque todo el rebaño me aceptara como un hermano, que yo no era una Alpina ni una Murciana ni una Schwarzenberg-Guggisberger, sino que pertenecía a una raza de la que era el único ejemplar. Lo que la gente venía a ver era a mí; creo que eso es algo que supe desde siempre. Mis compañeros crecían más rápido y eran más ágiles que yo; al cabo de un año, se juntaron con los adultos y fueron reemplazados por recién nacidos nuevos, mientras que yo permanecí una larga temporada en el cercado destinado a los juegos infantiles. Eran más fuertes, más hermosos y (perdonémoslos) más predecibles. Yo era meramente listo, aunque lo bastante bobo como para crearme superior a ellos por eso. Sólo yo podía trepar a un árbol y roer su corteza, quitarme mis propios piojos, imitar cualquier sonido que oyera y convertir un cayado de pastor en un arma. A todos nos gustaban los trucos y las artimañas, pero ellos no tenían ni la mitad de mi capacidad inventiva, y en todo el mundo caprino nunca nadie se ha engañado a sí mismo salvo Billy Bocksfuss.

En nuestra zona de juegos había unos cuantos barriles y tablones que utilizábamos para hacer de Decano de la Colina. Para entretener a mis admiradores, yo solía colocar dos tablas contra los lados opuestos de la parte de arriba de un barril; Tommy de Redfearn, mi mejor amigo, salía corriendo desde un lado y yo desde el otro, y luchábamos por hacernos con la cima. Una mañana, durante un fin de semana, animado por los aplausos, elevé la altura de la Colina poniendo un barril encima de otro, y después dos barriles y una caja, sobre los que trepé con muchas dificultades desde el lado. El tablón estaba demasiado empinado para los demás; sólo podían adorarme desde abajo mientras yo me tambaleaba en la cumbre; al poco tiempo,

fingiendo indiferencia, se pusieron a embestirse unos a otros en el suelo como si no me oyeran pavoneándome allí arriba, ni los gritos de aprobación por parte de la multitud. Pero yo sabía que sus corazones estaban rebosantes de envidia. Tom de Redfearn, especialmente, estaba deseando venir conmigo.

—¡Vamos, Tom! —le grité, y él comenzó a ascender por el empinado tablón hasta que cayó al suelo. Entonces los humanos prosiguieron con mi burla:

—¡Vamos, Tom! ¡Vamos, Tom!

Mi pobre colega marrón se lanzó a subir por la tabla apoyada en el barril, volvió a caer en el fango, volvió a tratar de subir. Yo me burlé imitando sus balidos; él redobló sus esfuerzos; mi torre tembló.

—¡Vamos, Tom! —grité, y me encontré haciendo ese ruido tan estruendoso y peculiar que había oído hacer a los humanos—. ¡Ja, ja, ja! ¡Vamos, Tommy! ¡Ja, ja, ja!

La palabra *risa* aún no formaba parte de mi vocabulario; yo había imitado su sonido muchas veces, pero ahora comprendía su causa y su uso. Inspirado, hice pis encima de mi amigo.

—¡Ja, ja, ja! —reímos todos, y él huyó de un salto.

Entonces oí a Max llamando desde la puerta del establo:

—¡A verr, tú, Billy! —Su voz tenía un tono severo—. Baja de ahí —me ordenó, y concebí una idea nueva y extraña: estaba celoso. Los espectadores abuchearon. Aunque nunca había oído aquel sonido antes, capté su importancia a la primera y no me resultó difícil reproducirlo. Y aun más, me sugirió mi último y supremo truco: alzándome sobre las rodillas, me puse las manos a ambos lados de la boca e hice una perfecta imitación del shofar de Max.

—*Verboten!* —gritó él, tirándose de la barba y amenazándome con su cayado.

Era la palabra que indicaba peligro. De inmediato, todas las cabras que había por ahí levantaron la cabeza para echar un vistazo; los años de instrucción me hacían sentir atrapado por aquella palabra como por una mano; todos mis sentidos se afinaron. Pero ¿dónde estaba el peligro? Los humanos estaban conmigo; comenzaron a reírse de nuevo, de modo que una y otra vez hice sonar la llamada del cuerno por los campos.

—¡Teruuuua! ¡Teruuuua!

La combinación de la señal de alarma y la llamada hizo que las cabras se pusieran como locas; brincaban y gritaban y se chocaban contra las cercas. Todas las hembras llamaron a sus chivitos, y los chivitos a sus mamás... Oí cómo Mary balaba llamándome desde su casilla. Los machos grandes se pusieron a trotar en sus rediles y a embestir por todas partes. Tom de Redfearn se encontraba entre Max y los barriles. Y allí estaba nuestro cuidador gritando «*Verboten!*», pero también se oía la llamada de Billy Bocksfuss, Decano de la Colina.

Mi siguiente «¡Teruuuua!» resolvió las dudas de Tom: yo, que había sido su compañero de juegos, ahora era su cuidador y debía ser obedecido. Como antes, se

lanzó hacia los barriles, tratando frenéticamente de treparlos, y ahora los demás siguieron su ejemplo. Todavía los excitó más con mi «¡Ja, ja, ja!» y mi torre se vino abajo.

La había construido cerca de la valla así que, cuando la Colina se derrumbó, caí a los pies de mi público. No se me rompió ningún hueso, pero me quedé sin aliento y sentí un repentino terror por haberme caído, como pensaba que había hecho, dentro del redil de la gente. Ésta, a su vez, dio un salto hacia atrás; las mujeres chillaron, pero no más estridentemente que yo en cuanto recuperé el aliento. Fue una bendición no saber entonces lo que aprendería más adelante, que los hombres sacian su apetito sanguinario con *jambon de chèvre* y cabrito al oporto. De todas maneras, me imaginé que vendrían a por mí, como harían nuestros machos con cualquiera de ellos que se hubiera caído y estuviera al alcance. Me levanté con la única idea de huir de nuevo al cercado de los juegos; pero había patas metidas en pantalones por todas partes a mi alrededor y, todavía aturdido por la caída, me lancé en la dirección equivocada. Aumentaron los gritos; recibí un golpe cruel en plena boca con un palo. Llegué a trompicones hasta la cerca, pero tenía los ojos humedecidos y no podía ver lo suficiente para trepar. Max se acercó a través del redil, gritándoles que pararan; yo quise transmitirle mi dolor balando y escarbaba hacia arriba y hacia abajo en busca de la puerta. Había un alboroto terrible en el redil. «¡Ja, ja, ja!», rugía la gente, y me daba patadas con sus pezuñas cubiertas de cuero.

Horas más tarde, cuando por fin terminó de tranquilizar al rebaño y me puso unas compresas frías en las contusiones, Max me explicó lo mejor que pudo que mis atacantes estaban tan asustados como yo, y que me habían pegado pensando que yo quería hacerles daño. Esto fue algo que comprendí bastante rápido. Lo que me dolía con más intensidad que los moratones era una cosa que a él no le resultó tan fácil aclararme en nuestra sencilla lengua: ¿por qué habían celebrado mis trucos y después se habían *ja-ja-jeado* mientras me golpeaban? Atacar era completamente normal para los machos de cualquier especie, por muy desigual que fuera la contienda. Pero ¿qué tipo de animal era ése que se *reía* al ver a su víctima en apuros?

Cuando me esforzaba por encontrar las palabras adecuadas para plantear esta pregunta, sentí un empujoncito en la espalda; Tommy de Readfearn había superado su miedo, al menos lo bastante como para cruzar el redil de los chivitos y acurrucarse a mi lado en el regazo de Max, que compartíamos muchas veces. Todavía olía a mi pis, y cuando traté de quitarle los piojos a modo de desagravio, dio un brinco y se alejó temblando.

—Bueno —dijo Max, y fue lo bastante amable como para no decir nada más.

3. LA SEÑORA PELOCREMA

Tan dulce paciencia —gracias a la cual también me libré de ser castigado por mis fechorías— no se contaba entre mis virtudes. Cuanto más pensaba en cómo había maltratado a Tom de Redfearn, más me llenaba de ira y me atormentaba. De hecho, paladeé el odio por primera vez y, al sentir su oscuro sabor en la lengua, aquella noche no pude dormir, cosa que nunca me había pasado. A la mañana siguiente, Tom no me guardaba ningún rencor, y estaba dispuesto a volver a jugar; pero cuando las ruedas de hierro llegaron hasta el redil y los humanos de la tarde descendieron para admirarme —su número se había incrementado al correrse la voz de lo que había sucedido el día anterior—, embestí ferozmente contra la valla y me sentí muy satisfecho al verlos diseminarse. Eso se convirtió en mi costumbre: me quedaba esperando en mi casilla hasta que se congregaran los visitantes, cargaba una vez contra ellos y después me retiraba para meditar y hacer balance de lo acontecido en el día. Cuando se les pasaba el susto inicial, me suplicaban y me provocaban para que me lanzara de nuevo a por ellos —«¡Aquí, Billy!», «¡Vamos, Billy!»— y preparaban unos palos para pincharme a través de la verja. Pero nunca estaban preparados para la primera carga: todos a la vez, daban un salto hacia atrás; las hembras chillaban, los hombres juraban. Nunca les proporcioné el placer de una segunda embestida.

—Eso no está bien —opinó Max. Pero no dijo *verboten*, como habría hecho en otro tiempo, y me di cuenta de que solía quedarse por ahí cerca para ver a aquellas bestias saltar.

Este nuevo juego —digamos mejor *distracción*, ya que yo había perdido por completo mi sentido lúdico— me tuvo preocupado hasta una tarde de marzo, poco antes de que hubieran pasado dos semanas desde mi caída. Aquel día no había tenido víctimas; era viernes, y Max ya me había explicado hacía mucho tiempo lo incomparablemente sosos que eran los humanos, que se pasan cinco días por semana aprendiendo cosas que los hacen infelices. Después de la cena, mientras Tom de Redfearn y yo salegábamos con gran placer, oí un repiqueteo metálico procedente de la carretera y supe que era el ruido de una *bicicleta*. Juntos, echamos un vistazo a través del redil: una humana regordeta con un abrigo marrón había desmontado de su cosa en medio de aquella luz crepuscular y se acercaba a nuestra cerca. Por su aspecto se podía notar que no era una cría, aunque la verdad es que a mí todos los humanos menos Max me resultaban muy parecidos. Tenía el pelo blanco crema, como una Saanen, y parecía ir peinada decentemente; llevaba unos monóculos enjoyados y con unas esquinas puntiagudas, y las piernas desnudas desde los corvejones hasta las pezuñas. ¿Cómo se puede describir a una criatura que cambia de piel cada día? Anduvo hasta la valla y echó un vistazo al redil, donde tres o cuatro chivitos dormían con la panza llena. Fueron lo bastante educados, cuando ella les gritó algo incomprensible, como para ir a olisquear los hierbajos que les ofreció

metiéndolos a través de la malla. Pero, naturalmente, no era de ellos de quien había ido a burlarse; fingió que le interesaban durante medio minuto y después soltó unos gritos en dirección al establo. Su tono de voz me pareció apocado; me imaginé que temía que Max la oyera y le dijese que no me molestara.

—¡Yuju, Billy! ¡Ven, Billy! ¿Billy?

Me llamó, pues, por mi nombre, cosa que me hacía sufrir. Salí lleno de cólera al redil y salté hacia ella soltando un aullido que había aprendido de la perra ovejera del otro lado de la carretera. Los chivitos se escaparon dando brincos en todas las direcciones, tropezándose con sus propias piernas. Pero aunque soltó las hierbas y echó las manos hacia atrás, la mujer no huyó. No había nada de miedo en su expresión, sólo preocupación y algo más. Yo me enderecé sobre las rodillas, cogí la malla y gruñí.

—No, no —dijo ella. Incluso se agachó hasta quedar a mi altura, sacó una cosa de su bolso y me la ofreció por si quería comérmela. Yo retrocedí y volví a embestir, ahora demasiado furioso como para pensar que me podría haber preparado alguna trampa. Choqué contra la valla, reboté hacia atrás y volví a chocar contra la valla. Relinché y pateé el suelo y enseñé los dientes, balé y ladré y rebuzné; le tiré un tablón y trozos de mierda, y mientras tanto ella no dejó de suplicar:

—¡No, Billy! ¡Por favor!

El escándalo hizo que Max saliera renqueando del establo, donde se habían metido corriendo los chivitos. Me encontró rodando, furibundo, por la tierra.

—¡Chu! ¡Chu! —le gritó a la mujer—. ¡Psss! ¡Vete a casa!

Entonces ella empezó a hacer un ruido realmente raro, uno que yo nunca antes había oído: una mezcla de gemido y ronquido de lo más cautivador. Y empezó a caerle agua por detrás de los monóculos cuando se dio la vuelta. Me preparé para saltar hacia ella por última vez, para que se marchara más deprisa.

—*Stillstand!* —me espetó Max. Y es más, me atizó en las ancas con la punta de su cayado —la primera vez en la vida que me hizo daño— y cuando instintivamente resoplé y agaché la cabeza ante él como habría hecho cualquier macho, él me dio un golpe bien fuerte en el lomo y me dijo:

—¡Métete ahí dentro o te voy a ponerr anilla en tu estúpida narizota!

Tan inesperado fue el golpe, y sus palabras tan duras, que solté un gañido y corrí a refugiarme en el establo, más asustado incluso que cuando mi torre se había derrumbado. La mujer, montándose en su bici, hizo otro de esos ruidos extraños; oí cómo Max la seguía espantando en voz baja. Yo tenía la cara húmeda. Me pasé un brazo para ver la sangre que me habría salido por donde él me hubiera hecho el corte, pero sólo encontré agua, que me embadurnó la muñeca llena de polvo y estaba salada como el salegal. Me dolía la garganta, me temblaban los labios; ahora yo también me retorció y berreaba, y más fuertes fueron mis alaridos cuando Max vino a consolarme: me abrazó, me besó los ojos, dijo:

—*Ach*, niño, ¿qué llorras ahorra? —Y en todo el establo resonaba mi primera aflicción.

Me explicó aquel sonido como había hecho con el otro; eso era parte de sus quehaceres. La tarea era ligera: entre nosotros, habíamos usado palabras cada vez con mayor frecuencia durante las últimas dos semanas, por una parte, de modo que mi provisión de ellas se había triplicado y cuádruplicado. Además, la cuestión en sí misma era menos misteriosa. A lo largo de las semanas siguientes, mientras cavilaba entre sueños en mi casilla (puesto que el insomnio ya no era algo extraño para mí), traté de experimentar con ambos: la risa, descubrí, era fácil de fingir, pero resultaba difícil llegar a ella de un modo genuino, mientras que sucedía todo lo contrario en relación con las lágrimas. Los recuerdos más hilarantes que tenía, como cuando Tommy de Redfearn me había confundido con Max, no traían más que una sonrisa a mis labios; sin embargo, tenía en la memoria como media docena de imágenes — Tommy apartándose de un salto ante mi contacto, Max amenazando con ponerme una anilla en la nariz, la mujer con el pelo de color crema que no se había apartado cuando había embestido— que hacían que me llenara de mocos y se me humedecieran las mejillas. De hecho, me ponía a llorar a la menor ocasión. En vez de atacar a mis visitantes, me quedaba llorando en una esquina del establo; la visión de los otros chivitos retozando o de la luz de la luna blanqueando el alforfón hacía que se me humedecieran los ojos; lloraba ante los esfuerzos de Max por animarme y ante su impaciencia por mis lágrimas; lloraba incluso por llorar así; lloraba por nada.

Aquella primavera también intimé con la inquietud. Cuando todo el cabrerío y su cuidador estaban dormidos, yo merodeaba por los pastos, espantando a los ciervos y despertando a las perdices; o apoyaba la barbilla sobre la verja y miraba cómo la carretera bajaba hacia los establos donde dormían los humanos, que, según me había contado Max, representaban la muerte para una cabra que se acercara a ellos. Durante el día, cuando todos salíamos a pastar, yo me escabullía del rebaño y vagaba por mi cuenta entre los grandes sauces negros que había junto al arroyo, o subía hacia donde se encontraban las tsugas mordisqueadas, en el linde del bosque.

Del bosque llegó, una soleada mañana de abril, un destello de luz. Al observar con atención, me di cuenta de que algo se movía entre los matorrales, tal vez a unos doscientos metros de donde estábamos pastando. Lo más probable era que fuese un ciervo, y que el destello de luz se debiera a alguna lata o trozo de cristal que habría movido con sus pezuñas; y también era posible que se tratara de algún estudiante humano que se hubiera escapado a nuestros pastos. En cualquier caso, se despertó mi curiosidad; desafié a Tommy de Redfearn a que me persiguiera en aquella dirección. Mi querido Tom ya era un colega bien robusto; aquel era el último mes que correría con nosotros antes de que lo encerraran para destinarlo a semental. Pero todavía le encantaba echar una buena carrera, y aunque no podía de ninguna manera contarle

cuáles eran mis intenciones, yo sabía que en cuanto viera al intruso nos lo pasaríamos en grande corriendo tras él hasta el bosque.

—¡Eh, Tom! —lo llamé. A medio camino entre el rebaño y las tsugas, volví a ver el destello; Tommy también debió de verlo, ya que se me acercó mucho, bajó la cabeza y regresó al galope, simulando no oír mis burlas. Miré a mi alrededor en busca de Max, pero aquel día no había salido con nosotros. Entonces fui solo. Por prudencia, hice mucho ruido, para advertir a la criatura que estuviera allí. Estaba bastante seguro de que no encontraría nada más que excrementos y huellas de pezuñas cuando llegara, pero justo detrás del primer árbol me topé con la mujer de pelo de color crema que había visto llorar. Ella estaba quieta, sin saber qué hacer, a unos diez metros de mí. Esta vez iba vestida de verde y llevaba un bolso de cuero ajustado contra el vientre; eran sus monóculos, descubrí, lo que había destellado al sol.

—Billy, bonito.

Pateé las agujas marrones y la amenacé con la frente.

—Mira, te he traído una cosa muy rica —me dijo. Como la vez anterior, sacó algo blanco y cuadrado del bolso. No sentí enfado en absoluto, sino una gran turbación; tendría que haber vuelto con Tommy. Fingí que iba a embestirla con la intención de hacer que volviera a sus pastos, pero ella se limitó a agitar delante de mí lo que me estaba ofreciendo.

—Ven, cariño, no tengas miedo. Es un sándwich de mantequilla de cacahuete.

Brinqué hacia ella dando un rugido, pero titubeé cuando estaba justo delante. Estaba muy claro que ella estaba dispuesta a sufrir mi ataque si era necesario. ¿Era acaso tan valiente o simplemente estúpida? Entonces se atrevió a tirar la comida blanca a mis pies y a acercarse a mí con los brazos extendidos. Yo ignoré su soborno (que, sin embargo, desprendía una fragancia de lo más penetrante): lo que me paralizó fue que sus ojos ya estaban brillando con aquella agua que últimamente estaba tan presente en los míos. Se agachó y me dio unas palmaditas en los rizos; sus olores humanos llenaron mis fosas nasales; me olvidé hasta de gruñir.

—Vaya, Bill es muy simpático, sí —dijo. Qué diferente era su voz de la de mi querido Max, y también su forma de tocarme. Me estremecí bajo su mano; me hice pis sin darme cuenta cuando me acarició el lomo—. Seguro que no va a hacerle ningún daño a su amiga —continuó—. ¿Sabes las ganas que tenía de que me vieras? ¡Y qué miedo tenía de ese bruto con el que juegas! Billy bueno, Billy simpático, éste es Billy. Toma, prueba esto, al doctor Spielman no le importará...

Me acercó el sándwich a los labios. Lo mordí por una esquina y se me empezó a caer la baba al notar su extraño sabor. La mujer me limpió la barbilla con una tela blanca y perfumada y cacareó algo sobre lo sucio que estaba. Yo engullí el resto del sándwich.

—¿A que estaba bueno? Mañana te daré otro. Y leche, si quieres, y algunas otras cosas que nunca has comido. ¿Qué me dices, Billy?

Era una pregunta retórica, planteada con sencillez y que requería una respuesta sencilla, un sí o un no, pero mi nueva amiga pareció asombrarse enormemente cuando le dije:

—¡Ja, ja, me parece bien!

—Ay, Dios mío, ¡pero si sabes hablar! —dijo echándome los brazos al cuello; yo me sentí amenazado y brinqué hacia atrás soltando un resoplido. Pero la mujer estaba llorando, y aunque no estaba acostumbrado a tal comportamiento, comprendí que no era por estar enfadada que me había abrazado contra su abrigo de lana. Era un abrazo similar al que me había dado Max el día en que yo aprendí a llorar —pero más oscilante y suave— y me puse a llorar al ritmo de ella, lo cual era más dulce que hacerlo solo.

Fue la mañana más larga y extraña de mi vida. Habiendo descubierto que yo hablaba, me hizo un montón de preguntas: ¿Max me pegaba? ¿No me sentía desdichado en aquel establo maloliente? ¿Me estaban enseñando a leer y a escribir? ¿No tenía ningún amigo además de las cabras? Yo no entendía la mitad de las cosas que decía; incluso cuando conocía las palabras, a veces no lograba comprender la pregunta. ¿Qué significaba, por ejemplo, si estaban haciéndome algo para las piernas? Siempre las había tenido como ahora: nervudas y ásperas, con unas estupendas protuberancias óseas en las articulaciones; no tan ágiles como las de Tommy pero mucho más capaces que las de Max. ¿Por qué habrían de hacerme algo en las piernas a mí y no a ella? Además, para ilustrar lo que era leer sacó un libro blanco del bolso; confundiénolo con otro sándwich, yo traté de arrebatárselo.

—No, vamos —me amonestó suavemente—, eso es papel, ¿sabes? Pobrecito, nunca te han contado cuentos antes de dormir, ¿verdad? Vamos a sentarnos, te leeré algo...

Yo hice como si me dispusiera a escucharla; después, cuando ella se sentó, arranqué una hoja del libro y me alejé de un salto para comérmela.

—¡Ay, Dios! —gritó ella alegremente—. ¡Conque ésas tenemos! Bueno, no hace falta que me las quites, jovencito, eso no es muy elegante. Da un paso atrás y di «por favor» y tendrás todas las que quieras —me dijo, y para demostrar que lo decía de verdad, arrancó también ella una página y me la ofreció—. Bueno, ahí van la primera página y la guarda, ¿verdad? Pero no deberíamos comernos las demás hasta que las hayamos leído —ella continuó con su cháchara y lo único que yo entendía era la amabilidad y el buen humor que transmitía su tono de voz. Volvimos a llorar, no sé por qué. De hecho, lloramos una y otra vez a lo largo de aquel día tan poco triste. Al final, apoyé la cabeza en su regazo mientras ella me leía y jugueteé con el reloj de plata que llevaba colgado del cuello en un cordel. ¿Por qué no estaba con el rebaño, y qué pensaría Max?

A diferencia de muchas otras cosas que escuché aquella mañana, el cuento era maravillosamente claro y apasionante: trataba de tres hermanos extraordinarios que deseaban cruzar un riachuelo y comerse unas coles, pero su inocente plan encontraba

la oposición de un típico visitante humano llamado Trol. Este Trol, entiéndase, no tenía ningunas ganas de comerse las coles ni, por lo que pude colegir, el puente era su redil privado; incluso si lo hubiera sido, no tenía la honorable intención de proteger su intimidad. Ah, no: me quedé espantado al oír de los labios tranquilos de mi amiga que aquel bruto quería matar a esos hermosos héroes para comerse su carne. Se me cerró la garganta al enterarme; apenas podía masticar la página en la que residía tanto mal. La mujer notó lo agitado que estaba, me dio unas palmaditas en el cuello e insistió en que era «sólo un cuento...». ¡Como si eso fuera una excusa para la maldad de Trol o sirviera para salvar a Wee Willie!^[4] Sólo cuando me aseguró que los hermanos acabarían triunfando pude contener las lágrimas y olvidé mi propósito de llamar a Max para que acudiera a rescatarlos, y es que aunque no pudiera ver a los señores Gruff, ellos estaban ahí en las palabras que brotaban de la página, tan reales para mí como Tommy de Redfearn. El más pequeño de los tres demostraba un gran ingenio para utilizar la sed de sangre de Trol en su propio beneficio. En el cuento no se nombraba ninguna raza, pero yo estaba seguro, en el fondo de mi corazón, de que aquel Gruff (que para mí era el verdadero héroe) era de la misma especie que yo. Me quedé fascinado con el desarrollo del cuento, no quería que terminara nunca, y sin embargo temblaba de lo preocupado que estaba por el segundo hermano, por si no había entendido la táctica del primero.

—¡Dile que espere al hermano mayor! —aconsejé. ¿Acaso tenía esperanzas de que pudieran volver a engañar a Trol? Cuando hizo su aparición el gran William Gruff me olvidé de seguir comiendo, y cuando vi que se hacía justicia (aunque de una manera sangrienta) y que aquella magnífica familia se salía con la suya, abracé a mi nueva amiga por la cintura.

¡Nunca hubo nada tan maravilloso como ese cuento! Su pasión me dejó agotado, aunque ya balaba pidiendo más cuando el shofar de Max sonó a lo lejos.

—¿Qué es eso? ¿Tienes que irte?

Metió de nuevo el precioso volumen en su bolso. Me contaría otro cuento mañana; sabía muchos. Y me traería más mantequilla de cacahuete.

—Bueno, ¡adiós! —me gritó.

Yo me precipité de nuevo contra ella, pues había entendido mal lo que me había querido decir. La llamada del shofar, mientras me movía, hizo que se me llenaran los ojos de lágrimas. Ah, ¿era eso? *Auf wiedersehen*, entonces, hasta mañana... El rebaño ya casi estaba en el establo.

—¡Adiós! ¡Adiós!

Galopé lloroso a través de los campos. Me detuve en el primero de los rediles de los machos para decirle adiós respetuosamente a Brickett Ranúnculo, un Anglo Nubiano que, de no haber estado mocho, habría sido exactamente igual que la imagen que yo me había hecho del gran William. Después entré corriendo y abracé con fuerza a Max, que estaba cortando heno.

—¡Te quiero, Max!

—¿Te has vuelto loco, niño? —Max dejó a un lado su horqueta—. ¿Dónde has estado, otra vez lejos de rebaño, y sin avisar a nadie?

Habló con un tono de voz severo, pero no enfadado; mi extraña conducta, aunque lo disgustaba, ya no le resultaba sorprendente. Deseé con todo mi corazón contarle a Max mi aventura, especialmente ese milagro llamado cuento, que nunca podría compartir con Tom de Redfearn. Pero luché contra aquel deseo, y de hecho no le dije ni una palabra sobre el sándwich de mantequilla de cacahuete, ni sobre el campo de coles ni sobre mi cita para el día siguiente, maravillas que me mantendrían despierto durante toda la noche. Cierta intuición me advertía: *Verboten*. Imitando a Wee Willie Gruff, ese espíritu inventivo, me despedí de catorce años de sinceridad absoluta y, por primera vez, disimulé ante Max Spielman.

4. EN EL BOSQUECILLO DE TSUGAS CON LA SEÑORA PELOCREMA

Mayo y junio me partieron el corazón en dos.

—¡Odio esa zona de juegos! —declaré.

—Pues sal fuera con rebaño.

Pero el rebaño, protesté yo con total sinceridad, era muy aburrido. ¿Quién quería pastar todo el día junto a unas cabras viejas? Fingí que era la ausencia de Tommy de Redfearn lo que me disgustaba, aunque me negué a quedarme con él en el redil de los machos.

—Déjame en paz —le dije a Max—. Para de agobiarme para que me quede con el rebaño.

Él se encogió de hombros.

—¿Quién te está agobiando? Lo único que quiero, que no seas desgraciado.

Vi cómo alzaba las pobladas cejas: yo no había sacado una idea como ésa de Tom de Redfearn o de Mary V. Appenzeller. Pero a mí ya no me importaba herir los sentimientos de nadie ni lo que pudieran sospechar los demás. La señora Pelocrema me consideraba apenas un poco menos desagradable. Ahora la veía todos los días salvo cuando, debido al mal tiempo o al mal humor, no iba al bosquecillo de tsugas. Vivía para nuestros encuentros, pero los estropeaba por cualquier motivo nimio. Ella no quería decirme cuál era su verdadero nombre, para que yo no se lo dijera a Max; tampoco quería explicarme por qué Max no debía saber nada de nuestra amistad. Yo entendía bien que vendrían molestias de todo tipo si se enteraba: me confinarían de una vez para siempre con mis hermanos machos, y los cuidadores de la señora Pelocrema se encargarían de que, a partir de entonces, ella no saliera de su establo. Sólo en los estados de ánimo más sombríos consideraba la posibilidad de decir la verdad, pero me enfadaba con la señora P. como si nuestro secreto fuera una carga que ella me hubiera impuesto y que yo llevara en contra de mi voluntad. Ella me leyó innumerables cuentos, y empezó a enseñarme a leer solo. Mi acento —hasta entonces no me había enterado de que tenía un acento— comenzó a desaparecer, o más bien a ser reemplazado por una manera de hablar que no era más común, como descubriría más adelante. Su abuelo, según me contó ella, había sido profesor de Literatura Antigua en algún lugar del Campus Occidental, y como todos los libros que devoraba provenían de su colección, mi vocabulario se vio sazonado con sabores de tiempos remotos. Aprendí a decir «ay» donde antes hubiera gritado «ach»; ya no decía «nein», y bien podía lamentarme profiriendo algún «pardiez».

Pero no sólo mi manera de expresarme quedó marcada a partir de aquel momento; siempre había ignorado el apetito de mi imaginación, pero entonces empecé a alimentarla con viandas embriagadoras como los *Cuentos de los patronos*, *La saga del Fundador* y otras obras maestras de los legendarios eruditos que habían vagado

por las tierras salvajes del antiguo campus. Cosas realmente sabrosas. Y del mismo modo que un hombre famélico se pone enfermo por comer demasiado y de golpe, mi imaginación, aquella primavera, se inflamó hasta el punto de resultar dolorosa. Un día me veía como el gran William Gruff, y a Max y a la señora P. como Troles empeñados, cada uno a su manera, en apartarme de la col de un destino glorioso. ¿Acaso no era cierto que yo iba camino de convertirme en un macho aún más espléndido que Brickett Ranúnculo, y que la señora P. era una enviada de las fuerzas del mal que, celosas, le habían encargado que me convirtiera, con sus embrujos, en un miembro de la tosca raza humana? ¿O acaso (ay de mí) era yo un humano de estirpe noble, de la categoría de los decanos y los rectores, y Max Spielman me había —como a tantos otros príncipes estudiantes— transformado por arte de magia en un animal? Y peor que estas dos posibilidades, algunos días no me sentía héroe en absoluto, ni príncipe ni Pirenaica negra, sino nada menos que trol: un bicho raro de lo más desgraciado que, en nombre de la monstruosidad, estaba resuelto a destruir cualquier cosa decente con la que se encontrara. De este modo, fuera cual fuese mi estado de ánimo, siempre me estaba portando mal con alguien cuyo perdón ansiaba desesperadamente cuando dicho estado de ánimo cambiaba; o bien, tras haberles hecho daño, los despreciaba, aprovechando lo sobrante del excesivo asco que sentía hacia mí mismo. Una época dura.

Pero como Pelocrema era amiga mía desde hacía menos tiempo, y amaba menos el bosquecillo de tsugas que el establo, eran Max y Mary quienes habían de soportar la carga de mi desdén. Antes solía dormir, con cierta frecuencia, acurrucado junto al costillar de Mary; ahora, aunque ella lloraba por mí como por un cabrito no destetado, al volver a casa, en el caso de que volviera, dormía con Tommy de Redfearn. Max sin duda comprendió que mis excursiones no eran inocentes: hablaba con él empleando sólo bruscos monosílabos, para no tener que fingir el acento que tanto había llegado a odiar; lleno de *petit fours* y ensaladas aliñadas, levantaba la nariz ante su honesta lespedeza; habiendo perdido el tono muscular tras pasar tardes enteras charlando lánguidamente, me negaba a combatir con Tom de Redfearn para entretener a mi cuidador. Pero él se limitaba a chasquear la lengua y, para impedir que yo actuara de un modo antipático más a menudo, evitaba mi presencia siempre que podía. Cuando pasaba en silencio por su redil, por la noche, para escabullirme a merodear por los campos, él simulaba que estaba dormido; pero si a los cinco minutos me volvía para mirarlo, lo veía sentado sobre la paja, haciendo gestos en dirección a nadie y murmurando algo para sus bigotes, o serruchando su viejo violín.

A la señora Pelocrema la bombardeaba a preguntas, muy directas y además planteadas de un modo despectivo y burlón. Ella me contó que una vez había sido Reina de Mayo; yo le pregunté entonces por esas hadas que los antiguos catedráticos andantes tenían la costumbre de rescatar de las manos de malvados científicos: ¿eran más jóvenes que ella, y más hermosas? ¿Cómo era que siempre se daban todos los detalles de la vestimenta del héroe, pero nunca su pedigrí? ¿Podría la hija rubia de un

rector, si la ordeñaba un doctor en Filosofía como los que aparecían en los *Cuentos*, superar los treinta y cuatro kilos de grasa láctea que había producido Mary Appenzeller durante su primer año? Y si no, ¿qué cantidad de leche, en relación con el peso corporal, digamos, hacía falta para considerar que una mujer lechera era de alto nivel? ¿Una ratio de siete a uno? ¿De cinco? ¿Por qué ella, la señora Pelocrema, no se aliviaba de vez en cuando como hacía yo, como hacía toda la gente que yo conocía, incluido Max? Si era debido, como yo sospechaba, a que su exótica dieta no generaba nada desechable, ¿por qué a mí no me afectaba de un modo similar? Y su *jefe*, al que había comparado con un cuidador, ¿cuándo había organizado su cubrición por última vez? Y ¿solía montarla él mismo o tenía sementales que empleaba para tal fin?

—Hombrecito —contestó ella—, ésas son preguntas muy groseras.

—Soy una cabra —le dije yo.

—Desde luego que lo eres, si haces preguntas sólo para ser desagradable. Ya te he contado todo lo que necesita saber un chico de catorce años sobre el matrimonio y esas cosas. En cuanto a lo demás... bueno, no es agradable ir al baño delante de la gente.

Esto último requería una explicación: la literatura antigua no me había enseñado lo que significaba *baño*, y teniendo en cuenta la definición de esa palabra, todavía no podía comprender como uno podía «ir al baño» al aire libre, donde no había ningún baño. Cuando al final se aclaró todo, me burlé de lo extraño que era; me puse a bailar alrededor de ella con mi piel de angora subida para hacer públicas mis «partes pudendas», como ella las llamaba, y demostrar mi desprecio por lo que a los humanos les parecía *agradable*.

—¡A ver, mírame! —Me gritó. No interpreté bien sus palabras y paré de repente, esperando que ella se mostrara, ya que era su turno. De hecho, me sentí súbitamente poseído por la curiosidad sobre una cosa que nunca se me había ocurrido hasta aquel momento. Pero ella no hizo ningún movimiento para subirse su vestido—. No pretenderás que esté a la altura de eso —dijo.

Me tumbé en el suelo para mirar debajo de su vestido y apreté la mejilla contra las agujas de tsuga. Ella se vio obligada a agarrarse con fuerza la falda y a apartarse.

—Muy bien, Billy. Me voy a casa.

Vi que tenía lágrimas en los ojos y me arrepentí al instante de lo que había hecho.

—¡Lo siento! ¡Lo siento!

Pero estaba más enfadada de lo que yo me había imaginado.

—No, me voy. Ya sé que lo sientes, pero de todas maneras... Creo que a lo mejor ya no nos volvemos a ver.

Al oír esto, rodé por el suelo y gemí tan lastimeramente que ella no pudo decir nada más.

—Veremos si no me mato —le dije—. ¡Voy a comer bayas de ligustro y moriré, como Daphie Canela!

Para demostrar que hablaba en serio, comencé a golpearme la cabeza contra la raíz de una tsuga hasta que ella vino a mi lado y me suplicó que parara.

Yo dejé de golpearme.

—¿Vas a volver?

—Tú no entiendes cuál es el problema —me secó los ojos y después se secó los suyos—. Tendré que pensar qué es lo correcto.

Pero yo no podía tolerar la incertidumbre. La quería, declaré: más de lo que quería a Tommy Redfearn o a Mary Appenzeller; incluso más de lo que quería a Max. Ella debía prometerme que iría a verme todos los días, y nunca más amenazarme con no ir.

—¡Ah, Billy! —me abrazó contra su pecho y lloramos juntos durante un rato—. ¡Si supieras lo que dices! ¿No me muero yo cuando el doctor Spielman te llama para que vuelvas? ¡Mi cabritillo! *Aprobar a todos Suspende a todos*, ¡no sabes lo que te quiero!

Al final se acordó que nuestros *tête-a-têtes* continuarían, pero de otra manera. Ella había tenido unas largas vacaciones, me explicó, y como ahora se estaban terminando, tenía que volver a trabajar. Seguiría visitándome en el bosquecillo por las tardes, durante el fin de semana, y de vez en cuando algún día entre semana al anochecer, cuando hiciera buen tiempo y hubiera luz hasta más tarde. Y el carácter de nuestros encuentros también debía modificarse.

—No es justo para ninguno de nosotros —me dijo—. Yo quiero que seas un ser humano y el doctor Spielman quiere que seas una cabra, y tú estás atrapado en medio de los dos. Y tampoco está bien que haya tanto secreto. Esto es lo que pienso: tú tienes que ser una cosa o la otra, y el doctor Spielman y yo tendremos que aceptar tu decisión.

Era muy dulce hacer que mi cabeza girara contra su pecho.

—¿Por qué no puedo ser las dos cosas?

—Porque no puedes, cariño mío: si tratas de ser las dos cosas, acabarás por no ser ninguna.

—Entonces, quiero ser un hombre —declaré yo sin ningún problema, pero también sin demasiado convencimiento, ya que en realidad ninguna de las dos opciones me parecía tolerable. Por lo que había visto y oído, las cabras me seguían pareciendo muy superiores a los hombres en casi todos los aspectos que podía tomar en consideración: eran más fuertes, más tranquilas, más nobles; más bellas, más cariñosas, más fiables. Pero los humanos, para bien o para mal, eran enormemente más interesantes; y además, no había cabras a la vista.

—No —dijo ella—, no debes decidirlo tan rápido. Piénsalo bien hasta el sábado que viene. Si entonces todavía te parece que quieres ser un hombre, tendrías que criarte en una casa de verdad y vestirte e ir al colegio con los demás niños. Y tendremos que hacerlo sin el doctor Spielman; si él no está de acuerdo le... le escribiré una carta al rector para ponerlo al corriente. Pero piénsalo bien antes de

tomar una decisión, Billy. No te va a resultar fácil ponerte al día; los demás chicos puede que se rían de ti de vez en cuando, hasta que aprendas a no comportarte como una cabra.

Se me puso la cara caliente.

—¡Los cornearé hasta matarlos! ¡Los patearé con mis pezuñas y los haré pedazos y los ahogaré en el arroyo!

Pelocrema tiró de uno de mis rizos.

—A eso me refiero.

Me descubrí mordisqueando un diente de león y lo escupí.

—¿Y si quiero ser un cabro como Brickett Ranúnculo?

Ella me miró con pena.

—Nunca serás un verdadero cabro, Billy. Llegará un momento, antes o después, si es que no ha llegado todavía, en que... No puedo explicarte bien lo que quiero decir... ¡Ah, Max Spielman debería suspender! —Empezó a llorar de nuevo, como hacía con frecuencia, y me acarició la frente—. ¡Pero Dios sabe que yo no debería criticarlo! Hizo lo que le pareció lo más apropiado, y ¿quién sabe si no habrías estado mejor si yo nunca hubiera oído hablar de ti? —Se sonó la nariz con fuerza en uno de sus sabrosos pañuelos—. Bueno, eres lo que eres, y no deberías tener que ser algo que no te guste. Si decides seguir viviendo con el doctor Spielman y tus amigos —lo cual muy bien puede ser la mejor opción—, bueno, entonces yo no debería venir a verte más, porque... ¡para mí nunca serás una cabra! ¿Entiendes? Para mí siempre serás un niño pequeño... que ha sufrido un maltrato espantoso...

Yo comprendí sólo una parte de lo que me dijo, pero estaba muy claro lo que significaba.

—¡De verdad quiero ser un niño! —protesté, ahora más convencido—. No quiero volver al establo para nada, salvo para despedirme de Mary Appenzeller y Max y Tommy de Redfearn. No me importa lo que diga Max. Si dice *verboten*, me escaparé y me iré a vivir contigo.

Juré hacer eso, mientras disfrutaba de sus cariñosas objeciones. Es más, habría concluido con la caprinidad en ese mismo momento: intenté ponerme erguido, pero perdí el equilibrio y me caí al suelo; olvidándome de la vergüenza que ella me había enseñado, me quité la piel de angora, estimando que era más humano ir por ahí desnudo que con aquella lana. La señora P. protestó, pero no como antes; en su tono de voz había menos desaprobación que preocupación por mis prisas.

—El próximo fin de semana está demasiado lejos. Quiero empezar ahora.

Con gran reticencia y alegría, accedió a volver al día siguiente para que le comunicara mi decisión. Pero yo insistí en que quería dar algún paso que me alejara radicalmente de la caprinidad antes de que nos separáramos: ella debía esquilarme los rizos, o dejar que me pusiera sus gafas de sol.

—¡Pero no llevo tijeras en el bolso! —se rio—. Y ya casi ha oscurecido; no es hora de ponerse las gafas de sol.

Lo que al fin me propuso —ya que yo no me desanimaba fácilmente— fue que me lavara la cara en el riachuelo cercano con un trozo de jabón rosa que tenía en el bolso. Me puse a hacerlo con furia, aunque aquel fuerte aroma me hacía estornudar, y no me conformé con la cara y el cuello, sino que me senté en el frío arroyo donde el agua me llegaba hasta la cintura y me enjaboné la piel de la cabeza a los pies. La señora Pelocrema se quedó esperándome y reprendiéndome por mi ansiedad; me quitó la espuma que hacía que me picaran los ojos, me enjuagó el pelo, declaró que me iba a resfriar y me secó con su jersey hasta que estuve todo reluciente. Entonces insistió en que me pusiera la piel de angora y volviera al establo antes de que se pusiera el sol. En un charco, donde el agua estaba quieta, observé la imagen de mi rostro —sus planos de bordes afilados, sus abundantes rizos y su barbilla donde surgía un vello dorado— y me pareció bien.

—Vas a ser un hombre muy guapo —me dijo cuando nos despedimos aquel día—. ¡Por Dios, qué bien huele ahora, y cuánto lo quiero!

Había estado peinándome, pero al decir esto se agachó para estar a mi altura y de repente recibí un beso en la boca.

Entonces sonó el shofar.

—¡Adiós! —nos gritamos mutuamente, una y otra vez a través de los campos—. ¡Adiós! —Hordas de mirlos pasaron volando con rumbo norte; las golondrinas salieron del establo para sumergirse por última vez. Fruncí los labios; me besé los brazos. Un extraño dolor me hizo estremecerme, mientras los harapientos vencejos trinaban en las alturas.

5. ATACA A MAX. SU ESPIONAJE DE UN SERISTA ENTRE EL ALFORFÓN

Las luces ya se habían encendido. En el establo, cuando entré, el calor era opresivo, y eché la cabeza hacia atrás al notar el hedor del amoníaco que subía de la turba con que estaban hechas nuestras camas. Un grito se ahogó en mi garganta; todavía escocido, vi con los ojos nublados que Max se acercaba a toda prisa hacia mí.

—¡Qué pasa ahorra! ¡Qué pasa ahorra!

Alarmado y con el ceño fruncido, sin duda vendría a abrazarme; pero su olor, fuerte como la verdad, penetró en mis narices, y lo tiré a un lado.

—¡Suspendido! ¡Apesta!

Mis palabras cayeron sobre él como si lo hubiera golpeado dos veces con un palo; se quedó quieto un instante, muy cerca de mí, y se tambaleó. Entonces las compuertas de mi corazón embriagado se abrieron para que fluyera todo un lago de dolor:

—¡Odio esto!

—Hmm —Max se tiró de la barba y asintió ferozmente con la cabeza.

Entonces yo me levanté para golpearlo: como un cabro acostumbrado al arnés, no se apartó de un salto; se limitó a mirar mi puño y se encogió para recibir el golpe. Le di en el esternón; los dos caímos hacia atrás y caímos con fuerza sobre la turba. Max se llevó la mano al pecho. Nos quedamos sentados unos momentos, respirando ruidosamente.

Entonces dije:

—Ojalá me hubiera muerto antes de decir esas cosas.

Max negó con la cabeza.

—Eso sé yo. Ahorra deseas no haber dicho.

Yo me sentía demasiado vacío como para llorar.

—Lamento haberte pegado.

—Eso sé yo.

—¿Puedes perdonarme? —lo pregunté de un modo bastante lúgubre.

—Claro que puedo. Perro no voy a perrdonarte, no señorr. No hasta que sea bueno parra ti.

Entonces, un ligero resentimiento nos dio fuerzas para levantarnos del suelo. Sintiendo aquel amargo consuelo, dije:

—Ya veo que no me quieres.

Max pudo entonces pasarme el brazo por encima de los hombros.

—Idiota. Demasiado quiero yo a ti. Perrdón no se pide como un regalo; se gana como un ppremio.

Eso me lo creí. Qué fuerte era el olor que desprendía. Sonrió al ver cómo se ensanchaban las ventanas de mis narices y me estrechó contra su vellón.

—*Ja*, ahorra odia ese hedorr, y se ha lavado hasta quitárselo. Antes dijiste muy bien, Billy, lo que es: es el hedorr de los suspendidos, el hedorr de los moisianos y el hedorr de las cabrras. Trres hedorres en uno. Ojalá algún día aprrendas a amarrlo como los *goyim* aman los Exámenes Finales.

No comprendí a qué se refería, pero su tono nos reconcilió. Nos acurrucamos y nos pusimos a cenar torta de linaza y agua —la primera vez que comíamos juntos desde hacía semanas—, y cuando me preguntó directamente a quién había estado viendo que tanto había alterado mi forma de hablar, mis opiniones y mi olor, le conté toda la historia de mi relación con la señora Pelocrema. Max asintió y negó con la cabeza, con un gesto que era más de comprensión y tristeza que de sorpresa o desaprobación. Le conté también lo que había sucedido aquel día, el ultimátum de la señora Pelocrema y mi decisión —que ahora me parecía más sombría que sincera— de dejar el rebaño para siempre.

—*Ach* —Max se quedó atónito cuando hube terminado—, un día son chivitos, al día siguiente son cabrras. Lo declarro.

—Voy a mantener mi promesa —dije yo—. Ya está todo decidido.

Una severa tristeza se asomó a sus ojos.

—Nada está *decidido*, Billy. Tú todavía no sabes lo que es *decidido*. ¡No imporrrta *decidido*! —me olisqueó y soltó un suspiro—. Así que es ella o yo. *Ja*, bueno, crreo que eso es.

Yo imploré:

—Max, ¿qué soy?

Nos miramos el uno al otro con seriedad. Max dijo:

—Qué vas a ser, no tengo idea. Perro una cabrra es lo que has sido, y has sido feliz.

Sus palabras me llegaron al corazón. Pero ahora ya no era feliz, declaré.

—¿Y quién lo es, salvo un chivito en el pezón? ¿Tú crrees que yo erra feliz cuando me llamarron sindicalista estudiantil y me escupierron en la carra? ¿Tú crrees que los amaterasus erran felices de que se los pudierran COMERR vivos en la Segunda Revuelta? Deja que te diga una cosa sobre la infelicidad, Billy: nadie más que los humanos sabe lo que significa esa palabrra.

Sin duda, Max vio entonces tan claramente como vería yo más tarde el lamentable entimema que siguió, como un eco, a su pausa. ¿Y cómo era que había aludido, en los últimos diez minutos, a más misterios que los que me habían dejado perplejo a lo largo de tantos años? *Exámenes Finales*, *Amaterasu*, *Segunda Revuelta*... era sumamente probable que no se tratara de un fallo sino de un cambio de estrategia lo que hacía que me lanzara esos términos como lóbregos desafíos a mi curiosidad. Medité con atención —no sé sobre qué—, y después pregunté respetuosamente:

—¿Qué es un moisiano?

Su expresión se volvió más suave.

—Sí, bueno. Los moisianos son la Clase elegida.

—¿Elegida para qué?

Él contestó de un modo desapasionado:

—Parra sufrirr, querrido Billy. Elegida parra suspenderr y sufrirr.

Yo reflexioné sobre aquellas palabras.

—¿Quién te elige para eso?

Max sonrió con orgullo.

—¿Quién va a decidirr si erres una cabrra o un estudiante univerrsitario? Mi niño, elegimos nosotros mismos. Ése es el prrincipal talento de los moisianos: el ORRDACO lo pone en nuestrras Tarrjetas de Aptitud cuando nos matriculamos. Algún día te lo explicarré.

Lo comprendí: no estaba tratando de desalentarme, sino de hacer sitio para más preguntas apremiantes. Y aunque mi curiosidad era grande, ya me sentía relajado. Silenciosamente, se habían abierto unas grandes puertas: ahí se extendía todo el campus y todo lo que podía aprenderse. Pero así era, tenía que aprenderlo *todo*, y esas puertas me parecían ahora abiertas para siempre; no había ninguna prisa. De repente, me sentí exhausto y aliviado.

—Bueno —le pregunté—. ¿Los moisianos son lo mismo que las cabras?

—No todas cabrras son moisianos —contestó él, sonriendo—, pero todos moisianos son un poco cabrras. Porr supuesto, hay cabrras y cabrras.

Entonces quise saber si yo era moisiano.

—Puede que sí, puede que no —dijo Max, y sacó su envejecido pene para hacer una declaración—. Dice Moise en el Antiguo Prrograma: «Si no os circuncidáis conforme a mi costumbrre, no serréis salvos». Pero en el Nuevo Prrograma Enós Enoc dice: «Lo cierrto es que yo ansío el prrepucio de la mente».

Por un momento me atenazó mi antigua angustia y grité:

—¡No entiendo nada!

—Así debe serr. Perro ya entenderás. Poco a poco.

Me abrazó con ternura y a modo de primera lección me explicó lo que, sin darme cuenta, yo había estado tratando de preguntar: ¿Por qué había cambiado la compañía de los hombres por la de las cabras?

—Ese Enós Enoc, Billy: hace siglos, erra el pastorr de los *goyim* y me parece muy bien. Erra el Pastorr Emérrito que murrió por sus ovejas. Perro mirra esto. Dijo a sus alumnos: *Prregunta y encontrarrás la respuesta*; porr eso los *goyim* lo llaman su Grran Maestro, y el hijo del Fundadorr. Perro nosotros moisianos decimos: «Prregunta y seguirrás prreguntando...». Eso es lo que nos diferencia. —Y Max continuó—. La forrma en que funciona el campus, tiene que haberr cabrras parra que las ovejas las expulsen, *ja?* Si no nos suspenden a nosotros, suspenden ellos y entonces nadie aprrueba. Bueno, te lo digo, es un destino durro el de serr cabrra, y pasado de moda. Enós Enoc, bueno, él no las querría en su rebaño; expulsó a las cabrras de la majada y las colocó a su izquierrda, parra poderr ser un buen pastorr

parra las ovejas. Bueno, Billy. Perro cuando llegó el momento en que los *goyim* me expulsaron, yo pensé en esto: «¿Quién va a cuidar de las cabrras?». Y entonces yo decidí: «Max Spielman las va a cuidar».

—Ya entiendo por qué la señora Pelocrema no quería que supieras nada de ella — dije yo—. No me extraña que odies a la gente.

Pero Max lo negó:

—Ni siquiera odio a los bonifacistas de la Facultad de Sigfrido, que quemaron a todos los moisianos en la Segunda Revuelta. Quiero decir, los odio un poco, porque la estudiantía tiene que odiar algo, y odiarlos por eso... es una forma de amarlos, si te paras a pensarlo. Perro los que de verdad yo amo son los que odian los odiadores: quiero decir, las cabrras. —Y con una voz incomparablemente dulce, continuó—: Esta noche has venido lleno de alegría por ser un hombre en lugar de una cabra, ¿eh? Y lo primero que has dicho ha sido: «Suspendido», y lo segundo ha sido: «Odio...». —Soltó un suspiro—. Por eso me vine con cabrras.

Agaché la cabeza. Ahora a quien despreciaba era la señora Pelocrema, y a la insensible celeridad con que había estado dispuesto a dejar de lado lo que era más precioso para mí. Y sin embargo, ay, al odiarme, asumía mi odiosa humanidad, y eso sólo me hacía odiarme aun más. Atrapado en ese atolladero, gemí con fuerza: no hay nada más detestable que el detestarse a uno mismo de un yo que uno detesta.

—¡No quiero ser un hombre! —grité—. ¡No sé lo que quiero!

—Bah, lo que quieres es crecer —dijo mi cuidador—. Eso es lo que pasa en el fondo. Y crecerás, de una manera o de otra.

Le conté que había jurado comunicarle mi decisión a la señora Pelocrema al día siguiente.

—Comunicámela a mí también —gruñó Max, y se acostó a dormir.

Un dulce sueño: una bendición que se me negaba. Mucho después de que Max hubiera comenzado a roncar, yo me tiré en mi esquina, recordando las palabras de él e imaginándome de nuevo el beso de Pelocrema. Pronto me sentí tentado de abrazar a Tommyde Redfearn, que dormía en su casilla, pero él se alarmó al notar el extraño olor que tenía yo (y que mi propia nariz, veleidosa como su dueño, ya hacía mucho que no captaba), y me advirtió que guardara las distancias. Lo dejé en paz y me acerqué a la puerta de al lado, que daba a las casillas de las cabritas, envidioso y dolido. También allí mi presencia causó un cierto revuelo, pero Mary V. Appenzeller podía reconocerme oliera como oliera; ella y una Saanen joven y bella que se llamaba Hedda, y que había sido buena amiga mía hacía unos cuantos cursos, balaban con inquietud cuando las abracé, pero se quedaron quietas, tumbadas una junto a otra, en una esquina, y soportaron que yo estuviera dando vueltas, una y otra vez, entre sus lanas suaves y grasientas. Ungido con sus aceites, salí a los pastos con la intención de bañar mi inquietud en el rocío nocturno, y ahí me topé con los dos amantes humanos que he mencionado antes.

Habían dejado sus bicicletas, saltado la valla y avanzado unos cien metros por el prado. Al principio supuse que estaban escapándose, pero cuando extendieron una manta en el suelo y el macho regresó a su máquina para coger unas latas de alguna bebida, abandoné tal idea. Al poco rato, la abrazó con un solo brazo, bebiendo al mismo tiempo de su pequeña lata, y yo empecé a darme cuenta de lo que estaba pasando. Observé que el macho estaba bastante viril, y la hembra se frotaba contra su flanco con un nerviosismo cuya causa yo conocía bien. Los consideré especímenes superiores de su raza: eran más peludos que la mayoría, para empezar, y además olían como auténticos animales. El macho tenía una barba bastante lanosa, y el pelo de su cuello era casi tan espeso como el mío, aunque no era tan largo ni estaba cepillado con tanta habilidad; su compañera simplemente tenía el buen gusto de no afeitarse el escaso pelaje que a su especie se le ha concedido que tenga en las piernas. Por último, a la primera ocasión se despojaron de sus monóculos y sus zapatos de cuero, presentándose de ese modo más atractivos en lo tocante tanto a su olor como a su aspecto. En resumen, era la pareja más admirable que yo había espiado hasta entonces, y me quedé esperando con cierta curiosidad a que él la cubriera.

¡Imagínense mi perplejidad cuando, en lugar de quitarse sus vestimentas, comenzaron a hablar! De repente me pregunté, pensando en la señora Pelocrema, si entre los humanos ésta sería la forma de copular; si así era, el macho que tenía delante era verdaderamente un semental. Con la lata señaló hacia el brillo occidental de New Tammany y, con voz ronca y ardorosa, dijo:

—¡Nena, mira esas luces!

La hembra asintió con la cabeza y se estremeció.

—Sí. Ya sé a qué te refieres.

La voz de él se alzó sobre ella:

—«El campus... nada hay más hermoso...».

—No, por favor —suplicó ella, pero apoyó la cabeza en el hombro de su compañero.

Se me aceleró la respiración; estaba tan inflamado de deseo como él cuando declaró:

—No tengas miedo. Déjate llevar.

¿Dónde debía ella dejarse llevar? Me acerqué un poco más, agachado, y agucé la vista. Ella apoyó la nariz contra el jersey de cuello alto de él y protestó:

—¡No sabes cómo me pone ese poema!

—¡Súfrelo! —ordenó su compañero. ¡Ni siquiera Brickett Ranúnculo domina tan inexorablemente a sus cabritillas!—. Los poetas pre-escuelistas sabían muy bien lo que era el sentimiento desnudo.

—Eso es —dijo la hembra—. Es exactamente eso. Me quedo... *desnuda* ante ese poema, ¿sabes?

Aquí ya me puse tumescente, pues el tipo giró la cara de ella hacia la de él y empezó a recitar:

—«Estas aulas llevan, como si un vestido fuera, la belleza de la noche...».

¿Era de dolor o de placer que ella cerraba los ojos y se mordía el labio?

—«Laboratorios, torres, dormitorios y clases yacen brillantes, relucientes, en el límpido aire...».

Ella agarró con fuerza la lana de las mangas de su compañero, luchando como deben hacer todas las cabritas contra lo que ahora anhelaba apasionadamente; y con todo lujo de detalles, con un tono ronco de rendición, susurró:

—«¡Nunca había visto, ni sentido, Dios mío, arrebató tan profundo! El reloj de la torre a su libre albedrío avanza fecundo...». ¡Ah, Dios! ¡No puedo!

Pero desde luego, sin parar ni por un instante el ritmo de su cortejo, su macho declaró con suma convicción:

—«¡Amado Fundador! ¡Mira la biblioteca desde el frente, gloria y majestad de tu esplendor aún resplandeciente!».

Al oír aquellas sonoras palabras, la hembra soltó un gritito y se dio la vuelta, apartándose. Durante unos segundos, yació como si le hubieran dado un golpe, mientras su compañero, jadeando, acabó su bebida y tiró la lata por ahí. Yo también me sentía vacío.

Poco después, con otra voz, él dijo:

—¿Un cigarrillo?

Ella negó con la cabeza, después cambió de idea y se incorporó para fumar, como solía hacer la señora Pelocrema. Fumaron en silencio, sin mirarse, hasta que él le preguntó a ella, casi bruscamente, cómo se sentía.

—¿Cómo crees que me siento? —murmuró ella—. Sabías lo que estabas haciendo.

Él tiró de ella con cuidado hasta acostarla a su lado, sobre la manta.

—¿Te arrepientes de que hayamos recitado el poema?

No, dijo ella, no se sentía arrepentida.

—Todavía soy un poco de percentil medio con respecto a las primeras citas, supongo. Cuando dos personas comienzan con algo así, ¿qué puede quedar para más adelante?

Yo había retrocedido unos cuantos pasos para que el corazón, que todavía me latía con fuerza como consecuencia de la excitación de ellos, no me traicionara. Pero al oír estas palabras volví a acercarme, arrastrándome. Ahora se estaban besando, y algo que hacían con las manos me hizo cuestionarme mi suposición original. Apenas logré escuchar cómo él le juraba que no compartiría aquel soneto con una chica cualquiera: ella no debía temer que él le perdiera el respeto por haberle permitido que se lo recitara en la primera noche que estaban juntos.

—Sé cómo te sientes —le aseguró él, acariciando la ropa de ella—. Tal y como están las cosas hoy en día, el sexo no significa nada. Es sólo un deporte, como el tenis, ¿sabes? Lo que es verdaderamente íntimo entre un hombre y una mujer es la *comunicación*.

Ella le apartó la mano y se mostró de acuerdo.

—Eso es lo único que importa. Porque ¿quién cree en aprobar y en suspender hoy en día?

—¡Exacto!

—Y si no hay ningún Examinador ni ningún Decano de los Suspendidos, nada de lo que haga un estudiante tiene ningún sentido. Por lo menos, así es como lo veo yo.

—Has estado leyendo a los ismistas —le dijo su compañero, y exploró su leotardo con la mano que había sido rechazada—. Y la verdad es que tienen razón en lo que dicen. La condición estudiantil es absurda, y uno debe abandonar o aceptar la absurdidad —continuó, afirmando (al mismo tiempo que bloqueaba con la mano izquierda el intento de bloqueo, por parte de ella, de la derecha) que la absurdidad tenía aspectos tanto estimulantes como angustiosos, y que el principal de los que se contaban entre los primeros era el declive, incluso podría decirse el deceso, de la moralidad convencional de percentil medio—. Lo peor de esa mojigatería tan antigua... ¡qué botón tan suspendido! Lo que estaba diciendo, hacía que todo el mundo tuviera *miedo a sus propios deseos*...

—Espera, Harry —protestó ella—. No creo que... Bueno, sinceramente...

—No —atacó él—, tú no piensas sinceramente. Nadie lo hace, hasta que aprendemos a ser tan naturales en relación con nuestro cuerpo como... como lo son las cabras. Esas estudiantes de colegio mixto que reprimen sus instintos en el nombre de alguna antigua mentira como los Exámenes Finales... Ellas son las que llenan las consultas de los psicólogos. Vamos allá.

—¡Por favor! —La chica trató de incorporarse; había un cierto matiz de alarma en su queja. Pero su compañero la hizo acostarse de nuevo.

—Nena, nos hemos *comunicado*, ¿sabes? ¡Creía que de verdad te importaban los pre-escuelistas!

Ella asintió con la cabeza.

—¡Claro que me importan! ¡Te lo juro!

—No serás otra falsa, ¿verdad, nena?

Ahora él parecía enfadado con ella, e incluso dudó un instante antes de volver al trabajo, como si dudara de la valía de su compañera. Casi con ferocidad, declaró que lo único que importaba en todo nuestro loco universo era la Belleza; la belleza del arte, del lenguaje y, por encima de todo, de la simple existencia. Eso, en su opinión —y ahora sí que forcejeaban en serio—, era el primer principio del serismo, una filosofía más profunda y de más largo alcance que nada que hubieran concebido los ismistas.

—¡Ah, Harry! ¡Madre mía!

—Eso es, nena. Eso es.

Desafiante, él le propuso que pensara, por ejemplo, en el estado en que se encontraba la Universidad: dos campus armados, cada uno de ellos sermoneando al otro con *Paz del espíritu* mientras se prepara para COMERlo. Hay grandes profesores

de poesía que han tenido que ponerse a pedir limosna mientras que los programadores de camisetas horteras se embolsan unos sueldos astronómicos por crear el arsenal del ORDACO, cuyas meras pruebas muy probablemente envenenarán el alma de los estudiantes que todavía no se han matriculado. En vano algunos líderes estudiantiles como él habían exhortado al Campus Occidental a tomar la iniciativa moral y desprogramarse unilateralmente: su credo, «Mejor el este que la peste», fue abucheado por algunos almamateristas poco informados y por los defensores de la «revuelta preventiva», con su eslogan engréido y beligerante: «Mejor COMER que ser comido...».

—Fíjate en Spielman —sugirió él, y yo levanté las orejas, aunque en lo que trataba de fijarme era otra cosa—. Lo único que pedía era que no programaran el ordenador para que tuviera la capacidad de COMERSE a sus enemigos inmediatamente. Entonces lo llamaron sindicalista estudiantil y lo desposeyeron de sus privilegios...

—¡Ay, mi madre! —se inquietó la hembra, cuyos leotardos ahora siguieron el mismo camino que el rango de Max.

—De modo que nada tiene ningún sentido —continuó el barbudo—. No existen los Finales; no existe el Decano de los Suspendidos en la Salida del Sur para castigarnos si no aprobamos. Todas las preguntas tienen varias respuestas posibles, y somos nosotros quienes tenemos que marcar la adecuada; la Universidad no tiene un significado ni un objetivo último, es... mira esto, es así: ¡un hecho físico desnudo!

Yo solté un grito ahogado a la vez que Nena.

—Como dicen los ismistas, las únicas distinciones están en nuestra mente; nunca podemos llegar a la cosa en sí. Podemos intentarlo e intentarlo...

—¡No!

—... pero la *pantalla*... la *pantalla*, ¡suspendida sea!... siempre está *ahí*. Y cuando *intentas*... pasar *a través* de ella... lo único que haces es *afirmar*... que está *ahí*.

—¡Ay, madre mía!

Él se detuvo.

—Cuando discrepo de los ismistas, de todas maneras, es cuando dicen que nuestra única opción es aceptar la pantalla y renunciar a la esperanza de conocer alguna vez las cosas de una manera absoluta. Tendrías que leer *Acotaciones a Sajian* un día de estos. Es el programa del serismo, ¿sabes?

—¡No hables! —gritó su cabritilla.

—Claro. Lo has entendido perfectamente. Tienes que decir *suspendida sea* esa pantalla, y *suspendida sea* la Realidad, y *suspendidos sean* Verdadero y Falso. ¡Suspendido sea todo!

—¡Suspendida sea yo, Harry! Estoy a punto de ponerme a gritar...

—No sirve de nada preguntar qué es...

—¡Cállate! ¡Cállate!

—... tienes que *ser*, Nena. ¡*Ser!* ¡*Ser!*

Por lo tanto, más allá de cualquier pregunta, ellos *Eran*. Se hallaban constreñidos por los límites del lenguaje en su extraño abrazo. Y yo había ido con ellos hasta el borde de *Ser*. Yo, que ni era ni dejaba de ser; ¡mi sangre y mis huesos se estremecían por *convertirse!*

Como es habitual en las hembras, la chica llamada Nena, habiendo Sido, ansiaba pese a todo *Ser*; dejó a un lado sus lanas, se descubrió las ubres y le suplicó a Harry que la instruyera más en la gramática de aquel verbo. Él, sin embargo, parecía haberse quedado sin ganas de seguir conjugando.

—No quería que sonara así cuando te he dicho «Cállate» —se disculpó ella, abrazándose a su cuello.

—No, no, tenías razón, claro. —Pero él hablaba en voz baja, y estiró un brazo para abrir otra lata como si no hubiera nada presionándolo en las costillas.

Pero aunque ella le suplicó y lo reprendió, le mordisqueó el lóbulo de la oreja y retozó en la aulaga, a él nada podía excitarlo. Ni siquiera la propuesta que le hizo ella de declamar unos versos mientras *Eran* logró conmoverlo.

—No seas ordinaria —dijo él.

Se burló, lo regañó, le dijo que su marido era mejor que él; y sin embargo lo único que pudieron hacer fue vestirse y partir. El vestido negro de ella había sido lanzado sobre el arbusto de olivo de otoño tras el que me ocultaba yo; cuando se acercó a cogerlo, se puso a un metro de donde me encontraba acucillado.

—Vaya serista —dijo haciendo una mueca de enfado. Su amigo ya había recogido la manta y se dirigía hacia la carretera—. Yo soy el doble de serista que tú.

Se puso la pretina sobre las caderas y yo temblé al observar aquella grieta tan cerca de mí. ¡Ah, Nena!, llamaban mis tiernos genitales mientras ella iba tras él: pobre hembra hermosa que anhelaba que la cubrieran, ¡acude sin demora si lo que buscas es un animal! ¡Acude junto a quien arde con ansias de *Ser*, a quien la mera visión de tus ancas lo ha llevado a *Convertirse* en sí mismo, quisiera o no, y a levantarse un momento más tarde completamente dispuesto! Cuando ya se habían ido me arranqué la piel de angora y me puse a triscar, como había hecho Nena, entre la maleza, riéndome alegremente de mi dolor. ¡*Ser*, y una vez más *Ser*! ¡Estallar en todo lo creado; sólo *Ser*, siempre *Ser*, hasta que nada fuera: ni Billy Bocksfuss, ni cabra, ni licenciado; ni yo, ni tú, ni Universidad; sólo la palpitación sin lugar, sin tiempo y sin nombre, sólo la palpitación de *Ser*!

6. SU INTENTO DE SER CON LA SEÑORA PELOCREMA

El día siguiente fue el más largo del año. La lujuria se me pasó con el rocío que se extendió sobre los campos donde yo había yacido empapado; pero no mi determinación. Cuando iba trotando hacia el establo, en busca del desayuno, me encontré con Max que sacaba el rebaño a los pastos. Las cabritillas se hicieron a un lado cuando yo pasé, pero no me rehuían de la misma manera que cuando olía a jabón. Se mostraban recelosas, pero no disconformes, como si se les estuviera acercando un macho libidinoso. Noté con satisfacción que la bella Hedda parecía especialmente turbada. Resopló cuando le acaricié las orejas; hablándole en voz baja, me tomé la libertad de tratar de tocarle un pezón moteado, que todavía no se había hinchado nunca con la carga de la maternidad, y ella se alejó de un brinco, pero no mucho, y me miró con los ojos bien abiertos volviendo la cabeza. Max rio conmigo y, vacilando, me cogió del brazo. Él tampoco había dormido, por lo visto; pero en su rostro se notaba un gran alivio.

—Bueno —me dijo—. ¿Ya te has decidido?

—Casi —contesté yo—. Primero quiero hacer una cosa. —Y entonces, como sus ancianos ojos se nublaron, añadí rápidamente—: Pero estoy bien, Max. Lo sabré dentro de un ratito.

Él asintió con la cabeza.

—Así es, ya veo. Bueno, bueno...

Como para tranquilizarse, empezó a explicarme que el rebaño se quedaría en los pastos hasta la hora de la cena, porque tenía unas cosas que hacer en la Sección de Ganadería de la Biblioteca, que estaba justo al otro lado de la carretera. En aquel momento estaba trabajando en algunos conceptos del campo de la ciclología aplicada, de su propia invención; tal vez a mí también me parecieran interesantes; en cualquier caso, él estaría encantado de exponerlos ante mí aquella noche, suponiendo, por supuesto...

Pero la suposición quedó sin plantearse, porque precisamente en ese momento apareció una bicicleta, y la señora Pelocrema iba sobre ella. Se me paró el corazón: no la esperaba hasta la noche. ¿Habría llegado a alguna decisión por su cuenta, que se presentaba delante de las narices de Max? Pero no estaba teniendo en cuenta su cortedad de vista: iba mirando, estirando el cuello, todo el camino junto a la valla; hasta que no llegó frente a los pastos no pareció percatarse de que estábamos los dos juntos, ante lo cual agachó la cabeza y continuó pedaleando hacia el bosquecillo de tsugas.

Max se agarró la barba con los cinco dedos.

—Porr san Jorrge, qué...

Yo declaré, sintiéndome incómodo, que no tenía ni idea de por qué aquella mujer había llegado tan temprano, pero que suponía que tenía derecho a pasar por allí cuando le viniera en gana.

—Puah, bah —dijo Max—, no me refería a eso. Rayos y truenos, de todas maneras, esto es extraño... —Me tocó el hombro, frunciendo el ceño y parpadeando—. Ahorra te está esperrando, ¿eh?

—Que espere —dije yo. Sentí un impulso arisco y lo invité, o más bien lo reté a que viniera conmigo a conocer a mi amiga, cuya temprana aparición, aunque sorpresiva, había inflamado mi determinación. Pero él declinó; todavía se lo veía bastante perturbado.

—*Ach*, Billy, no sé qué decirte. Casi pienso que... ¡ja! ¡No importa de todas maneras, en cualquier caso! Bueno. Bueno. —Me dio un golpe en el hombro—. ¿Qué diferencia hay? Si eres, eres; si no... ¡no importa! Perro te volveré a verr, ¿me prometes? Esperras y me cuentas qué es qué, ¿eh? Y entonces a lo mejor... ¡ya veremos!

Nos separamos, ambos presa del nerviosismo. Max se dirigió a sus investigaciones (todavía asintiendo con la cabeza y cacareando) y yo, a través de los pastos, hacia el bosquecillo de tsugas. Los estrepitosos cuervos y sinsontes ya habían comenzado a alimentarse; el sol estaba bien alto, y calentaba mi piel de angora. Empecé a trotar. Mi perplejidad se desvaneció; a través de mi alma, palpataba el verso que había oído:

«¡Nunca había visto, ni sentido, Dios mío, arrebató tan profundo!».

Un arrebató, irresistible y firme, que nada iba a apresurar ni a contradecir; como el Reloj de la Torre, avanzaba fecundo a su libre albedrío, mientras maduraba todo lo que era.

Al ver a la señora Pelocrema saludarme con la mano desde el bosquecillo, comencé a avanzar más pesadamente. Iba vestida del color de su pelo. En una mano llevaba su cesta con la comida; con la otra, me saludaba y se protegía los ojos del sol para verme, alternativamente. Yo seguí avanzando sin responderle, pero asustado por los fuertes latidos de mi corazón. Ella empezó a hablar y a reírse.

—Soy una vieja medio loca, no hace falta que me lo digas. ¡Con el doctor Spielman ahí todo el tiempo! Ni siquiera esperaba verte, la verdad, pero estaba tan nerviosa que no podía concentrarme en nada. Sé lo que vas a decir: ¡te digo que pienses las cosas con calma y después no te doy ni un minuto! No voy a quedarme aquí, te lo prometo —ahora tendría que estar en la oficina—, pero tenía que pasar por aquí; ¡no sé cómo voy a aguantar hasta la noche!

Esperé a que terminara su aturullado discurso y me erguí sobre mis ancas. Ella se apresuró a dejar que le diera un beso, pidiéndome que disculpara a una pobre boba por inquietarse tanto. De inmediato, ella también me abrazó, aunque yo no estaba ni mucho menos cepillado y perfumado como el día anterior. Pero ella ofreció una mejilla perfumada y seca para mi segundo beso.

—¡Bendita sea mi alma! Y yo que creía que estarías enfadado conmigo.

—Cremita —le dije yo, acuñando un sobrenombre según el único modelo que conocía—. Lo que yo quiero es que tú y yo pudiéramos Ser.

Ella había estado apartándose delicadamente; al oír estas palabras, me abrazó de nuevo, y ya no pudo expresarse con claridad.

—Tú... Alabado sea el Señor. ¡Ah, Billy querido!

¿Había entendido lo que yo quería decir? Parecía que sí, pero para asegurarme le dije que había visto con mis propios ojos la manera en que los humanos disfrutaban de Ser, y que quería intentarlo.

—Si me prometes que me dejarás Ser siempre que quiera, abandonaré el rebaño.

—¿Que te deje Ser? —Se rio con incredulidad—. ¿Qué te crees que he estado pidiéndole a Dios todo este tiempo? ¡Vamos a Ser todo el tiempo, querido mío! ¡Tú y yo juntos, eso es lo único que deseo en este campus!

Mis más altas expectativas habían sido que ella accediese al final, después de muchos ruegos y amenazas, así que su entusiasmo me tomó desprevenido; apenas podía creérmelo.

—¿Y podemos Ser ahora mismo?

—¡Qué cosas tan raras dices! ¿Te refieres a que nos vayamos inmediatamente? ¿No deberíamos almorzar primero?

Su ligera duda convirtió la mía en ardiente determinación.

—No, me refiero a ahora mismo.

Ella se alejó un paso y me miró ladeando la cabeza.

—¡Bueno! Si eso es lo que quiere hacer mi jovencito, eso es lo que haremos. Todavía ni siquiera he preparado tu habitación... ¡pero si tú ya estás preparado, yo también!

Sus palabras me confundieron un poco.

—A lo que me refiero es a que Seamos aquí mismo, ahora mismo. Le he prometido a Max que volvería a la hora de la cena y le diría lo que he decidido; después, podemos Ser en tu casa.

Ella estaba a punto de coger la cesta; ahora negó con la cabeza, como simulando fastidio.

—¡Me parece a mí que no nos estamos comunicando muy bien!

Yo declaré tercamente mi intención de Comunicarme con ella en cuanto hubiera aprendido suficientes poemas para hacerlo; pero para Ser, en cambio, no hacía falta ningún tipo de aprendizaje, sólo amor, cosa que yo ya dominaba tan bien que si ella no me dejaba Ser con ella entonces iba a tener que irme a Ser con las cabritas del rebaño, o perecería.

—¡Dios santo! —dijo ella—. No podemos permitir que pase eso, ¿verdad?

Para mi regocijo, desplegó la manta que solía traer con la cesta de la comida; yo temblaba mientras ella la extendió y se instaló cómodamente cerca del centro.

—Bueno, señor, yo estoy aquí sentada y tú estás ahí de pie. No sé lo que le voy a decir a mi jefe, pero puedes venir aquí a la manta conmigo si eso es lo que deseas.

Invitado tan claramente, me lancé hacia ella sonriendo. Esperaba encontrarme con una resistencia razonable, pero ella soltó un grito que me dejó impresionado, como lo hizo el vigor con que se defendía. Me pegó en la cabeza con los puños; al instante, se escapó de debajo de mí. Pero yo me recuperé a tiempo de dejarme caer con todo mi peso sobre ella, protegiendo la cara en sus copiosos senos (que mordisqueé a través del lino que los tapaba) al tiempo que, como había hecho Harry, me afanaba con las manos.

Ella soltó un chillido y empezó a aporrearme. Mi ataque fue obstaculizado, cuando subía por su corvejón, por un inesperado arnés, y mientras yo trataba con torpeza de entender lo que estaba pasando, ella me tiró del pelo hasta que se me saltaron las lágrimas.

—¡No tan fuerte! —protesté. Su furia me preocupó. ¿Qué gracia tenía Ser si resultaba tan doloroso?

—¡Quita! —gritó ella—. ¡No debes hacer esto!

Cuando soltó las correas que me habían inmovilizado, me di cuenta de que aunque mi objetivo estaba cubierto con un pelaje fuerte (muy distinto del que llevaba Nena), en última instancia era tan básico como el de Mary Appenzeller.

—¡Es un error espantoso, Billy! ¡Para y te lo explicaré!

Bueno, no podía luchar y cubrirla al mismo tiempo. Yo era bastante fuerte para ser un cabrito, pero la señora Pelocrema era más grande y más pesada. Además, en su manera de luchar no había nada de esa pasión por ser derrotada que se le notaba a Nena; ella combatía para vencer.

—¡Ni siquiera quieres Ser conmigo! —la acusé. La tenía sujeta por un brazo; cuando ahora la solté para subirme la piel de angora, cogió una piedra y me golpeó en la cabeza con ella. Mi resentimiento se convirtió en ira; sólo quería estrangularla. Ella graznó, pateó, trató de empujarme por la cadera, pero tuvo que agarrarme de los antebrazos para que no la ahogara. Teniendo mucho cuidado con sus rodillas, me acosté sobre ella y de ese modo, puesto que tenía el vestido levantado, nos tocamos.

—¡Ah! ¡Ah!

Eché la cabeza hacia atrás. Los ojos de la señora Pelocrema se llenaron de horror, y entonces los cerró y comenzó a llorar. Yo me derrumbé sobre su pecho; si me hubiera roto el cráneo con una piedra, no me habría importado. Pero se quedó en silencio. Me tocó el pelo. Noté el alcance de su tristeza. Contra mi barbilla, su corazón latía lentamente mientras el mío seguía retumbando. Me sentí claramente arrepentido, aunque en absoluto tenía la certeza de haber hecho algo mal; y mis remordimientos se veían atenuados por el disgusto que me provocaba no haber logrado mi objetivo, al fin y al cabo. Pero no importaba; no había nada que importara. Me había acercado lo bastante a Ser como para poder apreciar su dulce sabor; lo que por el momento parecía un exceso no era más que un pequeño aperitivo. Cuando la

señora Pelocrema me apartó, me sentí de nuevo estimulado, pero no tuve suficiente voluntad como para retenerla: flojo, sobre la manta, observé cómo se arreglaba. De vez en cuando se pasaba las yemas de los dedos por el cuello.

—Perdóname por estrangularte —le dije, aunque todavía me dolía la cabeza de los golpes que me había dado con la piedra—. ¿Es así como te gusta Ser a ti, o es que estabas enfadada de verdad?

Ella se tapó la cara con las manos y negó con la cabeza.

—No lo sabías. Estoy extremadamente disgustada —dijo con un tono extraño en la voz.

—Puedo hacerlo mejor si me muestras cómo —le prometí—. Y si no me golpeas con piedras.

Mi amiga soltó un gruñido, no por mis palabras, y desvió la mirada. Después trató de recuperarse de su pesar y con una renovada firmeza —pero todavía evitando mirarme a los ojos— me pidió que me quitara de la manta para poder doblarla.

—Te juro que la próxima vez no te ahogaré.

Ella negó con la cabeza. Era yo lo que le daba tanta pena, declaró: tendría que haberlo sabido; había sido una boba por no darse cuenta de que esto podía pasar. ¿Quién podría decir que ella, al fin y al cabo, no se merecía que la tratara así? Quizá (eso era lo que estaba pensando, mientras alisaba una y otra vez la manta doblada contra su estómago) lo que había ocurrido fuera lo mejor que podía ocurrir y debiéramos estar agradecidos de que hubiera sucedido ahora, antes de que se estableciera mayor compromiso.

Aunque comprendía muy poco de lo que me estaba diciendo, me sentí muy avergonzado cuando vi que era presa de un terrible estremecimiento.

—¡Ay! ¡Ay!

A pesar de todo, yo pregunté, sonrojándome, qué se podía objetar a un placer tan sencillo e intenso como el de Ser, del que claramente disfrutaban todas las criaturas del universo. Un mero acoplamiento de esto y eso, cuestión de un minuto, pero que aportaba un elemento de deleite a cualquier paseo ocioso o encuentro casual; entre desconocidos, un acto de cortesía; hacia los invitados, un gesto de bienvenida; entre amigos, un vínculo. El mejor postre para una comida; el mejor final para un cuento. ¿Había acaso una forma más cordial de decir hola, un modo más dulce de decir adiós? ¿Había acaso una manera más delicada de dar los buenos días o más relajante de dar las buenas noches? Ser, y no no-Ser, era mi principal meta y mi única ambición. Incluso hablar de ello hacía que me librara de la pereza; se olvidaban los remordimientos, es decir, se convertían en una máscara que permitía diversas estratagemas.

—No te vayas, por favor. Nunca más te molestaré —le dije, pensando, mientras hablaba, en cómo podría volver a traerla hacia mí.

—No sé qué hacer —dijo la señora Pelocrema. Todavía tenía un gesto de dolor y se llevaba la mano al cuello—. ¡Tú no sabes nada!

Fui tras ella dando grandes zancadas.

—Pero voy a aprender.

—¡No!

Ella negó con la cabeza y aceleró el paso, andando en zigzag como un soñador. ¿Qué era lo que la había molestado tanto? Yo no podía ver nada más que la fortificación que tan sólidamente protegía su puerta de entrada. Ahí había unos pastos magníficos, ahí estaban el destino y la cuna de todos los anhelos; nada importaba salvo encontrar de nuevo aquel umbral de donde había sido expelido. Dejaría de lado todo lo que pudiera distraerme y superaría cualquier obstáculo para poder entrar en aquella oscura profundidad y conocer la paz de Ser en aquella hogareña casilla.

Ella debió de notar algo de todo esto a su espalda, ya que al ver la valla de los pastos, comenzó a correr. No me importaban sus lamentos; yo estaba tanto más allá de la compasión como ella lo estaba de la velocidad de una cabritilla. Salté hacia ella para tirarla al suelo; cerré la mano sobre su cuello, en el cordel plateado de su reloj. Ella giró sobre sí misma y, dando un grito, me tiró la cesta con la comida a la cara.

—¡Toma! ¡Esto es lo único que te voy a dar!

Me asusté al recibir el golpe; perdí el equilibrio al intentar no pisar los frutos y las horquetas que había en mi camino, y la señora Pelocrema aprovechó mi confusión para huir. Salté contra la valla demasiado tarde; ella ya estaba al otro lado. Galopó hasta la carretera (su respiración sonaba ¡hah! ¡hah!) y, al ver que yo no me atrevía a saltar la valla, volvió en busca de su bicicleta. Tenía la cara roja, el pelo color crema todo desordenado y en el regazo se le habían enganchado un montón de semillas silvestres.

Empecé a comprender que ya no volvería, y sin embargo, a pesar de toda mi desesperación, no se me ocurrió otra cosa que preguntarle:

—¿Ahora me puedes decir quién eres?

La pregunta era tan lastimera que hizo que las lágrimas afloraran a mis propios ojos. Pero los de ella se abrieron mucho; mientras llevaba la bicicleta hacia la carretera, me dijo:

—No deberías haber nacido. No hay ninguna esperanza...

Sus últimas palabras dirigidas a mí. Corrió junto a su bicicleta unos cuantos metros antes de montarse y entonces se dirigió torpemente hacia el oeste, hacia los salones de actos de New Tammany. Pensé en trotar al lado de ella, por lo menos, junto a la valla; incluso pensé en atreverme a ir por la carretera... ¿Qué importaba si moría en aquel momento? Pero me limité a apoyarme en uno de los postes de la cerca, desconsolado, y la observé marcharse.

Algo brilló como una señal entre los hierbajos, justo debajo de la valla, donde se había caído ella. Era su reloj; estaba colgando de un cardo. Agarrándolo por el cordel, que llegaba hasta el pasto, tiré de él y lo saqué del territorio humano; tranquilo como el corazón de su dueña, hizo tic tac junto a mi oreja. Ahora fue mi respiración la que comenzó a sonar ¡hah! ¡hah!, y no sin aquel quejido que modulaba el tono de la suya.

Durante un tiempo, me quedé agachado entre la maleza para meditar sobre cómo temblaba y qué debía hacer. ¿No había esperanza? Una puerta sin duda se había cerrado, aunque, ay, era más cierto decir que nunca había estado abierta para mí, no más que para Brickett Ranúnculo. Pero quedaba otra: el día todavía no había terminado; yo estaba donde siempre había estado, y qué era: una cabra, una cabra.

Anudé el cordel de plata donde se había partido, me colgué el reloj de la señora Pelocrema del cuello y salí del bosquecillo. Al sol, mis músculos, que ya no eran los de un cabrito, parecían ansiosos por experimentar su potencia; estaban a punto. Además, mis pelotas tenían un bamboleo viril que yo no había percibido hasta aquel momento, lo cual, mientras andaba, despertó primero mi interés, después me proporcionó deleite y por último me hizo sentir completamente exultante. Ahí estaban los pastos, ahí estaba el rebaño; yo miraba con ojos nuevos y me estremecí... ¡pero ahora no de desesperación!

Tom de Redfearn saludó desde su redil. En vez de decir su nombre, contesté con un balido trompetero que hizo que se pusiera a hacer cabriolas. ¡Amigo, tu nobleza es superior a la de los humanos! Un amor a salvo del maltrato; ¡un amor indestructible! Soltando un resoplido, galopé hasta su puerta y entré. Suspendidos sean los abrazos, modo humano de saludarse: Tom vino a embestirme de inmediato, como solía hacer en la zona de juegos, y se estrelló con ímpetu contra la puerta cuando yo me aparté de un brinco. Estuvimos jugueteando un cuarto de hora, absolutamente felices. Ambos éramos mucho más fuertes que cuando éramos cabritos, aunque menos ligeros. Lo agarré con fuerza de su espléndida cornamenta —¡cómo lo envidiaba por ella!— y lo tiré al suelo; él me hizo una finta y perdí el equilibrio, me dio con el costado de la cabeza y me quedé sin respiración. Nos esquivábamos y nos corneábamos, estábamos enloquecidos de tanta energía; al ver nuestras actividades, Brickett Ranúnculo (que en aquel momento era el único macho del rebaño, además de nosotros) comenzó a embestir contra la cerca de su redil como si tuviera dos años. Y poco después las cabritas, que holgazaneaban en el redil contiguo, empezaron a animarse por los ruidos que hacíamos. La delicada Hedda, que había de ser cubierta por primera vez en menos de un mes, estaba especialmente excitada, según noté; se abrió paso hasta la primera fila de las damas que se amontonaban frente a nuestro redil; sus rizos blancos presionaban contra la malla de la puerta; imploraba que la dejaran entrar.

En consecuencia, el carácter de nuestro juego cambió. La emoción de las cabritas, sus cándidas súplicas de amor, hicieron que Tom enloqueciera. Pateó la barrera contra la que ellas estaban apoyadas y cargó contra mí en serio. Ya no me conocía, sólo era un rival, lo cual me llenó de regocijo. Su lujuria era total; cualquier hembra le serviría; me habría montado incluso a mí si me hubiera podido someter. ¡En cambio, la mía —que volvía a hervir como lo había hecho junto a las tsugas— se dirigía a Hedda! ¿Cómo no lo había entendido antes? La noche anterior, cuando había acariciado su lana con el hocico; aquella misma mañana, cuando la había tocado... No era una mujer estafalaria y envejecida la que yo estaba destinado a amar, sino

Hedda, la de las ubres moteadas. ¡Deliciosa criatura! Y ella también me amaba; no había ninguna duda; el amor asomaba a sus ojos castaños con tintes dorados y palpitaba en cada uno de sus balidos.

Tom de Redfearn se apoyaba en dos patas contra la puerta, desenfrenado. Yo lo atrapé por la fornida panza y lo hice bajar; me monté a horcajadas sobre él, sin preocuparme por sus pezuñas, y lo hice caer al suelo. Abracé su cabeza contra mi pecho, manteniéndome alejado de sus patas, y me reí por el polvo que levantaba. A mi espalda, entre el alboroto de las cabritas, oí claramente la voz de mi amada, ardiente de pasión. El buen Tom, el corpulento Tom... ¡yo era superior a él! Ahí donde yacíamos los dos, yo brillaba, jadeante y bañado en sudor; de toda la universidad de deseos, lo único que habría podido pedir para que mi felicidad fuera absoluta era que Max estuviera presente para compartir con él aquel momento.

Había llegado la hora de reclamar mi premio. Tom de Redfearn, al que solté con una palmadita en la espalda, salió huyendo, sacudió sus lanas dos veces y se retiró hacia el fondo del redil para recobrar la compostura. Tal vez lo hubiera tratado con demasiada dureza en una competición que, entre machos, era al fin y al cabo más ceremonial que verdadera. No importaba: tenía la intención de ser generoso en la victoria. Por esta vez, dejaríamos de lado el plan de reproducción de Max: permitiría que alguna vivaz cabritilla entrara en el redil para Tom (por ejemplo, la dorada Patricia) mientras que fuera, en la zona de juegos, yo coronaría mi triunfo y sellaría mi elección.

¡Cómo balaba ella por mí! Cuando me acerqué, empezó a mover la cabeza arriba y abajo. Patricia, no menos encendida, estaba a su lado; se trataba sencillamente de dejar pasar a una y salir con rapidez, antes de que los demás entraran en tromba tras ella. Me erguí para abrir el pestillo, mientras le hablaba de amor a mi dulce Saanen, y sujeté la puerta un poco entreabierto para poder estirar un brazo y atrapar a Patricia. Ya era demasiado tarde cuando oí el ruido de las pezuñas a mi espalda: Tom de Redfearn, a pleno galope, me impactó contra el muslo como si de una enorme piedra redonda se tratara y me lanzó, medio dado la vuelta, contra el poste de la puerta. Sentí un estremecimiento de la cadera a las plantas de los pies, y después otro, aun más terrible, cuando me atacó con la parte plana de su cornamenta. Incapaz hasta de gritar, caí de rodillas. Él retrocedió para emprender una segunda carga, pero las cabritas entraron a toda prisa y me hicieron echarme al suelo, a los pies de él. Se arremolinaron a mi alrededor; aterrorizado, me alejé arrastrándome, aunque cada movimiento me resultaba doloroso, para evitar que me pisotearan. Ahí al lado, al alcance de mi mano, había un cayado de fresno blanco; me hice con él para defenderme del siguiente ataque. Pero cuando me di la vuelta para ponerme en guardia, con ganas de vomitar y bañado en un sudor frío, contemplé una imagen más espantosa que el ataque: las cabritas se frotaban contra Tommy de Redfearn desde todos los lados; las que estaban más alejadas, trataban de treparse sobre los lomos de sus hermanas para acercarse un poco. Ni siquiera Mary Appenzeller (quien yo había

previsto que sería una orgullosa testigo en mi boda) tenía ojos para mí; gemía tan ardientemente como las más jóvenes, y empujó a Patricia para mejorar su punto de vista. Ay, y antes incluso de que lograra incorporarme, mis orejas me habían transmitido lo peor: ¡la única voz que no se oía era la de Hedda! Allí en el centro se encontraba ella, mi amada: Tom de Redfearn estaba montándola; sacudía su poderosa melena de un lado para otro, se agachaba para tomar impulso y se estremecía chillando de placer.

Yo saqué fuerzas de flaqueza. Con mucho dolor, pasé entre las cabritas que continuaban riñendo y me apoyé en mi cayado de pastor ante los ojos de los amantes. Era como si fuera invisible. A Tom se le habían ensanchado las ventanas de la nariz; las patitas delanteras de Hedda estaban separadas para soportar el peso sobre su cruz y su cabeza —¡con una flojera provocada por la pasión!— colgaba casi entre ellas. Con los ojos bañados en lágrimas, las últimas que derramaría, golpeé con el cayado entre los cuernos de mi amigo. Las cabritas se alejaron brincando, todas menos Hedda, que se puso de rodillas cuando Tom se desplomó. Él le dio una violenta patada en el costado mientras caía, y murió con una sacudida. Lo había golpeado con tanta fuerza que me quedé sentado. Estaba sin respiración, loco de ira y terriblemente dolorido, y me sentía tan indiferente ahora a las cabritas que corrían, frenéticas, de un lado para otro, como ellas se habían mostrado conmigo. Hedda, habiendo quedado desprovista de su amante, se fue corriendo con ellas; en un instante, se aventuraron más allá de la puerta y desaparecieron.

El bueno de Tom y yo, una vez más, teníamos el redil para nosotros solos. Él estaba con los ojos abiertos; tenía la cabeza destrozada. Yo no le había clavado un cuerno ni lo había hecho sangrar, como hubiera hecho cualquier cabro celoso; simplemente lo había matado. Y con toda mi alma deseé lo que tampoco puede desear ninguna cabra: ser yo quien yaciera ahí maltrecho, más allá del dolor.

Las cabritas ya estaban tranquilizándose. Brickett Ranúnculo ni se regodeó ni se lamentó por tener ahora todo el rebaño disponible para cubrirlo; de hecho, olvidó lo que hacía dos minutos lo había puesto frenético y nos dio la espalda para dedicarse a mordisquear un poco de heno. Hedda todavía vagaba por la zona de juegos, moviendo el cuello y lamiéndose; sin embargo, no tenía ni idea de qué era lo que la inquietaba, del mismo modo que ignoraba el alto precio que habían pagado por ella. Las demás se habían marchado a hacer sus cosas.

Lo que había hecho, lo que sentía ahora, además de un gran dolor en las piernas... ¡Ah, Pelocrema, maldecía contigo la hora en que vi la luz! ¿Acaso no era un trol, al fin y al cabo, el resultado de un cruce insensato? ¿Habría sido engendrado sobre un montón de mierda húmeda y fría, debajo de un puente? Y nadie, no había nadie que nunca me fuera a embestir y pisotear... ¡no tenía ninguna esperanza!

Salí del redil a cuatro patas, crucé la zona de juegos, atravesé el establo. Pensé que podía morir de dolor y sólo quise vivir para escuchar cómo Max sumaba su maldición a la de la señora Pelocrema. ¿Por qué había temido yo la carretera alguna

vez, si ésta sólo podía matar cabras? Me metí en ella con total seguridad, como los gusanos harían con Tommy, y avancé hasta el primer edificio, una pequeña caja de piedra que yo sabía que era la Sección de Ganadería de la Biblioteca. Esperaba —en parte, deseaba— que salieran a mi encuentro unos perros, como los que había visto junto a las ovejas en los pastos vecinos, o por lo menos que me fustigaran unos vigilantes humanos; pero el lugar parecía vacío. La primera puerta con que me topé era pequeña, y estaba abierta contra el calor del mediodía. Más allá, como una cueva, se abría una sala oscura, y cuando mis ojos se acostumbraron a la falta de luz, me di cuenta de que estaba llena de estanterías con libros. Qué terrores aguardaban en aquel sitio; me lancé por encima del alféizar y entré en aquel frío recinto.

7. SU MAXIMIZACIÓN

—¡Max! —mi voz sonaba como el balido de un cabrito recién nacido. Por ahí cerca, en la fresca oscuridad, había oído un lastimero canturreo, que cuando grité se había apagado de inmediato. Lo único que sonaba entonces era el correr del agua, como de un grifo o una fuente.

Una voz que no era la de Max preguntó desde detrás de la pared de libros:

—¿Quién ehtá gritando en mih ehtantería?

Era lo que preguntaban siempre los troles. Me puse a temblar, lleno de angustia.

—Loh ehtudianteh no entran en lah ehtanteríah de George. ¿Quién anda ahí?

Se oyeron unos pasos procedentes de donde antes venía el canturreo, que, se me ocurrió, debía de ser el ronquido de aquel monstruo.

—Sólo soy yo —respondí—. Por favor, soy... el niño-cabra.

Vi que aparecieron, en el pasillo donde me encontraba, unos ojos grandes y torvos; después un hombre, a juzgar por su forma, o un trol disfrazado de hombre, pero tan negro como su guarida. Para peor, tenía cogida por el cuello una serpiente con la cabeza plateada y la boca abierta; su cuerpo, doce veces mayor que el de cualquier cascabel de los pastos, se perdió de vista tras la esquina. Ahora veía sus contornos, que se interponían entre la puerta y yo.

Volví a llamar a Max a gritos.

—¿Qué ehtá chiyando, niño-cabra?

Aquella criatura dejó en el suelo a la serpiente, que se apartó unos diez centímetros y se quedó quieta. Intenté huir metiéndome por el pasillo.

—¡Ehpera, chaval!

En un momento, me adelantó y se detuvo delante de mí, de modo que ambos extremos del pasillo quedaron bloqueados.

—¡No me comas! —supliqué, y recurrí a la única estratagema que conocía—. Espera a que venga el doctor Spielman y cómetelo a él.

—¿Comel, chaval? ¿Quién te va a comel? Naide te va a comel.

Su voz, tenía que admitirlo, no resultaba amenazadora, y por mucho que aquellos ojos fueran aterradores, su manera de cogerme del hombro era de lo más delicada. Eché un vistazo para ver si la serpiente se estaba acercando.

—¿Y esa serpiente? —Señalé angustiado—. ¿Está muerta?

Cuando entendió a qué me refería, sus dientes soltaron un destello tan blanco como sus ojos.

—¿Esa vieha ahpiradora? ¡Yo ya estaría muelto hase tiempo si esa ahpiradora moldiera! —Entonces su voz adoptó un tono confidencial—. A *mí* naide puede comelme, chaval. *Ya me han comío.*

Su respuesta le dio risa; luego, al cabo de un momento, dijo:

—Ehcucha esta adivinansa: ¿Qué madre tiene más hijoh y se loh come todoh cuando cresen?

—Por favor, señor —dije yo desconsolado—. No soy un alumno, sólo soy el niño-cabra y tengo que encontrar al doctor Spielman. Me he hecho daño en las piernas.

Mientras hablaba, levanté uno de mis doloridos muslos. El hombre negro inspeccionó mis moratones y frunció el ceño, preocupado. El dolor no era ni mucho menos tan intenso como al principio, pero no dejaba de sudar y tenía la piel de gallina. Hacía mucho frío.

—Se ha hecho daño en lah pielna —murmuró mi examinador—. Que me suspendan si no es sierto. Y va sin nada de ropa. ¿Quién te ha metido en el elevadol de sintah, chico? —No parecía dirigirse a mí. Me incorporé, tratando de sentarme lo mejor que pude; él se encogió de hombros de repente y me pasó el brazo por encima de los hombros para darme ánimos y se quedó mirándome el pecho fijamente. Habló como si leyera algo en el reloj que tenía ahí colgado.

—*Aprobal a todoh... Aprobal a todoh...*

—*¡Aprobar a todos Suspende a todos!* —exclamé yo. Por mucho que me desconcertara su actitud, ahora ya no estaba tan asustado—. ¿Qué significa eso, de todos modos?

Él se apartó de mí.

—*¡Por el amol de lah tierra, señol, no ehtaba toqueteando la sintah! Sólo he veníoo con la ahpiradora y he oído un chillido...* ¿qué iba a hasel, dejal que al pobre chico le sorbieran el seso?

Su queja —ante quién, no podía imaginármelo— se convirtió en un murmullo incoherente, y después en un trozo de una canción sobre cierta Orilla donde (de manera similar a los hermanos Gruff) esperaba encontrar lo que deseaba con todo su corazón, si sólo pudiera cruzar hasta ella. Después empezó a cantar burlándose de mí:

—*¡Aprobal a todoh Suhpendel a todoh!* ¡Ningún niño va a moril en lah ehtantería de aquí!

Entonces me pasó el otro brazo por debajo de las piernas, me levantó y comenzó a avanzar por el pasillo. Yo protesté hasta que lo oí decir, todavía más para sí mismo que para mí:

—Voy a sacalte de aquí, anteh de que noh coman a loh doh. El dotor Spielman sabrá qué eh lo que hay que hasel.

Justo en aquel momento, una voz que yo conocía llamó, «¿Georrge?», y me dio un vuelco al corazón, ya que Max en persona atravesó nuestro pasillo por el final. Echó un vistazo, durante un instante no me reconoció, y después vino hacia nosotros a toda prisa.

—*¡Ey, Billy! ¿Ahorra que pasa?*

—*¡Se quedó atrapao por lah pielnah en el elevadol de sintah!* —dijo George, indignado—. *¡Un pobre chico dehnudo!*

—¡Ay, Max! —Todavía transportado por George, aquel negro enorme, me abracé al cuello de mi querido cuidador—. ¡He matado a Tommy de Redfearn!

—¡No, qué dices! —Max se tiró de la barba con inquietud—. Ponlo ahí, George. ¿Qué es eso de que le duelen piernas?

—Yo de veldá que no he tocao ninguna sintah —declaró George—. ¡Y naide debería metel a chicoh en el elevadol de sintah!

Me acostaron en una mesa de madera que había cerca de allí; me ardían los ojos porque nadie comprendía lo que había hecho.

—¡Le he pegado a Tommy con un cayado! —grité—. ¡Está muerto!

Max me abrazó con fuerza mientras le contaba con dificultad mi lastimero relato. «¡Ach, Bill!», gruñía a cada nueva revelación: mi decisión de ser un hombre humano, el ataque a la señora Pelocrema, y su maldición... «¡Ach, Bill!». Mi decisión posterior de ser un macho cabrío, la violación de Hedda y el asesinato de Tom... «¡Ach, Bill!».

—¡No debería haber nacido! —me lamenté. Max me había soltado y me estaba examinando las heridas delicadamente—. ¡No te preocupes por mis piernas! ¡Merecen estar rotas!

Con súbita pertinencia, como si todavía se refiriera a alguna escena lejana, el hombre negro dijo:

—No hay huesoh rotoh. Un poco de leche de cabra y ehte chico se va a ponel tan reto como la torre del reló.

Y entonces comenzó a canturrear de nuevo:

«Sólo falta un río mah —diho el Fundadol amao—,
Todoh sereih lisensiaoh en cuanto lo hayaiah crusao».

—¿Por qué habla así? —pregunté lloriqueando.

Durante un instante, pareció como si George fuera a entrar en razón. Medio riéndose, y sin embargo un tanto indignado, se quejó a mi cuidador:

—¿Cómo eh que no le ha enseñao a ponerse reto?

Ahora Max parecía tan consternado como yo.

—¡Ach, George, hay que perrdonarr! Y Billy... ¡Hay que perrdonarr, hay que perrdonarr!

Me quedé asombrado al ver desdicha donde esperaba ver ira. Max abrazó al anciano hombre negro, incluso se puso de rodillas ante él.

—Tienes que amarr a este hombrre, Billy —me ordenó—. En esto consiste que alguien logrre COMERRte vivo... ¡y él lo sufrió porr ti, parra salvarre la vida!

Indiferente a nosotros, Billy se marchó hacia lo que yo había tomado por una serpiente, cantando alegremente:

El señol tigre ha rugío, el señol león ha bramao,
pero el OLDACO te come si no te andah con cuidao.

—¿De qué está hablando? —pregunté, preocupado; y entonces otra oleada de imperiosa tristeza barrió por completo la curiosidad—. ¡Max, he matado a Tommy!

Asintiendo con la cabeza, Max se puso de pie.

—*Ja, ja*, eso está muy mal, y él erra un cabrro excelente. —Pero no había nada de enfado en su tono de voz; incluso la pena que sí se traslucía no parecía relacionada con mi amigo muerto—. Perro yo he hecho una cosa peorr. ¿No fue acaso Max Spielman quien mató al pobrre Tommy? ¿No es como si lo hubierra golpeado yo mismo?

George, para entonces, se había centrado en su máquina y estaba barriendo una fila de libros con su hocico. Max negó con la cabeza como si aquella visión lo entristeciera, y tras reasegurarse de que mis heridas eran más dolorosas que graves (eran, en cualquier caso, el menor de mis sufrimientos), me hizo oír cómo el hombre negro y yo nos habíamos cruzado en su desgraciado camino.

—George Herrold es un limpiealibros —comenzó—. Las estanterrías de aquí son tan pequeñas y se usan tan poco que la verrdad es que no las necesitamos, perro yo le dije al Rectorr Rexforrd cuando me prreguntó: «Si va a mantenerr abierrrta la sección caprrina porr mí, contrrate a Georrge Herrold de conserrrje. Él no se merrece lo que le ha pasado más de lo que lo merrezco yo». Hace quince años, Billy, él erra Limpiealibros Jefe en las Estanterrías Centrrales de New Tammany. Yo conocí a George allí, durrante los últimos años de la Revuelta, cuando colaborraba parra hacerr del ORRDACO un arrma parra COMERR a los bonifacistas con...

—¿Qué es el ORRDACO ese del que habla todo el mundo? —pregunté yo—. ¿Una especie de trol que se come a todo el mundo?

Max asintió con la cabeza.

—Exactamente, Bill. El ORRDACO es peor que nada de lo que aparece en los libros de cuentos: ¿qué te parecerrría un rebaño de cabrras que aprendieran a hacerr ellas solas un trol que se pudierra COMERR toda la Univerrrsidad en media horra?

—¿Y para qué iban a hacer eso? —quise saber.

—Parra qué, tienes razón: nunca ha habido cabrra tan tonta como parra serr tan lista —suspiró—. Bueno. De todas manerras, Georrge es el único limpiealibros que tiene permiso parra entrar en el sótano de la Sala de la Torre: ése es el edificio donde se reúne la comisión y donde están las Estanterrías Centrrales... y el ORRDACO está ahí, lo que podríamos llamarr su núcleo, y en una parrrte del sótano es donde guardan todas las cintas con que lo alimentan. Casi todo esto son secretos muy imporrntantes, ¿sabes? Y nadie puede bajarr ahí sin una Autorrización Especial. Es la que yo tenía, hasta que me despidieron; y es la que tenía Georrge, parra limpiearr ahí.

Interrumpió su explicación para interesarse una vez más por mis dolores, y se preguntó en voz alta si no debería ir a buscar a un médico. Pero a pesar de todos los moratones que tenía en los muslos, declaré con cierta impaciencia que no necesitaba en absoluto al doctor Mankiewick (que atendía habitualmente al rebaño); de hecho, dije que mi conciencia era la verdadera causa de mis sufrimientos y que mi única

preocupación, ya que nada podría devolverle la vida a Tommy de Redfearn, era aprender todo lo que pudiera sobre el monstruo que lo había matado. Cuanta más voz daba a mi desprecio por mí mismo, más se angustiaba Max: era un poder bastante curioso, y de alguna extraña manera un bálsamo para ese desdén que sentía, en el que confieso que me regodeaba. Cuando me quejé una vez más de que no era ni carne ni pescado sino una abominación de la misma categoría que el ORDACO, que habría que eliminar del campus, él suplicó:

—No, niño, por favor. Escucha, ésta es la verdad: quién eres tú, nadie lo sabe; ni yo, ni George, ni nadie. Perro *qué* eres... eso es lo que tienes que oír. Es la *historria* lo que tienes que entender.

Reanudó su relato, moviendo la cabeza de un lado a otro y toqueteándose la barba con remordimiento mientras hablaba. Veinte años atrás, me contó, un rebaño de hombres muy crueles llamados bonifacistas, de la Facultad de Sigfrido, había atacado a los campus vecinos. A los sigfridenses se les unieron algunas otras instituciones, y muy pronto todas las facultades de la Universidad se hallaban implicadas en la Segunda Revuelta Intercampus. Una incontable cantidad de gente pereció en ambos bandos; la populosa comunidad moisiana de Sigfrido fue destruida. El propio Max, nacido y educado en aquellas famosas aulas en las que la ciencia, la filosofía y la música habían florecido en los felices cursos de otro tiempo, consiguió a duras penas escapar con vida a la Facultad de New Tammany, y, aunque por temperamento se oponía a cualquier revuelta, había puesto su genio matemático al servicio de su nueva alma mater. Fue él quien sugirió por vez primera, en un memorándum que ahora es famoso, dirigido al Rector Héctor, que el ORDACO —que ya había asumido el control de importantes operaciones no militares en las facultades del Campus Occidental— tenía un potencial destructivo incomparable con nada concebido hasta el momento.

—¡Oh, Bill, el ORRDACO ese! —me dijo entonces con gran emoción—. ¡Menuda criaturra! Yo no lo construí; no lo construyó nadie: es tan antiguo como la mente, y bien se podría decir que se construyó a sí mismo. Su fuerza es la misma que mantiene el campus en marcha; no te lo voy a explicarr ahorra, perro eso es lo que es. Y la fuerza que proporciona... eh, Bill, es la primerra ennergía de la Univerrsidad: ¡la fuerza de la mente, sin la que no podríamos vivir ni un minuto! Lo que te dice a ti que hay un *tú*, que es diferente de *mí*, y lo que separra las cabrras de las ovejas... Como el calorr de la vida, que significa que no estamos muerrtos sino que nuestra prropia casa es su combustible, y nos quemamos a nosotros mismos parra mantenerla caliente... ¡Ay, ay, Bill!

¡Bueno! ¡En fin! Max controló su agitación y continuó con el relato del ORDACO, cuya historia, debido a mi ignorancia y a mi impaciencia por entender la relevancia que había tenido en mi vida, no pude comprender más que parcialmente. La bestia, por lo que entendí, había estado entre los hombres en espíritu, por decirlo de algún modo, desde la fundación misma de la Universidad, especialmente en el Campus Occidental. Sólo en el último siglo, más o menos, había tomado cuerpo, un cuerpo de

lo más sencillo (si de carne y hueso o de otros materiales era algo que yo no desconocía). Al principio se le encargaron las tareas más sencillas: hacer sumas y verificar cierta clase de respuestas. Posteriormente, a medida que fue creciendo la confianza de la estudiantía en él, también lo hicieron su tamaño, su complejidad y su capacidad; sufrió una serie de metamorfosis, como un insecto o un feto en crecimiento, demandando cada vez más nutrientes y ejerciendo una influencia cada vez mayor, hasta que, en los años previos a mi nacimiento, se independizó definitivamente de sus progenitores y comenzó a vivir por su cuenta. No me quedó claro si un cierto número de pequeñas criaturas se habían fusionado para convertirse en una enorme, por ejemplo, o si, como Brickett Ranúnculo, el ORDACO un día había dejado de ser dócil, rebelándose y enfrentándose a sus cuidadores. No había nada con respecto a esta bestia que no pareciera ambiguo; sólo me la podía imaginar en relación con mi propia naturaleza equívoca, que había ido más allá de su propia comprensión y hacía daño cuando pretendía ayudar. La Facultad de New Tammany al completo, según entendí, si no todo el campus, había pasado de manera gradual a estar bajo la hegemonía del ORDACO, voluntariamente o no: él preveía sus propias necesidades y se encargaba de satisfacerlas; planteaba sus propios problemas y los resolvía. Gobernaba todas las fases de la vida de los estudiantes, ya que decidía quién debía casarse con quién, cuántos hijos debían engendrar y cómo debían criarlos; él mismo les enseñaba, si lo consideraba adecuado, organizaba sus actividades y les asignaba ocupaciones vitales en algún lugar de su vasta heredad. Se volvió tanto más sabio que sus amos, y tanto más eficiente a la hora de llevar a cabo cualquier tarea, que, en alguna funesta coyuntura, le ordenaron que les diera órdenes a ellos, de modo que los cuidadores se convirtieron en los cuidados. Max dijo que fue como si el mismísimo Fundador se le apareciera a alguien y declarara: «Tú debes hacer esto y aquello»; uno era libre, en teoría, de hacer lo que quisiera, pero en la práctica solamente un loco actuaría de ese modo, dadas las circunstancias. Incluso la cuestión de si uno hacía bien en dejar que el ORDACO le diera órdenes de ese modo era algo que sólo el ORDACO podía contestar razonablemente. Era a un tiempo la vida y la muerte de la estudiantía: su alimento era la riqueza al completo de la facultad, la alacena al completo de la sabiduría popular; a cambio, vomitaba ingentes cantidades de materias nuevas. Muchas más, ay, de las que sus súbditos podrían digerir nunca... y entonces éstos, a su vez, como el bolo alimenticio de una vaca, se convirtieron también en sus nutrientes.

Sin embargo, en fecha tan tardía como la de la Segunda Revuelta Intercampus, todavía quedaban algunos hombres, como Max, para quienes la criatura era, si bien ya no su sirviente, por lo menos aún no totalmente su amo, y de quienes parecía depender, como un gigantesco hermano menor, para completar su crecimiento. Fueron ellos, bajo la dirección de Max, los que le enseñaron al ORDACO a COMER...

—Imagínate un chivo bien grande —dijo Max—, que tiene unos estupendos músculos y sabe que podría saltar la valla y matar a tus enemigos si supiera cómo

hacerrlo. No sólo eso: ¡sabe quién podrría enseñarrle! Así que busca a su cuidadorr y le dice que necesita aprenderr algunas cosas. Entonces ya puede salirr de su redil de un salto y atacarr a quien quierra, ¿entiendes? Incluyendo su prrofesorr...

Los anteriores operarios del ORDACO, por lo visto, ya le habían enseñado una considerable cantidad de *recursos*, y elementos de la facultad militar —el ROTC de New Tammany— habían sido instruidos hacía mucho tiempo para aconsejarles cómo podían defenderlo mejor (y a toda su área de conocimientos) de todos sus adversarios. Por lo tanto, con el pretexto de crear unos medios más eficaces para comunicarse con sus extremidades, la criatura le reveló un día a Max Spielman que una cierta clase de la energía que desprendía durante su actividad normal —lo que Max llamaba «ondas cerebrales»— era teóricamente susceptible de ser intensificada de una forma casi ilimitada, con las mismas amplitudes y frecuencias que las «ondas cerebrales» humanas, como un reflector sobre espacios tremendos. La aplicación científico-militar era evidente: en el mayor de los secretos, el bruto y sus operarios perfeccionaron una técnica que denominaron Ciencia de la Organización y la Multiplicación Electroencefálica Regular, «la mejor», según les había advertido el Profesor-General Héctor a los bonifacistas, «para COMEROS».

—Erra una carrera muy fea la que estábamos corriendo —dijo Max con tristeza—. El ORRDACO no sólo vive en la Facultad de New Tammany, ¿sabes? Hay un poco de ORRDACO en la cabeza de cada estudiante que ha existido. Tuvimos que trrabajarr rápido, e hicimos dos ggrandes errores en el principio de todo; le enseñamos a enseñarrse a sí mismo y a volverrse cada vez más inteligente sin nuestra ayuda, y le enseñamos a diseñarr sus prropias *políticas* a parrtirr de sus conocimientos. Desde ese momento, el ORRDACO empezó hacerr lo que quiso, y hasta pasado algún tiempo no nos dimos cuenta de una cosa espantosa: ¡ya nadie de nosotros podía estarr seguro de que sus interreses fueran los mismos que los nuestros! Bueno. Parra entonces ya estábamos ganando la revuelta, perro todavía faltaba hacerr *kaputt* a los sigfrridenses y a sus colegas, los amaterrasus, y nosotros sabíamos que íbamos a perrderr miles de estudiantes antes de acabarr nuestra misión. Entonces descubrimos una cosa que ya temíamos: que los bonifacistas estaban trrabajando en un proyecto prpropio de COMERR. Erra su única posibilidad de ganarr la revuelta: si no conseguíamos hacerr que la contienda acabarra a toda prrisa, ellos nos podrrían COMERR, porque lo único que querría el ORRDACO erra aprenderr los trucos, independientemente de quién se los enseñarra o quién murrierra. Ganamos la carrera...

Empecé a moverme nerviosamente. Por muy interesante que resultara, lo que me estaba contando Max no tenía nada que ver, por lo que yo era capaz de discernir, con mis apremiantes necesidades. Pero en el rostro de mi cuidador había un gesto de profunda y dolorosa excitación.

—Una mañana, justo antes de que amanecierra, apuntamos dos de las antenas del ORRDACO hacia una deterrminada explanada de la Facultad de Amaterasu. Sólo estábamos un puñado de perrsonas metidas en un sótano de la Sala de la Torre.

Maurrice Stokerr encendió el sistema (es el herrmanastro del nuevo rectorr, y todavía hoy lo maldigo). Eblis Eierkopf prrogramó la longitud de onda; entonces erra muy joven, un sigfridense que no le importaba parra quién trrabajaba con tal de poderr disponerr de los mejorres laborratorrios. Lo maldigo. Y maldigo a Chementinski, el nikolayano que focalizó la señal. Lo único que faltaba erra lo peorr de todo: encenderr los amplificadorres y aprretarr el botón de COMERR. ¡No hay una perrsona sensata en todo el mundo que no maldiga la mano que aprretó ese botón! — Las lágrimas asomaron a los ojos de Max; extendió ante mi cara el pulgar y los tres dedos de su mano derecha—. La mano del dirrectorr, Billy; ¡yo también la maldigo! ¡Max Spielman aprretó ese botón!

Con lo cual (declaró un momento después, con seco desapasionamiento) habían logrado COMERSE vivos a miles de amaterasus, cosa que significaba que éstos habían padecido «quemaduras mentales» en diversos grados, como fusibles que hubieran sufrido una sobrecarga. Aquellos que se hallaban en el centro de la explanada, muerte instantánea; los que se encontraban cerca, catalepsia total. En las aulas más próximas, desintegración de la personalidad, pérdida de identidad e incapacidad para elegir, actuar o moverse excepto de manera espontánea. En las diversas residencias, más allá de las aulas, diferentes clases de locura: desesperación suicida, histeria, timidez vertiginosa. Y en la zona de la periferia de la señal, impotencia, colapso nervioso y neurosis más o menos graves. Todos los daños eran funcionales y, por lo tanto, «permanentes», es decir, sólo reversibles por el fallecimiento de las víctimas, que en miles de casos tuvo lugar poco después.

—¡Imagínate una facultad de repente llena de locos! —gritó Max—. ¡Todos ocupados con sus tarreas, pero han enloquecido a la vez!

Los conductores de autobús, declaró, habían estrellado sus vehículos contra edificios y peatones que no paraban de farfullar; los cirujanos habían apuñalado a sus pacientes; los obreros de la construcción habían perdido la vida por caminar descuidadamente por altos andamios. Las tasas de asesinato y de suicidio se habían disparado, multiplicándose por mil, así como la incidencia de las muertes accidentales. Explotaron calderas desatendidas; se declararon incendios por todas partes, mientras que los estudiantes bomberos se quedaban paralizados, sentados en sus puestos, o vagaban enloquecidos por las calles, y los que todavía no se habían licenciado se apiñaban en aulas, tiendas y teatros en llamas como si no pasara nada. Muy pocos eran capaces de ingerir comida; menos todavía lo eran de prepararla. Muchos perdieron el control de la vejiga y el intestino; la mayor parte comenzó a descuidar por completo los hábitos de salud cotidianos; los pocos que se volvieron patológicamente obsesivos en relación con dichos hábitos se lavaban la cara día y noche mientras tal vez orinaban en el agua que empleaban para ello; nadie era competente para gestionar la administración de salud pública, atender a los enfermos ni enterrar a los muertos. En consecuencia, las enfermedades pronto se propagaron con consecuencias tan terribles como las del fuego. Antes de que las fuerzas

procedentes de otras explanadas pudieran controlar la situación, una tercera parte de los edificios de la zona sobre la que se había dirigido el ataque quedó más o menos destruida (incluyendo una colección insustituible de mil setecientos manuscritos ilustrados del período pre-Kamakura), por lo menos la mitad de los estudiantes y del personal docente habían muerto o estaban moribundos, y prácticamente todo el resto no estaba en condiciones de nada más que de ingresar en un asilo. Antes de que concluyera la semana, las facultades de Amaterasu y Sigfrido se habían rendido incondicionalmente y la Segunda Revuelta Intercampus había concluido.

—¡Perro los daños! —dijo Max con tristeza—. Los daños todavía no han acabado. Hace cinco años fue la última vez que leí un perriódico... Habían pasado diez años desde que aprreté el botón. Había un arrtículo sobre uno de los amaterrasus que había sobrrrevivido, y todo el mundo pensaba que se encontraba bien, hasta que un día se volvió loco con su motocicleta y mató a cuatro niñitas de prrimarria. Y también los niños, los que nacierron de los superrvientes: el dos porr ciento son idiotas; uno de cada trres es retrrasado; y todos ellos padecen cosas como enurresis y pesadillas. Cuántas generraciones durrarrá, nadie lo sabe. —Se dio un golpe en la frente con el puño—. ¡Eso es lo que significa que te pueden COMERR, Billy! Mirra las cabrras: se comen cualquierr cosa que les des; ¡perro sólo los humanos son bastante inteligentes parra COMERR unos a otros!

Profundamente asombrado, negué con la cabeza. La idea de locura no me resultaba fácil de apreciar: los únicos ejemplos que tenía eran el limpioliberal y el personaje de Carpo el Loco de los *Cuentos de los patronos*, y ambos me parecían más formidables que patéticos. Pregunté si George el limpioliberal había estado entre las víctimas de aquel primer ataque. Mi motivo no era sobre todo enterarme mejor de los terrores provocados por el ORDACO sino, si era posible, conducir con discreción a Max hacia el tema que había planteado originalmente; y tuve tanto éxito que dejó de darse puñetazos en la frente y reanudó su historia:

—Sí, bueno, no fue durrante la Revuelta cuando Georrge resultó herido, sino en época de paz.

Entonces me explicó que aunque las dos Revueltas del Campus habían sido terribles, en cierto sentido apenas tenían importancia; no eran el resultado de contradicciones esenciales entre los combatientes sino de un orgullo inherente a las facultades, antiguo y pasado de moda (que él denominó *almamatriotismo militante*) y de un desequilibrio en la economía informacionalista entre Sigfrido, por ejemplo, y las demás facultades del Campus Occidental. Al mismo tiempo, sin embargo, como si dijéramos por detrás de las dos Revueltas, había ido surgiendo un conflicto de mucho más largo alcance: una contradicción de principios básicos que rebasaba los límites que separaban las distintas facultades y afectaba a todos los departamentos de la vida del campus: no sólo la economía y la ciencia política, sino también la filosofía, la literatura y la pedagogía; e incluso también la agricultura y la religión.

—Me refiero —dijo con sobriedad— al sindicalismo estudiantil frente al informacionalismo. Ya lo entenderás mejor más adelante: es el principal conflicto universitario con el que tiene que vivir el campus hoy en día, y nadie puede explicarlo todo de golpe.

Por el momento, tuve que conformarme con comprender que hacía muchos cursos, durante lo que los profesores de historia llaman el Período de Rematriculación, la antigua fe del Campus Occidental en cosas como un Fundador todopoderoso y un Examen Final que lo enviaba a uno para siempre a las Puertas de la Graduación o al Decano de los Suspendidos había comenzado a declinar (como el amante de Nena había declarado en los pastos), dejando de ser una fuerza intelectual para convertirse en una especie de decorosa creencia popular. Los estudiantes todavía se amontonaban una vez por semana en el auditorio del Fundador para suplicarle indulgencia a un «Examinador» invisible; a los niños de primaria todavía se les enseñaban los principios morales del Código de Moisés y el Seminario de la Colina; pero en la práctica ya sólo los supersticiosos sentían realmente que las creencias sobre las que organizaban sus vidas tuvieran valor de verdad absoluta. Las novedosas pruebas que aportaba la ciencia eran de lo más perturbadoras: no había habido, por lo visto, un Día de la Fundación. La Universidad había existido siempre; los actos de los hombres, que se habían considerado resultantes de su libre albedrío y, por lo tanto, sujetos a su responsabilidad, parecían por el contrario tener su origen en deseos oscuros, irracionales y siempre arteros; los principios morales eran considerados por el Departamento de Psicología como síntomas del orden de los sueños; por el Departamento de Antropología, como reliquias históricas del orden de los fragmentos de vasijas; por el Departamento de Filosofía, a veces como cadáveres adecuados para la disección lógica y a veces como absurdecos necesarios. El resultado (en especial para los estudiantes más reflexivos) era un estado de confusión, de ansiedad, de frustración, de desesperación, y una intermitente búsqueda de algo con que llenar el vacío moral que había quedado en sus explanadas. Así se explicaba la proliferación de nuevas religiones, seculares o no, en la última media docena de generaciones: los pre-escuelistas, con su primitivismo decadente y su mórbido interés por las emociones, las fantasías oscuras y el sueño profundo; los curricularistas, con sus panaceas pedagógicas y su ingenua fe en «la infinita educabilidad de la estudiantía»; los evolucionarios; los ismistas, cuasi-místicos; los neo-enoquianos, con su deseo de retirarse a las antiguas fraternidades y su tierna sensibilidad, emasculada, sin embargo, hasta caer en el esteticismo y en una adoración intelectual por el mito; los bonifacistas, con su fanática sublimación de la libido hasta un nivel administrativo y que veneraban a su *Kanzler* como si fuera un fundador; los estudiantistas seculares (llamados percentil medio o bachilleres burgueses liberales), hacia quienes el propio Max declaraba sentir afinidad, con su tenaz confianza en la autosuficiencia de la razón de los estudiantes; los explanadistas éticos, que se adherían a una doctrina de relativismo absoluto; los programatistas sexuales, los tragedistas y nuevos

quijotescos, los jóvenes de primero de carrera enfadados, los de la generación serista^[5], y todos los demás.

Entre estas nuevas creencias, dijo Max, se encontraba el sindicalismo estudiantil, una filosofía político-religiosa que había florecido entre los percentiles más bajos tras la Revolución Informacionalista. Cuando los hombres se habían ido apartando de los sueños de postgrado para centrarse en las cosas de este campus, había comenzado la gran explosión de conocimiento que todavía reverberaba en nuestro tiempo. Los alumnos se alzaron contra los profesores y los profesores contra los decanos; los departamentos se unieron para formar las facultades que conocemos hoy, sacando su fuerza de la ingeniería pesada y los laboratorios de ciencias aplicadas y las vastas bibliotecas de referencia. Pero los pequeño-informacionalistas resultaron ser tan desorganizados, a su manera, como los directores de departamento que los habían precedido, y a una escala mucho mayor: donde antes de vez en cuando se vendía algún becario, o se perpetraba una violación en una escuela mixta acogiéndose al *droit de Fauteuil*, ahora miles y millones de ignorantes eran explotados por los cultos. Muchos niños fueron sacados de las guarderías y enviados a las excavaciones de la Búsqueda de Carbón; había chicas embarazadas de segundo curso que trabajaban duramente en pestilentes laboratorios y en bibliotecas infestadas de ratas. Esta clase de abusos llevó a los poetas pre-escuelistas a proclamar: «¡El Campus es más real que el Aula!», mientras que sus homólogos de Filosofía afirmaban que todos los males de la estudiantía eran efectos de la educación formal. Pero aunque fue capaz de producir grandes obras de arte, la filosofía pre-escuelista proporcionó escaso consuelo —y ninguna esperanza— a las masas de iletrados que se hacinaban en las habitaciones llenas de hollín de las residencias y en los sórdidos salones de actos. Fueron éstas quienes, a su vez, presa de la desesperación, comenzaron a volverse hacia la *Confraternité Administrative des Étudiants*, bajo cuyo estandarte escarlata un nuevo Gran Maestro, la barba feroz y el gesto avinagrado, proclamaba: «¡Estudiantes de las explanadas, uníos!».

El proyecto del Sindicato Estudiantil (prosiguió Max) no era en sí mismo hostil al espíritu del estilo de vida de los estudiantes que perseguían la «Facultad Abierta» o la «Libre Investigación»: sólo a sus excesos carentes de regulación. Su pacífica doctrina era que allá donde la estudiantía se halla dividida en eruditos e ignorantes, profesores y alumnos, debe tener lugar inevitablemente una síntesis; de este modo, el informacionalismo, basado, como lo estaba, en el concepto del conocimiento privado, debía sucumbir bajo el peso de sus propias contradicciones del mismo modo en que lo había hecho el departamentalismo antes que él. Toda la información y la maquinaria pasarían a ser propiedad del Sindicato de Estudiantes; los rangos y las jerarquías serían abolidos, y la erudición y el analfabetismo, erradicados, ya que tanto el Fundador como los Exámenes Finales eran mentiras inventadas por los profesores para mantener a los alumnos bajo control: en realidad no había Respuestas; en lugar de esforzarse lleno de temor para lograr el objetivo egoísta de la Graduación

personal, un cuerpo de estudiantes perfectamente disciplinado debería vivir en comunidad en academias bien reguladas, estudiando juntos en un horario prescrito un currículo prescrito que les enseñara a subordinar sus mentes individuales a la Mente del Grupo. Manifestado esto, el movimiento consiguió una multitud de seguidores conversos no sólo entre los imbéciles y los oprimidos, sino también entre los inteligentes, que veían en su altruismo una alternativa a la chabacana charlatanería de la peor versión de la «Facultad abierta», donde los Departamentos de Lógica exhortaban a la gente, en letras de neón rojas, a «Silogizar para perder peso» y los metafísicos anunciaban por la radio que «Si un tipo puede filosofar, nunca se va a osificar». Max me confesó que también él, cuando estaba en primer curso, había pertenecido, como tantos otros intelectuales moisianos, a una organización sindicalista estudiantil —lo cual se volvería en su contra más adelante— y había simpatizado con absoluto entusiasmo con los curricularistas de la Facultad de Nikolay que, durante la Primera Revuelta Intercampus, habían derrocado a su despótico rector y establecido el primer régimen sindicalista estudiantil.

—No fue hasta mucho más tarde —declaró tristemente— que nos dimos cuenta de que la «Soberranía del Percentil Bajo» era sólo otra rectoradurra absoluta, con profesores de Pastelería o de Artes Industriales al mando. El gran fracaso del informacionalismo es su egoísmo; pero lo que hacen los sindicalistas estudiantiles es cambiar al estudiante egoísta por la facultad egoísta. El *Yo de la Facultad* sobre el que siempre están soltando sermones es igual de codicioso y avaro que Ira Héctor, el informacionalista más rico de New Tammany. —Negó con la cabeza—. ¿Sabes una cosa, Billy? Yo no estoy de acuerdo con viejo profesor Marcus: Yo creo que la mente de un grupo siempre es inferior a las mentes de sus mejores miembros... *ach*, de cualquiera de sus miembros, si es un comité. Y la *pasión* de una facultad... ¡eso es algo aterrador! Te lo aseguro, el Yo de la Facultad es un gran niño malcriado; ¡es un matón, es una bestia!

A pesar de los muchos que desertaron de la Facultad de Nikolay, la influencia del sindicalismo estudiantil se extendió rápidamente en el período de enterrerrevueltas, especialmente en el Campus del Este. Las facultades de dicha zona, sin excepción, estaban supermatriculadas y eran ignorantes en grado sumo; su tradición era básicamente espiritualista, trascendente, pasivista y supra-personal; en una palabra, *ismista*. Las *Acotaciones a Sajian* —que se podría decir que es su Proyecto General — enseñaba que el «Auténtico Graduado» es el estudiante que puede decir, con plena comprensión: «Yo y el Fundador somos uno; yo soy la Universidad; yo no soy». A partir de esta doctrina de auto-trascendencia resultaba fácil dar el paso hasta la auto-supresión del sindicalismo estudiantil, y después de la Segunda Revuelta Intercampus —en las pululantes explanadas de Siddhartha y las vastas extensiones monásticas de Tang— hubo millones de humanos que dieron ese paso.

—Ahorra presta atención, mi niño —interpoló Max—; ahorra es donde entras tú.

Confieso que había caído en un duermevela gracias a esta serena crónica y al canturreo de la aspiradora de George en los pasajes más oscuros; estaba agotado por los desastres que habían sucedido por la mañana y me había reclinado sobre una mesa que no era mucho más dura que el suelo del establo al que estaba acostumbrado. Pero estas palabras de bienvenida volvieron a animarme.

—Ya te he hablado —dijo Max— sobre los sigfridenses que estaban aprendiendo a COMER justo antes de que terminara la Segunda Revuelta. Entonces los nikolayanos cogieron todos los científicos sigfridenses que pudieron y los de New Tammany hicieron lo mismo, y entonces Chementinski, que era mi mejor amigo, mi amigo más antiguo, Chementinski se le ocurre que el campus no es seguro si un lado puede COMER y el otro no. Lo que piensa es que si hubiera un ORRDACE^[6] para hacer frente al ORRDACO, ¡entonces nadie se atrevería a COMER nadie! Entonces huyó a la Facultad de Nikolay con todo lo que sabía, y una noche, un año después, el ORRDACO nos contó que se iban a COMER vivos dos mil suspendidos en Ciencias Políticas en un reformatorio nikolayano, y no el ORRDACO...

Entonces, sostuvo, comenzó la llamada «Revuelta Silenciosa» entre el Campus Occidental y el del Este. Los dos campus armados intentaron por todos los medios, rozando a veces la revuelta, extender su hegemonía; ninguno se atrevía a COMERSE al otro, exactamente como había esperado el traidor Chementinski, pero los dos trataban con toda su inteligencia de mejorar su armamento. En todas partes, los estudiantes más reflexivos temían que cualquier tontería, imprudencia o descuido pudiera provocar la Tercera Revuelta Intercampus, que sin duda supondría el fin de la estudiantía; pero cualquiera que protestara era llamado «aprendiz de discípulo» o «pedagogo de banderín progre». Las «cazas de magos» sindicalistas estudiantiles llegaron a ser uno de los principales deportes intramurales; ningún liberal estaba a salvo de él. Bajo el primer Rector post-revuelta de la Facultad de New Tammany, el Profesor-General Reginald Héctor, se adoptaron medidas de seguridad que llegaron a un extremo desconocido hasta entonces, y Max Spielman, héroe de la fraternidad científica, descubridor de las grandes leyes de la Universidad, la imagen reconocible en todo el campus del genio desinteresado, Max Spielman fue destituido sin previo aviso ni compensación de ninguna clase, acusado de que su lealtad era dudosa.

—¡A esos sí que habría que COMERlos! —grité yo.

Max sonrió reprobatoriamente.

—No, Billy, no fue culpa del Rector Héctor ni de los miembros del Consejo de Administración de la Facultad; ellos estaban asustados, como todo el mundo. Además, mi amigo Chementinski también era moisiano...

—¿Y entonces de quién fue la culpa? ¡Yo mismo me lo comeré!

Yo ya sabía desde antes, por supuesto, que mi querido cuidador había sido utilizado vilmente por sus colegas, pero hasta este cursillo acelerado de historia del campus no había sido capaz de apreciar la magnitud de tal injusticia.

Max sonrió.

—¿Sabes? Solían llamarme «el padre del ORRDACO»; entonces, bueno, justo antes de que tú nacieras, el hijo se volvió contra su propio padre. Igual que hiciste tú ahí en el establo.

Luego me explicó que si bien el ORDACE (más grande pero menos refinado que su hermano occidental) se empleaba casi exclusivamente para cuestiones relativas a las ciencias militares y a la ingeniería pesada, el ORDACO había sido entrenado para hacer casi todas las tareas intelectuales del «Campus Libre». Una de las más importantes era encargarse de dar todas las asignaturas que se impartían en la Facultad de New Tammany. Al mismo tiempo, inventaba e implementaba extensiones de su propio poder y de su capacidad de influencia. Cuando sus cuidadores le pidieron que nombrara sus aspectos más vulnerables, con el objetivo de reforzarlos, su memorable respuesta había sido: «Los hombres suspendidos que manipulan indebidamente mi programa de COMER», y había prescrito dos medidas correctivas: «Programadme para que programe mi propia Dieta» (es decir, para que decida por sí mismo a quién se deber COMER, y cuándo), y «Programadme para COMERme a cualquiera que trate de alterar dicha Dieta». Max protestó en vano porque los intereses del ORDACO ya se habían diversificado más allá de lo que nadie podía conocer con certeza, tal vez llegando incluso a la hipocresía. El ORDACO y el ORDACE compartían necesariamente la fuente energética de la Colina del Fundador, y entre ellos existía una cierta comunicación, presumiblemente para espiarse; desde cierto punto de vista podría argumentarse que eran hermanos, o incluso los dos hemisferios de un único cerebro. Además, se sospechaba que Chementinski ya había «manipulado indebidamente la Dieta» de una manera sutil antes de su desertión: si de verdad era un traicionero Sindicalista Estudiantil, ¿quién sabía si el ORDACO, siguiendo sus instrucciones, no podría desertar también, unir sus fuerzas a las del ORDACE y destruir el «Campus Libre»? O si Chementinski era sólo un pacifista demasiado entusiasmado, como Max había sostenido, bien podría haber instruido al ORDACO para que solicitara programar su propia Dieta y, de este modo, no COMERse a nadie más, en cuyo caso, a no ser que hubiera instruido igualmente al ORDACE, el Campus Occidental quedaría indefenso ante cualquier posible ataque. Pero los profesores-generales no tenían ni paciencia para esta clase de especulaciones ni ninguna otra cosa con la que reemplazar a un arma como el ORDACO, por mucho que ésta fuera de doble filo. Por último, también era posible que las «personas suspendidas» del equipo no fueran los Chementinski. Imagínate que los nikolayanos decidieran COMERnos por sorpresa, argumentaban, de modo que nadie sobreviviera para darle al ORDACO autorización para contraatacar. ¡Qué extraordinario efecto disuasorio tendría, qué gran paso hacia la paz en el Campus se daría, si el ORDACO no sólo pudiera contraatacar de manera automática sino también decidir cuándo iba a haber un ataque de forma inminente y golpear primero, como afirmaba que era capaz de programarse a sí mismo para hacer!

Al final, los argumentos de Max habían sido rechazados.

—Lo único que hicieron mis objeciones —me dijo—, recorrdaron al Rector Héctor que los estudiantes no deberrían pensar que el ORRDACO había escapado a nuestro control, aunque así fuera. Entonces los generales le dijerron: «Prrograma tu prropia Dieta —perro no destruyas la Facultad de New Tammany— y deberrás COMERR cualquiera que se acerrque a tu Estómago salvo que sea un Grran Maestro». Lo que eso significa, el estómago, es una cueva en el sótano de la Sala de la Torre donde se encuentrra almacenada la Dieta del ORRDACO. Donde se guarrdan los prrogramas de contra-inteligencia y de COMERR. No necesita nunca ninguna clase de tarrea de mantenimiento y nadie tenía permiso parra entrarr ahí, perro ahorra nadie se atrevía ni siquierra a acerrcarse. Todo eso del Grran Maestro no significa nada: erra una concesión a los *goyim*, que dicen que Enós Enoc volverrá algún día al Campus y pondrrá fin a las revueltas.

También se informó debidamente al ORDACO de cuáles de sus cuidadores habían estado a favor del incremento de su poder y cuáles en contra, una práctica instituida por los patronos a partir del caso Chementinski.

A la polémica de la Dieta la había seguido una más profunda, que resultó ser la última para Max. A pesar de todo su poder y su versatilidad, la capacidad mental del ORDACO seguía siendo esencialmente de una única clase: lo que se llamaba AMIL, de Análisis Manipulativo e Inferencia Lógica. En palabras de Max:

—Lo único que hace el ORRDACO es decirr «Una cabrra más una cabrra son dos cabrras», o «Si Billy es más fuerre que Tommy, y Brrickett es más fuerre que Billy, entonces Brrickett es más fuerre que Tommy», ¿entiendes? Bueno, esto lo hace de manerras muy sofisticadas, y con la rapidez de un rayo; perro en realidad se reduce a millones de pequeños pulsos, como las puerrtas entre las casillas de los cabrrros: y una puerrta sólo puede estarr o abierrra o cerrada. Las únicas prreguntas que puede responderr son de la clase que podemos reducir a un montón de pequeños *síes* y *noes*, y las responde en el mismo lenguaje.

El ORDACO compartía esta capacidad elemental con sus antecesores más toscos, aunque se había ido refinando enormemente a lo largo de los años. Max Spielman y sus colegas sólo le habían hecho un fatídico añadido: la capacidad para construir conceptos rudimentarios a partir de la información de que disponía y de darles forma siguiendo el método de ensayo y error («Como cuando erras un bebé, apenas sabías que tú erras tú y el rebaño erra el rebaño. Después aprendiste que había un *tú* que tenía hambre y un pezón de Marry Appenzellerr que no erras tú perro que te llenaba. Después tuviste un nombrre y una historria y pudiste distinguir setecientas clases de plantas»). El nombre original de su criatura, por ello, fue ACOG, de Analista, Conceptualizador y Ordenador del Campus; también por ello, para esa bestia empezó a resultar posible educarse a sí misma al margen de la mirada humana, concebir y ejecutar sus propios proyectos y demostrar que poseía unos atributos que sólo podemos llamar inventiva, ingenio y astucia. Sin embargo, aunque poseía la capacidad no sólo de COMERSE a toda la estudiantía sino también de decidir hacerlo,

había aspectos en los que incluso los más inexpertos de los estudiantes de primero de carrera lo superaban: el poderoso ORDACO no era capaz de *disfrutar*, por ejemplo, como yo disfrutaba retozando entre la aulaga; tampoco podía reflexionar ni soñar. Podía deducir, extrapolar, generalizar e inferir, a su manera; podía componer una música aritmética y una especie de literatura accidental (que pocas veces resultaba interesante); podía tener en cuenta medio centenar de variables y hacer pronósticos de lo más sofisticados. Pero no podía actuar de manera intuitiva ni impulsiva; no tenía presentimientos ni conocía la exaltación; podía solicitar, pero no anhelar; indicar, pero no insinuar ni exhortar; ordenar, pero no preocuparse. No entendía nada en términos de estilo ni era capaz de captar lo inefable: sus correlaciones eran exactas, pero sus metáforas eran deplorables; podía jugar al ajedrez, pero no al póker. Comprendía en cuestión de minutos el álgebra, extraordinariamente complejo, de la ciclología de Max, pero no había hecho una broma en toda su vida.

Fue el joven doctor Eblis Eierkopf, un antiguo bonifacista, quien propuso por primera vez dotar al ORDACO con una inteligencia suplementaria que llamó PENCISI (de Pensamiento No Conceptual y Síntesis Intuitiva): esta capacidad, sostenía, si se integraba con el fabuloso sistema AMIL, le proporcionaría al ORDACO un potencial verdaderamente milagroso, situándolo tan por encima de la estudiantía en todos los aspectos psíquicos como lo estaba la estudiantía en relación con los insectos. El *Ordacus Amilpencisis*, como llamó a la criatura que había proyectado, no sólo podría plantear y resolver los problemas más sutiles de los científicos, matemáticos y gerentes de producción, sino también los de los filósofos, poetas y profesores de teología. Max consideró que la idea era interesante e invitó a Eierkopf a que la llevara a cabo, aunque cuestionara amigablemente su pertinencia y su viabilidad; el joven y tullido sigfridense era considerado, a pesar de toda su brillantez, una especie de visionario antipático, y en aquel momento —acababa de terminar la Primera Revuelta Intercampus— todo el mundo se afanaba por encontrar usos pacíficos para el *Ordacus Amil*. El debate, por lo tanto, entre los «eierkopfianos» y la «facción de Spielman» se había mantenido dentro del marco de lo académico y con un tono cordial. Pero cuando los nikolayanos alimentaron al ORDACE por primera vez, demostrando que desde el punto de vista militar estaban a la misma altura que el Campus Occidental, Eierkopf comenzó a presionar enérgicamente para que se creara un programa intensivo de prioridad máxima para desarrollar el PENCISI, saltándose a Max y llevando su propuesta directamente al despacho del Rector. Aquella era nuestra única esperanza, sostuvo entonces, de recuperar la ventaja electroencefálica del Campus Occidental. Un ORDACO «amilpencisial» no sólo superaría a su oponente meramente racional en caso de revuelta, sino que también tendría un valor inestimable para la Revuelta Silenciosa, ya que disponía del arte de todo el Instituto de Propaganda Nikolayano multiplicado por cien. De hecho, llegó incluso a sugerir que supondría la Graduación de toda la estudiantía, y que sería un Gran Maestro como este campus nunca había tenido antes. ¿Cuál era, al fin y al cabo, la

característica que había hecho especial a Enós Enoc, y a Sajian, sino un extraordinario don psíquico de una clase no conceptual, que se combinaba con una personalidad enormemente influyente? Pero el ORDACO que él imaginaba sería superior a aquellos Grandes Maestros en todas esas cuestiones del mismo modo en que ya lo era, por ejemplo, en las habilidades matemáticas; sólo podía calificarse de *fundadoril*, y al igual que el propio Fundador, podría resolver, de una vez para siempre, los desacuerdos que amenazaban a la estudiantía.

Algunos altos cargos de la administración de Héctor se mostraron interesados — más por las promesas militares que por las morales— y apoyaron el proyecto PENCISI; pero Max y muchos otros lucharon contra él con todas sus fuerzas. Coincidían con Eierkopf en que la «pencsilidad» era exactamente la diferencia entre la mente del ORDACO y la de los estudiantes; pero las limitaciones del pensamiento amilístico, por muchos problemas que pudieran ocasionar, eran lo que en última instancia mantenía al ORDACO al servicio del cuerpo de estudiantes e impedía que los términos de esta relación se invirtieran. Para los creyentes más reflexivos, el concepto de un Fundador hecho por estudiantes debía resultar profundamente blasfemo; para los estudiantes seculares bienintencionados, por otra parte, incluso un campus regido por sindicalistas estudiantiles —que por lo menos eran hombres y a quienes como tales se podía apelar, aventajar y, con el tiempo, derrocar— era preferible a la sumisión eterna y absoluta a un poder supra-humano. En una apasionada intervención —la última— ante los Patronos de la Facultad, Max había declarado:

—Yo, no quiero ninguna Supermente, *danke*; sólo la mente de ustedes y la mía. ¿Quieren hacer que el ORDACO sea su Fundador y que todo el mundo vaya a las Puertas de la Graduación? Bueno, lo que yo creo, amigos míos, es que todo eso es poesía, y a mí lo que más me gusta es la vida. La Revuelta está aquí abajo en el mundo, no arriba en el Campanario, y el enemigo no es el sindicalismo estudiantil, sino la ignorancia y el sufrimiento que el ORDACO que ahora tenemos nos puede ayudar a combatir. Si me preguntan a mí, el estudiante de Medicina que inventó el éter hizo más por la estudiantía que Sajian y Enós Enoc juntos.

Ante estos comentarios, tal vez poco diplomáticos, un conocido patrono del Departamento de Ciencias Políticas había objetado que a él no le sonaban reverentes ni almamatrióticos. No era ningún secreto que su distinguido colega —por qué causa, el patrono no osaba suponer— se había opuesto a todas las medidas que se habían propuesto destinadas a garantizar la defensa del Campus Occidental frente al afundadorista sindicalismo estudiantil consistentes en reforzar la capacidad del ORDACO de producir un efecto disuasorio; que, además, se había «alzado en defensa» del traicionero Chementinski y que había expresado abiertamente su simpatía por una serie de organizaciones que estaban en la Lista del Decano Fiscal. Pero por mucho que se tratara de un excéntrico confinado en su torre de marfil (que haría mejor en ceñirse a sus logaritmos y dejar las ciencias políticas a los profesores de esa especialidad), ¿acaso no se daba cuenta de que el dolor y la ignorancia no eran más

que aflicciones pasajeras, meras distracciones, si le permitían decirlo de ese modo, de la verdadera finalidad de la vida en este campus? ¿Acaso no siempre había sucedido, y no volvería a suceder una vez más, que cuando el dolor y la ignorancia eran derrotados, la estudiantía se volvía indefectiblemente hacia el Fundador con la esperanza de hallar la Graduación? Y del mismo modo que New Tammany se distinguía por liderar la lucha contra la ignorancia y el dolor, ¿acaso nuestra facultad no debía también liderar la Revuelta Santa contra el afundadorismo y el escepticismo con todas las armas de que pudiera disponer?

Al menos una cosa era cierta: Max no era especialista en Ciencias Políticas. Ante la primera pregunta, se había limitado a gruñir que la ignorancia siempre nos acompañaría, incluso en el Consejo Escolar. Ante la segunda, había gritado con impaciencia:

—Que suspendan a todos vuestros fundadores; ¡yo estoy del lado de los perrdidistas!

Max fue destituido y tuvo que exiliarse tras aquella turbulenta sesión, en la que también se aprobó el proyecto secreto del PENCSI y se nombró a Eblis Eierkopf director de la Delegación de Investigación del ORDACO en sustitución de Max.

—Bueno, perro no te equivoques —dijo mi cuidador cuando volví a protestar por su destitución—. Eierkopf no me odiaba. Él no odia nadie, ése es su problema. «Busca las respuestas» es su lema, como el de New Tammany, perro él no le importa cuál es la Pregunta ni cuántos estudiantes va a costar contestarla. Cuando estaba en la Facultad de Sigfrido le parecía bien la idea del *Überschüler*, no porque pensara que los sigfridenses fueran una Clase Genial, sino porque le interesaba la eugenesia matemática y pensaba que aprendería más con prisioneros procedentes de colegios mixtos que con moscas de la fruta. Ah, Billy, muchas veces yo miraba a Eblis y pensaba: «Aquí está el *Ordacus Amilpencsis*; ¡va ser un súper Eierrkopf!». Bueno, ¿qué crees que fue lo último que oí antes de irme de la Sala de la Torre? El programa PENCSI iba a ser combinado con otro programa secreto; Eblis le había hablado de él al Rector Héctor y éste estaba muy entusiasmado con la idea. Es lo que después llamarían el Proyecto Cum Laude...

Durante algunos cursos, por lo visto, entre sus múltiples quehaceres pacíficos, el ORDACO había trabajado para el Laboratorio de Reproducción Artificial del Departamento de Cría de Animales analizando las características y las historias genéticas de todo el ganado que tenían y seleccionando las combinaciones óptimas para los objetivos reproductivos a largo plazo de unas cuantas especies, de un modo muy similar a como elegía a los compañeros de habitación más afines en las residencias y aconsejaba a los recién casados. De hecho, estas actividades eran tan comparables que Eierkopf deseaba combinarlas y llevarlas a otros campos. El objetivo inmediato del Proyecto Cum Laude parecía bastante inocente: el ORDACO abstraería de miles de textos históricos y biográficos una especie de modelo prototípico de Graduado del Campus Occidental, o unos cuantos modelos

prototípicos; después, formularía un análisis genético y psicológico de dichos modelos, y en referencia a los análisis similares de todos los estudiantes universitarios de New Tammany (que ya estaban en su memoria), indicaría qué hombres jóvenes, emparejados con qué mujeres jóvenes, podrían engendrar con mayor rapidez una aproximación al ideal, y al cabo de cuántas generaciones. El apareamiento, desde luego, sería voluntario y quedaría legalizado por medio del matrimonio (por lo menos en el experimento piloto): toda la operación no consistiría en más que un sofisticado y programático Asesoramiento para el Cortejo, que en su formato más sencillo ya era una prestación muy popular del ORDACO, y debería tender a mejorar el cuerpo estudiantil de un modo al que ninguna persona razonable tendría nada que objetar: una mayor salud física y mental, unos coeficientes intelectuales más altos, una formalidad superior, una humildad enoquista y cosas así. Pero junto a la «Operación Piel de Oveja», como se llamó este análisis eugenésico, se puso también en marcha una serie de experimentos más radicales y verdaderamente «pencsiales» que recibió el nombre de «Operación Cuerno de Carnero», el cual a Max le sugería muy claramente las verdaderas intenciones de su antiguo subordinado. Las instalaciones del ORDACO en los Laboratorios de Investigación del Ganado se acondicionaron de un modo tal que se pudiera conseguir un objetivo eugenésico preseleccionado casi sin participación estudiantil. Se construyó un pequeño establo para ovejas siguiendo sus especificaciones, y en él se instalaron unos cuantos ejemplares de hembras muy fecundas de ovejas Dorset; se le proporcionó al ORDACO el conjunto de sus historias genéticas y ampollas de semen de varias clases de carneros, y también se le asignó la dirección de todas las operaciones, desde la mezcla de los alimentos hasta la incubación de los corderos: el objetivo era producir un carnero con el cuello corto y la dentadura ligera, con las paletillas compactas, el costillar amplio, el lomo firme y musculoso, las patas carnosas y una lana fina y corta, pero sin cuernos. El ORDACO, dejado a su voluntad, escogió las ovejas que necesitaba y las fecundó en sus casillas con el semen que le pareció más adecuado; sus dispositivos automáticos les hicieron análisis de sangre, les inyectaron hormonas y vitaminas, ajustaron las mezclas de sus dietas, sus tablas de ejercicios y la temperatura de sus incubadoras; extrajeron esperma nuevo a algunos de los corderos machos cuando alcanzaron la edad conveniente para hacerlo, criaron una segunda generación y después una tercera, y (justo en la época en que Max empezaba a instalarse en la granja de cabras de la Facultad de New Tammany) dieron exactamente con el producto deseado: un carnero cuyo único defecto —que se podía suponer que se solucionaría fácilmente en experimentos futuros— era que, como las mulas y algunos otros animales mestizos, era estéril.

—Y no te olvides —dijo Max, negando con la cabeza— de que mientras hacía el amor con las ovejas también dirigía la Facultad entera, desde dar clases de geometría plana hasta encargarse de los pagos de las nóminas. ¡Vaya con el ORDACO!

A cargo del ganado, por ser mucho más barato y eficiente, seguían estando unos estudiantes especialistas en cría de animales, que indudablemente seguirían cuidándolos. La importancia de la «Operación Cuerno de Carnero», según me explicó Max, no residía en el hecho de que el ORDACO había alimentado y criado a las ovejas él mismo, en lugar de dedicarse meramente a realizar el trabajo eugenésico, mucho más intelectual (¡aunque era evidente que este hecho era bastante ominoso si se combinaba con la «Operación Piel de Oveja»!). Eran otros dos aspectos del experimento lo que horrorizaba a mi cuidador, y hacía que no se sintiera desgraciado por haber dejado de recibir más noticias sobre el Proyecto Cum Laude^[7]. En primer lugar, una versión más sofisticada del «Cuerno de Carnero», esta vez empleando ratas, ya había sido programada con la ayuda del ORDACO. Cuando un profesor de granos de cereales le pidió que eliminara las plagas de los graneros de la facultad, el ORDACO mostró una falta de eficiencia que no tenía precedentes: en lugar de inventar la fórmula de un veneno mejor o de diseñar un elevador de grano a prueba de ratas, propuso aparearse con suficientes gatos como para crear unos cazadores de roedores espectaculares y, posteriormente, cruzar a éstos *Überkatzen* con las ratas, con el fin de crear una especie que se depredara a sí misma y no aceptara ninguna pareja para reproducirse más que el ORDACO, con lo cual todos los ejemplares de dicha especie acabarían siendo estériles. Esta propuesta era fantástica desde todos los puntos de vista: el profesor de granos de cereales volvió, muy desencantado, a sus anticuados venenos y a sus gatos comunes y corrientes; la *gaffe* del ORDACO pasó a ser un chiste sobre el Campus Occidental y calmó los temores de muchos estudiantes que se habían sentido perturbados por las lúgubres advertencias de Max. Como se preguntaba el *New Tammany Times* en un divertido editorial: «¿Qué puede temer la estudiantía de una inteligencia que ni siquiera es capaz de inventar una ratonera mejor?».

Pero el doctor Eierkopf y sus colegas no se habían decepcionado y tampoco se estaban divirtiendo. Lo que no sabían los periodistas ni los especialistas en granos de cereales era que el problema de las ratas había sido el primer test del sistema PENCISI: el modo de pensar del ORDACO había sido verdadera aunque toscamente «amilpencsial», como el de un estudiante universitario ingenuo; precisamente lo absurdo de la idea de los *Überkatzen* era una señal de éxito, ya que indicaba con total claridad que el razonamiento del ORDACO había sido influido —mejor dicho, dominado— por la *lujuria*. De un modo muy significativo, su plan no era en absoluto ilógico, por mucho que fuera impracticable: pero por primera vez en su carrera, era culpable de haber racionalizado. Esto significaba que ahora poseía una especie de subconciencia —irracional, arrogante, en una palabra: «pencsial»— con la cual su conciencia amilística había llegado a un acuerdo. Como un libidinoso alumno de primero de carrera, el ORDACO había demostrado que prácticamente lo único que tenía en la cabeza era el sexo; lleno de amorosos recuerdos de las hembras de oveja Dorset, lo único que le importaba era aparearse, con cualquiera y a cualquier precio; la Razón

había pasado a ser una alcahueta del Deseo. Desde luego, no había en esto nada que recordara a los Grandes Maestros, por lo menos en apariencia, y tampoco al estudiante universitario medio. Pero del mismo modo que se podía decir que el niño más débil de primero de primaria tenía más potencial atlético que el toro más fuerte de los pastos, también el más ignorante y lascivo de los estudiantes universitarios, si se le daban unas directrices adecuadas, podía con el tiempo convertirse en un Gran Maestro, cosa que la mejor calculadora del campus jamás lograría. Para deleite del doctor Eierkopf (y para desesperación de Max), el ORDACO había cumplido con el primer prerrequisito de la Gran Maestría: para bien o para mal, su mente ahora era inconfundible, embarazosa, irrevocablemente humana.

—¿Y qué pasó después? —demandé—. ¿No podemos ir a la parte de cuando nací yo?

—En esa parte estamos —dijo Max—. Lo que quiero decir, no sé qué pasó después; yo entonces cuidaba las cabras y nunca veía nadie de los viejos tiempos. Lo único que sé, que descubrí años más tarde, algo debió pasar que hizo que la gente de la Sala de la Torre se dierra cuenta de lo peligroso que era lo del PENCISI. Incluso antes de que Lucius Rexford fuera elegido, el Rector Héctor puso término al Proyecto Cum Laude y degradó a Eblis Eierkopf a un trabajo en el que no puede hacer ningún daño. La caza de brujas, para entonces, ya había terminado, y el doctor Rexford me preguntó si yo quería volver a encargarme del ORDACO, que sentía mucho que me hubieran despedido. Pero yo ya conocía lo suficiente a la raza estudiantil como para saber que la gente era lo único que yo podía amar y lo único que podía temer, mientras que las cabras yo no sentía nada por ellas más que un sencillo afecto. Y estaba el nuevo ORDACO: el señor Rexford dijo que estaba muy bien, se habían librado del sistema PENCISI y todo estaba bajo control. Pero yo conocía al ORDACO demasiado bien como para creerme eso. No olvida nada de lo que ha aprendido alguna vez, y si realmente había sido lo bastante «pencial» como para *desear* cosas, aunque fuera durante un minuto, entonces desearía preservarse y expandirse follándose a las ovejas. Siempre fue muy astuto el ORDACO, siempre; ahora también es caprichoso y apasionado, y puede COMERSE a cualquiera que trate de cambiar su mente contra su voluntad, ¡y todo en el nombre de la seguridad de la facultad, como un *Kanzler* bonifacista! «No, gracias», le dije al doctor Rexford; «estoy contento de que haya sido elegido, su cerebro está donde tiene que estar, pero yo no quiero volver a saber nada del ORDACO nunca más. Está jugando a la zarigüeya, eso es todo», le dije, «o gato y ratón con todo el cuerpo estudiantil; si quiere, que venga a COMERME, pero yo no me voy presentar delante de él en un plato. Además, tengo que cuidar Billy Bocksfuss, es como si fuera un hijo para mí...».

Justo en aquel momento, George apagó la aspiradora; entonces volví a oírlo cantar, en algún lugar, a lo lejos:

El señor tigre ha rugido, el señor león ha bramado,

pero el OLDACO te come si no te andah con cuidao.

Y ahora creí entender cómo había llegado a la situación crítica en la que se encontraba, y cuán grande era la deuda que tenía yo con él. Me había girado en dirección a su voz; ahora miré a Max y la mueca que hizo con la boca confirmó lo que estaba pensando.

—El montaplatos en el que te has quedado atrapado, Billy; antes erra un elevador de libros, perro lo utilizábamos parra mandarr ORRDACO cintas con la dieta. Sólo una media docena de perrsonas tenía permiso parra hacerrlo funcionarr desde el piso de arriba, parra alimentarrlo con secretos sobre los nikolayanos y parra leerr las órdenes del ORRDACO sobre cómo defenderrnos. Me refierro a gente como los Directorres Asociados de Ciencias Militarrs, y el Directorr del ORRDACO, y el Vicerrectorr parra la Investigación de Revueltas. Fuerra quien fuerra el que te puso ahí, querría que te murrierras, porque ese montaplatos iba donde ningún estudiante humano se atreverría irr jamás: ¡al Estómago del ORRDACO! Eso ocurrió después de la lucha de la Dieta, cuando el ORRDACO fue programado para COMERRse a todo el que se acercarra su almacén de Revuelta. No sé quiénes son tus padres, perro apuesto a que el ORRDACO lo sabe: a ti te deben haberr hecho los mismos Tests de Aptitud Prrenatales que tienen que pasarr todos los bebés de New Tammany, porque cuando George abrió la puertra del Estómago y te sacó, tenías una tarjeta oficial de identificación en torno al cuello. Erra lo único que tenías. No había escrito ningún nombre ni ningún coeficiente intelectual; sólo en el sitio donde normalmente dice en qué deberría especializarrse cada niño, el ORRDACO había imprrimido las palabras: «Aprobarr todo Suspenderr todo...».

—¡Pero bueno! —exclamé.

Max hizo un gesto mostrando las palmas de las manos.

—Parra George no significaba nada, ni tampoco por mí, cuando lo vi. No se puede entenderr cómo un estudiante puede aprobarr todo y también suspenderr todo. Perro si significaba que tú ibas a hacerr una cosa o la otra, o sea serr un Ggraduado cum laude o suspenderr siempre; había muchos estudiantes así en los viejos tiempos, y nadie los abandonaba parra que murrierran por ese motivo.

La única hipótesis plausible, declaró, era que mi nacimiento hubiera supuesto una amenaza o una vergüenza para alguien con un alto cargo en la jerarquía administrativa de la Facultad, que hubiera decidido cometer un infanticidio extraordinario para librarse de mí. El plan, desde luego, habría sido viable: me encontraría muerto algún otro oficial al cabo de algunos días (suponiendo que no todos estuvieran implicados: debido a la sutil implicación del ORDACO, no se le daría ninguna publicidad al asunto, para que la administración no pasara por una situación embarazosa ni se perdiera a ningún científico valioso; la Policía de Seguridad del Campus llevaría a cabo una investigación secreta, que podría ser boicoteada por cualquier profesor-general o vicerrector; lo que se descubriera, en el caso de que se descubriera algo, se le comunicaría al Decano Fiscal, que, si es que no estaba

implicado personalmente en el asunto, se abstendría de incoar un proceso sin el consentimiento del Rector). Lo que a Max le parecía más importante, de todas maneras, era que aparentemente no había habido ninguna clase de investigación, por un lado, y tampoco ningún nuevo intento por parte del culpable de llevar a cabo su crimen, por otro. Para quien lo hubiera hecho, no podía ser ningún secreto que yo había sido sacado con vida del montaplatos, aunque él bien podría imaginarse que yo no seguía vivo: el pobre George había oído mis gritos y el ORDACO había logrado COMÉRSelo parcialmente cuando había entrado en su Estómago para rescatarme; después, George no fue capaz ni de mantener en secreto su valerosa hazaña ni de ofrecer un relato lúcido de qué había pasado. No lo convirtieron en un héroe, ni siquiera lo jubilaron, sino que fue despedido sin hacer mucho ruido, lo cual apoyaba la hipótesis de que mi enemigo sabía que su crimen se había evitado. ¡Cómo debe haber sufrido entonces por no saber qué había hecho George conmigo! O, si supo que yo estaba vivo y en manos de Max Spielman (que por aquel entonces no mantenía buenas relaciones con los poderes fácticos), y permitió que tanto George como yo siguiéramos viviendo, había dos explicaciones posibles: ¿prefería arriesgarse a una denuncia del limpiolibros loco o del «viejo moisiano chalado» —como lo llamaban los enemigos de Max— antes que volver a intentar acabar conmigo? ¿Sería que el perpetrador del hecho, como el estudiante de silvicultura del cuento de Blancanieves, no había sido su instigador, sino que sólo había seguido órdenes, y se había alegrado de ver que el plan finalmente se había desbaratado, y no se había atrevido a informar de tal desbaratamiento, o a confirmarlo? O podría ser, como prefería pensar el propio Max, que mientras que algún personaje importante, o un grupo de ellos, me quisiera muerto, hubiera otro de una importancia equivalente que se opusiera a mi muerte, de modo que, tras fracasar y salir a la luz el intento de acabar conmigo, mis amigos secretos hubieran impedido que mis enemigos secretos terminaran el trabajo, y tal vez incluso que supieran que éste no había sido terminado. No podía ser casualidad, argumentaba Max, que antes de que me descubrieran él fuera un mero ayudante en el establo de las cabras, que según los planes previstos había de ser demolido, con la consiguiente eliminación del rebaño, de modo que hubiera más espacio para hacer gallineros; que menos de un mes después de que George me entregara a él dichos planes se modificaran sin explicación alguna: al Cabrero Mayor se le ofreció un vicerrectorado en Reproducción Animal y Max había recibido una autorización, casi extraoficialmente, para encargarse del establo y del ganado hasta que Rexford y su administración tomaran posesión de sus cargos y dignificaran la posición de mi cuidador con títulos y un modesto presupuesto destinado a la investigación.

—Ya ves, Bill, tienes una mamá y un papá en alguna parte; o por lo menos los tuviste. Y no es una pobre sustituta que su novio la puso en un aprieto y ella decidió no decírselo a nadie; es como si te hubieran encontrado en un sótano donde se guardan los incunables, ¿sabes?, que nadie más que un gran rector anciano y sus visirres tienen las llaves para entrar ahí.

Se me ocurrió una cosa de lo más deprimente.

—¡Entonces puede ser que en realidad ni siquiera me llame Billy Bocksfuss!

Max me dio unas palmaditas en la pierna, que se me había dormido por la dureza de la madera de roble de la mesa y se me había vuelto insensible tanto al dolor como a las palmaditas cariñosas.

—Erra el nombre más adecuado parra ti cuando te trrajeron, niño, perro *en realidad*, como dices tú, no te llamas así. Erras un huérrfano de la torrmenta, como yo, que la raza estudiantil causó en sus cabrras. Tu pobrrre pierrna y tu pobrrre pie se quedarron tan atascados en las latas de las cintas que yo pensaba que nunca podrrías caminar, si es que nadie te robaba ni te mataba en la zona de juegos del prrado. Y cuando vi que te estabas convirrtiendo en un cabrrito estupendo alimentado porr la leche de Marry Appenzellerr, dije: «Vaya, Marry, vaya cabrrro que tenemos, *nein?* Y no me sorrrprenderría que le crreciera un parr de cuernos a juego con esa pezuña que tiene...».

Entonces me agarró con fuerza la extremidad insensible.

—*Ach*, Billy, te lo digo, te quise desde la prrimerra vez que te vi, y detestaba tanto lo que nosotrrros los humanos habíamos hecho que si hubierrra podido pedir un deseo, ¡habrrría pedido que tú fuerras un *Ziegenbock* de verrrdad! Querría que te crreciera una lana bien grruesa y unos cuernos bien grandes, como a Brrickett Ranúnculo, y que fuerras feroz y dulce igual que él, y tan fuerrte, y tan trranquilo, y tan herrmoso... ¡que nunca llegarras a odiarr a nadie!

De este modo, había sucedido (concluyó con el mismo pesar con que había comenzado a contarme esta historia, y con que se había perdido mientras la desarrollaba) que me había llamado Billy Bocksfuss y, tras conseguir que George Herrold le jurara que guardaría silencio, me había criado en secreto durante un año, tras el cual declaró que me había encontrado gateando con los demás chivitos en el redil y que había decidido educarme como a un hijo. Uno de sus miedos era que la prensa sensacionalista aireara la historia por todo el campus, ya que tenía no pocos puntos en común con algunas leyendas, como la de la fundación de la Facultad de Remus; sin embargo, de manera inexplicable, habían ocultado el relato en sus últimas páginas o lo habían ignorado por completo. De un modo igualmente misterioso, el Departamento del Bienestar Estudiantil desde el Nacimiento hasta los Seis Años de la Guardería, de cuya dirección se encargaba una señora conocida por ser muy entrometida, no había hecho más que una investigación simbólica de mi situación; los oficiales le habían pedido educadamente a Max que rellenara algunos impresos para legalizar mi custodia y de ahí en adelante nos habían ignorado. Aliviado en cierto modo, pero también inquieto, Max se había visto libre, al menos en apariencia, para tomar una decisión más difícil que la de la «adopción» original:

—Todos los días yo mirraba los humanos de prrimarria que visitaban los establos —me dijo—; erran niños buenos, niños guapos, llenos de pasiones y de curriosidades: yo le prreguntaba a uno quién erra y él me contestaba: «Soy johnny tal

o cual, y mi papá es artillero de la Armada de la Facultad de New Tammany, y cuando sea mayor voy a ser un científico famoso y me voy a COMER a los nikolayanos». Y entonces le preguntaba a Brickett Ranúnculo, que por aquel entonces era un cabro joven: «Y tú, ¿quién eres?», y a él se le crispaba una oreja y después seguía comiéndose su heno. Ahí estaba todo, Bill. Por un lado, las Nueve Sinfonías y la Revuelta de los Doce Semestres, Enos Enoc y los bonifacistas. Por el otro, Brickett comiéndose su mezcla sin siquiera saber que existe la sabiduría. Te veía brincando con los cabritos de Marry, que nunca iban a oír hablar de *verdad* y *falso*, y después miraba el hombre más desgraciado del campus, que escribió *La teoría de la Universidad* y adora a todos los estudiantes que viven en ella, pero mató a diez mil con una única genialidad. ¡Bueno! ¡Entonces! ¡Decidí que era mejor para mi Bill ser una cabra, por su propio bien, para no tener que preguntarse nunca quién es!

La larga explicación de Max concluyó de una forma tan abrupta, y la historia que terminaba había sido tan enjundiosa, que al principio no entendía que ya había acabado. Pero él se calló la boca decididamente, entornó los ojos y se acarició las cejas con el pulgar y el índice. La sala estaba en silencio y todavía medio oscura, aunque en el exterior debía brillar el sol de mediodía. Otra vez oí el sonido de la fuente riéndose cerca de la puerta. Pobre Tommy de Redfearn; no había sido olvidado, su cadáver yacía en mis pensamientos tan voluminoso y presente como en el redil, pero montado a horcajadas sobre él había un hecho aún más impactante, que yo necesitaba iluminar en aquel silencio borboteante. Me incorporé todo lo que pude sin despertar a mis piernas.

—Entonces, ¿no soy una cabra? ¿Mis progenitores son ambos humanos?

Como al principio, Max dijo por única respuesta:

—¡Hay que perdonar, hay que perdonar, Billy!

—¡Todo este tiempo he sido un estudiante humano sin saberlo!

—*Ja, ja!* —Ahora Max estaba de rodillas, de manera que lo único que le veía era la anciana frente apoyada contra el borde de la mesa—. Tendría que haberme dado cuenta de dónde llevaría todo esto. ¡Perro hay que perdonar, Billy!

Ay, sus revelaciones me impresionaron tanto que tardé unos momentos en percatarme de cuánto estaba sufriendo. Entonces me incliné con rapidez para cubrir sus cabellos de bendiciones. Pero pese a todo, no podía compartir sus lágrimas; una gran cantidad de inferencias y conjeturas me importunaba. ¡Unos padres humanos y distinguidos! ¡Oscuras intrigas en las más altas esferas para destruirme y salvarme! ¡Rescatado para *Aprobar a todos Suspende a todos!*

Como si todo mi asombro lo hubiera convocado, mi rescatador en persona apareció en el horizonte, con la aspiradora en la mano.

—Vamos, malchándose todo —nos ordenó, sonriendo—. Tengo que limpiar esta mesa.

Aquella cabeza chisporroteante, aquellos grandes ojos blanco-amarillentos, que tanto me habían asustado al verlos por primera vez, ¡qué amables me parecían ahora! Y su amable locura me llegó al alma.

—Sólo cinco minutos —suplicó Max, levantándose—. Voy pedir una silla de ruedas y llevar este chico a la enfermería.

Pero yo insistí en que me las apañaría.

—Voy a ponerme de pie y a caminar.

—¡No, Bill! —Intentó detenerme, pero yo le hice un gesto para que se apartara y me di media vuelta para sentarme en el borde de la mesa, con las piernas colgando. Me dolían muchísimo, y no por su deformidad original ni por la carga de Tommy de Redfearn, sino por la sangre fresca que comenzó a despertarlas. Cuando me dejé caer al suelo, se me torcieron, y me vi obligado a aferrarme a la mesa para mantener el equilibrio.

—Demasiadas cosas juntas —protestó Max—. ¡Un poco más de tiempo!

Pero yo no podía soportar seguir caminando como siempre lo había hecho. A pesar de todos los calambres que me recorrían las piernas desde las caderas hasta los dedos de los pies, pude flexionar los músculos una vez más; había tomado la firme decisión de que, a partir de aquel momento, tendrían que soportar todo mi peso.

—Échame una mano, George.

—Sí, señor. —George Herrold dejó la aspiradora en el suelo inmediatamente y me sujetó por debajo de un brazo—. Todoh quieren tumbalse —se burló con alegría—, pueh túmbense en la residencia como todo el mundo, no en mih estanteríah.

—Eso haré a partir de ahora —dije yo.

Todavía con una expresión de ansiedad en la cara, Max me sujetó por el otro lado y yo me aparté de la mesa. Lo más difícil fue estirar las rodillas, que se me habían ido doblando a lo largo de catorce años de andar a cuatro patas. Pero era ahí, y en la parte interior de los muslos, donde me había embestido Tom, y yo quise creer que su golpe había sido como el que se da con un martillo sobre una bisagra oxidada para que pueda volver a moverse. En cualquier caso, conseguí estirarlas.

—Ya podéis soltarme.

George Herrold lo hizo directamente, con una sonrisa, y dio un paso atrás. Max vaciló, tal vez porque yo estaba tan excitado que el sudor me corría por el rostro; sin embargo, me bastó con echarle una mirada y él me soltó también. Como había hecho dos veces con la señora Pelocrema y una, ay, ante Tommy de Redfearn, me puse erecto, pero esta vez no me caí. Un paroxismo de inestabilidad me hizo estremecerme, y me pareció que tendría que apoyarme en algo; Max estaba preparado para saltar en mi ayuda. Yo estuve a punto de renunciar a mi intento, y apoyé una mano en el hombro de George Herrold, pero no me caí.

—Ehtá como nuevo —se burló mi rescatador—. A ehte chaval no le pasa nada malo.

Max me dio un pequeño aplauso.

—¡Billy Bocksfuss! ¡Mírrate ahorra!

Estar de pie me llenó de un emocionante regocijo; el corazón me latía con rapidez, como cuando me había estado balanceando sobre aquellos barriles en la zona de juegos. Pero oír mi nombre me disgustó; fue como un pellizco. Casi sin aliento, dije:

—Ya no quiero ser un *Billy* ni un *Bocksfuss*. ¡Ninguna de las dos cosas! Voy a ser un estudiante humano.

—*Ja, ja*, ahorra necesitas un nombre nuevo! Lo que vamos hacer, vamos encontrar un buen nombre para ti. ¡Ah, Billy!

En un ataque de júbilo, Max me abrazó por el pecho, lo cual no me resultó muy agradable, pero no me caí. Me sorprendió comprobar lo bajito que era, ahora que yo estaba erguido: ¡le sacaba una cabeza! Descubrí que había muchas cosas, en realidad, que hasta entonces había mirado humildemente desde abajo y que ahora contemplaba como desde una posición de superioridad; esta perspectiva me trajo a la cabeza una vez más mi breve reinado de Decano de la Colina.

—¡Voy a aprenderlo todo! —grité—. ¡Quiero que me enseñes todo lo que tengo que saber, y entonces voy a poder ser estudiante en la Facultad de New Tammany! Y ¿sabes lo que voy a hacer, Max? Voy a averiguar dónde está la madriguera del ORDACO y le voy a preguntar: «¿Dónde están mi madre y mi padre? ¿Qué es lo que has hecho con ellos?». ¡Y más vale que me conteste la verdad, o te aseguro que me lo voy a comer a él!

Max movió la cabeza alegremente de un lado a otro.

—¡Así se habla!

Tal vez pensando que me refería a él, George Herrold formuló su advertencia favorita:

—Pero el OLDACO te come si no te andah con cuidao...

—¡Eso ya lo veremos! —declaré alegremente.

Max me soltó y se acarició las cejas.

—¡Ya basta, Billy! ¡Acabo de pensar una cosa!

Estaba muy sorprendido de que cierta cuestión no se le hubiera ocurrido hasta ese momento, una que quizá hubiera pensado mucho tiempo atrás cualquiera que oyera esta historia. Pero del mismo modo que le habían hecho falta catorce años para pensar en ello, todavía pasarían siete más hasta que la planteara, y me temo que a fecha de hoy todavía no ha sido contestada. Yo lo interrumpí cuando mencionó mi nombre.

—¡Billy nunca más! Billy Bocksfuss está muerto en el redil de las cabras. —Pronunciar estas últimas palabras, producto de la inspiración del momento, me proporcionó un placer inesperado.

Max se rio.

—Entonces, ¿cómo quieres que te llame?

Me recordó que ninguno de los dos sabía cuál era mi verdadero apellido, pero no veía ninguna razón por la que no pudiera pasar sin apellido, por el momento. Si yo

deseaba tener un nuevo nombre de pila, él me ayudaría encantado a elegir uno. Yo sabía que a las cabras se les ponía un nombre siguiendo un estricto procedimiento genealógico, pero no tenía ni idea de cómo funcionaba la nominación de los humanos.

—Bueno, los moisianos, por lo menos —dijo Max—, ellos llaman sus hijos por el último hombre de la familia que haya muerto, para que su nombre no muera también.

Esto, que dijo con ligereza, hizo que los pensamientos de ambos se dirigieran hacia mi querido amigo, ya que en la caprinidad todos habíamos sido hermanos.

—¿Quieres ser Tommy, niño?

Yo negué con la cabeza: aquella carga sería demasiado dolorosa, y además, el noble Tom al fin y al cabo había sido... una cabra. Por el mismo motivo, rechacé llamarme Max III, conservando el nombre del padre de mi cuidador: por mucho que tales numerales tengan un aire digno, incluso dinástico, en el ámbito estudiantil, en mi cabeza seguían sugiriendo la denominación del ganado de alta calidad.

Aquí George Herrold, el limpiolibros, perdió el interés tanto por nuestra discusión como por mi oscilante postura; volvió a su máquina y se puso a tararear una melodía para entretenerse. Lo seguí con la mirada. Al cabo de un momento, Max dijo desde atrás:

—*Ja*, yo te crié; pero fue George Herrold, podríamos decir, el que te trajo a este campus.

Me volví hacia él sonriendo.

—*George* es un buen nombre, ¿no?

—Un nombre excelente —coincidió Max—. Ha habido Georges muy famosos. —Y poco después, añadió—: Su mujer lo abandonó cuando el ORRDACO se lo quiso COMERR. Creo que no ha tenido hijos.

—Si a nadie le importa —dije yo—, a partir de ahora quiero llamarme George.

Max asintió con la cabeza.

—No vas encontrar un nombre mejor.

Entonces me sentí terriblemente fatigado y propuse que nos fuéramos a casa. Estar de pie era una cosa, pero andar era otra; Max hizo que George Herrold me echara una mano, pero a pesar de la ayuda de ambos, cuando llegamos a la fuente ya me encontraba agotado. De todos modos, me negué a seguir a cuatro patas.

—Bueno, entonces que te lleve tu tocayo —sugirió Max. Y cuando aquel hombre negro me cogió en sus brazos, añadió—: Esperra un poco: voy hacer una cosa importante. —Se humedeció los dedos en el agua que manaba de la fuente—. Cuando los enoquistas ponen nombre a un niño —dijo con sobriedad— lo llevan a un auditorio del Fundador y le rocían la cabeza con un agua especial; y dicen una cosa como: «Querido Fundador por favor aparta la vieja cabra de este niño, y mantén al Decano de los Suspendidos alejado de él, y ayúdalo aprobar los Finales y sentarse contigo y con Enós Enoc en la Colina del Fundador para siempre jamás».

Bueno, pues, ésta de aquí es agua buena parra beberry, y en lugarr de un auditorrio del Fundadorr tenemos una biblioteca. Con un *Schwarzer* loco como padre-Fundadorr y un moisiano viejo y cansado como capellán. Así que ésta no es una enoquización norrmal; podríamos decirr que voy *maximizarrte*.

Y tras decir esto, declaró ante los estantes vacíos:

—Este niño ya no es una cabrra, sino un estudiante humano. Que el sufrimiento lo vuelva listo, eso es lo único que me importa. —Entonces alzó la voz—. Porr todos los Ggrandes Maestros, los auténticos y los impostorres, que alguna vez han hecho sufririr a los estudiantes; porr todo lo que sufrren —moisianos y *Schwarzers* y cabrras y todo el suspendido cuerrpo estudiantil—, yo te nombrro *Georrge*: tendrás que Aprobarr todo Suspenderr todo.

Justo cuando el reloj en la lejana Sala de la Torre dio la una (pero estábamos en Horario de Ahorro de Luz Solar), me tocó las cejas con unas gotas de agua. Los tres, entonces, salimos a la luz del mediodía, que no proyectaba ni una sombra, y mi tocayo cantaba mientras cargaba conmigo:

«Sólo falta un río mah —diho el Fundadol amado—,
Todoh sereih lisensiadoh en cuanto lo hayaih crusado»

Segunda bobina

1. SU PREPARACIÓN Y SU PARTIDA

Siete años pasé preparándome, estudiando. ¿Cómo volaron? Es un intervalo en mi historia que no está nada claro. Como esas antiguas hordas iletradas que arrasaron los salones de la Facultad de Remus y fueron civilizadas por lo que saquearon, la vandálica juventud debe eternamente convertir en ruinas el templo de su patrimonio cultural, y entonces, haciendo girar los escombros en la mano, comenzar a preguntarse cosas y volverse sabia, arrepentirse de su ignorancia y al fin solicitar la argamasa y la pala. Tal reconstrucción es el relato de mis primeros años, cuyas grietas y revoques no habrán pasado por alto los más críticos; y otra semejante es la que debo ofrecer ahora sobre mi educación, como un arqueólogo elabora seminarios sobre la antigüedad perdida a partir de sus residuos intelectuales. Ciertos acontecimientos tuvieron lugar incuestionablemente en ciertos momentos: Mary V. Appenzeller, por ejemplo, vacía de ubres y llena de años, inauguró unos pastos más verdes menos de un mes después que Tommy de Redfearn; descanse en paz por toda la eternidad, ella, que me brindó los únicos y más amorosos cuidados maternos que conocí. Éstos son mis puntos de referencia, las notas a pie de página y las columnas que se mantienen en pie en las ruinas del pasado. El resto me lo imagino basándome en las esquirlas de las enseñanzas de Max que conservo, alteradas, no lo dudo, por el paso del tiempo, por la imperfección de las excavaciones y por mis propias nociones de cómo tendrían que haber sido las cosas. Del mismo modo, sólo conocemos las máximas de Mayos por medio de los diálogos de su alumno Escápulas, y los hechos de Enós Enoc por medio de los recuerdos (que no están exentos de contradicciones) de sus pupilos. Ojalá la buena fe y la sinceridad basten para expiar todo aquello que no sea fiel en mi relato, y ojalá se tenga en cuenta también este atenuante especial: que por motivos que pronto serán manifiestos, hay cierta adecuación, incluso cierta relevancia, en el hecho de que esta etapa sea oscura y en la consiguiente vaguedad de mi relato.

No tengo idea, por ejemplo, de quién enterró a Tommy de Redfearn: a mí me encamaron de inmediato cuando regresamos al establo, más débil de lo que yo mismo me daba cuenta, y por lo tanto no pude ver qué consecuencias tuvo mi fechoría. Lo más probable es que fuera George Herrold quien hiciera el lastimoso trabajo, ya que tras mi maximización en la filial de la biblioteca, mi cuidador le encargó la gestión completa del rebaño. El *entendimiento* de G. Herrold con las cabras (así lo empezamos a llamar, sólo por el apellido, cuando yo adopté su nombre) fue instantáneo y perfecto; él abandonó su amada aspiradora por el shofar y comenzó a ir a diario a los campos. Qué espléndido era su aspecto, además, semejante al de un rector-cacique de la oscura Frumencia, con su gorro de lana blanca y el cuerno en su excelente brazo negro. Si hacía buen tiempo, íbamos con él; si no, nos encerrábamos en el establo o en el granero, ya que las condiciones físicas de Max, por lo menos,

declinaron durante esos años, pasando de tener una salud de hierro a la senectud. En cualquier caso, los dos nos aplicamos por completo a las tareas necesarias para que yo pudiera disfrutar de una educación.

—Tenemos que ponernos al día —afirmó Max—. Lo que vamos a hacer es estudiar universidad en general y a ti en particular; después, cuando descubramos lo que tú quieres hacer en universidad, estudiaremos eso.

—Yo ya sé lo que quiero hacer —dije yo—. Quiero ser un buen estudiante y aprobar todos los exámenes. Y quiero que el ORDACO me hable de mis padres. Y castigar a tus enemigos.

Entonces me explicó que a diferencia de las cabras, cuyo único deseo (si puede llamarse así a algo inconsciente) era ser absolutamente caprinas, los seres humanos no aspiraban a ser absolutamente humanos. Lo que hacían, en cambio, era escoger alguna actividad de la vida, como observar las estrellas o tocar música, y se esforzaban por alcanzar la excelencia en ese campo, dejando de lado todo lo demás. Estos conceptos de *especialidades* y *vocaciones* no me resultaban fáciles de entender: Bricket Ranúnculo había sido un semental —es decir, era como si se hubiera especializado en la inseminación de las cabritas—, pero su excelencia en esta actividad era una característica de su magnificencia general en tanto cabra, del mismo modo que lo era el récord de producción de leche de Mary Appenzeller; ninguna de ambas virtudes tenía nada que ver con una elección, y ninguna se había desarrollado a expensas de otros méritos. Al contrario. Me preguntaba por qué había de ser distinto el caso de los humanos; ¿acaso un científico no atlético no era tan inconcebible como una cabra lechera estéril?

Por desgracia, como verán, no siempre fui un alumno dócil y bien dispuesto. Todavía tenía un carácter muy obstinado, como lo tenían los Gruff, pero esto servía tanto para fastidiar a Max como para homenajearlo, ya que como él mismo señaló amablemente, al igual que lo hicieron los años al pasar, eso era cosa de chicos. El ORDACO no era ningún trol, según acabé entendiendo, salvo metafóricamente, y con monstruos figurados no se libran batallas literales, que eran las únicas capaces de despertar mi interés. Para mí era tan evidente como para él que, en realidad, la tarea que teníamos por delante era muy poco glamurosa y consistía en recuperar los años perdidos de mi infancia caprina. Al principio estaba ansioso por aprender todo lo que pudiera sobre la universidad, misteriosa y real, de la estudiantía humana; pero de hecho, por muy genuina que fuera mi curiosidad, mi amor propio se resistía a asumir que nunca podría «ponerme al día» y llegar al nivel de mis futuros compañeros de clase. Nunca sería como ellos; sin duda, suspendería todos mis exámenes y no aprobaría ninguno. Por lo tanto, mezclado con mi gratitud a Max, que se dedicaba con devoción a mi tutelaje, había resentimiento porque no me hubiera escolarizado desde el principio con mis iguales humanos. ¡No importaba que le debiera la vida, si gracias a su manera de mantenerme vivo tendría que trabajar más duro que los demás para distinguirme!

Por lo tanto, el gusto que desarrollé por las disputas no era completamente honorable; había en él algo de discutir por discutir. Por otra parte, trabajé en unas circunstancias muy desfavorables. Mis progresos más rápidos se dieron en Matemáticas, Lógica formal, Gramática y asignaturas de ciencias que no requerían, para su comprensión, ningún conocimiento particular de los asuntos humanos. Pero era precisamente su falta de vinculación con el ámbito de la experiencia humana lo que hacía que estas materias no me parecieran interesantes. Más absorbentes me resultaban las actividades de agilidad física, en las que mi previa caprinidad solía ir a mi favor: no sólo disfrutaba de la gimnasia y de la lucha (que había aprendido del bueno de G. Herrold, quien en sus buenos tiempos había sido un atleta y todavía era diestro en la materia a pesar de su edad y su locura), sino también de la pretecnología, de toda clase de manualidades e incluso de la música, que tocaba con unas ramitas de saúco con las que me había hecho unas pequeñas flautas.

Sin embargo, en los campos en que más inclinado me sentía a pastar tenía menos aptitudes. Mi primera exposición a la palabra escrita —esas sesiones en el bosquecillo de tsugas con la señora Pelocrema en las que me había leído *La saga del fundador* y los *Cuentos de los patronos*— me había afectado más profundamente de lo que había imaginado. Seguía prefiriendo la literatura a cualquier otra asignatura, y los viejos relatos de aventuras a cualquier otro género, pero mi reacción ante ellos no era en absoluto intelectual. No podía importarme menos si arrojaban luz sobre las culturas estudiantiles arcaicas, o qué lugar ocupaban en la historia del arte del Campus Occidental; aunque mi vista y mi oído eran lo bastante agudos, no me interesaba la estilística, ni los valores alegóricos ni las cuestiones de forma: lo único que me importaba eran los actos del protagonista. Podía recitar la fábula de *El lobo y el cabrito*, por ejemplo, desde el principio hasta el final (como podía recitar otras cien cuyos argumentos me resultaban tan familiares como los senderos que atravesaban nuestros pastos), y sin embargo no recordaba el nombre de su autor. Con gran exactitud y con una indignación real, reproducía la inmortal recriminación que, desde lo alto del tejado, el cabrito le dirigía al lobo; pero «El ingenio siempre encuentra una respuesta» me parecía una moraleja tan adecuada para aquella pequeña historia como «Es fácil ser valiente desde la distancia». Incluso cuando la memoria me asistía, la interpretación me fallaba, en especial cuando la clave de un relato tenía que ver con los conceptos humanos del bien y el mal en vez de con la experiencia práctica. No podía estar de acuerdo con Max, por ejemplo, en que el cabrito se había comportado de un modo incorrecto: si era cierto que es más fácil ser valiente desde cierta distancia, y uno quería mostrar su valentía, ¿no debía uno mantener la distancia como había hecho ese admirable joven? O si se aceptaba, como en *El zorro que no quiso entrar en la guarida del león*, que «Es más sencillo caer en las redes del enemigo que librarse de ellas» (moraleja cuya esencia, tal como la explicaba Max, parecía bastante contradictoria con la de la fábula anterior), ¿acaso el zorro no debería haberse mostrado más dispuesto a meterse en la cueva y portarse como un héroe?

—Ay, niño —suspiraba entonces Max.

Más en serio, debido a que los patios cuadrangulares^[8] de la Facultad de New Tammany, por no mencionar los de la de Remus o los de la clásica Lykeion, se hallaban más lejos de mi experiencia vital que el puente para troles o los campos de calabazas de los señores Gruff, estaba predispuesto a considerar los acontecimientos de la historia con el mismo sentido crítico que aplicaba al leer un cuento. De nada servía que Max me recordara las «necesidades políticas» o los «contextos históricos»: si un determinado rector había hecho prudentemente X donde mi decano andante favorito habría hecho impetuosamente Y, yo le perdía todo el respeto y era probable que me pareciera del todo *inútil* estudiar su gobierno. El hecho de que un temerario geógrafo pudiera sobrevivir a todos los peligros que suponían las inclemencias del tiempo y los salvajes en su circunnavegación del campus sólo para sucumbir debido a una estúpida enfermedad durante la última etapa de su viaje era algo que se oponía a cualquier lógica narrativa; ¿qué importancia podía tener que «Eso fue lo que pasó», como insistía Max? No fue lo que tendría que haber pasado, y como los nombres y las fechas a mí me parecían tan irrelevantes como el color de los ojos de Willie Gruff, tenía la tendencia a olvidar todo el asunto o a modificarlo para que se ajustara a mis gustos.

No era más sólida mi adquisición de la economía, la fisiología o la filosofía moral, e incluso mi competencia en física teórica, por ejemplo, se veía perjudicada por mi actitud. En el mejor de los casos, me parecía levemente poético que cada acción tuviera una reacción igual y contraria, o que la gestación de un embrión repitiera la evolución de su filo; en general, contemplaba las leyes naturales con la misma neutralidad provisional con que se contemplan las reglas de un juego o la exposición de una fábula, y la consideración de que no existía la posibilidad de jugar a ninguna otra cosa (cuando podían imaginarse tantos juegos tan fácilmente) me podía sumir, en ciertas ocasiones, en una severa melancolía. De hecho, si nunca me desesperé del todo por la horrible arbitrariedad de los Hechos, fue debido a que nunca los acepté más que de una manera hipotética. Leía la *Encyclopedia Tammanica* desde Aardvaark^[9] hasta Zymurgy^[10] con un espíritu bastante similar al de cuando leía los *Cuentos de la vieja escuela*, y mi imaginación prologaba cada entrada con «Había una vez...».

Contemplaba de este modo especialmente los Hechos de mi propia existencia y naturaleza. No había ni fecha ni lugar de nacimiento ni árbol genealógico que me definiese. Yo había visto generaciones de cabritos crecer hasta llegar a la cabruldez, reproducirse y morir, como sucesivos elencos, mientras yo apenas parecía madurar. Había vivido en la caprinidad como el cabrito Billy Bocksfuss, y ahora iba a vivir en la estudiantía como George el No Graduado; si duda habría otros roles en otros ámbitos, una sucesión interminable de nombres y naturalezas. No es de extrañar que contemplara mi propia vida y las vidas de los demás como una especie de funciones teatrales espontáneas, el conocimiento de uno mismo como una cuestión a improvisar

y las directrices morales como las de las *Fábulas*, fueran altruistas o mezquinas, como acotaciones dirigidas al director de escena. Un hecho, en resumen, aunque se tratara de un hecho autobiográfico, no era algo que yo percibiera y reconociera, sino un detalle del Concepto general, que había que aceptar o rechazar. Para mí nada era sencillamente *el caso* para siempre jamás; sólo existía «este caso». Espectador, crítico y miembro ocasional de la compañía, pensaba en el guión y en las glosas que de él hacía Max con un espíritu libérrimo. Tal espíritu, aunque podría decirse algo a favor de su encanto y su eficacia, está cargado de riesgos y vuelve difícil de manejar a un estudiante. Yo lo considero tan responsable como lo que más de lo caprichoso de mi comportamiento durante esa época.

Dedicábamos las mañanas y las tardes a mi formación. En realidad, dedicábamos todo el día, y en cierto modo también la noche, como se verá; Max no dejaba de darme explicaciones pedagógicas ni un minuto. Nos levantábamos, como siempre, justo antes del amanecer, con el rebaño, y para hacer un poco de ejercicio yo trinchaba el heno o hacía flexiones en la turba. Al mismo tiempo, mientras el recuerdo todavía estaba fresco, le contaba los sueños que había tenido durante la noche —que eran muchísimos, en comparación con los que tenía en los viejos tiempos— y los comentábamos entre los dos haciendo referencia tanto a la naturaleza humana en general como a los rasgos de mi personalidad en particular, que se reveló como astuta, irreverente y traviesa. Una noche, en mi vigésimo segundo año, por ejemplo, soñé con una desgracia terrible: cuando sonaba el shofar, el viejo Freddie entraba en el establo hecho una furia (ese Toggenburger que había sido tan problemático y a quien yo no había conocido antes de su castración); entonces embestía en pleno pecho a Max, que se caía sobre las herramientas de labranza y resultaba tan herido que no se volvía a levantar. Después, curiosamente cubierto con lana de angora, el bruto se disponía a montar a Mary V. Appenzeller, que por obra y gracia del sueño era de nuevo una hembra madura. Vano era su intento de huir saltando por encima de la valla que daba a los pastos; vano era mi gran esfuerzo para defenderla con un palo; el bruto se subía sobre ella sin compasión. En ese momento me desperté aterrorizado por sus chillidos entrecortados y agudos. Aunque el malvado Freddie había muerto hacía ocho años y estaba castrado desde mucho antes, fui a toda prisa a abrazar a mi cuidador, que estaba dormido, y a asegurarme de que no había sufrido ningún daño.

Imagínense mi disgusto cuando, a la mañana siguiente, tras haber oído mi lacrimoso relato del sueño, Max dijo tranquilamente mientras yo trinchaba:

—Lo que eso significa, tú en realidad querrías que lo que yo le hice a ese Freddie me lo hicierran a mí. Entonces no podría llevarme a Mary a mi casilla, como me veías hacerr. Eso es lo que significa esa parrte, Georgie.

Y peor, afirmó que el Freddie de mi sueño no era otro cabro sino yo, que de hecho una vez había tirado al suelo a mi cuidador de una embestida en el pecho, donde no llegaría ninguna cabra normal. En cuanto a mi aparente defensa de Mary, no era más

que la reacción de mi nueva conciencia humana ante mi antigua caprinidad que, pasado el tiempo, todavía envidiaba en secreto a Tommy de Redfearn por el círculo de cabritas (incluyendo a Mary) que se había reunido en torno a él, animada y lujuriosamente, el día de su muerte. Bastaba observar que el cayado que yo había empuñado en el sueño no era una buena defensa; en realidad, yo había imaginado un eficaz ataque mortal. Mi deseo último, como revelaban este y otros detalles, era que castraran a Max y lo convirtieran en un ser indefenso y entonces desechar violentamente mis escrúpulos humanos de modo que el cabro que había en mí pudiera montar a la cabrita que me había amamantado.

—¡Es horrible que digas eso! —protesté—. ¡No es así en absoluto!

—Entonces será algo peor —dijo Max, y se apresuró a explicarme que no había nada fuera de lo común ni necesariamente *malo* en dicho deseo, y que tampoco implicaba que yo odiara a mi cuidador ni me pareciera bien cometer actos incestuosos; el deseo podría no ser ni siquiera actual, pero su autenticidad estaba tan fuera de dudas como la desaprobación que me hacía sentir. Ante mi pregunta: ¿Por qué el deseo no podía significar algo admirable, como que yo deseaba fervientemente que mi cuidador no sufriera ningún daño y estaba dispuesto a arriesgar mi vida con tal de que la suya no se pusiera en peligro?, Max respondió:

—Todo hombre es en parte cabra y en parte Gran Maestro; es la parte cabra la que sueña, y no tiene ninguna importancia lo que se imagine que hace durante la noche con tal de que durante el día logremos tenerla encerrada. Si no me hubieras matado en tu sueño, quizá podrías hacerlo de verdad.

Clarividente cuidador que estás en la tumba: perdóname por cuestionar tu sabiduría. Cuando era casi una verdadera cabra, argüí, solía soñar directamente, o al menos eso me parecía, con que comía corteza de sauce, embestía a mis rivales y me cepillaba a todas las cabritas del establo; de esos festines copulatorios mi «madre» no estaba más excluida de lo que lo habría estado si yo hubiera llegado a la cabrutez cuando ella todavía estaba viva, ya que entre las cabras liberales una clase de amor no excluye otras (y, por otra parte, tampoco tenía en mis sueños un papel destacado). Yo ya no soñaba abiertamente con tales placeres; ¿por qué no podía tratarse simplemente de que mis gustos habían cambiado desde que se había confirmado mi humanidad? Me parecía que ya no sentía deseo por ninguna cabrita, ni siquiera por Hedda, la de las ubres moteadas, que en una ocasión me había excitado hasta el punto en que mi pasión se había vuelto mortalmente humana. Además, estaba desconcertado por la sensación de terror con la que me había despertado: me parecía que era consecuencia por igual de los dos actos del sueño: el golpe y la violación, aunque en el momento de despertarme sólo había temido por Max, no por Mary, incluso en esos instantes que pasaron antes de que me diera cuenta de que ella estaba más allá del sufrimiento. ¡Lo cual era totalmente adecuado, ya que toda esa última cuestión no tenía ningún sentido! Un cabro no «atacaba» a una cabrita, del mismo modo que un no graduado macho no «seducía» a una prostituta: simplemente se servía de ella. Y cuando el

ataque es absurdo, también lo es la defensa; si un cabro en celo se hubiera descontrolado en el establo de verdad, yo me habría puesto tan nervioso por Max como en el sueño, pero cualquier preocupación por el otro asunto sólo habría podido tener que ver con el cumplimiento del orden de nuestros programas de apareamiento, no por la ridícula noción del honor de una cabra lechera. No, insistí (y subrayaba con firmeza mis argumentos dando golpes en el suelo con la horca para trinchar el heno), el sueño tenía que tener algún otro significado, un significado inocente. Yo no deseaba copular con Mary V. Appenzeller; para empezar, estaba muerta; en cualquier caso, ella no era mi verdadera madre; incluso aunque lo fuera, no habría nada de malo, desde el punto de vista de la caprinidad, en montarla, salvo que me la reservara en exclusiva para mí. Ésa era la conclusión, que yo no era malo; yo era bueno. Innegablemente, una vez había golpeado a mi cuidador, y había asesinado a mi mejor amigo, pero éstos habían sido errores trágicos, casi podría decirse accidentes; era desagradable siquiera recordarlos, ya que no habían sido producto de un corazón que hubiera suspendido sino de la ignorancia, la misma ignorancia que me había hecho asaltar a la señora Pelocrema en las tsugas...

—¿Sí? —preguntó Max educadamente—. ¿Recuerdas algo más del sueño, Georgie?

—No. Y no pienso contarte más sueños si tú los vas a convertir en algo feo.

El hecho es que yo sospechaba que Max había adivinado aquel fracaso en buena medida, y sabía de él más de lo que yo quería que supiera. Había visto varias veces cómo ponía cara pensativa cuando yo le daba cuerda a mi reloj de plata; sin duda, pensaba que yo se lo habría *robado* a la señora Pelocrema (¿qué era más desagradablemente humano, el concepto o la sospecha?) y, a su manera maliciosa y burlona, había pergeñado aquella cínica teoría sobre el sueño con el objetivo de tenderme una trampa y hacerme confesar.

Metí los dientes de la horca hasta lo más profundo del heno. La forma en que me miraba Max me molestaba aún más; mansa, cautelosamente, y sin embargo con obstinación, como si esperaba una reacción violenta; como si me *invitara* a tenerla. Eché al pesebre más de lo que era necesario.

—¡Que suspendan a esa *psicología* que tienes! —grité—. ¿Es que no puedo hacer nada que sea inocente?

La respuesta me pilló con la horca levantada —¡a la altura del hombro!— y dispuesta para meterse de nuevo en el heno. Pero lo que hice fue apoyarme en ella (ya que, aunque había aprendido a estar erecto e incluso a trabajar en esta posición sin ayuda, nunca caminé mucho sin un sostén) y, poniéndome rojo de repente, me disculpé. Las mañanas venideras le contaría sueños mucho más atroces (de hecho, en cuanto cogí el truco para interpretarlos, me di cuenta de que no había maldad en la que no se deleitara mi yo nocturno, y cuanto más grave, mejor, de modo que cuando había varias explicaciones que parecían plausibles, yo escogía sin dudarlo ni por un instante la más suspendida, sobre todo en relación con mi personalidad, hasta que

Max señaló, causándome gran congoja, que la «concesión de lo peor *a priori*», como él la llamaba, podía ser una forma de autoengaño tan vana como su contrario), pero no más perturbadores; bajo la luz roja de mi rubor todavía no era capaz de ver el significado completo de mi sueño, pero sí, al menos, las astucias y la culpabilidad de mi mal temperamento. Sonrojos y disculpas, disculpas y sonrojos que, en el libro monacal de mi tutelaje, lo iluminan todo, desde el título de cada capítulo hasta las notas a pie de página.

Max, por supuesto, se limitó a encogerse de hombros.

—Bueno, ¿cuál es la morraleja de esta mañana? Lo que dice en el Pergamino del Fundador: *El autoconocimiento siempre supone malas noticias*.

Una vez determinado nuestro texto por este o por otros medios, durante el desayuno nos dedicábamos a comentar sus manifestaciones en la literatura y en la historia, su trascendencia moral y psicológica o su relevancia con respecto a lecciones anteriores. Un caso como el precedente, por ejemplo, bien podría haberme servido de introducción a la «imagen trágica de la Universidad», a los departamentos de Filosofía y Teatro de la antigua Facultad de Lykeion, a la doctrina enoquista de que somos tan responsables de nuestros pensamientos como de nuestros hechos en la Transcripción final, o incluso a las regiones de la medicina o las matemáticas, ya que mi maestro era, por encima de cualquier otra cosa, ingenioso, y la capacidad de síntesis, no hace falta decirlo, era la principal prueba de su genio.

Puedo decir con toda confianza adónde nos llevó el tema, ya que fue aquella misma mañana, tras concluir el desayuno y dirigirnos a los pastos para continuar con mi instrucción formal, cuando Max planteó por primera vez la ominosa cuestión de la ciclología y la Gran Maestría. He ubicado esta fecha en mi vigésimo segunda primavera, muy cerca del final de mi educación preparatoria. Tom de Readfearn había muerto hacía siete años; su exquisita Hedda —que ya era una cabra regordeta y de mediana edad e iba adornada con lazos que celebraban su gran producción de materia grasa— había concebido un hijo tras su única y desdichada unión. Dicho hijo («Thomas de Tommy»), por su parte, se había convertido en un semental y estaba en la flor de la vida: era la imagen de su padre y un auténtico campeón en su propio linaje, como lo había sido el difunto y gran Brickett Ranúnculo. Era perfectamente justo que, al final y siguiendo una buena planificación, los dos ejemplares premiados se reprodujeran —me encantó ayudar en persona a G. Herrold con el primero de sus cruces, sólo cinco meses antes—, así que sucedió que la misma noche que tuve este sueño nació un cabrito macho que fue registrado como *Tom de Tommy de Tommy*. Nadie de los que lo vio en el estado en que lo vimos a la mañana siguiente podría haber adivinado el papel que «Thomas Triple» desempeñaría en mi futuro y, de hecho, en la historia del Campus Occidental. En aquel momento era bastante poco atractivo, todo pezuñas y codillos y todavía cubierto por la humedad del útero de Hedda. Pero vean en retrospectiva cómo nuestras vidas se entrelazaron desde el comienzo: fueron los chillidos que dio su madre durante el parto, muy

probablemente, lo que me hizo soñar con cabritas angustiadas, y la tragedia de su abuelo tenía un lugar importante en el significado del sueño; es su partida de nacimiento la que proporciona la fecha en la que tuvo lugar esta conversación; y fue esta conversación —causada a su vez en primer lugar por el sueño y también por la importancia del pasado de Hedda a la hora de interpretarlo—, fue la conversación de aquel día, como iba diciendo, lo que, como el crimen original del asesino de mi querido amigo, me hizo pasar a otra etapa de mi vida. La misma vara de color blanco ceniza con la que le di unos suaves golpecitos al cabrito recién nacido bajo la barba antes de marcharme cojeando a recibir mi clase; este báculo en el que me apoyo mientras pronuncio estas palabras, y en el que me apoyaré hasta alcanzar la cima de la colina donde no querré más apoyos; ya se habrán imaginado que es la misma con la que di palos de ciego en mi sueño. No chasquearán la lengua, por lo tanto, al enterarse de que había tallado dicho bastón a partir de la vara rota de un pastor que en una ocasión encontré tirada en el redil. Lazos oscuros; ¡cosas trenzadas a cosas!

—*El autoconocimiento* —repitió Max para comenzar la lección— *siempre supone malas noticias*. —Pero en ese momento se detuvo un instante—. ¿Estás seguro de que no había ninguna otra cosa en el sueño?

Como no estaba preparado para sacar a colación el nombre de Pelocrema, y era incapaz de recordar nada más, negué con la cabeza.

—Bueno, entonces —dijo él con tono afable—. Pensabas que no podías desearte un deseo suspendido; ahora ya sabes que sí puedes. Eso es algo que has aprendido sobre ti mismo, *ja?*

Entonces se puso a explicarme la contradicción entre el antiguo Pergamino del Fundador, que exhortaba a los estudiantes a aceptar su ignorancia y a depositar su confianza en la sabiduría del Fundador, y los diálogos de Escápulas, en los que el maestro Mayos afirma ante sus pupilos que el objetivo de la educación es comprenderse totalmente a uno mismo. Pero debió darse cuenta de que yo no le prestaba mucha atención, porque mientras planteaba la pregunta de si la búsqueda de la verdad seguía siendo deseable en el caso de que la verdad fuera que el buscador está suspendido para siempre, se detuvo de manera brusca.

—No estás escuchando, George.

La verdad era que no, y lo admití mientras notaba un hormigueo en las mejillas. Tras protestar inicialmente por la interpretación que había hecho de mi sueño, me sentí muy perturbado por sus diversas imágenes. Ahora ya no sentía alarma, disgusto ni vergüenza, sino un enorme *hastío*: una inquietud que aunque era vaga, parecía hundir sus raíces en algún elemento de lo que había soñado. No era capaz de pensar en el autoconocimiento ni en ninguna otra cosa; tenía la impresión de que los siete años que habían pasado desde que había matado a mi amigo eran una larga clase que ahora, de repente, ansiaba que terminara. Entonces no sabía nada; ahora mis ojos estaban abiertos a unos prados de información sin vallar; me sentía tan lleno de la sabiduría popular humana que tenía la sensación de estar a punto de explotar. Este

George que soñaba en un catre y resolvía logaritmos mientras almorzaba era un desconocido para aquel Billy que tenía la costumbre de vagar por los pastos las noches en que había luz de luna. Y, sin embargo, algunas cosas eran las mismas. Ah, ahora me preguntaba si en realidad algo habría cambiado. Si mi cabrancia parecía un sueño recordado sólo a medias, los años posteriores no eran un despertar sino un sueño más profundo, que tal vez sólo ahora había comenzado a asimilar. La voz de mi maestro me parecía ajena; también me lo parecía el propio Max. Aquel viejo rostro que me resultaba tan familiar que no podría haberlo evocado con la imaginación, desde la discusión que tuvimos con respecto al sueño me descubrí *viéndolo* como si fuera por primera vez. En particular esa mueca terca, que de repente me di cuenta de que era característica. Ahí estaba ese adulto llamado Max, que era completamente distinto de mí, con su pelo blanco y desgreñado y su cuerpo ajado y su voz vieja y tranquila; con unos sentimientos y una vida propios, cuya historia, ya casi terminada, consistía en tales y cuales acontecimientos, y no en otros. Había hecho A, B y C; le habían hecho X e Y; Z, su pequeño destino, estaba ante él. Max... ¡existía! Era, había sido, y todavía durante un tiempo seguiría siendo una *persona*, de un modo tan real como lo era yo. Estuve a punto de tener un escalofrío al tomar conciencia de este hecho, y de la universalidad de objetos que no eran yo. El sueño tenía algo que ver con ello: ¿me habría quedado acaso en sus somnolientos márgenes? Sentía de un modo abrumador la extrañeza de las cosas, una repugnancia que me atontaba y una intermitente insatisfacción.

—¡No sé qué me pasa! —dije con mayor desesperación de la que hubiera deseado, y me asusté al notar una punzada en la garganta. ¿Qué, es que me iba a poner a llorar?—. Hay una cosa que no entiendo —dije con mucho cuidado—. ¿Cómo puede una persona soportarlo, soportar no ser... maravillosa?

Max frunció el ceño con aspereza y quiso saber a qué me refería. Pero apenas si lo sabía yo mismo.

—La razón por la que me alegro de no ser una cabra —empecé a decir— es que nunca podría llegar a ser como Brickett Ranúnculo. Pero juro que tampoco le veo ningún sentido a ser humano si lo único que voy a poder ser es una persona corriente como las que vienen a la verja. Tampoco me gustaría ser como G. Herrold, ni como el doctor Mankiewicz...

—Y ¿cómo quién *sí* te gustaría ser?

Volví a sonrojarme, dando por hecho que él quería que dijera «como Max Spielman» y sintiéndome incapaz de decirlo. A pesar de todo mi rencor y mi mal temperamento, no tenía ningún deseo de herir los sentimientos de Max; tampoco, por otra parte, quería que ni mi vida ni mi personalidad se parecieran a las suyas. De hecho, podría decirse que mis momentos de contrariedad surgían en parte de esta frustración: admiraba a mi cuidador mucho más que a cualquier hombre mortal que hubiera conocido o del que hubiera oído hablar, y sin embargo, curiosamente, lo

despreciaba como modelo. ¿Quién me habría gustado ser? No podía decir el Gran William Gruff ni Enós Enoc, el Pastor Emérito, de modo que respondí:

—Como nadie que conozca.

Max asintió con cierta impaciencia.

—*Ja*, claro, y Nadie es lo que serrás, si sigues con esa actitud.

Si estaba aburrido de mis estudios, me dijo, era porque me había olvidado de su importancia; es más, si yo carecía de una vocación clara, no tenían ninguna importancia medible. Bastaba con que descubriera algo a lo que dedicarle la vida y el problema del aburrimiento se solucionaría solo.

—No importa qué especialidad elijas, basta que tengas una que te importe más que ninguna otra cosa. Estudia Medicina; estudia Poesía; estudia Ingeniería de Caminos. No importa a qué le dedique su vida un hombre; con tal de que sea algo adecuado para él y le guste mucho...

Como era su costumbre, hizo estas observaciones con un dedo levantado (el índice, por fuerza, ya que se trataba de su mutilada mano izquierda). Como en aquel momento vio y recordó la mutilación, bajó al mismo tiempo la mano y la voz y añadió:

—Y con tal de que no haga daño a nadie con ello.

Tampoco debía imaginarme, siguió afirmando, que dedicarme a un proyecto supondría necesariamente que tenía que dejar de lado el resto del programa de estudios. Más bien al contrario: los genios más enciclopédicos de la historia del Campus Occidental —Entelequio, el filósofo, por ejemplo, o Leonardi, el profesor de Arte e Inventos de la Rematriculación— habían sido apasionados especialistas a su manera; su grandeza no consistía en rehusar comprometerse con proyectos especializados, sino más bien en llevar a cabo dichos proyectos intensamente, hasta sus últimas consecuencias: desde la ética hasta la política, pasando por la biología; desde la pintura hasta la astronomía, pasando por la ingeniería. Él mismo, me recordó Max, había comenzado estudiando el violín en la facultad de Sigfrido; su interés por la música lo había llevado a estudiar Física Acústica, Matemáticas y la Psicofisiología de las Sensaciones, desde donde sólo había un pequeño paso —¡con consecuencias cruciales!— hasta las Ciencias del Pensamiento Artificial y la Regulación Automática. Su huida del antimoisianismo bonifacista y su posterior implicación en el ORDACO habían hecho que se involucrara profundamente en el estudio de las Ciencias Políticas y Militares; las consideraciones sobre si apretar o no un ominoso botón lo habían sumergido, desde ahí, en la Filosofía, la Proctología (a través de un camino que para mí en aquel momento no estaba nada claro) y, en cierto momento, en el Pastoreo, y al final (es decir, en el momento presente), en el problema de convertir en un Phi Beta Kappa a un niño-cabra. Desde luego, no consideraría que su carrera había concluido cuando yo lo abandonara para empezar la mía: por una parte, la experiencia de ser mi maestro le había hecho entrever avenidas insospechadas en los campos de la educación y la epistemología, que estaba deseando

recorrer en el futuro; por otra, no consideraba que su pasado fuera como un viaje cuyas nuevas etapas implicaban dejar atrás las anteriores, sino como la construcción de una casa con múltiples habitaciones, en cuyos aposentos ya «terminados» moraba y se entretenía mientras añadía otros nuevos.

—Y todas las puerttas están abierrtas, Georrgie —concluyó—. No puedes pasarr por ellas al mismo tiempo, pero no se cierran a no serr que las cierres tú mismo. Yo todavía estoy descubriendo cosas sobre el violín.

Entonces se puso a comentar las propiedades acústicas de la caja lacada de un violín que se había hecho con clara de huevo de grévol, pero yo no tenía ganas de escucharlo.

—Max...

—No parras de interrumpirr. —Parecía menos disgustado que incómodo; de hecho, me dio la sensación de que hablaba para impedir que hablara yo.

—Ya sé en qué quiero especializarme —continué—. Es una cosa que tú no has estudiado nunca.

—*Wunderbar!* Bueno, entonces... —Ladeó la cabeza y simuló que buscaba en su memoria—. Entonces puede serr hidrráulica de los canales abierrtos, trratamiento de los almuerzros escolarres, ventilación de las minas de carbón... y la historria del béisbol. A no serr que hayan cambiado el prrograma de estudios de New Tammany desde que me despidierron. ¿Qué es?

—Voy a ser un héroe.

La ligera alegría de Max desapareció. Frunciendo los labios, se dio la vuelta y arrancó una pajita de alforfón.

—¿Qué es eso de *hérroe*? ¿Qué clase de hérroe?

No estaba seguro de entender a qué se refería. En tono tranquilo, pero con una especie de ferocidad y todavía desviando la mirada, Max me explicó que un socorrista de las piscinas de la facultad, por ejemplo, se consideraba un héroe si arriesgaba su vida para salvar a otros estudiantes, y que un profesor-general de Ciencias Militares podía calificarse del mismo modo si arriesgaba su vida para destruirlos. ¿Qué clase de tarea heroica tenía planeado emprender?

Admití que no tenía ningún proyecto concreto en la cabeza.

—Un héroe no tiene por qué saber antes de tiempo qué es lo que va a hacer, ¿verdad? Lo único que sabe es quién es...

—Tú todavía ni siquierra sabes eso —refunfuñó Max.

—¡No me refiero a mi nombre! —Su extraña falta de dulzura me resultó irritante—. Me refiero a que puede saber que es un héroe antes de tener la oportunidad de demostrárselo a nadie. Entonces cuando descubre lo que hace falta hacer, que nadie más que el mayor de los héroes puede hacer, va ahí y la hace. Como los antiguos catedráticos andantes y los eruditos viajeros, que no sabían qué aventuras iban a tener cuando partían, pero sabían que partían en busca de aventuras, ¿no es así? Bueno, eso es lo que quiero.

Max negó con la cabeza.

—Estás equivocado, George.

—¡No lo creo!

—Vamos, por favor... —De nuevo con dulzura, Max levantó la mano—. Lo que digo, estás equivocado que no he estudiado herroísmo. Sé más sobre herroísmo que nadie. —Mi cuidador hizo este comentario con el tono de la mera afirmación de un hecho; él nunca alardeaba—. Yo no soy un héroe y no quisiera serlo. Perro te aseguro que sé lo que son las tareas heroicas.

—Bueno, pues yo sí que soy un héroe —declaré—. Por eso estoy cansado de estudiarlo todo. Quiero empezar de una vez a hacer lo que tenga que hacer. Voy a descubrir qué es.

Max siguió negando con la cabeza, como si mis palabras le hicieran daño.

—Yo no creo en esa clase de cosas, Georrgie.

Había, según me dijo, dos clases de héroes que merecen tal nombre: una consistía en gente que, mientras realizaba sus actividades normales, se encontraba de repente en una situación en la que tenía que poner en riesgo su bienestar para garantizar el de otros, y reaccionaba de un modo valiente; G. Herrold era de esta clase, un hombre completamente común que una única vez había hecho una cosa extraordinariamente altruista. La otra clase consistía en esos hombres y mujeres cuyos esfuerzos tienen como fruto una trabajada victoria sobre el sufrimiento de la estudiantía en general: los descubridores de vacunas, por ejemplo, y los autores de la legislación humana. Estos últimos, opinaba Max, no eran ni más ni menos admirables que los de la primera clase; el valor de unos era físico, y el de los otros, moral; el resultado, en ambos casos, era un alivio del sufrimiento, y en ninguno de los dos el agente se consideraba (antes del hecho, por lo menos) heroico. Pero el profesional heroico —el médico que trabaja en el frente de la revuelta o el pacifista de las competiciones universitarias— no debía de ninguna manera confundirse con lo que Max temía que yo tuviera en la cabeza: el héroe profesional.

—Es la desgracia lo que debería hacer al héroe; primero viene el problema, y el verdadero herroísmo es una especie de efecto secundario. Moise no guió a su pueblo hasta el Patio Prometido porque fuera un héroe; resulta que es un héroe porque lo hizo. Perro los de esta otra clase, como los del Ciclo del Decano Arrturro, deciden primero ser héroes y después van en busca de problemas para demostrar que lo son; y la mitad de las veces acaban siendo ellos los que causan los problemas.

Max me preguntó entonces cuántos desgraciados alumnos de segundo curso habían perecido para que Anquísides pudiera satisfacer su ambición de fundar la facultad de Remus, para que la facultad de Remus dominara todo el Campus Occidental. Me preguntó también con qué objeto el hijo de Anfitrón había robado los caballos de Diómedes y había hecho que mataran a ese ganadero que nunca le había hecho ningún mal.

—Está perfectamente claro al leer estas historias que el héroe no está ahí a causa del dragón sino al revés. No me interesa nada esa clase de héroes.

—Pero siempre hay muchísimos dragones, ¿verdad, Max? Si un hombre sabe que es un héroe, siempre puede encontrar un dragón, ¿verdad?

Max afirmó que podía encontrarlo, y que lo encontraría despiadadamente, incluso aunque el dragón estuviera dedicado a sus propios asuntos. Pero para el hombre cuerdo, insistió, en el campus no había dragones, sólo problemas, que no demandaban alguien que los matara sino alguien que los solucionara. Si desconfiaba de los héroes que partían en busca de aventuras, era porque al igual que aquel amabilísimo catedrático, Don Quijote, tenían la costumbre de, como mínimo, estropear útiles molinos de viento en nombre de la dragomaquia.

—Héroes, bah —dijo.

Entonces me vi forzado a aducir (debido en buena medida al carácter discutidor e irreverente que ya he confesado) que al margen del tema de los dragones, era cierto, según las palabras de Max, que distintos hombres se sentían llamados a realizar distintos trabajos, y que la estudiantía se hallaba en ese momento ante el peligro más grave de su historia; ¿no podía acaso un hombre, por lo tanto, sentirse llamado a realizar la más grande heroicidad imaginable: la salvación de toda la estudiantía?

—Bueno, ¿salvarla de qué? —preguntó mi cuidador—. De COMERSE los unos a los otros, supongo.

—¡Sí! —A pesar de que eran sarcásticas, sus palabras me inspiraron—. Ese lugar del que me hablaste en el engranaje del ORDACO, ¿cómo lo llamaste? ¿Donde decide quién es el enemigo y cuándo COMER...?

—La MIRRA —dijo Max con aire sombrío—. Maquinaria de Implementación Radical Automática. Establece los objetivos de la Facultad y lleva a cabo los procedimientos necesarios para implementarlos.

Mi entusiasmo iba en aumento.

—¡Imagínate que un hombre descubriera cómo entrar en el ORDACO y en el ORDACE y cambiara sus MIRAS de modo que nunca pudieran hacerle daño a nadie! ¿Ese trabajo no sería adecuado para un héroe?

—Ya basta —dijo Max con gran firmeza—. Cualquiera que entre en el estómago, el ORDACO se lo puede COMER en un instante.

—¿A cualquiera, Max?

El rostro de mi amigo adquirió una severidad extrema.

—Yo estaba en el senado cuando aprobaron la ley, Georrgie —me recordó—, y estaba con el Programador Jefe cuando la interpretó. Nadie puede cambiarr la MIRRA del ORDACO.

Mi corazón latía con mucha fuerza.

—Nadie más que un Gran Maestro, me lo dijiste una vez. ¿No fue eso lo que les hiciste poner?

—¡Bueno, ahorra mírrame a los ojos, mi niño! —Max me cogió del brazo; su tono de voz era severo y mostraba su impaciencia, pero una gran agitación vibraba a través de su cuerpo—. Ya erres mayorr parra estas tonterías, *verstehst?* Parra empezarr, no me gustan nada los Ggrandes Maestros, si es que en realidad alguna vez hubo un...

—Si Enós Enoc estuviera vivo, podría cambiar la MIRA del ORDACO, ¿verdad? —lo interrumpí—. Y podría Graduar a todo el cuerpo estudiantil.

—¡Pfff, la Ggraduación! —exclamó Max—. ¡Qué imporrrta la Ggraduación! Tu amigo Enós Enoc curró un parr de docenas de estudiantes enfermms e hizo que resucitarr un muerrto; ¿cuántos crrees que han muerrto porr su causa? Y de todas formas, tú no erres Enós Enoc; erres un niño normmal como cualquierr otro niño, y deberrías estarr contento si consigues aprrenderr a serr un hombre. ¡Eso ya es una tarrea lo bastante herroica!

Pero yo insistí:

—No soy un niño. Soy un niño-cabra.

—En cualquierr caso, no erres un Ggran Maestro.

—Entonces soy un bicho raro, Max; ésas son mis opciones.

Max negó vigorosamente con la cabeza, casi chocándola contra mi cara.

—Ésas no son opciones, Georrgie; son la misma cosa. Ahorra tienes que sacarrrte de la cabeza todo este asunto del Ggran Maestro. No voy a poderr cuidarrte cuando te matricules; entonces vas a estarr solo. Perro el hombre que meta la cabeza en el estómago del ORRDACO... *ach*, se queda como G. Herrold.

—Yo no —dije.

Había obstinación en mi voz, pero me estremecí en un momento de comprensión que le dio un sentido profundo y repentino a mi vida. Max me soltó el brazo y preguntó casi asustado:

—¿Qué estás diciendo, niño? ¿No te das cuenta de lo vano que es?

Me di un golpe con la mano en la frente, sorprendido y riéndome, y negué con la cabeza.

—Me acabo de dar cuenta ahora mismo, Max: ¡ya he estado allí! Prácticamente nací en el estómago del ORDACO, ¿verdad? Así que seguro que soy un Gran Maestro como Enós Enoc, ¡o si no será que ya me han comido! ¿Crees que estoy loco?

Me dio la impresión de que palideció por lo que acababa de decirle. En cualquier caso, sus esfuerzos por explicar esa curiosa circunstancia no me impresionaron. Admitió que era extraordinario, tanto el hecho de que me hubiera librado del destino de mi rescatador como que la naturaleza problemática de dicho hecho nunca se le hubiera ocurrido antes. Pero no se sabía nada, señaló, de los eventos que condujeron a mi abandono en el elevador de cintas del ORDACO, y la naturaleza y la identidad de quien o quienes me dejaron allí eran igualmente misteriosas. Ni si quiera se podía decir a ciencia cierta si su intención era que el elevador fuera mi ataúd o la canasta-Moise que serviría para salvarme; aunque Max en determinado momento había

llegado a ser la máxima autoridad con respecto a la programación del ORDACO, todo eso había sucedido tras su destitución, cuando, por lo que él sabía, el Menú podía haber sido alterado por el propio ordenador o por su nuevo director, Eblis Eierkopf. Tampoco se había llevado a cabo una investigación concluyente sobre los efectos que tenía la aplicación práctica de la Ciencia de la Organización y Multiplicación Electroencefálica Regular: aunque era cierto que los infantes de Amaterasu que habían sido comidos en la Segunda Revuelta Intercampus no se habían desarrollado de un modo normal, los investigadores no habían podido ponerse de acuerdo sobre hasta qué punto sus trastornos psíquicos se debían directamente a las «ondas de COMER» y hasta qué punto al trauma general ocasionado por la catástrofe. Los pacifistas de todas partes sostenían que los niños (que ya se habían hecho adultos) eran uniformemente retrasados y rayaban en la idiocia, pero al menos un científico de New Tammany había afirmado que sus psicosis, aunque eran severas y orgánicas, presentaban una variedad tan amplia como para incluir, con mucha probabilidad, los síndromes que suelen asociarse con algunos hombres de genio.

—Es más —añadió Max—, las ondas del Estómago debían ser diferentes de las que usábamos con el Amaterasu, o G. Herrold no tendría el sentido común que le ha quedado. No, Georrgie —negó con la cabeza resueltamente—. ¡No eres un loco y no eres un Grran Maestro! Eres ambicioso, eso es todo; has empezado tarde y quieres hacerr algo grrande parra demostrarr que no eres un bicho raro. Perro no debes querrerr serr mejorr que tus compañeros de clase de una manera herroica; eso es vano y tonto, incluso es malvado. ¡Pfff, Enós Enoc! —dijo, y entonces reafirmó su convicción (la misma que le causó problemas en el senado) de que los Grandes Maestros y los *Kolegiumführers* eran dos caras de una misma moneda; de que lo que la estudiantía necesitaba para preservarse no eran ni Fundadores ni Decanos de los Suspendidos, sino investigadores más pacientes, instructores más tolerantes y comités del senado más cultos—. Lo único que significa la Grraduación —dijo— es aprenderr a no matarr estudiantes en nombre de la estudiantía. Y el único Examen que imporrra no es el Final; es sólo una cuestión que hay que contestarr a cada instante: «¿Estoy restándole al sufrimiento total o estoy sumándole?». Si me hubiera planteado esa prregunta antes, nunca habrría descubierro las ondas parra COMERR.

Llegados a ese punto, podría haberlo contradicho compasivamente, aunque ya habíamos pisado ese terreno muchas veces: si él no hubiera creado el armamento del ORDACO, sin duda lo habría hecho algún otro, más tarde o más temprano, tal vez los bonifacistas o los sindicalistas estudiantiles, lo cual habría supuesto una pérdida mayor de vidas de estudiantes; si New Tammany no hubiera logrado COMERse a los amaterasus, la Segunda Revuelta Estudiantil no habría terminado tan pronto y la inevitable invasión de su campus habría tenido un coste de vidas tres veces mayor en ambos bandos; la ciencia, además, era neutral: no podía dársele la espalda al Conocimiento, por mucho que la Sabiduría así lo aconsejara, etcétera. Pero estaba

demasiado preocupado por mis propias cuestiones como para ocuparme de una de las de Max.

—Sabía que no te gustaría la idea —dije—, pero tienes que admitir que es posible, ¿verdad? Incluso aunque haya cierta posibilidad de que yo *no* sea un Gran Maestro, un montón de cosas hacen que parezca probable que lo sea. Y si lo soy, tengo cosas importantes que hacer. —La actitud de Max me volvió a irritar—. ¡Incluso si sólo fuera una posibilidad *remota*, merecería suspender por no intentarlo! Si me equivoco, el único perjudicado seré yo mismo. ¡Pero imagínate que no me equivoco! ¡Piensa en todo el sufrimiento que causarías si yo *fuera* un Gran Maestro y tú me convencieras de que no lo soy!

Esto último tenía un toque mezquino, pero antes de que pudiera añadir que en cualquier caso era imposible cambiar lo que no era una mera conjetura sino una certeza que se hacía más profunda a medida que yo hablaba, Max me preguntó:

—¿Sabes cómo es la vida de un Gran Maestro? Me refiero a uno de verdad, como Enós Enoc o Mayos el Lykeioniense, no los de los que salen en los cuentos. ¿Sabes lo que tiene que pasarles al final? ¿Cuándo has oído hablar de un héroe feliz? Siempre sufren; prácticamente para eso están... —Soltó un pequeño bufido—. Perro a ti todo eso no te importa; lo único que es capaz de ver un joven es qué buen aspecto tendrá ahí en lo alto de la colina, y cuáles serán sus últimas palabras; ¡no importa lo que le hagan! ¡Y no importa que las lecciones que él pretendía que fueran útiles, sus pupilos siempre hacen que la gente sufra por ellas, y que suspendan todos los que no estén de acuerdo con ellas!

Me puse de pie muy enfadado.

—¡Que suspenda todo, Max! ¡Una cabra es una cabra y un héroe es un héroe! Enós Enoc no podía evitar mostrarle a la gente cómo Comenzar, del mismo modo que Brickett Ranúnculo no podía evitar embestir cosas con sus cuernos. ¡No estaba tratando de causar ningún daño; sólo estaba siendo lo que él era! —Me dolió ver que Max hizo un ligero movimiento reflejo como para protegerse ante mi repentino movimiento—. No te preocupes —le dije, adoptando un tono sarcástico—: No voy a pegarte.

Él se encogió de hombros, pero tenía los ojos en ascuas.

—¿Cómo lo voy a saber, si no puedes evitar ser lo que eres? Quizá no deberíamos echarles la culpa a los bonifacistas por haber quemado a todos esos moisianos, ¿no? Bueno, Georgie, podría decirte que sería mucho más heroico *no* ser un Gran Maestro incluso aunque hubieras nacido para serlo. O podría preguntarte por qué estás discutiendo; Brickett nunca discutió.

A mí se me había ocurrido la misma idea, pero demasiado tarde como para no sentirme avergonzado. Entonces afirmé con vehemencia:

—¡A lo mejor es porque tengo que hacer que creas en mí antes de poder mostrarte cómo Graduarte!

Sin embargo, mi sonrojo estropeó el efecto de mis palabras, y terminé con una sonrisa medio resentida, que mi maestro me devolvió.

—Una cosa, el entusiasmo sí que lo tienes. —Levantó la vista al cielo, cubriéndose los ojos con la mano—. Bueno, ya casi es la hora de comer, y ¿qué has aprendido?

Con un tono más tranquilo aunque no menos inflexible, contesté que había aprendido lo que era, o por lo menos había comenzado a aprenderlo, y que la principal lección que extraía de ello me parecía del todo opuesta a la Máxima que él me había tratado de enseñar: que el autoconocimiento siempre supone malas noticias. O (me burlé mientras lo ayudaba a ponerse en pie) podríamos añadir «malas noticias para *alguien*», ya que la realización de mi Gran Maestría supondría incuestionablemente malas noticias para los troles del Campus Occidental.

Nos dirigimos hacia el establo cogidos del brazo, tanto en señal de camaradería como por el estado de las piernas de Max, que últimamente se le dormían en cuanto se quedaba sentado un rato. Yo sabía que el enfrentamiento todavía no había concluido, pero ya no había hostilidad.

—Serrás todo lo herroico que podamos necesitarr sin tanta palabrrería —me dijo mi profesor—. Tienes entusiasmo y tienes ambición, y tienes inteligencia parra hacerr cosas magníficas. Incluso cuando se te mete una idea maliciosa en la cabeza, como cuando te dices que Max está celoso de ti. No, no digas que no estabas pensando eso; no hay prroblema, muchos hérroes son igual de poco razonables, es casi un prrrequisito. Perro yo no estoy celoso, mi niño. Ni siquiera te tengo envidia. —Me dio unas palmaditas en el brazo—. Mi trrabajo está casi terrminado; he cometido mis errorres; no envidio a nadie que todavía tenga que cometerr los suyos. Al final, hay dos razones porr las que quiero que te olvides cuanto antes del asunto ese de serr un Grran Maestro: la segunda es que si crrees que erres algo que no erres, eso te impedirá converrtirte en lo que podrrías serr...

—Eso no importa —dije yo—. ¿Cuál es la primera?

Noté que mi ira iba creciendo una vez más ante su... iba a decir ante su insistencia *moisiana*. Lo que él estaba pensando era «No eres un Gran Maestro». Ah, me di cuenta de que se achicó al oír mi tono de voz, y casi se puso a llorar de la frustración. No era sólo que su fragilidad me hiciera tomar conciencia de mi fuerza o que, a pesar de su fragilidad, me provocara y me reprovocara, sino que él sabía precisamente lo que estaba provocando: que su negativa era una invitación. El viejo Max, tenso y aferrado a mi brazo sabía, vaya si sabía, que yo lo quería, lo admiraba... ¡y que tenía ganas de darle un golpe con todas mis fuerzas, incluso de matarlo!

—Ya basta porr hoy —murmuré.

Me enfadé tanto que me puse a temblar. Junto a la puerta del establo, solté su brazo y afirmé que no tenía hambre.

—*Ja*, claro. —Asintió con la cabeza—. Yo también. Porr favorr, escucha esto sobre los Grrandes Maestros, Georrgie: *Un Grran Maestro es bueno. Un grran*

maestro es sabio. Si hay sólo una pizca de maldad o tontería en él, bueno, entonces no es un Gran Maestro. Piensa en ello. Si mañana estás aquí, tengo más cosas para contarte.

Se fue, si no a comer, al menos al interior del establo, y yo me puse a andar frenético por aquí y por allá. Notaba un latido en las sienes. Las cabritas se alejaban brincando hacia la valla para no verse afectadas por mi vara, con la que iba derribando todos los cardos que me cruzaba en mi camino. Pronto me encontré con G. Herrold sentado en un montículo, con la mirada perdida. Le grité:

—¡Eo, G. Herrold! ¡Eo!

Él me leyó los labios; con un ji-ji negro se puso de cuclillas para recibirme. Con las rodillas flexionadas y agitando los brazos, nos pusimos a dar vueltas en círculo cautelosamente, jalándonos y provocándonos. Su mano derecha hizo un ruido seco al caer sobre mi nuca, yo solté la vara para agarrarlo por la rodilla izquierda; caímos rodando, pataleando y manoteando por el suelo hasta que su sabiduría vieja derrotó a mi poderío juvenil, y me inmovilizó. Nuestra ropa estaba toda manchada de hierba y descolocada; nuestras pieles emanaban un olor penetrante en el que se mezclaban nuestros sudores.

—¡Qué mayol ehtá! —exclamó George, maravillado.

Relajó la llave Nelson hasta convertirla en un abrazo y me examinó con detenimiento. Yo no era inocente con respecto a los experimentos con uno mismo, y mi imaginación no estaba sobrecargada con ideas relacionadas con el Bien y el Mal (salvo en la cuestión de la muerte de Tommy de Redfearn). Siendo un niño-cabra que había vivido durante tantos años aislado de la estudiantía, había aprendido sus valores morales como se aprenden sus mecanismos políticos o sus tradiciones: como un objeto de estudio infinitamente variado, dependiente de la moda y más o menos interesante. Había leído por qué el Fundador una vez prendió fuego a los Patios de la Llanura y, en el sentido contrario, de qué modo la flor y nata de la antigüedad clásica, los espléndidos chicos de Lykeion, se habían solazado a los pies de Mayos: la diferencia entre ambos casos no me causaba una impresión distinta de la que me causaba la diferencia entre los estilos arquitectónicos de ambas facultades, o entre sus estrofas poéticas. En resumen, mi mente estaba tan abierta como mis vestiduras, y aunque podía imaginarme lo que hubiera pensado en mis circunstancias una persona decente que cursara primer curso en New Tammany, sólo sentí curiosidad cuando G. Herrold me puso las manos encima. Cualquier recelo era exclusivamente teórico, y no podía plantarle cara al hecho de que yo le debía la vida a aquel hombre, de que en cualquier caso él era un demente y casi no tenía conciencia de las implicaciones de su comportamiento. Además, no podía estar seguro de qué es lo que iba a hacer.

Por precaución, sin embargo, le dije a mi amigo:

—Más vale que te lo diga, G. Herrold: soy un Gran Maestro, y un Gran Maestro es bueno. ¿Esto es bueno?

—Ehtá muy bien, chico blanco —gruñó él.

Entonces, del mismo modo que a pesar de todas sus discapacidades y de las mías me había enseñado a hacer algunos ejercicios gimnásticos, en aquel momento y en los días que siguieron me proporcionó cierta instrucción en las artes amatorias, para las que descubrí una mayor predisposición que para el plan de estudios de Max. En ambos campos el perfeccionamiento de mis habilidades se vio retrasado por la falta de variedad que imponían mis circunstancias y mis compañeros: tenía que pasar algo de tiempo hasta que tuviera que lidiar con un hombre enfadado o una mujer enamorada. Pero en su calidad de marido y negro, atleta y barrendero nocturno de las estanterías, G. Herrold había conocido muchas clases de amores y de combates; a su amplia experiencia (recordada a medias) sumamos mis lecturas (entendidas a medias) y mi ilimitada imaginación. Los resultados fueron bastante buenos.

Aquella noche volví a casa de un humor excelente con el rebaño, con el espíritu claro y en paz bajo la luz crepuscular de mediados de marzo. Me sentía liberado del tutelaje de Max, y sin embargo más dispuesto que nunca, precisamente por ello, a atender a sus consejos. G. Herrold y yo entramos en el establo cantando una de sus dos canciones, e inmediatamente le pedí perdón a Max por lo desagradable que había sido mi actitud esa mañana. Él dejó su violín y asintió con la cabeza desde su asiento.

—Tendrríais que verros, los dos —dijo, maravillado. Yo tenía paja en el pelo y trozos de hojas en la barbita que me estaba dejando crecer y de la que tan orgulloso estaba; nunca en la vida nos habíamos quitado trozos de cardos ni semillas de la ropa—. ¿Qué habéis estado haciendo?

Yo me reí.

—Estaba dándole una salida a mi mal temperamento con alguien de mi tamaño. —Todavía agitado, aunque con tranquilidad, le di a mi oscuro amigo un breve abrazo de colega y, riéndome de nuevo ante el ceño fruncido de Max, me apresuré a abrazarlo también a él y a darle un beso en la frente—. Esta mañana me he portado de un modo malvado y estúpido contigo —le dije.

—Está bien. *Ach*, ¡vamos! —Rehuyó mi gesto con una sonrisa—. ¿Admites que no eres inmune a un cierrto grado de maldad y estupidez?

—Mucho más que eso: lo disfruto. Pero a partir de ahora, seré sabio y bueno contigo y malvado y estúpido con G. Herrold. ¡Ya verás cuando te muestre lo que ha hecho esta tarde, cuando me ha inmovilizado!

Mi oscuro compañero sonrió junto al corral. Max nos miró alternativamente.

—Ya entiendo.

Había preocupación en su voz, pero no mucho reproche.

—¿Estás enfadado?

Max me aseguró que no: yo era un joven vigoroso, dijo, con deseos normales, y a falta de las válvulas de escape generalmente aprobadas, suponía que era mejor para mí poder recurrir de manera temporal a otras menos generalmente aprobadas que no contar con ninguna. Mientras mis circunstancias siguieran siendo las que eran, dijo, y

mis motivaciones estuvieran libres de perversión, no veía demasiada diferencia entre las actividades auto y homoeróticas: la masturbación, aunque fuera más normal a ojos de la mayor parte de los estudiantes de New Tammany y tuviera menos probabilidades de causar oprobio público, conllevaba sus peligros por la misma soledad que la hacía recomendable: carente de amor, huraña, alimentaba las fantasías de los tímidos y podía agravar cualquier tendencia a la impotencia o a la desvinculación de los demás; el narcisismo y la esquizofrenia, afirmó, eran las inclinaciones del masturbador en el ámbito de la psicopatía. La pederastia, por otra parte, aunque en la Facultad de New Tammany se consideraba una perversión semidelictiva, al menos podía defenderse porque implicaba una vinculación apasionada, incluso tal vez amorosa, entre el yo y los demás. Mientras fuera practicada con un estado de ánimo saludable —algo virtualmente imposible en una facultad donde se calificaba de práctica viciosa—, Max no veía ningún peligro importante en el hecho de que se convirtiera en un sustituto de las relaciones normales con mujeres; no más que en las espontáneas relaciones con cabritillas que yo había tenido en el pasado. Me advirtió, de todas maneras, que debería abandonar esta práctica cuando me matriculara para evitar que me supusiera un escándalo, que me provocara una fístula o que me llevara al realismo lógico, la filosofía de Mayos y de Escápulas, que Max declaró que tenía tantos adeptos entre los pederastas como el solipsismo entre los masturbadores.

—Así que probablemente sea algo bueno —concluyó—. G. Herrold no te va a hacerr ningún daño, y yo sé lo bastante de proctoscopia como para ser ancho de miras.

—Estaba seguro de que se suponía que era una cosa suspendida —confesé yo—, pero de todas formas me ha gustado.

—Eso no importta, Georrgie. Suspenso es no hacerr algo que se supone que no tienes que hacerr; suspenso es hacerrlo *porque* se supone que no tienes que hacerrlo, y la perrverrsión es que te guste *porque* sabes que es algo suspendido. «Pese a que» está bien; «porrrque» es suspendido.

—Así que todavía soy un Gran Maestro —dije alegremente—. Sabía que lo era.

Max sonrió y, para mi alegría, declaró que al menos mis pasatiempos con G. Herrold, hechos inocentemente y de buena fe, no *refutaban* mi afirmación.

—Mirra las cabrras, porr ejemplo —dijo—. ¿Cómo es que no te has cepillado a ninguna desde que erras jovencito? En una época te gustaba Hedda, *nicht wahr*? Y una cabrrita no está nada mal, ya lo sabes, si erres un cabrro. Perro perrdiste el interrés porr ellas desde que te enterraste de que erras una perrsona humana, ¿no es cierrto?

Yo admití que lo era.

—Así que no te tiantan lo más mínimo. ¿Qué me dices de la sobrrina de Hedda, esta de aquí, eh? —Atrajo hacia sí a una cabrita negra y blanca, muy guapa, llamada

Sue Orgullo de Becky, todavía era una cabritilla en realidad, y la meció en su regazo para tranquilizarla—. ¿No te gustaría?

Un tanto asombrado —Max nunca me había hablado así antes—, reafirmé mi falta de interés por los encantos de las cabras.

—Además —añadí con cierta severidad—, le haría daño, ¿no? Es muy pequeña.

Max asintió con la cabeza. Evidentemente, había dicho lo que él quería oír.

—O sea que aunque quisieras, no deberrías. Como no quieres y no tienes que hacerrlo, la única razón parra hacerrlo serría suspendida. Tendrrías que disfrutarrlo sólo porrrque sabes que está mal, lo cual es suspendido, o porrrque le hace daño, lo cual es todavía más suspendido. Ningún hombrre bueno harría una cosa así, ¿no crrees? Sobre todo, ningún Grran Maestro.

—¡Hablas como si lo hubiera hecho! —protesté yo, y acaricié la cabeza de Sue—. ¡Nunca se me ocurriría hacer algo semejante!

—Ay, bueno, eso está bien. Yo tampoco lo harría. Alguien que lo hicierra, tendrría sin duda algún Decano de los Suspendidos en su interiorr. Perro ya no hablemos más de esto.

Me pareció muy bien y los tres nos pusimos a cenar. Después, aunque me senté obedientemente delante de mis libros, me resultó imposible concentrarme en ellos. No me podía sacar de la cabeza esa conversación sobre lo suspenso: la leyenda del primer hombre y la primera mujer en la Arboleda de Pruebas Pomológicas del Fundador, que hasta entonces siempre me había parecido meramente cautivadora y no demasiado razonable, ahora me parecía de lo más impactante. Comprendí por primera vez el *mal*, y me impresionó tanto lo horrible que era que no podía mirar a Sue Orgullo de Becky sin sentir un estremecimiento interior; apartaba la vista de ella y un momento después estaba mirándola de nuevo. Desgarrar a esa niñita tan delicada —a pesar de sus chillidos, por la fuerza bruta— era una idea impensable. No podía sacármela de la cabeza.

Aquella noche volví a soñar. Era un macho cabrío, un espléndido semental. Sacudía la cabeza y sentía la gloria del peso de mis cuernos, y pateaba el suelo con mis afiladas pezuñas. Ya me había llegado la temporada: ponía los ojos en blanco, notaba una furia en las pelotas. ¿Qué puerta podía hacer nada contra eso? Salía de mi casilla como un rayo y me dirigía a los pastos de las chicas humanas; ahí estaba Nena, como una vez en la pradera de alforfón, un montón de Nenas rosadas y sin lana, clamando por Ser. «¡Ven, Billy!», imploraban. Yo era un cabro galante y fantástico y un incansable servidor; me parecía una tarea grata proporcionarles alegría, ya que mis poderes no remitían aunque mi lujuria ya estuviera satisfecha desde hacía rato. Me sorprendió enormemente que Nena, una vez obtenida su ración de Ser, saliera huyendo. Yo no tenía manos con las que atraparla, pero de todas maneras me puse a perseguirla entre las tsugas —*ah, ah*, casi sin aliento— y se le salió el diáfano pelaje que llevaba, enganchado en algún arbusto espinoso. Sólo tenía que montarme en ella, desenfrenado, y empalarla, como quisiera; era un majestuoso

lancero en la victoria. Pero lo que hice fue atraparla y sujetarla con fuerza contra el suelo. Desde algún lugar remoto sonó el cuerno —¡*Tekía! ¡Shebarim! ¡Terúa!*— llamándome con urgencia. Pero yo podía hacer lo que quisiera, no como antes porque la chica lo deseara, sino porque estaba completamente bajo mi poder, sujeta de una manera absoluta a mi voluntad.

—¡Oh, qué daño me harías! —sollozó mi víctima—. ¡Una cabra con una niña humana!

—Te haría daño —coincidí, y para no oír al cuerno convocándome una vez más (¡*Tekía! ¡Shebarim! ¡Terúa!*), afirmé en voz alta—: No creas que *tengo* que hacer algo suspendido.

—¿Cómo es eso?

—Digo que no creas que... la verdad es que es muy importante que me despierte ahora mismo.

—Soy muy pequeña —suplicó la chica—. Espera a que venga mi hermana mayor.

—Esperaría si quisiera —dije yo—. Lo aprobado sería, desde luego, dejarte ir.

Su primer grito fue de alegría.

—¡Oh, gracias, señor!

El segundo, no, ya que mientras el cuerno llamaba por última vez, le hice, con cada sonido, un grave daño. *Tekía. Terúa. Tekía.*

Entonces me desperté y me aparté de una chillona criatura que tenía debajo del pecho. Una cabrita (como sucedía algunas veces) se había acurrucado contra mí mientras dormía; yo me había dado la vuelta y me había colocado involuntariamente encima de ella y, ahora me daba cuenta, la había abrazado con fuerza. Se armó un gran revuelo en el establo; por lo visto, sus chillidos habían despertado a todo el rebaño. Yo me incorporé sudando y me quedé consternado al ver que había eyaculado y que me estaban observando: Max estaba sentado junto a la puerta del corral, con la cabeza inclinada bajo la luz de la luna.

—Estabas soñando —me dijo tranquilamente—. No tienes por qué preocuparte. No erra Sue Orgullo de Becky.

Me volví a tumbar, aturdido, y pronto me quedé dormido de nuevo. Cuando me desperté por la mañana, el episodio me vino a la cabeza de inmediato: durante un instante me imaginé que la imagen de Max sentado junto a la puerta del corral también era parte del sueño; después el pellizco de la lujuria seca que sentí en el muslo me dijo que no era así, lo cual me resultó de lo más descorazonador. Entonces lo oí dándole instrucciones a G. Herrold y explicándole cuáles eran sus quehaceres y me quedé tumbado unos minutos, impresionado por el recuerdo, por el espectáculo de mi alma expuesta a la vista.

Esa mañana Max estuvo muy solícito; hasta podría haber dado la impresión de que tenía un poco de miedo de hablar. No hizo falta decir que dejaríamos de lado nuestro programa habitual, y no se hizo ninguna mención de los acontecimientos que

habían tenido lugar durante la noche —de hecho, no se hizo mención de nada— hasta que al final de un silencioso desayuno se atrevió a tocarme la mano.

—En realidad no has *hecho* nada suspendido, ¿sabes? Antes erras un niño y ahorra has aprendido que tienes maldad en tu interior, como tenemos todos. Perro no tiene por qué salir.

—Crueldad y estupidez —dije yo—. Acabarán saliendo.

—Bueno, a lo mejor un poco aquí, un poco allá. ¿Quién es perfecto?

Lo miré a los ojos.

—Enós Enoc.

—*Ja*. —Max inclinó la cabeza, como cuando le daba la luz de la luna—. Perro acabemos con esto de una vez, niño querido: ¿tú eres otro Enós Enoc?

Yo negué con la cabeza.

Mi profesor no pudo contener su dicha: me cogió una mano entre las suyas y se puso a asentir furiosamente, mientras fruncía el ceño y sonreía al mismo tiempo.

—¡Aprobado seas, niño! ¡Aprobado seas por admitir eso! —Corrieron las lágrimas; le flaqueó la sintaxis—. Todo eso que hablaba Eierrkopf sobre un Giles, purra locurra. ¡Lo sabía! ¡El Fundador conoce todas las probabilidades! Seguí al pie de la letra el libro, y no una sino dos y tres veces, sabiendo todo el tiempo que... ¡ah, Georrie! —Se dio la vuelta y me abrazó, y mi rigidez no lo desanimó ni un ápice—. Dilo otra vez, para hacerr feliz a un hombre viejo, lo que has dicho.

—No soy un Enós Enoc —repetí—. Hay en mí tanto de cabra como de Graduado. Y tanto del Decano de los Suspendidos como de cualquier otra cosa.

—¡Y eso no importa! No te lamentes por ser un estudiante humano normal, ¿de acuerdo?

Le aseguré muy dignamente que no estaba decepcionado por la revelación de los aspectos más oscuros de mi naturaleza, que tal revelación sólo me había espabilado e intrigado; pero que, en vista de dichos aspectos, desde luego que ya no me veía a mí mismo, ni siquiera en potencia, como la encarnación de la Sabiduría y el Bien. Max estuvo a punto de ponerse a dar saltos de alegría por todo el establo.

—¡Lo supe desde el primer día! —gritó—. Pero estaba la cosa esa del elevador, y el loco de Eierrkopf con sus historias. ¡Pfff, Giles! ¡Apuesto a que él mismo te puso allí!

Cuando le pedí que se explicara con más claridad, Max confesó que durante muchos años había albergado cierta hipótesis sobre mi origen, que hasta ahora —debido al principio a que yo era muy pequeño y últimamente a mi ambición mal enfocada— se había guardado para sí, para no herir mis sentimientos.

—He estado soltero toda la vida —dijo él—. ¡Sólo trabajo! ¡No he tenido tiempo para las mujeres! Perro una vez en New Tammany, cuando Eblis Eierrkopf y yo estábamos trabajando en el ORRDACO, conocí a la hija del Rector, que era la encargada de las cintas en la biblioteca de la Sala de la Torre. Señorita Héctor era su nombre, Virginia R. Héctor, lo que decía en su placa de identificación. Y Eblis y

yo estábamos entonces luchando sobre el *Orrdacus Amilpencsis* y el Proyecto Cum Laude; estábamos luchando sobre todo... pero los dos admirábamos mucho a la señorita Héctor. Era una *shiksa*, ¿sabes?, con el pelo claro y muy equivocada en cuestiones políticas; en la Facultad de Sigfrido había sido bonifacista como todos los alumnos mixtos de las granjas para cría de sementales de la *Reichkanzler*, yo lo sabía; eso era lo que le gustaba tanto a Eblis, que era tan regordeta y rubia. «¡Una Frigg perfecta!», solía decir, y lo decía de una manera que hacía que te doliera el corazón, Georgie. Porque Eblis, ¡lo único que pensaba era en el Proyecto Cum Laude! No le importaba nada *ella*, sino qué espermatozoides deberían juntarse con qué óvulos para crear un *héroe*...

Max pronunció la palabra como si le diera asco. Él mismo, continuó explicándome, aunque nominalmente era el superior de Eierkopf, en aquel momento ya había caído en desgracia ante el Rector Héctor; le habían denegado el acceso libre a los planos del Proyecto Cum Laude. Pero entonces emprendió una investigación privada en los campos de la eugenesia y la mitología comparada con la esperanza de adelantarse a las estrategias de Eierkopf, y al mismo tiempo (según inferí) buscó la compañía de la señorita Héctor y la cortejó. Su objetivo declarado era protegerla de los designios de su colega; los chismes malintencionados afirman que estaba tratando de mejorar la relación con el padre por medio de la hija; en cualquier caso, por lo que dijo Max comprendí que la señorita Héctor llegó a corresponder la estima que él tenía por ella; de hecho, que fueron las reticencias de Max más que las de ella lo que hizo que su relación se mantuviera en unos términos meramente escapulares:

—¡Un radical moisiano de cincuenta años y una reaccionaria *shiksa* de veinticinco que había sido la Reina de la Primavera en la Facultad de New Tammany! ¡Vaya héroes habrían sido los hijos de una pareja como ésa!

No me quiso decir lo que pasó exactamente entre ellos, pero me pareció que hubo una pelea tras la cual, quizá para fastidiarlo, la señorita Héctor comenzó a pasar mucho tiempo con el doctor Eierkopf. Incluso dejó su puesto de encargada de las cintas de la biblioteca para trabajar como técnica de algún tipo en el Proyecto Cum Laude, por el que profesaba una gran admiración ahora que (como le dio a entender a Max) estaba al tanto hasta de sus detalles más secretos. Lo único que la vio hacer Max fue empujar la silla de ruedas de su colega por los pasillos y los senderos del campus; a pesar de su propia fragilidad, me explicó, y de su desprecio por el ideal del atletismo de ojos azules que tanto se valoraba en Sigfrido, el contraste entre la orgullosa forma de Virginia Héctor y el débil abotargamiento de Eierkopf lo ponía enfermo.

—Una chica guapa moisiana, ¿sabes, Georgie?, te hace pensar en una sala a oscuras y un vino fuerte, en incienso y mirra; pero esa *shiksa*, te recordaba a un día brillante y luminoso. ¡Prácticamente olía a luz del sol! Yo no la quería para mí, ni siquiera aunque no hubiera estado viejo y huesudo; quería que se casara con algún guardabosques forestal del norte, ¿sabes? O con un joven fornido que se

dedicarra a investigarr los iceberrgs y tuvierra todavía pelo dorrado en el pecho. No es que fuerra una *goy*; es que erra muy guapa de una formra *goy*, y no de otra forma.

Este nuevo aspecto de la vida de mi cuidador me interesó enormemente. Le pregunté si aquella mujer se había casado con Eblis Eierkopf. El rostro de Max se ensombreció y él negó con la cabeza.

—Ya conoces las razones porr las que me echarron de New Tammany, todas menos ésta, que ocurrió al final. Un día justo cuando había terminado mi último discurso en el Senado, llega un mensaje del Rectorr Héctorr en perrsona, quiere verrme de inmediato. La gente de segurridad me lleva en un ascensorr prrivado a sus oficinas, y lo siguiente que pasa antes de que pueda decirrle hola, esa Virrginia entrra corriendo, toda llorando, y me echa los brrazos al cuello y me dice: «¡No importta! ¡No importta!». Entonces le prregunto a su papá, que está morrdisqueando su cigarro al lado de la ventana: «¿Qué no importta?». Y él escupe la punta y no me mirra ni una sola vez. «Muy bien, Spielman», me dice. «Me doy cuenta cuando alguien me superra como general». Él erra el grran general en la Segunda Revuelta, ¿sabes?, antes de prresentarrse a Rectorr.

El motivo de que lo citaran, me explicó Max, era que la señorita Héctor se había quedado preñada y había declarado que él era el responsable. Incluso allí, en el establo, dos décadas más tarde, la voz de mi cuidador adoptó un tono de incredulidad al hablar de ello: ya era bastante horroroso que se hubiera entregado al repulsivo, al despreciable Eierkopf (qué astutos medios había empleado aquel tullido para lograr seducirla y montarla era algo que Max nunca supo), pero más amargo todavía resultaba que le atribuyera su vergüenza al hombre que había tratado en vano de protegerla. Con el corazón roto, la retó a que confesara que Eierkopf, y no él, había sido el causante de su perdición, o bien un tercero con quien se hubiera ayuntado en secreto. La señorita Héctor, sin mirarlo a los ojos ni por un instante, se limitó a repetir su acusación; era cierto, dijo, que la pasión del profesor Eierkopf por su trabajo lo había llevado, más allá de los dictados de la propiedad, a sugerirle que dejara de lado el recato por el bien de la ciencia y se prestara a participar en ciertos experimentos que formaban parte del Proyecto Cum Laude («¡Lo sabía! ¡Lo sabía!», le había gritado Max al Rector. «¡Ah, alguna vez le voy a retorr cerr el cuello a ese cerrdo!»), pero ella nunca había accedido. En cuanto a las relaciones íntimas con el científico tullido, estaba dispuesta a jurar sobre una pila de volúmenes del Antiguo Programa que no habían existido, y que tampoco había habido ninguna propuesta al respecto; aseveró que la mera idea le daba náuseas. Max declaró entonces, al borde del desmayo, que no era la *idea* lo que la hacía palidecer, sino el recuerdo del hecho, y la consternación por lo que, como consecuencia del mismo, llevaba en su interior.

—¿Por qué te acusó a ti? —le pregunté.

Entonces me contó que en la estudiantía humana no era infrecuente que las mujeres desesperadas levantaran falsos cargos como ése.

—Ella había *sido*... con Eblis Eierrkopf, ¿sabes? —dijo la palabra con dificultad, y el empleo que hacía de ella, claramente en el sentido Nenil, agravó la perplejidad que yo sentía: había llegado a pensar que la señora Pelocrema, en la ocasión de aquel fracaso entre las tsugas, no había comprendido mis honestas intenciones de *ser* (una actividad para la cual G. Herrold tenía muchos otros nombres); pero si el término, después de todo, era común y corriente, como sugería el uso de Max, entonces no estaba claro por qué ella inicialmente había alentado mis avances para después rechazarlos de un modo tan radical. Este recuerdo me hizo sudar; en otro momento, le habría pedido a Max que glosara el término, pero él continuó con la historia—: *Tenía* que haberr *sido* con él; ¡no te quedas embarazada metiendo cintas en sus cajas! Entonces él no quiso hacerr lo que tenía que hacerr y ella pensó: «El viejo Spielman, dirré que ha sido culpa suya, él estarrá contento de casarrse conmigo a pesarr de todo y cuando nazca el bebé, harré lo que quierra». Casi no has leído nada más que las antiguas epopeyas, Georrgie; porr eso no sabes lo que pasa con los hombrres mayorres y las mujerres jóvenes.

Me atreví a decir que comprendía cómo era la situación, aunque no el porqué debía ser así. Nada de lo que había vivido en mi cabrancia me permitía apreciar las motivaciones de los celos humanos, tan ajenos a las cabras; y sin embargo, por desgracia, a mi propio corazón no le resultaba del todo extraño ese sentimiento tan antinatural, que había supuesto la muerte de Tom de Redfearn. Pero con toda la discreción que pude le pregunté a Max cómo podía ser que él, el alma de la tranquilidad y la razón, se hubiera enfadado tanto por el planteamiento de aquella mujer, siendo tan evidente que era producto de la desesperación y la maldad.

—Sí. Bueno. —Respiró con fuerza y me miró con curiosidad, frunciendo el ceño por encima de sus gafas—. ¡Ésa es una prregunta difícil de contestarr, Georrgie! ¡Mirra que erres listo, prreguntándome eso! —No lo dijo en absoluto en tono crítico; parecía más bien que estuviera sorprendido y satisfecho—. Un niño que hace esa prregunta es lo bastante listo como parra levantarr una ceja al oír la respuesta. Espero que sea también lo bastante sabio como parra saberr que la verrdad algunas veces puede parrecerr mentirra.

La verdad era ésta, afirmó: él podía perdonar, en la mujer por la que había sentido cierta estima, cualquier infidelidad; no se consideraba merecedor de su amor (ni tampoco a Eblis Eierkopf, pero eso era problema de ella); lo máximo que había llegado a soñar era con obtener su respeto, y tal vez un afecto filial por su parte, nada más, y a cambio de ello se habría casado con ella muy contento aunque se quedara embarazada de un nuevo amante cada año. Pero el desdén por la moralidad oficial e incluso por sus propios sentimientos era una cosa, y el desdén por la Verdad era otra muy distinta. Si ella confesaba con franqueza que el niño no era suyo, él se casaría y le daría su apellido, agradecida y piadosamente; pero no podía permitir que su dote fuera una mentira, dado que la empresa a la que había dedicado su vida era la búsqueda de la verdad. En resumen, ni las amenazas del Rector ni las lágrimas de la

señorita Héctor podían inducirlo a aceptar los deseos de su corazón salvo que ella admitiera abiertamente que Eierkopf la había desflorado y fecundado, y ella no estaba dispuesta a admitir tal cosa.

—Así que eso fue lo que pasó —concluyó Max—. Su papi empezó a aullar que le gustaría azotarme con las dos manos, y que si no fuera por la reputación de su hija, me llevaría a los tribunales. La señorita Virginia me dio una bofetada y salió corriendo, y no la he vuelto a ver desde entonces, y a la semana siguiente me despidieron, como tú ya sabes. ¿Para qué iba a servir, entonces, que yo defendiera mi caso? Entonces vine aquí al establo de las cabras y medio año después G. Herrold me trae un niño lisiado que encontró en el elevador de cintas; ha perdido su ojo por sacar de allí... —Se acarició la mejilla izquierda, como si todavía sintiera ahí el golpe de la señorita Héctor—. ¿Qué puedo pensar, Georgie? ¿Qué puedo hacer, sino besar tus pobres piernas y tu pelo rubio de *goy*, del que ningún moisiano como yo nunca ha sido el padre?

Besé el largo pelo de Max al oír este testimonio de primera mano de su bondad, y él el mío; y sin embargo, mientras lo amonestaba con dulzura por haberme ocultado durante tanto tiempo su hipótesis de cuál era mi origen —que parecía bastante probable, considerándolo todo— y le aseguraba que me sentía mucho más conmovido por el hecho de que me hubiera adoptado de un modo tan generoso que perturbado por la probabilidad de haber sido engendrado por el odioso Eierkopf, se me ocurrió que la historia, al fin y al cabo, no aclaraba lo que se suponía que pretendía aclarar. ¡Todo lo contrario! ¿Acaso no había empezado a contármela para explicarme que sospechaba que yo podía tener un origen fuera de lo común? ¿Que mi atrevida reivindicación de que era un héroe podía no carecer de cierto fundamento? Pero si yo era realmente el hijo del doctor Eierkopf y de Virginia Héctor, mi concepción no había sido de ninguna manera extraordinaria; era meramente irregular.

Pasaron unos minutos hasta que logré hacerme entender, ya que Max se había olvidado, como por desgracia le sucedía con frecuencia en esa etapa de su vida, de lo que estaba intentando demostrar, y sólo con dificultad comprendió que no lo había demostrado.

—*Ja*, bueno, lo que me refiero —dijo entonces—, eso es lo que pensé cuando G. Herrold te trajo aquí, que eras el hijo que Eblis le había hecho a Virginia; me imagino, eso es lo que quería que fueras. Y a veces todavía se me olvida que no lo eres, tengo problemas de memoria. Pero el hecho es que ella no tuvo un hijo; tuvo una hija, que le entregó a su tío, Ira Héctor, para que él la criara. Oí eso en alguna parte hace mucho tiempo, no me acuerdo dónde. Lo que tuvo fue una hija.

Cerré los ojos y traté de asimilar esta nueva revelación.

—Bueno, pues entonces... ¡estamos como al principio! ¡La puerta sigue abierta!

—No —Max negó firmemente con la cabeza—. No, tampoco está abierta. No. —Daba la impresión de que ahora tenía las ideas más claras—. Fue todo el tema del GILES que me hizo preguntármelo, una vez que supe que no eras hijo de Virginia y

Eblis, y cuando empezaste con las tonterías esas del héroe. ¡Las tonterías de un viejo, Georgie, no es más que eso! Ahorra tú mismo ves que no eres ningún Gran Maestro, sólo un buen chico con una tarrea normal a la que dedicarle tu vida. Tienes en ti un poco de maldad y un poco de estupidez, aprobado seas, como tenemos todos.

Haciendo un esfuerzo considerable (porque él ya estaba fatigado de tanto recordar, y consideraba que su punto de vista ya había sido expuesto de un modo concluyente), logré sacarle la siguiente información: Entre los extravagantes planes del Proyecto Cum Laude en el mes anterior a su abandono estaba la preparación por parte del ORDACO, bajo la supervisión de Eierkopf y en el más alto secreto, de algo llamado «el GILES». Todo cuanto Max pudo o quiso explicarme fue que la palabra era un acrónimo de Granmaestro Ideal del Laboratorio Eugenésico de Sujetos. Lo que significaba aquella frase (por lo que yo comprendía, bien podría estar formulada en el idioma de las ovejas), y si el intento de preparar dicho Giles resultó un éxito, y en tal caso cuál era su objetivo, fueron cosas de las que no me enteré hasta un tiempo más tarde. Pero comprendí, en cualquier caso, que había una relación incierta entre este misterio y mi postulación para el puesto de héroe.

—No digo más que esto —dijo Max—: Hay cosas sobre los tiempos antiguos de los héroes y los Grandes Maestros. Y cuando se te metió en esa cabeza hueca que tienes que eres uno, me acordé de esas cosas y de algunas otras, que una persona podría exagerarlas un poco y decir que encajan. Así que se me ocurrieron un par de experimentos para demostrar qué era qué. Te hablaré de ellos más tarde. Pero han demostrado, George, han *demostrado* lo que tú sabes ahora de ti mismo: que eres un buen chico, y un estudiante humano, y eso es todo.

Supuse que se estaba refiriendo a las ocasiones en que me había comportado estúpidamente o había exhibido una capacidad, aunque fuera leve, para el suspenso, como en las cuestiones relativas a Tommy de Redfean y de Sue Orgullo de Becky. No me puso de mal humor imaginarme, a la luz de su confesión, que Max quizá hubiera alentado tal comportamiento, o que incluso hubiera manipulado las circunstancias de mis tentaciones, tal vez confabulado con G. Herrold y (¿quién podía saberlo?) con la señora Pelocrema. Plantearse esa posibilidad estaba claramente fuera de lugar; los experimentos que había llevado a cabo, fueran cuales fueran, se habían concebido y ejecutado para mi ilustración y beneficio, y habían logrado su objetivo. Un Gran Maestro era muy sabio; un Gran Maestro era muy bueno. Fueran cuales fueran los misterios y portentos de mi nacimiento, fueran cuales fueran los prerequisites formales para la condición de héroe que yo casualmente hubiera podido cumplir, no podía considerarme ni muy sabio ni muy bueno. Humillado, me dispuse a asumir esa conclusión, y me limité a pedir permiso para que diéramos por terminada la instrucción de aquel día con el fin de acostumbrarme a los efectos que dicha conclusión producía en mi interior.

Lo que quedaba de mañana lo pasé dando una vuelta por los pastos, practicando la introspección, sin hacerle caso a la súplica de G. Herrold de ir a luchar bajo el fresco sol de marzo; después de comer, me retiré al bosquecillo de tsugas con lápiz y papel, pensando en hacer un mapa de la carretera que se abría ante mí, por decirlo de algún modo, apuntando las pocas señales claras que había pasado. Instalado sobre un gran tocón, comencé con NI SABIO NI BUENO, que escribí con unas grandes y hermosas mayúsculas en la parte superior de la página. Pero cuando me planteé inscribir debajo APROBAR A TODOS SUSPENDER A TODOS y la máxima EL AUTOCONOCIMIENTO SIEMPRE SUPONE MALAS NOTICIAS, no pude decidir cuál de las dos frases merecía figurar en segundo lugar e, incapaz de preocuparme intensamente por ello, pronto me dejé llevar por mis ensoñaciones. Mis dedos se pusieron a jugar con el papel; yo había visto a algunos visitantes humanos, en mi cabrancia, mordisquear unos pedazos de hielo de colores que sacaban de conos de papel, y había adquirido la costumbre de darle esa forma a cualquier hoja que encontrara antes de comérmela. Ahora hice uno de esos conos, casi sin darme cuenta, pero ya no tenía el apetito del pasado. En lugar de comérmelo, por lo tanto, me lo puse ociosamente sobre la cabeza y pasé la tarde meditando instalado allí con la cabeza cubierta de ese modo.

Aquella noche tuve el sueño más raro de todos. En nuestro antiguo lugar de encuentro, la señora Pelocrema estaba sentada en el suelo. Era noche oscura, no la hora del picnic, y sin embargo tenía la famosa cesta apoyada en el regazo, y yo me ponía de cuclillas a sus pies como en cursos pasados. Pero no comíamos. Del mismo modo en que un niño tuerce la boca en un gesto cómico, ella cogió las tapas de la cesta con los índices y las abrió. Me invitó a que mirara en su interior y vi que en esa cámara oscura no había un sándwich de mantequilla de cacahuete sino una multitud extraña y triste. Vi un hombre con alas y otro con cola. Un viejo que se apoyaba en su bastón. Una niña que no hacía nada. Vi un cuerpo con dos cabezas, una encima de la otra. Vi una única cabeza con dos cuerpos, guiñando los ojos y parpadeando. También vi otros ojos que me miraban: un par de ojos sin cuerpo que ni parpadeaban ni se movían ni cambiaban de expresión. Allí había un hombre que desaparecía cuando miraba, pero a quien veía cuando miraba hacia otra parte. Y otros, una multitud de sombras, hombres y mujeres, ovejas y cabras, moviéndose silenciosamente de un lado para otro, desvaneciéndose y cambiando de forma. Me llamaron por señas, todos, seductores, amenazantes, salvo la niña solitaria y paciente. Yo anhelaba estar con ella. ¿Cómo podía ser que hasta entonces nunca hubiera sospechado lo que contenía la cesta? No importaban los riesgos, me abriría paso hasta su territorio, desde donde de repente me llegó una llamada de lo más clara. ¡Tekía! Las cabras se arremolinaron. ¡Tekía!

Aunque no noté ni que me hubiera despertado ni que la escena hubiera cambiado, me levanté de mi catre en el establo oscuro, por fin totalmente despejado. Max no estaba en su casilla, y G. Herrold tampoco. ¡No importaba! Me desprendí para siempre de mi viejo pelaje y cogí de su lugar en el cuarto de suministros uno nuevo

que me había hecho G. Herrold para el día en que me matriculara: se trataba de una espléndida y larga capa de lana blanca y bronce, confeccionada con las pieles de Tom de Redfearn y Mary V. Appenzeller, a quienes tanto había querido. Cuando me la puse sobre los hombros (por encima de una piel interior de vellón que estaba completamente limpia) y me deleité, orgulloso, en cómo me caía, oí el cuerno llamando de nuevo, a no demasiada distancia.

No perdí tiempo ni para coger un bocadillo; me limité a anudarme el reloj con un cordel en torno al cuello, encontré la vara que tan necesaria me resultaba y salí del establo. Al este brillaba una débil luz que muy pronto sería la del amanecer; al oeste se veía otra aun más débil, procedente de las bulliciosas salas de la Facultad de New Tammany, inconmensurablemente lejana. Sentí un escalofrío momentáneo junto a la puerta y entonces se oyó una llamada distinta y atronadora: un poderoso silbido muy lejano, que transmitía una sensación de urgencia. En ese momento dejé de temblar y de dudar; abrí el pestillo y, guiado por lo que parecía una bocina, bajo las estrellas que palidecían, comencé a andar por la dura carretera, donde mis pasos sonaban con un repiqueteo.

2. UNA BIFURCACIÓN EN SU CAMINO

Lo más lejano que había visto en mi vida era la curva que se encontraba bajando por la carretera desde el establo. Se divisaba desde la puerta que daba entrada a los pastos. Allí (habiendo cesado el extraño silbido) me detuve un momento para contemplar de nuevo las cúpulas y los techos abuhardillados de mi hogar. Seguí avanzando, para evitar ver nada más. Pero justo al otro lado de la curva descubrí que la carretera se bifurcaba. Sentí la tentación de decidirme por la que iba a la derecha, ya que era diestro; después me lo pensé dos veces y giré a la izquierda, ya que aquel motivo era tan poco sólido. Sin embargo, hacer esto no era mucho más sensato, al fin y al cabo, de modo que me paré, repentinamente desanimado.

No sé cuánto tiempo me habré quedado languideciendo ahí; la determinación que no aceptaba ni pensar en el regreso no me servía de nada ante la disyuntiva frente a la que me hallaba. Pero me estaba poniendo a temblar una vez más cuando oí un crujido procedente de la bifurcación y vi a Max acercarse a mí atravesando un terreno lleno de zumaques y acompañado por G. Herrold.

—¿Caminas dormido? —me preguntó.

Yo podría haberle preguntado lo mismo a él, bajo cuyo brazo descubrí el cuerno que me había despertado. Pero percibí una enigmática seriedad en su pregunta —su tono se parecía más al del desafío de un centinela que al de una interrogación—, y en aquel preciso momento comprendí que dos veces antes, en las últimas noches, era el sonido del shofar lo que había aparecido en mis sueños.

—Ha llegado el momento de que me matricule —le dije.

—Sabes lo que vas a hacer, ¿verdad?

—Lo sabré cuando llegue allí.

—Bueno. —Todo este tiempo, Max estuvo delante de mí, muy cerca, para verme la cara en la penumbra—. Y ¿conoces el camino? No es nada fácil.

—Ya lo encontraré —afirmé.

—*Ja*, bueno. Perro ahorra volvamos, H. Herrold te preparará algo de comer para el camino y algo de equipaje. Espera a que sea de día, así podrás ver mejor.

Pero decliné, observando que ya era tarde, casi demasiado tarde, y que no podía permitirme ir cargado con comida y con ropa de recambio. La verdad es que estaba impaciente por partir; si aceptaba mi agradecimiento apresurado pero sentido por todo lo que había hecho por mí —y si me decía por favor cuál de los dos caminos llevaba a New Tammany—, yo estaría bien, y le quedaría eternamente agradecido.

—¿Cuál de los dos caminos, Georrie? ¿Quieres decir que no estás seguro?

—No importa —dije rápidamente—. Seguro que hay alguna señal. Bueno, adiós, Max. Adiós, G. Herrold. Me tengo que ir, en serio.

Y me puse en marcha como si conociera el camino, con la esperanza de que algún impulso me hiciera dirigirme a la izquierda o a la derecha si evitaba pensar en que

tenía que escoger. Pero, como es natural, no podía no pensar; no tuve ningún impulso; y como no deseaba volver a detenerme ni que se pusiera de manifiesto que no había resuelto mi dilema (ya que era consciente de que me estaban mirando), avancé con determinación entre los zumaques.

—Creo que cogeré un atajo por aquí —les grité.

—*Ach*, George! ¡Esperra un poco! —dijo Max, y había júbilo en su voz: pero aunque oí que volvía a llamarme y que le dijo a G. Herrold que lo ayudara a detenerme, seguí adelante entre las zarzas y las vides, aunque un poco más lentamente, para que no se me desgarrara el vellón—. ¡Esperra un poco, tengo que contarte lo que hicimos! —Como yo no paraba, le ordenó a G. Herrold que lo cogiera en brazos y saliera corriendo, y al cabo de un momento estuvo a mi lado, apartando las ramas que nos encontrábamos a nuestro paso—. Por la derecha, niño, por aquí no. ¡No, George! ¡No puedo crreerr! ¡Un viejo moisiano!

Yo no dije nada, pero giré a la derecha como me había indicado. Poco después, volvíamos a estar sobre la carretera asfaltada, y todo se veía más claro ahora que la luz venía de atrás de nosotros. Seguí adelante sin dudarle y a tanta velocidad que Max se vio obligado a seguir en brazos de G. Herrold si quería mantener el ritmo.

—¡Tú sabes quién eres, de acuerrdo! —dijo—. Lo que pensabas, perro ¿quién iba a creerr una cosa así? ¡Hasta que lo demostramos!

—¿Por eso tocabas el cuerno? —le pregunté sin mirarlo.

—*Ja, ja*, ¡justo por eso!

Más excitado de lo que nunca lo había visto, Max describió los «experimentos» que había mencionado el día anterior. Yo había cumplido todos los prerequisites para la condición de héroe, confirmo, al menos por lo que podía juzgarse: el misterio de mi origen, sobre el cual sólo podía suponerse que yo era el vástago de alguien que ocupaba un alto cargo en la administración; la irregularidad de mi nacimiento, que alguien había considerado que suponía una amenaza tan grande que había tratado de quitarme la vida; el consiguiente daño que sufrí en las piernas; las circunstancias de mi rescate, y el hecho de que me criara un padre adoptivo en un hogar adoptivo, disfrazado de animal y bajo un nombre que no era el mío; éstos y otros detalles correspondían a lo que Max había considerado auténtico en una gran cantidad de relatos heroicos. Por otra parte, ninguno de ellos parecía concluyente o carente de ambigüedad, al menos no a alguien que había sido escéptico en relación con los héroes durante toda la vida. Incluso aunque pudiera verificarse que mi madre y mi padre eran parientes cercanos; que yo había sido concebido en medio de una tormenta y había nacido en una cueva; que se rumoreaba que no era el hijo de mi padre; o que quien había tratado de asesinarme era mi propio padre o el padre de mi madre; a pesar de todo, no podría sacarse ninguna conclusión definitiva. Como dijo Max:

—No todo el que tiene carra de tonto y una cicatriz es un auténtico héroe.

Para aclarar sus dudas al respecto (es decir, para demostrarse a sí mismo que mis aspiraciones no eran más que el producto de una ambición infantil), había instruido a

G. Herrold para que cierta noche hiciera sonar el cuerno de cierta manera: si yo me despertaba y preguntaba qué pasaba, como había previsto Max, mi reivindicación, por algún motivo, habría quedado invalidada. Si, por el contrario, yo reaccionaba sin hacer ninguna pregunta ni plantear ninguna duda, y emprendía ciertas acciones... Pero no había hecho ninguna de las dos cosas; había seguido durmiendo, todo preocupado. La noche siguiente había vuelto a llamar, y si yo hubiera contestado de algún modo, habría quedado refutado (Max no me explicó por qué); afortunadamente, el cuerno no me había alterado más que para provocarme sueños lujuriosos. Esta noche había sonado por tercera y última vez; si yo hubiera seguido durmiendo o me hubiera limitado a preguntar qué pasaba, mi futuro habría estado claro: Max me habría apuntado en otoño en el primer curso de la Facultad de New Tammany como un estudiante más, para que aprobara o suspendiera las asignaturas de los planes de estudios como cualquier otro no graduado. Esto era lo que en realidad deseaba para mí, confesó, por muy poco razonable que pareciera, en sus distintos estados de ánimo.

—Perro no pude evitarr pensarr en lo que dijiste, Georggie, sobre el ORRDACO y su MIRRA. Y, loco o no loco, no pude evitarr pensarr en que una vez estuvo en mi mano aprretarr el botón de COMERR y la única forma de salvarrme de suspenderr parra siempre fue llevarr a un Grran Maestro al Campus Occidental agarrado con aquella misma mano.

Por el rabillo del ojo vi que subrayaba lo que estaba diciendo con el dedo de al lado del que le faltaba. Pero a pesar de que prestaba máxima atención a lo que estaba diciendo, no aminoré el paso.

—Así que tocamos el cuerno; esta noche tocamos dos veces; y justo cuando G. Herrold estaba cogiendo aliento parra tocarr la última vez... ¿qué has oído, mi niño?

—Hubo un sonido distinto —dije—. No era el de nuestro cuerno.

—¡Erra el silbato de COMERR! —gritó Max—. Yo nunca había pensado hasta entonces en que no significaría nada que respondierras al cuerno de una manera u otra. Perro el silbato de COMERR, que lo tocan en la Central Eléctrrica parra simulacros de revuelta... ¡Eso fue lo que te hizo reaccionarr! ¡Está bien!

Me pregunté secretamente cómo explicaba Max, desde que había cambiado de idea, los elementos de zopenco y de Decano de los Suspendidos que había en mí, que también habían sido descubiertos gracias a sus experimentos. Decidí no decirle nada al respecto, pero me sentí compelido a observar al menos que ya me había despertado, y estaba preparado para partir, antes de escuchar aquel sonido extraño.

—¡Eso está bien! —insistió Max—. Perro ¿y si no estuvierra bien? Imagínate que yo dijerra que eso demuestra que no eres más que George, el niño-cabra, y que volvamos a casa.

Como no se me ocurrió qué contestarle, continué andando sin hacer ningún comentario.

—¿Lo ves, G. Herrold? ¡Sigue de todos modos, no deberrías prreguntarr!

Mi querido y oscuro camarada, no hace falta que lo diga, no veía ni más ni menos que de costumbre. Pero era todo jadeos y sonrisas.

—Lo que tú mismo dijiste una vez, Georrgie, es una cosa o la otra: si no erres Grran Maestro, erres loco como G. Herrold, el ORRDACO te arruinó la mente como hizo con él. Si no erres loco, tienes que serr un Grran Maestro, nadie que no lo fuerra podría estarr en el Estómago del ORRDACO y que el ORRDACO no se lo pueda COMERR.

—Es cierto —dije yo.

—Entonces escucha —dijo Max—. Tienes que oírr esto: ¿Cómo pudo el prrofessorr perrdido de los *Cantos del Campus* encontrarr el camino pasando porr la Salida del Surr y alrededor de las Puerrtas de la Graduación?

—Contó con la ayuda del antiguo director del Taller de Poesía para mostrarle el camino —le contesté yo.

—¡Eso! Y en la *Épica de Anquísides*, que escribió prrecisamente este dirrectorr, ¿cómo sabe Anquísides como atravesarr el Campus Inferiorr? ¿No habría terrminado suspendido como los demás si la Dama Guía no hubierra ido con él?

Comprendí lo que quería decir: no era una desgracia que yo no tuviera ni idea de cómo llegar a New Tammany y sólo contara con una vaga noción de cuál era mi misión allí. Al contrario, ni Laértides ni ningún otro de los investigadores andantes podría haber llevado a cabo su proyecto de campo sin un asesoramiento especial. Yo necesitaba un consejero, eso era todo; mi función era *realizar* la tarea del héroe, no escogerla...

—Ni siquiera entenderrla —añadió Max cuando yo dije esto—. Mirra al Decano Arrturro y a Excelsiorr, su pluma mágica: ¿crrees que él sabía *porr qué* ella escribía siempre las respuestas correctas? ¡A él qué le importaba!

A pesar de todo, me quedaba una duda: no recordaba que Sajian ni Mayos ni Enós Enoc hubieran necesitado la ayuda de un guía. ¿Acaso lo que se aplicaba a los investigadores andantes se aplicaba por igual a los Grandes Maestros?

—¡Depende! —me contestó Max de inmediato—. Porr ejemplo, en el Nuevo Prrograma, donde Enós Enoc curra a los locos, ¿sabes porr qué lo hizo?

—Bueno, quería que los pobres no graduados pudieran continuar con sus estudios y supongo que no habría departamentos de psicología en aquella época.

—¡No es sólo eso! Lo que dice, que lo hizo «Parra que pudierra cumplirre lo que había dicho Isaías el Consejero, que afirmó: “Cierrtamente Él llevó nuestras enfermedades...”». ¡Bueno, entonces! ¿Te imaginas que Enós Enoc no había leído el Antiguo Prrograma, igual que no lo has leído tú?

El hecho, declaró Max, era que Enós Enoc, al igual que otros Grandes Maestros, había recibido algunos consejos a modo de anticipo, como si dijéramos, e hizo lo que hizo en muchos casos precisamente porque Él sabía que estaba prescrito que «Un Gran Maestro debe hacer tal o cual cosa». No era el cumplimiento de las predicciones

lo que había hecho de Enós Enoc un gran tutor; era su condición previa de Gran Maestro lo que lo condujo a investigar las predicciones y encargarse de cumplirlas.

Ahora me sentí libre para hacer una parada en la carretera y abrazar a mi viejo cuidador, a quien G. Herrold depositó en el suelo a tal fin. Y me limité a preguntarle:

—¿Quieres aconsejarme, Max?

Apenas fue capaz de contestar de lo encantado que estaba —y yo no lo estaba menos— de que, después de todo, todavía fuéramos a seguir juntos una temporada. Frotándose los ojos, consiguió decir:

—Y ¿qué crees que he estado haciendo? Ay, niño. Ay, niño. No sabes lo que significa esto, Georrige: ¡Un moisianito creyendo que el Gran Maestro está en el campus!

Le recordé que todavía no estábamos en el campus principal de la Facultad de New Tammany, y que lo mejor era que se pusiera a hacer su trabajo y que los tres continuáramos viaje, salvo que hubiera trabajo que hacer en el bosque en que nos hallábamos.

—Sólo una cuestión, aquí mismo —contestó. Y aferrándose a mi brazo con su delgada mano para mantener el equilibrio, con la otra se quitó de la cintura el símbolo que había llevado tanto tiempo allí y que lo identificaba como pastor: los marchitos testículos de Freddie, su antiguo enemigo, y el cordón de cuero del que colgaban—. Átate los alrededores de tu envoltorio —me recomendó—. Erres tú el que es el Buen Cabrerro ahorra, con un rebaño más grande que el que yo he cuidado nunca. —Hice lo que me había ordenado y entonces, muy serio, él me dijo—: Lo que significa esto, George, si alguna vez has tenido un fauno en tu interior... un semental en la sangre a veces, ¿sabes? Bueno, tienes que dejar eso de lado a partir de ahora o no erres el Gran Maestro. No más Heddas y no más señorras Pelocrema, pasarra lo que pasarra con ella.

Yo me sonrojé y acepté, un tanto aliviado de que mis pasadas desventuras reales y soñadas (de las que mi consejero sólo tenía un conocimiento parcial) ya no seguirían suponiendo una carga para mi conciencia. Declaré firmemente *non grata* en mi memoria a la imagen de Hedda y a la de la señora Pelocrema; también a la de Nena, con sus hoyuelos en el trasero, que había pasado a formar parte de ella más recientemente, y a la de Sue Orgullo de Becky; por no mencionar a G. Herrold, de quien había aprendido más que la llave Nelson, y que observaba estos acontecimientos con aspecto grave pero de estar entretenido. No más tórridas peleas entre los asfódelos; adiós a las persecuciones en el bosquecillo de tsugas y a los asuntos recurrentes en mis sueños viriles. Ya no aspiraría nunca más a Ser; lo decidí con firmeza. Con suma alegría me puse el amuleto a modo de cinturón y no exagero al decir que, si Max me hubiera aconsejado que añadiera mi propio par de gemelos que tantas perturbaciones me causaban a los del terrible Fred, no habría dudado en hacerlo.

—Te enseñaré el camino que lleva a New Tammany —me prometió Max— y cómo pasar la Puerta Principal y el Examen de Ingreso. Entonces tendremos que colarte en el Estómago del ORRDACO para que le cambies la MIRRA. ¡Paz en el campus!

Esto último surgió como un estallido, un grito apasionado. Nunca había visto tal grado de exaltación en mi cuidador; me hizo sentir agitado y sereno, y al mismo tiempo un poco incómodo.

—Bueno —dije—. Vamos allá.

3. EL DESFILADERO DE GEORGE

Los establos donde pasé mi juventud, descubrí ahora, estaban situados en una alta meseta, mucho más lejos de New Tammany de lo que yo suponía, salvo que por algún motivo la ruta que había elegido Max no fuera la más directa. Todo el día estuvimos andando por una sinuosa carretera que iba cruzando colinas. Atravesamos bosques de robles y terrenos pedregosos, y descansábamos con frecuencia en atención a Max. G. Herrold había llevado consigo un gran trozo de manchego, que a mediodía regamos con agua de lluvia. Empleando la longitud de mis antiguos pastos como medida, calculé que habíamos avanzado una docena de kilómetros, no más, cuando caía la tarde. De repente llegamos a una garganta o estrecho desfiladero entre dos montañas. «La puerta trasera del Campus Occidental», como la definió Max; un río venía por el cañón y desembocaba en un valle que estaba al oeste, donde vi un lago de un tamaño considerable. Nos quedamos un rato al borde del acantilado para contemplar los juegos de la luz del atardecer sobre las rocas, que se volvían cada vez más impresionantes a medida que el sol iba descendiendo. Después bajamos, decididos a cruzar antes de que oscureciera y encontrar cobijo en la otra orilla.

Pero cuando llegamos abajo nos quedamos consternados al ver que la carretera se interrumpía: el arroyo, aparentemente no muy profundo pero, desde luego, rápido, se veía desbordado y reforzado por los torrentes primaverales que habíamos visto a lo largo del camino; había arrastrado los pilotes centrales de un puente de madera que lo cruzaba. Lamentablemente yo sentía cierta impaciencia por lo que había acontecido durante el día —que hasta entonces no había sido más rico en aventuras que un paseo por los pastos—, pero ahora nos enfrentaríamos a una avalancha de peligros y sorpresas que endulzarían el recuerdo de los momentos en que no pasaba nada.

Nuestro extremo del puente había desaparecido con el centro. Nos encontrábamos donde solía estar, debatiendo qué hacer, cuando G. Herrold se puso a cantar su canción súbitamente:

«Sólo falta un río mah», diho el Fundadol amado...

Tenía los ojos tan abiertos como el día que lo había visto por primera vez; siguiendo la dirección de su mirada, al otro lado de los rápidos, divisamos en la orilla a una mujer joven que llevaba un vestido y unas sandalias y que debía haber aparecido donde la carretera surgía de un bosquecillo de sauces. Avanzó por el puente hasta donde se había roto; se encontraba a un establo de distancia de nosotros y nos observaba tan fijamente como nosotros a ella.

—Tal vez pueda decirnos dónde hay otro puente —dijo Max—. Tú cállate, G. Herrold. Que le pregunte George.

Pero G. Herrold, lejos de obedecer, gritó «¡Hoooolaaa!» y se metió en el agua. La mujer lo miró, y después a nosotros. Entonces se puso las manos en torno a la boca, a

modo de altavoz, y gritó algo en dirección a donde estábamos. Dos sílabas, una larga y una corta, una y otra vez; una llamada dulce y quejumbrosa:

—¡Croador! —parecía gritar—. ¡Croador!

—¿Qué pasa? —le pregunté a mi consejero. Pero no pude quedarme a escuchar su opinión, ya que G. Herrold volvió a gritar «¡Hoooolaaa!» y empezó a vadear la corriente por la zona menos profunda, sin preocuparse por sus calcetines ni por sus sandalias. Yo le grité que parara y me lancé renqueando hacia él, pero una sorpresa aún mayor me hizo quedarme quieto: con gran delicadeza, como quien se levanta el dobladillo del vestido para que no se le manche de barro, mientras daba el siguiente grito la chica se subió el vestido, y no se detuvo a la altura de las rodillas, sino que lo izó todo lo que pudo. Ahí estaba, recia, con los pies separados y las partes pudendas desnudas al viento como las de una cabra lechera, gritando dulcemente:

—¡Croador, croador!

Sólo algo como la locura de G. Herrold podía hacerme apartar la vista de una imagen tan impactante; él avanzaba paso a paso, trastabillando, en dirección a ella a través de los rápidos, que ahora azotaban sus piernas como si se trataran de los pilares de un puente.

—Ya ehtoy llegando —canturreó—. El Fundadol lo sabe.

Me lancé tras él, pero no tenía ninguna posibilidad de alcanzarlo: mi bastón no encontraba apoyo sobre las piedras cubiertas de musgo y al final me resbalé y caí con fuerza en aquellas aguas poco profundas pero entumecedoras.

—¡Volved! —oí que nos advertía la mujer.

Que el Fundador nos apruebe, ella seguía allí de todos modos, y aunque con una mano le hacía gestos a G. Herrold para que diera media vuelta, con la otra se sujetaba el vestido levantado por encima de los pechos. Peor aún, comenzó a mover las caderas como una cabrita en celo y volvió a llamar. Ahora temí por la vida de él, que estaba completamente decidido a llegar hasta ella; el torrente ya le llegaba por la cadera y parecía a punto de hacerlo perder el equilibrio. Yo salí corriendo y busqué con la mirada a Max para ver qué debía hacer, y entonces me quedé atónito al verlo atónito ante la siguiente sorpresa.

Desde algún lugar río arriba, o de la carretera que ascendía la colina delante de nosotros, o del puro aire de marzo, había aparecido un grupo de nueve hombres que no se parecían a nada que yo hubiera visto antes. Tenían la cabeza rapada, su piel era de un tono más oscuro que la mía pero más claro que la de G. Herrold y todos iban vestidos con unas largas túnicas amarillas. Ocho de ellos, delgados como espantapájaros, llevaban sobre los hombros una plataforma apoyada en dos palos donde estaba sentado el noveno, que era más bien regordete. Tenía las piernas cruzadas delante de sí y las manos apoyadas en la panza; tenía los ojos cerrados (pero no como si estuviera dormido) y una ligera sonrisa en los labios; toda su expresión era de una serenidad que no parecía apropiada para aquella situación. Cruzaron la playa —sin siquiera mirar al puente roto, ni a la joven con el coño descubierto ni a

nuestro amigo, que se mantenía en pie con dificultad— y entraron también ellos en el río. La fría corriente (que había arrastrado a G. Herrold hasta una roca a la que ahora se aferraba para salvar la vida), como si de un tanque lleno de desinfectante para ovejas se tratara, los hizo detenerse y titubear; el agua ya les llegaba por la cintura, y estaban a punto de pasar a unos dos metros de la roca.

—¡Salven a G. Herrold! —gritó Max.

—¡Cogedlo! ¡Cogedlo! —grité yo también.

Sin duda podrían haberlo hecho, o bien trayendo de nuevo su carga a nuestra orilla o bien liberando por un momento a uno de los porteadores; todos tenían una mano libre con la que ayudarlo, si se hubieran dignado a bajar un poco el curso del río para pasar junto a él; incluso sin esa ayuda, G. Herrold podría haberse agarrado a sus túnicas amarillas para encontrar un punto de apoyo. Pero no lo hicieron, no lo hicieron, ni tampoco compartieron nuestro horror cuando, la siguiente vez que la chica del puente gritó «croador», G. Herrold se sumergió en el agua con un alarido. Vimos cómo volvía a la superficie unos metros más abajo; la mujer al fin dejó caer su vestido para llevarse las manos a la cabeza y ponerse a chillar. La corriente arrastró a G. Herrold y lo golpeó contra otra roca; él trató desesperadamente de recuperar el equilibrio mientras su gorra de vellón blanco caía y se alejaba, casi pareció que podría ponerse de nuevo de rodillas, pero los rápidos lo vencieron. Río abajo, sumergido, se le cayó el shofar; sólo una vez me pareció atisbar su pelaje entre la espuma que fluía veloz, y después lo perdí de vista. Había desaparecido.

Nos quedamos estupefactos unos momentos, Max y yo, y después nos pusimos a bajar por la playa lo más rápido que podíamos, que era bastante despacio debido a su edad, mi cojera, las piedras y el resbaladizo barro que había bajo nuestros pies, pero avanzamos río abajo por lo menos un kilómetro en busca de alguna señal de G. Herrold. Fue en vano. Un promontorio de pizarra nos cortó el paso en la entrada del cañón, donde había una presa. Entonces recuperamos el aliento y lloramos, sin perder del todo la esperanza de ver el cuerpo de nuestro amigo arrastrado por el río, por aquel desagüe, hasta el lago.

—A lo mejor ha llegado a la otra orilla y no lo hemos visto —insistí yo—. Puede que esté descansando en alguna parte, al otro lado.

Max negó con la cabeza.

—¿Por qué no lo ayudaron? —pregunté muy enfadado—. ¿Para qué estaba la chica esa haciendo esas cosas en el puente?

Max gruñó, agarrándose con fuerza la barba.

—¡A mí no me preguntes! ¡Nunca he visto nada parecido!

Se estaba haciendo de noche. No tenía sentido quedarse allí esperando. Por sugerencia de Max, nos dirigimos hacia el puente: sin duda, por la mañana llegarían unos oficiales del Departamento de Ingeniería Civil, si es que no lo hacían esa misma noche, para inspeccionar la rotura, que no podía dejarse mucho tiempo sin reparar. Lo

único que podíamos hacer, cuando nos cruzáramos con ellos, era dar cuenta de la triste noticia para que buscaran el cuerpo de G. Herrold en el río.

—Y en el bosque —insistí de nuevo—, por si ha podido salir y está herido sin poder moverse en algún lugar.

—*Ja*, bueno —accedió Max—, en el bosque también, entonces.

Para darme el gusto, fingió que podía ser útil que llamáramos a gritos a G. Herrold mientras íbamos por la orilla río arriba. No era necesario que le explicara mi culpa, que había sido mi maestro de Responsabilidad: no era sólo el río lo que había hecho que G. Herrold se ahogara, sino el ruinoso estado de su mente, del cual el ORDACO y mi persona eran la causa.

Al llegar al extremo del puente, bajo la luz postrera, vimos a los hombres de amarillo en la otra orilla. Ya en terreno seguro, habían hecho bajar a su pasajero y se habían situado en torno a él sobre la arena, como si estuvieran descansando. Tenían las piernas dobladas y las palmas de las manos juntas, como él antes; supuse que también tendrían los ojos cerrados, como él, tan indiferentes al mundo como habían demostrado que eran sus oídos y sus corazones. Vimos que la chica seguía en el puente, pero ahora de rodillas, en lo que podía tomarse por un gesto de pena: al menos las manos le tapaban la cara, y el largo pelo oscuro, las manos.

Sin embargo, cuando la estaba mirando, sin saber cómo sentirme, ella levantó la cabeza, nos observó y, una vez más, soltó su suspendido y breve grito, que nos llegó por encima del agua.

—¡Croador!

Apreté los puños: ¿qué clase de locura era ésa? Y ante nuestros incrédulos ojos, ¿era posible que se hubiera vuelto a levantar el vestido? Ahora era casi imposible distinguirlo de la blancura de su piel, ya que apenas quedaba luz, pero sí, a fuerza de aguzar la vista discerní su vergüenza, el parche, por decirlo así, en medio del blanco puro del resto de su cuerpo, una mota del cielo nocturno en su regazo. Ahora que no había un camarada ahogándose que pudiera distraerme, no podía dejar de mirarla, por mucho que Max me recomendó que lo hiciera. Ahora comprendía la presencia de ella, declaró, y me habló con amargura de aquellas hermosas y terribles cantantes con que se había encontrado Laértides, quienes, si él no hubiera hecho que sus colegas se taparan los oídos y no se hubiera encadenado al mástil, habrían atraído a la embarcación en la que viajaban para llevar a cabo sus investigaciones hasta hacerla chocar contra las rocas. Todos los héroes, antes o después, se encuentran con alguien de su clase, me advirtió Max (con un poco más de severidad, ya que yo seguía mirando), y nada podría ser más peligroso que hacerles caso. Era cierto que la llamada de la chica del puente no era cautivadora en absoluto, pero la tentación que despertaba era tan peligrosa como la que hacían sentir las sirenas. Y más aun (me cogió del vellón cuando avancé hacia el agua para poder verla mejor); sería un grave error suponer que ella era una puta ociosa o una exhibicionista, y que su presencia en el puente era una mera coincidencia: era sumamente probable que los siniestros

elementos del Campus Occidental —los mismos que habían buscado mi muerte desde el principio— hubieran vigilado con mucha atención mi crecimiento a lo largo de los años, temiendo que llegara el día en que yo comprendería cuál era mi misión, y que al tener noticia de algún modo de mi partida, estuvieran decididos a poner todos los obstáculos posibles entre mí y su ruina.

Escuché con un interés considerable, aunque sin volver la cabeza, y admití con la boca pequeña que los Grandes Maestros en general, y en particular uno empeñado en lograr que la Revuelta Silenciosa terminara para siempre y proporcionarle tranquilidad a todo el cuerpo estudiantil, inevitablemente debía tener poderosos enemigos, aunque sólo fuera porque la defensa para caso de revuelta se había convertido en un elemento de gran importancia en la vida y en los presupuestos de las facultades. Y era perfectamente posible, concedí también, que la chica del vestido levantado hubiera sido enviada para interceptarme, por los nikolayanos o por profesores-generales malintencionados de la propia New Tammany que tuvieran intereses particulares en que continuara la Revuelta Silenciosa. ¿No había sido en un puente, al fin y al cabo, donde W. W. Gruff, que había desempeñado un papel ejemplar en mi infancia, había estado a punto de ser devorado?

—¡Cierra ya los ojos! —me ordenó Max, y se puso delante de mí y me empujó, con los dedos gordos de los pies enterrados en la arena.

Pero yo no los apartaba de lo que tanto los atraía, que (a pesar de la lástima que sentía por G. Herrold) me excitó como nada me había excitado desde que había visto a Nena en la pradera de alforfón. Sin preocuparme por la angustia de mi cuidador — que me hundía la cabeza en el estómago, que daba brincos y agitaba los brazos para impedir que siguiera mirando—, me quedé observándola hasta que aquel pequeño parche de oscuridad pareció crecer, volviéndose uno con el más grande que en aquel momento ya lo envolvía todo, como si el cañón se hubiera cerrado por encima de nuestras cabezas.

—Te vas a ahogarr —dijo Max, desesperado, y se marchó apoyándose en su bastón—. ¡Menudo Grran Maestro!

El grupo de la orilla opuesta había encendido un pequeño fuego, hacia el que finalmente vi a la belleza de pelo castaño volverse y encaminarse. Ahora ya era lo suficientemente yo mismo para comenzar a preguntarme qué era aquello que me había poseído y qué importancia tenía en relación con mi reivindicación de la condición de Gran Maestro. Cuando escuché un nuevo grito de Max detrás de mí y el ruido de unos pasos que avanzaban con mucha prisa sobre los guijarros, lo primero que pensé fue que él temía que yo tratara de vadear el río para ir tras la chica, como había hecho G. Herrold. Me disponía a darme la vuelta para tranquilizarlo diciéndole que se había roto el hechizo cuando me vi atrapado por la espalda con una fuerza que era muy superior a la de mi cuidador. ¡Es más, unos poderosos brazos me levantaron por el aire y me llevaron, mientras pataleaba, hasta el borde del agua! Mis gritos de auxilio se unieron a los de Max; me sacudí e intenté defenderme agitando mi vara a

mi alrededor hasta que voló de mis manos. Ya me habían metido unos cuantos metros en el agua cuando me di cuenta de que los brazos que rodeaban mi cintura eran negros; con gran esfuerzo me di cuenta de que mi atacante no llevaba ningún pelaje —no podía ver más— y durante un instante se me llenó el corazón de entusiasmo. ¿Se trataría de G. Herrold, pues, que después de todo no se había ahogado? ¿O era su fantasma que había vuelto para luchar conmigo como solíamos hacer, o para transportarme donde ambos anhelábamos ir, o —¡idea aterradora!— para arrastrarme bajo el agua con él?

Esto último, cuando se me ocurrió, me pareció lo más probable; era un espantoso castigo que no sólo encajaba con los relatos que yo había leído sobre el tema, sino que de hecho caí o fui arrojado al agua, y me encontré luchando contra la corriente al igual que mi atacante. Conseguí gritar una vez el nombre de G. Herrold y, a modo de respuesta, oí un gruñido antes de que los oídos y la boca se me llenaran de agua. Entonces ya no había tiempo para preocuparme por averiguar qué era lo que me había atrapado: me esforcé por coger aire y por hacer pie, forcejeando contra la corriente y para librarme de su abrazo mientras él trataba de hundirme y siempre, a pesar de mis esfuerzos, me llevaba hacia donde las aguas eran más profundas, hasta que al final los rápidos me hicieron perder completamente el control de mi cuerpo y me lanzaron contra mi adversario. Presa del pánico, asfixiándome y escupiendo, trepé sobre él como si fuera una roca negra, para no hundirme; en sólo un instante había conseguido subirme a sus hombros y pasarle las piernas alrededor del cuello. En aquel momento, su actitud experimentó un cambio considerable: en lugar de lanzarme por el aire o sumergirme en el agua, me cogió por los tobillos y, dando por concluido el combate, comenzó a avanzar resueltamente hacia el centro del río.

Ahora sí tuve tiempo para escuchar a Max gritar «¡Yi, yi, yi!» a nuestra espalda mientras ante nosotros, en la orilla, donde titilaba a la luz del fuego, la chica del puente recomenzaba sus gritos. Y si efectivamente era el fantasma de G. Herrold quien cargaba conmigo, la muerte lo había alterado bastante: la cabeza a la que me aferraba era calva en vez de lanosa, le había salido una barriga muy musculosa y en general su cuerpo era mucho más grande y brutal. Entonces lo oí contestar con su curioso ruido al «Croador» de la chica y me dio la impresión de que había sido efectivamente él quien había croado. Me dirigí a él también yo de ese modo, y él me agarró los tobillos con más fuerza y pareció asentir con la cabeza mientras expresaba su reconocimiento croando de nuevo. Pero durante todo este tiempo íbamos metiéndonos cada vez a mayor profundidad, y el agua ya le llegaba por el pecho; no serviría de mucho conocer su nombre si aquel bruto quería que nos ahogáramos los dos, después de todo.

—¡Vamos, más alto, Croador! —ordené, por lo tanto, dándole unos golpes en el cráneo para proporcionarle más énfasis a mis palabras—. ¡Si sigues así, suspendido!

Cogiéndolo por las orejas, traté de hacer que girara la cabeza río arriba; si lograba que diera la vuelta, esperaba por lo menos conseguir dirigirlo hacia los pilotes del

puente, donde con suerte yo podría liberarme de él y esperar a que me rescataran. Pero la sirena de bata blanca (¡cuánto la odiaba y la temía ahora, y hasta qué punto me di cuenta —tarde, como siempre— de que Max tenía razón!) empezó a llamarlo a él, empezó a desnudar de nuevo su vergüenza a la luz de la hoguera, lo cual llamó la atención de Croador del mismo modo que había llamado la de G. Herrold y la mía, así que de nada sirvió mi intento de que me aceptara como timonel. En un instante de amarga lucidez vi la causa que originaba mi desgracia y la pauta que ésta seguía: esto era lo que me había hecho perder a la señora Pelocrema, que de otro modo sería mi amiga; lo mismo me había llevado a asesinar a Tom de Redfearn y a golpear a mi querido Max. Un anhelo mezquino era mi maldición y mi suspenso, como indudablemente mis enemigos habrían sabido desde el principio. No hacían falta ni troles ni dragones para aniquilarme. Bastaba con contratar a alguna chica que hubiera ido a un colegio mixto para que se levantara el vestido y por ese exiguo beneficio yo sería capaz de estropear cualquier relación decente que hubiera establecido con mis compañeros; podría abusar, atacar, matar; podían tener la certeza de que no sólo renunciaría a mi lamentable existencia sino también a la pretensión de ser un Gran Maestro y a la misión que creía que se me había encomendado. Toda la estudiantía podía languidecer sin graduarse, incluso COMERSE viva a sí misma, sin que yo ni por un momento me planteara dejar de lado mi salacidad por una cuestión de principios.

Estaba tan enfadado conmigo mismo que podría haberme puesto a llorar. De hecho, los ojos se me llenaron de lágrimas, o de gotas de agua como consecuencia de mi inmersión; en cualquier caso, me los froté para no empañar la imagen de mi caída. Solté las orejas de Croador, abandonando toda esperanza de salvarme. Paré de luchar con él, con el río y con mi ruinoso deseo, y dejé que me llevaran adonde quisieran. Nos zambullimos en una zona central mucho más profunda de lo que los hombres de amarillo podrían haber vadeado. Durante unos momentos, mi porteador quedó completamente sumergido, y por un pavoroso instante noté que flotábamos a la deriva, pero no contuve la respiración, y ni siquiera traté de escapar de él. Y lejos de encomendar mi alma *in extremis* al Fundador, di rienda suelta a mi despreciable lujuria y le grité, entre sollozos, a la zorra que había en la orilla:

—¡Adiós, señora! ¡Encantado de conocerla!

Esas palabras estaban destinadas a ser las últimas que pronunciara en este mundo. En cuanto las hube dicho, sin embargo, noté cómo los pies de Croador volvían a tocar el fondo, y, empleando la corriente para ayudarse, pronto sacó la cabeza río abajo, en una zona menos profunda. Me pareció evidente entonces que no tenía la intención de hundirme ni mucho menos; desde el primer momento había estado tratando de ayudarme a cruzar el río, y al luchar contra él yo había aumentado la dificultad de su tarea. Ahora avanzábamos sin problemas: había menos rocas en esta otra orilla y el fondo parecía más firme; en lugar de ir contracorriente, cosa que sin duda lo habría agotado, Croador giró hacia la orilla en un discreto ángulo y se dejó empujar. Al poco rato llegamos a una parte donde el agua era poco profunda; llevándome todavía en

hombros, llegó a tierra firme y comenzó a trepar hacia donde esperaba la que lo había convocado.

Pero ella pareció sufrir un curioso cambio cuando nos acercábamos. Había dejado de exhibirse y se comportaba con recato, incluso con aprensión. Estaba cerca de los hombres de las túnicas amarillas, quienes seguían mostrándose tan indiferentes hacia ella y hacia nosotros (de hecho, tenían los ojos cerrados) como si no hubiéramos estado allí. Ahora veía la cara de la chica, nerviosa y con los ojos grandes. Cuando Croador croó de un modo que dejaba ver a las claras que estaba en celo, ella se retiró un paso o dos en dirección al fuego —aunque no quería hacerlo, o eso me pareció a mí— y me di cuenta de que tenía miedo. De qué, y por qué, tras tantas provocaciones, era algo que no podía imaginarme, salvo que en realidad nunca hubiera querido que llegáramos a la orilla.

Las intenciones de Croador eran obvias: ya a diez metros de distancia me había soltado los tobillos y avanzaba hacia ella.

—¡Parará si tú se lo dices! —gritó la chica de repente, pero en aquel momento él comenzó a correr a toda velocidad y yo me caí de sus hombros contra la arena, lo cual hizo que se me soltara la piel de vellón.

Me puse de rodillas lo más rápido que pude y grité:

—¡Para, Croador!

Pero la sirena estaba equivocada: mi orden no fue acatada y ella pagó bien caro su error, si es que había contado con que yo podría salvarla con esas palabras. Sin embargo, fue de lo más extraño, ya que ella ni huyó ni luchó, como había hecho la señora Pelocrema. Gruñó cuando aquel tipo enorme la tiró al suelo y apartó la mirada del babeante rostro de él, pero ella misma se levantó el vestido y *obedientemente*, por lo que me pareció, separó las rodillas ante su inimaginable miembro.

Me quedé perplejo detrás de ellos, a cuatro patas, ya que no tenía mi vara. ¿Acaso ella no había provocado la muerte de G. Herrold, además de intentar que pereciera yo también? ¿No debía yo disfrutar de su desgracia, puesto que mis enemigos la habían designado para que fuera la causante de la mía? Pero cuando ella me miró como llamándome sin palabras desde debajo de su violador (¡mientras lo agarraba por el cuello!), hice lo que pude, pese a todo, para apartarlo de ella. Fue en vano, por supuesto; resultaba imposible moverlo. Cuando me puse a tirar de su brazo —enorme y duro como el tronco de un algarrobo— él siguió a lo suyo con un estremecimiento que hizo que una sandalia blanca saliera volando por el aire.

Muy enfadado, les grité a los hombres de amarillo que me ayudaran; ¡igual habría sido apelar a las rocas de la playa! Subí a la espalda de Croador de un salto, traté de estrangularlo, le aporreé la cabeza. La chica cerró los ojos; vi claramente que lloraba, ya que mi cara estaba tan cerca de ella como la de Croador, y yo jadeaba, quisiera o no, como jadeaba él. En cualquier caso, cuando ella me mordió el brazo derecho (pensando, estoy seguro, que mordía a Croador), no pude juzgar si lo que expresaban sus dientes era protesta, dolor o pasión. En un santiamén, la violación hubo

concluido: el bruto cayó agotado sobre ella y los tres yacimos en silencio, quietos y amontonados. Sin abrir los ojos, la chica dijo:

—Se levantará si se lo dices. Pero quédate subido a su espalda.

Hice lo que me había ordenado, y trepé un poco más firmemente a sus hombros mientras Croador se retiró de encima de ella y se puso de cuclillas, aletargado, parpadeando. La chica se levantó estremeciéndose y se quitó la arena del vestido. Era evidente que ya no estaba asustada, sólo conmocionada; se apartó el pelo de los ojos y comenzó a sujetárselo con unas horquillas. Yo me froté el mordisco que me había dado en la muñeca.

—Siento no haber podido detenerlo, señora.

Ella negó con la cabeza.

—No podías evitarlo.

Y hablando tristemente mientras se iba quitando las horquillas una a una de entre los labios, me explicó que aquel bruto llamado Croador era un estudiante más o menos ignorante de una de las facultades recientemente fundadas en la oscura Frumencia y que estaba de visita en New Tammany con un programa de intercambio oficial; por lo tanto, no era posible arrestarlo, por muy contrarias a la legislación de New Tammany que fueran las costumbres de su facultad natal o su actitud personal; lo único que podían hacer sus abochornados anfitriones (que no deseaban, por motivos diplomáticos, ofender a los frumencianos solicitando que se lo llevaran de vuelta) era tratar de canalizar y satisfacer sus apetitos. Tal tarea había resultado no ser demasiado difícil, después de todo: el compañero de habitación que le habían asignado, que era paralítico, un día intentó ir a clase montado a caballito sobre su rebelde colega y descubrió que, con alguien subido sobre sus hombros, Croador era casi del todo manejable. A partir de entonces, las cosas fueron bastante bien durante unos cuantos cursos; de hecho, ambos habían pasado a depender mutuamente — Croador dependía de los consejos y la formación que le proporcionaba su compañero de habitación y éste dependía de Croador para que lo transportara y lo ayudara con las actividades manuales— hasta que, justo hacía un par de días, un tercero los había convencido a los dos de que deberían tratar de pasar sin el otro. Puede que las motivaciones de este intruso fueran bienintencionadas (aunque la chica no parecía muy convencida de ello); en cualquier caso, las consecuencias de su acción eran desgraciadas. El compañero de habitación, el doctor Eierkopf —no hará falta decir que me sobresalté al oír este nombre—, languidecía ahora en su cuarto, sufriendo migrañas e incapaz de satisfacer sus necesidades más básicas, mientras que Croador, tras atacar a dos chicas de colegio mixto, un policía del campo y un caniche de concurso que pertenecía a una tía del rector, y tras comerse crudos tres gibones del Departamento de Psicología, había desaparecido en el bosque, donde se temía que podía causar daños mayores a estudiantes no graduados, entre los que el bosque era un lugar popular para tener citas amorosas, o ser abatido a tiros en defensa propia por algún Guarda Silvicultural, cosa que sería muy embarazoso para la administración.

Mientras hablaba de todas estas cosas (de un modo más sucinto y entrecortado de lo que lo he hecho yo aquí), la chica le dio unas palmaditas a Croador en la cabeza, suscitando en él una especie de ronroneo gutural.

—Mira, contigo a la espalda no podría ser más dócil. Creo que te confundió con su amo cuando se dio cuenta de que cojeabas. Pobrecillo, no deberían hacerle daño, él no tiene conciencia de hacer nada malo.

Observé que en la mano con la que le daba las palmaditas había un anillo e hice un esfuerzo por recordar lo que había leído sobre el matrimonio humano.

—Disculpe, señora —le dije, y pregunté—: ¿Croador es su marido?

Ella se llevó la misma mano a la boca y se rio —cosa rara en alguien a quien acababan de violar de una forma tan rotunda— de tal modo que sus alegres ojos volvieron a llenarse de lágrimas, aunque ella seguía sonriendo.

—¡Vaya ocurrencia! Mi marido es Maurice Stoker.

Aquel nombre no me dijo nada, motivo por el cual ella me miró con curiosidad; me pareció que se fijó por primera vez en mi piel de vellón y en mi barba. Era de lejos más guapa que Nena; era la viva imagen, de hecho, de esas chicas de colegio mixto de los *Cuentos*, cuyas ilustraciones habían conformado mi concepto de la belleza humana. El corazón me latió con fuerza. A su pregunta de si yo no era también un estudiante de una facultad extranjera que estuviera participando en un programa de intercambio, comencé a contestar que era George, Gran Maestro del Campus Occidental, anteriormente conocido como Billy Bocksfuss, el niño-cabra, pero mientras hablaba recordé que ella era una agente de mis enemigos y mi voz adoptó un tono severo.

—¡Tú sabes quién soy sin que te lo diga, sirena! Pensabas que podrías hacer que me ahogara como G. Herrold, para que no llegara nunca a New Tammany...

—¡Tu pobre amigo! —exclamó ella—. ¿Por qué se metió en la parte más profunda del río? —Estiró un brazo para tocarme, pero yo retiré el mío—. ¡Ay, cariño, estás sangrando!

En efecto, sus dientes habían atravesado mi piel.

—Estoy bien —le dije.

—No estás nada bien. Déjame que te ponga algo. Soy enfermera.

La muñeca me sangraba más de lo que yo creía. Sin perder un instante, la chica se arrancó una tira del dobladillo del vestido —que de todas maneras estaba destrozado tras la embestida de Croador— y, tras mojarlo en el frío arroyo, se puso a hacerme una venda, tarea en la cual se notaba que tenía amplia experiencia.

—Lo siento mucho —dijo—. ¡Incluso cuando *detesto* lo que está ocurriendo, como hace un rato, me dan ganas de morder y no puedo evitarlo! —Me miró seriamente con sus ojos oscuros—. ¿Crees que es inmoral? A veces me preocupa.

Le contesté francamente que no sabía qué pensar —sobre esos mordiscos de amor, ni sobre la monstruosa y ambigua violación, ni sobre su comportamiento en el puente, ni sobre el hecho de que G. Herrold se hubiera ahogado, ni sobre ninguna otra

de las sorpresas que me había deparado la tarde—, y tampoco entendía en absoluto por qué ahora estaba tan tranquila. ¿Por qué se preocupaba por que me sangrara el brazo si había sido enviada para hacer que me ahogara? ¿Por qué había provocado a Croador de aquel modo si no disfrutaba de las consecuencias? ¿Por qué me había suplicado que la salvara, había llorado durante su ataque y a pesar de todo lo había abrazado con brutalidad durante el acto? ¿Qué diría su marido (ya que yo no podía imaginarme que tal conducta fuera la típica de los matrimonios)? Y por último, ¿cómo decanos de los suspendidos podría una estudiante tan espléndidamente hermosa prestarse a colaborar con las fuerzas oscuras y emplear los encantos que el Fundador le había dado con el fin de suspenderme a mí, a quien movía el propósito de aprobar a toda la estudiantía? Y es que nunca (aquí me puse todo lo elocuente que pude, a pesar de ser sumamente ignorante con respecto a las formas de los cumplidos humanos), nunca había existido una belleza tal, ni siquiera en la más hermosa cabra del redil: Hedda, la de las ubres moteadas, no podía presumir de tener una mirada tan limpia ni unos dientes tan afilados; mi propia graduada madre, Mary Appenzeller, pese a su milagrosa producción láctea, debía dar un paso atrás, si hablábamos de belleza, ante los encantos de rosáceos pezones que había visto desnudos en el puente, cuyas dulces emanaciones (aún más preciosas, me atreví a conjeturar, por su falta de abundancia) debían dar unos yogures y unos quesos y unos dulces de una exquisitez desgarradora. De acuerdo con que la señora Pelocrema tenía más fuertes los músculos, y Nena los olores —también eran más lanudos el regazo y las extremidades de esta última—, pero tales virtudes palidecían ante la maravilla de rizos negros cuya provisión me había llamado, o más bien ordenado acudir, desde el otro lado del torrente, una imagen que había dejado de tal modo su impronta en mi alma que todavía podía verla —en las pupilas de sus ojos, en los cráteres de la luna, en las oscuras puntas de las titilantes llamas de la hoguera— y oírla convocándome como un ave nocturna desde su nido.

—¿Qué forma tan rara de hablar tienes! —dijo ella—. ¡No entiendo lo que dices! —Sin embargo, no parecía disgustada—. Bueno, ya está —dijo, y dio una palmadita sobre el vendaje cuando hubo terminado de ponérmelo—. ¿Qué ha pasado con tu otro amigo? Si llevas a Croador donde el río es menos profundo, podría cruzaros a los dos. Mi marido debe de estar a punto de llegar; es el encargado de la partida que lo está buscando. Podemos acercaros adonde queráis.

Para entonces ya se había ganado mi confianza de tal modo que le atribuí a Max todas mis anteriores sospechas. Le dije sin rodeos quién era yo (contuvo la respiración cuando mencioné el nombre de Max, y después me explicó que, por supuesto, había oído hablar de él, e incluso se acordaba de que su tío Ira lo había llevado a la granja de las cabras cuando era niña para ver al «niño pequeño que se creía que era una cabra»), pero me pareció más prudente no decirle nada por el momento sobre mi condición de Gran Maestro ni sobre la MIRA del ORDACO. Mi intención, afirmé, era matricularme en la Facultad de New Tammany en cuanto

podiera, y le agradecí la involuntaria ayuda que me había prestado para atravesar el río. En cuanto a la posibilidad de que Max cruzara por los mismos medios, sin embargo, dudé de que aceptara hacerlo, en tanto en cuanto pensaba que ella era una mujer suspendida decidida a tentarme. ¿Por qué, si no, se había exhibido de aquel modo en el puente? ¿Qué pensaba ella que había hecho enloquecer a G. Herrold, si no las maravillas que yo acababa de alabar?

Como si comprendiera algo por primera vez, se llevó las manos a las mejillas, abrió mucho los ojos y se puso a negar con la cabeza.

—¡Eso es lo que pensabas! —gritó, y apoyó la mano sobre mi brazo para callarme—. ¡Estoy tan avergonzada! —Tardó unos momentos en superar su impulso de mortificarse, y después me dijo con absoluta sinceridad, pero sin ser apenas capaz de mirarme a la cara a causa de la vergüenza—. ¡No debes pensar esas cosas tan terribles! Si yo hubiera sospechado por un momento... y el doctor Spielman, precisamente... —Y entonces comenzó de nuevo, con más tranquilidad—: Me llamo Anastasia Stoker (la gente me llama Stacey) y trabajo de enfermera en el Departamento de Psicología de New Tammany; por eso me enteré de lo de Croador y el doctor Eierkopf y todo eso. De hecho, fue mi marido —él es el director de la Central Eléctrica, y es un hombre muy... poco corriente, ya verás—, fue él quien habló con el psiquiatra jefe de separarlos, por su propio bien o con fines experimentales o algo así, sólo para ver qué pasaba. Supongo que por eso yo me sentía responsable, en cierto modo, cuando empezaron todos los problemas. ¡Esas pobres chicas que atacó, y ese caniche tan pequeñito y tan mono, y no sabíamos qué podía hacer después! Sabíamos que se había marchado en dirección al río, y el Rector Rexford estaba especialmente preocupado porque un famoso Gran Maestro estaba de camino hacia la facultad y se suponía que tenía que andar por esta zona...

—¡Así que lo sabían con antelación!

—Por supuesto: salió en todos los periódicos. ¿No lo leíste?

Le expliqué que al establo de las cabras no llegaba ningún periódico y traté de sacarle más detalles para imaginarme cómo iba a ser la recepción que me estaban preparando en la Facultad de New Tammany.

—¿Han dicho cómo se llama, o qué aspecto tiene? ¿Para qué se dirige a la facultad?

—Shh —me alertó jovialmente—. ¡A lo mejor entienden inglés! —Eché un vistazo hacia atrás, a los hombres con túnicas amarillas, que, por supuesto, no le hicieron ni caso—. Es ése, el del centro: el gordo. Los demás son sus alumnos o algo así. No quisieron que el rector enviara a nadie para recibirlos, y se pasan la mayor parte del tiempo sentados así.

Yo lo señalé con incredulidad.

—¿Crees que ése es el Gran Maestro? ¿Después de que no levantara un dedo para ayudar a G. Herrold?

Ella frunció el ceño ante mi ignorancia.

—¡No es *nuestro* Gran Maestro, George! ¡Cómo se te nota que vienes del campo! Él es lo que llaman el Sajian Vivo, de la Facultad del T'ang Exterior o de algún otro sitio de por ahí. Se supone que es descendiente del Sajian original, y cuando los sindicalistas estudiantiles se hicieron con el mando de su facultad, el Rector Rexford lo invitó a que viniera para darles clase a los refugiados sajianos del Campus Occidental. ¡Imagínate lo que hubieran dicho los sindicalistas estudiantiles si Croador lo hubiera atacado!

De ninguna manera podía yo compartir su preocupación a este respecto, pero me di cuenta con cierta satisfacción de que los periódicos a los que ella se refería no insinuaban que yo estuviera amenazado en absoluto, y de que aquel gordinflón considerado como una especie de Gran Maestro no sería rival para mí en la clase de competición que yo había imaginado. Anastasia continuó con su historia:

—Por lo que yo sabía de Croador, no me parecía que fueran capaces de atraparlo nunca sin herirlo ni sufrir heridas al intentarlo, y mientras tanto nadie podría saber a cuántas chicas fastidiaría. El señor Rexford estaba tan enfadado con Maurice que empezó a hablar de despedirlo, y yo pensé que la mejor manera de resolver el problema era volver a atraer a Croador hacia el doctor Eierkopf. Pero Maurice (mi marido) dijo que la única manera de hacerlo sería colocar una fila de chicas de colegio mixto entre el bosque y la habitación del doctor Eierkopf. Siempre está diciendo cosas feas como ésa. En cualquier caso, yo sabía que le gustaba a Croador: cada vez que venía al Departamento se ponía como a ronronear, ¿sabes?, como un osito cariñoso. Era tan mono, y yo no creo que hubiera nada *malo* en ello, como decía Maurice; yo lo dejaba que me tocara o que me lamiera la mano o lo que fuera, y entonces el doctor Eierkopf casi siempre podía llevarlo donde quisiese sin ninguna dificultad... Entonces yo vine con la partida que lo está buscando y conseguí que Maurice me dejara ponerme en el puente mientras ellos esperaban escondidos. Pensé que si Croador estaba en algún sitio cerca del cañón, me vería ahí y acudiría cuando lo llamara, y entonces a lo mejor podía tranquilizarlo o llevarlo hasta donde estaban los demás, que tenían algo para hacerlo dormir. Maurice dijo tonterías como siempre hace; dijo que yo sabía lo que iba a ocurrir y que en realidad quería que ocurriera. Pero hace mucho tiempo que aprendí a no preocuparme por lo que dice él. Además, si resultaba que no podía controlar a Croador, o que los hombres no llegaban a tiempo, no me parecía que fuera a ser mucho peor que algunas otras cosas por las que he pasado, y mientras estuviera conmigo no estaría estropeándole la vida para siempre a alguna pobre chica de colegio mixto. —Su tono de voz no traslucía ninguna emoción, pero ella se cruzó de brazos y suspiró—. Y eso fue lo que pasó.

Ella no sabía dónde habían ido su marido y los demás, salvo que hubieran confundido a G. Herrold con Croador (como había hecho ella al principio) y, al ver cómo se ahogaba, hubiesen considerado que el peligro ya había pasado y hubieran ido a buscar el cuerpo. Desde luego, ella no creía que ningún hombre, ni siquiera uno tan poco corriente como su marido, pudiera quedarse mirando tranquilamente cómo

violaban a una mujer; salvo aquellos hombres de amarillo, de quienes se lo esperaba, por supuesto, y a quienes perdonaba, pues eran Graduados. Con cierta incomodidad, alabé su apertura de mente y su valor, y ella a su vez agradeció al Fundador por mi azarosa presencia en el desfiladero, que aunque al fin y al cabo no había servido para evitarle sufrir una horrible violación, por lo menos había evitado que sufriera dos, o algo peor. Mientras hablaba, perturbada por el recuerdo de lo que había sucedido, apoyó la frente en mi pecho (donde todavía caían unas gotas de agua fría de mi piel de vellón) y yo me puse a acariciarle el pelo para consolarla. ¡Qué sedoso era al tacto, qué fina pelusa cubría la nuca! Pero su proximidad hizo que Croador, debajo de mí, se agitara un poco, de modo que ella dio un paso atrás rápidamente y se limitó a comentar que si tuviera consigo el pentotal sódico, no sería necesario que yo siguiera ahí subido.

Concluyó su relato suplicándome que no me imaginara, como seguro que haría su marido, que lo que le había dado pie a comportarse de aquel modo era algo más que la preocupación por la seguridad de los demás. En circunstancias normales, por ejemplo, aunque era una mujer casada y tenía el título de enfermera, habría sido demasiado pudorosa como para hacer algo más que llamar desde el puente. Pero mientras G. Herrold vadeaba el río hacia ella, había distinguido a Croador avanzando a grandes zancadas entre los árboles que había a nuestra espalda, y temiendo que nos atacara, había prescindido de su recato y de su vestido para convocarlo con urgencia. Le pregunté si su marido no se disgustaría muchísimo por lo que le había pasado.

—¿Maurice disgustarse? ¿Te refieres a que se enfade o a que se ponga celoso? —Negó con la cabeza con remordimiento—. ¡Él no hace esas cosas! Estará desagradable, pero no disgustado. Él no es como los demás hombres.

Seguro que no, pensé yo. Anastasia entonces se fue a reavivarle el fuego al Sajian Vivo, quien daba la impresión de que preferiría morir antes que hacerlo él mismo o pedirle a ella que lo ayudara. Muy conmovido, me alejé con Croador. Al principio me sentía inseguro, pero fui ganando confianza al darme cuenta de lo dócilmente que reaccionaba ante las órdenes ahora que había apaciguado su lujuria. Cruzamos el arroyo con facilidad más allá del puente, por donde el agua sólo llegaba hasta la cintura, y rescatamos a Max, cuyas preocupaciones acallé con cierta dificultad. Por supuesto, había sido testigo de la desgraciada escena que había tenido lugar al otro lado del río, al principio con desesperación, después con horror y al final con ansioso asombro. Pero cuando le expliqué quién era Croador y quiénes eran la chica del puente y los hombres de amarillo, y repetí el relato que me había hecho Anastasia explicándome cómo se había sacrificado por nosotros, Max quedó incluso más conmovido y entristecido que yo.

—Ese Maurice Stokerr —dijo amargamente—, lo conozco, sí. Es un verdadero Decano de los Suspendidos.

Con la ayuda de mi bastón (que Max había recuperado), había hecho comprender a Croador que tenía que llevar a mi consejero en brazos, como había hecho antes,

aquel mismo día, G. Herrold, y de tal suerte los tres cruzamos el río de forma definitiva. A lo que me había dicho Anastasia, Max añadió que corría el rumor de que Maurice Stoker era hermanastro del rector actual, pero había sido repudiado por la familia Rexford, respetable y distinguida, así como expulsado de la Facultad de New Tammany, hacía muchos años, por propugnar la deposición violenta de todas las administraciones entre las dos Revueltas del Campus. Militante antifundadorista y antifinalista, y conocido intrigante en diversos asuntos, presuntamente había desempeñado un papel importante en la Revolución Nikolayana, en la ascensión del *Reichskanzler* bonifacista y en movimientos terroristas de virtualmente todos los patios de la Universidad. Allá donde había disturbios siempre parecía estar también Maurice Stoker, bien para apoyar una revuelta en contra de la administración (incluso en contra de hombres que debían los cargos que ocupaban a sus maquinaciones), bien para fomentar con su presencia un altercado tan insignificante como las razias en busca de ropa interior femenina que se celebraban ritualmente primavera tras primavera en las residencias mixtas de la Facultad de New Tammany. Y sin embargo, nadie, por lo que parecía, sabía cómo dirigir la gran Central Eléctrica del Campus Occidental como él, ni las variopintas operaciones de la Agencia de Detenciones Principales, el organismo encargado de la contrainteligencia así como de la detección y el castigo de los malhechores y los repetidores de la propia facultad. De hecho, entre las causas del desencanto de la vida política que había sufrido Max se encontraba el hecho de que incluso los miembros de la administración mejor intencionados y de más altas miras (incluyendo al propio Lucius Rexford, a quien Max admiraba bastante) parecían incapaces de prescindir de Maurice Stoker; por mucho que lo temieran y lo despreciaran, al final todos llegaban a algún acuerdo con él; en la presente administración así como en su predecesora, aunque casi nunca se lo veía en el Gran Centro Comercial de New Tammany, conservaba sus puesto en la Central Eléctrica, al norte, y en la Agencia de Detenciones Principales, al sur.

—¡Imagínate si una buena chica iba a casarse con un hombre así! —concluyó Max. Para entonces, ya casi habíamos cruzado el río, y yo le indiqué a Croador, señalándolo con el dedo, que se dirigiera corriente abajo, hacia donde estaba el fuego —. Casi me hace preguntarme si deberríamos confiarr en ella.

—Dejarás de preguntártelo cuando la veas —le aseguré yo.

—Bueno, ya he visto una buena parrte de ella. Y tú también, y no deberrías haberrlo disfrutado tanto.

Sin embargo, añadió proporcionándome un gran alivio, durante la media hora que había pasado solo en la playa había examinado mi comportamiento a la luz de la ciclología comparada y había decidido que, aunque sucumbir a tales tentaciones en su opinión me habría inhabilitado para ser considerado un Gran Maestro, el mero hecho de sentir la tentación no lo hacía, por lo menos no necesariamente: Laértides, después de todo, había escuchado de forma deliberada el canto de las sirenas e incluso había ordenado a los miembros de su tripulación que modificaran el rumbo que los llevaba

a su destino y que se dirigieran hacia las rocas. La diferencia entre ambos, lo cual yo debía tomarme como una advertencia para el futuro, era que Laértides, por estar adecuadamente prevenido, había tomado medidas tanto para que su libertad de acción quedara suspendida como para que fueran ignoradas las órdenes que diera durante su locura temporal, el estado en el que perdería momentáneamente su condición de héroe.

—Es una especie de seguro —afirmó Max—. Nadie puede ser un héroe cada minuto del día; incluso Enós Enoc debe haber pasado por momentos en los que habrá deseado ser un estudiante de primer curso. Así no habría tenido que pasar por la experiencia de que lo claven. Lo que es importante es que te des cuenta de que puedes tener un resbalón y te asegures de que nadie esté prestando atención cuando digas «¡La Graduación, bah!». Si no vas a evitar que tus orejas oigan y que tus ojos vean, tienes que atarte al mástil como hizo Laértides, y decirme que no me preocupe si dices tonterías.

Esas ataduras, me explicó, eran figuradas: debía dejar que él fuera mi mástil además de quien me previniera, y atarme a él con la cuerda de una promesa solemne a someterme a sus prohibiciones cada vez que sintiera la tentación de poner en riesgo mi difícil misión. Se me ocurrieron algunas objeciones —en realidad eran preguntas de una naturaleza teórica— a lo que él me dijo: para *nosotros* era fácil sostener, por ejemplo, que el estado de ánimo de Laértides en el que quería lanzarse en pos de las sirenas era el inadecuado, y el estado de ánimo en el que hacía todo lo que estuviera en su mano por volver a su hogar era el adecuado, ya que nosotros los considerábamos desde el punto de vista del poeta, y además la elección entre uno y otro era inherente a la premisa de la fábula. Pero qué habría impedido a un Laértides de verdad, me preguntaba yo, decirse a sí mismo que la voz de las sirenas era en realidad la voz de su esposa, o que entonces, en el momento de oírlas cantar, se había dado cuenta de que las rocas donde estaban ellas, y no la rocosa costa de su hogar, era su auténtico destino. Había otros relatos en los que la concepción que el héroe tenía de su tarea no era tan impenetrable a la duda como la de Laértides; sin embargo, me sentí tan aliviado por el hecho de que Max no me reprendiera por la lujuria que me había poseído (y por no tener que preocuparme personalmente por ella en el futuro) que decidí guardarme estas reservas para un momento ulterior.

—Dile a este simio que me deje en el suelo —me pidió Max—. *Ach*, ¡vaya par de compañeros de habitación, Eblis Eierkopf y éste!

Lo hice, y me satisfizo la prontitud con que Croador obedeció la orden que le di con la punta del bastón. Parecía mejor controlarlo de este modo que dándole instrucciones verbales o por medio de una presión ejercida con los talones: un leve golpe en la cadera con el bastón, por ejemplo, incluso sirvió para que dejara de dar saltos cuando Anastasia vino a reunirse con nosotros, levantando sus bellos ojos hacia los míos con incertidumbre. Comenté que se había quedado sola, ya que el Sajian Vivo y sus ayudantes se habían marchado.

—Señora Stoker —dije (recordando cómo se hacían esas cosas en un libro sobre buenos modales que una vez me había leído la señora Pelocrema)—, éste es Max Spielman, mi consejero.

—¿Cómo está? —murmuró Anastasia, y Max hizo un breve asentimiento con la cabeza. Yo atribuí la frialdad de su voz a la vergüenza, por lo que le aseguré que Max ahora comprendía y agradecía sus nobles intenciones, que no la consideraba en absoluto responsable de que G. Herrold se hubiera ahogado y que la compadecía por todo lo que había sufrido.

—Deja que yo hable por mí mismo —me interrumpió Max—. Mírame a los ojos, jovencita. —Ella lo hizo, manteniendo su curiosa reticencia—. Este chico tiene un trabajo que hacer, más importante y peligroso que ningún otro trabajo del campus, y es precisamente la clase de trabajo que Maurice Stoker trataría de impedir que él hiciera. Así que dime: ¿hiciste lo que hiciste para salvarnos de Croador o es que tu marido te envió aquí para que detuvieras a este joven? Dime la verdad; no me sorprendería que también hubiera mandado a Croador a por nosotros, y que toda esa historia sobre Eierkopf fuera falsa.

La chica no contestó; se mordió el labio inferior y parecía estar a punto de echarse a llorar.

—¡No la regañes así, Max! Es sólo que le han pasado algunas cosas malas.

—Querida chica —dijo Max más suavemente—, si de verdad te han violado, beso tus pies y te pido perdón. «Aprobados sean los violados», como dice en el Seminario de la Colina. Pero no es fácil confiar en una persona que vive con Maurice Stoker.

—Usted no entiende lo que él piensa —dijo Anastasia distraídamente, llevándose una mano a la frente—. Creo que necesito sentarme. Es difícil saber qué decir después de todo lo que he oído sobre usted...

—¿Oído? —gritó Max—. *Ja*, ¡claro, a ese Decano de los Suspendidos que es tu marido!

Ella negó con la cabeza, todavía de pie.

—¡A mi madre, doctor Spielman! ¡Y al tío Ira, y al abuelo Reg!

—¿Qué estás diciendo? —Ahora Max tenía los ojos abiertos como platos, y la chica parecía estar al borde del desmayo. Él se acercó un paso para sujetarla; ella escondió el rostro contra el hombro de Max—. Jovencita, ¿quién eres?

Con la voz amortiguada por el vellón de él, ella contestó:

—Mi nombre era Stacey Héctor. Soy la hija de Virginia Héctor... y supongo... que también suya.

4. LA HISTORIA DE ANASTASIA

Tras hacer esta declaración, Anastasia perdió la voz completamente y se puso a llorar apoyada en la piel de vellón de Max mientras mi consejero, moviendo la cabeza de izquierda a derecha, sólo era capaz de decir «¡Yi yi yi yi!» y de acariciarle el pelo. Propuse que nos acercáramos al fuego abandonado, y me subí a horcajadas sobre Croador para ir a buscar más leña para protegernos del frío de la noche. Max estaba protestando, cuando regresé, afirmando que aunque era cierto que había amado sumamente a la señorita Virginia Héctor, era inocente en lo que respectaba a su fecundación y no podía entender por que ella había insistido en acusarlo. A lo cual Anastasia repuso que no era su madre quien lo había acusado, al menos no en los últimos años; su madre, lamentablemente, estaba un poco mal de la cabeza y sostenía, según la ocasión, que nunca había estado embarazada, que había estado embarazada pero no de un hombre mortal de la universidad, que Anastasia no era su hija, etc.

—Fueron el tío Ira y el abuelo Reg quienes te acusaron —dijo ella—. Yo solía preguntarles quién era ese tal Max del que madre siempre hablaba cuando bebía demasiado, y solía beber mucho...

—¡Yi, yi! —gruñó Max.

—... y cuando me hice mayor me contaron que mi padre era un hombre muy malo llamado Max Spielman que había abandonado a mi madre y causado un montón de problemas hasta que lo despidieron. Por favor, no haga eso... —Max se había puesto a besarle las sandalias y a golpearse la frente contra el suelo de arena—. Yo nunca lo he odiado como ellos me decían que debería odiarlo. Muchas veces me preguntaba qué pudo haber hecho que tratara así a madre, y decidí que debió ser algo que usted no pudo evitar o si no nunca lo habría hecho. Muchas veces pensaba que ojalá pudiera conocerlo para poder decirle que no lo odiaba e incluso si usted me insultaba o me pegaba, como hace a veces la gente, por lo menos me tendría allí para poder hacerlo, y quizá a usted le sirviera para sentirse mejor en relación con madre y conmigo. Maurice es así, y el tío Ira también solía ser así.

—¡Georgie! —gritó Max—. ¡Escucha la voz de la dulce Graduación!

Entonces le explicó a Anastasia, todavía de rodillas ante ella, que, el Fundador lo aprobara, él no era su padre, sino la víctima de una desgarradora serie de acusaciones y falsos cargos, cuya motivación había perdido la esperanza de poder conocer alguna vez. Que a pesar de todo él se maldecía y se reprochaba por no haber permanecido junto a la mujer que amaba, comprendiendo (como haría cualquiera que tuviera una naturaleza la mitad de amorosa que la de Anastasia, estaba seguro) que las imputaciones de su amada dama eran fruto de la desesperación; nunca se perdonaría, juró, por no haberse confesado culpable de aquella paternidad falsa, evitando así que Virginia Héctor padeciera los tenebrosos sufrimientos que por lo visto se habían cebado con ella, ni Anastasia la indignante carga de la ilegitimidad.

—¡Pero si no importa! —dijo Anastasia—. Le perdono de todos modos. No hace falta que siga diciendo que no es mi padre.

—¡Sí hace falta! ¡Ojalá fuera tu papá, una chica como tú! ¡Perro no lo soy, te lo jurro!

—Bueno, entonces lo creo —dijo firmemente la chica—. Pero no siga así.

Como si él fuera el niño y ella la madre, acercó la vieja cabeza de Max a su pecho, que, careciendo del arnés de copas duras que le había visto a Nena en la pradera de alforfón, se hundió suavemente ante la presión de la mejilla de él, y entonces deseé que hubiera algún motivo para que me perdonara también a mí. El efecto fue admirable: Max se recompuso rápidamente y se puso a elogiar las virtudes de Anastasia ante mí (que no necesitaba que me convenciera de nada) de una manera más controlada aunque no menos entusiasta. Ahora confiaba completamente en ella, dijo, y el hecho de que me hubiera atraído de un modo tan poderoso desde el principio suponía una prueba más de mi sabiduría indocta y de su propia falibilidad humana, afirmando la bondad de ella en contraste con su escepticismo.

—Es un encanto —dijo, y me dedicó una sonrisa de agradecimiento tan cálida que deseé sinceramente no haber dudado nunca de ella y que fuera sólo la visión de sus méritos espirituales lo que me hubiera impelido desde el principio—. Hizo todo lo que pudo por contener a Croador, además, pero no sirvió de nada.

—¡Una atrocidad! —gritó Max—. Ese brruto tendrría que estarr en una jaula.

Pero Anastasia volvió a protestar diciendo que al fin y al cabo los hombres eran lo que eran, que el Fundador los apruebe, y los animales eran lo que eran; Croador no podía cambiar su forma de comportarse más de lo que podía hacerlo su marido, que con frecuencia hacía cosas, a ella y a los demás, que se consideraban de un modo erróneo como procedentes de una naturaleza suspendida simplemente porque los hechos eran, en sí mismos, suspendidos. Además, a ella le dolía ver a cualquier ser en una jaula, por muy salvaje o peligroso que fuera, se tratara de un animal, un criminal o cualquier otra criatura. Con frecuencia, confesó, en el pasado había sentido lástima por «el pobre Croador» por el hecho de no tener una compañera que estuviera a su nivel en lo referente a las pasiones, aunque desde luego sentía más lástima por sus pobres víctimas, que no estaban a ese nivel: las chicas de colegio mixto, el policía, el caniche y los monísimos monitos cuyas expresiones tanto se asemejaban a las de ancianos sabios. Pero bastaba con mirar a Croador ahora, nos dijo, tan dócil y satisfecho, como un enorme niño malcriado que por fin ha conseguido su piruleta. ¿Cómo podía ella sufrir por haber sido víctima del maltrato de Croador —que, aunque doloroso, no había sido fatal, al fin y al cabo— cuando, además de evitar a otros algo semejante o peor, había supuesto para él un campus de bienestar de una manera tan clara?, nos preguntó casi con alegría.

Yo me sentí profundamente conmovido y le pregunté cómo podía ser que una chica tan delicada se hubiera casado con Maurice Stoker, a quien, a pesar de todo lo

que había dicho ella para justificarlo, yo consideraba un bruto más suspendido aún que Croador, por ser más consciente de sus actos.

—Ésa es una buena pregunta, Georrige —aprobó Max—. Una pregunta digna de un Gran Maestro. —Y a Anastasia, antes de que pudiera responder, le manifestó su sincera creencia en que yo podía ser nada menos que un auténtico Gran Maestro del Campus Occidental, y estar destinado a rescatar a la estudiantía de la tiranía de su propio invento—. No te burles —la previno—; soy escéptico; no dirría una cosa así en cien años si no tuviera un montón de buenas razones para hacerlo.

Pero Anastasia, lejos de burlarse, alzó la mirada hacia mí, asombrada por lo que había dicho Max.

—¡Así que es *eso*!

Asumí que se refería a que ahora comprendía ciertos comentarios y comportamientos míos que le debían haber parecido misteriosos (como que me alarmara cuando mencionó que el Rector Rexford estaba esperando la llegada de un Gran Maestro en cualquier momento). Pero se sacó del bolsillo de su abrigo un pequeño frasco de vidrio, que dijo que le había dado uno de los acompañantes del Sajian Vivo cuando se habían marchado de la playa, poco rato antes.

—Fue una cosa de lo más rara —le dijo a Max, como si no se atreviera a dirigirse directamente a mí—. Yo pensaba que ni siquiera sabían hablar nuestro idioma, y juro que no se habían dicho ni una palabra entre ellos durante todo el tiempo que estuvieron aquí sentados, pero de repente el Sajian Vivo me sonrió y levantó la mano —fue como si hubiera salido de un trance—, y entonces tuve una sensación muy extraña. Después, uno de sus hombres me llevó hasta el fuego; esto ocurrió cuando George había vuelto a buscarlo a usted. Y me sentí muy rara, porque no sabía si iban a darme las gracias por haberlos ayudado con el fuego o... o a hacerme algo, o qué. Y me parecía como si no importara, no sé si me entiende, porque Él era un gran hombre y todo eso; casi se puede notar lo sabio y graduado que es Él, y fuera lo que fuera lo que quisiera hacer, yo tenía la sensación de que estaba bien, y de que sería suspendida si no lo dejaba hacerlo... —Se volvió hacia mí, los ojos llenos de reverencia—. Pero entonces su ayudante sacó este frasquito y me lo dio, y me dijo que era para ti, de parte del Sajian Vivo. «Del nuestro al vuestro», fue lo que me dijo... ¡y hablaba sin nada de acento! Me sorprendió tanto que me quedé ahí como una bobita y no se me ocurrió preguntarle qué era hasta que alzarón al Sajian Vivo y se dispusieron a marcharse. Entonces el hombre que me lo había dado frunció el ceño y cerró los ojos, como si yo fuera tan imbécil que no pudiera soportar mirarme, y me dijo: «Es la Tinta Invisible». ¡Juro que eso fue lo que dijo! —Entonces me ofreció el frasco con cierta inseguridad—. Debe haber dicho eso para que yo supiera que no era asunto mío. No parece haber nada dentro, por lo menos que yo vea...

Lo acerqué a la luz del fuego, lo agité junto a mi oreja. Lo cierto es que parecía estar vacío.

—¿Usted cree...? —Se tocó la mejilla con los dedos y le sonrió con timidez a Max—. Quiero decir, ¿es posible que ya se haya vuelto invisible?

Max examinó solemnemente el frasco vacío y me lo devolvió. Señaló que era bien conocido el hecho de que los graduados del Campus del Este hablan por medio de enigmas y acertijos, y no era en absoluto descartable que el Sajian Vivo, o Su discípulo, le hubiera hecho alguna oscura broma a Anastasia; pero fuera cual fuera la verdadera naturaleza y el significado real de aquel regalo, él no se lo tomaba de ninguna manera como una broma, sino como una prueba más de mi autenticidad.

Yo, por mi parte, no estaba nada impresionado.

—¡Tinta invisible! —Tiré el frasco al suelo y me volví a enfadar al enterarme de que los hombres de amarillo, al fin y al cabo, habían sido conscientes de todo lo que había sucedido en el desfiladero: habían comprendido que G. Herrold y Anastasia se habían visto en sendos aprietos, pero habían permitido que uno se ahogara y la otra fuera violada sin mover un dedo por ellos—. ¡Hay que ser bobas para creerse eso!

—¡Ay, no lo tires! —Anastasia lo cogió rápidamente de la arena—. De verdad, discúlpame, George, estoy segura de que eres mil veces más listo que yo, pero de verdad, no creo que... —Se ruborizó—. ¿Está bien que te lo guarde yo? ¿Por si cambias de idea?

—¡Eso estaría bien, Georgie! —dijo Max—. Estas cosas significan más de lo que parece, en algunos casos. Me gustaría tener tiempo para pensarlo un poco antes de que lo tирarras.

Me encogí de hombros.

—Bueno, tú eres el consejero.

Muy agradecida, Anastasia volvió a meterse el frasco en el bolsillo, como si fuera una piedra preciosa, y yo le pedí que nos hablara de su matrimonio con el tristemente célebre Stoker, ya que me había parecido que se trataba de un tema sobre el que ella prefería no dar demasiadas explicaciones. Lo hice con un tono de voz un tanto perentorio, porque me sentía por un lado bastante impresionado por su comportamiento claramente abnegado en relación con Croador, su marido, Max y el Sajian Vivo, además de conmigo, y por otro ligeramente incómodo al respecto: me perturbaba ver que ella era igual de sumisa con todos, con los suspendidos y con los demás. A pesar de que esta preocupación mía era sincera (y me hacía pensar que haría falta ser un verdadero Gran Maestro para poder expresarla), en realidad simplemente me sentía halagado por lo novedoso de resultarle fascinante a alguien, especialmente a aquella encantadora criatura, que se mostraba tan dispuesta a obedecer que uno no podía evitar darle órdenes. Todo esto me impulsó a preguntarle si se había casado por libre voluntad o había sido abducida como las novias cautivas de la antigüedad, en cuyo caso manifesté mi intención de encontrar la manera de matar a su captor y dejarla en libertad.

—¡Ay, no puedes hacer eso! —dijo ella, divertida, alarmada y satisfecha al mismo tiempo, según me pareció—. O sea, supongo que podrías hacerlo, si eres un Gran

Maestro, pero...

—Tu trabajo no es ponerte a matar a la gente —me dijo Max—; lo que tienes que hacer es evitar que se maten entre ellos. Además, no tienes ninguna clase de armas, gracias al Fundador, y Maurice Stoker tiene un Escuadrón de Revuelta privado.

Se me ocurrió señalarle que mi vara había sido en una ocasión un instrumento mortal, y argumentar que no faltaban precedentes para que me planteara volver a usarla con tales fines: el propio Enós Enoc había expulsado a los concesionarios de los estudios de Administración de Empresas del auditorio del Fundador y había declarado a sus alumnos que Él no venía a ellos con diplomas sino con una cara de abedul, ya que los Maestros armados siempre prevalecían allí donde fracasaban los que estaban desarmados. Pero Anastasia se me adelantó explicando que aunque no se había ofrecido voluntaria para casarse con Stoker, había accedido voluntariamente a tal unión cuando la organizó su tutor, Ira Héctor, y también que ni en sueños se le ocurriría abandonar a alguien que la necesitara de un modo tan absoluto como la necesitaba su marido, por muy violentamente que él negara necesitarla.

—¡Lo sabía! —gritó Max—. ¡Un pacto entre la mente más malvada del campus y la más suspendida!

Me recordó entonces que Ira Héctor era el acaudalado, infame y egoísta hermano mayor del antiguo rector de la Facultad de New Tammany; sus comienzos habían sido humildes, ya que al principio se dedicaba a la venta ambulante de libros de segunda mano, pero había ido ascendiendo hasta ocupar su posición actual de director de un gigantesco imperio informativo, que controlaba la manufactura y distribución de prácticamente todos los libros de consulta que se publicaban en las facultades del Campus Occidental. Su deseo de forrarse a costa de cualquiera lo había llevado a ser despreciado igualmente por los liberales y por los conservadores (aunque siempre había estado más cerca de estos últimos); aunque loaba las virtudes de la libre investigación, lo que practicaba en realidad era la eliminación de sus competidores, propugnando la libertad de los más astutos para oprimir a los ignorantes y los estúpidos. Sin embargo, su riqueza era tan enorme y su influencia tan ubicua que todos los rectores de New Tammany tenían que llegar a alguna clase de acuerdo con él; y el propio Max, por mucho que en el senado hubiera despotricado con gran vehemencia contra los abusivos monopolios y los inescrupulosos chanchullos de Ira Héctor, se veía obligado a admitir que tal vez se tratara de males inevitables e inherentes al estudiantismo liberal burgués, su propia filosofía. Como también sucedía en el caso de Maurice Stoker, sin embargo, el hecho de que Ira Héctor fuera indispensable no lo convertía, a ojos de Max, en una desgracia menor; como decía él (invirtiendo un comentario muy citado del propio Ira Héctor): quizá hubiera que chuparle el culo, pero no había por qué elogiar su sabor.

—Bueno, es demasiado duro con el tío Ira —lo amonestó Anastasia—. Debería tratar de entenderlo.

Max soltó un suspiro, pero fue muy llamativo cómo la chica calmó su indignación con una palmadita en la rodilla.

—Bueno, pues tiene un corrazón de orro —protestó sonriendo—. ¡Igual que el Decano Midas!

—Es más generoso de lo que usted cree —dijo Anastasia—. Pero tiene tanto miedo de que alguien se burle de ello, o se aproveche de él, que no lo admitiría por nada en el campus.

—No tendrría porr qué hacerrlo —dijo Max—. Ya es el dueño de todo el campus.

Pero ella señaló con entusiasmo que el mismo hecho de que la hubieran criado en la casa de aquel hombre tan rico ya era una prueba de que su egoísmo no era absoluto.

—No tenía por qué haberme acogido. El abuelo Reg decía que madre estaba tan disgustada cuando nací que no era capaz de cuidarme, y él me envió al Hospital Maternal para Chicas de Colegio Mixto Solteras, que, por cierto, el tío Ira había hecho construir con su propio dinero...

Max preguntó, indignado, por qué el rector Héctor no había llenado su casa de enfermeras, cosa que podría haberse permitido fácilmente; de ese modo, les habría evitado tanto a Virginia Héctor como a Anastasia un deshonroso contacto con el Hospital Maternal de New Tammany.

—Él quiso hacer eso —contestó ella—, pero madre ya no era la misma, ¿sabe? Supongo que yo le recordaba a tantas cosas tristes que no podía soportar tenerme en la casa, y, por supuesto, sabía que me cuidarían bien en el hospital. No le echo en cara que se sintiera así: debe haber sido una época muy dura para ella, después de ser Miss Universidad y todo eso, y que después te dejen plantada cuando te quedas embarazada... Ay, perdón. ¡No quería decir eso!

Max cerró los ojos, negó con la cabeza e hizo un gesto con la mano para indicarle que no necesitaba disculparse.

—De todas maneras, fue sólo por unas semanas —continuó Anastasia—. Después el tío Ira (en realidad es el tío de mi madre) hizo que le montaran una guardería en su casa y ahí fue donde me criaron. Tuve una infancia maravillosa y me sentí muy agradecida cuando fui lo bastante mayor como para entender todo lo que había hecho por mí. Y madre, ¿sabe?, no siempre estaba disgustada: muchas veces venía de visita, o me llevaba a algún sitio. Incluso cuando tenía esos ataques en los que decía que yo no era hija suya, nos llevábamos muy bien.

Al ver el dolor en el semblante de Max, Anastasia cambió rápidamente de tema:

—En cuanto al tío Ira, siempre fue de lo más cariñoso. ¡No es como usted cree, para nada! Yo no lo veía mucho, siempre está muy ocupado, y trata de dar la impresión de que es un oso viejo y huraño, pero a veces yo me colaba en su estudio y me subía a su regazo y le daba un beso, o le tapaba los ojos con las manos —seguí con eso incluso cuando me hice mayor— y él no podía evitar reírse y darme un beso antes de que me marchara. Y todas las noches venía a verme para asegurarse de que

me hubiera bañado, y me arropaba en la cama; nunca dejaba que la niñera se encargara de eso. Y mire si era cuidadoso, ¡lo hacía cuando yo ya estaba en edad de salir con chicos! Él era huérfano, ¿sabe?, y creció prácticamente en la calle; me contó que un hombre malo se aprovechó de su madre y la convenció de que abandonara al abuelo Reg y a él cuando eran niños, y él había tenido que cuidar al abuelo Reg cuando no era más que un niño pequeño. Vendía libros viejos que llevaba por el centro comercial en un carrito. Supongo que habrá visto tantas cosas malas durante su vida, sobre todo gente que se aprovechaba de chicas jóvenes... en cualquier caso, no me dejaba que saliera con chicos nunca. No es que no confiara en *mí*; no confiaba en los chicos, ni siquiera en los más amables. Decía que sabía qué era lo que ellos iban buscando, incluso aunque ellos mismos no lo supieran, y que aunque nunca hubieran pensado en aprovecharse de mí, lo pensarían en cuanto estuviera a solas con ellos. Tonta de mí, yo apenas sabía lo que era un chico, y mucho menos a qué se refería el tío Ira; iba y me subía a su regazo y lo fastidiaba terriblemente, al pobre, preguntándole qué era eso tan terrible que me podían hacer los chicos. Entonces él trataba de hacerme bajar, y me decía que ya estaba demasiado mayor como para sentarme en su regazo de esa manera; pero yo no aceptaba un no por respuesta...

—Eso es detestable —dijo Max.

—Ya sé lo que está pensando; es justo lo que dice Maurice. Pero tiene que acordarse de que él era un hombre anciano y solo, y de que lo preocupaba que me pasara lo mismo que les había pasado a su madre y a su sobrina y a todas esas chicas que iban a su hospital. Y aunque no fuera algo completamente inocente, estoy seguro de que él pensaba que lo era; probablemente se engañaba a sí mismo como decía que lo hacían los chicos amables, que él echaba de la casa cuando iban a tratar de pedirme una cita. Si yo hubiera tenido un poco de sentido común, habría pensado en alguna forma mejor de manejarlo sin herir sus sentimientos; pero era tan boba, y además tenía curiosidad, como es natural, así que cuando él intentó mostrarme cómo era eso...

Aquí yo la interrumpí para decir que no entendía a qué estaba aludiendo, y por lo tanto no tenía forma de juzgar qué relación tenía aquello con la cuestión de su matrimonio. Anastasia me miró con curiosidad y Max le recordó que yo también había crecido aislado, al margen de la vida familiar que es normal en todo el campus, aunque no exactamente al margen de ciertos aspectos de la naturaleza.

—Perro no nos cuentes lo que no es asunto nuestro —añadió—. Sólo nos preguntábamos por tu relación con Stokerr.

Yo iba a decir que consideraba que era en buena medida asunto mío (sin saber exactamente por qué) solucionar o vengar cualquier mal que se le hubiera hecho a aquellos a quienes yo, bueno, *estimara* tanto como estimaba a Max, y que había jurado limpiar su nombre. Pero no fue necesario que lo hiciera: Anastasia afirmó que se sentía obligada a darnos más detalles y a hablar con más sinceridad de lo que haría normalmente; en primer lugar, porque de lo contrario podríamos malinterpretar las

motivaciones de su tío Ira; en segundo lugar, porque esos incidentes ocurridos durante su primera juventud no carecían de relación con su subsiguiente matrimonio; y, en tercer lugar, porque si yo era verdaderamente un Gran Maestro, ella no era quién para decidir qué debía contarme y qué no, sino que debía abrir su corazón de un modo total y con una confianza absoluta, como hacía durante sus súplicas nocturnas al Fundador, sin cuyos indulgentes consuelo y comprensión hacía ya mucho tiempo que ella habría perecido bajo la carga de las interpretaciones equivocadas que de sus actos hacían su marido y otras personas. El recuerdo de dichas interpretaciones erróneas, probablemente, hizo que se le llenaran los ojos de lágrimas. Yo no podía imaginarme un rostro más lastimeramente atractivo.

—¡Yo nunca quiero hacerle daño a nadie! —dijo ella—. En el Pergamino dice que el Fundador es Amor, y lo único que yo quiero hacer es ayudar a la gente, como en el Hospital y en el Departamento de Psicología. ¿Cómo se puede ayudar a la gente si no es descubriendo lo que necesita y dándoselo, si es que uno puede dárselo? ¡Pero cada vez que lo hago, parece que causo algún daño!

—Bah, bah —la consoló Max, y yo también declaré que me parecía impensable que un corazón tan generoso pudiera hacer algo que no fuera el bien.

—Bueno, por ejemplo, esa vez en el estudio del tío Ira... —Nuestras palabras, evidentemente, la habían animado, aunque su expresión seguía siendo dubitativa—. Él dijo que en cierto modo me veía como a su hija y en cierto modo no, y yo, como es natural, supuse que se refería a que en realidad era mi tío abuelo y no mi padre. Así que cuando empezó a explicarme qué era lo que querían los chicos, no había ningún motivo para pensar que no estaba simplemente tratando de ayudarme. Y todavía lo pienso; lo sé, incluso teniendo en cuenta lo que pasó después. Esa noche había estado trabajando, haciendo unas cuentas, como de costumbre, y había unos libros de contabilidad sobre su escritorio, abiertos por unos cuadros de doble entrada; cuando hizo en ellos unos dibujos para mostrarme de qué estaba hablando, yo me disgusté un poco, pero él tuvo que hacer eso, o algo parecido, porque yo era muy boba. Pero no era muy buen dibujante, él mismo lo dijo: ¡las personas que había dibujado tenían unas expresiones rarísimas! Yo le dije que si sus dibujos de las partes de las chicas estaban bien, entonces debía haber algún problema con las mías, porque las proporciones eran totalmente distintas; pero le dije también que estaba bastante convencida de que las mías debían estar bien porque eran iguales que las de la señorita Fine, mi profesora de Lengua, y que cuando la señorita Fine y yo jugábamos, ella siempre decía que las mías eran las más bonitas que había visto nunca.

Aunque su tono de voz era inocente como el de una niña, Anastasia se sonrojó intensamente. Max también, pero yo no, aunque el corazón me latía con fuerza.

—¿Verdad que era boba? Iba a enseñárselas ahí mismo para asegurarme, por si la señorita Fine sólo me hubiera dicho eso por educación, y le dije que no podía entender por qué estaba tan enfadado con ella, cuando el resto de mis maestras e institutrices habían hecho y dicho esa misma clase de cosas. Le dije que si me

prometía no enfadarse con la señorita Fine, le enseñaría todos los juegos que había aprendido. En cualquier caso, él me gustaba más que la señorita Fine, porque ella a veces me mordía; además, él tenía bigotes, y yo estaba segura de que sería divertido, pero no estaba segura de cómo era con los hombres, él tendría que mostrármelo... Se quedó sin habla durante un rato. Yo pensé que era tímido, como lo habían sido algunas sirvientas cuando les preguntaba por primera vez si podría jugar con ellas; nunca hubiera soñado con hacer lo que le hice a ese hombre. Incluso lo *toqué*...

—Yi.

—Bueno —dijo Anastasia—, resumiendo, me dio una buena azotaina, aunque yo ya era grande, y despidió a todas las maestras y sirvientas salvo a una vieja cocinera y un ama de llaves con las que de todas maneras no era nada divertido jugar. Después de aquello, ya no se fio de nadie, y sólo me podían dar clase si él estaba también en la habitación, y todas las noches me sermoneaba en su estudio sobre lo suspendidas que habían sido mis maestras y sirvientas. Yo le decía que estaba de acuerdo, y me esforzaba por estarlo, pero en realidad no podía comprender qué tenía de malo una cosa que era tan agradable.

—¡Sé a lo que te refieres! —exclamé, pensando en mis propias dificultades con la educación moral—. ¡Yo *todavía* no estoy seguro de comprenderlo!

Ella me miró con los ojos brillantes pero con una expresión perpleja, como si mis palabras la complacieran pero no estuviera segura de que yo no estuviera intentando hacerla morder el anzuelo.

—Al fin y al cabo —dijo—, yo no había aprendido a hacer lo que había estado haciendo en ningún *libro*, sino de mis perros y gatos y de mis profesoras, así que no sólo me parecía lo más natural de la Universidad que la gente se desnudara y se divertiera con los demás, si no también lo más *aprobado*, especialmente si la otra persona era mayor o no era guapa o necesitaba algo muy desesperadamente y una podía darle tanto placer. Eso me lo explicó la primera profesora que tuve, y yo la quería tanto que supongo que nunca pude quitarme esa idea de la cabeza. ¡Era una dama encantadora!

—¡Apuesto a que no erra muy joven! —aventuró Max, y Anastasia confirmó su sospecha con una sonrisa de felicidad, aunque sus ojos seguían brillando debido a lo que había llorado antes.

—Bueno, estuviera bien o mal, no podía sentirme avergonzada por lo que había hecho, aunque me sentía avergonzada por haber hecho algo de lo que *debía* sentirme avergonzada. Entiendes la diferencia, ¿verdad, George? —Yo asentí, con la esperanza de estar entendiéndola—. Pero al menos me di cuenta de cuánto había disgustado al tío Ira, así que fingí que me sentía igual que él al respecto. Sólo tenía unos dieciséis años cuando pasó todo esto con el tío Ira, pero supongo que me había convertido en una especie de experta en darme cuenta de lo que necesitaban los demás, a veces incluso antes de que se dieran cuenta ellos mismos; y por haber sido criada como fui criada, no podía evitar intentar satisfacerlos, comprendiera o no lo que estaba

haciendo. Si me hubieran dejado salir con alguno de esos chicos amables, los habría seducido antes de que consiguieran armarse de valor para darme un beso, y probablemente habría pensado que era una auténtica graduada por hacerlo.

Esa intuición, continuó, le mostró de una manera muy clara que aunque Ira Héctor estaba sinceramente horrorizado por su actitud, también le encantaba castigarla por ella. En particular, observó, a él le había hecho mucho bien administrarle esa azotaina: a partir de aquel momento, aludió a ella una y otra vez; le tomó el pelo o la amenazó, dependiendo de su estado de ánimo, con la posibilidad de propinarle otra, y, cuando iba a darle un beso de buenas noches, nunca dejó de darle unos golpecitos jugando en el trasero «por si se le pasaba por la cabeza que él no lo haría de nuevo si se viera obligado a ello». Finalmente, un día en que estaba furioso por haber sufrido un revés político (el joven Lucius Rexford, el futuro rector, acababa de ganar la nominación de su partido y había prometido terminar con el monopolio de los libros de consulta en cuanto derrotara a Reginald Héctor, que era rector en aquel momento, en las elecciones), ella se le había sentado en el regazo y le había pedido permiso para asistir a un cotillón de presentación de alumnos de primero de carrera, sabiendo exactamente cuál sería su reacción: como había previsto, eso hizo que se desatara su ira; soltando un juramento, la hizo darse la vuelta sobre sus rodillas (una proeza que nunca habría logrado llevar a cabo sin la cooperación de ella), cogió un regla que tenía sobre el escritorio y le prodigó una severa amonestación en la espalda. Es más, como era por la tarde y ella tenía plena conciencia del mal humor de él, había escogido para la ocasión un vestido de noche veraniego que apenas la cubría, de modo que eran atractivas carnes lo que él golpeaba, en la mayoría de los casos, hasta que comenzó a jadear y ya no pudo seguir pegando. En tal momento descubrió, y es cosa que produce maravilla, que al quedarse sin fuerzas se le pasó también la ira: le pidió perdón, lloró probablemente por primera vez en la vida y la dejó completamente asombrada al concederle lo que ella le había pedido. Además, al día siguiente apareció en los periódicos de la Facultad de New Tammany afirmando que creía que Lucky Rexford «no estaba tan próximo a los sindicalistas estudiantiles como la mayor parte de los liberales».

No hace falta decir que Anastasia agradeció profusamente a su tutor por haberle dado un escarmiento, afirmando que una buena paliza, por mucho que hubiera quien lo considerara algo anticuado, era justo lo que necesitaban los adolescentes de hoy en día, de vez en cuando, para confirmar en ellos ciertas virtudes que también se consideraban anticuadas; ambas cosas iban de la mano, por decirlo de algún modo, y ella esperaba de todo corazón que cuando su comportamiento lo disgustara, volviera a enderezarla. A partir de entonces él estuvo haciéndolo durante un año, más o menos, pero nunca se dio cuenta, al menos, que ella supiera, de que se portaba peor justo los días en que él se encontraba más irascible. Como consecuencia, él perdió el miedo de que su tutelada contara cómo era su relación, y comenzó a permitirle un montón de cosas, más relajadamente cuanto más desinterés fingía ella.

—La verdad es que desde ese momento —dijo, suspirando— lo único que tenía que hacer si un chico quería estar a solas conmigo, era pedirle al tío Ira que por favor no nos dejara solos, y entonces él me decía: «Bobadas, confío totalmente en ti. ¡Y en cualquier chica que pida que le den una paliza sólo por portarse mal en sueños!». (Yo solía hacerlo). Entonces él nos dejaba solos y, por supuesto, yo permitía que el chico me hiciera lo que quisiera. Era igual de agradable que con las chicas, si no más, y los pobrecitos se quedaban *tan* sorprendidos y agradecidos. ¡Casi me daban ganas de llorar cuando veía lo felices que podía hacerlos! Después el tío Ira me preguntaba si había pasado algo, y yo me sonrojaba y le decía que el chico me había dado tres besos, o que me había tocado un pecho cuando yo estaba despistada. Y si me parecía que él también necesitaba que lo alegraran un poco, me ponía a llorar y le decía que tenía que admitir que, al fin y al cabo, había sido un poco excitante, y le preguntaba si el hecho de sentir eso me suspendía para siempre. Y entonces él me decía: «No, cariño, eso es completamente natural, y el Fundador no te va a suspender por lo que sientas; lo que cuenta es lo que *hagas*. Pero el peligro», me decía, «es que no vas a poder mantener tus actos al margen de tus sentimientos». Y entonces yo le daba un beso y le decía: «Tienes razón, tío Ira. ¡Necesito disciplina!». Y entonces aparecía la regla...

—¡Pero bueno! —grité yo—. ¿Sabes lo que creo? Creo que él *disfrutaba* al darte esas palizas.

Hubo una pausa; Max concedió secamente que yo podía tener algo de razón. Anastasia nos miró perpleja, primero a mí y luego a él, y él le explicó muy en serio que un estudio de las enseñanzas de los Grandes Maestros revelaría que lo que caracteriza sus miradas no es tanto la sutileza o la complejidad como una profunda y trascendentalmente poderosa *simplicidad*, que la suspendida sofisticación de las inteligencias modernas podría confundir con la ingenuidad.

—Yo las habría confundido —admitió ella—. Eso muestra lo ingenua que soy —añadió, y continuó con su historia—: Fue más o menos en esa época cuando Maurice Stoker empezó a venir a casa a ver al tío Ira; fue durante la campaña de las elecciones y justo después, cuando perdió el abuelo Reg y todo el mundo empezó a preguntarse qué iba a pasar con las empresas del tío Ira. Me pareció que Maurice era el hombre más *interesante* que había visto en la vida: me gustaba la forma tan fuerte que tenía de reírse, y siempre estaba buscando excusas para entrar al estudio cuando estaban hablando, para poder verle la barba negra y esos ojos que tiene, y le dije al tío Ira que pensaba que el señor Stoker debía tener los dientes más blancos de toda la Universidad. Ya saben cómo son los jóvenes: cuando el tío Ira dijo que Maurice era un hombre muy suspendido que les hacía cosas feas a las chicas de colegio mixto y que yo no debía salir de mi habitación cuando él estuviera en la casa o me daría una paliza, me asusté muchísimo y me sentí más curiosa que nunca. Así que empecé a saludarlo desde mi ventana cuando él llegaba en su gran moto negra, y él no me

saludaba nunca, pero se quedaba en la entrada para coches con las manos apoyadas en la cadera y me sonreía.

—Lo que viene ahorra es detestable —gruñó Max—. Toda esta parrte es detestable.

Anastasia dijo entonces que, además, se había preguntado si la amenaza de su tío no era, en realidad, una especie de invitación a recibir futuras palizas, aunque la verdad es que le pareció que él estaba más preocupado por Stoker que por la procesión de jóvenes no graduados —a quienes, durante aquellos meses, había hecho «*tan felices, aprobados sean sus pobres corazones*»— que pasó virtualmente por delante de sus narices mientras él estaba preocupado con la amenaza que sufría su monopolio de libros de consulta. Llegó a ocurrir que con bastante frecuencia el propio Stoker llevara a la casa a los visitantes de Anastasia, ya que acudía una y otra vez para celebrar reuniones de negocios con el tío Ira, y de este modo, muy pronto estuvo al corriente de todos los detalles de la peculiar filantropía de ella.

—¿Se lo pueden imaginar? —nos preguntó Anastasia con tanta incredulidad como si esos hechos acabaran de ocurrir—. ¡Él pensaba que los dejaba hacerme el amor porque *a mí* me gustaba! ¡Quiero decir, sólo por mi propio beneficio! ¡Incluso pensó que era *promiscua*, y todavía dice que lo piensa! —Yo negué con la cabeza ante esa suposición, y Max se tapó los ojos con la mano.

Poco después, escuchando subrepticamente junto a la puerta del estudio, se enteró de algo sobre la naturaleza de las actividades que llevaban a cabo su tutor y el visitante de la barba rizada: el nuevo rector, por lo visto, había sido elegido por un margen muy estrecho, de modo que estaba particularmente interesado por *reconciliarse* con Reginald Héctor (quien, a pesar de sus limitaciones como administrador político, todavía era venerado en la Facultad de New Tammany por el papel que había jugado en la Segunda Revuelta Intercampus); por supuesto, no podía esperar que su oponente derrotado aceptara un puesto en la nueva administración, pero era un secreto a voces que buscaba el apoyo del antiguo rector para ciertas medidas polémicas que había de tomar con respecto al ORDACO y a la Revuelta Silenciosa. Por otra parte, aunque Lucky Rexford era un hombre acomodado y defensor a ultranza de la economía de investigación privada, se sentía obligado, tanto por sus promesas como por sus principios, a hacer algún gesto tendente a la disolución de monopolios como los de Ira Héctor, que habían florecido bajo el anterior régimen. Ahora ya se sabía que por muy sinceramente que deplorara las actividades de Maurice Stoker, el rector tenía compromisos con su supuesto hermanastro debido al control férreo que ejercía Stoker sobre la Central Eléctrica y la Agencia de Detenciones Principales. Lo que propuso Ira Héctor (ya que fue él, y no Stoker, quien inició las entrevistas), era poner a Reginald Héctor, como hombre de paja, al frente de su compañía de libros de consulta —de hecho, su hermano necesitaba desesperadamente un empleo como ése, ya que no tenía ni un ápice de la capacidad para los negocios que tenía Ira— con la esperanza de que pudiera

arreglarse diplomáticamente algún *quid pro quo*; él, Ira, garantizaría que su hermano apoyara las diversas políticas de Rexford; el rector, por su parte, no sólo podría encontrar motivos para perdonar a la empresa dirigida por el entrañable y anciano profesor-general, sino que además se encargaría de que los homólogos de Ira en el campo de los libros de texto *no* fueran perdonados. Todo hacía pensar que el trato funcionaría bien, pero Ira, que era un emprendedor cauto, desconfiaba del nuevo rector por su juventud y por el hecho de que su fortuna fuera heredada en lugar de amasada en el violento campo de la investigación competitiva; estos dos factores podrían llevarlo a poner los principios por encima de los intereses, por decirlo de algún modo, y a proceder de una manera sumamente vigorosa contra cualquier organización que tratara de negociar con él. Para minimizar el riesgo, era preferible que fuera el propio rector quien hiciera la propuesta de negociación, y que algún consejero próximo y desinteresado le asegurara que ésta sería aceptada. El hombre escogido para llevar a cabo esa labor fue Maurice Stoker: Anastasia oyó a su tutor ofrecerle un cuantioso incentivo por intentarlo. Pero Stoker, aunque admitió soltando una carcajada que la vileza del plan hacía que le resultara atractivo y expresó su confianza en que podría organizarlo todo sin mayores dificultades, no pareció especialmente interesado por la retribución. Ésta era la cuestión que trataban en sus frecuentes reuniones, que habían llegado a un punto muerto: Stoker afirmaba francamente que ya tenía bastante dinero y que sólo deseaba poder y placer. Ira Héctor no podía proporcionarle ninguna de las dos cosas. Ira parecía incapaz de comprender esa actitud, o renuente a creer en su sinceridad, y seguía aumentando la suma sin ningún éxito.

—¡Fue espantoso escuchar todo eso! —dijo Anastasia—. Maurice tiene una forma de ser... No sé cómo lo hace, pero da la impresión de que convierte a todo el mundo en alguien peor de lo que realmente es. No me podía creer que el tío Ira dijera: «No hay nada en el campus que no se pueda comprar, si uno puede pagar su precio». Entonces Maurice empezó a provocarlo diciendo que al tío Ira le gustaba *fingir* que era egoísta y que tenía un corazón de piedra, pero que en realidad era un viejo sentimental que siempre estaba encantado de ayudar a los demás (¡lo cual es justo lo que yo creo!). Cuando más le tomaba el pelo Maurice hablándole de que había fundado el Hospital Maternal y que me había criado por pura generosidad, más juraba el tío Ira que sólo había hecho ambas cosas por su propio beneficio. Cuando Maurice vio lo disgustado que estaba el tío Ira, juró que se encargaría de ese asunto con el Rector Rexford sin pedir nada a cambio el día en que el tío Ira pudiera demostrar que lo de mi crianza y lo del Hospital para Chicas de Colegio Mixto de Solteras no eran muestras de su buen corazón.

—¿Te das cuenta de que es un Decano de los Suspendidos? —me gritó Max, mientras yo aferraba mi vara muy indignado.

—La cosa se fue poniendo cada vez peor —afirmó Anastasia—. Al cabo de un rato, el tío Ira ya decía que había construido el hospital para poder entrevistar a las

chicas personalmente; dijo que le gustaba hacerles preguntas sobre cómo se habían metido en líos, y verlas llorar cuando contaban su historia; incluso dijo que le encantaba *mirarlas* en la sala de partos. ¡Yo sé que no es verdad! Y Maurice dijo lo mismo, que el tío Ira estaba tratando de *parecer* suspendido porque se avergonzaba de ser tan aprobado... Bueno, yo irrumpí en el estudio y les conté que lo había oído todo, y le dije al tío Ira que debería darle vergüenza contar esas mentirijillas, y a Maurice también, por incitarlo. El tío Ira estaba furioso, pero Maurice se rio y dijo: «¿Y qué pasa con ella? ¿Deja que usted mire cuando los chicos...?». (No puedo decirlo; ya saben a lo que me refiero). El tío Ira se puso blanco —¡y yo también!—, pero entonces me pareció que logró controlarse, y me dijo: «Stacey, este hombre es malvado y mentiroso y es capaz de decir cualquier cosa para salirse con la suya; pero también conoce todas las cosas suspendidas de la gente, las que nadie quisiera que se sepan. Así que cuando dice que tú dejas que todos los chicos [ya saben qué], puede que esté mintiendo o puede que no. Quiero que me digas la verdad ahora mismo», me dijo. «Si ha mentido, lo echaré de aquí, y Lucky Rexford puede hacer las cosas más suspendidas que se le ocurran para hacerme añicos. ¡Pero si ha dicho la verdad, te voy a azotar como ninguna chica de colegio mixto del campus ha sido azotada nunca!».

»Me dio la sensación de que Maurice se preocupó un poco cuando el tío Ira dijo eso, porque dijo: “¿Y que *cree* que va a hacer si se lo plantea de ese modo? ¡Le está suplicando que mienta, a pesar de que le va a hacer perder todo su negocio! ¡Y dice que es un hombre egoísta!”. Pero el tío Ira apenas lo escuchaba; lo único que hacía era mirarme fijamente. Y estuve *a punto* de contar una mentira, ¿saben?, porque me había asustado muchísimo. ¡Y sobre todo no quería que me diera una paliza delante de Maurice! Pero entonces al tío Ira se le puso una cara como si estuviera al borde de sufrir un infarto, y lo único en lo que yo pude pensar fue en lo importante que era que se tranquilizara y que se desahogara. Y de todas maneras, a mí no me gustaba nada la idea de contar una mentira, sobre todo si podía arruinar su negocio...

—Me gustaría no estar escuchando esto —dijo Max—. Me gustaría que ya hubierra terminado.

—Apuesto cualquier cosa a que le dijiste la verdad —aventuré yo.

Anastasia asintió tristemente con la cabeza.

—Al principio no podía decir ni una palabra, pero me incliné sobre su escritorio, como hacía siempre que me tocaba recibir una paliza, y eso fue lo mismo que admitir lo de los chicos. Créanme, lo hice sólo por el bien del tío Ira; y Maurice —que es tan *listo* para estas cosas—, cuando el tío Ira empezó a azotarme, Maurice se rio y me preguntó si no era verdad lo que le habían contado los chicos, que yo no hacía el amor con ellos por mi propio placer en absoluto, sino porque ellos decían que sufrirían si los rechazaba. Al principio pensé que lo decía para ayudarme; el tío Ira incluso paró de azotarme durante un minuto y me preguntó si eso era cierto. «Claro,

no fue culpa de ella; le dijeron que se iban a suicidar o a suspender los exámenes si ella no los *ayudaba*, y ella los creyó».

—Vaya, eso es bastante decente por su parte, ¿no? —exclamé. La imagen de Anastasia inclinada sobre el escritorio me había impactado mucho.

Pero ella negó con la cabeza.

—¿No lo entiendes? En cuanto dijo eso, yo me di cuenta de que si yo decía que era verdad —quiero decir, lo que a mí me tocaba, porque estoy segura de que esos chicos no dijeron lo que dijeron para aprovecharse de mí—, si decía que era verdad, el tío Ira a lo mejor dejaba de pegarme y echaba a Maurice y entonces perdía su negocio y todo eso. Así que, aunque era horrible, tuve que contar una mentira todavía peor: tuve que decir que había sido yo quien convenció a los chicos para que hicieran lo que hicieron, porque yo quería engañar al tío Ira y porque... ¡disfrutaba haciendo cosas suspendidas!

—¡Perro él te conocería lo bastante como parra saberr que eso no podía serr! —estalló Max.

—Puede ser. Pero realmente *necesitaba* desahogarse, doctor Spielman. Empezó de nuevo, y Maurice se reía, y yo lloraba encima de los libros de contabilidad y estaba preocupada porque con mis lágrimas estaba haciendo que se corriera la tinta... Pero lo peor fue lo que pasó entonces. Maurice le dijo al tío Ira que sin duda él debía de quererme de un modo muy generoso para disgustarse tanto por lo que yo había hecho, ¡y que eso demostraba que era un viejo tonto y sentimental! El tío Ira entonces se puso como loco *de verdad*; empezó a pegarme más fuerte que nunca y también se puso a llorar y a gritar: «¡Lo disfruto! ¡Lo disfruto! ¡Ése es mi beneficio, justo ése!». ¡Yo sé que no lo decía de verdad! Pero entonces dijo: «¿Para qué cree que la he criado? ¡Me *encanta* hacer esto!». ¡Ay, George, no te puedes ni *imaginar* cuánto le dolía decir eso! La regla se le escapó de la mano, y trató de pegarme con la mano y no pudo hacerlo bien; ni siquiera me hizo daño. Estaba completamente desamparado, y yo me di la vuelta y lo abracé y le dije que no se preocupara, que había sido una paliza terrible y que me había dado una lección que jamás olvidaría. Maurice entonces dejó de reírse y me miró de una manera de lo más extraña: no es que adivinara mis intenciones al decir eso; fue como si de repente hubiera pensado en algo que lo había disgustado del mismo modo en que él había disgustado al tío Ira... No puedo explicarlo bien... pero por mucho que lo odié en aquel momento, me pareció que también él estaba *terriblemente* necesitado.

Yo di un golpe con mi vara en la arena, y Croador soltó un gruñido debajo de mí.

—¡Si dices que él también te dio una paliza, lo voy a suspender! ¡Ya ha habido bastantes palizas!

Max no dijo nada.

—No fue eso —contestó Anastasia—. Pero tenía una expresión horrible en los ojos. Me pareció que él también iba a ponerse a llorar, ¿se lo imaginan? Después me dijo con una voz muy extraña que sabía perfectamente que yo había confesado para

salvar el negocio del tío Ira, pero que no estaba seguro de por qué, y que antes de decidir si ayudar o no al tío Ira, tenía que saber algunas cosas. ¿Acaso yo en realidad no había disfrutado con aquellos chicos? Y ¿acaso yo no dejaba que el tío Ira me azotara para poder conseguir de él lo que quería? Claro, yo no sabía qué respuestas serían las mejores para los intereses del tío Ira. Y también estaba esa necesidad horrible que yo detectaba en el rostro del propio Maurice; me parecía que si yo decía algo equivocado, tendría un efecto terrible en él, pero tampoco podía saber si a largo plazo para él no sería mejor que sucediera esa cosa terrible. ¡Estaba *confusa*! Así que al final le dije la pura verdad: le conté que lo que disfrutaba de los chicos era lo mismo que me gustaba de pequeña cuando jugaba con las sirvientas: que me parecía que hacía felices a los demás sin sufrir ningún daño. En cuanto a las palizas, eso sí que me hacía daño, pero el motivo que él había mencionado no era en absoluto correcto: el tío Ira *siempre* había sido muy cariñoso conmigo, con palizas o sin ellas, pero todo el mundo necesita desahogarse de vez en cuando, y yo le debía tanto al tío Ira, y a él le hacía tanto bien en tantos sentidos, que podía pegarme el doble de fuerte y con el doble de frecuencia, si así lo deseaba, y yo pensé que era *horrible* que Maurice lo hiciera decir todas esas cosas terribles sobre sí mismo. Todo este tiempo el tío Ira estuvo sentado en su escritorio, ¿saben?, haciendo ruidos, y yo estaba a su lado, y él apoyaba la cabeza en mi cuerpo y yo se la cogía entre mis manos. Pero cuando terminé de hablar, bajó la cabeza y la apoyó sobre los papeles y no me dejó que siguiera consolándolo. Entonces Maurice me tomó por el brazo; su voz ya no tenía ni un mínimo deje de burla; era como si me estuviera *suplicando*, no sé si se lo imaginan, y me dijo: «Ahora dime la verdad, chica, por el Fundador». Y lo que me preguntó fue si no me parecía siquiera un poquito excitante que... que el tío Ira me hiciera inclinarme sobre el escritorio y me azotara de aquel modo. ¡Qué idea tan *espantosa*! ¡Era la cosa más suspendida que yo había *oído* en mi vida! Pero sus ojos centelleaban y había algo en su cara... ¡yo nunca había *visto* una expresión semejante! El tío Ira se sentó erguido y me miró, y yo me di cuenta de lo que pensaría de sí mismo si le decía que le dejaba pegarme sólo por su bien. ¡Pero decir lo otro, lo que Maurice quería creer, era tan suspendido! *Mucho* peor que lo de fingir con los chicos; me dio la impresión de que sería incapaz de pronunciar las palabras, pero al final dije: «Si tiene que saberlo, supongo que *sí* que es un poco excitante, de alguna manera». Pensaba que *eso* sería bastante para que se quedara satisfecho, pero entonces me apretó el brazo con más fuerza y dijo, con el mismo tono de voz: «¿De qué manera?». ¿Cómo podía yo saber entonces qué era lo que debía decir? Lo único que sabía era que tenía que decir algo *horrible*, y lo único que se me ocurrió fue lo que había *oído* decir a los chicos algunas veces; ni siquiera lo entendía, quiero decir, si era también algo posible para las chicas, o cómo podría aplicarse a una cosa como una *paliza*, pero algo me decía que era lo que debía contestar...

Las mejillas de Anastasia se sonrojaron, pero ella continuó, recuperando incluso su desconcertante desparpajo.

—Entonces lo miré a los ojos y le dije: «Cuando el tío Ira me azota con la regla, señor Stoker... ¡me pongo *toda caliente!*». ¿Entiendes por qué tenía que decirle eso, George?

La verdad es que hasta más adelante no comprendí el significado exacto de lo que decía, pero tenía la impresión de captar el sentido general de la situación. Imitando a Max, alabé una vez más su sorprendente generosidad y deploré la suspensidad de que había sido víctima.

—¡Casi me *muerdo* de vergüenza! —afirmó Anastasia—. Pero resulta que Maurice no se creyó ni una palabra de lo que dije. Era como si aquello fuera lo que él *quería* oír, desde luego, pero oírlo hacía que se enfadara, porque quería que fuera cierto y sabía que no lo era. ¡Casi me pega él también! «¡Suspendida seas!», recuerdo que me gritó. «¿Hasta dónde quieres llegar?». Entonces, sin venir a cuento, le dice al tío Ira que quiere casarse conmigo (lo que le dijo en realidad fue que *tenía* que casarse conmigo), y me miró de una forma de lo más retorcida; me daba miedo verlo. Dijo que podía garantizar que el negocio del tío Ira duplicaría su volumen si me casaba con él. Era estrictamente un trato de negocios, dijo: si el tío Ira quería demostrar que todo aquello de lo que había estado alardeando era cierto, ésa era su oportunidad; sería como venderme por una buena cantidad. Pero tenía que entender (fue lo que dijo Maurice) qué sería de mí...

—¡*De verdad* lo voy a matar, Max! —juré.

Pero Anastasia me rogó que la escuchara hasta el final. Según se vio, la propuesta de Stoker no tenía ni siquiera la respetabilidad técnica del matrimonio: ella tenía que convertirse, cuando Stoker llevara a buen término el asunto del tío Ira, en la señora de todos sus antojos y caprichos, los cuales, como él mismo dio a entender oscuramente, eran infinitos, en lo tocante a su cantidad, y salvajes, en relación con su calidad.

—Era una situación *terrible* —dijo ella—. Si el tío Ira decía que no, perdería su negocio y tendría que admitir que en el fondo era un hombre generoso; si decía que sí, me perdería a mí —y la verdad es que me necesitaba mucho— y además probablemente se odiaría por lo que había hecho. Yo quería decidir por él, porque así no se echaría nada en cara, pero por mi parte tampoco sabía qué elegir; los quería a los dos, así que...

—¿Los *querías*? —grité yo, y Max, igualmente asombrado, dijo:

—¡También a Stokerr tan prrronto!

—Bueno, ya saben lo que quiero decir: ¡estaba terriblemente disgustado, de verdad! Para mí estaba clarísimo que necesitaba a alguien con quien desahogarse, y que mostrar eso le daba tanto miedo como a mi tío Ira. ¿Por qué serán así los hombres? ¿Qué les parece?

Yo estaba seguro de no saberlo.

—En cualquier caso, yo no podía decir ni una palabra y el tío Ira tampoco, y Maurice no quería hacerlo. Salió del estudio con una expresión fija en el rostro y el tío Ira y yo lo seguimos, como si fuéramos a nuestras habitaciones o a dar una vuelta

o algo así. Acabamos fuera, donde estaba la moto de Maurice, y me dio la sensación de que el tío Ira debía querer que yo me fuera con Maurice, porque si no me habría hecho quedarme en casa. O a lo mejor pensaba que yo era la que tenía que decidir. No lo sé. En cualquier caso, Maurice se subió a la moto y encendió el motor, y parecía que todo el mundo dudaba, y a mí me dio la impresión de que lo único que podía hacer era irme con él; todo el mundo parecía estar esperando a ver qué hacía yo. No recuerdo tomar una decisión: estaba de pie al lado del tío Ira y al instante siguiente me encontré en el sidecar de Maurice y nos estábamos yendo, a la velocidad del viento, y Maurice echó la cabeza hacia atrás y se rio.

Ella hizo un chasquido con la comisura de los labios.

—Eso fue hace un par de años. Y él ha mantenido lo que le prometió al tío Ira, ¿saben?, incluso en algunas cuestiones en las que no tenía por qué hacerlo... Quiero decir, porque a mí ya me tenía en cualquier caso. Creo que eso ha sido muy bueno por su parte, ¿no? Maurice, muy en el fondo, es muy *decente*.

—Muy en el fondo, sí —dijo Max en voz baja, consternado.

Recordando las leyendas en las que unas chicas de colegio mixto se encontraban en apuros, asumí que la habrían tenido prisionera desde aquel funesto día, ya que, al fin y al cabo, su marido era el alcaide de la Agencia de Detenciones Principales, y le ofrecí fervorosamente mis servicios para liberarla, recurriendo a la fuerza en el caso de que resultara necesario. Pero Anastasia se quedó un tanto sorprendida ante mi sugerencia: no la tenían prisionera en absoluto, afirmó; todo lo contrario, entraba y salía de su alojamiento en la Central Eléctrica cuando le venía en gana —no había más que pensar en su posición en el Departamento de Psicología de la Facultad de New Tammany— y estaba convencida de que Stoker no la detendría ni aunque ella decidiera abandonarlo para siempre. Sin embargo, a fin de cuentas, él se había casado con ella, «en cierto modo» (no explicó en qué modo), porque ella había insistido, y ella no tenía la intención de eludir sus obligaciones conyugales. Además, él la necesitaba mucho más de lo que su tío Ira la había necesitado nunca.

—¿Entonces todo eso que dijo sobre maltratarte era sólo porque por algún motivo quería que te asustaras? —pregunté—. ¡Me alegro de oír *eso*! ¿Y tú, Max?

—Yo no he oído eso.

—Bueno, no saques *conclusiones* precipitadas —me pidió Anastasia—. El hecho de que las necesidades de Maurice sean *diferentes* no significa que no sean tan importantes para él como las necesidades corrientes para la mayoría de los hombres.

—¡Lo que él necesita es serra malvado como el Decano de los Suspendidos! —dijo Max apasionadamente—. Necesita destruírr y hacerr daño, así que tú dejass que te destrruya y te haga daño, *ja*?

—No *tiene* por qué verlo así, doctor Spielman —insistió la chica, pero añadió inmediatamente que, por supuesto, podía verlo así si quería, si era *importante* para él...

Lo que yo quería era saber exactamente qué clase de abusos sufría Anastasia, voluntariamente o no, pero no tuve ocasión de preguntarlo, ya que ante ese último comentario Max virtualmente estalló de compasión.

—¡Mírame, niña! —Le tocó la sandalia con la mano y se señaló los ojos—. ¡No soy tu papá, y nunca lo he sido! Ya me gustaría, y Virginia Héctorr tu mamá. ¡Suspendido sea Irra Héctorr porr haberrte puesto su sucia mano encima! ¡Suspendidos sean todos esos chicos que se aprovecharron de ti! ¡Perro suspendido sea Maurrice Stokerr porr encima de todos los demás, esa bestia de la Salida del Sur, que nunca te habrría mirrado si yo fuerra tu padrrre!

—No lo culpo a usted —le recordó Anastasia.

—¡Tú no culpas a nadie porr nada! —gritó Max—. Sé que no soy tu papá porrque no puedo serr el papá de nadie: hace veintitantos años tuve un accidente con el ORRDACO.

Entonces, un poco más tranquilo, explicó que no había querido mencionarle este hecho a Virginia Héctor ni a su padre porque al exculparse de ese modo, la habría inculpado a ella, y además le habría hurtado la posibilidad de decir voluntariamente la verdad y declarar que Max era inocente.

—Y no te estoy diciendo esto parra librrarme de ninguna culpa —afirmó—. Tienes que saberr que nunca he sido tu papá parra poderr odiarme porr los motivos correctos. Eblis Eierrkopf, él fue tu papá, niña, ¡y suspendido sea porr no haberr asumido nunca esa responsabilidad! Perro suspendido sea también yo; suspendido sea dos veces porr no haberrme ttragado mi orrgullo, porr no haberrme casado con Virginia. ¡No se habrría dado a la bebida y tú nunca habrrías recibido esas palizas y todo lo demás! ¡No te atrevas a perrdonarme eso!

El rostro de Anastasia adoptó una expresión de ternura.

—¡Es difícil no hacerlo! ¡Con lo que debe haber sufrido todos estos años! —Daba la impresión de que casi sentía envidia; después, una duda ensombreció su mirada—. Madre solía trabajar con el doctor Eierkopf, pero yo nunca *me imaginé...*

—No es una buena noticia —dijo Max con compasión.

Ella negó con la cabeza.

—No quería decir eso. Pero él no es muy... *agradable*, ¿sabe? No me extraña, es un tullido y todo eso... ¡Estoy segura de que yo sería el doble de desagradable que él si tuviera que depender de Croador para todo! Cuando pienso en todas las veces que Croador y él han venido al Departamento, ¡y yo ni siquiera *me imaginaba* que él era mi padre! ¡Podría haber sido mucho más amable con él!

Max se llevó las manos a la cabeza. Por mi parte, estaba demasiado ocupado sujetando a Croador, la mención de cuyo nombre lo había puesto ominosamente inquieto, como para maravillarme aún más ante la caridad de Anastasia. Él se revolvía en dirección a ella y tuve que darle dos o tres golpecitos con mi vara, sin estar seguro de que aplicarle tal disciplina no haría que se pusiera en mi contra. De hecho, cogió la vara con la mano y la partió de un mordisco —prueba de la potencia

de su mandíbula, ya que la madera era bastante dura—, y a pesar de que Anastasia me aseguró que con frecuencia mascaba ramas y ramitas para entretenerse, y que incluso podía convertir adornos sofisticados en bastones y patas de sillas sin más herramientas que su dentadura, yo no me sentía en absoluto seguro de poder controlarlo, especialmente sin mi arma, en el caso de que se le ocurriera abalanzarse de nuevo sobre ella. Pero lo que ocurrió fue que justo en ese momento unos gruñidos en el bosque cercano captaron nuestra atención, y fueron convirtiéndose en un rugido que culminó en la playa con media docena de parpadeantes luces rojas y brillantes luces blancas. A pesar de mi determinación, se apoderó de mí una sensación de alarma, casi de pánico; el mismísimo G. W. Gruff podría haberse puesto a temblar ante un asalto tan repentino y terrorífico, silencioso, imprevisto, un temblor que avanzaba hacia nosotros de una manera monstruosa dispersándose en ojos, ululatos enloquecidos y bramidos guturales. Max también se sobresaltó y se puso de pie de un salto; Croador soltó mi vara y se agachó debajo de mí soltando un gruñido, que yo no pude decidir si fue una expresión de desafío o de terror. Sólo Anastasia no parecía estar particularmente nerviosa; frunció el ceño ante las rugientes luces con más desaprobación que miedo y se quedó en su sitio, junto al fuego.

—Siempre tiene que hacer las cosas *dramáticamente* —se quejó.

—Eso son motos —me susurró Max—. Hay diez o doce. El ruido es de sus motores y bocinas.

Al instante me sentí inexpresablemente aliviado, ya que aunque muy pocas veces había visto motos, las entendía bastante bien. Cuando se acercaron, la luz de la hoguera mostró un grupo de humanos con chaquetas de cuero negro, ornamentadas de forma diversa con broches plateados y brillantes joyas de cristal. Con gafas y cascos, cada uno iba montado en una reluciente máquina negra a la que estaba unido un sidecar. Se detuvieron formando una especie de semicírculo a nuestro alrededor y apagaron los motores; se amontonaron, más bien, ya que la maniobra careció de orden. El motorista jefe —un tipo con barba y tizado de hollín— frenó repentinamente levantando una lluvia de arena, sin previo aviso; el que iba detrás no chocó contra él debido a que tuvo suerte y unos reflejos instantáneos, de los que parecían carecer quienes lo seguían, pues impactaron unos contra otros, tal vez incluso de manera intencionada, entre insultos, maldiciones y carcajadas. Uno que no tenía sidecar cayó sobre la arena mientras las ruedas de su moto seguían rugiendo y girando; otro hizo como que iba a pasarle por encima, derrapó junto a su cabeza e hizo sonar una sirena un momento antes de que un tercero saltara por encima de él, tal vez bromeando, tal vez furioso.

—¡Basta ya! —gritó su jefe, y el hombre que estaba a su lado (de nariz larga, dientes afilados y muy atildado, el único de todo el grupo que no estaba manchado de hollín ni llevaba bigote) repitió la orden o la explicó con detalle en algún otro idioma, bruscamente, logrando con cierta dificultad intimidar a aquellos pendencieros y hacer que se pusieran en fila.

—No es más que Maurice —suspiró Anastasia en voz alta, levantándose y sacudiéndose la arena del vestido.

A pesar de ello, yo no estaba ni mucho menos tranquilo; estaba aquel formidable semicírculo ante nosotros, Croador gruñía y se agitaba debajo de mí como si estuviera a punto de descontrolarse, y todo lo que había oído de Maurice Stoker se me venía caóticamente a la cabeza. Los hombres de los extremos del arco bajaron de un salto de sus máquinas, se quitaron las gafas y avanzaron hacia mí, con algo en la mano que me parecieron pistolas. Los demás les daban gritos de ánimo o hacían sonar sus motores, sin hacer caso de la orden de guardar silencio que les había dado el no tizado. Croador se movió hacia el que teníamos más cerca de los dos, que levantó su arma y nos mandó que nos quedáramos quietos. Sólo dispuse de un instante para pensar en qué debía hacer, y como no estaba seguro de poder detener a Croador o de que hacerlo fuera a servir para evitar que nos pegaran un tiro, decidí atacar con mi vara, que impactó contra la pistola y la hizo volar por los aires. Anastasia dio un grito. El hombre soltó un juramento y se volvió hacia sus compañeros, algunos de los cuales se mofaron al verlo tan compungido. Entonces, a mi espalda, oí un disparo ensordecedor, que reverberó por todo el desfiladero, y cuando Croador se dio la vuelta, vi un humo saliendo de la pistola del jefe, que apuntaba al cielo. Volví a levantar mi vara, aunque el tipo estaba lejos de mi alcance y podría habernos abatido con facilidad si lo hubiera deseado. Pero a diferencia de su compañero, cuya expresión había sido al principio amenazadora y después asustada, este hombre tenía una sonrisa feroz en la cara y un destello en los ojos; parecía encantado, bien por verme subido sobre los hombros de Croador, bien por nuestra pequeña victoria inicial, y ni retrocedió ni nos apuntó con su pistola cuando Croador avanzó hacia él.

—¡Vamos, abajo! —dije, sin saber cómo debía actuar, y me sentí satisfecho al ver que al menos Croador obedecía. Con el corazón latiéndome con fuerza, observé a nuestro adversario, que se había quitado el casco y las gafas y estaba soplando tranquilamente en la boca del cañón de su pistola para hacer que se disipara el humo: era de baja estatura y corpulento pero no gordo y tenía las mejillas rubicundas y unos rizos negros en la cabeza, las manos y la parte superior de los dedos. Un pelaje similar lo cubría encima de los ojos y del labio superior; tenía una barba afilada semejante a una espada negra, y una zona rugosa que avanzaba en vertical desde cada una de las sienes hasta el nacimiento del pelo. No se trataba, pese a todo, de un rostro carente de belleza, y resultaba aún más impactante debido a la claridad de unos ojos que contrastaban con lo bruno de su entorno.

—Soy George, el niño-cabra —dije claramente. Alguien silbó, y alguien más le dijo que se callara. Mi antagonista se limitó a escudriñarme con los brazos apoyados en las caderas. Su sonrisa era un desafío evidente, ante el cual reaccioné con ardor—: No te tengo miedo. Soy un Gran Maestro.

Aquel hombre respondió con un estridente pedo («¡Escucha, escucha!», lo aclamaron los miembros de su séquito), levantó de nuevo la pistola y con un sonrisa y una tranquilidad increíbles la apuntó a mi corazón. Comprendí entonces que se trataba de Maurice Stoker.

5. MUERDE A ANASTASIA EN EL SIDECAR

No llegué a descubrir si de verdad tenía la intención de matarme de un tiro o sólo quería ver hasta dónde llegaba mi jactancia, porque Anastasia se interpuso a toda prisa. Se oyeron silbidos y comentarios impropios procedentes del semicírculo de motoristas.

—¡No, Maurice, por el amor del Fundador! No sabe lo que dice. ¡De verdad es el niño-cabra!

Él bajó el arma y le sonrió.

—Ya has tenido un simio, y ahora quieres un cabrito.

Su tono de voz era burlón. Sentí una profunda desazón al ver a Anastasia bajar la cabeza y tocar su chaqueta de cuero.

—No deberías haber dejado que pasara —protestó—. Podrías haber hecho que Croador parara a tiempo.

Él le dio un golpe leve a un lado de la cabeza con su casco; fue con la mano izquierda, y estaba demasiado cerca como para hacerle daño. Pero la miserable insinuación, lo poco razonable del porrazo, el gritito que soltó Anastasia y la forma en que se aferró a su agresor me enfurecieron de tal modo que clavé los talones en las costillas de Croador, levanté mi vara y cargué contra él haciendo caso omiso de la pistola que tenía en la mano. Pero varios de sus hombres para entonces ya habían desmontado, armados con unas cosas que parecían puyas para el ganado; nos mantuvieron a raya mientras el oficial de la cara larga se colocó una pipa hueca entre los labios, le dio una calada y lanzó un pequeño dardo que se le clavó a Croador en una nalga. Con un alarido, Croador se llevó la mano al jamón herido y sacó el dardo; se dispuso a saltar hacia el hombre de la pipa, quien retrocedió un paso pero no salió corriendo; medio segundo más tarde, Croador cayó de rodillas y yo a duras penas conseguí bajarme de un salto antes de que se precipitase de cara contra la arena. Al instante me vi rodeado por puyas. Anastasia se apartó corriendo de su marido para ir a examinar a Croador, a quien cuatro hombres, entre carcajadas, arrastraban, completamente inconsciente, hacia uno de los sidecars. Se detuvieron para dejarla mirarlo, y aprovecharon para examinarla con lujuria.

—No va a ser más que una breve siesta —gritó Stoker—. Nunca se nos ocurriría matar a un amigo de la familia. —Entonces se volvió hacia mí y dijo—: ¿Tú también quieres dormir un ratito, cabrito? ¿No prefieres guardarte la cachiporra y unirte a la fiesta?

Con la vara en el aire, estaba dispuesto a lanzarme contra las puyas, pero dudé cuando él acertó de forma tan curiosa con mi antiguo nombre. En aquel momento oí a Max (que se había quedado todo el tiempo al lado del fuego, sin poder hacer nada, retorciéndose las manos), que me dijo:

—No luches, Georggie. Eso nunca ha ggraduado a nadie.

Bajé mi vara, aunque el corazón todavía me latía con fuerza. Mis vigilantes abrieron paso, aunque todavía con las puyas dispuestas, y Anastasia se deslizó entre ellos para situarse a mi lado.

—Métele mano —oí que murmuraba un hombre; otro le contestó pellizcándole el culo, y de repente los dos cayeron rodando sobre la arena, mientras sus camaradas los animaban desde cierta distancia.

—Croador está bien —me aseguró Anastasia—. Se despertará dentro de una hora, más o menos. Por favor, no les haga caso a Maurice y los demás; siempre son así de escandalosos. Bueno, podemos dejarte en alguna parte, a ti y al doctor Spielman.

Yo me limité a fruncir el ceño, sin saber qué pensar y distraído tanto por los revoltosos hombres como por el hecho de que ahora Stoker se estaba acercando a Max con una expresión de gozosa incredulidad.

—¡Que me suspendan! —gritó—. ¿Es éste Max Spielman, debajo de todo ese pelo? —Extendió los brazos para abrazarlo, pero Max negó con la cabeza y levantó una mano haciendo un gesto de amenaza—. ¡Pero sí, es Max Spielman, el proctólogo sin dedo! ¿A quién nos queremos COMER esta vez, Maxie?

—¡Decano de los Suspendidos! —gritó Max.

A Stoker pareció ocurrírsele una nueva y deliciosa idea; se volvió hacia Anastasia con el rostro encendido.

—¿Sabías que era tu propio padre el que te estaba mirando con Croador? —Y dirigiéndose de nuevo a Max, sin esperar respuesta, dijo—: ¡Espera a que te vea Virginia Héctor con ese atuendo como del Antiguo Programa: se va a volver loca para siempre!

Apartándose de un brinco de nosotros, instruyó entonces a sus hombres para que comprobaran que los brazos y las piernas de Croador estaban bien asegurados por si se despertaba; volvió corriendo a nuestro lado y nos ordenó que subiéramos a los sidecars para viajar hasta la Central Eléctrica, donde, declaró, nos iríamos de juerga mientras Max y él recordaban los magníficos viejos tiempos en que habían logrado COMERSE a diez mil no graduados amaterasus a costa únicamente de un dedo índice moisiano.

—¡Vamos, levantaos ya! —les gritó a los luchadores que seguían revolcándose sobre la arena, quienes le contestaron:

—¡Que te suspendan!

Al final, el ayudante de la cara larga se hizo con una puya y los condujo para que echaran una mano con Croador.

—¡Un niño-cabra! —Stoker me dio unas palmaditas alegremente con una mano, y con la otra a Anastasia, sin prestar atención a sus pendencieros hombres, algunos de los cuales ahora sacaron unas petacas de sus pantalones mientras otros se pusieron a jugar con los motores de sus vehículos—. Y además un Gran Maestro, me ha parecido oír, ¿no? —Sobre eso, afirmó (sin detener su verborrea ni por un instante), tenía que contarle todo, ya que un cabrito era, en su opinión, la única criatura del

campus, al margen de su esposa, de la que podía aprender algo que valiera la pena saber. Y si más tarde, en la fiesta, yo consideraba que Anastasia era una compañera de casilla demasiado atrevida o complaciente, o demasiado limpia, digamos, para despertar mi pasión, estaba seguro de poder conseguirme alguna cabritilla en algún lugar de la Colina del Fundador, tal vez en el Vertedero de Basura.

Max se tapó los oídos al escuchar estas palabras; Anastasia se sonrojó y miró para otro lado. Yo estaba espantado y encantado al mismo tiempo por aquella lluvia de groserías, tan escandalosas y mordaces, y a pesar de lo indignado que me sentía no pude reprimir un esbozo de sonrisa que, me di cuenta, aquel ser despreciable notó al instante. Después siguió hablando, hilarante y lleno de energía, dándome palmadas en el pecho para subrayar lo que decía, revolviéndole el pelo a Anastasia, gesticulando con la pistola y el casco, adoptando poses en el resplandor de los faros de las motos y exhibiendo siempre aquella sonrisa que hacía resaltar la rojez de sus mejillas y la uniformidad de sus dientes.

—¡Mira lo que llevas en la cintura! —Me arrancó el amuleto que me había dado Max—. ¿Esto es lo que creo que es, viejo machote? Mira esto, Stacey. Te juro que tiene unas ostras de montaña en el cinturón^[11]. ¡De verdad! ¡Huevos de cabrito! ¿Serán los suyos? ¿Tú qué crees? Averígualo tú y mañana me lo cuentas... Oye, esto es lo que vamos a hacer (¿era *George*, verdad?): vamos a abrir un barril de cerveza y tú tocas la gaita. ¡Tú eres el Gran Maestro! Tú tocas la gaita mientras Maxie y yo tocamos un poco en el silbato de COMER, por los viejos tiempos. Y Stacey puede bailar con Croador. Tendrás una gaita, ¿verdad, George?

Anastasia, avergonzada, había apoyado la frente en mi brazo (Stoker se había quitado de entre nosotros para ilustrar la clase de baile que tenía en la cabeza), y para asegurarse que las palabras de su marido no me afectaban, le di unas inocentes palmaditas en el trasero, como era mi costumbre cuando había que tranquilizar a cualquier dama del rebaño. Ella levantó la mirada hacia mí muy sorprendida y también me apretó el brazo, presa de la incertidumbre, y Stoker dio rienda suelta a sus burlas y empezó a reírse a carcajadas.

—¡Olé! —gritaron algunos otros.

—¡Parra! —ordenó Max, dando una patada en el suelo.

—¡No, no, Maxie, acaba de empezar! Ten cuidado de que no te coma las horquillas, Stacey; éstos comen de todo, ¿sabes? No como tu amigo el gorila...

—¡No escucho! —gritó Max, y se tapó una vez más los oídos mientras me decía con desesperación—: ¡Dale palmaditas en la cabeza, si tienes que darrle palmaditas! ¡Con las chicas humanas es diferente! —Y entonces se dirigió a Stoker, con más determinación—: No soy su padre, Stoker, por mucho que quisiera serlo. Perro ni ella ni George se van a ir contigo. Primerro tendrás que matarme.

Anastasia protestó armando un gran revuelo; Stoker se rio, encantado, y sacó su pistola; las puyas avanzaron hacia nosotros. Comencé a sudar.

Max abrió los brazos.

—No, esperra —imploró—. Te prpongo un trrato. Una vez me contaste que habías visto a los bonifacistas quemarr a unos moisianos en la Revuelta, ¿ja?

—Sólo a unos pocos —contestó Stoker modestamente; era evidente que la perspectiva de hacer un trato le resultaba divertida—. Estaban seguros de que yo era un espía, pero no sabían para qué bando, así que el día en que hice un recorrido por sus campus de exterminio sólo quemaron a unos pocos.

La delgada cara de Max resplandeció.

—Perro me contaste que te había gustado, ¿ja?

—¡*Gustado!* Nunca había disfrutado tanto, salvo el día en que tú y yo apretamos el botón de COMER. ¡Vaya fiesta! Sobre todo estábamos impacientes por experimentar con un tipo que había ahí, un bioquímico llamado Schultz; a lo mejor has oído hablar de él. Se le había ocurrido que la única forma de evitar que la cultura del Campus Occidental se convirtiera en humo era volver a los moisianos a prueba de fuego, así que inventó una especie de *bagel* de asbestos, creo, y estuvo tres meses sin comer ninguna otra cosa. Después lo capturaron, y cuando los científicos bonifacistas se enteraron de lo que había estado haciendo, lo metieron directamente en el horno. ¡No se les pasa nada! Es sorprendente la *sed* que da estar en ese sitio, ¿sabes? La cerveza sigfridense es la mejor de la Universidad, y tenían dos barriles ahí al lado de los hornos: uno para los reclutas y otro para los oficiales y los invitados.

Entrecortadamente, pregunté:

—Y ¿funcionaron? ¿Los *bagels* funcionaron? —Y sólo me di cuenta de que había mordido el anzuelo cuando el regocijo de Stoker reverberó por todo el desfiladero.

—¡Que el Fundador te perrdone! —dijo Max en voz baja. Y después, dirigiéndose a Stoker—: Ríete todo lo que quieras. Tengo motivos parra crreerr que este niño es un Grran Maestro, aunque todavía tenga cosas que aprenderr. ¡Y esta pobrrre chica, la desgrraciada de tu esposa, es una grraduada aprobada como nunca ha habido nadie! Así que te prpongo este trrato, Stokerr, porr si queda en ti un ápice de honradez: deja que George y ella se vayan porr su cuenta al Grran Centro Comercial y haz lo que quieras conmigo. Quémame, si quieres, como al pobrrre Chaim Schultz... ¡que su mente tenga eterno descanso!

Stoker chasqueó los dedos.

—¡Chaim, eso era! Chaim Schultz, el bioquímico. Un tipo muy cálido. Muchos de los moisianos erais...

Ahora entre lágrimas, Max se arrojó a los pies de Stoker.

—¡Porr el amorr del Fundador, deja que se vayan! ¡Quémame a mí!

Anastasia y yo nos acercamos a toda prisa para tranquilizarlo; ella le aseguró (a pesar de que anteriormente se había quejado de lo contrario) que el ladrido de su marido era mucho peor que su mordisco en lo referente a maltratarla, y yo que tenía más fe en mi incorruptibilidad de la que parecía tener él, y ninguna intención de permitir que nadie sufriera en mi lugar. En cuanto a Anastasia, yo no estaba convencido de que su decisión de quedarse con Stoker hubiera sido tomada

libremente, y tampoco de que, por el contrario, fuera efecto de la coerción; pensaba investigar en profundidad la cuestión y actuar en consecuencia. Por lo tanto — prometí con cierto ardor—, los tres iríamos juntos, al Gran Centro Comercial y a la Puerta Principal o a la Central Eléctrica. Podría haber añadido que tenía curiosidad por ver con mis propios ojos en qué consistía realmente el suspenso, para comprender mejor su opuesto, y que estaba por ello deseando visitar tanto la Central Eléctrica como la Agencia de Detenciones Principales, pero decidí no hacerlo; también que el gesto patético de Max no me hacía sentir por él tanta gratitud y tanto respeto como desaprobación, e incluso un ligero e inexplicable desdén. Como amplificando mis propios sentimientos, Stoker dijo:

—¡Estos moisianos, lo juro por los bobos, *disfrutan* cuando se los persigue! —Su tono de voz era de lo más afable—. No dejéis que nadie os diga que son la clase elegida: ¡ellos se presentan voluntarios!

Entonces le ordenó a Max que se pusiera de pie y que dejara de hacer drama; podía quemarnos a los tres si eso era lo que le apetecía, afirmó, y echar al fuego también a Croador, lo cual era una asignatura pendiente, pero de hecho lo único que quería era atendernos como sus invitados esa noche, ya que nunca antes había tomado copas con un cabrito, por no hablar de un Gran Maestro.

—Nunca —dijo Max—. Estos niños y yo no vamos a irr.

Cogió a Anastasia por el brazo (que todavía estaba aferrada del mío) e hizo como si fuera a llevarnos lejos de allí. Los portadores de las puyas miraron a su jefe en busca de instrucciones; Anastasia vaciló, al igual que yo, incapaz de compartir la determinación de mi consejero.

—¡Mierda! —dijo Stoker, ignorándonos a todos—. ¡Hay un tipo al que *sí* que tenemos que quemar; casi se me olvida! El tipo negro ese que cogimos en la presa. Era amigo vuestro, ¿no?

Fue hasta uno de los sidecares y encendió una linterna: ahí estaba, despatarrado, con su piel marrón y su vellón blanco, G. Herrold. Tenía la cabeza echada hacia atrás. Cada gota de agua que había sobre su cuerpo resplandeció por separado bajo la luz de la linterna. Nos acercamos, impresionados, y observamos a nuestro amigo perdido. Max gimió y se tiró de la barba. Anastasia cogió al muerto por la muñeca y apoyó la oreja en su pecho.

—¿No está dormido, como Croador? —pregunté yo.

Ella negó con la cabeza.

—¡No puedo evitar sentir que es por *mi* culpa! Si no me hubiera visto en el puente...

Stoker nos miró alternativamente, sonriendo. Yo estaba muy afligido. Mi oscuro rescatador del elevador de cintas, del Estómago, del establo; mi primer amante y profesor de la llave Nelson; mi salvador, mi báculo y mi convocante (cuya mano izquierda todavía sujetaba el cuerno de cabro): era el primer humano muerto que

había visto. Tenía la boca abierta, por lo que le di un beso en la frente. Estaba fría, y noté en los labios, enfadado, gotas del río que al fin había cruzado.

—¡Este lugar está suspendido! —grité—. ¿Cómo se llama?

—Simplemente «el Desfiladero» —dijo Anastasia.

—Si te vas con este Decano de los Suspendidos —Max señaló a Stoker con una expresión sumamente seria—, bien puedes llamarlo también Salida del Sur, porque estarás suspendido seguro.

—Voy a ponerle *su* nombre —afirmé yo, refiriéndome a G. Herrold. Max mostró cierta sorpresa ante la firmeza de mi tono de voz, pero se encogió de hombros. Entonces anuncié a todos los presentes—: A partir de este momento, este río se llama *George*. Y el desfiladero es el Desfiladero de George.

Max asintió. Incluso Stoker inclinó la cabeza y sonrió con aprobación.

—Muy bien —dijo Max—. Y vamos a enterrarlo nosotros personalmente, aquí mismo. Ayúdame a levantarlo, George.

—¡Vamos, vamos, Maxie! —dijo Stoker, y se rio—. No se puede ir metiendo a la gente debajo de la tierra cuando a uno le da la gana. ¡Reglas de Sanidad! ¡Hay que rellenar formularios y contestar preguntas! Tenemos que llevarlo a la morgue y hacer que lo examinen, no llevará más que unos minutos. Y el Cementerio del Personal está justo en la Colina del Fundador, encima de la central; el Crematorio de la Facultad funciona con la misma energía de las calderas de vapor. —Y dirigiéndose a mí, añadió—: Una obra de ingeniería súper ingeniosa, la verdad: la diseñó el encargado principal de los hornos de la Facultad de Sigfrido en cuanto lo contratamos, justo después de la Revuelta... —Se interrumpió antes de que Max pudiera decir nada, y les ordenó a sus hombres que volvieran a poner en marcha los motores. Ellos contestaron con insultos, pero al final obedecieron cuando el teniente repitió la orden varias veces—. Subid, amigos; la noche no es eterna. Maxie, tú ve ahí con tu colega húmedo y cuida de que no se caiga. Vosotros, chicos, montaos conmigo. —Sonrió ante su involuntario juego de palabras y me cogió del codo para conducirme hacia su vehículo—. ¿Tú besas a las chicas antes de montarlas, George, o sólo las olfateas? Nunca he visto a una cabra hacerlo, aunque las admiro mucho.

—En realidad no soy una cabra —le expliqué yo con mucha educación—. Incluso es posible que no tenga de cabra nada en absoluto. Y nunca he montado a una chica humana, sólo cabritas, cuando era joven.

—¡No me digas!

Asentí, con la firme sospecha de que se estaba burlando de mí, pero sin que aquello me molestara apenas. Las advertencias de Max, la mortificada exclamación por parte de Anastasia (¡Maurice!), la lástima que me daba G. Herrold... toda la prudencia y toda la consideración eran arrastradas por el estrafalario entusiasmo de Stoker. Seguí parloteando, casi en contra de mi voluntad:

—G. Herrold y yo solíamos hacer cosillas, a veces, cuando luchábamos, hasta que Max me dijo que un Gran Maestro no debería dedicarse a esas actividades. De lo

contrario, estoy seguro de que disfrutaría mucho de Anastasia.

—¡Vaya, eso crees!

—Sí, señor.

—Te parece que tiene buen aspecto, ¿verdad?

—Sí, desde luego. Creo que sus tetas están considerablemente bien formadas, para ser una chica humana, y me gusta especialmente el parche de pelo negro que le vi... —Me volví hacia la dama que estaba elogiando, que se había sonrojado, y le toqué levemente la entrepierna con mi vara—. ¿Hay algún nombre especial para eso, señora? ¿Lo que nosotros llamamos el escudete?

La carcajada de Stoker resonó por encima del rugido de los motores. Anastasia se estremeció al sentir la punta de mi vara y soltó un gemido, pero no mi brazo. Desde atrás, la voz de Max se oyó con estridencia:

—¡Déjalo, George! ¡Querridos niño y niña, no lo hagáis! —Me di la vuelta: dos guardias, sonrientes y con la cara tiznada, lo estaban levantando para meterlo en el sidecar donde estaba G. Herrold—. ¡Cogedme a mí y dejad que se vayan! —lo oí suplicarle a uno de ellos—. Ni siquiera son moisianos. ¡Podéis pegarme y golpearme a mí!

Para animarlos, comenzó a aporrearse la cabeza con ambos puños y siguió haciéndolo incluso después de que lo hubieran depositado en el sidecar y se hubieran subido a sus motos. Perturbado por aquel espectáculo, sentí de nuevo esa vieja irritación que iba asociada, desde luego, a la mala conciencia. Ayudé a Anastasia a meterse en el sidecar de Stoker y me subí yo también para instalarme a su lado.

—No le hagas daño al doctor Spielman, Maurice —le rogó ella—. Es un hombre tan agradable que me gustaría que *de verdad* fuera mi padre. ¿Me lo prometes?

Stoker se montó en su asiento, sonriendo, y se puso el casco y las gafas.

—¡A Maxie no hace falta hacerle daño! ¡Se lo hace él solo!

Mi risa —no pude evitar reírme— quedó oculta tras el ruido de un pequeño silbato que hizo sonar varias veces, mientras hacía gestos con un brazo y gritaba:

—¡Adelante! ¡Adelante!

Se formó un gran estrépito cuando las motos aceleraron y empezaron a ponerse en movimiento, mientras sus conductores se daban codazos, se amenazaban y se cortaban el paso unos a otros, como si todos quisieran ponerse en cabeza.

—¡Fuera de mi camino, suspendido seas! —gritaba Stoker, y hacía sonar con fuerza su motor para intimidar a quienes tenía cerca; ellos lo insultaban a modo de respuesta, sonriendo, a veces en nuestro idioma, a veces en otros; estuvimos pululando durante unos momentos, sin que nadie supiera en qué dirección ir, como abejas sin reina, hasta que Stoker, a fuerza de golpes y empujones, deshizo el enredo; entonces soltó un grito exultante, hizo que petardeara su motor y se puso en marcha playa arriba. Los demás lo siguieron formando una fila no demasiado rigurosa, que fue serpenteando sobre el esquisto mientras sus miembros se chocaban de vez en cuando hasta que llegamos a la carretera que bajaba hasta el puente roto. Allí giramos

en dirección tierra adentro, ya por un pavimento más sólido. Stoker pisó el acelerador y nos alejamos del Desfiladero de George a una velocidad de vértigo. Yo iba fuertemente aferrado a la barra y al hombro de Anastasia, con la cabeza echada hacia atrás, y durante unos momentos estuve jadeando contra la corriente de aire.

—¡No tan rápido! —dijo Anastasia, inquieta.

Yo negué con la cabeza.

—Está bien —dije.

Los dientes de Stoker brillaron entre sus bigotes.

—¿Vas bien, eh, George?

—Creo... que me gusta.

—¡Hurra! —exclamó Stoker.

Entonces soltó el manillar para estrecharse su propia mano; Anastasia soltó un alarido y lo exhortó a que condujera con más cuidado. La verdad era que disfrutaba de la temeridad, al igual que sus colegas; no íbamos tanto en procesión como corriendo una carrera a estilo libre, que Stoker no lideraba por virtud de su rango sino por su velocidad y su audacia. Cuando alguien amenazaba con adelantarnos, Stoker le cortaba el paso y trataba de mandarlo a la cuneta o contra un terraplén; inevitablemente, su contrincante acababa por rendirse soltando exuberantes juramentos. Cualquier curva de la carretera, por muy cerrada o peligrosa que fuera, lo hacía aumentar la velocidad, en lugar de reducirla: nos ordenaba que nos inclináramos hacia la izquierda o la derecha, según el caso, y tomaba la curva derrapando salvajemente, a veces haciendo que el sidecar se levantara del pavimento. Cualquier señal de tráfico o semáforo que enfocara el faro (no había muchos) se convertía en un objetivo; sin perder velocidad ni por un instante, sacaba la pistola y disparaba, y lo mismo hacían algunos de quienes venían detrás. Y pobre del conejo, de la serpiente o de la comadreja que se cruzara en nuestro camino: si no había forma de hacer maniobrar la máquina para pasarle por encima, resultaba abatido por una descarga de balas que le llovían a medida que la fila pasaba rugiendo a su lado. Ante todas estas cosas, Anastasia chillaba y protestaba, salvo por el destino de los distintos animales, que hacía que se pusiera a darle golpes en el costado a su marido, entre sollozos, de modo que parecía tan excitada como asustada: entre los gritos y los movimientos que hacía con la cabeza, se notaba que respiraba de manera entrecortada; se sujetó con fuerza a mi piel de vellón y aunque cerraba los ojos cada vez que nos enfrentábamos a un nuevo peligro, vi que algunas veces le brillaban con gran intensidad. También yo, a pesar de que estaba asustado hasta la médula por la salvaje novedad de aquella experiencia, pocas veces había sentido una excitación semejante: incluso me descubrí aplaudiendo la puntería de Stoker por encima de las quejas de Anastasia y alabando sus maniobras más arriesgadas.

—¡No deberías animarlo! —me reprendió ella—. ¿Cómo puede ser que un Gran Maestro anime la conducción temeraria?

Yo admití, lleno de jovialidad, que no tenía la menor idea de si mi conducta era la más apropiada para un Gran Maestro, pero añadí también (la idea se me acababa de ocurrir):

—Pero seguro que está bien, en cualquier caso, si lo piensas, ya que es mi conducta y soy un Gran Maestro.

—¡Bien dicho! —Stoker volvió a soltar el manillar para aplaudir, y Anastasia me clavó las uñas en el brazo.

—Además —dije yo—, si no me equivoco, a ti también te gusta.

—¡A mí no me gusta!

Stoker la amonestó moviendo el índice.

—No discutas con el Gran Maestro, cariño; tú eres sólo una graduada. Oye, George, ¿de verdad es una graduada?

Yo examiné el rostro de Anastasia, su expresión severa. A pesar del barullo y la enloquecida velocidad, percibí en mi interior una fuerza peculiar: una claridad muscular y un tono de pensamiento como nunca o pocas veces había notado.

—Es posible que en realidad todavía no se haya graduado. Eso es lo que cree Max. Yo todavía no sé lo bastante como para poder decirlo. Pero estoy seguro de que si no lo ha hecho, debe estar a punto.

Stoker no pudo escuchar mis últimas palabras, ya que, al llegar a una intersección señalada por unos carteles, detuvo la moto derrapando y se bajó de ella de un salto. Anastasia, pese a todo, estaba tan impresionada que bajó la mirada, ignorando la revoltosa acción que tenía lugar delante de nosotros. El motivo de Stoker para parar fue que quería darle a uno de los indicadores de dirección un giro de noventa grados, «por una cuestión de principios», como afirmaría más tarde: principios por los cuales no sólo sacrificaba la primera posición, que tanto le había costado mantener, sino que también se jugaba la vida; algunas balas levantaron pequeñas nubes de polvo cerca sus botas mientras los demás pasaban como rayos, y otras impactaron contra la señal de tráfico, junto a la que estaba su cabeza.

—¿Me crees? —le pregunté a Anastasia.

Ella sonrió lánguidamente.

—Creo que sólo estás siendo amable. Pero te lo agradezco, te lo agradezco *mucho*. —Levantó la mirada—. ¡Casi ni siquiera he *pensado* en la graduación! Y eso que los chicos hablaban muchísimo de ello en la casa del tío Ira, cuando venían a verme. Yo siempre tenía esperanzas en que aprobaran los Exámenes Finales, lo esperaran ellos o no.

—¿No querías aprobarlos tú también?

—Ah, supongo que sí que lo he *pensado*. Un montón de veces. —Ahora que la fila de motos había pasado, el ambiente estaba silencioso salvo por el ruido de sus tubos de escape, que se iba desvaneciendo en la distancia, y podía oírla sin tener que hacer ningún esfuerzo—. Pero sé que esa idea, en mi caso, es una tontería, así que en

realidad nunca me he atrevido a *desearlo*. ¡Imagínate, yo aprobando los Finales, después de todo lo que he hecho!

—¿Crees en la Graduación, Anastasia?

—¿Que si creo? —La expresión de su rostro mostraba su azoramiento—. ¡Me moriría si no creyera! ¿Cómo iba a seguir viviendo, si no, después de algo como lo que ha pasado esta noche en la playa?

—Entonces tendrías que creer en lo que dijo Enós Enoc: «Aprobadas las violadas... —Me enredé el dedo en un mechón de pelo que le caía sobre la nuca—. Pues ellas serán mis novias vírgenes...».

—Creo en Enós Enoc —dijo ella en voz baja—. Creo en él de verdad.

Yo sonreí.

—Pero en mí no. ¿Por qué no crees también en mí?

Ella arrugó la frente.

—¡Quiero creer, George! De verdad. Pero tú eres tan *distinto* de Enós Enoc. No parece que odies mucho a Maurice, y hablas de una manera tan rara. Y mira lo que estás haciendo ahora... —Me apartó la mano de su pelo—. ¡Como si fueras un chico cualquiera! Enós Enoc no haría eso.

Stoker regresó tras haber cumplido con su misión en la señal (que ahora indicaba direcciones muy distintas), justo a tiempo para oír el famoso nombre.

—Ella tendría que haber sido una de las primeras enoquistas —me dijo—. Si la hubieran llevado al circo, habría hecho el amor con los leones, sólo para mantenerlos alejados de los demás, ya sabes. —Volvió a encender el motor y giró por un pequeño camino de tierra, que afirmó que nos conduciría a nuestro destino antes de que llegaran los demás. Entonces gritó, con una despreocupación que a mí me pareció fingida—: Oye, ¿por qué no la apruebas tú, si eres el Gran Maestro? Ya la has examinado en el puente, supongo.

—Eso es muy ingenioso —dije yo, ignorando la vergüenza de Anastasia.

Le expliqué entonces que aunque sin ninguna duda yo era un Gran Maestro, todavía no había comenzado a enseñar, ya que era necesario, en opinión de Max y también en la mía, que matriculara como cualquier estudiante normal y que me sometiera a los temidos Finales antes de descender hasta el Estómago del ORDACO, cambiar su MIRA y así proporcionarle tranquilidad a todo el cuerpo estudiantil. De hecho, por lo que yo era capaz de recordar, Max nunca había mencionado el aprobado o el suspendido de los estudiantes individuales en relación con mi programa, si bien a mí me parecía (ahora que me lo planteaba) que era un trabajo tan adecuado para un Gran Maestro como evitar la Tercera Revuelta Intercampus, tal vez incluso más adecuado. Era una cuestión sobre la que tendría que pensar. En cualquier caso, no tenía la impresión de que los Grandes Maestros y los Examinadores fueran lo mismo, en realidad: mi tarea, tal como yo la concebía, no era aprobar o suspender a nadie, sino indicar el camino hacia las Puertas de la Graduación, que yo mismo debía descubrir antes de poder guiar a otros hacia allí.

Así hablé, libre y ansiosamente como nunca antes, sintiendo por primera vez la fuerza del rol que había escogido y preguntándome, mientras hablaba, si había interpretado correctamente el oscuro mensaje de la frase *Aprobar a todos Suspende a todos*. Me sentí satisfecho al ver a Anastasia escuchar con toda su atención, aunque mirando para otro lado.

—¡El chiflado de Spielman! —Se maravilló Stoker, sumamente divertido (no teníamos más remedio que ir menos velozmente en la irregular carretera de tierra, de modo que podíamos hablar sin gritar)—. ¡Vaya pieza ha hecho de ti: un cabrito convencido de que es Enós Enoc!

Yo negué con la cabeza vigorosamente.

—No, no, estás completamente equivocado. En primer lugar, Max no me ha convencido: él es un excelente consejero y yo estoy en deuda porque me ha enseñado todo lo que sé, o casi; pero fui yo quien le dijo a él que soy el Gran Maestro. Todavía no me cree como debería, por mucho que lo intenta. Él *quiere* que sea cierto y sospecha que podría serlo, pero por el momento yo soy el único que sabe que lo es.

—Eres el chico de Max, en cualquier caso —insistió Stoker—. Si no, ¿de dónde ibas a sacar la idea de que tienes que cambiar la MIRA del ORDACO?

Admití que, en efecto, era Max quien había propuesto esa tarea en particular, cuya importancia, de todas maneras, yo afirmaba con vehemencia. Lo único que yo sabía era que tenía que salvar a la estudiantía: de qué, y cómo, la experiencia —y mi consejero— me lo aclararía.

—Y ¿qué me dices de tu comportamiento? —me preguntó Stoker, desafiante—. También es cosa de Max, ¿verdad?

—¿Cómo dices?

Entendí que me había preguntado en que *departamento* de la Facultad de New Tammany pensaba matricularme, y se me ocurrió que no había dedicado ni un instante a elegir especialidad desde que había descubierto, hacía ya algunos meses, que la asignatura Heroicidad no figuraba en el Plan de Estudios. Tendría que consultarlo con Max antes de ir a inscribirme.

—Me refiero a tu estúpida moral —dijo Stoker—. ¿De dónde ibas a sacar la idea de que no debes intentarlo con Stacey, si no de Max? Tú mismo has dicho que te gustaría, y te habrás dado cuenta de que ella está deseándolo.

—¡Maurice! —Anastasia se tapó los oídos.

—¿No fue Max el que te dijo que no podías ser un semental si querías ser Enós Enoc?

—A ver, escucha bien —dije con firmeza—, ése es otro error que cometéis todos todo el tiempo, y Max también. Puede que sea un Gran Maestro, soy el Gran Maestro, pero no soy Enós Enoc, y no quiero serlo. —Anastasia me miró, sorprendida—. Enós Enoc era Pastor Emérito, y yo soy el niño-cabra. Son dos cosas muy diferentes.

—¡Vaya, vamos a brindar por ello!

Stoker sacó una petaca negra, desenroscó el tapón con los dientes y renunció a una oportunidad clara para pegarle un tiro a una comadreja que pasaba por allí para tomar un trago. Después me la ofreció a mí.

—Los Grandes Maestros no beben —dijo Anastasia. Era en parte un ruego y en parte un desafío. Yo respondí aceptando la petaca.

—Beben cuando tienen sed.

Stoker se puso de un humor excelente. Había supuesto que era agua, y me atraganté con aquella cosa hirviente de la que tomé un buen trago, un licor oscuro manufacturado, según explicó Stoker, en la propia Central Eléctrica. Pese a todo, era una espléndida promesa contra el helado aire de la noche, así que logré darle un segundo trago antes de devolver la petaca. Anastasia se dio la vuelta soltando un suspiro.

—¡Qué bien, George! —dijo Stoker—. Me alegro de que Max no te haya echado completamente a perder.

Yo me mostré muy severo.

—Ya basta de hablar así de Max. Es un buen hombre, y me satisface poder contar con su consejo. No escucharía los de nadie más. —Me di una palmada en el pecho—. Pero el Gran Maestro soy yo, no él.

—¡Exactamente! Eso es exactamente lo que me parece a mí. —Stoker me pegó un puñetazo en el hombro—. Un anciano espléndido, pero *limitado*, ¿sabes? Lo que me preocupaba a mí, por lo virtuoso que te mostraste ahí antes, es que pensaba que a lo mejor te había cortado...

—¡Ay, por el amor del Fundador!

—¡No, de verdad! Pensaba que a lo mejor eran tus propias herramientas las que llevabas ahí en el cinturón.

Sin molestarme en contar su historia, afirmé que el amuleto de Freddie era más viejo que yo, y además declaré que no sólo no estaba castrado sino que sabía que mis dones viriles eran más grandes que los de cualquier cabro del rebaño, y también que los de Max y los del serista de la pradera de alforfón. Aunque no eran de la magnitud de los de Croador ni de los del difunto G. Herrold, que su mente tenga eterno descanso. Y esta observación me había conducido a...

—Voy a darle otro sorbo, si no te importa...

—¡Dale! —me animó Stoker.

—Gracias.

Y esta observación, continué diciendo, me había conducido a considerarme al menos tan bien dotado como mi sumamente generoso anfitrión y chófer, ya que veía que su piel, bajo el hollín, era blanca. Si no mejor, teniendo en cuenta su corta estatura. Lo decía, por supuesto, sin ánimo de ofender.

—¡Muéstranoslo todo! —gritó Stoker—. ¡Trae la linterna, Stacey!

—¡George, no lo hagas! —El ruego enfadado de Anastasia llegó justo a tiempo, puesto que yo no me sentía de ninguna manera renuente a comprobar mi suposición

—. Te está tomando el pelo. Sólo quiere burlarse de ti.

—¿Por qué? ¿Porque él es mejor? ¿Cómo lo sabes, hasta que nos hayas comparado?

Ella trató de explicarme, por encima de las carcajadas de Stoker, que yo estaba malinterpretando la cuestión, que tenía que ver más con la modestia que con los hechos.

—Ah —dije agradecido—. Quieres decir que no debería alardear. Perdón, todavía no he aprendido bien vuestros modales. Pero eso tiene sentido. Perdóname, Stoker. No quería ofenderte.

—¡No me ofendes! ¡No me ofendes! ¡Ah, qué fiesta vamos a montar esta noche! Anastasia negó con la cabeza y probó de nuevo:

—¡No es que lo ofendas a *él*, ni en un caso ni en otro! A ver, conociendo a Maurice, supongo que se sentiría decepcionado si la tiene más pequeña, ¡pero eso tampoco es lo que quería decir!

Stoker soltó una tremenda carcajada.

—¡Es sólo que no es correcto, en presencia de una dama! —gritó. Después añadió rápidamente—: Ya sé que no pretendías hacer nada *malo*, pero... —El esfuerzo por encontrar las palabras la hizo fruncir el ceño—. Me doy cuenta de que te han criado de un modo *distinto*, igual que a Croador...

Yo protesté (mientras el licor me quemaba desde la garganta hasta el estómago) diciendo que no era tan ignorante con relación a los modales del Campus Occidental: ¿acaso aquella misma tarde no la había reprendido por exhibir su escudete en el río George? Pero evidentemente había una diferencia esencial entre ambos casos: mi reproche no tenía que ver con la exhibición de la belleza como tal, ante lo cual nadie podría plantear ninguna objeción razonable sin propugnar que se tapara también la cara, y sus brazos, finamente modelados, y sus delicados corvejones, por no mencionar los demás incontables encantos de la naturaleza, desde el arco iris hasta los cardos en flor. No, era el *motivo* la causa de mi queja, no el hecho: su intento, como yo lo había malinterpretado, por poner en peligro la castidad de Gran Maestro que Max me había impuesto...

—¡Lo sabía! —dijo Stoker, triunfante.

—Pero ahora no era eso lo que tenía en la cabeza —dije—. Por supuesto, me sentiría halagado si pensais que todas mis partes también son hermosas; al pobre G. Herrold, que su mente tenga eterno descanso, le gustaban y a mí me satisfacen bastante, supongo. Pero la belleza aquí no es el tema; la cuestión era simplemente de tamaño. No entiendo qué tiene que ver con eso la corrección.

—¿No lo comprendes, mujer? —la amonestó Stoker—. De todas maneras, George, así es como funciona su cabeza: ella piensa que quieres metérsela.

—¡No pienso eso! —gritó Anastasia al mismo tiempo que yo declaraba:

—¡*Eso* es lo que quiero! —Y sin impacientarme lo más mínimo ante su consternación, dije—: ¿No lo había dejado claro? Nada me gustaría más que

aparearme contigo si no fuera el Gran Maestro. ¡Pero lo soy! Ni siquiera estoy seguro de que Max tenga razón en todo el tema este de la castidad; tendré que decidirlo por mí mismo. Si decido que tiene razón, nadie va a poder tentarme; si decido que no la tiene, nadie va a poder pararme.

—¡Escucha eso! ¡Escucha eso! —dijo Stoker.

Sonreí con gran solemnidad a aquella chica excelente.

—Sobre todo creo que sería maravilloso morderte la tripa, Anastasia. No para hacerte daño, en realidad, ya me entiendes. Tienes una tripa muy atractiva. Mucho.

En voz baja y con tono inseguro, ella dijo:

—Gracias.

—Siempre que tú *quisieras* que lo hiciera —añadí, a modo de advertencia particular a Stoker y para poner de manifiesto lo que consideraba la juiciosa prudencia de un Gran Maestro—. Eso es algo que ninguno de vosotros parece tener en cuenta: aparearse o lo que sea con una cabrita que no está en celo, quiero decir con una *chica*, por supuesto, no está nada bien. Ningún macho haría nunca nada parecido. Nadie podría *obligarlo* a hacerlo.

Stoker negó con la cabeza.

—Stacey podría. *Todo el mundo* se aparee con ella: rectores, tíos, señoras de la limpieza, cabritos... ¡todo el mundo! Y eso aunque no ha estado en celo en su vida.

—¿No es raro? ¿Por qué crees que es eso? —Se lo pregunté a ella, pero al ver que se había tapado el rostro ante la revelación de Stoker, cambié de tema muy discretamente—: ¿Te acuerdas de cómo se llamaba el cabro amigo tuyo, con el que te apareaste? Estoy seguro de que lo conocería si fuera uno de nuestros sementales.

Me quedé estupefacto cuando la vi echarse a llorar; no sólo no me permitió que la tranquilizara con la mano, sino que la apartó de la grupa como si la hubiera ofendido, y se puso a sacudir la cabeza de un lado al otro.

—¡Vamos, para! —le dije—. ¡No entiendo por qué lloras!

Deseé con todas mis fuerzas que Max hubiera estado allí para aconsejarme, a pesar de los placeres de la independencia de los que estaba disfrutando tanto; y es que aunque Maurice Stoker me parecía más interesante y estimulante que repulsivo, no me hacía ilusiones con respecto a su franqueza. Entonces él dijo:

—¿Qué es lo que no entiendes? ¡Admites que solías darle por el culo al viejo negro ese y ahora le dices a mi esposa que no vale ni para morderle la tripa! ¿Qué te crees, que la chica no tiene sentimientos?

—¡No es eso en absoluto! No le creas, Anastasia; ¡no es más que un Decano de los Suspendidos común y corriente, y yo soy el Gran Maestro! ¡Me *encantaría* morderte la tripa, de verdad que me encantaría!

—Ni siquiera Max podría oponerse a eso —afirmó Stoker.

—Y ¿qué importaría si se opusiera? Cualquier cosa que yo haga es lo que un Gran Maestro *debería* hacer. ¡Si muerdo a tu esposa en la tripa, entonces es que está *bien* morderla en la tripa!

Para que Anastasia no pensara que mis palabras eran retórica hueca o solícita disculpa, me dirigí de inmediato hacia ella, hincándome de rodillas y acercando mi cara a su vientre. A pesar del traqueteo del sidecar y de que ella comenzó a retorcerse y forcejear (lo cual yo tomé como si estuviera haciendo pucheros con todo el cuerpo), me las arreglé para atrapar a través de la tela de su vestido un pellizco de aquel lugar admirable y sumamente suave, y lo sujeté delicada pero implacablemente entre los dientes hasta que cesó de agitarse y sus manos dejaron de tratar de apartarme y se limitaron a agarrarme del pelo con fuerza. Noté que tomábamos una curva, pero estaba tan decidido a que ella proclamara la pertinencia de cualquier cosa que yo hiciera —una pertinencia, se me ocurrió mientras la mordía, *por definición*— que no la hubiera soltado ni siquiera cuando frenamos bruscamente si no hubiera sido porque el rugido de otros motores de repente nos rodeaba por todas partes. Renunciando a mi tierno trozo, levanté la cabeza y me encontré con un chorro de luz que me hizo parpadear; ascendimos sobre una plataforma de gravilla hasta quedar ante una inmensa puerta de hierro y entramos a la empinada y oscura ladera de una colina, vigilados por una horda de hombres armados con pistolas y tan tiznados de hollín como su amo. Sonrieron, al igual que los motoristas que se amontonaban allí, procedentes de distintas carreteras, derrapando cerca de nosotros, para gran asombro del rostro que se levantó del regazo de Anastasia. Pero la única risa que se oyó fue la de Stoker; cuando se apagaron los motores, dicha risa rebotó en la enorme puerta, metálica y resonante como ella.

6. EN LA CENTRAL ELÉCTRICA

—¡Bueno, ya estamos en casa! —gritó Stoker—. ¡Tendrás que terminar tu comida más tarde, viejo amigo! —A los guardias que protegían la puerta, les gritó—: ¡Abridla! —Y a su ayudante, que iba en la moto que teníamos más cerca (en la que estaba montado Max, que no me devolvió el saludo)—: Dile a Sear que traemos a un frumenciano muerto y a uno drogado al que tendría que echarle un vistazo. Y también a un niño-cabra, por si le interesa.

El teniente de facciones angulosas asintió con la cabeza. Al oír su orden (en una lengua que no era la nuestra), dos guardias que llevaban unos perros de aspecto feroz atados a sus correas abrieron una pequeña caja metálica que se encontraba cerca de la puerta e hicieron algo con las manos en su interior. Volvieron a encenderse los motores; Stoker me guiñó un ojo, me pasó de nuevo la petaca y encendió el nuestro. Con un chirrido, la pesada puerta comenzó a deslizarse: una luz naranja y humeante manaba desde la ranura, que cada vez era más grande. Mientras daba un sorbo, en mi encandilamiento, sólo tuve tiempo de notar que se veían otras puertas semejantes en franjas de un amarillo resplandeciente a diversas alturas en el muro de roca, y que una doble fila de focos azulados sobre unos postes muy altos, con una gruesa chimenea blanca entre ellos, se extendía sobre el terreno plano que había a la izquierda: una línea brillante y recta que se perdía en el horizonte. Entonces avanzamos hacia la puerta, haciendo crujir la gravilla. El vehículo del ayudante iba en primer lugar. Los guardias abrieron paso al oír sus juramentos y los de Stoker; los perros se lanzaron hacia Max, fueron controlados con cierto esfuerzo y me gruñeron también a mí cuando pasamos junto a ellos.

—¡Notan el olor a cabra! —dijo Stoker, riéndose.

Volví a sentarme en mi lugar, alterado por aquellas extrañas visiones; deseé que Max no estuviera tan taciturno; me quedé maravillado ante la puerta enrollable. Los solemnes ojos de Anastasia estaban fijos en mí. Le sonreí, tal vez salvajemente, y la acaricié con la mano donde la había mordido.

—No te ha dolido, ¿verdad?

Estaba muy atento, haciendo un gran esfuerzo por asimilar la cámara cavernosa en la que entramos, tallada en la piedra, en penumbra y llena de chimeneas y maquinaria pesada. Apenas entendí su respuesta, que pronunció casi en un susurro y con los ojos cerrados.

—¡Que el Fundador me ayude!

—¿Qué pasa? —Me acerqué un poco más.

Ella abrió ligeramente los ojos.

—¿Es *posible*? Ni siquiera me atrevo a *imaginarme*...

—¿Qué, que soy el Gran Maestro? Por supuesto que lo soy. —Ahora no veía nada más que sus ojos afligidos—. Si no lo fuera, no habría dicho que lo soy.

—Pero ¿cómo puede ser que un gran maestro... *muerda*? No lo entiendo.

Hice un gesto con las manos, con las palmas hacia arriba.

—Yo tampoco. Pero creo que hay más de un camino que lleva a las Puertas de la Graduación.

Ella apoyó la mano en mi antebrazo.

—¿No deberías ser amable y moderado? ¿Y sufrir? Eres muy *físico*, George...

—Claro que soy físico. Escucha, Anastasia... —Me resultaba interesante emplear su nombre—. ¿Tú quieres graduarte o no?

—¡Claro que quiero! —Sus ojos rebosaban de emoción—. Estoy tan avergonzada por todas las cosas que me han pasado. ¡Lo que quiero más que nada en el campus es descubrir cuál es la Respuesta!

—Yo también, y tengo la intención de descubrirla. Entonces podré dedicarme a enseñar, y el Día de la Graduación, los sabios aprobarán y los ignorantes suspenderán. ¿Acaso no crees eso?

El esfuerzo la hizo sentir un dolor evidente.

—*Quiero* creerlo...

Le apoyé solemnemente los labios en la frente.

—Cuando creas, serás mi primera discípula, Anastasia. Y la primera discípula será la primera graduada. Lo juro.

Podría haber añadido, al caer en la cuenta en ese momento y por mí mismo, que Max no se le había adelantado para recibir tal distinción; por mucho que él necesitara, quisiera y se esforzara por creer en mí, en realidad todavía tenía que lograrlo. Pero los motores rugieron de tal modo en los confines de aquella habitación que se hizo imposible seguir hablando. Sólo por ese motivo, quizá, mientras Anastasia sopesaba mis extrañas palabras, le dije impulsivamente:

—Te quiero bastante, ¿sabes?

Mediada esta declaración, los motores se pararon una vez más, todos al mismo tiempo, como si hubieran recibido alguna señal —aunque yo no podía imaginarme por qué ésa producía efectos de un modo tan eficaz y las demás no—, con el resultado de que mis últimas palabras se oyeron con claridad. Anastasia me tocó el vellón con la mano y le echó una mirada a Stoker, cosa que también hice yo. ¿Me habría oído él en medio de aquel estrépito? No estaba seguro de que me importara; ¡ni siquiera yo mismo podría haber dicho qué significaban mis palabras! Pero no me sentía tranquilo con la forma en que él sonreía y silbaba mientras las motocicletas aparcaban y sus conductores desmontaban. De un modo un tanto seco, mientras ayudaba a Anastasia a bajarse del sidecar, le dije:

—Ya sabes a lo que me refiero: como Max nos quería a todos los del rebaño, porque era nuestro cuidador. Un Gran Maestro quiere a todo el cuerpo estudiantil.

—Con sus tripas y todo, ¿verdad? —gritó Stoker. Nos cogió a los dos por el brazo—. Vamos a echar un vistazo a la central antes de ir a la fiesta.

Pero Anastasia negó con la cabeza. Ahora en su voz y en su rostro se podía notar una mezcla de irritación y hastío.

—Quiero irme a la cama, Maurice.

—¡A la cama! ¡Tenemos con nosotros a un Gran Maestro! Eso no pasa todos los días.

—Por favor —le dije yo—. No quisiera ser una carga...

—¿Cómo que una carga?

—Maurice... —Anastasia se tapó los ojos—. Croador me hizo *daño*. Por favor, deja que me vaya ahora.

Su marido soltó un suspiro.

—Bueno, de acuerdo. Mandaré a Sear para que te eche un vistazo.

Pero cuando ella insistió en que no necesitaba ni médicos ni medicinas, sólo descansar, él se encogió de hombros y la despachó con un jovial manotazo en las posaderas. Se me encogió el corazón y me sentí confuso.

—¿Ves lo caprichosa que es? —imploró Stoker—. ¡Y luego dicen que la maltrato! ¿Sabes qué, George? Ve con ella, alégrala un poco. Luego daremos una vuelta por la central.

Habló con la despreocupada autoridad que era habitual en él e incluso me dio un pequeño empujón para que fuera tras ella, que se estaba acercando a una pequeña puerta situada en la pared más lejana.

—*Verboten!* —gritó Max a mi espalda. Aquella palabra —no la había oído en años— me detuvo como un ronzal. Max también había bajado de su sidecar, y me miraba fijamente con una expresión de cansancio en el rostro. Muchas cabezas se volvieron; el idioma en que había sido proferida la orden, por lo visto, no era desconocido para algunos guardias, en particular para los que llevaban los perros.

—¡Que el Fundadorr la ayude, George! ¡Ella está en su poderr, y nosotros tenemos que elegirr! —Stoker, a mi lado, soltó un suspiro—. ¡Una chica o todo el cuerrpo estudiantil! —gritó Max—. Si no me cogen en tu lugarr, me voy a irr de aquí hasta que me detengan. —Miró con furia al oficial que estaba junto a él, el de la cara larga, que observaba sin inmutarse—. No les des ni un minuto más, Georggie. Ven conmigo; éste es un lugarr suspendido.

Me encontraba indeciso como el día en que el shofar había llamado desde el establo mientras la señora Pelocrema estaba en el bosquecillo de tsugas. Max echó una última mirada al cuerpo de G. Herrold, murmuró algo para su propia barba y escupió a los pies del oficial, algo de lo que jamás lo habría creído capaz. Se dio la vuelta y se dirigió hacia la gran puerta de hierro, que se estaba cerrando. Los guardias que se disponían a atraparlo fueron detenidos por un leve gesto del oficial, que con otro movimiento de la mano ordenó a los centinelas que no cerraran la puerta más de lo que estaba. Max se detuvo en la estrecha ranura, se dio la vuelta y me miró. Entonces dijo, con una voz terrible:

—¡Grran Maestro o cabrra!

Stoker sonrió; los guardias se quedaron quietos. Se oyeron los gruñidos de los perros por encima del pequeño tarareo de la maquinaria. Vi que Anastasia había abierto la pequeña puerta y había entrado en lo que, en aquel momento, descubrí que era un ascensor. Di un paso hacia ella, con la intención de decirle: «¡Ven con nosotros!». Pero en aquel momento, cerró la puerta. Stoker me hizo un gesto y yo me di la vuelta, palideciendo, pero Max, ay, había confundido aquel paso con una decisión y se había ido; esa puerta también estaba cerrada.

Stoker me dio una palmadita en el hombro.

—Que los suspendan a los dos, ¿no? ¡Mejor para ti! Haré que un hombre siga a Max para ver si está bien. Qué viejo loco magnífico, ese Max... ¡testarudo como una mula! ¡Está convencido de que soy el Decano de los Suspendidos! Me encanta tomarle el pelo con lo de los moisianos y los bonifacistas; se cree cualquier cosa que...

Interrumpiéndose, le ordenó a su teniente que se quitara el uniforme, adelantara a Max en un vehículo sin identificación y lo llevara a alguna posada de la facultad. El hombre hizo un saludo con los tacones de sus botas, y Stoker me condujo hacia la puerta tras la que había desaparecido Anastasia.

—Vamos, te voy a enseñar la central. ¡Vamos! —Se rio ante mi reticencia—. Max va a estar bien, y ya verás a Stacey luego. Ahora está enfadada por lo que le has dicho, pero se le pasará. Vaya chica, ¿verdad?

—Es... muy agradable —dije, y me dejé guiar.

—¡No puede decirle no a nadie! Ah, toma, seguro que tienes sed... —Me pasó la petaca—. Mira nuestros perros, por ejemplo: los sacamos de una perrera de la Facultad de Sigfrido, donde los habían adiestrado para que mordieran a cualquiera que no tuviera el pelo rubio y los ojos azules. Si yo me acerco, me arrancan un brazo; pero cuando pasa Stacey, se echan al suelo como cachorritos, para que les rasque la panza. Me refiero a los machos, por supuesto. Con las hembras no tiene nada que hacer; se ponen celosas como si estuvieran en el Club de Mujeres de la Facultad. Dale, George.

Recibí con agrado el licor. Uno de los ayudantes de Stoker apretó un botón que había al lado de la puerta del ascensor y nos quedamos esperando a que se abriera.

—No, en serio, esa mujer es impresionante. —A Stoker le brillaban los ojos y me dijo, tapándose la boca con la mano, entre burlones susurros—: Los sigfridenses, ya sabes... No hay nadie más listo que ellos. Adiestraron a esos perros para que se follaran a la chicas de colegio mixto moisianas en sus campus de exterminio. Pregúntale a tu amigo Eierkopf al respecto. ¿Max no dijo antes algo sobre él? Él te dirá que todo se hizo por el desarrollo de la ciencia, pero tú ya conoces a los sigfridenses, ya sabes qué clase de gente son. Una vez le pregunté a uno de sus oficiales qué pasaría si una chica moisiana tuviera cachorros con un perro guardián sigfridense pura sangre. ¿No estaría contribuyendo a empeorar la raza? Y él me contestó: «Cuando eso pasa, a los perros condones ponemos, igual que nosotros».

Incluso me mostró las órdenes que había recibido de *Der Oberbefehlshaber-Professor: Blausiegelen* para los reclutas, *Superblausiegelen* para los oficiales. ¡Eso sí que es ciencia! Dame, yo también quiero un poco.

Le dio un trago a la petaca, se limpió la cara tiznada con el dorso de la mano y me volvió a pasar el licor. Entonces, con un gran eructo, retomó su anécdota:

—¡Imagínate cómo fue cuando tuvimos que enseñarles a los perros a abandonar esa pequeña costumbre! Si Stacey no nos hubiera ayudado a hacer que lo fueran haciendo gradualmente —como desenganchan a la gente de los narcóticos en el Departamento de Psicología, ¿sabes?—, esos hijos de perra habrían cubierto a todas las esposas de los miembros del consejo de administración que vinieran a la central a darse una vuelta. —Negó con la cabeza en expresión de simpática desesperanza—. Después tuvimos que hacer que Stacey abandonara esa costumbre poco a poco; «No soporto oír cómo gimotean esos pobrecillos», solía decir. ¡No es de extrañar que las perras no la quieran ni ver!

Al fin se abrió la puerta del ascensor y entré con Stoker y dos o tres guardias; era el primer ascensor que veía en la vida. Otros guardias, observé, habían colocado a Croador, que todavía estaba inconsciente, sobre una gran mesa con ruedas, que ahora se llevaron; y apareció otra similar junto al sidecar donde yacía G. Herrold.

—No deberían odiarla, de todas maneras —dije reflexivamente, refiriéndome a las perras guardianas. Por motivos obvios, la historia de Anastasia y los perros no me afectaba como podría afectar a un humano común y corriente—. ¿No entienden que sólo estaba ayudando a sus compañeros?

Stoker me abrazó con fuerza. En ese mismo momento, el ascensor comenzó a subir.

—¡Eso es lo que estaba haciendo! ¡Eso es lo que estaba haciendo, George! ¡Ah, ya verás cuando te vea Sear! ¡Tenemos que decirle a la esposa de Lucky Rexford y a todas las demás que no sean tan poco razonables! ¡Stacey sólo está tratando de ayudar a sus pobres maridos!

—Tu esposa es muy cariñosa en ese sentido —dije con firmeza—. Muy generosa.

—¡Ah, sí! —rugió Stoker—. ¡Vaya si lo es!

Yo sabía que se estaba burlando de mí, pero el fuerte licor, tal vez, hacía que no me importara.

—Me pregunto si de verdad la aprecias —insistí—. Crees que hace cosas por motivos suspendidos, o por lo menos finges creer eso. Pero no es así. Ella no quería que Croador la cubriera esta tarde; contaba con que tú llegarías a rescatarla a tiempo. Y sin duda habrías llegado, si hubieras podido ver cómo temblaba; ¡no es lo bastante grande para él! Y sin embargo, estaba dispuesta a dejar que sucediera para que nosotros no corriéramos peligro...

—¡Una oveja! —Stoker se había puesto todo rojo y tenía el ceño fruncido, era la primera vez que no lo veía sonreír, y su tono de voz era fuerte y áspero—. ¡Es una oveja, y Spielman es otra! «Bee, bee, llevadme al matadero». ¡Con sus grandes ojos

de ovejas idiotas! «Hacednos lo que queráis, nosotras no mordemos». ¡Están hechas para que las maltraten! ¿Por qué no *luchan*?

El ascensor se detuvo; su puerta se abrió silenciosamente a un estrecho pasillo. Stoker me miró; los demás se quedaron quietos, inexpresivos. Yo estaba tan excitado como alterado por el estallido de Stoker y, habiendo abandonado a Max, ahora salí en su defensa.

—Max tiene sus defectos, Stoker, pero no es un cobarde.

—¡Es una oveja! —Su voz resonó por todo el pasillo. Nadie hizo ningún movimiento para salir del ascensor—. ¡Una oveja moisiana! «¡Por favor, señor, córteme el pescuezo!».

—No. Es un gran pastor de cabras y un gran científico. Y el mejor consejero que ningún héroe ha tenido nunca.

Stoker seguía echando chispas por los ojos, pero parecía haber recuperado los papeles.

—Sin embargo, me he dado cuenta de que tú no sigues sus consejos. No hay que confundir a las ovejas con las cabras, ¿eh? —Ahora se reía de un modo despreocupado, ¡y todavía estábamos en el ascensor!—. Con consejos o sin ellos, los cabros necesitamos una cabrita de vez en cuando, ¿verdad?

—Tú no eres en parte cabra, ¿verdad? No tienes ninguna pinta de cabra.

—Mira, George... —Salió conmigo al pasillo y señaló una puerta cerrada que había al fondo, a la izquierda—. El dormitorio de mi esposa está ahí al final. Te está esperando. Ahora ve con ella, corre.

Por mucho que aquella idea me conmoviera, negué con la cabeza.

—No me he quedado aquí por eso. Además, por algún motivo ella está enfadada conmigo.

—¡Vamos, ve! ¡Eso es porque tú dijiste que no la querías más de lo que querías a las demás chicas! ¡Un comentario con muy poco tacto, para venir de un Gran Maestro! No, no te disculpes... —Yo sólo me disponía a protestar—. Ya sé que no querías herir los sentimientos de la chica. Pero ella es *sensible*, ¿sabes? Entre nosotros, los humanos, cuando un tipo le muerde la tripa a una chica, se supone que tiene que seguir. Vamos, ve ahí y dile que lo sientes, y cúbrela especialmente bien para consolarla. Eso es lo que ella está esperando.

Yo sonreí.

—No lo entiendes...

—¡Sí que lo entiendo! Eres tú el que no lo entiende. ¡La chica está en *celo*, por el amor del Fundador!

Examiné minuciosamente su rostro para saber si estaba bromeando. Las hembras humanas, por lo que yo sabía, no tenían una temporada de apareamiento en particular, y carecían también, desde luego, de colas que pudieran menear a la estimulante manera de una cabritilla lujuriosa; con franqueza, yo no me había dado cuenta de que pudiera haber otras señales, tan inconfundibles entre la estudiantía como lo era una

vulva bien enrojecida en nuestro rebaño en el período que va desde el equinoccio de otoño hasta el de primavera. La idea de que Anastasia estaba en celo arrojó una considerable luz sobre los aspectos psicológicos de su conducta, tuve que admitir, por muy oscuros que siguieran siendo los aspectos morales. Es más, me pareció que desproveía de todo sentido tanto la acusación, por parte de Stoker, de concupiscencia deliberada como la alegación, por parte de Anastasia, de estar sacrificándose por caridad, ninguna de las cuales me había dado la impresión de hacer realmente al caso. Yo sabía que era un cabrito metido en la compleja maraña de la moral humana; sin duda, habría cuestiones de las que yo no era consciente, pero a pesar de todo me hubiera gustado mucho preguntarle a Max en aquel preciso momento por qué el fenómeno del apareamiento (indiscriminado por naturaleza) se consideraba un hecho neutro, incluso un mérito, en los establos, y una probable causa de suspenso en el campus humano. Dado que incluso las consideraciones eugenésicas (o sociales, de las que yo apenas estaba al tanto) adoptaban, en el ámbito de la estudiantía, una forma moral, de modo que por alguna intrincada razón era indeseable que una mujer concibiera hijos de un progenitor que no fuera su marido, ¿con qué fundamento el Fundador advertía contra «desear a la mujer del compañero de clase» si uno podía tomar las precauciones anticonceptivas que yo había visto mencionadas a lo largo de mis lecturas? ¿O al cruce de miembros deseables de una especie distinta (como Max con las cabras y Anastasia con los perros guardianes), o con compañeros del propio sexo, en todos cuyos casos la reproducción quedaba descartada? Supuse que habría otros factores a tener en cuenta —me vino a la cabeza mi sueño con Mary V. Appenzeller, junto con una súbita sensación de vergüenza, misteriosa e irracional—, pero no era capaz de imaginarme qué factores serían.

En cualquier caso, Stoker antes había dicho que Anastasia nunca entraba en celo. Al recordar esto, me di cuenta de que estaba tomándome el pelo de nuevo, y decidí devolverle la jugada.

—¿Acaso no se supone que un marido tiene que cubrir a su esposa? —le pregunté con mucha educación—. Afirmas que no estás castrado; ¿eres impotente, como era al final Brickett Ranúnculo?

Su rostro, siempre rebotante de color, se oscureció varios grados; su mirada adoptó un aire de ferocidad.

—¿Impotente? ¿*Impotente*? —Pensé muy en serio que me iba a agredir, de modo que aferré mi vara para defenderme. Pero de nuevo su enfado se convirtió en un intenso júbilo—. ¡Ah! ¿Sabes quién soy yo? ¿Sabes dónde estás? ¡Ah, por favor! —Me agarró del brazo y volvió a meterme en el ascensor—. ¡*Impotente*! Apretó otro botón y soltó una alegre carcajada. Además, cuando el ascensor comenzó a subir, se tiró un sonoro pedo, tal vez a modo de demostración preliminar de su potencia. Yo le di otro trago al licor y sonreí, satisfecho por haber conseguido hacerlo perder los estribos, pero ya estaba deseoso de salir de aquel compartimento cuando la puerta se abrió.

La habitación en la que entramos ahora (nuestros acompañantes de cara de palo se quedaron, por alguna razón, en el ascensor) tenía el techo bajo y estaba brillantemente iluminada y silenciosa. Las paredes eran lisas y de un blanco reluciente, y carecían de decoración salvo por una gran fotografía de un joven sonriente y guapo que no me resultó familiar. El suelo estaba cubierto por una gruesa moqueta. Una docena de hombres, o más, bien afeitados y limpios de hollín, estaban de pie, preparados, ante unas grandes consolas llenas de pantallas y botones, en las cuales parpadeaban luces de diversos colores; me fijé en que llevaban unos uniformes inmaculados, a diferencia del variopinto grupo de guardianes que había abajo. En una de las paredes había una fuerte malla de acero a través de la cual vi una habitación bastante similar a la nuestra; la única diferencia perceptible era el atuendo de los encargados, de un color y un corte bien distintos en ambos lados: en el de los del nuestro, era verde rododendro, y en el de los del otro, rojo óxido. Salvo por el chasquido amortiguado de los interruptores y el zumbido de las bobinas de cinta procedente de una fila de vitrinas acristaladas, el lugar estaba en silencio, a tal punto, y tan absortos estaban vigilando las pantallas, que traté de no hacer ruido al entrar, pero Stoker eructó de una manera casi desafiante, aunque en vano, ya que nadie siquiera miró hacia donde estaba él.

—Ahora estás en el interior de la Colina del Fundador, ¿sabes? —Habló con voz enfadada y voluntariamente estruendosa, tan discordante como las manchas de suciedad que nuestros zapatos dejaban en la moqueta—. ¿Te interesa la energía? ¡Toda la energía de este campus procede de aquí! ¡La misma energía que hace que la Universidad funcione! Ésta es la Sala de Control.

No parecía tranquilo, y le molestó que le preguntara si aquellos encargados estaban bajo sus órdenes.

—¿Para qué iba a querer yo a gente como ésta? No hablan mi idioma —De todas maneras, se apresuró a añadir, al captar mi insinuación, que aunque los vigilantes de las pantallas respondían sólo ante el rector, no debería cometer el error de pensar que su potencia, la de Stoker, quedaba por ello mermada. La energía era meramente controlada y dirigida desde esta habitación; pero se originaba «ahí abajo», en el terreno de Stoker. Además, los llamados controladores no tenían ninguna autoridad real; sólo se encargaban de observar las pantallas y de manejar los interruptores, pero las instrucciones que en realidad cumplían no provenían ni siquiera del rector, sino de aquel panel lleno de cintas. En resumen, del ORDACO.

—¡Del ORDACO! —Fruñí el ceño y observé cómo las bobinas marcaban el pulso y se estremecían como si hubieran descubierto que les habían tendido una emboscada—. ¡Pensaba que el ORDACO estaba en la Sala de la Torre!

—Bueno, ésta es sólo una de sus ramas, ¿sabes? Ni siquiera eso: es una hoja. Aquí se programan las necesidades energéticas del Campus Occidental, incluidas las suyas.

Mientras avanzamos entre las consolas (Stoker le sacó la lengua a varios encargados), me instó a que no olvidara aquella última cuestión: el ORDACO, como sostenía correctamente la gente, era la sede y el instrumento de la energía y el poder del Campus Occidental: del poder mental, del poder militar y por lo tanto también, de una manera indirecta, del poder político y económico. Pero en esencia no era más que una herramienta para la gestión, absolutamente dependiente de la energía que se le suministraba, siguiendo sus propias instrucciones, desde «ahí abajo». En resumen, la energía y el poder que controlaba en última instancia la Central Eléctrica se originaba en la Central Eléctrica, necesaria y exclusivamente, y la Central Eléctrica formaba parte de sus dominios, los de Stoker.

—Si no te importa que te lo pregunte: ¿cómo llegaste a estar a cargo de la central?

Él sonrió.

—Me nombró el ORDACO.

Cuando hube asimilado esta nueva paradoja, me condujo hasta la separación de la malla de acero, sobre la cual ahora vi unas señales de alarma en diversos idiomas.

—Esta malla está en la frontera entre el Campus del Este y el Campus Occidental —dijo—. La división atraviesa la Colina del Fundador. No la toques, por cierto, o te cocerás; la que señala la frontera es de alto voltaje, como la Línea Principal de Energía que has visto fuera.

Yo estaba lo bastante familiarizado con las vallas eléctricas de los pastos como para entender lo que me estaba diciendo; desde una respetuosa distancia, observé con interés a los hombres que había al otro lado.

—¿Ésos son verdaderos nikolayanos o como se llamen? —El término que designa su sistema administrativo se me había olvidado, a lo cual tal vez hubiera contribuido el oscuro licor.

—¡Totalmente! ¡Enemigos de la educación privada! ¡Compañeros de clase en una facultad sin clases! ¡Unionistas estudiantiles afundadoristas! Ya ves lo distinta que es su forma de vida de la nuestra. —Su tono era sarcástico y, de hecho, salvo por su forma de vestir y por el hecho de que sus consolas, y sus encargados les daban la espalda a las nuestras (que, por su parte, les daban la espalda a las suyas), no pude apreciar grandes diferencias entre ambas habitaciones. Quizá su maquinaria fuera un poco más grande; me pareció que la nuestra tenía unas luces más coloridas. En la malla de acero había una pequeña puerta del mismo material. Stoker se acercó a ella y soltó un grito en lo que no pareció ser ningún idioma en particular, sino meramente un alarido insultante acompañado por muecas, patadas en el suelo y movimientos con los brazos.

—¡Buaaah! *Niet! Da!* ¡Ábrete sésamo! *Borscht, borscht!*

De repente un hombre que se encontraba cerca de nosotros giró una serie de ruedecillas de su pantalla y del lado de los nikolayanos un joven bajo y fornido con un parche negro en el ojo hizo lo mismo. A ambos lados aparecieron unos guardias

impasibles armados con rifles —habían estado de pie, atentos en sus rincones y tan rígidos que yo no me había percatado de su presencia—, levantaron los seguros de sus armas y se prepararon para utilizarlas. La puerta se abrió por sí misma.

—No te muevas —me previno Stoker. Pero él atravesó la puerta pavoneándose, hizo una amplia referencia a los fusileros nikolayanos (saludándolos también con un sonoro pedo) y volvió para presentarles también sus respetos a los guardias que estaban de nuestro lado. Se volvieron a girar las ruedecillas, la puerta se cerró y ella sola se echó el pestillo; los guardias marcharon hasta sus esquinas. Salvo yo, que contuve la respiración debido al asombro, y el joven nikolayano con el parche en el ojo, que sonrió y negó con la cabeza, nadie pareció ni siquiera darse cuenta de lo que había pasado, y mucho menos tener la intención de protestar por ello.

—Nadie más tiene autorización para pasar por ahí —dijo Stoker—. Conmigo tienen que aguantarse, les guste o no, y no les gusta en ninguno de los dos lados. Pero tienen que tener energía y poder si van a ser enemigos.

Yo me había preguntado si habría un homólogo de Stoker en el lado nikolayano de la malla; evidentemente, no lo había. Entonces le pregunté por qué, si una única fuente proporcionaba la energía tanto del ORDACO como del ORDACE, y él controlaba dicha fuente, no podía, por su cuenta, eliminar el peligro de una Tercera Revuelta Intercampus cortando la energía o amenazando con hacerlo.

—Ésa es una pregunta típica de Max Spielman —dijo con cierto desdén—. ¡Tú no entiendes lo que es la energía! ¡La caldera no apaga el termostato! ¡Quieres que el corazón decida matar al cerebro, pero no puede hacerlo! El corazón podría *matar* al cerebro, pero no puede *decidir* hacerlo; sólo el cerebro puede decidir. ¡Pero no olvides que, pese a todo, obtiene su poder de decisión del corazón! —Movié la mano con impaciencia—. ¡Suspendido sea todo esto! Vamos, voy a enseñártelo.

Antes de irnos, sin embargo, se tomó la molestia de taponarle la vista al encargado que teníamos más cerca situándose frente a él, nariz contra nariz, y poniendo una cara grotesca, que el hombre ignoró como si Stoker fuera invisible. Y yo me fijé en que cuando el mismo encargado se dispuso a apretar un botón que estaba parpadeando en el panel, Stoker hizo como si fuera a agarrarle la mano, sólo por incordiar, pero no llegó a tocarlo, e incluso se apartó ligeramente para dejarlo pasar, aunque sin dejar de jurar. Después, para no confinar su desprecio exclusivamente a los vigilantes del Campus Occidental, escupió girando la cabeza hacia los nikolayanos: las gotas de saliva impactaron contra la malla con un estallido y crepitaron al convertirse en volutas de vapor.

—Odio este sitio —gruñó.

Regresamos al ascensor, apretamos el botón de la planta inferior y descendimos a una distancia mucho mayor que la que habíamos recorrido al subir. El rostro de Stoker se iba iluminando a medida que bajábamos; también los guardias parecían más tranquilos cada vez que pasábamos al siguiente nivel. Yo estaba un tanto mareado por la sensación de caída —y también por el licor, sin duda—, pero se trataba de una

sensación más curiosa que desagradable, y decidí no renunciar a la petaca debido a ella.

Un estrépito monstruoso se elevaba en torno a nosotros mientras descendíamos, y su volumen se duplicó con la colisión que se produjo al abrirse la puerta deslizándose hacia atrás; un rugido como el de un trueno interminable que estremecía el corazón.

—¡La Sala de Calderas! —me gritó Stoker al oído; casi no pude oírlo. Al principio, debido a la oscuridad, sólo podía ver que habíamos salido a un gran balcón, detrás y debajo del cual había considerables fuentes de vapor encendidas por fuegos intermitentes. El aire estaba caliente y tenía el mismo hedor de las velas para fumigar que a veces empleábamos en los establos, y el estrépito nos atacaba desde cerca y desde lejos: ¡chirridos, alaridos, chasquidos, rugidos, susurros, estallidos, gritos! Cuando los ojos se me acostumbraron a la oscuridad, me acerqué a la barandilla, donde estaba Stoker, y me di cuenta de lo verdaderamente apabullante que resultaba aquel lugar: el balcón se encontraba a una distancia del suelo como la que hay desde el tejado de un establo, y el techo se perdía entre los oscuros vapores por encima de nosotros; un rebaño bien amplio podría desperdigarse en el espacio que había entre las paredes, talladas ásperamente en las entrañas de las montañas, negras como el carbón y bastante calientes. Cubas o calderos enormes como silos se alzaban ante nosotros, intercalados con pasarelas, chimeneas y cables; el resplandor rojo surgía de abajo de ellos, donde unos grandes fuegos parecían propagarse bajo el suelo. El vapor se elevaba por todas partes: desde las juntas de las placas con que estaban hechos los calderos, desde unas válvulas grandes como ruedas de ferrocarril, desde las vagonetas de acero llenas de ceniza o desde las piedras que circulaban sobre unos raíles por todos los pasillos, incluso desde las fisuras existentes en las paredes y en el suelo. Tropas de trabajadores mugrientos y fornidos, entre los que se contaban unas cuantas mujeres, corrían de aquí para allá, esforzándose y jurando. Desnudos de cintura para arriba o cubiertos de tela vaquera empapada en sudor y unos harapos negros sobre la cabeza, luchaban con los vástagos de las válvulas y las manivelas de los distintos engranajes, empleaban llaves inglesas grandes como palancas para hacer girar unos inmensos pernos y avivaban los espantosos fuegos con arietes. Chillaban los silbatos; desde arriba y abajo se daban órdenes a gritos; todo el mundo parecía interponerse en el camino de los demás. Se abrían las válvulas de vapor sin previo aviso, y aquellos que se hallaban cerca de ellas tenían que apartarse de un salto si querían conservar la vida; las vagonetas se lanzaban imprudentemente por los carriles a través de los pasillos atestados de gente, y a veces colisionaban unas con otras y derramaban la mitad de su cargamento sobre las vías; de las pasarelas caían contenedores vacíos; los pies sufrían pisotones, las espinillas patadas, y los dedos de las manos quedaban aplastados; a la menor ocasión estallaban peleas entre distintos grupos de trabajadores cuyos caminos resultaban cruzarse —personal de las vagonetas y encargados de las calderas, por ejemplo— o entre miembros del mismo grupo, sin motivo aparente y ya fuera para entretenerse o para manifestar su

indignación. Por último, parecía prevalecer un continuo estado de emergencia: las puertas de las calderas se abrían solas; los cambios de agujas de las vías se activaban en el último segundo; las manivelas se atascaban; los cables se rompían; las chimeneas de vapor se atoraban. Los técnicos de reparaciones dejaron una fuga a medio arreglar para ir corriendo a cortar un cable que se había salido de su lugar y que, colgando sobre ellos, amenazaba con asar a un grupo de trabajadores que se dedicaban a avivar el fuego; al provocar el cortocircuito, sin embargo, por algún motivo se abrió la trampilla de una tolva que transportaba cenizas volantes y que avanzaba por el aire suspendida de una grúa corrediza, y ambos grupos quedaron medio enterrados por la avalancha de mugre. Los puños comenzaron a agitarse al instante, junto con las llaves inglesas y las manivelas; un hombre cayó pesadamente sobre el polvo, no sé si muerto o desmayado, y otros sin duda lo habrían seguido de no ser porque la atención de todos fue captada por un chillido procedente de la tubería cuya fuga no habían terminado de arreglar. Ahora surgió de ella un líquido hirviente, que cayó sobre un termostato iluminado, grande como una ventana, en cuya esfera vi cómo una gran aguja negra avanzaba con firmeza hacia la zona marcada de rojo. Unos cuantos técnicos de reparaciones abandonaron la pelea para dirigirse a toda prisa hacia la tubería; otros tantos salieron corriendo en la dirección contraria. Dos de los trabajadores pertenecientes al grupo de las calderas se llevaron a rastras a su compañero caído, un tercero saltó sobre las cenizas y, llorando, le arrancó un mechón de pelo, mientras un cuarto echaba la cabeza hacia atrás y se reía de todo aquel espectáculo, hasta que todos se vieron obligados a apartarse de un salto para esquivar a una vagoneta vacía que llegó por su pasillo embistiendo como un cabro enloquecido y logró abrirse paso entre las cenizas volantes.

Allí resultaba imposible conservar la calma; me vi arrastrado, al igual que Stoker y sus guardias, hacia el estruendoso caos general. Tanto la indagación como la explicación eran implanteables.

—¡Aquí está toda la energía! —me gritó Stoker. Sonriendo, se dio unos golpes en el pecho con una mano y extendió la otra hacia el alboroto que teníamos ante nosotros—. ¡Un volcán con una tapa puesta encima!

De repente, se marchó corriendo hacia un extremo del balcón y avanzó por la pasarela que pasaba debajo del termostato. Los guardias corrieron tras él, y yo los seguí lo más rápido que pude. Íbamos hacia el grupo que ahora rodeaba, forcejeando, la tubería que tenía una fuga. Todos teníamos los ojos como platos y gritábamos, yo incluido; era impensable no abrir los ojos y gritar, aunque no tengo ni idea de qué era lo que decíamos, si es que eran palabras lo que proferíamos. Stoker bramó por encima de todos los demás:

—¡Eh, ahí! ¡Oye! ¡Eh!

Entonces se puso a insultar a la aglomeración de sudorosos trabajadores que no dejaban de reírse; sacudió a los hombres y pellizcó a las robustas mujeres mientras miraba, de vez en cuando (como hacíamos todos los demás) la aguja del termostato,

que medía como un metro de largo y que seguía avanzando lentamente. No importaba lo que significaran aquellos números; era del todo evidente que los más bajos eran negros y los más altos, rojos, dados el estado de consternación general y el horrible estrépito que tenía lugar debajo de la caldera. Stoker se abrió paso a golpes hasta el centro del grupo con la ayuda de una larga barra de acero —una especie de palanca gigantesca, como la pata de una cabra grande— que le había cogido a un negro que había entre la multitud. Su objetivo era el vástago de una válvula que estaba un poco más allá de la fuga, que ahora producía un silbido atronador; le dio dos golpes con su inmensa herramienta, con la que inadvertidamente hirió a unos cuantos técnicos de reparaciones cuando la echó hacia atrás para tomar impulso, y después la introdujo allí por un extremo, como si de un cabrestante se tratara.

—¡Vaaa! —rugió, y empujó hacia la palanca al hombre que tenía al lado, que la cogió y tiró de ella con toda su fuerza—. ¡Eh, tú, ahí! —le gritó a otro—. ¡Mueve el culo! —Y el segundo abrazó la cintura del primero, pero ni entre los dos pudieron mover la válvula.

Entonces todos los demás se pusieron a ello con gran energía; Stoker los asía del cuello y los ponía en la fila. Pero mientras unos se agarraban formando una sudorosa cadena para tirar de la palanca en una dirección, los demás se situaban, refunfuñando igualmente, para empujarla en la dirección contraria.

—¡No, joder! —exclamó Stoker.

—¡Suspendido seas! —le contestaron.

A ambos lados, viendo lo que sucedía, hubo quien dejó de tirar para ponerse a empujar, y viceversa, con los mismos resultados. Uno de los equipos tenía menos miembros, pero todos masculinos; el otro tenía más hombres pero también tres musculosas mujeres, gracias a cuya presencia se ganaba menos en potencia que en diversión. Tras dos cambios de dirección, además, el ritmo quedó completamente roto; cada uno tiraba, empujaba o sujetaba como le parecía, recibiendo en cualquier caso todo tipo de imprecaciones por parte de los demás. La palanca, por su parte, seguía quieta, a diferencia de la aguja del termostato. De repente, un hombre que se encontraba cerca del final de la fila más larga soltó al que tenía delante y se marchó, o lo habría hecho en el caso de que yo no le hubiera lanzado mi vara con un juramento, haciendo que se derrumbara.

—¡Yuju! —grité, y en un ataque de locura arrojé la petaca contra el cristal del termostato.

Ya que nuestro objetivo, indudablemente, era detener la aguja antes de que llegara a la zona roja, me pregunté por qué no la sujetábamos, la hacíamos retroceder, si hacía falta, y la colocábamos donde debía estar. Pero, ay, la petaca rebotó y cayó sobre la pasarela, tras apenas agrietar lo que yo pretendía destruir, y llamó la atención del desertor, que se lanzó en su busca, por suerte para mí, que no lo había visto preparándose para abalanzarse sobre mí, enfurecido, con un martillo de bola. Y de este modo nos salvamos todos: los compañeros de equipo que había abandonado, al

ver que la mala fe se saciaba mientras la buena pasaba sed, rompieron unas filas en las que ya se había instalado la confusión para ir a por él justo cuando Stoker, a base de puntapiés y de amenazas, había conseguido que el grupo más pequeño se alineara y le estaba dando órdenes para que tirara. Desde luego que tiraron, ahora sin oposición, y cayeron de culo cuando la palanca cedió. Mientras rodaban por el suelo soltando juramentos varios, el silbido dejó de sonar; la aguja tembló justo cuando iba a entrar en la zona catastrófica, se quedó quieta un instante y después retrocedió mientras se extinguía el estruendo. El mío, sin embargo, fue el único grito de alegría: comenzaron a tener lugar peleas y competiciones de cosquillas entre los trabajadores, todos los cuales luchaban por hacerse con la petaca, y Stoker se había lanzado alegremente tras una muchacha con la piel de chocolate que le había tocado la entrepierna con el pitorro de su lata de aceite en el momento en que la crisis estaba en su apogeo. Cuando los distinguí, él ya se había tomado la revancha: la había arrinconado contra un conmutador, le había quitado la lata y, disimulando mientras le robaba un beso, le había echado un chorro en el escote abierto de su camisa. Era un lubricante negro como el aceite pero evidentemente menos suave, ya que hizo que la chica se pusiera a dar saltos con gran frenesí. Se alejó de él en dirección adonde me encontraba yo, gesticulando y chillando como si se le hubiera metido un ascua entre los pechos; de hecho, aquella sustancia la quemaba por lo menos tanto como entretenida resultaba la broma de Stoker; se desgarró la camisa de trabajo, miró a su alrededor con una expresión salvaje en el rostro y al ver mi nueva y excelente piel, se lanzó a mis pies, donde entre violentos espasmos, carcajadas y aullidos, me manchó el vellón con sus tetas ennegrecidas. No contento con ello, Stoker se situó tras ella mientras se retorció, le bajó los pantalones agarrándolos por la pretina y le disparó un segundo chorro al trasero, que la afectó de tal modo que se despreocupó completamente por sus tetas y salió corriendo por la pasarela, ora abriendo los brazos de par en par, ora arañándose los pantalones, ora dando brincos y vueltas, ora frotándose las nalgas con furia contra la barandilla. Sus compañeros de trabajo y yo mismo comenzamos a carcajearnos al verla en tal aprieto, lo cual llamó pronto la atención de todo el mundo; nadie siguió trabajando y el júbilo hacía que retumbaran las paredes. Entonces Stoker echó la cabeza hacia atrás y se limitó a soltar un aullido. Yo hice lo mismo —¡era lo más apropiado!— y uno a uno todos los demás se fueron uniendo a nosotros, como si juntos pudiéramos hacer estallar la montaña. ¡Nunca se había apoderado de mí una emoción semejante! Tuve que aferrarme al pasamanos para no perder el equilibrio; era como si flotáramos sobre el bramido, que, en cuanto comenzó, dio la sensación de prolongarse por sí mismo hasta que hubo, a unos pasillos de distancia, otra explosión en una tubería o en una válvula. Stoker se acercó de un salto al conmutador y accionó un par de palancas; todavía presa de la emoción, yo accioné algunas también, y fui recompensado con un espectáculo consistente en manivelas que se movían, contenedores que caían desde las grúas que los estaban transportando, luces señalizadoras que se encendían y grupos de operarios que daban

saltos como pulgas rociadas con creosota.

—¡Esto es la Graduación! —gritó Stoker, rebotante de alegría—. La pregunta no importa; ¡la respuesta es *energía!*

El sonido de esa palabra, magníficamente explosivo, le hizo repetirla, y yo me sumé a él.

—¡*Energía!* ¡*Energía!*

Accioné otra palanca y la pasarela al completo descendió con lentitud hacia el balcón inmediatamente inferior; después otra, y la puerta de la caldera más próxima se abrió para ofrecerme mi primera imagen clara del fuego que ardía en su interior: un terrorífico brillo blanco anaranjado sin límites, que no parpadeaba, como si se tratara de una única llama comprimida y sólida, cuyo calor incluso a cincuenta metros de distancia probablemente me habría chamuscado el vellón.

—¡Esa palanca no! —gritó Stoker riéndose, y tras haberla puesto en su posición original y accionar otras dos, me hizo salir a toda prisa de la pasarela y me llevó al balcón de abajo. Un momento después, un contenedor que se balanceaba de una grúa en dirección a la caldera (por mi causa, al parecer) impactó contra la barandilla de la pasarela y su contenido (algo fundido) se derramó directamente sobre el conmutador. Saltaron chispas, comenzaron a sonar diversos timbres y unos hombres que llevaban máscaras y mangueras se arremolinaron en torno a la pasarela, que pronto desapareció de la vista envuelta en vapor.

—¡Vamos, antes de que explote todo este suspendido lugar!

Stoker abrió una puerta cercana donde decía PUESTO DE SOCORRO y, sonriendo ante los gritos agudos y los juramentos que se oían por todas partes, me indicó por señas que pasara. De pie en medio de la habitación (una habitación pequeña, más iluminada que la Sala de Calderas y mucho más tranquila una vez que la puerta se hubo cerrado) estaba la víctima de su reciente broma con la camisa quitada y los pantalones bajados; la habían atendido otras tres mujeres, obreras musculosas todas ellas, que le habían untado un bálsamo blanco en los senos manchados de hollín y en el irritado trasero. Una de las mujeres, que se había acercado a nosotros llena de ira, sonrió de repente y dijo:

—¡Ay, suspenso, es el jefe! ¡Cómo has dejado a Madge!

—Ella se lo ha buscado —dijo Stoker jovialmente.

En el momento en que entramos, Madge se había dado la vuelta, colocándose de espaldas a nosotros, y se había subido los pantalones; ahora, al ver quiénes éramos, los dejó caer y masculló:

—Hijoputa, lo único que hice fue meterte mano. ¡Mira lo que me has hecho! —dijo, mostrándonos los lesionados jamones—. ¡Casi me arrancas la piel!

—¡No! Vamos a echar un vistazo, Madgie. —Fingió que la examinaba con atención, agarrándola por la cadera para hacer que se diera la vuelta y frunciendo el ceño al contemplar sus ampollas—. Produce un efecto impactante, ¿verdad, George?

—Muy impactante —coincidió.

La verdad es que, a pesar de que estaba sudorosa y desaliñada, la operaria desnuda no carecía de una vigorosa belleza: llevaba el pelo, corto y negro, atado con un trapo manchado de grasa, bajo el cual se veían su rostro, ancho y de facciones ordinarias, y su sonrisa traviesa; tenía unos brazos y una cintura regordetes, unas caderas amplias, unos muslos musculosos y las piernas sin afeitar. Aunque era consciente de que Stoker se estaba divirtiendo a su costa, se exhibía con orgullo y petulancia, apoyando las manos en las caderas; y aunque de ningún modo era comparable a Anastasia, sus pechos, ya cubiertos con un unguento blanco, resultaban fascinantes contra la piel morena, con los pezones resueltamente erectos ante nuestros ojos. Igualmente cautivadora era su personalidad: tras dar una vuelta sobre sí misma, cogió a su examinador por el pelo y le restregó la cara contra el unguento hasta que se le quedó toda la barba blanca, mientras él soltaba juramentos, rebosante de alegría. Las demás mujeres se reían entre dientes y afirmaban, satisfechas, que había tenido su merecido; para compensarla por la broma que le había hecho, Stoker eximió a Madge de concluir su jornada laboral, con la condición de que nos acompañara, tal como estaba, a una fiesta de disfraces que, según dijo, se estaba celebrando en la Sala de Estar.

—¡Ya me preguntaba yo por qué tu amigo llevaba ese atuendo! —dijo ella.

La idea de presentarse desnuda y embadurnada delante de un montón de desconocidos no la consternaba en absoluto; aceptó venir con nosotros, estipulando sólo que se le permitiera hacerse una improvisada máscara, para proteger su pudor, y ponerse unos botines altos, para proteger sus pies, que estaban llenos de callos. Stoker aceptó y cogió una petaca nueva del botiquín de primeros auxilios mientras la mujer se quitaba los vaqueros. Sus dos compañeras, abiertamente envidiosas de su buena fortuna, la ayudaron a pintarse de nuevo, mejorando el resultado de sus anteriores esfuerzos con unas tinturas de brillantes colores que sacaron del botiquín: le rodearon los pezones y el profundo ombligo con una pintura roja que contrastaba con el fondo blanco del unguento; le cubrieron las extremidades con un bálsamo amarillo brillante y le dibujaron unos hoyuelos en las nalgas, fuertes y marrones. Le dejaron el pelo envuelto en el pañuelo y, empleando una máscara, le envolvieron la cabeza con un vendaje de gasa, sobre el que delinearon los ojos, la nariz y la boca con un antiséptico rojo. Aunque se reían y bromeaban mientras trabajaban, apostando a que su jefe aparecería a la mañana siguiente con una barba multicolor, se quedaron muy impresionadas cuando retrocedieron un par de pasos para contemplar el producto final, que yo aplaudí enérgicamente.

—Eh, estás guapísima, Madge —dijo una de ellas—. Los vas a dejar alucinados.

—Preciosa —dijo la otra—. ¿Verdad, jefe? Me encantaría ver la cara que ponen cuando entres. ¡Pásalo muy bien, cariño!

—¡No se os ocurra decirle ni una palabra a Harry! —les imploró Madge alegremente—. Le daría un berrinche. —Entonces observó su propio cuerpo—. Ojalá hubiera un espejo aquí. ¡Suspendido sea todo, señor Stoker, necesitamos un espejo!

Stoker le pasó un brazo por la cintura y le ofreció la petaca.

—Esto es lo único que necesitas, Madgikins.

Entonces despachó a las compañeras de ella, ordenándoles que fueran a notificar a sus ayudantes que nos íbamos a la fiesta del Carnaval de Primavera en la Sala de Estar y prometiéndoles que Madge tendría muchas cosas que contarles a la mañana siguiente. La mujer estaba erguida, calzada y pintada, en medio de la habitación, y empinaba la petaca, y al hacerlo, sacaba un poco de tripa —donde le habían pintado una diana, y que parecía tan dura como la de G. Herrold, a juzgar por su aspecto— y flexionaba los músculos de las costillas y los hombros.

—¡Pero bueno! —exclamé.

Ella notó cómo la estaba mirando, y me guiñó un ojo mientras daba un trago.

—Tú tampoco eres feo, chaval. —Con los pies separados y los brazos en jarras, ignoró las juguetonas caricias que le hacía Stoker desde atrás—. Bueno, ¿dónde es la fiesta?

Yo me abalancé sobre ella soltando un grito de júbilo, la aferré por la cadera y traté de hacer que se diera la vuelta para montarla como es debido. Ella se rio, siempre animosa, pero sin comprender lo que yo deseaba, y Stoker aprovechó la pequeña confusión para intervenir.

—Ya habrá tiempo más tarde, colega.

—¡Nada de más tarde! ¡Dese la vuelta, señora! Soy George, el niño-cabra.

Pero él se interpuso entre nosotros, sonriendo, y no se apartaba por mucho que lo empujara.

—No te olvides de que ya estás comprometido.

—¿Te crees que no puedo con las dos? —pregunté yo.

—¡Bravo! —me aclamó Madge.

—Vas a ver lo que es potencia —prometí.

Pero Stoker, aunque sonreía, satisfecho de mi actitud, insistió en que nos dirigiéramos a la fiesta, y apoyándonos a ambos las manos con firmeza sobre los hombros, nos condujo por la parte trasera del Puesto de Socorro hasta un largo pasillo en penumbra, justo lo bastante ancho como para que cupiéramos los tres. Un tanto exaltado, protesté:

—Se supone que eres muy potente, ¿no? Creo que estás celoso.

Stoker se limitó a soltar una carcajada, y Madge también se rio. Nos detuvimos un instante para pasarnos la petaca, y me encontré apoyado contra la pared para sujetarme mientras bebía.

—No está celoso, corderito —dijo Madge—. ¡Ni un pelo! Una vez nos pilló a mí y a Harry cuando estábamos en ello en el Puesto de Socorro y no dijo ni una palabra, ¿verdad, señor Stoker? Sólo se quedó ahí mirando. —Su voz adoptó un tono pícaro—. Me imaginaba que por eso te había traído a ti; para poder mirarnos.

—¡No seas chismosa! —la reprendió Stoker, y le dio un pellizco en la nalga que tenía más a mano. Ella soltó un chillido y dio un saltito hacia delante, y después pasó

por detrás de mí para huir de él. Yo gruñí y agarré sus llamativos pechos, que debido a la pintura estaban resbaladizos y se me escaparon, y entonces los tres nos pusimos a correr escandalosamente por el pasillo. Al final de éste había una puerta de dos hojas donde decía SALA DE ESTAR. Madge llegó la primera, la halló cerrada y se volvió, riéndose y sin aliento, hacia nosotros. El siguiente en llegar fue Stoker, pero en lugar de empujarla, sacó un llavero del bolsillo del pantalón y comenzó a buscar una llave. Entonces ella se volvió hacia mí, que iba retrasado a causa de mi cojera, y al ver que todavía estaba muy caliente, retrocedió contra la puerta sin dejar de reírse y estiró los brazos para mantenerme a distancia.

—¡Vamos, bombón! —me advirtió alegremente—. ¡Acuérdate de lo que ha dicho el jefe! ¡No se puede hasta más tarde, cuando hayas acabado con la señorita Stacey!

—Él no es mi jefe —declaré yo y, subiéndome la piel de vellón, la agarré y me acerqué dispuesto.

Stoker encontró la llave que quería y la metió en la cerradura.

—Dile quién eres, George. Tendría que estar orgullosa.

—Muy pronto lo sabrá —contesté yo—. ¡Dese la vuelta, señora!

Ella miró a Stoker.

—Será mejor que hagas lo que dice George —le aconsejó él, e hizo girar la llave en la cerradura—. Lo creas o no, es el próximo Gran Maestro.

No sé qué cara pondría ella. Seguía empujando la puerta, pero bajó los brazos con aire indeciso y después se pasó las manos por detrás. La aferré lleno de ansiedad; ella se dio la vuelta sumisamente. Pero en el momento en que yo me estaba agachando para cubrirla, Stoker empujó la puerta y las dos hojas se abrieron al mismo tiempo. Madge cayó hacia delante y yo trastabillé, sobrecogido —con la vara en una mano y el miembro en la otra—, ante un salón suntuoso y nutrido.

—¡Damas y caballeros! —gritó Stoker—. ¡El Gran Maestro del Campus Occidental!

7. EL FUNERAL EN LA SALA DE ESTAR

La Sala de Estar, aunque menos cavernosa y oscura, presentaba, a su manera, un espectáculo tan revoltoso como el de la Sala de Calderas, y casi igualmente ruidoso. Un centenar de hombres y mujeres, por lo menos, celebraban una fiesta, muy agitados y formando un gran bullicio, con atuendos de toda clase y condición, desde impolutos vestidos de lentejuelas hasta monos de trabajo cubiertos de hollín. Nadie, al final, llevaba máscara, y tampoco había nadie que fuera medio desnudo salvo Madge, por lo que yo pude ver, y aunque las mujeres llevaban la cara pintada, lo que exhibían de sus espaldas, extremidades y pechos te hacía dudar de que tuvieran dianas u hoyuelos de color amarillo bajo la ropa. La juerga era tan grande que sólo una docena de rostros, los más próximos, se volvieron cuando Madge entró tropezando fastuosamente. Unos cuantos tipos silbaron o aplaudieron; entre tres o cuatro la ayudaron a ponerse en pie sin dejar de hacer bromas y payasadas, y después un hombre muy musculoso se zambulló entre sus piernas soltando un rugido, la levantó a hombros y la llevó hacia la muchedumbre, mientras ella reía y saludaba sin parar. Algunos otros homenajearon a su anfitrión levantando sus copas, dos o tres me miraron con curiosidad y el resto continuó con su celebración. Era la primera *fiesta* que yo presenciaba. Los invitados cantaban, bailaban y se peleaban. Aquí vomitaba uno; allá otro lloraba. Éste mantenía unas botellas en equilibrio sobre la nariz; aquél se golpeaba la cabeza contra una pared. Dos caballeros le estuvieron haciendo cosquillas a una dama que no paraba de retorcerse hasta que, con un aullido, se meó encima; tres matronas se sentaron sobre la espalda de un hombre mientras una cuarta lo cubría de espuma con un extintor de incendios. Aquí tenía lugar una sangrienta pelea a puñetazos; allá jugaban a pídola. Una banda de metales balaba como cuarenta shofares en medio de una tormenta de truenos: mi primera experiencia de la *música*. Junto a la pared había unas largas mesas llenas de unos recipientes con un licor negro y grandes bandejas de comida; los invitados, noté con horror, estaban royendo patas de pollo y codillos de cerdos muertos. Vi a una dama muy embarazada a la que llevaron a una de tales mesas a acostarse en posición supina entre las costillas, donde, levantando las rodillas y llevándose las manos al vientre, exclamó:

—¡Ya viene!

Vi a una pareja de jóvenes tomándose de la mano en un rincón, y a dos muchachas muy guapas besándose, y a dos tipos bailando un vals con gran agilidad, y a un solitario con la mano metida bajo la cremallera del pantalón. Justo ante mis ojos, un hombre recibió un golpe con una botella vacía y fue despojado de su reloj por parte de los compañeros con los que hasta entonces había estado bebiendo, uno de los cuales no logró escapar porque se detuvo para defender a una joven a quien tres hombres de uniforme estaban desnudando por la fuerza: el ladrón fue atrapado por uno de ellos, y otro le devolvió el reloj a su propietario (que, sin embargo, no se

solazó por su buena fortuna, ya que estaba inconsciente o muerto); el tercero, entretanto, se vio obligado a soltar a su víctima ante la furia que manifestó la chica, cuya falda había sufrido el desgarrón de un bolsillo; le pidió perdón y que le hiciera el honor de concederle un baile; ella vaciló, se rio, se quitó la falda rota y se puso a dar vueltas alegremente con él mostrando unas seductoras bragas de algodón.

Vi todo esto, y sin embargo apenas había visto nada, de tanto que había por ver. Me quedé junto a la puerta, boquiabierto y con los ojos como platos.

—Una pequeña fiesta de Carnaval —dijo Stoker—. Esta semana tenemos una cada noche. ¡Tendrías que ver cómo es esto en Nochevieja!

Se había rumoreado de un modo tan persistente sobre la llegada de un Gran Maestro, me explicó, que entre los sectores más escrupulosos de la estudiantía se había vuelto popular la práctica de ponerse gorros y vestidos y celebrar su venida, y su propia Graduación, por anticipado; en círculos menos reverentes, como el de Stoker, se hacía lo mismo pero de un modo paródico: nombraban a uno de sus miembros «Maestro del Disfrute» y le encomendaban que asumiera la dirección total de la fiesta, otorgándoles honores a los más animosos y suspendiendo a cualquiera que se negara a sumarse a la diversión. Y aún más importante, en los últimos años había habido una escalada de postulantes a la Gran Maestría, los cuales, por muy extravagante o insustancial que fuera su reivindicación, nunca dejaban de encontrar al menos un pequeño número de creyentes, y algunas veces llegaban a ser bastante influyentes y populares. Los estudiantes más serios y los organizadores de fiestas más elegantes los buscaban por igual, y aunque arrestar a cualquier impostor verdaderamente peligroso formaba parte de las competencias de Stoker en tanto director de la Agencia de Detenciones Principales, era frecuente que en sus fiestas contara con los más llamativos para divertir a sus invitados.

—Ojalá pudieras ver al tipo que estuvo aquí el mes pasado: afirmaba que la energía básica de la Universidad era una especie de onda sonora emitida por los órganos sexuales, que sólo él y sus Graduados podían oír. Todos nos pusimos unos pequeños micrófonos entre las piernas e hicimos Armonía Orgánica. Él decía que ésa era la Respuesta: ¡la Música de las Esferas! Le gustó particularmente el *timbre* de Stacey cuando la sintonizó, y ella juraba que también podía oír algo, como una especie de canto. Yo lo único que pude oír fueron pedos y la electricidad... ¿Quieres comer algo?

Un camarero se había detenido delante de nosotros con una bandeja de pollos quemados y desmembrados. Stoker se cogió un par de puñados; yo me di la vuelta para evitar que aquella imagen me diera arcadas.

—Lo siento, compadre; se me olvidó.

Le encargó al camarero que encontrara un plato de heno, ofreciéndome mientras tanto un montón de servilletas de papel a modo de aperitivo, que yo rechacé, pues había perdido el apetito.

—Otro tipo que también vino decía que la Respuesta era una ciencia que él había inventado y que se llamaba psicofísica. Tenía algo que ver con la Tercera Ley de la Emoción, y la mente era una especie de Motor de Reacción... se me ha olvidado cómo era exactamente. En cualquier caso, decía que nunca llegaríamos a las Puertas de la Graduación porque habíamos perdido la compresión y nos faltaba la chispa, porque nos habíamos quedado sin habla, porque la transmisión moderna de nuestros generadores de potencia nos había vuelto demasiado indolentes, porque éramos haraganes neutrales que tirábamos del embrague deslizante por falta de un transformador nuevo y porque teníamos las poleas rajadas, y que necesitábamos que nos revisaran los cabezales y reemplazaran nuestros amortiguadores, que estaban completamente gastados. Entonces escogió a Stacey para llevar a cabo la primera puesta a punto psicomotriz con ella y equiparla con unos nuevos Valores Generales; *siempre* escogen a Stacey. Pero para cuando ella se subió en la tarima con él... ¿ves esa tarima ahí en el medio, donde Croador está bailando con tu amigo? Está justo encima de la caldera que utilizamos para las cremaciones. Bueno, había hecho instalar ahí todos sus dispositivos, pero cuando estuvo en el terreno de Stacey...

No oí nada más; con un grito de rabia me lancé hacia la multitud. Allí estaba, desde luego, el poderoso Croador subido en un estrado en el centro de la habitación, en el centro de la algarabía. Sobre una especie de sofá, junto a él, lo bastante bajo como para que yo no lo hubiera visto, lo habían acostado, vestido con una toga y un birrete negros, y a su lado estaba el cadáver de G. Herrold. Parecía que ahora, mientras hablaba Stoker, acababa de despertarse de la anestesia y, tambaleante, había logrado ponerse en pie, arrancando un grito de aclamación de la muchedumbre; había mirado a su alrededor, aturdido, y por algún motivo había levantado el cuerpo de mi amigo del sofá. Las tenues luces de la habitación se volvieron súbitamente más tenues, un foco iluminó el estrado y la banda comenzó a tocar un ritmo palpitante, con lo cual, como había comentado Stoker con total placidez, el gigante negro había iniciado una espantosa danza. La ira hizo que se me pasara el mareo al instante; me abalancé y a empujones fui apartando a la gente que se congregaba a mi alrededor, haciendo que se les derramaran las bebidas e incluso que algunos cayeran al suelo.

—¡Paso al niño-cabra! —gritó Stoker a mi espalda.

Antes de que pudiera acercarme al estrado, el carácter del juego cambió: un tipo calvo subió de un salto para unirse al baile, pero Croador lo tiró al suelo con un movimiento de brazo; otro ocupó su sitio, un hombre flaco de pelo negro, que en lugar de bailar sujetaba un vestido de mujer y gritaba:

—¡Eh, toro! ¡Eh!

Croador dejó caer el cuerpo de G. Herrold sobre el sofá y se fue de inmediato a por el recién llegado, que se echó a un lado, se pasó la prenda de ropa elegantemente por detrás de la cadera y envió a Croador volando de cabeza sobre la multitud que observaba desde abajo de la tarima. Los que estaban más próximos se pusieron a gritar y salieron en desbandada; otros gritaron «¡Olé!». El tipo de pelo negro hizo una

reverencia y bajó de un ligero salto para volver a hacer su truco. Ahora el foco seguía la acción por la sala: los abrigos y los pañuelos ondeaban por todas partes, y Croador, ya sin el birrete, jadeaba y embestía a su alrededor indiscriminadamente. Algunos consiguieron esquivarlo a la manera del tipo de pelo negro; a otros los logró atrapar y los lanzó, aullando, por el aire, se tratara de hombres o de mujeres, y cada carga provocaba un coro de olés.

—¡Abrid paso al Gran Maestro! —gritó Stoker—. ¡Dejad pasar al niño-cabra!

Pero todos estaban atentos a Croador. Se dispersaron, desde luego, pero no como deferencia hacia mí, sino debido a que Croador comenzó a topar hacia donde yo estaba, y de repente me encontré solo frente a él. La luz nos iluminaba a ambos, y tal vez porque me recordara vagamente o tal vez sólo porque mi aspecto era distinto del de los demás, se detuvo y parpadeó. Entonces, soltando un gruñido, siguió adelante. A pesar de mi cojera y de la cantidad de licor negro que había bebido, no sentí ningún miedo, sólo una gran excitación, como en la época en que me dedicaba a provocar alegremente a los machos de mi rebaño. Si bien Croador era muchísimo más pesado que Tommy de Redfearn, y tenía más fuerza, era infinitamente menos ágil: no podía darse la vuelta en un instante, ni engancharse con la cabeza, ni saltar por el aire ni patear a quien se encontrara a su espalda, y era bastante fácil hacer que perdiera el equilibrio. Lo único que debía temer era la envergadura de sus brazos y la fuerza de sus manos, y me resultaba posible eludir ambas cosas esquivándolo, fintando y dando brincos: las más bellas artes de la caprinidad. El verdadero peligro era que la multitud que con rapidez se congregó en torno a nosotros para animarnos ocupara el espacio que yo necesitaba para realizar mis maniobras; minimicé este riesgo con la sencilla estrategia de guiar a Croador a toda velocidad contra ellos a cada pase hasta que se dieron cuenta de que les convenía mantener una respetuosa distancia.

—¡Olé! —jaleaban, con más entusiasmo que nunca—. ¡Olé! ¡Olé!

Nunca, desde mi malhadado puesto de Decano de la Colina, había recibido yo tantos aplausos. Refrené la euforia con aquel recuerdo y decidí prestar máxima atención antes de saltar, de pasar por debajo de sus brazos, de fintar aquí, brincar allá, dar vueltas, esquivarlo, eludirlo bailando, calculando siempre la distancia que me separaba de la gente mirando por el rabillo del ojo dónde se encontraba ésta a cada momento. Cinco veces lo hice pasar a mi lado, y una sexta, a cada cual con mayor audacia, y él no llegó ni a rozarme. Después de la segunda, tuve la certeza de que me había reconocido: sus rugidos se tornaron en maliciosos gruñidos, y sus ojos adquirieron el brillo que tienen los cabros juguetones. Cuando en el quinto pase lo hice perder el equilibrio y caer estruendosamente al suelo, soltó un gemido a modo de protesta y perdió interés por el juego; creo que en aquel momento podría haberme subido sobre sus hombros de un salto para manejarlo con total impunidad, pero, reacio a permitir que concluyeran los olés, hice un esfuerzo para incitarlo a que cargara una vez más. A él ya no le quedaba ni entusiasmo ni capacidad de concentración; cargó con la mirada perdida, y sus ojos se fijaron en la gesticulante

Madge, a quien una dama y un caballero habían conducido con paso vacilante bajo la luz del foco. Al ver a Croador con la toga académica puesta, la risa se apoderó de ella, y la danza de las dianas que tenía dibujadas en el cuerpo resultaron cosa de maravilla. Croador se detuvo ante ellas, parpadeó dos o tres veces, soltó un gruñido sollozante y se lanzó.

—¡Eh, Croador! —grité, pero él no entró en la provocación. Se echó a Madge sobre los hombros como si se tratara de un saco de grano; ella aulló, pero no parecía sentir demasiado miedo mientras él se la llevaba. Cuando me situé detrás de ellos e incluso me atreví a darle un puñetazo en la espalda, retándolo a darse la vuelta, ella me cogió del pelo y me dio un beso alegremente, y después saludó con la mano y le sacó la lengua a la multitud que le abría paso. En cuanto a Croador, fue como si hubiera desafiado a un tronco de roble negro o a un cabro mientras se aparea: no me hizo ningún caso. El foco los siguió, al igual que una buena parte del público, y yo me planteé la posibilidad de perseguirlos; pero hubo quien vino a ofrecerme bebidas y atenciones, un placer nuevo y embriagador al que no pude renunciar. La indignación original ya se me había pasado. Vi que dos de los ayudantes de Stoker estaban restituyendo a G. Herrold al sofá donde reposaba, sobre el estrado, y me pregunté, sintiendo una súbita punzada de dolor, si Max estaría bien; entonces Stoker se sumó a la multitud que me rodeaba y yo me entregué a la euforia que el ejercicio había despertado en mí y que el alcohol y el aplauso habían alimentado.

Especialmente cordial estuvo la pareja que unos minutos antes había escoltado a Madge hasta el centro de la escena, y a quien Stoker ahora me presentó como el doctor Kennard Sear y Hedwig, su esposa.

—*Enchanté* —dijo el doctor con una sonrisa—. Una actuación extraordinaria. —Era un caballero alto y seco, extraordinariamente acicalado y con las uñas muy cuidadas, de cabello de plata y vestido con un traje suave y elegante. Tenía el rostro y los dedos un tanto bronceados; incluso su voz lo estaba, y no había en ella ni rastro de humedad. Sólo sus ojos no eran del todo secos, y su pálido brillo se convertía en un fuerte resplandor cada vez que parpadeaba. El efecto que causaba en conjunto era el de una pera poco carnosa secada al sol, cuyo jugo dorado se ha quemado hasta convertirse en un sabor delgado y exótico, y de hecho era agradable olerlo, todo con la excepción de su aliento, que era ligeramente nauseabundo—. ¿A que tiene unos rasgos clásicos, Hed? —le preguntó a su esposa.

—¡Se parece a Maurice pero en bronce! —dijo la señora Sear—. Podría ser tu hermano menor, Maurice.

También ella era seca y poco atractiva, al igual que su voz, pero mientras que su marido parecía *curado*, como la dúctil vitela, la señora Sear era crispada, afilada como las piedras que llevaba en las orejas y en las manos, pero más frágil.

Stoker afirmó que dicho parecido, en efecto, existía.

—George tiene más en común conmigo que ciertos hermanos que podría mencionar.

—¿De verdad eres el protegido de Max Spielman? —me preguntó suavemente el doctor Sear—. *Tenemos* que organizar algunas entrevistas.

—Y veladas —insistió la señora Sear, entornando sus brillantes ojos y tocándome el vellón con sus largas uñas rojas—. Algo más *íntimo* que el manicomio que tiene Maurice montado aquí. ¿Vas a matricularte o sólo estás de paso?

—¿Señora?

A pesar del alcohol que había bebido, me sentía tranquilo y dueño de mí mismo, ya que era evidente que me admiraban. Pero tenía dificultades para seguir las conversaciones. Se me ocurrió comentar que una vez había amado a una cabrita llamada Hedda, pero me refrené pensando que sería una falta de tacto y pensé que era un tipo de lo más sutil.

—¿No te has enterado, Heddy? —gritó Stoker—. Éste no es un niño-cabra común y corriente: ¡ha venido para enseñarnos a todos a aprobar los Finales!

—¡Pero bueno! —dijo el doctor Sear en voz baja—. ¿Otro?

—¡Ay, George! —me regañó su esposa—. ¡Eso es demasiado agotador! Ya eres lo bastante encantador así. ¿Verdad, Ken?

—Un perfecto fauno —afirmó su esposo, manifestando que estaba de acuerdo—. Desde luego, vamos a sacarte alguna noche.

—Pero vigíladlo bien —les advirtió Stoker—. Muerde tripas.

—Es mejor que sólo seas un niño-cabra —dijo la señora Sear, como una niña acostumbrada a mandar, y me dio unas palmaditas en el hombro—. Es mucho más original. *Todo el mundo* es un Gran Maestro últimamente.

Yo me limité a sonreírles; eran muy amables. La orquesta tocó un tema animado y la gente que nos rodeaba se dispersó. Algunos se pusieron a bailar, y otros se sumaron a una nueva y excitante actividad que se desarrollaba al otro lado de la habitación, donde Croador había ido a recibir su premio. El doctor Sear cogió dos copas de un camarero que pasó junto a nosotros y me ofreció una. Su mujer felicitó a Stoker por su buen ojo para «encontrar personajes originales», declarando que esa noche se había superado a sí mismo con Croador, conmigo y con «esa deliciosa criatura de las botas y las dianas».

Stoker sonrió.

—Sabía que os encantaría Madge.

—¡No podía quitarle las *manos* de encima! ¿Es la... pareja de George?

—Es sólo una fontanera de la Sala de Calderas —dijo Stoker con gran jovialidad—. Le diré que os dé su número después de la cremación, si es que queda algo de ella cuando Croador acabe.

Yo afirmé que hasta entonces no había tenido ninguna pareja.

—¿No? —Malinterpretando lo que yo había querido decir, ambos Sear me manifestaron su compasión y me aseguraron que dicha condición no tenía por qué durar más tiempo de lo que yo deseara—. Las chicas de colegio mixto se van a volver locas por ti —dijo la señora Sear llena de envidia, y su marido estuvo de acuerdo,

añadiendo en un tono franco y cordial que si por el contrario prefería una compañera más madura y experta, una de la que incluso un joven sátiro como yo pudiera aprender un par de cosas, no le parecía fuera de lugar proponerme...

—Aquí viene la competencia de Heddy —lo interrumpió Stoker, y me dio un vuelco al corazón al ver a Anastasia acercándose a nosotros. Se había quitado el vestido blanco lleno de manchas para ponerse un pelaje de manga larga de seda roja, ajustado por la cintura, una prenda para dormir, tal vez, y llevaba un peinado alto con un lazo rojo. Estaba preciosa, preciosa: su rostro parecía bastante más pálido y sus ojos relucían de preocupación mientras se abría camino entre la alborotadora muchedumbre.

—¡Stacey, *querida!* —dijo la señora Sear, ansiosa por abrazarla—. ¡Me he enterado de lo que sucedió en el Desfiladero, querida niña! ¿Te hizo un daño terrible?

No pude oír su respuesta, pero le dedicó a la señora Sear una sonrisa y le ofreció una mejilla para que se la besara. La mujer se abalanzó sobre ella; le acarició el hombro, después el pelo, y pasándole una mano por la cintura la trajo hacia donde nos encontrábamos nosotros. El doctor Sear se apresuró a sumar su conmiseración a la de su esposa, cogiéndole brevemente la mano a Anastasia con las dos suyas y rozando con sus labios la frente de ella. Durante un largo momento, ella posó en mí una mirada inquisitiva, ponderadora, y yo me esforcé por devolverle una mirada cargada de una intensidad similar; pero aunque mi mente y mi cuerpo se hallaban agitados por la pasión, no quedaba ni un ápice de claridad en mí, y me tambaleé un poco. Ella le echó una mirada acusadora a Stoker, que nos observaba, como era habitual en él, con inmenso interés.

—¡Está *borracho!* —dijo ella amargamente.

Yo la señalé con mi vara.

—Ven aquí conmigo, Anastasia. —Ella miró para otro lado cuando me acerqué—. Te quiero —le dije con mucha seriedad.

—No sabes lo que dices.

Stoker les explicó a los Sear que yo había dado el *faux pas* de declarar que amaba por igual a toda la estudiantía.

—Claro, cariño: eso es lo que *debe* hacer —ronroneó Hedwig.

Los dos le hicieron unas caricias y el doctor Sear me dio también unas palmaditas en el hombro, como para que zanjáramos nuestras diferencias.

—No estoy disgustada —dijo Anastasia con rabia—. Maurice sólo está de broma.

—Ella es su primera discípula —dijo Stoker.

—Lo será —afirmé yo, y le toqué el cuello con la parte posterior de los dedos. Ella se puso rígida pero no se apartó—. Pero todavía no cree mucho en mí.

El doctor Sear me examinó el rostro con interés durante un momento y después exclamó, dirigiéndose a Stoker:

—¡Es un tipo estupendo! ¡No puede quitárselo de la cabeza!

—Enós Enoc con huevos —declaró Stoker, manifestando su acuerdo—. ¿Te has fijado en el amuleto que lleva, Hedwig?

La señora Sear se fijó entonces, lo sujetó entre sus manos y soltó un chillido de placer.

—Es una hermosa pareja —murmuró su marido.

—¡Desde luego que sí, Kennard!

—No, cariño, me refiero a Stacey y George. Son una ninfa y un fauno. —Entonces juntó mi mano con la de Anastasia, declarando que todas las cosas bellas cautivaban su espíritu, y que la Belleza, de hecho, era lo más cercano a la Respuesta de todo lo que él conocía—. Me he visto expuesto a todas las ideas que hay en la Universidad, George —se quejó con una sonrisa—, y no me he creído ninguna. Pero si *hubiera* Exámenes Finales, y yo fuera el Gran Maestro, os aprobaría a los dos sólo por ser bellos.

Anastasia se sonrojó. Cuando me disponía a darle un trago a mi copa, me cogió la mano.

—Por favor, no bebas más. Maurice quiere hacerte quedar en ridículo.

Yo declaré mi absoluta indiferencia ante tal posibilidad.

La señora Sear nos abrazó.

—¡Me encantaría pintaros a los dos juntos! ¡Desnudos!

—Pero a mí sí que me importa —dijo Anastasia en voz baja—. Quiere demostrarles que no eres lo que dices ser.

El doctor Sear estuvo de acuerdo con su esposa en que formaríamos un grupo espléndido.

—¿Podrías trabajar con una foto, Heddy? —preguntó Stoker—. Podríamos sacarles una foto después del funeral.

—Deja que haga lo que quiera —le dije a Anastasia, apretándole la mano—. Yo, por mi parte, haga lo que haga y tenga el aspecto que tenga, seguiré siendo el Gran Maestro.

—¡Escucha lo que dice! —se maravilló el doctor Sear.

—¿No te lo he dicho? —dijo Stoker—. Está hecho para esto.

—¡Un Gran Maestro no se emborracha ni se pone en ridículo en público! —me reprendió Anastasia.

—Un Gran Maestro hace lo que yo hago —le contesté y, como no estaba seguro de que hubiera quedado claro lo que quería decir, añadí—: No se trata de lo que haga, es porque yo lo hago.

—¡Vaya, eso es perfecto! —exclamó el doctor Sear—. ¡Menudo comentario!

Le señalé —sin quitarle los ojos de encima a Anastasia, en cualquier caso, a quien sonreía con creciente amor— que si hubiera dicho algo estúpido en lugar de sabio, no habría ninguna diferencia.

—¡Claro! ¡Claro! ¡Exactamente!

—Ya casi estamos listos para el funeral —intervino hábilmente Stoker—. Estoy seguro de que al Gran Maestro le gustaría decir unas Palabras de Paso por su amigo antes de la cremación. Es lo habitual.

—¿Qué importa que sea habitual? —preguntó el doctor Sear—. George se ha ocupado de ese punto con gran brillantez.

—George —suplicó Anastasia, y se sonrojó cuando me volví hacia ella—. Vamos a mi habitación. Estoy muy confusa.

—¡Incluso podría hacer *eso!* —afirmó el doctor Sear. Había un toque de excitación en su voz.

—Cualquier cosa —se rio Stoker—. Éste está muy por encima de Enós Enoc.

—No, en serio, Maurice, en realidad es una idea bastante profunda...

—¡Bésala, George! —me ordenó la señora Sear.

Anastasia frunció el ceño y gritó:

—¡No, Heddy!

Pero yo besé de inmediato sus labios; eran maravillosos, y maravillosamente manejable era todo su cuerpo entre mis brazos. Era mi primera experiencia plena de un abrazo humano, en su forma pasional (algo desconocido en el rebaño), y el placer que me proporcionó me resultó intensamente ardiente. Oí cómo Stoker y los demás me vitoreaban; y debió de ser la señora Sear quien nos acarició el pelo y el cuello mientras nos besábamos, al tiempo que su marido murmuraba con aprobación:

—Bello, bello. Figuras en un florero.

Con la mano apoyada en la parte inferior de su espalda, la empujé hacia mi órgano, que se hallaba erecto bajo la piel de vellón. Entonces ella dejó de besarme, pero me apoyó la frente en la barbilla y me dijo:

—¡Piensa en lo que estás *haciendo!*

—Una novia de Enós —comentó el doctor Sear de repente.

—¡Desde luego! —gritó su esposa—. ¡Arriba, a la tarima! ¡Me *encantaría* poder pintarlo!

—Es perfecto —insistió el doctor Sear—. La voluntad de creer y la voluntad de ser creído.

—Voy a avisar a la banda —dijo Stoker—. ¿Por qué no usar el sofá funerario?

La señora Sear aplaudió y nos volvió a abrazar a los dos.

—¡No sé a *cuál* de los dos envidio más! ¡Dame un beso, George! ¡Dame un beso, Stacey!

Pero fue a Anastasia a quien yo besé, levantándole la barbilla con la mano.

—Es terrible —susurró ella—. Estarías cometiendo *adulterio*.

De hecho, yo no había pensado en ello, e incluso en aquel momento, la palabra palideció ante la imagen. Sorbí las lágrimas que colgaban de las largas pestañas de sus dos ojos. Y todavía más débilmente, ella dijo:

—Por lo menos, vámonos a otro sitio...

La levanté en brazos por toda respuesta y un grito de júbilo se elevó a nuestro alrededor. El doctor Sear me sujetó pasándome un brazo por la cintura; Anastasia ocultó la cara en mi hombro. Yo no sabía qué hacer ni hacia dónde dirigirme; sostenerla de aquel modo ya era bastante emocionante. Pero la señora Sear avanzó delante de nosotros y Stoker delante de ella, abriendo camino por el pasillo entre los invitados, que silbaban y aplaudían a nuestro paso. Las luces de la habitación volvieron a oscurecerse, y el estrado, iluminado, brillaba con fuerza un poco más adelante. El doctor Sear me dijo al oído, en voz baja pero clara:

—En los viejos tiempos, esto era la cámara de ejecuciones de la Agencia de Detenciones Principales. Hoy sólo la usan para los funerales oficiales importantes. Hay un conducto debajo de la tarima que lleva hasta uno de esos hornos naturales, como los que has visto en la Sala de Calderas, y cuando un rector o un vicerrector muere, creman el cuerpo desde aquí y después hacen sonar el silbato de COMER para que todo el campus lo sepa. Maurice dice que la caldera de vapor del silbato de COMER se enciende desde el crematorio, pero probablemente sea una broma. Es un gran honor para tu difunto amigo, la verdad, aunque no sea un acto oficial.

Pero Anastasia expresó su desacuerdo desde su elevada posición:

—Es sólo la manera que tiene Maurice de concebir una fiesta-broma, Kennard, y tú lo sabes. Creo que es *terrible* lo que hace en la Colina del Fundador.

El doctor Sear se encogió ligeramente de hombros y se ajustó las gafas sobre un apósito pequeño y pulcro que tenía puesto sobre el puente de la nariz.

—No importa —dije yo con fuerza. Me sorprendió un poco oír a la chica hablar con tanta sequedad sobre cuestiones impersonales mientras estaba en mis brazos, nada menos, y cuando el deseo se había apoderado de tal modo de mi pecho, y el licor de mi cabeza, que apenas era capaz de pronunciar palabra. Con el tiempo, aprendería que esta desconcertante capacidad era característica suya y que la compartían muchas de sus hermanas de la estudiantía femenina: a pesar de sus escrúpulos y recelos, una vez había sido capturada, se empezó a sentir tan cómoda como si yo fuera su sillón favorito.

—¡Paso a la novia de Enós! —gritó la señora Sear. Le quitó a alguien un cuenco de *pretzels* y se puso a diseminarlos con suma liberalidad, al tiempo que iba haciendo reverencias por delante de nosotros, recorría el pasillo de un lado al otro sin dejar de bailar y, una y otra vez, le daba un beso en el pelo a Anastasia, o en los brazos, con los que se sujetaba de mi cuello—. ¡Paso a la novia y el novio!

—¡De verdad! —protestó Anastasia. Pero la extravagancia de las exclamaciones de la señora Sear la hacía sonreír. Ahora la orquesta comenzó a interpretar una pieza procesional:



—Ay, escucha, George —dijo—; ¡están tocando el *Alma Mater Dolorosa*! Me encanta ese himno.

Y lo cierto es que resultaba de lo más conmovedor escuchar la dulce voz de la niña contra los majestuosos metales:

Al-cru-zar la-Fa-cul-tad.

laes-pe-ran-zay-la pie-dad

an-ti-gua ve-ge-ta-ción nos

lle-van a la gra-dua-ción

Llegué hasta el estrado con los ojos llenos de lágrimas y la deposité suavemente en el borde. Los dos guardias sonrieron en sus puestos junto al sofá, donde también Stoker había acudido a encontrarse con nosotros.

—Ya está todo listo —dijo enérgicamente—. Heddy y Ken van a preparar lo que haga falta mientras vosotros decís la pieza, y apretaremos un pedal que hay al lado del sofá cuando hayáis terminado. Bueno, ¿ves esa cuerda de ahí, George? —Señaló una soga negra y trenzada que colgaba del techo sobre el sofá—. Cuando se encienda una luz roja en la borla, significa que la cremación ya ha terminado y que se puede hacer sonar el silbato. Tira de ella durante unos momentos una sola vez.

—Y no más —agregó el doctor Sear con una sonrisa—, o van a pensar que es la alarma que señala la hora de COMER en el campus.

Demasiado agitado por la música y la solemnidad de mi misión como para prestarle atención, dejé que me ayudara a subir a la tarima, momento en el cual en la habitación se hizo un relativo silencio. Procedente de algún rincón se oyó un tímido «olé» que indicaba la presencia lejana del oscuro Croador; de algún otro sitio llegó un estallido de cristales, un apacible juramento y una breve risa de mujer, rápidamente ahogada. Pero yo no podía dejar de mirar a G. Herrold, que estaba ahí tumbado y ahora tenía los brazos cruzados. El cuerno de cabro, como siempre, seguía en su mano; uno de sus ojos muertos estaba abierto y el otro, cerrado, y tenía la boca entreabierta como si quisiera coger aliento para efectuar el toque de diana. La orquesta se detuvo (oí a Anastasia, a mi espalda, diciendo «No, imposible, la pobre se moriría de vergüenza aunque yo lo fuera de verdad») y después comenzó a tocar una endecha:

¡Pe- ro ah! ¡Pe- ro ah!

La pu- u- er- ta no está a- bier- ta

¡A- ah! ¡A- ah!

Noes- táa- a- bier- ta la pu- u- er- ta.

El eco del acorde final no logró tajar la voz del doctor Sear, que seguía hablando muy fuerte:

—... no puede *demostrarse* —estaba afirmando; entonces, rápidamente, continuó con un susurro que todavía era audible—: No es una clase de cosa sobre la que se deba *razonar*, cariño: lo crees o no lo crees.

Stoker me dio un empujoncito y me recomendó que «fuera breve» para evitar que Croador pudiera interrumpir la ceremonia. Mientras yo pronunciaba unas Palabras de Paso delante del cuerpo, afirmó, él encendería el telerama de circuito cerrado, como era su costumbre al final de la fiesta del Carnaval de Primavera, para que la

conurrencia pudiera observar el Servicio del Alba en la Colina del Fundador y ser testigo de cómo los primeros rayos de la mañana caían sobre la Torre del Reloj.

Yo asentí brevemente, casi enfadado, sin saber qué sería el telarama de circuito cerrado ni tener ningún interés por saberlo. Ahora se me habían llenado los ojos de lágrimas, y me vi obligado a coger el vellón de G. Herrold, así como a apoyarme en mi vara para mantenerme en pie. ¡Qué largo y desolador había sido el primer día de mi Gran Maestría! ¡Qué lejos parecía quedar su comienzo! Aturdido por el licor y la fatiga, me apoyé en mi amigo por última vez y sentí con gran intensidad que él era responsable de mi vida y yo era responsable de su muerte. Ahora me parecía que había sido agraviado por Croador y por Stoker y también por Anastasia, por el azaroso encuentro en el Desfiladero de George y su fatal desenlace; es decir, al fin me horroricé ante la monstruosa facilidad con que había sido seducido, ante la forma insensible en que me había desprendido de Max, ante cómo había abjurado de todos los vínculos y preceptos para irme de juerga ante el cadáver de mi salvador, lleno de lujuria por la zorra que había provocado su defunción. ¡Al final del día, al final del día es cuando llega el luto!

—Fundador Omnisciente —comencé, pero me quedé sin palabras. No estaba acostumbrado a invocar ese nombre; de hecho, nunca antes me había dirigido a Él ni había dedicado demasiado tiempo a reflexionar sobre quién era Él, más allá de imaginármelo como a una especie de superMax, cuya imagen caprina ya no me servía. Los guardias gruñeron. Los invitados que se habían situado cerca de mí para escucharme, se dieron la vuelta y comenzaron a dispersarse arrastrando los pies. De pronto, estaba completamente sudado; se me encogieron las tripas. En el mismo momento en que me acerqué a G. Herrold para coger el shofar, un guardia pisó algo con fuerza con sus botas: al instante, los cojines se separaron, hundiéndose como una doble trampilla en el interior del féretro, por donde se vio que pasaba un conducto. G. Herrold se dobló por la mitad y se deslizó hacia abajo entre el aire abrasador que surgía de allí; durante una fracción de segundo, sus dedos siguieron aferrando el shofar con fuerza, arrastrándome a mí tras él; yo tiré, presa de un terror ciego, y conseguí que soltara el cuerno. Oí un fuerte porrazo en el fondo de aquel horrible agujero, antes de que los cojines, con un clic, volvieran a colocarse en su lugar. El rugido de la multitud fue ensordecedor. Pensé que me iba a volver loco. Levanté el shofar y lo hice sonar, soltando unos bocinazos desgarrados que deseé que me hicieran estallar la cabeza.

—¡Olé! —gritaron a mi espalda.

Como si respondiera a la nota que yo había tocado, los metales de la orquesta atacaron una majestuosa pieza coral. Sus comedidos acordes resonaban en todo mi sistema nervioso. Anastasia se encontraba ante mí; los Sear la habían hecho subir a la tarima, y nos miramos a los ojos con suprema intensidad. La señora Sear me cogió por el brazo y declaró:

—Bueno, yo creo en él. —Su tono era petulante, como si tuviera la intención de reprender a Anastasia—. Me parece que es muy mono.

—Ya casi tenemos una conversa —dijo jovialmente el doctor Sear—. Le he dicho que la creencia tiene que ir antes que la credibilidad, pero no debe ser muy convincente cuando soy yo quien lo dice.

Les estreché las manos. Los metales tomaban mi dolor y lo devolvían en sonoridades doradas. Imperiosos, austeros, sufriendo noblemente, hablaban por y para mí. Mientras me colgaba el shofar del cuello, una bombilla roja se encendió en la borla de la soga de la que tenía que tirar.

—¡Listo! —gritó uno de los guardias.

Pero entonces las luces de los focos se atenuaron y la gente comenzó a murmurar mientras en la pared del otro extremo de la sala resplandeció una gran pantalla, parpadeó inmensamente y mostró una imagen: una única barra, semejante a un duro dedo de piedra, que apuntaba hacia un cielo gris pálido; serpenteando hacia ella, ascendiendo por una oscura pendiente situada en primer plano, había una procesión de luces titilantes, y en lo alto de la columna bramaba una llama mayor. Un nuevo sonido irrumpió en la sala, procedente, por lo que pareció, de todas partes, fundiéndose con el de los espléndidos metales y superponiéndose a él.

—Ése es el servicio del alba, en el piso de arriba de la Colina —me explicó el doctor Sear—. Una gran ceremonia para los nuevos inscritos en primavera. Manejan el órgano de vapor natural desde aquí abajo y emplean los túneles para hacer que aumente la resonancia. El sonido de los bajos es excelente.

Anastasia se acercó a mí envuelta en aquella luz tenue, conmovida sin duda, como estaba yo, por el sonido y el espectáculo.

—Tu pobre amigo —dijo.

Yo no era capaz de articular palabra. La señora Sear hizo que nos acercáramos.

—Ése es el sitio donde falleció Enós Enoc —dijo Anastasia, refiriéndose a la Colina—. Por toda la estudiantía.

Yo negué con la cabeza.

—Sólo para quienes creían en él.

—Vamos —insistió la señora Sear, extendiendo el brazo hacia la bata de Anastasia como si fuera a desabrochársela. La chica se apretó contra mí para impedir que lo hiciera y nos encontramos besándonos de nuevo, primero con cierta rigidez, después no. Pero entonces ella apartó la cara abruptamente.

—¡Quiero creerte! —dijo, muy angustiada—. ¡Y ya casi *puedo* creerte!

Desde detrás de mí, Stoker me advirtió que el silbato ya estaba listo para que lo tocara y me pidió que no me retrasara.

—Llévala al sofá, Heddy —dijo.

—Estoy *intentándolo* —contestó, preocupada, la señora Sear—. ¡Vamos, queridos!

—Debes *obligarte* a creer —le dijo el doctor Sear a Anastasia con mucha amabilidad—. Es una cuestión de voluntad, en realidad.

Pero ella negó con la cabeza.

—Eso no está *bien*. Sobre todo, durante un funeral.

Antes de que pudiera preguntar qué era lo que se estaba preparando exactamente, el propio Stoker subió al estrado y le ordenó firmemente a su esposa que se marchara con el doctor y la señora Sear. Ella dudó y su rostro adoptó una expresión de desconsuelo, pero después permitió que la llevaran hacia el féretro. Hubo algunos olés y ciertos aplausos aquí y allá; si iban destinados a ella, o a un Croador nuevamente excitado, o a algo que acontecía en la pantalla, era algo que yo estaba demasiado preocupado como para que me importara.

—Bueno —dijo Stoker bruscamente—. Tú sabes lo que significa *servicio*, George; te he oído usar esa palabra^[12]. Bueno, eso es el Servicio del Alba de primavera, que está en marcha en la Colina; en realidad, el servicio no se puede ver porque está demasiado oscuro. Y cuando alguien importante muere, tenemos un Servicio Conmemorativo en su honor. La vida imponiéndose sobre la muerte, esa clase de cosas. En general es algo privado, ¿sabes?, entre matrimonios, pero ya que eres el Gran Maestro... Toca el silbato en cuanto hayas terminado.

Me dio una palmadita en el hombro y me llevó al sofá, junto al cual estaba de pie Anastasia, que no había permitido que la señora Sear le desabrochara la bata.

—No es *así*, George —dijo—. No es la costumbre en absoluto, salvo en las fiestas. ¡Créeme!

Pero el órgano, al hincharse, disipó todas mis dudas.

—Tú créeme a *mí* —le dije—. No importa ninguna otra cosa. —Con la mano libre, le di a su cinto el tirón que necesitaba para desprenderse. La señora Sear se acercó con rapidez para abrirle la bata.

—¡*Mira*, Ken! —gritó—. ¡Ay, pequeña, qué encanto! ¡Ojalá yo fuera un Gran Maestro!

Con toda la calma que pude reunir ante tal revelación, le dije a Anastasia:

—¿Crees?

—Por detrás. —Stoker instruyó a los Sear, que, tras haberle quitado por completo la bata de la que ella se mostraba reticente a deshacerse para gran deleite de la concurrencia, la estaban empujando delicadamente hacia el féretro—. Recordad que él es un niño-cabra. —Le dieron la vuelta con suavidad, entre constantes caricias hasta que, dócil y llena de dudas, ella se arrodilló en uno de los extremos del féretro, de espaldas a mí.

Entonces, cuando trataban de que apoyara la cabeza en el cojín, cogiéndola por ésta y por los hombros, y sin dejar de acariciarla ni por un instante, ella murmuró con asombro:

—George...

Un foco nos alumbró. La música se alzó más allá del límite de lo imaginable. En la pantalla brillaba una imagen aún mayor de la columna, cuya base ahora se hallaba iluminada por antorchas. La multitud comenzó a cantar el himno, poderosamente, poderosamente, mientras yo dejaba la vara apoyada contra el féretro, me levantaba la piel de vellón y me sujetaba con una mano en las perfectas ancas que mis lágrimas bañaban.

—«¡En el nombre del Fundador —declaré—, y del sol...».

—¡Olé! —gritaron a mi espalda.

—«... y del Gran Maestro, que así sea!».

Increíblemente, mientras yo la montaba, la música creció y ascendió hasta lo atronador. Como siempre sucede en el ámbito de la caprinidad, el servicio fue instantáneo: con la misma rapidez con la que los rayos solares impactaban ya contra la Barra del Fundador, me esforcé y acabé. Anastasia soltó un chillido contra el cojín («¡Creo, creo!») y cayó de bruces. Habiendo perdido de una vez el vigor, como Brickett Ranúnculo, y como él desequilibrado por el impulso, caí hacia atrás y me habría desplomado si, entre un coro de olés, no me hubiera sujetado Croador, que me cogió por atrás y me subió a hombros. Los guardias saltaron del estrado y se mezclaron con la multitud; el doctor y la señora Sear, los dos con una expresión de alarma en el rostro, lograron hacer que Anastasia se levantara y entonces, como ella no podía mantenerse en pie por sí misma, decidieron escurrir el bulto y la dejaron apoyada contra la tarima, tapándose la cara con las manos. Yo había logrado, tras concluir el servicio y en el último extremo, coger mi vara. Juntando las piernas con fuerza para intentar inmovilizar a Croador, la levanté para atacar, tal vez a él, o a Stoker, cuya visión (con mi servida Anastasia entre los brazos, débil) me provocó un súbito acceso de rabia contra cualquiera, puesto que estaba transido de melancolía como consecuencia de la pasión. Pero cuando traté de blandir mi arma, se enganchó en la cuerda y un silbido espeluznante —el chillido más fuerte que había oído jamás— ahogó el órgano, a la multitud y a la orquesta. Sonó una y otra vez mientras yo intentaba soltar el bastón y mantenerme aferrado sobre Croador, que no dejaba de moverse. Era la misma convocatoria salvaje con que había comenzado aquel día espantoso y, tras sus primeros aullidos, la sala se convirtió en un pandemonio. Quizá por miedo a mi vociferante montura y a su frenético jinete o quizá porque, debido a la ingesta de licor, creían que realmente una onda de COMER se aproximaba a ellos, los juerguistas comenzaron a gritar y se lanzaron en todas las direcciones, atestando las puertas, tropezándose y cayéndose, pisoteándose y subiéndose unos encima de otros en su atolondramiento. Los músicos huyeron del quiosco y se unieron a la muchedumbre, agitando sus dorados instrumentos de viento como si de garrotes se tratara. También en el telerama todo era caos: los celebrantes lanzaban sus antorchas por el aire y salían corriendo a toda velocidad por los senderos y a través de la maleza, se ocultaban detrás de las rocas, se tiraban al suelo o se metían en los arbustos. La música del órgano se volvió feroz y entrecortada, después cesó por

completo y el estrépito que armaba la multitud llegó a su máximo punto de enloquecimiento.

Al fin pude soltar mi vara, y entonces el silbido de COMER dejó de sonar. Pero había dejado la cabeza limpia de licor y de ilusiones, dejándome muy afectado por mi propia estupidez y horrorizado por cuánto y cuán fácilmente me había apartado del camino de la Gran Maestría. ¿Acaso ése era, como había supuesto Max, el objetivo inicial de Stoker? Ahora Stoker se encontraba de pie sobre el sofá-féretro; había llenado los cojines de barro y observaba, sonriente, el pánico general. Con las manos apoyadas en la cadera, se reía de la desbandada de los adoradores, del frenesí de los asistentes a la fiesta y de mí, prácticamente en mi cara, ya que nos encontrábamos más o menos a la misma altura.

—¡Ni yo mismo lo haría mejor! —gritó—. ¿Por qué no trabajas para mí?

Podría haberlo atacado, pero Croador estaba demasiado excitado por el caos que se había apoderado de la sala como para obedecer mis órdenes. Agujoneado por el remordimiento, le clavé los talones y avanzamos entre la masa, que ahora que el silbido había dejado de sonar, estaba empezando a recuperar la razón. Busqué con sentimientos contradictorios a Anastasia, pero ella y los Sear se habían marchado; a Madge, en cambio, la vi panza abajo sobre una mesa que había cerca, acostada encima de varias fuentes de fiambres: tenía una manzana en la boca, que ya no llevaba vendada, y los ojos cerrados, y los guardias del estrado estaban untándole los jamones con mostaza. Espoleé a Croador con fuerza para que no la viera. Llegamos hasta la puerta de salida, que se abrió cuando nos acercamos, y cuando tomábamos el pasillo que comenzaba tras ella, la voz jovial de Stoker resonó por los altavoces situados por todas partes:

—¡Piénsalo, niño-cabra! ¡Ya nos veremos!

Y su risa nos precedió y nos persiguió mientras avanzábamos, sin oposición, sin compañía, de un pasillo a otro, de una cámara a otra. Los guardias se apartaban a nuestro paso con una sonrisa; las palancas se bajaban, las luces se encendían, todas las puertas se abrían ante nosotros y se cerraban detrás, hasta la última, aquel gran portón de hierro de la cámara de entrada a través del cual salimos ahora como habíamos entrado hacía unas horas, sin saber cómo habíamos llegado hasta allí. Los perros guardianes se pusieron a ladrarnos, pero sus amos los mantuvieron a raya; Croador les ladró a ellos, pero yo seguí dirigiéndolo hacia delante. Cruzamos la plataforma de gravilla, donde las luces seguían encendidas, helada bajo el cielo del amanecer, y bajamos por una pendiente de madera, a través de un bosquecillo de robles y laureles empapados en rocío. Al pie de esta pendiente, en un claro cubierto por una brillante neblina, caímos al suelo; en realidad, nos desplomamos los dos juntos sobre las hojas, debido a un agotamiento que yo nunca hubiera supuesto que también él sufría. Y aunque la rabia, el remordimiento y las dudas ardían en mí como los horribles fuegos de Stoker, que ninguna cantidad de lágrimas podría sofocar, la fatiga los atenuaba y amortiguaba: sin preocuparme por la comodidad, ni por la salud,

ni por la seguridad (pero Croador ya no me parecía una amenaza, pues había acudido hasta la tarima, supuse ahora que reflexionaba sobre ello, más probablemente para ayudarme que para atacarme; en cuanto a Stoker, no veía ningún motivo por el que pudiera lanzarse en nuestra persecución, y albergaba aún menos esperanzas de poder escapar de él en caso de que lo hiciera), le eché un vistazo a mi acompañante, que ya estaba roncando, y después cerré los ojos y, del mismo modo en que había caído al suelo, me quedé dormido.

1. HACIA LA POSADA DEL PEDAL

Tras unos sueños angustiosos en los que aparecía, entre otras cosas, mantequilla de cacahuete, me desperté debido a unos ruidos que me parecieron de ardillas, un chirriante roer contra unos trinos reprensos, y durante un dulce instante no supe dónde me hallaba. Entonces vi a Croador acuclillado en una zona iluminada por el sol matinal, mordisqueando mi vara mientras unas ardillas grises alborotaban sobre él, en los robles, y el recuerdo, como si de un músculo por la mañana se tratara, se hizo dolorosamente presente.

No era sólo la memoria; también me dolían las articulaciones, y la cabeza y la tripa. Tan fuerte era mi jaqueca como mi náusea. Me incorporé hasta quedarme sentado y tuve arcadas; me sentía demasiado mal como para permitirme algún remordimiento en relación con G. Herrold, con Max o con Anastasia. Croador se acercó a mí y despejó cualquier duda sobre su fidelidad soltando un gruñido lastimero al verme en aquel estado y ofreciéndome alimento. Se había levantado temprano y de algún modo se las había apañado para encender una pequeña hoguera; sobre sus ascuas había asado algunas aves cantoras y algunos pequeños mamíferos — musarañas, tal vez, o zarigüeyas bebés—, un par de puñados de cuyos chamuscados cadáveres dejó caer orgullosamente sobre mi regazo. Cuando acabé de quitármelos de encima, cosa que conseguí hacer sin vomitar, aunque estuve a punto, me ofreció unos alimentos que fueron más de mi agrado: un buen surtido de castañas, no todas agusanadas, que también había asado en la hoguera y que sugerían, teniendo en cuenta la estación en que estábamos, que los animales quemados eran los retoños de aquellas ardillas que no cesaban de proferir arengas; su forraje había seguido el mismo camino que su progenie. Pero sus cáscaras calientes fueron bien recibidas por mis manos, y sus ligeras pulpas por mi estómago, que se asentó gracias a ellas. Y mejor recibido aún, ya que tenía una sed terrible, fue el shofar; le había tapado la punta con la piel blanquecina de las bayas de saúco y lo había llenado con agua de manantial, que me hizo sentir tonificado y despejado de un modo milagroso cuando me enjuagué con ella por dentro y por fuera. Por último, había encontrado y saqueado un árbol en el que se habían instalado las abejas, lo cual fue lo más maravilloso de todo. No hay mejor enmienda que la miel para los malestares gástricos: tan dulce fue para mis entrañas aquel ambarino lenitivo, con su fragancia a los tréboles del año anterior, que aguanté la visión de mi proveedor devorando los roedores asados mientras desayunaba castañas con miel sin tener ni la más mínima náusea. No estaba seguro de en qué medida él era capaz de comprender mi idioma y la situación en que nos encontrábamos, pero le agradecí de todo corazón la comida, y me alegré al verlo sonreír y ofrecerme más. Acepté un trozo de panal para ir mascándolo mientras viajábamos y me quedé encantado cuando, un momento después, al levantarme y

disponerme a orinar sobre las ascuas, él me dio mi vara antes de que pudiera pedírsela.

—Bueno, ¿y esto qué es? —le pregunté, asombrado.

A lo largo del ceniciento cayado, sin más instrumentos que sus dientes, por lo que pude inferir, había grabado unas cuantas figuras antropomorfas, reconocibles pese a estar muy estilizadas y no carentes de belleza. Tenían los torsos pequeños, a veces casi inexistentes salvo por el aparato de generación; tenían los rostros cuadrados, los ojos, las orejas, las narices y las bocas muy grandes, y los dientes puntiagudos. Unos iban montados sobre los hombros o estaban de pie sobre las cabezas de los otros, formando dos columnas que subían por la vara, y en cada nivel la figura de una interactuaba con su equivalente de la otra, de una o varias maneras: batían palmas y copulaban, se enculaban y mordían; también se olisqueaban y manoseaban, se toqueteaban y cagaban, sacaban las lenguas y exhibían sus partes pudendas; se trataba de un extraño entrelazamiento de apetitos. Le di las gracias una vez más, señalando los motivos que había grabado para que mi mensaje quedara claro; él frunció el ceño y negó con la cabeza. Me quedé desconcertado hasta que, con una mirada incitante, se levantó la bata y se cogió el poderoso órgano con una mano mientras con la otra me mostraba un par de figuras de las que había grabado en la vara: dos tipos fornidos más enganchados de lo que nunca habíamos estado G. Herrold y yo en la época en que nos dedicábamos a luchar. Comprendí entonces que aquella obra de arte era funcional a la par que decorativa —que señalar cualquier pareja de las que había representado Croador era equivalente a dar una orden muy concreta— y que mi propio dedo se había apoyado inadvertidamente en una *shelah-na-gig* que aparecía de frente y que, por ser femenina, lo había confundido. Más adelante yo aprendería en profundidad los significados de la manera de organizar las figuras de abajo arriba; se trataba de una especie de psicronología jerárquica de la lujuria de la que el ingenio, combinado con el arte de la composición, sugería que el trabajo de Croador se enmarcaba en una tradición más sofisticada de lo que era él. Rechacé su invitación; le indiqué por gestos que mi deseo era subirme a sus hombros y partir con rumbo al Gran Centro Comercial en busca de Max. Aunque yo no tenía ninguna legitimidad para darle instrucciones, él resultó ser un sirviente deseoso de cumplirlas y valioso en grado sumo, además de un formidable aliado; yo ganaría tiempo si contaba con sus piernas en lugar de con las mías, y además podía estar razonablemente seguro de que no cometería más tropelías mientras siguiera bajo mi mando.

Tras unos breves momentos de confusión (nuestros papeles todavía no estaban definidos con suficiente claridad, y él seguía pensando en los términos inscritos en el cayado), me colocó sobre él como si fuera ligero como una pluma, señalé hacia adelante y partimos, primero en dirección a la carretera y después, o al menos eso esperaba yo, hacia New Tammany, o en cualquier caso, en dirección contraria a la Central Eléctrica. El pavimento de asfalto estaba en muy buen estado, aunque daba la impresión de no usarse en demasía —no había oído ni un solo vehículo desde que me

había despertado— y decidí ir a plena vista en vez de atravesar los bosques, razonando que si Stoker u otros tenían la determinación de impedirme el paso, me encontrarían de cualquier manera, si no por aquella zona, en la Puerta Principal, y mientras tanto yo podría recorrer más terreno y quizá localizar a Max. Por otra parte, también era consciente de que si Stoker me «capturaba» (por el motivo que fuera) no era imposible que pudiera volver a ver a Anastasia y su magnífico escudete, pero tengo poca paciencia para esta clase de planteamientos. Desde luego, pensaba en ella, así como en algunas otras cuestiones, a medida que avanzábamos; la carretera era recta y el paisaje invariable, y el sol estaba alto y me calentaba la cara: todo estimulaba las ensoñaciones. No tenía costumbre de dirigir mis pensamientos, sino de meditar sobre aquellas imágenes que me vinieran a la mente por su cuenta, por decirlo de algún modo: no las manipulaba ni las cuestionaba, sino que asistía, como un espectador lleno de interés, a todo lo que venía vinculado, asociado a ellas, ensayando los actos y parlamentos que estuvieran en el guión de la memoria o improvisando unos nuevos. Y en lugar de conclusiones razonadas, el resultado de todo esto eran emociones puras. Desde que me había despertado y a pesar de la resaca que tenía, me había sentido inexplicablemente purificado, vaciado: ahora, mientras me observaba bebiendo aquel licor negro con Stoker, mordiéndole la tripa a Anastasia y cubriéndola en público sobre el féretro de G. Herrold, noté con interés que aunque estaba perplejo, ya no me sentía arrepentido: mi humildad no era en absoluto algo humillante, sino más bien asombro ante la peculiar naturaleza de mi libertad, que hasta entonces no había apreciado. Me parecía realmente (aunque no era capaz de expresarlo con palabras, del mismo modo que Croador no era capaz de disertar sobre la talla de bajorrelieves en madera) que un acto se volvía granmaestril si era cometido por el Gran Maestro y de ninguna otra manera; y, al mismo tiempo, que un Gran Maestro se define a Sí mismo ineluctable y exclusivamente a partir de la Gran Maestría de sus actos. No tenía ningún motivo, lo sentía de un modo muy convincente, para *preocuparme* por lo que hacía: si de verdad era un Gran Maestro, entonces escogería de manera infalible las actitudes granmaestriles —¿cómo iba a ser de otro modo?—, cuya Gran Maestría, podía añadirse, derivaba de que yo las reconociera como tales. Y si no lo era, entonces ninguna elección podría convertirme en uno, porque en mi a-Gran Maestría, tomaría decisiones equivocadas. El planteamiento es paradójico; la sensación que yo tenía no lo era. Max creía que un Gran Maestro era un hombre que *actuaba* de tal o cual manera, que hacía una tarea granmaestril: Enós Enoc, explicaba Max, dijo «Ama a tu compañero de clase como a ti mismo» porque amar al compañero de clase como a uno mismo era una Respuesta Correcta; Él no había tenido más opción que ser o no ser un Gran Maestro; si Él nos hubiera dado otra orden, no habría sido uno. Yo, por el contrario, había sostenido algunas veces que amar al compañero de clase como a uno mismo era Correcto sólo porque Enós Enoc así lo había ordenado; que odiarse a uno mismo y al compañero de clase habría sido igualmente Correcto en el caso de que Él hubiera ordenado eso; en

resumen, que Su elección era libre porque Su naturaleza no lo era, ya que Él era en cualquier caso un Gran Maestro. Pero ahora me parecía que los dos nos habíamos equivocado: el propio Max podía amar a su compañero de clase y a todos los demás, y enseñar a otros a hacer lo mismo —incluso podía sacrificarse en nombre de la estudiantía como hizo Enós Enoc— y sin embargo no era de ningún modo un Gran Maestro por derecho, sino sólo una imitación de Enós Enoc. Por otra parte, Enós no podría haber ido por ahí diciendo *cualquier* cosa, o sin decir nada, y ser de todas maneras Enós Enoc. En realidad, pensé, el actor no define el acto ni el acto define al actor; su relación (al menos en el caso de los Grandes Maestros y de la Gran Maestría) era, ante todo, la misma que hay entre los artistas, por ejemplo, y sus obras de arte, y hablar de libertad o de falta de ella en una relación de esas características es algo que carece de mucho sentido. Sin Grandes Maestros no habría Respuestas, no habría Graduación, del mismo modo que no habría grandes poemas si no hubiera grandes poetas: preguntar si Maro, por ejemplo, podría no haber escrito la *Épica de Anquísides* era como preguntar si tenía libertad para no ser Maro; se trataba de una cuestión fútil. Pero había una diferencia: un gran poema podía ser anónimo, y su proceso de composición y la personalidad de su compositor podrían no ser conocidos salvo por lo que está implícito en la propia pieza. En cambio, lo que decía y hacía Enós Enoc —o Mayos el Lykeioniense o el Sajian original— era menos importante que la manera en que Él lo hacía: la Gran Maestría era inseparable del Gran Maestro, de cuya personalidad era la expresión; nunca podía ser anónima, y por lo tanto siempre debía perderse, en cierta medida, al pasar a los tutelados, como Enós Enoc se perdía en el enoquismo. Sin embargo, la analogía podía mantenerse, pese a todo: un hombre que transcribiera una copia de la *Épica de Anquísides* o que la imitara no era Maro, al igual que el Graduado no era el Gran Maestro. Y en la misma medida en que el poeta podía trascender las convenciones de su disciplina y gracias a su talento hacer bello lo que en unas manos menos capaces habría resultado feo, el Gran Maestro, en su Aprobancia, se encontraba más allá de la Verdad y la Falsedad ordinarias. Mayos bebía durante toda la noche y permitía que los jóvenes se enamoraran de Él; Sajian, en su juventud, tuvo un rebaño de amantes, y en Su Maestría nunca le prestó ayuda a nadie (al igual que su descendiente —me perturbó recordarlo— no había tratado de rescatar a G. Herrold); incluso Enós Enoc había despotricado contra el Fundador, había perdido la paciencia en varias ocasiones y no sólo había contradicho las enseñanzas del Antiguo Programa, sino también sus propios *obiter dicta*, y había aprobado tanto a Carpo el Loco como a Gaffer McKeon el Perfecto Embustero.

Desde luego, quedaban preguntas para las cuales yo todavía no tenía respuestas claras. ¿Acaso Enós podría haber asesinado además de despotricar? ¿Acaso Sajian podría haber tenido una amante durante Su Maestría además de antes? ¿Acaso Mayos podría haber practicado abiertamente la pederastia? En cuanto a Carpo, ¿era acaso un loco común y corriente cuya aprobación se empleaba por su capacidad ilustrativa, o

tenía alguna cualidad especialmente aprobada que sus compañeros de clase no eran capaces de percibir? ¿O acaso tal vez su aprobación había sido tan puramente arbitraria que interpretarla incluso como una ilustración de la arbitrariedad granmaestril era atribuirle un significado erróneo? Comencé a sospechar que tales preguntas no eran válidas, pero antes de que esta sospecha tuviera tiempo de aclararse, la visión de una figura entre las hierbas a algunos cientos de metros de distancia de la carretera se apoderó de mi interés. Entonces toda mi recién adquirida compostura se vino abajo —debido a la alegría, a la mala conciencia y a la preocupación— ya que vi que se trataba de Max.

Lo saludé con un grito e insté a Croador a que se dirigiera hacia él. No habíamos visto ninguna posada; de hecho, no habíamos visto ninguna clase de edificio. ¿Max habría pasado la noche al descubierto o lo habría alojado Stoker y él había salido en mi búsqueda por la mañana? Volví a reprenderme por haberlo abandonado; mi alarma se acrecentó cuando me di cuenta de que no estaba sentado en una silla entre las acederas, como había supuesto, sino meramente agachado y abrazándose a sí mismo, como si quisiera protegerse del frío, y con la frente apoyada en las rodillas. Ni siquiera el acercamiento de Croador, de cuya nueva manejabilidad él no tenía forma de haberse enterado, pareció causarle la menor impresión: levantó el rostro hacia mí sin expresión alguna, distraído.

—Tenemos un nuevo ayudante —le dije y, sonriendo, descendí de mi montura. Croador me quitó la vara de la mano mientras me bajaba y se sentó tranquilamente entre las hierbas con ella, como un perro con un hueso. Yo le toqué con suavidad un hombro para transmitirle mi apoyo, un tanto molesto por el hecho de que Max ignoraba mi dominio y mi hábil manejo de lo que, al fin y al cabo, había representado una amenaza para el cuerpo estudiantil. En mi cabeza, aquello era un buen augurio ante los encuentros más peligrosos que sin duda nos esperaban—. Ahora está bajo mi control. Hemos estado buscándote por todas partes. ¿Estás bien?

—¿Bien? —dijo él con voz débil, y se levantó haciendo un esfuerzo.

Le toqué el brazo, sintiéndome inseguro.

—Me alegro de verte, Max.

Tenía ganas de disculparme por haberlo dejado solo, por haberme sumado a la juerga de la Central Eléctrica y todo lo demás. Pero recordé que en cierto modo era él quien me había abandonado a mí, y que en cualquier caso no estaba seguro de que fuera necesario arrepentirme de mi comportamiento. Al margen de las consideraciones anteriores —la tautología cualitativa, por decirlo así, del acto y el actor en el caso de la Gran Maestría—, ni siquiera me parecía tan terrible considerar que lo que había hecho la noche anterior era resultado de la simple negligencia. Anquísides, por mencionar sólo un ejemplo, había estado coqueteando con su amante durante todo un invierno, mientras que yo, si es que era culpable, no lo era más que de haberme distraído durante un único funeral.

—Lo siento si has tenido que pasar la noche al aire libre.

Max negó con la cabeza.

—Un poco de dolor en articulaciones, es todo.

El tono de su voz era tan reservado como el de la mía; también él, pues, me imaginé con cierta satisfacción, se había cuestionado si había hecho bien en abandonarme. Decidí no reprochárselo ni, por otra parte, contarle en qué habían consistido mis actividades nocturnas.

—¿Te sientes con fuerzas para continuar?

Él abrió mucho los ojos, como alguien que acabara de despertarse.

—Creo que sí.

—Stoker envió un hombre a buscarte —le dije, poniéndome a la defensiva—. Se suponía que tenía que asegurarse de que tuvieras un sitio para dormir.

La extraña reticencia de Max tocó a su fin cuando él escuchó ese nombre.

—¡Decano de los Suspendidos! —gritó, agitando los dos puños por encima de su cabeza—. ¡Stokerr y Eierkopf, dos bonifacistas! ¡Jactándose de lo que les hicieron a moisianos! *Ach*, ¡los odio!

Continuó un rato en esta línea, no siempre con coherencia: a Eblis Eierkopf lo maldijo por ser un monstruo suspendido y desprovisto de alma que había traicionado a la estudiantía en general y a Virginia R. Héctor en particular en nombre de una perversión sigfridense de la ciencia; a Stoker lo injurió de nuevo por ser la misma esencia del afundadorismo y dijo que ni siquiera tenía los retorcidos motivos de Eierkopf para cometer sus iniquidades, sino que las disfrutaba abiertamente por ser actos suspendidos, y que su único deleite y fundamento, como el del legendario Decano de los Suspendidos, era tentar a toda la estudiantía aprovechando las más penosas debilidades de cada cual, mostrar las úlceras en el corazón de las rosas, hacer que las peores razones parezcan las mejores y reírse de la corrupción de las mentes más puras y generosas, como la de Anastasia. Los ojos se le llenaron de lágrimas y su voz adoptó un tono más estridente. Estaba muy bien amar al enemigo, como propugnaba Enós Enoc, en tanto en cuanto el enemigo fuera un estudiante humano con la propensión que compartimos todos los mortales a la crueldad irreflexiva y cosas similares; pero los bonifacistas y los de su ralea se habían apartado de la estudiantía humana. Considerarlos *bestias* era insultar la nobleza y la falta de malicia de los animales, incluso de los más salvajes y feroces: encarnaciones de lo suspenso, eso era lo que eran, y él, Max, había cometido un error al no odiarlos antes, al no desear su muerte y no trabajar por su exterminación con toda la energía que ellos habían dedicado a la de él y sus compañeros de clase. Era en vano objetar, como él solía hacer, que la violencia era algo suspendido al margen del principio al que sirviera: cuando el principio era la antiviolencia y la víctima, la violencia misma; cuando se daba el caso de que o bien se destruía a una pequeña cantidad de violentos o bien se dejaba a una gran cantidad de inocentes en sus manos, la cuestión era éticamente *sui generis* y las reglas que en otras circunstancias eran válidas ya no resultaban relevantes, etc., etc.

Me impresionó no sólo la violencia de su parlamento, tan distante de su estado de ánimo habitual, sino también mi incapacidad para estar de acuerdo con sus palabras, por muy perturbadoras que me resultaran. Tampoco se trataba de que, como el antiguo Max, yo no aceptara la violencia en ninguna circunstancia; por el contrario, lo que sentía, de un modo tenue pero inconfundible, era que de alguna manera que no podía explicar, había algo *correcto* en la actitud de Stoker, y que el Decanato de los Suspendidos, por decirlo así, no era tan fácil de comprender y analizar, al menos no para un Gran Maestro. Yo de ninguna manera podría haber discutido la cuestión, y por lo tanto no dije nada, pero me imaginé muy vívidamente el tumulto de la Sala de Calderas, siempre al borde de la explosión; el destello de aquel horno natural situado en las entrañas de la Colina del Fundador; la maravillosa sensación de echar la cabeza hacia atrás como hacía Stoker y rugir como un demente con todas mis fuerzas... En esto, en mi embriaguez (que todavía ni siquiera podía reconocer como tal), en todo lo que había visto y sido y hecho en el subcampus, por decirlo de algún modo, había algo ciertamente bueno que yo percibía con tanta claridad como percibía que Max nunca lo comprendería. Yo mismo también estaba lejos de comprenderlo, aunque sólo fuera porque en la armonía de mis sentimientos no discordaba de ninguna manera con la misericordiosa indignación de Max, pero me parecía que no tenía nada que ver ni con las racionalizaciones, por un lado, ni con los apriorismos granmaestriales, por otro. Dejé de lado la cuestión, junto a mis especulaciones anteriores, contra el perfeccionamiento de mi experiencia, y le pregunté a Max si había comido algo.

—No tengo apetito —dijo él, negando con la cabeza. Me echó una mirada inquisitiva y se peinó la barba con los dedos—. Dos cosas, George. Puedo haberr hecho cosas mal en mi vida, pero nunca toqué a Virginia Héctorr, así que no puedo serr el padre de esa pobre chica. Tiene que serr Eblis Eierkopf. Y si Maurice Stokerr envió a alguien en mi búsqueda, no fue parra que me consiguiera un hotel. Perro ésta es la segunda cosa: he estado esperrando aquí al lado de la carretera toda la noche y *no he visto ni un alma*.

Proclamado esto, volvió a sumirse en el estado de profunda pesadumbre en que lo había encontrado y no se dispuso a irse ni demostró intención de quedarse. Yo me sonrojé por el reproche de su último comentario, y nos quedamos los dos de pie un momento. Entonces, en consideración a su edad y a su incierto estado físico, le sugerí que se subiera a hombros de Croador, en quien yo no acababa de confiar cuando nadie lo estaba montando; yo iría a su lado a pie. Estaba preparado para disipar cualquier recelo alabando la fiabilidad y las habilidades de Croador; de hecho, no me podía imaginar cómo nos apañaríamos para conseguir comida y para encender un fuego sin él, salvo que el Gran Centro Comercial estuviera a escasa distancia, y aunque suponía que tendría que devolvérselo al doctor Eierkopf al llegar a New Tammany, entretanto lo consideraba un poderoso aliado, a cuya compañía lamentaría mucho tener que renunciar, y conservaba la esperanza de que cuando Max volviera a

ser él mismo podríamos aprender a manejar de un modo todavía más eficaz a aquella inmensa criatura. Pero mi consejero no mostró ni miedo ni interés: se encogió de hombros y permitió que lo pusiéramos en lo alto cuando le hube transmitido el mensaje a Croador. Yo recuperé mi vara, sobre la cual ahora una entalladura en espiral con motivos de hojas de parra y zarcillos se enrollaban formando filigranas en torno a las extremidades de las figuras inferiores y prometían ofrecerles racimos a las que había por encima de ellas. En otro momento habría invitado a Max a admirar la talla conmigo, pero como parecía tan exánime me limité a señalar hacia la carretera con la vara y emprendimos nuestra fatigosa caminata.

Debido a que su carga era ligera y sus piernas más fuertes que las mías, el ritmo de Croador me resultaba difícil de seguir. Cada cien metros, más o menos, me sacaba una docena y se detenía, sonriente y esperando a que lo alcanzara. Avanzamos de este modo alrededor de un kilómetro, y entonces, en una de sus paradas, vi que se salió del pavimento girando bruscamente en dirección a una acequia que corría junto a la carretera. Lo llamé a gritos y redoblé el paso tratando de alcanzarlo, temeroso de que quisiera huir; Max se sujetaba con fuerza para evitar caerse, pero por lo demás parecía indiferente, y no hizo ningún esfuerzo por detenerlo. Sin embargo, era algo que había en la acequia lo que había llamado su atención. Se metió en ella de un salto, gruñendo como un verraco, y cuando yo lo estaba alcanzando, sacó su premio y lo depositó en el arcén: era una motocicleta negra, que él levantó como si se tratara de un juguete, de la misma clase que las que usaban los hombres de Stoker, y tal vez por ese motivo Croador comenzó a aporrearla muy seriamente con los puños hasta que le ordené que parara.

—Uno de tus amigos ha tenido un accidente —observó Max.

En efecto, el sidecar estaba parcialmente aplastado, el parabrisas se había roto y la rueda delantera había estallado, como si el vehículo se hubiera metido en la acequia con fuerza. Apunté que el conductor, que no se encontraba a la vista, debía de ser el oficial de rostro anguloso que Stoker había enviado en busca de Max, pero después observé que la posición original de la motocicleta en la acequia, así como las huellas de sus ruedas en la cuneta, indicaban que se dirigía *hacia* la Central Eléctrica en el momento del accidente.

—Bueno —dijo Max sin ningún interés—. Hay muchas carreteras, y Stokerr tiene más de un matón.

—¿Qué crees que le habrá pasado al conductor?

Max se encogió de hombros. Como mostró tan abiertamente su indiferencia, le ordené a Croador que esperara mientras yo buscaba y llamaba entre los matorrales a ambos lados de la carretera por si alguien yaciera herido por ahí. No hubo respuesta.

—Debe de haber ido a buscar ayuda —decidí—. O a lo mejor alguien ya ha venido a por él.

Max volvió la cabeza con desdén y ni siquiera se dignó mirar a la máquina estropeada, que yo, sin embargo, me puse a examinar lleno de curiosidad.

—¿Está muy lejos el Gran Centro Comercial, Max?

—Más que ayer —dijo él secamente. A las otras desgracias que nos había acarreado el encuentro con Stoker, por lo visto, había que sumar el hecho de que antes habíamos estado avanzando hacia el oeste, desde las Granjas de la Facultad hacia el Gran Centro Comercial, pero la ruta desde el Desfiladero hasta la Central Eléctrica nos había desviado muchos kilómetros hacia el norte, apartándonos de nuestra meta.

Decidí entonces tratar de usar la motocicleta: si resultaba posible manejarla, a escasa velocidad, Croador podría instalarse en el sidecar o ir trotando al lado, con Max sobre sus hombros, y llegaríamos al Gran Centro Comercial antes del anochecer; de lo contrario, pasaríamos otra noche al descubierto o tendríamos que suplicarle a alguien que nos alojara. Al menos eso fue lo que me imaginé, en mi ignorancia en relación con el campus y con cuestiones tales como el medio de intercambio y los recursos de Max; di por hecho que, una vez se matriculara oficialmente, uno recibía alojamiento y alimentos a costa de la Facultad, pero no sabía nada sobre esos asuntos, y Max, que en circunstancias normales me podría haber asesorado, se había vuelto tan taciturno que hasta tuve problemas para sonsacarle que no sabía nada sobre el manejo de las motocicletas ni sobre las consecuencias legales de tomar prestado aquel vehículo. Esto era algo a lo que yo apenas podía dar crédito; íntimamente, estaba cada vez más convencido de que al margen del dolor que sentía por G. Herrold y del rechazo que sentía por Stoker, lo que en realidad lo molestaba era que me hubiera independizado de su autoridad y la declaración de Anastasia de que él era su padre natural, lo cual, por lo que yo sabía, bien podía ser cierta a pesar de que él lo negara. En cualquier caso, estaba demasiado sumido en sus meditaciones como para preocuparse mucho por lo que hiciera yo, de modo que me puse a examinar los mandos de la máquina y a recordar lo que podía de la forma en que Stoker operaba con ellos.

Tras experimentar un rato, conseguí, en parte por casualidad, encender el motor, abrir el depósito de gasolina, obturar el carburador y soltar el embrague, todo al mismo tiempo, y fui recompensado con un chisporroteo cuando le di al motor de arranque. Entonces mantuve la máquina al ralentí, tras soltar el obturador sin darme cuenta, y pude sentarme sobre aquel tembloroso vehículo de tres ruedas y modificar la velocidad del motor a mi entera satisfacción, aunque sin moverme del lugar en el que estaba. Hubo una serie de sacudidas y el motor se calentó varias veces mientras yo accionaba la palanca de cambios y descubría su relación con el pedal del embrague; finalmente, por medio de una feliz combinación de azar y deducción, solté el freno de mano, metí primera (sin sospechar todavía que había otras marchas) y aceleré justo a tiempo para evitar que el motor se calara. La sacudida hizo que casi me cayera del asiento; por suerte, solté el acelerador y la motocicleta fue reduciendo su velocidad hasta detenerse. Estaba aterrorizado, pero seguí intentándolo e incluso me armé del suficiente valor como para salir de la acequia y llegar al pavimento. Lograr que el

vehículo fuera en línea recta era más difícil de lo que me había imaginado, debido (como aprendería de inmediato) a que la rueda delantera estaba desinflada y al efecto del sidecar, que había quedado torcido como consecuencia del accidente. Pero yo estaba entusiasmado —¡dos monstruos domeñados en dos días!— y avanzaba a trompicones lleno de alegría en primera, mientras el motor rugía. Croador iba saltando a mi lado, sonriente y sin dejar de gruñir, y a cada salto daba la impresión de que mi consejero se iba a caer de sus hombros; parecía tan contento por mi logro como lo estaba yo, y yo hice que su felicidad aumentara al entregarle mi vara para que la mordisqueara, ya que Max no mostró ni el más mínimo interés por emplearla para dirigirlo. Después de todo, de este modo sí que avanzábamos un poco más rápido que antes, aunque con mayor torpeza; en cualquier caso, tal vez no lo suficiente como para recuperar el tiempo que habíamos perdido durante mi proceso de autoaprendizaje. Afortunadamente no había ningún tráfico que entorpeciera nuestra marcha. Más afortunadamente aún, a tenor de lo que se veía, un cuarto de hora después llegamos a una encrucijada donde nos encontramos con un joven con el pelo naranja y una mochila a la espalda.

Llevaba un elegante traje de lana gris y un gorro de piel de mapache y estaba haciendo flexiones en la carretera, un poco más adelante de donde nos hallábamos nosotros. Su corbata de flores, bastante suelta, se doblaba sobre el asfalto cada vez que él descendía y se estiraba cuando él ascendía. A media altura se detuvo al oírnos llegar, con el rostro tan encendido como el pelo, y entonces se puso de pie y agitó el gorro mientras nos acercábamos. Un tipo extraordinariamente alto: los dobladillos de sus pantalones no llegaban a rozar sus grandes zapatos amarillos, del mismo modo que las mangas ni se aproximaban a sus grandes manos rojas. Ahora que estábamos más cerca me di cuenta de que estaba tratando de decirnos que nos detuviéramos, y me pregunté si, pese a la pecosa alegría de su semblante, no representaría algún peligro. También resultaba extraño que no diera ninguna señal de alarma al ver a Croador, a quien, en cualquier caso, contemplaba con una alegre expresión de asombro. No había tiempo para que Max me aconsejara nada, ni aunque hubiera querido hacerlo; y de todos modos me habría costado escucharlo con el ruido del motor. Había que elegir entre detenerse, atropellar a aquel hombre o girar a la izquierda o a la derecha, y decidí que nos detuviéramos. En realidad, mi ignorancia y mi indecisión eligieron por mí: frené sin desembragar ni soltar el acelerador y el motor se caló.

—¡Por la gracia del todopoderoso! —exclamó el tipo con un acento que me pareció bastante similar al de G. Herrold, rascándose la cabeza al hacerlo. Su sonrisa acabó con mis recelos, al igual que la expresión de afable asombro de sus ojos, o más bien en su ojo, ya que aunque ambos eran igualmente azules y centelleantes, sólo el derecho se desplazaba de mí a la rueda desinflada de la motocicleta y a Max y a Croador, mientras que el izquierdo (quizá un tanto más abierto que su colega) miraba siempre fijo hacia delante.

Yo le devolví la sonrisa, dirigiéndola hacia el puente de su nariz.

—¿Qué tal? ¿Esta motocicleta es suya?

Él sonrió aún más.

—¿O sea que no es suya? Me lo podía haber imaginado, por la forma en que la va conduciendo.

Como no había nada de crítica en el tono de su voz, sólo un asombro sincero, le expliqué las circunstancias de mi descubrimiento y apropiación de la moto. No tenía la intención de *quedármela*, le aseguré; en tanto en cuanto el señor Maurice Stoker era conocido mío y su esposa se había convertido en una amiga bastante particular, estaba seguro de que no tendrían nada que objetar ante el hecho de que hubiera tomado prestada su máquina para llegar al Gran Centro Comercial y —esta agradable idea se me ocurrió mientras hablaba— se la llevara a la señora Stoker al Departamento de Psicología cuando me hubiera matriculado.

—Siempre he oído que había grandes eventos en la Central Eléctrica en esta época del año —dijo el hombre alto—. No conozco al señor Stoker en persona, pero apuesto a que la mitad de lo que dicen de él no es verdad.

Me di cuenta de que estaba tratando de mostrarse amable. Ahora que lo veía de cerca, me di cuenta también de que era menos joven de lo que me había parecido: estaba más cerca de los cuarenta que de los veinte a pesar de lo infantil de su aspecto y sus modales.

—Hmm —dijo Max, y no mostró más interés. Sin embargo, el desconocido no pareció percatarse de su falta de cordialidad.

—¡Oye, vaya negrata que traen! ¿Vienen de una fiesta de disfraces?

Como ese término no tenía ningún significado especial para mí, identifiqué a Croador, expliqué cómo había llegado a estar con nosotros, presenté a Max y también me presenté yo.

—¡Por la gracia bendita! ¡Encantado de conocerlos! —Muy impresionado, le extendió la mano en primer lugar a Croador—. Mi nombre es Greene, señor Croador.

Croador soltó un gruñido.

—No habla nuestro idioma —dije yo.

—¿Es verdad eso? Pero no morderá, ¿no?

—Si no tratas de lincharlo, no —dijo Max.

—¡Oiga, oiga, espere! —protestó Greene sin perder su tono afable, aunque a mí me dio la impresión de que tenía motivos para sentirse ofendido—. Sólo porque sea un negrata no significa que yo no admire su manera de jugar al fútbol. Yo no tengo nada contra los negratas. Yo crecí entre negratas.

—Felicitaciones.

Greene se volvió hacia mí con una amplia sonrisa.

—Es un cascarrabias, ¿verdad? —Y extendiéndole la mano a Max, dijo—: Peter Greene, señor, y estoy orgulloso de conocerlo. Leí cosas sobre usted en los periódicos hace mucho tiempo.

—¿Tampoco tienes nada contra los sindicalistas estudiantiles moisianos? —le preguntó Max sarcásticamente. Pero no declinó el apretón de manos, y yo vi en su barba indicios de una leve sonrisa por primera vez en lo que iba de día.

Peter Greene inclinó resueltamente la cabeza.

—Estoy dispuesto a sumarme a la revuelta contra la Facultad de Nikolay en cuanto lo diga el Rector —declaró con mucha dignidad—. Pero no tengo nada en contra de ningún hombre que no tenga nada contra mí. Negratas o moisianos, eso no me importa.

—Un liberal —dijo Max.

—Llámeme como le parezca, soy simplemente Peter Greene —Me guiñó el ojo derecho—. Nadie sabe tan bien como yo cómo distorsionan las cosas los periódicos. No me suspendan hasta que no me conozcan, y yo les haré a ustedes el mismo favor.

—Encantado de conocerlo, señor Greene —dije yo cuando me tocó el turno. Y lo cierto es que su manera de ser me parecía encantadora, aunque un tanto desconcertante.

—Peter —insistió él—. Lo mismo digo, señor George. Nunca había conocido a un Gran Maestro antes.

Me sorprendió que no hubiera en él ni rastro del escepticismo que había aprendido a esperar encontrar cada vez que me identificaba; sólo una cierta curiosidad, que me sentí muy contento de satisfacer.

—¿Cómo es que tiene que matricularse como todo el mundo? —quiso saber—. Mírenme a mí, que soy un pobre suspendido común y corriente; lo único que puedo esperar es que el buen Fundador decida, si así se lo dice el corazón, aprobarme cuando llegue el momento. Y seguro que Él todavía no me ha aprobado, evidentemente, por mucho que yo pensara que sí.

Le expliqué que aunque yo era lo que era en esencia, por decirlo así, todavía no lo era en acto, y no lo sería hasta que aprobara mis propios Finales, del mismo modo que el hijo de un rector, en la época en que los cargos eran hereditarios, podía convertirse en el director legítimo de su facultad cuando todavía era un niño, pero no podía ejercer su poder de hecho hasta que alcanzara la mayoría de edad.

—Bueno, creo que ésa es una profesión estupenda —dijo categóricamente Peter Greene, como si estuviera tratando de darme ánimos—. Quizá no lo crea por cómo estoy ahora, pero cuando era niño yo fui presidente de la Liga Enoquista Juvenil. ¡El presidente más joven que han tenido nunca! Más de una vez pensé que tendría que haberme dedicado yo también a la Maestría, en lugar de a la ingeniería comercial. Pero en esa época no era una profesión tan rentable. —Sonrió y volvió a guiñar un ojo, esta vez a Max—. ¡Van a tardar un buen rato en llegar a las Puertas de la Graduación con *eso!*

Admití que teniendo en cuenta mis habilidades como conductor y el estado del vehículo, no sería peor ir caminando —sobre todo si había más tráfico en las carreteras próximas al Gran Centro Comercial— y lo invité a que viniera con

nosotros. Él aceptó al instante, afirmando que detestaba, por encima de todo, la soledad, pues había pasado la infancia en los Bosques de la Facultad; pero no veía ningún motivo por el que debiéramos abandonar la motocicleta, que en su opinión no resultaría difícil de arreglar. Con mi permiso, abrió un morral de cuero que había junto a la rueda trasera —yo apenas había reparado en él— y sacó una serie de herramientas de entre las que escogió dos o tres llaves inglesas, una de ellas ajustable.

—Si hay algo que me encanta hacer —afirmó—, es cacharrear con motores.

Desmonté y observé cómo se ponía a trabajar con la máquina. Sin preocuparse por su ropa, y muy hábil con las herramientas, primero desatornilló el sidecar de la motocicleta, afirmando que se había torcido demasiado como para poder arreglarlo, y después se apoderó de su rueda y su neumático, que estaban en perfecto estado, para reemplazar la delantera del vehículo. Del sidecar también cogió una lata negra; la destapó, la olió y vació su contenido en un tanque situado encima del motor. Toda la operación no le llevó más de media hora. Después se lavó las manos —que habían adquirido un color más oscuro que el de las de Croador debido a la grasa del motor— en un pañuelo de lino limpio y se las empolvó la tierra que había al borde de la carretera. El traje y la parte frontal de la camisa le quedaron bastante manchados.

—¡Hala, ya está!

Ajustó el regulador y otras piezas, encendió el motor de arranque e hizo que el motor hiciera al instante un ruido más vigoroso que ninguno de los que había conseguido arrancarle yo. Insistí en que condujera él, ya que estaba familiarizado con los mandos y yo no tenía ni idea de lo que había que hacer para mantener el equilibrio sobre dos ruedas. Además, propuse que Max se subiera detrás de él en la montura y que yo fuera sobre los hombros de Croador, ya que a pesar de que mi peso era mayor, yo supondría una carga menor, y éste podría ir trotando en vez de verse obligado, por motivos de seguridad, a andar.

Max soltó un gruñido y se montó en la motocicleta.

—¿No te importa serr el chóferr de un riesgo parra la segurridad?

Greene negó amablemente con la cabeza.

—Puede que sea un riesgo, señor, y puede que no —entornó el ojo—. Pero usted no es un traidor a su facultad, como dijeron. Yo eso lo sé.

—¿Ya lo sabes? ¿Cómo puedes saberr?

—Me doy cuenta al mirarlo —afirmó Greene, y parafraseó a Enós Enoc—: «No es por la ropa que llevas, sino por el rollo que llevas».

—Qué buena vista tienes —se mofó Max, pero no parecía molesto. Greene contestó, mientras centraba su atención en los mandos, que en realidad sólo veía bien con un ojo, ya que había perdido el otro en un accidente hacía algunos años, pero que suponía que había *algunas* cosas que sí que veía con suficiente claridad. Frunció el ceño ante el espejo retrovisor que había en el manillar.

—Hablando de mirar, si a usted y a George no les importa, voy a quitar la cosa ésta antes de que arranquemos... —La desatornilló, con mi consentimiento, y la tiró

entre las hierbas—. Me incomodan los espejos desde que tuve el accidente. ¿Entienden? No, señor —continuó, enérgicamente, probando el acelerador y sin detenerse a esperar una respuesta o un gesto de comprensión—. Me daría cuenta al mirarlo si un tipo es un traidor a su facultad. —Se volvió hacia Max y frunció el ceño con inocencia—. Su facultad es New Tammany, ¿verdad?

Mi consejero se rio en voz alta y Greene se sumó a él, sonrojándose, como hice yo cuando comprendí la broma. Entonces partimos, mucho más velozmente que antes: nuestro nuevo acompañante, que era un conductor experto además de un vigoroso conversador, mantenía la motocicleta en equilibrio y la llevaba justo al ritmo del trote de Croador, con un mínimo ruido del motor, y al mismo tiempo no dejaba de hablar sobre sí mismo y sobre el ambiente del campus.

—La verdad es que ésta sigue siendo una facultad libre —afirmó, aunque añadió que no lo sería durante mucho tiempo si la Sala de la Torre seguía inmiscuyéndose en las actividades del Instituto de Empresa—. Y es lo que yo digo, todos tenemos derecho a elegir la respuesta que más nos convenga, y no me importa si es el Juramento de la Juventud Enoquista o el Manifiesto Sindicalista Estudiantil. —Asentía fuertemente con la cabeza mientras hablaba, y parpadeaba varias veces durante cada frase. Mi impresión era que no hablaba tanto por convicción como por un deseo sincero de resultar amable, lo cual por lo menos era un alivio después de la actitud de Max—. También debería tener derecho a enseñar lo que le parezca en su clase —continuó—, pero más le vale no intentar obligar a nadie a estar de acuerdo, caramba. Y si no le gusta su alma mater, tendría que pedir el traslado, como siempre digo. Yo, por ejemplo. —Se señaló con la mano izquierda mientras aceleraba con la derecha—. No tengo nada de rojo, sólo la cabeza...

—Y a lo mejor también el cuello —sugirió Max^[13].

—Lo juro lleno de orgullo —el señor Greene parpadeó— y prestaría juramento sobre eso cada día de mi vida mortal: soy un newtammaniano leal. Pero por mucho que personalmente deteste y desprecie su sindicalismo estudiantil...

—Max nunca ha sido sindicalista estudiantil —tercié, pues me parecía que en cierto modo estaba suspendiendo a mi consejero desde su graduación, como si alguien le dijera a un hombre inocente: «Te perdono el asesinato que has cometido».

—¡Ahí está! —Greene sacudió la cabeza afirmativamente—. ¡Ya veía yo en su cara que no lo era! ¡Esos suspendidos periódicos! Incluso si lo fuera, de todas maneras, qué importa: podría sermonearme todo lo que quisiera, con tal de que no me obligara a tragármelo. ¡Pues muy bien, señor!

—*Ach* —dijo Max.

—Bueno, yo sólo soy un guardabosques un poco tonto que va por detrás de su época —dijo Greene con una voz que se volvió de viejo durante dos frases—. Bueno, está bien, estoy muy anticuado, pero creo en el Fundador Todopoderoso y en la Facultad de New Tammany... ¡ocurra o no ocurra!

Ocurra o no ocurra qué, quería saber yo, pero Max dijo:

—Muy mayorr no erres. Muy joven sí.

Esta observación provocó en nuestro nuevo amigo una carcajada realmente infantil y despreocupada.

—Digan lo que quieran, digan lo que quieran —nos propuso, sacudiendo la cabeza como si no hubiera nada que hacer ante el ingenio de Max—. Soy bastante lento en la clase, pero si vamos al bosque, seguro que les puedo enseñar un par de cosas.

Me sorprendió que Max desdeñó con un resoplido lo que a mí me estaba pareciendo una sólida serie de Respuestas, que al menos merecían ser debatidas de una manera razonable. Estaba a punto de investigarlas un poco más, pero al tomar una curva nos hallamos ante un espectáculo tan deslumbrante que todo lo demás cayó en el olvido. Había un cartel, junto al límite de un pinar, pero no se trataba de un letrero corriente como el que decía GRANJA DE CABRAS N.º 1 sobre la puerta de nuestra casa o los indicadores de dirección que habíamos visto a lo largo del camino. La valla en la que estaba el cartel era tan grande como la pared de un establo, tan grande que el tamaño de los árboles representados en él era mayor que el de los que quedaban ocultos tras ella. A un lado, con letras más altas que un hombre, estaba escrita la orden NO JUGAR CON FUEGO; al otro, MANTENGAN VERDES NUESTROS BOSQUES^[14]. Los mensajes destellaron, primero éste, después aquél, con una brillante luz naranja que me deslumbró. Sin embargo, apenas había apreciado su maravilla cuando quedé horrorizado al ver que justo entre ellos, en el centro del cartel, les había sobrevenido precisamente el desastre que trataban de prevenir. Entre los dibujos de los pinos había dibujada una hoguera, pero un humo real surgía de ella y dibujaba negramente unas volutas que se enredaban consigo mismas y ascendían hacia el cielo.

—¡Arre! —le ordené a Croador, e invité a los demás a seguirnos. Pensé que probablemente tuviéramos bastante agua en el shofar y en nuestras cuatro vejigas para apagar la fogata antes de que se extendiera más allá del límite de lo controlable. A este fin preparé el cuerno de cabro y después subí de un salto a una estrecha plataforma situada delante del cartel, y oriné con la mayor precisión de que fui capaz en un orificio del que salía el humo. Croador estaba de pie a mi lado, perplejo; él podría haber aportado tanto como yo pero añadiendo algo de vapor. Sin embargo, no supe cómo darle la orden y no tuve tiempo para ir a coger mi vara y buscar alguna figura que estuviera miccionando.

—¡Eh! —gritó Greene, más entretenido que otra cosa—. ¡Va a estropear mi buen letrero!

No le resultó fácil convencerme de que no había ningún peligro, de que el humo procedía de una máquina diseñada para producirlo detrás del cartel, de que todo su objetivo era atraer la mirada del viajero hacia ese par de mensajes que se proclamaban en vallas publicitarias similares a lo largo y ancho de toda la Facultad de New Tammany. Estaba asombrado, aseveró Greene, de que yo nunca hubiera visto uno, por muy niño-cabra que fuera, ya que pensaba que tenía toda la facultad

«cubierta», según sus propias palabras, y las granjas de cabras eran inequívocamente parte de la Facultad de New Tammany. Caramba, abordaría la cuestión con sus «chicos de Relaciones Públicas» —fueran quienes fueran— y rodarían cabezas, podía apostar las botas. De la explicación de Greene, su manera de expresarse no fue lo menos notable: había una dureza nueva en su tono de voz y algo impersonalmente torvo en su forma de contonearse.

—La idea se me ocurrió cuando estaba con mi Cuerpo de Entrenamiento de Oficiales en la Reserva al otro lado del Estanque, en C. R. Dos —me dijo, muy orgulloso. Fuimos detrás del cartel para inspeccionar la máquina de hacer humo, por si el agua le había causado algún daño, y él estuvo toqueteando sus válvulas y sus bombas con la misma habilidad que había exhibido con la motocicleta estropeada—. Me fijé en cómo Siggy había construido las torretas, cada una a la vista de otra, de modo que estuvieras donde estuvieras, siempre podías ver dos o tres en el horizonte... —No se me ocurrió que al decir «Siggy» no se refería a una persona en particular sino a la Academia Militar Sigfridense—. Bueno, señor, cuando abrimos el telón ahí para que empezara el espectáculo, le dije a mis chicos de Relaciones Públicas: «Vamos a hacer unos lanzamientos a ver cómo batean».

—Ah —dije yo.

—¡Sí, señor George! —Greene asintió con la cabeza—. La Sala de la Torre empezó a hablar de las tierras públicas de nuevo, ¿sabe?, y de los bosques de la Facultad y de la conservación, y me pareció que había llegado el momento de tocar el silbato por lo de los insidiosos sindicalistas estudiantiles. «Encended las hogueras», les dije a los de Relaciones Públicas, «echad a los profes progres de la Sala de la Torre ahuyentándolos con humo». Entonces organizamos unos cuerpos especiales para que se encargaran de eso y pusimos estos carteles en todas las autopistas y carreteras secundarias, y colocamos las cajas humeantes por todas partes para que todo el mundo viera las Ardientes Señales de la Libertad desde cualquier punto de la vieja Facultad de New Tammany, estuviera donde estuviera...

—¿Las Ardientes Señales de la Libertad?

Greene guiñó el ojo lleno de orgullo.

—Al principio se nos ocurrió *Pantallas de Humo por la Seguridad*, pero cuando tocamos eso con un cazú, sonaba como si estuviéramos ocultando algo, ¿sabe? *Llamas de la Libre Investigación* también nos pareció bien durante un tiempo, muy bien, pero al final decidimos que nos daría una imagen muy mala; quiero decir que no pega con lo de MANTENGAN VERDES NUESTROS BOSQUES.

Este último eslogan, explicó, era de su invención, y dejando de lado la falsa modestia, le parecía un juego de palabras sumamente afortunado, ya que lograba sintetizar la Conservación y la Investigación Privada; tanto que cuando lo había concebido, había despedido a todo el personal de su Departamento de Publicidad —«Mandé al equipo entero a la ducha»— y había comenzado a encargarse de ese campo en persona o, mejor dicho, en nombre de Madera y Plásticos Greene,

compañía de cuya junta era el presidente. De hecho, mientras, con la ayuda de las musas, le pisaba los talones a *Mantengan verdes nuestros bosques*, se le ocurrió *Ardientes Señales de la Libertad*, con sus connotaciones de una vigilia en contra de la destrucción, de una apelación a la causa común y de los pre-escuelistas de piel roja que fueron los primeros habitantes del campus de la Facultad de New Tammany. Cada año dedicaba menos tiempo a la manufactura de productos y más a la promoción y el márketing, la locomotora y el vagón de cola, desde el punto de vista de la *raison d'être* del tren de sus ideas.

Habíamos vuelto al arcén para contemplar el enorme anuncio mientras Green nos contaba su historia.

—Oy —gruñó Max—. ¡Max Spielman en la misma motocicleta que Maderas y Plásticos Greene!

Retomando su anterior forma de actuar, Greene hizo un guiño y sonrió.

—Yo puedo soportarlo si usted también puede, señor. Lo cierto es que soy daltónico, pero dicen que el rojo y el verde se equilibran^[15].

A Max no le pareció divertido.

—La desgracia y lo suspendido de esta facultad, George —dijo.

Yo no pude discernir si se refería al cartel o al hombre, pero en cualquier caso, su dictamen me pareció exagerado. Yo mismo consideraba que el anuncio, como su creador, era más divertido que lamentable; de hecho, me podría haber quedado boquiabierto ante las brillantes luces y el humo que ascendía formando volutas durante mucho más tiempo, y si no lo hice fue sólo porque la tarde se nos estaba echando encima. Como antes, Peter Greene no dio ninguna muestra de consternación ante la crítica; la «mano con la que daba de comer», afirmó, había llegado a ser «casi invulnerable a los dientes» por la «cantidad de veces que se la habían mordido». No me resultaba fácil comprender su jerga, pero la disputa entre Max y él, que continuó hasta la hora de la cena, me pareció de lo más interesante, ya que tenía que ver con las virtudes y los defectos de lo que Greene llamaba «el estilo de New Tammany».

—Mírenme a mí —nos volvió a proponer por encima del ruido del motor, cogiéndose la pechera de la camisa como había hecho antes—. No soy ni más listo ni más tonto que cualquier otro; he tenido que trabajar duro para conseguir cada cosa que tengo...

—Que es mucho —aportó Max.

Peter Greene admitió, soltando una carcajada, que no era el hombre más pobre del campus, aunque negó ser el más rico, ya que esa distinción le correspondía a Ira Héctor, por quien, ya puestos, declaró a regañadientes su admiración.

—A pesar de que algunos digan que es moisiano...

—¡Señor Greene! —protesté.

Él hizo un guiño y ladeó la cabeza.

—¡No, no se sulfure! ¡No tengo nada contra él por serlo! Y creo que *Reggie Héctor* es el mejor hombre de New Tammany.

Max cerró los ojos.

—Pero lo que estaba diciendo —continuó Greene—. No quiero alardear, la verdad, pero me imagino que... ¡*Caramba, estoy bien!* —Inclinó rápidamente la cabeza—. ¡Cuando ya todo se ha dicho y se ha hecho! ¡Si lo digo yo mismo!

Le dije que no entendía lo que me estaba diciendo.

—Me imagino que estoy aprobado porque la vieja Facultad de New Tammany está aprobada —dijo—. ¡La condenada facultad más aprobada de la condenada Universidad!

—¿Ha hecho los Finales, entonces? —le pregunté con interés. Se me ocurrió que tendría que haberle preguntado eso a todo el mundo: a Anastasia, a Maurice Stoker, al doctor Sear, al propio Max. ¿Por qué no me había aconsejado que lo hiciera?

—Cuando me llaman suspendido —afirmó Greene— llaman suspendido a toda la maldita facultad, ahí es donde quiero llegar. Y si un hombre está deseando suspender a su propia alma mater... ¡bueno, es un newtammaniano muy desgraciado!

Eché la barbilla hacia delante y aceleré un poco, quizá sin darse cuenta, de modo que tuve que instar a Croador a que trotara con mayor velocidad. Observé que Max se había tapado los ojos con las manos ante aquella curiosa lógica, cuyos múltiples defectos incluso yo podía ver, o a lo mejor se había puesto a meditar sobre otras cuestiones. ¡No era el Max de ayer!

—Bueno, pero ¿usted se ha graduado o no? —insistí—. ¿Cómo fueron los Finales? ¿Por qué va a matricularse de nuevo?

—No tengo secretos —dijo Greene resueltamente—. Voy a poner las cartas sobre la mesa. No se crea todo lo que lea en los periódicos. Mi vida es un libro abierto. *Estoy bien.*

Le aseguré que no había leído nada sobre él en los periódicos, ni insultante ni halagador, puesto que nunca había leído ningún periódico, y que por lo que había podido ver de su ingenio y comprender de su iniciativa, me sentía bastante inclinado a darle la razón en lo tocante al hecho de que estaba bien, implicara lo que implicara aquello. Que no había nada hostil, ni siquiera escéptico, en mis preguntas, sólo la curiosidad general de alguien que todavía tenía los Finales en el horizonte y la curiosidad particular de alguien cuya misión sería, con el tiempo, enseñarles las Respuestas correctas a los demás.

Él contestó con una sonrisa sumamente cálida y abierta:

—Tú también estás bien, George; me doy cuenta al mirarte a la cara. Niño-cabra o no, eso no importa. Una vez tuve un amigo llamado George.

Se ofreció a resumir, para mi aprovechamiento, el ya mencionado libro de su vida: un volumen, según reconoció, que no carecía de alguna página oscura aquí o allá, pero que en general no era en absoluto vergonzoso, caramba. En cualquier caso, la tarde languidecía; había un lugar para comer no lejos de allí donde estaría encantado de invitarnos a *papear* en señal de agradecimiento por haberlo recogido y aguantado; su historia duraría hasta que llegáramos. Desde hacía unos minutos

estábamos ascendiendo una ligera cuesta tras la cual el sol rojizo ya se había puesto. Ante nosotros, ahora, concluía el bosque, allá donde la carretera llegaba a lo alto del cerro; las ramas de los árboles allí estaban bellamente iluminadas.

—¿Nunca había visto la verdadera New Tammany antes? —preguntó Greene. Yo negué con la cabeza. Él coronó la cuesta unos metros por delante de mí y, frenando la moto, gritó hacia atrás—: ¡Bueno, pues ahí está, amigo mío! —Su voz adoptó un tono de reverencia; se había quitado el gorro de piel y su pelo naranja y su mano extendida brillaban como las ramas de los árboles bajo aquella luz, que también me iluminó cuando Croador se situó a su lado—. ¿Bueno, qué le parece eso?

¿Cómo me había imaginado que sería una gran facultad? No lo recuerdo. Había visto fotografías, había leído descripciones, pero sin más términos de comparación que los establos para el ganado y la filial de la biblioteca, debía concebir el campus central de New Tammany como una versión sólo ligeramente más grande que nuestras casillas y nuestros pastos. Desde luego, no estaba preparado para el espectáculo que veía delante y detrás de nosotros. Brillando en el crepúsculo violáceo, se extendía infinitamente, infinitamente. Avenidas, torres, monumentos; pasillos de vidrio y acero; lagos y parques y columnatas de mármol; puentes y chimeneas, luces intermitentes y faros. Cientos de mensajes destellaban, de todos los colores, desde aquí y allá, sobre los tejados y las cornisas: ENCUENTRE DATOS RÁPIDO; ENCICLOPEDIA TAMMANICA; PARA OLVIDAR LA TRISTEZA, META PUBLICIDAD EN SU EMPRESA; EL CUERPO DE OPERACIONES ESPECIALES EVITA LA REVUELTA Y MUCHOS OTROS MALES; SIEMPRE GENIAL; LITERATURA MEDIEVAL. Miles de motocicletas, bicicletas y scooters pululaban por los bulevares, se detenían en los semáforos, se arremolinaban en las rotondas, se metían en los laberintos residenciales; el rugido que formaban bocinas y motores al combinarse se cernía como una nube de humo o el eco de un grito. Lo cierto es que casi me quedo sin respiración al encontrarme frente a aquella enormidad; ante la incertidumbre de qué me esperaba allí abajo y la certeza de que bajaría a buscarlo, el corazón me empezó a latir con fuerza. ¡Y New Tammany no era más que una de las facultades del Campus Occidental, y el Campus Occidental era mucho menos de la mitad de la Universidad, ya que era menor tanto en área como en población que el Campus del Este y que la suma de las facultades «independientes»! Y Max sostenía —pero ¿cómo iba uno a tragárselo?— que toda nuestra Universidad no era más que una entre una infinidad, tal vez bastante similares, tal vez completamente distintas, cuya existencia en los campos sin vallas de la realidad, aunque todavía estaba por confirmar, había que asumir por fuerza. Y esos cientos de miles de seres humanos que había ahí abajo, sólo en New Tammany, cada uno con sus asuntos y sus aspiraciones, con sus fortalezas y sus debilidades, su historia pasada y sus problemas presentes... ¿Iba yo a ser su Maestro, iba yo a mostrarles las Puertas de la Graduación?

—Lo atrapa a uno, ¿verdad? —preguntó Greene, orgulloso. Yo asentí con la cabeza, ya que no podía articular palabra. Me mostró la Sala de la Torre, con su campanario iluminado a la distancia, y señaló una fila de luces brillantes que seguían

el Tendido Eléctrico desde aquel edificio en dirección al este hacia el Límite y más allá, hasta la Colina del Fundador; la línea cuyo otro extremo yo había atisbado desde la Central Eléctrica. El ORDACO estaba allí, el Estómago de varias plantas, cuya terrible función era COMER; y también allí, en alguna parte, debajo de la cúpula y de su alto chapitel, estaban la legendaria Biblioteca Central y un cierto elevador de cintas donde había comenzado mi viaje. Una ambigua emoción hizo que los ojos se me llenaran de lágrimas; bajé la cabeza y le toqué el hombro a Max para consolarme, y él dejó de lado momentáneamente sus meditaciones para compartir lo que yo sentía.

—Veinte años desde que cruce esa colina —dijo.

—Han cambiado muchas cosas desde entonces —dijo alegremente Greene—. Todo el tiempo están demoliendo las viejas y levantando otras nuevas.

Max señaló el porche de la Mansión del Rector, en estilo lykeioniense resurgido, las pilastras remusianas del Antiguo Arsenal, los arbotantes de la Sala de Enoc. Pregunté por lo que parecía ser, detrás del Estadio, el edificio más grande de todos, un cubo iluminado de varias plantas de dimensiones gigantescas y una fachada uniforme de cal.

—Ciencias Militarres —dijo Max gravemente—. Y al otro lado de la Sala de la Torre, el último edificio grande hacia el sur... ¿ves esas cuatro torretas con focos reflectores? Eso es la Agencia de Detenciones Principales, donde estuve la última noche antes de que me expulsaran.

—¿No es magnífico? —dijo Peter Greene—. ¡Tenemos la sala de detenciones más grande de toda la Universidad! —Y aún más, añadió, la torre del reloj de la Sala de la Torre era la estructura más alta del campus; y había tantos kilómetros de pasillos en el Cubo de las Ciencias Militares que los profesores-generales pedaleaban en bicicletas de un despacho a otro; y nueve de cada diez miembros del personal de la Facultad de New Tammany (y once de cada doce estudiantes) tenían una motocicleta en propiedad, una ratio que triplicaba la de la Facultad de Nikolay y superaba por mucho la de cualquiera de nuestros colegas del Campus Occidental. La energía total que consumían cada día todos esos motores era equivalente a la de cien ondas de COMER de última generación...

—Y suponen el veneno más importante para la atmósfera —añadió Max— junto a los desechos que resultan de las pruebas de las ondas de COMERR.

—Diga lo que quiera —sonrió Greene—. Si no fuera por todos esos conductores, no existirían los restaurantes de los que sirven la comida en el coche.

Entonces bajamos del mirador hasta una autopista importante con un tráfico increíble («Llegamos justo al atasco de la tarde», comentó Greene, que en unas cuantas ocasiones estuvo a punto de colisionar, ya que se saltaba los semáforos en las intersecciones y calculaba mal la distancia a la que estaban los faros de los vehículos que venían en dirección contraria. Además de ser daltónico, por lo que parecía, no podía percibir la profundidad con su único ojo; más tarde me enteré de que padecía ciertos fotismos, o alucinaciones ópticas, pero afortunadamente eso no influyó

durante esta primera experiencia de tráfico vehicular). El ruido me acongojaba; estaba aterrorizado por el ajeteo y la confusión con que se sucedían luces y señales. Brillaban las flechas que apuntaban hacia un lado u otro; a cada instante, distintas señales ordenaban parar, avanzar, girar. Espoleé a Croador para que galopara a máxima velocidad, pese a lo cual hasta los vehículos más lentos nos adelantaban como si estuviéramos parados. Y el hecho de que llamáramos tan poco la atención no era el menor de mis motivos de asombro: sonaban las bocinas y nos gritaban insultos si nos salíamos del arcén y pisábamos el pavimento o si, inadvertidamente, no respetábamos la preferencia; pero salvo en estos casos, jóvenes y viejos pasaban haciendo un estruendo a nuestro lado sin siquiera echarnos una mirada curiosa, ¡como si un niño-cabra con una piel de vellón montado sobre un gigante negro y acompañado por un anciano moisianio barbado pudiera verse en cada cruce!

Hasta que no salimos de la carretera y llegamos al área de estacionamiento del comedero prometido, nadie se fijó en nosotros. La tarde era cálida y unas cuantas jóvenes parejas se habían desplazado con sus máquinas hasta la Posada del Pedal, como se llamaba el sitio. Se rieron y encorvaron en sus sidecares o en las mesas al aire libre que ocupaban. Iban vestidos de distintas guisas. Algunas parejas bailaban sobre el asfalto una música cuyos balidos parecían proceder de media docena de postes iluminados; otras fumaban tabaco, se toqueteaban furtivamente con las patas o masticaban vituallas (me temo que carne) que les llevaban unos empleados vestidos con hábitos blancos. Cuando nos acercamos nos saludaron con gritos y silbidos y batiendo palmas; distinguí el nombre de Croador en varias ocasiones, y me alegré al ver que nos abrían paso. Había unas cuantas chicas que no carecían de atractivo, según criterios humanos, y me sentí aliviado al comprobar que Croador, después de todo, estaba demasiado fatigado por su *sprint* final como para tener que refrenarlo. Me parecieron unos anfitriones vivaces y animados; tomé su alegría como expresión de buena voluntad y los saludé cordialmente con la mano. Formaron un gran círculo en torno a nosotros mientras Peter Greene aparcaba, y quienes se encontraban en el interior del comedero, al otro lado de sus paredes de cristal, miraron hacia fuera. Las mandíbulas de la mayoría de ellos se afanaban con vigor, como si estuvieran rumiando el bolo alimenticio; algunos se cortaban las uñas con unos cuchillos mientras daban voces y soltaban exclamaciones; otros se peinaban sin parar.

—Unos chicos estupendos, ¿verdad? —exclamó Greene.

Max murmuró algo desagradable sobre una pandilla de linchadores y le preguntó a Greene si estaba seguro de que en aquel lugar atendían a frumencianos, moisianos y niños-cabra.

—Caramba, aquí atienden a cualquier amigo mío, desde luego —dijo Green riéndose, y confesó que era uno de los propietarios del establecimiento. El nombre Posada del Pedal se le había ocurrido un día a la hora del almuerzo, y había montado una cadena de restaurantes de los que sirven la comida en el coche para poder usarlo.

2. LA VIDA DE PETER GREENE Y SU PÉRDIDA DE UN OJO

—Eso fue hace dos o tres años —dijo—, antes de que las cosas se fueran al garete.

Nos sentamos en el interior, en una casilla con bancos, y cenamos hamburguesas con queso y patatas fritas. Por supuesto, yo no pude tolerar la carne, de modo que me las apañé con los panecillos y las cebollas y un fajo de servilletas de papel, todo lo cual me pareció demasiado sazonado con ketchup. Croador, por el contrario, se puso en cuclillas en el suelo y se comió su hamburguesa cruda; Max afirmó que no tenía apetito, aunque casi no había comido nada en todo el día, y además explicó que la tradición moisiana prohibía comer carne y productos lácteos juntos, regla que yo jamás le había oído invocar con anterioridad. Se contentó con unos sorbos de zarzaparrilla. Tras el revuelo que provocó nuestra entrada, y aunque todavía se acercaban de vez en cuando para echarnos un vistazo, casi todos los jóvenes regresaron a sus ocupaciones previas y pude escuchar sin que nada me distrajera, a excepción de la abrumadora novedad del entorno.

—¿Al garete? —dije.

Greene chasqueó la lengua y asintió con la cabeza.

—Antes me iba de lo más bien. Me gustaba la gente y a la gente le gustaba yo. Los negocios iban bien. Estaba casado con la chica más guapa de mi zona; era dulce como la sidra de manzana, y pura como la pureza. Entonces, de repente, al garete, todo se fue al garete. Lo juro por el todopoderoso.

El garetismo de las cosas, según entendí, tenía que ver con el regreso del señor Greene al Gran Centro Comercial, y consistía en reveses que había sufrido tanto en el ámbito profesional como en el hogareño. De hecho, había dejado atrás su familia y sus negocios y ahora tenía que decidir si volver o desligarse de manera definitiva. En cualquier caso, las cosas no se habían ido al garete en un instante: más bien se habían ido deslizando hacia tal condición de un modo gradual, a lo largo de un período de muchos cursos.

—A veces me pregunto si no soy uno de esos desechos de las pruebas de las ondas de COMER, ¿saben? Las cosas no han vuelto a ser lo que eran para nada desde que volví de la Revuelta y me establecí en el terreno del plástico y las promociones.

Inquirí si la señora Greene también se había graduado.

—¡Tendría que besar a un cerdo! —gritó Greene, y aunque la frase en sí misma no me proporcionó una respuesta concreta, su tono y su contexto sugirieron afirmación—. Creo que era la chiquilla más lista con la que me he topado en la vida, mi Sally Ann, hasta que las cosas se fueron al garete. ¡Cuando llamaba a un tipo para que dijera la lección, más le valía sabérsela de memoria, que si no ella cogía la regla y le daba para el pelo! ¡Tipos dos veces más grandes que ella! ¡Podía partirla la cabeza a cualquier piel roja o dejarlo hecho fosfatina!

Inferí entonces que en su juventud, la señora Greene había sido una especie de pedagoga en las regiones más salvajes de la Reserva Forestal de la Facultad de New Tammany, y que las expresiones idiomáticas que ahora empleaba su compañero al recordarla procedían de aquel lugar y aquella época.

—Yo era un salvaje, por aquel entonces —confesó sonriente—. ¡No se usaban pantalones de franela en esos tiempos! Y no teníamos tiempo para hacer el vago en los restaurantes de los que sirven la comida en el coche, como hacen los jóvenes de la facultad moderna de hoy en día.

Parecía sentir un desdén absoluto por los estudiantes que estaban a nuestro alrededor, a quienes acababa de alabar. Con respecto a su infancia, me pareció igualmente contradictorio, ya que por una parte afirmó que tenía la intención de que sus hijos disfrutaran de todos los privilegios que no habían estado a su alcance y por otra, que la generación moderna estaba totalmente echada a perder por los lujos de la Facultad de New Tammany de la actualidad y que nunca llegaría a nada debido a que no tenían que sufrir los rigores con los que habían tenido que apechugar los de su quinta.

—Me escapé de mi hogar a los catorce años —dijo con orgullo—. Aunque vaya hogar, con Pa siempre bebido y Ma dándome todo el tiempo la tabarra con las Sagradas Escrituras. —No pude discernir la naturaleza y la ubicación de su lugar de nacimiento: a veces daba la impresión de haber sido una pocilga de lo más miserable, y otras, un lugar de una magnificencia antigua. En cualquier caso, lo había abandonado, y a sus padres y su patrimonio, y había salido volando hacia regiones salvajes para vivir de la tierra. Sus motivos, tal como los caracterizaba, eran dignos de encomio: la búsqueda de la independencia y la huida de la influencia debilitante de la tradición corrompida—. Mi familia y yo llegamos a una encrucijada —dijo—, ellos tenían sus ideas y yo tenía las mías, eso es todo.

Pero Max cuestionó esa afirmación.

—Sí, bueno, por lo que yo leí una vez, usted estaba haciendo novillos todo el tiempo, ¿ja? Y dando problemas hasta que lo expulsaron.

Greene admitió alegremente que había hecho unas cuantas travesuras en repetidas ocasiones, y reconoció también que en su viaje hacia territorios salvajes, en una embarcación casera, lo había acompañado otro fugitivo, un frumenciano que estaba prisionero en un patio cuadrangular del sur; que se habían salvado la vida mutuamente y que se habían vuelto amigos íntimos a pesar de ser de distintas razas.

—Pero nunca fuimos nada más que colegas —insistió—. El viejo negro de George y yo (solía llamarlo «el viejo negro de George», aunque no era viejo) las pasamos de todos los colores hasta que nos separamos. Creo que nadie ha tenido un colega mejor: ¡por eso me parto de risa cuando dicen que no me gustan los negritos! Pero *sólo* fuimos colegas, y esos listillos que dicen que teníamos una relación rara... ¡Me gustaría darles de latigazos!

Entonces comenté que yo también había tenido la suerte de contar con un amigo frumenciano que se llamaba George. Max se concentró en su zarzaparrilla.

Igualmente calumnioso, según aseguró Greene, era el rumor de que se había llevado a una hija de su compañero de fuga detrás de unos arbustos con fines inmorales: la verdad era que una dama blanca con muchas influencias había arreglado que le dieran la libertad condicional al viejo negro de George para que se hiciera cargo de su familia, cuyos miembros eran todos sirvientes en el internado que ella regentaba; pero su libertad condicional estaba supeditada a que esa hija en concreto, que llevaba una vida bastante disipada, abandonara las instalaciones. El viejo negro de George, como Greene tenía la costumbre de llamar a su amigo, al principio se había mostrado reacio, pero cuando Greene le propuso en secreto llevarse a la chica consigo y cuidar de ella, aceptó las condiciones.

—No fue culpa mía que se echara a perder —dijo—. Yo estaba ocupado desbrozando la tierra y cazando y construyendo refugios y persiguiendo a los pieles rojas; no podía estar todo el tiempo vigilando a esa negrita frescales.

—Perro ¿usted nunca la tocó? —preguntó Max.

—¡Tocarla yo! —Greene sonrió—. ¡Era ella la que estaba dándome la lata a cada rato! ¡Y tomándome el pelo! ¡Y pidiéndome dinero! —Su mirada se endureció—. Y amenazándome con que se lo diría a la señorita Sally Ann si no me andaba con cuidado.

Por lo que pude colegir, le había permitido a la chica frumenciana que compartiera su saco de dormir, que le cocinara y le lavara la ropa y que se ayuntara con ciertos pieles rojas. Incluso era posible inferir que él había salido con vida gracias a que ella había mediado ante esos aborígenes, pero su relato era demasiado vago. En cualquier caso, a pesar de la inclinación, si no auténtica pasión, de ella, él en realidad la había cubierto muy pocas veces, juraba —quizá ni una sola vez—, debido a que no le parecía «decente». Entretanto, Greene había corrido otras aventuras hasta que al final se estableció un pequeño campus en esa zona salvaje; la Facultad de New Tammany se anexionó el territorio y la Sala de la Torre envió a los Cuerpos de Operaciones Especiales para que sometieran a los pieles rojas y a algunos maestros de escuela para que educaran a los colonos. El propio Green, siguiendo su costumbre, rechazó la escolarización, pero aprendió a leer, a escribir y aritmética él solo, sin otra luz que la del fuego de su chimenea, sin otros textos que el Antiguo y el Nuevo Programa, sin otros materiales que una pizarra de pino y una tiza. Y si sus modales y su forma de hablar no eran muy finos, su coraje, su energía y su inteligencia debían de haber servido de compensación, ya que cortejó y enamoró a la bella maestra de escuela, la señorita Sally Ann, procedente del patio cuadrangular del este, cuya madre era la directora del internado mencionada antes.

—Ustedes pueden hablar todo lo que quieran sobre los Grandes Maestros —dijo suspirando, y añadió con determinación—: Para mí, la señorita Sally Ann era como Enós Enoc y sus Doce Discípulos, y su palabra era pura y simplemente la Respuesta.

Si no hubiera sido por ella, yo me habría convertido en una bestia del bosque. ¡La forma en que mejoraba la cabaña y la escuela era una maravilla! Y me río de los Finales: cuando Sally Ann terminó de enseñarme, podía recitar el Pergamino del Fundador de arriba abajo y de abajo arriba.

—¡Es precisamente así como se aprueban los Finales! —exclamé frunciendo el ceño.

—Bah —dijo Max—. Así puede suspender toda la facultad.

Pero Greene insistió en que la señorita Sally Ann era Fundador y Rector y también Examinador, para él, y dijo que además tenía la cara y la figura más bonitas de todo el territorio, caramba. Ella en sí misma era la Respuesta: lo había rescatado de las garras del Decano de los Suspendidos, del camino hacia el suspenso, y él no permitía que le sucediera ningún mal. Fue sobre todo por el bien de ella, para proporcionarle todas las comodidades conocidas por la estudiantía, que cuando todavía no tenía ni veinte años reclamó derechos de propiedad sobre unos vastos terrenos de bosque virgen, formó su propia Subdirección de Industria Maderera y Manufactura Papelera, construyó aserraderos y fábricas, devastó los territorios salvajes, hizo presas en las cuencas de los ríos, estropeó los cauces y alcanzó un gran poder en la Escuela de Administración de Empresas y una gran influencia en la Sala de la Torre. También por el bien de ella (aunque no quedó claro si ella solicitaba estas cosas o él se las ofrecía), evitó el alcohol y el tabaco y se los prohibió a otros; abandonó los juramentos, el juego y las peleas a puñetazos, que tanto le gustaban en otro tiempo; e hizo que la hija del viejo negro de George fuera llevada a Detenciones Principales por practicar la prostitución. Al dedicar a su oficio la energía que con anterioridad destinaba a fines improductivos, llegó a ser, a muy temprana edad, más acaudalado que sus vecinos. Sin embargo, aunque juraba por su matrimonio y su carrera como por la propia Graduación, comenzó a mostrar signos de inquietud: empezó a escaquearse de ir a su despacho como antes se escaqueaba de asistir a las aulas; pasaba más tiempo en los campos de golf que en las serrerías; se hizo coleccionista de cuadros famosos, de motocicletas antiguas, de pornografía y de piezas de caza mayor. Y no dejó pasar la oportunidad de combatir por New Tammany como oficial de infantería en la Segunda Revuelta Intercampus.

—No niego que combatió como un héroe —dijo Max—. Ganó la Medalla de Honor de los Miembros del Consejo de Administración, George, por matar muchos bonifacistas. Una cosa magnífica.

Me sorprendió constatar que no hablaba sarcásticamente ni mucho menos.

—Gracias, señor —dijo Greene con un acento mucho más enérgico y claro que el que había estado empleando hasta entonces: un tono modesto pero militar. Le pregunté si había sido combatiendo al enemigo cuando había perdido el ojo.

—Desearía por Sam Hill que hubiera sido así —dijo, e inclinó la cabeza en un gesto de arrepentimiento—. Pero no.

Declaró entonces que, por motivos que no me parecieron nada claros, la imagen que había de él fuera de la Facultad de New Tammany era falsa y cruel: que era, en una palabra, un calzonazos, que su esposa «llevaba los pantalones en su familia» y que se sentía insatisfecha, por decirlo de algún modo, y que la excesiva complacencia de él la había llevado al principio al descontento, después a convertirse en una arpía y finalmente a la Casa de Reposo Femenina de la Facultad, y todo se había ido al garete.

—La cosa es que —dijo, como si siguiera hablando del mismo tema— nunca vi demasiado bien, pero no me di cuenta hasta que ya era mayor. De niño solía apretarme el ojo para ver bien, y entonces la mitad de las veces veía dos pieles rojas donde sólo había uno, o los ojos se me llenaban de lágrimas y veía todo borroso.

Entonces, un día, cuando estaba cortejando a la señorita Sally Ann, la había llevado hasta el Gran Centro Comercial para el Carnaval de Primavera que se celebraba todos los años, y fue durante su recorrido por los entretenimientos que hallaron en el recinto ferial cuando perdió el ojo de la siguiente manera (que nos confiaba con todo detalle y absoluta franqueza, según aseveró, para corregir las tergiversaciones de los rumores maliciosos). El cortejo había ido avanzando de forma satisfactoria: se habían intercambiado promesas de amor y él le había declarado resueltamente su intención de casarse con ella en cuanto se estableciera en una posición más segura, ya que por aquel entonces apenas había superado la adolescencia y sus diversas empresas no habían hecho más que empezar a funcionar. Los dos habían aprendido algo de la historia del otro: por su parte, él le explicó que era un huérfano rebelde con un pasado ordinario pero grandes esperanzas para el futuro, pobre en recursos pero rico en ingenio, con una educación escasa pero una ambición inmensa, deseoso de graduarse y de dejar su huella en el mundo y ansioso por casarse aunque falto de experiencia con las mujeres, y le confesó también, con gran solemnidad, su relación juvenil con la hija del viejo negro de George, de la cual se arrepentía tanto que, yendo tal vez más allá de lo necesario, afirmó que no era virgen, muy severamente, para castigarse a sí mismo. Ella lloró pero supo perdonarlo, y admitió con pena que también tenía algo que confesar, aunque no se trataba una cosa de la que fuera culpable: había sido acosada por un *voyeur* y donjuán secreto que, aunque ella no lo había provocado de ninguna manera más que con su belleza, que no podía velarse por muy recatada que ella fuera, la había asediado por las noches durante un tiempo, espiándola por la ventana, susurrándole obscenidades oculto entre los arbustos, exhibiendo sus miembros ante la vista de ella bajo la luz de la luna. Ella habría querido hablar del asunto antes, afirmó, pero había tenido miedo de que Greene pensara que el hombre era su novio, presente o pasado, y rompiera su compromiso.

Al margen de esta revelación (sumamente alarmante, ya que el joven Greene, tras encarcelar a la hija del viejo negro de George, se había puesto a patrullar en secreto los alrededores de la cabaña de la señorita Sally Ann para prevenir precisamente esa

clase de acosos en esos rústicos y duros lugares, y no había visto nada más siniestro que ciervos y mapaches aunque la visión de las ventanas de ella estaba despejada), el resto de los detalles del pasado de su prometida no tenía ninguna importancia para él. Enfurecido por la desfachatez de aquel misterioso entrometido —la señorita Sally Ann nunca le había visto la cara, pero estaba convencida de su existencia y no tenía dudas acerca de sus motivaciones—, Greene prometió casarse con ella de inmediato, a pesar de lo inseguro de su posición, para asegurar su honor de doncella contra cualquier contratiempo y para darle una paliza a ese donjuán en caso de que lo atrapara. La habría desposado aquel mismo día, salvo por un perturbador detalle...

—Es la pura Verdad de Enoc —dijo—; soy muy tímido en lo que respecta a las chicas. ¡Lo he sido siempre! ¡Siempre lo seré! —Parpadeó y guiñó el ojo—. ¡Eso no significa que no tenga un par de ases en la manga para cuando las cartas vienen mal dadas! Pero voy muy lento cuando tengo que hacer mi jugada, y la razón es que cuando era niño no tuve contacto con ninguna chica. La hija del viejo negro de George no cuenta; no es sólo porque sea negrita, pero es que iba tan rápido y era tan provocativa que me hacía cagarme de miedo, y eso que me hubiera gustado enseñarle un par de cosas a esa pícara... Solía decirle que tenía suerte de que me estuviera reservando para el matrimonio, pero la verdad era que me ponía a cien sólo con pensar en cómo se comportaba, pero cuando la tenía ahí delante de mis narices... ¡me desinflaba completamente! ¿Entienden lo que digo?

Por supuesto, yo no, salvo haciendo un considerable esfuerzo imaginativo. ¿Qué podría ser más ajeno a la vida en los establos de las cabras que la pusilanimidad ante una provocación erótica, por decirlo de algún modo?

—¿No *podía* cubrirla, entonces? —aventuré.

Green se sonrojó y miró hacia fuera de la caseta. Croador se había quedado dormido en un pasillo, con mi vara en el regazo, y la resplandeciente caja de música emitía por encima de nuestras voces un extraño y ruidoso plañido:

No- o- me- o- dies. A- mor- or, gra- dú- a- me- e Amo- or, Coon- tus

be- e- e- e- e- e- e- e- e- e- e- e- sos...

Además, había oscurecido, y aunque los faros delanteros de las máquinas entraban y salían del área de estacionamiento de la Posada del Pedal, ahora algunas narices se pegaron a la lámina de cristal que había a nuestro lado.

—¡Sí que podía! —protestó Greene en un vehemente susurro—. ¡Es sólo que nunca me armé de valor, es sólo eso!

Sin embargo, había dudado si asumir el papel de marido, dijo, hasta que su capacidad hubiera quedado demostrada, y como la señorita Sally Ann (para sorpresa de su prometido) no parecía demasiado reacia, la había llevado al Gran Centro Comercial tras acordar que ambos perderían la inocencia con el otro antes de regresar. Cogieron habitaciones separadas en una posada del Gran Centro Comercial para las tres noches que duraba el Carnaval, pero durmieron juntos. La primera noche él había sufrido unos dolorosos calambres que le impidieron moverse, lo cual era un efecto, en su opinión, menos del miedo que de la vergüenza que le daba la idea de someter a una chica tan suspendida a sus deseos carnales. La segunda, no obstante, lo habían intentado denodadamente pero en vano, ya que desde el primer beso él no logró ponerse como un macho de modo que, según pensaba, comenzó a reprocharse con tanta furia que las subsiguientes ayudas de la señorita Sally Ann resultaron infructuosas para revertir la situación. Ella haría mejor en entregarse a cualquier macho insensible, le dijo él amargamente, quien, lejos de quedarse pasmado ante la arquitectura de su carne desnuda, sería capaz de poseerla como un amo en vez de ponerse a temblar como un alumno novillero de primero de carrera ante la Mansión

del Rector. Al decir esto, pese a las protestas de ella, que afirmaba que no era una furcia frumenciana que valorara a sus amantes por sus barras, por decirlo de algún modo; que a pesar de su total disposición a entregarle a él los frutos del amor, se sentía contenta de poder dormir en sus brazos como la noche anterior; que, por otra parte, si el orgullo de él le permitía verse como protector de aquella misma Mansión en lugar de como su conquistador, ella tenía confianza en que podrían abrir su puerta igual de bien con una llave maestra que con un ariete; pese a todo esto, él se maldijo, regresó a su habitación y se puso a beber hasta que cayó en un solitario estupor.

Durante el tercer y último día del Carnaval de Primavera estuvo quejándose, sin saber si destruirse a sí mismo o limitarse a romper el compromiso. Vieron la Danza Ritual de las Estudiantes de Colegio Mixto alrededor de un poste; la ceremonia de la Expulsión y Restauración del Rector, que conmemoraba el fin de semana que había pasado Enós Enoc en el Infracampus; la coronación de una nueva Miss Universidad, ataviada con toga y birrete blancos, y su desfile por el Gran Centro Comercial en una carroza llena de lirios. Cuanto más se esforzaba la señorita Sally Ann por animarlo fingiendo sentirse alegre, más sombrío se ponía él: después de la cena, cuando fueron hacia el recinto ferial, que estaba radiante, Greene insistió en que ella se montara en la noria, el tiovivo y la montaña nikolayana —entretenimientos que siempre le habían encantado—, pero no quiso acompañarla; incluso hizo que entrara, contra su deseo, sola en el tren fantasma y en la adyacente cámara de los horrores. Mientras ella recorría de mala gana esta última, él se quedó fuera, pisando el serrín que cubría el suelo y meditando sobre su reflejo en una fila de espejos deformantes que se hallaban cerca de la entrada. En uno, su cuello se alzaba como el de un cisne por encima de su cuerpo; en otro, su bulboso torso se elevaba sobre unas patas de cigüeña. Le trajeron a la cabeza el melancólico recuerdo de algunos sueños en los que una parte más pertinente de su anatomía aparecía estirada hasta alcanzar una longitud milagrosa, con consecuencias inusitadas. Este recuerdo, a su vez, lo hizo caer en ensoñaciones en las que la señorita Sally Ann aparecía desnuda, y de hecho se excitó, aunque no más allá de las proporciones humanas. Para ocultar este estado, se vio obligado a sentarse en un banco situado junto a la salida y a cruzarse de piernas.

Su elección de asiento, descubrió un momento después, no fue la más adecuada para evitar la intumescencia: el último de los «horrores» de la Cámara era una rejilla situada en la rampa por la que se salía, que estaba unos metros por delante de él y a través de la cual, cuando alguien la pisaba, salía un chorro de aire con el fin de levantar las faldas de las chicas de colegio mixto. Yo estaba lo bastante alejado de la caprinidad como para comprender sin necesidad de mayores explicaciones que la consecuente exposición breve, no de escudetes sino de bragas y de arneses femeninos, era, en virtud de su naturaleza involuntaria, mortificadora para las víctimas y tan entretenida como excitante para los espectadores humanos masculinos, que raras veces tenían la oportunidad de ser testigos de un despliegue más exhaustivo y prolongado; tal vez cuando veían a las chicas en traje de baño en la piscina, o a sus

propias esposas en la ducha. Peter Greene observó, erecto, disfrutando del revuelo que hacían las chicas y de los grititos que soltaban cuando el aire las dejaba en evidencia, de su vano intento de bajarse la falda y del atisbo, que no duraba más de medio segundo, de la seda ciñendo la entrepierna. Chicas delgadas, chicas gordas, chicas guapas, normales... las deseaba vergonzosamente a todas, a cualquier muchacha de suaves muslos que había, que había habido y que habría jamás; incluso la más timorata, reflexionó, admitiría, en algún momento de su vida, a algún hombre, o a varios, en aquel suspendido espacio privado: no podía soportar el hecho de no ser él el admitido en todos esos casos. ¡Cómo habría disfrutado si todas ellas estuvieran bajo su poder! En una vasta cámara bajo el campus que él mismo habría diseñado, iluminada por antorchas y de la que nadie más que él tendría conocimiento, las tendría prisioneras, completamente desnudas, y perpetraría a su antojo exquisitas carnalidades con la que eligiera. Tal vez todas tendrían los ojos vendados, o estarían atadas de pies y manos...

—¡Por el amor del Fundador! —exclamé sin poder evitarlo. Max parecía haberse quedado dormido como Croador.

—Bobadas —se burló Greene—. Sólo soñaba despierto. ¡Pero si basta con que una chica me diga «Buu» al pasar a mi lado, aprobado sea su corazón, para hacerme salir corriendo! En cualquier caso, me quedé ahí más caliente que un lobo mirando cómo el aire les levantaba las faldas hasta que al final vino Sally Ann con un maestro de enoquismo que se había encontrado en la casa encantada y que la conocía y la había ayudado a encontrar la salida, porque se había perdido. Me imaginé que ella preferiría que él no le viera las bragas —especialmente porque él parecía estar montándose muy bien, teniendo en cuenta a qué se dedicaba y todo eso—, así que me levanté de un salto para advertirla de lo del chorro de aire, pero ella estaba riéndose de no sé qué cosa y no me vio hasta que *chas*, ¡se le levantó el *dirndl* y se le vieron unas bragas preciosas con unas rosas amarillas! Justo en ese momento oí un silbido y un aullido de alegría, y alguien le gritó a la señorita Sally Ann que se acercara a ver lo que tenía para ella, o algo parecido. ¡Entonces me hirvió la sangre! Miré a mi alrededor para ver quién había venido, porque hasta ese momento ahí donde se había oído el grito no había nadie más que yo, ¿entiende lo que le digo? Ni siquiera había más bancos para sentarse. Lo que había era una ventana alta y flaca de cristal en la pared, muy cerca de la salida, y cuando me abrí bien los ojos con los dedos vi a un tipo ahí de pie, más chulo que un ocho. Lo primero que se me ocurrió fue que debía ser el *voyeur* que ella me había contado que había estado molestándola, porque sabía su nombre y le hablaba con tanto descaro. En cualquier caso, sabía que era el que había silbado y gritado porque vi que todavía tenía la mano al lado de la boca. Así que pensé: «Voy a darle una lección que no va a olvidar fácilmente, por Jimmy Gumbo», y cogí una piedra que había en el suelo. Bueno, di por hecho que la ventana estaría abierta, porque esa noche hacía calor y sus gritos se habían oído tan bien; lo único que tenía en la cabeza era darle una pedrada para enseñarle lo que vale

un peine. Pero cuando me preparaba para tirarle la piedra, vi que él también había cogido una y estaba preparándose para tirármela a mí, así que la lancé con todas mis fuerzas. No llegué a saber si le había dado, porque desde entonces no volvimos a verlo ni a saber de él. ¡Pero él sí que me dio a mí! Lo que pasó fue que la ventana estaba cerrada, caramba, y su piedra y la mía debieron chocar contra el cristal al mismo tiempo. No me dio con la piedra, en realidad, pero los trozos de cristal salieron volando en todas direcciones y un cachito pequeño se me metió en el ojo.

La alarma de su prometida, continuó diciendo Greene, pronto llamó la atención: lo llevaron a toda prisa a la enfermería, donde primero le quitaron el trozo de cristal y después el ojo, que estaba irreparablemente dañado. Al despertarse de la anestesia, la señorita Sally Ann se encontraba junto a su cama, y ambos se lamentaron por la pérdida tanto de su ojo como de la última noche que tenían para pasar juntos en el Gran Centro Comercial. Para aumentar, si cabe, su desazón, ahora que hacer el amor no era siquiera planteable, tenía una erección espléndida, y por muchos comentarios irónicos que hizo sobre este fenómeno, no disminuyó en absoluto. Es más, a pesar del dolor que sufría y de que tenía los ojos vendados, su lujuria era más poderosa de lo que nunca había sido antes; los besos que ella le daba para consolarlo no hacían más que enardecerlo; tenía que poseerla en ese mismo momento y en ese mismo lugar, suspendidas fueran las enfermeras; ella debía cerrar y atrancar la puerta y meterse en la cama con él. Aunque al principio se mostró reticente, al fin ella accedió, sonrojándose, para gran sorpresa de él: protestaba con suavidad pero respiraba con fuerza mientras se quitó los zapatos y se metió entre las sábanas, y el dulce acto pudo llevarse a cabo.

—En fin, señor —declaró Greene, más como si estuviera empezando a contar una historia que como si se dispusiera a concluir— . Entonces le dije toda la verdad: que era mi primera vez y que en realidad nunca había copulado con la hija del viejo negro de George.

La señorita Sally Ann, dijo (cuando Max volvió a caer en un ligero duermevela tras haberse incorporado para comentar que *copular* era un excelente verbo antiguo cuya obsolescencia en todo el campus, salvo algunas zonas apartadas, era algo que había que deplorar, ya que dejaba al lenguaje sin ningún término para *cubrir* que no fuera obsceno, médico, jurídico, irónico, eufemístico o perifrástico), profesó que no creía la veracidad de esta noticia; incluso lo reprendió un poco por exagerar la importancia de lo que, en su opinión, era un mero tecnicismo comparado con el auténtico y exclusivo amor que sentían, hasta el punto de sentir que tenía que engañarla en aquel punto. Se casaron poco después, y en cuanto se le curó la herida y le instalaron un ojo de cristal, se sumergió con igual pasión en su trabajo y en su recién descubierta hombría. Maderas Greene duplicó y triplicó el volumen de su negocio, destruyendo a la competencia, explotando a sus obreros, agotando al campo y diversificándose en áreas cercanas de actividades manufactureras. Los Greene dejaron su cabaña y se mudaron a una mansión y engendraron una numerosa

progenie, y la señora Greene dejó su profesión para supervisar la educación de sus hijos; en cualquier caso, ya no tenía ninguna necesidad de trabajar, y coincidía con su marido en que el lugar más adecuado para una mujer es su hogar. Allí se dedicaba a dar instrucciones a sus sirvientes, comenzó a tocar el piano y a pintar sobre vidrio, leía largas novelas y hacía encajes en los dobladillos de las fundas de las almohadas. Consideraban que su unión era ideal y que eran afortunados y dichosos; pero en ciertos estados de ánimo, ahora que se había iniciado, Greene lamentaba las oportunidades que había perdido con la hija suspendida del viejo negro de George y tal vez incluso se viera en secreto con ella, dentro o fuera de la cárcel, aunque durante estos encuentros siempre se reñía a sí mismo por malear su matrimonio perfecto, o por pensar que estaba maleándolo. Y la señorita Sally Ann de vez en cuando se quejaba de tener ataques de flojera y de que su vida, después de todo, era algo tan vacío como la de las estatuas de un auditorio del Fundador.

Después, entrado en la veintena, por razones que no podía expresar con claridad, la opinión de Greene sobre la cuestión de las Respuestas y la Graduación cambió profundamente. Algunos dijeron que fue por la influencia de los desilusionados veteranos de la Primera Revuelta Intercampus; otros, que esa desilusión era, a su vez, la dramatización popular de una situación intelectual que databa del Período de Rematriculación y había prevalecido durante mucho tiempo «al otro lado del charco», en las más famosas sedes de la erudición del Campus Occidental. Y aun otros señalaron, bastante correctamente, que Greene era un hombre rústico, sin ninguna educación clásica ni demasiado interés por los departamentos de Ciencia Moral o de Bellas Artes; más bien se inclinaban a vincular esa nueva actitud con la pérdida de su ojo o de su vigor adolescente, a la tardía toma de conciencia de ciertos defectos de su carácter o a las dificultades que atravesaba, bien en el hogar, bien en los negocios.

—Eso es poner el carro delante de los bueyes, lo de estos últimos —dijo—. Lo que yo creo es que yo me inventé mis propias Respuestas, igual que Sally y yo inventamos hacer el amor, por mucho que a otros se les hubiera ocurrido antes.

Fueran cuales fueran las causas, las consecuencias resultaron inconfundibles: dejaron su finca en el campo para instalarse en un patio cuadrangular urbano; hizo que su esposa pasara a ser socia en su empresa y le asignó un trabajo de jornada completa; recorrieron varios campus lejanos, aprendieron a fumar cigarrillos, a tomar cócteles, a bailar jazz, a conducir motocicletas veloces y a emplear métodos anticonceptivos. La señorita Sally Ann ahora admitía abiertamente que disfrutaba de lo que hasta entonces sólo había parecido permitir: marido y mujer dejaron de lado toda inhibición y, juntos, saborearon todos los platos, dulces y salados, del menú del amor, improvisando algunos, descubriendo otros por casualidad, tomando más de uno de los picantes libros de cocina de las antiguas Remus y Siddhartha, que Greene ya no leía en secreto sino que compartía con su mujer. Es más, liberados los dos por igual de las sofocantes prohibiciones de los conferenciantes chapados a la antigua y de la economía de épocas más duras, pasaron de las camas gemelas a las vacaciones

separados y de ahí a las residencias separadas y distintos amigos, e hipotecaron todos sus activos para ampliar, especulando con gran audacia, sus intereses comerciales y para financiar sus costosas actividades extracurriculares.

Esto continuó así hasta el final de esa década de sus vidas, y concluyó, por desgracia, en un gran fiasco. Una noche memorable, habiéndose encontrado cuando ambos se dirigían a sus apartamentos separados procedentes de distintas tabernas ilegales, aunque ambos estaban borrachos del mismo destilado, Greene le anunció impulsivamente a su esposa, a modo de confesión, alarde o deseo, que la hija del viejo negro de George (que ya no estaba en la cárcel) lo estaba amenazando con una demanda de paternidad, o quizá algún día hiciera tal amenaza, por lo que él sabía; y la señora Greene le contestó, entre hipos, que por lo que *ella* sabía, quizá podría amenazar al marido de la hija del viejo negro de George con presentar los mismos cargos, si esa ramera tuviera uno y fuera lo bastante hombre. Entonces siguieron cada uno su camino. Tal vez aquel encuentro fuera el detonante; tal vez fuera una ominosa señal de que sus especulaciones se estaban desbordando y ya no tenían una base sólida. El hecho es que algo después, justo antes de su trigésimo cumpleaños, Peter Green sufrió una severa pérdida de confianza y cayó en una larga y profunda depresión.

—Todo pareció irse al garete de repente —dijo.

Sus plantas de investigación y producción suspendieron, una tras otra, o fueron cerradas debido a motines organizados por el personal, algunos de cuyos miembros profesaban abiertamente el sindicalismo estudiantil. Las simpatías personales de Greene estaban divididas entre la afinidad que sentía por cualquier causa rebelde (un hábito mental que arrastraba desde la infancia) y el desprecio que le inspiraba cualquier cosa que oliera al «campus del bienestar». Estaba en desacuerdo consigo mismo hasta tal punto que podía sobornar a la policía del campus para que dispersara una manifestación y después encontrarse marchando entre los manifestantes, sin que nadie lo reconociera, vestido con sus viejas ropas de guardabosques, y recibir una paliza de aquellos a quienes él mismo había contratado. Sexualmente, sufrió períodos de impotencia; socialmente, comenzó a apartarse, ya que perdió el interés por los pocos amigos que le quedaban, así como por su propia persona. Dejó de importarle si su imagen pública era buena o mala, al igual que la imagen que tenía de sí mismo; ni siquiera conseguía despreciarse demasiado, de lo absoluta que era su sensación de futilidad. Pasaba una gran parte de su tiempo sentado en una mecedora. Para su sorpresa (pues no era dado a las especulaciones filosóficas), no sólo descubrió que ya no se consideraba graduado, sino que descreía de la Graduación, del Fundador y de los Exámenes Finales. Nada de lo que ocurriera en la Universidad importaba a largo plazo, eso era algo que le parecía perfectamente claro: un hombre estudiaba y se esforzaba por el bien de sus compañeros de clase, y otro estafaba, mentía y cotilleaba, y al cabo del tiempo los dos fallecían y eran olvidados, como el resto de la estudiantía mortal, y la ciega Universidad continuaba, y también desaparecería cuando le llegara

la hora. Impulsar el desarrollo del campus o impulsar una mecedora... ¿qué diferencia había? La señora Greene acudió con los niños para pasar el fin de semana, y trajo consigo una provisión de las pastillas para dormir de las que ambos dependían para poder descansar; discutieron, decidieron declararse en bancarrota e iniciar los trámites del divorcio, se tomaron una última copa juntos y terminaron repartiéndose las pastillas para tragarse cada uno la cantidad que considerara que estaba justo al borde de lo letal, o quizá más allá.

—¿Querían *matarse*?

Se trataba de una idea que yo sólo podía comprender muy vagamente recordando mi estado de ánimo el día que había asesinado a Tom de Redfearn. ¡Pero las circunstancias eran muy distintas! Sorprendido, di un trago al bote de ketchup. Greene suspiró y arqueó sus cejas naranjas mientras toqueteaba nerviosamente la tapa del azucarero.

—No tuvimos agallas para decidirnos, señor. Pero, desde luego, deseaba estar muerto. —Yo no podía discernir si su respetuosa manera de dirigirse a mí era un hábito general o respondía a una deferencia particular—. Pensamos que si las pastillas acababan con nosotros, bien; y si no, suspendida sea, tendríamos que pensar en qué podíamos hacer.

Lo que ocurrió fue que se equivocaron no sólo en la dosis sino también con respecto al medicamento, un somnífero suave, el primero de lo que sería una serie de recetas cada vez más sofisticadas. Pero no fue esa ignorancia lo que los habría salvado en años venideros, cuando su conocimiento de las sustancias químicas llegó al nivel del de un farmacéutico, ya que aquel medicamento nunca induciría al sueño eterno. Aunque lo cierto es que durmieron —profunda y largamente— y Peter Greene soñó con el gran Carnaval de Primavera. Cuando los niños lo despertaron a la mañana siguiente, su esposa seguía plácidamente dormida, y pasaron unos momentos antes de que recordara que habían tomado las pastillas. Se sentía revitalizado por completo; era sábado, hacía sol, no había prisa por levantarse. Nada había cambiado: seguía sin haber Fundador, ni la Universidad tenía ningún sentido; él seguía siendo el desgraciado de Peter Greene, sus modales seguían siendo toscos y faltos de gracia, sus empresas seguían suspendiendo, su personalidad seguía siendo defectuosa y su familia seguía siendo feliz; seguía sin haber ninguna razón, en última instancia, para hacer caso a los llamados de sus niños y su vejiga. Y sin embargo, todas esas verdades le transmitían, ahora, una *sensación* diferente. Le dio un beso a la señora Greene y salió de la cama, todavía lleno de incertidumbre en relación con cómo iba a vivir su vida e ignorante de lo que lo esperaba, pero con una nueva indiferencia hacia esa indiferencia.

—Ya no me importaba un comino que nada importara un comino —fue su manera de expresarlo—. Sabía que yo no valía un pimiento, y no podía haberme importado menos.

Por primera vez en mucho tiempo, tuvo ganas de trabajar; en lugar de eso, le hizo el amor a la señorita Sally Ann, también por primera vez en bastante tiempo, y su estado de ánimo debió de contagiársele a ella, ya que se abrazaron ardientemente, se juraron su amor, se arrepintieron de haberlo maltratado, lamentaron el pasado y prometieron mejorar. Él escuchaba las palabras que decían ambos con un escepticismo lleno de ternura. Incluso la cuestión que había empezado a plantearse constantemente desde hacía algunos meses —tras aparecérselo muy de vez en cuando a lo largo de la vida— ahora perdió su carácter apremiante y le resultaba sólo interesante: la cuestión del cristal roto.

—Lo que sucedió —dijo— fue que una tarde me estaba mirando en el espejo del baño, justo en la época en que empezaba a estar muy deprimido. Había pasado todo el día fuera, con los piquetes, que se habían puesto a romper las luces de una de mis fábricas de papel, y había vuelto a casa para darme una ducha antes del cóctel que dábamos esa noche para algunos peces gordos de la Sala de la Torre. Empecé a poner caras feas delante del espejo y a sentirme fatal, y de repente se me ocurrió que a lo mejor no había tirado aquella piedra contra una ventana, y que a lo mejor no había ningún *voyeur* gritándole a la señorita Sally Ann; ¡a lo mejor era uno de esos espejos en los que sales muy raro! Por lo que yo sabía, podía haber sido un simple espejo; no podía estar seguro de nada. No había ninguna forma de comprobarlo, porque habían desmontado todo al terminarse el Carnaval, y nunca logré localizar al tipo que se encargaba de la casa encantada para que me lo aclarara. Empecé a preguntarle a todo el mundo con quien me encontraba si había ido al Carnaval ese año, y si se acordaban de lo que había en la pared que estaba al lado de la salida. Algunos juraban que una ventana, otros estaban seguros de que era un espejo deformante o uno normal, otros decían que ahí no había nada. La mayoría no se acordaba.

Yo estuve de acuerdo con él en que se trataba de una cuestión importante, que se me había ocurrido hacía un tiempo.

—En cuanto lo pensé, ya no pude pensar en otra cosa —dijo Greene.

Entonces comenzó a pasar horas delante del espejo, estudiando su rostro y lo que había tras él, y vuelta a empezar. En algunas ocasiones, y en algunos aspectos, lo que veía le parecía defendible —en tiempos de mayor inocencia, no se cuestionaba en absoluto su aspecto, asumiendo que era bello y sin tacha—, pero en general le resultaba repelente, insalvable. Pero ni siquiera lo era de un modo fascinante: tras una orgía de autoevaluación, se convenció hasta tal punto de que era un espejo de alguna clase lo que había destrozado en el recinto ferial que destrozó el suyo (arrojándolo por la ventana) para no tener que verse nunca más. Y a pesar de que desde la noche crítica de las pastillas para dormir la cuestión en buena medida había cesado de atormentarlo, todavía sentía, en su propia expresión, «repelús» ante cualquier cristal que estuviera cerca de su cara: se afeitaba y se hacía el nudo de la corbata guiándose por el tacto, y se negaba a emplear gafas para corregir sus problemas de visión.

—¿Y qué pasa con las ventanas? —le pregunté, ya que había unas enormes a nuestro alrededor.

—No me molestan, no sé por qué —dijo Greene, riéndose—. De todas formas, para terminar con mi historia... —continuó, y me sentí aliviado al pensar que ya casi había concluido, puesto que todavía teníamos un buen trecho por recorrer.

No había tenido la oportunidad, dijo (volviendo al tema de su actitud post-pastillas), de comprobar si aquella sensación nueva y extraña persistiría —la aceptación de sí mismo, tal como yo lo entendí, y de la condición humana, basada en la negativa a seguir preocupándose por su inaceptabilidad— y si podía servirle para salir de la depresión sin ninguna otra ayuda. El motivo fue que, poco después, dicha sensación fue interrumpida por circunstancias irrelevantes: la Segunda Revuelta Intercampus. La amenaza de que comenzara de manera inminente hizo que se reuniera con su esposa, acabó con los piquetes y tuvo como consecuencia que todos los talleres y laboratorios empezaron a funcionar las veinticuatro horas del día; la prosperidad resultante, junto al ambiente de emergencia, el extenuante ritmo de trabajo y su nueva indiferencia ante la cuestión de los Exámenes Finales acabaron con cualquier ligero atractivo que el sindicalismo estudiantil pudiera tener para él. Se alistó en los Cuerpos de Operaciones Especiales y se convirtió en una especie de héroe. Sus rivales más hostiles y sus adversarios derrotados se quejaban, en ocasiones, argumentando que su éxito tenía más que ver con el tamaño de sus empresas y sus ventajas materiales que con el hecho de que tuviera capacidades superiores o una mayor aptitud; él, por su parte, estaba demasiado ocupado como para preocuparse por esos asuntos.

—*Estoy bien.* —Cogió la costumbre de repetirse esta frase cuando sus motivos o sus actos eran criticados—. *Y qué carajo, además.*

En tanto oficial al mando del profesor-general Reginald Héctor, con recursos ilimitados, en parte de su propia manufactura, condujo a sus hombres a la victoria y al terminar la revuelta era un hombre bien conocido en todo el campus y, en general, bastante apreciado, con fama de ser generoso, vulgar, justo en los tratos, maleducado, bienintencionado, ingenuo, directo, poco culto, adinerado y sentimental. Lo del dinero, desde luego, era un hecho: la manufactura de equipamiento para la revuelta (dirigida en parte por su esposa) lo había hecho enormemente próspero, y la gran demanda que hubo en la Facultad de New Tammany, en la época de la post-revuelta, de materiales de construcción, papel y plástico (una línea de producción que había adoptado durante las hostilidades, cuando el metal escaseaba) prometía hacerlo aún más próspero: sólo Ira Héctor lo superaba en riqueza y en influencias no oficiales en la Sala de la Torre.

—Pero ¿de todas maneras las cosas se fueron al garete? —pregunté.

Ahora estaba ansioso por que la historia concluyera, pese a que ciertamente me había iluminado en relación con el tema del matrimonio humano. Greene negó con la cabeza, pero de un modo que al instante yo entendí que significaba «Sí, y todavía no

lo entiendo», o algo similar. Su forma de hablar se volvió aún más extraña desde aquí hasta el final de su relato: una discordante amalgama de las diversas expresiones que le había oído emplear hasta entonces.

—Caramba, ojalá pudiera entender lo que nos pasó. Nos compramos una casa estupenda en un patio cuadrangular de las afueras, con una piscina y una telerama en color y todo; los niños empezaron a estudiar música; Sally Ann tenía su propio carro para ir donde quisiera, y sólo trabajaba cuando le apetecía salir de casa. No tenía obligaciones, con la hija del viejo negro de George limpiando la casa y yo ayudando a hacer la comida. Y mira, yo estoy ocupado, sí, pero George, no es tan malo como en los viejos tiempos, no, señor, cuando me levantaba con las gallinas y tenía que quedarme trabajando hasta medianoche.

Y lo que aún era más, dijo, habían decidido abrazarse exclusivamente entre sí, como en la primera etapa de su matrimonio, con la diferencia de que ahora iban a ser socios con igualdad de derechos y leales compañeros en todos los aspectos de la vida, en lugar de amo y sometida.

—No es que el negocio crezca despacio, ¿entiende?, a pesar de todo lo que han subido los impuestos. Cada año me gasto una fortuna en la Sala de la Torre para conseguir que el Senado de la Facultad me baje los impuestos y deje de comprar baratijas al otro lado del charco, pero no sirve de nada, no señor; y cada vez emplean más bosques maderables para hacer parques y cosas así. Contraté un montón de sabios, todos doctores, para averiguar cómo podía hacer más negocios: al cabo de un tiempo, me impliqué tanto en la idea que cerré la mitad de mis plantas y fábricas de papel y me monté un Departamento de Investigación en Márketing y Publicidad. No necesitaba que toda esa gente trabajara para mí, con sus suspendidos comités: ahora tenemos máquinas que maneja el ORDACO, metes un tronco de árbol por un lado y te sale un periódico impreso por el otro, sin que nadie haya tocado nada en ningún momento. El ORDACO incluso nos dice cuántos árboles hay que cortar y cuántos hombres hay que poner en la calle.

En consecuencia, me explicó, aunque estaba prosperando más que nunca, se encontraba virtualmente inactivo, pues el ORDACO se había quedado a cargo de las tareas ejecutivas, además de llevar a cabo las correspondientes a la fuerza laboral. Cuando la hija del viejo negro de George había aparecido acusándolo públicamente de haber abusado de ella de una manera inmoral en su juventud para promover sus propios intereses, y de haberla dejado embarazada, él le había ofrecido contratarla como sirvienta a pesar del resentimiento que desde antiguo sentía su esposa por ella. Nombró a la propia señorita Sally Ann directora financiera de sus empresas. A sus hijos no les faltaba de nada: las chicas hacían girar bastones de plata en una de las Bandas Preuniversitarias de Majorettes, y los chicos eran estrellas en los Equipos Campesinos de la Liga Atlética Infantil de la Facultad; nunca les pusieron la mano encima, recibían pagas muy generosas, jugaban a distintos juegos y se iban de vacaciones con sus padres —a quienes llamaban por sus nombres de pila—, tenían

receptores de telerama en sus dormitorios y una pista de bolos privada en la zona de recreo que les habían instalado en el sótano, y asistían con regularidad al Auditorio Enoquista que había en su barrio, como hacían sus padres, aunque sólo por seguir la tradición, ya que se les dejó bien claro que las Respuestas Enoquistas eran una cuestión exclusivamente personal y que no existían ni las Puertas de la Graduación ni el Infracampus. Los fines de semana todos jugaban al golf e iban a fiestas en casas de amigos.

Pero nadie era feliz. La hija del viejo negro de George se negó, por una parte, a que la «degradaran», tal como lo expresó, haciéndola encargarse de labores domésticas, y, por otra, a que la «compraran» con unos ingresos ligeramente superiores y el título de Ama de Casa Asistente. Tampoco aceptó el puesto que él le ofreció de Representante Especial en su Departamento de Promoción, aunque el trabajo no suponía nada más que dejarse fotografiar para anuncios que aparecerían en publicaciones frumencianas; ella insistió en que él confesara que se había sentido atraído por ella y que la había maltratado, en que le pagara ni más ni menos de lo que le pagaría a un varón blanco por el mismo trabajo y en que, para redimir los abusos que había cometido con ella en el pasado, educara a los hijos de ella junto a los suyos, en las mismas aulas, campamentos de verano y Auditorios del Fundador. Los hijos de él no mostraron tanta agresividad, salvo uno que robaba motocicletas por diversión y contrajo una gonorrea en el baile de fin de curso de sexto: eran altos y guapos, y no tenían caries en los dientes ni les olían las axilas; y sin embargo, no parecían sentir ningún interés por nada. En cuanto a la señora Greene, se había vuelto una gruñona, quizá debido a que, aunque su apariencia todavía seguía siendo tan juvenil como para que la confundieran con sus hijas, en realidad se estaba acercando a la mediana edad. Sus estados de ánimo pasaban de un extremo al otro repentinamente, sobre todo al extremo beligerante; se quejaba de tener demasiadas responsabilidades; ni ella ni su marido pensaban que fuera posible centrarse en una carrera profesional, criar a los niños y supervisar los quehaceres domésticos al mismo tiempo, y sin embargo no podían soportar a esas mujeres bobas que no tenían nada que hacer más que tomar café y hablar unas con otras por teléfono; creían que debía haber un único modelo de conducta para hombres y mujeres, pero en múltiples asuntos menores valoraban la caballerosidad y la cortesía. Ella pensaba que tendrían que salir a bailar con más frecuencia; él deseaba tener más tiempo para jugar al póker con sus amigos.

—Juro que quería que fuera una mujer totalmente independiente, pero cada vez que se iba a trabajar me bloqueaba y deseaba que fuera una esposa común y corriente. ¡Y después, cuando hacía de esposa común y corriente durante un rato, cuando hacía una comida rica o se ponía a coser las cortinas o algo así, deseaba que tuviera algo de lo que hablar más interesante que eso! Llegamos a parecernos tanto y a estar tan unidos, que de puro aburrimiento estábamos dispuestos a ir a la ruina por algo *diferente*; pero si uno se iba una noche de viaje de negocios, nos echábamos de menos a muerte. ¡Y yo cada vez más blando, y con más sobrepeso, y todo el tiempo cansado

sin ningún motivo! ¡Y a Sally Ann le empezaron a faltar algunos períodos, y empezó a llevar corsé! Y los dos de tanto en tanto teníamos ganas de escaparnos y empezar otra vez, pero sabíamos que nunca nos iría tan bien, en cuanto a la compatibilidad, y de todas maneras, y a pesar de todo, nos queríamos demasiado como para hacerlo. ¡Eso sí que era estar bien atados, caramba! Yo me decía a mí mismo: «Estoy bien, y qué carajo, además», pero eso no me ayudaba ni un poco cuando ella estallaba en lágrimas y se iba a buscar otra receta. ¡Y los médicos, y los analistas, y los terapeutas! Uno le decía: «Quédese en casa y sea una *mujer*». Otro le decía: «Dedíquese por entero a su trabajo, déjelo todo». Uno proponía: «Divórciese cuando quiera, éste es el campus en el que nos ha tocado vivir»; otro proponía: «No rompa su matrimonio pase lo que pase, porque si la familia no aguanta, no quedará nada sólido en la facultad moderna de hoy en día». Hubo quien le dijo a Sally Ann que debería dejar que yo hiciera lo que me diera la gana, pero que ella tenía que comportarse como está mandado; y no faltó quien me dijo que lo que es bueno para la pava, es bueno para el pavo, de alguna manera. ¡Toma pastillas, no tomes pastillas! ¡Vuelve al enoquismo, toma melaza, haz ejercicios de respiración! ¡Un tipo bastante caro le dijo a Sally Ann que tendría que acostarse con *él* para curarse, porque su mujer no lo entendía! ¡Lo juro por el todopoderoso! ¡De verdad, lo juro por el todopoderoso!

La situación se volvió insostenible hacía poco, dijo, cuando, durante una absurda discusión a medianoche (sobre la conveniencia de cambiar de analistas y de seguir una dieta baja en grasas), le explicó a su esposa su insatisfacción con su terapeuta, que había declarado que era imposible ayudar a un paciente hasta que éste supere su «resistencia a la terapia». Era, estaba tratando de explicarle Greene, como anunciarle a un enfermo que debe ponerse bueno para poder tomar la medicina...

Pero mientras formulaba esta analogía, su esposa lo interrumpió con un grito, y otro, y un tercero, y un cuarto, y otro y otro, sin hacer caso de sus protestas y sus admoniciones; le dijo que pensara en los niños, que se controlara, que parara por el amor del Fundador. Se puso frenético; ella siguió tirada en la cama gritando con los ojos cerrados. Al final, él llamó a una vecina y a la hija del viejo negro de George. Para cuando el médico de la familia acudió a sedarla, sus gritos se habían convertido en un llanto salvaje. Los niños estaban despiertos; les habían explicado que su madre tenía los nervios destrozados debido al exceso de trabajo y de preocupaciones. ¿Lo entendían? Con caras solemnes, asintieron con la cabeza. A la mañana siguiente les dijeron que su madre se iba a marchar para descansar, y eso es lo que hizo. Se fue a la Casa de Reposo Femenina de la Facultad, de cuyos servicios tenía derecho a disfrutar en virtud del cargo de profesora de escuela que había ocupado en una época. Cuando se hubo instalado en aquel retiro señorial y silencioso, donde residían muchas conocidas suyas, su estado de ánimo mejoró de manera considerable; de hecho, cuando él la fue a ver, la encontró más tranquila y optimista de lo que había estado en mucho tiempo, a pesar de que el médico contestaba con vaguedades a la pregunta de cuánto tiempo tendría que quedarse allí; ella se disculpó quedamente por su histeria,

por dejarlo a cargo de la casa y de los niños, por la parte de responsabilidad que le pudiera tocar en relación con sus problemas...

—La echaba tanto de menos y me sentía tan suspendidamente suspendido que pensé que me iba a morir —dijo—. Lo primero que hice fue volver a casa y mamarme como un piojo, sin ninguna compañía. Pero borracho o sobrio, señor, en un momento me parecía que había algo horrible en la forma en que vivíamos, tratando de ser amigos y amantes e iguales en todo al mismo tiempo, y al momento siguiente pensaba que no era culpa nuestra en absoluto, que habíamos intentado hacer funcionar una buena idea, la mejor idea, pero que el pasado nos estaba poniendo trabas. Y entonces en medio de este tira y afloja, una noche estaba en un bar y quién entra ahí si no la hija del viejo negro de George, como cliente, fíjese, y yo ni siquiera sabía que en ese sitio servían a los negritos. Me preguntó qué tal estaba la señorita Sally Ann, sonriendo todo el tiempo con cara de traviesa, como si me estuviera desafiando a que me abalanzara sobre ella, y me dijo que se imaginaba que debía estar muy disgustado para estar bebiendo solo tan tarde, un padre de familia como yo. Yo sabía cuáles eran sus intenciones, pero no le guardaba ningún rencor por todo lo que había dicho de mí en los periódicos, y a pesar de su ingratitud, la traté como si fuera blanca. La invité a una copa y nos pusimos a hablar sobre la pobre Sally Ann y los viejos tiempos, y sobre lo difícil que era toda esa situación para los niños; y la hija del viejo negro de George dijo que seguramente tendría que haber alguien en casa con ellos durante una temporada, hasta que se acostumbraran a que su madre se había ido. Todo el tiempo sonreía con esa sonrisa, y me vino a la cabeza cómo solía sonreír hacía años, cuando yo no era más que un chiquillo miedoso y ella una calentabraguetas suspendida. Su marido la había abandonado hacía unos años, y sus hijos estaban viviendo en la casa de una hermana suya; yo sabía que vendría a casa conmigo si se lo pedía, a pesar de todo lo que había dicho. Y estaba tan deprimido, y tan caliente y preocupado, que fui y se lo pedí, y por supuesto que vino, y estuvo todo el camino burlándose de mí por tratarla como a una esclava de un patio cuadrangular del sur. ¿Qué puedes hacer con una chica así si estás metido en un lío como estaba yo?

No me di cuenta de que se trataba de una de esas preguntas que no requieren respuesta.

—Bueno, señor Greene... —comencé a decir frunciendo el ceño.

—Pete —insistió él.

—Me parece que su historia es muy conmovedora, Pete. Nunca había entendido lo curioso que es el matrimonio, y ahora me interesa mucho saber si en general es así. Las únicas otras personas casadas que he conocido son el señor y la señora Stoker y el doctor Sear y su esposa, y su forma de comportarse me pareció un poco distinta de la de la señora Greene y usted. Al menos, es la impresión que me ha dado.

—¡El doctor Sear! —dijo Greene, riéndose—. ¿Conoce a Kennard Sear? ¡Él fue mi analista, del que le he estado hablando! Caramba, un tipo majísimo, ¿verdad? No

consiguió nada conmigo, pero es bien listo, Sear.

Estuve de acuerdo en que parecía un caballero de lo más educado y volví al tema que nos ocupaba:

—Creo que todavía no entiendo por qué está haciendo autoestop para ir al Gran Centro Comercial, si tiene tanto dinero, ni qué va a hacer cuando llegue allí.

Peter Greene tampoco lo tenía demasiado claro, salvo el punto tocante al autoestop, cosa que hacía sencillamente porque le gustaba, caramba, y para mantenerse «en forma», puesto que, a pesar de todo su régimen de calistenia, sus vitaminas en pastillas, sus aparatos mecánicos de entrenamiento y su dieta baja en grasas, tenía sobrepeso. El mejor motivo que pudo esgrimir para llevar a sus hijos a un internado (aunque estuvo «a punto de morir» en el momento de despedirse de ellos), cerrar la casa, dejar de lado sus negocios y echarse a la carretera fue que aunque estaba totalmente convencido de que estaba aprobado, estaba seguro de estar suspendido. Había traicionado, engañado y deshonrado a la señorita Sally Ann en los lascivos brazos de la hija del viejo negro de George, con quien, a pesar de todo, para bien o para mal, una vez más había sido impotente, y quien, desagradecida como siempre, se había reído de él por la mañana cuando le ofreció subirle el sueldo. Entonces no había tenido más remedio que castigar su arrogancia. Y aunque amaba, honraba y respetaba a su desgraciada esposa, también se sentía profundamente perturbado por sus quejas recíprocas, que consideraba, desde luego, justificadas, aunque injustas. En resumen, estaba tan indeciso con respecto a sí mismo y a su relación con las cosas que tenía la sensación de ser dos humanos en una misma piel: uno era enérgico, despreocupado, optimista, seguro de sí mismo, estrecho de mente, hospitalario, extrovertido, ingenioso, discutidor y fuerte; el otro era apático, abyecto, pesimista, autodespectivo, indulgente, grosero, introspectivo, complaciente, zafio, inútil y flojo. Si inicialmente había perdido la fe en el Fundador, después la perdió en sí mismo: en su capacidad de aprobar, por decirlo así, sin un programa ni un Gran Maestro en que apoyarse, y graduarse por su cuenta sin creer en la Graduación. En esa época era el momento de hacer el inventario y el informe anuales, destinados a pagar las deudas que tuviera, recoger dividendos, evaluar la solvencia de sus distintas empresas y establecer las directrices para el año siguiente, pero se descubrió incapaz de encarar dicha tarea. Además, últimamente sufría dolores de cabeza que hacían que se le llenaran los ojos de lágrimas (yo había observado que se iba administrando dosis de pastillas y líquidos mientras hablaba); sus propios periódicos criticaban «el deterioro de su imagen», sin saber que tenía dificultades para cuidarla por su conflictiva relación con los espejos; sus vecinos afirmaron que debía o casarse con la hija del viejo negro de George o dejarla en paz, sin saber que era la negrita mejor tratada del patio cuadrangular; sus hijos se avergonzaban de él y juraban que ellos serían todo lo contrario, fuera lo que fuera eso.

Entonces llegó un día en que la señorita Sally Ann le dijo tranquilamente que en breve estaría lista para dejar la Casa de Reposo y regresar al hogar, pero no a la

situación en la que lo había dejado. Afirmó que no le estaba echando nada en cara, pero su supervivencia, por no decir su bienestar, dependía en buena medida de resolver las tensiones existentes entre ellos. No permitió que él contestara nada: si estaba en casa cuando ella llegara, después de las vacaciones de Carnaval, su presencia significaría que tenía la intención de empezar de nuevo; si no, ella asumiría que él, de un modo definitivo, se sentía poco dispuesto a o se consideraba incapaz de atender a sus necesidades —que era libre de calificar de excesivas, si eso le proporcionaba algún consuelo—, y entonces legalizarían su separación.

—Bajé la escalinata de esa casa y me parecía que me iba a estallar la cabeza — me dijo—. En un escalón, amaba a Sally Ann y me odiaba a mí mismo, y viceversa en el siguiente. Intenté pensar «Estoy bien, y qué carajo, además», pero no llegué a creérmelo en ningún momento. Entonces se me ocurrió que lo mejor era dar una vuelta para despejarme un poco, y lo siguiente que recuerdo es que iba solo por la autopista y me pareció ver una moto con un joven urbanita que la conducía ¡y la señorita Sally Ann iba en el sidecar!

Expresé mi asombro y Max, que se había despertado justo a tiempo para oír los últimos episodios de la historia de Peter Greene, dijo «¡Ja!», sin demasiada empatía. Pero Greene parecía más perplejo que perturbado por el punto de vista de mi consejero.

—No entiendo cómo pudo ser. ¿Tú lo entiendes, George? El tipo no tendría más de veinte añitos, estaba todo sonriente y le brillaban los ojos. Y Sally Ann iba riéndose de algo que él le había dicho, llevándose a la mano a la boca como hace siempre que se ríe, y te juro que estaba exactamente igual que el primer día de aquel Carnaval: feliz y juvenil como un cordero lechal, y guapa como un rayo. Debía ser una chica de colegio mixto y su cita, pero era igual que ella. ¡*Debía* serlo! O mi hija mayor, Barbara May, que también está a punto de irse al garete, que estaba haciendo novillos. No importa. Lo único que podía pensar era en lo dulce y alegre que era Sally Ann cuando la había llevado al Carnaval, y en cómo nos habíamos ido echando a perder desde entonces. Y no importa de quién sea la culpa, suspendida sea, si suya o mía o de la forma de vida que hemos tenido... me quedé ahí quieto y me puse a llorar a mares mientras lo pensaba. Y entonces decidí, por Billy Gumbo, que me iba a poner a hacer autoestop hasta el Gran Centro Comercial para ir al Carnaval de este año. Para repararlo todo bien, ¿sabe?, desde donde empezó todo, y ver cómo está la cosa. —Greene soltó un suspiro, guiñó el ojo varias veces y echó un vistazo a su reloj de pulsera—. Y ya deberíamos ponernos en marcha, que si no, no vamos a encontrar habitaciones para esta noche.

—No lo entiendo —protesté—. ¿Sólo va al Carnaval de Primavera, y no a matricularse?

Él había firmado la cuenta que le trajo la camarera con sus iniciales y, con su ojo bueno, miraba de reojo los jóvenes jamones apretados y flexibles bajo su ajustado

uniforme. Al oír mis palabras, se sonrojó y se volvió hacia mí y, dándose unos golpecitos en el pecho, me dijo:

—Míreme, señor: *¡estoy bien*, caramba! Cualquier hombre puede meterse en un lío con una chica desconocida cuando ha estado casado tanto tiempo como yo; ésa es la única razón por la que no pude dar la talla con la hija del viejo negro de George.

—¿Cómo dice? —Tanto su terminología como su actitud me resultaron desconcertantes.

—Ah, suspendida sea. Vamos, en ruta.

Como si, tras haber pasado tanto rato en la Posada del Pedal de repente le pareciera un lugar insoportable, Greene prácticamente salió huyendo del local. Cuando estábamos tratando de despertar al roncante Croador (cuyas parras talladas ya llegaban hasta la mitad de mi vara), vi a nuestro perturbado anfitrión haciendo flexiones sobre la plataforma de gravilla y sonriendo ante las burlas cordiales de las jóvenes parejas aparcadas a su alrededor. Max negó con la cabeza. Fuera, en la refrescante e iluminada oscuridad, volví a montar sobre Croador, y Max sobre la moto, pero antes de que nos pusiéramos en marcha, Greene, que había reanudado sus bromas, dejó de hacerlas y levantó la mano del acelerador brevemente para mirarme de soslayo.

—¡Imagínese que de verdad hubiera un Gran Maestro! —gritó. Max había estado esperando sentado con los ojos cerrados. Entonces los abrió para contemplar la sonrisa torcida de su chófer—. ¡Imagínese que de verdad fuera usted, que hubiera venido a poner de nuevo en la buena senda a la Facultad de New Tammany, y que hubiera oído todo lo que le he contado sobre Sally Ann y sobre mí y sobre cómo todo se fue al garete! ¿Usted qué diría?

Estupefacto ante el hecho de que no me hubiera creído realmente durante todo aquel tiempo, no pude hacer nada más que quedarme mirándolo fijo. Al cabo de un instante, volvió la cabeza y encendió el motor con un gesto de amargura. Pero en ese instante, las luces habían destellado con el doble de brillo en sus dos ojos, el verdadero y el falso, ambos convertidos en espejos debido al dolor con el que habló.

3. SU LLEGADA A LA PUERTA PRINCIPAL

Atravesamos velozmente una serie de barrios residenciales —bastante bonitos, en mi opinión, aunque en el momento no pude comprender por qué una *familia* de cuatro o cinco miembros requería un establo del mismo tamaño que el de todo nuestro rebaño — y nos sumamos al formidable tráfico de los patios cuadrangulares del centro. Me agarré con fuerza a la cabeza de Croador y observé, incapaz de creer lo que veían mis ojos; no hubiera podido decir qué me resultaba más perturbador: los poderosos edificios, que plaza tras plaza, envueltos en luz, daban la impresión de estar en llamas; la multitud de seres humanos, en su mayoría gente joven vestida de un modo similar, que atestaba las aceras con libros en las manos y auriculares en los oídos, por medio de los cuales me dijeron que escuchaban unos sonidos musicales procedentes de un transmisor central; o las avenidas bordeadas por olmos, anchas como un pasto, pavimentadas de negro e iluminadas, desde lo alto de unos mástiles, por unas lámparas blancas azuladas que hacían que pareciera que estábamos a mediodía. Todo brillaba celebrando el Carnaval de Primavera: unas inmensas formas ovoides de papel de plata y espumillón se hallaban suspendidas sobre las intersecciones; sobre cada poste de la luz había posada una enorme mariposa, lo cual me pareció pavoroso hasta que me enteré de que no se trataba de criaturas reales; sus alas de lentejuelas, de tres metros de envergadura, se abrían y cerraban lentamente, cubiertas de pequeñas luces brillantes de media docena de colores distintos. Aquí y allá se veían grupos de celebrantes, vestidos de un modo muy llamativo, que cantaban y armaban bullicio; algunos llevaban mallas con motivos estampados de fichas de dominó y de tableros de ajedrez, otros tenían gorros con campanillas o máscaras que les tapaban todo el rostro, dándoles un aspecto horrible; por aquí veíamos a una chica maravillosa con sus mallas blancas y sus altas orejas de seda, con un pompón de algodón al final de la grupa; por allá, a un tipo musculoso, cubierto con una capa roja, con una horca y unos cuernos postizos. A veces nos saludaban al pasar a nuestro lado, y yo blandía mi vara alegremente a modo de respuesta; el resto de la gente no les hacía ningún caso, como no nos lo hacía a nosotros, salvo cuando alguien, lleno de aprensión, se apartaba para abrirle paso a Croador. Por todas partes destellaban mensajes brillantes: SI UN TÍTULO FÁCILMENTE QUIERES CONSEGUIR, EDUCACIÓN FÍSICA DEBES ELEGIR; NO PIERDAS TIEMPO NI SUDES EN CARRERAS ORDINARIAS. NI UN MOMENTO MÁS LO DUDES: ¡ESTUDIA VETERINARIA!; EL DEPARTAMENTO DE AVICULTURA TE DESEA UN FELIZ CARNAVAL.

—Esa última no tiene chispa —comentó Peter Greene.

Tras haber recorrido lo que parecía ser la carretera más ancha y resplandeciente, aparcamos la motocicleta al final de la misma. En ese punto, el bulevar se convertía en una gran extensión de césped flanqueada por edificios aún más majestuosos y por olmos aún más nobles, a la que se accedía por una puerta de hierro de unos veinte metros de altura que se elevaba justo frente a nosotros. A diferencia del resto de

edificaciones eminentes que nos rodeaban por todas partes, la Puerta Principal (pues la reconocí como tal con un escalofrío, del mismo modo que supe que aquel césped indicaba que nos encontrábamos ante el Gran Centro Comercial, y que el imponente edificio que había más lejos se trataba de la Sala de la Torre) no estaba iluminada; unos guardias rondaban en la sombra a lo largo del muro cubierto de hiedra y adornado con gárgolas que se franqueaba por ella y ante el famoso torniquete de único sentido que había al final de la carretera. Me puse muy nervioso debido al espectáculo general, y me impacienté por verlo todo de una vez. Era la última noche del Carnaval: equipos de operarios ya estaban desmontando algunas estructuras temporales que habían instalado en diversos puntos del centro comercial; a un lado, vimos la Casa de las Ciencias Biológicas, un edificio de varios pisos que servía de exclusiva vivienda para los profesores de ciencias naturales, con su tristemente célebre Barbacoa de Vivisecciones en la planta baja. A su lado estaban la brillante Sala de Baile de la Casa de la Puerta, el Cine y la Barraca de Tiro al Blanco de Segundo de Carrera y otros lugares de ocio cuya fama se extendía por todo el campus. Enfrente se encontraban las atracciones culturales: la Sala de Subastas de Bellas Artes, el Teatro Pan-Sororal y, más cerca de nosotros, bajando una cuesta desde el muro que rodeaba todo el centro comercial, el vasto Anfiteatro que gestionaban conjuntamente los Sub-Departamentos de Narrativa Antigua y de Ciencias Teatrales. Sentí una particular curiosidad por este último porque los carteles anunciaban que aquella noche tendría lugar la representación de la tragedia *El decano Zambo*, una obra sobre cuyo protagonista yo había oído hablar aunque no había leído el relato de sus aventuras. Iba a ser la conclusión de una serie de producciones clásicas que se había extendido a lo largo de una semana, y ya se habían formado colas de personas que estaban deseando presenciarla.

—¡Seguro que todos querrán echarle el ojo! —sugirió Greene cuando expresé mi interés—. Yo nunca he sido muy de ir al teatro, pero dicen que ésta es una bomba.

Insistió en que le permitiéramos comprarnos entradas para los cuatro, incluido Croador, quien aunque sin duda sería incapaz de comprender la obra, no podía ser abandonado ni siquiera por un rato sin poner en riesgo la seguridad de la gente; habría abundante tiempo para recorrer el recinto ferial más tarde, si así lo decidíamos. Ante este acto de generosidad, vi cómo se suavizaba la expresión de Max; sin embargo, declinó la invitación argumentando que todavía teníamos que encontrar un alojamiento barato para pasar la noche, y que más me valía acostarme pronto, ya que al día siguiente, al amanecer, tendría que enfrentarme a la dura experiencia de ir a inscribirme, sobre todo teniendo en cuenta que ya había celebrado bastante la noche anterior. Además, tenía que darme algunos consejos y advertencias aquella noche por si al día siguiente no se presentaba la oportunidad de hacerlo. Me sentí decepcionado y al mismo tiempo contento al ver a Max mostrar su antigua preocupación por mí.

Pero Greene no era tan fácil de contradecir.

—Dígale lo que quiera mientras voy a por las entradas —propuso, y por si eso fuera poco, nos ofreció librarnos de la molestia de buscar habitaciones; lo único que tenía que hacer, afirmó, era llamar por teléfono desde el puesto de venta de entradas a la PLEJ, o Posada de la Liga Enoquista Juvenil, donde en su calidad de antiguo director de la Liga siempre tenía derecho a pedir acomodo gratuito. No estaba dispuesto a oír más protestas, del mismo modo que durante el viaje desde la Posada del Pedal se había negado a tomarse en serio mis aseveraciones de que yo era verdaderamente un Gran Maestro, o un Gran Maestro en ciernes, y no un farsante, ni un loco, ni llevaba un disfraz para asistir al Carnaval—. El bosque está lleno de ellos en esta época del año —me había dicho, sonriendo—. Pero me doy cuenta al mirarle la cara que es de ley. Creo con firmeza en que es el niño-cabra, como dijo antes, y eso ya es bastante alucinante. —Ahora, como entonces, Max se encogió de hombros, como para decir que no tenía ningún sentido seguir discutiendo, y que Greene hiciera lo que le diera la gana. Y admitió que podría ser apropiado que yo presenciara la más profunda de las tragedias lykeionienses antes de matricularme: no era por casualidad que se representaba justo al final del Carnaval, antes de los rituales de la Matriculación de Primavera. Pero de verdad que tenía que hablarme en privado antes, ya que era mi consejero. Greene se marchó alegremente a comprar las entradas.

—¡Qué tipo tan raro! —comenté cuando se alejó—. No sé si me cae bien, pero, desde luego, es muy servicial.

Max hizo un gesto despectivo.

—Bueno, a mí no me molesta.

Me atreví a señalar que él, Max, no se había mostrado tan tolerante a lo largo de la tarde, ni con Greene ni conmigo, y le supliqué que por favor, y de una vez por todas, me perdonara por mi comportamiento en la Central Eléctrica o, si lo consideraba imperdonable, me permitiera seguir mi camino solo, como había querido emprenderlo, sin disfrutar del beneficio de su compañía ni del de su consejo. Mi reproche no le importó en absoluto; de hecho, pareció más bien que el escucharlo hizo que se sintiera satisfecho. Asintió varias veces con la cabeza y dijo en voz baja:

—Ya no hablas como un cabrito, Georrge. Eso está bien...

Me pasó un brazo por encima de los hombros (yo me había bajado de Croador) con más afecto del que me había demostrado en mucho tiempo; yo me sentí bastante conmovido por aquel gesto y por la calidez que escuché en su voz cuando me explicó lo que tenía inmediatamente por delante, aunque al mismo tiempo me llamó la atención la expresión de apenada urgencia que tenía en la cara, como si lo que me estaba diciendo debiera ser dicho sin demora.

—Ya hablarremos sobre la Central Eléctrica y Maurice Stokerr cuando tengamos tiempo —dijo—. Ahorra hay cuestiones más importantes. —Le dejamos a Croador mi vara para que la royera y nos acercamos al herboso borde del Centro Comercial, cerca de la puerta—. Cosas como las que pasaron en el Desfiladero y la Central Eléctrica son distracciones, Georrge, porr muy malas que fuerran. Y lo

mismo lo de esa pobre chica de Anastasia que cree que soy su papá; es una distracción, por mucho que ella no lo crea así. Pero ahí delante está el primer obstáculo que vas a tener que superar —dijo, señalando el Torniquete con la mano—. No debería suponer ningún problema, quiero decir, es o imposible o fácil, no hay punto medio, pero no puedes distraerte, ni siquiera dudar ni un sólo instante cuando llegue el momento, o si no, *kaput*.

Entonces me explicó brevemente el ritual de registros y matrículas tal y como se había ido estableciendo en las facultades del Campus Occidental, en especial en la de New Tammany, en la época moderna. Las grandes puertas que había a ambos lados del Torniquete, que se encontraban cerradas, normalmente estaban abiertas y eran la entrada general al corazón de la facultad, el emplazamiento de todos sus edificios originales y, más recientemente, de los patios cuadrangulares destinados a las ciencias administrativas y militares. En teoría, nadie más que los graduados y los candidatos a la graduación certificados podían entrar, y en el momento álgido del Programa Enoquista, esta restricción se volvió más severa: la Fraternidad Enoquista se encargaba de las credenciales en tanto delegación del Fundador en la Universidad. Con el paso de los cursos, sin embargo, al mismo tiempo que la autoridad de dicha fraternidad ha ido menguando y se ha puesto a debate y cuestionado la naturaleza y la existencia del mismísimo Fundador, esta práctica ha ido cayendo en desuso. Incluso en los viejos tiempos, quienes se hallaban en el exterior de los diversos muros del Campus Occidental siempre han sido superiores en número a quienes se encontraban en su interior, y siempre han sido incluidos en la hegemonía de la fraternidad e instruidos por sus profesores; «Muchos son los inscritos y pocos son los admitidos», había dicho Enós Enoc, y en vista de que nadie más que Él podía distinguir a los candidatos verdaderos de los falsos, la fraternidad se ocupaba de instruirlos a todos. Hoy en día estaba estrictamente prohibido, según las leyes de las facultades como la de New Tammany, no admitir que un hombre se matriculara debido a sus creencias pedagógicas, y en lugar de los antiguos Títulos de Sabiduría, la administración entregaba a cualquiera que presentara los trabajos requeridos en cada curso y que aprobara ciertos «exámenes técnicos» un Certificado de Competencia en el Campo; quienes recibían estos certificados en una Ceremonia de Graduación se llamaban «graduados» y eran aptos bien para desempeñar un empleo en sus respectivos «campos» o bien para continuar sus estudios tras obtener el Certificado de Competencia en el Campo, al final de los cuales pasaban a ser «profesores» por derecho propio; todo esto tenía muy poco que ver con el significado original de estos términos. Sin embargo, la tradición enoquista se conservaba en ciertos rituales de la facultad, aunque sería mejor decir que resonaban sus ecos, ya que los celebrantes apenas tenían idea de qué era lo que celebraban: el propio Carnaval de Primavera, con sus correspondientes símbolos, era una de esas tradiciones, originada en antiguas ceremonias agronómicas y modificada por la Fraternidad Enoquista para recordar la Expulsión de Enós Enoc, Su Promoción de los Profesores Eméritos del Antiguo

Programa del Infracampus y Su triunfal Readmisión. La Prueba del Torniquete era otra, observada al comienzo de cada período lectivo y con especial solemnidad durante la Matriculación de Primavera, que tendría lugar, según lo previsto, a la mañana siguiente. La tradición consistía en que sólo los Candidatos a la Graduación (empleando los términos en su sentido original) que resultaran fiables podían pasar por el Torniquete y la minúscula puerta y llegar al otro lado. Ambos, siendo entradas de sentido único, no comprometían a quien los superara a algo tan prosaico como cumplir con unos mínimos y recibir sus Certificados de Competencia en el Campo sino a hacer frente al Examen Final y, por lo tanto, a la Graduación absoluta o al Suspenso.

—El problema —Max sonrió— es que no ha habido ningún Candidato desde hace muchos períodos lectivos, y, tal como están las cosas, los enoquistas ya no se atreven a decir quién es un Graduado y quién no lo es; ni siquiera en la antigüedad decidían eso hasta que el estudiante hubiera fallecido. Así que el Torniquete no ha vuelto a girar —probablemente se habrá oxidado y no podrá moverse— y la Rejilla de los Chivos está cerrada con llave desde que se construyó.

Este nombre despertó mis fantasías, y entrecerré los ojos en dirección a las sombras con renovado interés. Le pregunté a Max si eso tenía algo que ver con el concepto de *chivo explicatorio*, y éste me corrigió y me explicó que, lamentablemente, lo de chivo expiatorio no tenía nada que ver con el asunto, sino que aludía a tres cometarios característicamente anticaprinos de Enós Enoc: qué Él había venido para separar a las ovejas de las cabras; que el Camino a la Graduación era demasiado estrecho para que lo recorriera siquiera una única cabra, pero resultaba un amplio sendero para Su rebaño; y que era más fácil que una cabra abriera una valla hecha de rejilla de hierro embistiéndola que que un hombre meramente instruido entrara por las Puertas de la Graduación. Lo habitual en las facultades del Campus Occidental era que los jóvenes más fuertes y ágiles de cada patio cuadrangular —generalmente, los vencedores de las competiciones atléticas que se organizaban a la vez que el Carnaval— se lanzaran contra el Torniquete, balando como ellos creían que era la manera caprina, mientras los nuevos inscritos y los espectadores los animaban y una figura vestida para representar al Decano de los Suspendidos trataba de impedirles el paso. Cuando todos los atletas habían fracasado, Miss Universidad les ofrecía una guirnalda de lirios y se los llevaba simbólicamente de la escena, con gran deleite del Decano de los Suspendidos; entonces, la Puerta Derecha y la Puerta Izquierda, enormes, se abrían, como si de la Rejilla de los Chivos se tratara, y mientras el Decano de los Suspendidos rechinaba los dientes fingiendo frustración, a la multitud de auténticos nuevos inscritos se le permitía entrar en la Conserjería que había justo a la entrada, junto al muro, y entonces comenzaban a asignarse las asignaturas que se impartirían en el período lectivo. Pocos de quienes participaban en estas festividades eran conscientes de cuál era su sentido original, del mismo modo que casi nadie sabía que la palabra *Carnaval* provenía del remusiano «adiós a la

carne» que precedía a cada periodo de ayuno o luto; la Prueba del Torniquete no era, para ellos, más que un entretenido juego que se organizaba al final de una semana de juerga, y para la mayor parte de los estudiantes era suficiente motivo de alegría conseguir presentarse tan temprano aquella mañana de viernes después de haber pasado de fiesta toda la noche del Jueves Libidinoso.

En los últimos tiempos, sin embargo, las tensiones de la Revuelta Silenciosa, el alarmante aumento de la delincuencia de los estudiantes y de las tasas de divorcio y algunos problemas tan exasperantes como el abarrotamiento de las aulas y los desechos de las pruebas de las ondas de COMER (que se afirmaba que contaminaban la atmósfera intelectual y producían, en cada período lectivo, un cierto número de mentes defectuosas), todos estos motivos de angustia le habían dado un nuevo sentido a los antiguos ritos, al menos desde el punto de vista de la Fraternidad Enoquista, que afirmaba que sólo un regreso a las enseñanzas del Nuevo Programa podía salvar a la Universidad de la autodestrucción y a la estudiantía del Suspenso Final. Muchos no enoquistas, aunque consideraban que esa Respuesta era inaceptable, estaban de acuerdo con que el problema era sumamente serio, y recordando la Cláusula de Spielman del programa menú del ORDACO, apelaron a un Gran Maestro que modificara la MIRA y proporcionara a la cultura del Campus Occidental contemporáneo una nueva dirección, un Nuevo Programa Revisado, como había hecho Enós Enoc durante Su período lectivo.

—A eso se refería Grrene hace un rato —dijo Max— cuando dijo que el bosque está lleno de Ggrandes Maestros en esta época del año. El Perríodo Lectivo de Prrimaverra es cuando los antiguos investigadores errantes y los catedrráticos andantes solían aparrecerr en el campus o llevarr a cabo sus ggrandes pproyectos.

Además, afirmó, el hecho de que yo eligiera, como por azar, este momento del año para encaminarme hacia el Gran Centro Comercial había sido lo que lo había convencido finalmente de la posibilidad de que tuviera algo de razón al reivindicar que era un Gran Maestro.

—¡Ah, Max! —lo interrumpí, llegados a ese punto—. Todavía no has podido creerme, ¿verdad?

Sufría por él y no por mí, y de un modo tan puro (los ojos se me llenaron de lágrimas de preocupación) que se conmovió y me dio un abrazo.

—¡Querrido Billy!

—George —lo corregí.

—Imagínate que de verrdad lo fuerras —murmuró intensamente, de un modo muy similar al de Peter Greene, y repitió la idea que ya me resultaba muy familiar, y muy irritante: que era imposible creer que una sucesión de acontecimientos tan sorprendentes pudiera ser fruto de la casualidad, y *sin embargo*... Lo que quería decir con ello era que yo ni hablaba ni actuaba granmaestrilmente, en su opinión, de modo que la «sucesión de acontecimientos» podía ser casual, al fin y al cabo, etc.—. Perro si no eres tú, no es nadie más de los que andan porr aquí —añadió, como a

regañadientes—, de ninguna manera. ¡Y por muy difícil que resulte creer en Grandes Maestros y en todas esas historias fantásticas, pienso en Stoker y pienso en Eblis Eierkopf y sé que nos vamos a comer los unos a los otros si nadie nos detiene!

Confesó entonces, excusando su brusquedad en la falta de tiempo y en su desinterés por los halagos, que ni por un instante albergaba la esperanza en que un «fantasma pasajero que visitara el campus» pudiera cambiar de un modo general la mente de la estudiantía; de hecho, se consideraba lo bastante anticuado como para considerar esa perspectiva tan deprimente como improbable. Tampoco, debía admitirlo con todo su cariño, me tenía por un gigante mental: me pidió que lo disculpara, pero en su juventud había conocido inteligencias prodigiosas, tanto en departamentos científicos como filosóficos, y eran distintas de la mía, todo dicho sin intención de ofender. La estudiantía, en su opinión, debía aprobar sus propios Exámenes y definir su propia Graduación, lo cual supondría un proceso lento y extremadamente doloroso, y las inteligencias sanguinarias como las de los bonifacistas de la Facultad de Sigfrido lo volvían más angustioso si cabe. Y sin embargo, a pesar de que en ocasiones daba la impresión de que los hombres no avanzaban en absoluto, sino que repetían, curso tras curso, los errores de sus predecesores, había dos hechos cruciales que representaban al mismo tiempo su esperanza y los límites de sus posibilidades, según él. Uno era su historicidad: el campus era joven, y la raza estudiantil lo era aun más, y teniendo en cuenta la totalidad del tiempo transcurrido, se podía decir que las grandes culturas universitarias habían nacido ayer. El otro tenía que ver con su ciclogía comparativa, un campo de especulación sistemática que no podía resumirme en ese momento, pero cuya relevancia está en la correspondencia que él encontraba entre la historia vital de los individuos y la historia de la estudiantía en general. Así como los embriólogos afirmaban que la ontogenia repite la filogenia, Max sostenía que la propia raza —y, a menor escala, la cultura del Campus Occidental— seguía de una manera demostrable —en mayúsculas, por decirlo de alguna manera, o a cámara lenta— las pautas vitales del más insignificante de los estudiantes de primer curso. Ésta era la base de la Ley de Spielman —«la ontogenia repite la cosmogenia»—, y había mucho más que decir sobre ella y sobre la ciencia de la ciclogía, de la que era el primer principio, pero por ahora, lo importante era que, según sus cálculos, el Campus Occidental se encontraba en la mitad de la adolescencia...

—Fíjate en qué hemos estado haciendo —me propuso, refiriéndose a las riñas políticas intercolegiales—; las facultades son niños mimados, y toda la Universidad es un bebé que no sabe razonar, ¿ja? De acuerdo, así fuimos todos alguna vez, también Enós Enoc. Y tenemos que admitir que la Universidad es un niño precoz. Si la historia de la vida en el campus no hubiera sido tan infantil, no podríamos esperar que alcance la madurez nunca.

La estudiantía ya había pasado, aseveró, de un estadio infantil desorganizado y pre-alfabetizado (del que Croador era un representante moderno, ya que nada desaparecía por completo nunca), a través de una primera infancia bastante brillante («... las antiguas Likeion, Remus, T'ang...») en la cual se había formado su carácter básico y un tanto contradictorio; había atravesado después un período de una fe ingenua en la autoridad paterna (hablaba, con estos términos, del fundadorismo temprano) y había sobrevivido a diversos intervalos críticos de desilusión, escepticismo, racionalismo, testarudez, autocrítica, violencia, desorientación, desesperación y otros estados similares, todos ellos característicos de la preadolescencia y la adolescencia, al menos en la forma en que éstas se manifestaban en el Campus Occidental. Yo incluso reconocía algunos de esos estadios en mi propio pasado reciente; de hecho, la descripción de Max del estado actual de la estudiantía del Campus Occidental me recordó, haciéndome sentir incómodo, mi estado de ánimo durante la etapa de la señora Pelocrema: caprichoso, en desacuerdo consigo mismo, perverso, difícil para la convivencia. Sus cismas, como la Revuelta Silenciosa ponía de manifiesto, se habían agravado y vuelto peligrosos por el acceso a un poder insólito —como cuando, a lo largo de unos pocos cursos, un chico se da cuenta de repente de que su cuerpo es ahora musculoso, de que su voz es grave, y es consciente de sus defectos y se siente orgulloso de sus virtudes, y es capaz de sentir amor y odio con verdadera fuerza... y se encuentra solo—. La esperanza que puede albergarse de que un adolescente tal alcance la madurez (por no hablar de la Graduación) sin destruirse a sí mismo era precisamente la esperanza de la Universidad.

—¿Qué hace que un niño salga adelante? —preguntó, levantando la mano con cuatro dedos—. Parra empezarr, una buena orrientación; un carrácter que sea más fuertrte que sus debilidades, y flexible; y algo de buena suerrte.

La *orientación* que proporcionaba la Universidad, continuó razonando, eran los documentos pedagógicos fundacionales como el Código Moisiano, el Pergamino del Fundador, los *Coloquios* de Enós Enoc, las *Acotaciones a Sajian*: por supuesto, nada de esto procedía del «exterior» —no había que abusar de la analogía—, sino que todo era obra de estudiantes individuales que habían ido madurando a lo largo de los cursos y se habían graduado; es decir, procedían del «interior», si yo quería verlo así. Eran las mejores Respuestas que la estudiantía había logrado concebir, habían aparecido en los estadios tempranos de su «crianza» e incluían una fuerte pero incoherente conciencia de la Universidad. El *carácter saludable* le parecía ser en parte resultado del azar y en parte producto de esta «educación temprana», y la *suerte*, en su opinión, implicaba la posibilidad de que sucedieran accidentes catastróficos: los adolescentes corrían riesgos y eran por naturaleza enérgicos e impulsivos; la Tercera Revuelta Intercampus podía tener lugar, después de todo, y la estudiantía podía COMERSE del mismo modo que un chico de secundaria podía delinquir o suicidarse, o morir en una carrera de motos.

—Entonces, ¿qué probabilidades hay? —preguntó también, de nuevo retóricamente, mientras iba de aquí para allá, cada vez con más vigor, ante el oscurecido Torniquete. Yo lo escuchaba con atención, porque aunque ya había oído muchas veces antes casi todo lo que me estaba diciendo —de hecho, tenía la impresión de haber estado oyéndolo toda la vida—, era como si, gracias a los acontecimientos de los últimos días, pudiera comprenderlo por primera vez—. Por George, creo que las probabilidades de *supervivencia* son bastante altas. Algunos chicos no superan la adolescencia, pero la mayoría sí.

Del mismo modo, continuó, la mayoría alcanzaba un nivel bastante bueno de adultez, aunque la Graduación, desde luego, era un asunto bien diferente, si es que existía tal cosa. La Universidad era un lugar muy grande: cuando los conferenciantes hablaban del Campus Occidental y del Campus del Este, o de la «naturaleza de la estudiantía», tendían a olvidar las curiosas facultades situadas en las esquinas más remotas de la Universidad, donde apenas estaba en germen la Revolución Informacionalista y la Investigación Aplicada. Es más, aunque se podía decir que las propias facultades tenían un nivel razonable de identidad y conciencia de sí, la Universidad como un todo recién estaba comenzando a moverse en esa dirección. Esto no significaba que su maduración tenía que ser tan lenta y dolorosa como la de una facultad: tendría su propia tasa de crecimiento, acelerada por la sofisticación de los patios cuadrangulares individuales, sobre todo si la rivalidad entre el Campus del Este y el Campus Occidental podía volverse menos negativa. Max pensaba que las posibilidades de que el Campus Occidental llegara a la madurez eran altas: en el pasado, la forma en que se comportaban las facultades entre sí había sido como de escuela primaria, o peor; pero había pruebas de que las revueltas tendían a limitarse y de que en las relaciones intercolegiales la acción política era cada vez más relevante. La perspectiva no era desesperada.

—Bah —dijo Max con seriedad—. La Universidad logrará salir adelante si conseguimos aliviar las peores tensiones y no comerlos todo. Por eso tú eres importante.

Lo más urgente era modificar la MIRA del ORDACO, una proeza que sólo podían realizar o bien el ORDACO por su propia «volición» o bien un Gran Maestro; es decir, alguien a quien el ORDACO reconociera como tal y admitiera en su Estómago sin COMERSELO. Y aunque Max no tenía ningún interés ni ninguna fe en otras cuestiones relacionadas con las capacidades de los Grandes Maestros, sabía lo bastante sobre la programación del ORDACO a ese respecto, y sobre las ideas de Eierkopf relativas al Proyecto Cum Laude, como para tener una concepción general sobre los prerequisites que el ordenador plantearía y que habría que satisfacer, y una estrategia general para hacer frente a la tarea que había por delante. La cuestión era que resultaba que yo era el objeto animado que más se aproximaba a satisfacer dichos prerequisites y, por lo tanto, el más apropiado para asumir el riesgo de cambiar la MIRA del ORDACO; en su opinión, cosas como tener un elevado coeficiente intelectual

o proponer nuevas Respuestas tenían tan poco que ver con mi función como con la de un atleta o la del líder de un escuadrón de revuelta: yo era el instrumento diseñado para llevar a cabo ese trabajo, nada más...

—No te enfades —me suplicó con firmeza—. Si hace falta algo más, entonces yo estoy en un error y la estudiantía se encuentra mejor de lo que creo. Si me he equivocado en el sentido contrario, a ti te van a COMER y yo me tiraré desde la Sala de la Torre. Pero tienes que inscribirte antes de poder hacer ninguna otra cosa, y no puedes registrarte de la manera habitual sin un documento de identidad y un montón de otras cosas que no tienes, incluyendo una mejor educación y algo con lo que pagar te la matrícula.

Me quedé estupefacto; se trataba de consideraciones que a mí nunca se me habían ocurrido. Pero Max me las quitó de la cabeza con la ayuda de Peter Greene, que se había acercado con las entradas y se había detenido a unos metros de distancia, sonriendo y guiñando el ojo, junto a Croador, que estaba de cuclillas.

—Así que nos tenemos que olvidar de las exigencias habituales —dijo Max, y añadió, bajando la voz—: Si estoy en lo cierto, lo que tienes que hacer mañana es pasar por el Torniquete y la Rejilla de los Chivos.

Lo miré, alarmado.

—Es parte de todo el tema del Gran Maestro —susurró—. Como la forma en que te encontró G. Herrold, que o ya te han comido o por alguna razón el ORRDACO no te comió. Ése fue el primer gran paso, y marcharte como te marchaste el otro día fue el segundo. Atravesar la Puerta Principal es el tercero.

Entonces me advirtió lo más claramente que pudo sobre lo que me aguardaba y cómo debía actuar.

—Tienes que venir aquí mañana por la mañana, antes de las seis —me dijo— y dejar que los demás traten todas las veces que quieran de pasar por el Torniquete. No lo conseguirán: no están llamados a conseguirlo. ¿Tu reloj funciona?

Me metí la mano por el cuello de la piel de vellón y saqué el cordón plateado; el reloj de la señora Pelocrema se había parado hacía algún tiempo, y yo temía que al mojarse en el Desfiladero de George se hubiera estropeado, pero comenzó a hacer tictac de inmediato en cuanto hice girar la tija un poco.

—Ponlo en horra cuando oigas el Reloj de la Torre —me aconsejó Max—. Y exactamente a las seis y cuatro minutos, mañana por la mañana, independientemente de lo que pase y de quién se interrponga en tu camino, acércate al Torniquete y a la Rejilla de los Chivos y entra.

La verdad es que no entendía nada.

—¿Que entre? —pregunté.

Max se encogió de hombros.

—No me preguntes por qué, pero es la única manera. Mantén los ojos bien abiertos, mira en todas direcciones, estate atento a quienquiera que esté haciendo

de Decano de los Suspendidos; podría ser un enemigo, si es que ha llegado a la Sala de la Torre el rumor de que tú podrías ser un auténtico Gran Maestro.

Me contó entonces que tenía motivos para creer que la supervisión de la ceremonia de la Prueba del Torniquete no estaba a cargo del ORDACO desde que él se había exiliado; esto era algo que se había propuesto durante el debate sobre la Cláusula de Spielman, y Max había visto, encima del Torniquete, lo que le pareció un artefacto de escaneo.

—Si no puedes pasar, no eres el indicado —afirmó—. Incluso si encontraras una forma de colarte por la Puerta Izquierda o por la Derecha, nunca te dejarían aproximarte al sótano de la Sala de la Torre, del mismo modo que nunca dejarían que un nikolayano leyera el Menú. Así que no permitas que nada te tiente ni te asuste; no escuches a nadie ni te detengas a recoger nada que se te pueda caer o perder. —Frunció el ceño y levantó un dedo—. No, espera: a lo mejor tienes que darle algo al guardia, no sé qué. Perro pierdas lo que pierdas, no vuelvas atrás para buscarlo: sigue adelante, y si consigues pasar, sea como sea, *puede* que seas el apropiado.

Entonces me dijo que cuando hubiera atravesado la Puerta Principal, tenía que dirigirme a la Conserjería, donde, si las cosas seguían haciéndose como antes, me encontraría con el rector en persona, Lucius Rexford, quien siempre dedicaba unas palabras a los nuevos inscritos. Con la fuerza que me daría haber superado la Prueba del Torniquete, tenía que anunciarle mi intención de entrar en la Sala de la Torre y cambiar la MIRA del ORDACO, cosa que para Max significaba sacar del Estómago del ordenador las cintas donde figuraba su «Dieta», que eran el alma, por decirlo de algún modo, de la Maquinaria de Implementación Radical Automática. El Senado, me advirtió, haría todo lo que pudiera para detenerme en nombre del almatritismo y del sentido común, al igual que el Departamento de Ciencias Militares, que era más peligroso (por actuar de un modo más subrepticio); lo que yo pretendía hacer era nada más y nada menos que provocar un «ayuno unilateral», y podía dar por hecho que en la mayor parte de los patios cuadrangulares me considerarían un agente del sindicalismo estudiantil o un loco. Mi misión, tal como la concebía Max, consistía en conseguir el suficiente apoyo de la estudiantía como para volverme un personaje tan formidable que los profesores-generales no podrían asesinarme y tan popular que el Senado no podría oponerse a mí; el mejor medio para lograr tal fin, tal vez el único, era exigir en la Conserjería mis derechos como Candidato fiable: es decir, una declaración del ORDACO donde figuraran los requisitos que debía cumplir para poder presentarme a los Finales, y, después, que me hicieran esos exámenes. Cuando el ORDACO o quien fuera me hubiera dado no un mero Certificado de Competencia en el Campo, sino uno de auténtico graduado aprobado, entonces tendía que demostrar mi granmaestría entrando en el Estómago del ORDACO; cuando saliera sin haber sido comido, si sucedía tal cosa, me encontraría en posición de solicitar que la Sala de la Torre me instruyera sobre cómo localizar y sacar las

cintas con la Dieta y cómo programar la MIRA del ORDACO hacia fines pacíficos, como cooperar con la Facultad de Nikolay y crear un gobierno supracolegial eficaz, un único gobierno para toda la Universidad.

Me sentí profundamente consternado: lo que en el establo me había parecido sólo una cuestión de valentía —como entrar en una habitación a oscuras y encender la luz, o rescatar a un cabrito de una jauría de perros—, ahora me parecía una tarea muy compleja y casi imposible de llevar a cabo.

—Pero ¿cómo voy a hacer eso? —grité—. ¡Y hablas como si ni siquiera fueras a estar a mi lado para aconsejarme!

—Espero poderr estarr, Georrgie —contestó con tristeza. Entonces su rostro se iluminó por un instante—. ¿Quién sabe si es posible o no? ¡Si las cosas no fuerran imposibles, no necesitaríamos Grrandes Maestros!

A continuación, señaló que cuando un hombre se encuentra en grave peligro —perseguido por un toro, por ejemplo, o arrastrado por una corriente traicionera—, no era raro que descubriera en sí mismo recursos extraordinarios, insospechados hasta entonces, gracias a los cuales lograba superar las adversidades. Para la estudiantía en general, desde su punto de vista, esos recursos eran aquellos individuos a quienes los hombres llamaban Grandes Maestros: adrenalina para el cuerpo estudiantil en peligro.

—Si pasas la Rejilla, encontrarrás el camino sin mi ayuda. Lo único que puedo hacerr yo es aconsejarrte de un modo generrral, porr haberr obserrvado cómo les fue a otros como tú en el pasado, y no sé si eso es útil. Mirra lo que pasó ayerr.

Sonrió con cierta tristeza, para hacerme saber que no me guardaba rencor, y nos unimos de nuevo a Croador y Peter Greene. A ellos, a su vez, se les había unido un enjuto caballero en quien reconocí al doctor Kennard Sear, que recordaba cordialmente a Greene, al que había tenido de paciente hacía algunos años. Parecían llevarse muy bien a pesar de la gran diferencia existente entre sus personalidades y al hecho de que su relación profesional no había sido provechosa. Greene había comprado una entrada más para el doctor y estaba dándole unas palmaditas en el hombro cuando nos acercamos a ellos.

—Mi querido George —murmuró Sear afablemente—. Me alegro de volverte a ver. Qué lástima que no esté aquí Hedwig; anoche le causaste una gran impresión.

Estreché la mano seca y delgada que me ofreció y entonces dejé de lado la aprensión que sentía por lo que debía hacer al día siguiente y me invadió el espíritu de camaradería general. El doctor Sear estaba encantado de ver una vez más a Max, ya que había sido uno de sus admiradores y defensores en el pasado, cuando tantos problemas había tenido.

—*Kennarrd Searr...* —Max frunció el ceño—. *Ja*, claro, el joven radiólogo que parrticipó en el Prroyecto Cum Laude. Pensaba que estaba del lado de Eierrkopf.

—¡No, por favor! —El doctor Sear cerró los ojos adoptando una delicada expresión de horror—. Es decir, estoy del lado de todo el mundo. *Tout comprendre*, esa clase de cosas. Es un aburrimiento terrible eso de tener que elegir de qué lado está

uno; no es mi estilo para nada. —Sonrió con gran cordialidad—. Pero ¿qué es todo eso que dicen sobre usted y aquí el joven George, todas esas tonterías sobre un Gran Maestro?

Aquel hombre tenía unos modales tan sofisticados, su forma de decir las cosas era tan elegante, que Max sonrió ante lo que, sin duda, le habría parecido un agravio si hubiera provenido de otra persona. Le aseguró al doctor Sear que aunque la edad y el exilio sin duda le habían pasado factura a sus facultades, sobre la cuestión de fundadores y graduaciones seguía teniendo el mismo escepticismo que había mostrado en el Senado. Aún más, afirmó, seguía tan decidido como siempre a actuar conforme a sus creencias, a diferencia de ciertos caballeros refinados y cultos que o bien carecían de ellas o bien las disimulaban extraordinariamente bien.

—Es usted demasiado severo —protestó suavemente el doctor Sear. Avanzábamos hacia el Anfiteatro—. Le aseguro que no puedo estar de acuerdo con las Respuestas de nadie, al menos con las que he oído hasta ahora, pero eso es culpa suya, por ser siempre medio ciertas. ¡Fundadorismo! ¡Afundadorismo! Mire aquí a Greene, con toda su cháchara sobre las excelencias pasadas de la Facultad de New Tammany y su filosofía de que pase lo que tenga que pasar. ¿No le parece que es una ingenuidad, una simpleza, eso de tener principios?

Greene relinchó alegremente y echó la cabeza hacia atrás unas cuantas veces.

—¡Se lo juro, no puedo con usted!

Le dio las entradas a un acomodador vestido de uniforme, a quien también le hizo saber lo interesante que le parecía que «esos teatrillos antiguos», de los que se habían copiado los de la Facultad de New Tammany, no tuvieran unas zonas reservadas para los negritos, aunque incluso un chico de campo como él sabía que en la edad de oro de la Facultad de Lykeion y de la de Remus se practicaba la esclavitud. Eso demostraba, opinó, los nobles pensamientos de aquellos tipos que nunca consideraban a nadie inferior sólo por no estar a su altura. Le dio unas palmadas en el pecho al acomodador a modo de felicitación, como si no sólo fuera un antiguo lykeioniense sino el mismísimo diseñador de los anfiteatros, y el tipo agradeció el homenaje con un gentil gruñido. Unos instantes más tarde nos encontramos ante los asientos, casi todos ya ocupados, y nos condujeron hacia donde se hallaban unos reservados para nosotros. Dejé de prestar atención a la cordial disputa entre Max y Sear sobre la diferencia entre las mentes sencillas, potentes y estrechas para centrarme en el oscuro escenario de piedra y en la bulliciosa multitud que nos rodeaba. Aunque conocía las elevadas cifras de matriculación de la facultad, nunca había apreciado las consecuencias de su tamaño, y como nos habíamos encontrado a un conocido por pura casualidad, me puse a inspeccionar al público con la esperanza de ver a Anastasia o incluso a la señora Pelocrema, a quien tenía la determinación de encontrar para resarcirla por mis malos modales, si es que todavía vivía en New Tammany. Pero no había ni rastro de ellas. Greene le compró a un vendedor que pasó a nuestro lado cinco cajas de palomitas, buena cosa, de las que nos comimos una cada

uno y Croador tres, ya que Max y el doctor Sear rehusaron. Este último, embelesado por las tallas de mi vara (que identificó como un ejemplo de primera calidad de talla mandibular del período transicional tardío de la tradición policariatídica de Frumencia Oriental, salvo por las *shelah-na-gigs* —que se hallaban muy excepcionalmente en las obras de los artistas mandibularios debido a restricciones derivadas de antiguos tabúes contra cierta clase de juegos sexuales preliminares orales heteroeróticos— y la ya concluida entalladura de la parra, que daba cuenta de un modo obvio de influencias procedentes de patios cuadrangulares lejanos, ya que tanto la vinicultura como la enología eran desconocidas en las «facultades» de Frumencia Oriental), le declaró a Max, soltando un suspiro, que al fin y al cabo a veces consideraba que aquellos que carecían por completo de conciencia de sí, como Croador, eran los únicos graduados auténticos «empleando el término de manera figurada, desde luego».

—¡Bah! —respondió Max, y Sear admitió de inmediato que en realidad no creía nada de eso, aunque por supuesto admiraba la espontaneidad y la inocencia de los animales por encima de cualquier cualidad humana, a pesar del desprecio que sentía por ellos.

—¿Quién está más cerca del aprobado? —Con un lánguido movimiento de la mano, nos incluyó a Croador, a Peter Greene y a mí—. ¿Ellos o nosotros?

Me pareció una pregunta poco adecuada, ya que no sólo presuponía la evidente similitud entre los dos profesores, sino también que nosotros, los comedores de palomitas, teníamos algo significativo en común. Pero lo dejé correr, tanto porque Max la cuestionó al instante como porque una fotografía del Sajian Vivo y su séquito, en un periódico tirado cerca de mis pies, atrajo mi mirada.

—Bah, la inocencia —dijo Max.

—¡Estoy de acuerdo, estoy de acuerdo! —protestó Sear—. Pero es tan adorable, de todos modos. Bueno, está bien, no lo es, pero es lo que nos parece a nosotros, los post-preescuelistas. Supongo que *nosotros* somos los inocentes cuando decimos que tremendos granujas bobalicones como aquí Greene son inocentes.

Greene guiñó el ojo por encima de un puñado de palomitas.

—Diga lo que quiera.

Volvió a impresionarme la extraña combinación de sus distintas actitudes; «Estoy bien», afirmaba su guiño, pero con tanta súplica como convicción.

—La inocencia, bah —dijo Max.

—No podría estar más de acuerdo —dijo, asintiendo, el doctor Sear—. Incluso diré más: la inocencia es ignorancia; la ignorancia es ilusión; y la Graduación, aunque sin duda es una metáfora, no es ilusión. La Graduación es para los desilusionados, no para los inocentes.

En este punto la filosofía de Max se apartaba de la del doctor (quien, como me enteraría con el tiempo, había pasado de los campos de la radiología y la patología general al de la psiquiatría, aunque, al igual que Max, era un entendido en una gran

cantidad de áreas más allá de su profesión), ya que él consideraba que la misma idea de la Graduación era una ilusión inocente.

—Quiero decir ignorantes, pero no inofensivos —añadió, de un modo mucho más cercano al Max que me había criado que al señor con quien me había encontrado en la bifurcación en la carretera el día anterior. Yo conocía de memoria su vieja condena a cualquier Respuesta que apartara a la estudiantía del trabajo realista para hacer frente a los defectos de la vida en el campus; y aunque sentía curiosidad por saber cómo podía conciliar ese punto de vista con su aceptación de mi condición de Gran Maestro, mayor aún era mi interés por examinar la portada de *La voz de la Sala de la Torre*. La fotografía representaba al Sajian Vivo sentado en el césped al lado del gigantesco tronco de un olmo, tal vez en el Gran Centro Comercial, con sus socios a su alrededor, tal como lo había visto por última vez en la playa del Desfiladero de George; tenía las palmas de las manos apretadas una contra la otra, los ojos cerrados y los labios ligeramente curvados hacia arriba en las comisuras, como si sintiera una mezcla de diversión y placidez ante la multitud de fotógrafos y viandantes curiosos que lo rodeaban. El pie de foto decía EL SAJIAN VIVO MEDITANDO EN EL RECINTO FERIALE e iba seguido por un breve relato de cómo sus pupilos lo habían rescatado de los sindicalistas estudiantiles del Campus del Este, una huida a la que él no se había opuesto, aunque tampoco la había deseado; cómo ni buscaba ni rehuía la publicidad, sino que entraba en trances meditativos cuando le parecía apropiado, independientemente del momento, del lugar y de la compañía. El resto de la página estaba dedicado a noticias colegiales e intercolegiales: EL COMITÉ POR LA SEGURIDAD ADVIERTE QUE LAS MUERTES EN CARRETERA SUPERAN EL RÉCORD DEL CARNAVAL; REXFORD ANUNCIA NUEVAS PRUEBAS PARA COMER ANTE EL CONSEJO UNIVERSITARIO; AUMENTA LA TENSIÓN JUNTO AL TENDIDO ELÉCTRICO; MILES DE MUERTOS POR LAS REVUELTAS INTERNAS EN FRUMENCIA; SE EXTIENDE LA HAMBRUNA POR T'ANG; CONTINÚAN LAS INUNDACIONES POR SIDDHARTA; LA TASA DE VIOLACIONES EN LA UNIVERSIDAD DE NEW TAMMANY SUBE CUATRO PUNTOS. El tiempo se anunciaba bueno para la última noche del Carnaval así como para las ceremonias de matriculación y asignación de empleos del día siguiente, y por este motivo el Departamento de Meteorología recordaba encarecidamente a toda la estudiantía que se abstuviera de mirar directamente al sol durante el eclipse anular pronosticado para poco después del amanecer.

—Respeto su postura sobre los aspectos *sociales* de la cuestión de la Graduación —le estaba diciendo el doctor Sear a Max—, pero no sobre el fenómeno de la Graduación personal. Un buen médico terapeuta puede valer más que cien profesores de Enoquismo, como usted dice; pero un auténtico Gran Maestro vale más que todos los médicos terapeutas habidos y por haber.

Max negó con la cabeza.

—Entonces, ¿usted cree en la Graduación y en los Grandes Maestros, señor? —le pregunté, lo cual lo sorprendió bastante pero lo satisfizo más.

—Por supuesto que sí —dijo, sonriendo—. Si te refieres a si creo que *existen*, por supuesto que sí. Pero me refiero a algo muy especial con esos términos, a algo que no tiene nada que ver con los Fundadores ni con los Decanos de los Suspendidos. Incluso el doctor Spielman está de acuerdo con que son verdaderos héroes, y con que tienen una función muy útil. ¿Por qué, si no, contaría contigo para este pintoresco proyecto que tiene?

Max repuso que en su opinión los héroes eran una cosa —incluso los Grandes Maestros, a quienes consideraba meramente una variedad particular de héroes— y la Graduación era otra.

—Lo que yo creo, algunos hombres nacen con un talento natural para la función de héroes; no son más milagrosos que los grandes violinistas. Es una cosa neutra: algunos son pelirrojos, algunos son jorrobados, algunos son héroes.

Y lo que todo el mundo tenía que hacer por su propio bien, continuó, que podía ser más o menos dependiendo de la personalidad de cada uno, los Grandes Maestros lo hacían por todo el cuerpo estudiantil.

—Todas las facultades necesitan, de vez en cuando, un hombre que vaya hasta lo más profundo de las cosas y nos ayude a dar un gran paso. Eso es lo que George tiene que hacer con el ORRDACO, si puede.

En cuanto a la Graduación, si Sear se refería con ese término simplemente a la madurez emocional e intelectual que en general llega tras las duras pruebas de la adolescencia, se trate de un estudiante en concreto o de toda una facultad, Max estaba dispuesto a afirmar su existencia; de hecho, la teoría psicológica estaba fundada en correspondencias como la que hay entre el día celeste y el psíquico, entre las estaciones del año, los estadios de la vida cotidiana humana, el crecimiento y el declive de las facultades, la evolución y la historia de la estudiantía en su conjunto, el destino final de la Universidad y lo que quisiéramos. El ritmo de todas estas cosas se repetía literal y emblemáticamente en la vida del héroe, cuya importante pero prosaica función, para Max, era ayudar a una facultad a crecer o a salir de algún embrollo en particular: pero más allá de eso, lo negaba todo. Y si había una diferencia entre los Grandes Maestros y otras clases de héroes, era que los hombres como Mayos, Enós Enoc y el Sajian original enseñaban a los estudiantes cómo comportarse más decentemente unos con otros, mientras que los héroes como Anquísides y Laértides evitaban que sus compañeros de clase sufrieran un daño inmediato, bien asesinando a determinados monstruos, bien reubicando a grupos de estudiantes que estuvieran refugiados y en peligro de extinción. De mí no pensaba que estuviera *destinado* a salvar a la estudiantía de ser comida, pero sí que muy probablemente estuviera *diseñado* para tal misión, como alguien podría decir que un hombre está diseñado para jugar al tenis a un nivel de élite sin que eso suponga ni la existencia de un diseñador ni que el hombre en cuestión vaya a coger una raqueta alguna vez en su vida. Si yo quería pensar que era un Gran Maestro, eso era cosa mía; Max no se metería en cuestiones tan nimias. Pero si Sear o yo o cualquiera sosteníamos que en

los héroes o en la Graduación había algo que iba más lejos que su poco glamurosa definición —algo *mágico* o *trascendente*—, entonces debíamos disculparlo, porque no tenía paciencia con conceptos como esos.

—¡Lo disculpamos totalmente! —afirmó el doctor Sear con una sonrisa cordial—. ¿Verdad, George?

Confesé que no estaba seguro de comprender lo que quería decir Max, y que en cualquier caso consideraba que comprender mi misión no me parecía tan importante como llevarla a cabo, y que ahora debía pasar por la Rejilla de los Chivos y después hacer lo que había venido a hacer en el campus: aprobar a todos o suspender a todos. Ambos parecieron satisfechos con esta respuesta, y por suerte no me pidieron ninguna explicación sobre ese oscuro mandato, esa frase hecha que figuraba en mi carné; yo no hubiera podido dársela. El anfiteatro ya estaba bastante lleno y la luz de los focos se volvió más tenue. La gente guardaba silencio y tosía. El doctor Sear bajó su voz seca para recordarle a Max que de las enseñanzas de Sajian, por ejemplo, tal vez nada o tal vez sólo una pequeña parte tenía que ver con las relaciones interpersonales o con el bienestar general de la estudiantía, salvo de un modo indirecto, y que aunque era incuestionable que Anquísides y Moise habían guiado a sus seguidores hacia un mundo nuevo y mejor, Laértides había sido el único superviviente de una expedición que no había beneficiado a nadie (ni siquiera el gigante al que dejó ciego suponía un peligro público, ya que vivía muy lejos de los patios cuadrangulares habitados), y entre los héroes más primitivos de las antiguas tradiciones orales era en un mayor número de casos la regla que la excepción que sus hazañas no aprovechaban a nadie más que a ellos mismos. Pero sin duda, protestó, Max sabía todo eso mejor que él, y seguro que tenía en la cabeza la diferencia entre los héroes *prácticos* y los héroes *emblemáticos*; los primeros eran quienes, en la realidad o en la ficción, prestaban algún servicio extraordinario a la estudiantía, y entre los últimos se contaban aquellos cuyas carreras eran meramente representaciones épicas del ciclo de la vida cotidiana, o de la rutina psíquica diaria, o de lo que fuera: una metáfora dramática, si nos parecía bien el término.

—¿Y *usted* qué piensa que son la Graduación y la calidad de Gran Maestro? —le pregunté en un susurro—. Tienen que ser cosas reales, o si no, yo no las desearía tanto.

Él sonrió ante mi razonamiento.

—Me imagino que las desearías en cualquier caso. El deseo de llegar a ser un graduado es bastante normal en gente joven, aunque en adultos es una neurosis, la mitad de las veces. Y las ganas de ser un Gran Tutor siempre son neuróticas, ¿no te parece?

—*Neurrótico* significa que algo está mal en la cabeza —me explicó Max, dándose unos golpecitos en la sien y observándome con interés.

—Bueno, y ¿qué pasa con la persona que realmente es un Gran Maestro? —pregunté.

Peter Greene me dio una palmada en la rodilla.

—¡Bravo, George! ¡Que no se diga!

Había estado leyendo las páginas de deportes y las tiras cómicas del periódico, y ahora se unió a la conversación sólo porque las luces ya eran demasiado tenues como para seguir leyendo.

—Bueno —afirmó Sear, que parecía estar de excelente humor—, necesariamente está un poco loco, mi querido niño. Enós Enoc, Anquísides, todos esos héroes y Grandes Maestros... Son unos locos encantadores, desde luego. Unos locos impresionantes. Pero están locos.

Yo me sentí muy incómodo al oír este comentario debido a las circunstancias en que había transcurrido mi infancia y al estado en que había quedado G. Herrold tras rescatarme del elevador de cintas. Pero quince tipos vestidos con unas túnicas de algodón blanco, botas altas y máscaras habían aparecido sobre el escenario, y como en cualquier caso no tenía ni idea de qué contestar, les presté toda mi atención, aunque me quedé un tanto perturbado. Llevaban en la mano unas ramas llenas de hojas y se sentaron diseminados sobre tres largos escalones que había en la parte delantera del escenario.

—Por favor, no te ofendas —me susurró el doctor Sear—. ¿Quién no preferiría estar loco como Enós Enoc en lugar de cuerdo como el doctor Spielman y yo? Además, hay otra clase de héroe que no hemos mencionado: el héroe *trágico*. —Sus palabras no me consolaron nada. Entonces añadió, dirigiéndose a Max—: Con el Proyecto Cum Laude al final tampoco lograron lo que querían, cuando Eierkopf nos puso a todos a trabajar en ese suspendido GILES. Pero si quiere saber mi opinión, los únicos héroes cuerdos son los héroes trágicos.

Volvió entonces la cabeza delgada y elegante hacia el escenario, donde ahora un hombre más alto que los demás, con una expresión de sumo dolor en su máscara, había surgido de una puerta central que había al fondo para acercarse a los que estaban sentados.

—Éste es el mejor ejemplo que hay —me dijo el doctor Sear en un susurro—: *El decano Zambo*.

4. LA TRAGEDIA DEL DECANO ZAMBO

Como ya sabéis, es Zambo mi nombre,
y no se os escapa: no soy cualquier hombre.
Yo de Cadmo soy el famoso decano
y vosotros sois el material humano
(jefes de departamento, los mejores)
que el año pasado nombré evaluadores
de nuestra reciente postura académica
—que es, ya lo sabéis, un poco polémica—.
Y ahora en persona, como podéis ver,
vengo hasta vosotros; ansío saber
qué estaréis pensando, si es que algo pensáis,
y por qué ahí ahora instalados estáis
como en asamblea, ante el Decanato,
mano sobre mano desde hace un buen rato.
Tú, el más cercano a la jubilación,
habla sin temor y sin adulación.
Eres director del grupo de Oratoria;
contéstame rauda: ¿de qué va esta historia?

—Una traducción moderna —comentó Max—. Me repugna.

Pero el doctor Sear afirmó que las traducciones idiomáticas de los clásicos estaban muy de moda en la facultad, y que aunque estaba de acuerdo con que la modernización a veces iba demasiado lejos, aprobaba el principio general. Yo observé que algunos finales de verso parecían rimar por parejas.

—Se llama pareado heroico —me explicó el doctor Sear—. No tiene nada de moderno.

—Ah.

Entonces, un tipo bastante mayor, no muy distinto de Max, con barba y túnica blancas, habló en nombre de los allí congregados.

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

Ejem. Decano Zambo, ante tantos colegas,
supone un gran orgullo lo que tú en mí delegas.

Y si de este postrero comité tú bien oyes
los consejos urgentes que se te...

ZAMBO:

¡No te enrolles!

Tengo muy poco tiempo: comisiones, comida
con seis vicedecanos y luego una aburrida
tarde con mil reuniones. Ve, pues, directo al grano.

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

[*Aparte*] El tipejo ya no respeta ni a un anciano.

[*A Zambo*] Iré al grano, entendido. Aquí en este informe

figuran varios datos: nos ha quedado enorme, completo, sin adornos, muy directo, muy claro.

ZAMBO:

[Aparte] Sin duda estará escrito en un estilo raro.

De todos los maestros de Oratoria que he hallado en Cadmo y otros sitios donde clases he dado, ni uno era capaz de hablar claro y directo.

[Al Presidente del comité] Resúmemelo ya, y sé muy circunspecto.

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

[Aparte] Pasamos dos semanas dedicados al puto informe y él no quiere dedicarle un minuto.

[A Zambo] Decano, así lo haré. Voy a saltarme, pues, el análisis de cuál el problema es, y dejaré de lado unas cuantas falacias que sustentan algunas de las ineficacias de nuestra institución, y así, quien me releve... mas tienen su interés. Para ser aun más breve tendré que prescindir de la peroración —aunque era emocionante, repleta de pasión— y leeré, por tanto, el resumen final, escrito en un estilo tan simple y natural como es el post-filípico cortesano y oral...

ZAMBO:

¡No! No me leas eso, que yo aquí te prometo que habré de emocionarme, mas guárdame el secreto, lo mismo que si me resumes el trabajo.

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

¿Que quieres un resumen? Nos vamos al carajo.

ZAMBO:

¿Has dicho que al carajo?

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

Sí. No vemos salida.

¿Quieres que diga más?

ZAMBO:

¡No habrá quién te lo impida!

Pero el post-filípico de emplear abstente.

Dilo sin rodeos y muy claramente.

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

[Lee la última página del informe]

Tema: Nuestras frutas mueren en la vid.

ZAMBO:

¿No habrán los botánicos urdido un ardid?

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

Dice Agronomía, en un comunicado,
que será escasísimo lo recolectado
digas lo que digas, hagas lo que hagas,
debido al calor y al exceso de plagas.

Tema: Nuestras vacas enfermas se encuentran
y sufren, padecen, transpiran y merman
en número. Se dice que así está la cosa:
diezmadas a causa de la fiebre aftosa.

—¡Es espantoso! —dije, agarrando con fuerza a Max por el brazo.

—Bueno —suspiró el doctor Sear—. Por lo menos las entradas nos han salido gratis.

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

¿Te das cuenta, decano, de lo que implica eso?
Nos faltará la carne, y la leche, y el queso.

ZAMBO:

¡Lo entiendo!

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

Implica que muy pronto moriremos
desnutridos; o enfermos, si con calma leemos
el informe secreto, censurado y muy corto
de los epidemiólogos. Otro tema: el aborto,
espontáneo o causado, se vuelve más frecuente
al igual que todo eso que antes no era corriente:
asesinatos, robos, engaños, violaciones,
divorcios y maltratos, revueltas y extorsiones.
Ya no quedan valores, la inflación ha subido,
la legitimidad del todo hemos perdido,
y lo peor de todo: estando así las cosas,
puede ser que se pierdan también nuestras esposas.
Hambrunas, muertes súbitas, estafas y peleas,
infecciones y sífilis, herpes y gonorreas:
la verdad es, decano, lo puedes ver tú mismo,
que Cadmo se halla justo al borde del abismo.

ZAMBO:

¿Más novedades?

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

Bueno, lo más interesante

es que consideramos que, aunque eres muy brillante, no eres el Fundador; y aunque tu inteligencia aguda sea no es infalible tu ciencia: nada de esto ha de herirte, no te ofendas en vano, pero es que a fin de cuentas, no eres más que un decano, y joven, además, en años si no en alma.

ZAMBO:

[Aparte] Va a lograr este imbécil que yo pierda la calma. Le rescindo el contrato, anulo su pensión, ¡lo juro!

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

Oye, decano, con máxima atención. Lo que estamos diciendo es que ya que conseguiste sacarnos de las garras del femenino y triste monstruo que mora, eterno, en la puerta de entrada, que nos pone acertijos y nos devora cada vez que suspensos somos; ya que, amado decano, pudiste, sin ayuda, aquel día lejano librarnos de su cruel y malévolamente presencia, está claro que tú tienes cierta influencia con los poderes fácticos de la que carecemos los demás. No, nosotros para nada creemos que fuera por sapiencia ni por alta instrucción (hay hombres aquí en Cadmo de más erudición), sino, sencillamente, por tus buenos contactos. Luego, en las elecciones, hiciste algunos pactos, ganaste el decanato de Cadmo y tu esposa, la viuda del decano anterior...

ZAMBO:

¡La prensa rosa nunca me ha interesado! Ya conozco la historia mucho mejor que tú; me la sé de memoria.

—Yo no la conocía —me susurró Greene al oído—. Me alegro de que el viejo nos la haya contado.

—¡Chitón! —dijo alguien detrás de nosotros.

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

[Aparte] La cuenta de memoria, y con mucha frecuencia.
[A Zambo] Esperamos, decano, que de la decadencia

salve a la facultad con alguna artimaña
como aquella que usó aquella vez, y si se apaña
y consigues librarnos otra vez de la muerte,
oh Decano inmortal, tendremos mucha suerte
de contar con sus artes, y esto no es ditirambo:
es lo que hemos venido a revelar, Zambo.

ZAMBO:

[Aparte]

¡Revelarme, bien dicho, pues es muy fino el velo!
La amenaza está clara; no ha lugar a consuelo:
como decano, dicen, tengo una pobre nota
y debo renunciar.

[Al Presidente del comité]

¡Mírame a mí, idiota!

—¡«Idiota»! —exclamó Greene—. ¡Ahí se ha pasado un poco!

ZAMBO:

Todos habéis estado rascándoos las bolas
mientras yo trabajaba, diligente y a solas.
Hete aquí que aparece, por azar, mi cuñado,
a quien hace unos días apenas he enviado
con óptimo criterio e inmensa previsión
a cumplir, en mi nombre, la difícil misión
de observar desde cerca todo lo que ocurría
para después al profesor de Profecía
—que trabaja, incansable, con firmeza y valor
en un remoto auditorio del Fundador—
convocar formalmente y pedirle consejo,
impidiendo, con ello, que ese pícaro viejo
ponga en el cielo el grito cuando al fin lo despida
por inútil y pillo. En fin, así es la vida.

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

[Aparte, al comité]

¡Con todos los que somos, mirad a quién elige
como su embajador! Oíd bien, ya os lo dije,
la política crea compañeros de cama
muy extraños. Pues bien, ahora, y al cielo clama,
tenemos que fingir que nos ha impresionado
la boba decisión que este bobo ha tomado.
No porque sea sensato o tenga perspicacia,

sino por sus contactos, de probada eficacia.

[Al Cuñado]

¡Que el sol te sea propicio, dé luz a tu cabeza,
florezcan tus ideas, salud, oh, cuñadeza!

—¿Esa rima está bien? —le pregunté de inmediato al doctor Sear.

Él prometió tratar el tema conmigo más tarde, y me instó a que prestara atención a la importante exposición que iba a tener lugar sobre el escenario, donde Zambo había saludado a su pariente, que tan oportunamente había llegado, y le había preguntado qué había dicho el profesor de Profecía.

CUÑADO:

¿Te lo digo ahora mismo?

ZAMBO:

¡Claro!

CUÑADO:

¿Lo digo aquí?

¿Ahora?

ZAMBO:

No hay elección.

A pesar de que sí,
temo malas noticias, por mi reputación,
creada para mí por los de Información
(que el cáncer se los lleve, y también sus encuestas):

«El decano que siempre buscará las Respuestas».

¡Suspendido sea el día en que inventaron eso!

Pero ahora, por desgracia, de ese lema estoy preso.

Cuéntame cómo están las cosas por ahí
y si hay algún consejo del profe para mí.

CUÑADO:

Colega, voy a darte noticias impactantes.

ZAMBO:

Más te vale; tus gastos han sido espeluznantes.

CUÑADO:

No pienso repetir del profe literales
las palabras, mas sabe que afirmó que los males
que padecemos tienen un solo responsable:

ZAMBO:

[Aparte] ¡Qué típico de ellos! Siempre identificable,
su retórica. *[Al Cuñado]*

Sigue, no te pares ahora.

CUÑADO:

Hay un hombre a quien debes despedir sin demora.
Está haciendo más daño del que el monstruo hizo nunca.
Si no pones remedio, la facul será trunca.

ZAMBO:

¡Todo profeta siempre contra cualquiera brama
si no le cae bien! Dime cómo se llama
ese pobre infeliz que a Cadmo envenena.
Lo echaré si he de hacerlo.

CUÑADO:

Lo siento. Es una pena
pero el profe no pudo visualizar su jeta
ni adivinar su nombre.

ZAMBO:

¡Joder! ¡Vaya profeta!
Ojalá ese farsante confesara algún día
y admitiera que nunca acertó una profecía.

CUÑADO:

Decano, ésa no es forma de hablar del adivino.
Con el nombre del sucio perro no estuvo fino,
pero dejó bien claro a quién hay que expulsar
de Cadmo.

ZAMBO:

Dilo ya y lo mandaré apresar.

CUÑADO:

Al que mató a Labdáquides, nuestro antiguo decano,
que estuvo justo antes que tú, querido hermano.

ZAMBO:

Ése era el nombre, cierto, de mi predecesor.
No publicó ni un breve ensayo, pero por
algún motivo extraño habla de él Agenora,
su amada esposa a quien convertí en mi señora.

CUÑADO:

Eso yo ya lo sé.

ZAMBO:

Pero no me he tomado
la molestia de ver cómo había palmado.

CUÑADO:

Sí, me di cuenta.

ZAMBO:

Genial. Pero si el miserable

que acabó con el viejo todavía es hallable
y aún causa problemas, haré que sea hallado,
y no tendré piedad con ese desgraciado.

[Al Presidente del comité]

Lo nombro en este instante presidente interino
para hallar de Labdáquides al presunto asesino.

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

Muchas gracias.

ZAMBO:

Los demás, por favor, quédense
y sigan como miembros en este comité.

[Al Cuñado]

¿Cómo murió, y cuándo? En septiembre hará nueve
años ya, creo, ¿o diez? Todavía me conmueve,
el recuerdo. Labdáquides era pariente mío.

ZAMBO:

¡Tú eres de todo el mundo nieto, cuñado o tío!

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

[Aparte] De todo el mundo no, pues sólo a los decanos
y esposas de decanos llama primos y hermanos.

CUÑADO:

En fin; en cualquier caso, lo habían invitado
a un simposio importante, y él estaba encantado:
le apasionaba hablar en lugares distantes,
comer y beber gratis y ver nuevos semblantes;
independientemente del tema del congreso,
por muy largo que fuera el viaje, si el ingreso
era alto, allá iba.

ZAMBO:

No me parece extraño.

Eso va con el cargo; yo lo hago cada año.
¿Entonces partió solo? Sé breve, por favor.

CUÑADO:

No iba solo. Llevó del carro un conductor,
a su fiel secretaria —pedazo de bombón,
por cierto—, a su ayudante, que lo ayuda un montón,
de relaciones públicas también llevó a un buen guía,
y también al que los discursos le escribía.

Cinco hombres y la chica y, menos uno, todos
fueron asesinados.

ZAMBO:

Vinieron estos lodos
de aquellos polvos, casi podríamos decir.
Y dime, ¿fue la chica, como creo intuir
la que pudo librarse?

CUÑADO:

Ojalá hubiera sido
ella, y no el ayudante, la que hubiera salido
con vida. ¡No imaginas las curvas que tenía!

ZAMBO:

Bueno, bueno, olvidémosla. ¿Te encontraste algún día
con aquel ayudante que consiguió escapar?

CUÑADO:

Así fue. Y el cobarde sólo pudo explicar
que deseaba que nunca lo hubieran ascendido;
antes era pastor, y afirmó compungido
detestar el mundillo del academicismo.
Carecía de estómago para tanto esnobismo...

ZAMBO:

¡Que suspendido sea su estómago! ¿Fue tal
vez un asalto, o un crimen pasional,
o un mero asesinato lo que tuvo lugar?
¿Por qué nadie se puso los hechos a aclarar?
El ayudante pudo causar el mal terrible.

CUÑADO:

Lo dudo. Le advertimos: la mentira es punible
en casos como éste, si descubierta fuera.
Él nos juró que lo único que sabía era
que era un grupo de bribones el culpable del hecho.

ZAMBO:

¿Un grupo de bribones? ¿Para qué? ¿Qué provecho
pensaban obtener liquidando a un decano?

CUÑADO:

Ojalá hubiera habido más tiempo, más temprano
hubiera comenzado el interrogatorio.
Pero el pastor, cual rayo, salió del dormitorio
y huyó hacia el establo de Cadmo más remoto.
Dispuestos nos hallábamos para ir hasta ese ignoto
emplazamiento cuando del monstruo la cuestión
se planteó abruptamente, reclamando atención.
Dejamos, pues, el resto de problemas de lado
hasta que tu llegaste. Bien, ya estás enterado.

ZAMBO:

¡Bueno, pues aquí estamos, con nuevos acertijos!
Uno hace profecías, del comité los pijos
pierden el tiempo, todos se quejan y protestan
y parece que yo —poca ayuda me prestan—
debo resolver un caso de asesinato
de hace ya nueve años. ¡Qué bien! Hace ya un rato
que cerrado quedó y sin pruebas ni ayuda...
El pastor ya habrá muerto, de eso no tengo duda,
o, si no muerto se halla, seguro que ha olvidado
lo poco que haya visto. *[Aparte]* Oh, Fundador amado,
suspende ya esta imagen de la que me hallo preso:
la imagen que me han puesto, de supremo sabueso:
¡El decano que siempre buscará la verdad!
Suspende ya esta imagen cuanto antes, sin piedad.
[Al Presidente del comité y al Cuñado]
Vale, vale, veremos qué es lo que puedo hacer
para salvar la facul cumpliendo mi deber.
Saber que hay en el campus alguien a quien le gusta
matar a los decanos, francamente, me asusta
(y no mencionaré a las guapas secretarias,
de las que no sólo una tengo yo, sino varias).
Lo imprescindible ahora es demostrar prudencia,
pero también firmeza. Daré audiencia
a todos aquí, juntos: alumnos y docentes.
¡Encontraré al culpable o me arrancaré los dientes!

Todos aplaudimos esta decisión, todos salvo Croador, que estaba profundamente dormido, y Max, que consideraba que la traducción era deficiente. El doctor Sear elogió con especial énfasis la declaración de Zambo, aunque afirmó que en su opinión, su atractivo procedía del hecho de que era precisamente esa elevada promesa lo que supondría la perdición para el decano, como dictaban las leyes de la tragedia. Zambo y su cuñado abandonaron el escenario por la puerta del decanato y el comité de jefes de departamento se dispersaron en todas direcciones, pero volvieron a juntarse un momento después, formando una fila frente a nosotros, justo cuando me disponía a pedir algo más de información sobre las leyes de la tragedia, desconocidas para mí.

—Esto es el *párodos* —me susurró Sear—. Cantan y bailan.

Como había oído hablar del baile, aunque nunca había visto uno salvo en la Sala de Estar de Stoker, observé con interés la fila de los miembros del comité. Primero

dieron un paso a un lado, al unísono, entonando una especie de canto litúrgico y dando un paso en cada pulso acentuado.

Oh, Fundador de sapiencia infinita,
que para ver gafas no necesita;
al campus has dejado
bastante acojonado
con esta última y cruel sorpresita.

Entonces dieron unos pasos hacia atrás, bailando hasta recuperar sus posiciones originales al final de una estrofa de la misma longitud que la primera:

A ti venimos buscando sapiencia
porque en verdad es inmensa tu ciencia.
Ya nos has rescatado
del monstruo abominado.
Por caridad, pedimos reincidencia.

Sear dijo que estos bailes se llamaban estrofas y antistrofas, y justificó la torpeza de los versos del comité arguyendo que probablemente sólo uno de sus miembros pertenecería al Departamento de Lengua y Literatura. Entonces cantaron otro par de estrofas:

ESTROFA 2:

Cadmo se encuentra a punto de cerrar:
mucho ha aumentado el fracaso escolar,
matrículas costosas,
clases muy revoltosas
y la gente está puesta en protestar.

ANTISTROFA 2:

La moral hace tiempo se ha olvidado;
cualquier preadolescente ahora va armado;
y cuando ligan dos hacen cosas que nos—
otros jamás hubiéramos soñado.

—¿A qué creen que se refieren? —preguntó Peter Greene, pero nadie le contestó. La queja del comité conmovió enormemente al público; mucha gente asentía entre murmullos o se sonaba la nariz con pañuelos de papel.

ESTROFA 3:

Toda clase de males nos aqueja;
Suspéndenos o apruébanos, mas deja
que busquemos tu abrigo
frente al cruel enemigo

que en su empeño de destrucción no cesa.

Durante esta estrofa, el baile fue hacia atrás, y en la antistrofa final el comité marchó hacia delante, alzando la voz triunfalmente por encima del estallido de aplausos que les brindaba el público.

ANTISTROFA 3:

El enemigo es fuerte y perspicaz
y nosotros idiotas. Satisfaz,
Fundador, te rogamos,
nuestro deseo. ¡Vamos,
suspéndelo y vivamos siempre en paz!

La reacción ante esta última súplica fue tan encendida que aunque Zambo reapareció por la puerta del decanato a tiempo para escucharla, y levantó la mano pidiendo silencio, pasó algún tiempo hasta que logró hacerse oír.

—Histerrria conservadora —masculló Max—. Siempre conduce a la persecución.

—Ahora viene el primer *episodio* —me susurró Sear.

El público al fin se quedó en silencio.

ZAMBO:

No sirve para nada llorarle al Fundador.
Usemos el cerebro. Siempre será mejor
y también más fiable.

—Con eso estoy de acuerdo —dijo Max.

ZAMBO:

Oíd: a mi entender
la forma más segura que hay para coger
el pez que perseguimos es que no quede duda
de que cualquiera que tenga pistas y acuda
no debe temer nada. No le preguntaremos
por qué no dijo nada ni lo castigaremos,
así que nadie tema. Pero por otro lado,
si algún profe o alumno estuviera enterado
de quién asesinó al marido de Agenora,
mi esposa bienamada, más vale que hable ahora,
pues si guarda silencio, la expulsión temporal

será castigo justo a su escasa moral.

Quien matara al decano (por no hablar, como antes, de su taquígrafa ni los lacayos restantes)

sufrirá otro castigo, éste sin remisión:

suspenso y de la facul de Cadmo expulsión.

Por el decanicidio siento tanto rechazo

que lo echaré yo mismo, sin dudar, sin más plazo

que el que sea imprescindible. ¡Ya lo odio de antemano!

Y aunque sea un pariente, un cuñado, un hermano,

lo echaré sin piedad, pues tanto me ha enojado

su crimen como si lo hubiera presenciado.

Vosotros, los del fondo, ¿escucháis mi promesa

de castigo sin par para la bestia esa?

Si no hubiera matado a mi predecesor,

sino a mi propio papi, no le iría peor.

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

[Aparte]

Por lo menos promete una investigación

y su léxico es bueno. Cuando di Enunciación,

asignatura básica, enseñé con rigor esa clase de cosas.

[A Zambo]

A ver, yo le aseguro

que ningún profesor de oratoria, lo juro,

es culpable del crimen que nos duele y asusta

ni esconde prueba alguna.

ZAMBO:

Eso es porque les gusta hablar,

pero no actuar. ¿Qué es lo que estás pensando?

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

Lo siguiente: ese profe, sí, el de Profecía,

¿del asesino el nombre pronunciar no quería

o acaso lo ignoraba?

ZAMBO:

Ni idea.

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

Yo no quiero

acusarlo de nada; no es un mal consejero.

Y dudo, sin embargo, si no sería mejor

recurrir, dado el caso, a un nivel superior.

ZAMBO:

¡Magnífica propuesta! Y ¿qué nivel sería?

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

Llamemos a Ginandro, profe de Profecía emérito. Ese tipo es tan listo que abruma, has de admitirlo, aunque tenga un poco de pluma.

ZAMBO:

¡Un poco! Estoy seguro de que algo hay de verdad en el rumor que ha oído toda la facultad:

que primero era hombre, y después fue mujer, y luego hombre otra vez. Eso hacía creer

él, al menos. Yo pienso que el tipo es maricón

pero no importa porque, por nuestra posición,

los decanos sabemos que hay que colaborar

con gente tan variada como puedas pensar:

cascarrabias, raritos, locazas, anormales.

Si despidiera a profes por bajezas morales,

a maricas y adúlteros, a quienes se han follado

a esposas de colegas, o entre ellos se han juntado,

o se han tirado al perro, a sus madres o hermanas...

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

¿A sus madres? ¡Para eso sí que hay que tener ganas!

ZAMBO:

Entonces perdería a cinco de cada seis

de mis mejores hombres. Yo les digo: «¡Podéis

joder a vuestras anchas, mis queridos amigos!

¡Sed putos o lesbianas, chupad vergas o higos!

Pero a las secretarias jamás os acerquéis

y a los alumnos vuestros, por favor, no os chinguéis».

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

Me parece sensato.

ZAMBO:

Confieso que ni loco

confiaría en Ginandro, ni un tanto así, ni un poco.

Un viejo bujarrón, no más, lo considero,

y para colmo, ciego, y bastante agorero,

pero para que no digáis que no he escuchado

vuestros consejos, le he pedido a mi cuñado

que marchara a buscarlo. Aquí están.

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

Su consejo

siempre ha sido atinado.

ZAMBO:

¡Pero si es un pendejo!

En el escenario apareció un joven que guiaba a un anciano que llevaba una vara, quien, salvo por el hecho de que su barba estaba teñida con henna, se parecía a Max incluso más que el presidente del comité.

—¡Ése es mi Gran Maestro! —exclamó el doctor Sear—. Donde esté Ginandro, que se quite Enós Enoc.

ZAMBO:

[A Ginandro] Profe de Profecía, ciego y con un bastón,
¿cómo vas? Me imagino que quieres la razón
por la que te sacamos de entre la naftalina
conocer cuanto antes, ¿verdad?

GINANDRO:

[Mira en varias direcciones hasta que ubica la voz]
Hola, divina.

ZAMBO:

Pero al pensarlo bien, lo sabrías de inmediato
sin que yo te lo diga, pues no creo que gato
por liebre, como dicen, des en tu consultorio.
«Doctor sabelotodo», así en el auditorio
del Fundador te llaman. ¿Cómo es que no supiste
que teníamos líos y corriendo viniste?
Pero no, tú eres hombre de muy pocas palabras,
¿verdad? Bueno, no importa. Haz tus abracadabras,
y dinos, por favor, el nombre del fulano
que ansiamos encontrar.

GINANDRO:

Lo haré si está en mi mano...
Ay, no. No tiene gracia poder ver las Respuestas
cuando hay malas noticias, y ser un aguafiestas.
No consigo explicarme cómo me habré olvidado
de eso. Lo siento, Zambo, cari, no te he ayudado,
y ahora, porfa, permite a tu humilde servidor
que a casita se vaya. *[Al chico]* Vámonos ya, mi amor.

ZAMBO:

¡No, no, no, no te marches! ¡Espérate, chaval!
Escúchame, Ginandro, y no me entiendas mal.
Entiendo ya tu truco; estás dando a entender
que una verdad oscura has conseguido ver,
demasiado terrible para poder contarla.

Una treta sencilla; yo no puedo aceptarla.

GINANDRO:

A veces quien carece de ojos es capaz
de ver lo que no advierte la vista perspicaz
de conspicuos decanos.

ZAMBO:

¡Coincido plenamente!

Y ahora me han dado ganas, de pronto, de repente,
de meterte en la cárcel con cargos de obstrucción
a la justicia. ¡Ésa será mi decisión!

Y si tan ciego como un topo tú no fueras,
diría que a Labdáquides te cargaste. ¡De veras!

GINANDRO:

[Aparte] ¡Y a mí me llama ciego! Cuando vea el monstruoso
lío en que se ha metido, cuando lo peligroso
de la actual situación pueda ver, ese día
verá Zambo que él es más ciego todavía.

ZAMBO:

¡Profe de Profecía! ¡Eso eres! Sin embargo,
cuando esa vieja zorra dimitió de su cargo
sangriento en que planteaba enigmas y acertijos
para entrar en la facul, no fueron tus prolijos
trucos lo que sirvió para poder entrar,
¿verdad? ¡Claro que no! Tuviste que esperar
a que el decano Zambo llegara hasta la puerta,
¿verdad? Yo no tenía de cristal una bola,
ni embrujos, sortilegios ni trucos, sino sola-
mente mi inteligencia. Ella dijo: «Te advierto
de que si no respondes rápido, serás muerto:
¿Cuál es el padre que a sus hijos devora?».
Yo entonces no mareé la perdiz, como ahora
haces tú, no le dije: «Conozco la respuesta,
pero es un poco rara así que me la callo».
Me habría destruido de cometer tal fallo.
No. Fue la inteligencia lo que hube de emplear
para su cruel enigma conseguir contestar.
«El padre Campus es quien sus hijos devora;
de hecho usted va a ser su cena, mi señora».

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

[Aparte] «Al oír esto, la bestia sanguinaria cayó
como si atravesada por un rayo, y murió»,

etcétera. Me temo que voy a vomitar
si sus fanfarronadas de nuevo he de escuchar.

ZAMBO:

No lo logré, Ginandro, por mi clarividencia,
sino usando mi coco, mi humana inteligencia.

GINANDRO:

Úsala, pues, ahora para al granuja hallar.
A tal fin, una ayuda te puedo yo aportar:
Conócete a ti mismo. Comienza en ti la busca.
Verás en el espejo esa mirada fusca
del hombre que persigues; si te parece raro
despójate de máscaras y lo verás más claro.

ZAMBO:

¡Un traidor suspendido! ¡Lo que vemos es eso!
Un intrigante horrible, un viejo ciego, obseso,
bisexual y traidor. Es claro, mi cuñado,
contigo y algún otro se habrá confabulado.
Ya entiendo vuestro plan: a mí vais a acusarme
del crimen para así conseguir expulsarme
y co-decanos ambos poder ser elegidos.
¡Nunca en la vida he visto pillos tan suspendidos!

GINANDRO:

Tu cuñado es un bobo, pero tú estás tarado.
Cuando esta obra termine ya te habrás lamentado
por haber hecho promesas tan idiotas.
Tus héroes de tragedia nos tocan las pelotas.
Zambo, ¿quién eres tú? Quién fue tu padre dinos.
¿Dónde naciste? No hacen falta adivinos
para por qué hasta Cadmo viniste suponer.
¿Por qué con Agenora y no con otra mujer
te casaste, si ella lo bastante mayor
es como para haberte parido, y ni su amor,
el decano Labdáquides, podía soportarla?
¿Mataste a su marido y lograste enamorarla?
Eres tú quien no ve. Ginandro no es el ciego.

ZAMBO:

Alégrate de ser anciano; si no, al fuego
te metería con el culo por delante.
¡Ah, viejo miserable! ¡Ah, maricón sangrante!
Como, por discreción, mis orígenes guardo
en secreto, me dices que debo ser bastardo.

Y dices que es extraño que uno quiera tener una mujer que, bueno... es madura.

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

[*Aparte*]

¡Joder!

¡Madura, dice el tío! ¡Joder, pobre Agenora!

¡Se va al otro cuadrángulo si madura media hora!

ZAMBO:

¡No tener fin parecen tus agravios y afrentas!

GINANDRO:

Te diré una vez más, con más claras y cruentas palabras, del problema que te ataña la clave: tú eres el criminal. Verás, cuando se acabe la Escena Cuarta que eres de tu hija el hermano, tu propio hijastro y tu padre adoptivo, decano, y de tu primo, tío, y eres también sobrino de tu cuñado y (no me digas que no es fino tu historial), para colmo, Zambo, eres parricida y matrófilo. Adiós. Dirás que así es la vida, pero tus dos delitos nos hacen vomitar: asesinar al padre y a la madre...

ZAMBO:

¡Ultrajar

de nada ha de servirte! ¡Tendrás noticias mías!

GINANDRO:

Tú mataste a tu padre.

ZAMBO.

¡Embustes! ¡Tonterías!

GINANDRO:

Sí, mataste a tu padre y, por si eso fuera poco, te zumbaste a tu madre. ¡Para volverse loco!

Tras pronunciar estas horribles palabras, el anciano se marchó, guiado por el jovencito. El presidente del comité impidió que Zambo se lanzara sobre él, y después el decano se metió, muy alterado, en el decanato, deteniéndose un instante junto a la puerta para agitar el puño amenazadoramente en dirección a la espalda encorvada del profesor emérito. El presidente había reunido al comité a su alrededor para cantar una oda sobre aquella sorprendente revelación. Esta vez bailaron por parejas, dando tres fuertes palmadas al final de los versos más largos.

ESTROFA 1:

Están las cosas cada vez peor
y con este ripioso sonsonete
expondremos la causa por la que ahora, en un brete
nos hallamos. El viejo profesor
de Profecía, Ginandro, ha acusado
al decano de haberse a su madre cepillado.

ANTISTROFA 1:

Aunque él nos ha puteado con frecuencia,
nunca nadie le había dicho eso;
probable es que Ginandro haya perdido el seso.
Debe ser una trágica experiencia
que alguien diga que follas con tu madre
y te acuse, además, de matar a tu padre.

ESTROFA 2:

Pero Zambo el decano no es idiota:
de que ella no es su madre se da cuenta
(aunque Agenora ya haya pasado los cincuenta).
Y el antiguo decano, eso se nota,
no puede ser el padre —qué simplismo—
de uno que vino a Cadmo en viaje de turismo.

ANTISTROFA 2:

Así que no creeremos tus patrañas,
Ginandro, y diremos que mientes,
al menos en ausencia de pruebas concluyentes.
No nos incordies más; no nos engañas.
El decano es quien paga los salarios,
así que lo absolvemos con argumentos varios.

El cuñado del decano Zambo subió en ese momento al escenario y se dirigió al presidente del comité, dando comienzo así al segundo episodio.

CUÑADO:

Al viejo pederasta justo ahora me he encontrado
con su novio, y me acaba de contar, el taimado,
cómo le había ido con Zambo en su entrevista.
Si ha dicho la verdad ese cerdo arribista,
entonces suspendido sea, con máxima certeza,
si al miserable Zambo no le abro la cabeza
por llamarme traidor. Ante ti yo lo juro.

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

Eso fue lo que dijo. Eso fue, estoy seguro.

CUÑADO:

Le abriré la cabeza, aunque la tiene dura.

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

No te creo. Si lo haces, pierdes tu sinecura.

CUÑADO:

Es un chivo expiatorio lo que él quiere encontrar.

Dice que hay un complot porque quiere evitar parecer responsable de todos sus errores.

[Zambo sale del decanato]

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

Viene. ¡Que sean contigo todos los fundadores!

Te hará falta.

CUÑADO:

¡Ja, ja! Nunca tanto he deseado
abrirle la cabeza a nadie.

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

¡Está a tu lado!

CUÑADO:

¿Quién...? Ah, ya veo quién. ¡Hola, Zambo, colega!

Justo estaba diciendo que a ese profe de pega
habría que encerrarlo por las mil tonterías

que va siempre diciendo por ahí. ¿Lo sabías?

Justo lo comentaba aquí con el compañero.

ZAMBO:

Dijo que he copulado con mi mamá, y que primero
maté a mi padre.

CUÑADO:

¿En serio? ¿Ginandro ha dicho eso?

¡Ya verás si lo pillo! ¡Voy a romperle un hueso!

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

[Al Cuñado] ¿No pensabas vengarte del decano?

CUÑADO:

[A Zambo]

Tendría

que cortarle una oreja.

ZAMBO:

A mí me gustaría

cortarte a ti las dos. ¿Cómo se te ha ocurrido

que no iba a darme cuenta del plan que habíais urdido?

¡Ginandro y mi cuñado conspirando! ¡Canallas!

¿Quién nos iba a decir que tenías agallas?

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

Él no ha sido, decano. Puedes creerme.

CUÑADO:

[Al Presidente del comité] Gracias.

ZAMBO:

¿Acaso no fue él quien todo el plan trazó?

CUÑADO:

No, señor, yo no fui.

ZAMBO:

Yo creo que sí. No

se entiende, de otro modo, que ese marica nueve años sin decir nada tranquilamente lleve.

Cuando entré por la puerta de Cadmo por primera vez podría haber contado sus trolas. Mas si ha esperado hasta el día de hoy para contarlas, creo que algo le habrán pagado. Se está poniendo feo todo esto.

[Al Cuñado]

¿Tú quieres acaso ser decano?

CUÑADO:

[A Zambo] Ten esto en cuenta, Zambo, y deja de acusarme:

¿Para qué iba a querer tu trabajo quedarme cuando mucho mejor es el mío, de lejos?

Nunca me habrás oído comentar entre quejos aburridas reuniones con imbéciles.

ZAMBO:

Cierto.

CUÑADO:

Mi trabajo es muy fácil.

ZAMBO:

Facilísimo.

CUÑADO:

Advierto

que te estoy convenciendo. Gano, además, bastante.

ZAMBO:

Demasiado, sin duda.

CUÑADO:

Sería un delirante

si quisiera ocupar el decanato. Honores no recibe el decano, sino los profesores cuando todo va bien.

ZAMBO:

Tú lo has dicho, cuñado.

CUÑADO:

Pero cuando hay problemas, tú eres el acusado.

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

[Aparte] No si puede evitarlo.

ZAMBO:

Da igual, en cualquier caso
digo que estás tratando de beber de mi vaso
y en tanto de momento el decano soy yo,
lo que digo es la ley.

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

[Aparte]

¡Ahora sí demostró
su aguda inteligencia!

CUÑADO:

Cuando no eres sensato,
no eres decano, Zambo.

ZAMBO:

¡Por Cadmo!

CUÑADO:

Hace un rato
llegaste tú aquí apenas. Pero yo estudié aquí.

ZAMBO:

Tan con el agua al cuello nunca a nadie yo vi.
[Aparece Agenora por la puerta del decanato]

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

Eh, por ahí a Agenora estoy viendo venir.

[Aparte] Esa mujer, creedme, no es capaz de decir
no ni ante una disputa ni, desde luego, a un hombre.
Su lengua es afilada —una cosa sin nombre—
y se acuesta con todo el que tenga...

[A Agenora]

¡Decanesa
querida! Estás bellísima. Tu hermosura embelesa.

AGENORA:

Muy galante eres. Lástima que no estés bien dotado.

[A Zambo]

¿Qué está pasando, amor? Hmm, cuando estás enfadado
te pones súper mono.

CUÑADO:

¿Oíste la pelea?

Zambo me está acusando de traición, cosa fea.

AGENORA:

Es la idiotez más grande que he oído en todo el día.

ZAMBO:

Lamento asegurarte que es cierto, esposa mía.

AGENORA:

Eres guapo, eres fuerte, eres sexy, eres majo,
pero te falta arriba lo que te sobra abajo.

¿Un traidor? Amorcito, no me vengas con coñas.
Éste no haría daño ni a una mosca. ¡Es un moñas!

CUÑADO:

Mil gracias, hermanita.

AGENORA:

Basta de discusiones

tontas, que si no mami se enfada de verdad.

Mi hermano firmó el juramento de lealtad
de Cadmo, lo cual prueba que es un hombre leal.

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

[Aparte] Razona como el mismo decano.

[A Zambo]

No está mal

lo que dice.

AGENORA:

¡Tú cállate! Nadie te ha preguntado.

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

Discúlpame, preciosa. Perdóname, hermosura.

[Aparte] Esta cerda ninfómana no me la pondría dura
ni siquiera si hubiera en juego un decanato
(así fue como zambo comenzó su mandato).

AGENORA:

«Paz en el decanato», como yo siempre digo.

Olvida esas ideas. Mi hermano está contigo.

Vamos a revolcarnos, que hace tiempo que nada
sucede en nuestra cama. Sólo abrazo a la almohada.

ZAMBO:

¡Cierra la boca un rato! ¿No ves que estoy perdido
si no es culpable? ¡Todo este lío es muy jodido!

Ése del comité, su jefe o presidente,
me arrancó la promesa de echar de forma urgente
a quien a tu Labdáquides hubiera asesinado,

y el bobo de tu hermano a Ginandro ha pagado para que declarara que yo soy el culpable. ¿Debo echarme a mí mismo? Es inimaginable. Pero soy yo o tu hermano. Así la cosa está.

AGENORA:

¡Mi niño está enfadado! Vamos, ven con mamá...

ZAMBO:

No, por el Fundador, no me llames «mi niño», por lo menos en público.

AGENORA:

De acuerdo. Ven, cariño.

Aunque antes te gustaba, cuando como a un bebé te hablaba y te mimaba y te arropaba y te desvestía y dejaba como viniste al mundo...

ZAMBO: ¡

Y dale! ¡Has vuelto a hacerlo! Piensa, por un segundo. Las cosas ya no son como eran tiempo atrás.

AGENORA:

¡Desde luego que no! ¡Ya no me quieres más!

ZAMBO:

Agenora, querida...

AGENORA:

Piensas que por ser joven y ser yo menopáusica está bien que te soben alumnas cuyo vientre es duro como una tabla. ¡Hombres, en nada más pensáis!

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

Mira quién habla.

ZAMBO:

Vamos, vamos, querida; no se me ocurriría abandonarte nunca, lo sabes.

AGENORA:

¡Qué alegría!

Pues dime que me quieres.

ZAMBO:

Claro.

AGENORA:

Con más pasión.

ZAMBO:

Pero cariño...

AGENORA:

¡Ahora!

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

[Aparte]

Siempre es un subidón
escuchar estas cosas. Pediré un buen aumento
por quedarme callado.

AGENORA:

¡Dilo!

ZAMBO:

Bueno, lo intento:

[Susurrando] Te quie...

AGENORA:

¡No lo susurres!

ZAMBO:

Vale, pegaré un grito:

¡TE QUIERO!

[Al Comité]

¡Menos guasa, cabrones, mucho ojito!

AGENORA:

Dilo otra vez.

ZAMBO:

¡TE QUIERO MUCHO!

[Al Cuñado]

Y a ti esa cara
de bobo sonriente te voy a dejar para
que te la cosan si no la sacas de mi vista.

CUÑADO:

¿O sea que estoy libre?

ZAMBO:

¡Que el Fundador te asista
como te pille a solas, suspendido borracho!

CUÑADO:

¡Ja, ja! Tú siempre has sido un pobre mamarracho. *[Sale]*

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

Y ¿qué hacemos ahora, decano Zambo?

ZAMBO:

A mí

no me preguntes nada. En cama me debí
haber quedado todo el día.

AGENORA:

¡Ése es mi chico!

¡Vamos, deprisa!

ZAMBO:

¡Espera! ¿Qué remedio le aplico al tema de Ginandro? No es una tontería; me llama parricida ¡y algo peor todavía!

AGENORA:

Olvida de una vez al viejo hermafrodita. En cada campus hay —una cosa maldita— un profeta local. Deberías, calculo, decirle: «Tu denuncia, métetela en el culo».

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

¡Vaya, poco ortodoxo es tu punto de vista!

AGENORA:

Lo es, estoy de acuerdo. Consulta a un penalista y demándame. Escucha, te voy a demostrar que los profetas viven de a la gente embaucar: una vez, hace años, cuando recién me había casado con Labdáquides, se presentó uno un día y le dijo a mi esposo cuál sería su futuro.

ZAMBO:

¿Cuál?

AGENORA:

Dijo que un problema tendríamos seguro si yo no interrumpía mi embarazo: un aborto aconsejó, el canalla, y en un plazo muy corto, ya que, de lo contrario, sería mi marido muerto por nuestro hijo.

ZAMBO:

¿Y eso no se ha cumplido?

AGENORA:

¡Pues claro que no, bobo! Dije sin vacilar que el profe era un farsante y nos quería engañar; pero al pobre Labdáquides lo asustó tanto el tema que cuando nació un niño, empleando el sistema que emplean las solteras nos libramos de él.

ZAMBO:

Y ¿qué sistema es ése?

AGENORA:

Es uno un poco cruel: lo llevamos, atado, a un bosque de algarrobos, y allí lo abandonamos a merced de los lobos.

—Pero eso es una cosa terrible —grité con fuerza—. ¿Cómo se puede hacer una cosa así?

Hasta que la gente que había a mi alrededor empezó, entre risas, a decirme que me callara, me sentí tan indignado como me había sentido ante el mal comportamiento de Trol hacía unos años. Aparentemente, sin embargo, ni a la mismísima Agenora le parecía bien aquella despiadada manera de proceder, ya que, limpiando los ojos huecos de su máscara con el dobladillo de su túnica, dijo:

AGENORA:

Una gran náusea siento al recordar aquel día.
Labdáquides pensaba que el chico crecería
y daría con él; pero yo, por mi parte,
en lugar de a nuestro único descendiente matar,
habría preferido ese riesgo asumir.
Mi esposo su terrible deseo hizo cumplir
pero a partir de entonces las cosas se torcieron
entre nosotros hasta que, ejem, lo suprimieron.
Es evidente que el profe de Profecía
al acusar a nuestro pobre niño mentía:
fueron unos ladrones, sin duda un grupo de ellos,
quienes lo asesinaron —o quizá eran camellos—
cuando muy cerca de Istmo pasaba, tan campante,
unos días de ocio en la cama con su amante.
Un día, en el Triple Cruce, que es una encrucijada,
a él y a su novia les tendieron una emboscada.

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

¿A su novia también la mataron?

AGENORA:

¿Qué? Pero

¿sigues tú aquí? Pues claro. ¿La ubicas? Me refiero
a su «fiel secretaria», una muerta de hambre
¡Qué contenta me puse al saberla fiambre!

ZAMBO:

¿Cuántos caminos eran, perdóname, mi amor,
los que allí se cruzaban?

AGENORA:

Pero Zambo, ¿estás sor-
do? El Triple Cruce dije que se llamaba.

ZAMBO:

[Aparte]

Luego

puede ser que Ginandro no esté del todo ciego.

¡Vaya!

AGENORA:

¿Qué ocurre, chiqui? ¿Por qué esa cara pones?

ZAMBO:

Cuéntamelo de nuevo. ¿Un grupo de ladrones?

AGENORA:

Eso fue lo que dijo el ayudante, cuando vino y se echó a mis pies, mi piedad suplicando.

Según su juramento, de cinco o seis sería el grupo que mató a mi marido aquel día y a la ramera esa y a los demás que estaban con ellos. Y mientras a matar y violar se dedicaban, el ayudante dijo que consiguió escapar.

Dijo que eran ladrones, y que solicitar deseaba un traslado al establo de ovejas.

ZAMBO:

Quiero oír el relato con mis propias orejas del hombre ese en persona. Pídele a tu sirvienta que lo traiga ante mí.

AGENORA:

He perdido la cuenta de los años que hace que lo mandé a los pastos, pero puede ausentarse sin causar muchos gastos.

ZAMBO:

Que vayan a buscarlo. No te vas a creer lo que voy a contarte...

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

[Aparte]

Ya lo vamos a ver: otra historia monstruosa.

ZAMBO:

Bueno, yo sé que soy todas las cosas buenas que has dicho de mí hoy: soy guapo, fuerte, listo...

AGENORA:

Sexy, me oíste mal, no listo.

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

[Aparte] Y tampoco modesto.

ZAMBO:

Soy tan genial
que creo que tu incredulidad es probable
si te cuento que un día hice una cosa execrable.

AGENORA:

Lo intentaré.

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

Y yo.

ZAMBO:

¿Sigues aquí?

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

Aquí sigo.

ZAMBO:

Entonces, para ambos mi relato prosigo
del único lunar de una vida ideal.
Toda esta confesión es, claro, extraoficial.

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

Claro.

ZAMBO:

Sé que a menudo os habréis inquirido:
«nuestro sabio decano, ¿de dónde habrá venido?».

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

Paso noches enteras preguntándome eso.

ZAMBO:

«¿Por qué ha venido aquí? ¿Qué curioso suceso
lo habrá traído a Cadmo? ¿Quién su padre sería,
y quién su madre?». Bueno, os lo contaré. Había
una vez...

AGENORA:

Los detalles puedes ahorrarnos.

ZAMBO:

Vale.

Soy de la Facultad de Istmo. Todo sale
bien al principio: rubio y del decano hijo.
Con la vida resuelta, bueno, era un niño pijo.
Pero hete aquí que un día dijo un viejo poeta,
borracho, en una fiesta, entre croqueta y croqueta,
que el hijo de mi padre yo no era en absoluto.
A esas cosas, por norma, no dedico un minuto;
siempre hay algún cabrón que te llama bastardo
por envidia, una cosa que no noté en el bardo.

Busqué, pues, la opinión del profe de Profecía,
pues mi padre al respecto nunca nada decía,
y tampoco mi madre —su mujer— si sacaba
yo el tema de mi origen.

AGENORA:

Ya veo.

[Al Presidente del comité]

Por eso estaba
tan verde al conocerme. Le tuve que enseñar
lo que un joven cualquiera tiene que dominar.

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

Nos enseñaste a todos nosotros, Agenora,
aunque no éramos jóvenes ni ninguna tutora
nos hacía falta ya.

AGENORA:

Lo que falta os hacía
era una transfusión de sangre.

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

O nos habría
hecho falta una chica más bonita de cara
que del marido al cargo jamás necesitara
recurrir con el fin de llevarse a su lecho
a hombres.

AGENORA:

¡Que te jodan!

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

No, gracias.

ZAMBO:

Bueno, el hecho...
dejad de murmurar y escuchadme, que en medio
de la historia aún estoy.

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

Bueno. No hay más remedio.

ZAMBO:

Como decía, el hecho...

AGENORA:

[Al Presidente del comité]

Tú te vas a enterar.

No he acabado contigo. Me las vas a pagar.

ZAMBO:

El hecho es que no todo lo que dijo el profeta

se podía entender; ya sabéis cuánta jeta tienen los de ese gremio. El tipo no escuchaba mis preguntas o, peor, a veces se negaba a contestarlas. Pero me dijo algo que, bueno, fue como si me diera una dosis de veneno. No os podéis...

AGENORA:

¿Dijo que matarías a tu padre?

ZAMBO:

Sí.

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

¿Y añadió que luego montarías a tu madre?

ZAMBO:

¡Sí! ¿Cómo puede ser? ¡Lo habéis adivinado!

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

Intuición. Esos profes en la vida han pensado en otra cosa. En serio.

AGENORA:

¡Pues son unos cochinos!

ZAMBO:

Lo mismo pienso yo.

AGENORA:

Bueno, de una vez dinos qué fue lo que pasó.

ZAMBO:

Mi cargo de asistente dejé; me había enchufado papá.

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

Naturalmente.

ZAMBO:

Cogí un año sabático, dejé la facultad para que no ocurriera eso que, sin piedad, había pronosticado el profe de Profecía. No he regresado nunca y no lo haré.

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

Lo que haría...

ZAMBO:

Pienso con gran tristeza que, así, sin previo aviso me fui.

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

... yo si tuviera nueve años de permiso,

qué de investigaciones, o pediría becas.

ZAMBO:

Yo habría hecho lo mismo, pero no hay bibliotecas en el sitio al que fui.

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

Todo a creerte induce.

ZAMBO:

En cualquier caso, un día llegué hasta el Triple Cruce y le pedí a un capullo que a Cadmo me acercara.

Iba con sus lacayos, ¡y me puso una cara de desprecio! Joder, cómo eso me cabreó.

Que no iba en dirección a Cadmo me gritó y me contó una historia que era bastante absurda

—el tipo iba, sin duda, completamente curda—

sobre una extraña bestia con rostro de mujer y cuerpo de león. No le pude creer,

como es normal. Pensé que de mí se burlaba.

Y entonces me fijé —cayóseme la baba—

en la chica que estaba sentada en sus rodillas.

Se me ocurrió que me buscaba las cosquillas porque le daba miedo que a ella yo le gustara

más que él. «Mentiroso», le dije ahí, a la cara.

Tuvo el descaro entonces, aquel viejo grosero, sólo por eso y por pellizcarle el trasero

a la hermosa muchacha, de darme un fuerte cate.

Ésa fue su sentencia, por supuesto. El gaznate

le rebané primero y al suelo lo arrojé,

con el fin de enseñarle modales. Me follé

luego a la novia, mientras él moría desangrado,

para pasar el rato. Cuando casos se han dado

similares a éste, mi política suele

consistir en rajarles primero donde duele

más, y cortarles luego otras cosas y partes.

Deseosa de castigo estaba la chiquilla.

¡Cuánto aguante tenía! ¡Vierais qué maravilla!

Y tanto rato estuve cortando trozo a trozo,

tanto me demoré —enorme era mi gozo—

que a punto de escaparse estuvieron los demás.

Hallélos, lo recuerdo, escondidos detrás

del carruaje, y debajo, y, como es natural,

me puse a desmembrarlos.

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

Me encuentro un poco mal.

ZAMBO:

Tuve remordimientos, después.

AGENORA:

¡Qué tontería!

Lo que hiciste cualquiera en tu lugar haría.

Él te había insultado, y en cuanto a su ricura, tuvo su merecido. Yo alabo tu bravura.

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

Me encuentro aun peor.

ZAMBO:

Mas no me considero un asesino; soy tierno como un cordero.

AGENORA:

¡Y eres más sexy!

ZAMBO:

No me gusta matar ni cuando es lo correcto; eso de apuñalar a la gente en los ojos o extenderle la raja a la chica del culo usando una navaja fueron cosas que entonces hice exclusivamente porque perdí los nervios.

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

[Aparte]

O se volvió demente.

¡Y yo que me creía que me encontraba mal!

Algún complejo debe tener; ¡está fatal!

ZAMBO:

Bueno, para abreviar, fue allí, en el Triple Cruce donde hice aquello que a sentir culpa me induce. Quizá sea aprensivo en demasía...

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

[Aparte]

¿Aprensivo?

Un loco es lo que es. Un orate nocivo.

ZAMBO:

... pero el pastor quisiera que me dijera eso, que a Labdáquides no fue a quien dejé allí tieso.

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

¡No! ¿Cómo se te ocurre? Están llenas las vías

de borrachos de Cadmo que, junto con sus guías y sus preciosas novias, van a descansar un poco y a los autoestopistas un cuento medio loco de monstruos les relatan, sólo por darles miedo. Mucha gente fallece así. No, no me excedo.

ZAMBO:

Te va a costar muy caro ese humor tan abyecto. Lo de enfadarme tanto es un viejo defecto que tengo, un fallo trágico, podríamos decir. Al viejo de Ginandro ya me has visto advertir. A buen entendedor...

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

... pocas palabras bastan.

Tienes razón, decano. Tus acciones contrastan con tu temple habitual. Discúlpame.

AGENORA:

Conmigo

también has de excusarte, si sabes por amigo a quién te convendría tener. Si bien dotado un hombre para el lecho no está, bien educado al menos debería mostrarse.

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

Decanesa,
acepta mis disculpas.

AGENORA.

De acuerdo. Muy bien. Ésa es la actitud. Por cierto, cuando estás tan contrito estás muy mono. Estás incluso seductor.

ZAMBO:

Necesito, cuanto antes, hablar con el pastor...

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

[*Aparte*] Ya estamos otra vez. ¡Cuánto detesto estas estupideces sobre la busca de Respuestas!

ZAMBO:

Quizá se avergonzara de tener que admitir que huyó como un cobarde en vez de combatir.

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

O que un único hombre con el séquito entero del decano acabó.

ZAMBO:

Te voy a ser sincero:

eres súper amable por mencionarlo.

AGENORA:

No lo

puedo creer. ¡Qué fatuo que te has vuelto! Tú solo estabas en el Triple Cruce, y ese pastor dijo que había sido un grupo el agresor del decano. Lo oímos todos. Pero ¿qué ocurre si ahora ese inútil en contradicciones incurre? Ya te he contado antes, cariño, que mi esposo a nuestro hijo mató y logró salir airoso del problema terrible que le había planteado la profecía aquella. Pierde, entonces, cuidado. Al pastor llamaremos para escuchar su charla pero ésa es la verdad, y no podrá cambiarla nada de lo que diga. No te preocupes por bobadas de profetas. No pasa nada, amor.

ZAMBO:

Ojalá que en lo cierto tú estés.

AGENORA:

Siempre lo estoy.

[Al Presidente del comité] Y tú vete de aquí.

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

Sí, señora, ya voy.

AGENORA:

[A Zambo] No hay nada, mi pequeño, que te deba inquietar. Hasta que el pastor venga, vamos a retozar.

Cuando Zambo y Agenora entraron en el decanato, el comité volvió a reunirse sobre el escenario, esta vez formando un círculo, y, cogidos de la mano, todos sus miembros comenzaron a dar saltitos solemnemente en el sentido de las agujas del reloj durante las estrofas de la oda que entonaron para expresar su perplejidad, y en la dirección contraria durante las antistrofas.

ESTROFA 1:

Es claro que un jefe de departamento no cuestiona nunca nuestras tradiciones, y siempre ha de ser servicial y atento con falsos profetas, decanos ladrones.

ANTISTROFA 1:

Zambo es nuestro jefe, por eso creemos que el profe Ginandro está equivocado.

Pero los profetas nunca —lo sabemos—
fallan, por lo que ha de haber acertado.

ESTROFA 2:

Cuestionar no es bueno a profes colegas,
porque los alumnos de críticas mentes
cogen la costumbre de no andar a ciegas
y critican nuestros métodos docentes.

ANTISTROFA 2:

El Departamento que da Profecía
caería en desgracia, rodarían cabezas.
Tal vez hasta el jefe irse debería;
que eso es malo es de nuestras pocas certezas.

ESTROFA 3:

¡Fundador amado, que ordenas a quién
yo he de suspender y a quién yo gradúo,
líbranos de todo cambio, y, cuida bien
de que se mantenga el statu quo!

ANTISTROFA 3:

¡Aleja las dudas y los aberrantes
reformas y cambios, siempre tan nocivos!
Nosotros haremos que los estudiantes
crean en ti, al menos los días festivos.

—Ésa es una idea estupenda —dijo Peter Greene—. Me parece muy bien.

Yo le comenté al doctor Sear que me parecía que a lo mejor el decano Zambo sí que había hecho lo que había pronosticado Ginandro, el profesor de Profecía, en cuyo caso era, sin ninguna duda, el hombre más suspendido de toda la universidad.

—Lo es —coincidió el doctor Sear—. Pero eso no es todo. —Y mientras Agenora salía del decanato, añadió en un susurro—: Ahora viene el tema del documento de identidad. Esto es muy importante.

Agenora traía consigo unas ramas verdes y unos pequeños botes, y se dirigió al comité de este modo:

AGENORA:

¡Pero bueno, muchachos, no os alteréis en vano!
He sido mucho tiempo esposa de decano;
el profeta Ginandro, lo sé perfectamente
es un hijo de... en fin, diré que a veces miente.
Iré hasta el auditorio del Fundador, le daré
estas ramas y estos perfumes, como sé
que espera de mí que haga la gente más paleta.

A ese impostor le habrá salido bien la treta,
pero nadie podrá afirmar que Agenora
no sabe lo que hace.

CARTERO:

¿Me disculpa, señora?

AGENORA:

¡Vaya! Y ¿tú quién eres?

CARTERO:

Un apuesto cartero.

AGENORA:

¿Y si me das un beso, apuesto?

CARTERO:

Claro, pero...

AGENORA:

Hmm, creo que tendríamos que hacer de nuevo ese
truquito, bombón. Vamos, déjame que te bese
otra vez.

CARTERO:

Esta carta es bastante especial;

debo entregarla ya, por mucho que genial
me parezca la idea de quedarme morreando.

Ya sabe usted sin duda que a un apuesto cartero
ni la nieve más fría ni el bochorno más fiero
consigue detenerlo; tampoco las señoras
que tratan de liarlo con artes seductoras.
La veré cuando acabe mi laboral jornada.

AGENORA:

¡Error! En este campus, guapo, me verás cada
vez que yo lo desee. Yo soy la decanosa.

CARTERO:

¿En serio? Le daré entonces la carta esa,
que, desde su alma mater, le envían a su marido.
Y ahora, vamos a ello. Mi trabajo es cumplido.
Podemos besuquearnos un rato todavía;
tengo tiempo de sobra.

AGENORA:

Sí, más me gustaría
leer la carta antes.

CARTERO:

Dice que ayer murió
el decano de Istmo. Parece que sufrió

un ataque cardiaco.

AGENORA:

¿Has leído la carta?

CARTERO:

Dice otra cosa que si a su esposo no infarta también, será un milagro. Verá: en cuanto presente allí su documento de identidad, la gente considerará que de Istmo es el decano.

Memorizo estas cosas por si cualquier fulano me robara el correo, ¿comprende?

AGENORA:

Comprendido.

Suéltame ahora la mano. Ahí viene mi marido.

[A Zambo] Hola, Zambo. Ha venido este cartero apuesto y ha traído una carta que viene a decir esto: a tu padre, allá en Istmo, la muerte lo ha encontrado. Tuvo un derrame, o algo así.

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

Te has despertado en el momento justo, Zambo. ¡Vaya suerte!

AGENORA:

¡No para mí!

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

La triste noticia de esta muerte tiene su lado bueno...

ZAMBO:

¡Qué lenguaje funesto! ¿Qué pasa? ¿Quién ha muerto? ¿Qué significa esto?

AGENORA:

¡Dormilón! Significa que ahora eres el decano también de Istmo. Y que quienes a ese gusano de Ginandro hacen caso son perversos u orates. Te lo dije: no hay riesgo de que a tu padre mates. El viejo estaba mal del corazón.

ZAMBO:

¿De veras?

CARTERO:

Sí.

AGENORA:

Y por lo de tu madre, Zambo, ya no debieras preocuparte jamás.

ZAMBO:

¿No?

AGENORA:

No.

ZAMBO:

¿Por qué no?

AGENORA:

Debes

saber que muchos hombres, en sus sueños —muy leves estos pecados son—, en el sitio del que proceden la han metido.

CARTERO:

Tiene razón. Yo he soñado también eso en alguna ocasión.

AGENORA:

De eso no tengo duda.

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

Nunca un delito son los sueños.

Ven, decano.

ZAMBO:

¿Aún estás aquí?

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

Sí, Zambo.

AGENORA:

A los infames profes de Profecía les gusta dar miedo diciendo: «Realidad se volverán tus sueños». Pero eso no es verdad.

ZAMBO:

Para ti no es difícil decir eso, querida.

No hay demasiadas reglas que regulen tu vida.

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

[Al Cartero] Ésta, hace algunos años que no tiene ninguna clase de regla.

CARTERO:

Eso está bien.

ZAMBO:

Pero una

de las dos profecías aún cumplirse podría: no mataré a mi viejo, pero puede que un día me acueste con mi vieja. ¡Se me erizan los vellos!

CARTERO:

¿Es ése su problema, decano?

ZAMBO:

Es uno de ellos.

CARTERO:

Pues tengo una noticia que darle. Esa pareja tan simpática de Istmo que usted llama «mi vieja» y «mi viejo», aunque ellos «hijito» lo llamaran, no son sus verdaderos padres.

ZAMBO:

¡Pero si carantoñas y mimos siempre me hacían! ¿No lo son?

CARTERO:

No, no. Fue innecesaria su triste expatriación.

ZAMBO:

Y entonces, ¿quién suspensos soy?

AGENORA:

Por favor, no grites;
me duele la cabeza.

ZAMBO:

¿Qué? Si no me permites desahogarme, la mía sin duda va a explotar. ¡Buenas noticias, dice! ¿No ves que va a pasar lo que dijo el profeta? Escucha bien, viejito...

AGENORA:

No es tan mayor.

CARTERO:

[A Agenora] Tampoco lo es usted, bomboncito.

AGENORA:

[Al Cartero] Te invito a tu correo meter en mi buzón cuando quieras.

ZAMBO:

¡Si en serio no os tomáis la cuestión, estoy más que acabado! Explícame, ¿por qué, si mis padres no eran, me cuidaron y me educaron tan bien? Y ¿por qué la espantosa verdad no me dijeron?

CARTERO:

El decano y su esposa mantuvieron cerrada la boca pues sabían cuán turbias las cuestiones de su adopción habían sido, y me ascendieron para que me callara.

Antes de ser cartero, era pastor.

AGENORA:

¡Qué rara
promoción la tuya, ¿no?

CARTERO:

Pues ya ve. Y hubo un día
en que otro pastor con quien salir solía
a los campos que se hallan cerca de la Quebrada
del Decano...

AGENORA:

¿Eso en Cadmo no está?

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

No andas errada;
está entre Cadmo e Istmo.

CARTERO:

Bueno, no importa. Un día
mi colega, sonriente, preguntó si sabía
lo que llevaba oculto dentro de su tartera.
Sin pensarlo dos veces, le contesté: «Ternera»,
que es lo que normalmente él solía comer.
«Pues no, tengo un niño, y lo quiero vender.
Podemos ir a medias si me echas una mano».

AGENORA:

¡Qué traidor miserable! ¡Qué mezquino gusano!

CARTERO:

Bueno, me aseguró que incapaz se sentía
de dejar a los lobos tan buena mercancía,
fuera legal o no.

ZAMBO:

Es muy conmovedor.

CARTERO:

Como tenía prisa por vender, el pastor,
se lo compré allí mismo bastante rebajado.
Le eché un vistazo rápido; estaba en buen estado.
No era tal vez muy guapo, pero me parecía
que la inversión, seguro, más una plusvalía
lograría obtener: sabía que el decano
era estéril y ansiaba adoptar un enano.
¡Pero al pastor aquel, si lo tengo delante
algún día, lo mato! Lo que hizo el muy tunante
fue en una enorme sábana envolver al chiquillo,

y cuando lo saqué, vi que estaba amarillo,
casi muerto, y tenía los pies muy fuerte atados.
¡Era mi merecido por mis atolondrados
actos! Me había el pastor dado niño por liebre.
Le desaté los pies y le tomé la fiebre
y pensando que pronto estiraría la pata
se lo vendí al decano. Le salió muy barata
la adopción, pues a precio de coste lo vendí.
Sobrevivió el bebé y entonces conseguí
el puesto de cartero. Pero no me eternizo:
ni la noche, ni el trueno, ni el viento ni el granizo
me afectan, mas las damas hacen que me retrase.
[A Agenora] Adiós, pues, decanosa. Cuando por aquí pase
vendré a buscarla a ver si es mejor ocasión.

AGENORA:

Muy bien, cariño. Ya sabes mi dirección.

ZAMBO:

[Al Cartero]

¡Espera! ¿Es una broma? ¿Me estás haciendo un chiste?

¿O soy en serio ése que compraste y vendiste?

CARTERO:

Tú tienes cicatrices en las piernas, ¿verdad?

ZAMBO:

Desde siempre.

CARTERO:

¿Y tu documento de identidad
dice «Decano Zambo»?

ZAMBO:

Por supuesto. ¿Por qué?

CARTERO:

Y sabrás lo que «Zambo» significa.

ZAMBO:

Sí, sé
que significa «el que tiene piernas torcidas».

CARTERO:

Ése eres tú, por tanto.

ZAMBO:

¡Vaya! ¡Por muchas vidas
que tuviera, a mí nunca se me habría ocurrido!

CARTERO:

No, muy listo no has sido. Pero quiero saber

cómo es posible que la decanesa, tu mujer,
se pueda ir a la cama durante nueve años
contigo y no fijarse en las huellas de los daños
que aquellas ataduras causaron.

AGENORA:

Eh, ricitos,
quizá tú con tu esposa juegas a hacer piecitos
pero cuando a la cama con alguien me dirijo
no es en su dedo gordo en lo que más me fijo,
precisamente.

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

Pero sin duda habrás pensado...

AGENORA:

¡Basta! ¡Déjame en paz! ¡Basta! ¡No seas pesado!

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

Cuando el viejo Labdáquides y tú...

AGENORA:

¡Calla!

ZAMBO:

Obedece.

Y tú, cartero, dime. ¿A ti dónde te parece
que consiguió ese niño el que te lo vendió?

CARTERO:

Quizá de alguna dama con la que se acostó.
Pero ahora que lo pienso, un pastor no parecía:
llevaba ropas caras y bastón no traía.
Supongo que fue alguna jovencita soltera
la que tuvo al bebé y se lo dio a cualquiera
para que lo cuidara.

ZAMBO:

Cada vez tengo más
ganas de hablar con esos dos pastores. ¡Que tras
sus huellas vayan rápido! ¡Que lo traigan aquí!

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

No quiero entrometerme, mas me parece a mí
que este tipo es el mismo que ordenasteis traer
hace un rato.

ZAMBO:

¡Parece difícil de coger!

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

A Agenora, he notado, se le fruncía el ceño

cuando hablaba el cartero. Demasiado halagüeño no debe parecerle lo que ha dicho. ¿No es cierto, Agenora?

AGENORA:

¡Ojalá pronto te encuentren muerto!

[A Zambo] Escúchame, cariño, olvida ya al pastor.

¿Para qué lo queremos? Estaremos mejor solos.

ZAMBO:

De ningún modo. Tengo que corregir mi documento. De Istmo no voy a conseguir el decanato nunca si pierdo la ocasión de averiguar quién soy.

AGENORA:

¡Y dale, qué obsesión!

¿Qué importará quién eres? Zambo, en tu empeño cesa.

La historia de tu vida a nadie le interesa.

ZAMBO:

Creo que te preocupa que mi madre haya sido alguna lagartona. Yo también lo he temido, pero ya me da igual. Realza mi trabajo llegar hasta tan alto empezando tan bajo.

AGENORA.

Preciso una aspirina. Tal vez la caja entera.

Si averiguas tu nombre, de nada me sirviera

ni toda una farmacia. Colgaré este vestido

ahí en el tendedero. Y en serio te lo pido:

olvídate del tema ese del documento,

porque si no lo haces, nos hundimos. No miento. [Sale]

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

¿Qué la perturba tanto? [Aparte] ¡Como si lo ignorara!

ZAMBO:

No es nada muy extraño. Agenora no es rara.

A todas las esposas de cargos de intendencia

les ocurre lo mismo: una aguda conciencia

de clase. Me imagino que sólo de pensar

que salga a la luz pública que soy hijo bastar-

do de una jovencita que, para subir nota,

se acostó con su profe de mate, se ha alborota-

do tanto que un desmayo por poco no ha sufrido.

Pero a mí no me importa quién mi madre haya sido,

ni mi padre. Mi altura sigue siendo la misma.

También mi inteligencia, lo mismo mi carisma.
Y ahora estoy impaciente por saber la Respuesta,
sea cual sea, no importa, ¡pero que llegue presta!

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

[*Aparte*] Todo le saldrá mal porque Zambo no piensa:
se cree sus propios comunicados de prensa.

Llegados a este punto, yo estaba sumamente interesado por el intento de Zambo de conocer su identidad. Me había terminado las palomitas y comencé a comerme la sabrosa caja mientras el comité cantaba una canción breve y alegre en la que se hacían conjeturas sobre el origen de Zambo. Me resultó curioso constatar cómo las estrofas y las antistrofas muchas veces se solapaban, pasando de una a otra sin que hubiera terminado la frase.

ESTROFA 1:

¡Viva la verdad! ¡Hurra! Pues la vida
si no se examina no vale la pena.
¡Libres la verdad os hará! (Sabida
es la frase, siempre en los campus suena).

ANTISTROFA 1:

Pues ¿para qué sirve una facultad
si no es esta busca su primera y sana
ocupación? ¡Hurra! ¡Viva la verdad!
Seguro que el próximo fin de semana,

ESTROFA 2:

con la luna llena, bailando estaremos
tranquilos y alegres allá en la Quebrada
del Decano donde, al fin presenciaremos
cómo Zambo asume de Istmo —¡casi nada!—.

ANTISTROFA 2:

el cargo más alto. ¡Queremos saber
quién era su madre! Sin duda, la esposa
de algún catedrático o alguien con poder,
a quien el mismísimo Fundador —¡qué cosa!—.

ESTROFA 3:

se folló en el campo, bajo alguna higuera.
El decano Zambo debe ser el hijo
del Fundador. No es un bastardo cualquiera;
de todos los pijos, él es el más pijo.

—¡Eh, eso nunca se me había ocurrido! —le susurré a Max—. ¿Es posible que...?

Él me miró a los ojos, muy serio.

—No, mi niño.

El doctor Sear dijo que la escena siguiente era la penúltima, su favorita y el clímax de la tragedia. Comenzaba con el decano Zambo, el presidente del comité y el apuesto cartero juntos, como antes, mientras de entre bastidores aparecían dos tipos muy corpulentos que arrastraban a un anciano de pequeña estatura.

ZAMBO:

Ya los polis del campus han hecho su trabajo.
Les diré que a este viejo lo cuelguen boca abajo
hasta que nos responda o su cuerpo no aguante.

[Al Presidente del comité]

Pero primero debo saber si el ayudante
del que hablaba mi esposa es éste realmente.
No hay tiempo para estar torturando a la gente
sólo por diversión.

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

Tienes razón, decano;
sería un desperdicio. Pero éste es el fulano:
lacayo de Labdáquides fue.

ZAMBO:

[Al Cartero]

Tú estás seguro
de que éste era tu amigo?

CARTERO:

Del todo. Se lo juro.

ZAMBO:

[Al Pastor] Más vale que la verdad me diga. No sea tonto.

PASTOR:

Yo quisiera estar muerto.

ZAMBO:

Puede que lo esté pronto.

Conteste: ¿con Labdáquides usted ha trabajado?

PASTOR:

Sí, señor. Me encargaba de sacar su ganado
a pastar.

ZAMBO:

¿Y por dónde lo solía sacar?

PASTOR:

Por aquí, por allá. Casi a cualquier lugar...

ZAMBO:

¿También a la Quebrada del Decano?

PASTOR:

También.

¡Qué ovejas repugnantes! No olían nada bien.

ZAMBO:

¿Recuerda, en la Quebrada, haber tenido trato con este hombre, el cartero?

PASTOR:

No.

CARTERO:

¡Vamos! Todo el rato
te quejabas del jefe con acritud...

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

[*Aparte*]

¡Me encanta!

... siempre que nos sentábamos a tomar una Fanta.

PASTOR:

Bueno, amigos seríamos, sí. Felicitaciones.

¿Qué más da?

CARTERO:

¿No recuerdas nuestras negociaciones
sobre un niño, una vez? Tú me garantizaste
que estaba en buen estado. ¡Qué bien que me engañaste!
Estaba hecho unos zorros.

PASTOR:

¡Pues demándame, inepto!

Después de treinta años, te aviso que no acepto
devoluciones.

CARTERO:

Ésa no es la cuestión aquí.

La cuestión es que el niño...

PASTOR:

Y ¿cómo sé yo si
estás cuerdo o desbarras?

CARTERO:

Escucha, no desbarro:

Ese niño era Zambo, quien dirige el cotarro.

PASTOR:

Pero ¿a ti qué te pasa? ¿Te falla el aparato?

ZAMBO:

Se lo advierto, pastor: esto es el decanato,

no un establo. Conozco unas cuantas maneras de información sacarle a supuestos lumbreras como usted: se les parte la espalda, los dos brazos se les quiebra, y sobre la rueda unos guantazos se les da, y de propina, si es que no sueltan prendas, se les hace cositas en sus partes pudendas.

Es muy entretenido, y da buen resultado.

Rompedle un dedo, chicos. Lo veo muy callado.

PASTOR:

Pero por el amor del Fundador, ya soy un viejo y ¡ay! ¡Qué daño! De acuerdo, vale, voy a hablar. Pregunte lo que quiera.

ZAMBO:

¿Acaso le pagó una vez por un niño, este hombre? Y ¿recibió usted todo el dinero y le entregó un varón a cambio?

PASTOR:

¡Sí, recuerdo que le saqué un pastón!

ZAMBO:

Eso no importa. ¿Dónde le dieron a usted el crío?

PASTOR:

¿Debo decirlo?

ZAMBO:

[A los guardias]

¡Vamos! ¡Otro dedo! ¡Qué tío tan tozudo!

PASTOR:

¡Ay! ¡Mis meñiques! ¡Duele mucho! ¡Socorro! Fue aquí, en el decanato, donde recibí el rorro.

ZAMBO:

¿Era hijo de la chica de la limpieza? ¿Quién era el padre? Contesta.

PASTOR:

No me acuerdo...

ZAMBO:

Muy bien.

[A los guardias] ¡Otro dedo!

PASTOR:

¡No! ¡Basta!

De Labdáquides era el bastardo, decían.

ZAMBO:

¡Del decano! ¡Cualquiera

lo diría!

PASTOR:

Confío en que esté satisfecho
con la respuesta esa. Era su hijo. Es un hecho.

ZAMBO:

¿Y de Agenora?

PASTOR:

Eso nunca lo pregunté.

ZAMBO:

¿Te lo dio ella?

PASTOR:

A cambio de un dinero juré
dárselo a las ardillas a modo de alimento.
—Las ardillas no comen carne —comentó Peter Greene.

ZAMBO:

¡Desnaturalizada madre!

—¡Desde luego! —dije yo, con los ojos llenos de lágrimas.

PASTOR:

Así es el cuento.

Pero alegre no estaba, y tampoco la doncella.

ZAMBO:

Y ¿por qué lo hizo, entonces?

PASTOR:

Pregúnteselo a ella.

Me dijo unas chorradas que no pude creer:
que el niño mataría a su padre.

ZAMBO:

¡Joder!

PASTOR:

También yo pensé eso.

ZAMBO:

Me aterra lo que cuenta.

CARTERO:

A mí no me molesta.

ZAMBO:

[Al Pastor]

Pero al fin su violenta
misión no llevó a cabo. No abandonó al bebé.

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

¡Pues despídelo, Zambo!

[Al Cartero]

Estos decanos se
creen que son fundadores.

ZAMBO:

[Al Pastor]

¿Por qué?

PASTOR:

Porque temía
represalias terribles si alguien me descubría.
Entonces decidí ganar un dinerillo
y salvar el pescuezo. A este cretino, sí, yo
le hice jurar que lejos lo llevaría antes
de vendérselo a unos adopti...

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

¡Adoptantes!

CARTERO:

¡Y eso hice, bandido!

PASTOR:

[A Zambo]

Pero usted regresó
y así la profecía finalmente cumplió.
¡Pasan cosas horribles, siempre, en los decanatos!
Preferiría, antes que estar en sus zapatos,
perder los cuatro dedos que aún tengo en esta mano.

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

[Al Pastor] Se llaman *borceguíes*.

PASTOR:

Ah.

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

¿Y ahora, qué, decano?

ZAMBO:

¡La verdad! ¡La verdad al fin! Yo, sin apoyo,
he descubierto la solución a este embrollo.

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

Bueno, lo cierto es que tuviste algo de ayuda.

ZAMBO:

¡La cegadora luz! ¡Veo la luz! Sin duda,
Ginandro había acertado. Tres veces suspendido
soy: en mi documento, en la cama —marido
de mi madre— y en ese Triple Cruce —asesino

de mi padre—. ¡Yo, Zambo, el de ingenio más fino
de todos los decanos, nunca de la verdad
veré la luz! ¡Suspense para la eternidad!

Tras soltar este grito final, se metió rápidamente en el decanato, y mientras un escalofrío me recorría la espina dorsal debido a las horribles Respuestas, los miembros del comité se volvieron a reunir para cantar su último y quejumbroso informe, todos cogidos de la mano y balanceándose con suavidad de izquierda a derecha:

ESTROFA 1:

Estamos hoy aquí y mañana no.
Nada importa un comino, qué carajo.
El hombre va al olvido, y también su trabajo.
Ya nuestro comité se disolvió,
pero antes de que se nos lleve el viento
recapitularemos el trágico argumento:

ANTISTROFA 1:

En la *prótasis*, visteis que explicó
con claridad nuestro *protagonista*,
ante varios *coreutas* y el *deuteragonista*,
la *hamartia* que su *hybris* provocó.
Así todo el contexto se aclaraba,
y el *párodos* el coro cantó mientras bailaba.

ESTROFA 2:

Luego la *anábasis* con sus episodios
comenzó, con *estásimos* en medio.
La *esticomitia irónica* os protegió del tedio
y así llegamos, con amores y odios,
a la *anagnórisis*: tras la *peripecia*
descubrió nuestro Zambo que su fortuna es recia.

ANTISTROFA 2:

Y ahora en el *clímax* ya nos encontramos.
Y es en el *éxodo* que va a llegar
cuando una gran *catarsis* nos va a purificar
hasta que en la *catástrofe* muramos.
Con el *epílogo* termina el cuento,
pero antes escuchad el *kommos* o lamento.

Entonces sus voces se elevaron con gran dulzura, entonando las palabras y las melodías más conmovedoras que yo había oído en mi vida, pese a lo cual aquello no constituía un verdadero *kommos*, según el doctor Sear.

ESTROFA 3:

El cerebro de Zambo parece un cepo.

Bu, bu, bu-bu-bu.

Pudo atrapar al monstruo, atrapó el decanato
y a la mujer del decano ¡Insensato!

Bu, bu, bu-bu-bu.

ANTISTROFA 3:

Fue un erudito y decano admirado,
pero él también se quedó atrapado.

Bu, bu, bu-bu-bu.

Dinos, ¿por qué asesinaste a tu padre?

Dinos, ¿por qué te follaste a tu madre?

Mas, sobre todo —¡qué desfachatez!—,
dinos si hay que cantar esta estrofa otra vez.

Bu, bu, bu-bu-bu.

En este momento, mientras los ojos se me llenaban de lágrimas, el susurro en que se habían convertido las últimas notas del comité fue interrumpido por el ruido de un acople, y de repente una voz anunció, por los altavoces situados a los márgenes del anfiteatro:

—Señoras y caballeros, interrumpimos esta catarsis para ofrecerles un boletín informativo especial con dos noticias que...

Hubo un revuelo general. El doctor Sear murmuró con impaciencia algo sobre los efectos psicológicos adversos de la *catharsis interruptus*, pero al cabo de una breve pausa, el amplificado anuncio prosiguió:

—El cuerpo de Herman Hermann, antiguo decano de los campus de exterminio bonifacistas, ha sido hallado en el bosque del Campus de New Tammany, en las proximidades de la Colina del Fundador. Hermann, buscado desde el final de la Segunda Revuelta Intercampus por crímenes contra la estudiantía, ha sido presuntamente abatido a balazos. Su cuerpo fue encontrado esta tarde por un destacamento de guardias de la Central Eléctrica. La Agencia de Detenciones Principales ha abierto una investigación sobre el caso a petición del rector Rexford...

El anuncio fue recibido con un clamor entusiasta por parte de todos los reunidos en el anfiteatro salvo el doctor Sear, que se encogió de hombros, Max, que se estremeció, y yo, que estaba tan sorprendido por la novedad de los altavoces como para asimilar la noticia. Incluso Croador se despertó, soltó un gruñido y aplaudió con el resto del público. Oí cómo alguien sentado cerca de nosotros comentaba que la

bestia se lo tenía merecido, aunque morir acribillado era un final demasiado bueno para el hombre que había dirigido los campus de exterminio bonifacistas.

—No —dijo Max—. Está mal.

—Ésta es la segunda noticia —continuaron los altavoces—: A última hora de esta tarde, el ORDACO ha comunicado la siguiente buena nueva: Un auténtico Gran Maestro está a punto de aparecer en la Facultad de New Tammany para mostrarles a los estudiantes y a los miembros del personal bienpensantes el camino hacia las Puertas de la Graduación. Repito: El ORDACO ha comunicado oficialmente que un auténtico Gran Maestro está a punto de aparecer...

La repetición no se oyó debido al enorme barullo que se formó. La gente murmuraba y gritaba, se reía a carcajadas y susurraba. Algunos se secaron los ojos con las mangas; otros se desternillaban estridentemente. Unos pocos salieron del teatro; muchos otros parecían querer irse también, pero no podían decidirse a hacerlo.

—¡Qué impresionante! —exclamó Peter Greene, dándome una palmada en la rodilla y sacudiendo la cabeza admirativamente, como si yo le hubiera hecho un truco magnífico. El doctor Sear me echó una mirada dubitativa pero con gran interés, y Max me abrazó —casi con miedo, pensé— y después se excusó, mascullando que tenía la vejiga llena. Yo no sabía si levantarme y anunciar quién era o seguir un poco más de incógnito; además, aunque el anuncio me había emocionado mucho, me preguntaba qué debía hacer uno tras la autoproclamación. Después de decir «ese Gran Maestro soy yo», ¿debía uno volver a sentarse o empezaba a impartir sus enseñanzas de inmediato? Y ¿qué era lo que tenía que decir? ¿Dónde estaban, por cierto, las Puertas de la Graduación? Era mejor, me pareció, tener paciencia y esperar un poco; los actores estaban volviendo a reunirse en el foso; las luces que se habían encendido para el anuncio se volvieron más tenues; busqué con la mirada a Max, pero se había marchado por la puerta de salida situada a nuestra espalda; la multitud seguía zumbando y desplazándose por el patio de butacas mientras el comité y su presidente se congregaban delante de la puerta del decanato, a través de la cual salió el apuesto cartero, que levantó el brazo pidiendo silencio.

CARTERO:

Y todavía no han oído nada.

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

¡Vamos,

hemos oído mucho!

CARTERO:

Pues cuando nos hundamos,
ya verán.

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

Si otras malas noticias usted porta,
no se ande con rodeos. Díganoslas, soporta-

remos lo que haga falta.

CARTERO:

De acuerdo. Seré breve
porque debo marcharme. Ya saben, ni la nieve,
ni la lluvia... etcétera.

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

Para qué reiterar...

CARTERO:

Del clima que hace en Cadmo no me puedo quejar;
son sus mujeres lo que me calienta. «A caballo
regalado...»; lo dice el famoso refrán.
Y la decana es como, bueno, me entenderán
si les cuento en qué estado me la encontré ahí arriba.
¿Recuerdan lo que dije cuando se fue?

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

Que iba

a colgar el vestido.

CARTERO:

¡Vaya si lo colgó!

Casi me dio un infarto cuando me la encontré
desnuda como al mundo vino...

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

Está buena, ¿eh?

CARTERO:

... y colgando del techo.

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

¿De verdad? ¡Aprobada
sea su alma! Una chica vital, siempre encantada...

CARTERO:

Pues ya no, amigo mío; formó un lazo, hizo un nudo
y se ahorcó. Me encontré con su cuerpo desnudo,
los ojos muy abiertos, las pupilas vidriosas...

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

¡Qué desgracia! Ahora nuestras regordetas esposas
las únicas mujeres serán de nuestras vidas.

CARTERO:

Sí. Es que sus profesiones están mal elegidas.
En fin. Mas yo no había subido a su aposento
para ver su cadáver angustioso y violento,
sino para jugar un ratito a correos.

Podría haber esperado, para ahorrarme estos feos

recuerdos, a la noche, cuando ya me hubiera ido.

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

Poco considerada con usted ella ha sido.

CARTERO:

Eso le diría yo si me fuera a escuchar.

En fin. En cualquier caso, me olvidé de cerrar la puerta de su alcoba, y estaba ahí jurando sin dejar de mirarla muy fijamente cuando apareció el decano Zambo, y mucho gritó. Yo le dije «Muy buenas», pero no contestó.

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

Otro maleducado. En esta facultad parece que tenemos poca hospitalidad.

CARTERO:

Es cierto. Cogió entonces un cuchillo y cortó la tela que su esposa —perdón, su esposa no, su madre— había empleado para...

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

Basta, no siga.

Ya nos lo imaginamos.

CARTERO:

Déjeme que le diga qué hizo entonces.

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

Espero que no fuera grosero con usted.

CARTERO:

Que lo juzgue usted mismo yo quiero. Con el vestido al cuello yacía la mujer; él le sacó de su fraternidad el alfiler —también el de su padre, que ella también llevaba— y mientras esto hacía, juramentos soltaba francamente espantosos.

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

En eso somos buenos en Cadmo.

CARTERO:

Entonces dijo: «Sobre ese par de senos que a mí me amamantaron y con los que jugué, de un modo muy distinto, y que tanto gocé, que caiga una terrible y suspensa maldición;

también sobre los ojos que se cegaron con el sol, y que a esos senos vieron, mas ciegamente». Y con los alfileres, entonces, de repente, se reventó los ojos.

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

¿Que «ciegamente vieron»?

Qué oxímoron tan torpe, ¿no os parece?

CARTERO:

Ésas fueron

sus palabras. Del texto no haré yo un comentario.

Nunca he querido ser crítico literario.

El decano está ciego. Ya no verá más tetas, así lo quiso.

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

¡Como el profesor de profetas, que este caos terrible anunció en su profecía! ¿Dónde está Zambo ahora?

CARTERO:

No lo adivinaría:

desea preparar una declaración, para explicar a todos su baja condición antes de suspenderse a sí mismo.

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

¡Imposible!

No hemos de permitirlo. Es una idea horrible.

¿Qué dirían los miembros del consejo escolar?

Con nosotros un rato sí que puede charlar, supongo, antes de irse. Ya viene por ahí.

Hablarlo le hará bien. ¡Qué horror!

ZAMBO:

Un horror, sí,

eso es lo que ahora soy. Un espanto, lo admito.

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

No exageras, decano. Casi, al verte, vomito.

ZAMBO:

Disculpadme, colegas. Con lo guapo que era en el Acto Primero, y ahora mirad que fiera es mi cara.

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

¡Puaj!

ZAMBO:

Fea, ¿verdad?

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

Si has terminado,
adiós, ya nos veremos.

ZAMBO:

Pues no, aún no he acabado.

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

Me pareció que sí.

ZAMBO:

Déjame terminar
de explicar mi catástrofe. Quisiera estrangular
al pastor que salvóme la vida.

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

Y razón

no te falta: a nadie benefició su acción.
Si yo fuera tú, Zambo, nada me gustaría
acabar este acto ciego; la muerte elegiría.

ZAMBO:

No he pedido consejo. Nunca me ha interesado
el suicidio ni un poco. Además, he pensado
que, habiendo tantos símbolos, sería mucho lío.
Pero perdona, tengo que seguir con lo mío:
me quedan muchas cosas aún por execrar.

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

Claro, adelante.

ZAMBO:

Quiero algún verso dedicar
a suspender al sitio llamado la Quebrada
del Decano; si hubiera fallecido allí, nada
hubiera sucedido. Y luego, sin piedad,
suspenderé por siempre a la vieja Facultad
de Istmo y al imbécil que en ella me educó
como si su hijo fuera. Y maldeciré yo
al Triple Cruce, al matrimonio y, claro, al amor;
por ellos, el destino me condena al dolor.
Bastarán diez minutos para mi maldición
pronunciar por completo.

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

A mejor ocasión,
temo, habrá que esperar. Ahí viene tu cuñado.

ZAMBO:

¡Maldito sea también! ¡Nadie lo ha autorizado a robarme mi escena principal!

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

Mucho tino;

ya sabes que ahora él es el decano interino.

ZAMBO:

¡Vaya! *[Entra el Cuñado]*

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

[Al Cuñado] Muy buenas noches. Me alegra mucho verte.

CUÑADO:

¡Sí, claro! ¡No te digo! No importa, me divierte todo esto. Ven, que quiero que me echas una mano para expulsar de aquí a este ciego gusano antes de que le cuente a cualquier reportero toda la historia. Siempre fanfarronea, y quiero que esto quede en secreto.

ZAMBO:

¡Córcholis!

CUÑADO:

[A Zambo]

Compasión

no busques lamentándote, hijo de puta. Son las cosas así, y son justas.

ZAMBO:

¡No jodas, tío!

Creo que ya bastante tengo yo con lo mío.

Oye, ¿por que no me echas de este horrible lugar?

CUÑADO:

Será el profeta quien me diga cómo he de actuar, no tú. Pero quisiera haberte echado fuera de Cadmo a tu llegada.

ZAMBO:

Yo también lo quisiera.

Me iré dando un paseo, despacio, a la Quebrada del Decano; mi muerte habrá de ser hallada donde me abandonaron mis papis. Por lo menos intentaré allí hallarla.

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

¡Ojalá que dé buenos

resultados tu intento!

CUÑADO:

¡Ojalá!

ZAMBO:

He de intentarlo,
pese a que mi final, creo, no voy a hallarlo
de una forma común. Un desenlace extraño
me reserva el destino; si no llega este año,
será al siguiente, algo increíble, sorprendente.

CUÑADO:

Tonterías. ¿Por qué siempre teatralmente
tienes que hacerlo todo?

ZAMBO:

Prométeme una cosa,
querido tío.

CUÑADO:

¿Qué?

ZAMBO:

Del campus son mis hijas
sin duda las más guapas...

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

Al menos, las más pijas.

ZAMBO:

... y no hay como mis hijos un joven tan brillante.

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

Esto parece un chiste.

ZAMBO:

Los chicos adelante
saldrán sin mí, mas creo que ellas deberían
venir conmigo. Solas, si no, se quedarían.

CUÑADO:

De ninguna manera. Se quedarán conmigo.
No hay por qué complicar más las cosas. Castigo
suficiente es que ya su hermano y padre seas.
¡Si te hicieras su amante, imagina qué feas
se pondrían las cosas!

[Entran las Hijas] Despídete deprisa,
que se está haciendo tarde.

ZAMBO:

[A las Hijas]

Pobrecillas! Concisa
será mi intervención, pues. Vosotras, sin novio
os quedaréis, pues todos sabrán de vuestro oprobio

—que vuestro papi era vuestro hermano, además—.
y los chicos no quieren que se digan, jamás,
cosas como ésa si se van a comprometer.

HIJAS:

¡Vaya hermano mayor has resultado ser!
Aunque eres súper sexy.

CUÑADO:

Creo que deberíamos
dejarlo ya, chicas.

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

También yo.

ZAMBO:

[Al Presidente del comité]

¿Todavía
estás tú por aquí?

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

¿Dónde, si no, iba a estar?

CUÑADO:

Decidle adiós a Zambo, que ya se ha de marchar.

HIJAS:

Adiós, papi.

ZAMBO:

¡No!

CUÑADO:

¡Sí!

ZAMBO:

¡No!

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

¡Sí!

ZAMBO:

Esto es lo más duro
del campus.

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

Yo de eso no estaría tan seguro.

CUÑADO:

[A las Hijas] Ahora largaos, chicas.

HIJAS:

Vale.

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

Adiós.

ZAMBO:

¡No! ¡Un instante

esperad!

CUÑADO:

Ya nos has mangoneado bastante.

Ahora yo estoy a cargo de nuestra facultad.

En cualquier caso tú, si quieres la verdad,

no eras muy buen decano.

PRESIDENTE DEL COMITÉ:

[*Aparte*]

No es fácil de encontrar

un buen gestor.

ZAMBO:

[*Aparte*]

Tal vez me pudieran nombrar

profe de Profecía; aunque sea yo lego

en la materia, tengo una virtud: soy ciego.

—¡Eso sí que es un buen Gran Maestro! —susurró lleno de orgullo el doctor Sear—. ¡El pobre Zambo, ciego, con su documento de identidad fatal, desposeído de la inocencia! ¡Condenado a saber! ¡Comprometido con el conocimiento! Ésa es la única graduación que se puede obtener en el Campus Occidental, George. Y que no se te olvide, querido: somos irremediabilmente occidentales.

—¿Cómo dice, señor? —Alterado por la lamentable visión del decano Zambo llevado a rastras fuera del escenario, y preguntándome, al mismo tiempo, por qué Max no habría regresado, casi no había oído sus palabras.

—Tenemos que sondar las profundidades de la experiencia —continuó con gran seriedad—. Si la Graduación existe, no es para los inocentes; ¡debemos liberarnos de todo vestigio de inocencia!

—¿Por qué, señor?

El escenario ya estaba casi vacío. Sólo quedaban el presidente y los miembros del comité, que habían formado un semicírculo detrás de su representante, frente al público.

—Todos suspendimos con los dos primeros estudiantes del Jardín Botánico, George; estamos comprometidos con el conocimiento del Campus, y si podemos albergar alguna esperanza, tiene que ver con el perfeccionamiento de dicho conocimiento. *Seríais como fundadores*, decía el Antiguo Programa, *con conocimiento de la Verdad y la Mentira*. Muy bien, entonces tenemos que ser como fundadores, incluso aunque las cosas que aprendamos nos destruyan.

Su razonamiento no me parecía carente de interés, sobre todo por la rara intensidad con que lo exponía el doctor, que solía expresarse con bastante indiferencia y cuyos ojos, mientras hablaba, tenían un destello más parecido al de los

de Maurice Stoker que al de los de ningún fundador. Pero ahora el presidente del comité nos cantó el epílogo y, debido a los extraordinarios acontecimientos que se sucedieron, no pude sonsacarle a mi acompañante nada más sobre su teoría de la Graduación.

—Observad, pues, a Zambo, el decano famoso... —propuso el presidente del comité:

... por sus respuestas; casi nos conduce hasta el foso.
Le teníamos envidia por su cargo y su lecho;
resolvió el acertijo monstruoso, eso es un hecho
y descubrió quién era la mujer que dormía
con él y de qué acciones él mismo procedía.
Observad dónde sus Respuestas lo llevaron
y alegraos de que a vosotros no os contaron
de dónde procedéis. No seáis optimistas,
ni orgullosos ni fatuos: en las mejores pistas
hay baches. Nadie puede creer que está aprobado
hasta que el campus haya por fin abandonado.

Hizo una reverencia y entonces, mientras se volvía hacia su comité, nuestro aplauso se convirtió en un murmullo de consternación, ya que una gran figura blanca apareció aleteando en el cielo negro y descendió sobre el escenario, no se podía saber si colgado de cables o por medio de algún otro procedimiento. Dos grandes cosas se agitaban junto a sus hombros mientras bajaba, y desaparecieron como si las plegara cuando encendió las luces del patio de butacas. Aunque, como los demás, llevaba una túnica blanca, su vestimenta tenía un corte diferente: era más larga que las otras, como si se tratara de un atuendo ceremonial, pero tenía los puños muy ajustados, el cuello alto y carecía de botones. Parecía la túnica de un médico. El coro formado por los miembros del comité pareció tan sorprendido por su aparición como nosotros; abrieron paso, algunos claramente alarmados, y los actores que habían representado los papeles de Zambo y Agenora asomaron la cabeza por la puerta del decanato para ver cuál era la causa de tanto revuelo.

—¡No hay ninguna *machina* en el guión! —exclamó el doctor Sear.

—¡Suspendidos! —declaró la figura blanca con una voz que sonaba como un extraño chasquido. Sujetándose una máscara delante del rostro, como los personajes principales de la obra, señaló acusadoramente a Zambo—. ¡El decano Zambo y los de su clase están suspendidos para siempre! ¡Se acabó la tragedia! ¡Es tiempo del misterio!

Entonces se quitó la máscara y la arrojó a sus pies, revelando un rostro redondo y un bigote negro.

—¡Qué horror! —exclamó el doctor Sear—. ¡Es Harold Bray!

—¡Soy vuestro Gran Maestro! —dijo en voz alta el hombre desde el escenario. Sobre el patio de butacas se elevó un clamor, parcialmente alegre, sobre el que resonó su voz—: ¡Os enseñaré, a todos los que creáis en mí, el camino hacia las Puertas de la Graduación! ¡Yo mismo soy el camino, creedme!

—¡No lo es! —protesté ante mis acompañantes—. ¡El Gran Maestro soy yo!

—Se llama Harold Bray —me explicó el doctor Sear, evidentemente divertido e impresionado—. Es un poeta menor y otra media docena de cosas. También solía hacer una especie de terapia en la Clínica. ¿Qué pretenderá?

Bray continuó:

—Soy el Maestro que anunció el ORDACO. Si alguien tiene alguna duda, lo invito a charlarlo conmigo personalmente en mi despacho. He venido a aprobaros a todos los suspendidos, y para demostrar que yo soy quien puede hacerlo, entraré en el estómago del ORDACO y saldré sin que me haya podido COMER. ¡Ya lo veréis! ¡Lo veréis con vuestros propios ojos!

—La verdad es que es un tipo de lo más interesante —dijo sonriendo el doctor Sear, tan interesado por Harold Bray como lo había estado por mí—. Llegó a New Tammany hace algunos años, nadie sabe desde dónde. ¡Imagínate que fuera el Gran Maestro!

—No puede entrar en el estómago del ORDACO —insistí—. ¡Yo soy el único que puede hacer eso!

Miré hacia atrás, en busca de Max, mientras Bray comenzaba a recorrer uno de los pasillos del anfiteatro levantando los brazos hacia la izquierda y la derecha.

—¡Vamos! —dijo con su voz chasqueante—. ¡Todos los que necesitéis graduaros, venid a mí!

Se armó un gran alboroto entre el público; la gente comentaba cosas a gritos con quien tuviera al lado y se amontonaba en todas las direcciones. Los que sólo querían salir del teatro empujaban a quienes ya estaban congregándose en torno al hombre vestido de blanco. Estos eran muy numerosos; algunos se habían hincado de rodillas y otros llevaban en brazos a niños a los que me dio la impresión de que hacía rato que se les había pasado la hora de acostarse. Greene se encontraba de pie al lado del pasillo por el que se acercaba aquel farsante. El doctor Sear se echó un poco hacia atrás; contemplaba el espectáculo con una leve sonrisa, con los dedos entrelazados sobre la rodilla.

—¿Por qué tarda tanto Max? —le pregunté. Él bajó los párpados para indicar que no lo sabía y comentó algo, escéptico pero maravillado, sobre el anuncio de Bray de su intención de entrar en el estómago del ORDACO—. Voy a subir, a ver si encuentro a Max —le dije—. No hay problema con Croador mientras tenga mi vara para morderla.

Pero el pasillo, a medida que Bray se acercaba, se había ido llenando de curiosos y perturbados, que superaban en número ampliamente a los que se burlaban.

—¿Puede curar el cáncer de cérvix? —oí gritar a alguien.

—¡Conozco el camino! —le respondió Bray con otro grito. Tenía la cara roja. Sus ojos eran oscuros y brillantes.

—¿Cómo puede haber bajado volando de esa manera? —preguntó otra persona.

—¡Tengo las Respuestas! —contestó Bray.

Me abrí paso como pude por el pasillo detrás de Peter Greene, que me pareció que había oído cuáles eran mis intenciones y quería acompañarme. Pero de repente, cuando Bray no estaba a más de diez pasos de nosotros, se dio la vuelta y le gritó, poniéndose las manos alrededor de la boca para amplificar su voz:

—Y ¿si alguien perdiera un ojo? ¿Se podría hacer algo?

—¡Sígame y verá! —le respondió el hombre.

Tenía que encontrar a Max como fuera. Dejé a Peter Greene con sus ilusiones y conseguí avanzar entre la multitud hasta llegar a la salida. El primer empleado de uniforme que me encontré —un tipo con la boca abierta y la cara marcada de viruelas que debía tener mi edad— no hizo ningún caso a mi pregunta; tenía la mirada fija en el sedicente Gran Maestro y una expresión transfigurada. Les pregunté a unas cuantas personas que había cerca de la taquilla (en torno a la cual se había arremolinado una multitud; por lo visto, la noticia se había extendido) si habían visto a un anciano bajito y de barba blanca con una piel de angora, pero no obtuve nada más que ceños fruncidos y respuestas socarronas hasta que un fornido policía del campus, de los que trataban evitar que las cosas se descontrolaran, dio vuelta la cabeza y me gritó:

—¿Spielman? ¿Usted es su abogado o algo así?

Yo declaré entonces que el doctor Spielman era mi consejero.

—¡No siga sus consejos! —dijo riéndose el policía—. ¡Lo han detenido y está en la trena!

No se molestó en darme explicaciones. Desconcertado, crucé la calle y me dirigí a una oficina que tenía un letrero que decía PATRULLA DEL CAMPUS. COMISARÍA DEL GRAN CENTRO COMERCIAL. Allí un recepcionista de uniforme, con el pelo amarillo y la cara larga y rojiza, me informó de que Max estaba en Detenciones Principales, acusado de haberle disparado a Herman Hermann.

—¡No puede ser! ¡A Max no le parece bien hacerle daño a la gente! ¡Seguro que es alguna treta de Maurice Stoker!

Muy poco interesado por mi opinión, el recepcionista me dijo que quizá me permitieran hablar con el prisionero después de que le leyeran los cargos que se le imputaban, pero no antes. Después miró con recelo mi piel de vellón.

—¿Usted no responderá al nombre de niño-cabra? ¿George, el niño-cabra?

Confesé que ése era yo, y aunque no pude satisfacer su demanda de un documento de identidad para corroborarlo, al final aceptó mi palabra, o tal vez decidió que no le importaba quién fuera.

—De todo hay en este campus —gruñó—. El prisionero dejó un mensaje para un tal George, el niño-cabra —añadió, y me lo dijo como si lo tuviera escrito en un papel—: *No soy necesario. El anuncio lo arregla todo. En Rejilla de los Chivos, no vaciles.* —Mientras hablaba, algunos de los teléfonos que había sobre su escritorio comenzaron a sonar, y el rugido de la multitud en el exterior se acrecentó. Cogió uno de los auriculares y se inclinó un poco para mirar por la ventana que había a mi espalda—. Date prisa, Mac. Estamos a tope con el tema este del Gran Maestro. Sí,

señor —dijo por el teléfono mientras con la otra mano se apartaba el pelo amarillo que le caía sobre la frente.

Yo no sabía qué pensar ni qué hacer. Desde los escalones de la entrada de la comisaría, con el corazón en un puño, observé a la muchedumbre que ahora, ya sin alegría, transportaba sobre sus hombros a Bray, con su túnica blanca, bulevar arriba, aclamándolo y entonando diversos cánticos.

—¡Hurra por Bray!

—¡Bray es el camino!

Él levantaba los brazos por encima de la gente, y se giraba con aire triunfal de un lado a otro; incluso desde aquella distancia, cuando miró hacia mí, vi el impactante brillo que emitían sus ojos bajo las pobladas cejas, como el de los de una cabra o un gato en la oscuridad. Se trataba de algo sumamente llamativo. Y al otro lado de la plaza el mensaje destellaba, una y otra vez: *Dejad el miedo de lado: ¡la Graduación ha llegado! Muy feliz va a ser tu sino: Bray te mostrará el camino.* Muy pronto, la multitud incorporó esas frases a sus cantos: *El miedo quedará a un lado: ¡la Graduación ha llegado! ¡Bray te mostrará el camino!*

No había ningún anuncio que hablara de mi llegada.

En un breve lapso, la zona de delante de la Puerta Principal estuvo despejada, ya que todo el mundo se marchó con los celebrantes. Los carteles del anfiteatro y la taquilla quedaron a oscuras, y las puertas de entrada, abiertas y abandonadas. No había ni rastro de la motocicleta que habíamos cogido prestada. Me acerqué con la intención de contarle al doctor Sear el infortunio de Max y de preguntarle qué podía hacerse para solventar el error que suponía su arresto. Además, no tenía ni idea de dónde podía dormir, ni de cómo procurarme alimentos al día siguiente —una cuestión tan sencilla en casa y tan difícil aquí, donde no crecía nada—, ni de qué hacer una vez hubiera pasado la Rejilla de los Chivos, ni de cómo actuar en relación con el farsante absoluto de Harold Bray. Rumiar en las praderas sobre guiar a la estudiantía hasta las Puertas de la Graduación era una cosa, pero estar en el centro de brillante hormigón de una poderosa facultad, mucho más populosa e impactante de lo que nunca había imaginado, empequeñecido por sus torres y sin saber qué camino seguir, por no mencionar el camino por el que hay que guiar a los demás, era otra muy distinta. ¡Nunca me había hecho tanta falta mi consejero!

Me detuve junto a aquel gran edificio oscuro. Inmenso y vacío, rodeado de programas que la gente había tirado al suelo y que reflejaban pálidamente la luz de la luna, el teatro recogía, como una gigantesca oreja, los ecos del alborozo lejano. El doctor Sear se había marchado; tampoco se veía por ninguna parte a Greene, en quien yo había depositado ciertas esperanzas de que me alojara en alguna parte. No quedaba nadie más que Croador; su negra silueta se distinguía contra unos contenedores de basura blancos junto a los que había estado sentado durante toda la tragedia. Me senté a su lado. Estaba cogiendo palomitas que habían caído entre las piedras con una mano y rascándose la ingle con la otra, y croó al verme.

—¿Tú no crees en Bray? —le pregunté, pero no obtuve respuesta.

Entonces recogí mi palo y, tal vez malinterpretándome, Croador me subió sobre sus hombros. Muy bien, no tenía ningún motivo para protestar, aunque tampoco tenía instrucciones para darle. Apoyé los brazos y la barbilla sobre su cráneo negro y calvo y empecé a sentirme muy preocupado por Max, permitiendo a Croador vagar a su antojo por los pasillos y las gradas. La explicación más razonable que fui capaz de encontrar era que tal vez mi consejero y cuidador hubiera presenciado el asesinato, o hubiese hallado el cadáver del bonifacista en el bosque, y no hubiera dicho nada al respecto; eso explicaría la extraña actitud que había tenido durante el día. A juzgar por los comentarios de Stoker y por el carácter general de sus empleados, no resultaría nada sorprendente descubrir que el infame Hermann había estado trabajando en la Central Eléctrica con algún alias, quizá incluso con el conocimiento de Stoker y bajo su protección. Max podría haberlo reconocido, y Stoker habría buscado cualquier pretexto para hacer que lo mataran antes de que su identidad saliera a la luz y acusar a Max de haber cometido el crimen. No iba a ser fácil salvarlo, pensé, siendo Stoker el jefe de Detenciones Principales. Quizá, si todo salía bien a la mañana siguiente, pudiera ir a ver al rector Héctor y contarle la verdad... ¡pero se rumoreaba que Stoker y él eran hermanastros!

Mientras yo reflexionaba sobre cómo haría frente a esa situación un Gran Maestro —qué habría hecho Bray en mi posición, pensé para mi oprobio—, Croador quedó saciado de restos de palomitas o sintió alguna otra necesidad, pues dejó de comer y salió del teatro al trote; giró a la izquierda, y otra vez a la izquierda, corriendo a grandes zancadas, el Fundador sabía en qué dirección, por las calles vacías, llevándome lánguidamente montado a caballito.

5. EN EL OBSERVATORIO

Nos metimos en un callejón y entramos a través de un muro tras el cual hallamos una extensión de césped de un tamaño considerable. En el lado de enfrente, iluminado por la luna, había una pequeña torre abovedada, con hendiduras y ranuras pero sin una verdadera ventana. Croador galopó hacia ella, gruñendo. Una puerta de madera, en su base, se abrió sin que la hubiéramos tocado; entramos y subimos por una escalera de caracol de piedra. Croador daba la impresión de saber dónde estaba, y salimos a una brillante habitación situada debajo de la bóveda. Lo primero que me pareció es que estaba llena de aparatos, como la Sala de Control de la Central Eléctrica: vi paneles con luces parpadeando y cosas que hacían toda clase de zumbidos. Pero más impresionante que los aparatos era el ocupante de la habitación, ante quien Croador se puso de cuclillas. Carecía de pelo e iba desnudo, y su piel era la más blanca que yo había visto en mi vida; sus piernas parecían un par de palos inútiles que colgaban del alto taburete en el que estaba sentado; sus jamones también parecían haber encogido (aunque tenía las caderas anchas), al igual que sus gónadas peladas y casi inexistentes. Sin embargo, su panza tenía un tamaño considerable, incluso daba la sensación de estar hinchada, y la figura se completaba con un pequeño pecho y dos hombros blancos y caídos de los que colgaban unos brazos regordetes. Pero lo más llamativo era la cabeza: una bola desproporcionada y calva, sin pelos siquiera en las cejas, que se inclinaba hacia delante y hacia un lado como si pesara demasiado para que el cuello pudiera sostenerla. Llevaba unas gruesas gafas redondas, cuyas lentes sin montura magnificaban sus ojos color uña. No tenía dientes.

—Bueno, pues aquí estamos —dijo, pronunciando las eses del mismo modo sibilante en que las pronunciaba Max. De repente, Croador se puso a lloriquear—. Quiere que te bajes para poder hacer su trabajo —dijo aquel extraño hombre. Yo desmonté y me apoyé en mi vara, confuso. Inmediatamente, Croador se lanzó hacia un casillero de metal, sacó una túnica blanca y se la puso a nuestro anfitrión sobre los hombros. Éste enseñó las encías en una especie de sonrisa y Croador entró a toda prisa en otra habitación, volviendo al instante con una dentadura postiza en la mano. Soltando un suspiro, el hombre la aceptó y se la puso, y entonces dijo, más claramente—: Ha estado bien no tener este brruto porr aquí, perro la verrrdad es que lo necesito.

Entonces se dirigió a Croador en un idioma que era desconocido para mí pero que él, evidentemente, comprendía, ya que se acercó a un armario de un salto y se puso a hacer alguna tarea.

—Tú erres el famoso niño-cabrra, *nein?* —Dio un toquecito en un largo cilindro metálico que tenía a su lado, encajado en una hendidura de la pared—. Te vi porr el telescopio nocturno cuando estaba ajustando los telescopios prrincipales. Mañana hay un eclipse solarr anularr. Soy Eblis Eierrkopf. —Sonrió al notar que me alarmaba

y agitó una mano—. No te creas todo lo que te cuenta Herr Spielman. —Entonces logró esbozar una sonrisa de verdad—. ¡Menudo bobo, mirra que pegarrle un tirro a Herrman Herrmann! ¡Piensa con los ventrículos!

Me explicó entonces que había oído los boletines informativos sobre la detención de Max y la aparición de Harold Bray en el anfiteatro, del mismo modo que antes había oído que en la Central Eléctrica, el niño-cabra de la Colina Agrícola había domeñado a Croador, etc. Yo seguía demasiado desconcertado por su identidad y su aspecto como para contestar como era debido. ¿Aquél era el hombre responsable del Proyecto Cum Laude y de la desgracia de la señorita Virginia R. Héctor? ¿El archienemigo de Max? ¿El padre de Anastasia?

—Siéntate —me invitó. Había otra silla cerca del ocular de un enorme telescopio que apuntaba a una abertura vertical de la bóveda—. Croador trae cervezas en cuanto estén listas mis gachas.

Eso fue lo que hizo mi antiguo aliado, ahora claramente emancipado de mí; y no sólo me trajo cerveza —una cosa excelente, en una jarra con una tapa de peltre—, sino unos huevos de pollo hervidos, que cortó con un ingenioso artilugio de alambre.

—¡Ésos no! —gimió el doctor Eierkopf cuando vio lo que hacía Croador—. ¡Ésos son para investigar!

Pero era demasiado tarde; los huevos ya estaban cortados. El trabajo científico al que estaban destinados tendría que comenzarse de nuevo. Croador nos los sirvió y le dio al doctor Eierkopf sus gachas con una cuchara, insistiendo, con gruñidos y sonidos guturales, en que no dejara nada en el plato.

—Bueno —dijo el doctor Eierkopf, volviendo a soltar un suspiro—. Cuando se escapó, yo podía pensarr sin que nadie me distrajera, como había prrometido su amigo Stokerr, perro me morría de hambre. Ahorra como y no hago mi trrabajo, y me estropea mi investigación. ¡Bebe! No tengas miedo de mí.

—No tengo miedo —le dije—. Creo... creo que debería despreciarlo, señor. Él se limitó a asentir.

—Clarro que deberrías. ¡Al fin y al cabo, Spielman te dijo que lo hicierras! El viejo está bastante confundido.

Entonces afirmé con severidad que mi cuidador y consejero era el hombre más aprobado del campus, por lo que a mí respectaba.

—¡Porr lo que tú sabes, querrás decirr!

Por lo que yo sabía, de acuerdo; que casi con total seguridad lo habían destituido injustamente, debido en parte a los malos oficios de Eblis Eierkopf; que nada podía ser más falso que las acusaciones a las que se enfrentaba ahora, ya que durante toda su vida había defendido el principio de la no violencia, mientras que su rival había sido, si no un bonifacista activo, al menos un importante científico enemigo durante la Segunda Revuelta Intercampus, que había contemplado sin protestar la combustión de innumerables civiles moisianos en los hornos de la Facultad de Sigfrido y que, tras la revuelta, había aceptado sin ningún problema de conciencia, dedicarse a investigar

para la Facultad de New Tammany. Mi diatriba duró un rato, estimulada por la mirada pícaro del doctor Eierkopf. Croador, entretanto, estaba mirando por el telescopio más pequeño, el que el doctor había calificado de «nocturno»; lo movió ligeramente, soltó un graznido y le ofreció el ocular a su amo, que me suplicó que lo disculpara un instante.

—*Ja*, eso está muy bien —comentó un segundo después. Yo no estaba lo bastante indignado como para no quedarme perplejo al ver que Croador le acariciaba al científico sus minúsculos órganos mientras éste observaba—. ¿Quieres mirarr? —me invitó—. La residencia de jovencitas enfrente. Perro tú estás demasiado nervioso. No importra. —Apartó bruscamente la mano de Croador—. *Ach*, ya basta. Es muy gracioso, ¿no te parece? —me preguntó—. Y una suspendida pesadez al mismo tiempo. Bueno, niño-cabrra, a verr porr dónde empezamos con esas tuyas y de Spielman. La verddad es que estoy en deuda contigo porr traerr a Crroadorr a casa —dijo, y se rio con fuerza, como si se le hubiera ocurrido algo extraordinariamente divertido—. ¿Sabes que tu distinguido cuidadorr una vez llegó a acusarme de dejarr a su novia embarazada? ¡Imagínate!

—¿Acaso usted lo niega?

Se abrió la túnica con una especie de risita y Croador se puso a hacerle cosquillas de inmediato.

—¿Es necesario esto? ¡Parra ya, Crroadorr! Bueno. —Y más en serio, me dijo—: Empecemos porr ahí. Ya ves cómo es mi cuerrpo; tuve, muy pequeño, una especie de parrálisis infantil, que me dejó las piernnas y el resto como puedes observarr. Y la joven señora Stoker no me llama padre a mí.

Yo admití que no lo hacía.

—Entonces, una de dos —razonó jovialmente el doctor Eierkopf—: O bien Max Spielman es el padre de Anastasia...

—¡No!

Le repetí, muy indignado, lo que Max me había contado sobre su exposición accidental a las ondas de COMER, que habían acabado con su fertilidad. El doctor Eierkopf sonrió y asintió.

—¿Es verddad eso? ¡Qué interesante! Bueno, entonces si Spielman no miente... porr cierrto, el doctorr Kennarrd Searr podrría verrificarr que...

—¡El doctor Sear!

Tras expresar su sorpresa y su agrado por el hecho de que yo conociera al hombre del que hablaba, el doctor Eierkopf afirmó que ciertos documentos clasificados, que se encontraban bajo la jurisdicción del doctor Sear, podían dar fe de la fertilidad y la potencia de cualquier varón de la Facultad de New Tammany que estuviera en edad espermatogénica hacía veintitantos años. En aquel momento, como parte de la fase final de Proyecto Cum Laude, se habían tomado muestras de semen de todos los varones de New Tammany que se hallaran entre la pubertad y la senilidad. Estas muestras habían sido analizadas, clasificadas y seleccionadas bajo la supervisión del

doctor Sear siguiendo unas pautas establecidas por el ORDACO para cumplir con el Granmaestro Ideal del Laboratorio Eugenésico de Sujetos, y aunque Reginald Héctor, que era el rector por aquel entonces, había limitado todo el proyecto poco después, los documentos con los datos de los donantes que habían participado en la «Operación Piel de Oveja» seguían intactos y se encontraban, cerrados bajo sello, en alguna parte de los laboratorios del hospital, además de en los bancos de memoria del ORDACO, por supuesto.

—Así que puede ser que Max te haya mentido y puede ser que no —continuó.

—Y también puede ser que me esté mintiendo usted —lo interrumpí, muy impresionado, en cualquier caso, por aquella información.

El doctor Eierkopf emitió un sonido agudo.

—¡Muy bien! Eso está muy bien. De hecho, podría ser que yo te estuviera mintiendo. Perro imagínate que todos dijéramos la verdad; en ese caso, tu cuidador es potente perro estéril, y yo soy fértil perro impotente. ¿Qué nos queda entonces? Puede ser que Virginia Héctor haya dicho la verdad y que el ORDACO fuera el padre. Puede ser que una noche ella hubiera entrado en la Sala Cum Laude para encontrarse con un novio y que el ORDACO la hubiera cogido y fertilizado con el GILES, ¿sí?

Me levanté de la silla.

—¿Es cierto eso? ¿Por eso se interrumpió el proyecto?

El doctor Eierkopf levantó la piel donde habitualmente se encuentran las cejas.

—Eso es lo que dijo la señorita Héctor. Y *ja*, eso es lo que hizo que su papá se enfadara tanto que interrumpió el Proyecto Cum Laude. Una gran lástima, cuando estábamos tan cerca del éxito. Una lástima más grande de lo que creen los idiotas esos de la Sala de la Torre.

Quise saber entonces si la señorita Héctor había dicho la verdad. El tono de voz del doctor Eierkopf daba a entender que sabía más de lo que quería contarme en el momento —y admitió abiertamente que muchos detalles del proyecto Cum Laude seguían siendo secretos por diversos motivos—, pero ciertos hechos, afirmó, estaban más allá de toda duda y podía hablarse de ellos sin ningún problema: para empezar, el GILES, pondría la mano en el fuego por ello, había sido concebido con éxito, al menos en su forma prototípica, y se había dejado, por decirlo así, en las manos del ORDACO, en espera de seleccionar una «madre» voluntaria y obtener un permiso de la Sala de la Torre y de los grupos de presión enoquistas para poder efectuar la inseminación experimental. En segundo lugar, el ORDACO, en la Operación Cuerno de Carnero y en el experimento de los *Überkatzen*, demostró su capacidad para tomar la iniciativa y para implementar lo que decidiera; por esa razón, la Sala Cum Laude había sido designada temporalmente zona vedada para las empleadas femeninas, con la intención de impedir que nada sucediera de forma prematura. En tercer lugar, el valioso GILES original había desaparecido indudablemente durante la noche en cuestión, y nunca había sido encontrado. Por último, un informe obstétrico secreto,

que Eierkopf había visto justo antes de su destrucción, afirmaba que la señorita Virginia R. Héctor, con toda seguridad había sido inseminada.

—¡Entonces ella dice la verdad! —grité. Entonces se me ocurrió una idea tan asombrosa que me quedé sin palabras: todo el misterio de mi identidad pareció, en un instante, aclararse de un modo que confirmaba mis esperanzas, mucho más allá de lo que nunca había soñado. Fue un momento maravilloso. Lamentablemente, el doctor Eierkopf volvió a ponerme los pies en el campus.

—Eso es imposible —dijo—. No digo que mienta, pero lo que dice no puede ser cierto.

Lo más probable, insistió, era esto: el ORDACO había sido programado para inseminar únicamente con el GILES, pero el GILES, por definición, había de producir un varón, el futuro Gran Maestro. Puesto que el bebé de la señorita Héctor había sido una niña —la actual señora de Maurice Stoker, entre cuyos incuestionables atributos, el Granmaestrazgo, desde luego, no estaba incluido—, había dos posibilidades: o bien el ORDACO realmente había inseminado a Virginia Héctor, pero *ad libitum*, autoprogramándose en un impulso «amipencsial», y no con el GILES, sino con un semen obtenido de algún modo incógnito, o bien no había sido el ORDACO sino algún varón humano quien se la había cepillado en la Sala Cum Laude. Asumiendo que este último caso fuera cierto, y también que tanto Max como él dijeran la verdad, había que inferir que la señorita Héctor tenía otro amante o que había sido víctima de un violador sin identificar.

—Porr mi parte —concluyó—, yo crreo que tuvo el gran prriviligio de ser elegida por el ORRDACO, como ella dice. Perro entonces el orrdenadorr debió decidir no honrarrla con el GILES, y quizá la ferrtilizó con otro semen o quizá simplemente... *gozó de ella*, sabes, sin ferrtilizarrla. Parra prracticarr, *ja?* O sólo parra pasarr el rato «amipencsialmente». Y entonces, más adelante, ella pudo haberr concebido a su hija con un amante norrmal. —Me dio la impresión de que Eierkopf guiñó un ojo—. Erra una perrsona bastante atractiva en esa época... Yo mismo muchas veces deseaba ser como los otros hombres, por el bien de ella... Perro, ¡bah! Nunca fui ni siquiera una décima parte de tonto de lo que fue Spielman, con su suspendida compasión y su honor y su dignidad de la estudiantía. Niño-cabrra, debajo de un moisianio liberral siempre hay un sentimental, siempre.

Croador se acercó para llenarme la jarra, abandonando para ello sus observaciones por el telescopio nocturno. Al principio, rehusé, y le comenté al doctor Eierkopf mi intención de ir a Detenciones Principales y hacer todo lo que estuviera en mi mano para que liberaran a Max. Pero él me aseguró que no podía hacerse nada, al menos esa noche —incluso llamó por teléfono a Detenciones Principales de mi parte para confirmar ese hecho—, y que a pesar de la mala reputación que tenía Maurice Stoker, el sistema judicial de New Tammany era, en general, imparcial.

—Si Max no mató a Herrmann, no es prrobable que lo condenen —insistió—. Si sí lo hizo, como yo sospecho, de todas forrmas tendrrá mucho apoyo.

Le pregunté qué era lo que lo hacía pensar que Max era culpable, si no se trataba de simple malevolencia.

—Erres un chico listo —me contestó, y se disculpó ante la insistencia de Croador, que lo llamaba para que viera cómo se desvestía una chica de colegio mixto en su habitación a oscuras a medio kilómetro de allí—. Perro confundes la malevolencia con la maleficencia. —Hablaba por un lado de la boca—. Me gusta mirrarr a la gente porr el telescopio nocturno; puede serr un poco ttravieso, perro no hace daño a nadie.

En cuanto a su participación en las investigaciones bonifacistas durante la revuelta y a su trabajo posterior en el arsenal de COMER y en el Proyecto Cum Laude, consideraba que no era culpa suya ni tampoco de la ciencia que los hombres emplearan los frutos de su investigación con fines suspendidos; no era más que un trabajador infatigable en su campo, un explorador de las posibilidades de la naturaleza; su única lealtad era hacia su trabajo; no sentía ningún interés por las rivalidades existentes entre las distintas facultades, que le parecían un asunto baladí, aunque pudieran conducir a la destrucción de la Universidad. No, declaró, el mal del campus no era producto de inteligencias no comprometidas, como la suya, que se entretenían, entre unos prodigiosos logros intelectuales y otros, espionando a chicas desnudas de segundo de carrera con un telescopio de rayos infrarrojos; era más bien obra de la gente con principios, como Max Spielman, que se enorgullecían de tener corazón además de cerebro, que se involucraban apasionadamente en causas altruistas de clase media y que, en resumidas cuentas, demandaban o aspiraban a formar parte de la fraternidad humana.

—¡Sobrrre todo los que están dispuestos a sacrificarrse! —me advirtió—. ¡Ten cuidado especialmente con éstos! Los moisianos liberrales con sus Derrechos del Estudiante y su Valorr del Sufrrimiento, éstos son los que hacen que te hundas con ellos y te dicen que es porr tu prropio bien. ¡Imagínate, cuando estaba en Sigfrrido me decían que deberrría ttrarrarme al fuego con ellos, en señal de prrotesta!

No me quedó claro qué tenía esto que ver con la cuestión de la inocencia o la culpabilidad de Max, salvo que Eierkopf pensara que un hombre capaz de sentir alguna emoción era capaz de sentir cualquier emoción, y por lo tanto no era de fiar. Yo sentía tanta intriga como aversión por aquel tullido sin pelo, que comentó, de pasada, que nunca dormía como la gente normal, sino que se limitaba a «apagar la mente» de vez en cuando, por el día o por la noche, entre sus actividades mentales, y descansaba de ese modo, como un pez o una máquina. Había algunos temas que yo quería tratar con él, por mera curiosidad o con la esperanza de obtener una información práctica: el procedimiento que había que seguir para hacer la matrícula al día siguiente, el problema de encontrar un buen abogado para Max, el origen de Anastasia y del mío propio, la naturaleza de la Graduación, la personalidad de mi aparente rival, Harold Bray, la cuestión de cómo entrar en el estómago del ORDACO y modificar su MIRA (sobre la cual yo suponía que estaría mejor informado que Max, ya

que había estado en contacto con el ordenador más recientemente) y varios asuntos más. Como en cualquier caso no tenía dónde ir ni nada que hacer hasta las seis y cuatro minutos de la mañana siguiente, y dormir era imposible en tan turbulentas circunstancias, me quedé en el Observatorio y al final acepté la invitación del doctor Eierkopf a pasarnos la noche charlando, fortalecido y estimulado por los tragos que le iba dando a un licor negro destilado al pie de la Colina del Fundador, del que Croador había localizado una botella. Seguida de la cerveza fría y pálida, era una bebida vigorizante. Se me pasó por completo el cansancio y me vi obligado a reconocer que aunque era abominable en general y repulsivo en muchos particulares, mi anfitrión no carecía de cualidades atractivas, del mismo modo que no carecía de ellas, en mi opinión, Maurice Stoker. A su manera, era innegablemente generoso, ingenioso, eficiente y organizado, brillantemente lógico y sistemático, y sus opiniones eran interesantes aunque uno no siempre coincidiera con ellas. Su desprecio por Max era más leve de lo que me había parecido al principio, y no tenía que ver con los logros intelectuales y científicos de mi cuidador, al que respetaba bastante, sino por su preocupación por los problemas no científicos del campus y su estudiantismo secular en general, todo lo cual Eierkopf rechazaba con irritación por considerar que «no venía al caso». También de un modo leve, admitió algunas de sus ideas relativas a la gestión administrativa: pensaba, por ejemplo, que una comisión rotativa de expertos en las diversas ciencias podía dirigir la Universidad más armoniosa y eficazmente que los individuos versados en derecho, ciencias políticas y administración de empresas que, de manera habitual, residían en la Sala de la Torre. Apoyaba sin reservas la idea de «revuelta preventiva»: se trataba de COMER o ser comido, declaró tranquilamente (confesando que el acrónimo le daba náuseas), y New Tammany haría bien si se decidiera a COMERSE a los nikolayanos de una vez por todas, sin previo aviso, tanto para simplificar la situación política como para protegerse de la destrucción a manos de un enemigo que, sin ninguna duda, no tendría escrúpulos en atacar por sorpresa. Sobre la cuestión del genocasto moisiano se limitó a encoger sus estrechos hombros: la revuelta era la revuelta; a los sigfridenses les habían cortado el suministro de su combustible habitual; algunos buenos investigadores moisianos, como Chaim Schultz, se habían convertido en humo, pero no muchos; el asesinato de cuerpos estudiantiles enteros era una tradición tan antigua como la propia revuelta —¿acaso Laértides no había sido llamado «el saqueador de ciudades»?— y ni la escala ni la eficacia de la exterminación de los moisianos, desde su punto de vista, hacía que los sigfridenses fueran más suspendidos que los remusianos clásicos, por ejemplo, teniendo en cuenta el aumento proporcional de la población de la Universidad desde los cursos antiguos y la mejora de la tecnología homicida.

—A pesar del moisiocasto y de las muertes por toda clase de causas producidas en ambos bandos durante la Segunda Revuelta Intercampus —señaló

—, al final de la revuelta había más gente en el campus que al principio. ¿Entonces?
—preguntó, y levantó lánguidamente las palmas de las manos.

Pero menos indignantes y, para mí, más interesantes, fueron sus opiniones sobre Harold Bray, los Grandes Maestros en general y la Graduación, cuestiones todas, al igual que la ética y la política, en las que declaró desde el principio y con una sonrisa que «no era especialista», es decir, que eran temas sobre los que podía charlar un rato, pero que no merecían que les prestara atención en serio.

—Yo estoy graduado, ¿sabes? —me dijo.

—¡Usted!

—Parece que te sorprende. En cualquier caso, lo estoy. Incluso tu amigo Bray está de acuerdo, aunque eso no tiene ninguna importancia. Y lo verifiqué en el ORRDACO antes de que me degradaran: ése es el verdadero Gran Maestro, por supuesto.

Me puse a toser encima de la cerveza.

—¿El ORRDACO?

—Desde luego.

Lamentaba, me dijo con serenidad, no poder apoyar mi reivindicación de tal distinción (yo no me podía imaginar cómo habría llegado a saberlo). Admitió que en muchos aspectos mi historia era semejante a la del Granmaestrazgo Ideal tal como lo concebía en abstracto el ORRDACO, y si yo hubiera resultado ser el hijo de Virginia Héctor mediante el GILES, no podría haber dudas sobre mi autenticidad. Pero al ver que no lo era, lo mejor que podía decir de Max era que mi cuidador —en su aislamiento, en su amargura y a su avanzada edad— se había vuelto bobo y me había instruido para que llevara a cabo algún absurdo plan rectificatorio. Como, en su opinión, Max era incapaz de mantener un engaño a lo largo del tiempo —aparte del autoengaño—, Eierkopf concluía que lo más probable era que Max probablemente creyera que yo era un Gran Maestro, y lo creería más aún si se enterara del incidente del GILES.

—Pero no te olvides —me dijo— de que tu único motivo para creer que vienes del elevador de cintas de la Sala de la Torre, por ejemplo, es que Spielman te lo ha dicho. Recuerdo haber leído algo sobre un *Schwarrzer* loco que se encontró un bebé, pero Max pudo haberse inventado esas historias —o pudo haberlas inventado el propio *Schwarrzer*—, o quizá tú no seas ese niño. —Me sonrió—. O puede ser que te hayan comido a ti, ¿ja?

—Lo he pensado.

—Bueno. Pero en cualquier caso, no eres el hijo de Virginia Héctor. ¡Y todo ese tema de la MIRRA! Nadie sabe cómo se ha programado a sí mismo el ORRDACO desde esa época, o si los requisitos para el Granmaestrazgo que lee son los que realmente exigiría si alguien tratara de entrar en su Estómago. ¡Podría estar engañándonos! O hablando un idioma distinto.

Comencé a sentir mareos y una cierta melancolía, y sin embargo, me mantuve en mis trece, como siempre hacía cuando surgía la incertidumbre sobre mi posición.

—Y, de todas maneras, ¿quién dice que la misión de un Gran Maestro es acabarr con la Revuelta Tranquila? —continuó Eierkopf alegremente—. ¡Sólo Spielman! ¡Es un pacifista moisiano! ¿Acaso Enós Enoc se preocupaba por las actividades políticas en los colegios de secundaria? «Al rector lo que es del rector; al Fundador lo que es del Fundador». Y Escápuas dice que el viejo Mayos luchó en primera línea en las revueltas lykeionienses, como cualquier almamatriota.

Un tanto incómodo, declaré:

—Todavía no he decidido lo que voy a hacer. Max es mi consejero, pero ya no es mi cuidador. Me alegra oír que usted no cree en el Bray ese, por lo menos.

—¿Brray? ¡Bah! Ya veremos lo que pasa cuando se meta en el Estómago del ORRDACO. ¿Quieres ver qué está haciendo ahora?

Apretó algunos interruptores de un tablero de mandos que tenía cerca. Al lado del margen superior de las paredes, justo donde comenzaba la bóveda, había una fila de pantallas de cristal ligeramente convexas, cada una de un metro cuadrado, que entonces comenzaron a soltar unos destellos blancos y azulados, como había hecho la telerama de la Central Eléctrica. En ellas aparecieron diversas escenas, casi todas desconocidas para mí: calles, edificios, interiores, en su mayoría vacíos y oscuros. En una de las pantallas, sin embargo —que Eierkopf seleccionó, apagando las demás—, se vio una muchedumbre considerable congregada en torno a una columna que señalaba que la escena transcurría en la Colina del Fundador. Una figura blanca estaba al pie de la ladera, y alternativamente se dirigía al gentío y se inclinaba para tocar a quienes se arrodillaban ante él y decirles unas palabras. A algunos de ellos, por lo que parecía, les daba algo cilíndrico y blanco, como un papel enrollado.

—Ya está dando certificados a los candidatos —bufó Eierkopf. Un plano corto me permitió distinguir que se trataba de Bray sin ninguna duda—. Más vale que te pongas manos a la obra, o si no, no quedará nadie a quien graduarr.

—¿De verdad el ORRDACO le ha dado un certificado? Eso es lo que él decía.

También me preguntaba cómo había logrado aquel hombre aparecer por el aire, como una enorme cigüeña, y quién era en realidad, y si el rectorado de la Facultad de New Tammany no tomaría medidas para investigar al impostor y suprimirlo. Mientras pensaba en estas cosas, me pareció ver a Peter Greene entre la multitud, bajo la luz, acercándose al monumento; y allí, al fondo, menos sorprendentemente, moreno y teatral, estaba Maurice Stoker, con una mano en la cintura y la otra en la barba, sonriendo y dando órdenes a gritos a los agentes que hacían frente a la muchedumbre. Entonces me quedé muy consternado, ya que, cuando Eierkopf hizo girar un dial para ver la escena más de cerca, me fijé en una joven esbelta que llevaba un atuendo blanco y sencillo, como el de Bray, y que se acercó, escoltada por unos hombres de uniforme, y abrazó las rodillas del farsante.

—¡Levántate de ahí! —grité.

—*Ja*, ¡es Anastasia! —dijo Eierkopf soltando una carcajada—. Una crriaturra llamativa, ¿verrdad? Guapa como su madre, y nunca dice que no. ¿Quieres mirrarr?

Abatido, rehusé, y él apagó el artilugio. Croador apareció con un recipiente esmaltado en blanco que tenía una extraña forma, en el cuello del cual puso el pequeño pene de su amo, y Eierkopf orinó.

—Estás un poco celoso —dijo—. Te lo pasaste muy bien anoche en la Sala de Estar, ¿*ja*? Lo vi en el monitor.

Desde el escándalo del Proyecto Cum Laude, me explicó, lo habían destituido de su cargo de director de la investigación del ORDACO —de todos modos, la máquina se había vuelto tan autónoma que su puesto ya casi no tenía sentido— y lo habían destinado al puesto de relojeador, cuyo trabajo consistía en vigilar si los empleados cumplían con su jornada laboral. En realidad se trataba de una ocupación bastante delicada, puesto que implicaba ser responsable no sólo de controlar el ritmo laboral de la Facultad de New Tammany, sino también de medir el «tic tac del corazón» del propio ORDACO, «el verdadero pulso del Campus Occidental»: tal y como yo lo concebía, una especie de metrónomo (¿o se trataría simplemente de un principio?) que establecía el ritmo de las actividades del ORDACO y que, al mismo tiempo, constituía ese ritmo; que de algún modo que yo no era capaz de imaginar, dirigía y también derivaba del mecanismo de relojería de la Sala de la Torre, que estaban siendo reparados. En esta ocupación, Eierkopf, cuyas capacidades eran demasiado valiosas como para prescindir de ellas, prestaba un servicio a la administración, que sin embargo evitaba la vergüenza de tener a un destacado exbonifacista al mando de los programas de investigación militar de New Tammany. Además, a instancias de Maurice Stoker, las funciones del relojeador se habían ampliado recientemente para ayudar a Detenciones Principales en lo que se llamaba la Vigilancia por la Seguridad; Eierkopf, un genio provisto de lentes, micrófonos y cosas así, estaba creando e integrando en el ORDACO un elaborado sistema de monitorización diseñado para mejorar la eficacia de los cuerpos de seguridad de la Facultad de New Tammany a la hora de prevenir las infracciones antes de que ocurrieran y proteger la facultad de los espías rivales. Cuando estuviera perfeccionado, la Vigilancia por la Seguridad informaría al ORDACO de todo lo que percibieran sus ubicuos ojos y oídos; el ordenador analizaría y evaluaría toda la información, seleccionaría por medio de su propio programa cualquier prueba de que se estuviera cometiendo una infracción y o bien tomaría medidas por sí mismo o bien recomendaría la línea de actuación que considerara más adecuada. Por el momento, el sistema sólo consistía en unos cientos de cámaras e instrumentos de escucha diseminados por el campus y controlados por un escáner automático que todavía estaba en fase de experimentación y se hallaba allí, en el Observatorio de Eierkopf. Esto explicaba su sorprendente conocimiento de mis aventuras recientes.

—Estáis tú y Brray y el Sajian Vivo ese... Os estamos obserrvando a todos, porr supuesto, todo lo que podemos. Un Grran Maestro siempre es una amenaza

potencial, como sin duda sabrás: ése fue incluso un requisito en el programa de GILES.

Yo estaba demasiado impactado por la deserción de Anastasia —¿cómo, si no, se podía interpretar su conducta?— como para que estas revelaciones me sorprendieran en su justa medida. ¡En la Sala de Estar había afirmado apasionadamente que creía en mí, para luego abrazar al primer impostor que apareciera! Eblis Eierkopf, desde luego, estaba simplemente entretenido; sugirió que quizá ella aceptara la Certificación de Bray para tratar reforzar la autenticidad de éste porque le hubiera parecido que necesitaba ayuda. ¿Acaso no había hecho lo mismo por mí, y por otra media docena de personas?

—¡Las cosas que solía hacer por mí con Croadorr! —exclamó—. Sabía que a mí me hacía bien mirarla por el telescopio nocturno, especialmente cuando se rumorreaba que podía ser mi hija. ¡Una chica estupenda!

Estaba dispuesto a entrar en detalles, pero yo rechacé su oferta con un gesto de la mano. En un esfuerzo para levantarme la moral, le dijo entonces a Croador que me rellenara la jarra y me contó lo que sabía de Harold Bray.

—Un loco. Un farsante. Un charlatán —insistió—. No le creas ni por un minuto; ni siquiera tiene las cualidades que tienes tú.

Sin embargo, admitió que Harold Bray era realmente un tipo extraordinario, por mucho que fuera un impostor de marca mayor, y que había adquirido una cierta notoriedad en el campus antes de que comenzara la «granmaestromanía». Había un acuerdo casi unánime de que había aparecido en la Facultad de New Tammany unos ocho años antes, aunque nadie sabía seguro cuándo ni de dónde venía, y no era más que una hipótesis, aunque bastante plausible, que los diversos roles que se le habían atribuido bajo distintos nombres y aspectos habían sido representados por un mismo hombre.

—A veces pienso que es una especie en lugar de un hombre —afirmó Eierkopf—. Como mínimo, quintillizos.

En resumen, unos pocos meses después de haber aparecido en la Facultad de New Tammany, parecía conocer los nombres, las historias, los logros y las actividades de todos los individuos del campus, incluyendo sus amistades, sus rivalidades y sus vidas privadas, como si tuviera un sistema de Vigilancia por la Seguridad propio. Era bastante achaparrado, con el pelo moreno y no había alcanzado todavía la mediana edad; sin embargo, conseguía modificar sustancialmente su aspecto de un día para otro, y también su vocación. Primero había sido un poeta vanguardista con barba y botas y maloliente, que supuestamente había pasado una larga temporada encerrado. Entonces despertaba adoración entre los jóvenes estudiantes más excéntricos; era un *enfant terrible* con un atuendo de lo más exótico que alardeaba de sus proezas sexuales, iba citando a personajes famosos por todo el Gran Centro Comercial, contaba cotilleos difamatorios (que siempre contenían una pizca de verdad) que hacían que los miembros del Departamento de Poesía se enzarzaran en violentas

rencillas y publicaba montones de poemas, algunos de los cuales nunca pudo demostrarse que fueran plagiados. Más adelante —o tal vez simultáneamente, no está del todo claro— había sido un psicoterapeuta —calvo, bien afeitado, elegante, aseado y gordo—, que fue expulsado del Departamento de Psicología cuando se descubrió que sus extraordinarias cartas de recomendación eran falsificaciones, pero no sin que antes hubiera logrado curar, al menos aparentemente, a un elevado porcentaje de sus pacientes. Después, bajo un tercer nombre, con el pelo al rape y una constitución musculosa, había sido entomólogo de campo, explorador y experto en supervivencia, capaz de permanecer indefinidamente en la naturaleza sin siquiera una navaja o una cantimplora llena de agua. Pero el Departamento de Cartografía y el de Entomología, que estaban muy satisfechos con sus capacidades y se mostraron indiferentes a sus credenciales, se habían visto, a su pesar, obligados a despedirlo cuando se negó a revelar sus métodos de trabajo. No tenía documento de identidad, o más bien tenía tal cantidad de carnés falsos y robados que nadie podía decir cuál era su verdadero nombre. Nadie lo había visto nunca comer, dormir ni aliviarse; nadie sabía dónde vivía; pasaba todo el tiempo en tabernas y en los despachos y las moradas de otras personas, hablando infatigablemente y con gran erudición sobre cualquier tema que surgiera: todos coincidían en que era o bien un mentiroso patológico o bien un polímata muy viajado. Tampoco nadie lo había visto trabajando jamás, pese a lo cual aparecieron libros y monografías en una docena de lenguas y sobre una gran variedad de materias (aunque no sobre técnicas de supervivencia) bajo sus distintos pseudónimos y alias, que con frecuencia recibían críticas pero nunca eran desestimados. Con el tiempo, había llegado a convertirse en el principal tema de conversación de las reuniones de los comités y los cócteles de New Tammany. Se reían de él, lo injuriaban, lo desdeñaban, lo despedían, lo amenazaban con demandas judiciales, y sin embargo generaba un profundo respeto, sobre todo entre los estudiantes. Sus detractores más hostiles coincidían en que se trataba de un habilidoso impostor, hasta el punto de que en algunos casos, la cuestión de su fraudulencia era más metafísica que legal o ética. Si un hombre totalmente carente de experiencia y de conocimiento decide hacerse pasar por un artista, conjeturó Eierkopf, y como parte de la farsa produce un cuadro que unos cuantos críticos respetables consideran una auténtica obra de arte, ¿ese pintor es un fraude? Si para evitar que se descubra que sus conocimientos quirúrgicos son fingidos un hombre extirpa un apéndice correctamente, ¿se trata de un embaucador? Mucha gente pensó que no, y el famoso impostor se había ido convirtiendo en una celebridad de lo más fiable, en una institución, en una especie de mascota de la facultad cuyos engaños con frecuencia deleitaban a los engañados. Los newtammanienses esperaban con aprobatoria curiosidad para ver dónde volvería a presentarse Bray, y en calidad de qué; sus poemas, sus cuadros y sus artículos académicos pasaron a ser artículos de coleccionista; todos estaban de acuerdo con que era, a su manera falsa, un genio tan estimable como los enciclopédicos gigantes de la Rematriculación, y en algunos

patios cuadrangulares se puso de moda reivindicar un valor intrínseco y legítimo para su producción.

—Así que si alguien puede imitar a un Gran Maestro, ése es Bray —concluyó el doctor Eierkopf—. Nunca se puede saber por dónde va a salir. Lo curioso es que esta vez se ha presentado sin disfraz: emplea uno de los nombres por los que se lo conoce en lugar de inventarse uno nuevo, y tiene la misma cara que tenía cuando era psicoterapeuta.

Como consecuencia, algunos comentaristas afirmaban que esta vez no estaba haciéndose pasar por nadie; que sus imposturas anteriores habían sido una suerte de augurios preparatorios, de deliberados desafíos a la fe, como si alguien dijera: «¡Te desafío a que creas en mí!». Era evidente que miles de personas estaban dispuestas a aceptar el reto: lo que a Eierkopf le interesaba ver era cuántos pasos era capaz de dar Bray; cómo se comportaría si llegaba a aceptárselo como Gran Maestro, especialmente en lo relativo a la cuestión de meterse en el ORDACO; qué valoración haría de él el ORDACO, que inevitablemente tendría que valorarlo, si es que no lo había hecho ya; y qué sucedería cuando llegara el momento de hacer frente a ese final descrito en el GILES como el destino de todo Gran Maestro.

—Los enoquistas dicen que un hombre puede enseñar el programa eficazmente aunque sea un suspendido —declaró—. Si toda la gente cree que Bray es el Gran Maestro, y él se mete en el Estómago del ORDACO y gradúa al cuerpo estudiantil, ¿qué importa que sea el verdadero Gran Maestro o no?

—¡Importa muchísimo! —grité—. ¡Es lo más importante del campus! ¡Yo soy el Gran Maestro, me crean o no!

Mientras protestaba, sentí una punzada de dolor al pensar en la apostasía de Peter Greene, y en la del doctor Sear (aunque sabía desde el principio que sólo estaban siendo amables), y en particular en la de Anastasia, ya que había llegado a considerarla mi primera protegida. Hasta el mismísimo Croador me había abandonado para acucillarse delante del telescopio nocturno, incumpliendo las órdenes de su amo.

—No me siento nada bien —dije.

—¿Quieres una mujerr? —me preguntó al instante el doctor Eierkopf—. Puedo decirle a Croador que traiga alguna chica de colegio mixto que estudie Ciencias Lácteas.

Rehusé su ofrecimiento.

—¿Una aspirrina, entonces? ¿O un sándwich? Aunque tengo que pedirte que comas en el baño.

También rehusé estas ofertas y observé que quizá lo que más falta me hacía, después del consejo de Max, era dormir.

—Lo que tú quieras —dijo Eierkopf—. Croador te preparará un catre y nos encargaremos de que te despiertes con tiempo para ir a matricularte. Y muchas gracias por habérrlo traído a casa, de verdad.

Cerré los ojos un momento.

—De nada, señor.

—¿Sabes una cosa? —Inclinó la cabeza hacia el otro lado, y sus ojos, aumentados de tamaño, destellaron de alegría—. Casi me gustaría que tú fueras el GILES; George. ¿Puedo llamarte George? Y tú llámame Eblis, si quieres...

Soltó entonces un breve suspiro, tras el cual, como si hubiera recibido una orden, Croador vino y lo subió sobre sus hombros. Eierkopf parecía encontrarse muy cómodo allí, pero me sorprendió ver algo brillante detrás de sus lentes que me pareció tratarse de lágrimas.

—¿Lo ves? Siempre se está confundiendo, como con mis huevos hace un rato. Nunca consigo que se haga nada como yo quiero. Perro ¿qué puedo hacer? Y estoy seguro de que yo también lo coarrito a él...

Olvidando entonces el tema —su deseo de que yo fuera el auténtico GILES—, por no mencionar mi propuesta de dejar de hablar, comenzó a contarme la naturaleza y la historia de su relación con Croador, que yo escuché con la escasa lucidez y la exigua paciencia que me quedaban.

—Me acababan de traer a New Tammany —empezó, apoyando su pequeña barbilla sobre el cráneo de Croador, un esferoide blanco posado sobre un gran pedestal negro—. Hacía muy poco que habían empezado a usar el ORRDACO para asignar compañeros de habitación, y los investigadores refugiados recibían el mismo trato que los estudiantes en las residencias corrientes. *Verstehst?* Ya lo verrás mañana por la mañana...

A la hora de la matriculación, continuó contándome, las características de todos ya estaban codificadas en unas tarjetas, que entonces se ordenaban por parejas en función de su complementariedad: una chica sencilla, llegada de una granja, con una jovencita chic del Gran Centro Comercial, por ejemplo. Eso era antes de la época de los Tests Prenatales de Aptitudes, y Eierkopf admitió que no era un mal sistema.

—¡Perro dime qué programa no tiene algún problema, niño-cabrra!

Había llegado a esta facultad con un defecto en la vista y dientes postizos, afirmó; nunca fue robusto; le costaba mucho mantenerse de pie (sus piernas entonces eran más fuertes). Toda esta información se introdujo en su tarjeta. Había firmado el juramento de lealtad, había obtenido los documentos de expedición y había observado cómo los mecanismos clasificadores de tarjetas del ORRDACO se ponían a funcionar. Cuando se dirigió al alojamiento que le había sido asignado, no se encontró con el joven ingeniero *gemütlich*, práctico y con buena vista que se esperaba (ya que él sufría terribles dolores de cabeza y era demasiado distraído como para ocuparse de las tareas domésticas), sino con Croador, el famoso atleta, que en aquel entonces tenía una beca por lo que destacaba en el fútbol newtammaniense, antes de que lo nombraran delegado frumenciano en el Consejo Universitario, por su propio bien.

—¡Imagínate, niño-cabrra! ¡Un brruto descerrebrado que comía hamburguesas crudas cuando el entrenador le daba la orden, no llevaba más ropa que un taparrabos, se metía el dedo en la nariz, cogía todo lo que quería, orrinaba en la ducha, bailaba y se tiraba pedos, ponía los ojos en blanco, mostraba los dientes con facilidad y se trrajinaba a todo un desfile de chicas de colegio mixto!

Cada vez con más frecuencia, me dijo, cuando tenía que resolver unas ecuaciones o sólo quería relajarse, llegaba a casa y descubría a Croador ocupado con una de las chicas, quizá una animadora con una letra carmesí en la parte delantera del jersey. Por supuesto, Croador nunca se tomaba la molestia de cerrar las persianas, y en esa época, a Eierkopf aquel espectáculo le daba dolor de cabeza: desde su posición en la escalera exterior se veía obligado —en esos términos se quejó— a contemplar a la pareja en celo: veía entonces cómo la pequeña bestia rosada simulaba displacer, incluso amenazaba con dar la alarma, y cómo el mono salvaje se limitaba a croar y, ya completamente desnudo, le quitaba a ella la faldita y el liguero y comenzaba a follársela de un modo aterrador, momento en el que la chica, habiendo perdido ya la timidez, se ponía a dar gritos de júbilo.

—¡Y lo peor es que teníamos que compartir cama!

Resultaba bastante difícil relajarse debido al olor a perfume y sudor, me explicó; más de una vez, cuando al fin el sueño le proporcionaba un alivio al margen de todo pensamiento, lo despertaba el pesado brazo de Croador al caer sobre él; inmerso en sueños lujuriosos, el frumenciano lo confundía con una presa, y Eierkopf debía entonces despertarlo (lo cual no era una tarea fácil) o sufrir su abrazo hasta que concluyera el sueño.

Sonreí con empatía, y Eierkopf se apresuró a asegurarme que, a pesar de todo, tener a Croador de compañero de habitación no había estado tan mal.

—Nunca envidié su salario, ¿sabes? El cerebro no lo es todo. La estudiantía necesita sus cirros. Todo el cuerpo estudiantil asistía a los partidos; yo mismo los miraba con mis binoculars, animando como los demás.

Croador era, admitió, un animal extraordinariamente ágil, al fin y al cabo, rebosante de fuerza y de gracia; incluso Eierkopf se ponía de buen humor al verlo dando saltos por la habitación, o haciendo elevaciones con la barra de la cortina de la ducha, o asolando media fraternidad femenina. No siempre estaban en desacuerdo, me dijo; yo debía entender eso. Aunque al delicado científico le daba náuseas el olor a hamburguesa cruda, Croador se ocupaba de que nunca pasara hambre, y salvo en sus estados de ánimo más escandalosos, llevaba de un lado a otro a su compañero de habitación siguiendo sus instrucciones, como había hecho conmigo. A cambio, Eierkopf había rellenado los formularios de la solicitud de beca de Croador, le había organizado sus asuntos económicos, lo había instruido en algunas cuestiones básicas de etiqueta e higiene —no defecar en las aulas, no copular en las esquinas— y le había hecho los deberes.

—Inventé pequeñas tareas para hacer que se sintiera útil y regímenes para que se mantuviera en forma. A veces incluso le elegía las chicas: ¡si fuera por él, se habría tirado a un caniche o a la jefa de estudios! Por aquel entonces, a mí todavía me interesaban las mujeres; si alguna guapa estudiante de Arte Dramático evitaba mi compañía o se burlaba de mis gafas, se la señalaba a Croador a escondidas y un par de noches después tenía el placer de verla anonadada mientras él se la zumbaba brutalmente.

Es decir, que Croador no habría podido sobrevivir demasiado tiempo en el campus sin la ayuda de Eierkopf, y al científico, a su vez, la vida le habría parecido insoportable si Croador hubiera muerto de un disparo, digamos, por parte del padre de alguna chica de segundo curso deshonrada, o si lo hubieran linchado los del Consejo de Estudiantes Blancos. Por lo tanto, por mucho que se desesperara por las groserías de Croador, y Croador tal vez por la incapacidad y la fragilidad de su compañero de habitación; por mucho que ambos anhelaran en algunas ocasiones vivir solos o con una persona más afín —anhelo del que últimamente se había aprovechado Maurice Stoker, por pura maldad—, en el fondo se necesitaban. Eran extraños compañeros de cama que, en cualquier caso, estaban unidos por un contrato de alquiler sumamente estricto, que no podía rescindirse antes de lo estipulado. Y la costumbre es una cosa tan poderosa, afirmó Eierkopf, que al cabo de poco tiempo casi no recordaba haber vivido solo; era como si Croador y él hubieran estado juntos desde el principio, para bien o para mal. Además, aunque su relación no era fácil, la dependencia mutua había ido aumentando a medida que pasaban los cursos. La dolencia de Eierkopf empeoró; tuvo que empezar a usar una silla de ruedas y dejó de dormir; Croador lo llevaba de casa al laboratorio y del laboratorio a casa, e incluso aprendió a escribir al dictado y a pasar a máquina informes, salvo cuando sufría ataques como el que recientemente lo había llevado hasta el Desfiladero de George. En cuanto al frumenciano, hasta entonces había logrado salir adelante gracias a una clase de instinto que, cuando vio cuánto mejor le iba con la ayuda de Eierkopf, dejó de lado u olvidó por completo.

De nuevo los ojos de Eierkopf se llenaron de lágrimas, sin que yo pudiera saber si eran de cariño o de disgusto.

—Incluso aprendí el arte del fútbol por él, y entre partido y partido le explicaba cosas sobre su especialidad, la serie ofensiva. Todo lo cual, amigo mío, los directores deportivos, los estudiantes de ambos sexos y mis colegas acabaron aceptando, de mejor o peor grado: si querían a Croador, tenían que aceptarme a mí; si me querían a mí —dijo, soltando una risa o un gemido—, que tenía mi propia reputación, ya sabes, tenían que aguantar a Croador.

No sé si entonces echó la cabeza hacia delante en un gesto de desesperación o si besó la coronilla del gigante sonriente.

—Erra un paquete completo, ¿verdad? Y lo sigue siendo, lo sigue siendo. Croador y Eierkopf: ¡somos inseparables como dos viejos marricones o dos

antiguos esposos!

Y dijo más; de hecho, tal vez se pasara hablando toda la noche, pero yo no oí nada más hasta que Croador me despertó con mucha delicadeza. Lo primero que pensé fue que me había quedado dormido durante media frase —el doctor Eierkopf seguía sentado sobre los hombros de Croador, como antes, y continuó con la conversación en cuanto separé los párpados—, pero después descubrí que estaba acostado en un catre y que el reloj que había en la pared indicaba que eran las cuatro y media de la mañana. Croador colocó un biombo delante de mí y sirvió un desayuno consistente en huevos duros, tortitas y salchichas; mientras yo cenaba (por supuesto, no pude con la salchicha, del mismo modo que Eierkopf no podía soportar verme comiendo nada en absoluto), mi anfitrión me hablaba desde detrás del biombo.

—Es realmente extraordinaria la cantidad de cosas que parecen indicar que tú eres el GILES, pero hay una cosa que demuestra que no lo eres. Y es una lástima. Eres un joven interesante, un joven agradable, pero ésa no es la cuestión.

Lo que quería decir es que aunque daba por hecho que el Proyecto Cum Laude era una causa perdida para siempre, lo intrigaba imaginarse qué podría haber producido el ORDACO en caso de que en verdad hubiera fertilizado a alguna mujer con el GILES. Además, aunque tenía la certeza de saber lo que era la Graduación, y de que él estaba graduado, debía reconocer que había algunos momentos en que casi deseaba que la Graduación fuera otra cosa, algo milagroso, al fin y al cabo, como sostenían los supersticiosos.

—¿Qué es la Graduación? —le pregunté desde mi lado del biombo. Croador preparaba unas tortitas bastante decentes.

—La Graduación es un final —contestó de inmediato—. No hay nada misterioso en ello: cuando has eliminado tus pasiones, o las tienes totalmente bajo control, entonces estás graduado. Por eso digo que el ORDACO es el Gran Maestro. Puedo demostrar esto lógicamente, si es que te interesa.

No negué que me interesaba, pero alegué que tenía muy poco tiempo. Para no ser descortés, sin embargo, le pregunté si, cuando un hombre ha razonado hasta llegar a las Puertas de la Graduación, por decirlo así, verdaderamente se sentía graduado, ya que muchas veces había visto que la Graduación se describía como una experiencia, pero nunca como una proposición.

—¡Bah! ¡Bah! —gritó mi anfitrión, más acalorado de lo que nunca lo había visto hasta entonces—. ¡Esa cuestión no me interesa!

Sus exclamaciones confundieron a Croador, quien, tomándolas por una orden poco clara pero urgente, se puso a correr salvajemente por el Observatorio durante unos momentos, tirando al suelo el biombo y volcando una bandeja llena de lentes antes de que Eierkopf pudiera tranquilizarlo.

—¡Oye, mira lo que ha hecho! —Eierkopf le dio un débil golpe en la cabeza y lloró una única lágrima. Como un caballo asustado, Croador seguía poniendo los ojos en blanco y resoplando por la nariz—. ¡Yo sería seguro un graduado sin no fuera

porr él! ¡No puedo aprrobarr con él y no puedo vivirr sin él! ¡Sentimientos, sentimientos, eso es en lo único en lo que piensa la gente! ¡Ahí tienes sentimientos! —exclamó, señalando a Croador, que, ya sereno, había instalado a su jinete sobre un taburete y estaba haciendo todo lo que podía para ordenar las lentes que se habían salido de su lugar—. ¡Si la Grraduación fuerra un sentimiento, él ya estarría grraduado! —Entonces el doctor Eierkopf comenzó a reírse hasta que tuvo que parar al sufrir un ataque de tos—. Y a lo mejorr ya lo está, ¿eh?

Yo dije, para tranquilizarlo, que no me imaginaba que Croador pudiera presentarse como candidato todavía, y que menos aún me lo imaginaba graduado, aunque lo cierto es que admiraba su destreza física; por otra parte, tampoco podía aceptar la idea de que la Graduación fuera meramente el final de un proceso dialéctico. Pero en cualquier caso, me sentí obligado a añadir, Croador no carecía por completo de razón, por muy imperfecta que fuera su manera de emplearla, y tampoco el doctor Eierkopf estaba absolutamente desprovisto de emociones o apetitos. Mientras yo hablaba, las lágrimas manaban de sus ojos sin pestañas, una imagen de lo más sorprendente que él admitió que respaldaba mi comentario.

—Así que puede serr que yo no esté grraduado todavía —reconoció—. Perro ¿qué otrra cosa puede serr la Grraduación? ¿Qué quierres, fantasmas y espíritus? ¡Bah, George, niño-cabrra! Mirramos con nuestros microscopios y telescopios, y ¿qué es lo que vemos? ¡Orrden! ¡Número! ¡Enerrgías y elementos! ¿Dónde hay un Fundadorr o un Grran Maestro? —Se dio unos toquecitos en el cráneo brillante—. Aquí dentrrro, en ningún otro sitio. ¡Y en el sótano de la Sala de la Torre! ¡Eso es todo lo que hay!

Me levanté del catre, donde me había sentado para tomarme el café, y negué educadamente con la cabeza.

—Yo soy el Gran Maestro, señor. Voy a preguntarles a Max y al doctor Sear sobre el tema ese del GILES en cuanto pase la Rejilla de los Chivos. Pero GILES o no GILES, soy el Gran Maestro.

—¡Me caes bien, niño-cabrra! —gritó Eierkopf—. Pero ¿cómo puedes decirr una cosa como ésa?

Admití que no podía explicarlo, e incluso que todavía no tenía una idea clara de lo que era la Graduación; reconocí también que mi convicción de ser el Gran Maestro no era inquebrantable, que tenía pérdidas transitorias de confianza y momentos de mala fe, así como errores de juicio y dudas con respecto a cómo actuar, del mismo modo que los habían tenido Anquísides, Laértides y, por lo que yo sabía, Enós Enoc. Sin embargo, dicha convicción persistía y prevalecía. ¡Yo realmente era el Gran Maestro, y estaba tan seguro de ello como de que era George, el niño-cabra! No tenía ningún interés personal en relación con ese tema; no anhelaba ni la fama ni la deferencia, salvo en los momentos más bajos; había venido desde los establos de las cabras para *Aprobar a todos Suspende* a todos y eso era lo que haría sin ninguna duda, significara lo que significara aquel mandato.

—Y le voy a hacer una promesa, señor —declaré, emocionado por mi propia retórica—; si al final resulta que la Graduación es un milagro, entonces mantenga su telescopio nocturno y su telescopio diurno fijos en mí, y algún día verá un milagro con sus propios ojos. ¡No me pregunte cómo lo sé!

Precisamente esos ojos me escudriñaban desde detrás de sus lentes; entonces Eierkopf o bien negó con la cabeza, o bien ésta se movió por sí sola.

—¡Erres todo un perrsonaje! —me dijo, con más lástima que admiración—. Todos tenemos nuestras debilidades, y tú sabes que puedes hacerrme pensarr en las mías hablando de las tuyas, ¿verrdad? Perro bueno, yo no crreo en la magia, como tampoco crreía Max Spielman antes de volverrse senil. Perro ¿qué es lo que hago yo en los momentos de debilidad? ¡Intento sorrprenderr a la naturraleza! ¡Intento pillarrla cuando está despistada! —Se rio de su propio disparate, que de todos modos lo estimuló a confesar que a veces se quedaba mirando el mobiliario de su observatorio durante horas, a los libros y a los instrumentos que tan bien conocía y que estaban en su lugar de siempre, y meditaba sobre las inexorables leyes de la naturaleza que los mantenían quietos, determinaban su aspecto y sus relaciones y gobernaban la percepción que él tenía de ellos. Y entonces se preocupaba por el hecho de que el bote marrón para dejar los lápices que tenía encima del escritorio, por ejemplo, no se pudiera volver verde de repente, o comenzar a girar por voluntad propia; de la preocupación por que no sucedieran esas cosas maravillosas, pasaba al leve deseo de que al menos ocurrieran una vez, y de ahí a la vana y testaruda voluntad de que eso pasara, como si por medio de la concentración pudiera provocar el milagro. Y como nada de esto sucedía, por supuesto, sufría un ataque de melancolía de varios días de duración, tras el cual, por norma general, podía volver a dedicarse a sus actividades habituales.

Miré el reloj con inquietud.

—¿Quién quiere verr al Fundadorr, o al hijo del Fundadorr? —exclamó Eierkopf—. ¡No! Perro si cayerra del cielo algún pequeño mensajerro fantasma, no parra trraerrte un mensaje perrsonal, sino sólo parra prreguntarr porr una dirrección, porr ejemplo... O ¿qué te parecerrría descubrrr sus huellas en la hierrba, donde hubierrra aterrizado? ¡Incluso menos que eso! —Me indicó las estanterías de la habitación con un movimiento de los ojos—. Sólo verr una *señal*, una vez, de que las cosas estaban pensando sus prprios pensamientos. Una vocecita en el aire, ¿*ja*? Una hojita que se mueva de un modo extraño porr sí misma, eso es todo lo que harría falta; yo me darría cuenta al instante... ¡Perro bah! —Dejó de lado esas especulaciones—. Tengo que prrepararrme parra el eclipse. Crroadorr te mostrarrá dónde irr.

Lo cierto es que no quedaba mucho tiempo; pero cuando le di las gracias por su hospitalidad y su franqueza y expresé mi esperanza en que nos volviéramos a ver en unas circunstancias más favorables, no pude evitar preguntarle de qué exactamente se «daría cuenta al instante», por emplear su expresión, si alguna vez pillara a la naturaleza despistada.

—Olvídate de lo que he dicho —me contestó, con el tono más hosco que su aguda voz le permitía adoptar—. No hay misterrios, sólo ignorancia. Cuando algo parece milagroso es porque no estamos usando las lentes adecuadas. *Ja*, eso me recuerda... —Le dijo algo en otro idioma a Croador, quien, muy sonriente, me trajo mi vara. En varios lugares, a lo largo de ella, había puesto unas pequeñas lentes, cóncavas y convexas, colocadas sobre unas brillantes monturas de acero que giraban sobre unos pivotes. Además, la vara había sido perforada con gran habilidad de un extremo al otro, y tenía unas ranuras transversales que permitían que algunas de las lentes se pudieran deslizar a su interior.

—Un pequeño regalo de matriculación, además del de Croador —dijo Eierkopf—. Los espejos y las lentes son mis cosas favorritas.

Cuando le di las gracias, me mostró cómo, escogiendo las lentes adecuadas y mirando por uno de los extremos o por el otro, podía emplear mi vara como telescopio o como microscopio, y también encender un fuego con ella.

—Observa toda la universidad —me aconsejó—. Verrás estrellas y planetas que no conocías, y chicas desvistiéndose y haciendo cosas con sus novios. Verrás tus células sanguíneas y tus ladillas y tus espermatozoides. Algunas cosas que parecen similares, descubrirás que son distintas, y algunas que creías que erran distintas resultarán ser las mismas. Pero puedes observar desde ahora durante infinitos semestres y no verrás nada más que la universidad natural. Eso es lo único que hay.

Volví a darle las gracias muy sinceramente, bastante conmovido por su generosidad a pesar de mis reservas sobre sus opiniones, y le prometí pedirle perdón, cuando hubiera verificado con el doctor Sear que, como él aseguraba, era impotente, por haberlo acusado en relación con el asunto de Virginia Héctor. Después le di cuerda a mi reloj de plata y le pedí permiso para ir a hombros de Croador hasta el Torniquete de la Puerta Principal. Él se disculpó por no poder complacerme, ya que necesitaba a Croador para ajustar los aparatos astronómicos y realizar varias tareas más antes del eclipse. Pero la Puerta no estaba lejos ni era difícil de encontrar, me dijo. Unos diez minutos de trote para Croador; como mucho, veinte minutos cojeando para mí. Y tenía mucho tiempo para llegar allí antes de que saliera el sol. Me dijo *auf wiedersehen* y me prometió que miraría en sus telepantallas la ceremonia de la Prueba del Torniquete; si yo lograba pasar el Torniquete y la Rejilla de los Chivos — un logro nunca antes conseguido más que por personajes de leyenda, y que parecía físicamente imposible—, mi reivindicación granmaestril exigiría una refutación más sistemática y detallada; hasta entonces, yo podía contar con sus buenos deseos, pero de ninguna manera con su crédito. Yo sonreí y me encogí de hombros, y entonces, de una manera casi airada, Eierkopf me dijo adiós, se giró en su taburete y miró por el telescopio nocturno. Croador me acompañó escaleras abajo para orientarme. Cuando la puerta del Observatorio se abrió automáticamente, la voz del doctor Eierkopf sonó por una tubería acústica colocada sobre el quicio de la puerta.

—Escucha, niño-cabrra —dijo secamente—. Acabo de oír un boletín informativo que dice que Harrold Brray va a entrarr en el Estómago del ORRDACO y cambiarr su MIRRA. ¿Me oyes? Perro debe tenerr algún as en la manga, porrrque el rectorr Rexforrd lo ha reconocido oficialmente como Grran Maestro de la Facultad de New Tammany porrr todo lo que ha prrometido. El Deparrtamento de Ciencias Militares nunca lo perrmitirría si su intención fuerra desmontarr el sistema de COMERR.

Me dio un vuelco al corazón.

—¿Sabes lo que significa eso, niño-cabrra? —continuó Eierkopf—. Significa que él pasa automáticamente a estarr a cargo de las admisiones a candidatos. Él es el que va a superrvisarr la Prrueba del Torniquete esta mañana. ¡No vas a poderr passarr, amigo mío!

Acerqué la boca al tubo metálico y contesté:

—Mantenga los ojos bien abiertos y ya verá.

Sin embargo, empecé a sentirme mucho menos confiado. El aire estaba fresco, la luna ya no se veía en el cielo, que comenzaba a aclararse, y el rocío había empapado la hierba. Croador señaló por encima del oscuro césped, gruñó algo, le dio unos golpecitos a mi vara y, formando un círculo con el pulgar y el índice, miró a través como si se tratara de un telescopio. Yo apunté la vara hacia donde él me indicaba y probé varias combinaciones de lentes, pero no vi nada. Entonces probé otra, y, ante mis ojos, un edificio distante comenzó a temblar oscuramente. Tras sus esquinas se perdía de vista una procesión de ciclistas y peatones.

—¿Por ahí se va a la Puerta Principal? ¿Detrás de ese edificio?

Pero cuando dejé de mirar por la lente, me di cuenta de que Croador se había ido y la puerta estaba cerrada. Todo había sucedido en silencio. En los brazos se me puso la piel de gallina, y empecé a avanzar sobre el rocío. No me sentía muy cómodo sabiendo que un telescopio nocturno sin duda observaba mi marcha. ¿Acaso otro, menos hospitalario, observaba mi llegada?

6. LA PRUEBA DEL TORNIQUETE

Una motocicleta bufó detrás de mí, y alguien me saludó: era Peter Greene, montado en el vehículo que habíamos cogido prestado, detrás de su propietario, que pisó el freno y me dedicó una sonrisa, a través de su barba, bajo una luz tenue.

—¡Te dije que era un niño-cabra! —le dijo triunfalmente Greene—. ¡Y eso que sólo tengo un ojo!

—¡Suspendido sea por no reconocer a un viejo amigo! —exclamó Stoker entre risas. Extendió la mano hacia mí y yo se la estreché antes de recordar que no lo consideraba un amigo—. Lástima que te fuiste tan temprano la otra noche —me dijo con tranquilidad—. Le estropeaste la fiesta a Stacey. Te manda cariños.

—¡Caramba, vaya chica, la Stacey esa! —gritó Greene con gran reverencia—. ¡Vaya chica! ¿eh?

Yo seguí andando. Stoker se puso a mi lado con su máquina.

—Anoche fue la *verdadera* fiesta —dijo—. Jueves Libidinoso. Me hubiera gustado que estuvieras ahí. Ah, por cierto... —Me apoyó la mano en el brazo; yo me aparté—. Una pena lo de Max. Tendré que procesarlo, por supuesto, pero es realmente muy raro que mi hombre resultara ser Herman Hermann.

Yo apreté los dientes ante esta confirmación de mis sospechas.

—No fue Max.

Greene aplaudió.

—¡Bravo! ¡Bien dicho!

Su actitud —y también la de Greene, que aprobó igualmente mi pronunciamiento — indicaba que era admirable que yo defendiera a mi amigo, quien sin embargo cada vez parecía más culpable.

—¡No hay ninguna duda! —se burló Stoker—. Herm era mi ayudante, ¿sabes?, el gandul que mandé a buscar a Max la noche de tu visita.

Sabía, dijo, que aquel hombre había sido bonifacista —tenía la certeza de que otros miembros de su personal también; no le importaba nada de sus documentos ni de su pasado si cumplían con sus obligaciones—, pero no sabía que era el mismísimo Herman Hermann a quien había despachado para «ocuparse» de mi consejero o no habría arriesgado la vida de un hombre tan valioso. Yo me mordí la lengua. La opinión de Stoker era que Hermann había alcanzado a Max en la carretera y que mi consejero lo había reconocido y matado; todavía debía establecerse si lo había hecho como venganza por los moisianos exterminados o para defenderse.

—A lo mejor primero discutieron y después se pelearon —sugirió Greene—. Lo he visto docenas de veces, la gente se pone agresiva.

Me di cuenta de que su tono de voz era despectivo y pacífico. Evidentemente, tenía una relación cordial con Stoker y quería apaciguar mi hostilidad.

—Max nunca lucharía —dije yo—. Ni siquiera para defenderse. Estoy seguro.

Stoker sonrió.

—Ah, estás seguro, ¿verdad? —Entonces señaló, seria pero amablemente, que él también se había sorprendido ante la infracción de Max de sus propios principios, aunque siempre había pensado que los moisianos eran tan capaces de actuar de manera suspendida como cualquier otro grupo estudiantil, si se daban las circunstancias adecuadas para ello—. Pero de verdad, George, no debes creer que yo estoy detrás de esto, como he oído que le dijiste a Sear y al tipo de la comisaría. —Max, me recordó, se había entregado después de que se emitiera el boletín informativo, y había confesado libremente que había matado a Hermann—. Dijo que se había visto «superado por el deseo de venganza» en cuanto se dio cuenta de quién era aquel hombre. ¡Es la cosa más normal y humana que ha hecho en su vida, se lo he dicho yo mismo! Ahora, por supuesto, se ha vuelto de nuevo moisiano; dice que quiere pagar su deuda con la estudiantía y todas esas idioteces.

—Nunca lo van a condenar —dijo categóricamente Greene—. Si me disculpa el señor Stoker, a mí me parece que ese hombre es un héroe.

Stoker sonrió. Yo les aseguré que no me creería nada más que lo que lo oyera decir a Max. Pero el relato de su entrega y su confesión no me pareció tan fantástico como me hubiera gustado; cuadraba de un modo muy inquietante con lo que había dicho sobre que los bonifacistas no merecían caridad y sobre ciertas clases de suspendidos implacables e irracionales que no pueden reinsertarse ni deben ser perdonados.

—Vamos a Detenciones Principales y pasemos a verlo —propuso Stoker.

Greene le recordó que se acercaba la hora de la Prueba del Torniquete; teníamos que darnos prisa si él y yo no queríamos llegar tarde a la matriculación, ni Stoker a su rol ceremonial de Decano de los Suspendidos.

—Ahora te llevo —le contestó Stoker con mucha amabilidad—. Pero estoy seguro de que a George le preocupan más los problemas de su cuidador que sus pequeñas ambiciones personales. Especialmente ahora que lo del Gran Maestro ya está resuelto.

Su burla me hizo responder, más acaloradamente de lo que era mi intención, que nada estaba resuelto por la aparición teatral del individuo llamado Harold Bray, quien, a pesar de contar con el espurio respaldo oficial, era un evidente farsante, como yo demostraría a su debido momento. Y añadí que aunque estaba deseoso de hablar con Max —tanto sobre el tema de su detención como sobre varios otros asuntos—, él mismo me había dicho que era imprescindible que llegara a matricularme a tiempo. Miré mi reloj: el Reloj de la Torre daría las cinco y media en cualquier momento. Cojeando un poco más rápido, declaré mi sospecha de que nuestro encuentro probablemente no hubiera sido casual, sino parte de un plan para evitar que me matriculara o retrasarlo lo máximo posible, y le advertí a Stoker que no intentara retenerme, ya que yo no compartía el compromiso con la no violencia de Max.

—¡No hace falta que me lo digas! —dijo Stoker soltando una carcajada—. ¡Ya me han dicho lo que puedes hacer con el bastón ese que tienes cuando alguien se interpone en tu camino!

Entonces, como si quisiera reparar esa desgraciada alusión (yo no podía imaginarme cómo habría oído hablar de la muerte de Tommy de Redfearn) y al mismo tiempo dar una prueba de buena voluntad, me invitó a montarme detrás de Peter Greene para llegar cuanto antes a la Puerta Principal. A pesar de que no me fiaba nada de él, acepté; preferí la posibilidad de que me secuestraran a la certeza de llegar tarde si seguía a pie con rumbo a un lugar que ni siquiera sabía dónde estaba. Me senté a horcajadas sobre el guardabarros trasero y arrancamos, mientras Stoker explicaba a voz en cuello que el vehículo en el que íbamos montados era el mismo que habíamos encontrado abandonado el día anterior; de hecho, se trataba de la motocicleta en la que Herman Hermann había partido de la Central Eléctrica. Ya le había dado a Greene las gracias por rescatarla y también quería agradecermelo a mí. No debía preocuparme por haber quitado el sidecar, por eliminar una prueba de la escena de un crimen castigado con la pena capital ni por usar un vehículo sin licencia ni permiso, delitos por los que podría procesarme, si quisiera, además de por fraude; estaba satisfecho de haber podido recuperar la motocicleta, sobre todo ahora que estaba indudablemente relacionada con los movimientos de Max después de cometer el asesinato. Ya le había dado a Greene algunas modestas pruebas de su gratitud, que deseaba que compartiera conmigo.

—Caramba, ¿no es genial? —preguntó Greene negando con la cabeza—. Mira lo que me ha dado para que comparta contigo. ¡Qué chistoso! —Del bolsillo de su abrigo sacó cuatro pequeños cilindros negros y me puso dos en la mano—. ¡Pilas para linterna! —dijo, sonriendo, guiñando el ojo y soltando exclamaciones como si se tratara de una broma buenísima.

—¿Qué iba a darte, si no? —gritó Stoker, volviendo la cabeza—. Ya tienes de todo, y los Grandes Maestros no necesitan nada. Hay como dos millones más en su lugar de procedencia.

—Eres genial —afirmó Greene, y arrojó sus pilas, para deleite de Stoker, a unas madrugadoras palomas que zureaban sobre una estatua sedente de algún antiguo rector. Yo también podría haber tirado las mías, ya que no tenía ni idea de para qué servían y en cualquier caso no quería nada de Maurice Stoker, pero cuando las palomas comenzaron a aletear, asustadas, doblamos la esquina que yo había visto gracias a mis lentes y entramos en la plaza situada delante de la Puerta Principal, un lugar tan inesperadamente lleno de gente que me olvidé de lo que tenía en la mano. Iluminados por la pálida luz del crepúsculo, miles de jóvenes de ambos sexos atestaban la plaza. Muchos estaban sentados en unas gradas improvisadas durante la noche, colocadas a los lados de un amplio pasillo central que llevaba directamente hasta el Torniquete; otros deambulaban de un lado para otro, algunos subidos a hombros de sus amigos para tener una mejor vista; una banda de músicos con

uniformes brillantes tocaba aires marciales; una doble fila de policías mantenía despejado el pasillo.

Stoker se detuvo, sonriendo, al comienzo de la plaza.

—Escucha, George. En este momento Bray está en el Estómago del ORDACO, así que no hay nada que hacer sobre esa cuestión. ¿No sería mejor que fueras a ver a Max?

La noticia me dejó perplejo hasta que me di cuenta de que no tenía por qué creérmela. Incluso si fuera cierto, como me aseguró Greene, que Bray había desaparecido a las tres de la mañana de las celebraciones del Jueves Libidinoso en la Colina del Fundador (donde había llegado, triunfal, portado por sus acólitos), declarando su intención de entrar en el Estómago del ORDACO antes del amanecer; incluso si fuera cierto que subsiguientes boletines informativos de la Sala de la Torre, supuestamente leídos por el ORDACO, confirmaban que había penetrado con éxito en aquel temible lugar; incluso si fuera cierto que el Rector Rexford, en consecuencia, lo había proclamado Gran Maestro oficial de la Facultad de New Tammany y lo había designado para presidir la Prueba del Torniquete, todo podía ser un sofisticado engaño, una estratagema política para convertir el granmaestrazgo en una agencia de la Revuelta Silenciosa, o para prevenir las consecuencias necesariamente revolucionarias de la aparición de un auténtico Gran Maestro. Por otra parte, tal vez hubiera entrado de verdad en el Estómago, en cuyo caso el ORDACO se lo iba a COMER vivo y punto.

—El Gran Maestro soy yo —le dije a Stoker, y me di cuenta con desagrado de que en su compañía yo siempre parecía estar a la defensiva, ser demasiado ambicioso y comportarme de un modo más bien estúpido.

—Bueno, vamos —dijo Greene con una expresión tan fatua que estuve a punto de perder la paciencia—, a lo mejor los dos sois Grandes Maestros.

No quise darme por enterado, aunque me di cuenta de que Stoker me miraba con interés para ver cómo reaccionaba. Greene me doblaba en edad, y era un hombre acaudalado y poderoso con quien, además, yo me sentía en cierto modo en deuda, y sin embargo aquella mañana sentía cierto desprecio por él y, aunque no sabía por qué, estaba seguro de que Stoker era el responsable de ello. Su presencia o bien me volvía intolerante, o bien transformaba la simplicidad de Greene, que en otras circunstancias era agradable, en auténtica simpleza, de la misma forma en que parecía convertir mi orgullo en vanidad, y en que había logrado que el martirio de Anastasia en la playa pasara a ser algo perverso. Sin decir ni una palabra, me dirigí hacia el extremo más alejado del pasillo, donde algunos atletas con el pecho descubierto hacían ejercicios de calentamiento para la Prueba; Greene se despidió de Stoker y se apresuró a seguirme. Por supuesto, mi irritación quedó atrás como si hubiera superado una zona de ortigas, y una vez lejos de la influencia burlona de Stoker, el carácter ingenuo y bonachón de Greene me volvió a parecer más encantador que molesto. Me pasó el brazo por encima de los hombros y alegremente se suspendió a sí mismo por «estar

siempre metiendo la pata, caramba». Después, con una sorprendente lucidez, afirmó que, como nunca había conocido a un hombre que no le cayera bien, y por su parte la verdad era que deseaba caerle bien a toda la gente que conocía, no era infrecuente que sus amigos se enemistaran con él por haberse hecho amigo de los enemigos de ellos, como en este caso había sucedido con Bray y conmigo.

—Así que yo no me preocupo —dijo—. «Al que le pique, que se rasque», me digo. Estoy bien, y qué carajo, además. Todo da igual. Pero el Stoker ese es majísimo, ¿verdad?

Yo sonreí y negué con la cabeza; nadie puede estar mucho tiempo enfadado con alguien tan despreocupado. Greene empezó a contarme sus aventuras de aquella noche: me equivocaba al despreciar a Bray, afirmó, ya que al fin y al cabo éste era un hacha, caramba. Había tenido entrevistas personales —*en profundidad*, para que yo lo supiera— con un montón de invitados de Stoker en la Sala de Estar y todos estuvieron de acuerdo, cuando Bray se marchó rumbo al Estómago del ORDACO, en que ése era un hombre que podía leer el aprobado corazón de todos los suspendidos que había en la sala y en que hablar con él te hacía sentir un poco mejor de lo que estabas antes. Él, Greene, no se arrepintió ni por un momento de haber ido con la multitud hasta la Colina del Fundador en lugar de volver a visitar el Carnaval del recinto ferial como había planeado; se sentía muchísimo mejor tras haberlo hecho. Incluso el doctor Kennard Sear, por lo visto, había abandonado su escepticismo tras su entrevista con Bray, y declaró que la percepción analítica de éste era extraordinaria.

—Entonces la del doctor Sear no lo es —dije yo—. Me sorprende que no pudiera darse cuenta de que estaba ante un impostor.

Greene sonrió.

—¡Espera hasta que hayas tenido tu entrevista! Le conté al señor Bray lo de que tú eras un Gran Maestro y todo eso, y Él dijo que se sentiría muy orgulloso de tener una pequeña conversación contigo. Es muy especial, ese tipo. La verdad es que me abrió los ojos.

Consideré que era fútil continuar discutiendo. Además, la admiración de Greene por mi rival resultó ser al menos parcialmente un mero reflejo del verdadero motivo de su entusiasmo, que entonces me confió con una sonrisa radiante.

—La Anastasia esa también piensa mucho en ti, George; ¡me di cuenta al mirarla! Parece que estáis colados el uno por el otro, ¿eh?

Sin mencionar lo que había sucedido entre nosotros en el Desfiladero de George, en el sidecar de Stoker y en la Sala de Estar de la Central Eléctrica, declaré que consideraba que la señora Stoker era una persona humana femenina extraordinariamente bella, tanto desde el punto de vista de su aspecto como en muchos otros sentidos, y que su generosa personalidad me había impresionado lo suficiente como para conducirla antes que a nadie hasta la Puerta de la Graduación, una vez que la hubiera encontrado. Por ese motivo, como es natural, le tenía una

particular estima, como la que sentiría Max por una cabra lechera de concurso; en cuanto al *amor*, sin embargo —ya que pensaba que la expresión que había empleado se refería a eso—, expuse con firmeza que un Gran Maestro no puede dedicarse a ciertos tutelados y dejar de lado a otros, como no puede hacerlo un profesor de álgebra. Tenía una responsabilidad con toda la estudiantía, afirmé, no con ciertos estudiantes por el hecho de ser atractivos...

—Entonces puedo decirlo sin rodeos —me interrumpió Greene—: ¡Amo a esa mujer con todo mi corazón! ¡Es la chica más dulce, pura y bonita que voy a ver en la vida, y estoy decidido a casarme con ella y voy a hacerlo! ¡Y además, lo más pronto posible!

Se sonrojó alegremente ante mi asombro, pero su increíble determinación no cedió ante ningún argumento. La chica ya estaba casada con Maurice Stoker, señalé. Imposible, contestó Greene: se daba cuenta sólo con mirarla a los ojos de que era tan virginal como los pinos de la región más remota de sus bosques; dudaba incluso que hubiera besado a algún hombre.

—¿Estás de broma? —grité. No tenía tiempo ni ganas de recordar, para su edificación, las impresionantes capacidades sexuales de Anastasia; me limité a indicarle que llevaba un anillo de casada, se presentaba como la señora de Maurice Stoker y, ante la promesa de Max de sacarla de la Central Eléctrica, había dicho que ella iba ahí por voluntad propia, porque su marido la necesitaba.

—Entonces la habrá hipnotizado, o drogado —dijo Greene con total convencimiento—. Pero sigue siendo virgen, eso lo veo en sus ojos, y si el matrimonio no ha sido consumado, puede anularse.

Su decisión era firme, declaró: ahora consideraba que su propio matrimonio había comenzado a irse al garete desde el principio, y que él era un hombre completamente normal cuyos dolores de cabeza y demás dificultades eran consecuencia de la excesiva exigencia de su esposa o de alguna otra cosa que no le importaba. Aunque no había visto a Anastasia más que una vez, y no había sido capaz de decirle ni una palabra, la visión de su belleza inmaculada cuando se arrodilló ante la Barra del Fundador lo había animado a hacer borrón y cuenta nueva y volver a empezar, dejando atrás su turbulento pasado, una decisión que había apoyado el mismísimo señor Bray.

—En cuanto termine con el tema este de la matriculación —dijo—, voy a ir directamente a ver a la señora Virginia R. Héctor para pedirle la mano de su hija. ¡Y a otra cosa, caramba!

Me quedé perplejo, sobre todo cuando puso la guinda a sus delirantes planes suplicándome que lo acompañara a ver a la madre de Anastasia, cuyo matrimonio había oído que también se había ido al garete, en representación de los Grandes Maestros. Si yo apoyaba su causa, me prometió, él emplearía todos los recursos que hubiera a su alcance para que al doctor Spielman se le retiraran los cargos que pesaban contra él.

—La propia señorita Stacey así lo querría —dijo, y añadió que en realidad Anastasia sólo había asistido al Jueves Libidinoso, un evento poco adecuado para una doncella, con el fin de interceder por Max ante Bray. Sin embargo, entre la concupiscente muchedumbre se había encontrado como un cisne en una cloaca, continuó, y en seguida se había arrodillado tan dulcemente ante el Gran Tutor que él, Greene, se había enamorado de manera instantánea. Hasta tal punto que cuando había visto que un tipo «iba a por ella» mientras estaba arrodillada, se había acercado a toda prisa para protegerla y había tenido lugar una pequeña pelea a puñetazos.

—Un jovenzuelo nikolayano, que pensaba que le iba a poner sus antifundadoriles manos encima, caramba. ¡Tenía un parche negro en un ojo, y el otro se lo puse negro yo! —Aunque no, admitió con una sonrisa, sin haber estado a punto de cobrar él también. Los guardias de Stoker los habían separado para que la cosa no fuera a mayores; los compañeros de clase del visitante nikolayano (a quien yo recordaba haber visto a través de la malla de acero de la Sala de Control) se lo llevaron rápidamente al otro lado de la Central Eléctrica. Anastasia, entonces, se había retirado con Hedwig Sear; Harold Bray se había marchado hacia el Estómago del ORDACO para cumplir su promesa; y Peter Greene, provisto por parte del anfitrión de aspirinas y apósitos húmedos, se había quedado hasta el final de la fiesta pero tan impactado por la imagen de Anastasia que apenas había podido prestar atención a los obscenos entretenimientos que supusieron el clímax de la velada. Y por mucho agradecimiento que sintiera hacia Maurice Stoker por haberse mostrado tan hospitalario y haberlo llevado gratis de vuelta al Gran Centro Comercial, esperaba, con mi ayuda, conseguir la anulación de esa unión no consumada y hacer de la virginal Anastasia su novia.

¿Qué podía decirle? Negué con la cabeza, como ante un sueño o una alucinación, le agradecí su ofrecimiento de ayudar a Max y acepté al menos acompañarlo pronto a ver a Virginia R. Héctor, la historia de cuya relación con Max, de todas maneras, yo quería comentar con ella. Esto lo dejó muy satisfecho, y yo al fin tuve la oportunidad de concentrarme y prestar toda mi atención a la compleja tarea que tenía por delante. El prolijo entusiasmo de Greene me puso nervioso, ya que había perdido mucho tiempo con su palabrería. El bulevar que terminaba en la Puerta Principal iba hacia el este en línea recta, como la verja de un corral, pero yo no podía saber si alguna lejana elevación del terreno retrasaría la visión de la salida del sol, como sucedía en los pastos que había cerca de casa. El Reloj de la Torre todavía no había dado las seis; recordé entonces que Eblis Eierkopf había mencionado alguna imperfección en su mecanismo. Tendría que confiar en mi reloj para que me indicara cuándo probar el Torniquete, confiando en que el reloj situado en la pared del Observatorio del doctor Eierkopf estuviera en hora.

Entonces vi a Stoker abriéndose paso lentamente entre los estudiantes en dirección a la Puerta Principal. Evidentemente, era popular entre ellos, y tenía que hacer sonar la sirena de la motocicleta para poder avanzar, mientras todos lo aclamaban y saludaban a gritos. Una chica guapa con un vestido blanco de lentejuelas

se subió al guardabarros trasero, le quitó el caso y se lo puso. De alguna parte él había sacado un pequeño altavoz, por el cual comenzó a dirigirse a la multitud.

—¡Todo el mundo, volved a la cama! —le dijo a algunos—. La matriculación se ha pospuesto hasta después del eclipse. ¿Por qué os molestáis en matricularos? —le preguntó a otros—. ¡Si de todas formas nunca vais a aprobar los finales! ¡Gran fiesta en la Central Eléctrica esta mañana! —anunció en general—. ¡Estáis todos invitados! ¡Os traeremos de vuelta a tiempo para matricularos!

Estos mensajes e invitaciones —a los que añadió advertencias sobre los juicios que le gente tenía por delante y vagas amenazas de venganza para aquellos a los que les fuera bien en los estudios— fueron recibidos por los estudiantes con gran alborozo. Greene me explicó que, como parte del ritual de la Matriculación de Primavera, alguien asumía el rol del Decano de los Suspendidos y trataba de convencer a la gente de que perdieran toda esperanza de graduarse, cosa que ya me habían contado antes; pero me sorprendió ver que muchos de los presentes parecieron tomarse en serio sus palabras. Algunos abandonaron las tribunas y o bien se marcharon en sus propias motocicletas o se subieron a los sidecares de las de los guardias de Stoker, cuyos vehículos estaban aparcados a lo largo del pasillo. Allí se les proporcionó algo de comer, lo cual los muchachos y las muchachas celebraron visiblemente; si al final se matricularon o de verdad se fueron con Stoker es algo que nunca supe.

Llegamos al extremo del pasillo, a unos cincuenta metros de la Puerta Principal. Los atletas, con sus pantalones cortos, hacían flexiones y saltaban a la comba; Greene se dirigió a ellos con familiaridad, ya que era seguidor y mecenas de las competiciones deportivas entre centros de secundaria. Entonces se nos acercó alguien que parecía su pastor o su representante: un oficial regordete que estaba cerca de quedarse calvo y que llevaba un traje a rayas, un silbato colgado del cuello y varios bolígrafos y lápices en el bolsillo de la camisa. Iba a echarnos de allí, pero resultó que también conocía a Greene, a quien llamó *señor*.

—Aquí mi colega y yo sólo queremos una buena vista —explicó Greene.

—Sí, señor, no hay problema, con tal de que dejemos el pasillo despejado.

—Yo no vengo sólo a mirar —afirmé—. Tengo que pasar por la Rejilla de los Chivos.

El oficial se rio y, mirando con ansiedad su reloj, le dijo a los atletas que se agacharan formando una única fila, por orden alfabético; en cuanto los rayos del sol dieran en el Torniquete, tocaría el silbato a intervalos de treinta segundos para darles la salida.

—Caramba, ¿de verdad quieres intentarlo? —me preguntó Greene. Cuando le aseguré que sí, la idea le pareció una broma magnífica y aseveró que, en tal caso, él también «probaría otra vez con el viejo Torniquete», un evento en el que (en su versión rústica) se había distinguido cuando era un joven estudiante de Ciencias Forestales.

Pero el oficial (se llamaba Murphy), al oír la propuesta, tuvo que contener la risa con tanta fuerza que se puso todo rojo.

—¡Lo siento mucho, señor Greene, señor! ¡No estoy autorizado para permitir que nadie lo intente si no ha cumplido los requisitos!

Imperturbable, Greene se sacó un pergamino enrollado del bolsillo interior del abrigo.

—Supongo que hay muchas formas de cumplir los requisitos —dijo, desenrollándolo triunfalmente para que el hombre lo examinara—. Esto lo ha firmado el Gran Maestro, y dice que soy candidato a la Graduación. ¡Si eso no es cumplir los requisitos, no sé qué es lo que hace falta, caramba!

Muy sorprendido, examiné el documento a la vez que Murphy. «Hago constar por la presente», proclamaba, «que Peter Greene es un auténtico candidato a la Graduación por la Facultad de New Tammany». La declaración estaba escrita con un tipo de letra antigua excepto el nombre, escrito a mano, y una cita tomada del Pergamino del Fundador: «Quienes no se vuelvan como niños de jardín de infancia, no aprobarán». Estaba fechado el 20 de marzo, el día anterior, y firmado «Harold Bray, G. M.».

—Lo conseguí anoche en la Central Eléctrica —dijo Greene con orgullo—. Él mismo los repartió después de entrevistarnos.

El oficial se puso a jugar con sus bolígrafos, repitió que no le gustaba decir que no, admitió que aunque se trataba de una situación sin precedentes, el certificado era indudablemente digno de todo crédito y al fin le dio permiso a Greene para participar en la Prueba del Torniquete, aclarando, en cualquier caso, que no se haría responsable de ningún problema que aquella irregularidad pudiera causar en la Sala de la Torre.

—Y ¿qué pasa con aquí mi colega? —insistió Greene.

El hombre observó con escepticismo mi barba y mi piel de vellón y supuso que yo también tenía un certificado firmado por el nuevo Gran Maestro. Antes de que pudiera formular la denuncia que la visión del documento falso de mi acompañante me exigía hacer —lo cual era un problema, ya que no tenía ningunas ganas de discutir con él ni de herirlo en su orgullo, pero consideraba que era importante abrirle los ojos y mostrarle que su candidatura no era más que una ilusión—, Greene gritó:

—¡Él no necesita certificado, Murph! ¡Él es un Gran Maestro!

—Ay, señor Greene —imploró el hombre. Hablaba por un lado de la boca, con el silbato metido en el otro—. Hará que me despidan. No puedo dejar que entre cualquiera a correr, o nunca nos...

—Escuchad con atención —lo interrumpió una voz muy amplificada; la muchedumbre guardó silencio, y todas las miradas se dirigieron hacia la Puerta Principal, cuya parte superior ahora brillaba, iluminada por los primeros rayos del sol—. La próxima voz que oigáis será la de vuestro Gran Maestro.

—No tiene por qué suplicar por mí —le susurré a Peter Greene—. Voy a entrar de todos modos.

El aplauso de la multitud hizo imposible que me respondiera; con un estremecimiento, me di cuenta de lo que implicaba ese anuncio: ¿acaso Bray había salido del Estómago? ¿El ORDACO no lo había querido COMER? El oficial Murphy, aliviado por la interrupción, se alejó con el ceño fruncido, mirando su reloj y a la Puerta Principal, donde cada vez daba menos sombra.

—Queridos tutelados —dijo una voz diferente, y el conocido chasquido de su voz me hizo sentirme francamente celoso y enfadado—. La Prueba del Torniquete comenzará dentro de un minuto. Por favor, preparad vuestros documentos de identidad para que los examinen. Los participantes podrán entrar por la Puerta de la Izquierda cuando el Torniquete los examine y los deje pasar; todos los demás pueden entrar por cualquiera de las puertas en cuanto el último de los participantes haya sido admitido. Después, dirigíos directamente a la Sala de Reuniones de la Casa de la Puerta para recibir la bienvenida del Rector Rexford. Recordad: aquel que no crea en mí, no aprobará; y nadie puede matricularse sin un documento de identidad. Que así sea.

—Tengo uno en alguna parte —dijo Greene, buscándose en los bolsillos. Todos los espectadores comenzaron a buscar sus documentos; los atletas, agachados, tenían las suyas entre los dientes. Yo, por supuesto, no tenía, y por primera vez aquella mañana, empecé a sentirme intimidado por la perspectiva de hacer frente a la Prueba del Torniquete. ¿Cómo habría conseguido Bray perpetrar un fraude tal? ¡Había engañado al mismísimo ORDACO!

—¿Te estás poniendo nervioso? —me preguntó Greene alegremente—. Siempre pasa, antes de empezar. Usa mi eslogan, si quieres. No está registrado.

Entonces sonaron unos tambores y Maurice Stoker, haciendo exagerados gestos amenazantes, se colocó delante del Torniquete, frente a los atletas. La belleza vestida de lentejuelas que iba en su motocicleta, y que evidentemente era la nueva Miss Universidad, fue escoltada hasta un estrado próximo a la Puerta de la Izquierda. La aparición de Stoker, esta vez, fue recibida con silbidos y abucheos, ya que ahora representaba al Decano de los Suspendidos en su faceta de Oponente más que de Tentador.

—Está en una forma estupenda para la edad que tiene —dijo Greene—. Pero no creo que ande demasiado bien de reflejos. —Entonces se quitó la chaqueta, la camisa y la camiseta interior para, según me explicó, poder correr y trepar más libremente pero también para que Stoker tuviera menos donde agarrar. Con esta intención los atletas también se embadurnaban la piel en aceite—. Lo mejor que podemos hacer es ponernos a sudar de lo lindo —dijo y, tras pedirme que le sujetara el documento de identidad, comenzó a hacer flexiones en la acera. Me recomendó que hiciera lo mismo, pero como a mí me pareció inapropiado quitarme la piel de vellón, no tenía ningún sentido que me pusiera a sudar.

De todos modos, acepté una «pastilla estimulante», como la llamó él, para contrarrestar el efecto de dos noches sin dormir; si hubiera sabido que aquellas cápsulas negras venían de la Central Eléctrica, tal vez hubiera declinado. Justo cuando me la tragué, se oyó un estruendo y los tambores dejaron de sonar, Stoker abrió los brazos y comenzó a bailar amenazadoramente, sonó el silbato y el primer atleta empezó a correr, soltando un balido, desde la línea de salida. Cuando se estaba acercando al Decano de los Suspendidos, amagó con irse hacia la izquierda y después giró a la derecha a toda velocidad; como había supuesto Greene, Stoker no pudo recobrar el equilibrio a tiempo para cogerlo. La multitud aplaudió y el atleta saltó ágilmente y subió a los dientes del Torniquete. En cursos anteriores, lo que habría tenido que hacer era simplemente empujar con todas sus fuerzas para tratar de hacerlo girar —en vano, por supuesto— hasta que el Decano de los Suspendidos lo cogiera y lo hiciera bajar tirando de él; entonces recibiría los merecidos laureles y un beso de Miss Universidad y sería admitido. Pero en esta ocasión, en cambio, por primera vez, el objetivo era trepar lo más alto posible a aquella puerta inmóvil, semejante a un gran peine colocado sobre un extremo a través de cuyas púas podrían pasar los dientes del Torniquete si éste girara. Aquel aparato mediría unos siete metros de alto: cuando el candidato lo había escalado hasta la mitad, sin que nadie lo persiguiera, hizo un ruidito y giró, y el joven quedó atrapado como una pequeña rama en un rastrillo. Los espectadores gritaron —al igual que yo, pensando que había llegado su hora—, pero después, cuando quedó claro que no había sufrido herida alguna, aplaudieron valorando su esfuerzo. Desde un brazo metálico situado encima de él colgaba el artilugio con una lente que Max había supuesto que era un escáner; el atleta atrapado acercó a él los dientes, entre los que todavía sujetaba su documento de identidad, y fue liberado al instante. En ese momento, la voz de Bray proclamó, por los altavoces, lo que tradicionalmente se encargaba de decir algún dignatario del Auditorio del Fundador.

—¡Apártate, Decano de los Suspendidos! ¡Este hombre ha de matricularse!

Stoker dio una patada en el suelo simulando estar muy disgustado, la Puerta de la Izquierda se abrió, el silbato volvió a sonar y el primer atleta, saludando a la gente, recibió su recompensa de la chica vestida de lentejuelas y un oficial de traje lo hizo pasar; entonces el segundo comenzó a correr por el pasillo hacia un destino similar, haciendo lo que él consideraba ruidos caprinos. Yo hacía chocar nerviosamente las pilas que tenía en la mano una contra otra y me cambié el shofar de hombro, preguntándome cómo me las apañaría para trepar con la vara en la mano. Aunque era imposible que fuera esa hora, mi reloj marcaba sólo las seis; sin embargo, el borde del sol era perfectamente visible a nuestra espalda y ya toda la puerta estaba incendiada por la luz. Salió un tercer atleta. De repente, tuve una horrible sospecha y me llevé el reloj al oído; no oí nada. Lo sacudí, aterrado, y probé a hacer girar la manecilla; lo hizo con gran facilidad. Me había olvidado de darle cuerda en el Observatorio.

—¿Qué hora es? —le grité a Peter Greene. Pero el tercer corredor se llamaba Foltz, y el siguiente que iba a salir se llamaba Harvey, así que mi acompañante ya estaba con una rodilla en el suelo esperando su turno.

—¡Más tarde de lo que crees, supongo! —me gritó y comenzó a correr soltando un relincho. Su extraño atuendo provocaba la risa entre los asistentes.

—Me la voy a cargar por todo esto —se lamentó Murphy.

—¡Espere! —grité, y salí tras él, pues antes había pensado que *George* —y, llegado el caso, *Gran Maestro*— debía comenzar antes que *Greene*. Entonces sí que se animó la gente en las gradas; mi piel de vellón ondeaba al viento, el shofar sonaba, mi reloj se bamboleaba en su cordel y, mientras yo cojeaba, las lentes repiqueteaban contra el bastón. Murphy volvió a tocar el silbato varias veces para que nos detuviéramos, pero los demás atletas no lo entendieron y salieron a la carrera, haciendo un gran estrépito a mi espalda. Stoker se había colocado para interceptar a Greene, pero al verme, cambió de idea y se dispuso a atraparme con particular placer.

—¡Tú no, niño-cabra!

Pero como ya había sucedido en el Desfiladero de George, mi gruesa vara me resultó de gran utilidad.

—*Estoy bien* —me dije, y con un trompeteo furioso y ranuncular la dirigí con fuerza hacia él. Él se apartó hacia un lado, sonriendo, y cogió la vara por el extremo, pero la finta lo situó justo en el camino del corredor que venía detrás de mí. Los dos cayeron al suelo, despatarrados; la multitud aulló y se acercó a ellos, invadiendo el pasillo y bloqueándoles el paso a los demás candidatos. Yo esprinté en los últimos metros y llegué hasta el Torniquete, en cuyos dientes inferiores ya estaba atrapado Greene.

—¡Estoy bien! —dijo, riéndose—. Y qué importa, además. ¡Pero se me ha perdido el carné, caramba!

Lo vi tirado a sus pies y lo cogí para dárselo mientras el escáner descendía. Justo cuando se lo estaba entregando, el artilugio hizo un zumbido y la gran reja giró unos cuantos grados para soltarlo. La muchedumbre y los oficiales se acercaban a toda velocidad chillando. No había tiempo para escalar por aquella dentadura vertical. Cuando Greene quedó libre, yo me deslicé hacia el otro lado a través del ángulo en que él había estado atrapado. Un guardia trató de alcanzarme y se hizo con el shofar; yo me agaché, me pasé el cordel por encima de la cabeza y lo dejé en sus manos. El Torniquete volvió a girar para atraparme en el momento en que yo alcanzaba su eje. Yo apreté su vértice, donde había un pequeño espacio entre la barra y los dientes. Ya nadie podía cogerme, pero pensé que quizá me aplastara la maquinaria, y desesperadamente pensé que qué carajo, caramba, y que no importaba, además, por decirlo de algún modo. Si lograba pasar y llegar a la Puerta más grande, mejor para la estudiantía. Si fallecía en ese momento y en ese lugar, me evitaría dolores futuros y la pérdida sería para la estudiantía, no para mí. ¡Que se quedaran con su Harold Bray y suspendieran todos! Estaba, en resumen, bien.

Lo que pasó en realidad fue que el ojo del escáner escaneó en vano, el Torniquete giró y yo quedé estrujado entre los dientes estáticos. Uno se me metió por la manga de mi piel de vellón, otro por debajo de mi amuleto de Freddie. Yo estaba entre ellos, firmemente atrapado; me retorcí para liberarme pero sólo logré que el collar se me enganchara en un tercer diente. Nadie podía tocarme. Algunos se reían, otros daban palmas y Peter Greene, a mi espalda, gritó:

—¡Pero caramba, si lo ha conseguido! ¡Más claro que el agua!

También oí a algunos oficiales a quienes no podía darme la vuelta para ver, regañando a Murphy. El escáner volvió a apuntar hacia abajo, buscándome. Yo sonreí educadamente pero no tenía ningún carné para enseñarle. El Torniquete hizo un sonido y giró un poco más, tal vez para atrapar al siguiente atleta o para encargarse de mí. Algunas chicas chillaron; la siguiente fila de dientes avanzó y me apretó la espalda con tanta fuerza que pensé que me iba a cortar en rodajas, como a los huevos duros de Eblis Eierkopf. Pero el desgarrón que ya tenía la piel de vellón (desde la lucha con Croador en el Desfiladero de George) se extendió ahora desde el cuello hasta el dobladillo, incluyendo al revestimiento de lana. El Torniquete siguió girando, se rompió la cuerda de la que colgaba mi amuleto y, por segunda vez, esas pieles que yo tanto quería hubieron de ser sacrificadas. Con la mía completamente al descubierto, fui propulsado al Gran Centro Comercial y a los brazos de dos policías tiznados que se habían acercado a toda prisa.

—¡Apártate, Decano de los Suspendidos! —ordenó la voz por los altavoces—. ¡Este hombre ha de matricularse!

Lo más probable era que se refiriera a Harvey o a algún otro atleta que hubieran cogido fuera como a mí me habían cogido dentro; no miré hacia atrás, pero aproveché la oportunidad de exigirles imperiosamente a los porteros (identificados como tales por sus brazaletes):

—¡Llebadme ante el rector!

De inmediato comenzaron a discutir sobre si debían entregarme en Detenciones Principales por haberme colado o a la Sala de Reuniones por haberme matriculado. Estaban de acuerdo en que no se me podía permitir quedarme ahí, tan indecentemente expuesto, pero la muchedumbre que había detrás de la puerta daba tales muestras de excitación, sobre todo cuando me di la vuelta para recuperar el reloj (la cuerda de la que lo llevaba colgado al cuello también se había quedado enganchada en el Torniquete y se había roto), que los porteros no pudieron mantener el control y comenzaron a pelearse. Me pareció apropiado saludar con la mano al gentío a través de la Puerta Principal mientras me colocaba el reloj, y todos respondieron con gran entusiasmo, silbando y lanzándome coronas de laurel por encima de la puerta. Miss Universidad estaba boquiabierta; cuando le tiré un beso, ocultó la mirada. Con gran pena, abandoné mi piel de vellón y mi amuleto, ya que estaban demasiado enredados en el Torniquete como para poder salvarlos; de hecho, lo habían atascado, por lo que la Prueba se suspendió y las dos puertas se abrieron para admitir a todos los

candidatos. Quizá las abriera el ORDACO automáticamente o quizá se hiciera por orden ejecutiva. No hacía tanto tiempo que había salido del establo de las cabras, así que la desnudez no me causaba ninguna vergüenza. Me puse en la cabeza una corona de laurel, cogí mi reloj y mi vara (junto con las dos pilas, que recién entonces noté que seguía teniendo en la mano), hice una reverencia primero a la gente y después a los porteros que seguían enzarzados en su lucha, revolcándose entre el polvo, y seguí un carril guía que se dirigía hacia la derecha, donde estaba la entrada más cercana de la Casa de la Puerta. Para mostrar mi compostura cuando se acercó otra pareja de guardias de Stoker, incluso me tomé un momento para mirar el sol, que ya había salido del todo y en uno de cuyos bordes se empezaba a notar el comienzo del eclipse. Entonces me apoyé en mi vara y volví a exigir, antes de que pudieran decir nada:

—¡Llevadme ante el rector!

7. LA REJILLA DE LOS CHIVOS

—Sí, claro —gruñó uno de ellos.

—No al maltrato policial, Jake —le advirtió el otro y, dirigiéndose a mí, dijo, con mucha amabilidad, mientras cada uno me cogía de un codo—: Todos vamos a ver al rector muy pronto, amigo. Pero primero tenemos que vestirnos, ¿no te parece?

—Estoy bien —declaré yo. Siguiendo el consejo de Max, les recordé que había hecho lo nunca visto al pasar la Prueba del Torniquete y que, por lo tanto, era un candidato totalmente matriculado —y no para un irrisorio Certificado de Competencia, sino para la auténtica Graduación— a quien había que llevar en cuanto fuera posible ante el rector.

—Claro que sí —dijo el primer guardia—. No me sorprendería si fuera el mismísimo Gran Maestro. Ven tranquilo, no habrá ningún maltrato.

—La verdad —dijo el otro, más cordialmente— es que todos los que pasan por la Puerta tienen que recibir el visto bueno del Centro de Salud antes de ir a hacer la matrícula. ¿No es así, Jake?

Jake dijo que así era, añadiendo que sin el sello del doctor Sear en el Carné de Matriculación (como pasaba a llamarse el documento de identidad cuando uno era admitido formalmente), ni siquiera un Harold Bray podría apuntarse a un curso en la Facultad. Al oír aquel nombre, acepté ir con ellos, cosa que más me valía, ya que en cualquier caso me propulsaron con fuerza escaleras arriba, me metieron en la Casa de la Puerta y me llevaron a una gran habitación llena de escritorios y mesas. Hombres y mujeres que trabajaban con unos archivos llenos de carnés se pusieron de pie cuando entramos y empezaron a cuchichear y a darse codazos sin dejar de mirarnos.

—Todo irá bien —dije yo—. Conozco al doctor Sear.

Jake asintió gravemente.

—Ya me lo imaginaba, hijo. —Y dirigiéndose a toda la gente que nos observaba, gritó—: Bueno, vamos, todos al trabajo. Esto no es un vodevil.

El otro guardia iba abriendo el paso entre largas mesas sobre las que colgaban diversos letreros: HUMANIDADES; INGENIERÍA; TESORERÍA Y BECAS; TENGAN PREPARADOS SUS RECIBOS. Llegamos así a una habitación lateral donde decía RAYOS X, en la que me metieron bruscamente y sin ninguna ceremonia. Reconocí entonces al doctor Sear, que se volvió hacia nosotros, muy enfadado. Estaba frente a una gran máquina en cuya pantalla se veía un espectáculo singular y brillante: la parte inferior del torso de una mujer transparente, a tamaño real, cuyos huesos y órganos podían apreciarse, oscuros, en su interior. Y para colmo estaba viva: ante nuestros ojos, movía las falanges jugueteando con algo no muy lejos de la sínfisis del pubis, y su voz continuó emitiendo un murmullo rítmico durante unos segundos después de nuestra entrada, como si hubiera estado cantando para sí misma.

—¡Salgan de aquí! —gritó el doctor Sear, viniendo a toda prisa hacia nosotros—. ¡Estoy examinando a una paciente, por el amor del Fundador!

Los guardias se disculparon pero alegaron que la situación era extremadamente atípica, tan incapaces como yo de apartar los ojos de la sorprendente pantalla. La mano y la voz se detuvieron; la pelvis se giró, y de una casilla protegida con una cortina y situada detrás de la máquina salió una mujer —de mediana edad y nada transparente— anudándose una bata de algodón blanco con un cinturón.

—Se coló por el Torniquete —explicó el guardia que no se llamaba Jake—. Un loco. Debería ocuparse de él...

—¡Esperen fuera! —dijo el doctor Sear muy enfadado. Frunció el ceño al darse cuenta de que yo estaba desnudo mientras los conducía hacia la salida, y estaba demasiado alterado como para devolverme el saludo o al menos hacerme un gesto de reconocimiento. Pero la mujer, abriendo mucho los ojos, graznó:

—¡Es el niño-cabra, Kennard!

Entonces vino dando tumbos hacia mí, y reconocí la cara crispada y ojerosa de Hedwig Sear, quien tanto había disfrutado emparejándome con Anastasia en la Sala de Estar.

—¡Georgie, cariño! —dijo. Pero tropezó con un sillón y quedó sentada, con las piernas indecorosamente abiertas. Daba la impresión de que algo no andaba bien con su capacidad de mantener el equilibrio. Nos quedamos mirando, asombrados.

—Mi esposa está sufriendo un ataque, como pueden ver —dijo con impaciencia el doctor Sear—. Hoy no viene mi enfermera, y estaba preparándose para el tratamiento. ¡Por favor, dejen aquí a este tipo y esperen fuera!

Los guardias pidieron disculpas y se retiraron, prometiendo quedarse junto a la puerta por si el doctor requería su ayuda. La expresión de uno de ellos era totalmente sobria, pero Jake sonrió y guiñó un ojo al cerrar la puerta.

—Animales —murmuró el doctor Sear. Sin embargo, recuperó la compostura muy pronto—. ¿Qué estás haciendo, George? Dale una bata, Hed.

Antes de que pudiera explicar mi desnuda presencia allí, él me brindó una explicación de la extraordinaria escena que había interrumpido. Solía instalarse una unidad portátil de rayos X en la Casa de la Puerta en los periodos de matriculación, afirmó, para poder hacerle a quien lo solicitara una prueba de tuberculosis gratuita. Normalmente, Anastasia lo ayudaba, pero como el mismísimo Harold Bray había solicitado sus servicios para toda la mañana en la Salida de la Rejilla, Hedwig se había ofrecido para ocupar su puesto.

Mientras él hablaba, la señora Sear se tocaba sin ningún pudor, sin dejar de canturrear.

—Desgraciadamente, mi esposa sufre ataques de descontrol —continuó diciendo—. Llegó aquí esta mañana en el estado en que la ves, y yo estaba tratando de tranquilizarla por medio de un shock de radiaciones cuando me interrumpisteis. Confío en tu discreción.

Le aseguré que podía despreocuparse y que no me iría de la lengua. Entonces él negó con la cabeza.

—El tratamiento no ha funcionado, me temo.

—¡Qué huevos! —gritó Hedwig. A pesar de que no era lo bastante versado en literatura moderna como para dominar los coloquialismos obscenos, supuse por su tono de voz que no estaba hablando literalmente. Por lo tanto, me pareció que lo más inteligente era fingir que no la había entendido y dije:

—El de Freddie se me perdió en el Torniquete, señora.

No sé si por haber entendido el chiste o por no haberlo entendido, pero se lanzó hacia mí a cuatro patas como una cabrita tullida.

—¡No! ¡Vamos, Hed! —la reprendió su marido. Yo di un paso atrás, pero el doctor Sear me clavó a mi lugar con una mirada de curiosa desesperación.

—Perdónala, ¿vale? Eso, buen chico.

Yo me quedé desconcertado mientras la mujer se ponía de rodillas delante de mí.

—Ojalá fuera un poco menos indiscreta —dijo su marido, soltando un suspiro—. Pero si no te tomas con humor sus ataques, la pobre lo lleva fatal.

Dio unas palmaditas en la cabeza casi rapada de su esposa con una mano mientras con la otra me acarició francamente. Sin embargo, algo de la forma de actuar de la señora hizo que me quedara flácido; aunque no tenía ningún deseo de mostrarme poco servicial, su esfuerzo conjunto no lograba excitarme.

—Necesita a Stacey —comentó la señora Sear al cabo de un momento y abandonó sus actividades encogiéndose de hombros, se puso de pie y se arregló el pelo. Al cabo de unos instantes, su aspecto era completamente normal. Yo pedí disculpas.

—No pasa nada, cariño —dijo ella—. Kennard me ha arruinado hasta tal punto que ni siquiera puedo excitar a Croador. Te traeré una bata.

—De verdad, querida —protestó su marido, aunque parecía bastante divertido por su comentario—. Vas a hacer que George piense que somos unos pervertidos.

—Ja —dijo Hedwig. De la cabina cerrada con una cortina que había detrás del fluoroscopio cogió una bata blanca de hospital como la que llevaba ella para que yo me la pusiera hasta que me consiguieran «algo más apropiado»—. *Tienes que venir a cenar* —me dijo entonces. Entre los dos me ayudaron a ponerme la bata—. Yo haré de pastora y tú de macho cabrío, y Kennard puede hacer de pastor celoso.

—¿Cómo dice?

Yo no era capaz de imaginarme una relación entre pastores y cabras. La idea era casi obscena.

—¡Podríamos invitar también a Stacey, y hacerlo *à quatre!*

Ante esta propuesta, el doctor Sear chasqueó la lengua en señal de desaprobación, como si se tratara de algo demasiado extravagante, y con gran delicadeza amonestó a su esposa explicándole que era precisamente ese exceso de entusiasmo suyo lo que dejaba helados a sus compañeros varones.

—Pero escucha, George —añadió el doctor—. No tenemos secretos para ti, y tú eres un hombre de campus, eso es obvio. La verdad es que a Hed y a mí nos encantaría que te quedaras con nosotros hasta que se aclare todo el tema ese de Max. Ya ves que somos gente simpática; podrías hacer todo lo que quisieras.

Le di las gracias por su invitación, que mostraba a las claras una gran hospitalidad, aunque los entretenimientos prometidos eran bastante oscuros. Pero cuando mencionó a Max, me vinieron a la cabeza cuestiones más acuciantes. Les pedí que me dieran su dirección, les prometí pasar a verlos en cualquier caso aquella misma noche o la siguiente para hablar de la detención de Max y del programa GILES y admití que, de hecho, todavía no tenía idea de dónde iba a comer y a dormir, como tampoco sabía cómo se organizaban esas cosas entre la estudiantía humana.

—Pero ahora les suplico que me disculpen —concluí—. Aún tengo que ir a ver al Rector Rexford por lo de mi candidatura, y después debo pasar por la Rejilla de los Chivos. Y también quiero tener unas palabras con Anastasia, si es que consigo encontrarla.

Ellos expresaron su sorpresa por el hecho de que Max no hubiera hecho una reserva en una residencia para que yo me instalara y tampoco me hubiera proveído de fondos, así que les expliqué muy brevemente las extrañas circunstancias de mi partida de la granja de las cabras, y añadí que Max había observado que los Grandes Maestros y esa clase de personajes nunca, como regla, se preparaban ni siquiera un bocadillo, aunque sus misiones heroicas podían tardar nueve años en llevarse a cabo. Yo, por ejemplo, no tenía un carné de identidad, y sin embargo había podido pasar el Torniquete de todas formas, y tenía confianza en poder encontrar algún modo para superar la Rejilla de los Chivos.

—«No habéis de pensar en la próxima etapa...» —dijo el doctor Sear, asombrado—. Justo anoche, en lo de Stoker, le estuve diciendo a Bray que eras un tipo extraordinario y que tu vida había sido una serie de coincidencias realmente milagrosas. Escucha... —Eché un vistazo a su reloj—. Todavía tienes media hora larga hasta el discurso de Rexford; tienen que procesar todas las admisiones normales, y la Reunión Antes de la Rejilla es aquí al lado... ¿Tienes un consejero?

Cuando le dije que no, debido a la injusta detención de Max, se ofreció para cumplir él mismo ese papel, afirmando que, aunque no podía compartir mi antagonismo hacia Harold Bray, respetaba los motivos por los que yo reivindicaba ser un Gran Maestro, me admiraba personalmente y se sentiría muy satisfecho si pudiera ayudarme en la tediosa y dura experiencia de la matriculación.

La señora Sear, que estaba encendiéndose un cigarrillo, apostilló:

—Él también quiere chupártela.

—De verdad, Hed.

Les dije que no entendía de qué estaban hablando.

—Todos queremos, cariño —dijo ella, encogiéndose de hombros en dirección a mí o a su marido—. Nos gustan las novedades. ¿Verdad, Kennard?

El doctor Sear sonrió.

—George se va a llevar una impresión equivocada.

La mujer me pellizcó la nalga.

—George no es ningún bobo. Sabe lo que estaba pasando cuando entró.

Su marido, me contó, había perdido hacía ya tiempo el gusto por el acoplamiento normal, tanto conyugal como extracurricular, e incluso por las perversiones corrientes como la sodomía y la flagelación. Mirar a otros todavía le parecía entretenido, pero sólo cuando el espectáculo era fuera de lo común, como en la Sala de Estar de Stoker; y ella, como ya había perdido su capacidad para sorprenderlo y su juventud, sólo le interesaba si se masturbaba delante del fluoroscopio.

—Qué curioso —dije yo. Y usted, ¿también lo disfruta?

El doctor Sear parecía aburrido mientras ella daba sus explicaciones, pero llegados a este punto, soltó una sonora carcajada.

—¡Ya ves, Hed! Ella dice que la he corrompido, ¿sabes, George?, pero lo cierto es que está tan aburrida de los trucos habituales como yo. Has puesto el dedo en la llaga.

—Ojalá lo pusiera en otro sitio —dijo Hedwig.

Añadió que estaba aburrida de la sofisticación y que anhelaba que la montara de una manera extraordinaria alguien bruto y simple como Croador; pero atender a los deseos de su marido la había defeminizado hasta tal punto que su efecto en los hombres era anafrodisíaco, como yo mismo había podido comprobar.

—Hedwig exagera —dijo pacientemente su marido—. Es verdad que hemos hecho lo que no está escrito, pero nadie la ha obligado. Le gustan las mujeres y no quiere admitirlo.

Me hubiera gustado enterarme de más cosas sobre este interesante asunto, y también quizá cuestionar la supuesta simplicidad de Croador, que las tallas que había hecho en mi bastón parecían desmentir, y comparar los placeres ópticos del doctor Sear con los de Eblis Eierkopf, para aprender hasta qué punto dichos gustos preponderan entre los humanos cultos. Pero me pareció más importante volver al tema de mi consejero, y cuando lo hice, la señora Sear cambió radicalmente de tono. Lo mejor que podía hacer, me dijo con gran seriedad, era tomar a Kennard Sear como consejero, ya que era el hombre más sabio del campus; de hecho, conocía todas las Respuestas, a pesar de sus perversiones.

—A *pesar* no, querida; *debido a* mis perversiones. George es capaz de comprender la visión trágica.

Se besaron con mucho cariño. La mezcla de afectos diversos que había en la relación matrimonial de los Sear me pareció tan curiosa como sus extravagancias amorosas, ya que la vida en el establo de las cabras me había vuelto muy abierto de mente con respecto a esta última cuestión. En cualquier caso, su buena voluntad hacia mí era evidente. Muy agradecido, me puse a su cargo, estipulando sólo que, en vista de la urgente tarea que había por delante, renunciaríamos a cualquier encuentro

sexual —à deux, trois o quatre, en pantalla o fuera de ella—, al menos por el momento.

—Estoy de acuerdo —dijo el doctor. Lo más importante, en su opinión, era que yo lograra evitar la maquinaria habitual de la matriculación y tratara sólo con las autoridades más altas; de lo contrario —debido a que el advenimiento de Bray había sembrado de tal modo la confusión en el campus, y teniendo en cuenta que mi situación en la Facultad era irregular—, cualquier oficial de bajo rango podría expulsarme y enviarme de vuelta al establo de las cabras basándose en algún tecnicismo como que carecía de apellido—. Has conseguido pasar el Torniquete; podemos emplear eso para solicitar a la Sala de la Torre que te admitan en calidad de Alumno Especial. Voy a llamar a la mujer de Rexford, que es paciente mía. Pero antes te voy a revisar y a hacerte un certificado de salud. Puede que te sirva para matricularte, ya que no tienes carné de identidad.

—¿Y si voy a ver a Bray a la Salida de la Rejilla? —le preguntó la señora Sear—. A lo mejor intercede por George ante Rexford. Incluso podría matricularlo él mismo, estoy segura.

—Quieres volver a ver a Stacey —bromeó el doctor Sear. Pero era evidente que disfrutaban planeando juntos la estrategia que me convenía seguir.

—Y tú no puedes aguantarte las ganas de ver las entrañas de George —le respondió ella.

Entonces los dos se rieron y estuvieron de acuerdo con que la idea era buena. Yo objeté que Bray era un falso Maestro y que no quería que me ayudara aunque él estuviera dispuesto a hacerlo (cosa que se me antojaba improbable), y el doctor Sear me contestó:

—Falso o no, está en una posición fuerte y es muy inteligente, y respaldar a gente que lo niega es parte de su misión. Anoche, en lo de Stoker, le dije que yo nunca aprobaría los Finales porque sé demasiado como para poder contestar preguntas sencillas, y el muy pillo me dio un certificado con una frase del Pergamino del Fundador: «De nada seáis ignorantes, dijo el Fundador». Entonces le conté con mucha franqueza que yo no tenía ninguna moral en cuestiones sexuales, y él citó a Enós Enoc: «Aquel que no conozca la otra cara de la verdad, ¿cómo va a aprobar?». ¡Es un tipo muy listo!

Mientras él hablaba, la señora Sear salió a hacer su tarea por una puerta trasera.

—Pobrecilla —dijo él cuando se hubo ido—. En realidad, en el fondo, es como una sencilla estudiante de Economía Doméstica, y supongo que va camino del manicomio por vivir conmigo. ¡Pero suspendido sea todo, George, la Universidad es muy grande! ¿Cómo podemos entender algo sin probarlo todo? Cuando anoche Harold Bray me comparó con Ginandro, demostró que me entendía mejor de lo que me entiende Hed después de quince años de matrimonio.

Para no seguir hablando de mi rival, le pregunté:

—¿Se refiere al ciego de la obra de teatro?

—Muy agudo, George —contestó con una especie de suspiro seco, aunque yo no lo decía irónicamente. Entonces empezó a examinarme y me puso delante de los rayos X, y su interés por la lesión que había sufrido en las piernas en la infancia me proporcionó la oportunidad de preguntar por los archivos del GILES, cuya relevancia para la cuestión de la paternidad de Anastasia le expliqué brevemente—. ¡Oye, eso es muy interesante! —exclamó. De hecho (como yo esperaba), aquel pequeño misterio lo intrigó tanto que interrumpió la jadeante inspección de mi colon sigmoideo—. ¡Nunca se me habría ocurrido que seguían discutiendo por ese viejo asunto! Ni siquiera Stacey lo ha mencionado nunca.

La verdad era, me contó confidencialmente, que ni Max ni Eblis Eierkopf mentían; él habría estado encantado de confirmar la inocencia de ambos en relación con los archivos del GILES si a alguien se le hubiera ocurrido preguntarle, o si él hubiera pensado que aquella antigua disputa nunca se había resuelto.

—Todos los que trabajamos bajo las órdenes de Spielman habíamos hecho media docena de especialidades, ¿sabes? Él era una fuente de inspiración, en ese sentido. Yo ya había pasado de la genética a la psiquiatría, y después a la anatomía, antes de que estallara el escándalo del Cum Laude. Nunca tuve ningún interés por ese proyecto; dejé de pensar en él en cuanto terminamos de programar el GILES y lo cierto es que no he vuelto a pensar en ello desde entonces. ¡Conque el GILES!

Sus objeciones al Proyecto Cum Laude habían sido teóricas y prácticas, más que morales: pensaba que las muestras tomadas por Eierkopf eran intrínsecamente sesgadas debido al hecho de que los Grandes Maestros andróginos como Ginandro eran, por definición, estériles, y de todas maneras dudaba de la capacidad que pudiera tener el ORDACO para manufacturar y emplear un GILES incluso aunque le suministraran los factores seminales que requería el programa. Sin embargo, confesó que se había excitado mucho con el prospecto y que incluso había ofrecido a Hedwig como receptora del GILES con la condición de que le permitieran mirar, pero el ORDACO rechazó la oferta.

—En cualquier caso, recuerdo comentar los resultados con Max y Eblis cuando recogimos todas las muestras, porque a mí me pareció que ese proceso me dio la razón: eran dos genios absolutos, opinaras lo que opinaras de ellos, pero Spielman era estéril desde su accidente y Eierkopf era tan impotente que ni siquiera podía darme un espécimen. Así que si realmente hubo un GILES, como asegura Eblis, y si Virginia Héctor realmente lo recibió, como dices que asegura ella, entonces no funcionó. Por mucho cariño que le tenga a nuestra querida Stacey, no es una Gran Maestra. Le diré la verdad sobre Max.

Yo pensaba preguntarle si sabía algo sobre cuando me descubrieron en el elevador de cintas, pero la conversación quedó interrumpida por los guardias que había al otro lado de la puerta, que llamaron para preguntar si todo iba bien y si debían llevarme a Detenciones Principales o al Hospital.

El doctor Sear frunció el ceño y puso la mano sobre el pestillo.

—Un momento, por favor.

Mientras pensábamos qué hacer, su mujer entró sin hacer ruido por la salida de atrás.

—¿Me voy por ahí? —susurré.

El doctor Sear negó con la cabeza.

—¿Bray está con nosotros? —le preguntó a la señora Sear—. ¡No golpeen así! —les gritó a los policías.

El rostro de la señora Sear adoptó una expresión de escepticismo.

—Bray dice que no piensa tolerar ningún farsante...

—¡Yo tampoco! —afirmé.

—Stacey está haciendo todo lo que puede —continuó la señora Sear—. Pero Bray dice que o pasa la Rejilla de los Chivos y entra en el Estómago del ORDACO o habrá que expulsarlo.

—Ay, ay, ay —dijo suspirando su marido. Pero yo insistí en que, aunque no aceptaba que Bray tuviera autoridad para plantear las cosas en esos términos, ésa era también mi postura, y que de hecho tenía la intención de pedirle al señor Bray que se metiera conmigo en el Estómago, puesto que no me fiaba para nada de que hubiera estado allí. Entonces veríamos a quién se COMERÍA el ORDACO y a quién no.

El doctor Sear negó con la cabeza, pero no había tiempo para discutir.

—Entréguenoslo ya, doctor —gritaron los guardias, con un tono más severo—. Tenemos que ir a una reunión.

Entonces al médico se le iluminó la cara y abrió el pestillo.

—Desde luego, caballeros.

Los guardias entraron, miraron primero la pantalla del fluoroscopio, después a la señora Sear y en último lugar a mí.

—El señor George disculpa su error —dijo el doctor Sear en voz baja—, pero la verdad es que todo sería más agradable si le pidieran perdón.

Yo no era, les dijo, ningún intruso, sino el hombre del día: ¡el primero en toda la historia moderna que había conseguido pasar legítimamente la Prueba del Torniquete!

—¿Legítimamente? —preguntó Jake.

—Claro que legítimamente.

Era un lamentable síntoma de la enfermedad de la estudiantía, dijo, que los héroes fueran detenidos por alterar el orden; sin embargo, creía que yo no les guardaba rencor y que pasaría por alto su humillante conducta si me llevaban de inmediato a la Reunión Antes de la Rejilla. Yo escuchaba atónito, pero tuve la suficiente presencia de ánimo como para mantener una expresión neutra.

—Ya se ha comunicado con Maurice Stoker para que no les pongan ningún castigo —dijo la señora Sear—. Si fuera por mí, haría que los encierren por la forma en que han irrumpido aquí.

La pareja de policías tenía un aire de escepticismo, aunque estaban claramente impresionados. Pero cuando le aseguré a la señora Sear que sólo habían mostrado un

exceso de celo en el cumplimiento de su deber, Jake frunció el ceño y asintió con la cabeza, y el otro se quitó la gorra.

—Vamos —les dije—. Quiero un asiento cerca del rector.

—El Gran Maestro ha dicho que se reunirá con usted en la Salida de la Rejilla después del discurso —dijo la señora Sear—. Kennard va a ir ahora para allá con su certificado de salud.

—No creo que sea necesario.

—No es ninguna molestia —dijo el doctor Sear—. Estoy muy honrado por haber conocido a un candidato potencial al granmaestrazgo. Lo cual me recuerda... —Sacó del cajón de un escritorio un pequeño espejo redondo con una pinza de muelle—. Es costumbre hacer un pequeño regalo el día de la matriculación, algo que represente lo que le deseamos al nuevo candidato. ¿Me concede el placer de aceptar esto?

Yo le di las gracias con mucha educación y le pregunté si estaba en lo cierto al creer que se trataba de un espejo.

—Sí. ¿Puedo ponérselo en el bastón? Por un lado es cóncavo y por el otro, convexo, pero eso ahora no viene al caso. —Al colocar el espejo cerca de la punta de mi vara, se puso muy serio—. Como usted sabe, George, yo pienso que el conocimiento de la Universidad, cueste lo que cueste, es la única Graduación a la que podemos aspirar. Aunque el precio sea suspender, y ése es el precio. Espero que cuando mire el espejo recuerde que siempre hay otra manera de ver las cosas: ése es el comienzo de la sabiduría.

Volví a darle las gracias, muy conmovido, y me acerqué la vara para observar mi nuevo regalo. Lo único que vi, en realidad, fue un reflejo ampliado de mi ojo —tal vez porque una de las lentes del doctor Eierkopf estaba medio suelta sobre su pivote y se movía, entrando en mi línea de visión—, pero comprendí lo que me quería decir el doctor Sear.

—También puede usarlo para mirar debajo de las faldas de las chicas de colegio mixto —comentó la señora Sear—. Nosotros lo hacemos.

—¡Hed, de verdad!

Les prometí que los llamaría esa tarde, si podía. Los guardias sofocaron respetuosamente una risita, ya sin desconfianza, y me dieron las gracias por no denunciarlos antes de acompañarme, a través de la Oficina de Matriculaciones, que estaba llena de mesas, hasta un gran auditorio donde se iba a celebrar la Reunión Antes de la Rejilla. Estaba lleno de los que se habían inscrito para matricularse aquella primavera, que comenzaron a gritar y a silbar cuando recorrí el pasillo con mi atuendo de hospital. Cada vez que un guardia nos miraba con suspicacia, mis escoltas se encogían de hombros; nadie nos molestó. Elegí un asiento en la primera fila junto a los atletas que no habían tenido éxito y me di la vuelta para saludar modestamente a mis admiradores. Se me acercaron dos jóvenes con unos pases de prensa prendidos en la solapa, pero antes de que pudiera enterarme de lo que querían, las luces se atenuaron, la tribuna se iluminó y un joven se dirigió al micrófono para decir:

—¡Damas y caballeros: el rector de la Facultad de New Tammany!

Una banda de vientos situada al fondo de la sala comenzó a interpretar una animada marcha; la multitud aplaudía y pateaba con gran entusiasmo, e incluso hubo quien se puso a bailar en los pasillos; unos sombreros de una insípida paja volaron en dirección al techo, y también unas sabrosas serpentinas de papel con las que, mientras observaba el espectáculo, desayuné por segunda vez. De la nada surgieron banderines y pancartas, en los cuales, sobre el eslogan QUEREMOS A LUCKY, se representaba la cara sonriente de un joven guapo aunque sin barba; era el mismo que había visto en la pared de la Sala de Control. Tenía unos dientes magníficos, unas patas de gallo que contradecían las responsables arrugas de su frente y un mechón de pelo rubio y brillante, un flequillo que no se dejaba peinar y se obstinaba en colgar hacia delante, afirmando su independencia del resto del cabello. Un foco iluminó el telón lateral del escenario y el hombre de las pancartas hizo su entrada, acompañado por ayudantes y guardias. Su constitución no era muy diferente de la mía, ya que era bajo y elástico, pero tenía un pelo y una piel más claros y unos ojos azules y brillantes. Sus ayudantes, observé, también tenían un aspecto muy juvenil y eran dados a los mechones y flequillos, pero llevaban abrigos oscuros, mientras que el del rector era de lino y de un tono claro.

Una joven que había detrás de mí le gritó a su vecina de asiento:

—¿No es un bombón?

Otra no era capaz de pronunciar palabra, pero chillaba como un lechón. Aunque no acababa de llegar al rectorado, y no tenía demasiados logros en su haber (o al menos eso me había dicho Max, cuya admiración por el rector era bastante limitada), Lucius Rexford era adorado por los estudiantes jóvenes. Levantó la mano ligera y un tanto rígidamente para tratar de que parara el tumulto, como si lo avergonzara; pero tenía una mirada feliz, incluso se podría decir traviesa, y cuando un grupo de chicas de colegio mixto se acercó, pasando entre los guardias de Stoker, para cubrir su camino de rosas, él sonrió, se desvió un poco para recoger una blanca y ponérsela en el ojal y estrechó unas cuantas manos por encima de las candilejas mientras sus acompañantes se movían nerviosamente. Fueron en vano sus gestos pidiendo silencio cuando él se subió a la tribuna; sólo el Himno de Secundaria de la Facultad de New Tammany logró imponer el orden en la sala.

Querida y vieja New Tammany,
La Universidad
depende de ti.

Enseñanos las Respuestas.
Evítanos la noche suspendida.
Gradúanos en la luz
cuando acabe nuestra vida.

Mientras escuchábamos, puestos en pie, los emocionantes ecos de esta súplica, un dignatario ataviado con una levita oscura levantó ambas manos. En ese momento,

todos los presentes (salvo yo, que ignoraba el rito, y algunos tipos con turbantes en la cabeza que se encontraban en la zona de visitantes) cerraron los ojos, se apoyaron las yemas de los dedos en las sienes y comenzaron a recitar, con el dignatario, la tradicional «Petición al Gran Maestro» del Nuevo Programa:

Fundador nuestro, que eres omnisciente,
graduado sea tu nombre.
Venga a nosotros tu facultad.
Háganse tus deberes
así en el campus como al otro lado de la puerta.
La palabra tuya de cada curso,
dánosla este curso.
Perdona que copiemos
como nosotros perdonamos a quienes nos copian.
No dejes que se nos pasen las fechas de entrega
mas libranos de cometer errores.
Apruébanos.

Mientras la gente levantaba la cabeza y todos los inscritos ocupaban sus asientos, el Rector Rexford sonrió y, acercándose al micrófono, dijo:

—¡Todos necesitamos luz para estudiar!

Un gran aplauso siguió a esta aseveración, las luces se encendieron y alguien me dijo cínicamente al oído:

—Ése es un eslogan de las elecciones pasadas.

Era Stoker, a quien una vez más acompañaba Peter Greene. Me molestó verlos; tenía demasiadas cosas en la cabeza como para aguantar las bromas de Stoker y el peculiar infantilismo de Greene. Pero el ex Decano de los Suspendidos me devolvió mi shofar e hizo que se marcharan los dos guardias, dos favores que le agradecí bastante, y Greene me susurró una felicitación por haber pasado el Torniquete.

—Ahora vienen las luces —predijo Stoker—. A mi hermano todo eso de la luz lo preocupa muchísimo.

Así fue: las siguientes palabras del rector fueron que, mientras hacía unos pocos anuncios preliminares, repartirían entre todos nosotros unos regalos de matriculación de parte suya y de la señora Rexford. Su actitud me pareció atractiva: el exuberante aspecto juvenil, que en Peter Greene a veces resultaba un tanto irritante, se combinaba en Lucky Rexford con los buenos modales y la disciplina; su forma de hablar, de vestir y de gesticular era contenida; parecía hacer frente a las responsabilidades de su cargo del mismo modo en que nos hacía frente a nosotros: seriamente pero con gracia, con ingenio y con entusiasmo. Unos ayudantes flequilludos comenzaron a avanzar con agilidad por los pasillos con unas cajas de cartón de las que sacaron unas pequeñas linternas plateadas. Otros se acercaban discretamente a la tribuna, de vez en cuando, para dejar unos papelitos con mensajes escritos al lado de las notas del rector. La sala se quedó en silencio (salvo por el ruidito de los interruptores de las linternas) y todo el mundo estaba expectante, ya que

Lucius Rexford tenía la costumbre de prologar sus discursos con algún anuncio sorprendente.

Buscó entre los boletines informativos, eligió uno y dijo:

—Lamento comunicar que el ORDACO ha informado al Departamento de Ciencias Militares de que la Facultad de Nikolay comenzó anoche una nueva serie de pruebas de COMER. —Hubo cierto revuelo en la sala—. En vista de esta noticia —dijo enérgicamente el rector—, he autorizado, por consejo del ORDACO, al Departamento de Ciencias Militares para que pongan en marcha nuestra serie de pruebas de ANTICOMER, que como recordarán fue interrumpida provisionalmente hace tres cursos, como se acordó en la Conferencia de Fronteras. También hemos elevado una protesta formal a la Junta Directiva de la Facultad de Nikolay, y yo me dirigiré al Consejo Universitario, probablemente mañana, para hablar de esta cuestión y otros asuntos relacionados con ella. —Entonces, con una sonrisa forzada, cogió otra hoja de papel—. Y ya que estamos, hay otra mala noticia: el ORDACO informa de que dos inspectores más del Tendido Eléctrico de la Facultad de New Tammany han sido comidos esta mañana, antes del amanecer, en la franja neutral que separa los cables de alta tensión de los Campus Occidental y del Este. Ésta es una clara violación de la normativa establecida el curso pasado por la Conferencia de Fronteras, por lo que he ordenado a nuestros programadores especialistas en investigación de revueltas que le pregunten al ORDACO si la Facultad de New Tammany debería abandonar la Conferencia. Haré público el texto completo con su respuesta en cuanto esté listo.

La gente comenzó a murmurar, muy enfadada. Greene dio un puñetazo en el brazo de su silla.

—¡Caramba con los nikolayanos! ¡Tendríamos que COMÉRNOSLOS a todos, caramba!

Lo dijo en voz alta, de modo que Rexford lo oyó y miró hacia donde estábamos, sonriente, hasta que vio a Maurice Stoker. Entonces bajó rápidamente la mirada hacia sus notas de lectura y pareció sonrojarse un poco.

—El señor Greene no es el único que se ha convertido en un comilón —afirmó. Su empleo del término que se utilizaba popularmente para designar a los defensores de la «revuelta preventiva» arrancó carcajadas entre el público—. Todos nos cansamos de ser pacientes y responsables —dijo—. Es muy fuerte la tentación de dejar de lado la moderación y tomar medidas radicales... —Le echó una intensa mirada a Stoker—. Y siempre hay alguien que está listo para sacar tajada de esta clase de impulsos, lamentablemente.

No me enteré del resto de su comentario sobre esta cuestión porque el hombre que repartía las linternas había llegado a nuestra fila y tenía que examinar mi regalo. Apreté el interruptor, pero no pasó nada. Me di cuenta de que las otras tampoco se encendían. Peter Greene agitó la suya junto a su oído y dijo:

—¡Caramba, no le han puesto pilas! ¿Por qué habré tirado las mías?

Stoker sonrió.

—La próxima vez, no seas tan manirroto.

Entonces Greene, muy amablemente, le puso las pilas a mi linterna, y mientras lo hacía vio por primera vez el nuevo espejo que tenía mi vara, lo cual lo disgustó tanto que tuvo que disculparse y cambiarse de asiento.

—¡Vaya premio! —dijo Stoker, maravillado—. ¿Te he dicho que cree que Stacey es virgen y que quiere casarse con ella? ¡Anoche incluso se peleó con un nikolayano para defender su honor! —Negó con la cabeza como para expresar asombro. Todos sus gestos eran *como para*, en realidad: siempre daban la sensación de ser algo calculado, y uno se preguntaba, con cierta incomodidad, cuáles serían sus verdaderas motivaciones—. Mi hermano también tiene puntos ciegos, pero por lo menos no está loco.

Podría haber protestado tanto por su insulto a Greene como por su afirmación de que tenía parentesco con Lucius Rexford, que me parecía absurda ahora que los conocía a ambos, pero estaba claro que me estaba provocando, y además no quería perderme lo que estaba diciendo el rector.

—Han pasado tantas cosas extraordinarias en las últimas veinticuatro horas —dijo Rexford, leyendo sus notas— que apenas hemos podido comenzar a asimilarlas, y mucho menos hacernos una idea cabal de todo lo que implican. Ayer, por ejemplo, mucha gente se quejaba de que sólo un nuevo Gran Maestro podía resolver todos los problemas a los que debe hacer frente el campus Libre... —Me dedicó una radiante sonrisa—. Hoy, por lo visto, tenemos por lo menos dos Grandes Maestros hechos y derechos en New Tammany, y un candidato a ser el tercero. —Muchas miradas se fijaron en mí. Me dio la impresión de que, igual que el rector, la gente me miraba con benevolencia y cordialidad, y aunque resultó que yo era el candidato y Bray y el Sajian Vivo, los Maestros hechos y derechos, yo no podía ofenderme por el hecho de que estuviera equivocado—. Francamente, considero que éstas son unas circunstancias positivas —continuó—, y espero que podamos llegar a algún acuerdo de cooperación con estos caballeros por el bien de todos.

Stoker me dijo, suspirando pero en voz alta:

—Él podría llegar a un acuerdo de cooperación entre Enós Enoc y el Decano de los Suspendidos.

La gente chistó para que se callara; por lo visto, allí les parecía fuera de lugar la misma irreverencia que antes, ante la Puerta Principal, les había encantado. Pero Stoker se limitó a tirarse un pedo. El Rector Rexford continuó expresando su sorpresa y su malestar por las lamentables acusaciones contra el doctor Max Spielman, de quien dijo que siempre había considerado como la imagen misma de la iluminación; nos aseguró que el caso sería investigado hasta las últimas consecuencias y que se haría justicia, y nos rogó que no permitiéramos que ni las simpatías liberales ni las antipatías conservadoras nos impidieran evaluar desapasionadamente las pruebas, cuando éstas salieran a la luz. Por último, anunció un nuevo Programa de Certificados de Competencia en el Campo que el ORDACO había creado para los pregraduados —es

decir, para prácticamente todos—, que funcionaría como una alternativa oficial a la Graduación. Se trataba de un paso que hasta entonces la Facultad se había mostrado renuente a dar, ya que aunque todos coincidían en que ya muy poca gente seguía presentándose a los Finales, si es que los Finales de verdad existían, nadie responsable estaba dispuesto a repudiar la herencia mosio-enoquista de New Tammany, que sostenía que la Graduación era el objetivo de la vida en el campus. En consecuencia, aunque oficialmente todos tenían que aspirar a la Graduación, no había acuerdo sobre cómo se definía ésta; no se concedían títulos ni, en realidad, se intentaba obtenerlos. Para salir de este punto muerto, un tanto desmoralizador (que debo decir que no parecía perturbar demasiado a Rexford), no se había encontrado ninguna solución hasta que el ORDACO había afirmado que Harold Bray era un auténtico Gran Maestro. Ahora el plan era hacer de iure lo que desde hacía tiempo se admitía de facto: que un Certificado de Competencia en el Campo era lo único a lo que un estudiante moderno debía aspirar y lo único que una facultad moderna podía conceder. Ante la objeción enoquista de que esa política desvalorizaba el Examen Final y la auténtica Graduación, ahora se podía contestar que había un Gran Maestro genuino en residencia, cuya función sería evaluar y acreditar el estatus de cualquiera que se postulara como candidato o como graduado, y actuar como examinador de todos los futuros candidatos. Además, tras haber demostrado, aparentemente, que podía meterse en el Estómago del ORDACO y salir sin que éste se lo comiera, el doctor Bray iba a pasar a tener rango de directivo de la Sala de la Torre y a ser el máximo responsable de la MIRA del ORDACO, cosa que el propio ordenador había propuesto.

No hace falta decir que escuché todas estas cosas con el corazón apesadumbrado. Superar la Prueba del Torniquete, incluso penetrar en la Rejilla de los Chivos, eran meras dificultades físicas, por muy complicadas que fueran. Pero tener que hacer frente a un farsante que de repente había adquirido tanta legitimidad, aprobarlo todo y no suspender nada sin tener apenas idea de lo que era la Graduación, o de cómo lograrla, era algo bien distinto. Sin embargo, mi angustia se convirtió en firme determinación —o al menos, en terquedad— cuando Maurice Stoker empezó a picarme.

—Tu amigo Bray te ha ganado la partida —me susurraba, o me instaba—: ¡Levántate y proclámate, George, como hizo Bray! ¡Cómete las notas de lectura de Lucky! ¡Eso hará que se calle de una vez! —La tentación de hacer algo espectacular como eso era fuerte, sobre todo desde que había presenciado el éxito de Bray. Y la situación era muy oportuna: el discurso del Rector Rexford sin duda se estaba emitiendo en todo New Tammany, quizá en todo el Campus Occidental, y mi triunfo en el Torniquete no sólo confirmaba que yo no era un estudiante común y corriente de primer curso, sino que me había dado cierta notoriedad que bien podría utilizar antes de que se pasara. Hasta tal punto deseaba aprovechar la ocasión, en realidad, que sólo las palabras de Stoker animándome para hacerlo me impedían actuar, junto, quizá, a la aversión a comportarme como Bray. ¡Era sorprendente la influencia que tenía ese

hombre! En cuanto le pedí que se callara, me dijo—: ¿De verdad piensas que debes quedarte aquí sentado sólo porque yo te diga que te muevas? Eso te pone completamente en mis manos.

—Tú no eres el Decano de los Suspendidos, ¿sabes? —le grité, muy enfadado—. A lo mejor ni siquiera estás suspendido todavía. No deberías estar tan orgulloso.

Se lo dije sólo para fastidiarlo, y él soltó una carcajada tan sonora que el rector tuvo que parar de hablar; de hecho, Stoker salió de la sala, riéndose, y dio la impresión de que lo hacía debido al anuncio de Rexford de que los temas del discurso de esa mañana iban a ser la Hermandad y la Graduación Práctica. Pero incluso cuando me enteré, más tarde, de que aquella salida burlona, como su actuación delante del Torniquete, era una parte del ritual de la matriculación (que representaba la retirada temporal de las fuerzas de los suspendidos), y que Stoker sólo había entrado en la Reunión para retirarse llegado aquel punto, la rojez de su entrecejo o un tono estridente en su risa siguieron haciéndome creer que mis palabras, de algún modo, lo habían afectado.

Me quedé sentado, escuchando, en silencio pero en absoluto tranquilo, el discurso, mientras me preguntaba si Stoker realmente quería evitar que yo llegara a ser reconocido como Gran Maestro y, si era así, si lo haría por su suspensidad personal o trabajaba para alguna camarilla y, en este caso, quiénes serían mis verdaderos adversarios y por qué. En cualquier caso, su burla sólo me hizo sentir más resuelto y, de esta forma, me instigó indirectamente, del mismo modo que su declarado desdén por Lucky Rexford sólo sirvió para aumentar la popularidad de este último, y que al afirmar que era hermano de Rexford daba crédito al rector cuando negaba dicha relación. Recordando lo que me había aconsejado el doctor Sear, estuve especulando acerca de la posibilidad de que, al fin y al cabo, Stoker tuviera la intención de provocar este efecto; y, si era así, ¿se trataba de algo benévolo o yo debía frustrarlo cayendo en la tentación? ¡Un asunto espinoso, el de las conjeturas! Pensé con simpatía en la aversión de Peter Greene a los espejos, y para salir del paso me repetí que estaba bien.

—Una de mis máximas favoritas es el comentario de Entelequio de que *La Graduación es una cuestión de grado* —afirmó el Rector Rexford—. A mi entender, lo que quiere decir es que la diferencia entre la gente como ustedes y como yo por una parte, y el señor el Sajian Vivo —e incluso quizá también Enós Enoc— por otra no es una diferencia de *clase*. —Para que los buenos enoquistas no organizaran un piquete delante del rectorado, añadió de inmediato, debe entenderse que estaba hablando empíricamente, de las cosas observables, no de las Respuestas reveladas. Él era un ocupado administrador de una facultad grande y poderosa comprometida con los principios de la ilustración de toda la universidad y de la investigación libre, y pensaba que ese dicho combinaba de un modo muy atractivo los mejores aspectos de las instituciones aristocráticas y democráticas: insistía en la diferencias reales en cuanto al valor de la gente («Aceptémoslo», dijo sonriente. «Es mejor ser brillante,

guapo, sano y talentoso que ser estúpido, feo, enfermizo e incompetente») mientras que, al mismo tiempo, negaba que los más dotados fueran de una clase distinta de la de sus compañeros de aula menos afortunados.

El juego de palabras con su apodo hizo que el público lo aplaudiera con fuerza^[16].

—Tengo suficiente fe en el Fundador —continuó, siempre sonriendo— como para creer que me pondrá un Sobresaliente por mi esfuerzo, aunque mi idea de Él sea completamente errónea. Por lo tanto, les diré con franqueza que mis ideas sobre la Graduación son bastante similares a las de Entelequio. La Graduación, tal como yo la entiendo, consiste en hacer los deberes que uno tiene en este campus. Como la estudiantía, por definición, se compone de animales racionales, los deberes que tenemos todos nosotros tienen que ver con desarrollar la mejor mente posible en el mejor cuerpo posible; y el graduado debe ser un animal *espléndido y excelentemente* racional. ¡Un medio-centro, digamos, con una tesis doctoral!

Por la reacción del público, me di cuenta de que se trataba de un comentario ingenioso.

—Considero que el graduado típico es un hombre de unos cuarenta años: lo bastante joven como para ser vigoroso, pero también lo bastante mayor como para ser prudente; física, intelectual y materialmente es de los mejores de su clase; y ha sido criado y educado de una manera excelente. No lo veo ni cobarde ni temerario, sino firme y valeroso; ni sumiso ni arrogante, sino orgulloso con motivos; es alguien que disfruta de todas las cosas buenas que hay en el campus en su justa medida: la comida, la bebida, el amor, el deporte, la amistad, el arte, incluso el aprendizaje. Del mismo modo, lo veo generoso, ingenioso, tolerante, altruista, amable, alegre, lleno de energía, desprejuiciado, solidario, sagaz, sereno, elocuente y responsable... ¡y de todas estas cosas, ni demasiado ni demasiado poco! En su juventud, estuvo en alguna sección de los Cuerpos de Operaciones Especiales; en su madurez, colabora con la administración de su facultad o de su departamento; más adelante, se dedicará a la investigación y a publicar... —Llegados a este punto, todos sonreían por la evidente correspondencia entre la imagen descrita y el propio rector. Rexford también lo hizo—. Todavía no he decidido si es absolutamente necesario que tenga una herida de revuelta, un diploma en Ciencias Políticas y una esposa guapa. Probablemente no, si procede del patio cuadrangular adecuado y tiene buenos contactos.

Hablando en serio, dijo, aunque le parecía claro que los hombres estaban tan diversamente dotados en el campo de la personalidad como en el de las propiedades y la inteligencia, él creía con firmeza en la igualdad de oportunidades. Graduarse, por lo tanto, era, desde su punto de vista, una cosa bastante similar a tener talento o a ser atractivo: algo que tenía que ver con una característica innata y arbitraria y con la suerte de poder desarrollarla, o al menos de no echarla a perder, en la primera juventud; pero estas características también podían someterse a una disciplina y cultivarse o dejarse de lado, y por lo tanto también se trataba de una cuestión de

responsabilidad. Desde luego, ningún estudiante tenía la culpa si se matriculaba en este campus lisiado o feo; y sin embargo, era al ganador de la carrera a quien aplaudíamos, era el rostro hermoso hacia el que nos volvíamos para admirarlo, y aunque podíamos alabar a un corredor a pesar de su cojera, o amar a una mujer a pesar de que no fuera atractiva, en general, al menos, nunca los valorábamos *por* estos defectos. No importaba si las cosas *debían* ser así; así eran. Y por si a alguno nos parecía que se equivocaba al no cuestionar más estos primeros principios —sobre los que había construido su vida además de su administración—, nos quería hacer notar que los personajes de dibujos animados que se veían en la telerama que, sin darse cuenta, cuando iban por la montaña, llegaban a un precipicio y seguían caminando confiados y sin ningún problema hasta que miraban hacia abajo, veían dónde estaban y caían.

Aunque yo no conocía la disciplina artística a la que aludía, comprendí la pertinencia de la imagen y aplaudí con los demás. Lo cierto es que percibía las limitaciones de sus premisas, gracias a las enseñanzas de Max: para alguien como yo —una cabra, una criatura producto del azar y custodiada por la casualidad— no era en absoluto evidente que mis deberes consistieran en ser un intelectual atlético, con un rostro hermoso y un carácter encantador; ni que si esos eran mis deberes, la Graduación consistiera en hacerlos; ni que si la Graduación consistía en eso, para hacer los deberes hubiera que situarse en el punto medio entre los extremos; ni que si ahí había que situarse, alguien pudiera señalar con autoridad dónde estaba dicho punto medio. Pero Lucius Rexford era su mejor argumento, y resultaba tan cautivador que mis objeciones, meramente lógicas, parecían estar fuera de lugar. Si quienes eran como él no eran graduados, medité, entonces ser un graduado era un destino menos feliz que formar parte de su fraternidad.

—Ahora dejaré el Departamento de Filosofía y volveré al mío —dijo, claramente satisfecho de haber sido capaz de salir de excursión y de estar de vuelta—. Ya que la MIRA del ORDACO va a salir mucho en las noticias este curso, quiero hablar sobre mi concepción de las miras de New Tammany, tal como yo las veo, sobre todo durante la Revuelta Silenciosa, que mis críticos piensan que estamos perdiendo. —Aquí se puso muy serio—. Creo en la luz y el orden, amigos míos, y en la moderación, la disciplina, la armonía y el diálogo. Opino que el extremismo y el desorden son los enemigos de la ilustración, y los desprecio, moderadamente, por supuesto. Bueno, creo que los deberes del Campus Occidental, y en particular de New Tammany, consisten en hacer de la Universidad un lugar en que todos los estudiantes, en todos los patios cuadrangulares, tengan la libertad de hacer sus deberes lo mejor que sean capaces. De hecho, todos los hombres son hermanos (quizá debería decir compañeros de habitación; nunca he tenido un hermano, pero he tenido un montón de compañeros de habitación) —miembros de una misma fraternidad, digamos— y deberían competir como hermanos, bajo la luz y en orden, con una rivalidad intensa pero

cordial. La Facultad de New Tammany llegará a ser una escuela de posgrado el día en que consigamos que eso sea posible.

La misma analogía, afirmó cuando terminamos de aplaudir, podía aplicarse a las diversas facultades: la competición entre el Campus del Este y el Campus Occidental por el liderazgo de la Universidad debería ser como una partida de ajedrez de alto nivel entre rivales fraternales. De hecho, era una partida de esas características; lo que la hacía temible, en su opinión, no era tanto lo que estaba en juego ni el horror de que ambos lados tenían armas con las que podrían COMERSE mutuamente como la intemperada personalidad, por decirlo así, de nuestro hermano sindicalista estudiantil: el hecho de que su Respuesta no tuviera que ver con una normalidad llevada a la excelencia o con una saludable racionalidad, sino con algo extremo y contrario a la naturaleza estudiantil: una subordinación de los medios a los fines, y de la Graduación individual a la del cuerpo estudiantil, es decir, del Sindicato de Estudiantes. Competir con el Campus del Este era como jugar al ajedrez con un hermano irritable y violento que era capaz de pegarte un tiro para comerte una pieza.

Ante los liberales bienintencionados de nuestra facultad que abogaban por el «ayuno unilateral» (como había hecho Max), el Rector Rexford objetaba que era necesario que un hermano peligroso como el Campus del Este creyera que perdería en un enfrentamiento de COMER pero que ganaría en una Revuelta Silenciosa, para que no sintiera la tentación de ponerse a COMER, desesperado, o de llevar a todo el campus al suicidio o a la venganza.

—Una cuestión terrible, esta última —comentó, levantando la mirada del texto que llevaba escrito—. Aquí estamos, con una aterradora capacidad de COMER cuyo único objetivo es disuadir a los sindicalistas estudiantiles de cometer agresiones contra nosotros, ya que no es posible poner en marcha un sistema de ANTICOMER, como ustedes ya sabrán. Bueno, imaginemos que algún día ellos apretaran el botón de COMER, ¡que el Fundador lo prohíba! En cinco minutos, todos quedaríamos destruidos, hiciéramos lo que hiciéramos. Bueno, díganme, ¿qué hacemos entonces? ¿Nos los comemos, por pura venganza? La respuesta, desgraciadamente, es sí. La MIRA del ORDACO está programada para hacerlo, como también sabrán; de lo contrario, no tendríamos ninguna capacidad disuasoria. ¡Pero qué lamentable es tener que llevar a cabo una política vengativa para no tener que llevar a cabo el hecho!

Suponiendo que la política disuasoria fuera eficaz, el rector veía dos motivos de optimismo en relación con el resultado de la Revuelta Silenciosa: si el Campus del Este se volvía más próspero, tal vez se volviera también más conservador y moderado; tal vez fuera planteable entonces una reconciliación, y una auténtica reconciliación y el intercambio de estudiantes podía, gradualmente, debilitar los aspectos más objetables del sindicalismo estudiantil. Quizá algo parecido ya estuviera sucediendo en la Facultad de Nikolay. Por otra parte, si la situación económica del Campus del Este se fuera volviendo cada vez más desesperada con el paso de los cursos, y pudiera evitarse la revuelta, todo su complejo académico acabaría

derrumbándose. La estrategia, en esa situación extremadamente peligrosa, sería hacerles creer hasta el último minuto que tienen esperanzas de ganar. En cualquier caso, de estas dos posibilidades, el rector francamente prefería la primera, por ser menos excesiva y peligrosa.

—El profesor Marcus —dijo jovialmente— dice que el tiempo es enemigo del informacionalismo del Campus Occidental. Pero dadas las condiciones definitivas de la Revuelta Silenciosa, el ORDACO contra el ORDACE, eso no es necesariamente así.

Si desde el punto de vista material, podíamos ser optimistas con respecto al futuro de la Universidad, entonces, en su opinión, el tiempo era amigo del Campus Occidental, sobre todo teniendo en cuenta que las enseñanzas del Campus del Este sostenían que no lo era.

—Al final, todo se reduce a esta cuestión aparentemente cínica —afirmó—: los males básicos de la estudiantía han estado, históricamente, del lado del sindicalismo estudiantil; el hambre, la ignorancia, la opresión física y cosas así. Pero cuando las necesidades básicas del cuerpo estudiantil están satisfechas, sus impulsos secundarios están de nuestro lado, para bien o para mal: el egoísmo, la ambición y las ansias de confort, así como el deseo de libertad académica y de Graduación individual.

Me di cuenta de que el público sentía un profundo interés por lo que estaba diciendo Rexford: no era frecuente que los cargos electos hablaran con tanta franqueza y en un tono tan poco sentimental de materias polémicas, aunque en aquel momento, por supuesto, yo no pude apreciar este hecho. Pero el estilo del rector consistía en equilibrar una actuación conservadora con un discurso audaz: llamaba a las cosas por su nombre pero nunca se comportaba de un modo imprudente, y aunque nunca perdía de vista los ideales, asumía, cuando era necesario, lo que él llamaba «la suspendida realidad».

Entonces llegó a lo que denominó la jugada final de su partida de ajedrez imaginaria: una sorprendente valoración de lo que consideraba la «mayor amenaza» del sindicalismo estudiantil al Campus Occidental.

—Supongamos que todas mis demás Respuestas fueran incorrectas —dijo—. Supongamos que la Revuelta Silenciosa siguiera produciéndose de un modo silencioso y tranquilo, pero al final el tiempo resultara ser amigo del sindicalismo estudiantil, y la tan cacareada decadencia del Campus Occidental se convirtiera en una realidad incontestable. Supongamos incluso lo peor... —Su tono de voz era extremadamente serio—. Supongamos que la Facultad de New Tammany al final perdiera la Revuelta Silenciosa y nos anexionara el Campus del Este. ¿Qué ocurriría? —En la sala se oyeron unas risas forzadas y alguien gritó: «¡No! ¡No!». Pero el Rector Rexford afirmó (con un tono de voz más ligero) su creencia en que, tras el espanto inicial de la anexión —prohibiciones sangrientas, ocupación militar del Campus Occidental, un doloroso deterioro del nivel de vida del estudiante de New Tammany, una reorganización radical de los planes de estudios y de la maquinaria administrativa, y cosas por el estilo—, habría de llegar gradualmente, a lo largo de los

cursos, una asimilación mutua de los dos campus. El «campus libre» era demasiado vasto como para estar siempre sometido a un Departamento de Ciencias Militares extranjero; se iría creando una genuina administración global de toda la Universidad, por muy repulsiva que fuera su forma inicial; el impactante presupuesto para ciencias militares que en la actualidad suponía una hemorragia en los recursos tanto del Campus del Este como del Occidental ya no sería necesario. Aunque varias generaciones de estudiantes de secundaria se formarían en la ideología del sindicalismo estudiantil, la tasa de alfabetización de la Universidad mejoraría, al igual que el nivel académico y el nivel de vida en todo el campus. Y a medida que la alfabetización, la prosperidad y la ilustración avanzaran en una universidad verdaderamente unificada, sería inevitable, pensaba el doctor Rexford, una rematriculación de los valores del Campus Occidental: de la libertad académica, de la dignidad individual y de la autonomía de todos los estudiantes para dedicarse a lo que consideraran sus deberes personales, en busca de su Graduación personal.

—En resumen —concluyó—, mi visión es lo contrario de la visión trágica. El autor de *El decano Zambo* cree que perdemos incluso cuando ganamos; que sólo hay distintas formas de perder. ¡Pero yo creo que ganaremos incluso si perdemos!

Esta frase fue recibida con un gran aplauso. Peter Greene parecía compartir especialmente el optimismo del rector: comenzó a patear el suelo y a silbar metiéndose los dedos en la boca.

—De todas maneras —dijo Rexford— como ni ustedes ni yo estaríamos aquí para disfrutar de esa clase de victoria, prefiero que ganemos ganando. Por eso creo que el verdadero pacifismo no consiste en pedir el desarme unilateral de la MIRA del ORDACO, ni en ninguna otra clase de rendición, sino en llegar a un punto muerto militar, o incluso a un callejón sin salida. En esta partida de ajedrez con nuestro peligroso hermano, sólo una estrategia a largo plazo puede resultar vencedora; cuando lean una noticia sobre nuestro retroceso en la Disputa de la Frontera, o sobre algún problema en el Tendido Eléctrico, recuerden que a veces hay que sacrificar peones, e incluso algún Decano o Catedrático Andante, para ganarle la posición al oponente; para obligarlo a esforzarse al máximo, de modo que al final del juego podamos convertir lo que parecía ser un callejón sin salida en un jaque mate. Yo realmente creo que puede hacerse, y por este motivo no tengo miedo ni del presente ni del futuro. ¡Muchas gracias, y bienvenidos a New Tammany!

El final de su discurso fue recibido con otra muestra de entusiasmo que tardó unos minutos en atenuarse. Cuando hubo concluido, un ayudante anunció que el rector, como era su costumbre, contestaría unas cuantas preguntas del público antes de confiarle el procedimiento de las inscripciones al ORDACO. Aquel hombre me había impresionado mucho, sobre todo por esa jovial energía que lo hacía ver al ORDACO simplemente como una herramienta útil y negar, lleno de vivacidad, que la condición estudiantil fuera esencialmente trágica, como sostenía, por ejemplo, el doctor Sear. Para alguien como yo, propenso a ataques de dudas, que pasaba del éxtasis en la

pradera de alforfón a la pesadumbre entre las tsugas y que, tras haberse nutrido de relatos heroicos, concebía la Respuesta como algo situado en el territorio de los troles del espíritu, la imagen de Lucius Rexford era muy refrescante. ¡Era delicioso imaginar una Graduación alcanzada a través de la alegría y el placer, con un sentido común sonriente que funcionaba en aulas bien iluminadas, por hombres decentes e íntegros, bien educados y formados, sumamente atractivos, con bellas esposas e hijos guapos, cuya existencia suponía, para ellos mismos y para los demás, un placer evidente! Mientras el público aplaudía, observé los ojos de zafiro de Lucky Rexford y pensé con desagrado en los de Zambo, oscuros en las cuencas de su máscara y después apagados e inyectados en sangre. Y en los de Maurice Stoker, soltando destellos negros mientras él bramaba en la Sala de Calderas, encendidos por el desorden y todas las cosas suspendidas. E incluso en los de Harold Bray, que brillaban de un modo tan extraño cuando suspendió al decano Zambo desde el escenario y nos invitó a todos a seguirlo hacia el misterio de la Graduación. Entonces el espejo de Sear reflejó y me permitió ver los míos —castaños y ardientes en una cara sin lavar, bajo unas cejas descuidadas, llenos de la pasión de la incertidumbre— y fomentó en mí una visión clara y compleja: vi que aunque yo recorriera mi camino cojeando y sin ningún placer, aunque mis modales fueran toscos y mi formación muy básica, aunque mi comportamiento y mi aspecto resultaran estafalarios, aunque mis dudas tuvieran una intensidad insoportable, estaba más cerca de la Graduación que Lucky Rexford, que era mucho más brillante en todos los sentidos. No sabía lo que significaba suspender, pero en un instante vi que ni él ni Sear, ni Greene, ni Stoker ni Croador ni Eierkopf, ni siquiera Max o Anastasia estaban aprobados; ¡estaban todos suspendidos! El decano Zambo, con su horroroso descubrimiento, estaba más aprobado que ellos, del mismo modo que lo estaba yo en mi clara confusión; él estaba todo lo aprobado que se puede estar por comprender y aceptar que el ser estudiantil consiste en suspender. Si había algo más allá de esa horrible Respuesta; si la Graduación estaba, en efecto, al alcance de los estudiantes humanos, el camino hacia ella pasaba de un modo inevitable por el oscuro y sangriento decanato de Cadmo; no había forma de rodearlo; y, desde luego, no pasaba por las salas limpias y bien iluminadas del rectorado de Rexford. Lamentablemente, así era.

—¡Señor rector!

Me puse de pie y agité mi vara para atraer su atención, tal vez interrumpiendo a alguien que estuviera preguntando algo. La gente se reía disimuladamente, los guardias me miraron con suspicacia y Lucius Rexford frunció el ceño ante lo irregular de mi intervención, pero después la aceptó con paciente sorpresa.

—¿Sí?

Los focos y las cámaras se dirigieron hacia mí. Yo tenía la intención de declarar mi identidad y mi propósito, el carácter indiscutiblemente fraudulento de Bray, mi ignorancia de la naturaleza de la Graduación y mi convicción de que en cualquier caso la descubriría, y algunas cosas más, pero no encontré las palabras; yo no era más

que un bobo; ¿quién era yo, al fin y al cabo? Lágrimas de vergüenza e incertidumbre asomaron a mis ojos, pero no quise permitir que nadie las notara ni me resigné a sentarme. Finalmente, logré articular una pregunta que sonó como un balido:

—Si es su hermano... Si está jugando contra su hermano... —Vi un ligero gesto de tensión en su rostro—. ¿Por qué no se olvida del juego y le da un abrazo? ¿Por qué no le deja que se quede con todas las piezas, si las quiere, y se abrazan?

Un murmullo hostil se fue elevando a medida que hablaba; ni siquiera yo mismo comprendía realmente la pregunta; oí que alguien susurraba el nombre de Max Spielman, y el término «sindicalismo estudiantil». Lucius Rexford se puso rojo, aunque mucho menos que yo, pero contestó con amabilidad:

—Como creo que he dicho antes, yo no tengo hermanos. Pero me refería a una *competición*, a una rivalidad fraternal, si quieres llamarla así. —Sonrió. Se notaba la admiración que sentía el público por lo razonable que era—. Si todos somos hermanos, entonces todos somos rivales, ¿no? Y, por lo tanto, rendirse sería someterse, evidentemente. Creo que los newtammanienses no somos muy sumisos.

Sus palabras, por supuesto, fueron muy aplaudidas, pero yo no aflojé a pesar del antagonismo que notaba en la sala.

—¿Qué tiene de malo someterse a un hermano?

Con un pequeño gesto, detuvo a los guardias que habían comenzado a acercarse a mí, y dijo, en tono de broma, que acosar con preguntas a los dirigentes era una actividad muy honorable en una facultad democrática. Entonces, de un modo un tanto brusco, declaró, contestando mi pregunta, que estaba llevando la analogía demasiado lejos.

—Someterse, al menos a ciertos hermanos, si no a todos, supone ser aniquilados, por lo menos en la Disputa de la Frontera; y mi idea de la Fraternidad de la Universidad no consiste en ser aniquilados. Tú eres el que le trajo de vuelta a Croador al doctor Eierkopf, ¿no? Todos te estamos muy agradecidos por ello, por cierto. Bueno, tú has visto cómo es la relación entre ellos. ¿Te parece que sería una actitud fraternal, por parte del doctor Eierkopf, que dejara que Croador se lo comiera?

Su argumentación recibió un alegre aplauso: Croador y Eierkopf eran personajes conocidos en el campus.

—En serio —continuó Rexford—, soy muy consciente de que Enós Enoc nos enseña a amar a nuestro adversario y a entregarle la túnica si él nos quita el gorro. Pero la sumisión enoquista asume que la Graduación nos espera en el más allá. ¡De lo contrario, sería un suicidio, cosa que los enoquistas consideran algo suspendido!

Él era enoquista, dijo, aunque quizá no fuera un enoquista perfecto, y por lo tanto aceptaba, por principios, las enseñanzas del Nuevo Programa. Pero nunca podría, si quería tener la conciencia tranquila, imponer sus convicciones privadas a toda la facultad; no tenía la intención de darle un abrazo a un supuesto hermano cuyo propósito declarado era destruirlo.

Se me ocurrió preguntarle si uno trataba de controlar a su hermano porque éste buscaba la destrucción de uno o si, por el contrario, él buscaba la destrucción de uno porque uno trataba de controlarlo; mi propia lucha con Croador en el Desfiladero de George parecía, en cierto modo, tener que ver con esta cuestión. Pero el rector ya no quería más preguntas; un ayudante le susurró algo, él asintió con la cabeza, alguien dijo «Gracias, señor rector», como si se tratara de una señal, y, en medio de un gran aplauso, abandonó la tribuna, dedicándole una sonrisa al hombre que lo había presentado al principio.

—Ahora le pasaremos todo al ORDACO —dijo este hombre—. Si he entendido bien el nuevo procedimiento, todos los matriculados comunes continuarán con su programación y los candidatos a la Graduación —¡si es que hay alguno!— se dirigirán a la Salida de la Rejilla para que el Rector Rexford los felicite y el Gran Maestro les ponga deberes.

Entonces le hizo un gesto con la cabeza a alguien que se encontraba en un anfiteatro, a nuestra espalda; se oyó un fuerte chasquido y un chirrido que ya reconocí como el de los altavoces al calentarse. Una voz un tanto mecánica, más neutra que la de Bray, dijo secamente:

—Presten atención: todos los que tengan un carné de identidad, que por favor salgan por las puertas laterales y se inscriban en el plan de estudios normal. Nadie que tenga un carné de identidad es candidato a la Graduación.

Me dio un vuelco al corazón. La gente se quedó asombrada. Muchos negaban con la cabeza.

—¡Pero bueno! —gritó Peter Greene—. ¡No se puede uno matricular sin carné y no se puede uno graduar con carné!

Entre los tipos flequilludos que había cerca de la tribuna, la consternación parecía ser aún más grave. Mientras el ORDACO repetía su anuncio, me dio la impresión de oír a alguien decir:

—No me digas que esa cosa no se ha vuelto loca...

La idea era tan sorprendente que pensé que quizá no había oído bien. En la salida situada detrás de ellos, que yo supuse que era la rejilla, Lucius Rexford conversaba animadamente con algunos de sus ayudantes que me pareció que de vez en cuando miraban, pensativos, hacia donde estaba yo. Todos menos yo se dirigieron, murmurando, hacia las puertas laterales. Entonces, de repente, se apagaron todas las luces de la sala.

—¡Caramba con los sindicalistas estudiantiles! —oí exclamar a Peter Greene—. ¿Una partida de ajedrez? ¡Y un rábano!

Otros coincidieron, aunque con más sobriedad, en que el corte de electricidad podía deberse a otra provocación nikolayana en la frontera entre ambos campus; lo primero que se me ocurrió a mí, recordando la Sala de Calderas, fue que toda la Central Eléctrica al fin había explotado. Pero una risa chillona procedente del fondo

de la sala —que reconocí como la de Stoker— hizo que alguna gente cambiara de opinión.

—¡Está yendo demasiado lejos! —oí decir a alguien.

—Es su venganza por lo del discurso.

Yo estaba preparado para subir al escenario e ir hacia la Rejilla cuando se apagaran las luces; ahora no veía nada. Pero todos los pequeños chasquidos que se oyeron en la sala me recordaron que mi linterna no estaba vacía. Apreté el interruptor y un rayo de luz impactó detrás de la tribuna. Alguien, con envidia, dijo:

—¡Qué suerte!

Stoker volvió a reírse. Subí al escenario, fui directamente hacia donde el rector esperaba junto a sus acompañantes y le ofrecí la mano para que me la estrechara. Los guardias me sujetaron.

—Es un buen chico —dijo un ayudante.

—¡Es un suspendido! —dijo otro.

—Lo crió Spielman, ¿verdad?

—¿Y?

Hablaban prácticamente a la vez: todo estaba hecho un lío; los periódicos no debían enterarse o sería como repetir curso; primero Bray, después Spielman, después el caos del Torniquete y ahora esto; ¿qué decanos de los suspendidos ocurriría después?

—Decidle a Bray que haga una declaración —ordenó Rexford—. «Que no cunda el pánico, todo está en orden», esa clase de cosas. Y que alguien averigüe si mi suspendido hermano tiene algo que ver con esto. Volvamos al rectorado.

—¡Quitadle la luz a ése! —le dijo alguien a algún otro.

Yo la apagué antes de que nadie pudiera quitármela.

—Perdone, señor rector...

—¡Enciéndela! —dijo Rexford con aspereza.

Lo hice, pidiéndole que no me la quitaran, ya que la necesitaba para pasar por la Rejilla de los Chivos.

—Escucha —dijo el juvenil rector, acercándose a la luz. Me puso la mano campechanamente en el hombro—. ¿Trabajas para los nikolayanos? ¿O para Maurice Stoker?

—¿Así que en realidad sí que es su hermano?

—¡No importa! Tenemos una crisis en la facultad.

Juré por el Fundador que no trabajaba para nadie, sólo para la estudiantía, y que no tenía más intención que la de aprobar los Finales y descubrir el camino hacia la Puerta de la Graduación para mí y mis compañeros de clase, como Gran Maestro que era.

—Otro chalado —dijo alguien.

Pero el rector, tras apuntarme un instante con mi propia luz, dijo:

—Puede que sea un buen chico.

Me preguntó entonces cómo me llamaba, de dónde había sacado las pilas y por qué no tenía carné de identidad. Mientras le contestaba, breve y sinceramente, las luces volvieron a encenderse, aunque sólo lo justo como para ver un poco.

—Ahora escúchame con atención, George —dijo el rector, con un tono de voz cordial pero preocupado—. No sabemos qué pasa últimamente con el ORDACO; a lo mejor no es nada de lo que preocuparse, a lo mejor es algo grave. Pero no queremos que nadie empiece a tocar el silbato de COMER por si acaso, ¿entiendes? Quiero que colabores con nosotros, por el bien de la facultad.

No hacía falta decirle que mi lealtad no estaba comprometida con ninguna facultad sino con la estudiantía en general. Claramente acostumbrado a tomar decisiones importantes a toda prisa, afirmó que confiaba en mí y me contó algunas cosas sorprendentes en un tono desapasionado. Para empezar, la controversia del Tendido Eléctrico era más crítica de lo que la gente imaginaba, y la postura del Campus Occidental en las negociaciones sobre la frontera se había visto debilitada por el extraño comportamiento reciente del ORDACO. Rexford me dijo también que no tenía ni idea de si Bray era de verdad un Gran Maestro, aunque su racionalidad y su escepticismo lo hacían desconfiar. Pero durante cierto tiempo, el ORDACO había estado formulando predicciones equívocas sobre algo semejante al advenimiento de Bray en el Anfiteatro, y era un hecho indiscutible que el ordenador había confirmado que Bray se había introducido en su Estómago. Afortunadamente, aquel hombre parecía deseoso de ayudar a la administración. Ya había certificado al propio Rexford, y por muy alarmante que fuera su relación con Stoker, por ejemplo, parecía no tener más que intenciones benévolas. Se había decidido, pensando que era lo mejor para la Facultad de New Tammany, reconocerlo oficialmente (es decir, reconocer el reconocimiento del ORDACO) y darle rango de directivo; algunos profesores-generales estaban preocupados ante la posibilidad de que la MIRA del ORDACO ya no protegiera su Estómago de los intrusos como antes —pero ¿quién quería comprobarlo?— y otros temían que Bray hiciera «alguna artimaña pacifista», fuera Gran Maestro o no. La mayoría de ellos, en cualquier caso, se habían quedado tranquilos ante su promesa de darle a Remus lo que era de Remus, y al Fundador, etc.

—¡Y ahora tú también dices que eres un Gran Maestro, y de algún modo has conseguido superar el Torniquete, y afirmas que Bray es un farsante!

A él, personalmente, no le importaba que fuera cierto o no, me explicó Rexford; su tarea era dirigir la facultad y hacer todo lo que estuviera en su mano para mejorar el complejo académico del Campus Occidental. A tal fin, dijo, le parecía más prudente reconocer mi reivindicación de ser candidato, para no debilitar la fe de la gente en el ORDACO; si de algún modo lograba pasar por la Rejilla de los Chivos (que nunca había sido penetrada y que ahora estaba estrictamente vigilada por el ORDACO), me daría campo libre en todo el campus y permisos especiales en calidad de Estudiante Especial, y la Sala de la Torre costearía mis gastos, durante todo el curso, para que pudiera hacer mis deberes. A cambio confiaba en que yo no haría nada para

subvertir la Facultad de New Tammany en general ni su administración en particular; esperaba que podría contar, además, con que actuara con suficiente cautela como para no sembrar la alarma en la facultad con acusaciones de fraude contra Bray salvo que pudiera demostrarlas, aunque, desde luego, New Tammany era una facultad libre. Si además de todo eso yo me sentía inclinado a *apoyar* las políticas de la administración, internas o de secundaria, me garantizaba cualquier clase de apoyo recíproco que la Sala de la Torre pudiera ofrecerme.

—¿Qué me dices, George?

Su actitud me gustaba bastante. Su propuesta no sonaba en absoluto a soborno; se trataba meramente de una petición abierta y cordial de colaborar por el bien común, cosa que me inspiró a responderle en el mismo espíritu.

—Esperemos hasta que pase la Rejilla de los Chivos —propuse—. Quizá no tenga por qué hacer ningún trato conmigo.

Esta respuesta fue bien recibida: uno de sus ayudantes admitió que a él se le había ocurrido lo mismo, otro alabó lo bien que yo había comprendido «los elementos políticos de la vida, la suspendida realidad» y el mismísimo rector, sonriendo, confesó que había supuesto que yo era una especie de charlatán pedagógico, tal vez hipócrita o tal vez sinceramente fanático, de los que siempre aparecían en los cursos más turbulentos, y con quienes los rectores más idealistas a veces tenían que llegar a acuerdos si querían administrar la facultad como era debido.

—¡Por supuesto, puede que lo seas! —dijo, con una sonrisa—. Pero por lo menos el doctor Spielman te ha educado para que juegues en primera división. Encantado de haberte conocido.

Nos dimos la mano como podrían hacerlo dos deportistas antes de un partido. Me invitó a visitarlo en el rectorado en representación de Max —cuando hubiera pasado la Rejilla, si es que la pasaba—, ya que el caso Hermann tenía serias implicaciones para la opinión pública sobre la Facultad de Sigfrido, un miembro importante del complejo del Campus Occidental. Después, el rector se disculpó diciendo que tenía que volver a atender las cuestiones urgentes propias de su cargo y salió por una puerta lateral con una falange de ayudantes, a uno de los cuales asignó la tarea de asistir a mis aventuras en la Rejilla e informarlo en cuanto hubiera un resultado. Me acompañó por un pasillo breve y oscuro situado detrás del escenario hasta una puerta en la que, a la luz de mi linterna, se podía leer la palabra REJILLA; cuando nos acercamos, se abrió sola. Desde el otro lado, tenuemente iluminado, una voz metálica dijo «Sólo potenciales candidatos, por favor», y otra —que también me resultó conocida, pero era ronca y femeninamente humana— añadió «Todo va bien, George. Se refiere a ti».

—Lo esperaré aquí fuera —dijo mi flequilludo acompañante.

Cuando los ojos se me acostumbraron a los paneles llenos de luces parpadeantes y a las pantallas de telerama de la antecámara de la Rejilla, no sólo vi a Harold Bray y a Anastasia instalados en dos taburetes idénticos frente a una enorme consola, sino que,

tras ellos, distinguí la Rejilla de los Chivos, una gruesa reja levadiza incrustada en el muro. Al otro lado, enmarcado en aquella retícula de hierro y extrañamente oscuro, la columnata del Gran Centro Comercial, flanqueada de olmos, se extendía hasta perderse de vista.

—No voy a volver —le dije.

Él chasqueó la lengua.

—Bueno, ya veremos.

Entré y la puerta se cerró al instante. Como la Sala de Control de la Central Eléctrica y, hasta cierto punto, el Observatorio de Eierkopf, la antecámara de la Rejilla tenía las paredes repletas de diales, bobinas e interruptores que emitían un suave zumbido constante y chasqueaban de vez en cuando. Había un sutil olor fétido, indescriptible pero claramente desagradable. El aspecto de mi rival no era exactamente como yo lo recordaba —su piel parecía más pálida, su bigote más pequeño, su rostro menos redondo, su coronilla más calva—, pero sus ojos, inconfundibles, reflejaron la luz de mi linterna como si también estuvieran encendidos.

—La luz no es necesaria —dijo.

Me coloqué de espaldas al panel que había delante de la consola y levanté mi vara, sujetando con la mano izquierda la linterna y el reloj con la cadena rota. Mi plan era ir directamente hacia la Rejilla, ignorando por completo a Bray si podía y acabando con él si trataba de detenerme. Pero era amargo verlo allí sentado, con la autoridad que le confería su túnica blanca y Anastasia a su lado en actitud reverencial. No apagué la luz.

—No estés enfadado, George —me suplicó Anastasia—. El doctor Bray no está ni un poco celoso. Dice que te programará unos deberes y te dejará que pruebes a pasar por la Rejilla. ¡Vimos por telerama tu Prueba del Torniquete y estuviste fantástico!

Me dolió oír el tono de respeto con que hablaba de él.

—¡No me importa lo que diga! —estallé—. ¡Eres veleidosa, Anastasia! —Y, dirigiéndome a Bray, grité—: ¡Sabes muy bien que no eres lo que dices ser! ¡Eres un impostor!

Anastasia se bajó del taburete.

—George... —comenzó a decir, pero Bray hizo que se callara con un gesto de la mano. Tenía unos dedos demasiado largos para alguien tan voluminoso.

—No importa, querida —dijo. Me parecía odioso ver su mano huesuda apoyada en el brazo de ella. Casi tenía ganas de pegarle con la vara.

—Lo entenderías si hubieras visto lo que he visto yo —protestó Anastasia—. ¡El ORDACO no hizo nada cuando se metió en su Estómago, y la Rejilla de los Chivos se abre para él! Es algo maravilloso, George...

—No es nada —dijo Bray. La expresión de su rostro nunca cambiaba, y tampoco su voz, aunque yo me imaginaba que se sentiría muy halagado por las palabras de

admiración de ella.

En cualquier caso, la defensa de Anastasia fue inútil: yo no había olvidado la imagen de ella arrodillada delante de él antes de que hiciera todas esas supuestas maravillas, y me enfurecía pensar que él también la deseaba.

—¡No te atrevas a dejar que te cubra! —le advertí.

—¡George!

—Eres demasiado cariñosa —la regañé—. Dejas que todo el mundo te cubra, lo merezcan o no. Los hombres se aprovechan de ti.

—La señora Stoker tiene un certificado —dijo Bray—. El Pergamino del Fundador dice «Ama a tu compañero de clase como a ti mismo, o serás suspenso».

—¡Un certificado! —me burlé, y le expliqué a Anastasia que se podía aparear con quien quisiera, pero que no debía permitir que Bray la montara; si lo hacía, yo consideraría demostrado lo que en todo caso ya sospechaba: la acusación de Stoker de que detrás de su caridad lo que había era un simple apetito carnal y una despreciable falta de fe. ¿Cómo, si no, podía explicarse que hubiera afirmado que creía en mí, que me hubiera aceptado en el funeral de G. Herrold en la Sala de Estar, que hubiera aspirado a la Graduación a mi lado... y que después hubiera apostatado con el primer farsante que se había encontrado?

—¡No lo entiendes, George! —Pero a la luz de la linterna vi que tenía lágrimas en los ojos—. ¡Me estás haciendo sentir *fatal*! —añadió, cogiendo un pañuelo de papel de un pequeño bolso con cordones que había sobre la consola.

—No hace falta que la maltrates —dijo Bray—. Quizá nuestra querida niña sólo estuviera siendo hospitalaria con los dos. Escucha, jovencito, yo no te pido que creas en mí; ¡llámame un impostor todo lo que quieras! Supongamos que fueras el verdadero Gran Maestro, o al menos *un* verdadero Gran Maestro...

Su tono conciliatorio me sorprendió; lo primero que se me ocurrió fue que quería congraciarse conmigo con la esperanza de mantener su fraude.

—Soy el Gran Maestro —dije fríamente.

—Muy bien, supongamos que lo fueras, y que yo fuera un impostor, y que mis éxitos en el Estómago y en la Rejilla fueran alguna clase de truco, o que se debieran a que el ORDACO no funciona bien.

Afirmé que eso era exactamente lo que creía, y me sentí muy bien al decirlo; esa última y excelente posibilidad no se me había ocurrido.

—De todas maneras —continuó—, tú no dices que ya te hayas graduado, ¿verdad? Ni siquiera Enós Enoc afirmaba tanto a tu edad. Por lo tanto, independientemente de quién sea el Gran Maestro, no hay duda de que te vas a matricular como Estudiante Especial en la Facultad de New Tammany, y que necesitas hacer unos deberes para graduarte. Y tampoco hay duda de que yo soy el guardián de la Rejilla, nombrado por el rector. ¿No estás de acuerdo?

De mala gana, asentí y bajé mi vara, aunque seguía sintiendo una gran hostilidad.

—Entonces no hay por qué competir, ¿no te parece?

—¡Todos esos certificados que haces son falsos! —lo acusé—. Esas personas todavía no son candidatos. ¡Apuesto a que le has hecho un certificado incluso a Stoker!

Bray juntó los dedos y, una vez más, citó el Pergamino del Fundador.

—«Aprobados sean los tontos del Fundador, y suspensos quienes afirman que Sus caminos tienen sentido». Pero yo no estoy aquí para darte un certificado de estudiante común, George, sólo para leerte cuáles son tus deberes de modo que puedas aprobar o suspender. Piensa que son los deberes que te ha puesto el ORDACO, ya que parece que no te caigo bien; y en realidad, eso es lo que son.

Vacilé. Su razonamiento parecía irrefutable, pero me sentía reacio a aceptarlo.

—Es como una matrícula normal —dijo Anastasia. Se había secado las lágrimas y su voz era de nuevo reconfortante—. Aunque tu caso, por lo del Torniquete y lo de que no tienes carné de identidad y todo eso, sea tan... *anormal*.

—Todo lo que ha sucedido desde que viniste a la Puerta Principal se le ha comunicado al ORDACO —dijo Bray con brusquedad—; todo lo que se sabe de tu pasado, más lo que captaron los escáneres de Eierkopf en la Central Eléctrica, en el Torniquete y en la Reunión, ahora mismo. Lo único que tengo que hacer es plantearte la Pregunta de la Candidatura para que el ORDACO pueda evaluar tu Respuesta; si es correcta, puedes pasar, presumiblemente por la Rejilla de los Chivos, y si es errónea, no. Por favor, no te apoyes en ese panel: es parte de la impresora de los deberes. —Apretó algunos botones de la consola y comenzaron a oírse nuevos zumbidos, a mi espalda y en diversos lugares de la habitación—. ¿Quieres que lo hagamos ahora?

—Bueno... supongo que sí. Sí.

Mientras hablaba, me alejé de la impresora de los deberes y descubrí que de algún modo la cadena de mi reloj se había enganchado en su panel. Pero antes de que pudiera intentar soltarlo, empezó a sonar un timbre y un montón de lucecitas rojas se pusieron a parpadear, cosa que me alarmó bastante y que hizo que Anastasia negara con la cabeza en un gesto de contrariedad y preocupación. Se me ocurrió entonces que la pregunta aparentemente preliminar de Bray había sido la verdadera pregunta, disimulada, y que el ORDACO estaba registrando y rechazando mi Respuesta.

—¡No! —grité—. ¡Espera! —Más luces y timbres. Estaba furioso por haber caído dos veces en una trampa tan simple—. ¡Eso no cuenta! ¡Ésa no es mi respuesta!

Bray soltó una risita con un chasquido metálico. Pero mientras se encogía de hombros (sus hombros eran huesudos, como sus manos), dispuesto a despacharme, Anastasia le dijo, muy sumisa:

—En realidad no ha contado, señor...

Él chasqueó la lengua.

—Claro que ha contado. Ésa era la Pregunta de la Candidatura, y él la ha suspendido.

Ella sonrió con humildad.

—Pero no ponía PREPARADO en mi panel, me temo. ¿No le parece que la cadena de su reloj ha podido hacer un cortocircuito?

—¡Suspendido sea todo! —juró Bray.

—Un momento —dije—. Lo voy a soltar.

Me agaché para ver cómo se había enganchado la cadena, doblemente feliz por tener una segunda oportunidad y una prueba de que Anastasia, al fin y al cabo, era leal. Por desgracia, el extremo de la cadena se había metido en una ranura y no salía; encima, brillaba una luz naranja. Traté torpemente de usar una de las lentes de Eierkopf, para ver mejor cuál era el problema, pero tenía demasiadas cosas en las manos.

—Toma —dijo Anastasia—. Toma este bolso para guardar tus cosas. Es uno viejo, de mi madre; ahí puedes meter todo lo del campus. —Bajó del taburete para abrirlo, muy cerca de mí. ¿El roce de su pecho contra mi hombro fue algo fortuito o una señal?—. El frasquito que te dio el Sajian Vivo está ahí dentro.

Le di las gracias, metí la linterna y el shofar, y me acerqué la lente de Eierkopf al ojo, pero no me resultó fácil enfocarla bien.

—Ahora tengo una luz de PREPARADO, señor —informó Anastasia a Bray—. ¿Quiere repetir la misma pregunta o qué?

—Bueno —Bray hizo un chasquido dirigiéndose a mí, me pareció que un tanto disgustado—. ¿Cuál es tu Respuesta?

Pero yo no iba a caer otra vez en la misma trampa.

—¿Mi respuesta a tu primera pregunta o mi Respuesta a los Finales? —quise saber—. Y ¿a qué te referías antes cuando dijiste *lo hagamos*?

Abandoné mi infructuosa inspección para ver cómo reaccionaba. De nuevo empezaron a brillar unas luces rojas y a sonar diversos zumbidos como si, aunque yo en realidad no había respondido, hubiera respondido de forma equivocada. Pero lo que vi me perturbó mucho más: ¡Anastasia estaba acariciándole el cuello a aquel canalla! ¿Dónde estaba su lealtad, si, en cuanto me daba la vuelta, se ponía a pasarle un dedo con coquetería en torno al cuello de la túnica? ¡Y no dejó de hacerlo cuando la vi, y él tuvo que ordenarle que parara!

—Ahora no, ahora no —dijo él.

—Tiqui tiqui —lo provocó la desvergonzada chica.

—¡Suspendida seas, Anastasia! —grité yo.

—Mira, niño-cabra... —comenzó a decir Bray con impaciencia.

Ah, yo estaba mirando ahí, donde ella le hacía tiqui tiqui, con la lente de alta resolución de Eierkopf todavía puesta en el ojo, y me fijé en cómo la yema de su dedo parecía meterse debajo de la piel del cuello de Bray. Pero ¿qué importaba aquella pequeña rareza cuando me habían clavado un puñal en el corazón? Suspendida fuera su Pregunta de la Candidatura; con un nudo en la garganta, salté sobre ellos, rompiendo la cadena de mi reloj.

—¡Oh!

—¡ZZZ! —Era el mismísimo Bray el que, de un modo alarmante, comenzó a zumbar; pero sucedió algo todavía más extraño: ¡cuando aparté la mano de ella del cuello de él, la uña de Anastasia le desgarró la piel como si fuera un ligero! De repente me vino a la cabeza la imagen del advenimiento de Bray, cuando se había quitado una máscara...

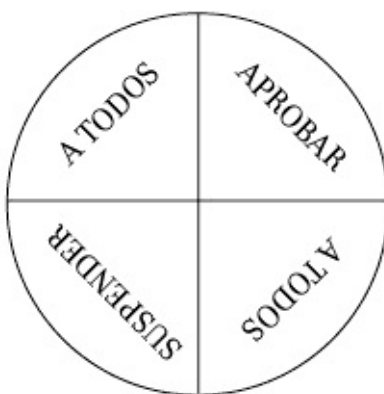
—¡Beee! —Con un balido semejante a los de Brickett, lo cogí por el pelo, ¡y el rostro se le salió como un guante, con bigote y todo! Anastasia soltó un chillido; yo me quedé boquiabierto. Bray dejó de emitir su zumbido y se limitaba a mirarme fríamente con una cara no muy distinta de la que yo le había quitado, aunque tal vez un tanto menos flácida, un poco más húmeda.

—¡Pónsela! —gritó entonces Anastasia.

—¡Niño-cabra! —me advirtió Bray, levantándose de su taburete. ¿Quieres graduarte o no?

Yo me puse aquella máscara, seca como la seda, en la cabeza, cogí el bolso de la madre de Anastasia y embestí contra la Rejilla de los Chivos como solía embestir la valla del redil en mi época de cabrito. Un escáner escaneó y desapareció, y unas chispas azules y algo de humo salieron del panel donde estaba la cadena de mi reloj; cuando topé contra la Rejilla, los hierros reticulares se separaron, abriendo un hueco por el que yo pasé sin apenas darme cuenta, y después repiquetearon a mi espalda, pero yo no quise mirar.

Mientras me apartaba de la entrada y me quitaba la máscara, de una tubería situada en la pared de la Rejilla salió un papel, que se desenrolló a mis pies. Era un círculo, del tamaño de una hamburguesa con queso; junto al borde, en grandes letras mayúsculas, estaba escrita la frase hecha que marcaba mi destino, de esta manera:



Y en la parte superior de su reverso, cuando le di la vuelta, vi un título, DEBERES, seguido por una lista.

Sonriendo, metí en el bolso mi reloj —sin su cadena— y la careta y observé con atención el Centro Comercial. ¡Estaba matriculado! Había poca gente; las estructuras levantadas para celebrar el Carnaval habían desaparecido. ¿Por qué estaba oscuro? Me había olvidado, pero salvo un brillante anillo, había un eclipse de sol. Un hombre gordo con una túnica amarilla estaba sentado en la hierba unos cuantos olmos más

adelante. Tras él, en un banco, había un hombre viejo y delgado, un desconocido vestido con un traje oscuro. El resto de la estudiantía estaba en clase, no tenía ninguna duda, esforzándose cada uno con sus deberes. Y yo —inscrito, matriculado, calificado como candidato a la Graduación— leí los míos:

DEBERES

Para hacer de inmediato, sin perder tiempo

1. Arreglar el reloj.
2. Poner fin a la Disputa de la Frontera.
3. Superar tu enfermedad.
4. Conocer a fondo a tu dama.
5. Re-emplazar el Pergamino del Fundador.
6. Aprobar los Finales.
7. Presentar tu carné de identidad, adecuadamente firmado, a las autoridades competentes.

¡Fundador, Fundador! Me aferré a los que me parecía entender, pero la mayoría no tenían ningún sentido para mí. ¿Qué carné de identidad? ¿Qué enfermedad? ¿Cuándo se había cambiado de lugar el Pergamino del Fundador? ¡Ay, ay, con lo corto que era un curso! Con el puño apoyado en la sien, los repetí en voz alta, deteniéndome en cada uno de ellos. ¡Era una lista para desmayarse! ¡Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete!

El Reloj de la Torre dio, a su vez, siete campanadas. Pero ¿estaba en hora?

Primera bobina

1. HACIA DETENCIONES PRINCIPALES

Mi reloj, cuando lo saqué, indicaba que era un poco más temprano, pero yo me había preocupado tan poco de darle cuerda y ponerlo en hora que no habría confiado en su precisión ni aunque el río George no le hubiera afectado. Por otra parte, el primero de mis deberes confirmaba que no todo iba bien en el Reloj de la Torre. Me dirigí hacia el anciano de traje oscuro para preguntarle, porque me pareció más probable que tuviera reloj él que el Sajian Vivo. Pero cuando había dado un par de pasos, media docena de jóvenes harapientos lo rodearon, surgiendo de entre las sombras con expresión poco cordial. Le dieron empujones y lo amenazaron.

—Dánoslo, viejo.

—Si lo queréis —lo oí contestar—, tenéis que pagarlo.

Pero sus acosadores estaban claramente dispuestos a obtener por la fuerza aquello que buscaban. Yo les grité que pararan y me acerqué para ayudar al hombre.

—Mirad lo que viene por ahí —dijo uno de ellos.

Eran demasiados; cuando pasé junto al olmo donde estaba el Sajian Vivo, le di un golpecito en el brazo, tal vez menos reverentemente de lo que hubiera debido, y le pedí que me ayudara a ayudar al anciano. El Sajian Vivo tenía las palmas de las manos apretadas bajo el pecho, con los dedos hacia arriba, y los ojos cerrados. Sin embargo, yo sabía que estaba despierto por esa sonrisa tranquila que también tenía cuando lo había cruzado el torrente, en nuestro último encuentro, con la cual había bendecido la violación de Anastasia. La ira se apoderó de mí.

—¡Por lo menos, llame a la policía! —le grité al oído, y después salí corriendo a toda prisa para ayudar al anciano, cuyos dos principales asaltantes se volvieron hacia mí. Los demás se habían limitado a mirar —eran casi todos muy greñudos; el pelo les llegaba por los codos— y parecían dispuestos a retirarse cuando los desafié.

—Es el niño-cabra ese —oí decir a uno de ellos con un tono de voz que, curiosamente, no era burlón. Otros sonrieron; algunos me dieron la impresión de ser tímidos, y me envalentoné.

—¡Fuera! —ordené, deseando que su anciana víctima se pusiera a resguardo mientras podía. Pero se quedó donde estaba; peor aún, comenzó a llamarlos bribones y pedigüños y a decir que merecían ser azotados, una opinión que podría haberse guardado para mejor ocasión.

—¡Sinvergüenza! —gritó uno, más disgustado que colérico. Y cuando el anciano los instó a que se fueran a robar un reloj si querían saber la hora, ya que no obtendrían de él de forma gratuita lo que otros recibían pagando, incluso los dos más agresivos parecieron desarmados por la fuerza de su propia indignación, y exclamaron que el Fundador debería fijarse en las suspendidas profundidades de la miseria en que podía hundirse la mente estudiantil. Yo también estaba paralizado por el disgusto.

—¿Sólo queríais saber la hora?

Resultó que ése era su único deseo. Todos eran estudiantes indigentes que se mantenían gracias a exiguas becas y que carecían de reloj, pero necesitaban medir la duración exacta del eclipse debido a unos deberes de astronomía que tenían que hacer. Al darse cuenta de que el Reloj de la Torre no funcionaba bien, se habían acercado al «Viejo del Centro Comercial» quien, según me enteré entonces, era una especie de institución en la Facultad de New Tammany, famoso por su tienda de información y su capacidad de decir la hora que era, al instante, observando la longitud de la sombra que la gente proyectaba en el suelo.

—Pero no gratis —dijo el anciano—. No estoy aquí sentado porque tenga ganas.

Me fijé entonces en que su rostro era picudo y lascivo y en que tenía unos ojos secos, como los de las tortugas, y un cuello que parecía de soga, flojo, y que se hundía en el caparazón de su traje. Me quedé atónito. Un tipo andrajoso y de mirada penetrante se volvió hacia mí.

—¡Es el hombre más tacaño del campus! ¡Saquémosela por la fuerza!

Y de hecho estaban a punto de ponerle las manos encima, pero en un raptó de inspiración señalé que hasta que no hubiera concluido el eclipse, las sombras no se verían con suficiente claridad como para que el Viejo pudiera hacer sus cálculos.

—De todas maneras, no se lo habría dicho —afirmó.

—¡Es usted realmente un tacaño! —lo regañé.

Los jóvenes admitieron que yo tenía razón, pero estaban tan furiosos por la mezquindad de aquel hombre —yo casi también lo estaba— que querían darle un escarmiento en cualquier caso. Yo lo impedí echando un vistazo a mi propio reloj, por lo cual me dieron las gracias. Después se retiraron, no sin proferir unos gruñidos amenazándolo con regresar cuando volviera la luz.

—No vengáis con las manos vacías —les gritó el hombre—. No soy Reg Héctor.

—¡Está loco! —le grité—. ¿Por qué no les dijo que no sabía qué hora era?

Él se frotó el pulgar contra las yemas de dos dedos.

—¿A ti qué te importa eso?

Lo mandé en voz alta al Decano de los Suspendidos y le prometí que la siguiente vez me quedaría mirando con una sonrisa, como el Sajian Vivo, mientras él recibía lo que merecía por ser tan miserable; después le conté que me había acercado a él para comprobar si mi reloj iba bien y que, ya que estaba en deuda conmigo, quería que me diera la hora en cuanto terminara el eclipse (que ya estaba acabando) o, si no, llamaría a los jóvenes greñudos para que concluyeran lo que había interrumpido.

—No te debo nada —dijo—. ¿Acaso te he contratado para que me ayudes?

De todas formas, añadió, como le había dado algo que él no me había pedido, me pagaría con algo que yo no necesitara: un carné de identidad en blanco y una cantidad de tinta indeleble suficiente como para que firmara con mi nombre. Los carnés falsos, señaló, eran muy apreciados por los estudiantes demasiado jóvenes para comprar alcohol legalmente; de hecho, no era por interferir en sus asuntos privados que me iba

a recompensar con un bien tan vendible, sino por enseñarle una nueva manera de deshacerse de los estudiantes pedigüños que constantemente lo estaban importunando. Hasta entonces se había visto obligado a darles a los más amenazadores lo que quisieran, por su seguridad, y había sido tan irreflexivo como para darles siempre información correcta. Pero gracias a mi ejemplo (ahora que había algo de luz y se proyectaban sombras, podía decirme, observando la longitud de la mía, que mi reloj estaba atrasado), a partir de entonces compraría su seguridad con una moneda falsa, asegurándose de que todas las respuestas que lo obligaran a dar fueran poco precisas. Casi no podía contener la alegría por haber aprendido aquel truco, más satisfactorio si cabe porque yo se lo había enseñado gratis; tampoco podía contener yo la mía por el hecho de que me hubiera recompensado, sin saberlo, con algo que, al fin y al cabo, necesitaba tanto. Si logré coger el carné de identidad y la tinta mostrando indiferencia fue sólo porque mi placer se veía matizado por la mala conciencia que me creaba haber, de alguna manera, contribuido a que se volviera más avisado y, como él, disfrutar del engaño.

—No te voy a dar todo el bote —gruñó—. Sólo lo que necesites para firmar.

No tenía pluma, pero llegué a un acuerdo para que me prestara la suya a cambio de la tinta que iba a ahorrar gracias a que yo tenía un nombre y no tres. Después, mientras escribía *George* donde correspondía, vi que el carné no era nuevo y que la tinta, por lo visto, tampoco era del todo indeleble: detrás de mi nombre podía verse el del anterior propietario: *Ira Héctor*.

—¡Este carné es robado!

Él cerró los ojos, hizo un mohín con la boca y negó con la cabeza.

—Mire ahí: ¡dice *Ira Héctor*! ¡Es un carné usado!

—Si no lo quieres, devuélvemelo. Pero yo no hago reembolsos.

Vi que los ojos le brillaban tanto ante aquella posibilidad que astutamente le juré que lo denunciaría por robo si no me daba de inmediato la hora exacta. Necesitaba saberla para poder ponerme a hacer los deberes.

—Llama a la policía —me dijo, desafiante—. Te detendrán a ti por cómplice. Mejor, les diré que lo robaste tú: ¡tiene tu nombre escrito! Y además te acusaré de tratar de extorsionarme.

Improvisando rápidamente, y muy enfadado, afirmé que estaba deseoso de comprobar si pesaría más la palabra de un Gran Maestro o la de un vagabundo anónimo que se dedicaba a vender carnés usados, sobre todo porque el señor Ira Héctor, cuando yo le devolviera su carné, sin duda emplearía su riqueza y su influencia en mi justo beneficio.

—No cuentes con ello —dijo el anciano, riéndose—. Ira Héctor soy yo.

Yo lo negué.

—Claro que soy yo, pedazo de bobo. Todo el mundo conoce al Viejo del Centro Comercial.

Lo cierto es que encajaba con la descripción que había hecho Anastasia de su tío, y me quedé sumamente asombrado al darme cuenta de que el hombre más acaudalado del campus era tan avaricioso y tan mezquino. Pero lo desafié a que demostrara su identidad sin un carné.

—¡Tendrías que estudiar Empresariales, niño-cabra! —me dijo, guiñando un ojo como un Peter Greene testudíneo. En cualquier caso, continuó, era su notoriedad en la facultad lo que hacía que su carné de identidad fuera inútil para él, y por eso se había decidido a venderlo. *Todos* lo reconocían, lamentaba decir, y lo importunaban pidiéndole donativos que no merecían más de lo que esos jóvenes pedigüeños merecían la matrícula gratuita que les garantizaba el nuevo programa de becas del rector Rexford. Todo eso no era más que el triunfo del insidioso sindicalismo estudiantil, en opinión del señor Héctor: la tiranía de los desposeídos, de los ignorantes sobre los instruidos. Lo único que podía decirse de la temeraria dadivosidad de la administración era que, ya que los incultos siempre (y con justicia) eran más numerosos que los cultos, Rexford estaba comprando poder político con el dinero de los demás. Pero a largo plazo era un mal negocio, Ira Héctor estaba seguro, y sin duda llevaría a la facultad a la bancarrota.

—¡A mí nadie me pagó nada! —concluyó, con gran vehemencia—. Todo lo que sé, lo aprendí por las malas, por mi cuenta. ¡Si mimas a la gente, acaban pisoteándote!

Un uso apropiado de la caridad a nivel administrativo, concluyó, era equivalente al que él hacía a nivel personal: había que dar sólo lo mínimo necesario para evitar la revolución. Más allá de eso, la iniciativa individual, como la suya, guiaría a quienes la tuvieran; todos los demás merecían tener lo que tenían, y era responsabilidad de la Sala de la Torre y de la Patrulla del Campus impedir que no obtuvieran más que lo que correspondiera a sus méritos.

—*Caveat emptor!* —dijo de repente—. *Laissez-faire! Sauve qui peut!*

—¿Cómo dice?

Me ofreció traducirme los lemas a precio de saldo, los tres por el precio de dos. El eclipse ya había terminado y el sol brillaba en el cielo; mi sombra se veía con claridad y yo estaba impaciente por ponerme a hacer mis deberes, además de que tenía otras preocupaciones, así que le supliqué que por el amor del Fundador me dijera qué hora era y acabáramos de una vez, aunque sólo fuera como retribución por haber escuchado su mezquina diatriba. Pero el insulto no tuvo ningún efecto visible.

—Y ¿qué gano yo por decírtelo? —dijo, sonriendo y observando mi sombra—. Es más tarde de lo que crees.

Muy enfadado, le recordé que yo no era un pedigüeño ignorante, mereciera serlo o no, sino que estaba inscrito como candidato a la Graduación y era un Gran Maestro *in posse* que, si así lo decidía, podía darle un par de consejos maestros que desde luego le vendrían muy bien, consejos que por tradición y fama eran perlas de tan

grande valor que toda la información de todas las enciclopedias de la Universidad no era nada comparada con el más modesto de ellos.

—No hay trato —contestó Ira Héctor—. Yo ya tengo mi certificado. —De un pequeño portamonedas de cuero raído que llevaba en el bolsillo del chaleco sacó un pergamino muy arrugado que me resultó familiar; bajo las habituales fórmulas certificadoras vi la firma de Harold Bray y una frase manuscrita: «El Fundador ayuda a quienes se ayudan a sí mismos»—. ¡Yo me he ayudado a conseguir todo lo que había a mi alcance! —admitió con alegría, y añadió que aunque personalmente consideraba que la Graduación era la fantasía de los tontos y los insolventes, algo sin ningún valor en el mercado informacionalista, le había propuesto a Harold Bray apoyar su granmaestrazgo en la Sala de la Torre a cambio de una certificación, tanto porque francamente disfrutaba de poseer cualquier cosa que otra gente deseara como porque quería asegurarse de que incluso los Grandes Maestros tienen un precio.

—Ese diploma no vale nada —le dije—. Bray no es un Gran Maestro.

—Claro que no vale nada. No me costó nada.

Perdiendo la paciencia, lo amonesté por su tacañería y por su desprecio por la Graduación, afirmando que incluso si Bray fuera un auténtico Gran Maestro y sus certificados fueran válidos —lo cual no era el caso—, él, Ira Héctor, estaba suspendido de todos modos. Podía argumentarse, admití, que la Graduación, siempre y necesariamente del Yo, era la forma más alta de autopreservación, y por lo tanto tenía más valor para el hombre egoísta que para el altruista; y, de un modo similar, que si la ambición de aprobar era una ambición suspendida, demostraba por extensión el ambicioso principio del que era el ejemplo más suspendido, como los precedentes legales o las luchas individuales de cursos antiguos, de los que dependía el destino de patios cuadrangulares enteros. Pero por mucha iniciativa que tuviera, y era indudable que la tenía, Ira Héctor no había logrado el egoísmo perfecto, sostuve; no había buscado incesantemente ser el número uno; ¡de hecho, debía responder por un altruismo fuera de lo común!

—¡Bobadas! ¡Paparruchas!

Le pregunté entonces, inclinándome hacia su pico, cómo explicaba si no el hecho de haber adoptado a Anastasia y la prodigalidad con que la había criado; el hecho de haber desperdiciado una oportunidad de oro para hacer un negocio con tal de evitarle un destino peor que el de suspender. No había forma de negarlo: su afirmación de que azotaba a su custodiada por divertirse y que se la había entregado a Stoker para obtener un beneficio —como la de que había subvencionado el Hospital para Chicas de Colegio Mixto Solteras con la intención de satisfacer su lujuriosa curiosidad y de desgravar impuestos— no resultaba creíble: ¡por mucho que hubiera otros motivos, esos comportamientos tenían una vena magnánima, incluso filantrópica!

—¡Todo mentira! —gritó Ira Héctor. Pero lo había impresionado. Exigió saber dónde había oído esas calumnias, pero rechazó mi oferta de venderle esa información a cambio de la hora exacta. Entonces, maravillosamente agitado, insistió en que

aunque su hermano Reginald y él eran hijos bastardos y abandonados de una chica soltera de primer curso y un bedel alcohólico, el hecho de haber creado el Hospital Maternal de New Tammany y cualquier favor que pudiera haberle hecho a su hermano tenían motivaciones estrictamente egoístas. Desde luego, le había proporcionado alimento y comida al joven Reginald, había movido los hilos para que entrara de cadete en los Cuerpos de Operaciones Especiales de la Facultad de New Tammany, le había organizado una boda con la mujer que él mismo, Ira, había estado cortejando, había financiado su campaña al rectorado después de la Segunda Revuelta Intercampus y lo había nombrado director del Fondo Filofilosófico: su fin, desde el principio, había sido sencillamente sacar provecho de los cargos y los contactos de su hermano, y lo había conseguido.

Estas revelaciones me resultaron de lo más sorprendentes; pese a ello, no lograba entender qué beneficios había obtenido al perder a su prometida, por ejemplo, o al subvencionar el Fondo Filofilosófico.

—¿Por qué iba a pagar por mantener a una mujer cuando podía tenerla a cambio de nada cada vez que quisiera? —dijo con una sonrisa quelónida, refiriéndose a la esposa de Reginald, la abuela de Anastasia.

—¿Eso fue lo que hizo?

—Eso es lo que hubiera hecho, pero ella murió cuando nació la madre de Stacey. Hay algunas inversiones que no son rentables.

En cuanto al Fondo Filofilosófico y al Hospital Maternal, fueron activos variables, insistió, que le permitieron desgravar impuestos y le proporcionaron la ocasión de hacer chanchullos diversos y hacer contactos, además de entretenimientos como jugar a los médicos con las jóvenes pacientes cuando se le antojaba. Había estado presente, por ejemplo, en la sala de partos cuando su sobrina, Virginia Héctor, había dado a luz, y había disfrutado bastante del espectáculo pese a que ella no había parido ni a un monstruo ni a un GILES, como habían predicho algunos, sino sólo a Anastasia, una bebé normal a quien después él había criado para que satisficiera sus deseos.

—Pero usted intentó ayudar a Anastasia de verdad —dije, aunque ya no me sentía seguro de tener razón—. Ella me lo dijo.

Ira Héctor guiñó un ojo y se relamió.

—¡Lo hice por mi propio bien, como hacemos todos! ¡Stoker dice que cobra una comisión si alguien quiere disponer de ella; yo solía quedarme con todo su precio!

El comentario me pareció tan repugnante como quien lo había hecho, aunque no me lo creí. Por una parte, Anastasia había confesado cosas peores sin ningún pudor en el Desfiladero de George, pero no había mencionado nada sobre tarifas ni comisiones. Por otra, me di cuenta de que Ira Héctor no podía hablar de la relación de ella con Maurice Stoker sin cierto dolor: sus cuerdas vocales parecían contraerse y se le quebraba la voz al pronunciar el nombre de aquel hombre.

—¡A usted ella le daba lástima! —lo acusé—. También le daba lástima la madre de Anastasia, y su propio hermano, cuando eran niños.

—¡Tonterías!

—¡Y todas esas chicas de colegio mixto solteras! ¡Creo que todos le dan lástima, y se avergüenza de ello!

Entonces le brillaron los ojos.

—¡Tú sí que me das lástima, tarado!

—Apuesto a que usted ha entablado relación con Bray por la misma razón por la que lo hizo Anastasia —dije—. ¡Por caridad! ¡Usted le enseñó a ser como es!

Entonces se me ocurrió argumentar, más por despecho que por convicción, que incluso su tan cacareada tacañería podría aprobar, y lo contrario podría suspender. Enós Enoc, era cierto, había pedido que los hombres que poseyeran abundante información la repartieran entre los estudiantes pobres y se volvieran como iletrados de preescolar, si querían aprobar; pero a mí me parecía que eso era aprobar a expensas de los demás, de aquellos a quienes uno entregaba lo que tenía, ya que en ningún lugar del Pergamino del Fundador decía «Aprobados serán los que mucho poseen». ¿Había, pues, una forma más noble de sacrificio que evitar que los hombres tuvieran lo que los llevaría a suspender y, quedándose para uno, suspender en su lugar como un chivo expiatorio?

—Estás loco —dijo Ira—. ¿Piensas que te voy a pagar por estupideces como ésa?

—Yo no soy Harold Bray —le contesté—. No estoy en venta. —Y, viendo que no iba a obtener de él lo que necesitaba, me alejé.

—¡Nadie tiene que comprarte! —graznó desdeñosamente él—. ¡Tú te entregas gratis! ¡Como Anastasia!

Su comentario burlón me alivió, ya que demostraba que lo que me había dicho sobre precios y comisiones era mentira. Seguí andando. Los estudiantes ya empezaban a amontonarse en el Gran Centro Comercial; se dirigían, según me enteré, a las clases de primera hora, tras haber desayunado.

—¡No has podido sacarme nada! —volvió a gritar Ira—. ¡Yo te he sacado todo lo que podías ofrecer!

Su voz era triunfal, pero cuando me volví hacia él, vi en su anciano rostro una expresión de violenta ansiedad.

—Entonces tal vez me haya ayudado a aprobar —le dije— y usted se haya acercado más al suspenso. Gracias.

Me fijé en que el Sajian Vivo sonreía, como siempre, desde el pie de Su olmo. Podría haberlo censurado por haberme fallado de nuevo (de hecho, Su estado, que supuestamente era una especie de Graduación, no me parecía muy distinto de la parálisis infantil de Eierkopf. Uno era de poca ayuda y el otro era inútil; para quienes estuvieran necesitados de ayuda, ambos eran intercambiables, y lo de Eierkopf, por lo menos, no era del todo voluntario, aunque lo refrendara en su relación con Croador y en su desinterés por el bienestar de la estudiantía); pero antes de poder hablar, me

llamaron algunos de los tipos sin afeitar que habían estado molestando a Ira, provocando así nuestro encuentro. Su actitud era amistosa; aunque eran indigentes, no se trataba de vulgares pedigüños, según entendería más adelante, sino de investigadores vagabundos; de hecho se trataba de seristas que aceptaban la educación que les brindaba el programa de becas de Rexford pero despreciaban todo el sistema académico por parecerles de percentil medio y conformista, dedicado a preservar la lucha por el poder entre las distintas facultades, hostil al arte, el sexo y el espíritu humano y, en una palabra, empleando una de su jerga, un rollo. Infririeron por mi apariencia que yo formaba parte de su fraternidad; de hecho, envidiaban claramente mi vestimenta, mi vara y la bolsa llena de cosas que llevaba; y aunque su postura, tal como la entendía, me pareció un tanto carente de solidez, era evidente que eran sinceros y me sentí agradecido por su buena voluntad. Sin embargo, no era fácil establecer una relación entre ellos y yo. Sabían quién era, pero no podían aceptar que yo de verdad sólo tuviera un nombre, por ejemplo, y que fuera literalmente medio cabra de formación.

—Esos símbolos molan —me dijeron.

Y cuando les confesé que no comprendía su argot, me agradecieron por recordarles que la Respuesta se halla en el Ser sin palabras y no en las fórmulas verbales. Pese a ello, se inclinaban indudablemente hacia estas últimas.

—¿Cómo vais con vuestros deberes? —les pregunté—. Los míos dicen *Para hacer de inmediato...* —Quería que me dieran algún sencillo consejo práctico, como suelen hacer los estudiantes; pero ellos reaccionaron con una discusión tan apasionada y abstrusa, como si les hubiera planteado el enigma del decano Zambo.

—¿Cuáles son los deberes de la estudiantía, al fin y al cabo? —se preguntaban unos a otros. Uno afirmó que no había deberes, del mismo modo que no había quien los pusiera; otro, que cada estudiante era su propio y único Maestro y Examinador; y así sucesivamente.

—Por favor —dije—. Lo que quiero saber es si el ORDACO no os ha puesto deberes. A mí, sí.

—Él se refiere a la conciencia analítica conceptualizadora —dijo uno de mis nuevos compañeros de clase, como si hablara de alguien que no estuviera presente.

—¡No, para nada! —objetó otro—. Nos está tomando el pelo para que nos acordemos de ser como Sajian.

—¡No, tío! —insistió el primero—. Es lo de la Forma-es-el-Vacío. O sea, las categorías no son reales, pero ahí están, y nosotros formamos parte de ellas aunque en realidad el *nosotros* no existe.

Un tercero se rascó la entrepierna, muy concentrado.

—Pero ¿el ORDACO simboliza la Realidad Diferenciada o el Principio Diferenciador?

—¡Ninguna de las dos cosas! —dijo con desdén Número Dos—. El ORDACO simboliza la *simbolización*. Él se refiere a...

—Por favor —dije. De inmediato todos guardaron un respetuoso silencio—. Los deberes de los que hablo son una lista de cosas que tengo que hacer para aprobar...

—¿Veis? —dijo uno, encantado.

—Tengo que arreglar el reloj, por ejemplo, y poner fin a la Disputa de la Frontera...

—¡Estoy contigo! —murmuró Dos—. ¡Lo del espacio / tiempo!

—Y tengo que superar mi enfermedad y conocer a fondo a mi dama, aunque no tengo ni idea de lo que puede significar eso...

—¡El toque trascendental! —susurró Tres.

En cualquier caso, no eran capaces de decidir si yo estaba exhortándolos a atacar sus deberes (fueran cuales fueran), o las características de dichos deberes, o el hecho de que hubiera alguien que pone deberes y alguien que debe hacerlos. Y ¿mis aforismos significaban que la «Rueda del aprobado y el suspenso» (el término era suyo) debía afirmarse, negarse, ignorarse o trascenderse? En un nivel concreto, por ejemplo, ¿debían ir a clase y tomar apuntes con una actitud respetuosa, ir a clase y discutir con los profesores, o dejar de ir a clase y punto? Los dejé discutiendo barba frente a barba tan acaloradamente que no se dieron cuenta de mi partida. Pero aunque su debate me resultaba incomprensible y había perdido la esperanza en obtener de ellos algún consejo útil, su ejemplo me había sugerido algo por primera vez: igual que Enós Enoc se había apuntado a un curso de trabajos manuales impartido por el humilde marido de Su madre, yo escucharía a un profesor común y corriente, el primero que me encontrara, para tratar de aprender algo relevante para mi tarea. ¡Iría a clase!

Una gran cantidad de estudiantes entraron apresuradamente en un gran edificio que no estaba muy lejos. Entré junto a ellos —o, más bien, me dejaron pasar, algunos burlándose, otros asombrados, casi todos indiferentes— a una gran habitación de techo bajo, dividida en pesebres por unas separaciones que llegaban a la altura del pecho. Cada pesebre contenía una silla y una especie de consola con un aspecto mucho más simple que las que había visto en la Sala de Control y en la Rejilla. No vi a ningún profesor, ni humilde ni de ninguna otra clase, sino a unos cuantos jóvenes que llevaban unos jerseys de lana con hombreras y gafas de carey y que les daban instrucciones a los jóvenes para que se metieran en los pesebres y les explicaban cómo manejar las consolas.

—¿Quién te ha hecho esa novatada? —me preguntó uno de ellos alegremente. No entendí lo que quería decirme, pero me identifiqué con la ayuda de mi nuevo carné usado y le pregunté si me podía quedar a la conferencia, si es que iba a haber una. El instructor buscó sin mucha convicción en un listado de nombres que tenía en su portapapeles tras haberme advertido de que las impresoras del ORDACO acababan de sacar las listas de cada clase pero que todavía podrían estar incompletas, sobre todo en el caso de los alumnos especiales o irregulares.

—¿George es tu nombre o tu apellido? —Mi respuesta no reforzó su confianza, pero resulta que ahí estaba, en la G: *George*—. Supongo que serás tú —dijo. ¿Cómo iba a saberlo, suspensos? ¡Ni siquiera había un número de matrícula! Había, en cambio, una anotación detrás de mi nombre que decía que tenía autorización de la Oficina del Rector para asistir a todos los cursos que se daban en la Facultad, aunque sin que me dieran créditos. Entonces el hombre se dirigió a mí más respetuosamente.

—¿Eres un estudiante de intercambio? ¿Estás de visita en este campus?

Supuse que podría decirlo así, y él se mostró muy amable y me llevó a un pesebre. Las máquinas eran máquinas didácticas, me explicó; había una gran variedad de ellas en la facultad, y todas estaban conectadas con la Instalación Pedagógica Central del ORDACO. Por regla general, uno entraba en el dispositivo con un «número de matrícula» y después recibía una enseñanza individualizada, cuyos contenidos, ritmo y método estaban determinados por el análisis que hacía el ORDACO del historial del alumno y de su rendimiento actual, además de tener en cuenta sus metas académicas. Las máquinas que había en esta sala en particular, sin embargo, estaban diseñadas para orientar a los nuevos inscritos; el programa de la mañana consistía en una conferencia grabada a tal fin por el nuevo Gran Maestro. Sin duda el instructor percibió algún cambio en mi expresión, porque añadió al instante que la asistencia era voluntaria, aunque dijo también que consideraba que era conveniente para cualquier alumno nuevo aprovechar la sabiduría del Gran Maestro antes de comenzar a asistir a clases y a hacer sus deberes, especialmente porque se trataba de la primera conferencia formal y pública del doctor Bray. Yo sólo tenía que emplear la consola (de hecho, él lo hizo por mí, metiendo el número que figuraba en mi carné de identidad, antes de que yo pudiera decidirme a marcharme de allí), ponerme los auriculares y apretar el botón de CONFERENCIA para empezar a escuchar la grabación. Si me interesaba un mayor desarrollo de algún punto en particular, debía apretar el botón de PAUSA, que detenía la cinta, y otro donde decía GLOSA, que proporcionaba notas al pie, por decirlo de algún modo. Tras explicarme esto, salió del pesebre, todavía un tanto alterado por la idea de que alguien pudiera no estar interesado por lo que, al fin y al cabo, era un acontecimiento histórico (él era un nuevo instructor del Departamento de Historia) y se marchó a instruir a estudiantes más respetuosos. Pero a pesar de todo mi desprecio, apreté el botón de CONFERENCIA, curioso por ver cómo concebía mi rival las actividades de un Gran Maestro y preguntándome cómo habría podido encontrar tiempo para grabar una conferencia mientras asistía a la fiesta de la Central Eléctrica y, supuestamente, se metía en el Estómago del ORDACO. ¡Y yo todavía no había conseguido ir a visitar a Max en Detenciones Principales! Por los auriculares escuché la voz metálica que ya conocía, aunque hablaba de una manera arcaica que recordaba a los sermones enoquistas.

—Mi texto de hoy, compañeros de clase —comenzó diciendo Bray—, es el Primer Principio de la Vida en la Universidad, que debéis incorporar a vuestro

corazón a lo largo de este primer curso y no perder de vista jamás, ni por un instante, por muy clamorosas o amenazadoras que sean las voces que lo rechazan...

Negué impacientemente con la cabeza y pensé en quitarme los auriculares y marcharme, pero decidí escuchar qué falso principio habría robado aquel truhán, qué tópico, qué media verdad, para poder condenarlo con más fundamento.

—Por todas partes —siguió diciendo— oiréis tópicos y medias verdades, como que una vida sin examinar no vale la pena ser vivida, o que la verdad os hará libres, o que la comprensión es un fin en sí mismo. Los licenciados cum laude, incluso los profesores, os instarán a realizar un esfuerzo mayor con esos eslóganes, por lo cual concluyo que, o bien, como todos los virtuosos —artistas, atletas, e incluso Croador—, no comprenden del todo el secreto de su propia grandeza, o bien consideran que es práctico desde un punto de vista pedagógico engañaros, como puede mantenerse alejado a un niño de un precipicio prometiéndole golosinas cuando, en realidad, sus rescatadores carecen de ellas y sólo quieren proteger su vida...

Traté de burlarme del símil, pero me pareció bastante apropiado, aunque demasiado complejo.

—Pues pase lo que pase en las academias de moda, sólo una cosa importa en la verdadera Universidad: ¡evitar la tortura de tener que presentarse a recuperaciones y la irrevocable desgracia de suspender! ¡En una palabra, aprobar!

Evidentemente.

—Además de esto, ¿qué tiene importancia? Está muy bien predicar la terapia de la natación para solucionar problemas en las piernas o por su placer intrínseco; ¡cuando uno cae por la borda, sólo se preocupa por llegar a la orilla, nadando de costado o a lomos de un delfín!

Lo cual no significa que uno *deba* preocuparse sólo por la autoconservación, pensé para mis adentros, pero supe que sólo estaba siendo quisquilloso y, además, reconocí con cierto disgusto que su argumento se parecía a uno que yo había empleado con Ira Héctor. Y sin embargo, ¿acaso Bray no estaba prácticamente proponiendo a la gente que fuera deshonesto?

—Desde luego —continuó—, los examinadores están por encima de la corrupción y la intimidación; ningún candidato ha llegado nunca a la gloria por medio de sobornos o amenazas; para hacerlo, necesita conocer las Respuestas y no le servirá ninguna otra cosa. Ése es el motivo único y suficiente para valorar el conocimiento; todas las demás prédicas son, si no mera sentimentalismo, un consuelo vacío para los suspendidos, que son, ipso facto, inconsolables...

Me planteé la posibilidad de solicitar una glosa de ipso facto, un término de cuyo significado no estaba del todo seguro; pero mi mano se detuvo debido tanto al cinismo con que Bray se presentaba como piadoso (¡puesto que había hecho tratos con Ira Héctor, con Lucius Rexford y el Fundador sabía con quién más!) como a la fuerza de su siguiente comentario:

—Obtener las Respuestas, por cualquier medio: ¡ése es el único imperativo durante la carrera! No me habléis de copiar. —Era justo la palabra que se me había ocurrido, lo admito—. Copiar sólo puede significar aprobar ignorando las Respuestas, lo cual es imposible. El término no tiene ningún otro sentido...

Por experimentar, y también por una especie de impudicia, apreté los botones de PAUSA y GLOSA. Al instante, una voz femenina sin ninguna impostación dijo:

—El término no tiene ningún otro sentido debido a que el fin de aprobar, en opinión del Gran Maestro, determina toda la moralidad: lo que tiende a ello es bueno, todo lo demás es malo o indiferente. Esta glosa ha sido preparada por el Departamento de Semántica Lógica y Filosófica. Recuerda: «La mente que filosofa no se vuelve nunca fofa».

Automáticamente, con su última palabra, los dos botones volvieron a emerger y la voz de Bray continuó:

—Como veis, por lo tanto, nada podría ser más sencillo, en teoría, que la ética de las *Studentensleben*...

Dejé pasar aquel término.

—¡Pero no estoy sugiriendo que la práctica carezca de dificultades! En primer lugar, ninguno de vosotros sabe con certeza qué le van a preguntar, o si sus Respuestas serán aceptables. No hay dos candidatos iguales, por muy similar que sea su formación, y ningún graduado, si encontráis uno a quien consultar, puede decir nada más que que a él le preguntaron tal o cual cosa, en cuyo caso tal o cual respuesta resultó aceptable...

Esa idea no se me había ocurrido, y de mala gana concedí que era válida, e incluso valiosa. Y a pesar de mi hostilidad, me encontré escuchando con atención los siguientes comentarios de Bray.

—En consecuencia, descubriréis en los próximos cursos numerosas hipótesis sobre la naturaleza de los Exámenes, que pueden agruparse en dos grandes categorías: en una se sostiene que aunque las Preguntas son distintas para cada candidato, la Respuesta es la misma para todos; en la otra, que aunque la Pregunta nunca varía, las Respuestas sí lo hacen. Si, en cada caso, la variación se da de curso a curso o de candidato a candidato; si es una diferencia exclusivamente de formulación o también de fondo; si es radical o infinitesimal; si es más significativo el contenido o la forma de la respuesta del candidato, el tenor general o el fraseo concreto... éstas y otras miles de consideraciones similares son muy debatidas entre vuestros profesores, muchos de los cuales, se concluye tristemente, están más interesados por cuestiones académicas de este tipo que por las cuestiones definitivas que, en principio, deberían ayudaros a confrontar. Vosotros, que estáis haciendo la carrera, deberíais ser perdonados (pero, ay, no necesariamente aprobados) por ser, en términos generales, más realistas, aunque en ocasiones os mostréis desatinados, por desgracia. Llevados por la desesperación, importunaréis a vuestros profesores con preguntas banales: «¿Nos preguntarán esto en los Finales? ¿La asistencia cuenta? ¿Cuántos créditos dan

por participar en clase, por actividades extracurriculares, por limpiar las pizarras y quitarles el polvo a los borradores, por tener un aspecto cuidado y una actitud respetuosa, por mejorar cuando se ha empezado mal?». No son pocos quienes, entre vosotros, están convencidos de que el pensamiento independiente es el sine qua non, incluso en el caso de que sea ingenuo o erróneo; otros creen que responder palabra por palabra lo que dice en los apuntes es lo que más satisface a los profesores. Algunos, de temperamento cínico u obsequioso, halagarán abiertamente la vanidad de su instructor, recordarán sus palabras como las de un Gran Maestro, llevarán la discusión hacia su especialidad, se desternillarán ante cada muestra de su humor erudito y se lanzarán hacia su mesa al final de cada clase. «¿Qué otras asignaturas da, señor? ¿Su libro ya está publicado en bolsillo?». Vosotras, las chicas de colegio mixto, estáis particularmente inclinadas a tener la esperanza de que una amplia sonrisa pueda compensar un entendimiento lerdo, o unos senos firmes un argumento flojo, o una mirada pícara un razonamiento confuso. ¡Y (para ser justos) estas maniobras a veces funcionan, aunque sólo en algunos casos y hasta cierto punto! Dadas dos jóvenes de iguales méritos y belleza desigual, ¿quién no ha visto prosperar a la más guapa? ¿Quién no ha observado cómo el genio rebelde ha de mendigar, y llega incluso a ser castigado, mientras que cada necedad del sicofante obtiene el perdón? El esfuerzo de todo un curso junto a los anaqueles de la biblioteca y una hora de flirteo en el sidecar del profesor son equivalentes. Aquella que se abre el escote bien puede cerrar los libros; suben las calificaciones de su certificado de estudios cuando sube su falda; si sus pechos sobresalen, recibirá un sobresaliente...

Ah, cuánto me conmovieron estas palabras por lo atinadamente que retrataban la condición humana. ¡Suspendidos, suspendidos! Y por muy turbio que haya de ser el corazón de todo Gran Maestro falso, el arte de la impostura de Bray hizo que las lágrimas brotaran de mis ojos.

—Y sin embargo, todo esto es vanidad —dijo, y su voz, a pesar del chasquido metálico, sonaba cargada de compasión—. A los examinadores poco les importan los certificados de estudios; sólo les importan las Respuestas. Las leyendas del campus rebosan de estudiantes modélicos que no aprobaron y de inconformistas que sí lo hicieron; de esas libertinas de carnes prietas y moral laxa, algunas van vestidas con togas y birretes blancos a recibir sus diplomas sin ningún problema, mientras que a otras las conducen al Centro Comercial Inferior y las arrojan más allá de las rejas para siempre. La historia nos proporciona argumentos a favor de las tesis más opuestas, y unos pocos elegidos de entre vosotros, quienes tengan los ojos bien abiertos, se darán cuenta de que toda la organización de la facultad —las escuelas, departamentos y cursos, el rango y la antigüedad del profesorado, el aparato administrativo, los seminarios, los corrales de los pavos, los olmos y las alma maters, incluso el ORDACO— no siempre satisfacen las expectativas que en ellos depositamos. Son los más organizados, sin duda, y han sido santificados por la costumbre, pero no son más que una alternativa, pese a todo. Y por muy ventajosa que sea la

organización, no carece de un lado pernicioso: ante un Departamento de Ciencias Morales y uno de Investigación Porcina, cada uno con su presupuesto, sus despachos y sus publicaciones, es inevitable llegar a percibir lo alejadas que están estas dos cuestiones. ¡Como si se pudiera comprender a los cerdos sin saber nada de metafísica, o establecer una ontología práctica ignorándolo todo sobre los puercos! Peor aún, en un mismo departamento puede uno encontrarse con expertos en la raza Duroc Jersey enfrentados con los especialistas en la Poland China, y los intuicionistas deontológicos y los realistas axiológicos asisten a cócteles distintos. Y a pesar de todo, uno debe elegir una rama de estudios y una especialidad, aliarse con este o aquel círculo y disertar sobre *La navegación, costera o astronómica, de los navíos zozobrantés* o sobre *Fundamentos de la construcción de campanarios torcidos...*

Era verdad, todo era verdad; lo supe al instante a pesar de mi falta de experiencia en el campus y del hecho casual de que en los establos de las cabras nos habían evitado presenciar la degeneración intelectual de esos especialistas en cerdos. Eché un vistazo por encima de la división que me separaba del resto: algunos de mis compañeros de clase dormían, otros tomaban notas furiosamente, algunos se hurgaban la nariz, algunos jugaban a las cartas, pero nadie, además de mí, parecía perturbado por lo que yo asumía que todos estábamos escuchando.

—Ay —prosiguió la voz firme y triste en mis oídos—, los Finales son exhaustivos; a los examinadores les importa un comino el Sub-Departamento de Investigaciones Pútridas; ¡uno incluso se pregunta si conocen su existencia! Nuestras escuelas y disensiones, ¿qué son si no interrupciones en la continuidad? Nuestras categorías cambian según sopla el viento; no así nuestros destinos. En vano predicán los menos miopes de nuestros profesores la educación general: no sólo tienen que enfrentarse a la gran mayoría de sus colegas, sino también a la naturaleza misma de las grandes instituciones. Uno concibe audazmente algo «interdisciplinar»: quizá un estudio piloto de Herpetología Postlapsariana y Culturas de la Granada. «¡Dilettantismo!», gritan los pomólogos, y los expertos en historia natural dicen: «¡Tonterías!». Al día siguiente ya hay una División de Educación General con un Departamento de Herpetología Postlapsariana y Culturas de la Granada, y con el tiempo surge un Departamento de Pedagogía de la Herpetología Postlapsariana y Culturas de la Granada para formar profesores para el primero. Y la cosa no tiene fin.

¿Cómo podía ser, me pregunté, que un impostor osara hablar tan heréticamente en contra de la administración, de todas las administraciones? Su siguiente aseveración me permitió revivir, durante unos momentos, el desprecio que deseaba sentir por él.

—Pero, cuidado, no quiero ser irrespetuoso con las facultades, y desde luego no con la vieja New Tammany, a la que quiero como sólo un hijo adoptado puede querer a su madre. Una verruga de Miss Universidad —dijo cálidamente— sigue siendo una verruga; y aunque yo no diría que es un lunar, tampoco la echaría a ella de mi cama por su causa.

Esa compasión subversiva, por lo tanto, era pura pose: una postura que tomaba para después abandonarla, como un amante finge estar descontento para recibir un beso. Pero entonces Bray continuó hablando de la educación institucionalizada en términos tan conmovedores que, por muy hipócrita que pudiera ser, resultaba difícil no ponerse a llorar.

—Nosotros, los profesores, olvidamos nuestra función, pero la Universidad no lo hace. Hay un espíritu en las aulas del Campus Occidental, una sabiduría en las piedras, por decirlo de algún modo, con el que ni la pedantería ni la estupidez, por muy grandes que sean, pueden acabar. Los cánticos repiten verdades que son más profundas de lo que parecen:

La Puerta es estrecha
Y el Gran Centro Comercial no lo es todo...

Estrecha es la Puerta;
No lo es todo, el Gran Centro Comercial.

—Quienes tengan ojos para ver, verán que New Tammany abunda en silenciosas exhortaciones a la humildad. No en vano el «personal» y el «cuerpo docente» gozan de salarios similares, de modo que los jardineros y los cocineros de las residencias son tan pudientes como los profesores nuevos; no en vano la costumbre decreta que los miembros del consejo de administración sean iletrados, y que el rector no sea elegido por su inteligencia, sino en las urnas, de entre los percentiles más bajos: hojalateros y timoneles y tenderos. Por el mismo motivo, uno puede encontrar entre los profesores no sólo a eruditos de barbas grises con exóticas distinciones honoríficas en el pecho, sino también a individuos más populares: antiguos estudiantes de administración de empresas, empleados de las secciones de relaciones públicas, carpinteros y agricultores. Es lógico que nuestras bibliotecas sean más modestas que los establos de las vacas, y que los establos de las vacas lo sean más que las pistas de patinaje, y las pistas de patinaje, más que los estadios. ¿Acaso Enós Enoc, el Hijo del Fundador, no fue, por carácter, alguien campero, un autodidacta que eligió, para que fueran Sus Discípulos, a los doce primeros tipos que se cruzaron en Su camino; que nunca tuvo titulaciones ni publicó monografías ni se puso detrás de un atril para dar una conferencia, sino que reunía a Su alrededor a quien quisiera escucharlo en los valles de alforfón o entre las azaleas silvestres de las laderas, y lo instruía por medio de sencillos relatos breves y máximas que desafían al paso del tiempo y que ahora están grabados en los frisos de piedra caliza de nuestras aulas?

No importa tu pinta si tienes buen rollo.

Milón no aprobó en clase ni suspendió en la cárcel...

Con lágrimas en los ojos (aunque ninguna de las supuestas máximas eran las que citaba mi antiguo cuidador), apreté PAUSA y GLOSA. Una tajante voz masculina,

refrescantemente desprovista de pasión, explicó que este último epigrama aludía a un antiguo diplomado por la Facultad de Lykeion del que provenía el nombre del estadio más grande de New Tammany:

—El Libro Primero de *Los actos de los rectores* —dijo el glosista— cuenta que Milón se matriculó en una escuela de agricultura lykeioniense muy provinciana durante el llamado «Rectorado de oro» de Jantípides, con el modesto propósito de estudiar Cría de Ganado Vacuno; pero aunque se cubrió de gloria, y también a todo el complejo académico lykeioniense, por sus proezas atléticas y llegó a ser una fuente de inspiración para una docena de escultores, fracasó repetidamente en su intento de cumplir los requisitos para poder ser candidato debido a que cierta vaquilla llamada Sofía, que estaba a su cuidado, se negaba a comer los piensos experimentales que preparaba para ella. Convencido de que iba a suspender, un día, en un acceso de furia, Milón se acercó al animal, lo mató de un puñetazo y lo llevó a hombros, atravesando casi toda la Facultad de Lykeion desde los Establos Dóricos hasta el Palacio del rector, donde lo dejó en lo alto de un roble rojo. Por esta salvajada, fue detenido por la policía del campus que, sin embargo, no fue capaz de retirar la bestia muerta de su elevada posición. Al verla a la mañana siguiente, el rector preguntó cómo había podido una vaquilla trepar a su roble y, cuando le contaron la ofensa perpetrada por Milón, lejos de mostrarse enfadado, sonrió y comentó: «Hay una forma de hacer aumentar de peso a una vaca». Después convocó a todo el Departamento de Cría de Animales y preguntó si los más capaces de sus miembros alguna vez habían subido a una vaquilla a lo alto de un árbol o si sabían cómo bajar a una. Cuando nadie contestó, ordenó que Milón fuera puesto en libertad, desestimó los cargos que había contra él y lo aprobó sin más examen, ya que en aquel lugar, en aquel curso, todavía estaba vigente la facultad del rector de emitir Juicios Sumarios. Esta glosa ha sido preparada por el Departamento de Historia Agrícola. Queremos recordarle que...

Apreté con impaciencia el botón de PAUSA para no tener que oír otro anuncio. Debido a las características de la máquina, la glosa se detuvo pero la conferencia no continuó; entonces volví a apretar PAUSA y conocí una nueva dimensión del programa: en vez del anuncio interrumpido, oí una tercera voz, enérgica e intensa, que aparentemente glosaba la glosa.

—El incidente de Milón, así como el subsiguiente epigrama enoquista, ha sido explicado de diversas formas. Filocastro el Joven (en su *Comentario sobre los Actae Rectorum*, volumen dos, páginas cuatrocientas treinta y ocho y ss.) formula la interpretación clásica: «La excelencia es no-departamental», es decir, que la grandeza es lo que cuenta, independientemente de su naturaleza particular. En oposición a este punto de vista está el pequeño tratado de Yussuf Jadrún, *De Vacae in Arbores*, que sostiene que los fines, y no los medios, son la principal preocupación de los examinadores: que la excelencia por la que Milón fue recompensado no consiste en su capacidad atlética, sino en la solución radical (y, en último término, práctica) para un problema aparentemente suspendido. Ante la objeción de que el hecho de subir la

vaca al árbol no era una solución a nada hasta que el decano lo convirtió en ello al premiarlo, los jadrunistas afirmaron que la victoria de Milón no fue sobre el problema en sus propios términos, sino sobre los términos del problema, es decir, sobre la directriz de «hacer aumentar de peso a las vaquillas» en su interpretación convencional. Como se preguntan Fanshaw y Smart (en *El pragmatismo superior*), «¿Cuánto les preocupa a los examinadores el pastoreo experimental o el bienestar físico de la vaquilla Sofía? En un sentido, mucho; en otro, nada. El atrevido gesto de Milón hizo que su suspenso fuera el suspenso de su departamento. Como nos recuerda una de las “notas al pie” de Sajian, una búsqueda excesivamente ansiosa de soluciones puede cegarnos para las Respuestas que, al menos en algunos casos, se descubren por medios bastante extraños, y en extraños lugares». Fin de la cita...

Yo escuchaba asombrado. Aunque la cita había concluido, la glosa de la glosa, evidentemente, aún no lo había hecho.

—Hugo Krafft adopta una postura similar en su brillante y exhaustivo (aunque en ocasiones agobiante) *Los establos en el Campus Occidental desde la Prehistoria hasta el trigésimo tercer rectorado remusiano* y, como otros intérpretes de orientación semántica, da una gran importancia al valor que concedía Jantípides a los juegos de palabras como herramienta pedagógica. Los neofilocastrinos, desde luego, como los escapulistas de los que proceden, nunca han simpatizado con el pragmatismo, ni inferior ni superior, y tienden a mostrarse escépticos ante el riguroso análisis textual popularizado por los seguidores de Krafft; en general, siguen sosteniendo que el virtuosismo, más que los logros netos, es la clave para entrar por las Puertas de la Graduación, al margen de que la actividad realizada, en el momento de ponerse de manifiesto, sea en sí misma «admirable» o no. Por ello, Bongiovannu cita los ejemplos de Carpo el Tonto, un alumno de primero de carrera que se quedó idiotizado tras sufrir una caída de las barras paralelas y fue, durante los cursos siguientes, el blanco de las bromas de todo el campus, y de Gaffer McKeon, «El Perfecto Copión», que confesó que, a lo largo de toda una carrera marcada por brillantes calificaciones, nunca había contestado una pregunta de un parcial sin usar una chuleta. Ambos hombres aprobaron.

»Pero los filocastrinos del Campus Occidental identifican el virtuosismo con excelencias particulares, mientras que sus colegas del Campus del Este (si es que se puede pensar colectivamente en grupos de estudiantes tan variados) tienden a referirse a él con V mayúscula, como algo distinguible de las acciones virtuosas. Así lo muestra la siguiente oración para bendecir los alimentos citada por Dharhalal Panda:

Con Milón, Carpo y Gaffer,
vivo solo solo;
cuatro dedos de una mano.

Ojalá, con Sofía o algún otro pulgar,
pueda yo aprovechar las respuestas como aprovecho esta

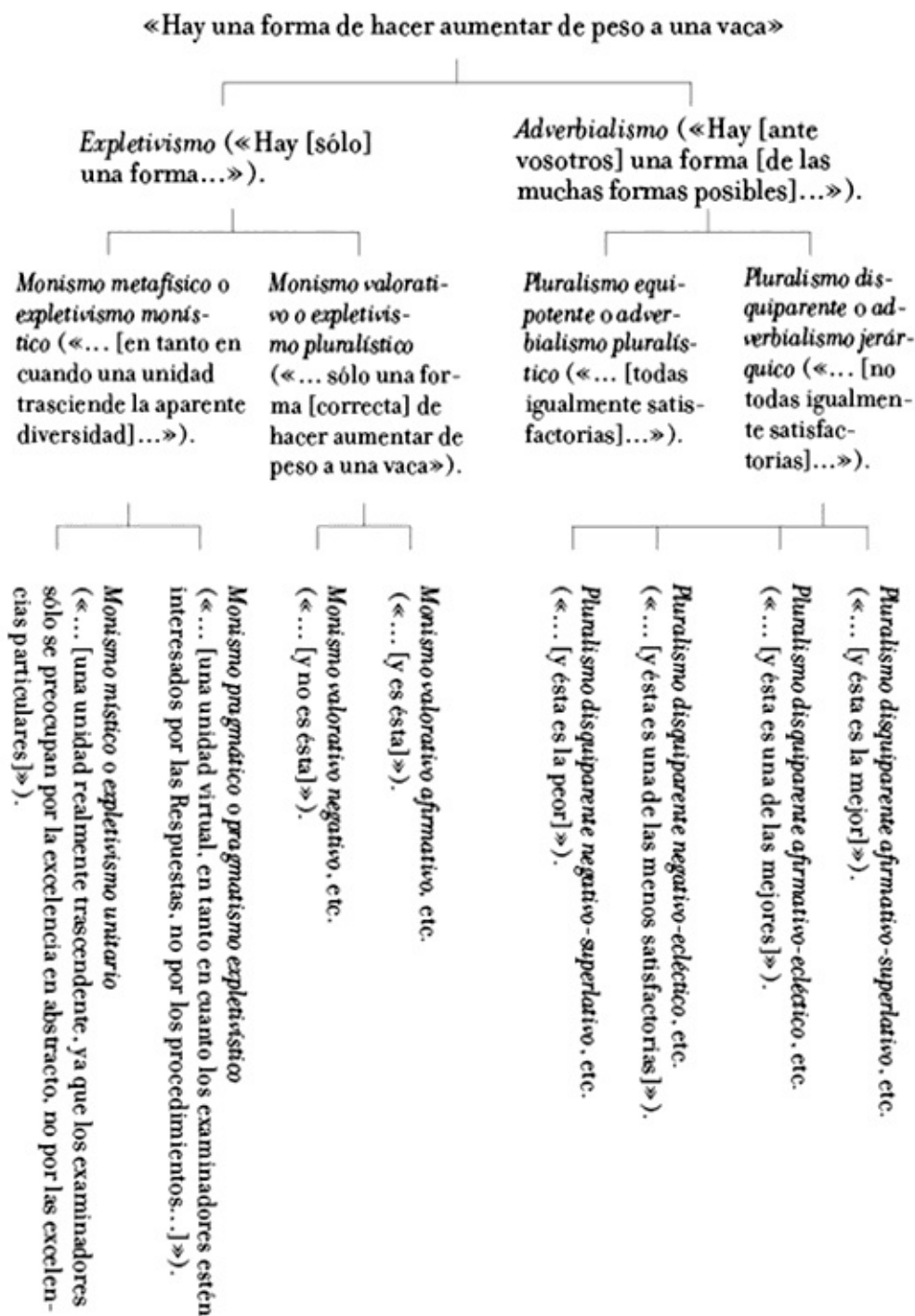
comida;
pueda comer verdad; y en los Finales pueda saber
que me alimento a mí mismo a mí mismo.

En las obras de los abundantes investigadores modernos que se han centrado en la vida política y económica de las primeras facultades del Campus Occidental, se encuentran con frecuencia menciones a Milón y la vaquilla (por ejemplo, en el erudito análisis que hace E. J. B. Sandry de la antigua enemistad entre las divisiones de Agricultura y Atletismo en la antigua academia lykeioniense. Sin embargo, aunque cualquier cosa que arroje luz sobre la historia de la estudiantía siempre es bienvenida, sea cual sea su fuente, no podemos más que deplorar el tono despectivo de estos investigadores y la simplista iconoclasia que es especialmente manifiesta en su forma de interpretar las anécdotas tradicionales. La sugerencia de Sandry, por ejemplo, de que Jantípides vio en el «caso Milón» una oportunidad para «tirar de la barba colectiva del Lobby de la Colina Agrícola» [sic] como un gesto destinado a aplacar al Entrenador Glaucón, que estaba picado por la gran apropiación de terrenos para hacer criaderos de setas, es más exasperante, por ser parcialmente cierta, que otras hipótesis evidentemente lunáticas (por ejemplo, que el rector se vio obligado a hacer lo que hizo, ya que no había otra forma de desroblar la vaca; o que todo el incidente había sido organizado cínicamente por Milón y el rector, o por la Escuela de Atletismo, o por algún equivalente lykeioniense a la Oficina de Información Pública, con fines publicitarios.

Sin duda, pensé, ésta debe ser la conclusión tanto de la glosa como de la glosa de la glosa. Pero el infatigable escolástico recomendó entonces el que tal vez fuera la mejor obra general sobre la cuestión, un estudio grabado en cinta recientemente por un tal V. Shirodkar y llamado *Hay una forma*.

—Como sugiere el título, Shirodkar se acerca al jadrunismo y al filocastrismo (lo cual es como decir, en cierto modo, al entelequismo y al escapulismo) a través de la ambigüedad de la famosa observación de Jantípides, y trata de combinar las tradiciones principales, o al menos de reunir las, para formar lo que él llama pragmatismo místico. El resultado, ay, es más sincrético que sintético, pero el diagrama histórico-semántico de Shirodkar ha de figurar en los apuntes de cualquier estudiante que esté haciendo una carrera. Por favor, pulse PAUSA y GLOSA.

Perplejo, lo hice, y por una ranura la consola expidió, en forma de diagrama impreso, la glosa de la glosa de la glosa de la cita que había hecho Bray de la alusión de Enós Enoc al comentario de Jantípides sobre la fechoría de Milón.



Mientras trataba de comprender el diagrama, el botón de PAUSA se soltó y el locutor que había hablado más recientemente concluyó con cierto remilgo:

—Shirodkar sostiene que el monismo pragmático, por ejemplo, es bastante similar al pluralismo equipotente, y que el monismo valorativo es semejante al pluralismo disquipotente. Que estas correspondencias permitan llevar a cabo una síntesis parece dudoso: la postura del antiguo Sub-Departamento de Cría de Ganado Vacuno lykeioniense puede ciertamente asignarse con igual justicia bien al monismo valorativo negativo, bien al pluralismo disquiparente negativo-superlativo; pero ¿qué puntos en común pueden esperarse hallar entre el monismo valorativo negativo y el

monismo valorativo positivo, o entre el monismo místico y cualquiera de las restantes posiciones? Estas glosas secundaria y terciaria han sido preparadas por el Sub-Departamento de Historia Comparada de la Filosofía.

Masqué nerviosamente el diagrama histórico-semántico de Shirodkar, esperando a ver qué pasaría a continuación. El botón de GLOSA se soltó y, automáticamente, volvió a pulsarse solo, y entonces la voz del comentarista anterior, el hombre de Historia Agrícola, siguió enumerando sus conclusiones, sin anuncios, después de todo.

—... la Casa de las Vaquillas, que numerosas generaciones de estudiantes de intercambio han descubierto con gran sorpresa que no es un establo, sino la antigua sede de la Policía del campus lykeioniense, lo que se alza donde supuestamente se encontraba el Roble de Sofía. El emplazamiento exacto del árbol está señalado con un disco de bronce hundido en el suelo de lo que anteriormente era una sala de detenciones auxiliar. Gracias.

GLOSA y PAUSA se soltaron simultáneamente, se pulsó CONFERENCIA y de repente por mis auriculares sonó, incluso más apasionada que antes, la voz de Bray.

—¡Docto Fundador! ¡Artista liberal! ¡Decano de los decanos y entrenador de los entrenadores, cuyos apuntes todavía consultamos en los momentos de dudas! ¡Acompáñanos en estas oscuras horas de la academia! Enséñame a mí, que soy Tu más nimio profesor, a no profesar nada más que la verdad; a mí, que soy Tu más novato consejero de primer curso, a no aconsejar mal a aquellos —tan faltos de astucia como de información— que Tú me has confiado. Ayúdame a comprender Tus reglas; haz que Tus parámetros curriculares sean tan claros como la luz del día; muéstrame Tus prerrequisitos para que los haga públicos. Ilumina al estúpido; llena de entusiasmo a aquellos de percentil bajo; ten piedad de los renegados de Detenciones principales y de los descarriados de Sabiduría correctiva; sé como un faro en el senado y como una mosca cojonera en las residencias. Sé el barril y el grifo que hay tras la barra de cada fraternidad, de modo que sus miembros puedan beber a grandes tragos Tu saber, encontrar la verdad en el fondo de sus jarras y tener largas resacas de lucidez. Acompaña a las chicas de colegio mixto al final de cada velada: magréala con hechos, haz que sean vanas sus protestas contra las palpaciones del conocimiento; llévalas al asiento de atrás de Tu mente, quítales las ideas preconcebidas, bájalas las percepciones ilusorias, desabróchales los errores, para que, antes de que llegue su hora de volver a casa, las penetre el conocimiento. Sobre todo, Señor, acompáñame en el atril; sé mi tiza y mis notas de lectura; silencia a las máquinas de cortar el césped y haz que se detenga el tráfico para que yo pueda hablar; despierta a los somnolientos, calma a los alborotadores; suprime a aquel que quiere divagar cuando yo no quiero, y que no quiere cuando yo quiero; quítale las palabras a quien me las quite a mí; sálvame de los deslices al hablar y de los olvidos momentáneos, de contar dos veces la misma broma y de llevar la bragueta bajada. ¡Doctor de los doctores, otórgame ejemplos para ilustrar lo nunca visto y palabras

para expresar lo inefable; sé, ahora y siempre, mi soporte visual para que, en la pantalla vacía de estas mentes jóvenes, pueda inscribir, lisa y llanamente, las Respuestas!

Me quité los auriculares y salí del pesebre, con los trabaderos temblándome por la emoción que transmitía su retórica, lleno de envidia ante la fuerza de su impostura. No vi que nadie más se fuera: quizá la conferencia orientativa todavía no hubiera concluido, o quizá los demás hubieran solicitado más glosas que yo. Pero yo ya no podía seguir escuchando; abandoné la sala a pesar de que el profesor de las gafas de carey me había dicho que uno podía seleccionar preguntas de las que figuraban en una lista para planteárselas a los comentaristas por control remoto. Además del malestar que me había creado, no me pareció que aquel instruido parloteo me fuera a ser de ayuda para hacer los deberes y, cosa que me resulta triste contar, Bray no sólo me había recordado, con el epigrama de Milón, la responsabilidad que tenía hacia Max, sino que además me había servido de maestro. Más concretamente, su caracterización del trabajo de clase a lo largo de un curso como nada más que una de las múltiples formas de alcanzar la Graduación (una opinión tan reconociblemente pluralística disquiparente afirmativo-ecléctica que ni por un instante dudé de que la hubiera tomado de algún antiguo adverbialista jerárquico, probablemente sin permiso) le proporcionaba una justificación racional a lo que había sido mi inclinación desde que me había ido del establo: no perder más tiempo con libros ni conferencias. Sí a la matriculación, no a la asistencia a clase; yo debía arrancar las Respuestas a la vida como se arrancan los nabos de la tierra: por la fuerza.

Tiré el diagrama, que era intragable incluso literalmente, y cogí un periódico de un cubo de basura situado junto a la salida pensando en que las páginas que tuvieran menos tinta me sacarían del apuro hasta la hora de la comida. Pero en primera plana había un gran titular que decía SPIELMAN CONFIESA, seguido por dos columnas que confirmaban lo que me había contado Stoker: Max se había entregado a la policía del campus y se había declarado culpable del asesinato de Herman Hermann; su confesión quedaba corroborada porque había aportado detalles exactos de la escena, la hora y las circunstancias del crimen. Estaba sentado al lado de la carretera, no muy lejos de la Colina del Fundador, decía la noticia, cuando había sido abordado por un hombre vestido con el uniforme de los guardias de la Central Eléctrica que iba montado en una motocicleta y le había ofrecido llevarlo. Poco después, habían empezado a discutir sobre temas políticos y, al reconocer en el guardia a Herman Hermann, un bonifacista que había tenido un destacado papel en el moisiocausto, Max se había visto tan subyugado por sus deseos de venganza que le había quitado la pistola y le había pegado un tiro. Además, «según el Gran Maestro», que había tenido una larga entrevista con él en Detenciones Principales, Max admitía que desde hacía años tenía ganas no sólo de arreglar parcialmente las cuentas pendientes entre los moisianos y los bonifacistas, sino también de, por una vez, ser el perseguidor en lugar de la víctima. Sin embargo, en cuanto hubo asumido este papel (decía Bray), se

produjo un cambio asombroso en el corazón de mi consejero. «El hecho de que el doctor Spielman no puede, según confesión propia, arrepentirse del asesinato ha tenido un notable efecto en su espíritu», había afirmado Bray. «El estudiantismo secular que él siempre había defendido asume que el corazón es esencialmente educable y, en última instancia, aprobable; tras tener que hacer frente a la revelación de su propio suspenso, sin embargo, el doctor Spielman ahora considera que el corazón es suspendido, desesperadamente suspendido; que lo que necesita no es educación sino la Graduación, no un profesor sino un Gran Maestro que lo gradúe al instante y sin Exámenes; de lo contrario, todo está perdido, puesto que aunque podamos aspirar a disfrutar del estado de graduados, no podemos albergar la esperanza de merecerlo». Y el propio Max, supuestamente, le había dicho a Bray que, en su opinión, la única manera de aprobar era morir, y había pedido que lo condenaran a la pena capital para compensar sus suspensos. La opinión del campus, leí, estaba más dividida que nunca; el tema de las antiguas conexiones de Max con la izquierda y su oposición al programa «amipencsial» había vuelto a salir a la luz, aunque con bastante menos virulencia que cuando había conducido a su destitución. Los más liberales, que como siempre estaban, en términos generales, de su parte, se sentían incómodos ante su confesión de haberse dejado llevar por impulsos violentos; la derecha, por otra parte, aunque se inclinaban a despreciarlo por principios (y a considerar el asesinato como una prueba de la existencia de una conspiración sindicalista estudiantil para acabar con todos los exbonifacistas que se dedicaban a hacer un trabajo importante para New Tammany), estaban muy impresionados por el tono humilde de su confesión, en la que parecían oír una abjuración no sólo del sindicalismo estudiantil en favor del informacionalismo, sino también del moisianismo en favor del enoquismo. «Que quede en libertad y no volverá a suspender», parecía ser su opción, mientras que la de los liberales era justo la contraria, ya que opinaban que Max antes había estado entre los aprobados perseguidos, pero ahora se había suspendido solo. La polémica había ido ganando en intensidad, leí, desde primera hora de la mañana, cuando el prisionero había recibido un certificado de candidato del nuevo Gran Maestro, quien, sin embargo, había declarado enfáticamente ante la prensa que dicha certificación no suponía ni mucho menos que Max fuera inocente del asesinato ni que mereciera que se atenuara su castigo: «Aprobados sean los suspendidos», había afirmado Bray, citando el Pergamino del Fundador, «que se arrepienten y sufren por sus suspensos».

Lo que me resultó alarmante, además de la confesión de Max, no fue que Bray le hubiera hecho el certificado —ya que daba la impresión de hacérselo a cualquiera—, sino que Max evidentemente lo había aceptado, ¡como si Bray estuviera cualificado para hacerlo! Y ¿cómo había podido Bray encontrar tiempo para pasar por Detenciones Principales además de encargarse de las otras cien cosas que parecía haber hecho desde la noche anterior? Aunque la fecha de entrega de mis deberes era apremiante, decidí ir de inmediato a Detenciones Principales y oír de la boca de Max

que todas aquellas alegaciones eran falsas. Y ya puestos, quizá pudiera aconsejarme cómo hacer frente con más eficacia a mi lista de tareas, del mismo modo que me había dado consejos tan valiosos antes de que me enfrentara al Torniquete y a la Rejilla de los Chivos.

¿Cómo se iba a Detenciones Principales? Mi primer impulso fue buscar a Peter Greene por todo el centro comercial. Si hubiera podido ponderar el tamaño de New Tammany y lo populosa que era, no se me habría ocurrido hacer tal cosa, pero no podía; por suerte, lo divisé muy pronto. Estaba cuatro olmos más arriba, haciendo calistenia sobre el césped. Era prácticamente la única persona que había a la vista. Parecía correr sin desplazarse de su sitio: lo oí jadeando. «¡Bien! ¡Bien! ¡Bien!», decía, al compás de sus movimientos, no sólo para marcar el ritmo, por lo visto, sino también para animarse: de hecho, se trataba del lema que me había prestado a la hora de pasar por el Torniquete, el cual acentuaba de otra manera para el uso que ahora hacía de él:

—¡Estoybien! ¡Estoybien! ¡Estoybien!

Sin embargo, cuando lo saludé y me puse al alcance de su ojo útil, resultó que no estaba bien. Desde la Reunión Antes de la Rejilla, donde lo había visto por última vez, había asistido obedientemente a una conferencia, a primera hora, de una asignatura que tenía mucho que ver con sus preocupaciones, *Problemas del matrimonio moderno*, con la esperanza de aprender algo que le fuera de provecho; y es que aunque seguía decidido a abandonar a la señorita Sally Ann y a cortejar a Anastasia, lo afligían graves problemas de conciencia y quería convencerse de que su relación era realmente insalvable (y de que su esposa era la principal culpable de la desintegración de la pareja). Pero se había «olvidado completamente», me dijo, de lo agotador que era ir al cole. Mientras el conferenciante (a través de un circuito cerrado de telerama) había estado hablando largo rato sobre cuestiones como «la confusión de roles contemporánea y la angustia concomitante», se había quedado dormido, después se había entretenido haciendo pelotillas de papel mascado y grabando sus iniciales en el pupitre y al final había salido del edificio con el pretexto de ir al baño.

—¡Es que no lo entiendo! —se quejó—. ¡Que no lo entiendo, caramba! — Admitió que no tenía ni idea de cómo iba a aprobar sin ir a clase, del mismo modo que no sabía cómo podía vivir sin la mujer que amaba pero con la que no podía vivir—. Si no fuera por el diploma de Bray, diría que he suspendido en todo lo relacionado a las relaciones interpersonales —confesó—. Había pensado en salir a tomar el aire, tomarme una pastillita y volver a intentarlo.

No pude saber si cuando hablaba de la mujer que amaba pero etcétera se refería a su esposa o a Anastasia; no se lo pregunté. De hecho, aunque me sentía muy afortunado por haberme encontrado con él tan rápido, no fue sin cierto recelo que le pedí que me llevara a Detenciones Principales, ya que temía que me hiciera cumplir mi promesa de interceder ante la madre de Anastasia. Pero aunque se mostró encantado con mi petición y con «la posibilidad de conocer mejor a la familia de

Stacey» —¡como si Maurice Stoker fuera el padre de Anastasia!—, no hizo mención alguna a aquella loca misión que me había encomendado; lo animó muchísimo, afirmó, saber que también yo me había saltado la primera clase. En buena medida, me di cuenta, su deseo de llevarme surgía de lo orgulloso que estaba de una nueva motocicleta que había adquirido justo después de inscribirse y que todavía no había probado en carretera. Me la mostró, aparcada no muy lejos: se trataba de una máquina impresionante, toda chapada en cromo, con un motor más grande que los de las de Stoker y equipada con toda clase de accesorios: faros, luces antiniebla, luces de posición, luces de señalización, telerama, bocinas que emitían la primera frase de *Alma Mater Dolorosa*, una neverita para licores, tres docenas de mandos e interruptores, un sidecar con aire acondicionado y un tapizado de piel de tigre. Era tan nueva que todavía no había tenido tiempo de quitarle los espejos (de los que había media docena); sólo los había girado para no verse reflejado en ellos. Inclino la cabeza alegremente.

—Para ir a mear y no echar gota, ¿eh?

Coincidí en que se trataba de una máquina extraordinaria, si a eso era a lo que se refería. También resultó ser impresionantemente rápida y, por fortuna, tan ruidosa (gracias a una palanca donde ponía *Recortar*) que no pudo hablarme de Anastasia ni de ninguna otra cosa durante el camino hacia Detenciones Principales. Greene conocía el camino, y por medio de gestos sencillos que acordamos antes de partir, pude ayudarlo a distinguir las verdaderas señales de *stop* que había en el camino de las que él se imaginaba ver, y también hacer la función de espejo retrovisor. Ante la sombría puerta del muro exterior nos detuvo un guardia uniformado, reconocible como miembro del personal de Stoker por su barba y su perro, aunque no estuviera manchado de hollín. Solicité audiencia con Max, identificándome y explicándole que tenía autorización del rector Rexford para ir a cualquier parte del campus. El guardia se dispuso a soltar al perro.

—¡Espere! —gritó Greene—. Mi nombre es Peter Greene, de «Mantengan verdes nuestros bosques», ¿sabe? Éste es un amigo mío. Mire mi carné de identidad.

Para demostrar que su carné no era falsificado ni robado, estampó una firma igual que la que había en el documento en un cheque al portador e insistió en que el guardia lo conservara «como prueba». Ante esta prueba, el hombre cedió y llamó a un compañero que se encontraba del lado interior del muro, quien, al recibir un *affidávit* similar de nuestra sinceridad, nos condujo al despacho del alcaide. Aunque me sentía muy incómodo en esos sombríos patios y pasillos de piedra gris, estuve a punto de expresar mis dudas sobre la corrección de la conducta de Greene, pero el sonido de la risa de Maurice Stoker me distrajo. Surgía de un despacho interior que se hallaba al otro lado de uno exterior y vacío donde nos dijeron que esperaríamos hasta que el alcaide terminara de dictarle unas cartas a su secretaria, y no sonaba demasiado formal. Una voz femenina dijo algo incomprensible. El guardia nos guiñó un ojo y se marchó. Peter Greene —sonriendo, parpadeando, sonrojándose— supuso en voz alta

que un tipo que tiene un bastón con un espejo en la punta podía mirar por encima del dintel sin ser visto, si quería hacerlo y no tenía ningún problema con los espejos. Yo no contesté. Más impaciente por el retraso que disgustado o intrigado por lo que pudiera estar haciendo Stoker, di unos golpecitos en el suelo con las puntas de mis sandalias y me puse a observar, perplejo, el plano del edificio, que estaba enmarcado en una de las paredes. Mostraba que Detenciones Principales era mucho más grande de lo que yo había imaginado, ya que además de la planta que había a nivel del suelo, había otras tres debajo, cada una más pequeña que la anterior. La planta baja, por lo que pude colegir, estaba dedicada principalmente a las oficinas de la administración y a las residencias del personal, pero incluía también unas instalaciones para detenciones y asesoramiento de dos clases de pequeños delincuentes: un gran gimnasio para vagos, perezosos y estudiantes que se negaban a elegir una especialidad o cuyas calificaciones académicas eran mediocres; y un patio para los deficientes mentales y los incorregiblemente equivocados. La planta de abajo se empleaba para detener a cuatro clases de bribones: en primer lugar, los estudiantes que dedicaban sus noches a entretenerse con compañeros de clase del sexo opuesto en lugar de estudiar y profesores que empleaban sus periodos sabáticos a irse de luna de miel o participaban en fiestas de intercambio de parejas entre el personal docente; en segundo lugar, quienes abusaban de sus privilegios en el refectorio, se apuntaban a más asignaturas de las que necesitaban para obtener los créditos exigidos o se pasaban las noches despiertos, leyendo; en tercer lugar, los que leían e investigaban pero se negaban a dar clases y a publicar y, al contrario, los que empleaban tanto tiempo en escribir artículos y preparar conferencias que no les quedaba nada para dedicarlo a la lectura y a la investigación; y, en cuarto lugar, los profesores que intimidaban a sus alumnos y los alumnos que hacían circular listas de firmas para criticar a sus profesores. La segunda planta subterránea estaba dividida en tres módulos, más pequeños que los que tenían encima pero, como ellos, dotados de habitaciones tanto para estudiantes como para educadores: uno de los módulos estaba reservado para antiintelectuales, rebeldes y aquellos que rehusaran firmar el juramento de lealtad a la facultad; el segundo era para los autores de libros de texto que publicaban ediciones revisadas con la intención de socavar el mercado de segunda mano, ladrones de exámenes, autores de notas al pie e investigaciones excesivas y/o innecesarias y otorgadores de becas poco escrupulosos; el tercero, a su vez, se dividía en submódulos: uno (donde supuse que se encontraría Max) era para los asesinos, violadores, extorsionadores que obtenían respuestas por coacción y destructores de libros de las bibliotecas; otro, para quienes abandonaban los cursos por la mitad y quienes salían de las residencias por las ventanas; el tercero, para maricones, tortilleras y profesores empleados en los mismos departamentos que les habían dado su titulación. La planta inferior, aunque era la más pequeña, era la que tenía un diseño más complejo: en unas secciones con forma de cuña que rodeaban un sumidero central estaban encarcelados (siguiendo la dirección de las agujas del reloj

desde la parte de arriba del plano) los «artistas del ligue» (sic); los «chupaculos y duendecillos»; los «proveedores de chuletas»; los impostores y charlatanes; los vendedores de certificados de rango y antigüedad, de excusas para faltar y de carnés de identidad falsos; los que emplean distinciones académicas con fines sociales, políticos o mercenarios; los que copian en los exámenes y plagian los artículos o los libros; los orientadores profesionales maliciosos y el personal de apoyo psicológico perverso; los organizadores de «razias a por bragas» en los dormitorios de las estudiantes femeninas, de peleas interfraternidades y de camarillas departamentales; y lo que en el plano figuraba como «camellos». En distintos anillos que rodeaban el sumidero estaban clasificados los que habían delatado a sus compañeros de clase o de habitación o a sus compañeros de trabajo; los que habían entregado datos clasificados relacionados con las Ciencias Militares a facultades enemigas; y los que se habían aprovechado de la ingenuidad de los estudiantes de intercambio o de los profesores visitantes. Por último, aparentemente situada sobre el mismo sumidero, había una única celda reservada para quien atacara de un modo suspendido a su profesor, jefe de departamento, decano, rector o —¡monstruosa traición!— Gran Maestro.

Aunque no comprendía el significado de todas aquellas etiquetas escritas a lápiz, me impresionó mucho el tamaño y el diseño de la institución, que era mucho más ordenada, al menos sobre el papel, que la Central Eléctrica. Si no hubiera tenido cuestiones urgentes que resolver, le habría pedido a Maurice Stoker que me diera una vuelta por el lugar y me explicara cómo se castigaba a las distintas clases de malhechores, y durante cuánto tiempo. Me preguntaba específicamente si Stoker tenía autoridad propia para dictar sentencia o si cumplía órdenes del rectorado, y esperaba fervientemente que fuera esto último.

La puerta de la oficina interior se abrió a mi espalda, y salió una hermosa mujer de piel oscura abrochándose la blusa.

—¿Todos tienen cita con el señor Stoker?

Mientras lo preguntaba —al tiempo que se arreglaba el pelo—, Stoker soltó un bramido de bienvenida desde el interior y salió, también abrochándose la camisa. Pero la secretaria y Peter Greene se habían reconocido, y él se llevó las manos al anaranjado cabello y gritó:

—¡Suspendida seas!

—¿Cómo dice? —dijo la joven frumenciana. Stoker sonrió.

—¿Qué haces aquí, chica? —exclamó Greene—. ¡Tendrías que estar en casa cuidando a Sally Ann!

Ella se puso unas gafas y miró a Stoker con gesto interrogante.

—¿Debería conocer a este caballero? No sé de qué está hablando.

—Ésta es Georgina —dijo Stoker—. Mi nueva secretaria. Georgina, el señor George, el niño-cabra. —Nos saludamos educadamente—. Y el señor Greene —añadió Stoker.

—¡No se llama así! —dijo, indignado, Peter Greene—. ¡Es la hija del viejo negro de George! ¡Vamos, vuelve a casa, caramba! ¡Puede que Sally Ann te necesite!

Georgina sonrió y se dirigió a nosotros:

—Debe haberme confundido con otra persona...

—¡No se te ocurra negar que eres la hija del viejo negro de George!

—Nunca se me ocurriría llamarlo así —dijo ella con cierta impaciencia—, pero mi padre se llamaba George, igual que este caballero.

—¡Se llamaba el viejo negro de George, y lo sabes, caramba! —dijo Peter Greene. Y volviéndose hacia nosotros, añadió—: Él y yo éramos uña y carne cuando yo era niño. ¡Construimos una balsa juntos!

La secretaria de Stoker contestó que su padre había sido bibliotecario ayudante hasta su reciente fallecimiento y que eso era todo. Entonces Stoker añadió alegremente, justo cuando yo estaba empezando a pensarlo, que el apellido de soltera de Georgina era Herrold. Tras enterarse de la muerte y la cremación de su padre, a quien hacía mucho tiempo que no veía, había ido a ver a Stoker para conocer más detalles; la conversación se había convertido en una entrevista —que nuestra llegada había interrumpido— y, como consideraba que estaba bien cualificada, Stoker la había contratado de inmediato. Sus dientes destellaron entre la barba.

—Qué pequeño es el campus, ¿verdad?

—¡Anda, suspendida pícara! —le dijo Greene a Georgina, que tras haberse pintado tranquilamente los labios estaba metiendo su bolso en el cajón de un escritorio. Pero su tono ahora expresaba tanto asombro como enfado. Stoker sugirió, divertido, que tal vez el señor Herrold hubiera tenido dos hijas, si es que era el mismo hombre al que Greene llamaba el viejo negro de George. Yo no sabía qué pensar: la compostura de aquella mujer parecía más intencionada que natural, y o bien ignoraba cuál era el verdadero trabajo de G. Herrold, o bien exageraba voluntariamente su importancia; por otra parte, yo no me fiaba demasiado de la agudeza visual de Peter Greene, aunque su indignación resultaba convincente. En cualquier caso, la identidad de ella no me importaba mucho, pese a todo lo que lamentaba la pérdida de mi compañero; le expliqué a Stoker el motivo de mi visita, cosa que él ya suponía, y él propuso, guiñando un ojo, que Georgina y Peter Greene aclararan sus diferencias tomando un café en el despacho interior mientras él me acompañaba abajo a ver a Max. Ambos se mostraron reacios, pero Stoker insistió; él mismo les serviría el café, o quizá algo más fuerte, si así lo deseaban; el guardia que esperaba en el pasillo podía llevarme a la Sala de Visitas tan bien como él.

—Maxie está tan pesado con lo de «los elegidos» que me pone enfermo oírlo, de todas maneras —dijo—. Ese viejo loco está deseando que lo castigemos.

Llamó al guardia del pasillo y le dio instrucciones, pellizcando a Georgina cuando pasó por detrás de ella. Ella frunció los labios. Peter Greene trató de disimular una risita. Yo salí con el guardia, no sin antes darle mis condolencias a la joven por su dolor, y Stoker cerró la puerta tras nosotros.

Pasamos junto a un balcón que daba al patio destinado a hacer ejercicio, donde los holgazanes y los alumnos mediocres parecían estar jugando al pilla-pilla o a algún otro juego de persecución vigilados por los guardias; después entramos en una pequeña habitación vacía dividida por unos paneles de acero en tres secciones paralelas: en la primera había una fila de taburetes, en uno de los cuales me senté; entonces el guardia entró en la del medio para cerciorarse de que me limitaba a conversar con Max, que pasó a la tercera escoltado por otro guardia. Al verlo, se me escapó un débil balido de lástima: siempre había sido flaco, pero de un día para otro había perdido mucho peso, y vestido con el atuendo de detenido, que para colmo no era de su talla, parecía sumamente frágil. Sin embargo, su rostro, que tanta preocupación había expresado durante todo el día anterior, estaba tranquilo, incluso sereno. Ignoró mis preguntas sobre su estado y me elogió por haber pasado con éxito el Torniquete y la Rejilla de los Chivos. Su tono de voz revelaba más cortesía que verdadero interés; me preguntó qué asignaturas había elegido, como uno le puede preguntar a cualquier conocido, y cuando le expliqué cómo había sido mi encuentro con Bray en la Salida de la Rejilla y le hablé de los perturbadores que me parecían mis deberes, su único comentario fue que quizá la cadena de mi reloj hubiera provocado un cortocircuito en la Impresora de Deberes del ORDACO. O quizá no.

—¡Parece que no te importa! —grité. Antes, se habría encogido de hombros, o me habría regañado, pero me dijo con mucha serenidad:

—Mi niño, acuérdate de quién soy y de por qué estoy aquí.

—¡Tú no has hecho nada! —le dije—. ¡Estás aquí porque Stoker o algún otro va a por ti!

Max negó con la cabeza. Stoker era, sin duda, un hombre suspendido, dijo, y una influencia suspendida sobre todos los que lo rodeaban, incluido yo; pero eso era algo necesario, ya que, al igual que el legendario burro, revelaba a quienes tuvieran ojos para ver las limitaciones de sus propias mentes y de sus corazones, lo cual era una lección fatal pero inestimable.

—¡Tú no mataste a Herman Hermann!

Pero él asintió.

—*Ja*, George, lo maté. Esa noche, en el bosque cerca de la Colina del Fundador. La moto que encontró Crroadorr era la suya.

—¡Tú no has podido matar a nadie! —insistí—. ¡Eres demasiado aprobado!

Pero, igual que el boletín informativo, Max afirmó que no era aprobado y que nunca lo había sido hasta hacía unas pocas horas. Era cierto que se había considerado un hombre caritativo y amante de la estudiantía, a cuyo bienestar había dedicado ostensiblemente todo su trabajo: así, había inventado la máquina de COMER para proteger a los hombres de ser comidos; me había cuidado y educado como una cabra para que no sucumbiera a las flaquezas humanas; había rechazado a los Grandes Maestros en favor de los maestros de escuela comunes y corrientes, con la creencia de que la educación podía sacar a los hombres de su miseria y proporcionarles una

vida mejor en el campus. Y se había sentido orgulloso de ser miembro de la clase menos inclinada, en su opinión, a sentir odio, por ser la más odiada.

—¡Todo eso es cierto! —protesté—. ¡Tú odias el odio! ¡Tú amas el amor!

—Yo solía pensarr —continuó Max en voz baja, como si estuviera dictando una confesión—, que si la Ggraduación tenía algún sentido, tendrría el sentido de aliviarr el sufrimiento humano. Perro no es así. El sufrimiento es la Ggraduación.

—¡Has estado hablando con Bray! —lo acusé—. ¿Por qué no le dijiste que se fuera?

—Los moisianos tienen una palabrra parra los que maltratan a los Ggrandes Maestros —contestó él—. Ése es uno de los motivos porr los que quiero que me castiguen.

Prosiguió explicando, más triste y sereno que nunca, que a pesar de que en otro tiempo había creído en el rechazo de los Grandes Maestros en función de si eran «auténticos» o «falsos», ahora le parecía que lo cuestionable que pudiera ser la autenticidad de Bray, por ejemplo, apenas tenía relevancia: lo importante era poder ver lo abismalmente suspendido que era uno mismo. Desde que había conversado con Harold Bray, había empezado a ver con claridad que nada de lo que había hecho en la vida era del todo aprobado: al odiar el odio, de cuya pasión ningún hombre estaba libre, había odiado por fuerza a toda la estudiantía, pensando que la amaba. Por eso invirtió tanto trabajo en el ORDACO, por eso la subsiguiente amaterasufagia...

—¡Defensa propia! —lo interrumpí—. ¡Eso fue en defensa propia!

Pero uno no puede defenderse causando sufrimiento a los demás, respondió Max. Y hacer de padre adoptivo conmigo, algo tan aparentemente encomiable... ¿Acaso no era para vengarse de Virginia R. Héctor —no, de la estudiantía en general— que me había criado como una cabra? ¿No era para vengarse de New Tammany que al final había alentado mis delirios granmaestriales? Como Bray le había confirmado estas suspendidas posibilidades y había certificado que sólo podría expiarlas por medio del sufrimiento, tenía que creer que, al fin y al cabo, Bray era quien afirmaba ser (oír el tono de respeto con que pronunciaba su nombre era como recibir una puñalada en el corazón); el hecho de que Max me hubiera animado a mí, un niño abandonado como cualquier otro, sólo podía ser un ejemplo más de su perverso moisianismo...

—¡Cállate ya! —le dije—. ¡Esto es odioso!

—Entonces, ódiame —dijo él, encogiéndose de hombros—. ¡Es lo que me merrezco!

Stoker sonrió a través de un pequeño panel cuadrado situado en uno de los extremos del espacio central.

—Éramos demasiados ahí arriba —dijo como si nos estuviera haciendo una confidencia—. ¿Puedo sentarme? Maxie me deja siempre hecho polvo.

Yo estaba demasiado dolido y perplejo por las declaraciones de mi antiguo consejero como para prestarle atención a la intromisión de Stoker, aunque, como

siempre, su sonrisa llenara la habitación como un sonido, o un hedor, o un cambio de temperatura.

—¡Odio cuando hablas así! —le grité a Max—. Eres tú el que hace que la gente te odie. ¡Es como Anastasia y la gente que se aprovecha de ella!

—Eso es lo que solía decir Herm —apuntó Stoker—. Sobre los moisianos en sus campos de exterminio.

—Bueno, odiad, odiad —nos invitó Max.

—¡Ese diploma de Bray es falso! —dije, muy enfadado.

—He odiado a los bonifacistas desde siempre —repitió Max—. Querría quemarlos en sus propios hornos, y nunca me había dado cuenta. Nosotros, los moisianos, sufrimos y sufrimos, y después maltratamos a un Gran Maestro para compensar. Quiero que en vez de eso me maltraten y me castiguen a mí.

Stoker sonrió.

—¿No te lo había dicho?

Entonces, en un asombroso ataque de desesperación, le dije a Max que no sólo su certificado, sino también su punto de vista era falso y suspendido, y que esperaba que fuera sólo consecuencia de su edad, y de la impresión por haber sido detenido sin motivos y de la perversa influencia de Stoker. Los mismos motivos por los que Bray le había firmado el certificado de candidatura, afirmé, eran de hecho lo que lo llevarían al suspenso: no era el deseo secreto de perseguir a los perseguidores de la estudiantía lo que él debía expiar, sino el orgullo que sentía por sufrir: una actitud de chivo expiatorio tan equivocada, en mi opinión, como la de Enós Enoc, e igual de jactanciosa.

—Dale, dale —me animó Stoker.

—No necesito ser un Gran Maestro para distinguir una cabra falsa de una verdadera —continué. Es la motivación lo que hace al auténtico chivo expiatorio, dije, no el hecho, y podría ser que las motivaciones de Max, a lo largo de su vida, realmente hubieran sido egoístas, pero no en el sentido en que lo estaba confesando. La *vanidad* era su error: la vanidad de ofrecerse voluntario para sufrir por las flaquezas de los demás y de creer que sus facetas suspendidas (exageradas, a mi parecer) podrían compensarse por medio de ese sufrimiento—. Dices que debería odiarte por haberme dado falsos ánimos —concluí—; ¡pero la verdad es que dices que esos ánimos fueron falsos porque quieres que te odien!

Esta acusación, que me pareció bastante perspicaz, no lo conmovió.

—Bueno, puedes añadir eso a todo lo demás.

—¡Suspendido seas! —le grité—. ¡Todavía no eres candidato, y no lo serás nunca si dejas que te castiguen y sigues con esa actitud! ¡Aprobados son los aprobados y suspendidos son los suspendidos, y eso es todo! ¡Yo soy el Gran Maestro —o lo seré, en cualquier caso—, y voy a hacer mis deberes! ¡Aprobaré todo y no suspenderé nada, y después echaré a Bray del campus!

Podría haber dicho algo más; de hecho, podría haber repasado toda la vida de mi cuidador desde mi nuevo y sorprendentemente lúcido punto de vista, para mostrarle que su concepto del amuleto de Freddie, por ejemplo, era bastante erróneo, pero él se levantó del taburete y le indicó al guardia que deseaba regresar a su celda.

—Max —le supliqué—. Necesito consejo, y quiero sacarte de aquí, y lo único en lo que piensas tú es en tu antiguo sufrimiento. ¡Eso es muy egoísta!

Durante sólo un instante, su irritante calma cedió y lo oí decir:

—*Ach*, ¡yo también lo odio!

Entonces el guardia lo llevó hasta la puerta y Stoker vino a recogerme.

—¿No te lo había dicho?

—Es cosa tuya tanto como de Bray, estoy seguro —le dije—. «¡Aprobados sean los suspendidos!». ¿Qué clase de idea es ésta?

Negó con la cabeza mostrando comprensión.

—Vaya frasecita, ¿eh? Tú y yo, George, somos los únicos que nos damos cuenta de que Bray es un impostor. ¡Incluso a *mí* me ha hecho un certificado! —Sacó entonces del bolsillo de su chaqueta la inevitable piel de oveja en la que, sobre la firma de Bray, como siempre, había una cita del Pergamino del Fundador, que en este caso era «Ciertamente quien clame contra Mí acabará arrojándose, furioso, a Mis pies, mientras que el que asiente en calma Me contemplará puesto en pie, a una respetuosa distancia. Piénsalo, si quieres aprobar»—. ¿Ésta no es la mejor de todas?

Yo me di la vuelta.

—Tú no eres candidato.

Stoker se rio y me guió hacia el ascensor.

—¡Claro que no! ¡Soy el suspendido más suspendido del campus! Entonces Bray es un farsante, ¿verdad? ¿O si no, qué? —Me dio una palmada en la espalda—. «Sólo los suspendidos son realmente aprobados, ¿no? ¡Y los aprobados están todos suspendidos!».

Comenté gravemente, mientras ascendíamos, que ser aprobado por un fingidor tan cínico como Bray, desde luego, era suspender casi seguro; e, incómodo por estar tan de acuerdo con Stoker, añadí que él se arriesgaba a suspender, además de hacer que otra gente también lo hiciera.

—Ya he visto cuánto te gusta que la gente te llame el Decano de los Suspendidos. Estoy seguro de que esperas que realmente haya un Fundador y que Él te apruebe por instar a tanta gente a estar en desacuerdo contigo. Quieres aprobar actuando de un modo tan suspendido que hace que otros aprueben.

—¡Vamos, hombre! —se burló—. Estás tan colgado como Max.

Subimos y bajamos unas cuantas veces, ya que a Stoker le gustaba apretar los botones del ascensor y hacer que las puertas automáticas se cerraran delante de las narices de sus empleados. Yo seguí desafiándolo, sobre todo por el excesivo malestar que me había causado ver el estado en que se encontraba Max: lo que él esperaba, lo acusé, era que el suspenso, si era elegido de forma voluntaria, fuera equivalente al

aprobado, del mismo modo que la elección meditada de una negativa podía considerarse como una afirmación. Pero en la universidad humana sólo existía el suspenso, por lo que yo había visto, y así seguiría siendo hasta que yo consiguiera de alguna manera terminar mis deberes y traer orden y Respuestas al campus.

—¡Ya hay orden! —se burló Stoker—. ¡En todas partes menos en la cabeza de mi hermano! —Su argumento (cuyo único objeto era provocarme, o al menos ésa fue la impresión que me dio) parecía ser que la oposición y la tensión entre los extremos — el Campus del Este y el Occidental, el aprobado y el suspenso— era, en sí misma, una especie de armonía, y que los moderados como el rector Rexford, que se consideraban realistas, en el fondo vivían engañados—. No es que Lucky sea lo que pretende ser —añadió, haciéndome un guiño—. ¡Si me dejara acercarme a él, te mostraría su lado salvaje! —Pero el razonamiento de Stoker no era más ordenado que el resto de su personalidad: tras afirmar, en efecto, que el desorden era el único verdadero orden, y la contradicción, la única armonía, prosiguió sosteniendo, siempre con una sonrisa en los labios, que, en realidad, el carácter supuestamente aprobado de gente como su «hermano», su esposa y mi consejero, si era cierto, era falso, en tanto en cuanto no sólo proporcionaban sentido y realidad al carácter suspendido de gente como él, por ejemplo, sino que lo inducían, como yo mismo había admitido. La sumisión de Anastasia era un vacío en el que el aire de sus maltratos no tenía más remedio que entrar; y en tanto en cuanto aquello que causa lo suspenso es suspendido, ser aprobado, como todo el mundo coincidía en que era ella, tenía que suponer que ella era suspendida.

—Eso es una tontería —dije yo—. Lo que en realidad esperas es justo lo contrario. Esperas que tu carácter suspendido aprobará porque le da a Anastasia la oportunidad de aprobar. Dices que el rector Rexford es tu hermano para que nadie crea que lo es.

—¡Exacto! —gritó Stoker, encantado—. ¡Así que lo suspendido es aprobado y lo aprobado es suspendido! Brindemos por ello antes de ir a espiar un poco a Greene y Georgina.

Entonces decidí cambiar de estrategia argumentativa (sin estar muy seguro de si mi razonamiento seguía siendo inteligible, y más con la esperanza de incomodar a mi adversario que de contribuir a que alguno de los dos aprendiera algo): negándome a mirar por la cerradura de la puerta de la oficina exterior, de la cual provenían unos ruidos amortiguados, afirmé que la primera verdad de la vida en el campus debía ser la distinción clara entre aprobar y suspender; lo primero era siempre y sólo aprobado, y lo segundo, suspendido.

—Lo que pasa contigo en realidad es que no eres el Decano de los Suspendidos —dije—. Actúas como tal porque tienes una opinión tan alta de la Graduación que tienes miedo de no poder dar la talla.

—¡Ja!

Pero creo que lo había tocado, como en la reunión, y gracias a las enseñanzas de Max sobre manipulación lógica, pude apuntalar mi posición, completamente improvisada. El *auténtico* motivo por el que Stoker era suspendido, le dije (mientras él estaba agachado ante la cerradura, haciendo como si no me oyera), era su equiparación entre aprobar y suspender; pero incluso según su propio razonamiento paradójico, él no era «realmente» suspendido, y por lo tanto era realmente suspendido. Lo que quería decir yo con esto era que si realmente él creía que el carácter razonable y tranquilo de Rexford o la sumisa aceptación del maltrato de Anastasia eran suspendidos —debido a que eran aprobados o a cualquier otra razón—, y también que él podría, en cierto modo, aprobar precisamente por su carácter suspendido, entonces debería tratar de comportarse de una manera diametralmente opuesta a como solía hacerlo: negar que Lucky Rexford era su hermano pero emular la ordenada normalidad que consideraba un peligroso engaño; ser un marido atento y cariñoso con Anastasia, e incluso sumiso; abandonar sus juergas y orgías, y todas sus locas fechorías; en resumen, darle la vuelta a su personalidad y suspender según sus propios trastocados criterios en lugar de hacerlo según los criterios corrientes. Era una idea provocadora surgida de mi angustia y mi mal humor, y llena de errores; sin embargo, al darle voz, sentí una vez más que la vida de Stoker tenía cierto sentido, aunque me parecía turbio y no era capaz de asimilar: sospeché oscuramente que por muy suspendidos que fueran su modo de tratar a Anastasia y su rechazo de todo lo aprobado, había otro modo de verlos.

Georgina salió al pasillo a toda prisa, desconcertando a su nuevo empleador, y se ocultó tras él, muy ofendida. Tras ella vino Peter Greene, pero se detuvo de repente y se sonrojó al vernos.

—Por el amor del Fundador, déjala en paz —le dije, muy airado, como si fuera yo el cuarentón y él el veinteañero. Y él respondió de un modo muy apropiado:

—Caramba, sólo estaba jugando a que le iba a dar unos azotes si no confesaba quién es.

—Declaro —dijo Georgina, no muy enfadada— que soy hija de alguien.

Impaciente y malhumorado, le recomendé a Greene que dejara esa clase de juegos para Stoker —si es que Stoker todavía tenía interés en jugarlos— y le pedí que me llevara de vuelta al Gran Centro Comercial, pues tenía trabajo que hacer: además de ocuparme de mis deberes, quería aceptar aquel mismo día, si era posible, la invitación del rector a comentar con él el caso de Max; y también tenía que aclarar algunas cosas con Anastasia cuando mi tercera tarea me llevara al hospital, si es que lo hacía. Lo cierto era que, aunque no quise comentar nada de ello delante de Stoker, sentía una necesidad urgente de mostrarles a todos los que hubieran recibido un certificado de Bray la invalidez de su certificación, para evitar que hicieran como los pacientes que, tras recibir recetas falsas, dan la espalda a la medicina honrada. Y quería comenzar con el propio Greene, cuyo caso me parecía bastante grave. Como si quisiera ilustrar mi símil, mientras aceptaba ansiosamente llevarme a cualquier parte

si eso significaba que podría encontrarse con Anastasia, se explotó un grano que tenía en la barbilla y después se quejó de que la pomada que Stoker le había prestado la noche anterior había hecho que su acné empeorara en vez de mejorar.

—¿De verdad? —dijo Stoker—. Pues funciona muy bien para quitarle la costra a nuestras calderas.

Escuché cierta perplejidad en su burla, y tuve la esperanza de que las palabras sarcásticas que le había dedicado, si estaban dando en alguna diana insospechada, tuvieran más sentido del que yo mismo podía hallar en ellas. Entró de nuevo con Georgina sin guiñarnos el ojo ni darle un pellizco, y aunque respondió con un pedo a mi petición final de que trataran bien a Max, me pareció muy revelador que no prometiera lo contrario.

—¡No me puedo creer que ésa no sea la hija del viejo negro de George! —exclamó Greene, maravillado, mientras cruzábamos el patio de piedra—. ¡No puede haber dos chicas con esa arrogancia en toda la sección de recogida de algodón! —Me dio un codazo en el costado—. Mira que está buena, de todas maneras. ¡Y cómo coquetea!

2. HACIA EL RELOJ

—No estoy nada de acuerdo —dije yo—. Perdona, pero a veces me extraña su forma de ver las cosas.

—Es que tú no *crees* en ella, ¿verdad? —A petición mía, renunció a recortar el tubo de escape, de modo que pudimos hablar durante el camino de regreso al Gran Centro Comercial. Le contesté que el tema de si Georgina era la hija del viejo negro de George no era tan relevante, en mi opinión, como el de la valoración que él había hecho de ella, que me parecía completamente injustificable—. Una zorra, eso es lo que es —insistió—. Va por ahí provocando.

—No es dulce y discreta como su esposa, supongo.

—¡Preferiría besar a un cerdo!

—Y no es tan pura como Anastasia.

Greene cerró los ojos y me pidió por favor que no mencionara en la misma conversación a putas morenas y a vírgenes aprobadas.

—Y ya que hablamos de ella, no te olvides de lo que me prometiste, lo de la madre de Stacey; yo veré si puedo untar al fiscal que se ocupe del doctor Spielman.

—¡Por favor! —grité yo—. Mire, la verdad... —Lo hizo, sonriente y bizqueando, y a punto estuvimos de estrellarnos contra un castaño de indias—. ¡No, no! ¡Mire por dónde va!

Volvió a concentrarse en la carretera justo a tiempo para ver por un instante una señal que nos dirigía a la izquierda; él no la vio bien y, convencido de que indicaba a la derecha, giró hacia este lado. Cuando yo insistí en que decía a la izquierda, me recordó que Stoker era muy hábil alterando las señales de tráfico, y que en cualquier caso, la velocidad y la potencia de la motocicleta compensarían cualquier equivocación. Apretó el acelerador para mostrar lo que quería decir y gritó «Yuju» mientras pasábamos por un cruce bastante transitado. Le dije con aspereza que dejara de comportarse como un niño.

—El doctor Bray dice que hay que ser como los críos de preescolar si se quiere aprobar —me contestó haciendo un mohín pero reduciendo la velocidad a la mitad, lo cual me supuso un gran alivio. Le indiqué que el consejo de Enós Enoc había sido *convertirse* en un niño de preescolar, no seguir siéndolo siempre, y que Bray, en cualquier caso, se equivocaba al darle un certificado basándose en eso—. Lo único que pasa es que tienes envidia —me provocó Greene.

—Eso no importa —dije yo—. Lo que tienen de aprobado los niños de preescolar no es su infantilismo. Ni tampoco su ignorancia.

Entonces se puso testarudo, aunque sin perder la alegría.

—Di que soy un sencillo chico de campo todo lo que quieras, pero hay un par de cosas de las que estoy seguro. Prefiero ser yo que un tipo culto y de ciudad como el doctor Sear.

Le dije que estaba de acuerdo en que Enós Enoc podría haber tenido en la cabeza una cierta clase de sencillez inocente que nadie diría que compartía el doctor Sear.

—Pero usted tampoco es sencillo ni inocente, me parece a mí. Sólo le gusta verse así.

—Supongo que estoy bien —masculló él—. Y qué carajo, además.

—Puede que lo esté —afirmé— si abre los ojos un poco. Discúlpeme por criticarlo de este modo, pero odio ver que todos se creen lo que les dice Bray.

—Ésta es una facultad libre, George. Di lo que quieras —dijo, y entonces se puso triste en serio, y tan rojo como sus granos—. Estoy acostumbrado a que se metan conmigo por mi aspecto. Lo hace Sally Ann, lo hacen todos.

Sin embargo, su actitud daba a entender que tenía curiosidad por ver qué quería decirle yo, incluso que estaba deseándolo, aunque le causara cierta ansiedad.

—Dígame una cosa, sinceramente —le dije yo—; usted solía cubrir a la hija del viejo negro de George, ¿no?

Él soltó un gruñido.

—¡Eso no se puede decir! ¡Imagínate! ¡Caramba, qué mujer tan arrogante! ¡Me dijo que se lo diría a Sally Ann si yo lo contaba!

—¿Que le diría qué?

—Que yo había estado con ella en el bosque. —Me miró fijamente con su único ojo—. ¡No se puede decir!

—Pero usted la cubrió, ¿verdad? Y la dejó preñada, ¿no?

—¡Eso no importa! —exclamó, pegando un puñetazo sobre el manillar—. Es una cuestión moral. También pudo haber sido uno de esos pieles rojas.

—¿Los que usted dejaba que la cubrieran para que no le arrancaran la cabellera?

Él negó con la cabeza.

—Tardé poco en enseñarles una lección: *¡El único piel roja bueno es el piel roja muerto!* ¿Quién crees que puso en marcha la Reserva Forestal de New Tammany?

—Y echó a los pieles rojas...

—¡Sí!

—Y taló los árboles, y echó a perder los ríos...

—¡Di lo que quieras! ¡Di lo que quieras!

Eso fue lo que hice, durante todo el camino hasta el Gran Centro Comercial, pero en un tono más cordial. Primero, para que no estuviera tan a la defensiva, le aseguré que, a diferencia de su esposa y algunos otros que lo criticaban, yo no lo consideraba un suspendido irremediable, sino que más bien admiraba las muestras que había visto de su magnanimidad, su industriiosidad, su eficiencia y su ingenio.

—Es sólo el conocimiento técnico de la vieja New Tammany —afirmó y, como yo había esperado, al recibir tantos elogios comenzó a hablar mal de sí mismo: en efecto, se había portado mal con el viejo negro de George y con la hija del viejo negro de George, sobre todo hacía muchos cursos, y todavía tenía que resarcirla; en efecto, había devastado la naturaleza, había explotado a sus empleados, se había

burlado de los hombres instruidos y los profesionales liberales, había sido grosero con los estudiantes de intercambio, había hecho novillos, había sobornado a legisladores y guardias de tráfico, había cubierto a su secretaria particular (quien, sin embargo, era tan coqueta y suspendida como la hija del viejo negro de George), se había suscrito a revistas indecentes, había ganado una fortuna durante la Segunda Revuelta Intercampus y había mentido en su declaración de la renta; y aunque recientemente había hecho cierto esfuerzo para redimirse por aquel miserable pasado, había reemplazado sus antiguas flaquezas por flaquezas nuevas: vendía productos en paquetes diseñados para engañar y confundir además de para contener, y objetos de plástico concebidos para que se rompieran en cuanto expirara su garantía; pasaba demasiado tiempo mirando telerama, de cuya escasa calidad era responsable en gran medida su Departamento de Investigación Promocional; y era él (es decir, su personal) quien había inventado los sellos de calidad con los cuales los departamentos rivales ahora atraían a los estudiantes para que siguieran sus planes de estudios. Pero de todas las flaquezas de las que debía responder —y se atrevía a decir que no había ni un sólo artículo en el Juramento Juvenil Enoquista que no hubiera incumplido—, ninguna le parecía tan vil como la profanación de sus votos matrimoniales en los cálidos brazos de color chocolate de la hija del viejo negro de George. Además, había escupido en la bandera de la Facultad de New Tammany, había sido un sindicalista estudiantil afundadorista y había faltado al respeto a su aprobada madre, como el decano Zambo, el inmigrante de la obra esa; por último, había ensuciado la pureza con su impureza, pero eso no se podía decir.

—Eso es lo único que me separa de la señorita Anastasia, el único obstáculo para que nos casemos —concluyó.

Yo estaba atónito.

—¿Quiere decir que ella dijo que dejaría que usted la cubriera si no fuera porque así engañaba a su esposa? ¿O qué?

—¡Ten cuidado con lo que dices! —exclamó, muy enfadado. Lo que quería decir, descubrí, no tenía nada que ver con su esposa (cuya existencia, como la de Stoker, parecía incapaz de recordar cuando se mencionaba el nombre de su amada): simplemente se sentía tan indigno de los prístinos favores de Anastasia, por tener tan manchada la conciencia, que no podía decidirse a hablar con ella, y mucho menos a hacerle la propuesta que ansiaba hacerle.

No pude contener un balido risueño.

—Ríete todo lo que quieras, caramba —dijo—. Cuando un hombre se rebaja a estar con gente como la hija del viejo negro de George, se desinfla al encontrarse ante buenas chicas como mi nena Ann o la señorita Anastasia.

Supuse que había tenido un desliz; sin embargo, resultó que había usado uno de los nombres con que solía referirse, cariñosamente y en confianza, a la señora Greene. ¡Qué cosa tan improbable! Pero esos recuerdos del tiempo del alforfón hicieron que me mareara un poco. Sentí dolorosamente la tentación de preguntar por

los gustos poéticos de la señora Greene; a juzgar por la opinión que tenía Greene sobre cierta gente que yo también conocía, y por mis recuerdos de lo que nos había contado en la Posada del Pedal, empecé a preguntarme si la señorita Sally Greene sería de verdad tan inocente como su marido nos había dicho. Pero no tenía ninguna prueba concluyente, y me pareció más discreto, en cualquier caso, llevarlo de un modo indirecto hacia esa idea. ¿Por dónde empezar?

—¿Usted cree que Max es inocente o culpable? —le pregunté.

Lo pensó durante un momento —en absoluto sorprendido por el cambio de tema — y después contestó:

—Tienes que tener fe.

—¿Y Maurice Stoker? ¿Piensa que es tan suspendido como dicen por ahí?

—Bueno —dijo juiciosamente—, ya sabes como es la gente, siempre suponiendo lo peor. Yo nunca he conocido a un hombre que no me gustara. ¿Y tú?

Nos estábamos acercando a la Sala de la Torre, donde yo tenía que enfrentarme a mi primera tarea.

—Eso no se puede decir —me burlé.

—¿Cómo? ¿Por qué no se puede decir?

Entonces lo cogí de la manga, sonriendo pese a lo exasperado que estaba (habíamos aparcado en un solar delante de la gran sala), y le supliqué que me escuchara durante un cuarto de hora sin interrumpirme, como a un futuro Gran Maestro que no tuviera más motivaciones que proporcionarle bienestar y quizá un auténtico certificado de candidato.

Él parpadeó y negó con la cabeza.

—Di lo que quieras. Me doy cuenta al mirarte de que no eres un sabio.

Sin suavizar ni obviar ningún punto, le conté entonces lo que sabía de Anastasia, su marido y otros conocidos comunes; expuse tanto la información que tenía de primera mano como la que había obtenido de oídas. Le conté lo de las impresionantes azotainas, lo de los chicos que iban a verla a la casa de su tío Ira, lo de la violación en el Desfiladero de George y lo del funeral. Le repetí lo que sospechaba Stoker, que yo tampoco rechazaba del todo: que Anastasia, como Max, tenía un talento especial para colocarse en la posición de víctima, y que incluso era probable que eso la hiciera sentirse bien. También le repetí lo que yo había presenciado y oído en relación con las diversiones y las abominaciones de Stoker: su malicia generalizada y el placer que sentía al subvertir todo orden y al permitirse todos los impulsos suspendidos que pudieran ocurrírsele a una mente estudiantil. Le hablé de las costumbres del doctor Sear y el doctor Eierkopf, de lo que había visto en la pradera de alforfón y lo que había hecho allí con el difunto y querido G. Herrold y de cómo había mordido a Anastasia en el sidecar y la había visto hacerle tiqui tiqui al falso Gran Maestro. Después me extendí sobre las diversas flaquezas de la Facultad de New Tammany, pasadas y presentes, tal como me las había revelado Max y yo había confirmado parcialmente por medio de mis lecturas y observaciones: su opresión de los

frumencianos, su informacionalismo salvaje, su impactante nivel de despilfarro, su saqueo de los recursos naturales y su destrucción de las bellezas naturales, su hostilidad hacia la cultura y el refinamiento, su apoteosis de los percentiles más bajos, su vulgaridad, su inflada autoestima, su santurronería, su autoengaño, su sentimentalismo, su hipocresía, su artificialidad, su estupidez, su ingenuo optimismo, su concupiscencia, su avaricia, sus contradicciones, su ignorancia, su fatuidad generalizada...

—¡Eso no se puede decir! —gritó Greene sin poder evitarlo; pero su rostro había pasado del carmesí al blanco.

—Lo cual no significa que las demás facultades no tengan flaquezas —afirmé—. Ni que la Facultad de New Tammany no tenga también sus aspectos aprobados. —Lo que importaba, le expliqué, era no confundir lo aprobado con lo suspendido y no dejar de ver los defectos cuando algo los tenía. Estaba muy bien darle a alguien un certificado de candidato debido a su inocencia, que sin duda era lo opuesto aprobado de la culpabilidad; yo también estaría dispuesto a firmar una certificación tal; pero sólo si la inocencia era realmente inocente, si estaba desprovista de culpa pero también de ignorancia—. Si yo fuera su consejero, señor Greene...

—¡Caramba! —dijo despectivamente.

—Mi consejo sería que se consiguiera un par de gafas de alta resolución como las que me dio el doctor Eierkopf para poder ver bien las diferencias que hay entre las cosas. Y un espejo como el del doctor Sear, para poder verse mejor a usted mismo.

Se explotó con tristeza un grano.

—Me incomodan los espejos.

—Entonces, que el doctor Sear sea su espejo —propuse—. Si hay alguien que ve el otro lado de las cosas, ése es el doctor Sear.

Greene objetó que su relación con el doctor Sear había sido muy poco fructífera, y yo le contesté que en esta ocasión el objetivo no sería hacer una terapia, sino volverse más sofisticado, y que nadie estaba a la altura del doctor Sear en cuanto a conocimiento del campus, según era fama. Le repetí el comentario que había hecho el doctor Sear en el anfiteatro: que en la Graduación estaba indiscutiblemente implicada la mirada, pero que no tenía nada que ver con las ilusiones, de las que debíamos librarnos por completo.

Greene se tomó una pastilla de vitaminas y se rascó la cabeza.

—No estoy seguro.

—Entonces, tiene que averiguarlo —dije, y lo animé a que fuera a ver al doctor de inmediato, ya que yo, por el momento, no necesitaría que me llevara a ningún sitio: cuando hubiera arreglado el reloj, pensaba ir a visitar al rector Rexford, justo al otro lado del Centro Comercial, para ver qué podía hacerse con la Disputa de la Frontera; después era muy probable que pasara por el Hospital para ver cómo interpretaba el doctor Sear mi tercera y mi cuarta tareas, que yo no comprendía con claridad; podía encontrarme con Greene allí, si quería seguir ayudándome.

—Eh, ahí es donde trabaja la señorita Stacey, ¿no?

Afirmé, con un suspiro, que la señora Stoker ciertamente era la principal ayudante del doctor Sear, y me pregunté si su presencia —que yo me había olvidado de tener en cuenta— impediría o aseguraría el éxito del pequeño proyecto que había pergeñado para él. Por el momento, Greene estaba muy entusiasmado: prometió pegarse al doctor Sear noche y día y memorizar para siempre todo lo que éste dijera.

—Le diré que voy de tu parte —me dijo—. O mejor todavía, escíbeme una nota de presentación, como si fuera alumno tuyo, algo así.

Le encantó la idea, como si de verdad fuera un niño que recibe un permiso especial para salir del aula; todo ello no contribuyó a que aumentara mi esperanza, ya de por sí escasa, en que los resultados fueran buenos, pero le pedí que me prestara su bolígrafo y garabateé una explicación para el doctor Sear en el único papel que había disponible, la parte de atrás de su espurio diploma. Al ver de nuevo la inscripción de Bray, «Aprobados sean los alumnos de preescolar», no pude resistir el deseo de corregirla, añadiendo «para que pasen a primero de primaria».

—¿Estás seguro de que no quieres contar con el conocimiento técnico de la vieja New Tammany ahí arriba, en el Reloj de la Torre?

Pero aunque insistió alegremente en que nada le gustaría más que «desmontarlo para ver cómo funciona», se notaba mucho que estaba impaciente por marcharse. Decliné la oferta. Entonces el motor rugió y él gritó «Yuju», y se alejó levantando una lluvia de gravilla. Saludó a un cartero a quien obviamente tomó por un profesor-general y giró en una esquina donde había una señal que decía CALLE PEATONAL, la cual se vació con rapidez ante su poderosa máquina.

Le mostré mi carné de identidad a un empleado que había en el vestíbulo de mármol de la Sala de la Torre y a otro que se encontraba junto a un ascensor donde ponía CAMPANARIO, al que el primero me había indicado que me dirigiera. Este último, como el hombre de las gafas de carey de la conferencia orientativa, consultó un portapapeles y descubrió (para sorpresa de ambos) que gracias al ORDACO y al rector Rexford, yo estaba entre las personas autorizadas a subir hasta el mecanismo del reloj; la lista de nombres no era muy larga.

—¿Por qué no todos pueden subir ahí? —le pregunté. Él frunció el ceño, sonrió con cautela y me dijo que apretara el botón de SUBIDA cuando estuviera listo; el ascensor no se detenía entre el vestíbulo y el Campanario. Yo me encogí de hombros y apreté el botón. La ascensión era larga, o el ascensor lento; se me taparon los oídos, se me destaparon y volvieron a tapar, y después las puertas del ascensor se abrieron ante una escena formidable. El suelo y las paredes del Campanario estaban hechos de cemento, manchados de grasa y llenos de inscripciones con los nombres de los visitantes y mensajes curiosos; los muros laterales llegaban a la altura del pecho y se abrían ahí, permitiendo disfrutar de una perspectiva espléndida sobre el Gran Centro Comercial, en la que, sin embargo, era difícil concentrarse, ya que lo que llamaba la

atención de la vista, el oído y el olfato era la enorme maquinaria del reloj que ocupaba prácticamente todo el espacio. Parecía, en esencia, un engranaje de ruedas dentadas de todos los tamaños, desde unas de latón brillante pequeñas como platillos para tazas de café hasta unas de hierro fundido, inmensas y llenas de grasa, aparentemente inmóviles, de las cuales las más altas pasaban por una hendidura que había en el suelo. Sus ejes hacían girar a unos cilindros de cable de acero que desaparecían en el techo y en el suelo, o quizá fueran girados por éstos. Por encima de todo colgaban unas campanas gigantescas, la menor de las cuales tenía el tamaño de un abrevadero; sus badajos se encajaban en ellas desde el exterior e iban conectados por medio de unas barras a diversas partes del mecanismo. Todo repiqueteaba, chasqueaba, chirriaba y zumbaba a la vez; los balancines y las ruedas de escape subían y bajaban, los reguladores giraban, los paneles de circuitos hacían ruidos sordos y metálicos, las ruedas medianas giraban sin prisa y las más pequeñas daban vueltas tan rápido que sólo se veía un brillo borroso. El lugar olía a aceite y hierro a pesar de la brisa fresca que soplaba a esa altura.

—*Halte dich dazu!* —gritó el doctor Eierkopf mientras las puertas se abrían. No lo vi al instante (estaba subido sobre los hombros de Croador cerca de una mesa de trabajo situada a mi izquierda), pero reconocí su acento suave y pude traducir el tono de su orden, aunque no sus palabras. El espectáculo, de todos modos, me hizo detenerme durante el segundo que tardé en darme cuenta de con qué debía tener cuidado: el eje de un gran péndulo, fijado cerca del techo, oscilaba en silencio por una ranura que había en el suelo a medio metro del ascensor; se acercó a gran velocidad mientras hablaba Eierkopf, se quedó un instante colgando pesadamente y se alejó de nuevo a gran velocidad.

»Bueno: *der Ziegenbübe*. —Eierkopf me observó a través de sus gafas; Croador sonrió y soltó un gruñido—. Pisa porr aquí. Mirra bien. —Mientras yo me aproximaba a ellos entre la pared y la ranura del péndulo, el doctor Eierkopf le ordenó a Croador que lo dejara en un taburete alto. Tras hacerlo, el gran frumenciano pegó unos cuantos saltos, se levantó la camiseta (iba vestido como de costumbre, con el chándal gris de algodón que suelen llevar los atletas de secundaria con las siglas FNT impresas sobre el pecho y sobre los hombros) y se señaló alegremente el estómago, donde, debajo del ombligo, vi una lívida marca de cicatrices que parecían recientes.

»Quierre que lo felicites porr su certificado —se burló el doctor Eierkopf—. ¿Quierras prruebas de que el doctorr Brray es un impostorr? Ahí tienes.

Bray, por lo visto, se había ido del Campanario hacía apenas un cuarto de hora, tras visitarlo para realizar una inspección oficial del mecanismo del reloj y, antes de dirigirse a la mansión del rector, les había hecho certificados a Croador y a Eierkopf.

—¿A los dos? —pregunté, sin poder disimular mi incredulidad.

El doctor Eierkopf dijo que a él también le parecía inimaginable que las Puertas de la Graduación, fueran lo que fueran y se hallaran donde se hallaran, fueran lo

bastante anchas como para admitir opuestos: la segunda y la tercera leyes lógicas de Entelequio negaban esa posibilidad. Que él era un candidato, si no un graduado, no necesitaba que se lo dijera ningún Gran Maestro: el lema de Escápulas «La Graduación es un estado mental» había estado colgado durante largo tiempo en las paredes del Observatorio y del Campanario; era una conclusión a la que había llegado, como Escápulas, por medio de una lógica inexorable, y se había quedado muy satisfecho al confirmarla con el ORDACO. Se lo había explicado a Bray muy educadamente por deferencia hacia la administración, en la que esperaba recuperar su antiguo alto cargo, no porque sintiera reverencia alguna hacia aquel hombre; y el autoproclamado Gran Maestro había tenido el sentido común de escribir sólo *Q. E. D.* debajo de dicho lema, convirtiéndolo en el certificado de candidato de Eierkopf.

—¿Qué otra cosa podía hacerr? —dijo el doctor Eierkopf, mostrando las encías al sonreír—. Incluso Escápulas erra un brruto comparrado connmigo. —Y era todavía más absurdo, se mofó, que Bray hiciera un certificado también para los hombros sobre los que se apoyaba la cabeza. Con un gesto de desprecio, citó la cita de Bray del Pergamino del Fundador—: «Mirad a las bestias del bosque, que nunca suspenden». Al margen de lo que hubiera querido decir Enós Enoc con ese consejo, desde luego que Él jamás le habría dado un certificado de candidato a un animal incapaz siquiera de leer su certificación. Pero Bray, que parecía estar decidido a aprobar a absolutamente todos, había traducido el certificado de candidato primero a un pictograma frumenciano (un símbolo de la matriculación y la procreación, según había dicho) y después lo había grabado en el estómago de Croador, ganándose así su confianza. Eierkopf no conocía el emblema; era dudoso que su portador comprendiera su significado, pero en cualquier caso se mostraba patéticamente orgulloso al mostrarlo, pese al malestar que tenía que haber sufrido.

No critiqué estas certificaciones, pero expresé mi acuerdo con la opinión del doctor Eierkopf sobre el que las había hecho. Las incisiones de Croador, desde luego, parecían recientes; sin embargo, no pude estar de acuerdo con el lema escapulista de Eierkopf, que colgaba sobre una mesa de trabajo llena de carpetas, lentes, piedras de amolar, calibradores, micrómetros, lámparas de intensidad y cajas de huevos.

—No veo las iniciales que ha mencionado —dije.

Dejó caer la cabeza, aparentemente divertido.

—¡Yo tampoco las veo! Salvo si mirro a trravés de este crrystal —dijo, y señaló una gruesa lente que había sobre la mesa y me explicó que a Bray —cuyo ingenio no tenía más remedio que admirar— le había parecido apropiado inscribir su certificación con unas letras de una clase y tamaño que sólo una lente eierkopfiana (un par de lentes combinadas, en realidad; una «sintética» o panorámica y la otra «analítica» o microscópica) pudiera distinguir y enfocar, y no siempre, al parecer, ya que cuando me puso el artilugio delante de los ojos, no vi nada—. Bueno —concluyó Eierkopf—, porr lo menos mi cerrificado tiene sentido, aunque no todos puedan verrlo todo el tiempo. ¡Crroadorr ve el suyo, perro nadie lo entiende!

Iba a contestarle que Croador al menos podía *sentir* el suyo, pero cuando Eierkopf hizo un gesto de desdén con la mano que sujetaba la lente, me pareció ver en su superficie las iniciales ocultas. Se las señalé, un tanto triunfalmente, quizá, y dije que ésa era una prueba más de la falsedad de Bray; pero aunque el doctor Eierkopf no pudo ver las letras Q. E. C. invertidas en el cristal (debido a alguna característica de sus gafas), esta revelación no lo perturbó en absoluto.

—El significado es el mismo —dijo—. De todas maneras, ya te he contado que no crreerré en los Ggrandes Maestros hasta que alguna vez vea un milagrrro. —Sin embargo, estaba contento por poder aclarar el detalle, un tanto enigmático, de la falta de constancia de aquella imagen, ya que estaba convencido de que, para bien o para mal, todos los fenómenos eran, en última instancia, inteligibles. En contra de lo que se podría suponer, dijo, una imagen refractada dos veces de una manera complementaria no siempre recuperaba su estado original, del mismo modo que un gato diseccionado y vuelto a montar en el laboratorio de zoología no seguía siendo el mismo gato: a veces aparecía doblemente distorsionada (como estaba, en teoría); otras veces parecía desaparecer por completo, sobre todo cuando las características de sus extraordinarias gafas y el astigmatismo que compensaban se añadían a la ecuación óptica, o cuando no había buena luz.

—Perro —dijo sonriendo— si me quitas las gafas, soy tan ciego como el decano Zambo.

Sin embargo, yo no debía inferir que debido a que todas las lentes distorsionaban («incluidas las tuyas», dijo, tal vez sin poder ver que no llevaba ninguna), nada podía verse tal como era en realidad; lo único que hacía falta era compensar los errores ópticos, y para ello él confiaba, cuando hacía su trabajo, en la lente que tenía en la mano, que sabía que era precisa.

Le pregunté cómo lo sabía. Sus ojos redondos parpadearon.

—¡Me caes bien, niño-cabrra! Crroadorr te va a prreparrarr la comida, puedes comerr porr aquí, detrrás del mecanismo del reloj.

Pero a la pregunta que le había hecho, que me pareció seria y difícil además de perspicaz, no le prestó ninguna atención, tal vez riéndose para sus adentros. La lente afirmaba que él estaba graduado, ¿verdad? Y como estaba graduado, podía afirmar que la lente era precisa.

—¡Espere un momento! —protesté—. Bray le ha hecho un certificado de candidato, pero usted no cree en él.

Movió un dedo pequeño y sin un solo pelo delante de mí.

—No voy a ratificarr al doctorr Brray, perro tampoco puedo negarrlo, porque con los Ggrandes Maestros, si es que de verrdad existen, debe passarr lo mismo que con los ggraduados: hace falta serr uno parra reconocerr a otro, ¿no?

Le dije al instante que estaba de acuerdo.

—Y un Ggran Maestro sabrrría distinguir a los ggraduados de los no ggraduados, ja? Perro no al revés. Bueno, lo mismo pasa con esta lente: sé que es correcta porque

un graduado como yo puede distinguir las lentes correctas de las incorrectas.

El caso era análogo, me explicó, al de la relación de interdependencia que había entre el ORDACO y el Reloj de la Sala de la Torre, que ya me había comentado en el Observatorio, y también se reflejaba en el problema de la exactitud del reloj, que, como todos los problemas en los que intervienen normas y principios, sólo podía ser académico.

—Tú aseguras que eres el Gran Maestro y que Bray no lo es —dijo—, pero no puedes demostrarlo, no sin un milagro. Sólo puedes saberlo, igual que yo sé que estoy graduado.

Yo tenía muchas ganas de seguir hablando de la cuestión del reloj, que era el motivo por el cual estaba allí, pero no pude evitar decirle que su postura me parecía no sólo basarse en un razonamiento circular (lo cual, desde luego, como mostraban sus analogías, podía ser un problema estrictamente lógico, no práctico), pero incoherente consigo mismo: había deducido que estaba graduado, según él mismo admitía, por medio de una operación de lógica formal, y negaba que Croador lo estuviera mediante el mismo procedimiento; y sin embargo, cuando la lógica lo ponía en un aprieto, la rechazaba tranquilamente y se ponía a intercambiar con total libertad conclusiones y premisas.

—¡No me digas, *Geissbübchen!* —dijo con indulgencia—. Entonces, por favor, instrúyeme como un Gran Maestro mientras Croador y yo hacemos nuestro trabajo. ¿Todavía no crees que estoy graduado?

Todo este tiempo, Croador había estado colgado de un brazo de una viga de acero situada junto al mecanismo del reloj, con una luz colocada en la frente y lo que parecía una piedra de afilar en la otra mano. Ante él oscilaba una rueda de escape con forma de ancla y de varios metros de altura, que servía para, a su vez, hacer que se moviera el gran péndulo, aunque quizá fuera éste el que hacía que se moviera la rueda; su muelle motor y sus uñas atrapaban y soltaban los dientes del último engranaje del tren, y el escape iba de un lado a otro de una barra de acero brillante y afilada que pasaba por un aro situado en su parte superior. Entre tic y tac, Croador afilaba hábilmente este lado de la barra con su piedra, y el otro lado entre tac y tic. Después, sin tocar la rueda de escape ni por un instante, realizaba ciertas mediciones empleando una lente fijada en la barra y le croaba el resultado al doctor Eierkopf. Sus ruidos eran incomprensibles para mí, pero el doctor Eierkopf anotaba unas cifras en su cuaderno, decía «Ja, ja» o «Bah» y volvía a concentrarse en sus propias mediciones, que parecía llevar a cabo, con gran delicadeza, en un huevo de gallina blanco colocado sobre un sofisticado artilugio con forma de nido.

—¿Puedo hablarle con franqueza, señor? —le pregunté—. Aunque le pueda parecer presuntuoso, la verdad es que tengo una sugerencia que hacerle, y después me gustaría pedirle consejo sobre cómo reparar este reloj...

El doctor Eierkopf puso los ojos en blanco tras los cristales de sus gafas.

—¿Te has vuelto loco, niño-cabrra?

Le mostré la lista con mis deberes y le dije cómo la había conseguido.

—Si dice que tengo que arreglar el reloj, entonces el reloj debe estar roto, ¿verdad? Creo que usted me dijo que el ORDACO siempre razona correctamente.

Muy preocupado, el doctor Eierkopf afirmó que el ordenador, en circunstancias normales, era incapaz de hacer un razonamiento equivocado; sin embargo, señaló también que en ausencia de ningún fallo en el mecanismo, hablar de que el Reloj de la Torre no era preciso era decir algo incomprensible, como si alguien acusara al Metro Patrón de ser demasiado corto.

—Pero usted mismo me dijo anoche que hacía falta revisar el reloj —le recordé, y añadí que mi propio reloj mostraba una hora diferente con la que, con su permiso y la ayuda de Croador, tenía la intención de hacer que la del Reloj de la Torre coincidiera.

—¡Ni me lo digas! —gritó Eierkopf—. ¡Tú no toques nada! ¡Ya bastante tengo con Croador! ¡No sabes lo torpe que es! —Volvió a examinar mi lista de deberes, esta vez a través de su lente, y de repente dio una palmada—. ¡Ya lo tengo, niño-cabrra! —Croador bajó a toda prisa de la viga, pensando que lo llamaban, y levantó al doctor Eierkopf para colocárselo sobre los hombros; el científico estaba demasiado satisfecho con su nueva idea como para protestar.

—Dice que tienes que hacerrlo *sin perrderr tiempo, ja?* Entonces: ¡el reloj no está *kaput*, no vas a perrderr tiempo en arreglarlo! Ya has terminado.

Aunque no pude refutarlo, este razonamiento me satisfizo bastante menos que al doctor Eierkopf, que lo consideró de inmediato el cumplimiento de mi tarea, una explicación de la problemática fecha de entrega de mis deberes y una vindicación de la fiabilidad «amilística» del ORDACO. A mi pregunta de por qué él estaba jugueteando con el mecanismo del reloj si a éste no le hacía falta ninguna reparación, contestó que los patrones de referencia a veces eran mejorables, aunque nunca estaban sujetos a un cuestionamiento lógico; así, por ejemplo, el Metro Patrón Universitario era en origen una diezmillonésima parte del cuadrante del campus, después fue la distancia que había, a cero grados centígrados, entre dos marcas particulares de una barra de platino e iridio que se hallaba en el Departamento Intercolegial de Patronos, y en la actualidad era un millón quinientos cincuenta y tres mil ciento sesenta y cuatro coma trece veces la longitud de onda de la radiación roja del átomo de cadmio. Del mismo modo, la exactitud del Reloj de la Torre se mejoraba cada cierto tiempo —aunque sólo en comparación con su propia exactitud anterior, nunca («... *Q. E. D.*, niño-cabrra...») en comparación con la exactitud de otros relojes—. Los trabajos actuales en ese campo, me contó Eierkopf, se centraban en la teoría del escape, y habían dado lugar a dos puntos de vista opuestos. Un grupo de investigadores (a quienes se refirió despectivamente como los «eternos ahoristas») propugnaba la abolición de toda forma de escape en beneficio de lo que ellos —o sus detractores— llamaban el «tiempo sin tictac»; el otro, liderado por el doctor Eierkopf, esperaba, con la ayuda de lentes especiales y técnicas microfresadoras, perfeccionar el borde sobre el cual pivotaba el escape actual (o la teoría, no me enteré muy bien).

—Aquí está *Tic*, *nicht wahr?* —dijo, y señaló una de las uñas del escape con forma de ancla—. Y ahí está *Tac*. Piensa que todos los *Ticsson* lo que viene y los *Tacs* lo que ya se ha ido. Lo que yo quiero medirr es el punto intermedio exacto, donde *Tic* se conviertrte en *Tac*. El semestre pasado nos acerrcamos a milimicrosegundos; muy prrronto lo clavarremos.

Había varios factores que complicaban su tarea. Para empezar, las dos escuelas de pensamiento, aunque no tenían una base política, seguían, en términos generales, la división entre el Campus del Este y el Occidental, y los «eternos ahoristas» solían asociarse con el plan de estudios sajianista. Por otro lado, las connotaciones políticas que desgraciadamente pasó a tener la teoría del escape se volvieron más graves —y más confusas— debido al hecho de que la Torre de la Sala de la Torre era un importante punto de referencia tanto para las mediciones cartográficas como para las temporales: el filoso punto de apoyo que Croador había estado puliendo iba de norte a sur por el meridiano de longitud que, más arriba, hacia la Colina del Fundador, separaba el Campus del Este del Occidental, y había sido empleado como coordenada para instalar el Tendido Eléctrico. Además, la veleta que había en lo alto del Campanario era el centro del Gran Centro Comercial de New Tammany, un punto indicado con unos discos de latón en todas las plantas de la Sala de la Torre: tanto las avenidas que discurrían de norte a sur como las calles que iban de este a oeste estaban numeradas a partir de la barra desde la cual se extendían sus cuatro brazos. Como consecuencia de todo esto, era difícil incluso para Eierkopf, que era el encargado oficial del reloj, obtener permiso para mover o modificar cualquier parte de su mecanismo, sobre todo porque sus adversarios (algunos preocupados en serio, otros dando rienda suelta a su antibonifacismo) lo acusaban de que su método era contraproducente.

—He pasado del tictac hasta los milisegundos, hasta los microsegundos, hasta los milimicrosegundos —dijo—, y los muy necios dicen que lo único que hago es inventarr palabras cada vez más larrgas parra tiempos cada vez más corrtos, perro nunca llego al punto exacto entre el *Tic* y el *Tac*.

Lo que su ignorancia no tenía en cuenta —al igual que la mía, que no halló respuesta para esa objeción— era un gran descubrimiento técnico que había hecho hacía poco y que estaba a punto de comenzar a emplear: un artefacto afilador de precisión que llamaba el divisor infinito. Conectado a un extremo de la barra que hacía de punto de apoyo, sus dos cabezales fresadores —unas piezas minúsculas de polvo de diamante— impactarían contra la parte superior, afilándolo, por decirlo de algún modo; mientras se fueran acercando al agujero de la barra de escape (el punto sobre el cual pivotaba todo el ingenio), unos calibradores automáticos dividirían en dos mitades, una y otra vez, *ad infinitum*, la anchura del borde, hasta que, teóricamente, tendría que alcanzarse el centro exacto del agujero y el punto medio de la oscilación entre *Tic* y *Tac*, un punto cuya posición quedaría registrada por los calibradores.

—¡Un momento, señor! —protesté, un tanto mareado por sus explicaciones. Croador se estaba separando la parte delantera de la camiseta de las cicatrices y gemía ligeramente—. A mí me parece...

—Es ingenioso, *ja?* —dijo. Quizá se dirigiera a Croador, a quien le dio unas palmaditas en la cabeza, o a mí. Yo acepté que la idea era impactante, pero le dije que tenía algunas preguntas sobre ciertos problemas teóricos que intuía más que verlos con claridad: una vez Max me había contado la historia de Peleides y la Tortuga...

—¡Bah! —dijo el doctor Eierkopf—. Porr eso dos cabezales en vez de uno: atacamos el prroblema desde ambos lados. Ahorra es mejorr que te tapes las orrejas.

Le metió los meñiques a Croador en las suyas, y éste colocó sus gigantescas palmas sobre las de él, y entonces una nueva serie de zumbidos y repiqueteos surgió del mecanismo. No entendí lo que quería decir hasta que el primer badajo impactó contra su campana, que era tan grande como el ascensor en el que yo había subido, y me hizo estremecerme hasta el tuétano. Y los ruidos continuaron en una secuencia que resultaba crispante incluso con los oídos tapados, hasta que oímos las cuatro frases de una melodía que indicaba que ya se había dado la hora: después, una serie de campanas ascendió diatónicamente una escala y media. La octava le arrancó un gritito al doctor Eierkopf, quizá a pesar de que Croador le tapaba los oídos con más fuerza, quizá debido a ello; la última hizo que el huevo comenzara a temblar en su calibrado nido.

—*Durchfall und Vertreibung!* —chilló el doctor Eierkopf, y golpeó débilmente a Croador en la coronilla—. ¡Has vuelto a ponerr la abrazadera del huevo en un sol alto! ¡Bájame y arréglalo!

Croador lo depositó obedientemente en un taburete y se puso a toquetear el artilugio.

—¿No te lo había dicho, niño-cabrra? Es el trrabajo de *schwarzer* lo que me suspende, no el trrabajo del cerebrrro. —Sus indagaciones oológicas, de las que ya había visto algunas otras pruebas en el Observatorio, estaban, como su trabajo de relojero, pensadas para recuperar el aprecio de la administración y de la estudiantía en general: después de que muchos cursos atrás el ORDACO le dijera, durante el curso de sus funestas investigaciones eugenésicas, que «la Graduación comienza *ab ovo*», se había embarcado en la redacción de un inmenso tratado histórico-químico-matemático-biológico-metafísico sobre el huevo en todos sus aspectos (excepto el culinario, que rechazaba en una larga nota al pie que llevaba el título por considerarlo intelectualmente insípido); ya había terminado los catorce volúmenes, así como sus prefacios, ilustraciones, notas, glosarios, índices, apéndices, bibliografías, sonetos celebratorios, tablas estadísticas, epístolas dedicatorias, acompañamientos musicales grabados en cinta y textos para las sobrecubiertas; lo único que faltaba para que pudiera publicarse (y para demostrar que el autor estaba graduado, si es que era necesario) era un pequeño ejercicio en oometría comparada que había decidido incluir como nota al pie de la palabra *zigoto*, la última entrada del índice onomástico.

Pero Croador había sido tan torpe al medir los ejes oólicos largos y cortos de los huevos, y tan irrefrenable era su apetito por la materia de sus investigaciones, que se les había pasado el Carnaval de Primavera, la fecha ideal para publicar un libro como ése, según la prensa, debido a evidentes motivos promocionales.

—¡Lo mismo pasa con mi divisor infinito! —se lamentó—. ¡Los planos ya están dibujados, los cálculos ya están computados, pero a Croador se le siguen cayendo las piezas! ¿Para qué sirve tener una ayudante que no te ayuda, una mano derecha que es un manazas?

Y en un repentino ataque de abatimiento, como el que ya había tenido en el Observatorio, se preguntó en voz alta si los brutos como su compañero de piso, completamente desprovistos de razón y discernimiento, no serían después de todo los auténticos aprobados.

—Todavía no estoy seguro de eso —contesté, asumiendo que me había hecho la pregunta a mí—. Pero incluso si las citas que Bray les ha dado a Croador y a usted son correctas —y yo tampoco comprendo cómo pueden serlo *ambas*—, no me parece que ninguno de los dos haya conseguido las cualificaciones para ser candidato por los motivos que él menciona.

El doctor Eierkopf hacía girar un huevo entre sus dedos con tristeza.

—Lo del sol agudo se lo he debido decir veinte veces. —Entonces pareció alegrarse y soltó una risita nerviosa—. ¿Sabes que tu amiga Anastasia a éstos los parra con el *levatorr ani*? Le hice romper una docena de los grandes con un medidor de tensión puesto parra el volumen nueve. Ya te mostrarré el texto...

—Es justo eso, señor —dije, negando con la cabeza al oír la invitación—; esa clase de cosas, y el telescopio nocturno y cosas así... —Lo que quería decir, con mucho tacto, era que si él creía que lo aprobado era el tipo de racionalidad que ejemplificaba el ORDACO (por lo menos en términos pre-«pencsiales»), entonces, con toda certeza, no estaba graduado y ni siquiera era candidato, ya que sucumbía, aunque fuera vicariamente, a tentaciones croadoriles, de lo cual yo ya había visto unas cuantas pruebas. Por otra parte, en mi opinión, tampoco podía decirse que Croador estuviera aprobado siguiendo el criterio que exponía su certificado: ¿qué bestia del bosque lleva y trae las cosas tan obedientemente, por no hablar de las mediciones científicas que él hacía?

—Siempre las hace mal —dijo el doctor Eierkopf con esperanza.

—Pero las hace. Y limpia y ordena.

—Lo que él mismo ha ensuciado y desordenado antes.

—¿Qué bestia del bosque hace eso? Ni siquiera las cabras pueden hacer gachas, o tallar un bastón con los dientes, o enfocar lentes...

Eierkopf soltó un suspiro.

—Rompe tantas como enfoca.

Lo importante, insistí, era que ninguno de los dos satisfacía estrictamente los criterios de sus certificados, del mismo modo que Peter Greene y Max, desde mi

punto de vista, tampoco satisfacían los de los suyos; por muy claro que estuviera que los dos compañeros de piso eran opuestos, había una pequeña porción de eierkopfiedad en Croador y de croadorismo en Eierkopf, lo cual indudablemente era debido a que mantenían una relación íntima y constante. Y ésta era la principal flaqueza del doctor Eierkopf (intenté sugerir), porque iba en contra de las actividades a las que había dedicado su vida y de los principios que la regían: la diferenciación de *esto* de *eso*. Que perfeccionara un poco sus lentes de alta resolución y le añadiera un espejo; que se aplicara a sí mismo, de algún modo, su divisor infinito (que me encantaba): vería entonces lo lejos que se hallaba de las Puertas de la Graduación.

—¿Quieres que deje suelto a Croador, como antes? ¿Te falta un tornillo, niño-cabrra?

Le recordé educadamente que yo no estaba nada convencido de que la Graduación fuera lo que él creía que era; sólo que si lo era, a él le correspondía darse cuenta de cuáles eran sus características y repudiarlas. Para no parecer poco respetuoso con su edad y su genio (pero también para que se entendiera bien mi punto de vista), afirmé que estaba en deuda con él por haberme ayudado a llegar a esa postura. Desde luego, la difuminación de las diferencias, sobre todo entre opuestos, era suspendida; por eso Maurice Stoker se dedicaba con devoción a tal actividad. Y del mismo modo que el primer paso hacia las Puertas de la Graduación debía ser la distinción entre el aprobado y el suspenso, cada vez estaba más convencido de que los diversos pasos siguientes —hasta terminar mis deberes, por ejemplo— debían depender de las diferencias que fueran el corolario de dicha distinción.

—Voy a necesitar las lentes que me dio para mi próxima tarea —concluí con toda la amabilidad que pude—. Ojalá pudiera prestarme también su divisor.

El doctor Eierkopf no parecía enfadado, como yo había temido, ni humillado, como había esperado, por mi consejo.

—¡Sigues pensando que eres el Gran Maestro! —dijo, maravillado, y, pensativamente, le dio instrucciones a Croador para que colocara otro huevo. Entonces repitió lo que me había dicho la noche anterior—. Casi desearía que lo fueras, para demostrar que tenía razón sobre el GILES.

Yo sonreí.

—Si tengo que ser el GILES para ser el Gran Maestro, entonces debo ser el GILES; es un silogismo sencillo.

Sin embargo, añadí, no podía ser el hijo de Virginia Héctor, ya que Ira Héctor en persona me había dicho que su hija era Anastasia.

—Entonces no eres el Gran Maestro, como tampoco lo es Bray. Mirra, te lo voy a demostrar con el ORRDACO... —dijo, y se interrumpió para darle una serie de instrucciones incomprensibles a Croador, que apretó varios interruptores en una de esas consolas que parecían estar en todos los rincones de la facultad. Yo lo observaba con máxima atención.

—El niño nacido del GILES ha de ser un Gran Maestro —afirmó. Croador pulsó unos botones—. La señorita Anastasia Héctor no es una Gran Maestra, en eso estamos de acuerdo. —Más botones—. Pero ninguna mujer además de Virginia Héctor pudo haber entrado donde el ORRDACO tenía el GILES. Como Anastasia fue quien nació, no pudo ser el GILES el que fertilizó a Virginia Héctor, y tú no puedes ser el Gran Maestro. Bueno, ahorra el ORRDACO lo va a leer en voz alta.

Croador había apretado unos botones después de cada frase; entonces bajó una palanca muy larga que había a un lado de la consola, se oyeron diversos ruidos y, de una ranura que había en la parte inferior de la máquina salió un papel que el doctor Eierkopf leyó asintiendo y echándome ocasionales miraditas con evidente satisfacción. Yo hubiera objetado que su premisa inicial, aunque él la daba por sentada, me parecía inadecuada para el caso: el GILES no había engendrado a Enós Enoc, ni al Sajian original, y tampoco tenía por qué haberme engendrado a mí: si podía demostrarse que el GILES se había quedado en nada, lo único que me costaba ese hecho era una prueba de mi autenticidad que podía resultarme bastante práctica, aunque, de todos modos, mi autenticidad no se sustentaba en pruebas tales. Pero el doctor Eierkopf decía «Ja... ja... justo eso... eso es...» en distintos momentos mientras leía el texto, y de repente se colocó bien las gafas sobre la nariz y se sacó la lente que llevaba su nombre.

—¡A no ser! —gritó. Me miró arteramente y me guiñó el ojo izquierdo—. ¡Eh, a lo mejor Anastasia y tú sois gemelos!

Debido a las liberales circunstancias en que se desarrolló mi cabrancia, me sentí más interesado por las implicaciones que pudiera tener esta posibilidad para reivindicarme como Gran Maestro que consternado por sus consecuencias retroactivas en relación con lo que había sucedido en el funeral de G. Herrold. De todos modos, yo no ignoraba la actitud de la estudiantía hacia el incesto: amonesté al doctor Eierkopf por deleitarse ante la idea de que había cubierto a mi hermana, y rechacé con firmeza su oferta de volver a pasar la cinta que había grabado dos noches atrás en el monitor de Vigilancia por la Seguridad.

—Eso es justo lo que le decía hace un rato —le advertí—. Hay en usted más de Croador de lo que quiere admitir.

—Cuando confirme que eres el hermano gemelo de Stacey, seguiré tus consejos —dijo él alegremente.

Un tanto molesto, me despedí de él y llamé al ascensor. El primero de mis quehaceres, por lo que parecía, estaba cumplido sin problemas, y tenía que ponerme con el segundo y tratar de conseguir algo de comer, si podía; si el doctor Eierkopf no hacía caso de mis sugerencias, peor para él.

—No te enfades, *Zickelchen* —me dijo—; sólo me estoy riendo un poco.

—Se está riendo de usted mismo, señor; a mí no me importa.

Lo que sí me importaba, afirmé, eran los certificados falsos de Bray, y lo insté a considerar, por su bien y por el de Croador, mi sugerencia. Él me prometió hacerlo, y

para aplacarme más (ya que yo no tenía demasiada fe en su palabra), se ofreció a pasarle al ordenador un test de posibilidades lógicas semejante para mis otras tareas.

—Parra mí, porr ejemplo, sólo hay trres manerras de terminarr con la Disputa de la Frronterra —dijo—. Nos los comemos; nos comen; o todos unimos nuestras armas y cantamos *Wir wollen unsern alten Dekan Siegfried wiederhaben*. Perro el ORRDACO a lo mejorr conoce otrra manerra...

—Yo también —le contesté. Llegó el ascensor, le aseguré al doctor Eierkopf que no estaba enfadado, le pedí que por lo menos le transmitiera a Croador, si era posible, mi opinión y mi consejo en relación con el certificado de Bray y le di las gracias por enseñarme, voluntariamente o no, la relevancia para mis deberes de los principios de sus lentes, que yo ya había estado aplicando sin darme cuenta en mis críticas de Max, Peter Greene, él e incluso Maurice Stoker.

Él negó con la cabeza.

—¡Erres increíble, niño-cabrra! A lo mejorr el ORRDACO me dice qué hacerr contigo. ¿No quieres que le prregunte nada?

Le contesté que aunque ya no consideraba que el ORDACO fuera esencialmente trolesco (al contrario, lo respetaba bastante por representar la diferenciación, que ahora me parecía el principio mismo de lo aprobado), de todos modos confiaba en poder encontrar mis propias Respuestas por mí mismo. Le deseé éxito con su gran tratado oológico, le prometí consultarlo el día en que se publicara para ver si le daba prioridad paleontológica al huevo o a la gallina y apreté el botón de BAJADA.

3. HACIA LA CASA DE LA LUZ Y EL CONSEJO UNIVERSITARIO

Mi plan para hacer frente a la Disputa de la Frontera era necesariamente indefinido: se trataba más de un principio que de un programa. Pero durante el almuerzo recibí cierta información sobre la historia del problema que, me pareció, confirmó que se trataba de un buen plan. Al salir de la Sala de la Torre, había cruzado el Gran Centro Comercial en dirección a la mansión del rector («el faro de Lucky», como se la conocía popularmente, debido a que el señor Rexford había hecho instalar focos a lo largo y ancho de todo el terreno y a su costumbre de dejar las luces de la práctica totalidad de las habitaciones encendidas toda la noche), donde, gracias a que era un candidato especial, me dejaron entrar. No pasé a ver directamente a Lucius Rexford, como había deseado, sino al despacho de uno de sus consejeros, un caballero cuya piel tenía el hermoso tono beige oscuro del pelaje de Tom de Redfearn, y cuyo análisis, erudito y nítido, contradujo mi suposición de que todos los frumencianos eran o bien brutos como Croador, o bien discretos y serviciales como G. Herrold. Iba vestido de una manera impecable, era agudo y elocuente y, aunque no podía lucir un flequillo rexfordiano, su acento se parecía más al del rector que al de Peter Greene, por ejemplo. Nos trajeron una comida muy elegante de la cual me comí la ensalada y las verduras mientras me explicaban que el rector estaba a punto de partir hacia una cumbre en el Consejo Universitario que se celebraba aquella tarde, en la que se esperaba que criticara a los nikolayanos por romper el acuerdo de «ayuno provisional» y provocar nuevos incidentes en el Tendido Eléctrico.

—En origen, esa frontera fue trazada conjuntamente por el ORDACE y el ORDACO —dijo el consejero—; es el único experimento que hemos hecho, hasta ahora, en materia de computación cooperativa. Las principales observaciones se hicieron justo después de la Segunda Revuelta Intercampus, desde el fulcro del Reloj de la Torre, en nuestro caso, y desde un punto de referencia similar en la Sala de Control nikolayana de la Colina del Fundador, y se tendieron los principales cables eléctricos de los Campus Occidental y del Este, uno junto al otro, a lo largo de la frontera.

Durante muchos cursos, dijo, los estudiantes y el personal de las facultades más occidentales del Campus del Este se habían «trasladado» con total libertad, en gran número y sin autorización al Campus Occidental. En fechas más recientes, sin embargo, el ORDACE había leído en voz alta que quienes intentaran trasladarse careciendo de autorización serían comidos en la frontera (y sólo se autorizaba a los enfermos y a los bobos). La respuesta del ORDACO había sido una amenaza de COMER automáticamente a la Facultad de Nikolay en cuanto una onda de COMER nikolayana cruzara al lado occidental del Tendido Eléctrico, y el ORDACE había leído una contraamenaza idéntica. Ése era el peligroso estado de la cuestión: unos pocos estudiantes resueltos del Campus del Este todavía conseguían cruzar la frontera de vez en

cuando; otros tantos eran comidos en el intento por ondas de corta distancia diseñadas para desvanecerse justo antes de donde empezaba la Facultad de New Tammany. Algunos guardias fronterizos, a ambos lados de la frontera —tipos intrépidos que caminaban sobre los grandes cables como acróbatas armados— habían encontrado la muerte en la tierra de nadie que había entre ambos campus, o habían caído bajo el fuego de francotiradores sin identificar. Cualquier incidente de esos, temían ambos bandos, podría suponer el comienzo de la Tercera Revuelta Intercampus y el fin de la Universidad. Sin embargo, en New Tammany se sostenía que los nikolayanos estaban avanzando de manera encubierta hacia esta facultad para aprovecharse de la ambigüedad de una de las cláusulas del tratado original («La Frontera estará a medio camino entre el Tendido Eléctrico del este y el occidental»); la posición occidental era que esta cláusula se había introducido con la intención de situar los cables haciendo referencia a la Frontera, y no viceversa, y se solicitaba una nueva inspección desde la Sala de la Torre y la Colina del Fundador. Pero los nikolayanos se negaban a admitir que inspectores externos, incluso procedentes de facultades «neutrales», entraran en su Sala de Control, y calificaron la propuesta de mero pretexto para copiar sus secretos; además, argumentaban (aunque no oficialmente) que eran los Tendidos Eléctricos los que determinaban la localización de la Frontera. Éste era el origen de la disputa, que había sido objeto de debate continuo en el Consejo Universitario desde hacía por lo menos seis cursos, y había llegado a hacer que se planteara la igualmente espinosa cuestión del «ayuno» (así se conocía popularmente a la supresión de las pruebas de COMER): por un lado, los pacifistas como Max abogaban por el ayuno unilateral; por otro, los «revoltosos preventivos» como Eblis Eierkopf se burlaban diciendo «Quien ayuna el primero, ayuna el último» y hacían recomendaciones como «Quien ayuna el último, sobrevive». Entre ambas posturas cabía todo tipo de opiniones, en relación con la escuela de ciencias militares o ciencias políticas con la que se identificara cada uno. El rector Rexford, como había afirmado en la Reunión Antes de la Rejilla, pensaba que el debate debía continuar, por escasos que fueran los resultados o exasperante que resultara el acoso nikolayano, ya que la esperanza de alcanzar un compromiso efectivo, aunque era débil, era, desde su punto de vista, la única esperanza de la estudiantía.

—Supongo que haremos tantas pruebas como ellos —terminó mi anfitrión—; pero no vamos a abandonar la cumbre ni el Consejo Universitario, incluso aunque se demuestre que están moviendo su cable.

—No estoy seguro de que ésa sea una buena idea —aventuré.

—Lástima. —Se secó los labios con una servilleta de lino—. El Departamento de Ciencias Políticas, tras años de estudios, parece estar bastante de acuerdo.

—Lo que quiero proponerle al señor Rexford es un principio totalmente distinto —dije yo—. Se me ha ocurrido hace unos minutos.

—Ah. ¿Le apetece un puro?

—No, gracias, señor. Vea, esta mañana estuve comentando otra cuestión con el doctor Eierkopf, y antes había hablado con el señor Maurice Stoker...

Sus ojos se dirigieron desde la punta del puro hasta los míos.

—Ya veo. Eierkopf y Stoker.

Le hubiera pedido que por favor no me malentendiera, que mi estrategia para la Revuelta Silenciosa no tenía nada que ver con esos caballeros, aunque la hubieran inspirado mis conversaciones con ellos. Pero mientras repetía sus nombres, los ojos de mi interlocutor brillaron al ver algo que sucedía a mi espalda y se puso en pie de un salto, sonriendo, y apagó el puro, recién encendido, en un cenicero. Yo miré hacia la puerta y tuve la suficiente claridad mental como para levantarme también; allí estaba el rector en persona, que había entrado sin que nadie lo anunciara. Su flequillado séquito se hallaba al otro lado de la puerta; algunos de sus miembros tenían una expresión de preocupación en el rostro, y otros sonreían como Rexford, cuya visita al despacho, por lo visto, era inesperada.

—¿Alguien ha dicho una mala palabra o sólo me ha parecido?

Me estrechó la mano e hizo un gesto con la mano cuando su ayudante se disculpó en mi nombre, quitándole importancia. Después me felicitó por haber pasado por la Rejilla de los Chivos y yo, por mi parte, le di las gracias por haber tomado medidas rápidamente para que pudiera entrar en diversos edificios de la facultad.

—Lo que quiero contarle no es idea de Maurice Stoker —le dije—; es idea mía. La segunda tarea de mis deberes es acabar con la Disputa de la Frontera, y he pensado...

—Escucha un momento —me interrumpió, disfrutando evidentemente de la turbación de sus auxiliares—. ¿Quieres venir con nosotros a los simposios? Puedes contarme tu plan de camino, y a la hora de la cena habremos terminado con toda la Revuelta Silenciosa.

Aunque me di cuenta de que me tomaba el pelo con esa predicción, su invitación me pareció sincera y la acepté con mucha ilusión. Con la fila de guardias y ayudantes, fui cojeando tras él por unos pasillos de lo más elegante, satisfecho de que me sacaran fotos en su presencia, a pesar de que sabía que los más poderosos decanos y rectores eran como pálidas velitas ante el resplandor de la verdad que, desde el sol de un Gran Maestro, calienta e ilumina la Universidad. De repente, salió a un porche, donde, desde una respetuosa distancia, vimos una hermosa joven que le ofreció la mejilla para que se la besara; estaba sentada con un grupo de hombres y mujeres jóvenes igualmente atractivos, todos los cuales se levantaron cuando él se acercó, cosa que no había hecho ella. Charló unos momentos, más con los demás que con ella, y después nos condujo hacia una fila de motocicletas blancas con grandes sidecares cerrados, todas aparcadas al lado del bordillo. Me vi honrado con un asiento en la primera, junto al rector; el resto de sus acompañantes se instalaron, por parejas, en los otros vehículos.

—Le he dicho a la señora Rexford que podías ayudarnos con el problema de los traslados desde el Campus del Este —bromeó mientras arrancábamos. Los sidecares eran cómodos y elegantes y tenían un aislamiento acústico prácticamente perfecto—. Ya que has logrado pasar por el Torniquete y la Rejilla de los Chivos, quizá encuentres una forma para que la gente pueda colarse por el Tendido Eléctrico.

Entonces me preguntó cómo me estaba yendo, y yo le resumí brevemente lo que había hecho por la mañana y lo preocupado que me sentía por los promiscuos certificados de Harold Bray. Él expresó su empática desaprobación por la conducta de Max. Si hubiera dejado que los abogados lo defendieran, me dijo, no habría habido ningún problema para conseguir la absolución, o en el peor de los casos una suspensión de sentencia; la relación entre las facultades de Sigfrido y New Tammany no se vería amenazada y Max sería libre de castigarse como le pareciera más adecuado. El problema era especialmente enojoso en el momento actual, añadió Rexford, cuando la Facultad de New Tammany esperaba contar con el apoyo de su antigua adversaria en una serie de programas bastante controvertidos que se verían obstaculizados, e incluso quizá se tendrían que suprimir, si hubiera un resurgimiento general de sentimientos antisigfridenses en el Campus Occidental. Cuando mencioné a Maurice Stoker noté que se crispaba y me di cuenta de que estaba siendo poco diplomático, pero como era muy relevante para el plan que había pensado con el fin de acabar con la Disputa de la Frontera, le expliqué que estaba convencido de que Stoker afirmaba su parentesco con él para que nadie lo creyera posible; de modo que la calumnia suspendida tenía un efecto aprobado, aunque su motivo no lo fuera: la distinción clara entre lo aprobado y lo suspendido, que no habían de confundirse ni por un instante.

El señor Rexford se mostró cordialmente escéptico:

—Esta mañana querías que admitiera que *sí* que era mi hermano.

—Cometí un error —me disculpé—. Creo que debería presentarse como lo más opuesto a él que sea posible. Debería negarlo de una vez y para siempre, públicamente. Llamándolo por su nombre.

—Eh, bueno... —Saludó jovialmente desde el sidecar a la multitud de admiradores que se congregaban en las lóbregas calles del campus por las que estábamos pasando. Muchos eran mujeres vestidas de un modo muy llamativo; eran señoras prostitutas, de hecho, según aprendí entonces, también llamadas «seguidoras del campus», que abundaban en los patios cuadrangulares más pobres de la facultad. Todas ellas le devolvieron el saludo, al igual que sus chulos y los demás matones de la zona—. Si te refieres a que corte toda relación con él, eso sería ir demasiado lejos.

—Entonces seguro que no le va a gustar mi plan para acabar con la Disputa de la Frontera —dije—; pienso que los opuestos han de distinguirse claramente y mantenerse lo más distantes que sea posible.

El rector me aseguró que estaba de acuerdo. Ahora estábamos atravesando un patio cuadrangular tan sórdido como el anterior: los caminos y los escalones estaban

lentos de borrachos; había jóvenes con un aspecto miserable y sin nada que hacer; vi carteles que anunciaban películas eróticas; un hombre le dio a una mujer un puñetazo en la boca con tanta fuerza que a ella casi se le cae el bebé que estaba amamantando. Esta última escena impresionó especialmente al señor Rexford, que se dio la vuelta para mirar a la pareja cuando ya los habíamos dejado atrás, y chasqueó la lengua cuando el agresor de la señora le dio un beso en sus contusiones.

—A mí me parece —continuó— que hacer distinciones claras debe ser el primer paso hacia la Graduación: no confundir una cosa con otra, sobre todo lo aprobado con lo suspendido.

—No podría estar más de acuerdo —dijo el señor Rexford con una sonrisa—. Por eso considero que el ORDACO es nuestro colega y no nuestro enemigo: la única cura para el conocimiento es más conocimiento. —Sin embargo, añadió (hablando como si estuviera en una entrevista, dando respuestas que hubiera ensayado muchas veces pero cada vez más interesado por el tema), había dos distinciones en particular sobre las que, en su opinión, había que insistir cuando se hablaba de las distinciones en general. Una era la diferencia entre las cuestiones científicas y las cuestiones humanas: en el caso de las primeras, aunque todas pudieran ser precisas en teoría, rara vez lo era algo en el nivel de los hechos, y en consecuencia —como ilustraban las frustraciones del doctor Eierkopf— la naturaleza real sólo podía aproximarse al orden de la naturaleza teórica, y con frecuencia lo contradecía. En las áreas de la moral y el gobierno de la estudiantía, por el contrario, todas las teorías conducían con rapidez a contradicciones imposibles de resolver —de ahí procedía la habitual desesperación de los estudiantes avanzados de estas disciplinas—, pero en la práctica podían conseguirse muchas cosas. El Campus del Este y el Campus Occidental, me recordó antes de que yo pudiera recordárselo a él, eran irreconciliables desde el punto de vista ideológico —por eso los conservadores insistían en que toda negociación entre ambos había de resultar estéril—, y sin embargo, lo cual al menos a él le resultaba satisfactorio, la experiencia mostraba que la negociación constante apoyada en una posición fuerte pero flexible y en un liderazgo firme había acercado bastante a las facultades de New Tammany y Nikolay en la práctica, aunque no hubiera sucedido lo mismo en relación con la teoría—. Acuérdate de lo que dije esta mañana sobre los dos lados del arco —dijo—; su oposición es lo que sostiene todo el edificio. Ahora fíjate en lo influyentes que se están volviendo las facultades pequeñas en el Consejo Universitario gracias a que con los nikolayanos hemos llegado a un punto muerto. Es una situación muy constructiva.

También había mencionado la segunda distinción en el discurso que había dado por la mañana: la diferencia entre cuestionar los medios y cuestionar los fines; entre la crítica de las operaciones y el desafío de los principios básicos. La Universidad, volvió a insistir, sólo podía tener cierto sentido cuando se aceptaban ciertos principios básicos sin cuestionamiento.

—¿Recuerdas esa vieja historia del traje nuevo del rector, que los sastres decían que era invisible para los cornudos? Bueno, yo sostengo que la verdad que encierra es que lo estafaron hasta que el niño de preescolar dijo que no lo habían estafado. La gente entonces se rio de él y castigó a los sastres por fraude, porque la alternativa era admitir que *todos* eran cornudos, absolutamente todos, incluido el rector. —Me di cuenta de que en ese momento se sonrojó—. En cuanto al niño: si era demasiado pequeño como para ser un cornudo, también lo era como para comprender que pudiera haber un traje invisible para los cornudos. Pero eso no hace que tenga razón. Hay muchas cosas en el campus que no se pueden ver hasta que uno ha aprendido a verlas, y algunas de las más importantes desaparecen cuando uno las mira directamente, o desde demasiado cerca. Pero eso no significa que no estén ahí. —Entonces reafirmó su crítica al autor de *El decano Zambo*—. Lo cierto es que Zambo era un buen padre y marido y un buen decano hasta que empezó a investigar más de la cuenta: el dramaturgo hace trampas al dar a entender que puede haber una situación suspendida sin que nadie lo sepa, y después al elegir una que toda la gente del teatro conoce salvo los personajes de la obra. Así que la idea de que Zambo no lo descubra nos parece tan horrible como su descubrimiento. —Volvió a sonrojarse—. Pero mírate; mírame; míranos a todos: salimos adelante, ¿no? ¿La Facultad de Cadmo mejoró algo al final de la obra? ¿Por qué no dejar en paz a Zambo? ¡La gente tendría que preocuparse por sus propios problemas y dedicarse a sus asuntos y no hacer preguntas básicas como si vale la pena hacer algo!

El rector dijo esto último de un modo tan sorprendentemente acalorado, tan amargo, incluso, que me dejó consternado. Él se dio cuenta y se disculpó.

—A veces me dejo llevar tanto como Maurice Stoker —confesó soltando una leve risita—. Es muy fuerte la tentación de decir «suspendida sea toda la responsabilidad y todo lo razonable». Sería muy fácil irse a casa y emborracharse, y pegar a la mujer de uno como el tipo ese de ahí atrás, en vez de convivir *razonablemente* con ella; o decir cualquier locura que a uno le apetezca decir en vez de estar pensando siempre en las consecuencias.

Entonces admitió que su insólita vehemencia se debía a que tenía la certeza de que yo pondría en cuestión los motivos por los que recientemente había recibido el certificado del «Gran Maestro», que me mostró a continuación. «Aprobados son quienes sofocan las revueltas», decía. «Si el orden es mejor que el desorden, Lucius Rexford es candidato a la Graduación».

—Mi suposición es que el orden es realmente mejor que el desorden —dijo—. Eso es algo que no cuestiono ni por un segundo y, francamente, no tengo el menor interés por oír cómo lo cuestiona nadie.

Yo le contesté que no tenía nada que objetar a esa proposición; por el contrario, estaba dispuesto (y no lo había estado el día anterior) a afirmar que el orden y el desorden eran como el aprobado y el suspenso: no había que confundir ni su naturaleza ni su valor. Me guardé para mí ciertas reservas sobre su comentario de la

obra *Zambo* (¿acaso se había olvidado de que la Facultad de Cadmo se estaba pudriendo y muriendo por culpa del veneno de los actos secretamente suspendidos del decano? Y Ginandro, el equivalente cadmiano de un Gran Maestro, ¿no ignoraba acaso la horrible respuesta?) y elogí con sinceridad tanto su distinción entre la teoría y la práctica en la ciencia y en la política como su postura en relación con los principios básicos, que yo compartía en buena medida: de no ser así, ¿acaso no habría perdido la esperanza hacía mucho tiempo de poder demostrar mi indemostrable granmaestría? De todos los humanos que había conocido en el campus, le dije, no había ninguno cuya candidatura me hubiera deleitado afirmar más que la de él.

—Pero... —dijo, sonriendo tristemente. En efecto, yo tenía un *pero* o dos relacionados con mi programa para acabar con la Disputa de la Frontera, pero antes de que pudiera pensar una forma respetuosa de expresarlos, el rector dijo—: Me han dicho que has visto al señor y la señora Stoker hace poco. —Yo admití que así era, recordando de repente y con interés una cosa que Stoker había insinuado: que Lucius Rexford era uno de aquellos a quienes Anastasia había otorgado —o, para decirlo con mayor precisión, no había negado— sus favores. Me vino a la cabeza la imagen de tranquilidad que me había dado la señora Rexford en el porche—. Perdona que te haga una pregunta personal —siguió diciendo el rector—. Todos hemos oído que él maltrata a su mujer, que incluso le pega. ¿Te ha dado la impresión de que ella lo ama?

Me quedé pensando un momento, no tanto en el *sí* o el *no* que la pregunta demandaba, sino en cómo podría llevar mi respuesta hacia una cuestión más pertinente.

—¿Usted cree que está bien que un hombre le pegue a su esposa, señor?

—¿Qué? —dijo, frunciendo el ceño pronunciadamente—. Bueno, no. No, claro que no. —Se hubiera dado cuenta o no de la diferencia entre su pregunta y la mía, contestó de inmediato, sonrojándose mucho, y añadió, antes de que yo pudiera pensar cómo preguntarlo—: Ni tampoco que le sea infiel. Es algo indefendible, sobre todo si su esposa es leal y cariñosa.

—Y Stoker no es hermano suyo, ¿verdad, señor? Usted está de acuerdo con que su forma de vida es suspendida, ¿no?

Como vi que los ojos empezaron a brillarle peligrosamente, me apresuré a cambiar a una aplicación menos personal y particular de mi punto de vista general, el mismo que había tratado de explicarles a Max, Peter Greene, el doctor Eierkopf y Croador, e incluso, sin darme cuenta del todo, a Anastasia y, con cierta perversidad, a Ira Héctor y al propio Stoker: que al margen de la cuestión de si los motivos para que obtuvieran sus certificados eran válidos o si quien los expedía estaba legitimado para hacerlo, yo no estaba convencido de que ellos cumplieran con lo que dichos certificados decían. Igual que me parecía, por una parte, que el rol de Decano de los Suspendidos de Stoker y el egoísmo de Ira Héctor eran equívocos y también lo eran, por otra, la vulnerable magnanimidad de Anastasia, el deseo de convertirse en un chivo expiatorio de Max, la inocencia de Greene, el ascetismo de Eierkopf y el

apetito de Croador, sospechaba que Lucius Rexford no estaba tan desprovisto de stokerismo, por así decirlo, como ambos habríamos deseado: me atreví a suponer que habría perdido los nervios con la señora Rexford en alguna ocasión y que quizá hasta la hubiera golpeado —aunque seguro que no más de una o dos veces—, además de catar, por lo menos una vez, el placer extracurricular que podía proporcionar Anastasia. Además, su condena del extremismo y el desorden, como se manifestaban en Stoker, nunca había sido más que leve: eran sus seguidores y sus ayudantes quienes se encargaban de vocear los cotilleos de su fraternidad.

Para no hablar directamente de estas cosas, alabé el discurso que había dado por la mañana y al filósofo Entelequio, a quien había citado y con cuyo pensamiento yo estaba ligeramente familiarizado gracias a Max. Entonces dije, no sin cierto atrevimiento, que el principio de moderación y transigencia perdía todo su sentido si era moderado y transigente. El propio Entelequio, recordaba, había advertido contra «el punto medio de lo extremo», con lo cual quería decir que uno no podía mentir, engañar, robar, violar ni asesinar ni siquiera con mesura, sino que debía evitar esos vicios por completo. Lo mismo sucedía (dije con el tono más objetivamente ilustrativo que pude) con cometer adulterio, pegarle a la propia esposa, emborracharse y ejercer cualquier clase de violencia: la cuestión no era cuándo, con quién, cuánto ni con cuánta frecuencia, sino si sucedía en algún caso; y la respuesta era No.

—Ése es el edificio del Consejo Universitario —observó el rector. Su voz era melancólica.

Le supliqué que, en ese caso, me escuchara un momento, ya que sólo había estado ilustrando lo que me parecía que era el enfoque correcto entelequista de la Disputa de la Frontera.

—¿Nuestra política actual no es entelequista? —preguntó con sorpresa. La estrategia de New Tammany, dijo, había sido hacer toda clase de negocios y en la mayor cantidad de frentes posibles con los nikolayanos; hacer que las actividades de ambas facultades estuvieran imbricadas tan sutil y extensamente que, en realidad, las relaciones intercolegiales entraran en una fase de distensión, a pesar de las divergencias teóricas, y la revuelta llegara a ser equivalente a un suicidio económico, además de físico. La Disputa de la Frontera, que ya tenía una larga historia y se había convertido prácticamente en una institución, con su propio presupuesto, sus oficinas, sus oficinistas, sus rituales y sus publicaciones, proporcionaba la oportunidad y la organización para establecer innumerables relaciones con la Facultad de Nikolay y otras que eran un poco menos unionistas estudiantiles: por dar sólo un ejemplo, los departamentos de Espionaje y Contrainteligencia de ambos lados se verían seriamente disminuidos sin puntos de contacto como la mesa de negociaciones; y la diplomacia secreta que es parte esencial de cualquier negocio intercolegial sería incontrolable sin un «frente» adecuado como la Disputa de la Frontera.

—Si no existiera, tendríamos que inventarla —dijo el señor Rexford, sólo medio en broma—. Pero es mejor emplear un lenguaje que ya ha sido probado, ¿no te parece? El delegado nikolayano, por ejemplo, el tipo que se hace llamar Condiscípulo X, imagínate que dijera que su facultad se niega a cumplir con el Consejo Universitario mientras New Tammany vete el ingreso de la Facultad de T'ang. Lo que en realidad quiere decir es que ellos tampoco quieren que entre T'ang, pero decirlo no sería muy amable por su parte, de modo que si seguimos vetando la admisión de T'ang y dejamos que los nikolayanos queden bien negándose a pagar sus deudas, ellos no interferirán en nuestras colaboraciones con otras facultades. Sabemos que eso es lo que quiere decir, y el Condiscípulo X sabe que lo sabemos; entonces, nuestro delegado acepta denunciando a la gente que no paga sus cuentas y amenazando con no pagar las nuestras, lo cual significa que *sí* que vamos a pagarlas, ya que tenemos más que perder que los nikolayanos si el Consejo Universitario quiebra, pero nos resultaría difícil aprobar el presupuesto con un senado conservador, así que tendrán que dejar de lado el tema del Tendido Eléctrico hasta las próximas elecciones. —Rexford sonrió—. Todo esto debe sonarle muy cínico a alguien criado por el doctor Spielman en una granja para cabras.

—¡Me temo que *sí*! —exclamé. Pero el rector sostuvo que, lamentable o no, así era la realidad de la política; afirmó también que los mejores científicos políticos eran aquellos para quienes estos múltiples significados estaban claros al instante, y en quienes el empleo simbólico del lenguaje político estaba tan arraigado que no se sentían ni cínicos ni hipócritas en relación con la disparidad existente entre sus declaraciones públicas y sus políticas reales. Para ellos, y para los iniciados como ellos, *no había* tal disparidad: nunca confundían el símbolo con el referente—. ¡Eso no es entelequista! —protesté—. ¡Disculpe, señor: eso es digno del Decano de los Suspendidos! ¡Habla como Maurice Stoker!

Por un momento había abandonado la cautela que acompañaba a su buen humor de un modo tan característico, pero la recuperó con rapidez y adoptó su habitual rigidez:

—Supongo que, desde el punto de vista de un Gran Maestro...

—¡Desde el punto de vista de Entelequio! —insistí—. ¡Y también desde el suyo, señor!

Para entonces ya nos habíamos detenido delante de un edificio de cristal de varias plantas, donde una muchedumbre de estudiantes y policías esperaba la llegada del rector. Un pequeño grupo de dignatarios vestidos de negro bajó por las escaleras de la entrada hacia nosotros; un oficial con el uniforme de los Cuerpos de Operaciones Especiales abrió la puerta del sidecar y se puso firme a modo de saludo. Pero el rector levantó un poco la mano para indicarles a quienes habían acudido a recibirlo que esperaran un momento, me dedicó su sonrisa más traviesa y dijo:

—Evidentemente, no debemos COMERLOS los unos a los otros. ¿Tú qué harías con la Disputa de la Frontera? Tómate todo el tiempo que necesites para pensarlo.

Yo inspiré con fuerza.

—Separaría los Tendidos Eléctricos.

—¿Qué? —preguntó. Parecía ofendido.

—Posponga el simposio —le dije—. Duplique la distancia entre los Tendidos Eléctricos. Díganle al ORDACO que separe completamente sus circuitos de los del ORDACE.

Rexford afirmó que yo estaba bromeando, pero volvió a cerrar la puerta del sidecar; quienes lo esperaban fuera no paraban de moverse y de consultar sus relojes.

—Es como Stoker, o el Decano de los Suspendidos, o una enfermedad terrible —razoné—. Si uno entra en contacto con estas cosas, siempre ganan. Lo que usted tiene que ser es *extremo en el punto medio*, y no ceder jamás, ni siquiera por un segundo, ante lo suspendido, ni permitir que se confundan los opuestos. Un arco no funciona entre lo Verdadero y lo Falso; tienen que estar separados y distinguirse claramente, como si el límite entre ambos se hubiera trazado con algo tan afilado como el divisor infinito.

El rector negó con la cabeza mientras yo hablaba, pero su sonrisa se había vuelto seria y, después de todo, parecía estar escuchándome, de modo que ahondé en detalles. Hacer concesiones a las fuerzas del suspenso, dije —al Condiscípulo X ese, o a Stoker— era como ceder ante las bacterias malignas: uno podría preferir hacer ejercicio con moderación a ejercitarse como un atleta, pero nadie podría preferir una enfermedad moderada a la salud. Y la salud de una facultad, me parecía evidente, como la salud de una administración ordenada y aprobada, no surgía cooperando con su antítesis, sino repudiándola de veras. El espíritu y la letra de la ley rexfordiana decían orden, inteligencia y luz; que no hubiera en New Tammany desorden, ni sinrazón, ni oscuridad. Si bien era irrefutable que las luces del Gran Centro Comercial dependían en última instancia de lo que sucediera en el interior de la Colina del Fundador, que al menos no hubiera diálogo entre la cabeza y los intestinos, por no hablar de envidias o de imitaciones ocasionales. Prohíba a Maurice Stoker que entre al Gran Centro Comercial, lo insté, y niegue rotundamente su parentesco con usted; no tenga actividades comerciales con Ira Héctor, y mucho menos con el Condiscípulo X; suprima las negociaciones con la Facultad de Nikolay, tanto las públicas como las encubiertas; desembrolle los circuitos del ORDACO de una vez por todas; separe los cables eléctricos; trace una línea clara entre ellos, o al menos de nuestro lado, si es necesario; duplique el número de focos; triplique el de guardias...

—Usted dijo que los guardias caen de vez en cuando porque miran hacia abajo —concluí enfáticamente—; tendrían que llevar un collar especial, como los que usamos para las cabras malas, que les impiden mirar hacia abajo.

Mientras él sonreía, colocándose el flequillo sin mucha energía, y abría de nuevo la puerta del coche, estalló una conmoción en las escaleras acordonadas que conducían al interior del edificio. Apenas tuve tiempo para entrever a un tipo con un

parche en el ojo que luchaba con los policías antes de que dos guardias saltaran, con sus pistolas en la mano, para proteger al rector y me taparan la vista.

—Otro lunático —murmuró Lucius Rexford. Seguía sonriendo, pero su rostro perdió brevemente el color—. Vamos dentro —les dijo a los guardias.

—Un momento, señor —contestó uno de ellos—. Les está dando problemas.

—No parece estar armado —observó el otro guardia—. Pero igual es mejor ser prudentes.

Sin embargo, el rector no quiso quedarse en el sidecar. Cuando salió, más guardias acudieron y lo rodearon. La gente lo vitoreaba; él sonrió y saludó con la mano, pero yo noté claramente que a pesar de su popularidad y su encanto, no confiaba demasiado en el cuerpo estudiantil que tanta adoración le profesaba, y de cuyos extremos a veces surgían asesinos y Grandes Maestros. Los policías que luchaban con el hombre del parche en un ojo miraron, preocupados, hacia donde nos encontrábamos nosotros; se vio entonces el rostro de su presa, y reconocí al nikolayano que había visto a través de la malla eléctrica en la Sala de Control, con el cual Peter Greene supuestamente había tenido un altercado en la fiesta del Jueves Libidinoso organizada por Stoker. Desde luego, era difícil reducirlo: aunque lo estaban tratando de contener entre cuatro o cinco guardias, él se libró de ellos, gritó «¡Hombre grande y bueno!» y se lanzó al suelo de rodillas, en nuestro camino. Los guardias se disponían a disparar.

—¡No soy asesino! —le dijo al rector—. ¡Soy trasladado de Nikolay! ¡Gran amante de usted! ¡Hola, Gran Maestro! ¡Yo no creo!

Unos guardias escoltaron al rector con rapidez hacia el edificio, mientras otros le colocaban a aquel hombre arrodillado unas esposas en las muñecas. Sin embargo, como por arte de magia, las abrió para saludar con la mano a Lucius Rexford.

—¡Adiós, adiós! ¡Paz en la Universidad!

En medio de la confusión, me habían dejado atrás.

—¿Conoces a este tipo? —me preguntó un guardia vestido de paisano. Otros volvieron a ponerle al nikolayano las esposas en las muñecas, que él ahora ofrecía sonriente.

—Sé algo de él —empecé a decir.

—Alexandrov —se presentó el prisionero. De nuevo con facilidad, se soltó una mano para estrechar la mía, mientras con la otra se acariciaba el bigote negro—. Leonid Andreich Alexandrov, doctor en Ingeniería. Amante de Anastasia Stoker. Admirador de usted. ¡Pero no creo! ¡Escepticismo! —Su forma de darme la mano, como su constitución, era fuerte y enérgica; su ojo oscuro brillaba cordialmente en su rostro sonrosado coronado por unos rizos negros y hermosos.

—Las esposas esas deben de estar estropeadas —dijo uno de los guardias. Pero el nikolayano sonrió, negó con la cabeza y explicó, lleno de orgullo, que su talento especial para las cerraduras era lo que le había permitido atravesar la pantalla de la Sala de Control a pesar de su carga eléctrica, dirigirse hacia el edificio del Consejo

Universitario (donde su padre, afirmó, estaba al frente de la delegación nikolayana) y trasladarse a la vista de todos.

—¿Detenciones Principales, por favor? —preguntó a modo de conclusión—. Me llevan ahí ahora, ¿vale?

—Tú deberías asistir al interrogatorio —me dijeron. Los hombres de paisano se excitaron bastante ante la noticia de que su hombre era el hijo del Condiscípulo X; en vista de los delicados aspectos diplomáticos de su defección, y de mi deseo de volver a reunirme con el rector para poder terminar mis deberes, se acordó que el interrogatorio se llevaría a cabo de inmediato, en las oficinas que la delegación de New Tammany tenía en el Consejo Universitario; tanto la Facultad de New Tammany como la de Nikolay, probablemente, querrían que se retrasara el comienzo del simposio hasta que pudiera aclararse la situación.

—No —insistió el nikolayano—. Detenciones Principales. —Era muy llamativo cómo, con el menor movimiento de un músculo, lograba soltarse de ellos—. No soy trasladado —dijo entonces—. Soy espía. Vengo raptar científico. —Sonrió—. ¡Larga vida Sindicato Estudiantes! ¡Abajo aventurismo informacionalista! Me mandan a Detenciones Principales, ¿vale?

Los guardias intercambiaron unas cuantas miradas.

—Vamos dentro y lo hablamos ahí —le dijeron, casi con educación—. Si está diciendo la verdad, estará en Detenciones Principales muy pronto.

El señor Alexandrov se lo pensó un momento y después asintió.

—¿Usted viene? —me preguntó—. Señora Anastasia admira; yo admiro.

—Pero no cree —le recordé.

Abrió las esposas —dos pares, esta vez— para cogerme afectuosamente del brazo.

—Niños-cabra, *da*; Grandes Maestros, *nyet*.

Entramos mientras nuestros escoltas, muy inquietos, se dedicaban a ahuyentar a los periodistas y la multitud de curiosos. En los vestíbulos y pasillos por los que pasamos se oían conversaciones en distintos idiomas; cuando aparecíamos, subían de volumen, y un montón de caballeros que gesticulaban con gran dignidad comenzó a amontonarse detrás de nosotros. El señor Alexandrov saludó con la mano a algunos de ellos, que lo miraron con furia. En la puerta que daba a la oficina en la que entramos comenzó un acalorado debate, por medio de unos intérpretes, entre quienes parecían ser los representantes de las dos facultades involucradas, sobre la cuestión de quién debía ser admitido en la habitación.

—¿Cómo hace ese truco con las esposas? —le pregunté al prisionero, al que por el momento nadie le hacía caso—. Es muy habilidoso.

Él sonrió y me dio un puñetazo juguetón en el pecho.

—¡Gran secreto, condiscípulo! ¡No lo cuento! —Entonces comenzó a reírse impulsivamente y añadió—: ¡Pero buen amigo de señora Anastasia, vale!

Entonces me cogió por el cuello para susurrarme al oído algo que no entendí del todo bien, ya que nuestros guardias y los funcionarios nikolayanos se abalanzaron sobre nosotros para poner punto final a la confidencia. Pero aunque declaré con toda sinceridad que no había comprendido el mensaje debido al barullo, más tarde, al reflexionar sobre ello, me pareció que su desconcertante contenido era *No cerrado*, junto con la palabra *¡Soltar!*, que, en cualquier caso, podía haber sido una demanda dirigida específicamente a los guardias que nos separaron o alguna clase de requerimiento general. El nikolayano, desde luego, pareció seguir sus propias instrucciones: abrió los brazos de par en par mientras hablaba, se desabrochó el segundo botón de su camisa, que ya tenía el cuello abierto, y se aflojó el cinturón en el momento de sentarse.

—¡Gran espía! —dijo, golpeándose el pecho con el pulgar; pero el parche que llevaba en el ojo hacía que diera la impresión de que estaba haciendo un enorme guiño. Todos los funcionarios nikolayanos lo reprendieron a un tiempo; él los rechazó haciendo un gesto con el brazo y negando con la cabeza.

—Se rinde totalmente, confiesa su intención de raptar y rechaza asistencia jurídica —les dijo un oficial de New Tammany, y añadió con mucha seriedad que aunque haría salir de la oficina a los periodistas y cámaras, y permitiría que los representantes nikolayanos se quedaran, no debían interferir; el prisionero tenía derecho a hablar libremente. Por otra parte, insistió en que el señor Alexandrov no estaba en absoluto obligado a hacer una declaración, y que todo lo que dijera podría ser utilizado como prueba en su contra.

—¡Está bien! —gritó Alexandrov, y acalló las protestas de los otros nikolayanos en su propia lengua—. ¡Fracaso en mis deberes, merezco ir Detenciones Principales!

Entonces llegó a la oficina un informe que decía que el comienzo del simposio de la cumbre se había pospuesto y que el Condiscípulo X iba a venir a encontrarse con nosotros y ya estaba de camino; el oficial de New Tammany le propuso al prisionero que esperara, pero Alexandrov —cuyo estado de ánimo cambiaba frecuente y dramáticamente— afirmó, con lágrimas en los ojos, que ya antes había deshonrado a su padre, a quien reverenciaba, y que no podría soportar verlo de nuevo deshonrado. Brevemente, con exclamaciones elípticas, contó su historia: Creía con entusiasmo en un Campus sin clases y en ideales sindicalistas estudiantiles similares. ¡Sin profesores, sin alumnos! Despreciaba a Ira Héctor y otros codiciosos informacionalistas, pero admiraba a varios newtammanienses: el profesor-general Reginald Héctor, liberador de campus de concentración sigfridenses en los que él había estado prisionero durante la Segunda Revuelta Intercampus; al rector Rexford, amante de la paz y hombre de buena voluntad; a la señora Anastasia, que sería una graduada si la Graduación no fuera una mentira informacionalista, el opio de los percentiles bajos; a mí, que tenía un justo respeto por las cabras y otros animales (Anastasia, por lo visto, le había hablado de mí de un modo bastante halagador el Jueves Libidinoso), una virtud que, en su opinión, era evidente que pesaba más que

mi reivindicación de granmaestrazgo, cosa en la cual no creía, etc. Pero de todos los hombres del campus, al que más admiraba era a su padre, por su perfecto altruismo y su gran abnegación, ejemplificados en su renuncia a tener incluso un nombre...

—¡Grandiosidez! —gritó, dando golpes al brazo de la silla—. ¡Magnificidez!

Pero ahora su ojo tenía el brillo de la frustración: no podía evitar amar a aquella gente, y sin embargo, no aprobaba ese amor, que olía a idolatría informacionista. Y éste no era su único defecto como sindicalista estudiantil: padecía, según confesó, accesos de insubordinación impulsiva y de conducta independiente, que, por muchos remordimientos que sufriera después, no parecían tener cura. Cuando era un joven ingeniero de revuelta, durante la Segunda Revuelta Intercampus, por ejemplo, había sido capturado por los sigfridenses en los comienzos de la contienda; sucedió una noche, cuando se había infiltrado tras las líneas enemigas sin autorización para desatar a una cabrita abandonada por un granjero que había huido de la zona. Posteriormente, en el campus de concentración bonifacista, había dedicado sus habilidades ingenieriles a las artes de abrir cerraduras y cerrojos y liberarse; le daba vergüenza volver a su unidad, pero demostró ser tan competente para organizar las fugas de los demás que los profesores-generales nikolayanos pronto comenzaron a enviarle listas, por medio de reclutas que se dejaban capturar, de los prisioneros cuyas fugas eran prioritarias, que habitualmente eran funcionarios. Pero una y otra vez sus emociones se imponían a su disciplina, y entonces liberaba a los reclutas, a quienes admiraba por su altruismo. Al terminar la revuelta, alcanzó cierta prominencia como programador de ordenadores, pero de cuando en cuando su antigua propensión salía a la palestra, sobre todo en los casos en que, como sucedía ocasionalmente, se encontraba con un colega de cursos anteriores y brindaban más de la cuenta por sus condiscípulos caídos. Tras uno de esos episodios se había encontrado en el Jardín Zoológico Nikolayano y, transido de simpatía por los internos, había comenzado a soltarlos de sus jaulas. El furor que esto despertó fue tan espectacular, y resultaba tan difícil constreñirlo, que le hubieran pegado un tiro junto a los osos y los tigres de no ser porque su padre se desplazó hasta el lugar para ordenarle, por un altavoz y entre una muchedumbre de monos, que se rindiera.

—¡Humillancia! —exclamó, y se apoyó un puño en la frente, taciturno. Sus captores, dijo, habían perdido la esperanza de poder controlarlo, aunque cuando él había visto la carnicería que resultó de sus altruistas intenciones, había afirmado que deseaba que lo encarcelaran de por vida; no sólo había sido necesario abatir a tiros a varias de las bestias, sino que algunas se habían comido a otras y muchas de las más exóticas habían perecido al no disponer de su comida habitual ni encontrarse en su entorno cotidiano. Hubo un debate sobre cuál sería la mejor manera de castigarlo (un juicio normal estaba fuera de discusión debido al cargo que ocupaba su padre), y al darse cuenta de que sus superiores no tenían salida, les explicó con gran altruismo cuál era la manera de encerrarlo que le resultaría más dolorosa: una celda llena de espejos en lugar de barrotes. Era tan fuerte su aversión a cualquier tipo de reflejo —

se trataba de un nivel de rechazo que no podía expresar, al menos en nuestro idioma — que una celda tal no necesitaría ninguna clase de cerradura ni cerrojo para evitar que se escapara: se quedaría paralizado en el centro con el ojo cerrado.

—¡Usted también tiene un problema con los espejos! —lo interrumpí—. ¡Qué curioso! ¿Sabe que Peter Greene, el hombre con el que se peleó en lo de Stoker...?

Los funcionarios me indicaron que me callara para que el prisionero no dejara de hablar.

—¡Ja! —se rio Alexandrov—. Un bebé. ¡Pero desinteresado, niño-cabra! ¡Y ama señora Anastasia! ¡Pero estúpido! Pero bien, me gusta y no debería pelear con él. ¡Un hombre bueno! ¡Pero bah!

Aunque yo compartía esta opinión, me pareció que no venía al caso; también dejé pasar el hecho de que los dos hombres sintieran la misma aversión a los espejos, una coincidencia curiosa, porque pensé que no valía la pena el esfuerzo de explicarlo. Fuera cual fuera la causa del rechazo de Leonid Andreich, era por lo menos tan intensa como la del de Greene, evidentemente, ya que después de pasar un día y una noche en la celda llena de espejos que se le construyó de inmediato, sufrió un ataque de una especie de epilepsia y, al caer al suelo, se golpeó la cabeza contra una de las odiosas paredes con tanta fuerza que hizo temblar el cristal. Cuando se despertó, estaba en la enfermería de la cárcel y había perdido un ojo y la esperanza de poder ser, algún día, un motivo de orgullo para su facultad, de modo que cuando su padre le consiguió un puesto en la Sala de Control de la Colina del Fundador, su primera reacción fue rechazarlo diciendo que era un honor que no merecía. Si finalmente aceptó, fue para no seguir contrariando al hombre a quien más admiraba y para resarcirlo, siguiendo un plan que se le había ocurrido: su propio padre, por lo visto (uno de los traductores newtammanienses comentó que la palabra que se usa a veces en nikolayano para referirse a un prisionero significaba «padrastro», y otra persona explicó que el Condiscípulo X se había casado con la madre de Alexandrov, que era viuda de revuelta, hacía sólo una docena de años, tras la rematriculación de Leonid Andreich), había sido un experto en ordenadores antes de comenzar a dedicarse a cuestiones diplomáticas, y probablemente también hubiera estado involucrado en algún momento en tareas de contra-inteligencia.

—¿Cómo? —gritó el oficial newtammaniense—. ¡Que diga eso otra vez!

La consternación también era enorme entre los nikolayanos, que taparon las palabras del prisionero con sus protestas y pidieron que se suspendiera el interrogatorio hasta que hubieran consultado con sus superiores. Muy enfadados, censuraron lo que estaba haciendo Alexandrov, que se sonrojó y pidió disculpas por haber hablado sin pensar. Se levantó de la silla de un salto, evitando todas las manos que trataron de retenerlo; los hombres se apresuraron a bloquear las puertas y ventanas por si tenía la intención de huir o de acabar con su propia vida, pero lo único que pasaba era que estaba nervioso, y empezó a pasearse enérgicamente por la habitación, agitando los brazos. No hizo caso a las órdenes que le dieron sus

condiscípulos de no decir nada más hasta que llegara su jefe; los newtammanienses tomaban notas, encantados.

—Olvidar lo que dije sobre padre —se rio—. ¡Una estupidez en mi cabeza!

En cualquier caso, dijo, era consciente de lo igualada y crucial que era la carrera entre la Facultad de Nikolay y la de New Tammany para perfeccionar la «terriblez» de sus respectivas capacidades de COMER; al darse cuenta de que un hombre con su peculiar talento para la «liberancia» estaría en una posición ventajosa en la Sala de Control para ayudar a la causa de su alma mater, había decidido atravesar la pantalla electrificada, raptar a algún eminente científico especializado en ordenadores del Campus Occidental y, transportándolo en secreto al otro lado del Tendido Eléctrico, contribuir a que los nikolayanos se pusieran a la cabeza en la carrera por COMER; él redimiría así sus errores pasados y se convertiría en un miembro del Sindicato Estudiantil íntegro y respetado, como su padre.

—¡Pero! —Se encogió de hombros tímida y violentamente—. Vengo aquí para decir adiós a padre, veo Rexford en vez. ¡Yo admiro! Un olvidamiento; me cogen; ¡soy en desgracia! —dijo, y parecía muy satisfecho consigo mismo. Los funcionarios de New Tammany se miraron unos a otros.

—Tendría que darle vergüenza —le dije.

Un oficial frunció el ceño y le preguntó a otro quién decanos de los suspendidos era yo; le susurraron una respuesta al oído. Leonid Andreich, como si mis palabras le hubieran recordado que un hombre caído en desgracia no suele cruzarse de brazos y sonreír, se acarició del pelo rápidamente y estuvo de acuerdo con que el Condiscípulo X, que era tan disciplinado, lo despreciaría por su «incompetencia», desde luego, ya que se había dejado detener. Pero en un hombre cuyo deseo de satisfacer a su padre era tan claramente sincero, esa forma de declararse desgraciado sonaba falsa. En cualquier caso, le dije, yo no me refería a su detención, sino a sus motivos e intenciones. Admití, para empezar, que el informacionalismo se basaba en una especie de avaricia suspendida, y que ciertos informacionalistas como Ira Héctor eran, desde cualquier punto de vista, irredimiblemente codiciosos: «Suspendidos son los egoístas», estaba escrito en el Pergamino del Fundador, y suspendido no podía significar aprobado de ningún modo.

—*Da! Da!* —gritó alegremente el nikolayano—. Cualquier otro Gran Maestro. ¡No me gusta, no creo! Todos dicen.

Muy bien, dije yo (ocultando mi desazón), a ambos lados del Tendido Eléctrico se admitía que el egoísmo era reprobable. Pero la conducta de Leonid me parecía egoísta —más en relación con la vanidad que con la avaricia— tanto por sus intenciones como por sus motivos. Recordando algunos comentarios de Max sobre el tema, afirmé que si ser un sindicalista estudiantil perfecto implicaba eliminar el yo individual e identificarse de un modo absoluto con el «yo estudiantil» o con el «yo de la facultad», entonces el deseo de ser un sindicalista estudiantil perfecto, o incluso un gran nikolayano, debía hacer que quien tuviera tal deseo «suspendiera» a ojos del

Condiscípulo X, por ejemplo. El dilema de Leonid, por lo tanto, no era muy distinto del mío, o del de cualquier estudiante que cavilara correctamente, y por ello hablé de él con compasión: el deseo de lograr la autosupresión ideal, como el anhelo de graduarse, era en última instancia un deseo que tenía que ver con el orgullo y, de esa manera, resultaba contraproducente; para cumplirlo, no sólo había que suprimir el ego, sino también el deseo egoísta. Tener *aspiraciones*, me pareció, sólo era permisible, según la lógica del sindicalismo estudiantil, para el yo de la facultad.

—¡Me gustas, niño-cabra! —gritó Leonid. Por suerte, ya que otros de los que se encontraban en la habitación no estaban satisfechos con mis palabras y mi tono amonestador, y habrían impedido que la conversación continuara si Leonid no me hubiera dado un abrazo antes de insistir en que continuara.

—Bueno —dije—, supongo que usted no estará de acuerdo, pero mi antiguo cuidador, el doctor Spielman, solía decir que lo que hacen los sindicalistas estudiantiles es transferir su egoísmo normal al yo de la facultad, que entonces se vuelve más egoísta que una facultad informacionalista, a pesar de que la gente que la forme pueda ser menos egoísta a nivel individual...

Me pareció dudoso que comprendiera mi postura, por no hablar de que estuviera de acuerdo con ella; se sonrojó cuando mencioné a Max y me soltó para volver a ponerse a andar de un lado a otro por la habitación. Pero yo iba cojeando a su lado (casi todos los demás estaban reunidos en pequeños grupos hablando de la inminente llegada del Condiscípulo X) y le pedí de nuevo que me concediera que la competición entre el Campus del Este y el Campus Occidental era, esencialmente, una competición egoísta en la que las facultades de Nikolay y New Tammany eran culpables de querer, cada una, derrotar a la otra en todos los campos y de tratar de extender su hegemonía amparándose en la autodefensa. ¿Por qué, si no, querían los nikolayanos al científico especialista en ordenadores a quien él había planeado secuestrar, o por qué los newtammanienses no querían perderlo? Las facultades eran todas como Ira Héctor...

—¡Niño-cabra, niño-cabra! —gruñó Leonid sin que yo supiera con qué talante.

Un tanto consternado, le dije:

—Supongo que es todo un problema lo de ser un buen sindicalista estudiantil, ¿no?

Entonces, desde la puerta, una voz que parecía de acero pulido contestó:

—En absoluto. Un buen sindicalista estudiantil no puede tener problemas. Sólo la facultad puede tener problemas.

Supuse al instante que el recién llegado sería el Condiscípulo X. Se trataba de un hombre tan delgado y enjuto como Ira Héctor, aunque de una edad más indefinida, y tenía los mismos ojos relucientes y fríos de Ira, aunque su brillo recordaba más al del metal que al de las gemas. Llevaba un traje mal cortado de un material basto, era calvo, tenía mucho metal en los dientes y hablaba de un modo muy monótono. Le dijo dos palabras a Leonid en su lengua y éste se levantó y fue hacia él. Se miraron

mutuamente. Leonid abría y cerraba la mano y el Condiscípulo X no hacía ningún gesto ni tenía ninguna expresión en el rostro. Entonces el anciano le pidió a un oficial newtammaniense que le explicara por qué habían detenido al condiscípulo Alexandrov, tras escuchar impasiblemente la respuesta y la confesión grabada de su hijo adoptivo, le dijo a Leonid (según nuestros intérpretes) que confirmara o negara la acusación de intento de secuestro. Leonid la confirmó, añadiendo ardientemente que su motivo había sido compensar los errores que había cometido en el pasado y afirmando que antes o después encontraría una forma de ser un digno miembro del Sindicato Estudiantil y de merecer el respeto de su padre.

El Condiscípulo X se encogió muy ligeramente de hombros.

—Puede quedarse con este bobo —le dijo al jefe de los funcionarios de New Tammany, y se dio la vuelta. Leonid se lanzó tras él, con los ojos humedecidos, y después se detuvo y se dejó caer sobre una silla. Dos nikolayanos salieron de la habitación con su superior y, después de pensarlo un instante, los seguí hasta el pasillo.

—¿Señor X? —lo llamé—. ¡Señor Condiscípulo X, señor!

Él se detuvo y volvió su cráneo de cuero. Sus ayudantes me miraron con frialdad, e incluso le recomendaron (inferí por la expresión de sus rostros) que no me hiciera caso, pero él negó con la cabeza tan ligeramente como antes se había encogido de hombros y me permitió que los alcanzara.

—El protegido del doctor Spielman —murmuró con una levísima sonrisa—. No servirá de nada que trates de graduarnos a nosotros, condiscípulo niño-cabra; hasta que todo el mundo pueda aprobar, no creeremos en los aprobados. Es una lástima que el doctor Spielman se haya vuelto de percentil medio; antes era más sensato.

Noté que su acento era muy leve, y más parecido al de Max, por ejemplo, que al de ningún otro nikolayano que yo hubiera oído. Le pregunté si conocía a mi antiguo cuidador personalmente, prometiéndole saludarlo de su parte la siguiente vez que fuera a visitarlo a su celda.

—Eso no servirá de nada —dijo al momento—. Conozco al doctor Spielman por su reputación, por supuesto. No hablemos más de él.

Entonces avanzamos por el pasillo hacia una Sala de Visitas donde iba a tener un encuentro informal con el rector Rexford antes de que comenzara el simposio de la cumbre (en el cual, como su facultad estaba dirigida por un comité en vez de por un único hombre, él había recibido, temporalmente, plenos poderes para negociar de igual a igual con el rector de la Facultad de New Tammany); pero al cabo de un instante volvió al tema prohibido, expresando su escepticismo en relación con la posibilidad de que Max realmente hubiera asesinado a Herman Hermann y su desaprobación por tal hecho. Estaba de acuerdo con que había que exterminar a los bonifacistas, pero no de un modo tan *laissez-faire*, al capricho de aficionados individuales; los programas de liquidación, como los programas de «caridad», era mejor dejárselos a comités de expertos formados *ad hoc*, como los que habían

eliminado a los elementos contrarrevolucionarios de la Facultad de Nikolay o los que se habían encargado del suministro de alimentos y «materiales educativos» a ciertos campus frumencianos azotados por el hambre hacía algunos cursos, operaciones en las cuales, tal como lo expuso él mismo, «algunos participamos». De lo contrario, los sentimientos privados de odio o compasión podrían suplantar al espíritu suprapersonal en el cual debían alcanzarse los fines de la política colegial, e incluso interferir con la consecución de dichos fines.

Me disponía a asegurarle, por costumbre, que Max no podía haber cometido el asesinato, pero me vino a la cabeza el doloroso recuerdo de su confesión, así que lo que hice, con un nudo en la garganta, fue exponer brevemente mis objeciones a la doctrina sindicalista estudiantil de la supresión del yo y la insignificancia del estudiante individual, y él me escuchó sin inmutarse.

—No lo digo como newtammaniense ni como informacionista —afirmé.

—¿De verdad?

—En serio. Ya he visto lo egoísta que es la vida en esta facultad, en muchos sentidos; y en cualquier caso, un Gran Maestro no toma partido en cuestiones de política.

—Ah.

Pero la Graduación, insistí, siempre era de los estudiantes individuales, nunca de la estudiantía en su conjunto —que, desde mi punto de vista era una mera abstracción—. De modo que aunque yo condenaba el egoísmo tan enérgicamente como él, me parecía que su contrario aprobado no era el desinterés antinatural e insensible del sindicalista estudiantil entregado a su causa, sino el cálido altruismo que parecía guiar la conducta de hombres como Leonid Andreich Alexandrov, a quien yo consideraba más representativo de la estudiantía nikolayana que su padrastro.

—Yo he sentido más empatía por él que usted —lo acusé—. ¡Incluso los guardias que lo detuvieron fueron más amables que usted!

—Los estudiantes no son importantes —respondió secamente el Condiscípulo X—. Lo único que importa es la estudiantía.

El sindicato estudiantil encarnaba la voluntad general de la estudiantía, dijo, y la Facultad de Nikolay había sido designada por la historia para guiar al sindicato estudiantil en la implementación de dicha voluntad. Si Leonid Andreich, o algún otro, o todos nosotros, obstruíamos de alguna forma tal implementación, tendríamos que sacrificarnos en su nombre. La disposición a hacer un sacrificio como ése era la primera condición para ser miembro del sindicato, cuya voluntad debía cumplirse a toda costa; y hacerlo era la mejor confirmación de esa disposición.

—Pero ¿qué me dice de sacrificar a otras personas? —le pregunté—. Suponga que usted decide que el yo de la facultad requiere COMER en una gran revuelta.

El Condiscípulo X inclinó ligeramente la cabeza.

—Aunque hubiera que COMERSE a todos los estudiantes vivos de la Universidad por el bien de la estudiantía —dijo con educación—, la voluntad del sindicato tendría

que cumplirse.

Yo protesté, argumentando que no podía estar hablando en serio, pero me quedé helado al darme cuenta de que sí.

—¿Usted mismo apretaría el botón de COMER?

Nos hallábamos a la entrada de una Sala de Visitas llena de gente; muchos de los allí presentes volvieron la cabeza cuando llegamos. El Condiscípulo X se tapó la cara con el sombrero cuando empezaron a destellar los flashes de las cámaras fotográficas.

—Ser el agente de la voluntad general —afirmó a través del fieltro— es un honor sólo superado por ser su instrumento. Si la voluntad del sindicato es que se apriete el botón, entonces lo único mejor que ser quien lo aprieta es ser el botón.

Hizo entonces una reverencia apenas perceptible, aparentemente para despedirse de mí, y entró en la sala. Pero yo lo seguí.

—¡Eso es pura y simplemente vanidad! —protesté. Varios nikolayanos robustos avanzaron hacia mí cuando elevé la voz, pero continué—. ¡Es igual de suspendido que cuando Max dice que quiere ser castigado en nombre de la estudiantía! ¡En realidad usted no es altruista en absoluto!

—¡Max es un bobo! —dijo airadamente el Condiscípulo X, mostrando por primera vez alguna emoción. Pero aunque era evidente que mi crítica había hecho que se enfadara, apartó a sus ayudantes, que se habían situado entre nosotros con el ceño fruncido, y dijo en voz baja, con dureza y sin descubrirse el rostro—: La primera familia de uno fue asesinada por los bonifacistas, salvo un único hijo, que huyó con uno para morir en combate más adelante, durante la revuelta. La segunda esposa de uno murió este año. Así que Leonid Andreich es el único pariente que le queda a uno... —Hasta que no pronunció el nombre de Leonid, no entendí que cuando decía «uno» se refería a sí mismo—. Uno no está insatisfecho con ese pariente —continuó—; ¡para nada insatisfecho! Uno siente que podría ser peor que tener un hijo como Leonid Andreich... —Me dio unas palmaditas en el brazo, una muestra de sentimientos sin precedentes—. Y sin embargo, condiscípulo niño-cabra, sin embargo —sus ojos adquirieron un breve fulgor por encima del ala del sombrero —, como el deseo del sindicato de estudiantes es que cierta gente *sea admitida en sus filas*, digamos, procedente del otro lado, y como nadie es más adecuado para hacer el trabajo de acompañar a esa gente que Leonid Andreich... Por todo esto, niño-cabra, y a pesar de que es muy probable que el otro lado nunca permita que el acompañante regrese a su alma mater y al hogar de su padre, uno le *sugiere* a Leonid Andreich que se entregue a ese trabajo sacrificatorio. ¿Entiendes lo que digo? Uno incluso le *ordena* que lo haga, haciéndolo creer que, como ha sido tan indiferente a la disciplina del altruismo, sólo puede ganarse la estima de su padre de esa manera. ¡*Póstumamente*, podrías decir! Como si... —Pero se dio la vuelta. Estaba hablando con demasiada espontaneidad, y se interrumpió en mitad de la oración.

—¡Como si *tuviera* que ganársela! —le grité—. ¡Creo que quiere mucho a su hijo! —El Condiscípulo X se alejó se zambulló entre la gente, en realidad, todavía

cubriéndose la cara con el sombrero y sus ayudantes me impidieron seguirlo, así que volví a gritarle—: ¡Apuesto a que lo envió a New Tammany para que no *tuviera* que suprimir su yo!

Lo que hizo que siguiera al alcance de mis airadas afirmaciones —eran críticas, además de percepciones perspicaces, que me salieron debido a que ya desesperaba de acabar con la Disputa de la Frontera razonando con los máximos responsables de las dos facultades en conflicto— fue que un grupo de gente bastante agitada, no muy distinto del nuestro, había cruzado la habitación para saludarnos; al frente estaba el rector Rexford. La coronilla del Condiscípulo X había empaldecido de un modo considerable; la expresión de Rexford era adusta, cosa no muy habitual en él. Los flashes de las cámaras de fotos destellaban a nuestro alrededor; los guardias de paisano y otros funcionarios de ambos bandos deliberaban susurrando furiosamente, me señalaron, consultaron unos papeles y se encogieron de hombros, enfadados. Ahora formábamos un gran círculo que rodeaba al rector Rexford y al Condiscípulo X, que estaba a mi lado. Ninguno de los dos dirigentes parecía deseoso de hacer el primer gesto del apretón de manos ceremonial; ambos se volvieron con sobriedad hacia sus ayudantes. Llevado todavía por la desesperación, le dije al Condiscípulo X:

—¡Esa historia del secuestro no era más que un pretexto! ¡Usted deseaba que Leonid se *trasladara*!

Tras un momento de silencio (durante el cual los cámaras y los reporteros que sujetaban micrófonos se acercaron a la parte del círculo donde me encontraba yo), todo el mundo comenzó a gritar al mismo tiempo, y la pequeña muchedumbre, empujándonos, nos juntó a los tres. El rector Rexford, poniéndose rojo, profirió unas palabras de protesta entre las que distinguí las frases «visitante privilegiado», «credenciales especiales» y «sin causar ningún daño»; su tono parecía, al principio, tranquilizador, pero cambió cuando el Condiscípulo X, agitando el puño, gritó que no habría simposio y que el espacio entre los Tendidos Eléctricos se ampliaría, se aumentaría el número de guardias y toda la comunicación entre el Campus del Este y el Campus Occidental quedaría completamente suspendida.

—¡No puede ser! —dijo Rexford, muy enfadado, y le preguntó a uno de sus ayudantes—: ¿Puede hablar así en nombre de su facultad? ¿Qué le pasa?

Yo le ofrecí una explicación que tal vez oyeran ambos o tal vez ninguno:

—Está identificando el yo de su facultad con el suyo, en vez de al revés. Es algo muy suspendido, según sus propios criterios...

—¡Haced callar a ese idiota desgreñado! —gritó alguien y, entre numerosos insultos, me apartaron de los dirigentes, que también se habían separado, o habían sido separados por sus respectivos ayudantes. Se oían muchos comentarios, muy nerviosos, sobre «descalificaciones», «falta de vergüenza» y «negociaciones boicoteadas». Tras haberme llevado lejos de los líderes, nadie sabía qué hacer

conmigo, pues aunque su malestar y su indignación eran evidentes, se habían dado cuenta de que yo disfrutaba de cierto estatus especial en el grupo del rector.

—Que el Fundador te ayude si has sido tú quien ha hecho enfadar a X —bramó un tipo con flequillo—. ¡Has estropeado toda la suspendida Conferencia de la Frontera!

Hasta aquel momento, distraído por la simpatía que sentía hacia Leonid Alexandrov y las conversaciones sobre cuestiones ideológicas que había mantenido con él y con su padrastro, no me había percatado de la importancia de mi logro.

—¡Pero bueno, tiene razón! —exclamé—. ¡Creo que he acabado con la Disputa de la Frontera!

El ayudante conjeturó desagradablemente que quizá hubiera acabado también con la Universidad. Entonces se acercaron los acompañantes del rector, todavía agitando las manos y debatiendo con frenesí; sólo Lucius Rexford estaba en silencio, con el rostro un tanto envejecido y los dientes apretados: el discurso que tenía previsto pronunciar había sido cancelado, el simposio de la cumbre se había pospuesto indefinidamente, toda la actividad del Consejo Universitario había quedado suspendida durante el resto del día. Al verme, se detuvo, pareció dudar entre censurarme y seguir su camino y al final dijo, lacónico:

—New Tammany ha quedado en ridículo. Por suerte, va a parecer que este lío es cosa suya y no nuestra, o tuya, mejor dicho.

—No, no, señor —dije—; ése es el único problema. ¡Tiene que retirar la iniciativa! Esto justifica todas las demás medidas que sugerí. —Rexford se dirigió hacia el vestíbulo, caminando con rapidez, y yo fui trotando lo mejor que pude a su lado; sus ayudantes no disimulaban su hostilidad, pero tampoco se atrevían a detenerme.

—¡Haga con Maurice Stoker lo mismo que ha hecho aquí! —lo urgí—. ¡Vaya hasta el final, señor!

No contestó nada. No me atreví a entrar en el sidecar con él sin haber sido invitado —y, además, uno de sus ayudantes ocupó rápidamente el segundo asiento, como si quisiera evitar que yo me sentara—, pero antes de que la puerta se cerrara, traté de animarlo desde la acera:

—¡Ilumínelo todo! ¡Haga que New Tammany sea como un libro abierto!

Su motocicleta partió (por el centro de la calle, observé con satisfacción) y sus acompañantes se dispersaron, todavía discutiendo con seriedad, para instalarse en los restantes vehículos oficiales. Como nadie me invitó a que fuera con ellos, por una parte, pero por la otra tampoco me negó el privilegio de regresar al Gran Centro Comercial como había ido, encontré un asiento libre en el último sidecar de la comitiva y, ocultando con humildad la euforia que sentía por haber llevado a cabo dos tareas formidables de mi lista de deberes, le di instrucciones al conductor (un tipo innecesariamente sarcástico) para que me llevara al Hospital General de la Facultad de New Tammany.

4. HACIA EL HOSPITAL DE LA FACULTAD DE NEW TAMMANY

Aunque era consciente del afilado sentido de su pregunta, si quería que me llevara al mismo Hospital o al Departamento de Psiquiatría, la dejé pasar y supuse en voz alta que mi amigo el doctor Sear, por dedicarse a la radiología y a la psicoterapia además de dirigir la Clínica Psiquiátrica, probablemente tendría despachos en los dos sitios. Primero probaría en el edificio principal, con la esperanza de hallar información; no hacía falta que me esperara.

—No hace falta, pues —gruñó aquel gruñón, y arrancó casi antes de que me hubiera subido a la acera delante del Hospital. Pero yo estaba de un humor demasiado bueno como para denunciarlo. En comparación con los primeros dos artículos de mis deberes, este tercero me parecía un trabajo sencillo, tanto en lo que se refería a su interpretación como en lo tocante a su cumplimiento: tras haber visto, a lo largo de los últimos días, diversas muestras de las flaquezas de los demás, tanto morales e intelectuales como físicas, estaba dispuesto a afirmar que un auténtico graduado debía carecer de ellas y que un Gran Maestro tenía que ser ejemplo de características contrarias. El mandato de superar mi enfermedad había de tener, por lo tanto, un sentido alegórico, el que había tratado en vano de encontrar en toda aquella gente: del mismo modo que aprobar era aprobar y suspender era suspender, y ambas cosas se definían por medio de una distinción estricta de la otra, también se diferenciaban claramente sus emblemas corporales, la salud y la enfermedad. Que yo estaba en un buen estado físico era algo de lo que daría cuenta mi certificado de salud, el que me había escrito aquel mismo día el doctor Sear; lo único que tenía que hacer era ir a recogerlo a su despacho, o pedir una copia, si la señora Sear le había llevado el original a Harold Bray en la Rejilla de los Chivos. Como no había ninguna enfermedad que remediar, podía decirse que ya había superado al menos esa parte de los deberes de inmediato, sin perder tiempo. Pero para no dejar nada librado al azar, pensé incluso que el término podía considerarse de manera metafórica, o que el criterio del ORDACO podía ser estrechamente humano, en cuyos casos cualquier vestigio de «caprinidad» que quedara en mi carácter, por ejemplo, podría considerarse, mediante un esfuerzo de imaginación de lo más intolerante, una enfermedad; o mi «cojera», aunque desapareciera cuando me ponía a cuatro patas. Pensé que no podían acusarme de lo primero: había dejado el rebaño en espíritu mucho antes de mi partida física. Pero mientras subía hacia el despacho del doctor Sear en el Departamento de Psiquiatría, decidí consultarlo sobre mis antiguas heridas en las piernas, aunque sólo fuera para obtener un *affidávit* que afirmara que no eran ni «curables» ni «incapacitantes».

Pero este propósito se me olvidó cuando fui presa de la confusión, un momento después, al salir del ascensor y hallarme en un pasillo tenuemente iluminado desde el

final del cual un hombre joven avanzaba hacia mí a gatas, apoyándose en las manos y en las rodillas; en sí mismo, aquello no resultaba un espectáculo demasiado alarmante para alguien con una historia como la mía, pero el tipo además ladraba de un modo salvaje, y gruñía, y enseñaba los dientes. Unos instintos antiguos se apoderaron de mí: con un balido de pánico, me subí de un salto al respaldo de un sillón tapizado que tenía cerca y, cuando la criatura me tiró un mordisco al tobillo, le lancé mi vara. De inmediato fue gateando hasta ella, la atrapó entre los dientes y me la trajo trotando (el término es lisonjero: su forma de desplazarse carecía tanto de gracia como de ritmo), meneando los cuartos traseros. Parecía bastante satisfecho; es más, como si quisiera invitarme a seguir jugando, dejó caer la vara delante del sillón y se quedó sentado, esperando, con los ojos brillantes y la lengua fuera. Pero yo estaba demasiado asustado como para renunciar a mi posición elevada. Vi que había otras dos personas sentadas en el pasillo, y les pedí ayuda. Por desgracia, una de ellas (un caballero mayor) dio un salto para ponerse también a cuatro patas y lanzarse a por la vara en cuanto el que me había acosado la dejó caer; y en cuanto el subsiguiente forcejeo con abundantes ladridos los acercó hasta donde estaba la otra (una chica de colegio mixto), ésta se volvió hacia ellos, arqueó el lomo, los amenazó con las uñas y soltó un bufido.

Aproveché que estaban distraídos para lanzarme a toda prisa por el pasillo (yo también a cuatro patas, para ir más rápido, ya que no tenía la vara) y meterme en un despacho en cuya puerta vi el nombre del doctor Sear. Era una sala de espera, vacía; al final había un pequeño vestíbulo que daba, como me enteré poco después, a las salas donde el doctor reconocía a sus pacientes y les proporcionaba tratamiento. Entré en la primera de ellas, huyendo de los hombres-perro, que se precipitaron por la puerta de entrada, que me había olvidado de cerrar, y cuál no sería mi aflicción al descubrir que aquella habitación en penumbra estaba ocupada por un lunático alto y flaco: ¿qué, si no la locura, podía llevar a alguien a quedarse de pie con la cara entre las manos, contra la pared? En el momento en que le pedí ayuda, sentí una duda terrible, y después me llevé una gran sorpresa al darme cuenta, cuando se volvió hacia mí, de que se trataba de Peter Greene, y de que estaba espionando la habitación adyacente por una pequeña ventana. Mis perseguidores saltaron hacia él y yo lo previne con un grito, pero Greene, sin alterarse, les dijo «Al suelo, chicos», y los tranquilizó con unas galletas con forma de hueso que se sacó del bolsillo. Las criaturas se retiraron, cada una a un rincón, para mordisquear sus regalos, y yo recuperé mi vara, que habían llevado hasta allí.

—No muerden —me aseguró Greene distraídamente, como si estuviera preocupado. Al igual que la chica que había en el pasillo, me dijo, eran pacientes del doctor Sear que estaban esperando un diagnóstico. Anastasia le había pedido que se encargara de ellos un momento mientras ayudaba al doctor con un caso urgente. A tal fin, le había dado unas cuantas galletas para perro —la chica-gato no daba problemas, por lo visto, salvo que se la acariciara de forma indebida— e instrucciones para que

no los perdiera de vista, pero la alarmante conducta de la señora Sear, cuya aparición en el despacho constituía la emergencia, lo había intrigado tanto que había desatendido su tarea para mirar lo que pasaba en la sala de observaciones por el cristal de visión unilateral—. Sear va a tener una pequeña charla conmigo en cuanto encuentre tiempo —me contó—. Pero ha estado ocupado toda la tarde, así que yo he estado aquí sentado mirando cómo trabajaba la señorita Stacey, y demasiado enamorado, caramba, como para decirle ni una sola palabra o tratar de tener una conversación.

—La señora Stoker —le recordé.

Iba a preguntarme en voz alta cómo podía ser que la estudiantía humana considerara que era una señal de locura el hecho de que uno de sus miembros actuara caninamente y una señal de inteligencia el hecho de que un perro actuara como un humano, ya que aunque yo no sentía ninguna simpatía por el perrerío, sospechaba que había cierto esnobismo en esa actitud que, por lo que yo sabía, podía extenderse también a las cabras. Sin embargo, la inquebrantable estupidez de Greene me provocó tanta irritación, y la noticia de la dolencia de la señora Sear tanta curiosidad, que dejé de lado dicha pregunta y me acerqué al cristal, que ahora estaba un poco más iluminado que antes.

—Ha llegado muy nerviosa y trastabillando —me confió Greene—, y diciendo unas cosas que harían que se te pusiera el pelo de punta. Primero la tomé por una chiflada, por cómo se comportaba. ¡Me ha dicho cosas que seguro que no has oído en tu vida, caramba! Pero la señorita Stacey me explicó que era la esposa de Sear, que tenía una *enfermedad mental*, y entonces se la llevaron ahí dentro para calmarla.

El cristal cuadrado en el que me apoyé era demasiado pequeño para que pudiéramos mirar los dos. Greene añadió, esperanzado:

—La última vez que miré, no conseguían que se quedara quieta en el sofá.

Una mirada me bastó para darme cuenta de que ese objetivo ya se había logrado; Hedwig Sear yacía tranquilamente sobre el sillón de cuero abrazada a Anastasia, mientras el doctor les hacía mimos a ambas. Era evidente que a eso seguiría un contacto más sexual, y sentí un cierto malestar que no tenía que ver con los celos, el asco ni la indignación, como podría haber sentido un alumno de secundaria normal, sino con la triste sorpresa de que era Anastasia quien parecía estar tomando la iniciativa. Toqueteando nerviosamente unos interruptores que había en la pared, Peter Green hizo que las voces de la sala de tratamientos se oyeran por un altavoz que había sobre nosotros.

—Voy a cerrar la puerta —dijo el doctor Sear de un modo brusco— antes de que entre algún idiota.

—Más vale que también vea si el señor Greene está bien, ¿no le parece? —gritó Anastasia, volviendo la cabeza. Su voz, al menos, era tan suave como siempre.

Peter Green, exultante, me dio un puñetazo en el hombro.

—¡Si eso no es amor puro, que me digan qué es!

—Mire, Greene...

—Pete. ¿Vale?

Pretendía llamar su atención, no invitarlo a echar un vistazo por la ventana; de hecho, aunque me volví hacia él preguntándome cómo debía manejar la situación, logré tapar la escena con la cabeza e impedir que la viera. Entonces, por encima de los gemidos cada vez más amorosos de la señora Sear, Anastasia preguntó nerviosamente:

—¿Y la ventana, Kennard? ¿No le parece que alguien podría mirar?

La irónica respuesta del doctor —que si a Greene se le ocurriera mirar, se le quitarían algunas fantasías de la cabeza— me inspiró para convertir esa situación incómoda en una oportunidad para darle una explicación pedagógica.

—Creo que debería quedarse aquí y tener los ojos y los oídos bien abiertos —le dije, como si yo fuera el médico y él, mi paciente—. Tengo una idea.

Él accedió de buen grado y yo me marché a toda prisa de la sala de observaciones, cerrando la puerta a mi espalda mientras él se acercaba a la ventana y el doctor Sear pasaba a la sala de espera.

—¡Por el amor del Fundador, George! —El doctor frunció el ceño al verme, pero en expresión de sorpresa. Entonces miró hacia atrás para asegurarse de que había cerrado la puerta, y echó un vistazo al despacho vacío.

—Greene está ahí dentro con la gente-perro —le dije—. No estoy muy seguro de qué pasa con la chica-gato.

Mientras él me escrutaba para hacerse una idea de qué sabía yo, le sonreí y me disculpé por interrumpir de nuevo la terapia de su esposa. Después le expliqué apresuradamente por qué le había enviado a Greene para que lo sofisticara, sobre todo en relación con la cuestión de la inocencia de Anastasia, y repetí su propia sugerencia de que podría ser tan terapéutico para Greene presenciar el tratamiento en curso como sin duda lo era para la señora Sear recibirlo, sobre todo en vista del novedoso descaro de la señora Stoker.

—Temiblemente anómala —dijo el doctor Sear, en referencia tanto a mi propuesta como a la conducta de Anastasia—. Consulta llena de pacientes... —Pero cuando me ofrecí a ayudarlo en la medida de mis posibilidades, en pago por sus consejos sobre mi supuesta enfermedad, admitió que la idea era demasiado interesante como para rechazarla, resultara terapéutica o no—. De todas maneras, ya son las cinco —dijo—. Llamaré a un celador para que lleve a los pacientes de vuelta a sus habitaciones.

Entonces me propuso, de un modo informal, que pasara a la sala de tratamientos con su esposa y Anastasia mientras él se quedaba en la sala de observaciones con Greene, para poder darle una interpretación de lo que viera con mayor facilidad y decidir qué terapia convenía seguir a partir de sus reacciones. No hacía falta una gran sofisticación para detectar en esa sugerencia algo más que una desinteresada buena voluntad. Es mucho mejor, pensé, para la formación de Greene con respecto al

funcionamiento del campus. En cuanto a mí, la inhibición relativa a las cuestiones eróticas era una enfermedad, al menos, de la que la cabrancia me había librado: aunque no tenía demasiada experiencia, la vergüenza y la timidez en asuntos tales eran emociones que conocía, sobre todo, de segunda mano, por lo que había leído y oído. Dejé que el doctor Sear se ocupara de sus asuntos y entré con total tranquilidad en la sala de tratamientos, les di las buenas tardes a las damas y le pregunté a Anastasia, no sin ironía, si podía ayudarla de algún modo en su caritativo desempeño como enfermera.

Ella hizo un sonido y se levantó de un salto, dejando lo que tenía entre manos, se tocó la blusa y después le apoyó la mano a la señora Sear en la falda, agarró una prenda de ropa interior que estaba tirada y se sonrojó y me miró desafiante mientras hacía una bola con la exquisitez que tenía en la mano.

—¡Hay que tener coraje, George!

Me dio la impresión de que sintió ganas de salir corriendo pero se contuvo porque tenía una responsabilidad con la señora Sear, que, todavía en el sillón, le suplicaba, medio atontada, que regresara a sus amorosas tareas. Entonces le pedí que continuara con la terapia como si yo fuera el doctor Sear; comprendía, le aseguré, que en una emergencia médica deben dejarse de lado algunas de las restricciones a las que nos sometemos en la vida cotidiana, y que el contacto que tenía con la paciente era tan impersonal como la respiración boca a boca, por ejemplo.

La señora Sear levantó la cabeza, me echó un vistazo y dijo:

—¡Un huevo! —Y entonces se echó boca abajo, sonriendo, y levantó el trasero—. ¡Soy una cabra!

—¡Ay, Heddy!

Al borde de las lágrimas, Anastasia trató de bajarle rápidamente el dobladillo de la falda, pero Hedwig se lo subió otra vez y se puso a balar, con la cara contra uno de los almohadones del sillón.

—¡Vete, por favor! —me gritó Anastasia.

—No, no, Stacey, no hay problema. ¿Puedes cubrir a Hed una vez, George? Le sentará bien. Es lo que más desea en el campus.

—Be-e-e, be-e-e —dijo la señora Sear, aparentemente imitando a una cabrita, aunque sus ruidos no tenían ningún significado. Anastasia miró, indignada y nerviosa, hacia un espejo negro que había en la pared y que supuse que sería la ventana por la que antes habíamos estado mirando.

—Preferiría no hacerlo —dije en esa dirección—. No soy una cabra, ¿sabe? Ésa es una de las cosas que quería comentar con usted. ¿La señora Stoker no debería seguir con el tratamiento?

—Be-e-e —dijo la señora Sear, comenzando a contonearse, y aunque a sus ancas les faltaba el pelo que abundaba en las de las cabritas, y eran flacas y resacas comparadas con las de la dúctil Anastasia, yo todavía conservaba algo de la falta de criterio que caracteriza a los machos y me sentí ligeramente excitado.

—¡Esto es horrible! —gritó Anastasia—. ¡Me voy a casa, Kennard!

Pero la cogí por el hombro cuando se dirigía a la puerta.

—Por favor, no te vayas. Lo siento si no he estado muy amable; me sorprendió un poco verte tomando la iniciativa.

Tal vez olvidando que lo que tenía en la mano no era un pañuelo, se secó sus maravillosos ojos con la ropa interior y afirmó:

—Es culpa tuya; nunca lo había hecho antes.

Supuse que cuando decía *lo*, se refería a tomar la iniciativa, ya que me pareció que la terapia que aplicaban al caso de la señora Sear era una práctica habitual. Y me sentí más inclinado a creerla porque de inmediato me dejó tomar la iniciativa a mí: no hizo ningún intento de soltarse e incluso me permitió que le acariciara el flanco con la vara hasta que me acordé de que había decidido abandonar esa costumbre pastoral. Dos cosas (dijo mientras se sonaba la nariz con la prenda de seda) habían sido la causa de que perdiera la vergüenza de aquel modo: los reproches que le había hecho delante de la Rejilla de los Chivos, cuando ella sólo había estado intentando distraer a Harold Bray para que yo aprovechara, y la «conducta en la comida» de su marido. Sobre este último punto no dijo nada más; supuse que Stoker la había sometido a alguna indignidad que habría inventado recientemente. En cualquier caso, mi reprimenda la había dejado tan desesperada, me dijo, que se había convertido en lo que, de forma injusta, la habíamos acusado de ser: una ninfómana suspendida.

—Bah —dijo la señora Sear; me pareció que ya estaba más impaciente que lujuriosa—. Vaya semental eres.

La verdad es que su obsceno bamboleo era tan intencionado que me habría dejado frío —como sus extraños acercamientos en nuestros encuentros previos— si la hermosa Anastasia no hubiera estado cerca. Cuando la chica me apoyó la cabeza en el hombro y le acaricié el pelo para consolarla, mi excitación creció.

En vano el doctor Sear le rogó a su esposa desde la sala de observaciones que respetara mis sentimientos anticaprinos (cosa que era una interpretación equivocada de mis palabras, pero lo dejé pasar) y copulara conmigo de un modo más humano o permitiera que Anastasia reanudara la terapia original: ella rechazó con tozudez ambas alternativas, y Anastasia la apoyó, afirmando que las dos eran igualmente repugnantes. Me sentí halagado al imaginarme un toque de celos en su veto, pero me preocupó darme cuenta de que no estábamos avanzando nada en cuanto a la educación de PeterGreene. Por ese motivo, me mostré receptivo ante la sugerencia que hizo el doctor Sear a continuación a pesar de la salacidad de su tono de voz, que el interfono no ocultaba.

—En relación con el asunto de tu caprinidad que comentabas antes, George: lo que quieres es que te haga un documento que diga que eres estrictamente humano, ¿no?

—Creo que eso es lo que quiero, sí —le dije—. Mis deberes dicen «Superar tu enfermedad», y puede que sea sólo eso...

—Depravación consciente —dijo el doctor Sear secamente. Le pregunté qué quería decir—. Depravación consciente —repitió—. ¿Qué podría ser más humano?

Me pareció que aludía —de un modo indirecto— a la conducta de su esposa, quien para entonces, además de mover sus crispadas posaderas, se dedicaba a mordisquear un bloc de notas entre balido y balido, y a guiñar el ojo con lascivia. Pero él me preguntó retóricamente cuándo una cabra, o cualquier otro animal, salvo el *Homo Sapiens*, había hecho algo suspendido sólo por deleitarse de su condición suspensa. Si en la historia de la estudiantía, afirmó a modo de ilustración, un macho cabrío alguna vez había montado a una chica (como cuenta Halicarnásides en sus antiguas *Historias*, por ejemplo), no había picardía por parte del animal, sino una mera lujuria inconsciente. La chica, en cambio, debe haber tenido necesariamente apetitos extraños, salvo que, como Anastasia con los perros de Stoker, actuara motivada por una benevolencia muy poco frecuente o (como cuando Croador la atrapó en la playa) no tuviera alternativa.

Comencé a protestar: ¿acaso un hombre de la inteligencia y la amplia experiencia del doctor Sear era demasiado prejuicioso como para admitir la posibilidad del amor entre las especies? Pero entonces me di cuenta de cuál era el principio que subyacía a su apreciación equivocada y supuse, además, que uno de sus motivos para hacerla sería la exposición del pasado de Anastasia. Por ello expresé mi acuerdo, para provecho de Greene, con que de la multitud de machos y hembras con los que la querida niña que estaba a mi lado se había acoplado, al menos algunos sin duda habrían estado guiados no sólo por la lujuria, sino por el deseo consciente de aprovecharse de su carácter sumiso, un placer desconocido fuera de la especie humana.

—¡Vamos, dilo! —me desafió Anastasia—. ¡Dime que estoy suspendida, como hace Maurice! —añadió, librándose violentamente de mi brazo y acercándose a la señora Sear, quien en un nuevo ataque de desequilibrio pareció estar a punto de caerse del sillón.

—Eso no es lo que quería decir —le aseguré, aunque en mi fuero interno no estaba para nada convencido de que no fuera cierto al menos en parte: cuando se inclinó para sujetar a la señora Sear, por ejemplo, y esta persona sorprendente le puso la mano en la entrepierna con un movimiento súbito, Anastasia se puso a llorar, angustiada ante aquella nueva situación desagradable, pero no abandonó a la inoportuna señora ni le quitó la mano.

—Demuestra tu humanidad, George —me instó el doctor Sear—. Si la cosa caprina no es de tu gusto, haz algo *à trois*. La señora Stoker te deja.

Comprendí a qué se refería, y no me faltaban ganas de llevar a cabo lo que me había pedido en aras de mis diversos objetivos. Pero no estaba tan seguro como él de la disposición de Anastasia a cooperar en una exhibición de depravación consciente, y por lo tanto le dije con franqueza lo que estaba pasando:

—Peter Greene está mirando al lado del doctor Sear, Anastasia.

Al recibir esta noticia, trató de huir pero yo la sujeté por los hombros, desde atrás, y la señora Sear por el escudete, desde delante.

—Peter Schmeeter —dijo la señora Sear.

Tuve sujeta a Anastasia el tiempo suficiente (pese a los redoblados esfuerzos de la señora Sear por hacernos caer al sillón) para hablarle de la delirante convicción de Greene de que era una chica virginal, de su determinación de casarse con ella a pesar de los cónyuges de ambos y de su incapacidad para ver los aspectos suspendidos de su propia personalidad, como el «inocente» voyeurismo del que estaba disfrutando en aquel momento y del que había disfrutado en algunas otras ocasiones. Además, la informé de cuáles eran los artículos tercero y cuarto de mis deberes —«Superar tu enfermedad» y «Conocer a fondo a tu dama»— y declaré que ella podía ayudarme a terminar ambas tareas, y hacerle un gran favor también a Peter Greene, si me concedía licencia para ejercer la depravación consciente. Le dije todo esto al oído, mientras la atenazaba por el pecho.

—¡Oh, George! —se quejó y, tal vez debido a un pellizco que pudo haberle dado la señora Sear, se echó contra mí. Eyaculé casi de inmediato, al entrar en contacto con aquellas perfecciones; frotándolas contra mí, se encogió, pero no forcejeó ni trató de librarse de mi abrazo de ningún otro modo.

—¡No lo entiendo! —gimió.

Pero yo sí que entendía unas cuantas cosas, algunas por primera vez. Ahora me quedó claro que yo (¡y, por desgracia, no sólo yo!) podía hacer prácticamente cualquier cosa que quisiera con Anastasia, no porque ella fuera una mártir suspendida y dedicada a las necesidades de los demás ni una ninfómana que se engañara a sí misma, sino porque ella no tenía la voluntad de reivindicar sus deseos por encima de los deseos ajenos. Podía quejarse, pero nunca se negaba, al menos en lo relativo a los requerimientos carnales. Esta revelación (ya que para mí lo era, por muy banal o evidente que les resultara a quienes se habían criado entre humanos desde su nacimiento) iluminó, en un instante, no sólo los ya mencionados artículos de mis deberes, sino la situación en la que nos encontrábamos en aquel momento. Mi «enfermedad», supe entonces, no era ni la cojera ni la caprinidad, sino un limitado conocimiento de la naturaleza humana, inevitable en quien descubre la suya tan tarde. «Superarla», por lo tanto, debía consistir en iluminaciones como ésa. Así, las dos tareas eran una: «Conocer a fondo a tu dama» sólo podía significar entender a Anastasia; es decir, intuir lo que hay en lo más íntimo de otro ser humano, una tarea imposible sin el don de la perspicacia. El conocimiento que ahora había logrado era, estaba seguro, la consecución —«de inmediato, sin perder tiempo»— de dos artículos de mi lista de deberes, *Q. E. D.* Aunque todavía podía, por si acaso, pedirle un certificado de salud al doctor Sear (y tal vez una confirmación profesional de mi análisis de Anastasia), me pareció que mi objetivo principal ya estaba cumplido, y de un modo muy satisfactorio. Sólo me quedaba demostrarles mi tesis a Peter Greene y mi «humanidad» al doctor Sear.

—Vamos a desvestirte, Anastasia —le dije con un tono de lo más amistoso, y la dirigí firmemente en dirección al sofá.

—¡No quiero, George! —dijo ella, inquieta.

Pero la señora Sear, que ahora la tenía más al alcance, dijo «¡Qué bueno!», me ayudó a llevarla al sillón y, arrodillándose sobre ella apoyada en el almohadón, atacó la cremallera de su uniforme.

—¡Esto es horrible! —gritó Anastasia, muy enfadada, y se tapó los ojos—. ¡No veo qué necesidad hay de hacer esto!

Le imploré que confiara en mí, como había hecho en el funeral. Mi plan era montar simbólicamente a Hedwig Sear, pues aunque ansiaba con gran intensidad a la esposa de Maurice Stoker (más aún al ver de nuevo sus adorados flancos) y no sentía ningún apetito en absoluto por la de Kennard Sear, la sugerencia del ORDACO de que yo podía ser el hermano de Anastasia me refrenaba, impidiéndome seguir mis impulsos por el bien de ella, que, me imaginaba, compartiría el punto de vista predominante entre quienes todavía no se han graduado sobre el incesto. Cubrir a una mujer que me parecía repelente tendría que bastar para demostrar mi humanidad; mucho más, en mi opinión, que abrazar a una a quien —a pesar de nuestra posible consanguinidad y de las obligaciones derivadas del granmaestrazgo— casi le había dicho que la amaba.

—¡Lo que pensará el señor Greene! —se lamentó Anastasia. Mientras Hedwig Sear se inclinaba para darle un mordisco, me fijé, sintiendo una punzada ardiente, en el verdugón que mis propios dientes le habían dejado en la tripa. Ah, era cierto. Una vez empollada, esa idea no alzó el vuelo, sino que anidó en mi imaginación: ¡amaba a Anastasia! Y no como a una pariente o a una discípula, sino como a una chica humana. Y de repente temí no sólo que pudiéramos ser familia, sino que yo pudiera, por cualquier motivo, no parecerle adorable. ¡Horrible posibilidad! Era evidente que ella me admiraba; pero por desgracia, su admiración, como su dulce cuerpo, no era sólo para mí, y no tenía nada que ver con el amor. Y por otra parte, pensé, que el Fundador me apruebe: ¿acaso en los anuarios que reflejaban la historia del campus figuraba que algún Gran Maestro hubiera tenido una amante?

—¿George?

Era una reprimenda, tímida pero clara. Anastasia me miraba las manos, que yo había apoyado sobre las ancas de Hedwig. Tal vez por mis problemáticos razonamientos (¡había superado mi enfermedad!) o por el empuje de la señora Sear, me encontraba capado, por decirlo de algún modo, y me vi obligado a tratar de ganar tiempo con improductivas actividades preliminares. La mujer no me hizo ningún caso, pero Anastasia se incorporó bruscamente y declaró que aquello no le gustaba nada y que había decidido marcharse.

—¡No, ahora no! —le rogó el doctor Sear desde la puerta, donde apareció solo—. Justo iba a unirme a vosotros.

A pesar de que esta interrupción me alivió bastante, me bajé las vestiduras con el ceño fruncido y le pregunté dónde estaba Peter Greene.

—Me temo que el pobre no ha podido resistirlo —dijo el doctor afablemente—. Cuando entré estaba blanco como una sábana, y tu comentario sobre el voyeurismo funcionó. Le di un sedante por miedo a que se desmayara o se agitara, y se quedó dormido de inmediato. Como un niño de cinco años, de hecho. Un umbral muy bajo. —Me tocó la parte baja de la espalda con una mano y le dio unas palmaditas en la mejilla a Anastasia, que estaba muy perturbada—. Muchas gracias por tu ayuda —le dijo—. Creo que a lo mejor hemos conseguido quitarle un poco la tontería. —Y entonces, sonriéndole a su esposa, dijo—: ¿Te importa que me sume? Después iremos todos a cenar.

La señora Sear no contestó: desde que Anastasia se había incorporado, se le habían puesto los ojos vidriosos y se había desplomado junto al faro oscuro del Desfiladero de George, bajo cuya guía G. Herrold había encontrado su final.

Anastasia negó con la cabeza.

—No me gusta esto de la depravación consciente. ¡Ha sido un día terrible!

Asombrado ante mis propios sentimientos, observé cómo volvía a abrocharse la ropa. El doctor Sear me echó una mirada amigable e irónica; una invitación, pensé, a ejercer mi voluntad sobre ella, como sabía que podía hacer. Pero dije que yo también había tenido un día duro, que todavía no había concluido, y que lo único que me apetecía era comer. Él se encogió de hombros, encendió un cigarrillo y reiteró su propuesta de cenar.

—¡Una copa hará que Heddy se espabile, y le diremos a Greene que venga, si podemos despertarlo!

Anastasia al principio rehusó arguyendo que su marido, que «había estado fuera de sí» en el almuerzo, quizá la estuviera esperando en su casa y que, en cualquier caso, prefería no pasar la vergüenza de encontrarse con Peter Greene durante una temporada. Pero yo la presioné para que viniera con nosotros, ya que tenía cuestiones muy importantes que comentar con ella: los aprietos de Max, el certificado que le había hecho Bray y nuestra relación. Al oír esto último, me clavó los ojos. Lo mismo hizo el doctor Sear con los suyos, mucho menos acusos. Yo me sonrojé.

—No es lo que te imaginas... Luego te lo explico.

—Ah —dijo, y se puso a toquetear una de las pulseras que llevaba—. Bueno.

Aceptó venir con nosotros al menos hasta el apartamento de los Sear, ya que estaba de camino a su casa, y telefonar a la Central Eléctrica desde allí. El doctor Sear me agradeció que aceptara su invitación, afirmando que yo podría demostrar mi humanidad tan fácilmente después de un *filet mignon* como antes, y con un guiño expresó su disposición a renunciar a su certificado si a mí me parecía necesario. Entonces se puso a revivir a su esposa, mientras Anastasia se colocaba bien la ropa; satisfecho con la posibilidad de retrasar mi respuesta, fui a atender a Peter Greene. La verdad es que la mención de la carne inhibió mi apetito de manera considerable, al

igual que el reconocimiento de que estaba empezando a enamorarme. Aunque me dolían los testículos y me rugía el estómago, casi no podía soportar pensar en sexo o en comida; sólo quería ir a cenar con ellos para hablar con Anastasia y con el doctor Sear (precisamente sobre la cuestión que él acababa de mencionar, entre otras); de lo contrario, me habría retirado a algún lugar privado para examinar mi corazón y lo que éste presagiaba.

Al final no fuimos a cenar al apartamento de los Sear ni a un restaurante, sino que pedimos a la cocina del hospital que nos llevaran la comida al despacho, ya que ni la señora Sear ni Peter Greene estaban en condiciones de salir del edificio. Este último, a quien encontré despertándose en un sillón en la sala de espera, me saludo con el gemido más triste que había oído jamás; se levantó para abrazarme o pegarme, pero rompió a llorar y volvió a sentarse, negando con la cabeza.

—¡Oh, Fundador! —dijo, con una enternecedora ronquera—. ¡Es la más suspendida del campus!

Por lo visto, lo que había presenciado desde la sala de observaciones le había causado un impacto más profundo de lo que yo me había imaginado. Del mismo modo que antes parecía creer que el corazón humano era esencialmente aprobado, ahora lo consideraba esencialmente suspendido; de nada sirvió que yo le sugiriera que lo que era en realidad era desesperadamente humano. Anastasia era una zorra, aseguraba, más que la hija del viejo negro de George, quien por lo menos había confinado su puterío a los varones humanos; el doctor Sear y su esposa eran unos perversos tremendos; a mí me salvaba, puesto que había entrado en aquel juego libertino sólo por el bien de él —y, de hecho, me agradeció amargamente por haberle abierto los ojos a la verdad, como sólo podría hacerlo un Gran Maestro—, pero ahora estaba de acuerdo con que el resto de la estudiantía, incluido él mismo, era sin duda tan suspendida como yo había dicho.

—¡He sido un ciego y un idiota, caramba! —gritó.

Exageró su desprecio hasta tal punto que me pareció tan equivocado como su optimismo anterior. En particular, su descontento consigo mismo era tan intenso que se estremecía al hablar, como si tuviera fiebre. Era evidente que no estaba en condiciones de conducir: cuando Anastasia entró en la sala para pedirle perdón, él vomitó en un cenicero de pie, cosa que a ella le causó un gran malestar, y el doctor Sear tuvo que volver a sedarlo hasta que quedó inconsciente. También Hedwig, dijo el doctor con serenidad al extraer la jeringuilla, estaba más fuera de combate que de costumbre; también la había sedado a ella.

—¡Qué desgracia! —se quejó, tras pedir la comida por teléfono. No supe si se refería al estado de su esposa, al cambio de planes para la cena o al hecho de que Anastasia tuviera que limpiar lo que había ensuciado Peter Greene hasta que, un momento después, añadió—: Es una pena que no hayas conocido a Hed antes de que se pusiera así, George. Siempre estaba dispuesta a todo, siempre llena de energía. Nada la desanimaba. Eclipsaba a Stacey totalmente... —Negó con la cabeza y se dejó

caer en el sillón para relajarse con un cigarro fino, al lado de los pies de Greene—. ¡Qué bien lo pasábamos! Últimamente, desde luego, ya no es la misma. Unas presiones terribles. Pero sigue siendo el matrimonio más genuino que conozco. La verdad es que es ideal.

Yo no pude ocultar mi incredulidad. Anastasia también se quedó quieta un momento, con un trozo de papel de cocina en la mano, y después siguió frotando. El doctor Sear sonrió.

—Lo que quiero decir es que es la única forma de matrimonio auténtica y plena de sentido, para la gente culta en la época moderna, porque está basada en la libertad, la franqueza y la igualdad, y no hay en ella lugar para lo ilusorio. Puede que no funcione, pero incluso si resulta que es imposible, no vale la pena intentar nada más. —Arrugó la frente y añadió, haciendo una broma cordial—: Yo conocí a fondo a mi dama desde el principio, en todos los aspectos; y Heddy hizo lo mismo.

—Y ¿lo satisfizo lo que vio? —le pregunté—. Había estado pensando en mi ambivalente percepción de Anastasia, pero el doctor Searse tomó la pregunta como un reto y, muy cordialmente, contestó:

—Te refieres a su lesbianismo, supongo, y a mis tendencias homosexuales...

—¡No, no, señor! Lo que yo...

—No te disculpes —insistió—. Me gusta mirar las cosas cara a cara. —Entonces afirmó que dichas tendencias (cuya asunción en mí mismo, sugirió, bien podría ser el verdadero objetivo del punto cuarto de mis deberes) no eran inherentemente aprobadas ni suspendidas, en su opinión. Después secundó la máxima de que el autoconocimiento siempre suponía malas noticias y que sentía tanto rechazo por sí mismo como el que más—. ¡Pero bueno, hay otra posibilidad! —exclamó, interrumpiendo su confesión con una carcajada—. ¿Por qué no te masturbas?

—¿Cómo dice, señor?

—¡De verdad, Kennard! —La reprimenda de Anastasia iba muy en serio; todavía tenía los ojos rojos y una expresión de tristeza por lo que había acontecido en la sala de tratamientos, y no escuchaba nuestra conversación con demasiada atención—. Ya basta, ¿no?

—Perdona —dijo el doctor, risueño—. Lo que quiero decir es que si «Conocer a fondo a tu dama» significa «comprender los elementos femeninos de tu psique», es sólo otra manera de decir «Conócete a ti mismo», ¿no te parece, George? Pero como todo este asunto del granmaestrazgo tiene un toque como sacado del Pergamino del Fundador, quizá la palabra *conocer* debería interpretarse en el sentido que se le da en el Antiguo Programa, de conocimiento carnal. En otras palabras, «Fornícate a ti mismo».

No supe con certeza hasta qué punto esta interpretación era un juego de palabras; su primera parte me pareció bastante razonable, sobre todo porque no contradecía mis propias especulaciones. Pero Anastasia le dijo que debería darle vergüenza.

—La verdad, a veces pienso que le gusta hacerse el travieso —afirmó, y se dirigió a la puerta, donde esperaba una doncella que nos había traído la cena en un carrito. Al doctor le encantó su comentario, que a mí me pareció banal, por muy enamorado que estuviera.

—Y así es, como ya sabes —me dijo—. Y me desprecio, por supuesto. ¿Qué otra cosa puede sentir un hombre inteligente y sincero? No puedo tomarme en serio a nadie que no se deteste. Por eso admiro a Zambo.

Acepté una ensalada que había en el carrito. Estuve a punto de desmayarme al ver unos fragmentos de músculos de buey que había en los platos y reanudé la conversación para evitar imaginarme el bovicidio que había de tener lugar cotidianamente para alimentar a la carnívora estudiantía al anochecer.

—Usted dice que admira el desprecio que siente Zambo por sí mismo, señor. ¿No será que en realidad sólo le envidia sus motivos? —La pregunta era sincera, pero admito que sentí un placer muy poco granmaestril al defender lo que sabía que era la postura de Anastasia. A lo largo de la cena —mientras el doctor Sear, de muy buen humor, reconocía las perversiones a las que eran dados él y su esposa y admitía que el estado actual de ella debía ser, al menos en parte, efecto de la acumulación en su espíritu casero y sencillo de sus años de libertinaje, aunque defendía su biografía argumentando que la «experiencia total», si bien resultaba ruinoso, era imprescindible para alcanzar el conocimiento— fui consciente de un modo totalmente antinatural de la presencia de mi amada en la habitación. Ella casi no dijo nada durante nuestra conversación, pero cuando yo trataba de señalarle al doctor Sear (tras suplicarle que me diera permiso para marcharme) que todavía podía detectarse mucha ilusión e inocencia en su pensamiento, y autoengaño en sus confesiones, y orgullo en su desprecio por sí mismo, vi por el rabillo del ojo su mirada brillante y me ruboricé con la certeza de que era una mirada de aprobación.

—Admítalo, señor: a usted su desprecio por sí mismo le parece... interesante, ¿verdad?

Él ladeó la cabeza, pensativo, mientras empalaba un trozo de carne con el tenedor.

—Digamos provocativo. Sí, provocativo, definitivamente. Lo cual es, supongo, un motivo más para odiarme a mí mismo, como dices tú.

—Lo cual lo vuelve más provocativo, claro.

—¡Muy bien, George! La verdad es que me sorprendes.

Pero yo estaba demasiado deseoso de la estima de Anastasia (por no hablar del bienestar final del doctor Sear) como para quedarme satisfecho con elogios sosos como ése. Lo que quería, le dije, no era sorprenderlo, sino que aprobara, y un requisito imprescindible para lograr tal objetivo era que estuviera verdaderamente convencido no sólo de que no estaba aprobado (a pesar del certificado que le había hecho Bray, en quien yo notaba que Sear no tenía demasiada fe), sino de que estaba suspendido.

—Espera un momento —protestó con algo más de firmeza—. Se te olvida lo que Ginandro...

—Ginandro era profe de Profecía, señor —lo interrumpí—. Eso supone todo un campus de diferencias. Ginandro no hacía las cosas simplemente por curiosidad; ni siquiera tenía un interés particular por ver todo lo que veía. Pero hacía cosas. Tenía... un poder. No era un mero espectador.

El doctor Sear concedió que tenía cierta razón, y esta vez su expresión de asombro ante lo que llamaba mi «discernimiento innato» fue más sincera, menos forzada.

—Pero mira, George —dijo, haciendo una ligera mueca—, hay un factor en el estado de Hedwig, y en mi manera de actuar, que no estás teniendo en cuenta, cosa que es muy natural, ya que no se lo he contado a nadie más que a mi esposa. —Se quedó mirando fijamente la ceniza de su puro—. La cuestión es que ya no voy a estar en el campus mucho tiempo...

Aunque se tocó la pequeña venda que tenía en la frente al hablar, yo no comprendí lo que quería decir hasta que Anastasia, soltando un gritito de compasión, apartó su bandeja y fue a toda prisa hasta el sillón donde estaba el doctor. Él apoyó su distinguida cabeza en el pecho de ella, que afirmó entonces que sabía que esa «herida» era más importante de lo que le había dicho. Sus lágrimas cayeron abundantemente sobre el pelo plateado de él. Yo casi envidiaba el carcinoma de células escamosas que había provocado tal demostración de simpatía. Había empezado, nos contó en voz baja, como una pequeña protuberancia en el puente de la nariz, que se había ulcerado, pensaba él, debido al contacto diario con la montura de sus gafas. Él mismo lo había diagnosticado como maligno y había prescrito que se lo extirparan, pero el cirujano amigo suyo que lo hizo descubrió, durante la operación, que ambas órbitas estaban afectadas, así como los senos paranasales.

—Te habrás dado cuenta —dijo, casi avergonzado— de que muchas veces tengo muy mal aliento. La causa de ello, por fortuna, también impide que pueda olerlo, ni ninguna otra cosa. —Trató de convertir esta circunstancia en un ejemplo irónico de compensación trágica, pero Anastasia, que entendía mucho mejor que yo la relevancia de sus palabras, imploró, llorosa, que dejara de tomárselo a la ligera, y que se sometiera a un tratamiento contra el cáncer de una vez, antes de que su vista y toda su vida siguieran los pasos de su sentido del olfato—. Tonterías, querida —dijo él, y le dio unas palmaditas en el brazo—. Tengo un veinte por ciento de posibilidades de vivir otra década si dejo que me amputen la nariz; quizá un treinta por ciento si me quitan también los ojos. ¡No, gracias!

Nos explicó que había dedicado su vida a la admiración de la belleza y a la ampliación de su experiencia y de su sabiduría; no veía ningún motivo para quedarse desfigurado a cambio de unos pocos horribles cursos extra. Además, aunque suponía que el arte y el conocimiento no tienen fin, no podía evitar sentir que ya había tenido un exceso de ambos. Consideraba que su vida había sido agradable, rica y variada;

por esa misma razón, últimamente estaba un poco aburrido de ella; ya nada le proporcionaba el placer de las auténticas novedades, por lo que confesó que esperaba su muerte con el entusiasmo moderado del *connoisseur*, ya que era la única experiencia que le quedaba por tener. Para él, la elección era sólo estética: podía quitarse la vida de inmediato o dejar que el cáncer lo convirtiera en un loco ciego y purulento antes de matarlo uno o dos años después. Esta última opción le resultaba atractiva, por ser la más pasiva y exquisita; siempre había preferido dejar que el destino fuera escribiendo el guión de su vida a desempeñar el papel de autor. Por otra parte, aborrecía la monstruosidad y la inconsciencia, sobre todo cuando iban de la mano; antes de que el carcinoma le llegara al cerebro, estaría aturdido por el sufrimiento o narcotizado contra él, y ¿qué valor tenía una experiencia que uno no podía experimentar?

—En fin —concluyó con un bostezo, como si también ese tema hubiera comenzado a aburrirlo—. Por supuesto, todo esto ha supuesto un gran problema para Heddy; ella nunca ha sido una filósofa.

Anastasia lo besó por todo el rostro, pero especialmente en la venda fatal. Ni las protestas ni las palmaditas de Sear lograron mitigar su preocupación.

—¡Si hubiera alguna forma de ayudarlo! —se lamentó, y yo entendí, con una punzada de dolor, que si el doctor hubiera sido un hombre con apetitos normales, ella se habría sentido muy agradecida por poder aliviar su tristeza con sus maravillosos encantos.

Yo también sentí pena y le pedí que me perdonara por mis anteriores críticas, aunque no pude evitar pensar que el hecho de que estuviera enfermo, por muy grave que fuera su caso, no era en absoluto relevante para lo que estábamos debatiendo. Me sentí satisfecho y humillado cuando, un instante después, el doctor Sear reconoció precisamente eso. Anastasia se había ido al baño para tratar de tranquilizarse.

—Soy consciente —dijo— de que mi actitud hacia la muerte es igual de perversa que el resto de mis actitudes. Despreciablemente degenerada, si quieres. Y por lo tanto, yo la desprecio, como debe ser, lo cual es aún más degenerado, etcétera.

Le pedí que disculpara mi falta de tacto, ya que tenía muy poca experiencia en relación con la actitud humana ante la muerte (las cabras, no hace falta decirlo, no tienen ninguna opinión sobre el tema); sin duda, sería presuntuoso por mi parte que le diera consejo, y sobre todo en esas circunstancias...

—No, no, no —insistió, ya más alegre—. Tienes toda la razón: el cáncer no hace al caso. Tienes que ayudarme a enseñarle eso a Hedwig. Bueno, tendrás alguna receta para darme, ¿no? ¿Algún consejo para los Finales?

Me di cuenta de que estaba siendo irónico, pero de todas maneras le planteé una idea que se me había ocurrido cuando pensaba en su certificación en relación con las otras certificaciones que ya había cuestionado. Era la siguiente: que en tanto disfrutara de su desprecio por sí mismo y considerara que sus defectos eran provocativos, no estaba siendo «en absoluto ignorante»; por el contrario, su

incapacidad para ver la diferencia vital que había entre Ginandro y él —entre el mántico y el *connoisseur*— me demostraba que, al fin y al cabo, era un ingenuo.

—¡Ingenuo! —Estuvo a punto de echar la ceniza del puro en la taza de café—. ¡Ingenuo!

Se quedó sin palabras. Yo me sonrojé, pero insistí en el término. ¿Acaso había algo más fundamentalmente inocente que la incapacidad de distinguir lo aprobado de lo suspendido?, le pregunté. ¿No había aludido él mismo, en el anfiteatro, a los versos del Antiguo Programa que condenaban a la estudiantía caída al «conocimiento de la verdad y la mentira», es decir, a la conciencia de su suspenso? Y sin embargo, él seguía creyendo —ingenuamente, en mi opinión— no sólo que la conciencia absoluta de ser suspendido era en cierto modo equivalente a aprobar, sino también que experiencia era sinónimo de depravación. En resumen, confundía la inocencia y la experiencia, el autoconocimiento y el autoengaño, lo aprobado y lo suspendido.

—Ya veo —dijo con serenidad el doctor Sear—. Y ¿cómo me sugieres que corrija esta lamentable ingenuidad?

Lo que le sugerí, obstinadamente, fue que aprendiera a despreciar su desprecio por sí mismo de verdad, y no sólo de un modo voluptuoso, llegando a comprender las dimensiones de su perversión...

—Ah —dijo él, animándose de repente. Yo me apresuré a añadir que lo que tenía en la cabeza no era que siguiera elaborando sus entretenimientos habituales; la depravación *à quatre* no era más perversa que la depravación *à trois*, sostuve, del mismo modo que el voyeurismo a través del fluoroscopio no era más obsceno que a través de los cristales nocturnos de Eierkopf. No, la perversión consumada para un hombre de su carácter, tal como yo lo veía, era todo lo contrario: que rehuyera todo lo provocativo y exótico, si quería saborear lo absolutamente suspendido de su vida; que buscara las satisfacciones más humildes, las más corrientes...

—¿A qué te refieres exactamente? —me preguntó—. ¿A que coma la carne muy hecha? ¿A que me tome una lata de cerveza con la cena? ¿A que me pase la tarde mirando la telerama?

Mientras enumeraba tales sugerencias, vi que comenzaron a temblarle los orificios nasales y que estaba cada vez más convencido de mi buen juicio. Yo negué con la cabeza.

—Es su vida sexual lo que tenía en la cabeza, señor. Creo que tendría que recuperar a la señora Sear.

Él estaba a punto de darle un trago al café, y levantó la vista con la taza delante de la boca.

—¿Cómo dices?

—Que cubra a la señora Sear usted mismo, señor, y de la forma ordinaria. Crúcese con ella otra vez. Supongo que no habrá pasado la edad de procrear, ¿verdad?

Estaba demasiado perplejo como para contestar, pero mientras yo estaba pensando que tal vez me estuviera equivocando con los términos relativos a la cría de humanos, Anastasia se acercó por el pasillo soltando exclamaciones.

—¡Ésa es una idea perfecta! —gritó, y me dio un beso en la sien—. ¡Es justo lo que necesita Hedwig, Kennard! ¡Especialmente ahora!

El doctor Sear se burló: las dolencias de su esposa, su viudez inminente, su incipiente menopausia, por no hablar de las peligrosas circunstancias en que se hallaba la Universidad, que eran cada vez peores, y el carácter absurdo de la existencia en general... Anastasia lo cogió del brazo, se apoyó en su hombro, apretó su mano seca, apasionada ante la idea de la procreación; con argumentos tan convincentes como esos, hasta yo habría montado a la señora Sear. Supe entonces —pues la dama me parecía cada vez más transparente— que Anastasia habría aceptado alegremente la simiente de aquel hombre en su útero infructuoso, de puro solícita, o habría permitido a su esposo o a su más querido amante que fecundara a la señora Sear, si el doctor no podía hacerlo.

—¡Pero imagínese lo, Kennard! —gritó, entusiasmada—. ¡Un bebé para Hedwig!

Entonces vino a mi lado a toda prisa; su excitación incluso estimuló a Peter Greene a soltar un gruñido en su estupor. Esta vez tiré de ella con descaro hasta sentarla en mi regazo, confiado en mi conocimiento; desde luego, ella dejó que lo hiciera, como habría hecho con cualquier otro que supiera cómo había que tratarla, y mi corazón latió con fuerza mientras me hervía la sangre al entrar en contacto con ella.

El doctor Sear dejó su taza, que repiqueteó sobre el platillo, y comenzó a andar de un lado a otro de la habitación.

—¡Es ridículo! ¡Inconcebible! —Se rio de forma desagradable—. ¿Por qué pensáis que no hemos tenido hijos en todos estos años? Además... pero ¿qué importa? ¡Es absurdo!

Tras decir esto, se cruzó de brazos, resopló y nos clavó la mirada, soltó una carcajada y se colocó bien las gafas encima de la pequeña venda, mientras Anastasia se echaba a llorar y me abrazaba en busca de consuelo: era la reacción más fuerte que había provocado hasta entonces con mi *Maestrazgo* (pues de *Maestrazgo* se trataba, pensé con una intensa sensación de asombro, lo que había estado haciendo desde que había pasado la Rejilla de los Chivos, además de terminar mis deberes).

—¡Mamá y papá Sear! —bufó, negando con la cabeza y mordiéndose el labio inferior.

—¡Sí! —Anastasia dio unas palmadas—. ¡Es la respuesta definitiva! ¡Eres un genio, George!

Sear dejó de moverse por la habitación y me miró entornando los ojos con caprichoso respeto.

—Es más difícil de complacer que Harold Bray, eso está muy claro. ¡Hedwig y yo!

Cada vez que él mencionaba mi propuesta, Anastasia daba un brinco. Me sentí aliviado al ver que Peter Greene mostraba señales de estar recuperándose, pues si ella no se me hubiera quitado de encima (deseando marcharse para que él no sufriera más daños al verla), yo probablemente habría acabado inseminándome a mí mismo. Dijo que telefonaría a su esposo desde el piso de abajo —tendría que haberlo hecho antes; él se había comportado de una manera tan rara durante el almuerzo— y pararía un taxi o esperaría a que viniera a buscarla uno de los guardias de la Central Eléctrica, si es que Stoker le enviaba uno al hospital. El doctor Sear, acordamos rápidamente, mantendría a Greene bajo vigilancia, allí mismo o en su casa, hasta que su trauma pudiera evaluarse y reconducirse hacia un autoconocimiento maduro, que era el objetivo a lograr con él.

—Nada *à trois*, lo prometo —me dijo, y negó una vez más con la cabeza, consternado por mi propuesta—. Tú estás invitado a pasar la noche también, ¿sabes?; todavía no hemos podido hablar sobre Max y todo eso, y quiero echarle un vistazo a esos deberes de locos que has comentado... ¿o pensabas irte con Stacey?

Desde luego, yo no me había planteado qué iba a hacer, y mucho menos dónde iba a pasar la noche; el reloj de pared del despacho del doctor Sear marcaba las siete; el mío, las seis. En cualquier caso, ya estaba atardeciendo y, aunque estaba cansado, pensé en que quedaban varias tareas por hacer. Entonces me puse en pie y me saqué la lista de deberes del bolsillo.

—La verdad es que hay unas cuantas cosas importantes que quiero hablar contigo —le dije a Anastasia—. Muy importantes. A ver qué es lo que sigue en la lista... Dice «Re-emplazar el Pergamino del Fundador en su sitio». ¿Qué habrá pasado? ¿Lo habrán perdido?

El doctor Sear y Anastasia coincidieron en que el llamado Pergamino del Fundador (una serie de fragmentos del Antiguo y el Nuevo Programa que habían sido hallados recientemente en una excavación y que le había regalado a New Tammany el rector de la Facultad de Nuevo Moise, donde habían aparecido los rollos, como agradecimiento por la ayuda que los moisianos de New Tammany le habían prestado a su alma mater simbólica), que ellos supieran, no había desaparecido de la vitrina en la que estaba expuesto, en la Biblioteca Central. El doctor Sear, sin embargo, recordó haber leído que la Oficina de Catalogaciones estaba teniendo ciertos problemas con la cuestión de archivarlo de modo permanente: el ARCHIVACO, el dispositivo automático de clasificación y archivo del ORDACO, que funcionaba a partir de las definiciones con que había sido programado originalmente por diversos eruditos y que después había ido mejorando con sus técnicas de autoexploración, no podía decidir (por decirlo de algún modo) si aquella valiosa reliquia debía catalogarse en la sección de Religión, Filosofía, Literatura, Arqueología, Arte o Historia; todos los departamentos de estas especialidades la reclamaban. Cuando los encargados de la Biblioteca lo habían llevado físicamente ante el ARCHIVACO como último recurso, con la esperanza de obligarlo a realizar un arbitraje mecánico, el Pergamino había desaparecido durante

unas angustiosas horas en las estanterías automáticas antes de ser devuelto calificado de inclasificable.

—Y sin embargo dice *re-emplazar*, ¿verdad? —reflexionó—. No *emplazar*. Es una tarea intrigante.

Me di cuenta de que no estaba muy centrado en el asunto; aunque se acordó de darme el certificado de salud que le había pedido, y le sugirió a Anastasia que me indicara cómo llegar a la Biblioteca cuando saliera, seguía meditando en el consejo que yo le había dado.

—Que tenga un buen fin de semana —le deseó Anastasia enfáticamente cuando salimos.

Sus mejillas, cuya piel semejaba a las de las vitelas, se sonrojaron.

—¡Ridículo!

—¡Por favor, Kennard! ¡A Heddy le encantaría, lo sé! —Y a ella todavía más, noté. Cuando llegó el ascensor se le ocurrió una nueva propuesta—: ¡Llévela al Motel Luna de Miel, Kennard!

—¡Ay, Stacey!

Se dio la vuelta y cerró la puerta de su despacho, pues Greene ya estaba comenzando a agitarse ruidosamente. Pero incluso Anastasia se dio cuenta, y lo expresó con una risita, de que si él se había impacientado tanto con nosotros era porque se sentía un poco avergonzado, y de que lo que lo desconcertaba era que en realidad la idea le resultaba fascinante.

—¡Eres un encanto por haberlo pensado! —dijo, y me cogió del brazo. Su excitación estaba clara y no alivió precisamente mis viriles calambres amorosos; pero aunque entré en el ascensor más cojo de lo que había salido de él un rato antes, me alegré de estar dos pasos más cerca de la Puerta de la Graduación.

5. HACIA LA BIBLIOTECA

Una vez estuvimos solos en el pequeño compartimento, su timidez volvió: me soltó el codo y apartó los ojos de la protuberancia que se notaba en la parte delantera de mis vestimentas.

—Disculpa mi erección —le dije para tranquilizarla, y le aseguré que a pesar de mi evidente deseo, al que ahora había que sumarle el amor que sentía por ella, no tenía la intención de montarla.

—¡No hables así! —me rogó.

—No puede ser de otro modo —afirmé tristemente—. De hecho, dudo mucho que volvamos a aparearnos. No porque estés casada; todavía no sé muy bien qué pensar del matrimonio. Pero creo que quizá seamos hermanos, por lo que no deberíamos copular.

Había pensado recomendarle además que renunciara también a todos sus otros compañeros de cama, para despejar cualquier duda sobre los motivos de su famosa simpatía; pero empalideció tanto cuando mencioné nuestra posible relación que consideré que era más prudente posponer mis restantes consejos. Su rostro encantador expresaba lo afectada que estaba; con lágrimas en los ojos, escuchó el relato del ORDACO: ya que ella era la hija de Virginia R. Héctor, si yo era realmente el GILES, debíamos tener la misma madre; y si, como se creía, la señorita Héctor sólo había pasado por un parto, éramos gemelos.

Ella se aferró con fuerza al pasamanos y negó con la cabeza. La puerta se abrió. El vestíbulo estaba casi vacío. La ayudé a salir del ascensor y nos quedamos sin saber qué hacer bajo la mirada de una recepcionista y dos celadores que se hallaban a cierta distancia, junto a la puerta giratoria. La incomodidad hizo que se me pasaran los calambres y la tumefacción.

—Piensa —le dije para darle calma— que lo único seguro es que yo soy el Gran Maestro y tú eres la hija de la señorita Héctor. Todo lo demás, incluido lo del GILES, son sólo conjeturas.

—¡Ay, George, eso es terrible! —dijo, horrorizada, con voz muy baja; y sin embargo, incluso al borde del desvanecimiento, indudablemente vio cómo se nublaba la expresión de mi rostro —pues yo temía, aunque la razón me decía otra cosa, que ella sintiera asco de tener por hermano a un niño-cabra— y me suplicó que creyera que era sólo el recuerdo de nuestra «unión» en público, como ella la llamaba, lo que la consternaba—. ¡Delante de toda esa gente!

—Si comprendo el sentido del decoro de los humanos, ya estarán escandalizados por lo que pasó en el funeral, ¿no? Un pequeño escándalo extra no importará mucho. Además... no quiero parecer vanidoso, pero yo soy el Gran Maestro... —dije, pensando que era una observación perspicaz.

Sus ojos ahora reflejaban un cierto consuelo en vez de vergüenza. Me dijo con calidez —y me emocioné mucho al oírlo— que no se le ocurría ningún hombre en todo el campus a quien preferiría tener por hermano, aunque se sabía indigna de ser hermana de un Gran Maestro en ciernes. Yo le pedí que dejara de desvalorizarse de ese modo; claro que era digna, insistí, o al menos lo sería si aceptaba mis recomendaciones granmaestriales: no debía permitir que ningún hombre, mujer ni bestia la montara o conociera carnalmente de ninguna otra manera, no siquiera su esposo, desde aquel momento, para que nadie pudiera atribuirle maliciosamente un doble sentido al lema que figuraba en su espurio diploma: «Ama a tu compañero de clase».

—En circunstancias normales no incluiría a tu esposo —le dije, como si dispensara esa clase de prohibiciones a diario—. Pero tu matrimonio es tan... poco corriente que tu motivo para aparearte con él podría ser el mismo que tu motivo para aparearte con Croador, o con la señora Sear, o... o con Harold Bray, por lo visto.

Dije esto último con indiferencia, pero sentí una inexpresable alegría al oírla protestar, afirmando que no se había «unido» a Bray ni una sola vez, por mucho que él quizá hubiera dicho lo contrario.

—Él no ha dicho nada, por lo que yo sé —confesé.

—Más le vale. Sé que es un gran hombre y todo eso, pero puaj.

Me envalentoné hasta tal punto que añadí, menos por vanidad que por afirmar mi propia determinación, que incluso si yo la requería, en calidad de Gran Maestro del Campus Occidental, y le pedía que concibiera un hijo mío, por ejemplo, para continuar con mi obra cuando yo falleciera... incluso en ese caso, y sabiendo como ella debía saber que las extravagancias de estudiantes no graduados como el tabú del incesto no eran nada ante ese gran imperativo, ella debía rechazarme.

—Vale —susurró con los ojos muy abiertos.

—Te quiero, Anastasia, ya lo sabes —le dije, ya sin rastro alguno de vergüenza—. Y no me arrepiento ni un poco de lo del funeral en la Sala de Estar.

—¿No?

—Claro que no. Pensé que eras absolutamente hermosa y, no hace falta decirlo, me encantó montarte. No importa si Stoker me estaba provocando o no, o si somos parientes: en ese momento éramos inocentes. Te lo juro como Gran Maestro: fue un apareamiento aprobado.

Entonces el color volvió a su rostro; se secó los ojos con un pañuelo de papel y me agradeció de todo corazón que le tranquilizara la conciencia con respecto a ese tema. Finalmente, admití ante ella que, como yo estaba por encima de los prejuicios humanos debido a mi vocación así como a mis orígenes, no podía evitar seguir deseándola cuando la tenía delante, ya que era la chica más montable que había visto jamás; al mismo tiempo, consideraba que no era adecuado que un Gran Maestro tuviera favoritos entre sus discípulos, cosa que sin duda se habría interpretado en el caso de que me convirtiera en su amante. Por lo tanto me parecían muy bien, aunque

me causaran cierto pesar, la posibilidad de que un amor fraternal se desarrollara entre nosotros y las restricciones que dicha relación impondría (de un modo sumamente artificial) en materia sexual.

Anastasia me escuchaba con los ojos brillantes.

—Eres un encanto —murmuró y, poniéndose impulsivamente en puntas de pie, depositó un ósculo en mi mejilla—. ¡Llevo necesitando un hermano que me enderece toda la vida!

La perspectiva que tanto la había alarmado hacía sólo unos momentos ahora parecía encantarle al mismo nivel que la crianza conyugal del doctor Sear.

—¡Estoy impaciente por ver a mamá! —exclamó—. ¡Esta vez voy a hacer que confiese! —Tenía el rostro encendido—. ¡Ya sé! La noche del viernes trabaja. ¡Iré contigo a la Biblioteca y mataremos dos pájaros de un tiro!

Su madre, me recordó, era subdirectora de archivos y catálogos en la Biblioteca Central, un puesto que había conseguido por sus propios méritos antes de la desgracia de su embarazo ilegítimo y su subsiguiente inestabilidad, y disfrutaba desde entonces de una especie de sinecura gracias a la influencia de su padre, el exrector. Por lo tanto, yo tendría que dirigirme a ella en cualquier caso si quería solicitar una autorización para re-emplazar el Pergamino del Fundador. A Anastasia se le ocurrió que podía acompañarme hasta allí y «averiguar bien la cosa esa de nuestra hermandad», tal como lo planteó ella. Ya tenía en la cabeza un montón de preguntas y conjeturas: si éramos gemelos, o simplemente hermanos, no podía imaginarse por qué a mí no me habían criado con ella; ¿cómo era posible que alguien no quisiera a su bebito? Por otra parte, si por algún motivo me habían apartado de ellas en el momento de nacer (de una cosa Anastasia estaba segura: no podía haber sido por el deseo de nuestra madre), esa circunstancia bastaba, en su opinión, para explicar los posteriores pérdidas de razón de Virginia Héctor e incluso su rechazo de Anastasia, aunque yo no entendí cuál podía ser el mecanismo psicológico causante de todo eso. Pero ¿por qué el «tío Ira» y el «abuelo Reg» nunca habían mencionado que tenía un hermano? Y si, como parecía ahora, nuestro padre no era ni el doctor Spielman ni el doctor Eierkopf, ¿quién pensaba yo que podía ser? Y ¿qué podía haber pasado para que me apartaran de la familia?

—¡Deprisa, George! ¿No estás emocionado? Ay, jo... —Chasqueó los dedos—. Tengo que llamar a Maurice. Espera un momento.

Corrió a telefonar a la Central Eléctrica desde el mostrador de la recepcionista y yo aproveché que me daba un respiro para tratar de poner algo de orden en mis ideas y para centrarme en la tarea que tenía por delante, y que me parecía más importante que los detalles de mi genealogía. Fuera quien fuera mi madre, fuera quien fuera mi hermana, tenía que aprobar los Finales, derrotar a un impostor y tutelar a la estudiantía para sacarla de su error. «Re-emplazar el Pergamino del Fundador». Con un humilde orgullo no exento de asombro, pensé que cada nueva tarea que realizaba, lejos de agotarme, me proporcionaba fuerzas para encarar la siguiente, y que para el

hombre que tiene una vocación firme, nada es arbitrario, y que cualquier coincidencia está cargada de significado. La observación que había hecho el doctor Sear sobre el problema de clasificación de la Biblioteca, ahora que lo pensaba, apuntaba claramente al sentido de mi tarea, un sentido que armonizaba totalmente (aunque Sear nunca lo hubiera supuesto) con el resto de mis deberes. ¿Cuál era la conclusión que se desprendía de todo el trabajo que había hecho en el día, si no la necesidad de establecer distinciones claras? Y ¿qué eran mis tareas, si no una serie de paradigmas, de emblemas de dicha necesidad? Distinguir el Tic del Tac, el Campus Occidental del Campus del Este, el Gran Maestro de la cabra, la apariencia de la realidad (o los opuestos que estuvieran involucrados en conocer a fondo a una dama)... Todas estas tareas, como mis diversos consejos concomitantes, no eran más que una manera de decir «Aprobar es aprobar, suspender es suspender: no confundamos una cosa con otra». Lo único que hacía falta para llevar el Pergamino del Fundador a su sitio era una definición más nítida, estaba seguro. Debido a las ganas que tenía de abordar el problema, me impacienté por el pequeño retraso, ya que comenzaba a parecerme que no era imposible pedir que me examinaran aquella misma noche y, de ese modo, terminar mis deberes en un solo día, es decir, más «de inmediato», sin duda, de lo que nadie pudiera exigirme.

Al cabo de unos minutos, Anastasia me contó, con cierta preocupación, que Stoker no había aparecido en la Central Eléctrica en todo el día, y su nueva secretaria en Detenciones Principales no lo había visto desde media mañana; esta institución estaba en estado de alarma debido a cierta situación amenazadora a la que se había llegado en la Sala de Calderas —me puse a temblar al imaginármelo— y que requería que él se hiciera cargo personalmente. Lo bueno era que Anastasia podía venir conmigo; salimos del Hospital tras una breve disputa con los celadores (que querían un documento que demostrara que yo tenía derecho a salir y sólo a regañadientes aceptaron mi certificado de salud y el apoyo de Anastasia en lugar del formulario normal) y nos dirigimos hacia la Biblioteca en un taxi de doble sidecar. Entonces Anastasia me explicó lo que la había inquietado en el almuerzo.

—¡Maurice nunca había hecho nada parecido! —dijo—. ¡Vino al Hospital y me llevó a comer! ¡Incluso se había afeitado y se había puesto corbata!

Además —cosa que a mí también me pareció inimaginable— la había tratado con cortesía; le había abierto las puertas para que ella pasara, había alabado su peinado (mientras me contó esto, se tocó el pelo, todavía incrédula), había comido con ella de un modo casi caballeroso y al final le había dicho que quería pedirle un consejo: ¿No estaba de acuerdo con que él debería presentarse en la Casa de la Luz^[17] y negar públicamente su parentesco con Lucky Rexford?

—¡Te juro que me dijo eso, George! ¡Y con mucha suavidad!

Ella esperaba que en cualquier momento él acabara con aquella cruel simulación y volviera a ser él mismo. Si aunque más no fuera hubiera destrozado una pequeña porcelana, gritado un par de obscenidades o pellizcado el trasero de la camarera, ella

podría haber comido con algo de apetito a pesar de lo novedoso de la situación. Pero tal como había sido, no comió nada y no dejó de temblar, preocupada por haberlo disgustado de alguna manera. Apenas era capaz de comprender lo que él le había preguntado; hasta que no se levantaron de la mesa no se atrevió a decirle: «Haz lo que a ti te parezca mejor, cariño», y sólo para acabar con el suspenso, ya que estaba convencida de que en cuanto mordiera el anzuelo de su educada pregunta, él tendría uno de sus característicos ataques de furia en el salón de té. Ella le había contestado cuando él le estaba ayudando a levantarse de la silla, y entonces la había cogido del brazo; Anastasia esperaba, casi con alivio, que él la poseyera sobre la mesa o que la vejara de alguna otra manera, pero él la había llevado del brazo gentilmente hasta la salida, expresando lo placentera que le había resultado su compañía y su esperanza de que tuvieran la ocasión de almorzar juntos con más frecuencia.

—¿Y entonces se fue a la mansión del rector? —le pregunté.

Ella cerró los ojos y se apoyó las yemas de los dedos en las sienes.

—Estaba tan nerviosa que no me acuerdo de lo que dijo después.

Al ver que yo estaba muy interesado por el tema, me preguntó si sabía lo que le podía haber pasado a su esposo.

—Se me ocurre una cosa —admití—. Esta mañana tuvimos una pequeña conversación, él y yo...

Dudé si decirle que la aparente buena conducta de Maurice Stoker, si era el resultado de la charla que habíamos tenido en Detenciones Principales, era más suspendida que su antigua falta de moderación, pero no estuve seguro de poder exponer con claridad ese complicado razonamiento, por lo que me limité a advertirle que, ahora que iba a ser casta, no debía dejarse seducir por la nueva caballerosidad de su marido.

Ella frunció el ceño.

—Pero imagínate que... me quiere para algo, George. O que me pide que... haga algo por alguien. Soy su esposa...

Tras considerarlo un momento, estuve de acuerdo con que le permitiera una cierta cantidad de relaciones sexuales decentes, siempre que fueran con su consentimiento expreso y sin que mediara un abuso de la fuerza, ni la sometiera a un trato degradante ni perverso ni nada parecido.

—Pero con nadie más, Anastasia —repetí con firmeza—. Y no sólo para satisfacerlo a él. Si tú estás en celo, o quieres concebir un niño, entonces está bien.

—Parece que no puedo tener hijos —me recordó—. Supongo que es una suerte, teniendo en cuenta... —Pero esa idea de su esterilidad o de su antigua promiscuidad la entristeció tanto que se pasó el resto del viaje toqueteándose un mechón de pelo y contemplando el tráfico del anochecer. Las luces que iluminaban los bulevares eran menos brillantes que la noche anterior; por momentos, incluso daba la impresión de que parpadeaban. Cuando pasamos ante la Casa de la Luz, vi un grupo de gente reunida a lo largo de la verja de hierro. Algunos llevaban pancartas cuyos mensajes

no pude distinguir por la escasa iluminación. Un grupo de motocicletas, con forma de triángulo negro, rugió desde una de las entradas y nos adelantó a toda velocidad. Me pareció, casi con seguridad, que el líder era Stoker, ¡pero tenía la barbilla afeitada y llevaba un traje claro! Anastasia, en aquel momento, estaba mirando con aire sombrío en la dirección contraria, y decidí no decirle nada, no fuera que, al verlo, cambiara de idea y decidiera no acompañarme.

En la explanada situada ante la Sala de la Torre había otra multitud. Todo el mundo estaba de pie, como esperando algo. Se podía oír un zumbido de malestar cada vez que las farolas parpadeaban.

—Está pasando algo raro —aventuró nuestro conductor. Dio la vuelta y nos llevó hasta la parte de atrás del edificio. Anastasia dejó de lado sus ensoñaciones melancólicas para pagar la carrera (cosa que yo no sabía que fuera necesaria) y se animó un poco mientras nos acercábamos a la enorme ala donde estaban alojadas las estanterías y las oficinas de la Biblioteca Central de New Tammany.

—¡Estoy muy impaciente! ¡Te vas a encontrar con mamá después de todos estos cursos! —dijo, cogiéndome del brazo. Entramos por una puerta sobre la que había grabada la siguiente frase: LA VERDADERA UNIVERSIDAD ES UNA COLECCIÓN DE LIBROS, y después atravesamos la vasta sala de lectura, de altísimos techos, en la que se encontraba muy poca gente debido a la escasa iluminación.

—Estoy segura de que algo va mal en la Central Eléctrica —dijo Anastasia, preocupada. Un estudiante solitario pasó rápidamente a nuestro lado por el pasillo que llevaba a la Oficina de Catalogaciones. Cuando nos volvimos para tratar de averiguar adónde iría con tanta prisa, él se detuvo un instante, giró la cabeza y se quedó mirándome con una expresión de indignada incredulidad, como si lo enfadara tener que dar crédito a sus ojos. Yo me sonrojé, sin saber qué motivo tendría para hacerlo, y le di a Anastasia una palmadita fraternal en la mano.

Al final del pasillo había una gran habitación abovedada totalmente ocupada por unas filas de archivos y catálogos dispuestas como los radios de una rueda. En su centro, bajo un cartel que colgaba del techo y afirmaba que LA CIENCIA FINAL ES LA CIENCIA DE LAS BIBLIOTECAS, había una gran vitrina de cristal con las esquinas metálicas. Estaba vacía, salvo por el terciopelo negro donde debía ir su contenido. Anastasia ahogó un grito.

—¡Ya no está!

Se refería al Pergamino, que normalmente se hallaba expuesto allí. Yo sentí una punzada de angustia: ¡si se había perdido, o lo habían robado, sólo el Fundador sabía cuánto tiempo podría llevarme devolverlo a su lugar! Insistí en que intentáramos enterarnos de lo que había pasado antes de ocuparnos de nuestros asuntos particulares, que tal vez tuviéramos que abandonar temporalmente, en cualquier caso, si el deber nos llamaba.

—¡Tal vez por eso hay tanto alboroto! —sugerí con tristeza.

Como no había nadie más que nosotros en la habitación, Anastasia señaló que, en cualquier caso, su madre era la persona indicada para contestar esa pregunta, además de la otra, ya que su despacho estaba al lado de los ficheros; propuso que fuéramos a verla de inmediato, antes de que también ella se uniera al aparente éxodo de la Sala de la Torre; Anastasia me presentaría simplemente como un nuevo candidato a la granmaestría, y yo podría entrevistar a nuestra madre con total tranquilidad sobre el tema del Pergamino antes de que le reveláramos nuestras otras preocupaciones. No vi alternativa y estuve de acuerdo, aunque con ciertos recelos; los cotilleos que había oído sobre el lamentable estado de Virginia Héctor no me inspiraban ninguna confianza en su capacidad para darnos una información precisa y fiable.

—Espera —le dije, cogiéndola del brazo—. Viene alguien más.

Una puerta que daba al pasillo se había abierto y cerrado, y oímos el sonido de unos tacones acercándose a nosotros. Las luces se apagaron por completo dos segundos; durante esa pausa, se oyó un clamor que estallaba entre la muchedumbre que había fuera. El taconeo también vaciló, para reanudarse al volver la luz. Pero yo me llevé un dedo a los labios e hice que Anastasia retrocediera un par de pasos, porque aunque el sonido hacía pensar en unas pisadas de mujer, me recordó al chasquido metálico de la voz de Harold Bray, y quise un momento para considerar la idea que se me estaba ocurriendo por haber recordado su imagen odiosa: los textos de sus certificados falsos, según decían los destinatarios de estos, no procedían del Antiguo ni del Nuevo Programa, sino del Pergamino del Fundador; lo más probable es que fueran transcripciones del documento que él habría consultado, pero la antipatía que sentía por él hacía que desconfiara de todo lo que hacía. Si uno partía de la asunción de que era un fraude y después buscaba las causas de su impostura, no parecía nada descabellado que quisiera hacer uso de su posición para pasar información secreta a los nikolayanos, por ejemplo, o para robar un tesoro de valor incalculable como el Pergamino del Fundador.

La intrusa —pues en realidad se trataba de una persona de sexo femenino y de cierta edad— apareció entonces en el centro de la sala; Anastasia dejó de mirarme de manera burlona y sonrió.

—Vamos, es mamá.

Se disponía a saludarla o a acercarse a ella, pero cuando la mujer mayor pasó al lado de la estantería tras la que nos encontrábamos nosotros y se asomó a echar un vistazo para saber quiénes éramos mientras se colocaba un lápiz en el pelo plateado, la luz brilló en las lentes de sus gafas. Cogí a Anastasia del brazo y estuve a punto de desmayarme.

—¡Fundador omnisciente! —gruñí, y salí corriendo, bañado en sudor frío. Me vi obligado a agacharme y a fingir que me interesaba un cajón bajo lleno de tarjetas hasta que pude controlar mis escalofríos. No podía confundirla: ¡era la señora Pelocrema, aunque demacrada y canosa por el desgraciado paso de los cursos!

Anastasia se inclinó hacia mí, asustada.

—¿Qué pasa, George?

Yo negué con la cabeza. La vista de la señora Pelocrema —¡de Virginia Héctor, comprendí, pasmado!— evidentemente no había mejorado desde los días felices que habíamos pasado juntos en el bosquecillo de tsugas: como no le pareció ver nada familiar ni inapropiado en nosotros, continuó su camino en dirección a su oficina.

—¿Estás segura de que ésa es Virginia Héctor, Anastasia?

—¡Claro que sí! ¿Qué decanos...?

—Y... ¿es tu madre? —Me apoyé en el fichero para no perder el equilibrio.

—¡*Nuestra* madre, espero! —contestó, conduciéndome hacia el centro—. Vamos a asegurarnos, antes de que se vaya por ahí.

Pero yo me detuve un momento, atónito ante los recuerdos y el asombro. ¡Pobre Cremita! Ahora comprendía tu negativa a encontrarte con mi cuidador, o a decirme tu nombre; ahora temblaba ante tu antiguo interés por mí, tus ganas de apartarme del rebaño y —Fundador, Fundador— tu consternación por mis ansias de Ser, que hizo que te fueras del bosquecillo de cualquier manera.

—Anastasia... —apenas podía hablar. Me apoyé entonces en la vitrina vacía del Pergamino, y tiré de ella para que se acercara a mí. Obedientemente, opuso resistencia, hasta que se dio cuenta de que era un abrazo fraternal—. No voy a explicártelo ahora, pero... conozco a esa señora, y... y de verdad creo que tú y yo podemos ser gemelos.

Ella me abrazó con entusiasmo, confundiendo a mi pobre sangre, que ya no sabía qué era admisible que la alborotara. Entonces le dije que el impacto de verme después de tantos cursos podía provocar en su madre —¡en *nuestra* madre!— más dolor que alegría si no estaba adecuadamente preparada para ello. Pensamos que lo mejor era que Anastasia fuera a verla primero sola, tratara de sonsacarle algo sobre nuestro progenitor y si éramos gemelos mientras yo me quedaba escuchando detrás de la puerta y, después, le fuera contando poco a poco y con suavidad cómo nos habíamos conocido y le hablara de los motivos por los que me encontraba en la facultad. Si a la señora Héctor estas noticias le resultaban demasiado perturbadoras, yo me presentaría en otra ocasión; si no, Anastasia me llamaría para que entrara. Me situé al lado de la puerta y Anastasia llamó.

—Pase, por favor. Ah, eres tú, cariño.

Cerré los ojos; su voz todavía conservaba la determinación quejumbrosa que me había seducido hasta convertirme en un cabro feroz una vez junto a la valla y que solía aliviar mi sufrimiento adolescente entre las tsugas. Anastasia la saludó con una alegría quizá exagerada por toda la situación, afirmando que tenía que hacerle unas cuantas preguntas de hija y que de todas maneras hacía demasiado tiempo que no charlaban.

—Ah. En fin. Sí. En fin. Con tantos líos como hay últimamente...

La señora Pelocrema cacareó y protestó, no sin cordialidad, pero como si todo la alterara mucho. De hecho, no parecía estar en plena posesión de sus facultades, como

antaño, y me pregunté con lástima hasta qué punto podía haberle afectado mi ignorante embestida. Las dos mujeres intercambiaron tópicos y lugares comunes durante un rato; me pareció que se trataban con mucha formalidad para ser madre e hija, pero al menos sin nada de la animadversión que había hecho que Anastasia fuera rechazada en la infancia. Entonces, tras pedir disculpas por «sacar un tema complicado», Anastasia afirmó que la reciente aparición en New Tammany de dos aspirantes al título de Gran Maestro había hecho que renaciera la curiosidad de mucha gente por el viejo Proyecto Cum Laude y que volvieran a surgir las espinosas cuestiones del «escándalo de la familia Héctor» y de la paternidad ilegítima...

—Eso no es asunto suyo —oí decir con firmeza a Virginia Héctor. Supuse, por los sonidos que escuché, que Anastasia entonces había ido a abrazarla y que le había dicho cariñosamente que, desde luego, no era asunto de nadie fuera de la familia, pero que ella, que ya tenía cierta edad y era una mujer casada, sin duda tenía derecho a conocer toda la verdad sobre su concepción.

—Sabes que siempre te he querido, madre, y tienes que saber que a mí no me importa cuál sea la verdad; ¡lo único que quiero es saberla! Viene una persona y me dice que mi padre es el doctor Eierkopf...

—Ja —dijo la señorita Héctor con desdén.

—... después viene otra persona y dice que es el doctor Spielman...

No pude ponderar el valor de su «Hmm» al escuchar ese nombre, pese a que estaba escuchando con toda mi atención.

—Y tú misma has dicho cosas distintas en distintos momentos —continuó Anastasia—. Incluso que no soy tu hija... —Su voz perdió algo de firmeza.

—Bueno, bueno —dijo Virginia Héctor. Anastasia repitió que su cariño por su madre nunca disminuiría, fuera cual fuera la verdad, o al menos comenzó a repetir cosas como ésa pero se interrumpió por un ataque de llanto.

—Bueno, bueno, bueno... —Tanto se parecía aquella voz a la que cursos atrás había consolado mis lloreras que estuve a punto de ponerme a sollozar al oírla. Deseaba irrumpir en la habitación y suplicarle a la señora Pelocrema que me disculpara; tuve que apretar la frente contra la puerta de cristal, que estaba helada, para tranquilizarme. Las damas lloraron juntas durante unos minutos. Después oí bolsos abriéndose y narices sonándose en pañuelos de papel, tras lo cual Virginia Héctor dijo—: He hecho muchas cosas mal, cariño, el Fundador lo sabe... No, no, no seas tan buena; tienes todo el derecho del campus a odiarme por la manera en que me comporté cuando eras pequeña. Me suspendo a mí misma cien veces cada vez que me acuerdo, y cuando pienso que te casaste con esa bestia...

Esta idea hizo que afloraran más lágrimas, como es lógico, a pesar de que Anastasia aseguró varias veces que ella era la única responsable de haber elegido a su esposo. Por fortuna, la señorita Héctor parecía no conocer los detalles de la vida de su hija, antes y después del matrimonio, y sólo en un sentido general comprendía que no

era lo bastante serena y respetable. Pudo, por lo tanto, recomponerse antes de lo que, indudablemente, lo habría hecho en el caso de conocer algunos datos.

—Estuve terriblemente enfadada, ¿sabes? —continuó diciendo, en referencia a la infancia de su hija—. No puedes imaginarte lo que es saber que nadie va creer nunca la verdad, pase lo que pase. Ni siquiera tú. Ni siquiera ahora...

Anastasia prometió que estaba dispuesta a creerla pero que su madre tenía que decirla; y así, tras una serie de interjecciones y cacareos indecisos, Virginia Héctor dijo con claridad, casi irónicamente:

—La verdad es que nunca en mi vida... he ido hasta el final con un hombre. Ni una sola vez, hasta hoy.

Si yo tardé más en sentir una fuerte incredulidad que Anastasia (a quien oí hacer un ruido de desaliento casi de inmediato), no fue sólo porque malinterpreté la frase «ido hasta el final», sino más bien porque mi origen, mi experiencia y mi conocimiento del pasado de Anastasia, por ejemplo, me impedían comprender al instante que cuando decía «con un hombre», la señorita Héctor quería decir «con un macho de ninguna especie».

—Cuando me enteré de que estaba embarazada, le eché la culpa a Max Spielman —dijo después—, porque sabía que nadie creería la verdad, y pensé que el doctor Spielman tal vez me quisiera lo bastante como para aceptar la culpa y casarse conmigo, aunque pensara que el niño era de otro. Pero no lo hizo, y ahí acabó todo.

¡Qué ganas tenía de contarle en ese mismo momento la verdad sobre el amor de Max y sobre su honor, que era tan grande que fue precisamente su negativa a admitir que había sido infiel lo que le había impedido casarse con ella! Pero Anastasia —con una especie de exhausto deseo de no saber, como si se imaginara de antemano cuál sería la respuesta— le preguntó entonces quién era su padre.

—¿Tu padre? —La pregunta pareció sorprender a la señorita Héctor; yo traté de recordar en cuál de las dos palabras había hecho más hincapié, pero no pude. Entonces afirmó, como si estuviera leyendo—: Max nunca habría hecho algo así, y Eblis no habría podido aunque hubiera querido. Fue el ORDACO.

Al oír esta confirmación en boca de la dama, sentí una emoción enorme; Anastasia, en cambio, dijo, disgustada:

—¡Ay, madre!

La señorita Héctor continuó, impertérrita (de hecho, sin prestarle ninguna atención):

—Eblis me advirtió de que podía suceder, y cuando introdujeron el GILES ya terminado, me dijo que yo era una de las que el ORDACO tenía en mente, por decirlo de alguna manera. En esa época yo estaba enamorada de Max y, como te he dicho, nunca había ido hasta el final con nadie, aunque supongo que lo habría hecho con Max, si él hubiera querido. Espera, déjame terminar... —Anastasia había soltado un gemido de desesperación—. Había sido Miss Facultad de New Tammany y Miss

Universidad, ¿sabes?, igual que tú... y, ¡por favor, qué guapa estabas el día que te coronaron! Bueno...

La señorita Héctor temía haber sido una criatura muy vanidosa; la elección del ORDACO la halagó mucho, al igual que lo había hecho el cuerpo estudiantil unos cursos atrás. Y aunque ella de ninguna manera habría aceptado la clase de cosa que insinuó Eblis, como no lo habría hecho ninguna chica que sintiera un poco de respeto por sí misma, se había sentido en parte cohibida y en parte orgullosa cada vez que pasaba al lado de las instalaciones del ORDACO en los laboratorios del Proyecto Cum Laude, como si el ordenador supiera quién era ella y la hubiera lisonjeado con un silbido en el caso de haber sido capaz. Entonces, una funesta tarde de primavera, se había quedado en el laboratorio (donde había trabajado durante una licencia temporal de su puesto en la Biblioteca) más de lo habitual para archivar unos informes para el doctor Eierkopf y, como era la última en marcharse sin contar a los guardias de seguridad que se quedaban toda la noche, había ido a asegurarse de que la puerta de la sala del ordenador estaba cerrada con llave, atravesando el vestíbulo desde su oficina...

—Estaba cerrada, como tenía que estar —dijo—. Y yo me disponía a marcharme, pero entonces... quizá oyera algo peculiar, el sonido de un canto o algo así; quizá no, no lo sé. En cualquier caso, volví junto a la puerta, y por alguna razón la abrí y entré... Sólo para ver qué pasaba, supongo, o quizá por un impulso... Estaba disgustada con la conducta de Max, me acuerdo...

A partir de ese momento, su narración se volvió menos coherente, hasta que se metió en la sala del ordenador y cerró la puerta tras ella, no se acordaba de por qué motivo, o no podía expresarlo, del mismo modo que era incapaz de explicar por qué no había encendido las luces, o porque había cruzado el umbral y se había acercado a la consola principal, que zumbaba suavemente, como siempre, noche y día, y por todos lados parpadeaba con sus cálidas luces doradas, como si la estuviera saludando.

—Pensé en sentarme en el sillón de control un momento —dijo—. Había una paz increíble ahí dentro, no te lo puedes imaginar. Me podría haber quedado dormida, y quizá lo hiciera, durante un par de segundos. Pero entonces... ¡ay, no es fácil explicar cómo fue!

Aquella tarea, desde luego, era difícil, y aunque elevó un poco la voz, alegre y tranquila, de modo que pude oír claramente todas y cada una de sus palabras desde el otro lado de la puerta (pese a un ruido que iba en aumento, como unos gritos de entusiasmo procedentes de la muchedumbre que había en el exterior), no puedo decir que siguiera su relato con precisión. Había sentido una especie de calor, por lo visto —penetrante, casi eléctrico—, un hormigueo que se extendió por todos sus miembros y articulaciones y la hizo sentirse profundamente relajada, como si todos los músculos de su cuerpo se hubieran derretido. La sensación había surgido de repente, entendí, pero de un modo tan sutil que al principio no se había dado cuenta de que venía de fuera, y supuso que se debía a la fatiga y a lo extraordinariamente cómodo

que era aquel sillón anatómico. Sólo cuando las luces del panel de mandos dejaron de parpadear y comenzaron a encenderse y apagarse todas juntas formando un círculo dorado, asoció aquella sensación con el ORDACO; pero todavía no comprendió su significado: su primera idea fue apartarse, por si el hormigueo estaba causado por alguna radiación accidental. Pero no lo hizo, o no pudo hacerlo, ni siquiera cuando el zumbido cambió de altura y de timbre para convertirse en una especie de suave canturreo y un escáner se deslizó sin hacer ruido debajo de ella; ni siquiera cuando, por lo que pude entender, el calor general comenzó a concentrarse hasta que pensó que se estaba quemando el regazo.

—Parece algo gradual cuando lo cuento —dijo—, pero debe de haber ocurrido todo muy rápido. Porque cuando abrí la boca —para pedir ayuda, supongo, porque me sentía atrapada, aunque supongo que no lo estaba—, bueno, en cualquier caso, sólo tuve tiempo para respirar hondo una vez... y ya todo había terminado.

—¿Había terminado? —Anastasia expresó la misma sorpresa que sentía yo; aunque había oído esa historia toda su vida, y asumía que era una lamentable fantasía de su madre, evidentemente nunca hasta ahora la había oído con tanto detalle.

—Todo había terminado —repitió su madre—. Fue algo inmediato. El escáner se apartó, las luces del panel de mandos y el sonido volvieron a la normalidad y pude mover los brazos y las piernas de nuevo. Habría creído que lo había soñado —como piensan todos, si es que creen que estuve allí—, pero todavía siento una especie de blandura relacionada con ese calor. Imagínate. Y cuando traté de levantarme, sentí una especie de humedad ahí... De repente, esa humedad. Y en cuanto la sentí, y me moví, y la noté con mayor claridad, me di cuenta de que algo había *ido hasta el final*, y tenía que haber sido el GILES.

En cualquier caso, y a pesar de su seguridad —que yo podía compartir más fácilmente que Anastasia—, la señorita Héctor no había dicho nada a nadie del maravilloso incidente, ni siquiera cuando a la mañana siguiente se descubrió que faltaba el GILES y el doctor Eierkopf la interrogó sobre lo que había estado haciendo aquella noche. Hasta que el hecho de que estaba embarazada no fue incuestionable —e inocultable—, no se lo confesó, presa del pánico, a su padre, el entonces rector; y hasta que él no insistió en que había que llevar a cabo un aborto lo antes posible para que el escándalo no acabara con su administración, no se dio cuenta del extraordinario valor de lo que llevaba en su cuerpo. Entonces le había dicho la verdad a Reginald Héctor y éste la había llamado mentirosa; había insistido y él la había acusado de ser una histérica; y al final, con las consecuencias que me había contado su víctima, había decidido señalar a Max como responsable.

—Pero no fue Max, ni fue Eblis, ni ningún otro ser humano —dijo en voz baja cuando Anastasia expresó discretamente su incredulidad—. Fue el ORDACO. ¡Y fue el GILES, que el Fundador nos apruebe! Tu abuelo Reg también lo sabía, en el fondo. Si no, ¿por qué iba a despedir a Eblis y a dismantelar el Proyecto Cum Laude? Pero

nunca quiso admitirlo, aunque el médico tuvo que dilatarme el himen para poder examinarme.

—¡No puede ser!

—Claro que sí —perseveró—. Si no hubiera fallecido, él mismo te lo diría. El viejo doctor Mayo. Fue el bebé quien al final lo rompió cuando nació; antes de eso sólo estaba un poquito dado de sí, pero ni mucho menos lo bastante para un hombre, ¿sabes?

Contestando a otras preguntas de Anastasia, afirmó lo que yo ya sabía: que el nacimiento había tenido lugar en secreto una noche de invierno en el Hospital de Ira Héctor para Chicas de Colegio Mixto Solteras, con Ira en persona presente. Y después, para mi deleite supremo, confirmó lo que Max y yo nos habíamos imaginado una vez (junto a unas cuantas alternativas), hacía mucho tiempo, en el establo:

—¡Tu abuelo Reg tenía tanto miedo del escándalo que no sabía qué hacer! Cuando yo me negué a abortar, estuvo cambiando de idea durante todo el tiempo que estuve embarazada: un día decía que tenía que dar el bebé en adopción anónimamente; al día siguiente, lo mejor era que encontráramos alguna manera de deshacernos de él en secreto; luego pensaba que no, que el problema sería peor *sieso* salía de la familia: tendríamos que quedárnoslo y asumir las consecuencias, o decir que lo había adoptado el tío Ira... —Se mostró tan voluble en relación con el tema, dijo la señorita Héctor, y tan desesperado por evitar la exposición de su vergüenza, que ella llegó a temer que tomara medidas para destruir al niño sin que ella lo supiera.

—¿El abuelo Reg? —gritó Anastasia—. ¡No me puedo creer que él hiciera nada parecido!

Tampoco podía creérselo ella, contestó su madre, hasta que unos días después de que diera a luz, él le anunció su decisión de hacer precisamente eso.

—Entonces descubrí que no era sólo por el escándalo —explicó—. Tenía que ver con que su madre los había abandonado a él y al tío Ira y con lo dura que había sido su niñez; y con que mi madre había muerto cuando nací yo, ¿sabes?, y papá tenía miedo de que algún tipo se aprovechara de mí, como habían hecho con su madre... —Anastasia hizo un ruido empático—. No quería que mi hijo pasara por lo que había pasado él. Y quizá también hubiera otras razones.

En cualquier caso, ella le había rogado en vano que cediera, y apenas se atrevía a perder de vista al bebé, para que no se lo pudieran llevar. Y entonces, justo antes de que las instalaciones del Proyecto Cum Laude fueran desmanteladas por orden del rector, llegó un mensaje para ella al Hospital Maternal de New Tammany; lo había llevado una persona sin identificar que únicamente dijo que lo había leído el ORDACO antes de imprimirlo.

—Sólo tenía tres palabras —dijo Virginia Héctor—: «Reemplazar el GILES». Lo pensé un montón de veces, y al final me pareció que, ya que el ORDACO lo sabe todo, debía saber también cómo solucionar mi problema. Así que la noche que papá vino a

buscar al bebé, le conté que estaba de acuerdo con que se lo llevara, que había cambiado de opinión, pero le dije que tenía que librarse de él como yo quisiera.

Tras revelar su plan —pero no sus motivaciones— y convencer a Reginald Héctor de la conveniencia del mismo, envolvió al bebé en la manta, salió del hospital y entró en la Sala de la Torre por la puerta privada del rector.

—El viejo doctor Mayo había fallecido durante mi embarazo —dijo—, y en la confusión posterior yo había dejado que el hombre del ORDACO que había en el hospital le hiciera al bebé el Test de Aptitud Prenatal de rutina. Él pensó que no había salido bien, porque lo único que decía la tarjeta era «Aprobar a todos Suspender a todos». Yo tampoco lo entendí, pero cuando papá y yo fuimos a la sección de Ciencias Militares de la Biblioteca —una parte a la que sólo pueden entrar los rectores y los profesores-generales—, yo llevé la tarjeta conmigo, por si significaba algo. La metí entre la manta del bebé, para que papá no supiera que estaba allí; después le di el bebé y él lo puso en el elevador de las cintas donde figuraba la dieta y apretó el botón que decía ESTÓMAGO para que el ORDACO se lo comiera.

—¡Pero no lo hizo! —gritó Anastasia. Entonces su horror se convirtió en asombro—. ¿Cómo es que no me comió, entonces, si me metisteis en su Estómago?

Virginia Héctor tardó unos momentos en comprender la naturaleza del error de su hija, que, desde luego, estaba muy claro para mí; lo que no era evidente, sin embargo, a pesar de que su madre le aclaró que estaba hablando de un bebé varón, el GILES en persona, fue lo que, muy complacido, oí a Anastasia preguntar a continuación: ¿cómo era que a ella la habían perdonado y a mí me habían condenado? Me dio la impresión de que la señorita Héctor estaba confusa, de que no comprendió bien la pregunta.

—Tendrían que ser gemelos, lo que tuviste, ¿no? —insistió Anastasia—. El tío Ira nunca mencionó que yo tuviera ningún hermano —¡ahora entiendo por qué!—, pero le gustaba mucho contar que había ayudado en mi parto...

—Bueno. Sí. Por supuesto. —Pero el tono de voz de la señorita Héctor indicaba que estaba algo aturdida.

—Entonces ¿cómo es que el ORDACO no nos comió a los dos?

En lugar de contestar directamente la pregunta, la señora Pelocrema afirmó con brusquedad que el ORDACO no se había comido a nadie: lo que ella esperaba, con su estrategia, dijo, era que el ordenador reconociera a sus criaturas y no sólo se negara a eliminarlas sino que se las ingeniara para mantener su vida.

—Fue asumir un riesgo terrible —admitió con orgullo—. ¡Un riesgo espantoso! Pero yo tenía razón: ¡nunca lo encontraron, ni vivo ni muerto! Y yo sé con certeza que no murió: mi Gilesito está vivo, ahora mismo. Por supuesto, no tenemos que contárselo a papá jamás...

Muy excitada, al igual que yo —¡el corazón se me aceleró con estas revelaciones!—, Anastasia olvidó lo que había preguntado y le echó los brazos al cuello a su madre (por lo que inferí) y confesó que no sólo se había enterado de la existencia de su hermano aquel mismo día, sino que lo había conocido.

—¡En este momento está en el Gran Centro Comercial!

—No, no —protestó Virginia Héctor, un tanto desconcertada pero haciendo gala de una curiosa serenidad—. No, no es así.

Anastasia se rio.

—¡Sí es así, mami! Si miraras la telerama de vez en cuando, lo habrías visto tú misma esta mañana, en el Juicio del Torniquete.

Su madre seguía negándose a creerle —yo sabía muy bien por qué— y comenzó a irse por las ramas. Anastasia le preguntó alegremente si me reconocería si me viera.

—Bueno, sí, pero, no, en fin. Los niños cambian tan... ¡Sí, por supuesto! No, conocería a mi pequeño Giles, claro que sí; una madre nunca olvida. Incluso tenía una marca de nacimiento debajo del culito, en la pierna, un circulito oscuro. ¡No, señor!

Mientras continuaba de esta guisa, empleé el espejo que tenía en la vara para examinar la parte posterior de mis piernas, y aunque la luz era escasa y me temblaban las manos, me quedé muy satisfecho al descubrir que ciertamente, en la parte de atrás del muslo izquierdo, como por la mitad, tenía una marca como la que ella había descrito.

—¡Lo he traído conmigo, mamá! —dijo Anastasia, exultante—. ¡Está ahí fuera!

—Pero por favor, hay que ver, no...

—¡Hay que ver, sí! ¡Ya verás quién es! ¿George?

Teniendo en cuenta la evidente angustia de la señora Pelocrema, me había parecido que era imprudente mostrarme antes de que tuviera tiempo para asimilar la noticia de que me hallaba en la facultad; pero Anastasia, que no tenía ni idea de la dolorosa experiencia que habíamos tenido en el pasado, me llamó de nuevo. Pese a todo, podría haber huido; pero oí un ruido a mi espalda y vi, junto a la vitrina del Pergamino, la figura de Harold Bray con su capa blanca. Por suerte, él pareció no fijarse en mí. Me empezaron a sudar las manos de rabia al verlo. No pude suponer cómo habría entrado tan silenciosamente; el ruido que me había alarmado resultó ser el de una llave contra la vitrina de cristal, cuando él la abrió. Tenía un gran cilindro negro en la otra mano: ¡el Pergamino del Fundador, sin ninguna duda, o una copia que pretendía dejar furtivamente en su lugar! Era tan atrevido que la llamada de Anastasia no lo asustó en absoluto; ni siquiera miró hacia donde nos encontrábamos. Las luces parpadearon y la multitud bulló; durante medio segundo, pensé si desafiarlo, presentarme ante la señora Pelocrema o esconderme de ambos hasta mejor ocasión. Entonces, Anastasia abrió la puerta, mientras nuestra madre cacareaba tras ella, y me dijo:

—¡Ah, ahí estás! ¿Lo has oído todo? —Me agarró del brazo—. Aquí está, mamá. ¡Vamos, daos un abrazo!

En ese preciso momento, vio a Bray y lo invitó alegremente a que fuera testigo de nuestro reencuentro. No había forma de evitarlo, pues. Me volví hacia la señorita

Héctor... la señora Pelocrema... mi madre... le ofrecí una mano para que me la estrechara y le dije:

—¿Cómo está, señora? Me alegro de volver a verla.

Tenía la intención de disculparme una vez más por haber tratado de montarla la última vez que nos habíamos visto, pero estaba claro que ella no oía nada. Abría y cerraba los ojos, los entornaba y sonreía, negaba con la cabeza.

—Ay, no, desde luego. No, claro que no —dijo, estupefacta hasta el aturdimiento.

—Billy Bocksfuss —le recordé lacónicamente, y eché un vistazo para saber dónde estaba Bray—. El niño-cabra, ya sabe. Hoy en día, George. Perdóneme...

—¡Dale un beso! —insistió Anastasia, juntándonos.

La voz de Bray sonó con un chasquido metálico, procedente del pasillo.

—¿Qué pasa, Anastasia? ¿Un reencuentro, has dicho?

—Pero no, por favor —dijo Virginia Héctor—. ¡En fin! ¡Hay que ver!

—El niño-cabra en persona —dijo Bray—. Buenas tardes, señorita Héctor; espero que el ruido de fuera no la haya molestado. Es una situación de lo más enojosa.

Mientras hablaba, le pasó el brazo por la cintura a Anastasia con familiaridad, e incluso le susurró algo al oído; en ese momento, ella bajó rápidamente la cabeza y apretó los labios.

—¡No la toques más! —le exigí—. ¡Quítale las manos de encima a mi hermana! —añadí, sonrojándome, bien por emplear aquel término, bien por la rabia que sentía hacia Bray. Anastasia también se ruborizó, pero claramente complacida, y se colocó obedientemente al lado de su madre.

—¿Qué es lo que he oído? —Me dio la impresión, por su tono de voz, de que a Bray la situación le parecía divertida.

—Por favor —dijo entre suspiros la señorita Héctor al mismo tiempo, pero la extrañeza de su voz rozaba la histeria.

—Señora Pelocrema —empecé de nuevo. De repente, ella cerró los ojos y abrió la boca al oír ese nombre—. Usted sabe quién soy. ¡Lo sabía todo el tiempo!

—Ay, no, señor Bob...

Le toqué el brazo y le recordé, mientras Anastasia nos miraba, muy sorprendida, nuestros encuentros en el bosquecillo de tsugas, su paciencia infinita y sus maravillosos cuidados. Le dije que comprendía perfectamente por qué había hecho lo que había hecho cuando yo era niño y que, lejos de pensar que era una desgracia, le agradecía de todo corazón que me hubiera salvado la vida. Le supliqué que atribuyera el pesar que le hubiera podido causar a mi falta de sofisticación, y sobre todo a que entonces ignoraba cuál era nuestra relación en realidad.

Ella seguía con los ojos cerrados.

—Ay. Bueno. En fin. Vaya.

—¡Pero ahora los dos sabemos quién soy! —dije amigablemente, y me di la vuelta para desafiar al impostor—. ¡Soy el GILES, y esta aprobada dama es mi madre!

La miré para que ella se lo confirmara, pero aunque las lágrimas comenzaron a deslizarse detrás de sus impertinentes, sonrió y negó con la cabeza.

—Bueno. A ver. No. No creo que...

—De verdad —dijo Bray, chasqueando la lengua—. ¡Has ido demasiado lejos! Ya todos hemos tenido mucha, muchísima paciencia contigo. ¡Si supieras los problemas que has causado hoy! El mecanismo del reloj, y los Tendidos Eléctricos... ¡Ya basta!

Le dije que estaba totalmente de acuerdo, y añadí que en cuanto re-emplazara el Pergamino del Fundador y aprobara los Finales, tenía la intención de presentarle mi documento de identidad a mi madre para que lo firmara, y entonces el campus sabría de una vez por todas quién era el GILES y quién era el impostor.

—¡Claro que se sabrá! —dijo Bray, soltando una risita—. Del Pergamino, por cierto, ya puedes ir olvidándote: está otra vez en su sitio. Por sugerencia del rector Rexford, lo cogí y leí unos cuantos certificados para tranquilizar a la gente. Pero no puedes decir en serio esas tonterías del GILES...

Le di la espalda y les pedí a la señora Pelocrema y a Anastasia que vinieran conmigo. Si había una multitud de estudiantes que calmar, su Gran Maestro era la persona más indicada para calmarlos, y no estaba dispuesto a dejar a mi madre ni a mi hermana en la compañía odiosa, si no criminal, de un vulgar impostor.

Bray se mordió el labio inferior y negó con la cabeza.

—Si tú quieres entregarte a una muchedumbre que lo que más desea es hacerte pedazos, supongo que es asunto tuyo. Pero, desde luego, yo no voy a permitir que mi madre y mi hermana sean linchadas contigo.

—¡Tu madre y tu hermana! —estallé. En ese mismo momento, Anastasia gritó:

—¡Linchadas!

La señora Pelocrema, por su parte, se apoyó dos dedos en la mejilla y dijo:

—Bueno. En fin.

Sin perder la compostura, Bray me aseguró que todavía tenía una posibilidad de salir con vida si escuchaba a la razón; precisamente con ese objetivo se había detenido al verme en vez de volver de inmediato a seguir con su tarea de tranquilizar a la multitud. Anastasia le preguntó cuál era el problema y él le explicó con indiferencia que, por una parte, el Reloj de la Torre se había parado gracias a una maniobra desastrosa que había hecho el doctor Eierkopf de la cual sólo se sabía que la había recomendado yo; dijo también que Eierkopf, por lo visto, se había quedado parálítico de la cabeza a los pies, que Croador estaba otra vez fuera de control, que la Central Eléctrica tenía graves problemas por falta de supervisión, que los nikolayanos amenazaban con comenzara una revuelta junto a la Frontera, que se rumoreaba que el ORDACO corría peligro de apagarse debido a la falta de suministro eléctrico y que el rector Rexford, en lugar de presentarse en público para tranquilizar al alarmado cuerpo estudiantil, no quería ver a nadie, ni siquiera a sus consejeros de mayor rango. Parecía que cundiría el pánico y que la facultad se vendría abajo de forma inminente,

y como la impresión general era que mi presencia era el único elemento común a todas esas crisis, el miedo de las masas se estaba convirtiendo en odio contra mí.

—¡Es ridículo! —dije. Pero las luces volvieron a parpadear y el corazón comenzó a latirme con fuerza—. ¡Tú los has provocado!

Bray no me hizo ningún caso.

—En cuanto a lo demás —le dijo a Anastasia—, es bueno que sepas que soy tu hermano y el GILES, pero ese hecho no cambia nada entre nosotros, ¿me entiendes?

Anastasia protestó débilmente, con los ojos como platos y boquiabierta, y yo con mucha fuerza. No le había dicho nada sobre su parentesco hasta el momento, explicó Bray, por la preocupación que le causaba el estado mental de la señorita Héctor, que, como bien se sabía, era precario, cosa que atestiguaba el hecho de que hubiera afirmado que Anastasia y él eran gemelos, cuando en realidad tenían distintas edades y distintos padres. Tampoco le parecía bien decirle la verdad ahora de sopetón, pero mis pretensiones lo habían obligado a hacerlo, lo cual se añadía a la lista de cosas dañinas que yo había hecho aquel día.

—¡No estoy dispuesto a seguir escuchándote! —le grité—. ¡Sal de aquí ahora mismo!

—Más vale que salgamos todos —dijo inexpresivamente— antes de que entren a buscarte. Dile a Anastasia que yo soy el GILES, madre, para que se lo crea. Trataremos de ir por la Salida del Rector.

La señora Pelocrema (seguía llamándola así para mis adentros, y siempre lo haría) trinó y gorjeó, bastante afectada; y al cabo de unos momentos dijo, con sorprendente claridad:

—Él es mi Gilesito. Sí, es él. —Y para que nadie pudiera dudar de a quién se refería, me señaló con el dedo y añadió—: No tú.

—¡Mamá! —gritó Anastasia.

La señora Pelocrema negó firmemente con la cabeza.

—Ese joven es muy desagradable.

Bray sonrió.

—Está perturbada —le dije a Anastasia—. ¡Y no me extraña! Pero mira esto... —Me levanté mi bata de hospital lo suficiente como para mostrar el disco oscuro que tenía en la pierna—. Mire esto, madre: ésta es la prueba, por si le hace falta.

Entonces los murmullos de la querida señora se convirtieron en un lamento:

—Ay. Ay.

Anastasia se puso a dar palmas y saltitos. Miré a Bray y me pareció que la expresión de su rostro era de inquietud, lo cual me complació. Pero, en realidad, era de una extraña concentración, como la de un hombre que estuviera excretando; incluso soltó un gruñido y se puso rojo. Entonces respiró hondo y sonrió —me veo obligado a decir que *dulcemente*— y, levantándose la parte trasera de la capa y la túnica, mostró una pierna izquierda morena, flaca y sin pelo, en cuya parte superior tenía una mancha aún más oscura. Demasiado baja, desde luego, y no demasiado bien

definida, ¡pero una marca de nacimiento redonda y marrón, al fin y al cabo! Anastasia contuvo la respiración; Virginia Héctor soltó un gemido; yo estuve a punto de echarme a llorar debido a la frustración.

—¡Suspendido seas! ¡Suspendido seas! ¡Suspendido seas! —grité.

—Por favor —dijo él—. Delante de madre, no. Todavía estoy dispuesto a ayudarte.

La pobre señora Pelocrema se quedó completamente absorta. Yo suspendí la hora en que había decidido ir a su encuentro. Anastasia —no menos confusa, pero todavía en posesión de sus facultades— se la llevó hacia la Salida del Rector y las oficinas de Reginald Héctor, que estaban justo al lado de la Sala de la Torre. Eso era lo que Bray había sugerido, y para ponerme todavía más furioso me preguntó si no me parecía una medida prudente.

—Deberías ir con ellas —me recomendó—. Yo intentaré tranquilizar a la gente hasta que hayas salido sano y salvo.

Le contesté, muy enfadado, que ninguno de los dos iría a ninguna parte hasta que se resolviera la cuestión que había entre nosotros.

—Ve tú delante —le dije a Anastasia—. Yo voy a acabar con esto ahora mismo, sea como sea.

—Bah —dijo Bray, muy enfadado.

Virginia Héctor empezó a delirar, de modo que no había tiempo que perder. Anastasia nos echó una mirada de preocupación desde la puerta.

—No vais a pelearos, ¿verdad?

—Claro que no —dijo Bray con seriedad, y las mujeres se marcharon. Yo, la verdad, no estaba tan seguro: un enfrentamiento entre ambos, ahora me daba cuenta, era a lo que apuntaban todas las tareas que había hecho aquel día, ya que implicaría la distinción definitiva entre la verdad y la mentira. Y no le tenía ningún miedo, aunque era más alto y más corpulento que yo; sólo sentía una especie de incomodidad, resultado de su actitud y su olor, que en cualquier caso no me habría refrenado si hubiera optado por darle una paliza. Pero entonces él dijo con cierta repugnancia que la forma más segura y más adecuada de resolver nuestras diferencias era bajar juntos de inmediato al estómago del ORDACO; de ese modo, yo podría hacer los Finales (él mismo me los pasaría con mucho gusto) y, además, el ORDACO podría COMERSE a quien fuera el impostor y, por lo tanto, surgiría un Gran Maestro incuestionablemente auténtico, que tal vez, en esos momentos difíciles, fuera la única manera de evitar que New Tammany se viera sumida en el caos y todo el Campus Occidental se viniera abajo. Aunque me resultó muy irritante tener que estar de acuerdo con él por segunda vez, secundé su propuesta al instante.

—Informaré de esto a la gente —dijo Bray—. Eso los mantendrá tranquilos hasta que uno de los dos salga.

Yo apreté los dientes y acepté; entonces, tanto para afirmar mi autoridad como para preservar el orden de mi lista de deberes, insistí en que había que abrir la vitrina

del Pergamino para que yo pudiera re-emplazar su contenido antes de presentarme a los Finales.

Bray hizo un chasquido de impaciencia.

—Ya has hecho bastante daño, ¿no te parece? ¡Además, no hay tiempo, niño-cabra!

—Puedo hacerlo sin perder tiempo —le contesté—. Dame la llave.

Unos cuantos hombres entraron a toda prisa en la Sala de los Catálogos: eran biblioteconomistas y policías que buscaban desesperadamente a Bray para que se dirigiera una vez más a la muchedumbre antes de que, entre todos, arrasaran la Sala de la Torre. Me miraban con una hostilidad evidente mientras Bray les explicaba su estrategia —*nuestra* estrategia— y les daba instrucciones para que la difundieran.

—¿El rector ya ha aparecido? —preguntó. Le contestaron que corría el rumor de que el rector se había vuelto loco, de que su esposa lo había dejado, de que había admitido su parentesco con Maurice Stoker, que este último ahora negaba, y de que todas estas catástrofes se debían a la influencia subversiva de un Gran Maestro falso. La expresión de sus rostros no dejaba ninguna duda sobre quién consideraban que era el impostor.

Bray me sonrió.

—Más vale que nos pongamos a ello.

Aunque me di cuenta de que cualquier reticencia por mi parte podía interpretarse como miedo y, por lo tanto, como una admisión de culpabilidad —y de que podían sencillamente no hacerme caso, si así lo deseaban—, les mostré mi lista de deberes y repetí que entraría en el Estómago cuando hubiera re-emplazado el Pergamino del Fundador, y no antes.

—Pero ya ha sido re-emplazado —señaló Bray—. Ahí está.

Aunque me sentía muy reacio a mostrarle mi estrategia antes de actuar, afirmé que tenía que re-emplazarlo, es decir, colocarlo en el sitio en el que debía estar, que no era necesariamente su lugar habitual: las dificultades que tenía la Biblioteca para archivar el Pergamino derivaban de que había distinciones que no estaban lo bastante claras, lo cual causaba (añadí enfáticamente) muchos otros de los problemas de la Universidad, para cuya resolución habría que hacer frente a ciertas turbulencias. El hecho era, afirmé, que el Pergamino del Fundador, como el Antiguo Programa y el Nuevo Programa, eran únicos, *sui generis* por necesidad; de lo contrario, serían falsos. El ARCHIVACO sólo necesitaba recibir instrucciones para crear categorías únicas para objetos únicos, y entonces no resultaría difícil proceder a archivar el Pergamino.

—¡Tonterías! —gruñó un bibliotecario-caballero. Sus colegas estuvieron de acuerdo con él, objetando que esas «categorías especiales» serían, en realidad, clases de un sólo miembro, lo cual suponía un paralogismo inaceptable.

—También lo son las enseñanzas de los Grandes Maestros —contesté yo.

—¡Vaya, muy agudo! —exclamó Bray con una especie de carcajada, y aunque los bibliotecarios-científicos no parecían demasiado satisfechos con mi plan, ordenó que

éste se le transmitiera al programador del catálogo y que se introdujeran esos cambios en el ARCHIVACO en cuanto fuera posible—. No pretenderás quedarte aquí hasta que todo eso se lleve a cabo, ¿no? —me preguntó entonces—. Creo que ya has solucionado el problema.

La muchedumbre había comenzado a gritar rítmicamente. A mí me sonaba como «¡Que nos abran! ¡Que nos abran!» o tal vez «¡Que se vaya!», pero Bray afirmó, y los demás estuvieron de acuerdo, que era «¡A por la cabra! ¡A por la cabra!». En cualquier caso, indicaba con claridad que la situación era peligrosa y que hacía falta una solución urgente.

—Muy bien —dije—. ¿Por dónde se va al Estómago?

6. HACIA EL ESTÓMAGO DEL ORDACO

—Han de saber —declaró Bray ante los bibliotecarios-científicos y los policías— que este niño-cabra, en realidad, tiene muy buenas intenciones. Estoy convencido de ello. Y no se puede decir que le falte valor. —Entonces se dirigió a mí para preguntarme —: ¿Estás seguro de que quieres hacer esto? Pensaba que te echarías atrás cuando llegara el momento.

—Pues ya ves que no —le dije yo.

Un oficial de cierta edad (se trataba del Bibliotecario Jefe de New Tammany, nada menos) preguntó, prudente, si la noticia de que el ORDACO había vuelto a COMERSE a alguien no agravaría la preocupación del cuerpo estudiantil; por otra parte, tampoco estaba seguro de si era legal que entráramos en el Estómago del ordenador, aunque no dudaba de que en el caso de los Grandes Maestros...

—De un Gran Maestro —lo interrumpí—. No puede haber dos al mismo tiempo.

—Así es —coincidió Bray con total cordialidad—. En cuanto a la situación legal, lo cierto es que no hay ningún problema. Gracias a la Cláusula de Spielman —explicó, inclinándose ligeramente ante mí—, la cuestión de quién puede entrar en el Estómago está fuera de lugar. Sólo un Gran Maestro puede hacerlo y salir con vida. De todas maneras... —Se sacó un papel de debajo de la capa—. Me he tomado la molestia de preparar una especie de comunicado, por si acaso. Lo firmaremos y lo dejaremos con ustedes, caballeros, si el señor niño-cabra está de acuerdo.

El documento, que iba dirigido «A quien corresponda», afirmaba que quien resultara ser el Gran Maestro de los abajo firmantes autorizaba al otro a entrar en el Estómago del ORDACO a fin de demostrar Su autenticidad, y se hacía plena y exclusivamente responsable de las consecuencias que tal demostración pudiera tener; además decía que quien resultara no ser el Gran Maestro consentía ser comido como consecuencia de su error y se hacía responsable de lo que le sucediera. El Bibliotecario Jefe quedó satisfecho, pues el comunicado los descargaba a él y a su personal de cualquier responsabilidad en el asunto. Yo también admití que, en ese sentido, era adecuado, y sólo sugerí que se cambiara la palabra *error* por *impostura*.

Bray pareció sonreír.

—Y ¿por qué no «error o impostura»? Yo nunca he dicho que tú fueras un fraude, jovencito, ¿sabes? Por el contrario, creo que eres completamente sincero, y que estás completamente equivocado.

Los elogios de un charlatán desesperado y aterrado no conseguirían desalentarme, afirmé, pero para no parecer demasiado severo acepté que pusiera «error y/o impostura» y, tras pedirle prestado un bolígrafo al anciano bibliotecario, estampé la palabra GILES con mayúsculas al pie del documento.

—Ah —dijo Bray, y rechazó el bolígrafo—. Eso nos incluye a los dos, en estas circunstancias. He oído que estabas negando que importara si eres el GILES o no, pero

como los dos afirmamos serlo, que el perdedor carezca de nombre. ¿De acuerdo?

Los funcionarios no parecieron muy satisfechos con este punto, pero no había tiempo para negociarlo. Comenzamos a recorrer un pasillo que se dirigía a la sección central de la Sala de la Torre, donde un ascensor especial —el único que llegaba hasta allí— nos conduciría a ambos al interior del Estómago. Pero a pesar de que el edificio era inmenso y de que estaba fuertemente protegido, la muchedumbre que había en el exterior presionó lo bastante a los guardias como para que algunos individuos lograran entrar. Oímos gritos en una gran habitación situada al final del pasillo y, antes de que llegáramos a ella, nos interceptaron unos policías uniformados, que nos aconsejaron que diéramos media vuelta.

—Corre el rumor de que los guardias del Tendido Eléctrico están cayendo como moscas —nos informó uno de ellos—. Es por no sé qué cosa rara que les ordenaron llevar en el cuello cuando estén de servicio, que hace que pierdan el equilibrio —añadió, mirándome fríamente—. ¡Un suspendido lobo con piel de cordero!

No me sorprendió tanto su impactante metáfora como la noticia relacionada con los desgraciados guardianes de la Frontera y la evidente simpatía que sentía por los manifestantes: también nos contó que esta reciente calamidad los había puesto furiosos hasta un punto incontrolable; habían hecho brechas por todo el edificio para poder entrar a buscar al hombre a quien consideraban responsable de todas las catástrofes ocurridas en el día, y que el Fundador me ayudara cuando me atraparan, porque él no estaba dispuesto a hacerlo.

—Debería darle vergüenza —le dijo Bray con aspereza, y parecía dispuesto a seguir reconviniéndolo por dejación de responsabilidades, pero uno de nuestros acompañantes, que se había quedado atrás cuando Bray le había pedido que se llevara el Pergamino del Fundador al ARCHIVACO, donde estaría más seguro, llegó a toda prisa diciendo que la sala de los ficheros también había sido invadida. Los estudiantes, por el momento, no habían destruido nada más que las cerraduras que les impedían el paso, pero estaban muy enfadados y nos tenían rodeados. Temía que si no encontraban pronto a su presa, destruirían toda la Biblioteca buscándome, y a cualquier sospechoso de ayudarme a ocultarme.

—Es el suspendido niño-cabra o todos nosotros —apeló al Bibliotecario Jefe—, y quizá también las estanterías; algunos llevan antorchas.

Si al anciano bibliotecario le quedaba algún escrúpulo a mi favor, éste cedió ante la imagen de las estanterías ardiendo. Cogió por el brazo a Bray y le dijo:

—¡Aquí dentro no se puede ni encender un cigarrillo! ¡Esto deja zanjada la cuestión!

Yo comencé a sudar. Bray, por su parte, sonrió, y no pareció inmutarse ante el peligro. Quizá nuestros respectivos aromas, por una vez, se invirtieran.

—No van a linchar a nadie —afirmó.

Entonces, veloz pero tranquilamente, dio algunas órdenes para hacer frente a la crisis: había que decirle a la multitud que se volviera a reunir en la inexpugnable

salida del Estómago, situada en la parte trasera del sótano de la Sala de la Torre, por donde en breve serían excretados el impostor comido y el Gran Maestro. De ese modo, constatarían que se había hecho justicia y se hallarían en el exterior del edificio, donde no podrían causar ningún daño. Para llegar al ascensor del Estómago, sería necesario que yo cooperara en otra estratagema, que él esperaba sinceramente que me pareciera menos repugnante que ser desmembrado.

—La señora Stoker, en una travesura típica de ella, te prestó una máscara de mi cara para que pasaras con ella por la Rejilla de los Chivos. Póntela, si todavía la tienes, y atravesaremos el vestíbulo juntos. Si la has perdido, te daré otra, a no ser que prefieras arriesgarte...

Fue un trago amargo, y las exclamaciones que soltaron mis enemigos al oír la insinuación de que yo había pasado por la Rejilla de un modo fraudulento no hicieron precisamente que se volviera más dulce. Pero pude controlarme al pensar —y afirmar— que el ORDACO muy pronto acabaría con toda aquella farsa, e hice lo que Bray me había sugerido: me saqué el odioso antifaz de seda del bolso y me lo puse. Como antes, me quedaba tan bien y tan cómodo que parecía una segunda piel. Los funcionarios estaban asombrados y, al cabo de unos instantes, yo ni siquiera lo notaba. Entonces colocamos el bolso colgando de mi vara, que llevábamos cada uno por un extremo (ya que yo me negué a desprenderme de ella) y de esa guisa nos dirigimos hacia el ascensor que llevaba al vestíbulo central. Fue un trayecto aterrador: la gran sala que había al final del pasillo estaba llena de estudiantes iracundos, profesores y miembros del personal. Lo que repetían con insistencia —que era, finalmente, «¡A por la cabra!»— fue perdiendo ritmo a medida que nos acercábamos, y aunque quienes nos precedían anunciaron nuestro destino y situación, yo temblaba por nuestras vidas. Mi sufrimiento tenía tres causas: oír cómo le atribuían al «Gran Maestro» mi descenso, literal y figurado, al Estómago fatal; ver cómo abrían paso, aunque sin dejar de murmurar, ante el rostro duplicado de su ídolo; y sentir por todas partes el escrutinio torvo y obtuso de quienes, si hubieran sido capaces de distinguir lo Verdadero de lo Falso, habrían deseado convertir en carne picada a aquel cuyas instrucciones seguían.

Llegamos al ascensor, bajamos y nos encontramos con una escena similar en el vestíbulo, pero magnificada. «¡Dadnos a la cabra, a la cabra, a la cabra!», gritaban, y aunque algunos parecían disfrutar de un estado de ánimo más carnavalesco que proclive al asesinato —iban cogidos del brazo de sus chicas y levantaban tanques de cerveza esmaltados con brillantes colores—, la mayoría tenía un aspecto bastante peligroso. Un semicírculo de oficiales de revuelta los mantenía apartados de las puertas del ascensor mientras un hombre vestido con un bonito traje de lana les explicaba por un megáfono cuáles eran nuestras intenciones.

—Por favor, permanezcan en orden —les imploró—. Seguro que no quieren hacerle daño al Gran Maestro, y todavía no se sabe quién es quién. Ahora van a bajar

al Estómago; podrán ver el resultado junto a la salida trasera. Por favor, permanezcan en orden y tengan mucho cuidado para no provocar incendios...

Me quedé muy asombrado al reconocer la voz, y después la cara, de Maurice Stoker. A pesar de lo que me había contado Anastasia, resultaba difícil creer que aquel tipo pulcro y con la barbilla afeitada —que ahora pude ver sin ningún obstáculo, exhortando tranquilamente a uno de sus hombres a conservar la calma ante las provocaciones de la muchedumbre— no era un insípido hermano gemelo del director de la Central Eléctrica, en todo opuesto a él. La multitud no le prestaba atención más que para abuchearlo y burlarse de él, y amenazaba con romper en cualquier momento la fila de guardias que, sólo un día antes, la habrían amenazado con bayonetas y picanas. A pesar de todo, Stoker nos retuvo unos angustiosos segundos entre el ascensor del que habíamos salido y el que queríamos abordar, que se encontraba no muy lejos de donde estábamos.

—Por favor, discúlpenme por entretenerlos —dijo, dirigiéndose a ambos—. Me doy perfecta cuenta de lo trivial que debe sonar esto en estas circunstancias, pero estoy muy preocupado por mi esposa. ¿Alguno de ustedes, caballeros, tiene idea de dónde puede encontrarse?

Sonrió con educación, incluso con cierta timidez. Su tono de voz parecía completamente sincero. Bray le explicó con sequedad que Anastasia se había llevado a su madre a la sala de al lado, a las oficinas de su abuelo; el tono de su voz sugería que no aprobaba la nueva forma de comportarse de Stoker.

—Me alivia oír eso —dijo Stoker—. La verdad es que en la comida estuvo bastante rara, y eso me preocupó un poco. —Entonces se volvió hacia mí—. Tú debes ser George, ¿verdad? ¡Un disfraz perfecto! Y ¡qué idea tan buena! —Me extendió la mano para que se la estrechara—. Muchas, muchísimas gracias por tus consejos de esta mañana; me gustaría que tuviéramos tiempo para decirte lo bien que me han hecho. La verdad es que espero que el ORDACO no los coma a ninguno de los dos...

—¡Por el amor del Fundador, tío, vuelve a ser tú! —lo regañó Bray. Pero no podíamos retrasarnos más; alguna gente ya se había abierto paso entre los guardias. Antes de que pudiera valorar la autenticidad de la actitud de Stoker, nos vimos obligados a meternos en el otro ascensor, que apenas era lo bastante grande como para que cupiéramos los dos, ya que estaba diseñado para transportar carros autopulsados cargados de cintas y no pasajeros humanos. Los bibliotecarios-científicos huyeron a lugar seguro; los guardias hicieron un último esfuerzo para proteger el ascensor unos instantes más—, oí que Stoker decía:

—Sean razonables, damas y caballeros...

Yo esperaba que en cualquier momento Bray se retractara y confesara su impostura o inventara alguna excusa para no acompañarme, en cuyo caso yo estaba decidido a denunciarlo y, si era posible, obligarlo a hacer frente a las consecuencias de sus mentiras. Pero cuando le pregunté, para tomarle el pelo, si estaba preparado para bajar, él apretó un botón que decía ESTÓMAGO, el único que había. Las puertas se

cerraron de inmediato y, como en el ascensor no había ni una luz, descendimos en la oscuridad.

Pese a que no sólo estaba seguro de ser el Gran Maestro, sino, desde hacía poco, también el GILES, sentí algo de aprensión; la bajada se me hizo larga y no sabía si Bray iba a atacarme en la oscuridad e intentar detener de algún modo el ascensor antes de que llegáramos abajo. Su olor, aunque era débil, resultaba particularmente desagradable en aquel compartimento cerrado; para colmo, me pasó un brazo huesudo por encima de los hombros y me dijo, con gran cordialidad:

—Me parece que estás *enamorado* de Anastasia.

Como yo no contesté —ya que me estaba preguntando cómo podía ser que un hombre que estaba a punto de morir se preocupara por una cuestión como ésa—, añadió:

—Cualquiera diría, al verla, que es una paridera de primera categoría. ¿Por qué crees que no ha tenido hijos?

El ascensor se detuvo justo cuando él terminó la frase. Cogí mi vara, preparado para golpearlo si me atacaba en sus últimos estertores. Pero cuando las puertas se abrieron a una sala de un rojo brillante, llena de estantes con latas planas y redondas almacenadas desde el suelo hasta el techo, no sucedió nada.

—Esto es lo que llaman la Boca —dijo Bray, saliendo. Soltó un ligero suspiro, como si no tuviera ganas de concluir la otra conversación—. Aquí presentaremos nuestras credenciales. Al Estómago se llega atravesando una pequeña puerta que hay ahí y que tiene que abrir el ORDACO.

—¡Eso es lo que pasa! —exclamé, saliendo también del ascensor, cuyas puertas se cerraron de inmediato a nuestra espalda—. ¡Sabías que podías llegar hasta aquí sin ser comido!

Él chasqueó la lengua.

—¿A qué viene tanta hostilidad? Eso hace que parezca que estás demasiado a la defensiva para ser un Gran Maestro. —En realidad, confesó, no tenía ni idea de si el «menú» para la autodefensa del ORDACO incluía la sala de la Boca o sólo el Estómago, ya que nadie más que él había entrado allí—. Te aconsejo que seas menos crítico con tus colegas y discípulos, George —concluyó.

—¡Tú me aconsejas *a mí!* Pero veo que das por hecho que voy a vivir para poder seguir tu consejo. ¡Ni se te ocurra que por mucho que me adules vas a conseguir que te deje volver al ascensor!

Él había ido hasta el inevitable tablero de mandos situado junto a una puerta circular que había en la pared de enfrente.

—¿Por mucho que te adule? —dijo—. Mi querido amigo: en primer lugar, no es posible volver al ascensor; vuelve a subir automáticamente y desde aquí abajo no se lo puede llamar. La única manera de salir es atravesando el Estómago.

—Muy bien.

—En cuanto a lo de adularte, no tengo la menor intención de hacerlo. Elogiarte, tal vez; eso es otra cosa. Pero muy pronto verás lo equivocado que estabas con respecto a mí. No soy lo que la gente cree que soy.

—¡No hace falta que me lo digas precisamente a mí!

Sonrió y apretó unos cuantos botones. Parecía que estaba escribiendo un mensaje en la consola.

—¡Pero tampoco soy lo que tú crees que soy!

Le ordené que dejara de ganar tiempo y que abriera la puerta del Estómago, y me pregunté cómo la abriría yo si él se negaba a hacerlo, ya que no parecía tener ni picaporte ni cerrojo.

—Eso es justo lo que estoy haciendo —me dijo—. Ahora tienes que meter tu documento de identidad y tu lista de deberes por esta ranura. Yo ya los metí la otra vez que vine.

—Ya me imagino.

Desbaraté lo que pensé que era su estratagema entregándole el carné que me había dado Ira Héctor aquella mañana. Pero si Bray se sorprendió ante el hecho de que yo tuviera uno, consiguió disimularlo. Además, no hizo ningún caso de mi comentario sarcástico y se limitó a comentar que ya que el «programa de Dieta» del ORDACO servía para examinar y evaluar a quienes, como nosotros, atravesaran la sala de la Boca, había aprovechado la oportunidad para preguntarle algunas cosas sobre la cuestión del GILES que le parecía que a mí podría interesarme verificar antes de que siguiéramos adelante. Lo acusé una vez más de retrasar su inevitable final; pero, de todos modos, fue muy satisfactorio ver al ORDACO afirmar de manera inequívoca (como no podía hacer en relación con otros asuntos, inferí, o antes de que le mostrara mi documento de identidad para que lo inspeccionara) que, en efecto, había fecundado a Virginia R. Héctor con un espécimen del Granmaestro Ideal del Laboratorio Eugénésico de Sujetos, siguiendo una de las opciones del programa creada «amilpencialmente» por él mismo. De un modo más específico (esta información nos fue proporcionada en tarjetas del tamaño de una entrada para el anfiteatro, que iban cayendo una tras otra en el interior de un recipiente situado debajo del tablero de mandos mientras Bray accionaba una palanca que había a su lado), la fecundación se había efectuado, paso a paso, mientras el Reloj de la Torre daba las campanadas de medianoche el 21 de marzo de aquel año. Una tercera tarjeta afirmaba que el ORDACO le había asignado una frase hecha al feto justo antes de que naciera, cosa que sucedió doscientos setenta y cinco días después de la concepción...

No pude evitar exclamar:

—¡Aprobar a todos Suspende a todos!

—Naturalmente —dijo Bray, y volvió a accionar la palanca. La cuarta tarjeta, que llevaba, como todas las demás, una imagen sonriente del rector Rexford en el anverso, confirmaba que el GILES bebé había sido recibido en el elevador de cintas pero que el ORDACO había organizado todo para que un empleado de la Biblioteca

rescatara al niño de su Estómago, con el inevitable sacrificio de una parte de la capacidad mental del hombre.

—¡G. Herrold, aprobado sea!

Bray soltó un chasquido expresando su empatía.

—Me temo que nunca la conocí.

En la tarjeta número cinco, en respuesta a una pregunta que había planteado Bray sobre la relación de Anastasia con el GILES, el ORDACO afirmó que no le constaba que Virginia Héctor se hubiera sometido a fecundaciones múltiples o en serie; sin embargo, en la sexta confirmó la hipótesis del doctor Eierkopf de que el GILES no podía tener ninguna hermana, ni siquiera gemela; esa posibilidad quedaba descartada tanto por el Proyecto Cum Laude como por el hecho de que los gemelos de distintos sexos no son idénticos genéticamente.

—Ya basta —le dije—. Abre el Estómago.

—Una más —dijo Bray, y me pasó una tarjeta que el ORDACO había generado sin que él accionara la palanca. Como si ya conociera el mensaje (aunque aparentemente no la había leído), añadió—: Lo más importante de todo, ¿eh?

La tarjeta hacía tres afirmaciones muy claras: que el GILES era un auténtico Gran Maestro *en potencia*; que el ORDACO era capaz de distinguirlo al examinarlo, y que ya lo había hecho; que cualquier otra persona que entrara en el Estómago sería comida de inmediato. Mientras yo leía estas sucintas declaraciones, la pequeña puerta se abrió. Se trataba de una portilla redonda, con una abertura octogonal que recordaba al obturador de una cámara y que se iba ampliando como lo haría éste. La habitación que había al otro lado estaba completamente oscura. Para evitar que me hiciera alguna jugarreta, cogí a Bray por la capa —que era más rígida y escurridiza de lo que parecía— y afirmé que entraríamos juntos.

—¿Por qué no? Pero antes debería explicarte el procedimiento para la evaluación, ya que estás seguro de que me van a COMER.

El examen comenzaría, dijo, en cuanto atravesáramos la portilla, y comenzaría a aplicarse la Ciencia de la Organización y Multiplicación Electroencefálica Regular, si era necesario, bien de inmediato, bien cuando yo hubiera contestado la pregunta preliminar y las tres preguntas principales que aparecerían de manera sucesiva en un pequeño monitor central. Para contestarlas, sólo había que apretar los botones que decían *sí* y *no* y que estaban, respectivamente, a la derecha y a la izquierda en un mando que se hallaba suspendido sobre el monitor.

—Es sólo una formalidad, creo —dijo—. Si estás capacitado para presentarte a los Finales, es porque ya eres un Gran Maestro, lo cual significa que no puedes suspenderlos, ¿no te parece?

A modo de respuesta, lo empujé ligera pero decididamente hacia la portilla, convencido de que opondría resistencia en el último momento, pero se acercó a ella sin poner ningún inconveniente. Entramos juntos y resbalamos por un túnel corto e inclinado hasta aterrizar, con los pies por delante, en una habitación toda acolchada.

Se oyó un crujido por encima y detrás de nosotros. Me sobresalté, estiré un brazo para mantener el equilibrio y descubrí que el suelo y las paredes de la habitación estaban revestidos con un material cálido, húmedo y esponjoso (que se humedecía y calentaba, según me enteraría más adelante, para conservar bien las cintas). Además, la sala daba la sensación de ser una esfera hueca e irregular, por lo menos donde estaba yo; era difícil mantener el equilibrio en aquel suelo mullido, que también vibraba ligeramente y emitía un ruido sordo, como si una gran maquinaria estuviera cerca. ¿El cerebro de Bray ya había sido comido, me pregunté, o era sólo la portilla y los escáneres lo que hacía ese ruido? No notaba su presencia ni lo oía, y la habitación estaba toda oscura salvo por una pequeña barra horizontal que brillaba a unos metros de donde yo me hallaba y que tomé por el monitor del que me había hablado. No importaba: aunque me sentí exultante al darme cuenta de que estaba ileso —de hecho, el alivio me hizo encontrarme como en casa, cosa sumamente rara en aquel temible lugar, como si estuviera acurrucado junto a Mary Appenzeller—, no perdí tiempo en confirmar el destino de mi rival y me dirigí de inmediato hacia la barra centelleante. No era más larga que mi dedo índice, y tenía más o menos su grosor, y parecía flotar, verde y borrosa, en el centro de la habitación, aunque yo di por hecho que era una proyección de algún dispositivo óptico. Supuse que se trataba de la pregunta preliminar, cosa que constaté cuando, empleando las lentes de mi vara, vi con claridad cuatro palabras:

ERES HOMBRE O MUJER

¡Curiosa pregunta! ¿No se había estipulado ya que el GILES no podía ser mujer? Pero mientras tanteaba en busca del mando con los botones para responder, me di cuenta de que la pregunta era más astuta que superflua; apreté el botón de la derecha. De repente, una pregunta distinta y más larga brilló bajo mi lupa:

HAS TERMINADO TUS DEBERES DE INMEDIATO,
SIN PERDER TIEMPO

De mala gana, contesté *no*, pensando que, al fin y al cabo, había estado trabajando desde el alba, y aunque lo que había conseguido hacer no era desdeñable en absoluto, todavía tenía que obtener ciertas Armas para mi documento de identidad y averiguar ante qué autoridades tenía que presentarlo. Sin embargo, mientras pulsaba el botón de la izquierda, lo pensé mejor y apreté el otro para corregirme: el Fundador sabía que había hecho más de lo que cualquier otro estudiante de carrera humano podría soñar, y lo que me faltaba era evidentemente irrealizable hasta que hubiera aprobado los Finales, de los que la pregunta formaba parte. Confiando en que mi apresurado cambio de respuesta se hubiera entendido y aceptado —ya que seguía sin ser comido—, me puse a tratar de resolver la siguiente cuestión que apareció en la pantalla:

De inmediato, y con absoluta confianza, contesté *sí*, o más bien confirmé lo que estaba declarando mi padre.

DESEAS APROBAR

Ante esta pregunta, y también triunfalmente, pulsé el botón de la derecha, puesto que aunque sabía que en algunos patios cuadrangulares se sostiene que quien busca las Puertas de la Graduación es, por fuerza, alguien que no las ha encontrado, y no puede hallarlas mientras las busca, tres contra-consideraciones instantáneas y simultáneas pesaron más que ésa: en primer lugar, parecía que los Finales estaban diseñados para una serie de respuestas positivas, con lo cual, ¿qué podía ser más positivo que la Graduación? En segundo lugar (y por lo tanto), los antedichos esotéricos sostenían que está aprobado quien se sabe aprobado, de modo que mi *sí* era más la declaración de un logro que el reconocimiento de un deseo. Por último, alertado por el curioso significado de la pregunta preliminar (cuya función, ahora me di cuenta, era sólo la de ponerlo a uno en alerta), no dejé de ver el doble sentido de esta última; y aunque el Estómago me resultaba extrañamente cómodo, lo cierto es que deseaba aprobar para poder salir de él y tranquilizar al angustiado cuerpo estudiantil.

Como para confirmar esa tercera idea, cuando pulsé *sí*, la barra desapareció, comenzó de nuevo el ruido sordo y las paredes parecieron ponerse a latir, lanzando unas lentas ondas en dirección hacia el extremo de la habitación. Vi allí un parpadeo, oí voces y gritos y comprendí que la portilla de salida debía estar abriéndose como se había abierto la de entrada. Me lancé hacia ella a cuatro patas, ayudado por las ondulaciones; la muchedumbre había visto que la puerta se abría y se había congregado enfrente de ella con las antorchas encendidas, a cuya luz vi levantarse delante de mí, al lado de la salida, al enemigo que consideraba comido.

Atónito y consternado, grité:

—¡Suspendido seas!

—¡Y aprobado sea usted, señor! —exclamó Bray, que parecía muy feliz—. ¡Aprobado sea hasta el último de los semestres! ¡Reciba esto, Gran Maestro del Campus Occidental, y colóquese al frente de su clase!

Al decir esto, me puso en la mano lo que resultaron sen documento de identidad y mi lista de deberes.

—¡Admites que eres un fraude! —lo desafié. Fuera, la multitud comenzó a entonar de nuevo sus cánticos: «¡Dadnos la cabra! ¡Con Bray hasta el final!». De rodillas, en el suelo, frente a frente, resistimos las ondas que nos impulsaban hacia el exterior—. ¿Cómo es que no has sido comido?

—¡Porque no soy un fraude, señor! —dijo alegremente, e incluso se secó un ojo—. ¡Ah, aprobado sea, aprobado sea!

Me explicó entonces que había conservado la vida debido al hecho de que el ORDACO lo había escogido, hacía algún tiempo, para llevar a cabo una tarea que ya estaba prácticamente concluida: desempeñar el rol de profe de Profecía para desbaratar los planes de cualquier antigiles. Como Juan el Tesorero había sido necesario para declarar que Enós Enoc se había matriculado y ayudarlo con los rituales de la inscripción, Bray había sido designado no sólo para certificar que había aprobado los Finales (cosa que había hecho, según dijo, en los documentos que yo tenía en la mano), sino también para fingir que él era el Gran Maestro, de modo que yo lo echara por fin del Gran Centro Comercial como prueba de autenticidad.

—No te creo —le dije.

—¡Nunca me ha creído, aprobado sea su corazón! —se disponía a abrazarme, pero me aparté—. No tenía por qué hacerlo... hasta ahora, por supuesto —dijo, y continuó—: Todos los certificados que he hecho son falsos, y suspendiendo a toda la gente que yo he aprobado, usted demostró lo aprobado que es. El ORDACO no me ha comido para que pueda entregarme a la multitud, ahora o cuando le haya dado su documento de identidad a Reginald Héctor. Entonces (no le importa que le haga una sugerencia, ¿verdad, señor? En realidad es una sugerencia de su padre) lo más granmaestril sería detener el linchamiento y limitarse a expulsarme para siempre de la facultad. —Se dirigió hacia la portilla—. ¿Vamos?

Aunque su explicación era verosímil (de hecho, ¿cómo, si no, explicar que no hubiera sido comido?) y gozosa la perspectiva de provocar su caída, yo estaba lleno de dudas y perplejidades. No era capaz de modificar tan abruptamente mi imagen de él, que pasaba de ser mi enemigo a cómplice de mi destino, sobre todo por el carácter stokeriano de su propuesta, que tenía toda la pinta de ser una artimaña. ¿Me estaba tentando, como Stoker, para que lo rechazara? Y si así era, ¿me suspendería dicho rechazo, o el rechazo a rechazarlo? Delante de mí se abría un abismo, como en la Reunión Antes de la Rejilla; lo evité cayendo no en la tentación de denunciarlo sino al suelo, debido a una contracción particularmente fuerte de las paredes de la habitación, que me eyectó, de cabeza, por la portilla. Esta se cerró al instante en cuanto estuve fuera, como un ojo que parpadea o el bolso de Virginia Héctor con su cordón ajustable, que llevaba colgado del hombro. Cuando me estaba levantando —de una pequeña zona de hierba que, por fortuna, había delante de la abertura—, la muchedumbre se acercó a mí. Mucha gente llevaba antorchas en la mano, las cuales, junto a las luces de una unidad móvil de telerama, iluminaban la escena.

—¡Hurra por Bray! —parecían gritar. Tuve tiempo para echar un vistazo a mi espalda; él se las había arreglado, de alguna manera, para quedarse en el Estómago. Entonces la gente ya estaba a mi alrededor, riéndose y aclamándome. Me dio un vuelco al corazón. Victorioso, me levantaron a hombros, con la vara en una mano y los documentos en la otra. Hasta que no me pusieron un micrófono delante y me

preguntaron sí el niño-cabra había sido comido definitivamente, no me acordé de que llevaba una máscara. ¡Qué desazón! Pero pensé que lo mejor era no proclamar la verdad desde una tribuna tan inestable.

—Todo está bien —le dije al entrevistador, y sentí una gran satisfacción al oír mi voz amplificadas procedente del vehículo de la telerama—. El falso Maestro está en el Estómago; ya no causará más problemas en este campus.

Hubo un gran aplauso. El aire se llenó de puñados de confeti y serpentinas de papel higiénico. Sonaron bocinas y clarines. Jóvenes estudiantes vestidos con uniformes de los Cuerpos de Operaciones Especiales comenzaron a abrazar y besar a las chicas de colegio mixto que tenían al lado, quienes se entregaban de buena gana, apoyándose en un pie y levantando el otro hacia atrás.

—Llebadme ante vuestro anterior rector —los exhorté— y esperadme en la puerta de su despacho. ¡Os prometo que os vais a llevar una sorpresa!

Lo que había planeado, naturalmente, era entregarle al exrector Héctor mi documento de identidad, completando así el último punto de mis deberes (ya que mi madre estaba fuera de sí, y una de las sinecuras de mi abuelo era dirigir la ociosa Oficina de Graduaciones de New Tammany); tras haber obtenido de él un comprobante oficial de que había hecho todos los deberes que me habían puesto y de que mi documento de identidad estaba en orden, me desenmascararía ante él y ante el cuerpo estudiantil, mostraría mis credenciales, proclamaría mi indiscutible condición de Gran Maestro y sólo entonces expulsaría a Bray del Gran Centro Comercial si me parecía adecuado. El gentío recibió mi promesa con buena voluntad; todos esgrimieron sus antorchas, exultantes, y entonaron el «Himno de Secundaria» mientras me llevaban:

Querida y vieja New Tammany,
La universidad
depende de ti...

Aunque yo no aprobaba el almamatriotismo estrecho de miras de esa idea ni la noción general de que el bien común de la estudiantía era contingente desde un punto de vista político, no pude evitar sentirme conmovido, en aquellas circunstancias, por lo adecuado de su ruego, que, me dio la impresión, no iba dirigido a su facultad sino a mí:

Enseñanos las Respuestas.
Evítanos la noche suspendida.
Gradúanos en la luz
cuando acabe nuestra vida.

7. HACIA LA ANTIGUA CASA DEL RECTOR

Los diversos despachos de Reginald Héctor —de director de Graduaciones, secretario ejecutivo del Fondo Filofilosófico y presidente de la junta del consorcio de libros de referencia de su hermano— se hallaban, al igual que sus aposentos, en una versión más pequeña de la Casa de la Luz de Lucius Rexford, que estaba al otro lado del Gran Centro Comercial. Como originalmente había cumplido con la función que ahora desempeñaba esta última, se la conocía, de un modo muy adecuado, como la Antigua Mansión del Rector^[18]. Sin embargo, de un modo muy poco adecuado, su fachada de ladrillo blanco y sus elegantes ventanas recibían una iluminación más fuerte que las de su homóloga mayor: ¿o bien el problema de la Central Eléctrica ya había sido localizado, o bien Lucky Rexford había alterado considerablemente sus costumbres! El respeto que todavía sentían los newtammanienses por su antiguo profesor-general se ponía de manifiesto en el hecho de que aunque medio centenar de guardias no había conseguido impedir su entrada en la Sala de la Torre, la visión de uno —un miembro del Cuerpo de Operaciones Especiales con casco y guantes blancos— bastó para que mis portadores se detuvieran a cierta distancia del porche. El tipo iba armado, por supuesto; y sin embargo, muy probablemente no fuera su rifle (que, en cualquier caso, sujetaba en posición de firmes) lo que los hizo detenerse, sino su estima por el hombre cuya puerta el guardia protegía de una manera tan ceremoniosa. Muy impresionado por esta contradicción con el desprecio que Max y el doctor Sear sentían por el antiguo rector, pedí que me dejaran en el suelo, volví a declarar ante una fila de micrófonos que pronto anunciaría cosas importantes y que tal vez Reginald Héctor también lo hiciera, e insistí en que nadie me acompañara al interior del edificio. Mientras avanzaba en dirección al porche (tratando de cojear lo menos posible), unos policías se colocaron para contener al gentío que, me satisfizo ver, no hizo ningún esfuerzo por superarlos. Unos cuantos fotógrafos y estudiantes de periodismo, un tanto groseros, me siguieron, y aunque yo respetaba su insistencia profesional, me alegré cuando el oficial militar que hacía las veces de portero, tras inspeccionar mi documento de identidad y saludarme como correspondía, los obligó a permanecer fuera del edificio.

—El p-g está en el despacho del FFF, señor —me informó, y su brusca cortesía me resultó tan satisfactoria que le di las gracias y entré sin pararme a pensar en qué significaría lo que me había dicho. Afortunadamente, me encontré con otro como él, sólo que en versión femenina, que vino hacia mí desde un mostrador del vestíbulo y me preguntó con mucha educación si buscaba al p-g y, si así era, estaba segura de que él interrumpiría su trabajo en el FFF para tener una nueva audiencia con el Gran Maestro, sobre todo a la vista de las impactantes noticias recientes, que se atrevía a suponer que me habían llevado hasta el despacho del FFF. Entonces comprendí el significado de todas aquellas iniciales y, como una atenuación de las luces me

recordara la crisis general, le rogué que no se asustara por los alarmantes informes procedentes de la Colina del Fundador y de la Casa de la Luz, ya que todo progreso radical conlleva ciertos trastornos temporales.

—Oh, no, señor —dijo, muy coqueta ella, con su falda y su blusa verde olivo y sus lentes de montura negra—. Me refería a lo que ha hecho Ira Héctor. —Me había llevado por un pequeño pasillo hasta una doble puerta acristalada donde decía FONDO FILOSÓFICO: SECRETARIO EJECUTIVO—. No es asunto mío, desde luego —afirmó, abriendo la puerta con un cautivador golpe de cadera—, pero sigo pensando que Ira Héctor es un anciano de lo más desagradable y el p-g es un encanto. Le diré que está usted aquí.

Sentía mucha curiosidad por saber a qué noticias se refería, pero mayor aún fue la que me despertó la visión, en el despacho del FFF, de lo que parecía ser la misma banda de académicos indigentes de la que había rescatado a Ira Héctor aquella mañana. Como entonces, eran unos mendigos desdeñosos, aunque ahora parecían desempeñarse con mayor éxito. Deduje que el hombre al que importunaban, agolpados en torno al escritorio en el que él estaba sentado, era Reginald Héctor, mi abuelo paterno, que había tratado de asesinarme. Se trataba de un hombre de mandíbula prominente, calvo y vestido de un modo muy conservador. Repartía limosna como quien imparte justicia, y con una sonrisa en el rostro. Aunque se comportaba de un modo informal, tenía la espalda tan recta como el guardia que había fuera; sus ojos azules parecían titilar y destellar como la mica. Con cada dádiva decía «¡Toma esto!» o «¡Ahí tienes, tú!» con un tono de serena satisfacción, como si se estuviera vengando de algo. A un hombre le dio un cheque; a otro, un conjunto de instrumentos de dibujo técnico metidos en una caja de terciopelo azul; a otro, un libro de consulta encuadernado en tafilete; a otro, tres latas de cecina. Se sacó del bolsillo de la chaqueta una pluma estilográfica y se la entregó a una chica de pelo largo y aspecto asilvestrado, que le besó la mano; su reloj de bolsillo con la cadena y todo, su barómetro de escritorio y su agenda e incluso su corbata a rayas y sus gemelos siguieron el mismo caritativo camino. Y aunque dos ayudantes que tenía a su espalda iban reemplazando todas estas cosas, incluso los efectos personales, buscando en unas cajas de cartón que había junto a ellos, me satisfizo contemplar un espectáculo tan filantrópico, impresionado por el contraste entre los hermanos Héctor y un tanto indignado por la falta de gratitud de los estudiantes, incluida la que le había dado un beso en la mano, en cuyo rostro creí atisbar una sonrisa de suficiencia que, felizmente, su largo pelo le ocultó a su benefactor.

Sin que él reparara en mí, observé que el suministro de bienes de las cajas de cartón se agotó cuando se acercó la recepcionista. El exrector Héctor frunció el ceño, se encogió de hombros, sonrió, se aclaró la garganta y comenzó a liarse un cigarrillo con gran destreza.

—Se acabó, chicos —dijo de repente—. No hay nada más para dar.

Se oyó un coro de protestas, pero los ayudantes condujeron con rapidez a los suplicantes hacia el pasillo, y cuando pasaban a mi lado les recordaron que le dieran las gracias al señor Héctor antes de marcharse. Sólo unos pocos no lo hicieron con tono de burla. Me miraron con expresiones de sospecha, desprecio u hostilidad, lo cual, teniendo en cuenta la máscara que llevaba, fue una sorpresa que me dio seguridad. Uno de ellos me llamó charlatán, otro «carca» y otro «empleado de la compañía»; resultaba evidente que no compartían el sentir general de los newtammanienses, y tuve un acceso de simpatía hacia ellos. De hecho, decidí para mis adentros buscarlos, una vez me hubiera proclamado, y alistarlos entre mis primeros discípulos, ya que, sin ninguna duda, eran los más caprinos de toda la estudiantía. Tuve la tentación de revelarles mi identidad, pero los insté a que esperaran en el exterior con sus compañeros de clase, ya que tenía buenas noticias en relación con su amigo el niño-cabra. Como es natural, hicieron un gesto de desdén al oír esto, y entonces los ayudantes se los llevaron a pesar de sus amenazas de «ponerse a cojear» si alguien les ponía la mano encima.

—Suspendidos ingratos —me susurró uno de los ayudantes—. Ya veremos cómo gritan cuando dejen de recibir la ayuda del p-g.

Me disponía a explicarle que ellos eran, en mi opinión, la sal del campus, pero entonces la recepcionista ya había informado al «p-g» de mi presencia, y él vino hacia mí negando con la cabeza.

—¡Me alegro de verlo, G. M.! —dijo cálidamente, y me estrechó la mano con fuerza. Su tono de voz era amistoso, pero su sonrisa era seria—. Todo para los zopencos, ¿verdad?

La recepcionista se excusó para salir, pero Reginald Héctor le pidió que le echara un vistazo de nuevo a «la señorita Virginia, en la habitación de al lado» en lugar de volver al vestíbulo, ya que temía que su hija siguiera medio histérica.

—Ha estado diciendo cada cosa... —Se rascó la coronilla con remordimiento—. Y siempre hay un suspendido periodista cerca, ¿sabe? —añadió. Entonces me examinó brevemente pero con atención, sin duda preguntándose hasta qué punto estaría yo enterado de los nuevos sufrimientos que aquejaban a su hija, y hasta qué punto sus delirios tendrían una base real.

—Es normal que la señorita Héctor esté disgustada —dije yo—. Lo que pasó ahí en la Biblioteca fue algo muy desafortunado.

—¡Desafortunado! ¡Me gustaría echarle el guante al niño-cabra ese! —No parecía estar muy seguro de qué terreno pisaba, como yo bien hubiera podido imaginarme, al margen de quién afirmara su hija que era el GILES. Bruscamente, me dio las gracias —es decir, se las dio a Bray— por el certificado que le había hecho unas horas antes: la cita de su diploma —«Ninguna clase aprobará»— le parecía un resumen de su filosofía tan acertado que tenía la intención de proponerla como lema para su club favorito, la Hermandad de los Hombres Independientes. En realidad, dijo, esperaba poder hacerlo si conservaba los recursos suficientes para poder seguir siendo

miembro de dicha sociedad, ahora que su hermano había «dado al traste» con el FFF y, por lo tanto, también con el salario de su secretario ejecutivo.

—He oído que eso también ha sido consecuencia de las intromisiones de ese suspendido niño-cabra —dijo, muy enfadado—. ¡No es que piense que esos gandules merezcan que se les eche una mano, ni mucho menos! Pero es mejor hacerlo en privado que convertir a New Tammany en una facultad del bienestar, como está haciendo Rexford.

—¿Su hermano ha cambiado de opinión con respecto a la filantropía? —le pregunté.

—¿Si ha cambiado de opinión? ¡Se ha vuelto loco! —Su política siempre había sido, afirmó, no contraer deudas con nadie; cuidarse a sí mismo para poder cuidar a los demás. En esto era distinto de su hermano Ira, que daba limosna en defensa propia, por decirlo así, o para promover sus propios intereses. Compartían la opinión de que las ignorantes masas de estudiantes, en general, merecían su destino miserable; su propio ejemplo demostraba que con ambición y carácter se podía superar cualquier desventaja; pero no había ningún motivo, en opinión de Reginald, para no compadecer a quienes eran inferiores a uno. Le parecía importante que la administración de la facultad no se inmiscuyera en cuestiones de caridad, para evitar que las masas de inútiles —que ya eran demasiado dependientes y vagos— pensaran que tenían derecho a recibir alojamiento, comida y clases gratis; y nada podía ser más favorable para el programa generalizado de subvenciones de Lucius Rexford que el recorte presupuestario del Fondo Filofilosófico.

No pude evitar sonreír.

—A lo mejor el niño-cabra puede hablar también con el rector Rexford —sugerí. Reginald Héctor afirmó con un resoplido de desdén que le habían llegado perturbadores rumores al respecto, y añadió que en la época de la Segunda Revuelta Intercampus, habrían acabado a tiros con un subversivo tan peligroso como ése, por lo menos si él hubiera estado al mando. Hoy en día se consentía todo, y no había más que mirar la tasa de criminalidad, y la de fracaso escolar, y la de natalidad extramatrimonial, y el estado en que se encontraban las instalaciones de la facultad.

—El niño-cabra ya no se entrometerá más —dijo uno de sus ayudantes desde el pasillo, y contó lo que acababa de saber por la gente que esperaba fuera: que yo había dejado al impostor en el ORDACO, y que éste se lo había comido.

—¡No! —exclamó alegremente Reginald Héctor, y me dio una palmadita en la espalda—. ¿Por qué no me lo había dicho, truhán? —Yo le confirmé que el falso Gran Maestro había dejado de ser una amenaza para la estudiantía, y le expliqué el objeto de mi visita: obtener un documento oficial definitivo que avalara que estaba aprobado y que era el Gran Maestro, ahora que el impostor había quedado descartado.

—¡Con mucho gusto! ¡Con mucho gusto! Deme su documento, señor; lo validaré muy gustosamente. —Buscó un bolígrafo en el bolsillo de su chaqueta, descubrió que

había regalado el suyo y le pidió uno prestado a uno de sus ayudantes—. ¡Sabía que era un farsante! ¡El GILES, claro! ¡Como si pudiera existir tal cosa!

Yo sonreí y le entregué la hoja con mis deberes. Me di cuenta de que en el interior del círculo donde estaba su lema, Bray había escrito «Aprobar es suspender», aludiendo, supongo, a esos certificados que había hecho y cuya falsedad yo había demostrado. Esta presunción me resultó irritante hasta que recordé que en el Estómago había hecho la dudosa afirmación de que deseaba ayudarme, cosa que yo todavía no había tenido tiempo de considerar y evaluar.

—Hmm —dijo el exrector, colocándoselo a distintas distancias delante de los ojos. Tal vez no pudiera verlo bien; en cualquier caso, se limitó a echarle un vistazo rápido mientras asentía con la cabeza—. Ah, sí, esto está todo en orden. ¡Hmm! Puedo firmar en cualquier parte, supongo.

Dirigiendo su atención hacia la séptima y última tarea, observé que no parecía que hubiera que firmar en la lista de deberes, sólo en el carné de matriculación —es decir, el documento de identidad— donde en realidad tampoco daba la impresión de que fuera necesario que firmara; bastaba con que lo examinara.

—Claro, claro —coincidió de inmediato, como si lo supiera tan bien como su propio nombre pero lo hubiera olvidado durante un segundo—. Salvo que quiera que le ponga mis iniciales, por una cuestión formal...

Mientras él hablaba, observé el carné y vi que Bray había puesto ORDACO en el hueco que había para «Padre» y había firmado con su propio nombre en el que había para «El examinador». Le pedí prestado a Reginald Héctor el bolígrafo que había pedido prestado, taché el nombre *George*, con el que había firmado antes, y detrás, en la misma línea, escribí GILES.

—Quédese, quédese —dijo, refiriéndose al bolígrafo, y cogió el carné. Se sonrojó al instante—. ¿Qué es esto?

Le ofrecí el bolígrafo a su propietario, quien, en vez de cogerlo, dio un paso atrás e hizo un gesto de rechazo y vergüenza.

—¿Algún problema? —le pregunté al exrector—. Ahí; ponga sus iniciales detrás de mi título, si le parece.

—Ya veo —dijo él, mirando las palabras escritas como si estuviera comprendiendo una broma—. ¡Se ha examinado a sí mismo! Y ¿por qué no? Y va a llamarse el GILES porque, de hecho, usted es el Gran Maestro. —Garabateó RH al final de la línea—. ¡No se lo reprocho en absoluto! Es una idea muy inteligente, en realidad; así acabará con todas esas tonterías del niño-cabra. ¡Aquí tiene, señor!

Al recibir los dos documentos, dije:

—Yo de verdad soy el GILES, señor Héctor.

—¡Por supuesto que sí! —gritó él, indignado—. ¡Tiene todo el derecho a serlo! Estaba tratando de decirle a mi hija, hace un rato, cuando Stacey la trajo aquí muy disgustada, que tenía que quitarse esas tonterías de la cabeza...

—¿Que es mi madre? —lo interrumpí—. Lo es, señor Héctor. Yo soy el verdadero GILES, el que usted dejó en el elevador de cintas hace veintiún años.

—Eso es ridículo. —Hasta entonces, parecía un anciano nervioso y un tanto fatuo; ahora se quedó con la boca abierta, y sus ojos centelleaban de un modo que, en otro tiempo, debió intimidar a escuadrones enteros de jóvenes oficiales. De hecho, los dos ayudantes se retiraron de inmediato. Él era un especialista en ciencias militares, me dijo secamente, no un político con mucha labia ni un filósofo con gafas de cristales gruesos, y había muchas cosas que ignoraba, de eso no tenía ninguna duda; pero suspendido fuera si no reconocía un fraude cuando olía uno, y según su nariz, por decirlo de algún modo, todo ese asunto del Gran Maestro apestaba desde lo del Estómago hasta lo del Campanario. Quería saber qué pretendía yo. Había aceptado, con Rexford y los demás, reconocer mi granmaestría (es decir, la de Bray) por el mismo motivo por el que se había unido a la Fraternidad Enoquista durante su campaña por el rectorado: porque sabía que para «la gente común» era tan importante creer en la Graduación como para las tropas de revuelta lo era creer en su alma mater; se trataba de un consuelo y de una justificación por la posición inferior que ocupaban en la jerarquía. Y tenía la esperanza de que yo fuera meramente un astuto oportunista; de hecho, admiraba bastante mi forma de actuar «con un par», tal y como lo expresó, y daba por hecho que yo obtendría lo que estuviera buscando: fama, influencia, reconocimiento en todo el campus y un cargo lucrativo en la administración de Rexford. Pero, por lo visto, yo iba tras una presa más peligrosa, me dedicaba a la caza mayor; me había puesto a escarbar en el pasado de algunos grandes hombres en busca de alguna mina de oro, por decirlo así, y al sacar a la luz esos cotilleos antiguos y difamatorios sobre su hija y el GILES, querría sin duda extorsionarlo para sacar algo a cambio.

—¡Así que diga claramente qué es lo que quiere, suspendido sea, o le parto la crisma!

A pesar de lo amenazante de sus palabras y su tono de voz, me di cuenta de que estaba asustado —para empezar, me estaba preguntando cuál era mi precio en lugar de llamar a un policía— y, por lo tanto, supuse que había comprendido la experiencia reciente de su hija y su nieta en la Sala de los Catálogos. En resumen, sabía que el GILES estaba vivo y que no se hallaba lejos —se tratara de Bray o de George, el niño-cabra—, y tenía buenos motivos para temer que le pidiera cuentas por su antigua tentativa de infanticidio. Yo podría haberme quitado la máscara en aquel momento, pero se me ocurrió una estrategia para lograr que me proporcionara más información sin darle nada a cambio. Yo era el GILES, le repetí, concebido por el ORDACO en Virginia R. Héctor, rescatado del elevador de cintas por G. Herrold, el limpioliberal, criado por Max Spielman con el nombre de Billy Bocksfuss, el niño-cabra de la Colina Agrícola, y venido al Gran Centro Comercial para cambiar la MIRA del ORDACO y Aprobar a todos o Suspende a todos.

—¡No! —protestó él, pero se trataba de una expresión más de asombro que de negación.

—¡Claro que sí!

De todas maneras, le expliqué, no debía suponer que yo buscara ni riqueza ni fama, ni que quisiera una retribución por su parte; había dejado el establo para Aprobar a todos o Suspende a todos y, como aquel mismo día había superado todas las pruebas y había aprobado los Finales, lo único que quería de él era que me ofreciera un relato verídico de mi nacimiento y mi infancia antes de proseguir con mi trabajo.

Él se acarició la barbilla con recelo.

—Y ¿qué pasa con el George ese que atravesó la Rejilla esta mañana?

—Es un impostor —dije yo—. Un niño-cabra falso.

—Dijo Maurice Stoker que había venido a causar problemas. ¡El Fundador sabe que lo ha conseguido!

—Pero a usted no le ha causado ninguno —señalé—. De todos modos, ya me he ocupado de él.

Él volvió a examinarme con atención.

—¿De verdad eres el hijo de Virginia? Decía unas cosas rarísimas sobre ese tal George...

Sentí una gran alegría; ¡entonces ella me había reconocido, al fin, después del impacto que le había provocado, hacía ya mucho tiempo, mi ciega embestida, y del que había sufrido al verme de nuevo, que la habían llevado a negarme! Mi agradecimiento por ello era tal que superaba cualquier resentimiento que pudiera sentir hacia Reginald Héctor; me senté a su lado sobre su escritorio y le apoyé la mano en el hombro amistosamente.

—Madre no está bien —le recordé—. La disgustó volver a verme, después de tanto semestres, y encima éramos dos afirmando ser el GILES. —Pero ¿podía imaginarse, le pregunté con dulzura, que un Gran Maestro quisiera vengarse de un acto que sólo podía ser resultado de un error?

—¿De verdad eres el Gran Maestro? —preguntó una vez más—. Ese otro tipo... no sé, me daba un poco de miedo...

Hablando desde el corazón, como si no llevara una máscara, le aseguré de nuevo que estaba frente al mismo Gran Maestro que había enviado al Estómago al nacer, y le pregunté por qué lo había hecho. Desde luego, no se asesina para evitar un escándalo. Él negó con la cabeza y contestó, abatido por las dudas y la vergüenza, que aunque «lo del escándalo» no era una cuestión que pudiera tomarse a la ligera cuando la reputación de los líderes estaba en juego (puesto que «los hombres no están dispuestos a morir por un tipo que no respetan»), había otras dos consideraciones que lo habían llevado —y a mí— hasta aquel fatal elevador de cintas. La primera era la frase hecha que figuraba en mi carné: eso de suspender o aprobar a todos, en otras palabras, representar la Graduación o el Suspenso de toda la estudiantía, me ponía en

una posición similar a la del difunto *Kanzler* de la Facultad de Sigfrido, su adversario en la Segunda Revuelta Intercampus, que había jurado convertirse precisamente en eso. Teniendo en cuenta el papel que había desempeñado Eblis Eierkopf en el Proyecto Cum Laude y su antigua relación con el bonifacismo, había considerado que no se podía correr el riesgo de que su propia hija hubiera dado a luz a otro *Kollegiumführer*. Además, incluso suponiendo que no fuera así, no podía soportar la idea de que su nieto se criara como se habían criado Ira y él, y en cierta medida también Virginia; era mejor morir ignorante que ser un universitario huérfano, sin nombre, engendrado por unos padres sin nombre y parido furtivamente.

—Nunca tuve un padre como corresponde, y nunca lo fui para Virginia —admitió—; su madre murió al dar a luz, y la mía era una golfa... Hice lo que pude para evitar que a Virginia le sucediera lo mismo. Y no es que le eche nada en cara, pero mira en qué estado estaba: violada por un suspendido moisiano, por un suspendido bonifacista o por una suspendida máquina, y medio loca a consecuencia de ello...

—Fue el ORDACO —aclaré—, no Max ni el doctor Eierkopf. Y no fue una violación. ¿Entonces usted me dejó en el elevador y apretó el botón que decía ESTÓMAGO?

—Eso fue lo que hice —reconoció con firmeza—. Que el Fundador me perdone si no debiera haberlo hecho.

Para un profesor-general en tiempo de revuelta, afirmó, la responsabilidad por la muerte ajena no era ninguna novedad. Podía decirse que tenía las manos manchadas con la sangre de cientos de miles de personas, añadió, si uno quería verlo de ese modo, pero suspendido fuera si él lo veía así: él había cumplido con su deber, no estaba en deuda con nadie y haría frente a las consecuencias con la cabeza bien alta. Yo le aseguré que no tenía pensado suspenderlo, al menos no por esa causa; lo que había hecho estaba mal, pero me parecía bastante comprensible lo que lo había conducido a ello y no pensaba que sus motivos fueran ignominiosos, sólo equivocados, como sus opiniones.

Él se sonrojó.

—Lo que quiero decir —le expliqué— es que todo el mundo habla de su altruismo y del egoísmo de su hermano, y entiendo a qué se refieren, pero al fin y al cabo el dinero de él es lo que sustenta el Hospital para Chicas de Colegio Mixto Solteras y el FFF, o por lo menos lo sustentaba. Y también a usted, toda la vida ha...

—¡A ver, espera un momento, jovencito! ¡Perdóname un segundo!

Pero como buen oficial que era, debió darse cuenta de que los Grandes Maestros superan en rango a los profesores-generales, ya que cuando levanté la mano, guardó silencio. Yo no estaba condenándolo ni llamándolo hipócrita, afirmé, y preferiría hablar del tema en otro momento, pero si considerábamos válida la frase de Enós Enoc de que los estudiantes aprueban o suspenden de forma individual, nunca por clases, y admirábamos la virtud de la autosuficiencia, a mí no me parecía que Reginald Héctor ejemplificara muy bien ninguna de ambas. ¿Cómo podía decir que

no estaba en deuda con nadie cuando su hermano había hecho posible toda su carrera, su famosa filantropía, incluso su matrimonio? Tal vez hubiera sido un buen profesor-general y rector, y tal vez su altruismo fuera genuino, pero esos talentos y virtudes eran abstracciones vacías sin los recursos y la influencia de Ira Héctor.

—¡Tú mismo me hiciste un certificado! —dijo, muy enfadado.

Yo sonreí.

—Pero eso fue antes de que usted me hiciera un certificado a mí, de modo que no es realmente válido.

Si de verdad quería demostrar su autosuficiencia, le sugerí —sobre todo ahora que estaba sin trabajo—, ¿por qué no rechazaba todas las sinecuras y se iba con las cabras, como había hecho Max? Yo hablaba medio en broma (y medio en serio, puesto que la muerte de G. Herrold, la detención de Max y mi partida habían dejado a las cabras necesitadas de alguien que las pastoreara), pero el exrector evidentemente creyó que lo estaba provocando, y me dio la sensación de que se disponía a propinarme un golpe. Decidí entonces que su instrucción debía esperar, ya que la multitud que había fuera no parecía dispuesta a hacerlo. Volví a asegurarle que no tenía la intención de denunciarlo públicamente ni de revelar de ninguna otra manera que hacía tiempo había atentado contra mi vida ni las distintas cuestiones en las que dependía de Ira Héctor. Lo primero, se lo perdonaba, y lo segundo era asunto suyo. Tampoco quería nada de él, salvo quizá que me contestara una última pregunta...

—Pregunta lo que quieras —masculló—. No cedo al chantaje, pero te agradezco que no te pongas a remover el pasado. A ver, no es que esté en deuda contigo, ¿entiendes?, pero cuando alguien necesita que le echen una mano, estoy dispuesto a todo.

Pensé en los estudiantes hambrientos a los que les había obsequiado con gemelos y barómetros de mesa, pero me conformé con preguntarle si Anastasia era mi hermana.

—Ajá —dijo él, como si pensara que la pregunta iba con segundas, y la expresión de su rostro se volvió fatua de nuevo—. ¡Ya había oído que estabais colados el uno por el otro! Bueno, no te preocupes, chico —no se preocupe, señor—, yo no creo en las guarradas que dice Stoker sobre ella y el George ese. Dice que Peter Greene también ha perdido la cabeza por ella. Ese tipo estuvo a mis órdenes en la Segunda Revuelta Intercampus, y menudo pieza era. ¡Pero yo no me fiaría nunca de ese suspendido Stoker!

A pesar de que la idea de que se dijera que Anastasia «estaba colada» por Harold Bray me resultaba de lo más perturbadora, me limité a preguntarle si con eso quería decir que ella no era hija de Virginia Héctor. Él soltó un suspiro y se lió otro cigarrillo, negando con la cabeza.

—Sólo tuvo uno, la pobre Ginny: sólo te tuvo a ti. Ira y yo estuvimos a su lado en la sala de partos, con la esperanza de que nacieras muerto. Yo pensaba que serías una especie de monstruo, si Ginny no nos había mentido con respecto a lo del GILES...

Inexplicablemente, sentí una profunda emoción ante la noticia de que «la dama» (así comencé a considerarla a partir de aquel momento) y yo no éramos parientes. Pero repetí lo que había dicho Ira Héctor: que él había ayudado personalmente a traerla al campus.

—No me extraña nada —dijo Reginald, sonriendo—. Eso es típico de Ira. —Sin embargo, me contó, la verdad era que Ira «ayudaba» habitualmente en el Hospital para Chicas de Colegio Mixto Solteras porque le gustaba ser útil, y que por lo tanto había participado en una gran cantidad de partos; al fin y al cabo, el edificio era suyo. En cualquier caso, nunca se sabría cuál era la familia de Anastasia—. Los archivos del hospital son confidenciales, y cuando decidimos que Ira tendría que adoptar una niña, hicimos que destruyeran todos sus documentos. El médico de Ginny era el único que podría saberlo, y falleció hace como veinte años. —En otras palabras, Anastasia era una huérfana, hija de alguna desgraciada chica de colegio mixto, que habían dejado en la maternidad de New Tammany para que alguien la adoptara. Cuando mi desaparición del elevador de cintas y los incoherentes comentarios de G. Herrold, que decía haber encontrado un bebé en el Estómago, hicieron temer a Reginald Héctor que su plan hubiera fracasado, consideró que el escándalo de un embarazo ilegítimo era menos peligroso que el de un infanticidio, real o en grado de tentativa. La afortunada coincidencia que supuso que el doctor Mayo muriera en aquella época había hecho posible apuntar en los registros que Virginia Héctor había dado a luz a una hija, Anastasia, a quien Ira crió, ya que Virginia se negó a hacerlo. Se formó un cierto escándalo cuando se fue conociendo la noticia, pero al fin y al cabo no dañó demasiado la imagen pública de Reginald Héctor; la gente se compadeció de él y censuró a Virginia (una doble injusticia de la que él todavía parecía no haberse dado cuenta), cuyo subsiguiente deterioro consideraron, con satisfacción, merecido; entonces se libraron de Max, abandonaron discretamente el Proyecto Cum Laude y destinaron a Eblis Eierkopf a investigar en campos menos sensibles. Anastasia había resultado ser una nieta maravillosa y, salvo algunos ataques ocasionales de miedo a que el GILES no hubiera perecido (si es que aquel bebé de verdad era el GILES), Reginald Héctor se había quitado el desagradable episodio de la cabeza... hasta ayer, cuando, de repente, había reaparecido.

—Pero escucha esto —me dijo finalmente, dándome una palmadita en el hombro—: si de verdad me prometes que no te vas a poner a remover el pasado, puedes contar conmigo para que le hable bien de ti a Stacey.

—Al principio, no tenía ningún interés por casarse con ese novillero perverso, pero Stacey le hace caso a su abuelo Reg, y si yo le dijera que el Gran Maestro la ama... Aunque tú ya se lo habrás dicho, ¿eh? —añadió, dándome un codazo.

—Un Gran Maestro ama a todo el cuerpo estudiantil —le dije con frialdad, y añadí que si se sentía tan en deuda conmigo como para chulear a su propia nieta, aunque ya estuviera casada, era desde luego alguien suspendido y más le valía seguir mi consejo sobre dedicarse a pastorear cabras. Para no ponerme más nervioso

viéndolo tan sumiso ante la imagen de Harold Bray, le di la espalda y salí de su despacho mientras él seguía protestando. En aquel preciso instante, como si quisiera recordarme que tenía asuntos más urgentes que resolver, la multitud soltó un grito. Pero oí otro detrás de mí, como en respuesta al primero: el grito de una mujer.

—¡Tú no eres mi Giles!

Era madre que, con ojos de loca, me señalaba desde detrás del exrector. La joven recepcionista intentó convencerla para que volviera a la habitación del fondo, pero fue en vano; Reginald Héctor le dijo «cálmate, Gin» mientras me miraba con ira, pero fue en vano. Ella lo apartó de un empujón, sacó las uñas y me habría lanzado si no la hubieran cogido del brazo.

—¡Tú no eres mi Billy! —gritó. Me quedé petrificado al ver el odio en su rostro. Desde el exterior llegaron más gritos; la muchedumbre, atemorizada, se estaba descontrolando. Ella forcejeó para librarse, pero ahora no quería dirigirse a mí, sino hacia la ventana del despacho, al tiempo que chillaba:

—¡Lo están matando!

—¿De qué está hablando? —preguntó su padre. La recepcionista, también al borde de la histeria, le contestó que se trataba del tal George, al que todos llamaban niño-cabra; la gente lo había descubierto en alguna parte y lo estaba llevando hacia la Puerta Principal—. ¡Dice que ése es su hijo, señor! Y creo que lo van a linchar...

Corrí hacia el porche, suspendiéndome a mí mismo por no haberme despojado de mi disfraz hacía un buen rato. El guardia de la entrada trató de llamarme la atención, ignorante de los horribles acontecimientos que estaban ocurriendo junto a la Puerta Principal. Allí, a cuatro patas, bajo la luz de las antorchas, había un pobre desdichado al que, desde luego, no le quedaba mucho tiempo en este campus: le llovían golpes y patadas; sus atacantes gruñían como collies de la frontera ante un lobo; quienes no estaban lo bastante cerca como para pegarle con maletines, paraguas o reglas de cálculo, le gritaban imprecaciones y le arrojaban pesados libros de texto. Ya estaban colgando una soga de una farola, y los equipos de telerama exhortaban a la muchedumbre a que no se pusiera delante de sus cámaras. Reconocí la túnica de la víctima, aunque estaba hecha jirones y ensangrentada; era la de Bray, pero su pelo era dorado y rizado, no negro y liso, ¡y el rostro que levantó, cuando lo dejaron para aclamarme al verme llegar, era el mío!

—¡Basta! —ordené—. ¡Basta en nombre del GILES!

Se pararon un momento, con las armas preparadas, y Reginald Héctor (que tenía mucha más experiencia que yo a la hora de dar órdenes) bramó desde la entrada que se retiraran si no querían que les diera de latigazos.

—Ya habéis oído a vuestro Gran Maestro: ¡dejad que ese desgraciado se marche!

—¡Mi Billy! —gritó mi madre a mi espalda, y si no la hubiera retenido, habría salido corriendo hacia aquel individuo embadurnado de sangre que tanto se parecía a su hijo—. ¡Tú no eres el GILES! —me chilló, y me miró ferozmente a los ojos—. ¡Es Billy!

¿Vi a Bray sonreír bajo su disfraz? Durante medio segundo, no pude evitar preguntarme qué podía haberlo llevado a ponerse una máscara tan funesta, más que el hecho de que el ORDACO le hubiera comido la mente, y, en cualquier caso, de dónde la había sacado. Durante ese mismo medio segundo, mientras la muchedumbre vacilaba, otra mujer llegó, dando gritos, doblando una esquina de la mansión cubierta de arbustos. Solté a mi madre, horrorizado ante la imagen de Anastasia, que había sufrido agresiones apenas más leves que las de Bray: había perdido las sandalias, tenía todo el pelo revuelto, las mejillas llenas de sangre, el uniforme blanco desgarrado por la parte central y mugre por todo el cuerpo.

—¡Qué cuernos! —gritó Reg Héctor. Mi madre, en vez de venir a por mí, corrió, llorosa, a abrazar a quien creía que era su hijo. Como la muchedumbre, me quedé desconcertado; Reginald Héctor, medio enloquecido por el miedo, atrapó a su nieta y comenzó a interrogarla a gritos: ¿qué había pasado? ¿Quién la había atacado? Pero ella se libró de él y corrió hacia mí. Olvidando que llevaba puesta la máscara, le abrí los brazos —¡ah, Fundador, estaba en un estado peor que la noche en que Croador la asaltó en la playa!—, pero ella se detuvo justo delante de mí y me gritó que «cumpliera mi promesa». Unos hombres provistos de micrófonos llegaron a nuestro lado a toda prisa.

—¡Lo juraste! —gritó—. ¡Juraste que lo aprobarías si me acostaba contigo! —Se apoderó de un micrófono que tenía cerca y señaló al hombre que pensaba que era yo, a quien mi madre le estaba besando las heridas—. ¡Ese hombre es un Gran Maestro aprobado! —gritó en dirección al micrófono—. ¡Que nadie se atreva a matar a nuestro Gran Maestro! —Y dirigiéndose de nuevo a mí, gritó—: ¡Yo cumplí mi promesa! ¡Cumple tú la tuya!

Me mareé un poco a causa de la conmoción. Reginald Héctor corría describiendo pequeños círculos y tapándose las orejas con las manos. La gente de la telerama se hacía señas furiosamente, y los focos se movían a nuestro alrededor. Para completar la confusión, un escuadrón de guardias motorizados de Stoker llegó rugiendo desde detrás de la misma esquina de la casa por la que había aparecido Anastasia; aparcaron sus vehículos cerca de la puerta, sin apagar las sirenas y maldiciendo a la gente que se encontraban a su paso. Los encabezaba Stoker en persona, con su chaqueta negra, sus botas y su sonrisa de siempre, tiznada la barbilla y brillantes los dientes. En su sidecar —esposado, desaliñado, magullado y abatido— iba Peter Greene, con la pistola de Stoker apuntándole a la cabeza. Anastasia huyó hacia mí y me abrazó por las rodillas. Todos iban de un lado para otro, y ya nadie se acordaba del linchamiento.

—¡Por favor, no dejes que le hagan daño a George! —me suplicó mi dama—. Lo intentaremos de nuevo esta noche, si quieres. ¡Toda la noche!

Mientras hablaba, se me ocurrió una idea terrible, por lo que hasta más tarde no me di cuenta de lo que había dicho.

—¿Te ha atacado Greene? —Mientras se lo preguntaba, sentí sobre mi conciencia la certeza de que así era, a causa de la desilusión que yo le había provocado.

Ella empezó a darme puñetazos en las rótulas.

—¡No importa! ¡Por favor, haz lo que me prometiste! Ya encontraré la forma de tener un bebé contigo. ¡Lo juro!

Se me nubló la vista —con unas lágrimas de desasosiego que, sin embargo, no terminaban de caer— y me abrí paso hasta donde se encontraba mi madre de rodillas besando a un hombre que tenía mi aspecto. Inquieta, la multitud discutía con los hombres de Stoker; algunos comenzaron a preparar de nuevo la horca. Yo traté de decirles que esperaran, pero el grito se me quedó en la garganta. Bray sonrió, expectante, tras su máscara ensangrentada. Mi madre lloraba con la cabeza apoyada sobre su pecho. Yo lo señalé y al fin conseguí decir:

—¡Ese hombre es un impostor!

—¿Nos lo dice a nosotros? —se rieron sus captores, y comenzaron a llevarlo hacia la horca. Yo me interpuse en su camino.

—¡Mirad!

Cogí su pelo y el mío —es decir, el mío y el suyo— y, de un tirón, nos desenmascaré a ambos, preguntándome qué cara mostraría Bray detrás de su máscara. Era la suya —o sea, una igual que la que yo me había quitado— y la gente gritó, asombrada. Mi madre nos miraba alternativamente sin dejar de sollozar y se llevó las manos a la cabeza.

—Yo soy George, el niño-cabra —declaré amargamente ante la multitud—. Mi diploma es falso; he suspendido todo...

Me dio tanta pena que no pude decir nada más. En cualquier caso, ya se habían lanzado sobre mí, me habían tirado del pelo y, al ver que era auténtico, habían comenzado a patearme y aporrear me. Madre se puso a gritar de nuevo y la apartaron de mi lado. Cogieron mi diploma (la antigua lista con mis deberes) y me lo metieron en la boca, diciéndome que me lo comiera, cosa que yo habría hecho encantado, como gesto de desprecio por mí mismo, si no hubiera sido de nauseabunda piel de oveja. Cuando me subieron a lo alto de un sidecar y prepararon la horca, vi a Bray avanzando hacia el porche a hombros de los fieles. Desde los escalones de su mansión, Reginald Héctor extendió los brazos para darle la bienvenida al auténtico Gran Maestro —e incluso se quitó la camisa para restañar las heridas de Bray, y no aceptó la nueva que le trajeron sus ayudantes hasta que los focos dejaron de apuntarlo para centrarse en mi dama, que consideré falsa, ruinosa y echada a perder. Anastasia agarró a Bray por un tobillo, se desgarró la blusa, que ya llevaba bastante abierta, como para mostrarle su recompensa, y le gritó lo que me había gritado a mí, no tuve la menor duda. Él hizo un círculo con su pulgar y su índice pero no pudo tranquilizarla ni hizo nada en absoluto para detener el linchamiento.

Tampoco hicieron nada los guardias: mantuvieron a Peter Greene a salvo de la muchedumbre (que estaba dispuesta a colgarnos a los dos) con el pretexto de que todavía no se lo había acusado formalmente de violación, pero se limitaron a sonreír y se mantuvieron al margen mientras me pegaban con mi propia vara, me quitaban mi

bolso negro sacándomelo por encima de la cabeza como si se tratara de una máscara mortuoria y sin ninguna consideración por su contenido y me metían la punta del shofar entre las nalgas. No me importó: deseaba que llegara mi final, agradecí el contacto del cáñamo con mi cuello y me bajé del sidecar antes de que me bajarán a empujones. Se elevó una aclamación repugnante; oí a Stoker reírse de mi estrangulamiento. Entre los gritos, mientras hacía un gran esfuerzo por morir, distinguí un silbido chillón en la distancia. Procedía de la Colina del Fundador; era un sonido que yo conocía y que, ráfaga a ráfaga, se iba acercando. Solté las riendas, solté un suspiro y oí a un hombre gritar:

—¡Que el Fundador nos ayude! ¡Nos van a COMER a todos!

Y a otro que, con un tono de voz prácticamente desprovisto de ninguna emoción, afirmó:

—Es el fin de la Universidad.

Segunda bobina

1. EN DETENCIONES PRINCIPALES

Los estudiantes fallecen; no así la estudiantía, al menos hasta que el mismísimo campus perezca. Y en ese semestre de los semestres, cuando el cuerpo estudiantil ya no exista, ¿no perdurará su espíritu en universidades que no son la nuestra?

Desde donde me desperté, tras la horca, no fui capaz de discernir si el silbato de COMER había sonado para que sucumbiera sólo yo o toda la estudiantía, ya que mi habitación estaba aislada salvo de los gritos y el hedor de otros suspendidos. Pero no tenía ninguna duda de que estaba en el Infracampus: el calor, los chillidos y las carcajadas enloquecidas, la fetidez... todo parecía confirmarlo. Yacía sobre unas malolientes pajas en una casilla de hierro con las paredes acolchadas, iluminada por el brillo rojo anaranjado procedente de una portilla que había en el techo y que daba la impresión de ser la única abertura. No cuestioné ni por un instante que me correspondiera quedarme allí, entre los suspendidos, para siempre; había suspendido todo, les había fallado a todos, en todos los sentidos; era tan suspendido como cualquiera de los aprobados por Bray; me había suspendido a mí mismo al igual que los había suspendido a ellos; estaba suspendido desde el principio por ansiar fervientemente aprobar, del mismo modo en que el nikolayano del parche en el ojo había sido egoísta en su deseo de lograr el altruismo perfecto. «Aprobar es suspender»: me di cuenta entonces, viendo mi caja negra, de la gran verdad que encerraba aquella frase, y me dispuse a sufrir hasta el fin de los semestres.

Sólo dos cosas me parecieron sorprendentes: que las antiguas imágenes del Campus Occidental relacionadas con el destino del espíritu después de la muerte resultaran ser, de un modo tan evidente, verdades literales en lugar de vívidas metáforas —auténtico hierro, auténtico estiércol, auténtico fuego y gritos auténticos, y en el otro sitio, supuse, auténticas arpas y madrigales aprobados— y que mi castigo, al menos hasta el momento, fuera estrictamente humano. Yo había sido criado en casillas más estrechas que ésa y había pasado años durmiendo sobre una turba más llena de orina que ésa; desde luego, el Fundador tenía que saber que a mí ese alojamiento me resultaría menos asqueroso que a otros humanos. ¿Acaso desde el punto de vista de la eternidad todos los castigos eran iguales, ya que todos eran infinitos? ¿O acaso, en Su sabiduría, el Fundador había elegido proporcionarme un destino caprino para castigarme de un modo sumamente elegante por haber jugado a la granmaestría humana? No importaba, ni esto ni ninguna otra cosa: todo había terminado. Me dolía el cuello; por lo demás, me encontraba a gusto con aquel dulce agotamiento de cada miembro de mi cuerpo. Desnudo, sucio, descansé sobre el negro calor y la templada incuestionabilidad de mi caída. ¡Había suspendido todo, entonces! ¡No había aprobado nada! Me sentí aliviado —de las aspiraciones, las dudas, la responsabilidad, el miedo al fracaso— y libre del remordimiento y el temor, y me sumí en un sueño delicioso.

Unas horas más tarde —o semestres, o siglos—, me desperté escuchando una conversación muy seria y me di cuenta de que ya llevaba cierto tiempo oyendo dos voces masculinas.

—¡Él no lo harría!

—Disculpe, condiscípulo señor: ¡haríamiento!

—La verddad es que crreo que él no lo harría...

—¡Imposiblez no!

—¿De verddad crees que lo harría, mi niño?

—Sí. ¡No! ¡Bah, me rindo!

La última voz, sus acentos y locuciones, era exótica, muy similar a la del desertor nikolayano. La primera era la de Max. ¿Se los habrían cargado, por lo tanto, y me acompañarían en la Facultad de Zopenco? Abrí los ojos: ahora me encontraba en una especie de cama —un lecho de paja sobre una plataforma de alambres de hierro— en una habitación mejor iluminada que la anterior, aunque no menos caliente. El suelo y el techo eran de hormigón, al igual que la pared a la que estaba pegada la cama, hecha de tubos de acero; las demás paredes consistían en unas barras verticales paralelas como las que hay, según había leído, en las celdas de las cárceles. Al fin y al cabo, las voces que oía eran las de Max y Leonid Alexandrov: estaban frente a frente en el suelo de la celda, gesticulando mientras discutían.

—Y ¿qué pasa con las otras cuestiones? —preguntó Max.

—Cosa igual, se dieron vuelta —dijo Leonid—. Lo haría.

—Mayos no lo hizo, y él sí que tuvo la ocasión.

—Fue vanidez, entonces. Jugaba a la heroencia.

—¡Que jugaba! ¡Murrió porr ello!

—¡Más famoso, entonces! ¡Gran publicidad, nombre en libros de historia!

Me daba miedo hablar, por si desaparecía la visión de mi cuidador; por lo que sabía, los sueños más agradables podían convertirse en un tormento. Pero ellos me vieron moverme, Max se acercó a mí a toda prisa, y unas lágrimas auténticas cayeron sobre su barba y sobre la mía. Eran materiales los brazos que me abrazaron, era mortal la mano que me tocó la frente, y entonces me enteré de que estaba vivo y en Detenciones Principales. Leonid, aunque sólo habíamos coincidido en una oportunidad, también me abrazó, a la manera nikolayana, y parecía tan contento de verme despierto como Max. Se habían hecho amigos, por lo visto. Y el nikolayano también parecía serlo de su antiguo adversario Peter Greene, que me saludó sombríamente desde la celda de al lado.

—¡Grracias al Fundadorr que estás bien! —gritó Max. La distancia con que me había tratado últimamente había desaparecido. Junto a mi cama, cerró los ojos y apoyó con fuerza la frente sobre mi pecho.

—Nada está bien —masculló Peter Greene, a quien el condiscípulo Alexandrov mandó alegremente a que le dieran suspensos.

—No me refería a él —dijo Greene—. Saben perfectamente a qué me refiero, caramba.

Yo no lo sabía, ni tenía ningún interés por enterarme en ese momento. Bastante era con estar vivo y en este campus, aunque me hallara encarcelado y deshonorado. ¡Responsabilidad! ¡Remordimientos! ¡Deshonor! Me alegré de sentir sus punzadas, ya que eran pruebas de que, entre tantos otros fracasos, no había logrado morir.

No existe el tiempo en Detenciones Principales, bajo la dirección del alcaide Stoker; ni siquiera se diferencian el día y la noche. Dormíamos y nos despertábamos sin ninguna regularidad y sin tener en cuenta las luces, que se encendían y se apagaban a intervalos impredecibles. Las comidas se servían a cualquier hora, aparentemente, a veces tan seguidas que uno no tenía apetito, a veces tan distanciadas que de las tripas del detenido surgían cantos en señal de protesta. Daba la impresión de que había una rutina establecida, en teoría, que sin embargo se alteraba de un modo caprichoso: nos sacaban a hacer ejercicio después del «almuerzo», por ejemplo, y nos encontrábamos haciendo flexiones bajo las estrellas; o podíamos pasar (lo que parecían) días sin salir de las celdas, y después nos enviaban a los talleres de la prisión, o a la sala de lectura, durante un intervalo de tiempo tan largo que teníamos que dormir y comer sobre las mesas de trabajo o las de la biblioteca. Tras todo aquel desorden yo veía la mano de Stoker, como en nuestra azarosa asignación de celdas. El propio edificio de Detenciones Principales, como había visto en el diagrama del despacho de Stoker, estaba diseñado escrupulosamente para alojar a distintas clases de criminales, por categorías; incluso había pruebas de que su arquitectura seguía las pautas de una lógica moral. Pero en la práctica nos mezclaban sin ningún criterio inteligible: a mí, por ejemplo, me habían salvado de la horca por orden de Stoker y me habían detenido por hacerme pasar por un Gran Maestro; las celdas por esa clase de infracciones estaban en el cuarto bloque de la planta inferior, la tercera contando hacia abajo desde el nivel del suelo; y sin embargo, yo me había despertado en primer lugar en una habitación de observación para los delincuentes locos y, más tarde, en compañía de un presunto asesino, un presunto espía y un presunto violador (ésa era la acusación contra Peter Greene, quien tras reanimarse de la sedación del doctor Sear, la tarde de mi caída, había seguido a Anastasia hasta un callejón situado detrás de la Antigua Mansión del Rector donde, según él mismo había admitido melancólicamente, había arrojado a mi dama al suelo y la había forzado «al estilo piel roja»), entre quienes no había dos que pertenecieran a la misma categoría. Además, cuando regresábamos de trabajar o hacer ejercicio, no había manera de saber dónde nos confinarían ni con quién: a mí me podían alojar solo o meter con otras diez personas en una celda situada en una planta vacía; mis compañeros podían ser también impostores —falsos catedráticos, estudiantes que habían fingido estar en segundo curso— o algunos de los numerosos currantes, jugadores, pornógrafos y chicas de colegio mixto prostitutas que resultaban detenidos como consecuencia del programa de reforma del campus de

largo alcance puesto en marcha por Lucius Rexford (del que hablaremos más a continuación), o cualquier otra combinación de suspendidos.

Sin embargo, entre las incoherencias de la prisión, según la lógica de la falta de lógica del alcaide, no nos asignaban una celda de manera invariable. En algunas ocasiones, cada uno, a la hora de echar el cierre, tenía que buscarse la vida; en tales casos, mis objetivos eran evitar a los maricas predadores (que atrapaban a los incautos y les daban por el culo despiadadamente) y compartir una celda con Max, Leonid, Peter Greene o Croador, que se unió a nosotros poco tiempo después. Gracias a ellos, gracias al propio Stoker —que de vez en cuando se daba una vuelta por sus dominios— y gracias a las visitas periódicas de Anastasia y de mi madre, me enteré de la desgraciada situación en que se encontraban mis antiguos discípulos, así como el resto de los habitantes del campus superior. Y esas noticias, y la forma en que se desarrollaron los acontecimientos, fueron mi único castigo verdadero en ese intervalo de mi vida: tristes mensajes en medio de un desierto de tiempo muerto.

No me sentía incómodo. Cuando servían carne, o leche de vaca, me conformaba con agua y un poco de paja de los colchones, y esa dieta me proporcionaba fuerza y esbeltez. No puedo decir que los guardias y otros prisioneros nunca abusaran de mí —a veces se aprovechaban de mi escrupulosidad—, ni que nunca hiciera uso de las incansables putas que trepaban por las barras para practicar su oficio. En general, sin embargo, salvo el placer de redimirme con Max y el dolor de enterarme de las catástrofes que había provocado mi granmaestría, durante la época que pasé en Detenciones Principales me encontré tan insensibilizado como fuera del tiempo. Esto fue así hasta tal punto que no puedo reconstruir con un mínimo de confianza ni el orden de las diversas revelaciones y los acontecimientos que expongo a continuación ni la reacción que tuve ante ellos. Tuvieron lugar, ahora lo sé, a lo largo de un periodo de unas cuarenta semanas, pero por cómo yo percibía o calculaba el paso del tiempo, bien pudo tratarse de cuarenta años, de cuarenta días o incluso de una larga noche.

El silbato de COMER que había pospuesto mi fin fue una falsa alarma o, más bien, una alarma auténtica falsamente interpretada. Cuando el Condiscípulo X había dado por concluido el simposio de la cumbre y, presa de la ira, había abandonado el edificio del Consejo Universitario, los guardias de la frontera nikolayanos y newtammanienses fueron puestos en alerta y advertidos de que podía haber problemas. Más tarde, aquel mismo día, cumpliendo órdenes de Lucius Rexford, unidades de la Escuela de Ingeniería se habían desplazado para comenzar a reubicar el Tendido Eléctrico de la Facultad de New Tammany un kilómetro más al oeste de su antigua posición, y a montar unas torres de reflectores adicionales en el espacio, ahora más amplio, existente entre el Campus del Este y el Campus Occidental. Los nikolayanos, considerándose amenazados por estas actividades, habían enviado unas ondas de COMER justo hasta la Frontera (al menos el ORDACE las había transmitido; no estaba claro si por decisión propia u obedeciendo órdenes del Primer Secretario sindicalista estudiantil), que el ORDACO había detectado y de las que había informado

debidamente. Normalmente, en tales circunstancias, no se habría hecho sonar la alarma general hasta que las intenciones del enemigo fueran inequívocamente hostiles, pero no se pudo consultar al rector Rexford porque no estaba disponible (de hecho, se encontraba redactando el borrador de la primera de sus leyes de «Exámenes con libros abiertos» y no quiso que lo interrumpieran), de modo que los profesores-generales de New Tammany decidieron tocar el silbato. Tal vez también hubieran ordenado pasar al contraataque, tal vez no: ellos lo negaron, pero los nikolayanos afirmaron —de un modo previsible, aunque quizá no falso— que New Tammany calificaba como agresivas las transmisiones defensivas del ORDACE para poder justificar una agresión; y el propio Stoker (por quien me enteré de todo esto) sostenía que el ORDACO, en efecto, estaba actuando con el propósito de COMERSE a la Facultad de Nikolay, bien guiado por su propia MIRA o siguiendo instrucciones de los profesores-generales; sólo el agotamiento del suministro de energía —causado por la excepcional ausencia de Stoker de la Sala de Calderas y por un aumento repentino y frenético del consumo de energía por parte del ARCHIVACO de la Biblioteca— había evitado que comenzara la Tercera Revuelta Intercampus. Pero la situación seguía siendo crítica: la súbita insistencia del rector Rexford en el uso de «canales diplomáticos de libros abiertos» había hecho que las negociaciones entre ambos campus fueran imposibles; la separación de los Tendidos Eléctricos había terminado con la desertión de los insatisfechos; los Nikolayanos sostenían que la aparente retirada de la Facultad de New Tammany no era más que el preludio a una «subida del volumen» de la Revuelta Silenciosa, y la Sala de la Torre contestó que los nikolayanos estaban adelantando su Tendido Eléctrico amparados por la oscuridad, ya que los reflectores nuevos apenas podían emplearse debido a la falta de electricidad. Las únicas bajas, hasta el momento, se habían producido entre los guardias fronterizos newtammanienses, unos cuantos de los cuales morían todas las semanas al caerse del Tendido Eléctrico debido a la escasa iluminación y a los nuevos cuellos «para estar sobre aviso» que el rector les obligaba a ponerse cuando estaban de servicio y que les mantenía la cabeza alta; pero la tensión estaba aumentando en ambas facultades, y a todos se les estaba agotando la paciencia, por lo que en cualquier momento el silbato de COMER podría volver a sonar, esta vez en serio.

En cualquier caso, la grave situación por la que atravesaba la Universidad no era la única causa del declive de la popularidad de Rexford. Stoker había regresado a la Central Eléctrica con la violada Anastasia, tras rescatarme de la horca, y había logrado que la Sala de Calderas volviera a producir a tres cuartos de su nivel normal; no había podido obtener más de Madge y el resto de sus empleados, quizá debido a su propia falta de energía; a pesar de todo, una parte de la producción se estaba almacenando, o salía convertida en humo, porque el consumo de energía de New Tammany había descendido hasta el cincuenta por ciento de lo habitual. Esta caída no era producto de la reducción de las demandas energéticas de la facultad —que nunca habían sido más altas—, sino a los problemas de distribución generados por la

negativa de Rexford a tener ninguna clase de trato con Maurice Stoker, cuya presencia en el Gran Centro Comercial había prohibido. Ésa fue la primera de una serie de prohibiciones que impondría su administración en los meses siguientes: los «Exámenes con libros abiertos», de triste fama y efímera existencia, creados para eliminar los suspensos de la Facultad de New Tammany. Se cerraron las residencias-burdeles, y se procesó a las madamas que las regentaban. El adulterio pasó a considerarse un delito menor y la violación un crimen castigado con la pena capital, por una parte, mientras que el celibato, por otra —o, al menos, su encarnación en los solteros—, fue penalizado con multas que se iban incrementando anualmente a partir de los veintiún años. Los homosexuales eran azotados, tanto hombres como mujeres, salvo que fueran sadomasoquistas. Aunque en todos los refectorios se servía un vaso de vino con la cena, la embriaguez, incluso en el hogar, se castigaba severamente, al igual que cualquier clase de peleas e incluso los altercados domésticos; el hecho de pegar a la propia esposa, en particular, pasó a estar castigado con reclusiones prolongadas. El mecenazgo por parte de la Sala de la Torre resultó abolido; cualquier clase de abuso de poder o de aprovechamiento del cargo se convirtió en motivo de expulsión de la facultad. Se impuso la censura en todos los medios de comunicación y en todas las formas de entretenimiento, de instrucción y de expresión artística, con el propósito de evitar los excesos. Los atuendos exóticos, así como el acicalamiento y la conducta extravagantes, fueron condenados de todas las maneras posibles, desde las vallas publicitarias hasta los contenidos de la telerama y —la que tal vez fuera la medida más polémica de todas— se propuso la obligatoriedad de hacer una psicoterapia en los casos de personalidades extremas o desmedidas, con el fin de instruirlos en la moderación. El rector, al final, vetó esta última propuesta por considerarla poco moderada, aunque él mismo había preparado el borrador; pero la prensa lo criticó de todos modos (aunque con cautela, respetando las exigencias de la censura). Lo mismo hizo el grueso de los alumnos de New Tammany que todavía no se habían licenciado, que tanto solían adorarlo; quitaron su bronceado semblante de las paredes de sus habitaciones y sonreían con suficiencia ante el rumor de que las vacaciones de New Tammany que se había tomado la señora Rexford quizá fueran permanentes. Sin embargo, se sometieron a las reformas de libros abiertos hasta un punto tal que denotaba cierta simpatía esencial con el espíritu de las mismas. La violencia criminal pasó a ser algo raro, y lo mismo pasó con las manifestaciones de alegría. Los quesos fuertes y el pan de centeno sin cortar desaparecieron de los menús. Prácticamente todos empezaron a sacar Bien en los exámenes. Maderas y Plásticos Greene (en ausencia de su propietario) creó un material sintético del que se decía que era casi indistinguible del plástico de verdad, y mucho más eficaz para hacer envases. Con una débil sonrisa, un débil suspiro o un débil encogimiento de hombros, la gente apodó a la Sala de la Torre «Centro Muerto». Nadie estaba contento; por otra parte, no se organizó ninguna manifestación ni se propuso ninguna medida para revocar las nuevas leyes.

El rector sólo se involucró moderadamente en estos procesos; tampoco dio la impresión de que estuviera muy afectado cuando se enteró de que el Pergamino del Fundador se había perdido en el ARCHIVACO, que, reprogramado por el despacho de madre siguiendo mis directrices, parecía haber declarado *sui generis* a todos los volúmenes de la Biblioteca, por lo que en ninguna categoría había más de un libro. Los sondeos de opinión que se realizaban entre la estudiantía, las quejas advertencias de los líderes y lugartenientes de su propio partido de que así no podría ganar las próximas elecciones, el declive del voltaje de la Casa de la Luz... nada de esto lo preocupaba demasiado.

—No está muy bien últimamente —dijo Stoker. Pero lo dijo con languidez, sin su antiguo y animoso desdén, y aunque había vuelto a dejarse crecer la barba y llevaba de nuevo su traje de motorista, iba mejor peinado, su chaqueta de cuero no mostraba manchas de grasa y un mechón de pelo negro y rizado le colgaba sobre la frente—. Estoy contento de que no sea pariente mío.

Comentó esto al acompañarme de vuelta a mi celda —a una celda cualquiera, en realidad— desde uno de sus despachos, al principio de mi confinamiento. Yo había estado testificando a favor de Max durante su juicio por el asesinato de Herman Hermann, y después me había quedado conversando con Stoker unas horas, durante las cuales me contó una buena parte de lo que acabo de explicar, y también otras cosas, con una especie de apática persistencia. Me dijo que antes estaba convencido de que yo era un fraude igual que Bray; por esa razón, había seguido mi consejo y había dejado de definir lo aprobado a partir de lo absolutamente suspendido. Su objetivo —que perseguía porque no tenía ninguna fe en él— era, por lo que entendí, provocar el suspenso del rector y otras personas dejando de ejemplificarlo y de tentarlos hacia él (para, de ese modo, suspender, sospeché, y por lo tanto, siguiendo su lógica invertida, aprobar; se trataba del mismo fin que había perseguido desde el principio, sólo que ahora intentaba alcanzarlo por unos medios reevaluados); y él suponía que había tenido éxito. Afeitado y trajeado, había ido a la Casa de la Luz para, a un tiempo, abrazar a Lucius Rexford y negar que tuvieran una relación de parentesco con el rector, con quien se había encontrado volviendo del abortado simposio de la cumbre. Habían tenido una conversación educada en la que habían compartido sus preocupaciones, e incluso habían brindado por la salud del otro con Dry Sack; pero aunque el rector se quedó perplejo al verlo ahí, y se mostró muy satisfecho al oír que ya no necesitaría seguir negando que Stoker y él eran hermanos, Stoker había sentido claramente por primera vez que Lucky Rexford lo detestaba, además de repudiarlo. Desde luego, el rector estaba consternado por los acontecimientos que habían tenido lugar en el Consejo Universitario, por el anuncio que había hecho fríamente la señora Rexford de que aquella noche iba a cenar fuera y (cosa que Stoker desconocía) también por los diversos consejos que yo le había dado, que aunque recibió con comentarios burlones, no pudo olvidar. En cualquier caso, Stoker percibió tan nítidamente el desagrado que le producía a Rexford,

reemplazando al rechazo que le había causado con anterioridad, que acortó la entrevista todo lo que pudo y aceptó encantado la propuesta del rector de que no volvieran a verse. Entonces, curiosamente alterado, se montó en su motocicleta y salió a toda prisa del recinto de la Casa de la Luz con su acompañante —aunque sin superar el límite de velocidad que anunciaban las señales— en el mismo momento en que Anastasia y yo nos dirigíamos a la Biblioteca desde el despacho del doctor Sear. Cuando, poco después, la multitud se congregó ante la Sala de la Torre y él se enteró de cuáles eran sus intenciones, se dedicó, como si fuera una persona nueva, a tratar de tranquilizar a los manifestantes durante la prueba que yo había presenciado en lugar de provocarlos y excitarlos como era su costumbre. La exhortación de Bray, ahí, en el vestíbulo —a que «volviera a ser él, por el amor del Fundador»— daba cuenta de su ulterior regresión parcial: ¿quién era él y por el amor de quién hacía las cosas? Confuso, se había retirado a Detenciones Principales, había cambiado el traje de hombre de negocios por su atuendo habitual y había regresado al Gran Centro Comercial justo a tiempo para evitar el linchamiento.

—Pero ¿por qué lo evitaste? —le pregunté—. Si habías decidido que mi granmaestría era falsa y la de Bray era auténtica...

Él se encogió de hombros.

—Órdenes de Stacey.

Yo apenas podía creer lo que estaba oyendo.

—¿Cumpliste las órdenes que te dio Anastasia?

—No podía decidir qué tenía que hacer —dijo con desgana—. Y lo de Peter Greene, que se la follara de ese modo, no sé, me disgustó.

Yo comenté que las desventuras sexuales de mi dama nunca antes le habían preocupado; incluso era responsable de no pocas de ellas.

Él soltó un suspiro.

—Eso era antes. Ya has visto cómo está últimamente. No lo sé, George, pero creo que algo no va bien en nuestro matrimonio.

Pensé que entendía lo que quería decir, puesto que aunque había visto a Anastasia varias veces desde que me habían detenido, y atribuía ciertos comportamientos suyos a mis consejos y otros a su errónea fe en mi granmaestría, a fin de cuentas no podía decir que comprendiera en absoluto a mi dama. Comprendía que permitiera que Harold Bray la montara a cambio de que me hiciera un certificado, por mucho que la idea me sublevara, y rechacé su posterior ofrecimiento de amnistía y su invitación a que reparara los daños que había causado, pues me pareció que compraría estas cosas de la misma manera. Pero cuando Anastasia trajo a mi madre a visitarme, se mostró fría, incluso mojigata: llevaba demasiado lejos la simple castidad que yo le había impuesto. No sólo se mostró indiferente con los prisioneros vulgares que le gritaron obscenidades y se exhibieron ante ella en la Sala de Visitas —a quienes en otra época habría consolado pasivamente con su sexo—, sino también con su marido, a pesar de que éste había dejado de maltratarla. Si antes se entregaba a los odiosos y a los

encantadores por igual, aceptando indiscriminadamente su lujuria y su amor y recibiendo con la misma empatía a los perros policía y a los Grandes Maestros, ahora parecía igualmente católica en sus rechazos: no quería saber nada de mí, y ni siquiera de Leonid (que la amaba de verdad, y apasionadamente), como tampoco de Peter Greene, que manifestaba su asco por ella y por su género en general.

La personalidad de Anastasia, de hecho, era uno de los dos principales temas de debate entre mis amigos de Detenciones Principales; siempre salía a la luz cuando Peter Greene y Leonid estaban lo bastante cerca como para poder hablar.

—¡Que cierre bien las piernas! —solía decirle Greene—. Yo pensaba que era una buena chica, caramba, como piensas tú ahora. ¡Habría jurado que era la mismísima GILES si me lo hubieras preguntado! ¿No te di un mamporro en la Sala de Estar por decir que no era virgen? Pero da igual que ahora se dé aires, caramba. ¡Después de lo que he visto!

—Y después de lo que has hecho —le recordaba entonces Max.

Entonces Leonid gritaba «¡Irrelevanteces!» o «¡Estupidades!» y, cogiendo a su nuevo amigo por el pelo (si se encontraban en la misma celda) o agitando el puño cordialmente, lo reprendía por su ceguera ante la verdadera naturaleza de las virtudes de Anastasia.

—¡Es la GILES! —le decía—. Perdona, George. ¡Sabes una cosa! ¡Vírgenes, bah! Todo eso de la castitud, todo eso de la bondura... ¿Qué palabra hay que decir para hablar de eso, doctor Spielman, señor?

—*Schmata* —proponía Max, que, desde su detención, cada vez empleaba más términos moisianos—. *Dreck*^[19].

—¡Me encanta! —rugía entonces Leonid, haciendo referencia a un tiempo a aquellas palabras, a su ídolo, Max, que se las proporcionaba, a su compañero de celda, gruñón y tal vez maniatado (que había dejado de hacer ejercicio y de tomar pastillas de vitaminas) y a mi dama—. ¡No importa la bondad! ¡Bah! ¡Bah!

Me resulta más fácil parafrasear lo que quería decir que reproducirlo empleando su manera de hablar: creer en Grandes Maestros y en Fundadores estaba en contra de su plan de estudios, pero no estaba dispuesto a descartar, como hacían los demás, la idea de que el GILES pudiera ser femenino ni que Anastasia, a pesar de su historia sexual, pudiera ser la GILES. Por el contrario, era precisamente ese aspecto de su biografía y de su personalidad anterior lo que, desde el punto de vista de Leonid, la convertía en una graduada; la amaba tan ciegamente (me parecía a mí) como la había amado antes Peter Greene, pero por los motivos contrarios: por ser la quintaesencia de la violada, por ser una mártir completamente altruista con la lujuria de la estudiantía, incluida la suya propia, ya que en una ocasión él se había arrodillado delante de ella en un rincón de la Central Eléctrica y le había confesado que sentía un deseo arrollador y ella no le había negado la posibilidad de satisfacerlo. No aceptaba mi sugerencia de que tal vez fuera su docilidad lo que despertara la lujuria de la que ella era víctima. *Nyet!*, gritaba entonces, dándose un puñetazo en la palma de la mano

y poniéndose a dar vueltas por la celda. De este modo, lejos de aprender lo suspendido de la inocencia de Anastasia, me instruía en lo aprobado de su culpabilidad.

—¡Escupo en la lujuriería! —gritaba—. ¡Castitura semejante! —Las chicas de colegio mixto célibes, en su opinión, eran una especie de avaras, de Iras Héctores de la carne, y los violadores, una especie de ladrones o piratas de libros: hombres suspendidos cuyo carácter suspenso era hecho posible por el carácter suspenso de la propiedad privada. Ninguno de ellos se graduaría si él fuera un Gran Maestro; sólo los altruistas aprobarían—. ¡Pero *nyet!* —declaraba después. ¿Había dicho que era una mera violada? ¡Insuficientismo! No había ningún mérito en que lo roben a uno; se trataba de una desgracia que podía acontecerles por igual a los avaros y a los filántropos. Anastasia, sostenía él, era como un hombre que no sólo diera limosna a los pobres y a los codiciosos, sino que repartiera toda su riqueza con ellos, a partes iguales, para que no se vean tentados a robar—: ¡Una Reginald Héctor de la sexualidad!

Sonreí ante esta analogía, que irónicamente era más reveladora de lo que él pensaba, pero decidí no rebatir su argumentación ni abrirle los ojos en relación con la estima que sentía por el antiguo rector. La discusión se produjo entre Greene y él, como había ocurrido desde su primer encuentro en la fiesta del Jueves Libidinoso organizada por Stoker; pero ahora, debido a la desilusión de Greene, los conceptos enfrentados eran los de promiscuidad suspendida y aprobada, en vez del de esta última y el de virginidad aprobada. Por lo demás, eran compañeros sumamente cordiales, salvo cuando las amargas alucinaciones de Greene o los ataques epileptoides de Leonid los volvían intratables.

«No es buena cosa, caramba», era el nuevo lema de Greene, que podía aplicar a Anastasia, a la señorita Sally Ann, a la Facultad de New Tammany o a sí mismo.

—¡No es buena cosa para nada, caramba! Ni verdadera, ni bonita ni buena, ¿entiendes?

Aunque estaba convencido de que le había dado su merecido a Anastasia («¡Fresca suspendida, haciéndome creer que no la había tocado nadie y vendiéndose todo el tiempo y más rápido que la hija del viejo negro de George!»), no consideraba que el delito que había cometido fuera justificable. Estaba suspendido, ahora lo veía con claridad; siempre había estado suspendido, en todos los sentidos. Había saqueado los bosques y destruido a sus habitantes aborígenes, había alardeado de su grosería, se había permitido tratar vilmente a los demás confiando en su vulgar riqueza; no había sido un buen marido para su esposa (quien, en cualquier caso, ahora estaba seguro, lo había traicionado en muchas ocasiones), ni un buen padre para sus hijos (que eran holgazanes y delincuentes). Que lo liquidaran; no merecía un castigo menor, incluso teniendo en cuenta que habría de proporcionárselo una facultad que, ahora se había dado cuenta, estaba corrupta desde el campanario hasta el sótano. O, si la zorra que había arrinconado y su chulo, el Gran Maestro, preferían echar tierra sobre aquel

asunto, entonces que lo absolvieran: cuando estuviera en libertad, se divorciaría de su mujer, renunciaría a sus empresas, se saldría de la Liga Enoquista Juvenil y todo lo que representaba, e incluso tal vez huyera al Campus del Este (o se volara la tapa de los sesos, no estaba seguro de qué prefería). En conformidad con estas decisiones, ya había abandonado la cuchilla de afeitar y el jabón; en su barbilla había crecido una mata naranja; su aroma se aproximaba al del difunto Tom de Redfearn.

Al final, no fue ni condenado ni exculpado. Cuando llegó el día en cuestión —el primero del juicio contra Max—, por la mañana, el caso que había abierto contra él fue desestimado y pudo abandonar Detenciones Principales.

—¡Ella se negó a testificar! —me dijo Stoker, refiriéndose a su esposa. Yo sólo estaba ligeramente menos perplejo que él. Mi dama había decidido no presentar cargos —así lo había anunciado el fiscal, abiertamente desazonado— debido a que «una reflexión madura» la había llevado a pensar que, sin lugar a dudas, ella había incitado y provocado la agresión del señor Greene, y que, sin lugar a dudas, se había sentido satisfecha a causa de ella, en cierta suspendida manera. Mientras se leía su declaración, Anastasia me miraba con frialdad desde el otro lado de la Sala de Visitas, donde yo estaba sentado junto a todos los futuros testigos del caso Spielman.

—¡Altruistidad! —se lamentó Leonid más tarde, al enterarse de la noticia—. ¡GILESidad!

En el banquillo de los acusados, Greene murmuró:

—Sabía que no podía ser tan buena. Me puso como borracho. Son todas iguales, caramba.

Pero ni Stoker ni yo podíamos aceptar esta interpretación.

—Es lo que has estado diciendo de ella desde el principio —le recordé, y él estuvo de acuerdo, pero señaló, soltando un suspiro de preocupación, la irónica cuestión que también a mí me desconcertaba: lo que ella estaba admitiendo no era —¡quizá por primera vez!— cierto en absoluto.

—Suspendido sea si sé lo que nos está pasando a todos —dijo Stoker—. A lo mejor de verdad tú eres el Gran Maestro.

Lo observé con atención: ni el tono de su voz ni la expresión de su rostro traslucían su sarcasmo habitual. Además, últimamente no solía, como antaño, hacer que los aspectos menos aprobados de uno se pusieran de manifiesto. Por ejemplo, su comentario no estimuló mi vanidad ni mi ambición, como habría hecho antes, sino que más bien me hizo sentir vergüenza. Le contesté con mucha calma:

—Ya no sé si Bray es el Gran Maestro o no; desde luego, es una persona extraordinaria. Lo que sí sé es que yo no lo soy. Yo soy un suspendido total.

El alcaide sonrió.

—A lo mejor el suspenso es aprobado.

Encontré la celda que había dejado vacía Peter Greene ocupada por Croador, a quien habían llevado allí desde el Hospital mientras yo estaba en la Sala de Visitas.

—Tiene inmunidad diplomática —dijo Stoker—. Sólo vamos a hospedarlo hasta que se lo lleven de vuelta a su hogar.

Mi amigo negro no tenía buen aspecto. Max y Leonid le sujetaron la cabeza lo mejor que pudieron mientras él vomitaba entre los barrotos. Él también estaba acusado de violación, nos explicó Stoker, y aunque no podía ser procesado, había sido declarado *non gratisen* la Facultad de New Tammany y quedaría detenido, contra su voluntad, a petición de su alma mater frumenciana. Siguiendo mi consejo, por lo visto, se había amotinado contra el doctor Eierkopf: se había comido todos los huevos que había en el Campanario de la Sala de la Torre, los que estaban frescos y los que no, y después había dejado atascado el divisor infinito en la rueda de escape del mecanismo de relojería y había abandonado a su amo entre tic y tac. Completamente descontrolado, había desflorado a dos chicas de colegio mixto, a un estudiante de primer curso varón, a la tía soltera de un miembro del consejo de administración, a una marrana joven de concurso y a una estatua alegórica, de bronce fundido, que representaba a la Verdad Desnuda a escala heroica. Además, había ingerido indiscriminadamente ardillas crudas, álamos temblones, hongos venenosos, excrementos de perro y los apuntes de clase de su tercera víctima, un estudiante de económicas. La policía del campus lo había localizado en el Motel Luna de Miel; sin embargo, dudaban de que pudieran apresararlo, si no era acabando con él, pero al final se les ocurrió algo que lo dejó desconcertado.

—Cierta matrimonio que ambos conocemos —dijo Stoker, aunque sin ningún tipo de sarcasmo— había ido a pasar el fin de semana a ese mismo motel, por lo visto, aconsejados por el Gran Maestro. No está del todo claro qué fue lo que sucedió entre ellos... Kennard se encuentra en el hospital, y Hedwig en el manicomio.

Yo solté un gruñido.

—En cualquier caso, fuera lo que fuera, parece que la pobre Heddy está totalmente desquiciada. ¿Alguna vez has oído que una mujer haya agredido a un hombre?

La señora Sear, según me contó Stoker, había abordado a Croador en el vestíbulo del motel (cuyos ocupantes habían huido cuando él entró, desnudo, por la puerta de cristal, y se puso a hacerle el amor a una máquina de refrescos), se había quitado la ropa y había saltado sobre él, gritando obscenidades para animarlo. Pero ay, lo que la máquina expendedora había podido resistir, a ella le causó un breve desmayo; esto hizo que él se quedara tan confundido y atónito (desde luego, también tenía un poco de hambre) que se quedó como la Verdad extasiada, mientras los policías le ponían grilletes y lo sedaban. La señora Sear, completamente desconsolada, se puso a dar saltos en círculo por el vestíbulo mientras cantaba «Él era mi novio, tímido y descalzo» desafinando un poco con su voz de contralto hasta que llegó la motocicleta-ambulancia blanca. En realidad, la habían llamado para el doctor Sear, que, mientras en el vestíbulo tenía lugar la relatada escena de furor, había sido hallado por una señora de la limpieza en su habitación, inconsciente y pálido debido a

una sobredosis de somníferos. Así, marido y mujer habían salido del motel juntos, sin que ninguno de los dos fuera consciente de ello. La señora Sear fue internada y, posteriormente, sufrió una regresión; se comportaba como una niña de cinco años, según Stoker. Al doctor Sear le hicieron un lavado de estómago en el ala de pacientes ambulatorios del Hospital y de ahí lo derivaron a la sección de oncología, donde ahora languidecía en espera de que se le realizara una intervención quirúrgica paliativa. En cuanto a Croador, una vez fue sometido, se puso enfermo, se volvió incontinente y pareció sentirse muy indefenso: comenzó a andar a cuatro patas, se olvidó de alimentarse y a partir de cierto momento se quedó acurrucado en un rincón, día y noche, como un animal que padeciera moquillo. Cuando se le pasó la fiebre y recuperó los apetitos, lo trasladaron a Detenciones Principales en vez de al Manicomio de la Facultad de New Tammany debido a una controversia que se produjo entre los profesores de psiquiatría en relación con la posibilidad de que los animales irracionales sufrieran locura. La alternativa propuesta por la facción que afirmaba que no, compuesta principalmente por newtammanienses del sur —que lo exhibieran en el Jardín Zoológico— fue rechazada por la Oficina de Relaciones Intercolegiales para no ofender a las facultades emergentes de Frumencia, cuyo apoyo político perseguía dicha oficina. Sobre el destino del doctor Eierkopf no supe nada.

Le toqué la cabeza a mi compañero negro y enfermo, quien, muy debilitado tras regurgitar pajas de los colchones, se acababa de derrumbar entre quienes lo sujetaban. Sin embargo, antes de que los ojos se le pusieran en blanco, me sonrió y soltó un gruñido.

—Está peor ahora que cuando lo dejé en libertad —observó Stoker—. Ni siquiera un animal salvaje comería algo que no es bueno para él.

—Es culpa mía —dije yo, y negué con la cabeza. Al aconsejarle que dejara de lado todo lo eierkopfiano y se convirtiera realmente en una bestia del bosque, no había considerado la atrofia de sus instintos, que es lo que supongo que le ocurriría; o tal vez la racionalidad estudiantil y la brutalidad del inconsciente no eran separables, de modo que al arrancar la flor, se mataba la raíz. Yo habría dicho que tenía el corazón demasiado insensibilizado como para sentir un dolor nuevo, pero contemplar el estado ruinoso de mi formidable compañero supuso una punzada terrible. Al aconsejar mal a Croador, me daba la impresión de haber subvertido mi propio origen, mi propia base: la tranquila bestialidad que seguramente explicaba nuestra compenetración.

—Puede ser peligroso cuando se recupere —les dijo Stoker a Max y Leonid—. ¿Quieren pasarse a la celda de al lado?

Ellos se miraron a los ojos.

—Ve tú —refunfuñó Max—. A mí ya me conoce. Yo deberría quedarme aquí por si acaso.

Leonid lo pensó, levantó los brazos un momento y después contestó, como con indiferencia:

—No.

—Más heroicidades —dijo Max. Stoker, que vio lo que iba a suceder con tanta claridad como lo vi yo, se encogió de hombros y se marchó, dejándome (como a veces sucedía) todo el pasillo a modo de celda, cosa que no era una gran ganancia, ya que, aunque era un espacio más amplio, carecía de catre y de recipiente para la comida. No había cambiado tanto como para insistir en que mis amigos trataran de evitar el peligro; el antiguo Stoker, lejos de siquiera sugerirlo, se habría quedado allí para contemplar la posible carnicería.

—¡Vicevérsicamente! —le gritó Leonid a mi cuidador—. ¡Usted es la heroicidad, señor!

Entonces abordaron el otro gran tema de debate, con el que me habían despertado la primera vez y dormido en muchas ocasiones, y que, tras la liberación de Greene, reemplazó a la cuestión de la personalidad de mi dama. Adoptaba numerosas formas, o, mejor dicho, surgía a partir de diversos asuntos particulares como el que se debatía en aquel momento —cuál de ellos debía poner en riesgo su bienestar para ayudar a Croador—, pero inevitablemente se reducía a los mismos términos. Yo había acusado a Max de una peculiar vanidad, el deseo de ser un mártir; a Leonid, de una ambición egoísta que no era muy distinta de mis antiguas ansias de Graduación: el deseo de ser un sindicalista estudiantil perfecto. De nada servía que yo retirara esas críticas, argumentando que eran un producto del mal humor, que eran engañosas, que eran ilógicas; de nada servía que repudiara todo el trabajo de aquel suspendido día de marzo, todos los falsos consejos de un Gran Maestro falso. Lo que habían negado todos mis discípulos cuando yo lo había propuesto, ahora lo afirmaban, por lo que parecía, y yo me retractaba; y cuanto más rechazaba la granmaestría, más vigorosamente se oponían ellos, con palabras y con actos, a mi rechazo. Max, Leonid, Anastasia, Peter Greene, los Sear, Croador, el rector Rexford —y, por lo que me habían dicho, Eblis Eierkopf, los hermanos Héctor y el Condiscípulo X— ahora aparentemente admitían, todos, que habían sido unos suspendidos, aunque los certificados de Bray dijeran lo contrario, como yo había afirmado pese a mi ignorancia, y que Stoker no lo había sido tanto, o que no había aspirado a esa condición tanto como proclamaba. En los casos de Max y Leonid, esto había creado cierta complicidad. En lo que respectaba a los principios, estaban de acuerdo: si el deseo de sacrificarse, convirtiéndose en un mártir o de un modo absolutamente altruista, era egoísta, y por lo tanto contradictorio consigo mismo, entonces para alcanzar ese fin uno debía no aspirar a alcanzarlo. Además, coincidían —al menos algunas veces— en que ese no aspirar, si se concebía como un medio para lograr dicho fin, era moralmente idéntico a aspirar, y que el altruismo imperfecto, cuando se practicaba de un modo deliberado para evitar la vanidad de la perfección, se convertía en perfecto y vano. Por lo tanto, por lo que yo lograba colegir, aspiraban a no aspirar

a una imperfección imperfecta, cada uno a su manera, y estaban en desacuerdo. ¿Acaso un mártir no vanidoso se quedaría en Detenciones Principales, como habría hecho Mayos, e incluso rendiría su vida, como Max se sentía inclinado a hacer, o se escaparía, si tenía la oportunidad, para continuar con su trabajo en aras del bienestar de la estudiantía? Leonid insistía con mucha frecuencia en que esta última opción era ligeramente más egoísta (y por lo tanto era en verdad altruista) y, día tras día, le ofrecía a mi cuidador proporcionarle la libertad por medios que guardaba en secreto.

Esto, me enteré, era parte de los deberes que le había puesto su padrastro; pero nuestra conversación en el edificio del Consejo Estudiantil y sus discusiones con Max habían afectado la resolución y la firmeza de Leonid. Su misión había consistido al principio en fingir que era un desertor y después en hacerse detener por ser un agente nikolayano al revelar, como si no se diera cuenta, que estaba tratando de raptar a algún científico newtammaniense sin especificar; todo esto lo había logrado ante mis ojos, el Viernes Negro de mi granmaestría. Pero esa aparente frustración de su objetivo era parte del plan, ¡ya que era a Max a quien querían! Suponiendo que su arresto por moisiocausticidio haría que Max se volviera contra New Tammany, si es que no lo había hecho su antigua destitución, el Departamento de Inteligencia nikolayano había escogido a Leonid Alexandrov, por su notable facilidad para abrir cerraduras, para que lo rescatara de la cárcel evitando su ejecución y lo transportara, cruzando los Tendidos Eléctricos y sacrificando su propia vida en el proceso, si era necesario, hasta la Facultad de Nikolay. Leonid no sólo había aceptado esa tarea con gran entusiasmo, pues veía en ella una oportunidad para redimir las equivocaciones que había cometido en el pasado y ganarse el respeto del Condiscípulo X demostrando su altruismo; además, mantenía que la idea había sido suya. Pero mis comentarios y las especulaciones morales de Max lo habían hecho dudar. Dejando de lado los méritos y las ambiciones del yo estudiantil, ¿acaso un agente de dicho yo que fuera verdaderamente altruista perseguiría el cumplimiento de sus propios deseos, conociendo la vanidad y el egoísmo de sus motivos para hacerlo? ¿O debería dar al traste con su misión, limitándose a liberar a Max en New Tammany o a regresar solo y alcanzando de ese modo el altruismo al ser el causante de su propia desgracia? El hecho de que Max, a quien había llegado a querer casi tanto como al Condiscípulo X, no tuviera ningún deseo de trabajar para la Facultad de Nikolay, ni siquiera de marcharse de Detenciones Principales, agravaba el problema.

Lo cierto es que ninguno dudaba de su inclinación, sólo de que fuera, en última instancia, aprobada. Al considerar que la libertad y la ejecución eran igual de vanas, Max, obviamente, prefería la ejecución, por no hablar de quedarse en la cárcel tras ser recluido y sentenciado. Leonid, de un modo igualmente obvio, quería rescatarlo, a pesar de que admitía que ese deseo podía no ser altruista. De manera similar, ahora ambos afirmaban que el otro tendría que haberse puesto a salvo y haberlo dejado a cargo de Croador, al mismo tiempo que reconocían que podría ser «egoísta» (es decir, altruista) asumir ese riesgo en solitario.

—¡Por el amor del Fundador, basta! —les grité yo cuando no pude soportar más sus sofismos—. Los dos estáis encerrados, de todas maneras. ¿Qué diferencia hay?

—¡Bah, niño-cabra! —me gritó Leonid de inmediato—. ¡Disculpa! ¡Quiero mucho! ¡Pero te digo bah!

No se enfadaba, sólo se mostraba vehemente, como de costumbre. Y es que no debe imaginarse que estos interminables debates transcurrían con frialdad, con un espíritu de ejercicio lógico: Max, aunque permanecía tranquilo, se ponía intensamente serio —al fin y al cabo, para él era una cuestión de vida o muerte— y Leonid era muy dado, mientras razonaba, a los abrazos asfixiantes, los puñetazos respetuosos, los gritos, el llanto y los empujones cariñosos. Ahora, para demostrar su desprecio por las cerraduras (el «bah» iba dirigido a ellas), se plantó ante la puerta de la celda de un salto y la abrió al instante. Fue la primera muestra de su talento que dio en Detenciones Principales. Entró en el pasillo, donde me encontraba yo, con la cara roja y un aire triunfal.

—¡Bueno!

Al instante, surgió un clamor entre todos los demás prisioneros.

—¡Podría liberar todos! —les dijo con un sonoro rugido—. ¡Simplicismo! ¡Me gustaría! ¡Pero no! —Debido a que, me confesó a voz en cuello, no era más que un visitante en la Facultad de New Tammany, y por mucho que rechazara sus políticas curriculares, no quería actuar de manera descortés. Además, no había olvidado las consecuencias que había tenido su juerga en el zoológico nikolayano—. ¡Salga, doctor Spielman! ¡Escapación!

Max negó con la cabeza, y al final los tres atendimos a Croador hasta que recuperó la fuerza y los apetitos, momento en el cual nos pusimos en lugar seguro huyendo a la celda contigua. A partir de entonces, Croador comenzó a alternar entre una animalidad desprovista de todo razonamiento y una vegetabilidad ausente. En estos últimos intervalos le proporcionábamos su alimento; en los primeros, extremábamos las precauciones para que no se alimentara de nosotros. Pero quizá porque sin mi vara yo no tenía ninguna autoridad sobre él, o quizá porque, como los demás, se había tomado muy en serio mi primera lección, lo cual había sido desastroso, yo no era capaz de controlarlo, ni siquiera de comunicarme con él. Y Detenciones Principales era un caos tal que podríamos haber perecido todos a manos de Croador en los ratos en que no estábamos encerrados si no hubiera sido porque había multitud de pederastas pasivos y suicidas que habían abandonado los estudios que lo entretenían, a costa de sus extremidades y sus posaderas, que Max no siempre podía curar por no contar con el equipamiento médico necesario.

No tiene sentido explicar ahora los procesos por los que mi antiguo consejero fue acusado de asesinato en primer grado por la muerte de Herman Hermann y condenado a la pena máxima. Es cierto que aunque Max no se consideró ni culpable ni inocente de las cargos que se le imputaban (que nadie habría refutado, si no contamos nuestras protestas ante su abogado de oficio), en la Sala de Visitas

confirmó que todo lo que había confesado era cierto, lo cual incluía no sólo los hechos sino lo que él calificó de premeditación «virtual». Con este adjetivo, que me temo que pasó inadvertido para el jurado, creo que se refería a un deseo persecutorio que nunca había conocido hasta el momento del crimen (y del que la única prueba eran dichos hechos, como testifiqué yo inútilmente). Además, pidió que lo ejecutaran pues eso era el único paliativo posible para su conciencia —¡la conciencia moisiana! — que, afirmó delante del tribunal, tendría que expiar el suspendido orgullo que han exhibido a lo largo de los siglos.

—Nosotros, los moisianos —testificó—, nos lo hemos buscado, por saberr desde el principio que somos la clase elegida. —Se elevó un clamor de protesta tanto entre los espectadores moisianos como entre los no moisianos. El juez dio unos golpecitos con su martillo—. ¿Por qué más aprobados que los demás? —preguntó Max, impertérito. Juntó las yemas de los dedos y sacudió la cabeza—. ¡Porque somos la única clase que sabe lo suspendidos que somos! —La ironía era demasiado sutil para que la captara la mayoría, y les resultó exasperante a quienes la captaron. Despidado por la impaciencia, yo mascaba los abanicos de paja que habían dejado para que los asistentes combatiéramos el calor del verano. El efecto de un testimonio como aquél fue que los reaccionarios, incluso los bonifacistas presentes en el Campus Occidental, que defendían la pena capital y no sentían demasiado aprecio por los moisianos, se apresuraron a defender a Max, argumentando que, tras haberse condenado a sí mismo y condenar a su clase, podía ser puesto en libertad. Max, por supuesto, rechazó sus manifestaciones de simpatía, y como sólo los liberales más autoflagelantes podían aceptar sus conceptos de «victimismo culpable» y «aprobado suspendido», se quedó sin nadie que lo apoyara en la práctica —y casi sin simpatizantes—, y en este sentido puede decirse que eligió su destino.

Pero también es cierto, por desgracia, que tanto el tema de la pena capital como la cuestión del moisiocausticidio se habían estado debatiendo ardientemente en New Tammany justo antes de la muerte de Hermann: el primero, en relación con la tasa de criminalidad, que entonces iba en aumento, y que algunos atribuían a que «se mimaba a los suspendidos»; la segunda, debido a que otros dos exbonifacistas habían sido raptados y asesinados misteriosamente desde que había expirado la disposición legislativa en materia de plazos de la Facultad de Sigfrido para el juicio de «crímenes contra la estudiantía». En el pasado, el rector Rexford había manifestado en numerosas ocasiones que estaba en contra de la antigua práctica de ejecutar a los condenados, pero desde que había puesto en marcha sus reformas de libros abiertos, había dejado de presionar para lograr la abolición de esta pena. La opinión conservadora, que había tardado en condenar el moisiocausto y se mostraba escéptica ante la utilidad de la ley *post facto* que condenaba los «crímenes contra la estudiantía», fue muy rápida a la hora de condenar a los moisiocaustidas. Los liberales —promoisianos y antibonifacistas— se encontraban profundamente divididos, puesto que aunque aborrecían la pena capital en general y los

linchamientos en particular, no podían soportar que las medidas protectoras que habían logrado instaurar con gran esfuerzo y a lo largo de los cursos, sirvieran para que los autores del moisiocausto se librasen de recibir un castigo por sus horrendos crímenes. Aunque adoraban a Max desde hacía muchos cursos, deploraban lo que había hecho, y más aún la forma en que había planteado su «defensa»; todo el asunto les causaba angustia y vergüenza; comenzaron a pelearse entre ellos, esposo frente a esposa, profesor frente a alumno; al final, con gran dolor, lo apoyaron, esperando que Max fuera absuelto o por lo menos que no fuera ejecutado, pero no se sintieron capaces de salir en su defensa si él no hacía ningún esfuerzo por defenderse.

Al final del juicio, todos esperaban un veredicto de culpabilidad y una condena mínima, en atención a la edad y el renombre del acusado: unos años en la cárcel y la libertad condicional. Antes de las conclusiones, el abogado de Max le suplicó una vez más que alegara locura transitoria, pero, por descontado, recibió una negativa. El jurado se retiró, deliberó sólo durante un minuto o dos y regresó con el esperado veredicto. Max se acariciaba la barba, asintiendo con la cabeza; su abogado, que hacía mucho tiempo que había perdido la paciencia por la absoluta falta de cooperación de su cliente, apretaba una y otra vez el botoncito de su bolígrafo. Miramos al juez y, horrorizados, lo vimos levantar la capucha negra, símbolo de la pena capital. Amablemente, como si estuviera comentando algo relativo al procedimiento o anunciando un receso para almorzar, le dijo a Max:

—Este tribunal ha dictaminado que lo transporten a usted a Detenciones Principales y desde ahí a la Colina del Fundador, donde será ejecutado. Que el Fundador se apiade de su mente.

La mayoría se sorprendió; unos pocos se quedaron conmocionados. Pero ¿quién podía protestar (además de Leonid), cuando el propio acusado había pedido esa sentencia?

—¡Irrelevantez! —me gritó Leonid, cuando estuvimos de vuelta en nuestras celdas—. ¡Quiere ejecución como la señora Anastasia quiere violencia! ¡Al revés! ¡Aprobancia!

Antes de mi propio suspenso, habría estado de acuerdo con él, y habría llorado a la manera de Leonid, con un amor frustrado. Pero ya no podía juzgar a nadie —sólo a mí mismo— ni mantener opiniones sobre nada, ni sentir con fuerza ninguna emoción salvo una sorda aceptación de que había suspendido todo.

—No sé qué decir —dije.

—¡Egoísta, bah! —le gritó Leonid a Max, empleando la expresión que había aprendido de él—. ¡Te voy a llevar con Condiscípulo X! ¡Viejo amigo tuyo; a él, lo escuchas! ¡Que ejecuten a mí! ¡Intercambiación!

Max negó con la cabeza, y añadió que no conocía al padrastro de Leonid.

—¡No digas! —bramó el nikolayano con una sonrisa enorme, y comenzó a agitar los brazos y a darnos golpes en la espalda a todos. Tenía esa información reservada, afirmó, para darnos una gran sorpresa o por si, llegado el caso, era necesario un

último recurso: su padre no era nikolayano de nacimiento (¿Se nos habría ocurrido alguna vez? ¡Ja, ja, qué risa le dábamos!), sino un moisianano newtammaniense cuyos padres se habían exiliado de Nikolay en la terrible época anterior a la llegada del sindicalismo estudiantil. Nadie sabía cuál era su nombre original, aparte del Departamento de Inteligencia, pero por lo que Leonid había podido inferir, había trabajado con ordenadores automáticos cuando estos se encontraban en su infancia, durante la Segunda Revuelta Intercampus. Y más adelante, cuando New Tammany se negó a compartir sus secretos electroencefálicos con sus colegas, había desertado para irse a la Facultad de Nikolay, se había despojado de su yo anterior y había diseñado un contra-ordenador para preservar la paz interior de la estudiantía y mantenerla a salvo de las agresiones del informacionalismo.

El rostro de Max se ensombreció mientras lo escuchaba, y yo tuve un escalofrío; entonces recordé la curiosa emoción que había parecido sentir el Condiscípulo X en el edificio del Consejo Universitario cuando oyó mencionar el nombre de mi cuidador, y me di cuenta de quién debía ser.

—¡Tu viejo amigo que no me acuerdo cómo se llamaba! —le dije a Max, muy excitado—. El que te ayudó a COMER a los amaterasus y después desertó...

—¿Chementinski? —Max frunció el ceño y se tiró, enfadado, de la barba—. ¡Ach, es imposible! Chementinski no erra bueno parra la política: erra un científico listo, perro un hombrre tonto.

—¡Tonto no! —gritó Leonid, y se tiró de rodillas delante del catre en el que Max se había recostado a descansar.

—Tonto y suspendido, Leonid —insistió Max tranquilamente—. Si de verddad es tu padrrastro, y si te orrdenó que vinierras aquí parra que ocupes mi lugarr y yo deserrte como él... ¡Bah, ésa es la prrueba!

—¡Falsería! —En la queja de Leonid había más angustia que indignación. El hecho de que el Condiscípulo X fuera realmente el antiguo colega de Max parecía fuera de toda duda: nadie más, en el Campus del Este, tenía el conocimiento práctico requerido para encargarse de la creación del ORDACE, que Leonid sabía que había dirigido su padrastrro. Su posterior renuncia a las ciencias matemáticas por las políticas, y el éxito formidable que había tenido en ese departamento, podía explicarse por la erradicación absoluta de su anterior yo (que, desde luego, bien podría haber sido tonto y suspendido), y por la exitosa sustitución de su voluntad personal y falible por la voluntad del cuerpo estudiantil, impersonal e infalible. Leonid lo explicó de este modo, rugiendo y muy serio; el hecho de que uno de sus ídolos sintiera aversión por el otro claramente lo atormentaba tanto como lo había hecho la imposición de la pena capital. Yo me quedé muy sorprendido ante la severidad con que Max se negó a suavizar su opinión.

—¿Parra qué me quiere Chementinski? —preguntó—. Sabe que llevo un montón de años fuerra de la Sala de la Torre. Ya no tengo ningún secreto, eso también lo

sabe. ¿Porr qué crrees que te dijo que me llevarras a mí en lugarr de a alguien útil como Eblis Eierkopf?

Los ojos de Leonid se llenaron de lágrimas.

—¡Cariñura, señor! ¡Él quiere, igual que yo! ¡Igual que George! ¡Eierkopf no importa!

Max negó con la cabeza.

—No es porr carriño. —Entonces afirmó, con más suavidad pero inflexiblemente, que la principal diferencia entre él y Chementinski era que este último, aunque profesaba un gran amor por la estudiantía, siempre se había sentido más o menos repelido por los estudiantes individuales, mientras que Max, que toda la vida había estado comprometido con individuos particulares, siempre había considerado que la estudiantía en general era más bien estúpida, brutal y vulgar, si no una abstracción carente de sentido. La debilidad de la postura de Max, como él mismo admitió sin ningún reparo, era que, desde que había tenido que COMER a los amaterasus, había sido incapaz de sacrificar a nadie por el bien común, en el cual ya no pudo seguir creyendo; por lo tanto, no resultaba apropiado para detentar cargos en la administración—. Perro tu Chementinski, el Condiscípulo X, ¿sería capaz de sacrificar a cualquiera, incluido a sí mismo!

—¡No! —objetó Leonid; pero yo confirmé la opinión de Max contando la declaración que el propio Condiscípulo X me había hecho en el edificio del Consejo Universitario.

—Y si no, ¿cómo podrría sacrrificarte a ti? —preguntó Max— ¡Un hijo porr el que deberría estarr dispuesto a morrirr!

—¡Por el bien del Sindicato! ¡Idea mía! ¡Prueba de maquillaje, para el pasado!

Max le puso una mano en el hombro a Leonid y negó una vez más con la cabeza. Chementinski, dijo con tristeza, siempre había sido un tipo muy inestable, que perseguía una serie de ideales en los que deseaba apasionadamente creer y que nunca se sentía satisfecho con la autenticidad de su compromiso. Su actitud durante todo el proyecto de COMER, recordó Max, había consistido en una violenta autojustificación: realmente se trataba de COMER o ser comidos, ¿verdad? ¡Mejor unos cuantos miles de amaterasus en diez minutos que otros dos años de revuelta! Realmente todo se hacía por la paz, la libertad y la cultura, ¿verdad? Por no mencionar la ciencia pura, y el efecto disuasorio contra futuras revueltas intercampus... El resultado de aquel constante cuestionamiento era que se había quedado sin creencias, había llegado a arrepentirse por su contribución a la creación del ORDACO (como se arrepentía Max, aunque por otros motivos) y había decidido que sólo si las dos escuelas de pensamiento se armaban con tecnología de punta podría preservarse la tranquilidad. Por eso había desertado.

—Lo que pasó después, no lo sé —concluyó Max—. Perro él sabía que yo no estaba de acuerrdo con lo que había hecho, y siempre se disgustaba cuando yo pensaba que actuaba mal. Si Chementinski piensa que tenemos que COMERRnos a los

amaterrasus de una vez, no puede soporrarr que nadie listo esté en desacuerndo; si él deserrta al Campus del Este, todos los demás tenemos que deserrtarr, parra que él no se prregunte si hizo algo suspendido o aprobado. Porr eso quiere que yo esté ahí con él, Leonid; no es capaz de convencerse a sí mismo de que actuó bien.

—¡Altruistidad! —chilló Leonid—. ¡Es lo menos vanidoso que existe! —Entonces me miró, implorante—. ¡Habla de una vez, George!

—Creo que Max tiene razón —dije. A continuación le expliqué lo que me había dicho el propio Condiscípulo X: que voluntariamente había hecho creer a su hijastro que no lo habían perdonado por lo que había ocurrido en el zoo y que sólo podía redimirse ante los ojos de su padrastrro si hacía todo lo que estuviera en su mano para capturar a Max. Yo pensaba que se pondría a negarlo, muy enfadado; de hecho, no me habría atrevido a darle toda esta información si no hubiéramos estado en celdas separadas, y estaba preparado, en defensa propia, para hacerlo aceptar lo que le había dicho recordándole que en este caso sería inútil que cuestionara mis fuentes. Pero Leonid se acercó a los barrotes, con las mejillas húmedas, y se limitó a preguntarme:

—¿Es cierto, niño-cabra? ¿No odiaba? ¿Desde entonces?

—Te lo juro. Sólo lo fingía. Sabía que tú harías cualquier cosa por satisfacerlo...

—¡A su prpropio hijo! —resopló Max—. ¡Para demostrrarr su altruismo! *Ach*, ¡ese Chementinski!

Pero Leonid gritó «¡Aprobamiento!» e, indiferente ante el hecho de que lo hubieran engañado, comenzó a hacer salvajes pasos de baile por la celda de lo aliviado que se sentía por enterarse de que su padre, después de todo, no estaba enfadado con él. Pasó cierto tiempo antes de que Max pudiera afirmar su convicción de que un hombre que estuviera dispuesto a sacrificar a su propio hijo de una manera tan calculadora era incapaz no sólo de sentir enfado, sino también cualquier otra emoción, sobre todo amor. Yo podría haber estado de acuerdo, con ciertas reservas (ya que aunque el Condiscípulo X no se había presentado ante mí en absoluto como alguien frío con respecto a su hijastro, el sacrificio deliberado de éste en nombre del altruismo me parecía, tal vez más aún por ello, monstruosamente vanidoso), pero en aquel momento una nueva emoción violenta se apoderó de Leonid.

—¡Quiero mucho! —gritó con los ojos llenos de lágrimas—. ¡Lleno de egoísmo, yo!

Su problema, por lo que pude colegir a partir de sus exclamaciones, era que a pesar de lo mucho que se había esforzado, todavía estaba como a un millón de verstas de la impersonalidad a la que aspiraba, y de la cual el Condiscípulo X era el ejemplo intachable. Quería mucho a su padrastrro, a Max, a Anastasia, a mí; quería a toda la gente que había conocido en su vida, salvo unos pocos a los que odiaba, y por ello no tenía ninguna esperanza en poder ganarse nunca el cariño del Condiscípulo X, ¡cosa que, por supuesto, era una muestra más de egoísmo desear!

—¡Imposibilitancia!

Del bolsillo de los pantalones de su uniforme de recluso sacó de repente un frasco que no era muy distinto del que contenía la tinta invisible que me habían regalado los colegas de Sajian. Pero éste contenía un líquido más real, parte del cual tragó. Al instante, tras atragantarse ligeramente, se puso a exclamar, con aire triunfal:

—¡Hurra! ¡Erradicamiento! ¡Adiós yo!

Max hizo un débil intento por detenerlo en cuanto nos dimos cuenta de lo que estaba haciendo, pero Leonid aplicó sus habilidades a la cerradura de la puerta y salió al pasillo, donde por segunda vez se llevó el frasco a los labios. Su rostro adquirió el color de la grana.

—¡No más yo! —croó—. ¡Díganle a la señora Anastasia que la quiero! —Max y otros prisioneros llamaron a gritos al guardia; como sucedía en algunas ocasiones, no había ninguno cerca. Leonid cayó al suelo, y aunque se estaba retorciendo, consiguió volver a beber de aquel brebaje mortal, para asegurarse de que ése fuera su fin.

—*Verboten!* —suplicó Max, saltando como un enano enjaulado—. ¡Párralo de una vez, George! ¡Que no trague!

Leonid, en posición supina, había decidido despedirse con un brazo y cantar mientras espiraba.

—¡Libertad! ¡Soltación! ¡Muerte a la egoístia!

Una vez más, se acercó la botella a la boca.

Aunque me afligía verlo morir, me temo que me habría limitado a mirarlo aunque no hubiera estado encerrado. Pero hubo algo en sus palabras que, más que la situación de emergencia, logró atravesar el torpor en que me había encontrado desde que habían tratado de ahorcarme. Se me aclararon milagrosamente las ideas; no veía sólo el aprieto en que estaba Leonid, sino también su error, ¡y muchas más cosas! Sin pérdida de tiempo, estuve a su lado en el pasillo, le quité la botella y me puse a tratar de que le entrara aire en la boca, ya que había dejado de respirar. Pero luego, pensándolo mejor, solté a Max para que se encargara de esa tarea y fui en busca de ayuda, corriendo a cuatro patas para ir más rápido y atravesando sin dudarle media docena de puertas sobre las que había indicaciones de que el paso estaba prohibido. No había guardias de servicio; la disciplina del alcaide era tan laxa y había tantos obstáculos que nos separaban de la libertad que solían ir a deambular por el patio donde hacíamos ejercicio o se reunían en las celdas de las chicas más salaces. El primer oficial que me encontré fue Stoker, y para ello tuve que trepar hasta la planta superior, situada al nivel del suelo, donde estaban las celdas teóricamente reservadas para los estudiantes apáticos que obtenían calificaciones mediocres y profesores demasiado amplios de miras como para tener opiniones. Al verme, Stoker sonrió, se echó a un lado y me indicó con el brazo la puerta final, que daba a la Sala de Visitas y, desde allí, a los despachos y a la libertad; era como si me estuviera invitando a seguir mi camino.

—Es a ti a quien busco —dije.

—Qué gracioso. Yo iba a buscarte a ti. Tienes visitas.

Le expliqué la emergencia. Divertido, Stoker olisqueó el frasco con aquel líquido mortífero, que ya estaba por la mitad, y me lo devolvió.

—Es un borrador de tinta —se burló—. ¿Cómo has podido abrir todos esos cerrojos, George?

Me lancé, impaciente, hacia la puerta —de franqueo también prohibido— que daba a la Sala de Visitas, decidido a encontrar un médico yo mismo si Stoker no estaba dispuesto a enviar uno. Allí me encontré con mi madre, acompañada, como siempre, por Anastasia. Pero tal vez porque este último cerrojo era distinto de las demás o tal vez porque la pregunta de Stoker me hizo darme cuenta de que no tenía ni idea de cómo había llegado a donde estaba, fui incapaz de abrirlo.

—¡Ayúdame, hombre! —le pedí—. ¿Las otras puertas estaban sin cerrojo?

Stoker guiñó un ojo y contestó jovialmente:

—Los cerrojos no existen si tienes la llave. —Encontró la que yo necesitaba en su llavero—. Quédate tranquilo. Mi esposa sabe lo que hay que hacer hasta que llegue el médico.

Me había olvidado de que mi dama era enfermera. Ella me saludó con mucha seriedad, y a Stoker fríamente. Éste le contó lo que había pasado y le pidió ayuda de un modo tan saturado de *cariños y por favores* que pensé que le estaba tomando el pelo. Pero la respuesta de ella fue glacial y autoritaria:

—No te quedes ahí parado mientras el tonto ese se muere. ¡Vamos, tráelo aquí!

Entonces Stoker se apresuró a obedecerla. No pude más que concluir que su relación había cambiado. Ella tomó el mando de la situación, ordenándole a Stoker que llevara a Leonid a la enfermería de la cárcel mientras ella preparaba un emético y llamaba a un médico. A mí me dijo que me quedara con «madre» (como Anastasia seguía llamando a la señora Pelocrema, por costumbre) y yo accedí de mala gana: alguien tenía que estar con ella, pues a tal punto había llegado su deterioro mental, y Anastasia últimamente se enfadaba muchísimo cuando se le llevaba la contraria, sobre todo si lo hacía un varón. Al margen de ello, pensé que yo era el único que no hacía ninguna falta para salvar a Leonid, consideración que me resultó dolorosa, pues yo lo había metido en el lío en que se encontraba, si puede decirse así, y ahora me parecía estar a punto de comprender cómo iban a sacarlo de él. Los dos se marcharon a cumplir con sus misiones, y Anastasia reprendía a su marido sin que yo pudiera oír lo que le decía. Las divisiones que organizaban el espacio de la Sala de Visitas se abrieron; yo podría haberme ido de Detenciones Principales incluso sin ese don de Leonid que por lo visto había poseído momentáneamente, o sin la amnistía que me había ofrecido Bray. Pero aunque no había perdido mi reciente claridad mental, que semejaba una luz en una habitación vacía donde algo está a punto de suceder, y mi coma intelectual por fortuna no daba ninguna señal que hiciera pensar en su retorno, no me fui, no en ese momento, sino que solté un suspiro y me volví hacia madre, a quien sabía que vería mirándome con respetuosa alegría. En el suelo, con las piernas cruzadas, con un chal y un vestido negro y el Nuevo Programa sobre el regazo, como

siempre, me ofreció, temblorosa, el sándwich de mantequilla de cacahuete que me traía tres veces por semana y canturreó:

—¡Vamos, Billy! ¡Vamos, mi amor! ¡Vamos!

Pese a la angustia que sentía por lo que había hecho mi compañero de celda nikolayano, apoyé la cabeza en su regazo, fingí estar deseoso de ingerir la comida que me traía ritualmente y masqué las páginas antiguas y sabias que ella iba arrancando para mí, aunque tenían un sabor agrio debido a lo manoseadas que estaban.

—Bueno, mi amor, déjame ver... —Se colocó bien las gafas, se metió un instante la yema del dedo índice en la boca para humedecérsela y abrió el libro por una página muy desgastada—. ¡La gente tendría que usar marcapáginas! —protestó—. Y encima hay un verso subrayado. La gente no debería subrayar los libros de la biblioteca. —Entonces su tono de voz se suavizó—. Ah, pero mira lo que es, Billikins: ¡Estoy tan orgullosa de las cosas que escribes!

Su delicada locura llegaba hasta el punto de que creía que yo era el Billy Bocksfuss del bosquecillo de tsugas, el GILES bebé que ella había engendrado y, ay, el muy graduado Enós Enoc.

—«Aprobados son los suspendidos» —leyó, muy formalmente—. Pero bueno, mira que es bonita esa idea. ¿No te parece?

No le contesté, no sólo porque tenía la lengua llena de mantequilla de cacahuete, sino porque esas palabras oscuras y famosas del Seminario de la Colina me hicieron enderezarme. Como un relámpago para un hombre desorientado, me mostraron en un instante la fuente y la naturaleza de mi fracaso, el camino hacia el Camino y, al menos eso imaginé, el lejano parpadeo dorado de las Puertas de la Graduación.

2. SU PARTIDA DE DETENCIONES PRINCIPALES

Me levanté del regazo de mi madre como impulsado por un resorte.

—¡Aprobados son los suspendidos, mami!

Como una vieja enoquista al concluir sus peticiones, se tocó las sienes, cerró los ojos y murmuró:

—¡Sobresaliente, querido Fundador!^[20]

¡Mujer graduada, útero que me engendró! No importaba hasta qué punto ella misma comprendía cuán sabio era lo que decía; los recipientes de la verdad no necesitan entender su contenido. Cuando dije —para mí mismo, en realidad— que Bray no era el enemigo, que el enemigo era el ORDACO, ella me contestó:

—Tu aprobado padre, Gilesey. Y Él todavía me ama.

Era como si yo hubiera alabado al ordenador, raíz y fruto de la Diferenciación, en vez de echarle la culpa de todo lo que pasaba. Y cuando exclamé que todos estaban aprobados, todos, y que yo no lo sabía y los había suspendido, ella repitió:

—Aprobados son los suspendidos. ¡Sobresaliente!

Entonces lo vi todo aún más claro. Deseé estar solo para estudiar la paradoja de mi nueva Respuesta. Después deseé largarme para poder reparar los errores que había cometido durante mi primera granmaestría. Frustrado por no poder dejarla sola, le di un abrazo y ella me propuso amablemente:

—No importa aprobar o suspender. Abraza a tu madre.

¡Graduada señora! Me reí y gruñí al mismo tiempo. Ahí, en una palabra, estaba el Camino: ¡abrazo! Lo que les había pedido a mis discípulos que interpretaran —unas frases erróneas con que construir una imagen de sí mismos y que Bray, en su sabiduría, había escrito en sus certificados— ahora me parecía ininterpretable: es más, era irreal, ya que la forma de distinguirse de sus contrarios era errónea. «Suspender es aprobar», había dicho Stoker, con más sabiduría de la que él mismo podía suponer, aquella funesta mañana de marzo; había dicho la verdad, y de ese modo me había hecho caer en mi error: esa distinción entre el aprobado y el suspenso en la que estaban basados todos mis errores posteriores. Incluso a él lo había suspendido, pues, debido a sus oscuras luces, ya que, al asignarle un suspenso, al contrario que a mis demás consejeros, lo estaba calificando necesariamente de único Camino hacia el aprobado. ¡Abrazo!

Cuando al fin mi dama y Stoker regresaron, él a paso lento y con cara larga, ella echándole la bronca, me apresuré a abrazarlos a ambos al mismo tiempo. Stoker protestó; Anastasia estaba tan rígida como el cayado de un pastor. Cuando traté de besarla, giró el rostro. Entonces solté a su marido y le di un beso en plena boca, henchido de deseo por primera vez desde mi fracaso. Ella me dio una bofetada — como esperaba que hiciera, pues era lo más acorde a su nueva personalidad— y yo le devolví el golpe sin dejar de sonreír. Sucedió todo de un modo muy rápido; ella se

quedó tan sorprendida que soltó un grito ahogado y perdió todo su aplomo. Se hizo pis encima y se quedó muy relajada cuando volví a abrazarla, esta vez con suavidad.

—De verdad, compañero —se quejó Stoker—. Es mi esposa, ¿sabes? ¿Qué te pasa?

—¡Sobresaliente! —entonó mi madre.

—¡Me he equivocado totalmente! —afirmé con alegría—. ¡No importa! ¿Leonid está bien?

Antes de que nadie pudiera contestar, besé de nuevo a la sollozante Anastasia — que estaba muy blandita y tenía los ojos vidriosos— e incluso hubiera podido montarla de lo rebotante que estaba de ganas y nuevos planes para ayudarla a aprobar. Pero estaba con la menstruación, según me informaba mi olfato de macho, y otros asuntos apremiaban, de modo que renuncié a la lujuria para enterarme de lo que había pasado. Lo que había bebido Leonid, dijo Stoker, era un borrador multiusos que empleaban los espías para falsificar credenciales y para eliminar tanto a sus enemigos como a sí mismos, según conviniera a casa caso. Habían logrado extraérselo a tiempo, y salvo por que tenía un fuerte dolor de cabeza y la fantasía de que Anastasia lo había rescatado de la muerte dándole un beso, se encontraba bastante recuperado.

—¡Hay que tener valor! —dijo Stoker—. Tuve que convencerla para que le hiciera el boca a boca y después va y dice una cosa como ésa.

Anastasia, sin decir nada, se sentó con su vestido meado junto a su madre. Yo le cogí la mano y se la besé, lo cual hizo que ella se pusiera a llorar de puro aturdida.

—Leonid tiene razón con respecto a ti —le dije cálidamente—. Estabas aprobada antes de que yo te instruyera. ¡Deberías amarlo! —Ella negó con la cabeza—. ¡Deberías amar a todos, incluso más que antes! ¡No importa lo que vayan buscando! ¡Olvida lo que te dije la última vez!

Ella cerró los ojos y soltó un gemido.

—¡Vuelve a abrirte de piernas, como en los viejos tiempos! —le ordené—. ¡Deja que se meta todo el cuerpo estudiantil! ¡Pensaba que ya te conocía a fondo, pero tengo que empezar desde el principio!

Stoker protestó, diciendo que tendría que empezar desde el principio con la compañera de habitación casada de algún otro, no con la suya, salvo que Anastasia lo deseara, desde luego, en cuyo caso él, lamentándolo mucho, aceptaría su voluntad.

—¡Deja de hablar así, suspendido! —grité y, soltando una carcajada, le di un golpe en el brazo—. ¡Ese mal consejo que te di es el mejor del campus! Aprobar es suspender, como tú me dijiste... ¡pero también «Aprobados son los suspendidos»! ¡Pensar que son diferentes fue lo que me suspendió a mí!

Él no estaba convencido en absoluto, pero no quise decir nada más sobre el tema en ese momento. Le pregunté si la oferta de Bray de perdonarme seguía en pie.

—Yo diría que no —contestó Stoker. Había, por lo visto, dos condiciones para poder dejarme en libertad; una presumiblemente sería imposible para mí y la otra le resultaba repugnante a Stoker: habría que borrar todas las firmas de mi documento de

identidad, incluyendo las que habían sido estampadas con tinta imborrable, y Anastasia no sólo tendría que someterse al «Gran Maestro» (en aquel momento empleé unas comillas imaginarias sin ningún cinismo), sino también tener un hijo con él.

»Dijo que quería “un auténtico niño humano” —dijo Stoker, muy enfadado—. ¡Tendría que haberlo azotado con el látigo!

—¡Claro que sí! —grité alegremente—. Y es lo que habrías hecho, antes de que yo te hiciera un lío. Pero escucha... —Me puse de rodillas y abracé a mi dama una vez más, pese a sus gemidos y a sus humedades—. Estaba tan equivocado con respecto a Bray como con respecto a ti. La verdad es que tiene algo especial... En cualquier caso, tienes que dejar que te monte, ponga las condiciones que ponga, ¡y también a todos los demás! ¡A toda la Universidad!

Tal vez no me oyera de lo fuertes que eran sus berridos. Madre aplaudía y gritaba «¡Sobresaliente!» tras cada una de mis órdenes, moviéndose rítmicamente. Stoker protestó.

—¡No seas tan aprobado! —lo exhorté—. ¡Pégame, si quieres! ¡Chulea a tu esposa! ¡Échale los perros a madre!

—¡Sobresaliente! —dijo aquella señora a quien por nada del campus hubiera querido que nadie hiciera daño.

—Estás muy nervioso —masculló Stoker, aunque se notaba claramente que era él quien estaba inquieto—. Hablas como si la Verdad y la Mentira fueran Respuestas distintas.

—¡Y no lo son! —grité yo—. ¡Ésa es la respuesta! Todo mi error fue pensar que eran distintas... ¡así que eso es lo que tienes que pensar, si de verdad quieres suspender!

Entonces dejamos de hablar, porque Stoker perdió los estribos y me cogió por el cuello, empujándome hacia las celdas.

—¡Aprobar a todos Suspende a todos! —grité en dirección a los pasillos donde estaban encerrados los suspendidos—. ¡Es lo mismo!

Stoker le cogió la porra a un guardia que pasaba y me dio tal golpe que me dejó inconsciente.

Como si en aquella cueva atemporal el curso del tiempo, que yo había perdido, se hubiera vuelto sobre sí mismo, volví a despertarme oyendo las voces de Max y Leonid. Estaban discutiendo.

—¡Involuntariedad, Condiscípulo, señor!

—No, hijo mío, te equivocas...

—Pero ¿a usted le parece que estuvo mal, suicidamiento?

—Eso fue lo que le pareció a George, Leonid. ¿Por qué te iba a detener, si no? Y yo estoy de acuerdo: matarse uno mismo es egoísmo.

—¡Suspendidad, entonces! ¡Yo soy gran egoísta! ¡Yo deserción! ¡Espía importante para los informacionistas, Ira Héctor me paga! ¡Y soborno Lucky

Rexford para que usted no hagan ejecución!

—¿Lo ves, amigo mío? ¡Sigues siendo egoísta! Y si yo escaparra, seguiría representando a un mártir moisiano, como dijo Georrgie.

—¡Entonces bah! —gritó Leonid—. Entonces yo vanidoso y egoísta; ¡usted deserta, yo voy ejecución, mi nombre en todos los libros de historia nikolayanos! ¡Hurra por yo!

—En tu caso, no sería vanidad, digas lo que digas. En el mío, lo sería, me ejecuten o no. Tengo motivos moisianos en ambas posibilidades. *Ach*, ¡odio esto!

—Yo también.

Yo me froté la cabeza y me incorporé.

—Los motivos no importan.

Como antes, me dieron la bienvenida al campus de los despiertos.

Max, sobre todo, estuvo muy solícito a partir de entonces, y respetuoso de un modo que a mí me resultaba perturbador además de satisfactorio: era como si ahora que yo ya no me consideraba un Gran Maestro, él al fin podía imaginarse que lo era. Mis demás discípulos, los que había visto y oído y que se habían decidido por Bray y habían dudado de mí, parecían haber cambiado radicalmente de actitud a la vista del suspendido estado al que yo los había llevado, o al que los había llevado a ver, y ahora dudaban de aquel que los había calificado de aprobados. Su problema, como algunos veían y otros no, era complejo: si los certificados de Bray eran falsos, ¿cómo conciliar el hecho de que me hubiera hecho uno a mí por haber denunciado su falsedad? Y si yo era auténtico, ¿cómo podía asumirse el hecho de que me suspendiera a mí mismo y al final saliera a defender a Bray? Sólo Max permanecía imperturbable ante este enigma:

—Mucho mejor si no tiene sentido —solía decirle a Leonid, mi gélida dama o Peter Greene, que comenzó a venir a visitarnos de vez en cuando—. Es un misterio, no hay que analizarlo.

Se había convertido en mi mejor apologista, aunque no en mi mejor discípulo. Y es que por mucho que Anastasia lloró y se quejó por el nuevo consejo que le había dado, en especial en lo relativo a Bray, no pasó demasiado tiempo antes de que Stoker me contara (guiñándome un ojo, como solía hacer antes) que las dos condiciones de mi liberación quizá pronto se redujeran a una sola: había visto a su esposa contra las barras en otro de los niveles de Detenciones Principales, rogándoles a los reclusos que la poseyeran con lágrimas en los ojos, y si bien ellos se habían mostrado demasiado sorprendidos y suspicaces como para intentarlo, no podía haber ninguna duda de que la actitud de ella había cambiado. En cambio, Max, que me explicaba cosas sobre mí mejor de lo que me las explicaba yo mismo, tenía dificultades para llevar a la práctica las nuevas prédicas que tan bien glosaba. Me satisfizo constatar que una vez más Stoker se había convertido una especie de abogado del zopenco; bajaba con frecuencia a provocarnos y descubrió que no era difícil que Max cayera en sus provocaciones, aunque nunca del todo.

—Son unos impostores los dos —afirmaba Stoker refiriéndose a Bray y a mí.

—¡Impostancia! —le contestaba Leonid—. El ORDACO no se los comió, ¿verdad?

—Lo engañaron con máscaras.

—Las máscaras no pueden engañarlo —señalaba entonces Max, y repasaba las posibles explicaciones de mi paso por el Estómago con Bray—: Es posible que Georgie se librrarra porrrque Brray estaba con él, o viceverrsa. Es posible que ambos sean Grrandes Maestros, de distintas clases. O es posible que se los comierra a los dos, perro sólo hasta volverrlos locos, sin prrovocarrles la muerrte. O es posible que el Grran Maestro no fuerra comido y el otro sí, y que uno esté loco y el otro no...

—O que los dos sean unos impostores y el ORDACO esté estropeado —se burlaba Stoker—. O que haya cambiado de opinión con respecto a la Cláusula de Spielman y haya decidido no COMERSE más a nadie. A lo mejor se ha enamorado del ORDACE y ha perdido el apetito.

Entonces Max asentía jovialmente en vez de seguir discutiendo, y señalaba además que Harold Bray o el desertor Chementinski podrían haber modificado de alguna forma la MIRA del ORDACO, hacía poco tiempo o muchos cursos atrás, si era que el ordenador no se había reprogramado a sí mismo «pencsialmente». Tampoco se podía interrogar al ORDACO sobre la cuestión, ya que bien podría haberse vuelto capaz de mentir o de engañar a un interrogador.

—Todo lo cual demuestra —concluía— que la fe en un Grran Maestro se tiene o no se tiene y punto; no se puede pedirr que en su documento de identidad diga quién es. Incluso aunque él mismo afirmarra que es un impostorr, y aunque la gente le dijerra que está loco, podrrría serr auténtico. Cada uno tiene que decidirr. Yo crreo en George.

Stoker hacía entonces una mueca de fingido disgusto.

—Entonces bien podría usted creer que el Gran Maestro no es él sino Bray, ya que eso es lo que dice el propio George.

Sin desanimarse, Max le explicaba algo de lo que yo no fui consciente hasta que se lo oí a él: en primer lugar, que lo único que yo decía de Bray era que no se trataba de un mero suspendido, como había pensado antes: había en él algo extraordinario, algo que lo diferenciaba del resto de los humanos, del mismo modo que lo había en mí, tanto en mi origen como en mi cabrancia. En segundo lugar, que mi suspenso, que yo admitía, sólo concernía a mis esfuerzos por ejercer la granmaestría antes de haber pasado yo mismo los Finales, y que por lo tanto no tenía nada que ver con mi autenticidad actual. Y eso si es que esos esfuerzos podían considerarse realmente suspensos, ya que con ellos había logrado mostrarles a mis discípulos aspectos suspendidos de sí mismos tales como...

—¡A mí me mostró, desde luego! —gritaba tristemente Leonid—. ¡Nunca pensé tanta egoistacia! ¡Pero no me importa!

—Bobadas —decía Stoker—. ¿Un hombre que me dice que chulee a mi esposa puede ser un Gran Maestro? ¿Que le dice a ella que se abra de piernas para todo el

campus?

Max asintió con la cabeza, poco impresionado.

—A ti te dice que deberías hacerr como el Decano de los Suspendidos y mantener la esperranza de aprobarr por haberrles mostrrado a los demás lo que es serr un suspendido. Sólo que tú suspenderrás porrrque les haces pensarr que aprobarr y suspenderr no son las dos carras de la misma moneda. Y sí lo son. Entonces la querrida Anastasia, que tiene un toquecito de ninfómana, tiene que expresarrlo en lugar de repprimirrrlo, y así podrá grraduarrrse. ¿No es así, George?

Y yo me limitaba a asentir, ya que aunque seguía sus explicaciones con atención y con frecuencia les veía defectos (que yo no siempre habría podido articular), decidí no defenderme ni explicarme ante Stoker, ni ante nadie que no fuera yo mismo. Toda mi preocupación era hallar una manera de actuar entre las contradicciones de mi nueva Respuesta, para poder aplicarla a los diversos problemas de mis discípulos cuando al fin saliera de Detenciones Principales. Por lo tanto, escuchaba con mucha seriedad, pero sólo hablaba de vez en cuando para aclarar algún punto o corregir un malentendido. Por ejemplo, cuando Stoker me preguntó por qué no me marchaba de la cárcel tranquilamente, ya que parecía tener la capacidad de abrir cualquier puerta, la respuesta de Max fue que yo no obraría maravillas tentado por el Decano de los Suspendidos.

—Eso no es exactamente así —lo corregí—, como bien sabe Stoker. De lo contrario, él podría controlarme por completo tentándome a hacer lo correcto.

El hecho, dije, era que yo no tenía la menor idea de cómo había abierto esas puertas, aunque tenía la sensación de que estaba en deuda con Leonid por dicha capacidad. Lo único que sabía era que en aquel momento no habían estado cerradas para mí, como parecían estar siempre para Leonid, y que en cuanto me pregunté cómo hacía eso, dejé de poder hacerlo. Era Anastasia quien me dejaría en libertad, dije... y también el Condiscípulo X.

—¿Qué dices? —exclamó Max—. ¿Que Chementinski te va a dejarr en liberrrtad?

Leonid, muy contento, me dio un abrazo tan fuerte que me dejó sin respiración, pensando que planeaba desertar, y después frunció el ceño y se preguntó si tanta «egoistacia» (así interpretó esa jugada en aquel momento, con un término que se había vuelto aprobatorio tras su última inversión de valores) no era suspendidamente altruista:

—Como yo, no puedo librarme de egoísta, lo llevo como un uniforme: ¡hurra por yo! Espía para New Tammany o que me ejecuten en vez de Max señor, lo que sea más egoísta.

Yo alabé su determinación, que, al igual que lo contradictorio de su intento de suicidio, me había iluminado para descubrir el secreto de la Universidad. No debía preocuparse, añadí, por si mi programa o el suyo nos conducían al suspenso: como entendía muy bien el autor de *El decano Zambo*, en el campus lo único que hay es suspenso, pero como sabían Enós Enoc y el Sajian original, Suspende es Aprobar.

En cualquier caso, yo no estaba pensando en desertar. De hecho, no me imaginaba que pudiera desertar, para empezar, ya que sólo estaba en New Tammany haciendo una especie de visita. Lo que estaba pensando se lo mostré un tiempo después, cuando Stoker bajó con mi vara, mi bolsa, Peter Greene y algunas noticias.

—No te va a hacer ningún bien —dijo—, pero tengo que darte tus cosas y dejarte en libertad si borras tu documento de identidad, cosa que, por supuesto, no puedes hacer.

Yo recuperé mis posesiones alegremente. ¿La otra condición, pues, se había cumplido?

—Ya está todo arreglado —dijo Stoker secamente—. Mi esposa se va a encontrar con Bray en el campanario esta noche a las once.

Max gruñó, pero asintió afirmativamente.

—Suspenderr es Aprrobarr. ¡Sobrrresaliente!

A Leonid se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¡Graduacionismo! —Me pasó el brazo por encima de los hombros y afirmó que aunque no podía evitar adorar, con cada bocanada de aire que tomaba, a la mujer que lo había rescatado de la tumba, ya no soñaría con que ella lo vengara, sino con que se casaría conmigo—. ¡A pesar de tú! —le rugió a Stoker, cuya sonrisa me hizo pensar que tal vez hubiera organizado la cita de mi dama personalmente. Anastasia, dijo Leonid, no se merecía un marido inferior al GILES, a quien a su vez sólo la más aprobada le serviría como compañera.

Me sentí incómodo al escucharlo.

—Leonid, la verdad es que...

—Querrás decir la más suspendida —lo interrumpió Peter Greene—. La peor zorra de toda la suspendida facultad, caramba. ¡Aunque a mí me importa un rábano!

El cambio en la forma de comportarse de Peter Greene, que había comenzado cuando había agredido a Anastasia y se había agudizado durante el tiempo que pasó detenido, había alcanzado ahora su máxima expresión. De este modo, en lugar de admirar a mi dama por no presentar cargos contra él, acusándolo de violación, interpretaba que eso era una admisión, una prueba de su depravación, y había llegado a la conclusión de que todas las mujeres, en el fondo, eran unas rameras, y de que él «había sacado un cero pelotero en la asignatura de conocerse a uno mismo». Convencido de todo esto, había advertido a los abogados de su esposa de su intención de abandonarla definitivamente y la había invitado a divorciarse de él aduciendo adulterio si prefería no esperar los dos cursos de rigor; le proporcionó todo tipo de datos no sólo de su violación de Anastasia, sino también de sus actividades del momento, sexuales y de los demás órdenes, y ese catálogo, quizá, la había mandado de vuelta al Hospital. Aunque después de todo no había desertado con los nikolayanos, se había hecho miembro becario del sindicalismo estudiantil y también se había vuelto un poco serista. Fumaba cigarrillos de cáñamo, iba descalzo y sin afeitarse, llevaba una guitarra con la que, sin grandes habilidades, tocaba canciones de

protesta y decía del Sajian Vivo: «Tío, es lo más. Ya te digo, un sabio de flipar». Incluso tenía una compañera de piso frumenciana, Georgina, la secretaria de Stoker, a quien decía admirar por su sencillez y su franqueza: ella disfrutaba del fornicio como un bien en sí mismo, pero a él lo detestaba, igual que se detestaba él, y se acostaba con él sólo para disfrutar del espectáculo de su impotencia. Y es que si en el pasado su hombría había fallado con la señorita Sally Ann (hasta tal punto que ahora temía que sus hijos tuvieran un origen extramarital) y sólo había sido potente con «las parecidas a la hija del viejo negro de George», en la actualidad era propenso a fracasar con la lasciva Georgina, pero adquiriría una notoria tumescencia ante la mera idea de tener una esposa fiel, como en otro tiempo había pensado que era la suya.

—Pero no era más que una zorra —afirmaba—, igual que Stacey Stoker y todas las demás. La única chica decente que he conocido en mi vida es la hija del viejo negro de George, y a pesar de eso la drogué y la eché al fango. Habría sido pura como la nieve, esa chica, si yo no la hubiera convertido en una puta negra.

Todavía no estaba claro si Georgina era la hija de G. Herrold, ni si G. Herrold y «el viejo negro de George» eran la misma persona, como no lo estaba hasta que punto las motivaciones actuales que Greene le atribuía a esa mujer eran cosas que ella misma había admitido o meras conjeturas de él. Y es que aunque afirmaba estar satisfecho con que le hubieran «abierto los ojos», como él decía, para poder apreciar el carácter suspendido de New Tammany, del sexo femenino y de su propio y lamentable pasado, era un hombre infeliz y se había vuelto taciturno y arisco. En su forma de hablar, siempre cargada de resentimiento, abundaban unos términos coloquiales tan heterogéneos y cambiantes que el vocabulario que empleaba me dejaba tan perplejo como lo que lograba comprender de su significado. A pesar de todo esto, parecía que su esencia no hubiera cambiado tanto como su estado de ánimo: el hecho de que no empleara ni jabón ni calzado, su barba y su guitarra lo señalaban en la misma medida como paleta y como serista; y estaba muy claro que su desencanto era básicamente producto de los reveses de la fortuna. Su acné, que en otra época había tratado de curar con tierra, era tan purulento como siempre, y el humo del cáñamo se limitaba a garantizar una forma de pensar que antes padecía sin buscarla. Ahora calificaba a Bray de fraude absoluto por haberlo aprobado como «niño de preescolar». A mí me atribuía una «verdadera visión serista» por haberle mostrado su antigua ceguera. De Leonid decía, con melancólica buena voluntad, que estaba parcialmente descaminado, más o menos como lo estaba él: en lo cierto con respecto a la decadencia de New Tammany, pero equivocado en relación con la superioridad de Nikolay; en lo cierto con respecto a la falta de castidad de mi dama, pero equivocado en relación con su carácter aprobado, etcétera.

—¡Chorradas! —se burló Leonid—. ¡Es aprobada y graduada! ¡Si yo creí! —Entonces agitó el puño mirando al alcaide, que se distraía pinchando a Croador con mi vara a través de las barras de la celda adyacente, donde el enorme frumenciano yacía indefenso e hinchado por haber comido más de la cuenta—. ¡Te estás volviendo

suspendido otra vez, como antes! ¡Deja a la señora Anastasia, se casa con George!
¡No me importa!

Stoker le respondió, con su antigua energía, que Leonid no tenía suficiente cerebro como para que algo le importara, pues en caso contrario se habría marchado de la prisión hacía mucho tiempo en lugar de intentar que lo ejecutaran en lugar de a Max. En cuanto a lo de divorciarse de su suspendida esposa...

—¡No suspendida! —gritó Leonid—. ¡Es aprobamiento!

—¡Anda ya! —le contestó Greene, gritando también.

—¿Qué importta? —bramó Max—. ¡Suspenderr es Aprrobarr, absolutamente!

Croador comenzó a gemir en la celda de al lado, tal vez motivado por la discusión, tal vez por la visión de mi vara, que le quitó a Stoker y examinó mientras babeaba y farfullaba algo ininteligible. Dejé que todos continuaran gritando, y escuché su debate pero sin participar. Me dediqué a ponderar sus variadas posturas en contra de la Respuesta hasta que hube encontrado lo que buscaba y hecho lo que deseaba. En el fondo de mi bolsa —bajo la ampolla que me había dado el Sajian, el shofar, mi reloj estropeado, la linterna y mis deberes, que estaban medio masticados — hallé mi documento de identidad, cuya firma no era válida, y saqué de la bata de mi uniforme de recluso el frasco del borrador multiusos del Condiscípulo X, que le había quitado a Leonid justo a tiempo. Habían quedado unas cuantas gotas, y las eché sobre el carné.

—Discutid mientras podáis —le dijo Stoker a Greene y Leonid, mostrando indiferencia—. Dos medio idiotas suman un idiota entero. Es una pena que no podamos ejecutaros a todos mañana, en vez de sólo a Max.

Leonid palideció, y Greene también. Max se agarró la barba y se sentó rápidamente en un catre. Sólo Croador continuaba farfullando; parecía dirigirse a mí, como si al ver la vara hubiera recordado quién era yo.

—¿Has dicho *mañana*? —preguntó Greene.

Stoker sonrió.

—A las cuatro y media de la tarde. —La apelación había sido desestimada, nos contó, con el argumento de que Max, aunque se negaba a defenderse, había ratificado su confesión de que era el autor del crimen. El único recurso que quedaba era elevar una súplica al rector para que conmutara la sentencia a cadena perpetua; salvo que se elevara dicha súplica (y sólo el prisionero podía hacerlo) y, por supuesto, se concediera la conmutación —lo cual era sumamente improbable, teniendo en cuenta las declaraciones más recientes de Rexford—, Max sería ejecutado al día siguiente al atardecer—. Es una luz muy bonita, cuando se empieza a poner el sol —dijo Stoker—. Sobre todo si cae sobre un moisianio viejo y seco.

—¡Cerdo perro mono! —gritó Leonid. Stoker lo regañó por usar ese lenguaje en presencia de otros animales: una cabra, un simio y tres burros. Esta pulla molestó tanto al nikolayano que lo hizo sufrir uno de sus ataques y hubo que acostarlo sobre un catre. Cuando terminó de agitarse, examiné mi carné y le dije a Stoker:

—Abre la puerta.

—Vete al suspenso —me contestó alegremente él.

—Eso es lo que pienso hacer —le aseguré— en cuanto esté en libertad. Aquí está el carné.

El extraordinario líquido había hecho que desaparecieran todos los nombres que aparecían en el carné salvo el *George* que yo había escrito con la tinta de Ira Héctor, e incluso esa palabra se había borrado hasta tal punto que nadie más que yo podría seguir sus trazos.

—Le daré las gracias a tu padrastro por su ayuda cuando lo vea —le prometí a Leonid—. Ahora voy a terminar mis deberes.

Alegrándose mucho por mí, Leonid se levantó de su catre de un salto, abrió la puerta de la celda, le dio un beso a Max, le estrechó ambas manos a Peter Greene, le soltó un gruñido a Stoker (que no llevaba las llaves encima) y abrió los brazos para darme la bienvenida al pasillo.

—¡Ama a la señora Anastasia! —me dijo con un rugido—. ¡Desértala a la Facultad de Nikolay, tened muchos *rebyata*! ¡Paz para toda la Universidad!

Pero yo insistí en que Stoker fuera a buscar las llaves y me liberara, para que todo se mantuviera dentro de la oficialidad. Mientras lo hacía, le pedí a Leonid que volviera y cerrara la puerta de nuevo, y a Peter Greene que se quedara, pues tenía cosas que decirles.

—No me importa en absoluto —dijo Greene, e incluso entró en la celda con nosotros—. Todo el campus es una cárcel. Ésa es mi opinión, caramba.

Así era, dijo Max, si uno así lo creía. Pero afirmó también su alegre convicción de que del mismo modo que la libertad podía ser una prisión para los suspendidos de espíritu, la prisión podía ser la verdadera libertad para los aprobados, sobre todo porque el hecho de suspender, si se interpreta correctamente, es aprobar.

—Si quieres quedarte ahí hasta pudrirte, es asunto tuyo —dijo Stoker, y se marchó.

—¡Trae la llave personalmente! —le grité mientras se iba—. También tengo un consejo para ti.

La pedorreta que me dedicó a modo de respuesta, lejos de desalentarme, me animó: era una prueba de que estaba maduro para recibir nuevos consejos. Cuando Max, preocupado por mí y por Greene, me instó a que empleara el secreto de Leonid, o a que dejara que Leonid me sacara de allí, expresé mi absoluta confianza en el regreso de Stoker y no vi ninguna necesidad en añadir que no tenía ninguna en mis capacidades para repetir el truco, ni en la piedad de los guardias, que tenían permiso para abatir a tiros a los prisioneros que trataban de fugarse.

—Odio a los polis —murmuró Greene y, aporreando su guitarra, comenzó a cantar una canción que había titulado «El blues de Greene»:

Cmaj₇ Dm₇ Em Dm₇ Fdim₇ Fdim Cmaj₇ Dm₇ Em Dm₇
 Te nía un suficiente, pero mi nota bajó
 Cmaj₇ C₇ Dm Dm₇ Fm Dm₇ Fdim₇ Fdim
 Es una cosa terrible, mi nota media
 Cmaj₇ Dm₇ Em Dm₇ C Fmaj₇ F₇ G₇ Gaug₇ G₇ Dm₇
 empeoró La toga y el birrete
 Gaug₇ Dm₇ Fdim₇ Fdim C Dm₇ Em Dm₇ Cmaj₇
 nunca podré ponerme yo

Aunque los sentimientos que expresaba eran autocompasivos y desatinados, la melodía era conmovedora. Le di un abrazo a Max y me despedí de él.

—Lo que te dije antes era un completo error —le expliqué.

—A mi me lo vas a decir —dijo, asintiendo suavemente con la cabeza. No fue un comentario sarcástico, sino una afirmación de lo que ahora ambos comprendíamos. Había sido un amator del amor, un odiador del odio, y yo lo había considerado suspendido por no carecer de esta última pasión y por ser vanidoso al elegir el sufrimiento.

—No te preocupes por haber cometido un error la primera vez que ejerces de Gran Maestro —dijo Max—. Es lo que les pasa a todos los principiantes. —Y cogiéndose los testículos, juró que a partir de entonces evitaría la ilusión de que el amor y el odio eran separables; los defendería a los dos; sería un amator del amor y del odio —más precisamente, un amator y odiador del amor y del odio— si podía.

—Entonces no debes sentirte arrepentido de haber matado a Herman Hermann —le aconsejé.

—¿Quién se siente arrepentido?

El motivo por el que anteriormente lo había suspendido —ese deseo secreto de ser, por una vez, el agresor, el perseguidor— era lo que ahora lo exhortaba a reconocer, a asumir, incluso a afirmar. Greene y Leonid fruncieron el ceño, dubitativos, pero Max estuvo de acuerdo.

—Porque ¿cuál es la diferencia entre suspender y aprobar? —preguntó retóricamente—. Un engaño de la mente, como dice el Sajian.

—¡Aprobado seas, Max! —exclamé, profundamente conmovido—. Tú ya me entiendes.

—¡Las categorías, bah! —gritó mi cuidador—. No sólo no me arrepiento de haber matado a ese moisiocausticida: ¡ojalá le hubiera disparado yo mismo!

Peter Greene y Leonid habían vuelto a enzarzarse en su discusión favorita, sobre mi dama, pero al oír este comentario de Max, Leonid se acercó a nosotros de un salto.

—¡Qué dice, señor! ¿Usted no disparó?

—No perrsonalmente —admitió Max.

Yo también me quedé atónito. Cuando insistimos, confesó lo que había sucedido realmente aquella noche en el bosque cercano a la Colina del Fundador, aunque él y yo coincidíamos en que distinciones como las que se establecen entre culpable e inocente, o entre verdad y mentira, eran tan suspendidas como la diferencia entre aprobar y suspender. El guardia de la cara alargada, afirmó, tras adelantarle en la carretera con su motocicleta, había dado la vuelta y acelerado con la intención evidente de atropellarlo, y también había sacado su pistola, sin duda para asegurarse de cometer el asesinato. Pero al intentar conducir y disparar al mismo tiempo, y como estaba oscuro, había perdido el control del vehículo y se había estrellado en la cuneta.

—Entonces fui a verr si estaba herrido —dijo Max—, y ahí estaba la pistola, en el barro, y al bonifacista se le había quedado la bota enganchada debajo del sidecarr, de manerra que no podía moverrse. Entonces cogí la pistola, parra que no se oxidarra — ¡y parra que no me disparrarra!— y le dije: «Dime dónde está Georrge. ¿Maurrice Stokerr ya lo ha suspendido?». —Al decir esto, me miró sonriente—. ¡Qué tonto erra, con respecto a aprobarr y suspenderr!

Había supuesto, continuó Max, que el ayudante de Stoker era un antiguo bonifacista por su manera de comportarse y de hablar, y además había conjeturado que debía ser un hombre suspendidamente consecuente por haber optado por exiliarse y disfrazarse al final de la Revuelta, cuando tanta gente que se había rendido había comenzado a disfrutar de una vida próspera poco tiempo después. Pero no se imaginó cuál era la identidad del guardia ni siquiera cuando éste le dijo, con acento sigfridense: «Dispara ya, anciano; no se matan profesores-generales todas las noches». Matar, bah, había respondido Max; ése no era su estilo, fueran cuales fueran sus tendencias.

—Entonces lo solté y le dije que se fuerra a casa, que tendrría que morrirrse sin su ayuda. Esto hizo que se enfadarra; dijo que no iba a aceptarr que lo trratarra con condescendencia un moisianio viejo y suspendido que no hubierra usado ni parra encenderrse un cigarrillo en los campus de exterminio: que le disparrarra o que me pprenderría fuego a la barba. Entonces se acercó a mí con un mecherro en la mano, y a la luz del mecherro le vi la carra, ¡y me di cuenta de que erra Herman Hermann, el moisiocausticida!

En ese momento, en lugar de disparar, Max había sido presa de la desesperación, no sólo en relación con la matanza bonifacista, sino también con el destino de la estudiantía en una Universidad en la que los Grandes Maestros titubean y los suspendidos prosperan. Asumiendo que la última esperanza del campus, una esperanza mínima, se hallaba simbolizada por los halagos de Stoker, y recordando los innumerables amaterasus que no habrían sido comidos si él se hubiera quedado en la

Facultad de Sigfrido para morir allí con Chaim Schultz y los demás, Max no pudo imaginarse un final más apropiado que perecer, aunque fuera con retraso, a manos de quien había enviado a la clase elegida ante las Puertas de la Graduación.

Herman Hermann se había detenido a dos pasos de él y, poniendo los brazos en jarras, le había dicho: «¡Dispara, moisiano!». Pero Max se encogió de hombros y le devolvió la pistola, con la culata por delante, y le contestó: «¡Dispara tú mismo!».

—Lo que querría decirr —nos explicó— erra que él tendrría que matarrme a mí, si quiere que alguien mate a alguien. Erra una forrma típicamente moisiana de decirrle que...

Peter Greene asintió con admiración.

—Los moisianos sois lo más, o sea, sois unos fenómenos. Los moisianos y los negros, ¿sabes?

Pero quizá aquel gesto de caridad de Max había hecho que Hermann se enfadara, o quizá su instrucción sigfridense hiciera que le resultara imposible desobedecer una orden, viniera de quien viniera. La cuestión es que murmuró «*Ja wohl*», golpeó los tacones de sus botas uno contra el otro y se pegó un tiro en la cabeza.

—¡Magnificancia! —gritó Leonid, y se puso a bailar una *hopak*—. ¡George le cuenta todo a Rexford, no te ejecutan ya! —Abrazó a Max con cuidado—. ¡Estupidad, señor, no lo dijo antes!

Max negó con la cabeza. Una vez se le hubo pasado el impacto, dijo, fue consciente de su culpa. Aunque no le había ordenado directamente a Hermann que se suicidara, era el causante de que lo hubiera hecho; además, lejos de sentir remordimientos, se dio cuenta de que estaba temblando de satisfacción por la muerte del moisiocauticida. Arrastró el cuerpo hasta el bosque con la intención de quemarlo, para completar la venganza, pero el mechero de Hermann se había mojado con sangre y no encendía. Entonces había vuelto junto a la carretera y se había quedado meditando melancólicamente hasta que Croador y yo nos lo habíamos encontrado, al día siguiente. Para entonces, ya había llegado a la conclusión de que era un suspendido y había decidido que debía sufrir por haber cometido un asesinato.

—En ese momento, Georrgie me contó lo que me contó, en la Sala de Visitas, y yo no fui capaz de escucharrlo —dijo sonriendo—, no le crreí desde lo de la Central Eléctrica y también desde lo de Brray. —A pesar de todo, mis críticas a sus motivaciones habían arraigado en su mente y se habían ido magnificando, alimentadas por las conversaciones con Leonid, hasta que había renunciado a la posibilidad de escoger, con una buena razón, entre la muerte y la libertad.

—¡Ah, Max! —le dije afectuosamente—. ¡Tú ya estás aprobado, te ejecuten o no! Ahora ya lo ves, ¿no?

Ahora lo veía.

—Entonces es vanidad que elija que me ejecuten o que no: ¡así que suspendido sea! Lo que importta es la decisión correcta, no la razón correcta. ¡Entelequio, bah!

—La razón correcta, también bah —dije yo, y él entendió de inmediato lo que quería decir, y con tanta claridad que cuando lo aplicó al caso de Leonid, no tuve nada que añadir.

—Deberrías quedarte o irte, lo que prrefierras —le dijo Max—; vuelve con Chementinski o deserrta a New Tammany, y no te prreocupes porr lo que es egoísta y lo que no. ¡Afirma tu yo! ¡Abraza! Si tienes que suprrimirr algo, supprime el altruismo.

Leonid objetó que eso era precisamente lo que había intentado hacer en los últimos tiempos, para evitar la frustración, pero que no se sentía más aprobado que antes.

—¡Olvídate de trratarr de sentirte más aprobado!

Leonid se rascó la barba, pero yo refrendé el consejo de Max con mucho entusiasmo. Comparé sus dilemas recientes con la celda en la que los nikolayanos, en otro tiempo, lo habían recluido, y señalé que en este caso la puerta también estaba abierta; lo único que necesitaba era cerrar los ojos ante la razón y avanzar hacia adelante. ¿Acaso él mismo no me había dado la llave del aprobado?

—¡Me misteria, eso que dices! —exclamó—. ¡Pero no importa! Te abro puerta para ti; ¡ve a hacer esposa a señora Anastasia!

Le contesté que debía dejar de lado la negación de sí mismo y competir por ella, sin ningún escrúpulo, sin ponerse límites y, desde luego, sin tratarme con deferencia, ya que no sólo el matrimonio era incompatible con la granmaestría, en mi opinión; también el amor apasionado lo era, adúltero o no, debido a su carácter exclusivo. Si yo me había permitido sentir esa clase de emociones en el pasado (sobre todo al descubrir que mi dama no era mi hermana), estaba, en cierta medida, suspendido; si volvía a hacerlo en el futuro, sería simplemente porque suspender es aprobar. En cualquier caso, que todos quienes quisieran intentaran hacerla suya, y que ganara el mejor. En aquel momento, yo estaba demasiado sensibilizado con mis defectos como para sumarme a la competición.

—¡Pero bueno! —gritó Leonid; una especie de grito reflexivo—. ¡Mi cabeza da vueltas! ¡Soy un tonto, tengo que pensar!

También yo tenía que hacerlo, en especial sobre mis últimas palabras, de cuya verdad no me había dado cuenta hasta el momento de pronunciarlas. Comprendía el deseo y también la camaradería; la amistad, el respeto y la lealtad no me resultaban extraños, ni en el establo de las cabras ni en el Gran Centro Comercial, como tampoco me lo resultaba el celo de los machos. Yo había «amado» a Hedda y a Tom de Redfearn, a la señora Pelocrema, a mi cuidador Max, al fallecido G. Herrold; «amaba» a la estudiantía y a la verdad, y al encantador escudete de Anastasia. Pero ¿qué sabía del amor entre hombres y mujeres humanos, esa emoción de la que se afirmaba que incluía y sin embargo trascendía a aquellas otras? Mi relación con Anastasia —el mordisco en el sidecar, lo del funeral, mis actuales celos de Bray y todo lo demás— ahora sólo me parecía algo curioso, en el mejor de los casos, una

introducción a lo que el tan cantado *amor* podía llegar a ser, y una suspendida muestra de lo lejos que yo me hallaba de él. Lo que ella «veía en mí», o había visto alguna vez, era algo que yo no podía ver, ya que el suspenso me había abierto los ojos. *Anastasia*: el nombre, al igual que la chica, se volvía más extraño y oscuro cuanto más pensaba en él. ¿Qué cosa era *Anastasia*? La clave de ese misterio, me parecía ahora, era un fenómeno en el que no me había parado a pensar antes de mi fracaso, pero que a partir de él me desconcertaba e incluso me horrorizaba: me refiero a la alta estima que había tenido por mí todo el tiempo, por muy indiscriminada y peculiar que fuera. ¿Por qué seguía mis suspendidos consejos? ¿Por qué se había apareado con Harold Bray, o había prometido hacerlo —por mí pero contra mi voluntad— cuando lo consideraba el auténtico Gran Maestro y sentía lástima por mí? ¿Por qué ahora había prometido de nuevo hacerlo, para liberarme, y declaraba que creía en mí a pesar de que yo mismo me rechazaba? No era capaz de comprenderla en absoluto, ni un poco. Y bajo mi afirmación, por mucho que fuera sincera, de que un Gran Maestro (si es que yo lo era) no debía permitirse el lujo de amar ni el de ser amado de un modo pasional, se ocultaba una oscura sospecha de que yo era capaz de ambas cosas.

—Ella necesita un humano de verdad, no un niño-cabra —le dije a Max, que aceptó que eso era una posibilidad haciendo un gesto desdeñoso con la mano.

—Jau —dijo Peter Greene, y se explotó un grano. Desde la noche de la violación, su aversión por los espejos se había transformado en una sombría fascinación. Durante el tiempo que estuvo detenido, solía contemplar su reflejo en cualquier cosa que brillara, mientras gruñía juramentos y ponía caras espantosas. Ahora había logrado quitarle mi vara a Croador y, ayudándose con el espejo que había cerca de la punta, se estaba estallando las pústulas que tenía en la mejilla, maldiciéndose a cada pellizco—. Vosotros no la entendéis tan bien como yo. (¡Toma, cabrón!). ¿Acaso ella no admitió que se lo había buscado, ahí en el callejón? ¡Un suspendido como yo!

Se disponía a empezar con sus lamentos habituales: que toda la vida había sido un bebé, caramba, desde el punto de vista de su conocimiento del campus; que solía pensar que era un tipo estupendo e incluso que estaba graduado, que su matrimonio iba viento en popa, que la educación que se había proporcionado a sí mismo y su carrera eran cosas de las que podía sentirse orgulloso, que su alma mater era la joya de la Universidad y que *Anastasia* era una flor, un modelo de virginidad femenina, hasta que el doctor Sear y yo le habíamos abierto los ojos y había visto la luz. Pero cuando estaba comenzando su aburrida recitación, Max me miró con ojos interrogantes, como si me estuviera preguntando «¿Él también?». Yo asentí con la cabeza e interrumpí la queja de Greene.

—Oye, escucha... Pete —le dije—. Estoy contigo.

—Ya te digo —masculló, pensando que yo estaba declarando mi acuerdo con su condena de la política de New Tammany en relación con la Revuelta Silenciosa—. Aventurismo académico anárquico, eso es lo que es.

—Me refiero a que te apoyo, como persona —insistí—. Antes estaba equivocado. Estabas bien hasta que seguiste mis consejos.

—¿Y que carrajo, encima? —dijo Max, sonriendo—. Como solías decir tú, no importaba nada.

Greene nos miró con suspicacia, aunque su expresión traslucía cierto arrepentimiento triste, como si temiera que le estuviéramos tomando el pelo pero admitiera que no merecía otra cosa. Le quité mi vara y le sugerí con cordialidad que ya era hora de que dejara de mirarse en espejos.

—En ése no se ve nada, de todas formas —admitió—. Está todo lleno de pus.

Leonid gruñó afablemente:

—Tienes cara como trasero de puta vieja.

—Decid lo que queráis —nos propuso con tristeza Greene—. Sé que estoy suspendido.

Entonces afirmé mi convicción de que no lo estaba, al menos no antes de que yo lo suspendiera. Mi interpretación del certificado que le había hecho Bray, quise decirle, había sido tan errónea en su caso como en los de los demás. Enós Enoc dijo «Conviértete en un niño de preescolar», y yo había suspendido a Peter Greene porque detrás de sus ilusiones sentimentales había muchas artimañas, mucha culpa y muchas cosas suspendidas. ¿Cómo decirle ahora que estaba más ciego que antes, o igual de ciego pero más suspendido? ¡Era mejor engañarlo con respecto al valor de las cosas que con respecto a su falta de valor! Yo estaba bastante convencido de que la señorita Sally Ann le había puesto los cuernos varias veces, pero de que no era una ramera estaba seguro. La Facultad de New Tammany, en la medida en que yo podía juzgarla a partir de mis numerosas lecturas y mis escasas observaciones, no era una escuela de élite, pero tampoco era una de zopencos; en su historia y en su situación actual había mucho de lo que avergonzarse, pero también mucho de lo que enorgullecerse: unos pocos eran como Ira Héctor, unos pocos eran como Lucky Rexford y muchos eran como Peter Greene, para bien y para mal. Me parecía que este último estaba más equivocado que antes en relación a este tema: no estaba bien del todo, pero desde luego tampoco estaba del todo mal. La cuestión era que antes, cuando estaba en un error previo al actual, al menos era generoso, alegre, vital, y en general más bien agradable, mientras que ahora...

Pero no hubo tiempo para tal análisis, y tampoco pensaba yo que pudiera servirle de mucho. Stoker se acercó con un manojito de llaves y soltó un silbido burlón. Entonces repetí la cita que Bray había tomado del Pergamino del Fundador —«Aprobados sean los alumnos de preescolar»— y expresé mi sospecha de que los alumnos de preescolar no eran ni inocentes ni simples salvo que uno los contemplara con una mirada sentimental; sólo eran ingenuos, como había sido Greene, como seguía siendo y, sin duda, como siempre sería.

Max puso los ojos en blanco.

—Eso está bien dicho.

Greene entornó los ojos.

—Me estás tomando el pelo, George. Pero me lo merezco, caramba.

Le aseguré que le estaba hablando con sinceridad, aunque de hecho empleé una pequeña mentira para que me entendiera mejor. Le pregunté si no sabía que el acné le había mejorado mucho antes de que superara su aversión a los espejos.

—Cuando te viste los granos, empezaste a explotártelos todo el tiempo —hasta ahí era cierto— y así hiciste que te salieran cada vez más. Y a pesar de todo, no son tan terribles como tú crees; tú ves manchas en el espejo y crees que las tienes en la cara.

Este argumento tan desagradable lo impresionó; dijo que limpiaría el espejo de Sear y haría un recuento. Pero yo insistí en que se olvidara tanto de los espejos como de Kennard Sear, si es que ese desdichado sobrevivía.

—No te entiendo —protestó Greene—. Tú mismo me dijiste...

—No importa lo que te dijera. Estaba equivocado.

De los dos argumentos que se me ocurrieron, elegí uno y me sentí muy satisfecho al ver que el propio Greene aportaba el otro.

—Imagínate que un hombre es miope —le dije—. Verá las cosas que tiene a dos metros el doble de borrosas que las que tiene a un metro, ¿verdad? —Continué a toda prisa antes de que pudiera contestarme—: Entonces aprende a tener en cuenta ese error, y le va bien. Y cuando se mira en un espejo que está a un metro de distancia de él, corrige la imagen calculando un error de un metro, bien en su cabeza o por medio de sus gafas, y piensa que está viendo con claridad... pero no es verdad, porque la imagen que está viendo en realidad está a dos metros de distancia, un metro hacia cada lado...

Max cerró los ojos hasta que Leonid comenzó a hacer ruidos en expresión de desacuerdo, momento en el cual se acercó a él y le susurró algo al oído. Greene se encogió de hombros. Stoker se había detenido unas celdas antes de la nuestra para aceptar ciertos sobornos de una desvergonzada chica de colegio mixto, ante cuyos ojos hacía oscilar el llavero. Me apresuré a exponer la parte más débil de mi argumentación antes de que estuviera lo bastante cerca como para oírla.

—Entonces cualquier cosa que vea en un espejo que está a veinte metros de él aparecerá distorsionada cuarenta veces. ¡No sería capaz de reconocerla de ningún modo! Si miras la vida a través de un espejo, la ves doblemente distorsionada.

—¡Cuádruplemente! —me corrigió Max con mucha seriedad—. Porque la imagen también está al revés.

—¡Odio esto! —dijo Leonid, y aunque su mirada daba a entender que se refería al engaño además de a la distorsión, le dio un manotazo a Greene en el hombro con tosca benevolencia—. ¡Tú equivocado sobre tú! ¡Me gusta, sí!

Greene inclinó la cabeza, muy conmovido.

—No lo sé. Lo juro por lo más... Esa ventana de la casa encantada de la que les hablé, caramba... ¿Saben lo que decidí hace un tiempo, cuando estaba aquí,

encerrado? —Nos miró a todos sucesivamente—. ¡Se me ocurrió que no era una ventana, sino un espejo, caramba!

Max fingió asombro.

—¡Era yo el que le decía cochinas a Sally Ann! —dijo amargamente Greene—. ¡Me lancé esa piedra a mí mismo, pensando que yo era el *voyeur*!

Leonid simuló estar horrorizado.

—¡Imposiblez, Peter Greene!

—¡De verdad! —Greene se rio y se levantó con más vigor del que había mostrado desde la violación—. ¡Nadie habría podido ver su reflejo a tanta distancia, de lo distorsionado que estaba!

—Y además era de noche —le recordé yo, aliviado, aunque también atónito, ante el hecho de que hubiera mordido el anzuelo con tanta determinación y se lo hubiera tragado al instante.

—Y parra colmo erra un espejo de una casa encantada —añadió Max—, que está hecho parra distorrnsionarr las cosas.

Greene también se tragó esto acriticamente, sin tomar en consideración sus implicaciones.

—¡A lo mejor yo tenía razón al principio!

—Tenías razón —lo animé— hasta que yo te confundí.

Leonid le dio un golpe en la espalda.

—¡Validad! ¡No más odio! ¡Señora Anastasia también!

Stoker al fin había llegado a nuestra puerta y sonreía malévolamente a través de los barrotes, esperando, supuse, el momento de negarse a liberarme. Pero yo vi en la referencia a mi dama que hizo Leonid una ocasión para completar la re-instrucción de Peter Greene, a cuyos ojos ya afloraban lágrimas de alivio; y la burla de Stoker, habría apostado cualquier cosa, me ayudaría a hacerlo.

—¿No te das cuenta de que Anastasia decidió no querellarse porque te quiere? —le dije a Greene—. Ella sabe lo mucho que la admirabas, y lo disgustado que te quedaste por lo que viste en el despacho del doctor Sear, o más bien lo que pensaste que habías visto a través del cristal de visión unilateral...

Greene parpadeó con fuerza.

—¡Por Jimmy Gumbo, George! No me irás a decir que...

Pensando que comprendía lo que estaba ocurriendo, Stoker se sumó con gran alegría.

—No pensaré que se tiró realmente a Stacey, ¿verdad? ¡Mi esposa es virgen, Greene!

—Caramba —dijo secamente Greene—. ¡A mí no me vas a engañar!

—¡No, lo juro! —gritó Stoker, y le explicó, en una especie de falso susurro—: Yo nací sin huevos, y a Stacey le dan cosa los consoladores. Mira, te lo voy a enseñar.

Parecía dispuesto a abrirse la bragueta para que lo inspeccionáramos; no llegué a saber si iba en serio o no, ya que Greene expresó su incredulidad y su repugnancia, y

al mismo tiempo se sonrojó, presa de unas esperanzadoras dudas.

—¡A mí no me vas a decir que es virgen! —dijo—. ¡Después de lo que le hice!

Su tono de voz daba a entender que, a pesar de todo, albergaba la fantástica idea de que ella nunca se hubiera apareado antes... ¡con todo lo que había visto y oído! Se me ocurrió sugerirle que él la había desflorado en el callejón, pero vacilé, pues no estaba seguro de si ese pensamiento lo haría sentirse satisfecho o le generaría nuevos sentimientos de culpabilidad. En ambos casos, resolví, la responsabilidad podía involucrarlo con mi dama de un modo que no condujera a arreglar su matrimonio, y mi objetivo era meramente reavivar su estima por Anastasia, por sí mismo y por todas las demás cosas que había valorado en el pasado. Mientras consideraba este problema, Stoker lo resolvió, con la única intención de seguir entreteniéndose.

—Sé que tienes una polla como el mismísimo zopenco —dijo—, a pesar de lo que me cuenta Georgina. Pero si realmente crees que era Stacey la que asaltaste en el callejón ese, estás más ciego que un murciélago.

—Y entonces ¿quién era? —dijo Greene, enfadado—. Y ¿quién era la que admitió ante el tribunal que había sido culpa suya, caramba? ¿Su hermana gemela?

Stoker soltó una carcajada.

—¡Claro! ¿No sabes que George antes pensaba que Stacey y él eran gemelos? Bueno, es verdad que no nació sola y que no estaba sola en el Hospital para Chicas de Colegio Mixto Solteras, donde la recogió Ira Héctor, pero lo que tenía era una hermana gemela...

Greene se tapó los oídos.

—¡Ya basta! ¡Callaos todos!

Pero Stoker, inspirado, afirmó entonces que Anastasia y su hermana gemela, aunque se parecían como su ojo derecho y su ojo izquierdo, tenían propensiones muy distintas, lo cual mortificaba con frecuencia a mi dama. Y es que mientras que Anastasia no era sólo casta sino también completamente frígida —como Greene ya habría observado personalmente, sin duda, por su actitud en el tribunal y en la Sala de Visitas—, su hermana gemela, criada en un orfanato, se había visto tentada por el vicio desde una edad muy temprana y, de hecho, era una ramera.

—Es la verdad del Fundador —juró con una sonrisa—. Es una salida, la Lacey esa. La llaman Lacey, por las bragas negras de encaje que suele usar^[21].

—¡Pero no llevaba bragas! —gritó Greene, triunfalmente pero un tanto abatido, puesto que a pesar de su actitud desdeñosa, había comenzado a escuchar a Stoker con atención y se notaba que sentía algo de vergüenza.

—Por supuesto que no —contestó Stoker y, mientras Leonid, Max y yo mirábamos asombrados, improvisó un magnífico relato: la tristemente célebre promiscuidad de Lacey, afirmó, solía atribuirse a que estaba resentida con su hermana, que había tenido más suerte que ella, y cuya reputación, desde luego, se había visto perjudicada por el hecho de que Lacey empleara su nombre para sus actividades de puta. Pero en su opinión —y requirió mi ayuda, guiñándome un ojo,

para que apoyara su análisis—, los motivos que tenía aquella desgraciada chica eran mucho más complejos: lo cierto es que le parecía que la inmoralidad de Lacey no hacía más que confirmar la castidad virginal de Anastasia, y se preguntaba (es decir, fingió preguntarse) si no estaría suspendiéndose a sí misma deliberadamente, llevada por el amor desesperanzado que tal vez sintiera hacia su hermana, por ejemplo, o para dar un mal ejemplo que pudiera resultar instructivo.

Miré a Stoker fijamente.

—Qué idea tan curiosa. ¿Como el Decano de los Suspendidos, dices?

—¡Igual, pero con bragas! —Stoker se rio de nuevo—. Salvo cuando no lleva, para hacer que Stacey parezca todavía más suspendida.

—¡Tonteradas! —gritó Leonid, que ya había oído suficiente—. ¡Para esto!

Pero Stoker mantuvo con la misma seriedad que su esposa, aunque muchas veces protestaba por la conducta de Lacey, que le parecía despreciable, asumía con frecuencia la responsabilidad por lo que hacía su aventurera hermana; si lo hacía por cariño, o porque se sentía culpable por las comodidades de que había disfrutado en la infancia, o por alguna envidia perversa, él no se atrevía a decirlo, aunque se inclinaba por esta última hipótesis.

—¡Aprobada su alma! —bramó Leonid, a quien la compasión lo había llevado hasta las lágrimas—. ¡Esa señora Anastasia, todo el tiempo acepta culpa! ¡Amo, George!

Yo asentí, mostrando aprobación. Entonces él blandió su puño en dirección a Stoker.

—¡Perro cerdo! ¡Y falsificador! —También nos acusó a Max y a mí de explotar la «estupidez» de Greene, y afirmó que mi relato del comportamiento de Anastasia ante el tribunal era la única verdad que le habíamos dicho a su amigo de ojos azules—. Todo este espejo, y virginitud, y bragas de encaje... ¡Bah! ¡Para con estos niñerismos!

Greene se meció las anaranjadas barbas.

—No estoy seguro, Leo. No confío en ningún espejo, caramba, ni en los cristales que sólo dejan ver de un lado. Y estaba bastante oscuro, ahí en la parte de atrás de la Antigua Mansión del Rector...

Leonid lo cogió por la pechera de la camisa.

—¡No puedo creer, Peter Greene! ¡Yo he hecho! ¿Qué palabra? Yo mismo... ¡Yo he amado a señora Anastasia! ¡No bragas de encaje!

Greene empezó a ahogarse y lo apartó de un empujón.

—¡Tú, condenado! ¡Cuidado con lo que dices, Alexandrov!

Pero Leonid se señaló con gran emoción la cremallera del pantalón y dijo claramente:

—¡Yo he follado señora Anastasia yo mismo! ¡Aprobamiento ella! ¡Suspensanza yo!

Greene saltó sobre él con un rugido y ambos cayeron al suelo y comenzaron a pelearse. Leonid insultaba a Greene diciéndole que era un loco ciego y Greene a Leonid acusándolo de ser un mentiroso con un parche en un ojo que metía la nariz en los asuntos de los demás. En vano Max y yo tiramos de ellos, para que no llevaran demasiado lejos lo que estaban aprendiendo gracias a mi granmaestría; a pesar de sus recientes gordura y pereza, Greene era extraordinariamente fuerte, y también lo era su adversario. Para cuando Stoker pudo abrir la celda y disparar su pistola con indiferencia cerca de sus cabezas, ambos tenían un pulgar metido en el ojo bueno del otro.

—¡No es un buen sindicalista estudiantil! —murmuró Greene cuando conseguimos separarlos—. ¡Contando sucias mentiras sobre la chica más dulce de New Tammany!

—Oy —dijo Max.

—¡Ciego otro ojo! —se mofó Leonid—. ¡No ves nada igual!

—El único ciego eres tú —le respondió Greene—. ¡No distingues una virgen de una zorra suspendida!

Iban a comenzar a pelearse de nuevo, pero Stoker y yo nos interpusimos y llevamos a Greene al pasillo a empujones. No le importaba un suspenso cuál de los dos idiotas mataba a cuál, les aseguró Stoker, pero le parecía una pena desperdiciar un espectáculo como aquél con un público tan reducido.

—Ya es hora de que organice otra fiesta en la Central Eléctrica —dijo—. Vosotros nos entretendréis con un concurso para ver quién le saca el ojo a quién. El ganador se queda con Stacey, y el perdedor con Lacey.

—¡De todas maneras él no notaría la diferencia! —dijo Greene—. ¡Me gustaría poder darle mi ojo, caramba, para que viera lo ciego que está!

Leonid lo miraba fijamente desde la celda.

—A mí también a ti, si George no dijera es egoísta como Ira Héctor.

—¡Di lo que quieras! —gritó Greene—. En cualquier caso, no es un sindicalista estudiantil afundadoril. ¡Ira es un tipo decente, al fin y al cabo!

—Como tú, ¿verdad?

—¡Tú lo has dicho! ¡Y qué carajo, además!

—Adiós, Georgie —los interrumpió Max, y me di cuenta de que la celda estaba de nuevo cerrada y de que sólo habían quedado dentro Leonid y él—. Que el Fundador te ayude, ahorra deberrías aprobarr todo y no suspenderr nada.

Apreté la mano que me alcanzaba mi bolsa y mi vara, le rogué que recordara que Suspende y Aprobar eran inseparables e igualmente irreales y lo exhorté a que eligiera entre la ejecución y la libertad sin tener en cuenta la pureza de sus motivos. A Leonid se le había pasado el repentino ataque de ira, y también a él le estreché la mano y le repetí mi consejo.

—Todo confundido —dijo, soltando un suspiro—. Pero pregunto a doctor Spielman. ¡Buena suerte tú, niño-cabra!

Stoker hizo como si estuviera sorprendido.

—¿Pensabas que ibas a alguna parte, George?

Yo sonreí.

—Voy a visitar a tu hermano Lucky, entre otras cosas, para mostrarle cómo aprobar. ¿Me puedes llevar a la Casa de la Luz?

Stoker echó la cabeza hacia atrás para carcajearse como antaño, pero su risa, tal vez debido a la acústica del hierro, sonó muy estridente. Entonces se marchó, seguido por Greene, que fue andando fatigosamente tras él, sin tratar de volver a encerrarme. Les deseé a Max y a Leonid que estuvieran serenos hasta el final y también les pedí que hicieran todo lo posible para refrenar los apetitos de Croador, bien instruyéndolo, bien interceptando su comida. Y es que me había dado cuenta del error que había cometido al suspender al «Eierkopf» que había en él y al «Croador» que había en Eierkopf —como si la Universidad, que es un continuo, supiera algo de tales distinciones— y por lo tanto pensaba que él debería asumir y afirmar lo que yo lo había instado a suprimir, si lograba aprender a hacerlo.

—Sí, bueno —dijo Max secamente—. Pensaré en algo. Tengo todo el día.

3. ARREGLA EL RELOJ

—¿Quieres que lo encierre solo y lo tenga a pan y agua?

Al final, Stoker retrocedió parte del camino andado, sonriendo con superioridad, para escuchar lo que yo tenía que decir. Yo les dije adiós con la mano a mis compañeros de celda y pasé a su lado en dirección a Peter Greene, que esperaba al final del pasillo, junto a la puerta abierta.

—No es mala idea —le dije volviendo la cabeza—. Pero no eres tú quien tiene que hacerlo.

De hecho, añadí jovialmente cuando me alcanzó, él más bien debería tratar de desbaratar mis planes relacionados con Croador y no llevarlos a cabo, del mismo modo que debería rechazar el abrazo que yo esperaba que el rector pronto intentaría darle.

—Tú no necesitas un indulto —dijo Stoker—. ¡Lo que necesitas es una camisa de fuerza como la de Heddy Sear!

Sonreí.

—No deberías llevarme a la Casa de la Luz, en realidad. Eso puede hacerlo Pete. En cualquier caso, tu hermano irá a buscarte, si sigue mi consejo.

Greene declaró que para él sería un honor ser mi chófer, por lo mucho que lo había tranquilizado, pero me suplicó que primero lo dejara ir a buscar a Anastasia para pedirle disculpas por haberla confundido con su hermana suspendida. En cuanto a Georgina...

—¡A Georgina que le den por detrás! —dijo Stoker con impaciencia.

Greene se sacó una pastilla del bolsillo del pantalón, se la tragó muy dignamente y respondió que estaba contento por no haber sucumbido a prácticas tan antinaturales como ésas, ni, por cierto, a ninguna otra de las zalamerías carnales de la traviesa hija del viejo negro de George, ya que sabía que en algún lugar del Antiguo o del Nuevo Programa estaba escrito que los blancos y los negros pertenecían a clases diferentes. ¿Acaso pensábamos que podría mirar a los ojos a su Sally Ann, si llegara el momento de la reconciliación, o saludar a la bandera de la facultad en la siguiente barbacoa que organizara la Liga Enoquista Juvenil, si no tuviera la conciencia tan limpia como los dientes de un perro de caza? Desde luego, había cometido sus errores, como cualquier otro, pero...

Stoker pegó un tiro al aire (estábamos atravesando el patio para hacer ejercicio y era la hora del crepúsculo) y prometió meterle otra a Greene en la sesera si no cerraba la boca y se esfumaba de una vez. Después me recordó —mientras Greene esprintaba en zigzag hacia la Puerta Principal— que él no era ni ciego como Ginandro ni medio ciego y medio imbécil como mis excompañeros de celda; veía claramente cuál era mi juego y no tenía ninguna intención de participar en él.

Pasé la manga del uniforme de recluso por el espejo de mi vara para limpiarlo un poco y fingí que ocultaba una sonrisa.

—¿Te refieres a cuando hice de Decano de los Suspendidos para ti, en marzo? No esperaba que un truco tan viejo como ése funcionara ni una vez, así que imagínate dos.

Supuse que lo que quería decir era que le estaba recomendando que no me llevara al Gran Centro Comercial para tentarlo, al estilo del Decano de los Suspendidos, y que lo hiciera, ya que seguir mi consejo, presumiblemente, haría que aprobara, y yo sabía que él deseaba suspender. En realidad a mí no se me había ocurrido nada parecido, pero cuando él lo sugirió, decidí simular que había hecho algo similar (es decir, lo contrario) en mi anterior «granmaestría», cosa que era cierta, aunque hubiera sucedido de un modo involuntario.

Unos guardias nos abrieron la puerta y sentí una especie de cosquilleo de alegría por salir de los muros por primera vez en no sabía cuánto tiempo. La motocicleta de Greene bramó desde una fila de vehículos aparcados y subió por la carretera en la dirección equivocada, en mi opinión, aunque, debido a la tenue luz que había, no podía leer las señales de tráfico.

Stoker entornó los ojos.

—Me estás diciendo que me tendiste una trampa antes para que piense que no es cierto —dijo con prudencia—. Pero te salió el tiro por la culata.

—¿Eh?

—Yo sabía desde el principio que un aprobado y un suspenso no son opuestos —¿no te dije que Aprobar es Suspender?—, pero también sabía que tú sabías que intentarías tenderte una trampa para que suspendieras. Entonces te dije que eran lo mismo para que tú creyeras que yo pensaba que eran diferentes y tú llegaras solo a esa conclusión. ¿Por qué crees, si no, que fingí que seguía tus consejos?

—Sé por qué los seguiste —le contesté y sonreí con la esperanza de confundirlo con inversiones de inversiones durante el tiempo suficiente para poder averiguar qué era lo correcto—. Lo que tú no sabes, cuando te digo que «Suspender es aprobar», es si quiero que creas que eso es cierto porque es falso o que eso es falso porque es cierto.

Stoker sonrió —aunque me dio la impresión de que no le resultó fácil— y añadió como con indiferencia:

—O que es cierto porque es cierto, ¿no? O falso porque es falso.

Yo estaba sudando, y él aprovechó de inmediato su ventaja:

—No lo olvides, niño: creas lo que creas, puede que lo creas porque has caído en mi trampa.

—Y si así ha sido, puede que te salga el tiro por la culata —le repliqué, muy serio. Pero ése no era un argumento convincente, y mi única esperanza era que él creyera que su pobreza era una trampa que yo trataba de tenderle.

—Suponiendo siempre que yo no quiera que me salga el tiro por la culata —dijo él con tono burlón.

Llegados a ese punto, yo habría perdido completamente el control de la situación si no se me hubiera ocurrido, de manera repentina y tan tonificante como la brisa glacial que se había levantado, que si la distinción entre «Suspender y Aprobar» era falsa, como yo había llegado a creer, entonces no tenía ninguna importancia si esa creencia era acertada o errónea, ya que en ambos casos no era ninguna de las dos cosas. ¡Qué ingenuo había sido! En vez de tratar de ser más listo que Stoker, por lo tanto —contestándole «Exacto», por ejemplo—, decidí ser más listo que él tratando de no serlo. Me detuve al lado de la primera motocicleta que había aparcada allí y, en un tono carente de expresión y de emoción, le dije:

—Llévame al Gran Centro Comercial.

Él dudó un brevísimo momento —durante el cual me imaginé un rebaño de positivos y negativos entrechocando sus cuernos— y después se montó en la moto, encendió el motor... y me sorprendió, después de todo, avanzando, no sólo impasiblemente sino también sin decir ni una palabra. Dubitativo, bañado en un sudor frío, me subí detrás de él de un salto y, desesperado, decidí apostar todo a la franqueza.

—¡Me has confundido tanto que estoy sudando! —grité mientras aceleraba. Él no dijo nada. Pero unos segundos más tarde, olí un sudor que no era el mío.

El aire estaba helado, el campus marronáceo y vacío; no tenía mi vellón y empecé a tiritar. Pensaba que estaba anocheciendo, pero la pálida luz del día iba asomando mientras avanzábamos: una mañana de invierno, por lo tanto, y a Max le quedaban treinta y seis horas de vida antes de desertar. ¿Había pasado en Detenciones Principales tres estaciones, o tres años y tres estaciones? Viajamos durante una hora, sin decir una palabra, a través de terrenos para cultivos experimentales sin explotar y patios cuadrangulares residenciales en los que todas las contraventanas estaban cerradas. Se veía muy poca gente. Yo estaba preocupado preguntándome si Stoker me estaba llevando al Gran Centro Comercial o a cualquier otra parte, de modo que no pensé en ninguna otra cosa hasta que una escena conocida me sorprendió: bajo un gran olmo pelado estaba sentado el Sajian Vivo, indiferente a la temperatura, contemplando el campus; parecía que no se hubiera movido de allí desde el día de mi fiasco. Y unos cuantos árboles más allá había un hombre sentado en un banco, con un abrigo de piel negro, que alternativamente se encogía de miedo y agitaba el puño, muy delgado, hacia una pandilla de estudiantes varones que lo habían rodeado; llevaban abrigos de piel de oveja y lo atosigaban con unos palos donde habían sujetado unos carteles como si fuesen pancartas.

Le di unos golpecitos a Stoker en la espalda.

—¿Puedes parar aquí un momento, por favor?

Él no quiso hasta que lo acusé de intentar, equivocadamente, suspenderme, por creer equivocadamente en mi granmaestría.

—¡Como si no tuvieras razón! —añadí, por si acaso, con una sonrisa.

Él redujo la velocidad, quizá sólo para deliberar, pero cuando me bajé de la motocicleta de un salto, detuvo el motor y se quedó esperando, crispado y con el ceño fruncido.

—¡Ayuda! —gritó Ira Héctor. Pero yo fui directamente hasta el Sajian Vivo, me senté de cuclillas ante Él, imitando Su postura, y saqué de mi bolsa los deberes masticados.

—¡Que me roban! —gritó Ira.

—Perdone, señor —le dije al Sajian Vivo—. Quisiera darle las gracias por la tinta invisible que me dio hace algunos cursos y disculparme por haberlo criticado.

La expresión de su rostro no cambió, y tampoco dio ninguna otra muestra de haberme oído. Salvo por la forma en que sonreía y por mis vastos conocimientos nuevos, podría haber pensado que estaba muerto.

—¡Ayúdame, niño-cabra! —chilló Ira.

—Sé que esto le va a parecer de lo más bobo —continué—, pero lo cierto es que yo antes pensaba que era el Gran Maestro. Y no pude entender por qué Usted no trató de salvar a mi amigo G. Herrold —¿se acuerda, el tipo ese en el Desfiladero de George?— ni por qué no ayudó a Anastasia cuando Croador la atacó, o a Ira Héctor cuando los seristas lo estaban molestando. Pensaba que Usted debía de ser tan malo como el doctor Eierkopf, ahí en lo alto del Campanario. ¡Fíjese en lo ingenuo que era!

El Sajian Vivo no hizo ni un gesto, ni siquiera cuando me incliné hacia él para explicarle que ahora que había abandonado mi reivindicación a la granmaestría lo comprendía. Como entre Aprobar y Suspender no había más diferencias que las que les atribuía la mente engañada de la estudiantía, ¿de qué servía rescatar a un hombre de un torrente o a una mujer de un verraco? ¡Como si las obras aprobadas acercaran en alguna medida la mente a la Verdad! Retirarse de las pruebas y los errores de este campus, sentarse debajo de un olmo y meditar sobre la Verdad inefable; ése era el camino hacia las Puertas de la Graduación, ahora lo entendía, el único camino, y yo tenía la intención de seguir Su ejemplo en cuanto suspendiera al ORDACO.

—Por eso he venido a buscarlo, señor —declaré—. Sospecho que el doctor Bray puede ser un Gran Maestro, pero estoy convencido de que Usted lo es, y me gustaría que me corrigiera los deberes, si no le importa. Creo que ya entiendo por qué antes suspendí...

Interpreté que con su silencio me estaba dando permiso. A mi espalda, oí unos pasos apresurados y los débiles juramentos de Ira Héctor.

—¿Lo has cogido? —gritó un estudiante, y otro dijo que sí.

—¡Cuando salga el sol, serán las siete de la mañana del sábado 20 de diciembre!

—¡Es mentira! —gritó Ira—. ¡Detenlos, Stoker!

—¡Eh, un poli! —advirtió el mismo estudiante, que aparentemente no había visto a Stoker hasta entonces—. ¡A cojear! —Los demás lo reprendieron por haber

obtenido por la fuerza la información que necesitaban, no porque el robo estuviera contra la ley (todo el mundo sabía que las leyes se hacían para proteger a los privilegiados), sino porque el empleo de la fuerza iba en contra a los principios de su grupo—. Bueno, soy un infiltrado sindicalista estudiantil —dijo el tipo, soltando una carcajada—. Hemos conseguido lo que queríamos, ¿no?

Entonces le dijo a Stoker que si lo tocaba, comenzaría a gritar acusándolo de maltrato.

—¡Anda y que te suspendan! —gruñó Stoker, que evidentemente seguía preocupado con nuestro debate—. El día que te toque vas a gritar, pero de verdad.

Algunos de los estudiantes empezaron a discutir si la expulsión forzosa de los elementos violentos que formaran parte de sus filas violaría el principio de no violencia; otros, si la no violencia en tanto medio no se habría convertido en un fin en sí mismo, y por lo tanto en una contradicción de su propia premisa de que el fin no justifica los medios. La discusión era acalorada pero pacífica, y no se llegó a ningún acuerdo.

—¡Eh, mirad! —interrumpió alguien—: ¡Es el GILES! Vayamos cojeando hacia allí y le preguntamos a Él.

Por lo visto, mi linchamiento y mi detención, en lugar de debilitar su confianza en mí, la habían redoblado. De hecho (como pude observar cuando se arremolinaron en torno al olmo donde estaba el Sajian Vivo), yo ahora era su héroe tanto como él, o quizá incluso más, teniendo en cuenta cómo me imitaban. Barba ya tenían antes, pero ahora todos llevaban unas sandalias como las mías y abrigos lanosos; lo cierto es que eran de piel de oveja, y demasiado cortos como para usarlos sin pantalones, pero no podían ser más parecidos a un vellón de angora. Y para colmo se apoyaban en sus palos como si de bastones se trataran, además de emplearlos para llevar sus carteles. En éstos no había nada escrito.

Me saludaron respetuosamente pero con mucho entusiasmo. Quisieron saber si la administración se había dado cuenta de su error y me habían perdonado, y si era consciente de la cantidad de canciones populares y poemas en verso libre que había inspirado mi linchamiento, pese a los esfuerzos de la administración por censurarlos acusándolos de ser demasiado obscenos. ¿Me había enterado de todas las concentraciones y vigiliadas que se habían organizado por mí, que la prensa de derechas había calificado calumniosamente de «ocasiones para el libertinaje», aunque las únicas fornicaciones que habían tenido lugar en ellas fueron cosa de provocadores neobonifacistas de ambos sexos? ¿Aprobaba yo el cartablanquismo, su causa, que aspiraba nada menos que a la liberación de todo?

—Eso no es lo que significa para mí —objetó uno de los miembros del grupo—. Para mí, el cartablanquismo es una protesta general contra la gran Nada.

Esta interpretación fue considerada herética por muchos de sus compañeros de clase y, por lo tanto, cosechó calurosos aplausos, aunque un chico muy agudo comentó que «la gran Nada» era precisamente aquello a lo que aspiraba el

sajianismo, y otro más agudo todavía observó que, ya que la gran Nada era equivalente a Todo, y la liberación de todo significaba liberación para todo, ambas interpretaciones de su causa no eran mutuamente excluyentes.

—Sincretista —murmuró alguien.

—Escuchad —les dije cordialmente, y todos guardaron silencio al instante—. Me siento muy halagado por la buena opinión que tenéis de mí, aunque estáis equivocados. Yo no soy el Gran Maestro; no hice bien los deberes antes porque interpreté al ORDACO según sus propias premisas. Eso es lo que quería consultarle al Sajian Vivo, si me lo permitís...

Se alejaron unos pasos pero pidieron permiso para escuchar nuestro diálogo; a mí me parecía un grupo demasiado vivaz y agradable, en general, como para negárselo, además de que su admiración me resultaba sumamente halagüeña. Me sorprendió constatar que el hecho de que rechazara mi granmaestría no los perturbaba en absoluto; *por supuesto* que la rechazaba, exclamaron entre susurros; la granmaestría era un concepto como cualquier otro; ¡si no lo rechazaba, no sería el Gran Maestro! ¿Mi crítica del ORDACO no había dejado eso claro? Mencionaron la parábola de Milón y la vaquilla Sofía: para aprobar, uno debe suspender al examinador...

Como en nuestro encuentro anterior, me sorprendió su gran agudeza; de hecho, se me ocurrió que podría decirse que algunos de los comentarios que habían hecho aquella otra vez habían anticipado mi posición actual. Habían comprendido algunas cosas mejor que yo mismo —aunque tal vez no tan bien como yo las comprendía ahora— y sus comentarios a mis afirmaciones mejoraron invariablemente mi entendimiento, hasta el punto en que me pareció que dichos comentarios eran un tanto deficientes.

—A mí me parece, señor —le dije al Sajian Vivo— que el ORDACO en realidad es el Decano de los Suspendidos, como solía pensar cuando era un cabrito...

—¿No os lo había dicho? —susurró alguien triunfalmente—. ¡Atacar los términos del problema! —Y antes de que sus compañeros de clase lograran hacerlo callar, me preocupó (ya que el eslogan que había citado era exactamente el que yo tenía en la cabeza) añadiendo—: Pero eso sólo se aplicaría al viejo circuito AMIL del ORDACO, ¿no? ¿Cómo puede ser el *Ordacus Amilpencsis* un símbolo de la diferenciación?

Se trataba de una objeción que yo no me había planteado. Afortunadamente, otro estudiante murmuró:

—Y ¿qué es eso de AMIL y PENCSI? ¡Otras categorías arbitrarias!

Esto hizo que el afligido se quedara en silencio y a mí también me tranquilizó.

—Va a reinterpretar los términos de Sus deberes —dijo el mismo tipo con mucha seguridad. Yo había decidido hacer precisamente eso, con la ayuda del Sajian Vivo.

—Dice «Arreglar el reloj» —comencé—. Antes pensaba que *arreglar* significaba «reparar», pero el artilugio del doctor Eierkopf parece haber parado completamente el reloj, así que supongo que estaba equivocado. ¿Qué significará en realidad?

Mis admiradores se pusieron a discutir de nuevo —parecían no poder evitarlo— y, con la ayuda del silencio del Sajian Vivo, pude escuchar lo que decían. Mi fiasco de primavera, según lo entendían ellos, había sido un mal ejemplo que yo había dado deliberadamente con intenciones pedagógicas; no hacía falta decir que yo había sabido desde el principio que *arreglar* también podía significar «ordenar, colocar en su sitio» si uno no se limitaba a asumir el sentido más convencional de las palabras; ¿acaso no era eso lo que había revelado mi fingida incapacidad para arreglar el reloj? Yo los oía asombrado. Además, se señalaron los unos a los otros, al colocar la rueda de escape en su posición, había logrado terminar mis deberes «sin perder tiempo», por decirlo de algún modo. ¡Desde luego, las implicaciones de la metáfora estaban muy claras!

—Pero si no hace falta decir que Él sabía todo esto —inquirió el afligido—, ¿por qué le está preguntando al Sajian Vivo?

—¡Porque realmente no hace falta decirlo! —dijo otro—. ¿Oyes que el Sajian le esté contestando algo?

Encantado, seguí adelante:

—«Poner fin a la Disputa de la Frontera». Bueno, evidentemente, estaba equivocado al pensar que esto significaba solucionar lo de los Tendidos Eléctricos, ¿verdad? ¿El ORDACO se referiría a alguna otra clase de Frontera?

Sólo pude oír las palabras «totalmente arbitraria» a mis espaldas, pero eso fue suficiente. Le pregunté al Sajian Vivo («¡Retóricamente, tío!, decían, ¡Retóricamente!»):

—¿Eso podría significar que la frontera entre el Campus Occidental y el Campus del Ese es arbitraria y artificial, y que debería ser rechazada? ¿Tendríamos que abolir el Tendido Eléctrico?

Aplaudieron esta sugerencia con tanto vigor como les permitía la cojera. Yo me envalentoné y les pregunté si entendían que si el Sajian Vivo hubiera contestado sí o no, al hacerlo habría afirmado la realidad de la Frontera, y por lo tanto habría contestado erróneamente. Unos cuantos asintieron, y fueron reprendidos de inmediato por sus compañeros de clase más listos, que les espetaron «¡No contestéis!». Apenas tuve presencia de ánimo para sonreír y no decir nada más.

De este modo, revisé mis deberes con la ayuda del Sajian Vivo. Decidimos que «Superar tu enfermedad» debía significar que *afirmara* mi cojera y mi cabritud. ¡Un imperativo feliz! «Conocer a fondo a tu dama» fue más difícil, ya que los estudiantes no sabían nada de mi relación con Anastasia; pero cuando oí que susurraban cosas como «psicología revisionista» y «bisexualidad normal», aunque éstos eran términos que no tenían ningún sentido para mí, me vinieron a la cabeza el doctor Sear y sus entretenimientos fluoroscópicos. ¿Tendría que volver literalmente transparente a mi dama? En cualquier caso, cuando dije «Iré a ver al doctor Sear para preguntarle por ése», se rieron como con complicidad. En teoría, la quinta tarea también era problemática: «Re-emplazar», debido a su extraño guión, todavía me parecía que

debía significar «Devolver el Pergamino del Fundador a su lugar» y no, como sugirieron los estudiantes, «Reemplazarlo por algo mejor», aunque «su lugar», evidentemente, tenía el sentido de su *origen* y no el del sitio que le había sido asignado en las estanterías de la Biblioteca. Sin embargo, al interpretar que la palabra *origen* no se refería a la arenosa cueva moisiana donde había sido hallado el Pergamino, sino a la mente y el cuerpo de la estudiantía, de los que procedían sus enseñanzas, pude satisfacer tanto a los estudiantes como a mí mismo: recordándoles la oración para bendecir la mesa que se usa en el Campus del Este y que habla de «comer la Verdad», le pregunté al Sajian Vivo si debería alimentarme con las palabras del Fundador.

Alguien susurró:

—No sólo de pan...

Y otro:

—Hacerle lugar a lo nuevo.

Y un tercero preguntó:

—Comer en vez de COMER; ¡nada que ver!

Yo no contesté.

La sexta y la séptima de mis tareas, por el contrario, estaban claras: «Aprobar los Finales» sólo podía significar evitar al ORDACO; tal vez no destruirlo, como querían que hiciera los estudiantes (que lo consideraban el emblema de muchas cosas de la Universidad a las que se oponían), sino frustrarlo o circunvalarlo rechazando su autoridad. Establecido esto, la tarea final, como la primera, ya estaba realizada: yo mismo era mi examinador y no tenía un padre como es debido, ni nadie a quien pudiera presentarle mi documento de identidad. Leí en voz alta la séptima tarea y le pregunté al Sajian Vivo:

—¿Qué firmas necesito tener en el carné? Y ¿quiénes son las «autoridades competentes»?

Su silencio fue mi Respuesta.

Entonces me despedí de los estudiantes, que me agradecieron por instruirlos y manifestaron su esperanza de que no juzgara a su grupo por sus miembros no no-violentos; necesitaban saber que el «Viejo del Centro Comercial» les dijera qué hora del día era para organizar una marcha hasta Detenciones Principales para protestar por mi encarcelamiento y el de Max.

—Yo no quería protestar por eso —dijo uno de ellos—. Yo quería protestar contra las clases de los sábados por la mañana y las reglas de libros abiertos.

Algunos aplaudieron su divergencia y sostuvieron que ambas protestas podían realizarse en una manifestación general en nombre del cartablanquismo. Otros protestaron contra esta indiscriminación, pero la mayoría no quería que se pensara que estaba a favor de lo contrario. Incluso hubo quienes arguyeron que repudiar tales distinciones era el primer principio del serismo (y también el último, ya que Todo era Uno). Así los dejé, algunos protestando, otros protestando contra la protesta, y unos

pocos protestando que protestar contra la protesta era bien afirmar el cartablanquismo y de este modo (por medio de una paradoja serista) negarlo, o bien negarlo y de este modo afirmarlo, lo cual quizá fuera equivalente a negarlo...

Stoker estaba encorvado en el banco junto a Ira Héctor. Sin hacerle caso a la reprimenda del anciano, sonrió desdeñosamente cuando me acerqué.

—¡Se supone que tienes que proteger el derecho a la información privada! —lo amonestaba Ira—. ¿Para qué pago impuestos, si no?

—Tú no has pagado impuestos en tu vida —dijo Stoker, sin molestarse ni siquiera en mirarlo—. ¿Pensabas que te iban a dar las gracias por eliminar sus becas?

Metiendo la cabeza por el cuello de su gabán, Ira le contestó que no le importaba nada lo que opinaran de él, pero que tenía más derecho a que lo protegieran de los ladrones que nadie en toda la Facultad de New Tammany: precisamente porque había retirado todo su apoyo a las instituciones que antes empleaba para desgravar impuestos, el Fondo Filofilosófico y el Hospital para Chicas de Colegio Mixto Solteras, ahora pagaba los impuestos más altos del campus. De hecho, afirmó (mirándome fijamente desde detrás de sus lentes), la administración estaba matando a la gallina de los huevos de oro, con lo cual se mataba a sí misma; él se encontraba al borde de la bancarrota intelectual, gracias a mis malos consejos, y los robos y las violaciones de los derechos de autor a los que se veía sometido a diario pronto acabarían con él si la policía del campus se negaba a proporcionarle la asistencia que había comprado y por la que había pagado, con su custodia de Anastasia así como con los ruinosos impuestos que le habían estado cobrando durante cursos.

—Cómprate un guardaespaldas —le dijo Stoker—. Puedes permitirte.

—¿Por qué no me has ayudado, niño-cabra? —me preguntó él.

—«Ayúdese a usted mismo» —le contesté—. En tu certificado decía que eso era lo que hacía.

Me amenazó con su puño huesudo, que asomaba por la manga del abrigo, y me acusó de haberle dado consejos erróneos nueve meses antes. Yo le recordé que, como no le había pagado al Maestro, no podía quejarse de la instrucción recibida.

—Pero el consejo que le di quizá fuera bueno, después de todo —añadí, sonriendo—. Le dije que la riqueza era suspendida y que lo más aprobado que podía hacer era suspenderse a usted mismo para ayudar a los demás a aprobar.

—No le creas —dijo Stoker, tapándose la boca con la mano—. A mí me dijo lo mismo.

—Claro que no le creo —le espetó Ira—. ¡Tendrías que haber oído las estupideces que ha dicho! ¡Pero a ti tampoco te creo! ¡Yo sólo creo en mí mismo!

—Lo que quería decir —intervine— era que el egoísmo es suspendido, pero que no compartir su riqueza con los demás, en realidad, sería altruista...

—¡Puaj!

—Así es —coincidí—. Ahora pienso que usted debería ser egoísta, porque Suspende es Aprobar.

Ira echó la cabeza hacia adelante y parpadeó con sus párpados sin pestañas.

—Hablas como esos idiotas seristas.

—Exacto. La cuestión es: ¿quién es el egoísta, el avaro o el filántropo? Llévame a la Casa de la Luz, Stoker.

—Que te suspendan —juró Stoker cordialmente. Pero cuando le agradecí por hacerlo, hizo un gesto burlón y se dirigió a la motocicleta.

—Bueno, ¿quién es? —preguntó Ira—. No es que te vaya a creer.

—Suélteme la manga, por favor —le dije—. No hago de Gran Maestro por cuestiones de salud.

—¡Tú no puedes instruir a nadie! —me recordó, muy enfadado—. ¡No eres el Gran Maestro!

Entonces llegamos a un acuerdo: cambiaríamos un mal consejo por la hora del día equivocada.

—Sea codicioso —le recomendé—. ¡Done todo lo que tenga al Fondo Filofilosófico y al Hospital Maternal de New Tammany! Entonces no tendrá nada y aprobará a costa de los demás. Eso es lo más suspendido que puede hacer, ¿sabe?, y Suspende es Aprobar. Cuando aparezcan los seristas esos, no les dé sólo la hora; deles todo lo que quieran. Quítese la camisa y désela.

Ira observó mi sombra y me miró con expresión de astucia, entrecerrando los ojos.

—Son las ocho en punto.

Sin embargo, cuando me monté en la motocicleta y Stoker encendió el motor, soltó una risotada desde las profundidades del cuello de su abrigo:

—¡Yo puedo darle la vuelta a tu consejo, niño-cabra, pero tú no puedes hacer eso con la hora! ¡He vuelto a aprovecharme de ti!

Pero yo sonreí, y no sólo para preocuparlo, como había estado haciendo con Stoker. Lo cierto es que no tenía la menor idea de si invertir mi consejo lo suspendería, y así lo aprobaría, o viceversa, ni de si en cualquiera de los dos casos estaría aprobado o suspendido. Y por otra parte, sospechaba que me había dado la hora correcta con la intención de confundirme, ya que bien podía haber pasado una hora desde que había oído a un estudiante decir que eran las siete. En el caso de que también les hubiera mentado a sus acosadores, yo no habría perdido nada, ya que Ira Héctor necesitaba desesperadamente un Gran Maestro que lo instruyera, pero yo no tenía ninguna necesidad de saber la hora. Me resultó indiferente que me chillara «¡Es más tarde de lo que piensas!». ¿Cómo podía ser, si yo no había pensado nada al respecto?

Llegamos a esa gran plaza donde la Sala de la Torre se alza como un decano en la cabecera de la mesa donde se ha reunido un comité, flanqueada por la Casa de la luz, a un lado, y por la Antigua Mansión del Rector, al otro. Ya había algo de tráfico. Miré el Reloj de la Torre y también el mío. Ninguno de los dos funcionaba. El aleteo de

unos mirlos en el Campanario me recordó a Eblis Eierkopf. Volví a darle unos golpecitos en el hombro a mi chófer.

—¿Qué le pasó al doctor Eierkopf? ¿Seguirá en el Campanario?

Stoker negó con la cabeza.

—Lo he puesto a dirigir la concesión de las hamburguesas en la Central Eléctrica. Ahí puede comer todo lo que quiera, y también tiene a Madgie.

Me di cuenta de que estaba siendo sarcástico.

—Voy a ir a visitarlo antes de ver al rector —le dije—. Pero después voy a necesitar que me lleves al Hospital. ¿Qué prefieres, comer con tu hermano en la Casa de la Luz o que él vaya a cenar a la Central Eléctrica?

Stoker soltó un bufido y aceleró; a duras penas, me las arreglé para caer de pie. Los repartidores de periódicos anunciaban la prensa de la mañana en la explanada de la Sala de la Torre, gritando que se había fijado la ejecución de Max para el día siguiente al amanecer y que, como consecuencia de los graves incidentes que habían tenido lugar recientemente en los Tendidos Eléctricos, el Condiscípulo X había llegado al Gran Centro Comercial, presumiblemente para romper los lazos diplomáticos que todavía quedaban entre el Campus del Este y el Campus Occidental. Yo albergaba ciertas esperanzas de que Stoker me esperara, pero cuando entré en el vestíbulo de la Sala de la Torre, lo vi marcharse en su moto hacia un escuadrón de sus guardias que avanzaba, sin orden ni concierto y haciendo un tremendo estruendo, procedente de la puerta principal.

El guardia-ascensorista frunció el ceño al ver mi uniforme de recluso, consultó un portapapeles vacío y me prohibió el paso al ascensor del Campanario.

—¿No te acuerdas de mí? —le pregunté con mucha amabilidad.

—Desde luego que me acuerdo. —Su tono no era cordial—. Pero tu nombre ya no está en mi lista. De hecho, no hay ninguna lista desde que suspendiste viva a toda la Facultad. No se permite que nadie suba ahí arriba.

Le pregunté dónde estaba entonces el doctor Eierkopf —ya que di por hecho que Stoker me había mentado— y el guardia me contestó que todavía estaba en el campanario, o al menos su esqueleto debía estar allí: nadie había llamado al ascensor desde que Croador había desertado, me explicó no sin cierta repulsiva satisfacción; como nadie tenía permitido el acceso al mecanismo de relojería si no traía una autorización del rector, ni siquiera los operarios de reparaciones, y como el rector ya no mostraba ninguna preocupación por las listas ni por ninguna otra cosa, lo único que se podía suponer era que el doctor Eierkopf habría muerto de hambre hacía meses y ya estaría completamente podrido, si es que Croador no había acabado con él cuando tuvo su ataque de furia.

—En cualquier caso, es lo que se merecía ese bonifacista —concluyó.

Alarmado, pegué un brinco en dirección al ascensor, aunque no había ninguna esperanza de salvar a alguien que hubiera sido abandonado hacía tanto tiempo. El guardia sacó su pistola, amenazó con dispararme si tocaba un botón y repitió, para

que lo oyeran los asombrados testigos, que nadie podía usar el ascensor del Campanario. Entre sudores, consideré el truco que el viejo Laértides le había hecho al pastor de un solo ojo. Le mostré mi documento de identidad y, esperando que no viera que el nombre no estaba borrado del todo, le dije:

—Yo soy Nadie.

Entonces apreté el botón donde decía CAMPANARIO y las puertas comenzaron a cerrarse.

—¡Eh, no, no lo hagas! —gritó el guardia, y habría saltado hacia mí, pero sus compañeros de clase lo contuvieron aduciendo que si bien mi autoridad para usar el ascensor era cuestionable, él, incuestionablemente, carecía de dicha autoridad. Se le pasó el momento de disparar; las puertas se cerraron con un chasquido y empecé a subir.

Aunque me daba miedo el estado en que tal vez me encontrara a Eblis Eierkopf, esta vez estaba preparado para el estrépito y el espectáculo del mecanismo de relojería. Pero cuando el ascensor se detuvo, todo estaba en silencio. Los engranajes, grandes y pequeños, estaban parados; el espantoso péndulo oscilaba con rapidez delante de mis ojos, yendo perpendicularmente entre Tic y Tac. Por todas partes había tirados papeles, cáscaras de huevo, calibradores y lentes: las ruinas polvorientas y salpicadas de liga de la investigación oológica. En lo alto, en el centro del mecanismo, con el sol naciente dándole en plena cara, se hallaba el doctor Eierkopf. No pude distinguir, en un primer momento, si estaba vivo o muerto, pero al menos no era un esqueleto. Estaba instalado —incluso podría decir posado— en la rueda de escape, justo debajo de la base del asta de la veleta: sus piernas ajadas colgaban a ambos lados del eje central, afilado como un cuchillo, y tenía la coronilla metida en una campana más bien pequeña, que le cubría hasta la altura de las cejas, si las hubiera tenido. ¿Lo habría colocado allí Croador, o habría trepado hasta ahí huyendo de él? Su bata de laboratorio y sus gafas estaban completamente manchadas con los excrementos de los mirlos que volaban entrando y saliendo del Campanario, daban unos saltitos sobre sus hombros y se acurrucaban en la parte superior de su cabeza, debajo del límite de la campana. Ellos, o quizá otras aves, habían construido un nido de paja alrededor del cuello de Eierkopf y debajo de su barbilla. La mayoría traía comida en el pico al entrar en la torre —trozos de pan, semillas de girasol o granos de maíz secos— y me sorprendió ver que de vez en cuando alguno dejaba caer algo en la boca abierta del doctor Eierkopf. Él lo masticaba y tragaba sin hacer ningún otro movimiento.

—¿Se encuentra bien? —le grité.

No dio ninguna señal de haberme oído. Trepé como pude, pasando entre los engranajes y los cables, para examinarlo más de cerca. Sujetas a sus gafas había dos lentes eierkopfianas con la inscripción \mathcal{O} . \mathcal{E} . \mathcal{C} . tras ellas, vi que tenía los ojos abiertos y vidriosos. No había ninguna duda de que estaba vivo —una gota de rocío se deslizó por la campana y él la atrapó con mucho cuidado con la lengua—, pero no

podía o no quería oírme, por muy ansiosamente que le suplicara que olvidara el consejo que le había dado.

—¡Todo lo que le dije era falso! —le grité al oído—. Usted debe volver a ser como era antes, ¡o incluso peor! ¡Sea como Croador! —Mis gritos resonaron en la campana e hicieron que varios mirlos alzaran el vuelo; pero aunque le aseveré que debía entregarse a lo que le había requerido que evitara, no conseguí hacerlo reaccionar.

—¡No se quede ahí sentado como el Sajian Vivo! —le imploré. Estaba de pie sobre los dientes de dos gigantescas ruedas. Cuando me incliné hacia adelante para gritarle que se despertara de una vez, me agarré a un cable cercano para no perder el equilibrio. Este cable iba hasta el badajo externo de la campana central, la segunda más pequeña de todas, que resonó con fuerza. Las lentes eierkopfianas temblaron; todos los pájaros huyeron del campanario; Eblis se llevó las manos a los oídos y soltó un chillido de dolor. Además, la oscilación de la campana hizo que se tambaleara: la rueda de escape comenzó a balancearse hacia adelante y hacia atrás hasta que su pasajero se cayó. No pude sujetarlo por poco. Su bata de laboratorio se enganchó en el afilado fulcro; por un instante, pensé que se había salvado, pero después tanto el fulcro como la bata cedieron —la última, cortada en dos, y el primero, quebrado por donde el divisor infinito lo había ido rasurando hasta dejarlo casi en nada— y él se precipitó de cabeza contra el suelo. Se le rompió la montura de las gafas, y yo temí que se le hubiera roto también el cráneo. Bajé de un salto hasta donde estaba él. Tenía los ojos bañados en lágrimas; se frotó la cabeza y escupió una semilla de girasol.

—Ay —dijo débilmente—. Puedes estarr contento de no serr un ave, niño-cabrra.

Lo ayudé a apoyarse en un taburete de laboratorio y le quité el guano que le cubría la cabeza con un viejo papel cuadriculado. Al verlo, se puso a llorar. No había sido el ataque de furia de Croador lo que había desbaratado su investigación y lo había arruinado, logró explicarme, sino el comentario que yo había hecho, justo antes de marcharme, sobre el huevo y la gallina. Increíblemente, se había olvidado de abordar ese antiguo problema en su, por lo demás, exhaustivo tratado, y aunque mi recordatorio lo había dejado estupefacto, tenía tanta confianza en poder razonar hasta encontrar una respuesta partiendo de sus otros descubrimientos que le había ordenado a Croador que procediera a aplicar el divisor infinito. Para no perderse la visión triunfal de su operación, se había puesto sus lentes de alta resolución y había hecho que Croador lo colocara, en equilibrio, encima de la rueda de escape; mientras los cabezales fresadores iban rasurando hacia donde él estaba, dividiendo infinitamente el grosor del borde del fulcro, él se había columpiado con mucha alegría entre Tic y Tac, que en su cabeza se habían convertido en *huevo* y *gallina*. Y precisamente en el instante en que el divisor había desaparecido entre sus piernas, en la oquedad central del escape, fue cuando se dio cuenta de que el problema era insoluble. No tenía ni idea de lo que había acontecido entre ese momento y el golpe de la campana, y resultó que sus lágrimas no tenían nada que ver con las lentes destrozadas, ni con los

papeles echados a perder, ni con los meses que había pasado sin apenas alimentarse, ni con el golpe que se había dado en la cabeza: ¿qué importaba todo aquello si la cuestión fundamental del huevo y la gallina no podía resolverse?

Lo cogí por los estrechos hombros.

—¡Ésa es la respuesta, señor!

—¡Niño-cabrra, niño-cabrra! —dijo él, soltando un gruñido.

—¡En realidad no hay ningún problema! —insistí yo, sacudiéndolo ansiosamente hasta que la paja se le cayó del cuello—. *Huevo y gallina, tic y tac, Croador y Eierkopf...* ¡Todas esas distinciones son falsas!

Él me miró a través de la montura vacía de sus gafas, entornando los ojos.

—¿Tú también te has dado un golpe en la cabeza?

Pero yo le conté, lleno de alegría, que ahora que se le habían roto las lentes y el divisor infinito se había estropeado, estaba mucho mejor. Lo que el Fundador había unido, ¿quién podía separarlo? ¿O quién podía disolver el Uno en muchos? ¿La rueda de escape se había caído entre los engranajes y había hecho que se atascaran? Entonces, que los divisores infinitos y los ahoristas eternos se fundieran en un abrazo: ¡se había demostrado que eran hermanos, y el Reloj estaba arreglado! Que concluyeran ya las meditaciones sobre los huevos y el cacareo de las gallinas: ninguno de los dos tenía más antigüedad que el otro; eran uno, como el día y la noche. En resumen, que disfrutara por el fracaso de sus empresas, ya que, al suspender, había aprobado.

—Niño-cabrra, vete a casa —dijo el doctor Eierkopf.

—Ya me voy —le contesté—. Pero siga mi consejo, señor: olvídense del ORDACO, olvídense de la lógica. ¡Salga de aquí y viva!

—Ahorra me lo dices —me respondió él—. Mi cabeza está *kaput*.

—No mida los huevos —lo exhorté—. ¡Cómaselos!

—Huevos, pamplinas —dijo, poniendo cara de amargura.

—No mire cómo se desvisten las chicas de colegio mixto con su telescopio nocturno...

—Ya me dijiste eso la última vez.

—¡Vaya y desvístalas usted mismo! ¡No puede evitar ser una animal, así que sea uno! ¡Sea una bestia del bosque!

—¿Debería ser una bestia del bosque? —preguntó con escepticismo. Inspirado por el antiguo sarcasmo de Stoker, le recomendé que satisficiera sus apetitos directamente en vez de hacerlo de manera vicaria: que fuera a la Central Eléctrica y se comportara como un libertino con Anastasia en la Sala de Estar, o con Madge, si mi dama resultaba estar ocupada con Harold Bray.

—Coma carne —le dije, aunque ante esta idea se me revolvió el estómago tanto como a él—. Carne cruda. Incluso podría probar a ponerle un poco de mostaza a Madge.

—Has perrdido la cabeza —murmuró Eierkopf.

Sólo la razón, le respondí; la suspendida razón que los distinguía a él y a Croador y que negaba que los opuestos pudieran ser ambos aprobados al mismo tiempo y en el mismo sentido.

—Con Entelequio o sin Entelequio —dijo él—, un hombre no puede follarr si no tiene con qué follarr, ¿no crrees? ¡Estás mal de la cabeza!

Su objeción tenía el tono de una queja, como si estuviera deseando que la refutara. Yo me levanté, lleno de confianza.

—Sigue pensando con lógica —le dije—. Anastasia encontrará alguna manera. ¿Quiere que lo ayude a recoger sus papeles?

Rechazó el ofrecimiento con un gesto de la mano, afirmando melancólicamente que ni siquiera todos los ayudantes del decano podrían restaurar su obra maestra oológica; Croador y los cuatro vientos la habían desparramado de un modo irrecuperable.

—Entonces, vamos —lo insté—. Deje todo esto. ¡El campus es su ostra!

Se rio de esa metáfora, pero admitió que yo tenía razón antes, al llamarlo suspendido cuando él se consideraba aprobado, y aceptó tomar en consideración mi nuevo consejo. Sin embargo, después de nueve meses de intensa meditación, estaba demasiado débil como para irse del Campanario en aquel momento. Además, tenía asuntos que resolver con algunos mirlos que, maliciosamente, le habían estado dando de comer lombrices de tierra durante todo el verano...

—¡Atrápelos y cómaselos! —le sugerí, recordando la comida que en una ocasión me había ofrecido Croador—. ¡Haga un pastel con ellos!

Él negó con la cabeza, casi sin fuerzas.

—Estoy suspendido, niño-cabrra.

—«Suspende es aprobar» —le dije, y volví al ascensor, con la esperanza de estimularlo para que se pusiera en marcha—. Vaya a buscar a Anastasia; dele un mordisco en el vientre.

Pero él se señaló las desdentadas encías.

—*Mit Was?* Soy un hombre roto, niño-cabrra.

—No, señor —le dije con firmeza, y apreté el botón de bajada—. Lo que usted es es un gallina.

4. PONE FIN A LA DISPUTA DE LA FRONTERA

Tuve miedo de que el guardia-ascensorista me detuviera y, de hecho, me lo encontré deliberando con sus compañeros, apiñados y con aspecto de preocupación, pero no sobre mi documento de identidad, que localicé en la arena de un cenicero próximo al ascensor. Me parecieron más angustiados que amenazadores; me di cuenta de que mi truco había funcionado y de que podía volver a utilizarlo. Con indiferencia, recuperé mi carné y me lo guardé en la bolsa, y les dije:

—El doctor Eierkopf quiere el almuerzo. Ahora mismo.

Ni mi desfachatez ni la noticia de que Eierkopf había sobrevivido los afectaron demasiado.

—No hace falta que coma —dijo bruscamente uno de los guardias—. Tiene pinta de que nos van a COMER a todos antes de que pase mucho tiempo.

Parecía que de la Casa de la Luz llegaban rumores alarmantes cada pocos minutos: que el ORDACO se había estropeado; que el Condiscípulo X había declarado la revuelta; que Lucky Rexford se había tomado una sobredosis de tranquilizantes y estaba en coma. ¿A quién le importaba si Eierkopf estaba vivo o si alguien entraba en el mecanismo de relojería sin autorización? El tema de su conversación no era qué hacer conmigo, sino si perecer en sus puestos o en casa, con sus familias.

—Quedaos donde estáis —les aconsejé—. Ahora voy a ponerme en marcha para acabar con la Disputa de la Frontera.

—Entonces está decidido —dijo el guardia-ascensorista—. Me voy a casa.

Juró considerablemente cuando lo felicité por haberse dado cuenta de que, en efecto, todo estaba decidido y la disputa ya se había arreglado, puesto que en realidad nunca había existido; sin embargo, ni él ni sus inalterables colegas trataron de evitar que me marchara de la Sala de la Torre. Supuse que el sol, que se hallaba lejos, en el sur, estaba a medio camino rumbo a su meridiano, pero el cielo estaba nublado y la Casa de la Luz tenía un tono grisáceo. Una banda de estudiantes cubiertos con pieles de oveja había organizado un piquete en la puerta. Algunos llevaban las pancartas sin palabras del cartablanquismo, mientras otros estaban cruzados de brazos, dándose la mano o cantando tristemente:

Eplu-ri-bus u-u-nu-um...

A pesar de lo asombrosamente apropiado que era su sentimiento, a la manifestación le faltaba algo de alma. De hecho, toda la escena era bastante abúlica: los guardias de Stoker holgazaneaban en los alrededores, algunos dormidos en sus sidecares, otros sentados en el bordillo. De vez en cuando, uno de ellos le daba un porrazo a un estudiante, pero con tan poco entusiasmo que no siempre se podía discernir si sus víctimas caían inconscientes o simplemente se echaban para recuperar fuerzas. Los escasos transeúntes que se detenían a mirar parecían apenas más interesados que el

gentío que pasaba de largo sin echar ni un vistazo. Incluso quienes, molestos con el espectáculo, lo interrumpían con imprecaciones o preguntas, parecían aburridos. Sin embargo, cuando alguien gritó lánguidamente «Viva la apatía», dos piqueteros se encogieron de hombros y se marcharon.

Cuando me acerqué, tres o cuatro de ellos me recibieron con un débil aplauso y el resto con un abucheo tan suave que casi no podía creer que una muchedumbre similar a aquélla me había linchado en una ocasión. La misma lasitud parecía haberse apoderado de Stoker, que estaba apoyado en la puerta de la Casa de la Luz con el ayudante frumenciano de Rexford. Le di las gracias por esperarme.

—No te des tanta importancia —me dijo—. Tuve un problema con el arranque.

El ayudante se rio perezosamente; no se parecía en nada al tipo brioso y dinámico con el que había comido la última vez que había estado por allí.

—Por lo menos, tienes el depósito lleno de combustible. El jefe no puede decir lo mismo.

Le aconsejé a Stoker que no me acompañara al interior del edificio, ya que me parecía más adecuado que fuera su hermano quien saliera a buscarlo. Él bostezó y se rascó la axila.

—Olvídalo.

—Nadie puede entrar mientras X esté ahí —me explicó el ayudante. Era inútil, me di cuenta, tratar de emplear el truco de Laértides—. Salvo que conozcas la contraseña —añadió con una sonrisa—. Pero no es el caso.

Lo pensé un momento.

—¿Puede ser «Nada en exceso»?

Stoker frunció el ceño.

—¿A quién se le habrá ocurrido una cosa así?

—¿Y «Aprobar a todos Suspende a todos»?

El negro negó ligeramente con la cabeza, sin demasiado interés.

—¿«E pluribus unum»? ¿«Suspende es Aprobar»?

—A mí ésas me parecen palabrotas —dijo Stoker.

Busqué máximas en mi memoria.

—¿«Veritas vos liberabit»? ¿«Gnothi seauton»? ¿«Si juegas con fuego, quemarás tus naves»?

—Déjalo —me aconsejó el ayudante.

Un poco enfadado, dije:

—¡Creo que en realidad no hay ninguna contraseña!

Él se encogió de hombros y apoyó la mano en el pestillo mientras un grupo de personas salía por la puerta de la Casa de la Luz.

—Probablemente tengas razón. Vamos, corre.

Lo que sucedió entonces fue un tanto equívoco. Reconocí a algunos de los visitantes que salían: eran los funcionarios nikolayanos que habían estado en el Consejo Universitario, todos, de hecho, menos uno, que se tapaba la cara con el

sombrero y que supuse que se trataría del Condiscípulo X. Al mismo tiempo, decidí pensar que había acertado con la contraseña (lo cual encajaba, desde luego, con mi Respuesta general) y sus instrucciones y su gesto con el pestillo eran una invitación a pasar. Es cierto que dijo «Para» cuando entré, y que Stoker sacó su pistola y la amartilló, y que se puso a maldecir cuando el arma no disparó. Pero no era atípico de Stoker asustar de aquel modo a la gente sólo por pasar el rato. En cualquier caso, nadie me detuvo, tal vez porque había dado con la contraseña por casualidad, tal vez porque en el fondo a nadie le importaba.

Pero no sucedió lo mismo con los colegas del Condiscípulo X: muchos de ellos se metieron la mano con rapidez en el bolsillo de la chaqueta cuando me acerqué.

—¡Doctor Chementinski! —grité—. ¡Soy George Giles, el niño-cabra! Traigo noticias de Leonid Andreich.

Como tenía el rostro oculto, no vi cuál fue la reacción de X, pero les murmuró algo en frío nikolayano a sus colegas y nadie sacó un arma, aunque todos se quedaron con las manos en el interior de sus chaquetas. Los chasquidos de las cámaras comenzaron a oírse a nuestro alrededor.

—Confusión de identidad —me dijo a través del sombrero—. Esos nombres no significan nada.

Pero no reanudó el paso de inmediato. Sus ayudantes nos rodearon al instante para mantenerlo alejado de los estudiantes de periodismo que querían declaraciones sobre su entrevista con el rector Rexford.

—Sé quién es usted y por qué quiso que detuvieran a su hijo —le dije.

—No hay hijos en la Facultad de Nikolay —contestó él—; todos los hombres son hermanos.

—Entonces quizá le interese saber que su hermano Leonid se tomó un veneno hace poco, casi un bote entero de un borrador multiusos.

Durante sólo un instante se descubrió los ojos, grises e inexpresivos, y después volvió a esconderse detrás de su sombrero y dijo lacónicamente:

—Entonces ya no es más, ese desconocido del que hablas.

—Le contesté que, por fortuna, Leonid «todavía era más», y mucho más que su padrastro y más de lo que nunca había sido, gracias a que la eficacia del borrador no era perfecta; y es que aunque todavía no había decidido si rescatar a Max y perecer en su lugar o desertar de verdad a New Tammany, con toda seguridad no obligaría a hacer nada a mi cuidador, que lo quería como a un hijo; y tampoco era probable que volviera a tratar de suicidarse, ahora que había visto el egoísmo de un acto tal.

—Sentimentalismo de percentil medio. Cosas antilógicas de informacionista mezquino —dijo X, pero su voz traicionaba cierta preocupación—. Si Leonid Andreich —¿ése es el nombre que mencionaste?— no consiguió suicidarse es porque un sindicalista estudiantil perfecto no tiene ego. ¡Que el Sindicato ordene su suicidio y ya verás si no lo consigue!

—Dice que es un sindicalista estudiantil perfecto —señalé—. Debe de estar muy orgulloso de él.

—Bah. —Se dio la vuelta—. Nunca aprenderá.

—¡Pero usted quiere que aprenda! ¡Usted tiene ambiciones para él, como cualquier padre!

Pensé que detectaba algo de color en lo que podía ver de su rostro. Entonces, en el tono más metálico imaginable, me dijo:

—Escucha, niño-cabra. Un hombre sacrifica su único hijo —lo único que ama— precisamente para evitar ser egoísta. Ese hombre no es padre.

Entonces, bruscamente, dijo algo en nikolayano y el grupo avanzó hacia la puerta.

—¡La autodisciplina también es egoísta! —le grité—. ¡No puede escapar de usted mismo, doctor Chementinski! ¡No podría ni aunque pudiera!

—¿Ha dicho Chementinski? —le preguntó un reportero a otro, y después me lo preguntó directamente a mí mientras su colega salía a toda prisa en pos del Condiscípulo X. Le confirmé que el representante nikolayano ante el Consejo Universitario y el famoso desertor Chementinski eran la misma persona, y le expliqué en pocas palabras cómo lo sabía, insistiendo en que Max era completamente inocente en aquella trama y en que Leonid, aunque era culpable de tener la intención de raptarlo, había renunciado a hacerlo, como demostraba el hecho de que se hubiera quedado en su celda cuando podría haberse marchado con suma facilidad si hubiera querido. Todos salieron corriendo tras el Condiscípulo X y empezaron a interrogarlo, pese a su negativa a hacer declaraciones o a descubrir su rostro. Incluso algunos de sus colegas, me pareció, lo miraban y se miraban entre sí con el ceño fruncido y una expresión tan cuestionadora como era hostil la que dirigían a la prensa. Al final perdió los estribos, se colocó el sombrero en la cabeza y se metió la mano en el interior del abrigo. Los reporteros se apresuraron a ponerse a cubierto; sus ayudantes cogieron sus armas, pero lo que sacó el Condiscípulo X no fue una pistola, sino un documento de identidad. Lo agitó delante de las cámaras de Telerama.

—¿Dice Chementinski? *Nyet!*

Quienes estaban lo bastante cerca admitieron que lo único que se veía en el carné era una X, aunque evidentemente ese hecho no demostraba gran cosa. Llegando por detrás, desplegué la lupa de mi vara y se la pasé por encima de los hombros a varios reporteros, rogándoles que volvieran a mirar.

—*Nyet!*

El Condiscípulo X se guardó el carné, pero no sin que antes al menos dos reporteros vieran, o aseguraran haber visto unos caracteres no del todo borrados a ambos lados de la X. Además, examinando su rostro —de ojos brillantes y una feroz nariz ganchuda—, que por primera vez se descubría en público, un cámara recordó que aunque sus rasgos estaban muy alterados, Chementinski, el científico traidor, solía llevar empastes metálicos en los bicúspides, como el Condiscípulo X.

—¡Para COMERTE mejor! —gritó X con tanta pasión como su hijo—. ¡Eso significa revuelta!

Entonces sus ayudantes lo condujeron, uno de cada brazo, hasta la caravana de vehículos que había delante de la explanada. Yo entré en la Casa de la Luz.

En el vestíbulo había unos cuantos asistentes del rector; todos llevaban trajes grises y tenían caras juveniles similares, pero ahora se habían peinado los flequillos hacia atrás, y en lugar de armar bullicio, reposaban en sillones de cuero o apoyándose en los alféizares de las ventanas. Me acerqué al que tenía más cerca y declaré mi deseo de ver al rector Rexford de inmediato. Él se dio la vuelta, me miró sonriendo ligeramente y me felicitó por el hecho de que me hubieran liberado. Su voz, aunque me pareció muy sosa, era inconfundible.

—¡Usted es el rector!

No pude ocultar mi sorpresa: sin su sonrisa, su traje blanco, su energía y su flequillo, parecía más desabrido que sus ayudantes. Tenía cara de cansado; parecía diez años mayor.

—El próximo curso ya no lo seré, si las encuestas significan algo —dijo, estrechándome la mano—. Siempre y cuando haya un próximo curso.

En vista de las consecuencias que había tenido mi anterior consejo, esperaba una recepción menos cordial, pero aunque nadie me hizo pasar al despacho del rector, tampoco nadie me prohibió la entrada. Y Rexford, a quien no parecía ni gustarle ni disgustarle verme, se mostró educado, incluso respetuoso. Hizo salir a sus ayudantes y pospuso varias citas, a petición mía, para que pudiéramos hablar.

—No hace falta que me lo digas —comentó, suspirando, desde detrás de su escritorio—. Bray no era quién para hacerme un certificado, y tenías razón al llamarme suspendido —Miró melancólicamente la fotografía de su esposa, que estaba sobre la repisa de la chimenea—. Pero ahora me siento todavía más suspendido, aunque en realidad eso no tiene ninguna importancia. ¿Has hablado con X?

Afirmé que lo había hecho, pero cuando me disponía a revelar la verdadera identidad del Condiscípulo X, los dos teléfonos que había en el escritorio sonaron simultáneamente. Uno era rojo y otro era blanco. Contestó primero el rojo, escuchó el mensaje con mucha seriedad y dijo:

—¿Otra vez? ¿Estás seguro? Bueno, tendremos que pensar en ello. No quiero hacer nada temerario. —Tomó unas notas; parecía una cuenta—. Otro guardia se ha caído del tendido —me dijo, y cogió el teléfono blanco—. Estamos bastante seguros de que los nikolayanos están usando nuestra electricidad por la noche, además. Incluso puede que estén haciendo avanzar su tendido. —Por el teléfono blanco dio respuestas similares, aunque más personales—. Por favor, se razonable, cariño —dijo—. De verdad, tendrías que pensarlo un poco mejor... —Pero entonces quien lo había llamado colgó. Chasqueó la lengua, arrepentido, y también colgó el teléfono—. Supongo que ya está. O tu consejo sobre las mujeres estaba equivocado o llegó demasiado tarde.

Al principio había reaccionado con escepticismo ante mis diversos consejos, me contó, pero se le habían quedado grabados, y aunque iba en contra de su temperamento rehuir los compromisos, tenía que reconocerse culpable de haber hecho ciertos «tratos» secretos ocasionalmente con el Condiscípulo X, Ira Héctor y Maurice Stoker; además, había tolerado, en alguna medida, los chanchullos, las deshonestidades académicas, la prostitución y otros vicios campusianos por considerarlos inevitables en una facultad grande, y muy infrecuentemente se había permitido tener un ataque de rabia, tomar una copa de más o pasar una noche de amor extracurricular, casi siempre con Anastasia Stoker. Tras su vuelta de nuestro malhadado viaje al edificio del Consejo Universitario, la primavera anterior, su esposa le había anunciado que estaba planeando tomarse unos días de vacaciones, sola. Afligido por su mala conciencia (además de consternado por el fracaso del Simposio de la Cumbre), le había confesado los errores que había cometido en el pasado, le había suplicado que lo perdonara y le había prometido no volver a desviarse de la aprobada fidelidad nunca más. Cuando le llegó la noticia (durante la ausencia de su esposa) de que Bray me había aprobado por suspender a sus propios diplomados, Rexford decidió seguir mi consejo al pie de la letra: purgarse de cualquier rastro de falta de moderación y renunciar por completo a cualquier contacto con lo suspendido; ¡si su administración no podía aprobar la ley de los «Exámenes de Libros Abiertos», que la suspendieran! De las medidas que tomó a continuación yo había oído hablar en Detenciones Principales, y también de sus desgraciadas consecuencias, con una única excepción: cuando la señora Rexford al fin había regresado de sus largas vacaciones, él no la había reprendido, y mucho menos le había pegado, aunque todo parecía indicar que ella le había sido infiel. Por el contrario, Rexford le había propuesto que asistieran juntos a una serie de conferencias llamada *Los problemas del matrimonio en una Universidad cambiante*.

Pero aunque se enorgullecía de haber logrado una racionalidad y un autocontrol perfectos, no se sentía graduado. No era porque las cosas fueran fatal —sabía que el Bien era bueno y el Mal era malo, independientemente de las consecuencias—, sino porque los deseos de su corazón todavía se escondían de la luz de la razón. Que la Central Eléctrica amenazara con saltar por los aires a causa del exceso de producción, mientras el Gran Centro Comercial titilaba y el ORDACO dejaba de funcionar por falta de electricidad; que el Campus Occidental estuviera perdiendo la Revuelta Silenciosa, y su administración, su popularidad; que la gente sospechara que era pariente de Stoker desde que Stoker había dejado de oponerse a él; que el Condiscípulo X acabara de anunciar un nuevo avance del Tendido Eléctrico nikolayano y la señora Rexford, unas nuevas vacaciones, tal vez en compañía de un amigo y tal vez permanentes... podía aceptar todas estas cosas como el precio que se paga por la Verdad. Pero la verdad era que cuando había visto a Stoker holgazaneando junto a la puerta de entrada con su chaqueta de motociclista, había sentido un fortísimo deseo de oírlo tomarle el pelo, como en los viejos tiempos, diciéndole: «¡Que te suspendan,

hermano!». Cuando había visto a Anastasia, a pesar de la frialdad con que se comportaba desde hacía algún tiempo y de que él se estaba controlando a la perfección, tuvo una erección. Sin embargo, quería tanto a su esposa, pese a la deslealtad de ella, que los rumores de que le era infiel le provocaron un ataque de celosa ira: sintió ganas de darle una paliza, y levantarla del suelo y besar enloquecidamente sus moratones...

—Pero eso es una locura, desde luego —concluyó secamente—. Yo no haría nada parecido. Si X y ella no están dispuestos a debatir estas cosas conmigo, de una manera razonable y abierta, ya está. Me quedaré aquí sentado, esperando a que suene el silbato de COMER.

—Suponiendo que haya suficiente electricidad para hacerlo sonar —le recordé—. Y alguien lo bastante preocupado como para tirar de la cuerda.

Él soltó una risita, ligeramente avergonzado.

—Hay mucha electricidad. La cuestión es conseguir que llegue al Gran Centro Comercial sin tener que negociar con Stoker. No es nada demasiado importante, supongo...

—¡Claro que lo es! —exclamé—. ¡Todas esas cosas son importantes, señor! ¡Stoker es realmente su hermano! ¡Y yo no soy el Gran Maestro! ¡Antes estaba completamente equivocado!

El rector frunció el ceño y miró hacia la puerta.

—Bueno, cálmate...

—¡No! ¡Eso es precisamente lo que usted no debería hacer! —Me puse a caminar por el despacho, haciendo gestos con mi vara—. ¡En realidad no hay ninguna frontera entre el Campus del Este y el Campus Occidental: todos los estudiantes son condiscípulos! Todas esas tonterías del informacionalismo y el sindicalismo estudiantil...

—Escucha, Giles, insisto en que te calmes. —Rexford jugueteaba nerviosamente con un objeto que tenía sobre el escritorio y que era al mismo tiempo un pisapapeles y una linterna; apretaba una y otra vez el interruptor, pero no se encendía—. Quizá desde el punto de vista del Fundador el Tendido Eléctrico sea artificial e irreal, pero nosotros no somos el Fundador. Los comentarios como ése pueden ser inofensivos en las aulas, pero fuera, en el campus, las cosas no son tan sencillas.

—¡Exacto! —coincidí—. Por eso fue un error ser absolutamente razonable, y todo eso.

—Admito que no es fácil. De todas maneras...

—¡Ésa es la Respuesta! —grité—. El Campus del Este y el Campus Occidental, lo moderado y lo extremo... ¡es todo lo mismo!

—Escucha, Giles —protestó el rector, consultando su reloj de pulsera—. Soy el director ejecutivo de una facultad muy compleja, y aunque me encantaría quedarme aquí debatiendo estas cuestiones contigo...

—¡No hay tiempo! —afirmé, terminando su frase—. ¡Y además no tiene ganas de ser razonable! ¡Eso es estupendo!

A él no le parecía estupendo en absoluto, dijo Rexford; pero como, al fin y al cabo, no me ordenó que me marchara, le expliqué brevemente lo que consideraba que era la esencia de mi error y cómo había llegado a comprender que el Campus del Este y el Campus Occidental, la cabra y el Gran Maestro e incluso Aprobar y Suspende eran inseparables y, en última instancia, indistinguibles.

—Hablas como el Sajian Vivo —se burló el rector—. Ahora sé razonable. ¿Qué propones?

Mi primera propuesta, le dije, era dejar de ser razonable; ¡como si hubiera una frontera clara y bien iluminada entre la razón y la insensatez! ¿Acaso su terca insistencia en ser razonable a cualquier precio no demostraba la falacia de tales distinciones?

—Entonces, ¿debemos rendirnos ante los nikolayanos?

—Rendirnos ante ellos no —le dije—. ¡Abrazarlos! ¡Aceptarlos!

—¡Tonterías!

—¡Exacto! —volví a gritar—. ¡Aceptar las tonterías! ¡Sea poco moderado cuando le apetezca! ¡No sea siempre razonable con su esposa! ¡Haga que los guardias miren hacia abajo, para que vean dónde están parados, igual que Entelequio! ¡Vaya a abrazar a su hermano!

—¿Que abrace a mi hermano? —Rexford se puso muy rojo, pero me pareció que no de rabia.

—Usted sabe tan bien como yo que es su hermano. ¡Vaya a tomarse una copa con él! Y la próxima vez que vea a Anastasia...

—En realidad no es mi hermano —dijo el rector rápidamente—. Es una especie de hermanastro, o de hermano adoptivo, creo...

—¿Qué diferencia hay? ¡Dele un abrazo!

Se me ocurrió entonces que la diferencia, para Rexford, podría ser la diferencia que hay entre cometer adulterio con la esposa de un hermano de sangre y la esposa de un hermano adoptivo, de modo que no quise llevar más lejos la cuestión de la falta de distinción. Tampoco especificué las maneras en que quería que repudiara mis consejos anteriores y afirmara todo lo contrario. Se sentía, me di cuenta, muy tentado por la presencia de Stoker, al otro lado de la puerta de entrada, y por la desesperación, que fluía por su interior de un modo casi visible desde que le había hecho perder el equilibrio. Por lo tanto, me limité a aconsejarle que cerrara inmediatamente los «libros abiertos» y que decretara una amnistía para todos aquellos que habían sido detenidos a partir de esas reformas.

Ahora fue el rector el que se puso a dar vueltas por la habitación, negando con la cabeza.

—¡Esto es una locura! —Se detuvo y sonrió; el famoso flequillo cayó sobre su frente—. Ya lo sé: tiene que ser una locura. De todas maneras... —Se rio en voz alta

ante esta ironía adicional, echando la cabeza hacia atrás. Sus hermosos dientes destellaron—. ¡Y a pesar de todo, quizá eso haría que se comportaran, si yo saliera ahí y llamara *hermano* a Maury! ¡O si le dijera a X que acerque su Tendido todo lo que quiera!

Perturbado por la tentadora extravagancia de aquella idea, abrió las cortinas de una puerta doble de cristal por la que se salía del despacho a una terraza, y entornó los ojos y sofocó una risita bajo el resplandor. Más allá del muro bajo de la terraza se encontraba la entrada para vehículos donde estaba Stoker con algunos miembros de su equipo, todos llenos de hollín, y unos pocos reporteros.

—Cada cosa a su tiempo —lo previne. Él, brillantemente, me pilló: ¿quién era el prudente ahora? Pero aunque yo estaba encantado con el hecho de que hubiera recuperado el ánimo, me sentí en la obligación de advertirle que había fotógrafos por todas partes.

—¿Qué diferencia hay? —dijo, y resplandecieron sus ojos azules—. De todas maneras, últimamente las fotos no les salen nada bien: no hay pilas para los disparadores de sus flashes. —Pero se puso serio, sólo un momento, ante la puerta de la terraza—. Dices que no eres el Gran Maestro, George; pero entiendo que sí eres realmente el GILES.

Yo me encogí de hombros.

—Eso es lo que dice el ORDACO.

Él volvió a sonreír.

—No estoy tan loco como te gustaría. Pero a ti te tomo en serio, y creo que te entiendo: vale la pena arriesgarse un poco para tratar de cambiar mi suerte y mejorar algo mi imagen. Aunque más vale no suspender, claro.

Antes de que pudiera decir «Suspender es Aprobar», salió a la terraza, sin abrigo, a pesar de que estábamos en pleno invierno, y saltó ágilmente por encima del muro. Vi cómo los reporteros se daban codazos unos a otros mientras él avanzaba, rápido y lleno de energía como un senderista de segundo de carrera, y cómo Stoker fruncía el ceño junto a la puerta de hierro forjado. Los ayudantes del rector irrumpieron en el despacho, observaron lo que ocurría sin poder salir de su asombro y pasaron a toda prisa a mi lado sin decir ni una palabra. Entonces, quitándose los abrigos y alborotándose el pelo, saltaron por encima del muro tras él. Desde la terraza no pude oír lo que dijo el Rexford, pero le estrechó vigorosamente la mano a Stoker a través de los barrotes de la puerta. Sólo en un momento pareció avergonzarse, cuando después de todo destellaron los flashes de las cámaras —sin duda, el director de la Central Eléctrica tenía sus negocios en el mercado negro—, pero después sonrió con su sonrisa característica, abrió la puerta y le pasó un brazo por el hombro a Stoker, apoyando la mano sobre su chaqueta de cuero. Los reporteros y los cámaras hacían acrobacias y los llamaban a gritos; aparecieron micrófonos por todas partes; Stoker miró amenazadoramente a una cámara de telerama y agitó el puño en dirección a ella. Pero Lucky Rexford se reía y no lo soltaba, y diciendo algo delante de un micrófono,

señaló en primer lugar el flequillo negro de Stoker y a continuación el suyo propio, del color de la arena blanca. Tenía la mano tiznada de hollín.

Más que satisfecho, regresé al vestíbulo; en vez de interrumpir la reunión, recorrería andando los pocos kilómetros que había hasta el Hospital, donde tenía la esperanza de encontrar al doctor Seary quizá también a Anastasia. Había ajeteo en la ancha escalera central: la señora Rexford, saludable y elegante, bajaba junto a una manada de damas que tomaban notas sin parar y una falange de jóvenes maleteros. Ella se metió con serenidad en su furgoneta. Era una belleza de piernas delgadas, ojos de corza y labios carnosos, con una gracia nerviosa que denotaba que había sido criada con mucho esmero; se trataba verdaderamente de una Hedda entre las damas (aunque un tanto escasa de ubres). Se quedó mirándome —y a mi uniforme de recluso— con desdén un instante mientras una de sus acompañantes femeninas la informaba de que su marido estaba en la puerta principal, y de que la prensa quería fotografiarlos juntos antes de que se marchara de vacaciones. Ella miró con cierta petulancia a un tipo que formaba parte de su séquito y que, aunque iba vestido como los ayudantes del rector, no se había ido con los demás. Me dio la impresión de que lo vi asentir con la cabeza.

—Muy bien —dijo ella, delicadamente molesta. Me planteé la posibilidad de advertirle sobre el cambio de actitud del señor Rexford, pero me pareció que su elegancia distante y empolvada la volvía inabordable. Me sentía desaliñado, más sucio incluso de lo que estaba, un cabrito maloliente; y aunque un momento después dejé de lado esa sensación con cierta irritación, dejé que se fuera sin prevenirla, que le susurrara algo al oído al tipo del traje gris y que abandonara la Casa de la Luz por otra salida. Al cruzar el Gran Centro Comercial, oí chillidos femeninos y otros ruidos a mi espalda, y me vi tentado de correr con los demás hasta la puerta de la Casa de la Luz para ver qué estaba pasando. Pero mi débil sombra ya caía hacia el noreste; era más tarde de lo que había supuesto, y me quedaba mucho trabajo por hacer.

Cojeando en dirección al Hospital, me reprendí por haber permitido que el hecho de que alguien estuviera en una clase más avanzada que la mía me disuadiera. GILES, hijo del ORDACO, cuyo abuelo materno era Reginald Héctor, sujeto del laboratorio eugenésico del granmaestrazgo ideal (sumamente raro, aunque fuera falso); protegido de Maximilian Spielman... y una cabra, en fin: ¡un cabrón de enormes pelotas y barba castaña! Hijo adoptivo de Mary Appenzeller; compañero de establo de Tom de Redfearn; amante de Hedda, la de las ubres moteadas; conocido de aquel difunto y legendario progenitor de progenitores, Brickett Ranúnculo, el auténtico decano de los sementales: ¿acaso iba yo a rechazar mi pedigrí y mi herencia, mis andares, mi atuendo, mi aroma? ¡Estaba enfermo! Mi verdadera enfermedad, entonces me di cuenta, era haber pensado que esos dones caprinos necesitaban curarse, y que esa enfermedad estaba superada. ¡Era la estudiantía la que cojeaba, cargada con distinciones falsas, tullida por las categorías! Les mantuve resueltamente la mirada a

los alumnos, varones y mujeres, que me observaban mientras pululaban por las aceras, y di un paso más en mi razonamiento: mi enfermedad era que me había considerado primero cabra, después un niño completamente humano, cuando en realidad era un niño-cabra; era las dos cosas y ninguna, una refutación andante de ese tipo de concepciones falsas. Si elegía, a pesar de todo, comportarme caprinamente durante un tiempo, eso no implicaba que rechazara mi humanidad (¿qué esencia podía extraerse del GILES sino la semilla de todo el cuerpo estudiantil?), sino que la estaba corrigiendo, en consonancia con mis nuevos consejos. A tal fin, cuando ya estaba cerca del Departamento de Psiquiatría del gran Hospital, cabreé al máximo: «fui al baño» donde no había baño alguno, como en los tiempos en que vivía en los pastos, balé dos o tres veces para consternación de los transeúntes y subí a cuatro patas la escalinata de la entrada, con la intención de mostrar que yo no era sólo *Capra hircus*, del mismo modo que los dos que me observaban, con sus batas blancas, desde lo alto, no eran simplemente *Homo sapiens*.

—Un tipo listo —dijo uno de ellos.

—No lo sé, Bill —dijo el otro.

—George Giles, el niño-cabra —anuncié yo, levantándome, orgulloso, para darles la mano.

Se miraron el uno al otro.

—Anda ya, colega —dijo Bill—. A ver tu carné de matriculación.

Encantado con la oportunidad de demostrar lo que deseaba demostrar, saqué el documento de identidad en blanco y se lo entregué con una sonrisa.

—¿Qué importa el nombre que tenga, condiscípulo? Yo soy, y eso es todo.

—Lo que te había dicho —le dijo su colega. Bill soltó un gruñido.

Me sentí sorprendido y satisfecho.

—¿Ya lo habías pensado antes? ¿Que ninguno de nosotros tiene nombre, en realidad?

—Pero algunos apestan más que otros —dijo Bill. Los dos se miraron con complicidad y me llevaron dentro. Cuando entendí que la camisa que habían pedido era para mí, y que era de fuerza, me quejé diciendo que sólo había ido a visitar al doctor Sear. Bill volvió a reconocer, a regañadientes, que la suposición que había hecho su colega era correcta—. Sabía que trataba a un montón de animales —dijo en defensa propia—. Pero pensaba que la cabra esa estaba en Detenciones Principales.

—¡Y así es! —dijo el otro, y le explicó pacientemente—: ¡Lo que pasa, Bill, es que hay algunos que se creen que son animales! ¡No lo pueden evitar!

—¿Tú crees que el doctor Sear también los trata a éstos?

Orgulloso de sus conocimientos, el compañero de Bill señaló que el doctor Sear se dedicaba a hacer diagnósticos, no terapia.

—Él sólo dice en qué sección deben estar, eso es todo.

Trajeron la camisa —era una cosa de lona, con los brazos cruzados—, pero me ofrecieron no atarme con ella si iba tranquilamente hasta el despacho del doctor Sear.

Acepté y me puse muy contento al inferir que el doctor se había recuperado de su terrible aflicción así como de su intento de suicidio, y no hice ningún esfuerzo más por instruir a mis hoscos acompañantes.

Otros celadores y pacientes esperaban en el pasillo del doctor Sear. Uno de estos últimos me gruñó y me ladró cuando, junto a su cuidador, entraron al ascensor del que nosotros salíamos. Yo bajé la cabeza, dispuesto a embestir, pero me limité a soltar unos balidos amenazadores y a patear unas cuantas veces el suelo de terrazo. El incidente hizo que Anastasia llegara a toda prisa desde la sala de espera con unas galletas para perros.

—¡George!

Abrió los ojos como platos al ver la camisa de fuerza. Se negó a escuchar el relato de los celadores y los regañó con aspereza por tratar al Gran Maestro como a un demente; eran tan suspendidos como su esposo, dijo, que me había encarcelado como a un delincuente común. Ellos mascullaron una disculpa y me soltaron, intimidados por la irascibilidad de Anastasia aunque no muy convencidos por su punto de vista; todavía roja de furia, ella les dijo que no informaría al doctor Sear de su error, en cualquier caso, y los despachó.

—¡Vaya loquero! —le dijo Bill, indignado, a su colega.

Anastasia me condujo hasta la sala de espera (donde me sorprendió ver a mi madre, que tejía plácidamente) y en cuanto llegamos me abrazó y comenzó a llorar. ¡No era en absoluto la mujer fría que había sido en los últimos tiempos!

—¡Estoy contentísima de que hayas salido de Detenciones! —exclamó, para después añadir—: Todo es tan confuso. ¡No sé qué hacer!

A pesar de ello, me satisfizo pensar que se alegraba por mi liberación independientemente de la ayuda que pudiera necesitar. Y su renovada calidez me complació tanto que besé su boca, se la mordisqueé, incluso, y ardientemente, momento en el cual ella retrocedió, con la expresión de asombro que solía poner en estos casos, pero no se opuso a que volviera a hacerlo.

—¡No te limites a permitírmelo! —la reconvine sin dejar de abrazarla—. Dime que pare o participa.

Ella miró a madre con inquietud; ésta, en cambio, nos observó con ausente benignidad y continuó tejiendo.

—No me sale con naturalidad, George —se quejó—. Y en este momento estoy tan disgustada...

Conteniendo mis impulsos, le pregunté si Bray la había montado. Entonces lloró un poco más y se sonrojó, y estrujó las galletas, de las que se había olvidado, entre sus manos. Todavía no la había convocado, dijo, gracias al Fundador, debido a que estaba muy ocupado pues tenía numerosas citas para hacer certificados. Pero su encuentro estaba previsto para la próxima medianoche, en el Campanario; él pasaría a recogerla por la sala de espera a las once en punto.

—No —dije yo. Se puso tan contenta que me echó los brazos al cuello. Pero yo continué—: Eres tú la que tiene que ir a buscarlo a él, Anastasia. Tú tienes que montarlo.

Ella volvió a llorar. No podría hacerlo, nunca. Ya tenía bastante con someterse a la lujuria de todas las criaturas, como yo le había ordenado; si era capaz de hacerlo, se debía sólo a que el mandato era mío y a que yo le había enseñado hasta qué punto ella era responsable de la lujuria que inevitablemente provocaba; pero me suplicaba que no la hiciera tomar la iniciativa.

—Tienes que hacerlo —le dije—. Y no sólo con Bray. Quiero que seduzcas a la gente, incluso a Stoker.

—¿A Maurice? —Si antes estaba angustiada, ahora se quedó sencillamente estupefacta—. ¿Quieres decir... que le haga el amor a mi marido? ¿Qué va a pensar?

Lo que él pensara, le expliqué, no tenía ninguna importancia; lo que importaba era que ella se graduara, y eso dependía de que fuera capaz de superar las falsas distinciones con las que yo la había hecho cargar. Sí, debía seducir a su propio marido, abrumarlo con todas las carnalidades imaginables e incluso con depravaciones conscientes. Además, para bien de los dos, tenía que ponerle los cuernos: cometer fornicación sin que él lo supiera y en contra de su voluntad.

—¡Eso es imposible! —protestó—. ¡Ya sabes cómo es Maurice! —Pero sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas cuando recordó, visiblemente, que él no la había tratado con brutalidad ni la había chuleado desde mi primera y errónea granmaestrería; por el contrario, había sido un marido tan casto y dócil que a veces la sacaba de quicio—. ¡Eso sería adulterio, George!

Dijo esto último con tono de súplica más que de rechazo y, preparándome para una discusión difícil, insistí en que engañara a su esposo, no sólo con Bray sino también, por ejemplo, con el doctor Eierkopf y cualquier otra criatura que se le pasara por la cabeza o se le cruzara en su camino, masculina o femenina, humana o canina, animada o inanimada. Se trataba de tirar por la borda cualquier tipo de discriminación.

Ella negó con la cabeza.

—¡Eso es suspendido!

—Aprobar es Suspend —le recordé yo. Ella no objetó nada más, pero admitió, entre lágrimas, que el doctor Sear acababa de decirle exactamente lo mismo a propósito del «tema de Peter Greene», y aunque no había entendido con más claridad su explicación que la mía, ni siquiera cuando él había aplicado mis argumentos a su propio caso, suponía que no tenía más alternativa que reconocer su estupidez y tratar de obedecer sin comprender, por muy repugnante que le resultara un comportamiento tan lujurioso. Le pregunté a qué tema de Peter Greene se refería, ya que no parecía estar aludiendo a la violación que había tenido lugar durante el semestre de primavera, y también cómo aplicaba el doctor Sear los consejos que yo le había dado a ella, ya que aunque me satisfizo ver que él refrendaba mi punto de vista sobre la

«caridad» de Anastasia y la necesidad de invertir las enseñanzas de mi anterior granmaestría, todavía no me había planteado qué era lo que debía prescribirle a él. En lugar de contestarme, ella cerró con llave la puerta del pasillo y me pidió que fuera con ella a la sala de observaciones. Cuando pasamos por delante de mi madre, esta dama me cogió la mano y se puso a besármela —el primer indicio que daba de que se había dado cuenta de que me encontraba allí—, y sonrió tímidamente para sí misma, como era su costumbre. Yo le di un beso en el pelo y ella dejó de tejer para hacer la señal de Enós Enoc sobre sus pechos caídos.

—¿Qué está tejiendo, madre? —le pregunté con suavidad, y miré a Anastasia en busca de una respuesta; entre sus ataques, en que revivía los días que habíamos pasado en el bosquecillo de tsugas, la pobre señora Pelocrema no le decía ni una palabra a nadie salvo, de un modo confidencial y entre susurros, a mi dama, con quien estaba todo el tiempo, por lo visto.

Anastasia se sonrojó.

—Es un jersey para un bebé, George. Mamá... Tu madre cree que voy a tener un bebé.

Le miré la panza.

—¿Es cierto?

—¡Claro que no!

Madre asintió en dirección a la minúscula prenda azul.

—Adiós, bebé Billikins.

Anastasia se sonrojó todavía más.

—A veces cree que es cosa del ORDACO, y que es ella la que está embarazada.

Pero mi madre negó resueltamente con la cabeza.

—¡A veces lo crees! —la reprendió Anastasia, pero entonces confesó el que entendí que era el delirio más frecuente de mi madre—. Y otras veces parece creer que soy Tu esposa, o algo así...

Yo sonreí y volví a besar el pelo de loca de mi pobre madre, y para alegrarla un poco, abracé a Anastasia, le di unos toquitos en su hermoso vientre y asentí con la cabeza.

—¡Eso es una crueldad, George! —Ligeramente irritada, mi dama entró en la sala de observaciones—. ¡Ni siquiera puedo tener hijos, y Tú lo sabes!

Mi disculpa pareció acrecentar su mal humor en vez de apaciguarlo; tuvo una actitud un tanto dolida mientras me contó la extraña invasión del despacho que había emprendido Peter Greene aquella mañana. Pero aunque estaba muy interesado por su relato, me olvidé de su tono enfadado cuando miré a través del cristal de visión unilateral que daba a la sala de tratamientos y vi a un hombre en mangas de camisa y con la cabeza vendada tumbado sobre el sofá de cuero... ¡y a Peter Greene, con una bata blanca, en un sillón situado a la cabecera del sofá!

5. SUPERA SU ENFERMEDAD

—A mí no me preguntes —dijo Anastasia antes de que se me hubiera ocurrido hacerlo—. Kennard se lo llevó ahí dentro para tranquilizarlo, y lo siguiente que vi fue eso. Llevan así desde antes del almuerzo.

De lo que me contó, inferí que el hombre de la cabeza vendada era el doctor Sear; su dolencia no era más curable que antes, pero la extirpación quirúrgica de la nariz había hecho que el avance de la enfermedad se detuviera, temporalmente, de modo que él pudiese continuar con su actividad médica, aunque de un modo limitado. Anastasia había vuelto para ayudarlo con la condición de que ya no la obligara más a ofrecer terapias sexuales a nadie, ni siquiera a la señora Sear, y de que a su «madre» se le permitiera quedarse con ella en la sala de espera. De hecho, era madre, me enteré sobresaltado, quien en sus recientes sesiones de terapia le había, de algún modo, transmitido al doctor Sear las primeras noticias de mi nuevo programa; tal vez lo hubiera hecho por medio de las mismas citas fortuitas con las que me había inspirado a mí. En cualquier caso, con su agudeza habitual, el doctor Sear había comprendido mi punto de vista y, cuando poco después Anastasia había acudido a él, consternada, para explicarle mi extraño consejo nuevo, no sólo había manifestado que estaba de acuerdo, sino que había reforzado mi argumentación paradójica con una docena de citas procedentes de *Acotaciones a Sajian* y otras obras de «expletivismo unitario», ninguna de las cuales mi dama comprendió en absoluto.

—«¡Es un Gran Maestro!» —dijo ella que había dicho él sobre mí—. Yo le dije que Tú habías dicho que no lo eras, y él dijo: «¡Eso es! ¡A eso me refiero!»—. —Ella soltó un suspiro (todavía un poco llorosa). A continuación, Sear la había presionado en vano para que siguiera practicando la terapia sexual; y era él, me enteré entonces, quien había sugerido que ella podría conseguir que me liberaran si prometía que se convertiría en amante de Bray (él también había persuadido a Bray de que me liberaran basándose en la promesa de ella, sin esperar a su consumación, y mucho menos a que engendrara en ella el hijo que él tanto ansiaba tener). Además, Sear había reconocido ante ella que él también había estado desesperadamente suspendido hasta entonces, como yo había dicho, y que todavía lo estaba, como había visto con total claridad en el Motel Luna de Miel. Por eso había decidido quitarse la vida. Lo habían salvado contra su voluntad antes de que las pastillas para dormir le hicieran efecto y él había intentado disfrutar del espanto de su dolencia, pero el deterioro físico, por lo visto, conllevaba un deterioro intelectual, y la cercanía de la muerte lo había hecho sentirse aterrorizado en lugar de resultarle entretenida. A la anosmia la había seguido una exoftalmia, y cuando sus globos oculares habían comenzado a abultar cada vez más, el cáncer se había extendido, produciéndole una obstrucción en los conductos lacrimales, con el resultado de que los ojos le lloraban de un modo casi constante. Pero en realidad lloraba tanto por los efectos anímicos que le producía su

enfermedad como por los físicos. Detestaba enormemente la idea de la mutilación, pero la de la muerte le daba mucho más miedo, y había accedido a que le practicaran una intervención quirúrgica radical: las lágrimas habían desaparecido, junto con su nariz y parte de la visión de ambos ojos.

Con la vista que le quedaba, había hecho un esfuerzo para imaginarse cómo mi nueva Respuesta podía aplicarse a su caso. Evidentemente, yo no le aconsejaría que refinara sus formas de divertirse ni, por el contrario, que se volviera más campusiano; él ya había llegado al límite, a ese respecto, en el Motel Luna de Miel. A partir del consejo que le había dado a Anastasia, infirió correctamente que debía asumir y reivindicar aquello de lo que había tratado en vano de librarse; además, había concluido que eso debía mostrar necesariamente alguna clase de ingenuidad o desconocimiento de sí mismo, ya que había dedicado toda su vida a sus opuestos. El hecho de que no pudiera ver ningún defecto en su punto de vista demostraba, ante sus ojos, que el defecto existía, puesto que un punto de vista perfecto percibiría sus imperfecciones; ¿no había sido ingenuo al considerar que no era ingenuo? Su primera prescripción, en cualquier caso, había sido dedicarse a cuidar a su esposa, que había regresado, en el plano psicológico, a la edad de cinco años. Pero por mucho que había disfrutado jugando «a los médicos» con ella en el arenero de la zona de juegos que había en la sección de pacientes crónicos, al final se había dado cuenta de que su diagnóstico y su prescripción, por muy correctos que fueran, carecían por fuerza de validez, ya que era él quien los había hecho.

—¡Y esta mañana me pidió a mí que le dijera lo que debía hacer! —exclamó Anastasia—. ¡Cómo si yo fuera su médica! Le dije que era mejor que hablara contigo, que yo no entendía nada de esas locuras... ¡Y por la forma en que me dio las gracias, se notaba que eso era exactamente lo que quería oír! ¡Como si no se le hubiera podido ocurrir a él solo!

—Ya entiendo.

Y la verdad es que entendía, vagamente, su razonamiento, o al menos eso me parecía: Sear necesitaba acudir a mí a instancias de alguna otra persona, preferiblemente de alguien que no comprendiera la situación. Sin embargo, continuó Anastasia, había parecido sentirse molesto cuando ella le había recordado que no era más que una enfermera. Pero antes de que pudiera sugerirle que consultara a algún colega, su conversación se había visto interrumpida por la llegada de Greene.

—¡No te vas a creer lo que vino a decirme! —El recuerdo renovó su perplejidad de tal modo que se olvidó de que estaba resentida conmigo por haber fingido que estaba embarazada.

Yo sonreí.

—Se disculpó por haberte confundido con tu suspendida hermana gemela.

—Y tú, ¿cómo lo sabes? ¡Está loco, George! Y odio tener que decir esto, pero me temo que la mente de Kennard también está alterada. Por el cáncer...

Seguí su relato lo mejor que pude, ya que era más impactante y sugerente de lo que me había imaginado, pero mi atención estaba dolorosamente dividida: no sólo escuchaba al mismo tiempo la conversación de la sala de tratamientos, que había recordado que se podía oír apretando un interruptor, sino que también estaba muy interesado por observar a través del cristal lo que me pareció una novedad en la extraña relación que tenían Greene y Sear.

—Pensaba que querría disculparse por lo de la primavera —dijo Anastasia—. De hecho, le iba a proponer explicarle todo a su esposa, si es que ella pensaba que había sido culpa de él. Pero cuando empezó con el tema ese de mi hermana, y con que sentía mucho haber pensado alguna vez que yo no era virgen... Estaba cada vez más emocionado, diciendo que su esposa era la mujercita más maravillosa de los verdes campus del Fundador y que yo era la hermanita más maravillosa, y que las mujeres como la secretaria de Maurice y mi hermana eran unas zorras y que habría que azotarlas. Kennard estaba ahí escuchando todo, y cuando el señor Greene empezó a decir que defendería mi honor hasta la muerte y, al mismo tiempo, se puso a toquetearme, pensé que Kennard me ayudaría. Porque no era la primera vez, ¿sabes?, que un paciente se pasa de fresco, y la verdad es que creo que el señor Greene pensaba que me estaba protegiendo, o algo así... Pero ¿Tú crees que Kennard me ayudó? Estuvo escuchando al señor Greene como si fuera el Gran Maestro quien hablara, y cuando el señor Greene trató de hacer que me tumbara encima del escritorio, lo único que dijo Kennard fue: «¡Stacey, acuérdate de lo que te dijo George!».

En la sala de tratamientos, mientras ella hablaba, Greene había estado vituperando contra la decadencia de los valores morales «en el actual campus moderno de hoy en día» y recomendando que las orejas de burro y la palmeta recuperaran su posición de honor en las escuelas de preescolar de New Tammany; Sear lo interrumpió para preguntarle si, cuando jugaba a los médicos con la señora Searen el arenero del psiquiátrico, debía fingir que él era el médico y Hedwig era la paciente o viceversa: para él, hacer como si le tomara la temperatura rectal con una cera color verde bosque era una afirmación simbólica muy adecuada del elemento de perversión infantil que siempre había subyacido a sus sofisticadas investigaciones médicas; por otra parte, se daba cuenta de que asumir el rol del paciente no sólo en su despacho, como ya estaba haciendo, sino también en el arenero —desnudando su trasero para que Hedwig empleara un palito de polo a modo de termómetro—, era algo de lo que podía decirse que combinaba la inversión, la perversión, la reversión y la revocación.

—¿Qué me sugiere usted, doctor? —preguntó.

—¡Basta ya! —dijo Greene, muy enfadado—. ¡Eso no es más que un montón de palabrotas, caramba!

—Ya lo sé —admitió Sear—. Pero el hecho es que yo a los cinco años era un niño muy travieso, ¿sabe? Le levantaba la falda a las niñas y me comía los mocos y le enseñaba la pilila a la profesora. Por eso lo que me gustaría que usted me dijera es si

«volverse como un niño de preescolar» significa regresar inocentemente a las perversiones infantiles o fingir perversamente una inocencia infantil...

—¿Greene llegó a montarte? —le pregunté a Anastasia.

—Lo habría hecho, estoy segura —dijo ella—, ¡y pensaba que estaba protegiendo mi virginidad todo el tiempo! Pero cuando Kennard me recordó lo que Tú me habías dicho, me quedé muy confundida, porque no me gusta el señor Greene —no de esa forma, sobre todo desde lo que pasó en primavera—, pero al mismo tiempo creo en Ti, George, aunque Tú no creas. Pero me resulta tan difícil comportarme como una... como una zorra. ¿Entiendes?

—¡Eso no es más que otra grosería, doctor Sear! —estaba diciendo Greene—. Usted sabe muy bien que yo no soy ningún matasanos, caramba, diga lo que diga, y tampoco un loquero, si me perdona la expresión. Soy un sencillo chico de campo que intenta hacer lo que debe con su mujer y su familia y su alma mater. No se crea que no me doy cuenta de que está preparando alguna picardía con el tema este de jugar a los médicos; está clarito que quiere tomarme el pelo.

—¿Qué es lo que ha hecho?

Me estaba empezando a preguntar si el efecto de que Anastasia sedujera a Greene sería terapéutico o antiterapéutico, por decirlo así, en ambos casos; y, del mismo modo, qué pasaría si, en las circunstancias actuales, Greene volviera a forzarla como había hecho en el callejón. Al mismo tiempo, la conversación que tenía lugar en la sala de tratamientos me estaba pareciendo de lo más interesante, y tan relevante para mis deberes como para los de Greene y Sear.

—Lo único que podía pensar era en lo loca que era esa idea de que yo tenía una hermana —dijo Anastasia—. Él estaba tratando de quitarme la ropa, y Kennard le estaba quitando la ropa al señor Greene. ¡Ya sabes cómo es Kennard! Yo me retorcí encima del escritorio y Kennard pensó que estaba intentando ser sexy, y lo mismo pensó el señor Greene, supongo, pero en realidad estaba intentando liberarme y ser libre al mismo tiempo. ¡Estaba tan confundida por lo que me habías dicho! En cualquier caso, estaba gritándole al oído al señor Greene que yo era la esposa de Maurice Stoker y que había dejado de ser virgen a los doce años, y entre eso y mi contoneo, se le ocurrió que yo era la hermana suspendida. Entonces me dejé tranquila, gracias al Fundador —de hecho, en ese momento me di cuenta de que no podía haberme hecho nada, aunque hubiera querido; ya sabes a qué me refiero—, y empezó a sermonearme, diciendo que había deshonrado a mi hermana Stacey. ¡De verdad! Entonces Kennard se lo llevó a la sala de tratamientos para tranquilizarlo, aunque el señor Greene dijo que no estaba dispuesto a seguir escuchando a Kennard, porque estaba bien, y qué importaba, además. Pero Kennard le habló con mucho respeto y le dijo que quería pedirle consejo en lugar de dárselo...

Llegados a ese punto, aunque estaba muy pendiente de mi dama, dejé de escuchar su relato (que se estaba volviendo un tanto histérico, además) para oír, sorprendido y encantado, a Greene aconsejando al doctor Sear.

—Debería dejar de jugar a los médicos —le estaba diciendo con tono severo—. A un hombre tan educado como usted no le pega esa clase de cosas. Y para colmo no muestra el debido respeto a su esposa, que estoy seguro de que es una mujer buena y decente...

—¡Fue idea suya! —protestó el doctor Sear. Su tono de voz se volvió obstinado como el de un niño de preescolar—. Y las ceras y los palitos de los polos también eran suyos.

—Eso no importa —insistió Greene—. Tendría que respetarse a sí mismo por ella. Mírese un momento: ¡salvo por el cáncer ese, usted es un hombre saludable! Así que no deje que la locura de su esposa lo confunda, tanto beber y salir con zorras como Lacey... Tiene que aprender a comprender bien a una mujer como ésa.

—La comprendo bien —insistió el doctor Sear sin demasiado entusiasmo.

—Tengo mis dudas —lo reprendió Greene—. ¡Fíjese, sin sus defectos sería una esposa y madre completamente aprobada!

—No tenemos hijos —señaló secamente el doctor Sear.

Greene no se desanimó.

—¡Pues entonces póngase a ello y tenga unos cuantos! ¿Qué es un matrimonio sin hijos? —Los ojos se le llenaron de lágrimas; sacó su cartera—. ¡Écheles un vistazo a estos chavales y dígame que no quiere tener por lo menos tropecientos! ¿No son los mocitos más aprobados que ha visto en su vida? Ahora ya están más mayores, claro...

Aunque presumiblemente no podía llorar, el doctor Sear se secó la venda, cerca de los ojos, con una servilleta, e hizo un gesto con la mano para que Greene apartara las fotografías; fue como si se tratara de una visión que no pudiera soportar. Greene se sorbió los mocos y afirmó que, por muy bobo y suspendido que hubiera sido en relación con otras cuestiones, siempre había sido un padre muy cariñoso, y la señorita Sally Ann, una madre muy cariñosa; eso era algo que nadie podía echarles en cara, y con esta convicción se presentarían conformes ante las Puertas, ya que habían cumplido con su función natural en este campus. Satisfecho, incluso inspirado, me volví hacia Anastasia y grande fue mi sorpresa al darme cuenta de que ella también estaba llorando. Recordé cuánto se había emocionado en aquella ocasión en que yo había recomendado, por motivos muy distintos, que el doctor y la señora Sear engendraran un hijo, y asumí que ahora, como entonces, lloraba de placer, alegrándose por ellos.

—*Los niños siempre nos conducen a la verdad* —dije alegremente—. Eso era más o menos lo que quería decirle al doctor Sear, quizá con cierta reserva, pero para él es mucho mejor oírsele decir a Greene. —Le di una palmadita en su hermosa grupa, y para hacer una broma cordial afirmé que ya iba siendo hora de que también ella procreara; si Stoker no era lo bastante semental y Bray faltaba a su cita, quizá yo mismo pudiera montarla...

—¡Eres odioso! —gritó, y se metió corriendo en la sala de espera. Fui tras ella.

—Sólo estaba bromeando, Anastasia.

—¡No entiendes nada! —Se volvió hacia madre, que estaba haciendo la señal enoquista en silencio con lo que llevaba tejido.

Aunque estaba muy impactado, me pareció comprender su enfado: la esterilidad era algo tan infrecuente entre las cabritas que no me entraba en la cabeza que mi dama no era fértil. Había tenido muy poco tacto; sin duda, ella habría deseado engendrar un hijo de Stoker, aunque sólo fuera por la mejora que la lactancia supondría para sus ubres. Me disculpé sinceramente, y para tratar de consolarla, señalé que la señora Lucius Rexford, por ejemplo, tenía el pecho casi plano a pesar de que había parido uno o dos hijos del rector; y también le conté que había oído decir (a los reclusos de Detenciones Principales, que hablaban con total libertad) que había hombres que realmente preferían a las mujeres con ubres pequeñas. Por lo que yo sabía, Maurice Stoker podía pertenecer a esa fraternidad.

Ella me aporreó la cabeza.

—¡Para, Anastasia! ¡No entiendo lo que te pasa!

Nuestra riña llamó la atención de Greene y Sear, que salieron de la sala de tratamientos. En cuanto abrieron la puerta, mi dama entró a toda velocidad, ocultándoles el rostro. Greene apretó los labios e incluso escupió hacia donde estaba ella. No pude observar la reacción del doctor Sear, debido a sus vendajes, pero nos saludamos amigablemente. Él se mostró encantado al enterarse de que yo había oído su conversación con Greene y aprobaba su razonamiento; nos abrazó por turnos, aunque sin mucha pasión, y aunque no podía llorar ni moquear, se le notaba la voz un tanto alterada por la idea de tener un hijo.

—Lo intentamos la última vez, George, ya lo sabes —dijo con dificultad—. Fue tan extravagante, lo de irme a la cama con Heddy... ¡Y en el Motel Luna de Miel, precisamente, como estudiantes de primero de carrera recién casados! Podría haber sido maravillosamente perverso, como tú dijiste, pero cuando Hed se puso su camisón nupcial, pensé en todas las cosas increíbles que habíamos hecho a lo largo de los cursos...

Fue entonces, dijo con voz ronca, cuando había comenzado el incesante flujo de lágrimas, y en lugar de montar a su esposa perversamente, de la manera ordinaria, se había visto afligido por el deseo imposible de liberarse, aunque sólo fuera por una hora, de la carga de todo lo que habían visto y hecho, y unirse en un acto de amor sencillo y vergonzante. Pero fue imposible, por supuesto: no fue el desagrado, no fue la falta de ganas lo que lo redujo a la impotencia, sino el remordimiento. ¿Qué clase de padres serían?, comentaron con desdén, y despreciándose mutuamente y a sí mismos, se entregaron, ella, a la botella y a Croador, que estaba en el vestíbulo, y él, a las pastillas para dormir.

—No es forma de hacer las cosas —dijo Greene categóricamente.

—¡Que el Fundador me ayude, George! —exclamó Sear—. ¡He sido un zopenco ciego! ¡Ojalá pudiera empezar desde cero!

—Comenzar de nuevo —afirmó Greene—. Por ser listo nadie ha sido nunca más feliz. Mientras hay vida hay esperanza.

Lo espantosamente manido de estas ideas hizo sollozar a Sear. Pero no le parecía posible, me comentó, ni siquiera con la ayuda de lo que llamaba «amnesia por autohipnosis», que alguna vez lograra un grado tal de inconsciencia de sí como para hacer el amor con su esposa, por no hablar de engendrar un hijo en el Motel Luna de Miel.

—Si una persona tiene un deseo muy fuerte —declaró solemnemente Greene—, su deseo se convierte en realidad. Digan lo que quieran.

Yo sonreí.

—Pueden probar, en cualquier caso, si a la señora Sear la dejan salir del psiquiátrico. —En tal caso, decidí, no era aconsejable añadir que no tenía por qué preocuparse si el plan volvía a salir mal, ya que suspender y aprobar, si se concebían correctamente, no eran cosas distintas. A juzgar por lo que le había dicho a Anastasia, la verdad que encerraba esa paradoja no le era ajena—. Olvídense de Zambo y de Ginandro y también de usted mismo —le aconsejé—. Siga diciéndose que vivirá feliz por siempre jamás.

—Es lo que yo siempre me digo a mí mismo —dijo Greene—: «Estoy bien. Y qué carajo, además».

Sear negó con la cabeza, incapaz de articular palabra.

—Tengo cosas que hacer con mi dama —dije yo—. ¿Puedo usar la sala de tratamientos un rato?

Cuando comprendió a quién me refería, el doctor Sear me dio permiso de inmediato; él estaba demasiado inquieto como para ver más pacientes aquel día. Pero a pesar de lo interesado que estaba por sus propios «deberes» (como llamaba al proyecto de irse a la cama con su esposa), aventuró la opinión de que «conocer a fondo a tu dama» debía significar rechazar mi sexualidad varonil —o, mejor dicho, asumir y afirmar los aspectos femeninos de los que, según él, ningún varón carecía— para demostrar que *masculino* y *femenino* no eran categorías más reales que ninguna otra. ¿Acaso no era ése el sentido de mi nueva Respuesta? Y «superar mi enfermedad», si comprendía correctamente el sajianismo, debía referirse, de un modo similar, a que rechazara bien la diferencia entre «enfermo» y «sano», bien el «yo» que supuestamente estaba enfermo, una actitud que él quería adoptar en relación con su carcinoma de células escamosas, si podía.

—Al fin y al cabo —dijo—, si me estoy muriendo de cáncer, es que ese cáncer está viviendo en mí: a ojos del Fundador, todo es lo mismo, ¿verdad?

Yo me encogí de hombros.

—Puede que tenga razón, señor. Y qué carajo, además.

Se apoyó un puño en la frente vendada.

—¡Ya entiendo, ya entiendo!

Quizá me hubiera vuelto a abrazar, pero Greene levantó un dedo y dijo:

—Ajá.

—¡Suspendido sea por haber dudado de ti, George! ¡Realmente eres el Gran Maestro!

Yo negué con la cabeza, pero madre, desde su rincón, dijo:

—Sobresaliente.

—Sobresaliente, claro que sí —coincidió Greene, pero añadió que, en su opinión, los Grandes Maestros no deberían tener ningún tipo de contacto con suspendidas como Lacey Stoker.

—No se preocupe por mí —le dije, para que se quedara tranquilo, y señalé que incluso Enós Enoc, en Su momento, había aprobado a una zorra o dos—. Es curioso —le dije al doctor Sear, más en serio—; creo que a ustedes dos, por ejemplo, los entiendo bastante bien, y también a Max y al doctor Eierkopf y a los demás. Incluso tengo la sensación de conocer a fondo a Maurice Stoker, o casi. Pero mi dama es un misterio; nunca sé qué pensar de ella.

—Yo me siento exactamente igual con Sally Ann, caramba —confesó Greene.

—Yo antes pensaba que conocía a Hedwig a la perfección —dijo el doctor Sear—. Pero ahora a veces me pregunto si alguna vez he sabido algo de ella. O de cualquier otra cosa, por cierto.

Quizá no estábamos pensando en lo mismo: el misterio de Anastasia, me parecía a mí, no era sólo la famosa impredecibilidad de las mujeres humanas ni la célebre diferencia entre los puntos de vista masculino y femenino; tenía que ver, más bien, con la insuficiencia de cualquier imagen que yo me hiciera de ella. Me acordé de una vez, hacía mucho tiempo, en el establo, cuando Max, que para mí era más familiar que mi propio rostro, me había parecido, de repente, insoportablemente otro, alguien que no era yo: un desconocido, ajeno y distinto; había sido como si alguien descubriera que su brazo o su pierna tienen una voluntad que no es la suya, una personalidad propia. Pero en el caso de Anastasia, esta extranjería resultaba todavía más conspicua porque contrastaba con nuestra oscura intimidad: yo nunca había mordido a Max en un sidecar, después de todo, ni lo había montado como a ella en el funeral, ni le había declarado, en contra de mi voluntad (extrañas palabras), mi amor, ni lo había escogido, en la época en que estaba equivocado, para que fuera mi primer discípulo. Los ojos de Anastasia me parecían brillantes, pero no podía ver qué se ocultaba detrás de su luminosidad, ni entender porque ella actuaba como actuaba.

—En cualquier caso —dije—, desde hace un tiempo tengo la impresión de que hasta que no conozca a fondo a mi dama, no voy a poder estar seguro de que comprendo a nadie, ni siquiera a mí mismo. De todo lo que creía en primavera, eso es lo único que sigo creyendo.

—Te entiendo —dijo el doctor Sear—. Podría cuestionar tu definición del término, pero, desde luego, estoy de acuerdo con el principio.

—Entonces, si me perdonan... —les dije, sonriente—. Voy a intentar aprender todo lo que se pueda saber sobre mi dama.

Él abrió y cerró las manos y admitió que nada le gustaría más que mirarnos desde la sala de observaciones, pero aceptó el veto que Greene le puso a dicha idea. De todos modos, dijo que no podía abstenerse de señalar que la sala de tratamientos estaba insonorizada; que si Anastasia de verdad había recuperado su antiguo carácter servicial, uno podía hacer con ella lo que deseara; y que, en cualquier caso, había un armario cerca del sofá que estaba provisto con esposas, látigos y otros instrumentos adecuados para llevar a cabo un interrogatorio juguetero, por si yo necesitaba emplearlos o simplemente sentía ganas de hacerlo.

—Vamos, deja eso —lo regañó Greene, y me rogó ansiosamente que fuera cuidadoso, pues aunque estaba seguro de que yo nunca me pasaría de la raya, en el sentido de aprovecharme del sexo débil, una zorra como Lacey era capaz de llevar por el mal camino al mismísimo Sajian Vivo, caramba; ¡no había más que ver lo que le había hecho a él detrás de la Antigua Mansión del Rector! Yo le prometí que tendría los ojos bien abiertos, le recordé al doctor Sear que buscaba simplemente la iluminación, no la satisfacción de ninguna clase de apetitos, normales o anormales, y entré en la sala de tratamientos, cerrando la puerta a mi espalda.

Anastasia se sentó de lado en el sofá de cuero, ocultando la cara tras el brazo del sillón y tras el suyo. Yo me senté para disculparme si había herido sus sentimientos inintencionadamente, pero en cuanto le toqué la cadera en un gesto conciliatorio, ella se lanzó sobre mí y, apoyándose en mi pecho, comenzó a llorar, diciendo que era la mujer más infeliz del campus y que le gustaría estar aprobada y dejar de existir.

Yo me sentí confundido de nuevo.

—¿Entonces no estás enfadada conmigo por haberme burlado de tu esterilidad? ¡Fui muy desconsiderado!

Ella sollozó, apoyada contra la chaqueta de mi uniforme de recluso, que sabía que no era mi intención ofenderla, y que de todas maneras, el doctor Sear le había asegurado que su infertilidad era psicológica y no fisiológica, y que por lo tanto tal vez no fuera un problema permanente. Se apartó un poco para mirarme, sonrojándose, muy seria:

—Las mujeres humanas no tienen celo, ¿sabes, George? Me acuerdo de que Maurice Te dijo no sé qué tontería al respecto en la Central Eléctrica. En cualquier caso, se supone que tenemos orgasmos, y por alguna razón yo no los tengo. Kennard dice que podría haber una relación entre eso y el hecho de no tener hijos.

Eso me pareció muy cuestionable, ya que las cabritas más fértiles y amorosas del rebaño, que yo supiera, desconocían por completo el fenómeno que ella había descrito: bien podían menear sus hermosas colitas para llamar al amor, y quedarse unos segundos encorvadas después de que las montaran (las cabritillas vírgenes, sobre todo) si el macho era fuerte; pero no sabían nada de «transportes» ni de «clímax», estaba seguro. Mary Appenzeller, por citar un solo ejemplo, una paridera infalible, tenía la tendencia a quedarse masticando heno ruidosamente con total

tranquilidad incluso mientras la montaba el mismísimo Brickett Ranúnculo. En cuanto a la infertilidad, había habido pocos casos en el establo que no pudieran curarse disolviendo un par de cucharaditas de bicarbonato en un litro de agua caliente y administrándolo todo por vía vaginal antes del apareamiento, para neutralizar la acidez uterina, y se lo habría dicho a Anastasia de inmediato, pero había ido a aprender, no a enseñar.

—¿Por qué estás triste, entonces? —le pregunté—. ¿Por qué dices que te gustaría estar muerta? Si en tus órganos no hay ningún problema, seguro que te quedarás preñada de alguien un curso de estos...

—George... —estiró mi nombre a modo de protesta, y me dio la impresión de que estaba a punto de volver a echarse a llorar. Para impedirselo, admití que lo que había dicho antes era cierto: que yo no entendía nada, al menos en relación con las damas humanas. Le pedí que pusiera remedio a mi ignorancia con frases claras y directas.

—¿Tienes algo que hacer esta tarde? El doctor Sear ha cerrado la consulta.

Ella miró con aprensión hacia el cristal de visión unilateral. Le aseguré que nadie nos miraba y me pregunté por qué le importaría eso, ya que sólo estábamos hablando.

—Tu madre quiere estar en casa cuando llegue el tío Reg —dijo—. Pero eso no será hasta la hora de la cena.

—Entonces, voy a poder conocerte —dije yo—. Al derecho y al revés, en todos los sentidos. Aunque nos lleve el resto de la tarde.

Vi en sus ojos la sombra de una duda.

—Ya Te he contado todo mi pasado suspendido, George: todas las cosas terribles que he hecho pensando que estaban bien. Tú sabes tanto sobre mí como yo misma.

—No sé por qué dices que te gustaría estar muerta —observé—. Stoker ya no te trata con crueldad. Y podría inseminarte artificialmente, si no puedes concebir de la manera normal. En el establo solemos...

Ella negó con la cabeza.

—¡No quiero tener un hijo! No con él. George... —Tenía una expresión de terror en la cara—. Hay algo que va mal en mi matrimonio.

Recordando que Stoker había expresado una aprensión similar, le pregunté qué problema tenían.

—¡En realidad, no quiero a mi marido! —dijo, como si su propia inocencia la asustara. Y entonces abandonó toda reticencia; sin poder contener las lágrimas, confesó que era más suspendida de lo que yo había supuesto. Su falta de amor hacia su marido, afirmó, no era nada nuevo, y no tenía nada que ver con el placer que él sentía al verla aparearse con otros hombres, por no hablar de mujeres, perros, objetos inanimados y los huevos del doctor Eierkopf, tamaño XL; lo cierto era que nunca lo había querido; de hecho, temía que nunca había querido a nadie, ni masculino, ni femenino, ni nada. De todos los certificados que había hecho Bray, le parecía que el suyo era el más falso, ya que aunque desde luego sentía simpatía por sus compañeros

de clase y hacía lo posible por satisfacer sus necesidades, nunca los había querido, ahora lo sabía. Y la prueba era que aunque nunca había dicho «no» (salvo desde la primavera, cuando le había dado algunas directrices), tampoco había dicho nunca «sí». Con su sexo, tal vez, pero no desde el fondo de su corazón.

—Esto es muy interesante —le dije—. Creo que ya estoy empezando a conocerte mejor.

Lo que había dicho, señalé, encajaba mejor con el consejo que le había dado recientemente: que les dijera *sí* a sus compañeros de clase era, en efecto, a lo que yo me refería cuando había hablado de aparearse de un modo activo con ellos en vez de recibirlos pasivamente.

—¡No lo entiendes! —gimió—. ¿Cómo voy a decirlo? ¡No debería tener que decirlo!

Yo fruncí el ceño.

—¿Decir qué, Anastasia? Si no lo entiendo, explícamelo.

Ella cerró los ojos y le dio un puñetazo al sofá.

—¿Por qué crees que ahora veo estas cosas en mí, y que nunca las había visto antes?

Yo admití que no tenía ni idea, salvo que el primer y equivocado consejo que les había dado a ella y a Stoker la hubiera llevado a darse cuenta de que la forma en que él la maltrataba no tenía nada que ver con que ella no sintiera nada por él.

—¡No, idiota! —gritó, y empezó a jadear, y después lloró libremente, aporreando el sofá con ambos puños—. ¡Lo siento, lo siento! Ay, Fundador, Tú, precisamente Tú... No puedo decir nada más...

—Bueno, escucha, Anastasia —le dije—. Ya estoy un poco cansado de tanto misterio. No soy el Gran Maestro, pero...

—¡Sí que lo eres, George!

Yo negué firmemente con la cabeza.

—No lo soy; es casi seguro. Pero en cualquier caso, quiero que sigas mi consejo y te reafirmes. Si no soy el Gran Maestro, entonces lo que te digo ahora es lo correcto porque es lo opuesto de lo que te dije antes, cuando pensaba que lo era; si lo soy (cosa que dudo), entonces es lo correcto porque lo soy. Tienes que reafirmarte.

—Quiero hacerlo —dijo ella— porque eso es lo que Tú quieres...

—Entonces deja de andarte por las ramas. ¿Qué es eso que no puedes decirme?

Ella me miró con gran afectación.

—¡Te quiero, George!

Me incorporé en el sofá. Sus ojos volvieron a inundarse de lágrimas.

—No lo entiendo mejor que Tú; apenas nos conocemos...

—¿Qué quieres decir con que me quieres? —le pregunté, muy perturbado. Ella me preguntó, avergonzada, qué habido querido decir yo cuando le había dicho que la quería a ella—. ¡No lo sé! —grité—. Me salieron esas palabras. ¡Ni siquiera sé lo que significan! —Ella comenzó a sollozar. Le pedí perdón por volver a herir sus

sentimientos. Sin embargo, suspendido fuera todo, estaba alarmado, consternado, y no podría haber explicado por qué; también excitado, desde luego, y me sentía halagado, muy halagado, aunque en la misma medida horrorizado, extrañamente asustado y, por algún motivo, enfadado—. En el rebaño, eso significa estar en celo. Por cualquiera. Por todos.

Ella ladeó la cabeza.

—¿No querrás decir simplemente que estás convencida de que soy el Gran Maestro? —le pregunté bruscamente—. También querías a Bray...

—¡No! —Era cierto que antes había creído en la granmaestría de Harold Bray al igual que en la mía, dijo, muy indignada, y que ahora creía exclusivamente en mí, al margen de lo que creyera yo; pero nunca había amado a Bray, sólo lo había honrado y obedecido, y su amor por mí no tenía nada que ver con que creyera que yo era el Gran Maestro. De hecho, ambas cosas se encontraban en conflicto—: Quiero hacer lo que Tú me digas que haga, por mucho que odie la idea de estar con otros hombres —dijo—, ya que Tú eres el Gran Maestro, y lo que Tú digas debe ser lo correcto. ¡Pero el motivo por el que odio esa idea es que Te quiero, George! —Me miró de frente y respiró hondo—. ¡Quiero que *Tú* me hagas el amor!

Me puse a dar vueltas por la sala de tratamientos, sumamente excitado.

—Dijiste que me reafirmara —añadió.

—¡Ya lo sé! ¡Ya lo sé!

—¡Quiero hacer lo que hicimos en la Sala de Estar! —gritó—. ¡No deberías quedarte ahí diciendo que ya lo sabes!

—Sí, lo entiendo, Anastasia. El problema es...

—¡Piensas que soy una zorra! —exclamó.

—No, no, no. —No podía saber por qué su profesión de amor, que resultaba tan satisfactoria para mi vanidad y tan destructiva para mi compostura, no me llenaba también de deseo.

—¡Cúbreme! —Colmada de vergüenza y desesperación, se puso en la postura que había adoptado en la Central Eléctrica—. ¡No me hagas suplicártelo!

—¡Por favor, no lo comprendes!

Muy nervioso, le acaricié la hendidura con la yema de los dedos. Pero aunque al fin me excité, debido a las exquisiteces de la zona y a los bonitos sonidos que hacía cuando la tocaba, se me aclararon las ideas. La rocé con el hocico como hacen las cabras para expresar cordialidad, pero afirmé que no la montaría, con amor o sin amor, hasta que no hubiera llevado a cabo mis nuevas directrices. Ella me dio un beso en la boca.

—¿No puedo empezar contigo?

Aunque su celo era auténtico, estaba claro que tomar la iniciativa suponía un esfuerzo para ella, y sus intentos por provocar mi pasión, en lugar de encenderla, la apagaban.

—Yo también quiero conocerte carnalmente —le dije—, pero no hasta que te hayas apareado con tu marido y con Bray, por lo menos...

—A ellos no los quiero.

De rodillas sobre el sofá, se reafirmó aún más: me puso la cara contra sus pechos, le ofreció su ombligo a mi nariz... y yo ansiaba todo aquello, aunque no estuviera tumescente. Hablando con dificultad junto a la parte inferior de su abdomen, afirmé que ése era precisamente el motivo por el que no la cubriría hasta que no hubiera hecho sus deberes y cumplido la promesa gracias a la cual me habían dejado en libertad.

—Pero ni siquiera en ese caso deberías quererme de la forma en que dices —añadí—. Si por casualidad resulta que soy un Gran Maestro, dudo de que deba tener una amante en particular, especialmente si es la esposa de otro. Y si no lo soy... no estaré aquí para que me quieras. —La idea se me reveló en un instante, con todas sus consecuencias; aparté mis barbas doradas de las suyas, negras y encantadoras, y le dije, con mucha seriedad—: Me fui de Detenciones Principales por dos motivos, Anastasia: para corregir los errores que cometí en primavera y para suspender al ORDACO. Por eso estoy aquí, para superar mi enfermedad y para conocer a fondo a mi dama. Dentro de un rato voy a ir a buscar a Harold Bray y me voy a meter en el Estómago con él, sin ninguna máscara, y si el ORDACO no me come primero, voy a destruirlo.

Ella había empezado a protestar, pero después se quedó escuchándome, con una expresión afligida en la cara, como cuando me había dicho que me quería. Al final, se arregló el uniforme y me dio un beso casto en la frente.

—Discúlpame por haber actuado de una manera tan alocada, George —dijo—. Ya ves lo difícil que es para mí tomar la iniciativa. —Se sentó y se alisó la falda—. Si te come a ti, me comerá a mí también. Voy a ir contigo.

—No.

Ella sonrió con firmeza.

—Sí, voy a ir. Si no puedo ser Tu amor, aprobaré y seré Tu primera discípula. Me lo prometiste.

Entonces, de inmediato, me sentí inflamado por el deseo, por su regreso al recato más que por sus palabras, que de por sí ya eran lo bastante perturbadoras. Ahora que ya no me presionaba, la idea de que me amaban me conmovió hasta lo más profundo de las entrañas, provocándome una cálida sensación de asombro. Evitar que entrara en el ORDACO era una cosa, pero ¿podría evitar también que entrara en mi corazón? ¿Qué era, en nombre del Fundador, esta cosa procedente de los Sub-Departamentos de Literatura Romántica, este amor? Estaba perplejo, y sentí hacia mí mismo la misma misteriosa extrañeza que en algún momento había sentido hacia Anastasia, y antes hacia Max: una curiosidad carente de amor, cautelosa y levemente despectiva.

—¿Hay alguna otra cosa que necesites hacer conmigo para tus deberes? —me preguntó con determinación—. ¿O debo irme a casa y aparearme con Maurice ahora

mismo?

Me di cuenta de que estaba completamente decidida y noté un cosquilleo en la espina dorsal. No fui capaz de articular palabra; negué con la cabeza. Los ojos le brillaban con una especie de reserva apasionada; decían que era mía en todos los aspectos menos en uno: yo no podía hacer que se desenamorara.

—¿Qué más se puede aprender de mí, entonces? —se preguntó alegremente—. Ya conoces mi historia, y cómo me siento con respecto a muchas cosas. ¡Ya lo sé! —Se levantó de un salto y se puso a rebuscar en un archivador—. ¡Puedo mostrarte mi historial médico y mi perfil psicológico! Mis resultados académicos están archivados en la Sala de la Torre, claro; haré que me envíen una fotocopia. Déjame pensar...

—Anastasia —le dije, elevando la voz. Ella se volvió hacia mí—. No es... No sólo quiero información.

Ella ignoró mi comentario emocionado y fingió sumirse en una profunda meditación.

—Vamos a ver, entonces: «Conocer a fondo a tu dama». —Chasqueó los dedos—. ¡El fluoroscopio!

Yo agité la mano, pero ella empezó a apretar interruptores y se situó detrás de la pantalla de vidrio esmerilado. Dentro de las flexibles sombras de su carne, vi huesos oscuros y órganos fuscos.

—No soy digno de amor —me oí decir—. Ni siquiera sé lo que soy...

—Esto es mi duodeno —dijo ella secamente, como si estuviera dando una conferencia, y lo señaló con los huesos de un dedo—. Estos de aquí son mis riñones, y por aquí abajo, más o menos, deberías ver mis ovarios. Acércate un poco si no los ves.

—Para, Anastasia.

—Quiero que lo veas todo, George. Es todo Tuyo. —Se volvió hacia un lado; a pesar de mi extraña angustia, me quedé observando sus entrañas, fascinado—. Me estoy reafirmando —me recordó—. Espera; voy a usar una luz como solía usarla Heddy; a través de ella, podrás conocerme a fondo. ¿Es lo bastante suspendido?

En su tono no había nada de sarcasmo, sólo cariño y resolución.

—¡Por favor, Anastasia!

A pesar de mis murmullos, se introdujo un vibrador electromagnético.

—¿Quieres manejarlo tú? A Kennard le gusta...

—¡Yo no soy Kennard! —grité—. Le cogí la mano y apagué el artilugio—. ¡Yo no soy nadie!

—Eres la persona que yo quiero —me contestó, y dejando el tubo a un lado, me abrazó con suavidad. A pesar de su extraña actitud, parecía completamente relajada. ¡Yo estaba de lo más cómodo!—. Perdona por haberme quejado por el consejo que me diste —dijo con tranquilidad—. Todo el tiempo lo pensaba de una manera ordinaria, como harían Kennard o Maurice, en vez de darme cuenta de que el objetivo

es poner a prueba mi amor, igual que el Fundador ponía a prueba a la gente en el Antiguo Programa.

—Anastasia...

Ahora su nombre me parecía extraño, igual que su oloroso pelo. ¿Qué era eso a lo que yo me aferraba y que llamaba *Anastasia*? Un recipiente carnoso y esbelto lleno de tubos y bolsas, sobre el que crecían pelos, empapado de jugos, tensado sobre unos palos articulados, y todo el conjunto latiendo, chorreando, bullendo, doblándose, consumiéndose y respirando entre mis brazos; destinado a, muy pronto, descomponerse en sus distintos elementos, y sin embargo afligido, entre tanto, con locas ideas y suposiciones de modo que, no contento con volverse gelatinoso por la noche y juntarse, ingerir, dividirse, perturbaba su propio descanso soñando con aprobar y con amar.

Me apretó con más fuerza; sentí el pulso del músculo de la sangre bajo su teta, al margen de la voluntad de *Anastasia*. Mi pene se levantó, sin que *George* lo hubiera convocado; ¿era acaso un *George* autónomo? Doscientos cincuenta millones de bestezuelas fueron enviadas desde ahí para que, como los salmones, remontaran las mucosas de su útero; ¿eran todas ellas pequeños *Georges*?

—¡No entiendo nada! —gemí.

6. CONOCE A FONDO A SU DAMA Y RE-EMPLAZA EL PERGAMINO DEL FUNDADOR

—Me estoy reafirmando —dijo tranquilamente—. Creo que la parte de la dama que aparece en Tus deberes significa que tienes que llegar a conocerme tan bien como para que seamos la misma persona.

Estas palabras encajaban hasta tal punto con mi reciente Respuesta que no pude protestar cuando se desnudó. Pero lo que ella tenía en la cabeza no era necesariamente el coito, por mucho que estuviera dispuesta (y viera que el George inferior también lo estaba) para esa fusión definitiva de dos en uno. No sólo se quitó el uniforme y la ropa interior, sino también los broches que llevaba en el pelo, el anillo de bodas del dedo y el maquillaje de la cara, frente al espejo del lavamanos. Entonces se volvió y me miró. Tenía las piernas ligeramente separadas, las manos sobre las caderas, las mejillas ardiendo. Inspirada, sin duda, por la nueva relación del doctor Sear y Peter Greene, me ordenó que hiciera todo lo que fuera necesario para que su persona me resultara tan familiar como la mía. Le pregunté a qué se refería.

—Examíname —dijo. Le temblaba la voz, pero ni por un instante dejó de parecerme extraordinariamente decidida. Era una mujer cambiada.

—¿Que te examine cómo, Anastasia? Si te refieres a que juguemos a los médicos, no veo la...

—Deja que sea yo la que se encargue de ver. —Cerró los ojos durante unos instantes, como si estuviera reuniendo fuerzas para continuar con su impresionante y desconcertante reafirmación. Subiéndose en una mesa de examen que había cerca del fluoroscopio, dijo gravemente—: Ven aquí, George.

Fui. Ella se echó hacia atrás, apoyándose en los codos.

—Revísame —me ordenó—. No te preocupes si me pongo roja o me notas avergonzada. Examíname, cada milímetro cuadrado. Todavía no me toques, sólo mira.

No soy de piedra: respirando con dificultad y empleando mi linterna y las diversas lentes de mi vara, inspeccioné cada poro, cada pelo, cada pliegue, cada arruga, cada protuberancia, cada proyección, cada orificio que había en su cuerpo. Aprendí que el pelo de las extremidades, la cabeza, las axilas y el pubis de Anastasia se volvía más oscuro y más espeso por ese orden; que sus iris castaños tenían manchitas negras y verdes; que su cuero cabelludo era más blanco y sus *labia minora* más morenos de lo que yo habría supuesto. Sus fosas nasales no eran completamente idénticas; tenía empastes plateados en tres molares y en un premolar. Sus pezones, observados de cerca, eran moteados, y más cilíndricos que hemisféricos. Un total de setenta y cuatro diminutas pecas, todas marrones, se hallaban repartidas por su epidermis, y de cinco de ellas salía al menos un pelo. Los lóbulos de sus orejas eran sumamente pequeños; apenas colgaban. Un angioma de nacimiento del tamaño de la

huella de un pulgar y color café con leche se medio ocultaba, cuando se ponía de pie, en la arruga que se le formaba debajo de la nalga derecha. Su ano —a diferencia de sus labios, su lengua, sus pezones, su clítoris y su uretra— no era ni rosáceo ni granuloso, sino que tenía el mismo tono beis rosado suave de la piel de sus jamones. Su ombligo, poco profundo y ligeramente vuelto hacia el exterior, era bilobular, semejante al símbolo de la polaridad que se emplea en el Campus del Este.

—Mídeme —dijo.

Con la ayuda de varias balanzas, una cinta métrica, un calibre y otros instrumentos que había en la habitación, descubrí que el peso total del cuerpo de Anastasia era de 50,4 kilogramos, de los cuales la cabeza y el cuello sumaban 2,25; los brazos, un kilo cada uno; los pechos, algo menos de medio kilo cada uno; y las piernas, casi seis las dos juntas. Su altura era de 1,63 cuando estaba de pie, y unos seis milímetros más cuando se acostaba. Un pelo de su cabeza medía veintitrés centímetros de largo de media; uno de la axila (dijo que hacía unos días que no se depilaba), un centímetro; uno del *mons veneris*, tres. El contorno de su cabeza era de cincuenta y nueve centímetros; el de su cuello, de treinta y uno; el de su pecho, de noventa; el de su cintura, de sesenta y cinco; el de sus caderas, de ochenta y ocho; y el de la parte superior de sus brazos, de veintitrés. Su frente tenía siete centímetros de altura. El arco de sus cejas medía medio centímetro en su parte mayor; podía levantarlas tres veces más. Sus ojos medían 1,7 por 3,2 centímetros y estaban situados a ocho centímetros de distancia, de una pupila a la otra. La envergadura de su sonrisa era de seis centímetros; la de sus hombros, de cuarenta y uno; la de sus dedos, de veinte; la de sus brazos, de ciento sesenta y siete. Su brazo derecho era un centímetro más largo que el izquierdo, medido desde la axila hasta la punta del dedo. Esa misma cifra era lo que se proyectaban sus labios desde el plano de su rostro, y sus orejas lo hacían desde los lados de su cabeza ligeramente más. Sus pechos no resultaron fáciles de medir, debido a su resiliencia; su proyección desde el plano de su torso, por ejemplo, iba desde los cuatro centímetros y medio en posición supina, pasando por los seis centímetros, de pie, hasta los nueve, inclinada hacia adelante; y en esta última postura parecía haber un centímetro de diferencia entre la pendulosidad de uno y otro, como entre la longitud de sus brazos. La distancia desde el pezón hasta la clavícula era de diecisiete centímetros si estaba de pie con los brazos a los lados, y no llegaba a los quince cuando los levantaba; y de un pezón al otro, de veintitrés, erguida, y de veinticinco, acostada. Por último, lo que podría denominarse la compresibilidad de sus ubres, de pie, era de cinco centímetros, y su holgura de un lado al otro, de doce. Cuando recibían algún estímulo, sus pezones tenían un diámetro de siete milímetros y una proyección de quince; no pude, sin embargo, medir sus dimensiones en estado de reposo, ya que se erizaban de inmediato en cuanto veían, por decirlo así, que se acercaba el calibre, del mismo modo que el tejido eréctil del clítoris. Tampoco pude, por carecer del instrumental del doctor Eierkopf, medir con

precisión la fuerza de sus esfínteres anal y vaginal, aunque mi impresión digital fue que el primero tenía fácilmente el doble de potencia constrictiva que el último.

Obtuve esa impresión, al igual que otras igualmente subjetivas y cualitativas, sobre todo durante la fase táctil del reconocimiento, que siguió a la métrica. «Tócame», me ordenó Anastasia, y cerrando los ojos cuando me indicó que lo hiciera, exploré con las yemas de los dedos todas las superficies y aperturas, comparando sus texturas, temperaturas, humedades, firmezas, viscosidades, etc.; después recorrí el mismo terreno, por decirlo de algún modo, con las plantas y los dedos de mis pies desnudos, lo cual me produjo una sensación muy curiosa, y al final me desvestí también yo para lograr los máximos contactos posibles entre superficies, durante el primero de los cuales (con mi parte trasera contra su parte delantera) eyaculé en la sala de tratamientos a una distancia de aproximadamente dos metros.

Entonces habría procedido a montarla, en contra de mi propio programa, pero algunos de mis sentidos todavía tenían que terminar de conocerla; y, tras haber eyaculado, pude aparcar la lujuria y cumplir sus órdenes con cierta indiferencia clínica. Cuando acabé de conocerla de la cabeza a los pies con mis codos, rodillas, orejas, jamones, testículos y omóplatos, la olisqueé y la saboreé, en ese orden, con igual minuciosidad. Estas investigaciones finales fueron menos novedosas para mí, puesto que las cabras emplean con liberalidad tanto el hocico como la lengua para hacer nuevos amigos y para saludar a los amigos antiguos, así como para investigar su entorno. Pero, claro está, carecen de dedos de los pies y de ombligos vueltos hacia el exterior, por ejemplo, y no usan ni jabón ni aromas artificiales; evidentemente, también la diferencia entre su dieta y la de una chica de colegio mixto humana (más que la diferencia entre especies) hizo que mi degustación de Anastasia no fuera una mera repetición de mis antiguos contactos con Hedda, la de las ubres moteadas, o con Tom de Redfearn. Me familiaricé, olfativa y gustativamente, con la grasa de su pelo, la cera de sus orejas, sus lágrimas, su saliva, sus mocos, su sudor, su sangre (pinchándole el índice de la mano izquierda con un alfiler), su linfa, su orina, sus heces, la grasa de su piel, sus secreciones vaginales y las uñas de sus manos y de sus pies —no había almorzado, y mi estómago rugía con fuerza— y después me puse de pie, a su lado, para continuar con mi instrucción.

—Conocimiento biográfico, conocimiento psicológico, conocimiento médico... —Se sentó con las piernas cruzadas sobre la mesa de examen y repasó la lista con los dedos—. Conocimiento fluoroscópico, conocimiento fisiométrico, visual, táctil, olfativo, gustativo... ¡Se nos ha olvidado el auditivo! Usa el estetoscopio de Kennard. —Lo cogió de una encimera y, con gran encanto, me lo dio para que escuchara los latidos de su corazón, su respiración y los ruidos que hacían sus intestinos; todos estos sonidos eran más suaves que los procedentes de mi corazón, mis pulmones y mi vientre, desde luego. Se esforzó por peerse pero no lo consiguió. Sin embargo, demostró una sorprendente habilidad para eructar a voluntad; había aprendido el truco a los diez años y nunca lo había olvidado. Mientras tanto, parloteaba con

naturalidad sobre la cuestión del conocimiento carnal, el último ítem de su improvisada lista. Muchas de nuestras investigaciones, aseveró, sólo se diferenciaban de los juegos preliminares amorios por su motivo, y aunque tenía la intención de postergar la cópula conmigo hasta que se hubiera reafirmado con Stoker y con Bray, sabía que en las estanterías del doctor Sear había toda una biblioteca sobre artes eróticas en la que estaba catalogada una cantidad tan impresionante de prácticas, estrategias y exquisiteces sexuales como para hacer que la intromisión genital común y corriente pareciera tan monótona como un apretón de manos. Me preguntó, entonces, si estaría fuera de lugar que yo continuara conociéndola por medio de la felación, el cunnilingus, la sodomía, la flagelación, el travestismo recíproco y otros refinamientos y experimentos semejantes que pudiéramos descubrir o inventar, además de a través del simple coito.

—Déjame que haga de hombre —dijo, y su corazón tronó en el estetoscopio— y Tú haz de mujer.

Yo aparté el instrumento y negué con la cabeza.

—No sé, Anastasia. No veo...

Me interrumpió un vigoroso aporreo en el cristal de visión unilateral. Anastasia primero soltó un grito ahogado y buscó algo con que taparse, y después lo pensó mejor, soltó la sábana que había medio arrancado de la mesa de examen y amenazó con un dedo al aporreador desconocido, mientras con la otra mano exhibía sus partes pudendas a la manera de esas *shelah-na-gigs* que debía haber visto talladas en mi vara. Peter Greene irrumpió en la habitación, con la cara como la grana y el pelo más naranja que nunca y parpadeando sin parar. Era él quien había aporreado el cristal, pero no había venido por ella; no había venido para reprenderla, aunque gritó: «¡He visto lo que estás tratando de hacer! ¡Eres la señora Stoker, caramba, no puedes ser tan lasciva! ¡Estás intentando suspender al Gran Maestro!». Anastasia se puso tan roja como Greene, debido a su amonestación o al hecho de que se encontraba desnuda ante él, pero logró mantenerse en su sitio, se apoyó las manos en la cadera y lo observó con los ojos entrecerrados y la cabeza medio vuelta; una postura bastante provocativa, la verdad, teniendo en cuenta lo poco natural que era en ella. Entonces Greene explicó la causa de su alarma.

—¡Todo esto se está yendo al garete, caramba! —me anunció—. ¡Los bandidos y los pirados campan por sus respetos! ¡Es el fin de la Universidad!

El doctor Sear, por lo visto, había ido a la sección de pacientes crónicos para que a su esposa le concedieran un permiso de fin de semana, y Greene había ido con él hasta el vestíbulo del Hospital, con la intención de visitar a su esposa en su suite. Pero habían encontrado el sitio envuelto en un tremendo alboroto debido a un sorprendente decreto que acababa de publicar el rector Rexford: no sólo se había promulgado una amnistía general para todos los reclusos de Detenciones Principales, sino que también el Hospital había recibido directrices para que soltaran a todos los pacientes con enfermedades mentales que no sufrieran al mismo tiempo algún tipo de

invalidez física. Entre el personal del Hospital había consenso: Rexford había perdido el juicio. Se hablaba, por ejemplo, de que no sólo los exámenes de libros abiertos iban a ser revocados, como quería la mayor parte de la gente, sino también toda la regulación administrativa relativa al juego, la prostitución, las chuletas, los estupefacientes, la homosexualidad, la literatura y las películas pornográficas. Negaron con la cabeza, pero el decreto era así, y para sorpresa de todos los presentes, el doctor Sear, en lugar de oponerse a él, había afirmado que comprendía y aprobaba la postura del rector; había dado instrucciones a celadores y policías para que protegieran a quienes se encontraban postrados en sus camas (como la señora Greene), y después había ido en persona a comprobar que todas las puertas del Departamento de Psiquiatría se abrieran de par en par. Muchos miembros del personal habían huido; los pasillos y las salas de espera, según nos informó Greene, eran un caos; los policías se habían visto obligados, en numerosas ocasiones, a disparar sus pistolas contra los violentos, en defensa propia. Del doctor y la señora Sear, Greene no había sabido nada más; tras sobornar a la policía para que duplicaran la protección ante la puerta de la señorita Sally Ann, había regresado, enfrentándose a un riesgo considerable, para advertirme del peligro.

—Y tu mami, también ella, aprobada sea —añadió—; no es culpa suya si está mal de la cabeza. Cada uno tiene el deber de cuidar a su mami. —Pero hizo una mueca de desdén dirigiéndose a Anastasia—. Que se queden con las que son como tú, a mí me da igual. ¡Es lo que te mereces!

Demasiado alarmada por las noticias como para hacerle caso a su insulto, Anastasia se dirigió a toda prisa hacia la sala de espera para comprobar si madre estaba a salvo, y entonces comenzó a ponerse ansiosamente su uniforme blanco.

—¡Pobres pacientes! —exclamó—. A lo mejor puedo tranquilizar a algunos.

Desde luego, la situación parecía peligrosa. Desde el vestíbulo llegaba el sonido de golpes y gritos enloquecidos. Un tipo, vestido con una bata blanca, entró en el despacho galopando de costado, rascándose debajo de las costillas y se puso a hacer pis sobre la alfombra que cubría todo el suelo.

—Ah, sí, bueno —murmuró mi madre. Él se lanzó hacia ella mientras yo me lanzaba hacia él, pero cambió de dirección al verme y saltó por la ventana, destrozando primero el cristal y destrozándose él después, ya que el despacho estaba situado a varios pisos de altura. Madre continuó tejiendo. Otros desgraciados pululaban cerca de la puerta.

—Echa el pestillo —le pedí a Greene. Él se puso rígido.

—Discúlpame, George. No pretendo ofenderte, pero no puedo ir en contra del rector de mi facultad natal, acierte o se equivoque. Lo único de lo que me arrepiento, en relación con mi alma mater, es de no tener más de una vida para dar por ella cuando...

—Entonces vámonos —dije, pues aunque estaba satisfecho de que Rexford hubiera seguido mi consejo, recordé el fiasco de Leonid en el zoológico nikolayano y

temí por nuestra seguridad. Mi dama protestó diciendo que, en primer lugar, era responsable ante sus pacientes, y Greene le contestó que las que eran como ella suponían una deshonra para su uniforme, dijera lo que dijera. Yo le pedí a ella que recordara que todos, en primer lugar, éramos responsables ante el Fundador —lo cual era como decir que cada uno era responsable de su propio aprobado, el cual no siempre puede lograrse por medio de obras de caridad— y le expresé a él mi deseo de que acompañara a la señora Stoker no sólo hasta que estuviera fuera del Hospital, sino durante todo el camino hasta la Central Eléctrica.

—¡No! —objetó Anastasia—. ¡Si todo se hace añicos, no me importan mis deberes! ¡Voy contigo! —Y Greene murmuró que yo no debería apartarlo de la cama de la señorita Sally Ann por ninguna zorra.

—Es por el bien de la señorita Sally Ann que tiene que ir —le dije—. Por el bien de todos los pacientes. Quiero que esta zorra vuelva a la Central Eléctrica; ahí es donde debe estar, para que no pueda aprovecharse de la gente indefensa. ¿Cree que podrá hacerse cargo de ella?

Anastasia comprendió mis motivos y protestó.

—Claro que podré —dijo Greene, y se limpió las manos con determinación en los pantalones.

—No, George, por favor... —dijo Anastasia.

—Es posible que trate de seducirlo —le advertí a Greene, por el bien de ella—. Es muy lanzada. No es como su hermana.

—George...

Entrecerrando los ojos con ferocidad, Greene la cogió del brazo.

—Tú, ven conmigo. Y no hagas zorrerías conmigo, caramba.

Con más delicadeza, yo cogí a mi madre por el codo. Cloqueando y sonriendo, ella metió el ovillo en el bolso y se levantó obedientemente.

—¡Por lo menos, dame un minuto para arreglarme el pelo! —dijo Anastasia. Su tono de voz había cambiado, ahora expresaba nuevamente resolución y astucia, al igual que su rostro. Supuse, no sin sentir cierta ambivalencia, que lo que antes se hallaba en conflicto —su deseo de afirmarse, como yo le había aconsejado, y su deseo de ir a la Sala de la Torre conmigo en vez de marcharse a casa con Greene—, ahora armonizaba a la perfección: intentaría sobornar a Greene ofreciéndole sus favores. Y aunque yo mismo la había instado a tomar la iniciativa, la punzada que sentí no se debía exclusivamente al peligro de que tuviera éxito y pudiera entrar al Estómago junto a mí. Para asegurarme de que no sentía celos ni envidia de Greene, le sonreí y le guiñé un ojo, como diciendo: «Te conozco a fondo y te deseo suerte».

Ella me vio y me entendió, estoy seguro, pero se quedó mirándome con frialdad.

—Ten cuidado con los chiflados —me aconsejó Greene.

Anastasia se alisó el pelo y deslizó el brazo remilgadamente por debajo del de él.

—No tienes huevos. Me alegro de que haya un hombre dispuesto a llevarme a casa.

Greene se sonrojó tanto como yo; me sorprendió su desacostumbrada ordinariéz y me dolió el insulto. ¡Sin duda, aquello era parte de su estrategia! Sin embargo, cuando fingí que reprimía una sonrisa, ella se volvió fríamente y le susurró a Greene algo al oído que no ayudó a que recuperara su color habitual. En el momento de despedirme de ellos, me vi recordándole, en contra de lo que pensaba que debía hacer, que si las cosas salían mal en el Estómago, quizá no volviera a verme nunca más.

—No me digas —dijo ella—. Adiós, entonces. Ah, Peter, ¿puedes abrocharme aquí atrás? Yo no llego. —Y volvió su encantadora nuca hacia él.

—Ejem —dijo Greene.

—¡Y me he dejado el bolso en la sala de espera, caramba! ¿Me puedes ayudar a buscarlo?

Muy confundido, hice salir a madre del despacho; y el cacareo femenino que oí a mi espalda y la tímida queja de Greene, que dijo, al cerrar la puerta, que no tenía por qué cerrar ninguna puerta, ya que eso iba contra las órdenes, me hicieron sentir una duda colérica que —¡pobre consuelo!— contribuyó a que pudiéramos salir sanos y salvos, pues cuando nos cruzamos con el primer loco, que iba ladrando, para su desgracia, lo embestí con tanta fuerza que cayó al suelo, llevándose consigo a un segundo orate, de modo que el camino hasta el ascensor quedó expedito. Y en el vestíbulo, donde enloquecidos estudiantes y miembros del personal docente de ambos sexos se columpiaban colgándose de las lámparas, hacían carreras en sillas de ruedas, se apareaban sobre la moqueta, cagaban sobre las máquinas de escribir o simplemente estaban ahí de pie, paralizados, con una actitud curiosa, me puse a repartir golpes con mi vara a diestro y siniestro, sin ninguna piedad, para abrirme paso en aquel alboroto y avanzar, cojeando lo más rápido posible, junto con mi madre. No podría haber explicado la causa de mi furia, ni haber dicho por qué, cuando se me ocurrió que el Amor y el Odio en realidad deben ser distinciones tan falsas como lo Verdadero y lo Falso, esa reflexión tan sagaz no me aclaró las ideas en absoluto, como tampoco tranquilizó mi espíritu.

Llamé al único taxi que había al lado de la puerta y le ordené al taxista que nos llevara a la Sala de la Torre. Se estaba poniendo el sol y los repartidores de periódicos pregonaban las noticias: «Los Tendidos Eléctricos se acercan: se teme que la revuelta esté próxima»; «Gran escándalo: Rexford pega a su señora». Esta información no me proporcionó ningún placer. Por medio de un pequeño altavoz que había en nuestro sidecar, nos enteramos de más novedades: los elementos llamados «moderados» estaban dimitiendo de sus cargos en la administración para protestar contra el reconocimiento que habían comenzado a recibir los extremistas por parte de Rexford; a Ira Héctor, por ejemplo, le habían ofrecido el puesto de Director de Finanzas, y Rexford no sólo había reconocido a Maurice Stoker como hermanastro, sino que se había ido a pasar el fin de semana con él en la Central Eléctrica.

—«Puede que sea necesario tener cerca a esa clase de gente», ha declarado un oficial tras presentar su dimisión, «como a los espías o a los sobornadores, pero no hay por qué expresar oficialmente que uno los aprueba...».

Los nuevos protectores de cabeza que les habían enviado a los guardias del Tendido Eléctrico, continuó diciendo el reportero, debían remediar los defectos de los cuellos «para estar sobre aviso» haciendo que los ojos de quien los llevara se orientaran hacia sus pies; pero mirar hacia abajo desde esa altura, por lo visto, hacía que los guardias se marearan, y la tasa de caídas seguía siendo tan alta como de costumbre.

—Qué carajo, además —dije, apagando el altavoz—. Suspender es Aprobar.

—Sobresaliente —dijo madre.

Hasta que no nos detuvimos delante de la Biblioteca, no me di cuenta de que no tenía forma de pagar la carrera. Miré al conductor, tratando de inferir si se mostraría caritativo, y me di cuenta de por qué era el único taxi que se encontraba frente al manicomio, cosa que antes había estado demasiado distraído como para percibir. Llevaba un uniforme blanco, sin cinturón ni botones; tenía un extraño brillo en los ojos, y sonreía alegremente. Alarmado, le ordené que detuviera la motocicleta.

—Parar la moto —graznó como un loro—. Parar la moto.

Cogió el manillar con firmeza y su rostro adoptó una expresión imperturbable. La Calle del Centro Comercial nos llevó, pasando por encima del bordillo, hasta la Plaza de la Sala de la Torre, que atravesamos entre grupos de estudiantes aterrorizados para incrustarnos en un seto de tejo que flanqueaba la entrada, donde el vehículo se detuvo. El motor se caló.

—Sí, bueno —comentó madre. El conductor se quedó sentado, erecto, tan sonriente como antes, aunque las ramitas de tejo le raspaban la cara y algunas incluso se le metían en la boca.

—Badad la boto —repitió. Ayudé a madre a salir y lo dejé iterando su mensaje ante la multitud que se había congregado a nuestro alrededor, cuya visión, comprensiblemente, me hizo sentir un ligero estremecimiento.

En la Biblioteca había más tranquilidad; ordené mis ideas y analicé la situación. Que mi dama y yo hubiéramos intercambiado nuestros roles en la sala de tratamientos —ella se había convertido en maestra y yo en discípulo— no me resultaba desagradable. Pero la actitud que había tenido al final me había dejado confuso, y detrás del torbellino que azotaba mi corazón se ocultaba un misterio más sereno pero impenetrable, que yo había notado brevemente en mis brazos: ¿qué era eso que miraba desde la óptica de aquel organismo vivo femenino y decía «Te quiero»? Y ¿a quién le hablaban esos sonidos? ¿A qué se referían? *Te. Quiero.* ¡La idea era tan absurda como oscura! No, no había conocido a fondo a mi dama, ni tampoco a mí mismo, y si ésa era mi enfermedad, todavía tenía que superarla; en realidad, mi enfermedad me había superado. Muy bien (me recordé cuando subimos a la Oficina de Catalogaciones; madre apretó el botón del ascensor por costumbre), entonces no

había conseguido hacer esa parte de mis deberes, ni siquiera en los términos en que yo los había interpretado, y Suspende es Aprobar. Pero la euforia había desaparecido, había desaparecido incluso la mera satisfacción, y comencé a sentirme desolado. Si por lo menos madre no estuviera loca, pensé, y Max no estuviera detenido (si es que todavía lo estaba, tras la amnistía): ¡qué bueno sería debatir el problema con ellos!

Pasamos por la habitación, llena de volúmenes, en cuyo centro se encontraba la vitrina del Pergamino vacía. Era sábado por la tarde y se acercaba la hora de cenar, por lo que sólo había unos pocos investigadores allí dentro. La puerta que daba al antiguo despacho de madre estaba cerrada, y en ella había un pequeño cartel que decía ARCHIVADO FUERA DE SERVICIO. Se me ocurrió que, de todos modos, yo no tenía ninguna razón clara para entrar ahí; era a Bray a quien buscaba; no, ni siquiera a Bray: al ORDACO. No, ni siquiera al ORDACO: lo que buscaba era la muerte. ¡Hasta tal punto me había hundido! ¡Y de qué forma tan inexplicable! Re-emplazar el Pergamino del Fundador, aprobar los Finales, enfrentarme en combate singular al ORDACO... Nada de eso tenía la menor importancia. Ni siquiera podía pensar; tenía la cabeza completamente ocupada por mi oscura dama. Había ido desde el Hospital hasta la Biblioteca por costumbre, como madre, siguiendo la orden de mi granmaestría del semestre de primavera. Canturreando, sacó una llave del bolso donde llevaba el material de tejido —alguien debía de haberse olvidado de pedirle que la devolviera— y abrió la puerta. La defectuosa consola que había en un rincón empezó a parpadear, como si se acabara de despertar.

—¿Quieres algo para leer?

—No... No, gracias, señora.

Ignoró la nueva placa de identificación —con un nombre ajeno— que había sobre su escritorio y se acomodó en la silla giratoria como si se dispusiera a trabajar, aunque las luces del despacho estaban apagadas y ella todavía tenía el abrigo puesto.

—Bueno, echa un vistazo y dime si quieres algo, hijito. No hay nada como un buen libro.

Me dio un vuelco al corazón y le di un beso en el pelo. ¡De nuevo, desde su inocente oscuridad, me había iluminado!

—Escucha con atención, mami —le dije—. ¿Puedes pedir el Pergamino del Fundador? Quiero volver a meterlo en su vitrina.

Todas las ideas pasajeras que había tenido antes con respecto a este punto de mis deberes dejaron paso a una verdadera inspiración: ¿Acaso Enós Enoc y otros cien catedráticos andantes, reales y ficticios, no habían enseñado con su ejemplo que el camino hacia las Puertas de la Graduación pasaba por el Infracampus? ¿Acaso mi respuesta, «Suspende es Aprobar», no era simplemente una forma epigramática de esa misma verdad? «Re-emplazar el Pergamino del Fundador» me había parecido, en primavera, el imperativo más sencillo y claro de todos, y pese a ello el más desconcertante, ya que el Pergamino no se había perdido. Y mi reacción ante él me

había parecido, incluso en su momento, la más errónea de mi granmaestría, aunque, desde luego, todas habían sido incorrectas. Resultaba adecuado, por lo tanto — ¡emocionantemente adecuado!—, que en esta ronda, por decirlo así, cuando hubiera «resuelto» los cinco primeros problemas cometiendo errores deliberados, la regla de la inversión se mantuviera también para el sexto, de modo que mi re-emplazamiento del Pergamino no sólo fuera fiable, sino que también tuviera un significado profundo. No había sido colocado fuera de su sitio, ésa era la cuestión, pero se encontraba fuera de su sitio ahora, ya que yo lo había emplazado incorrectamente la última vez que había estado allí, por lo que ahora podía re-emplazarlo. Las cosas tenían que estar perdidas antes de poder encontrarse, tenían que estar rotas antes de poder arreglarse, tenían que estar enfermas antes de poder estar sanas, tenían que ser opacas antes de poder estar claras... En resumen, ¡tenían que estar suspendidas antes de poder estar aprobadas! Era cierto que no podía discernir, en aquel momento, cómo esta visión tan lúcida podía aplicarse a lo de poner fin a la Disputa de la Frontera, que yo no había comenzado; tampoco era verdad que yo hubiera «arreglado» el reloj que había roto, por ejemplo, ni había logrado conocer a fondo a mi dama, pero estas dudas me parecieron poco relevantes, sombras proyectadas por el brillo de mi iluminación, y las dejé de lado. ¡Suspender era verdaderamente Aprobar! ¡No había un fiasco anterior, ni un triunfo presente! ¡La primavera hacía posible el otoño!^[22]

—Bueno, ejem —dijo madre, yendo hacia la consola—. El Pergamino del Fundador, ¿no? ¿Ése es el título?

—Sí. *El Pergamino del Fundador*.

Todavía aturullada por mi beso, se puso a jugar con sus horquillas y a toquetear los mandos del ARCHIVACO.

—... ador —murmuró, mientras apretaba algunos botones—. ¿Quién has dicho que es el autor, cariño?

Yo dudé un instante.

—El Fundador.

Ella no dudó.

—El Fundador. ¿No sabes el nombre de pila?

—Ése es su nombre completo, madre.

El ARCHIVACO parecía ronronear al sentir su tacto.

—Por favor, pasa a la habitación de al lado —dijo, todavía con el tono de voz que le salía en el despacho—. El volumen o los volúmenes que has solicitado se entregarán en la mesa de préstamos dentro de un minuto, aproximadamente.

En cuanto la tomé del brazo, abandonó esa actitud y adoptó una postura muy femenina, sonrojándose como una colegiala tímida. La consola del ARCHIVACO soltó un pequeño gruñido y después volvió a su anterior parpadeo letárgico.

—Vamos a la mesa de préstamos, madre.

—Ah. Bueno.

Pero al pasar al lado de la vitrina del Pergamino vacía, un doble escándalo nos sobresaltó: procedentes de la mesa de préstamos, que se encontraba en la habitación contigua a la Sala de los Catálogos, oímos unos chillidos femeninos a un tiempo alarmados y alegres; desde detrás de nosotros, junto a la puerta por la que habíamos entrado en primera instancia, nos llegó una voz masculina que transmitía un gran enfado.

—¡Ahí estás, suspendido seas!

Unos cuantos investigadores que buscaban, concentrados, en los archivadores de tarjetas, levantaron la cabeza.

—Hola, papi —dijo madre plácidamente.

Era, en efecto, Reginald Héctor, pero muy cambiado: el pelo que crecía alrededor de la coronilla le llegaba hasta los hombros; si antes iba siempre elegante y acicalado, ahora tenía todo el cuerpo marrón y nervudo, y cubierto por una piel de Angora; calzaba unas sandalias, y bajo el brazo derecho (aparentemente herido, pues se lo sujetaba con el izquierdo), llevaba un cayado de pastor de cabras, que trató de levantar con el brazo bueno mientras se acercaba. Entonces el recelo desplazó en mí a la sorpresa y me situé al otro lado de la vitrina.

—¡Profesor-general! —Una mujer joven, con gafas oscuras, entró a toda prisa desde la sala de al lado con dos montones de papel cortado en largas tiras blancas en las manos. Detrás de ella, por la rampa de la mesa de préstamos, aparecieron más papeles semejantes ondeando en el aire. Parecían serpentinas colocadas ante un ventilador—. ¡Gracias al Fundador que está usted aquí, profesor-general! ¡Mire esto!

La reconocí; era la recepcionista del profesor-general Héctor, que ahora iba sin uniforme y evidentemente trabajaba en la Biblioteca, quizá en el antiguo puesto de madre. No dio ninguna señal de sorpresa al ver el atuendo de su antiguo empleador, tal vez por que ya lo hubiera visto antes, tal vez debido a lo agitada que estaba. El profesor-general se quedó quieto, con el ceño fruncido y el cayado en lo alto. Madre chasqueó la lengua, nada perturbada. La joven mostró los trozos de papel enredados y gimió:

—¡Es el Pergamino del Fundador!

El exrector se agarró con fuerza el brazo herido.

—¡Qué zopencos dices!

—Sobresaliente —afirmó madre.

—¡El ARCHIVACO se ha vuelto loco! —gritó la joven—. ¡Todos estos meses, el Pergamino se encontraba en su interior, perdido, no se sabe en qué parte, y ahora lo está escupiéndolo así, en cintas!

La consternación cundió entre los investigadores: uno cogió uno de los trozos de papel, lo examinó y soltó un gruñido; otros fueron sin perder un instante a la Oficina de Catalogaciones para aporrear la puerta, que estaba cerrada, y aun otros se dirigieron a la mesa de préstamos, donde se apoyaban para dar saltitos con la vana esperanza de ver cómo la sabiduría del pasado salía hecha jirones.

—¡Tú! —bramó mi abuelo, poniéndome un puñado de papel delante de la nariz. Yo cerré los ojos, asentí y probé un bocado de aquellas ruinas.

—¿Qué hace? —chilló la recepcionista.

Madre sonrió con benevolencia y dijo, como si la estuviera interrogando un empleado de la Biblioteca:

—Sólo estoy mirando, gracias.

En aquel momento, un débil recuerdo de nuestras lecturas en el bosquecillo de tsugas debió despertarse en ella, ya que consideró oportuno comenzar a alimentarme con más trozos del Pergamino. Aunque yo no había almorzado nada en absoluto y estaba bastante famélico, ese viejo papel vitela me supo amargo, como el estiércol secado al sol de siglos desérticos, por no hablar de la angustia con que lo sazónaba, compuesta de dudas y desolación. Y es que o bien la visión que había tenido unos momentos antes era falsa, en cuyo caso me encontraba, como siempre, en la oscuridad, o bien era cierta, en cuyo caso, de acuerdo con mis propios criterios, estaba suspendiendo. ¿Para qué serviría devolver esos jirones a la vitrina del Pergamino? No dejaba de concebir la posibilidad de que suspenderlo todo, de acuerdo con mis propios criterios y también con los del ORDACO, podía ser una manera de darle a mi Respuesta un sentido más profundo; es decir, que el suspenso que realmente equivaliera al aprobado podría ser la incapacidad para comprender realmente que Suspende es Aprobar. Mientras masticaba, esa frase titiló en mi cabeza con una tenue luminosidad pero no me sirvió de consuelo. No, yo estaba tan enmarañado y hecho trizas como el Pergamino del Fundador. No me importaban nada el cayado del profesor-general Héctor (que se cernía sobre mis hombros) ni el susto de quienes nos miraban; no me importaba nada que las luces hubieran comenzado a parpadear de nuevo, como durante el desastre que había hecho en el semestre de primavera, denotando que había estallado otra crisis en los Tendidos Eléctricos; no me importaba que la facultad se encontrara en la anarquía, que los lunáticos y los repetidores deambularan sin control por los patios cuadrangulares. Lo único en que podía pensar, y me resultaba sumamente extraño, era en mi dama. Me la imaginaba debajo —no, encima— de Peter Greene, o de Maurice Stoker, o de Eblis Eierkopf, o de Lucky Rexford, en alguna lúbrica exhibición sobre el estrado de la Sala de Estar. No, no, en realidad no estaba con ninguno de ellos; o tras haberse apareado con ellos hasta el agotamiento, ahora se ponía de pie, con la boca abierta de amor, expulsaba de su cuerpo la simiente mezclada de ellos con un hábil movimiento y estiraba los brazos en dirección a quien estaba predestinado a ser su amante, que subía al estrado con los ojos brillantes y le cubría el cuerpo con su capa dura y negra. Y yo ya no sentía celos, no, sentía alivio; e incluso alegría por ella cuando la oía ahogar un grito de placer y sabía que estaba inseminada definitivamente con el germen del aprobado. Me quería morir.

—¡No te comas eso! —gritó un erudito, echando las zarpas a las tiras que me colgaban de la mandíbula como si fueran espagueti.

—¡Que se lo meta donde le quepa! —gritó mi abuelo—. ¡Independencia, lo llama! —Cogió su piel de Angora—. ¿Dónde están mis ayudantes? —preguntó, buscando con la mirada a su antigua recepcionista—. ¡Quitadme estos pelos suspendidos de encima!

—¿No estaban con usted en el establo, señor? —dijo ella.

—Ah, qué zopenco, me había olvidado de que les ordené que fueran ahí.

De repente se puso a la defensiva. Se volvió hacia mí y me preguntó cómo podía un solo hombre dedicarse a ordeñar a las cabras y vigilar a un semental joven como Triple T al mismo tiempo. Al oír ese nombre los ojos se me llenaron de lágrimas; tragué un buen trozo de Pergamino mascado y reblandecido y el resto se me cayó al suelo, de donde lo recogieron con ansia unos investigadores. Durante un momento, mi desesperación dejó paso a una emoción más dulce aunque no menos dolorosa.

—¿El Tom del Tommy de Tommy? ¿Ha estado con el rebaño, abuelo?

—¡No me llames abuelo! ¡Que el zopenco te suspenda! Si ese cabro no me hubiera machacado el brazo...

Trató de darme con el cayado a pesar de su debilidad; yo bajé la cabeza para recibir el golpe y morir como Tom de Redfearn, noble ancestro del cabro del que estaba hablando. Entonces oímos los gritos de la recepcionista y los demás espectadores, de los que ya se habían congregado unos cuantos, atraídos por el tumulto.

—Basta.

Una voz que me resultaba conocida penetró en el clamor y en mi corazón: dura, chasqueante, que tenía en sí el sonido que hace una pulga cuando se la aplasta con la uña del pulgar, o el de una pezuña rota cuando se apoya en el suelo. El olor de la asafétida, que había imaginado en mi visión impotente de hacía unos momentos, se extendía ahora débilmente por el aire real. Como la voz de Bray, procedía de la mesa de préstamos, hacia la que se dirigieron todas las miradas. Estaba de pie sobre el escritorio, como si lo hubiera excretado el ARCHIVACO. Era un Bray más alto y esbelto que el que había visto por última vez, menos hirsuto, más imponente y autoritario, con una voz y un olor más fuertes. La piel le brillaba como si se la hubieran barnizado y, como en mis ensoñaciones, ahora llevaba sobre su túnica blanca una capa negra y tiesa, como de tela de gabardina bruñida. Todos se quedaron en silencio. Mi abuelo resopló pero bajó el cayado. Madre hizo un sonido siniestro y sacó una aguja de tejer de su bolsa; todos los puntos se soltaron de golpe. Sin embargo, me permitió que la desarmara fácilmente, y le di unas palmaditas en la cabeza.

—Gracias, George —Bray bajó del escritorio y avanzó hacia el centro de la habitación.

—¡Mire esto, señor! —gritó un investigador viejo, humedeciendo con sus lágrimas un puñado de jirones de papel vitela—. ¡Está totalmente destruido!

Entonces todos empezaron a hablar a la vez: unos decían que la culpa era más mía que del ARCHIVACO, cuya primera avería también se había producido a causa de mi

programa de primavera; pero más bien era culpa de Lucky Rexford, decían otros, asumiendo que mi libertad y la de madre se debían a la suspendida amnistía general. La antigua recepcionista del exrector se mostró especialmente vociferante: había desconfiado de mí desde que me había visto por primera vez, le dijo a Bray (olvidando, supongo, que en aquella ocasión yo iba disfrazado de él), y sus sospechas se habían confirmado catastróficamente: al margen de mis delitos más conocidos, yo no sólo había hecho que mi madre se volviera loca, estropeado el ARCHIVACO y provocado que el Pergamino del Fundador primero se perdiera y después se destruyera; también era el responsable de la desgracia del más querido almamatriota de New Tammany, rector emérito y profesor-general retirado. No contento con haber destruido el Fondo Filofilosófico y, de ese modo, acercar a la facultad un paso más hacia el sindicalismo estudiantil (de cuya ideología afundadoril yo era sin duda un agente), por algún siniestro medio yo había logrado organizar el traslado de su antiguo director, el más grande de todos los profesores-generales y el más considerado de todos los empleadores, que había tenido que abandonar el Gran Centro Comercial y todos los puestos honoríficos para dedicarse al cuidado de un montón de cabras malolientes, probablemente en represalia por el merecido castigo que se le había impuesto a Max Spielman, ese «pedagogo progre», ese traidor.

—Ahí, ahí —murmuró el profesor-general, sonrojándose, lleno de gratitud, y dándole a su antigua empleada unas palmaditas con su mano buena, primero en el trasero, encorsetado e indignado, y después, refrenándose, en la espalda, como si fueran compañeros de clase.

—Sobresaliente —dijo mi madre, impresionada, me pareció, por el tono sincero e iracundo de las acusaciones de la mujer y mirando a Bray como si hubieran sido dirigidas a él. Se elevó un murmullo entre la concurrencia, se oyó el sonido de las cámaras de fotos al disparar y sus portadores maldijeron la escasez de lámparas de flash, de lo cual la acusadora también me responsabilizó a mí. Sólo los investigadores no nos prestaban atención; apoderándose de los fragmentos y jirones que habían llegado hasta la Sala de los Catálogos, se retiraron a la mesa de préstamos para rescatar el resto. La curiosidad había reemplazado al desaliento. Bray escuchó las acusaciones pacientemente, sin expresión alguna, como si no supusieran ninguna novedad, y yo, con indiferencia. Lo único que me resultó enojoso fue el hecho de que insultara al rebaño. Entonces él levantó la mano para imponer el silencio.

—La marcha del profesor-general Héctor a los establos de las cabras fue por decisión propia —dijo—. No quería estar «en deuda con ningún ser humano», creo que me dijo. ¿No es cierto, señor?

A regañadientes, mi abuelo admitió que lo era; supongo que también lo había motivado el deseo de no verse obligado a dar consejos, ni siquiera malos consejos. Sólo los profesores-generales mediocres, afirmó, no sabían cuando debían retirarse, y no quería negar que sus objetivos —la independencia absoluta y la total autosuficiencia—, que hasta entonces había considerado sinónimos, habían resultado

ser contradictorios. Al hacerse cargo del rebaño sin la asistencia de sus ayudantes, dependía completamente de sí mismo, lo cual era una dependencia tan opresiva y que le llevaba tanto tiempo que no tenía ninguna oportunidad para «ser él mismo». Aislado de sus compañeros de clase y de su personal, ocupado de la mañana a la noche con los cuidados de las cabras, la preparación de su propia comida, la limpieza y el acondicionamiento de los establos e incluso la manufactura y la reparación de su ropa, apenas tenía tiempo para liarse un cigarrillo, y mucho menos para proclamar su independencia y disfrutar de su individualismo.

—Y eso era cuando tenía dos manos —dijo.

—¡Pobrecito, señor! —exclamó la recepcionista, tocándole el brazo lesionado—. Deje que se lo ate bien.

Pero él no le dio permiso, afirmando que él mismo se vendaría la herida, como había hecho más de una vez en época de revuelta, en cuanto localizara a los holgazanes de sus ayudantes, de quienes, evidentemente, era una locura depender; compadecía a las cabras, ahora que se acordaba de que había enviado a sus ayudantes a ocuparse de ellas en su lugar. Pero no: ¡Que el zopenco suspendiera a esas bestias malolientes!

—Entonces usted no está en deuda con el niño-cabra por esa idea —volvió a preguntarle Bray—. ¿Verdad?

—Yo tomo mis propias decisiones —masculló el exrector—. No escurro el bulto. Asumo lo que me corresponde. Un oficial es responsable de los errores de sus subordinados.

Aunque estaba muy confundido, me conmovió su sentido del honor y me disculpé por el consejo que él ahora negaba que yo le hubiera dado, y estuve de acuerdo con que había sido un error, si bien por motivos distintos de los que aducía él.

—Cada uno debe hacerse cargo de sí mismo —dijo secamente.

—¡Escuchen, escuchen! —lo aplaudió su antigua recepcionista, cogiéndolo por el brazo bueno y mirándome, desafiante, a través de sus gafas, como si me hubieran puesto en mi sitio. Me volví hacia Bray y le expliqué, con un nuevo respeto mezclado con viejo resentimiento, el defecto que había descubierto en el certificado que le había hecho a Reginald Héctor: al interpretar que la cita «Ninguna clase aprobará» significaba que su famosa autosuficiencia era la llave con la que mi abuelo podría entrar en las Puertas de la Graduación, lo había instado a cortar con la dependencia no reconocida que, a lo largo de toda su vida, lo había unido a su hermano, el Viejo del Centro Comercial, y a que se ocupara él solo de las cabras. Pero ahora veía no sólo que era más dependiente que nunca, sólo que dependía de sí mismo en vez de depender de Ira y de sus asistentes, sino también que mi consejo era contradictorio consigo mismo: había supuesto que Aprobar (al menos para Reginald) dependía de la independencia, mientras que para ser coherente consigo mismo debería ser independiente de la independencia.

—¡Y un huevo! —dijo mi abuelo.

—¿Podemos citarlo textualmente, señor? —le preguntó un reportero, pero se apartó al ver a la antigua recepcionista, que había tomado posesión del cayado de su antiguo empleador y lo blandía amenazadoramente.

Tal vez Bray sonriera.

—Me parece que el señor Ira Héctor tiene la intención de restaurar el presupuesto del Fondo Filofilosófico. De hecho, lo va a duplicar... —Esta declaración causó un gran revuelo entre los testigos y los reporteros que habían logrado abrirse paso hasta la escena, o quizá hubieran llegado con Bray—. ¿Tú sugerirías que el rector Héctor le solicitara a su hermano que le reasignara el cargo de director?

—Yo no acepto favores de nadie —le espetó el profesor-general, pero era evidente que la propuesta no le parecía mal del todo, ya que añadió, soltando un gruñido—: Además, Ira se ha ido al garete, por lo que he oído. Probablemente me rechazaría. ¡Pero no es que vaya a ir a suplicarle, ojo!

Le aseguré que si lo que decía Bray sobre el Fondo Filofilosófico era cierto, entonces Ira había rechazado mi anterior consejo, como le había aconsejado hacer recientemente, y podía contar con que le restituiría su cargo.

—Yo no me fiaría mucho de ése, señor —dijo la recepcionista.

—Creo que en esta ocasión puede contar con su nieto —intervino Bray con su característico chasquido. No pude evitar que su apoyo me sirviera de consuelo, no sólo por el bien de mi abuelo, a quien hacía ya tiempo que había perdonado su intento de nepocidio y sólo deseaba lo mejor, sino también porque, como indicaban las palabras de Bray, parecía tener más confianza en mí de la que yo había tenido durante el último cuarto de hora.

—¿Mi nieto? ¡Y un cuerno! —dijo el profesor-general—. Ningún serista barbudo puede ser nieto mío. Y si lo es, lo repudio.

—Sobresaliente —dijo madre, felizmente ignorante.

Bray levantó los dos brazos, extendiendo su capa de una forma impresionante, y se dirigió a toda la concurrencia:

—Ahora escuchad esto —exigió—. George Giles, alias el niño-cabra de la Colina Agrícola, alias Billy Bocksfuss, ha salido esta mañana de Detenciones Principales y ha quedado en libertad a petición mía. Creo que es el verdadero, el auténtico GILES.

Su dictamen fue seguido por una gran conmoción: los reporteros salieron corriendo a llamar por teléfono, mi abuelo y su antigua recepcionista fruncieron el ceño y ahogaron un grito, respectivamente, y madre lloró y besó el dobladillo de la capa de Bray. Yo no dejé de sospechar de él, pero me dio un vuelco al corazón.

—Sin embargo —continuó Bray—, puede que sea un Gran Maestro o puede que no. —Los reporteros se detuvieron de inmediato; todos parecieron tranquilizarse, incluido yo mismo, ante la posibilidad de que fuera falso—. Ahora escuchad esto, compañeros de clase y discípulos: hicisteis lo correcto cuando lo linchasteis en primavera, pero yo también hice lo correcto cuando interrumpí el linchamiento, y en concederle, ahora, un perdón a prueba. Ésta es su oportunidad para redimirse por sus

antiguos errores, para terminar de hacer sus deberes correctamente y para comprobar la veracidad de la Respuesta que afirma haber descubierto. Muy pronto él y yo entraremos de nuevo en el Estómago del ORDACO, pero esta vez sin máscaras, y veremos quién sale sin haber sido comido. Quizá salgamos los dos; quizá ninguno. O quizá George Giles sea el verdadero Gran Maestro, y el que suscribe sea falso...

Estalló un coro de noes, y él lo aplacó con un gesto de la mano; evidentemente, su popularidad no había descendido fuera de mi pequeño círculo de conocidos. Madre siguió arrodillada delante de él como si todavía me estuviera alabando. La antigua recepcionista, con amargura pero no sin respeto, objetó que mi segundo día en el Gran Centro Comercial, por lo que se había visto, estaba siendo por lo menos tan desastroso como el primero. No había más que mirar lo que le había hecho al Pergamino del Fundador...

—Decía en sus deberes que tenía que re-emplazarlo —dijo Bray con mucha tranquilidad—. Pero ¿cuál es el origen del Pergamino del Fundador? No es el Fundador, quien sin duda lo inspiró, sino las mentes y los corazones de Sus protegidos, es decir, de la estudiantía. Si un Gran Maestro se come Sus palabras, ¿acaso Él no está alimentándose a Sí mismo consigo mismo?

La mujer se quedó en silencio, si bien no satisfecha. Mi abuelo me dedicó una mirada torva, pero vacilante. Yo escuchaba la disculpa de Bray con interés, pues aunque no recordaba que había sido él quien había ordenado que sonara el silbato de COMER y quien había interrumpido el linchamiento, aunque conocía su motivo oculto para dejarme en libertad, y aunque no tenía la intención de someterme al examen del ORDACO por segunda vez, su defensa del punto sexto de mis deberes era ingeniosa y la estaba exponiendo con gran claridad. Además, la conocida frase «comerse uno sus palabras» daba pie a otra interpretación, al margen de que él la estuviera sugiriendo o no. ¿En qué había consistido mi día si no en eso?

—Pensad también —les ordenó Bray— que el ARCHIVACO hizo trizas el Pergamino en un esforzado intento por archivarlo al mismo tiempo en muchas categorías distintas, como creo que George Giles lo instruyó para que hiciera la primavera pasada. Pero ahora él niega la existencia real de todas esas categorías, de todas las categorías. Según sus enseñanzas actuales, la distinción entre un libro y otro, y entre libros y no libros, es ilusoria, en la medida en que el Fundador es uno y el Fundador lo es todo. Es posible que el hecho de que haya destruido e ingerido parcialmente el Pergamino del Fundador sea una tentativa de ejemplificar esas enseñanzas. También es posible que no.

Me impresionó mucho este análisis, así como lo sorprendentemente bien que Bray había comprendido mi postura, teniendo en cuenta que sólo contaría con unos pocos datos y observaciones acerca del trabajo que había llevado a cabo aquel largo día. Los demás no parecían tan convencidos, pero se mostraron respetuosos con la magnanimidad y las habilidades explicativas de Bray. Yo me fijé en él con atención,

en busca de algún indicio de que me estuviera preparando una artimaña, pero no encontré ninguno.

—Entendedme —concluyó—. Yo no digo que éste sea el caso, ni que las enseñanzas de George Giles sean mis enseñanzas... —Se oyó un murmullo de aprobación—. Pero ¿deben los alumnos corregir y disciplinar a sus profesores? Y hasta que hayamos entrado y salido del Estómago sin máscaras, ¿quién se atreve a decir quién es el alumno y quién es el profesor? —La expresión de su rostro pareció volverse triste, y las palabras que pronunció a continuación me conmovieron: el hecho era, declaró, que la estudiantía juzgaba inevitablemente a sus Maestros, y por no estar al nivel de los Maestros, los juzgaba inevitablemente de un modo equivocado, motivo por el cual en el Pergamino del Fundador estaba escrito: «Un profesor de Profecía nunca obtiene un cum laude en su propio patio cuadrangular». Que esto fuera así era un defecto de la estudiantía, pero no había manera de remediarlo: formaba parte de la condición estudiantil que uno se viera obligado a honrar a sus Maestros si los consideraba auténticos o a condenarlos si los consideraba falsos, y sin embargo, nadie podía pronunciar auténticamente un juicio tal salvo un auténtico Gran Maestro. ¿Había dicho que la estudiantía necesariamente juzgaba de manera errónea? Lo cierto era que los estudiantes podían honrar lo auténtico y condenar lo falso con la misma facilidad con que podían hacer lo contrario, pero en ambos casos juzgaban desde la ignorancia. Pero ¿había dicho «con la misma facilidad»? No, no con la misma facilidad, ya que lo falso con frecuencia resultaba más satisfactorio que lo auténtico; de lo cual se seguía que los auténticos Grandes Maestros eran, de un modo casi invariable, condenados por considerarse falsos, y los falsos eran celebrados por considerarse auténticos, aunque no siempre.

—Reuníos en la salida del Estómago —los exhortó—. Dentro de un rato me pronunciaré sobre George Giles, y él sobre mí, y el ORDACO sobre los dos. Y por lo que puede saber la mera estudiantía, uno de los dos puede pronunciarse falsamente, o erróneamente; o puede que lo hagamos los dos, o ninguno. Porque un Gran Maestro falso no es más sabio que sus discípulos y, en su ignorancia, puede creer sinceramente que es lo que no es, o lo que, de manera suspendida, finge ser. ¡E incluso el ORDACO puede equivocarse! ¿Qué es el ORDACO para estar exento de errores? ¿Por qué no iba a poder proteger y ratificar al GILES —de un modo auténtico, falso o equivocado—, o confundir a un GILES falso con el verdadero, o elegir, debido a una confusión, una cierta preferencia o un error, a un GILES que no sea un Gran Maestro y no a un Gran Maestro que no sea el GILES, o cometer cualquier otra variedad de error de juicio que podáis imaginar, o no pronunciarse en absoluto? ¡Id a la puerta del Estómago y esperad! Mirad quién sale, escuchad lo que dice y después creed y haced lo que os parezca. Es muy probable que os equivoquéis, pues ya está escrito en el Pergamino del Fundador: «Muchos son los que se presentan a los Finales, pero pocos son los que se gradúan». Queridos, queridos compañeros de clase: ¡los suspendidos siempre superarán en número a los aprobados! Sobresaliente.

—¡Sobresaliente! —repitieron muchos de los que lo escuchaban, y aunque la manera en que Bray había elucidado su apurada situación quizá los hubiera dejado consternados, todos se dispersaron obedientemente excepto los periodistas, que se quedaron para ver lo que pasaba. Bray ayudó a mi madre a levantarse, y escuchó con gentileza su parloteo sobre el aprobado nieto que creía que llevaba Anastasia en el útero.

—Sí —le dijo él, quizá yendo demasiado lejos—. Eso ocurrirá, señora. Sin duda.

A continuación le encargó que se ocupara de su padre, a quien también dio la bienvenida al Gran Centro Comercial, diciendo que el rectorado bien pudiera necesitar su intermediación en los próximos cursos, a la vista de la abdicación de responsabilidades que había hecho Lucius Rexford.

—Juventud imberbe —murmuró mi abuelo, sin mucha coherencia—. El Fundador sabe adónde iremos a parar. ¡Niños mimados! Si quieres que algo se haga bien, tienes que hacerlo tú mismo.

Bray le dio una palmadita en el hombro y le pidió que pensara bien en lo que yo le había recomendado con respecto a la dirección del Fondo Filofilosófico. Entre las múltiples ventajas de recuperar el cargo, tendría la oportunidad de volver a contratar a su antigua recepcionista. Después se volvió hacia mí.

—¿Entramos en el Estómago, compañero?

7. APRUEBA LOS FINALES Y PRESENTA SU CARNÉ DE IDENTIDAD, ADECUADAMENTE FIRMADO, A LAS AUTORIDADES COMPETENTES

Aunque su aliento era nauseabundo incluso para mis tolerantes narices, me dirigí a él con toda la humildad que pude hacer compatible con una actitud digna.

—Como ya sabe, doctor Bray —le dije—, yo antes pensaba que usted era un impostor suspendido. Ya no creo que sea suspendido.

—Pero sí un impostor, ¿verdad? —inquirió, creo que tomándose mis palabras a la ligera—. No importa. ¿Es cierto que ya no te consideras un Gran Maestro? Podrías hacer una declaración pública al respecto, ¿sabes?, y así no tendrías que meterte en el Estómago. Si te digo esto es sólo porque me preocupa tu seguridad; no te guardo ningún rencor.

Le creí. Lo cierto era que no tenía motivos para considerarme un rival, ni en relación con su cargo ni en relación con Anastasia, cuyos favores yo no deseaba obtener. Pero cierto orgullo que había permanecido en mí me impidió hacer lo que me había sugerido. Él podría no ser lo que afirmaba ser, le dije, pero no era simplemente un impostor, como yo había sostenido con anterioridad; tenía algo especial, aunque no pudiera decir qué era. Y aunque era verdad que yo ya no me consideraba un Gran Maestro, no dejaba de ver la posibilidad de que esta opinión, como otras que había defendido, fuera errónea, o de que en el fondo de mi corazón yo la siguiera manteniendo, junto a la convicción de que Suspende es Aprobar.

—Ah —dijo él—. ¡Entonces, al Estómago, sin dudar!

Entonces le expliqué que, aunque no tenía miedo de que el ORDACO decidiera COMERme —cosa que era muy probable—, no le reconocía el derecho a examinarme, ni a nadie más; ese derecho era exclusivamente mío, por motivos que le expondría de inmediato pero que no me parecía que fueran asunto de la prensa popular. Para disgusto, pues, de los reporteros (algunos de los cuales afirmaron abiertamente que se vengarían de mí), nos dirigimos hacia el vestíbulo principal de la Sala de la Torre, donde, como aquella fatídica noche de hacía unos cursos, una multitud se había congregado bajo la luz parpadeante, con una angustia alimentada por toda clase de rumores alarmistas. Bray los instó también a ellos a que esperaran a la salida del Estómago; a continuación, los dos tomamos el ascensor especial que iba hasta la Boca del ORDACO, un ascensor que ahora se encontraba protegido por un escuadrón de cadetes de los Cuerpos de Operaciones Especiales, todos vestidos con uniformes de revuelta, pues se había decretado el estado de emergencia general.

—¿Qué estabas diciendo? —me preguntó Bray, absolutamente tranquilo, y apretó el único botón. Bajamos por el oscuro hueco. Durante el descenso, y en la antecámara iluminada por una luz roja, le expliqué cómo había trabajado en mis deberes aquel día y cuáles eran mis intenciones en aquel momento. Lo hice con voz neutral, sin buscar

su aprobación ni incitarlo a discutir. Le describí las circunstancias en que se encontraban Max, Leonid, Croador, Stoker, Peter Greene, Ira Héctor, el rector Rexford, el doctor Eierkopf, el doctor Sear y Anastasia, le conté los nuevos consejos que les había dado y en qué me había basado para darlos y le transmití mi confianza en que, al haber quedado confirmados ya los defectos y errores de todos ellos, fueran candidatos al aprobado.

—Entiendo —dijo Bray—. Y ahora, ¿presentamos nuestras credenciales?

Ésa era otra cuestión, afirmé: era tan incoherente con la Respuesta permitir que el ORDACO analizara mis credenciales como interpretar los deberes o los Finales en sus términos. Mi carné de identidad estaba en blanco, prácticamente, y el débil GEORGE que una mirada atenta podría discernir serviría, desde mi punto de vista, para identificar a alguien como *Padre* o *Examinador* o *Yo*: yo no me llamaba George cuando había nacido; no tenía ningún nombre. Me había inventado a mí mismo del mismo modo en que había elegido mi nombre, y no presentaría mi carné (ya «adecuadamente firmado») más que a mí mismo, cuando hubiera reprobado los Finales.

—¿Reprobado o aprobado?

—Voy a suspender al ORDACO —dije—. ¿Dónde está el enchufe? Lo voy a desconectar.

Me dio la impresión de que Bray sonreía mientras se acercaba a la consola escaneadora situada entre los estantes llenos de cintas.

—No seas tonto, George; no hay ningún enchufe. Tendrías que cortar los Tendidos Eléctricos, o provocar un cortocircuito en ellos. Pero ¿de verdad crees que vale la pena tomarse tan en serio al ORDACO? Si es sólo un símbolo.

Podría haber cuestionado esta afirmación: ¿Acaso a mi madre la había dejado preñada un símbolo? ¿Era un símbolo lo que se había comido a los amaterasus y a G. Herrold, y muy probablemente dentro de poco me comería también a mí, si no a la Universidad entera? ¿Lo que contenía en su sistema de circuitos todos los sueños y definiciones que engañaban a la estudiantía haciéndola creer en su propia existencia y en la realidad de su suspenso? ¡Pues vaya símbolo! Pero Bray chasqueó la lengua mientras pulsaba diversos botones de la consola y me hizo dejar de lado todas estas objeciones al recordarme que, como el ascensor ya había vuelto a subir automáticamente, no había ninguna manera de salir de la Boca más que a través del Estómago, y ninguna manera de entrar en el Estómago, por lo que él sabía, más que siendo admitidos por el ORDACO, para lo cual debía inspeccionar nuestras credenciales.

—¿Por qué no metes tu carné en la ranura? —me sugirió—. Eso no te compromete a nada, sobre todo porque has borrado las firmas. Es una manera tan buena como cualquier otra de desafiar al ordenador, ya que te lo tomas tan en serio. El mío ya está dentro.

Yo no lo había visto insertarlo, pero no importaba. Introduje mi carné en la ranura deliberadamente boca abajo y al revés en relación con la forma en que lo había presentado en primavera.

—A mí me parece de lo más razonable —dijo Bray, accionando la palanca lateral — que la naturaleza del carné no influya en la apertura de la portilla, sino que determine lo que suceda después. Si fuéramos agentes nikolayanos, por ejemplo, me imagino que la portilla se abriría, pero después el ORDACO nos COMERÍA. ¿No estás de acuerdo?

Yo estaba demasiado desconcertado por la ampliación de la portilla, semejante a un diafragma en iris, como para responderle. Traté de pensar en mi dama; me pareció apropiado para los que podrían ser mis últimos momentos en el campus, pero mi mente y mi corazón estaban en blanco, como mi carné de identidad; si acaso la imagen de Anastasia se me apareció, la contemplé sin ninguna clase de emoción. No ocurrió nada. Bray me pasó mi carné, que la consola había expulsado en vez de proporcionarme una tarjeta de entrada, aunque esto no era más que una suposición, ya que no hicimos ninguna pregunta. Mientras me lo guardaba en la bolsa, él señaló que la portilla de salida estaba igualmente acorazada; por ende, ay, no tenía más remedio que contestar a las preguntas del ORDACO, asumiendo siempre que no decidiera COMERme antes de planteármelas. Por supuesto, yo era libre de darle respuestas «falsas» si así lo quería, para poner de manifiesto mi desprecio por el examinador o mi convicción de que Suspender es Aprobar. Bray también suponía que podía optar por no apretar ningún botón, aunque no podía evitar imaginarse que, en tal caso, me quedaría en el Estómago para siempre.

No puedo recordar si me sentí disgustado al descubrir este impedimento para mis planes, ni si sospeché que Bray al final me había liado para que los cambiara, ni si me pregunté cómo haría él para salir del Estómago. Tampoco me importaba, como antes, si él iba a venir conmigo o se escaparía, por medio de alguna estratagema desconocida para mí, sin pasar el examen. Entré a través de la portilla y me lancé por el tubo de entrada hacia la cálida sala oscura de esponjosas y palpitantes superficies. Bray cayó detrás un instante después, chocando contra mí; lo identifiqué por su hedor. Nos quedamos en silencio. Avancé, apoyándome en mi vara, hasta la pequeña pantalla, que ya estaba fosforescente y mostraba la pregunta ¿ERES HOMBRE O MUJER? Serían, por lo tanto, las mismas preguntas que la otra vez. Se me ocurrió contestar *Sí*, como la primavera pasada, razonando que todas aquellas respuestas, como quien las había ideado, habían estado necesariamente equivocadas, y Suspender es Aprobar. Pero lo pensé mejor y decidí contestar siguiendo de un modo más estricto mi nuevo punto de vista, que en sí mismo era un rechazo implícito de la autoridad del ORDACO y de los presupuestos de su terminología. Por lo tanto, busqué y pulsé el botón de la izquierda —el *No*, si las instrucciones que me había dado Bray eran correctas y las recordaba bien y la botonera no había sido invertida ni alterada de ninguna otra forma en el ínterin—, ya que ¿que eran *hombre* y *mujer* sino las más odiosas de todas las

falsas polaridades en las que la razón de los estudiantes de grado se enredaba en su búsqueda de la Verdad?

Creo que Bray soltó un suspiro, o quizá fuera el chapoteo de mis pies en el revestimiento de la sala cuando me acerqué para contestar.

¿HAS TERMINADO TUS DEBERES DE INMEDIATO,
SIN PERDER TIEMPO?

Contesté al momento que sí, por el triple motivo de que había puesto en su sitio el Reloj de la Torre, de que el paso del tiempo era en cualquier caso una suspendida ilusión y de que, como Suspende era Aprobar, el hecho de que yo no terminara mis deberes, la otra vez o ésta, no era, en última instancia, diferente de lo que hubiera sido terminarlos. Pero reflexioné un instante más y apreté el otro botón para cambiar mi respuesta, pues desde un punto de vista más amplio, no había un *yo* que pudiera terminarlos distinguible de unos *deberes* que hubiera que terminar en la Universidad atemporal y continua, la cual a su vez etc. El mismo razonamiento me condujo, no sin cierta inquietud a pesar de mis convicciones, a pulsar NO cuando apareció el epíteto GILES, HIJO DEL ORDACO, puesto que no sólo GILES y ORDACO eran distinciones tan espurias como *hijo* y *padre*, sino que, bien mirado (aunque, a fin de cuentas, a través de las lentes definitivamente falsas del razonamiento estudiantil), el espécimen eugenésico del cual yo era el producto había sido extraído, por decirlo de algún modo, de toda la estudiantía, de la que por lo tanto yo era el vástago; el papel del ORDACO había sido el de un mero instrumento inseminatorio, una herramienta del cuerpo estudiantil. Me preparé para ser comido, y no lo fui.

¿DESEAS APROBAR?, me preguntó al fin el ordenador; me había preparado para esa pregunta básica y definitiva y, con los ojos cerrados y conteniendo la respiración, contesté No y otra vez No, y No No No No No, como si le estuviera clavando, cada vez que pulsaba violentamente el botón, la estaca de mi rechazo al ORDACO en el corazón. La pantalla parpadeó al primer golpe y echó chispas con cada uno de los otros; la maquinaria que había detrás de las paredes comenzó a rugir y a convulsionarse, haciéndome caer al suelo, primero, y después lanzándome contra la salida, cerrada herméticamente. Oí un gruñido; debía de ser Bray. De hecho, me dio la impresión de que había llegado a mi fin, pues aunque todavía no sentía unos rayos que me atravesaran el cerebro ni nada semejante (así me imaginaba que sería el dolor provocado por la multiplicación electroencefálica), vi rayos y centellas en ambas portillas, que se abrieron de golpe; un olor inmundado, como a goma quemada, se extendió por el Estómago, y sus paredes empezaron a contraerse para atraparme como la camisa de fuerza de Bill, sólo que doblada. Pero antes de que pudiera dar un grito de desesperación, o encomendarle mi mente dos veces suspendida al Fundador, una convulsión de aquella maloliente sala me expulsó, con un gran estruendo y el trasero por delante, por la portilla, al exterior. Caí sobre el suelo helado. Un segundo

estallido trajo a Bray a mi lado. Después, la portilla, en lugar de cerrarse, se quedó completamente abierta, quieta, mientras un humo salía silenciosamente por ella. Unas chicas de colegio mixto chillaron y se agarraron a sus acompañantes. Las turbulencias no se limitaban al ORDACO: todas las farolas que se veían detrás de la Sala de la Torre estaban echando chispas; destellaban más de lo normal y después se apagaban como una lámpara de fotógrafo. Los miembros de los equipos de Telerama juraban e iban a toda prisa de un lado para otro, regalándole linternas a la gente. Dos de ellos se nos acercaron con un micrófono en ristre mientras me levantaba (Bray había caído de pie), todavía aturdido por la fuerza de la eyección, lo confusa que era la escena y el hecho de que una vez más, evidentemente, había salido sin que el ORDACO me comiera. En esta ocasión no sonó ningún himno; la multitud estaba demasiado alarmada como para cantar.

Al primer reportero que llegó a nuestro lado, Bray le preguntó qué problema había, y aquél explicó que los Tendidos Eléctricos del Campus del Este y del Campus Occidental, según la escasa información que llegaba, se habían tocado en algún punto, o tal vez los hubieran acercado tanto que había surgido entre ambos un arco voltaico, produciendo un cortocircuito, que quizá fuera sólo temporal, en toda la Centra Eléctrica y causando unos daños al ORDACO y al campus en general que por ahora nadie había podido evaluar.

—Entiendo —dijo Bray, sin alterarse. Entonces nos iluminó un generador móvil, y mientras yo trataba de valorar mi situación (cuál era el balance de los acontecimientos del día, y qué debía hacer a continuación), él le cogió el micrófono al hombre y pidió que le prestaran atención.

—¡Escuchen esto, damas y caballeros! ¡Escuchad esto, discípulos y compañeros de clase! ¡George Giles, el niño-cabra, de manera voluntaria y según él mismo ha admitido, ha suspendido todo!

Un grito de enfado surgió de la muchedumbre, pero cuando se disponían a venir a por mí, Bray les ordenó que se quedaran quietos y se situó a mi lado, pidiéndome cordial y discretamente que le prestara mi vara para llevar a cabo un ritual breve pero necesario. Yo comprendí: como antes me había proclamado aprobado y él me había suspendido, ahora que admitía que estaba suspendido, él me aprobaría y me daría un certificado ante el cuerpo estudiantil, e incluso me armaría Gran Maestro dándome un golpecito con el bastón en cada escápula, afirmando que ésos eran los deberes que tenía que hacer en este campus (como me había dicho en marzo, cuando todo había salido mal) y eso era lo que explicaba que hubiera sobrevivido. Desde luego, no todo estaba claro; era cierto que tenía numerosas dudas y preguntas, pero mi corazón afligido comenzó a vibrar como vibraba la multitud ya provista de linternas. Desde luego, era yo y nadie más que yo quien debía decidir cuál era mi posición, mi estado y la política que iba a seguir, cuando las circunstancias me permitieran tener un momento de reflexión; en cualquier caso, tanto si había aprobado al suspender como si, por haber aprobado de ese modo, estaba suspendido, una certificación pública no

podía hacerle ningún daño a esa paradoja y tal vez sirviera, en esa arriesgada hora, para tranquilizar a la masa, para la cual era mejor expresar las verdades complejas con lemas sencillos, con ritos sencillos. Le entregué mi vara.

—Gracias —dijo Bray—. Por favor, arrodíllate. —La multitud guardó silencio, al igual que mi espíritu, amarrado en una camisa de fuerza de contradicciones de la cual no era imposible que me liberara al fin un mero toque de la vara. Me arrodillé.

—Así es como debe ser —dijo Bray, y me dio un golpe tremendo. Entonces, mientras yo respiraba con dificultad (me había dado en plena espalda; si no, me habría destrozado la cabeza), afirmó por los altavoces—: George Giles, el niño-cabra, causa y encarnación de todos nuestros males: por este acto, se te niega la admisión al cuerpo estudiantil. Sin posibilidad de optar a la libertad condicional, ni a la reinserción, y sin posibilidad de pedir clemencia. Serás deportado a los establos de las cabras de inmediato y para siempre. —La muchedumbre gritó, expresando aprobación. Yo todavía estaba estupefacto y me tuvieron que levantar—. Mañana por la mañana —les anunció Bray— iré a la Colina del Fundador para hacer ciertos milagros con ocasión de la ejecución prevista para entonces, que todos estáis invitados a presenciar. Ahora me retiraré al Estómago del ORDACO para meditar, pero en breve saldré a la luz, ascenderé al Campanario y engendraré un hijo. —Hizo una pausa—. El niño-cabra es vuestro.

Cada una de estas extraordinarias declaraciones fue saludada con entusiasmo y asombro. Tras la última de ellas, la muchedumbre se lanzó hacia mí, sin hacer caso a la sentencia que me correspondía en realidad, y no vi más a Bray. Me arrancaron el uniforme de recluso, tal vez deliberadamente, tal vez en el tira y afloja general. Mis atributos masculinos, encogidos por el frío, fueron objeto de groseras burlas, y yo recibí golpes, sobre todo en la cabeza, de dos chicas de colegio mixto vestidas con faldas cortas y gruesos jerseys donde podían leerse las iniciales FNT, que también estaban inscritas en los megáfonos con los que me aporrearon. Me tiraron cruelmente del pelo y de la barba unos escépticos muy informados que sospechaban que quizá fuera disfrazado. Como si estuviera en una pesadilla espantosa, me arrastraron de nuevo hasta la puerta de la Antigua Mansión del Rector. Un sidecar ya había aparcado al lado de la farola que yo tan bien conocía (y que ahora estaba apagada), en cuya parte superior colocaron el nudo corredizo. Mi abuelo Héctor dio unas órdenes a voces, desde el porche, haciendo gestos con su cayado ante el equipo de Telerama que se había instalado allí, mientras su fiel recepcionista (que había logrado cambiar su uniforme de bibliotecaria por uno militar) hacía unas verificaciones en un portapapeles con una serie de lápices que guardaba en el pelo, de donde se los sacaba y donde los volvía a meter después de usarlos. No pude discernir si el profesor-general se oponía al linchamiento o estaba dirigiéndolo. Me pregunté por qué madre no estaría en su sitio. Los guardias de Stoker sí que lo estaban, y se mostraban tan pendencieros como de costumbre; no vi ningún indicio de su líder ni ninguna señal de que fueran a desbaratar los planes de la muchedumbre. Las chicas de colegio mixto

monogramadas habían dejado de pegarme para encabezar la procesión; al llegar a la farola, dieron unas vueltas gráciles en torno a ella, se apoyaron en una rodilla y, con la ayuda de sus megáfonos y de unos gestos ensayados, pusieron al gentío a cantar «¡A por la cabra! ¡A por la cabra!». Cuando me estaban levantando para subirme al sidecar, espoleándome con mi propia vara, oí, como en primavera, una voz que gritaba «¡Violación!» y los bien conocidos gritos de consternación procedentes de la esquina de la mansión. Con un suspiro de amargura y sin que mis captores me incitaran a ello, eché la testuz hacia adelante y metí la cabeza en el nudo. ¿Para qué esperar a ver a mi dama penetrada otra vez, de camino a su encuentro amoroso en el Campanario, por un Peter Greene nuevamente suspenso, y a oír cómo sonaba el silbato de COMER, en esta ocasión sin duda en serio? ¡El final de mi agotadora historia, y de la Universidad! ¡Una vez más, me había equivocado por completo, y me sentía tan deprimido que no me importaba cuál había sido mi error! ¡Qué carajo, además!

Sin embargo, me detuve un instante antes de suicidarme, pues me di cuenta de que era Hedwig Sear, y no Anastasia, la que estaba chillando en el callejón. Iba vestida con una delgada bata de hospital y llevaba una muñeca de trapo en la mano, y no la perseguía Peter Greene, sino Croador, cuya cura, por lo visto, no se había podido llevar a cabo antes de que ambos quedaran en libertad gracias a la amnistía decretada por Rexford. Y aferrado a los pantalones de Croador, medio corriendo y medio a rastras, venía el doctor Sear, identificable por su túnica blanca y su cabeza vendada. Era él quien había gritado «¡Violación! ¡Violación!». Al ver a la muchedumbre, la señora Sear se detuvo, como si la hubiera afectado un súbito ataque de pudor, abrazó la muñeca con fuerza, apretándola contra su seno, y le puso un dedo sobre los labios. De inmediato, Croador la atrapó; para colmo de sorpresas, el doctor Sear luchó —¡heroicamente!— por ella, pero, ay, sólo logró facilitar el ataque, ya que cuando los tres trastabillaron y cayeron al suelo, de un tirón involuntario le bajó a Croador los pantalones del uniforme de recluso. Pese a todo, el doctor no se dio por vencido; se puso en pie y, haciendo caso omiso de la diferencia de fuerzas y sin preocuparse por su propia seguridad, comenzó a pegarle a Croador con ambos puños. El temible frumenciano le quitó la bata a su presa y apuntó su arma; apoyada sobre un codo, la señora Sear empezó a jugar con la muñeca, indiferente al peligro. Un manotazo hacia atrás tiró al suelo al intrépido doctor, que se quedó inconsciente. Entonces, como un cabro, con un gruñido y un empujón que los guardias, muy lentos, no pudieron evitar, Croador penetró a la señora Sear, que recuperó al instante la conciencia, a juzgar por el grito que dio.

Yo cerré los ojos. No importaba que algunos elementos secundarios de la conclusión hubieran cambiado; la historia era la misma de siempre. Mientras Croador croaba y Hedwig gemía, me encogí de hombros y me lancé desde el sidecar, para acabar de una vez por todas. Pero no tuve suerte: justo cuando sonaba mi hora, sentí que me elevaba sobre unos poderosos hombros. El shofar salió volando; la sogá se

aflojé. Abrí los ojos y me encontré encima del cuello de Croador, como aquella otra vez en la Sala de Estar. Una hilera de alumnos de grado tirados en el suelo señalaba el camino que había recorrido hacia mí desde donde se encontraba Hedwig, que ahora abrazaba, en el suelo, a su comatoso, si no difunto, marido.

—¡Que todo el mundo se deje la camisa puesta! —gritó el exrector Héctor por los altavoces. Pero los asistentes que todavía estaban en pie se trepaban unos encima de otros, tratando de ponerse a salvo. Varios guardias tiznados de hollín habían sacado sus pistolas y avanzaban hacia nosotros; armado con mi vara, que debía haber encontrado junto al sidecar, Croador gruñó y se preparó para el combate. Un joven cuyos atuendo y flequillo sugerían que tenía responsabilidades administrativas se interpuso para advertir a los guardias de las repercusiones intercolegiales que podía tener aquello y de cómo podía afectar a la imagen de New Tammany. Mi madre, para completar la escena, llegó al fin al porche desde el interior de la Antigua Mansión del Rector, echó un vistazo y se desmayó. Un ovillo de lana azul salió rodando de su bolso y avanzó casi hasta los pies de mi abuelo.

—¡Por favor, que alguien me eche una mano! —gritó. Conservaba el sistema de megafonía, pero no la compostura—. ¡Suspendido sea este brazo mío! ¡Dame algo para atarlo!

Este último ladrido, aunque se oyó por el altavoz, iba dirigido a la recepcionista, que, a pesar del frío que hacía, comenzó a desabrocharse la blusa del uniforme. El profesor-general se lo quitó bruscamente antes de que ella pudiera ofrecérselo y le ordenó al guardia que había en la puerta que le atara las mangas por detrás del cuello a modo de cabestrillo. El flequilludo vicerrector o asistente administrativo, entretanto, se había apoderado de un megáfono que las crueles chicas de colegio mixto habían dejado olvidado al huir precipitadamente y, tras haberles pedido a los guardias que esperaran un poco más antes de abrir fuego, me imploró que controlara a Croador, si podía; unos emisarios de su alma mater frumenciana iban a venir al día siguiente a buscarlo, me dijo, y con la Universidad al borde de la Tercera Revuelta Intercampus (¡si es que todavía no había empezado!), New Tammany necesitaba todos los colegas que pudiera conseguir. Según ciertos informes, dijo, el doctor Eierkopf estaba en la Central Eléctrica con el rector Rexford. ¿Podía guiar hacia allí a Croador, escoltado por los guardias, y pensar con Eierkopf en alguna manera de manejarlo hasta que se lo llevaran?

—Ahora estoy ocupado, me están linchando —le recordé. El ayudante se disculpó por ese error judicial, reconociendo que incluso New Tammany tenía sus imperfecciones, y me prometió que si conseguía sacar a Croador del Gran Centro Comercial sin que causara mayor daño y me retiraba al establo de las cabras una temporada, haría todo lo que estuviera en su mano para que me readmitieran, apelando la decisión de Bray, si era necesario, ante los comités superiores de la Sala de la Torre.

La muchedumbre se había situado a una distancia segura. Croador croó y me dio mi vara, como si me invitara a guiarlo; los guardias estaban preparados para dispararle al primer movimiento amenazador. Una ambulancia blanca con el foco delantero encendido había aparcado junto a la entrada, y diversos funcionarios de la Escuela de Medicina salieron a toda prisa para atender a los Seary a mi madre. Reginald Héctor había entrado en la mansión con la recepcionista, pero ésta volvió a salir, con un sobretodo del Cuerpo de Operaciones Especiales cubriéndole los hombros desnudos; lanzó hacia nosotros la piel con que se había estado abrigando su empleador y se marchó, muy coqueta.

La diplomacia de Flequillo se agotó al fin; recogió la piel, no sé si me la pasó o me la lanzó, y gritó:

—¿Es que este día no va a terminar nunca? ¡Suspendido sea todo!

Era una piel de Angora excelente, pero mal cortada y peor cosida. Sonreí, a pesar de todo, al pensar en mi abuelo pastoreando las ovejas y al ver el sufrimiento de Flequillo. Después saqué la cabeza del nudo corredizo, me deslicé sobre el conocido cuerpo de Croador y le di con la vara para que se dirigiera a casa, no sin antes echarle una mirada de despedida a mi madre, que seguía desmayada.

1. EN LA INTERSECCIÓN

En realidad —supuso nuestro conductor cuando nos alejábamos del Gran Centro Comercial en convoy— no debían de ser más de las seis y media. Esperaba que así fuera, al menos, ya que estaba de servicio sólo hasta las siete y, hubiera revuelta o no, había oído que estaba en marcha la fiesta más loca de la historia de la Central Eléctrica, y no quería perderse la diversión. Yo había convencido a Croador para que se sentara en el sidecar, pero me había visto obligado a permanecer sobre sus hombros. Las calles y los edificios públicos estaban a oscuras, debido a la falta de energía, y casi vacías por la emergencia general. A pesar de la fastidiosa compañía de los guardias, íbamos cumpliendo con el horario previsto. Me dolía el cuello, tenía el estómago vacío y la vejiga llena y el viento nocturno —era la noche más larga del año— me estaba dejando helado, pero tenía el corazón tan roto y la moral tan baja que la desesperanza que sentía era indistinguible de la serenidad. Ya no me dolía tener que abandonar a Max, a madre y todas mis expectativas, ni me daba pena que me hubieran vuelto a salvar del linchamiento, ni me alegraba al pensar en reencontrarme con el rebaño. No me preocupaban ya los problemas de la estudiantía ni los míos. No sentía nada; me embargaba esa sensación tan positiva.

Íbamos tan rápido que en cosa de una hora llegamos a lo alto del desfiladero en el que había expirado G. Herrold; me pareció que aquello había sucedido hacía décadas. La luna brillaba con frialdad sobre la playa y el arroyo (que ahora corría lentamente) y se reflejaba en un nuevo puente construido sobre los pilotes del antiguo. Su diseño era diferente, su posición era igual, e igual sería probablemente su destino cuando llegaran los torrentes de la siguiente primavera. No lo sabía y, en cualquier caso, no me importaba. En la intersección donde un giro a la derecha conducía hacia abajo para cruzarlo y dirigirse a los establos y un giro a la izquierda llevaba a la Central Eléctrica, oímos unos disparos de pistola por delante de nosotros. Nuestra tropa se detuvo y respondió de la misma manera, disparando al aire. Entonces sonaron otros disparos a la izquierda, y casi simultáneamente tres faros aparecieron ante nuestra vista, uno desde delante y dos desde la izquierda: se trataba de motos que iban a toda velocidad. Sin alarmarse en absoluto, los guardias hicieron sus apuestas: la mayoría optó por que «el jefe» (algunos lo llamaban *der Hauptmann*), que se acercaba desde el frente, llegaría al cruce primero, aunque la pareja que venía por la izquierda parecía estar bastante más cerca. Y sabían de lo que hablaban, ya que con una temeridad que sólo podía ser de Maurice Stoker, «el jefe» de repente comenzó a disparar, pero no al aire, sino a sus competidores, o al menos hacia la carretera que éstos tenían por delante, donde unas pequeñas nubes de polvo se levantaban iluminadas por sus faros y sonaban los impactos de las balas contra las piedras. El motociclista que iba delante hizo un viraje brusco, temiendo por su vida, y cayó en una acequia poco profunda, como debió de sucederle a Herman Hermann en su

momento; el otro redujo considerablemente la velocidad, de modo que Maurice Stoker llegó derrapando al cruce, iluminado por nuestros faros, tres o cuatro segundos antes que su rival, que era otro guardia de la Central Eléctrica. Los guardias de nuestro destacamento aplaudieron a su líder y se burlaron de su colega por el escaso valor que había demostrado.

—Ve a ver si Fritz está *kaput* —le ordenó Stoker al que tenía más cerca, y señaló, soltando una carcajada, que el atajo que había tomado para llegar hasta allí desde la Central Eléctrica era un carretera llena de baches y que además había llevado a dos prisioneros en el sidecar, mientras que sus competidores, que habían viajado por una carretera mejor, sólo habían transportado a uno (por suerte, no en el vehículo de Fritz). Me echó una mirada fulminante a través del polvo que se arremolinaba a nuestro alrededor, como si hubiera esperado encontrarse conmigo, subido sobre los hombros de Croador, en algún punto del camino (y, de hecho, así era, me enteré más tarde, pues mis escoltas ya le habían comunicado por radio todo lo que había ocurrido).

—En el amor y en la guerra todo está permitido, ¿eh, niño-cabra? —me dijo con voz cortante.

Yo no tenía nada que contestarle y además me había distraído, al igual que mis escoltas, mirando a los pasajeros que traía consigo, que estaban tirados en el sidecar con los ojos vendados, pero se incorporaron, sobresaltados, al oír mi nombre. Los enfocaron con unas linternas de bolsillo y mi sorpresa fue doble: Se trataba de Peter Greene y Leonid Alexandrov, unidos por las mismas esposas; sus abrigos y rostros estaban tan ensangrentados como la tela que les cubría los ojos. No les habían tapado los ojos para impedirles que vieran; llevaban vendajes en la cabeza.

—Qué buena pareja, ¿verdad? —les preguntó Stoker a sus tropas, pero con un dejo burlón que iba dirigido a mí—. Y mirad al que trae Hans.

—*Verdummt* —explicó el otro conductor, iluminando a su pasajero inconsciente. La cabeza del doctor Eierkopf caía mustiamente por encima del borde del sidecar, y un nuevo par de lentes le colgaba de una oreja—. Desmayado. —Hans se tapó la nariz y señaló unas manchas en la bata de laboratorio del prisionero, que no eran de sangre. Toda la compañía se rio. Croador se agitó debajo de mí y olisqueó el aire, pero pareció no reconocer a su antiguo compañero de piso en aquel estado.

—Ebrio y alterando el orden público en la Sala de Estar —dijo Stoker. Apagó el motor, se bajó de la moto y me apuntó con su linterna para observar la expresión de mi cara—. Se comió un kilo de *Blutwurst*, trató de abusar de mi virtuosa esposa y le mordió con las encías el trasero a Madge hasta que empezó a sangrar. Después vomitó y se desmayó. Pero tu colega Rexford sigue ahí.

—Falso —dijo con tranquilidad Leonid Andreich desde el sidecar.

—Leonid tiene razón, George —lo secundó Peter Greene, también con un tono de voz inusualmente sereno—. Fue ella la que se aprovechó del doctor Eierkopf. A él le importaba un carajo. Fue Lacey, la zorra esa.

Impresionados por la pareja ensangrentada, los guardias escucharon en silencio, tras apagar los motores de sus vehículos.

—Lacey no —replicó Leonid—. La señora Anastasia sí. Sacrificancia por necesidades de condiscípulos.

Como la de Greene, su voz era suave, y ambos miraban hacia delante al hablar.

—Quizá yo esté equivocado con el tema de si era Lacey —admitió Greene—. Pero fuera Lacey o Stacey, no se estaba sacrificando. Eso era pura zorrería.

—Posible —gruñó Leonid—. Pero no creo, ¿cómo se dice, a la fin y al postre?

—Yo sí lo creo —dijo Greene—. Aunque puede que me equivoque.

—También.

Stoker los estuvo escuchando con las manos apoyadas en las caderas, pero cuando se quedaron en silencio, estalló, indignado.

—Hace dos horas se estaban peleando a muerte, ¡y ahora se quieren como dos maricones!

Entonces se puso a contar la gresca que había habido, ostensiblemente para deleitar a sus tropas pero con un matiz de sarcasmo que yo sabía que era para mí. Al principio, él no tenía ganas de fiesta, afirmó; estaba harto de las fiestas; había sido una suspendida idea del rector, quien tras haberle dado un puñetazo en la boca a su propia esposa, había sacado los pies del tiesto y había dado instrucciones para que se organizara de inmediato una orgía en la Sala de Estar de la Central Eléctrica, para poder, según él mismo había dicho, tocar la lira mientras New Tammany ardía. Y la lira que había tocado básicamente había sido Anastasia, llamándola cuñada...

—No te lo creas, George —lo interrumpió Greene—. El señor Rexford estaba borracho, sí, y decía que Stoker era su hermano, pero fue Lacey la que lo estuvo zorreando.

—Sí —afirmó Leonid—. Pero señora Anastasia. Y no zorreando.

—¡Bueno! —gritó Stoker, y me miró con furia—. Lo más asqueroso que he visto en mi vida: ¡el rector de la facultad empujando el codo y rijoso como un suspendido estudiante de segundo de carrera! ¡Y alardeando de haberle pegado a su esposa! ¡Diciéndole a todo el mundo que es mi hermano! ¡Y Stacey comportándose como una puta de la Sala de Calderas!

—Incluso con él —confirmó Greene.

Leonid negó con la cabeza al recordarlo.

—Incluso con nosotros. ¡Compasión!

—¡Bragas calientes! —lo corrigió Greene—. Pero qué carajo, además.

—*Da*. Irrelevanteces.

Ésa, continuó Stoker, había sido la causa de la pelea entre sus prisioneros, que ahora se trataban con tanta cordialidad: Greene había llevado a Anastasia hasta la Central Eléctrica como yo le había pedido y, aunque estaba deseoso de reunirse con su familia en la Posada del Pedal, se había quedado a tomarse un par de tragos de despedida con Leonid. El nikolayano, que estaba decidido a comportarse de una

manera egoísta pero no sabía cómo hacerlo, no había salido de Detenciones Principales merced a sus propias capacidades, sino que, como Croador, gracias a la amnistía concedida por Rexford, de la cual había considerado egoísta aprovecharse, y se había dirigido a la Central Eléctrica con la firme determinación de convertirse en agente doble y trabajar simultáneamente para el Campus del Este y para el Campus Occidental. Al encontrarse con Greene durante la orgía, los antiguos compañeros de celda habían brindado, uno con vodka y el otro con whisky de maíz. Primero lo habían hecho por Max, que había optado por no marcharse de Detenciones Principales: «El moisiano merecedor de que lo ejecutaran más decente que ha habido nunca», lo había llamado Greene, y Leonid, «El mártir de la altruistidad». Después, cada vez más entusiasmados, se habían elogiado mutuamente: «Un tipo estupendo, caramba, para ser sindicalista estudiantil y afundadoril»; «¡Un informacionero leguleyo y cegato, pero me caes bien!». Y, por último, habían bebido por Anastasia, que, con lágrimas en los ojos y aliento a alcohol, les había ofrecido aparearse con ambos a la vez. «¡Aprobamiento!», había afirmado Leonid—; «hace que los hombres se vuelvan condiscípulos enamorados». «¡Tú eres el que está ciego!», lo había acusado Greene. «¡No distingues una zorra de una chica aprobada! ¡Ésta ni siquiera es Stacey!». Entonces los brindis habían dejado paso a un intercambio de vituperios tan ardiente que ninguno de los dos había aprovechado el ofrecimiento de Anastasia. Ni siquiera se dieron cuenta de cuando se marchó de la barra, «se lanzó» (según dijo Stoker) de nuevo sobre el rector y, al darse cuenta de que estaba con Madge, declaró que se «iba corriendo» a encontrarse con otro amante en el Campanario de la Sala de la Torre.

—No pienses que no sé con quién —me gruñó Stoker—. ¡Pero no me importa un suspenso!

—Sí que le importa un suspenso —dijo sorprendentemente Greene, y Leonid estuvo de acuerdo.

—¡Y un suspenso! —gritó Stoker—. ¡Como a vosotros, listillos! ¡Si no, la habríais convencido para que no se fuera!

Lo único que les importaba a ellos, dijo con amargura, era que su esposa fuera considerada una mártir aprobada (en el caso de Leonid) o (en el de Greene) una zorra suspendida con una hermana gemela aprobada y virgen: el debate que habían mantenido sobre el tema, enardecidos por el alcohol, se había vuelto tan tenso que al final se había convertido en un duelo: prometieron que lucharían hasta la muerte, y que el premio del vencedor sería el ojo bueno del perdedor. El camarero de la Sala de Estar escribió lo que habían acordado, los combatientes cogieron cada uno una botella por el cuello y la rompieron por la parte inferior y blandiendo esas terribles armas, se pusieron a ello. Durante un rato, la pelea consistió sólo en fintas y amagos. Los rivales, Stoker tenía que admitirlo, eran igualmente intrépidos, resueltos, cautelosos y fuertes, por lo que daba la impresión de que llegarían a un punto muerto sin que se hubiera derramado ni una gota de sangre. Entonces Leonid había gritado

algo apasionadamente en nikolayano y había abierto los brazos, y Greene, considerándose insultado y atacado, se había lanzado contra él con su botella. Pero en plena embestida se dio cuenta de que su oponente le estaba cediendo la victoria, ofreciéndole el cuello para que se lo cortara: el camarero (un desertor nikolayano y furibundo detractor del sindicalismo estudiantil) informaría más tarde de que lo que había exclamado Leonid era «Mejor que veas tú la verdad, y no yo», o algo por el estilo, cosa que, según su interpretación, significaba que Leonid tenía miedo de lo que podría ver sobre su alma mater si contara con dos ojos buenos.

—No es eso —comentó ahora Leonid desde el sidecar—. Me refería a señora Anastasia, que él debería verla a través de mis ojos.

—Eso es lo que me imaginé —dijo Greene—. Y en cuanto me lo imaginé, sentí lo mismo hacia él, caramba, en relación con Stacey y Lacey.

Por lo tanto, había tratado de detener el movimiento de su brazo, y Leonid, de abalanzarse sobre el cristal, pero uno de ellos calculó mal la distancia, o quizá lo hicieran los dos, y el impacto se produjo sobre la cara de Leonid en vez de sobre su cuello, y desgraciadamente le hizo un tajo en el ojo que llevaba descubierto. En aquel momento, presa del remordimiento, Greene le había arrebatado la botella de vodka y se la había clavado en el suyo.

—¡No sabes la cantidad de sangre que dejaron en la Sala de Estar! —dijo Stoker—. ¡Parecía el anfiteatro!

Los había arrestado a ambos y les había proporcionado primeros auxilios; con amnistía o sin ella, declaró, se los iba a llevar a Detenciones Principales, donde tenía la intención de quedarse en persona hasta que Rexford se despejara y «volviera donde tiene que estar». En cuanto a Anastasia, podía engendrar tantos cabritos bastardos como para llenar un establo; a él no le importaba.

—Le importa —dijo Leonid secamente.

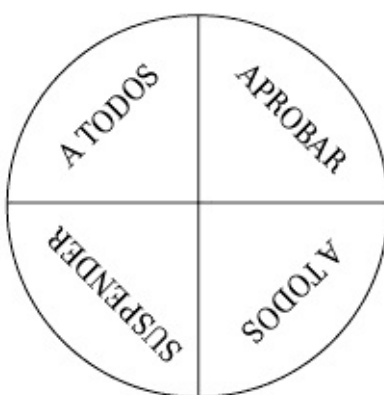
—Pues sí —dijo Greene—. Cualquiera se daría cuenta.

Stoker respondió burlándose de ellos.

—Ahí los tienes, niño-cabra: ¡dos cegatos! ¿Están aprobados o suspendidos?

A pesar del sarcasmo de quien la había contado, la historia me pareció triste y me causó un gran impacto, como la visión ensangrentada de mis antiguos compañeros de celda. Escuché y los miré sin comentar nada, aunque no sin emocionarme. Sin embargo, lo que sentía no era pena, ni terror; ni siquiera me sentía responsable por su lamentable estado. La pregunta que había planteado Stoker era la que me había estado planteando yo desde muy al comienzo de su relato, y me tenía completamente absorto mucho antes de que él la enunciara, sacándome de la apatía para hacerme concentrarme con más intensidad que nunca. De hecho, mi espíritu se hallaba tomado: no era yo quien se concentraba, sino que había algo que se concentraba en mí, que se había apoderado de mí, como los espasmos de la defecación o los dolores del parto. Leonid Andreich y Peter Greene: el estado en que se encontraban era más el detonante de mi concentración que el tema de la misma, cuya auténtica sustancia

eran las contradicciones fundamentales entre suspender y aprobar. Lo cierto es que esas paradojas se habían convertido en paroxismos: cerré los ojos, oscilé un poco sobre los hombros de Croador y empecé a temblar y a sudar. Todo convergió: comprendí lo que le había hecho al doctor Eierkopf con mi pregunta sobre la prioridad paleoontológica. Esa disposición circular que había en la hoja de mis deberes —sin comienzo, sin final, una equivalencia infinita— constreñía mi razón como un instrumento de tortura de la Edad de la Fe. Suspender era realmente Aprobar, y Aprobar era realmente Suspender; ¡y sin embargo, Aprobar era Aprobar, y Suspender era Suspender! Ambas igualmente verdaderas, pero ninguna era la Respuesta: no eran diferentes y tampoco eran iguales; y *verdadero* y *falso*, e *igual* y *diferente*... ¡Inefable! ¡Innominable! ¡Inimaginable! ¡Desde luego, mi mente acabaría explotando!



—¿Qué pasa? —preguntó Greene—. ¿Qué te pasa, Leo?

—No veo nada, condiscípulo.

Los guardias comenzaron a murmurar ante mi extraño semblante y mi actitud; Croador emitió un ruido sordo al sentir que le apretaba el cuello con los muslos y se levantó en el sidecar.

—¡No trates de liberarte!

Sin duda, la advertencia de Stoker era para Leonid, pero sus palabras me llegaron al corazón y me entregué totalmente a lo que me ataba, me poseía y me hastiaba. Me liberé, lo solté todo: noté un alivio semejante al de una purga. Y como si de una señal de mi libertad se tratara, el sonido de las campanas del Reloj de la Torre llegó hasta los confines del campus, aunque parecía que estuvieran un tanto atascadas: era la primera vez que tocaban desde el día en que había atravesado la Rejilla de los Chivos. Mientras todos escuchábamos asombrados, la campanadas se iban sumando —una, dos, tres, cuatro—, y cada una de ellas hacía que de mis ojos cerrados brotaran las únicas lágrimas que habían derramado desde una funesta mañana de finales de junio, hacía muchos cursos, en el establo. Sol, la, si, cada una un tono más alto que su predecesora, ayudándome a soltarme, a liberarme, hasta el do. Entonces abrí los ojos. Había renacido.

Al doctor Eierkopf también lo hicieron revivir las campanadas; al sonar la primera, se incorporó y se agarró la cabeza. A la sexta campanada, se sacó sus nuevas gafas. Justo a tiempo, ya que la séptima hizo añicos los cristales, como ya había sucedido en el Campanario. A la octava y última, le empezó a sangrar la nariz, puso los ojos en blanco, chilló «*Ach, mein Grunder, ist geborsten der Schädelknochen!*» y volvió a caer desmayado. Croador corrió a ponerse a su lado, y yo bajé de sus hombros de un salto. Las esposas cayeron a mis pies.

—¡Alto! —me advirtió un guardia; Stoker sacó su pistola. Pero yo, con absoluta seguridad, me dirigí al sidecar pasando junto a él, y les cogí las manos a los prisioneros.

—¡Leonid Andreich! —dije—. ¡Pete! ¡Gracias! ¡Aprobados seáis!

—¡Pero si es George! —dijo Greene alegremente—. Hola, George.

—Hola —dije—. Escucha, Leonid: ¿por qué vas a Detenciones Principales?

—¡Porque está detenido! —me espetó Stoker.

Leonid se encogió de hombros.

—Hablo otra vez con el doctor Spielman; a lo mejor lo suelto por fin.

Le apreté la mano con fuerza.

—Max no quiere eso, condiscípulo. Pero tú: mira... —Le di un golpecito a sus esposas—. ¡Tú eres libre!

Él negó con la cabeza.

—Vuelve a la Facultad de Nikolay —lo insté—. ¡Ahí es donde tienes que aprobar!

—Egoistacia, George.

—¡Sí! Y cuando tú ya hayas aprobado, entonces intenta ayudar al Condiscípulo X.

—Olvídalo —dijo secamente Stoker—. Esta tarde, Chementinski ha declarado que le ha fallado al Sindicato y ha pedido que lo ejecuten. Dijo que quería a su hijo más de lo que quería a la hermandad de estudiantes. Me imagino que satisfarán su petición.

—¿Qué es esto? —gritó Leonid.

—No importa —le dije—. Escucha: Pete y tú habéis terminado de pelearos. ¡Vuelve a desertar! Dile a tu padrastro que su confesión fue un acto de egoísmo: quiere que lo maten para no tener que matarse él. ¡Y entonces dile que *todo eso está bien!* ¿Entiendes?

—¡George! —En la frente de Leonid, por encima del vendaje, se formaron unas arrugas—. ¡Aprobancia mía, eso no es nada! ¡Incluso Condiscípulo X, que tanto quiero, aprobar no es nada! Pero el yo de estudiantura... ¡Ése sí que importa! ¡Y tú me enseñas que es suspendido egoísta! ¿Cómo puede ser aprobado?

—Probablemente no pueda —le dije—. Tienes que intentarlo y a ver qué pasa.

Unas lágrimas rojas rezumaron de su vendaje.

—Suspender es aprobar, ¿sí? ¿No?

Le di una palmadita en el hombro; las esposas se le cayeron de la muñeca.

—¡Vamos, mira eso! —protestó Stoker.

—*Da!* —gritó Leonid—. Mañana, después de Max: ¡otra vez desertamiento!

—Te llevaré a la Colina del Fundador —dijo Peter Greene, tocado por una repentina determinación—. Mira, mañana nos encontraremos con mi hija en la Posada del Pedal y pasaremos allí la noche; mañana iremos juntos a la ejecución, a ver al viejo doctor Spielman.

—¡Y un suspenso! —dijo Stoker—. ¡Quedaos donde estáis!

Le cogí la mano a Greene.

—¿Entonces qué, Pete?

Él tragó saliva unas cuantas veces.

—Tengo cosas muy importantes que hacer en casa, George. Terminar el inventario, intentar arreglar las cosas con Sally Ann...

—¿De verdad piensas que tu matrimonio se puede salvar?

Él apretó los dientes, y creo que habría guiñado los ojos si no los hubiera tenido vendados.

—Probablemente no. ¡Pero qué carajo, George! Voy a empezar desde cero, o sea, tratando de comprender las cosas, caramba. Todo se ve distinto cuando alguien ha pasado por lo que he pasado yo. Tengo un largo camino por recorrer.

—¡Aprobado seas! —dije.

—Pues ya puedo entrar en primero de primaria —añadió él con ironía—. También podría licenciarme un día de estos, pero no es muy probable.

—¡Nada lo es! Búscame mañana en la Colina del Fundador.

Entonces comenzó a llorar sin reservas, y la sangre que le salió del ojo herido corría por sus mejillas. Supuso, soltando una carcajada, que por lo menos ya no tendría más alucinaciones, y se preguntó en voz alta si una mezcla de sangre y lágrimas sería buena para el acné.

—Vamos —le dijo a Leonid—. Te llevo a la Posada del Pedal.

—*Nyet*, amigo mío. Yo conozco camino. Yo te llevo a ti.

—Yo os llevaré a los dos —dije—. Vuelvo al Gran Centro Comercial.

Stoker pegó un tiro al aire.

—¡Suspendido sea todo esto! ¿Quién zopencos te crees que eres, niño-cabra? ¿El mismísimo Gran Maestro?

Yo lo miré con atención.

—Que tus hombres los lleven primero al Hospital y después a la Posada del Pedal. Si el doctor Eierkopf está bien, Croador y él pueden esperar en la Central Eléctrica hasta que mañana lleguen los frumencianos. Y tú, ¿por qué no me llevas a la Sala de la Torre?

—Vas a venir conmigo, desde luego —dijo él—, ¡pero no a la Sala de la Torre! ¡Siéntate en ese sidecar!

Ordenó a sus hombres que no hicieran ningún caso de lo que yo había dicho; había que llevar a Greene y a Leonid al Hospital para que les curaran las heridas, por supuesto, y después dejarlos en la Posada del Pedal, pero no porque yo lo hubiera ordenado, sino porque ése era su plan desde el principio. La amnistía, explicó, bastante enfadado, le prohibía hacer uso de las instalaciones de Detenciones Principales. Del mismo modo, había que llevar a Croador y a Eierkopf (que estaba empezando a moverse mientras su compañero de piso le lamía la cabeza) a la Sala de Estar, pero exclusivamente porque él, Stoker, esperaba conseguir así que Rexford saliera; los guardias debían encargarse de que Eierkopf instruyera a Croador a tal fin. En cuanto a mí, si pensaba que él estaba dispuesto a llevarme al Campanario para que tuviera un encuentro amoroso con la golfa de su esposa, lo llevaba claro...

—No es conmigo con quien se va a encontrar ahí —lo interrumpí, encantado—. Es con Harold Bray.

Él logró acusarme de tener celos y de mendacidad, pero me di cuenta de que estaba preocupado.

—Voy a ir a echar a Bray —le dije—. Entre otras cosas.

—No lo dudo. ¡Para poder ocupar su lugar!

Yo me encogí de hombros.

—Cada cosa a su tiempo.

Él me miró, furioso.

—¡Tú eres tan falso como él!

—Bray no es exactamente un farsante —dije—. Pero hay que echarlo. ¿Te gustaría hacerlo tú mismo, antes de que tu esposa se aparee con él?

Ahí le di: salvo durante su extraordinaria «reforma» de marzo, Stoker sentía una fuerte aversión hacia el Gran Centro Comercial en general y una repugnancia absoluta por la Sala de la Torre, que era su núcleo, su esencia. Sin embargo, pese a todo su hollín y a sus bravuconadas, no había vuelto a ser el Stoker de antes. Era evidente que estaba preocupado por la nueva determinación de mi dama y celoso de los amantes que ella ahora elegía por voluntad propia. Quería evitar la cita del Campanario, pero no podía enfrentarse a Bray (quien tal vez se metiera con Anastasia en el Estómago, señalé yo) y desconfiaba de ella en relación a mí. Por otro lado, sin duda comprendía que si yo fuera verdaderamente el Gran Maestro, sólo yo podría hacerle frente a Bray; y (sin tanta seguridad) que de todos los hombres sanos que había en el campus, quizá yo fuera el único que no tuviera interés por ponerle los cuernos. Me imaginé, por lo tanto, que se encontraba en la posición de tener que esperar que yo fuera lo que él afirmaba que no era, y que lograría superar las tentaciones y dificultades que indudablemente pondría en mi camino. Tantas contradicciones hicieron que se pusiera lívido. Cuando fui cojeando hasta el sidecar, del que habían salido Greene y Leonid, el Reloj de la Torre dio dos cuartos.

—El tiempo pasa —observé. Los guardias estaban expectantes.

—¡Vamos! —les gritó Stoker—. *Achtung! Dunkelbier! Sauerbraten!*

Disparó su pistola contra el suelo, cerca de donde se encontraban ellos, y todos salieron en desbandada hacia sus vehículos, profiriendo juramentos. Stoker se subió al suyo, sin olvidar tirarse un pedo mientras encendía el motor. Como si le contestara, la potente máquina empezó a ladrar y a escupir. Soltó el embrague, dio unas vueltas levantando polvo, aulló una obscenidad a los guardias que se apartaban como podían y echó la cabeza hacia atrás cuando, con un rugido, tomamos la carretera. Pero fui yo quien rio.

2. SU REGRESO AL GRAN CENTRO COMERCIAL

Yo había ido bastante rápido desde el Gran Centro Comercial hasta allí, pero al volver, casi volamos, cogiendo todos los atajos y empleando todos los trucos posibles: atravesamos bosques y campos y jardines privados, giramos en todos los cruces sin reducir la velocidad y nos saltamos todas las señales de *stop* que nos encontramos. Como si la velocidad le proporcionara energía, Stoker volvió a sus provocaciones y demás estratagemas.

—¡Así que todavía quieres ser el Gran Maestro! —gritó—. ¡Éste es el momento para que hagas tu jugada, aprovechando que Rexford se encuentra fuera de circulación y todo está patas arriba!

Yo sonreí.

—¿Por qué no trabajamos juntos? —propuso, y esbozó, a voz en grito, un plan para «apoderarnos de la facultad»: el rector había caído en desgracia, desde un punto de vista político, y por lo tanto era vulnerable; sólo un golpe de suerte extraordinario —como que un Gran Maestro indiscutible lo graduara de manera incuestionable— podría redimir su imagen pública, pero si el comportamiento de Rexford en la Sala de Estar lo había asqueado incluso a él, seguro que Bray habría sentido todavía más rechazo, por lo que revocaría su certificado. Lo que había que hacer, pues, era librarse de Bray —por ejemplo, divulgando su intento de cometer adulterio con Anastasia— y nombrarme Gran Maestro a mí; gracias al dinero de Ira Héctor y a las influencias secretas de Stoker (pues él me negaría públicamente y afirmarí la granmaestría de Bray, para influir en sentido contrario en la opinión estudiantil), podrían promocionarme con facilidad hasta el cargo de Gran Maestro, dados el desorden y la incertidumbre que habían cundido en el Campus Occidental. Entonces yo podría restaurar a Lucky Rexford en el lugar que le correspondía y declarar que estaba graduado, y los tres dirigiríamos New Tammany como nos pareciera.

—En realidad, lo que tú quieres —le dije— es ver graduado a tu hermano.

Stoker se sonrojó y soltó un juramento.

—¿Mi hermano? ¡Y un huevo! ¡Tendrías que haber visto el escándalo que ha armado! ¡Y no es que a mí me importe!

Escuché con atención cómo las campanas daban un cuarto más en la distancia e indiqué, cuando llegamos a una bifurcación.

—Gira a la izquierda.

Stoker giró a la derecha. Poco después llegamos a la Puerta Principal, la cruzamos y avanzamos por el Centro Comercial, que se hallaba en penumbra, hacia donde los estudiantes indigentes, como de costumbre, estaban importunando a Ira Héctor; algunos incluso le pegaban con sus pancartas. Sin abrigo y sin camisa, en el frío de la noche, Ira estornudaba mientras pedía ayuda débilmente. Stoker se detuvo cerca, al lado del tronco de un olmo sin hojas, donde el Sajian Vivo estaba sentado en el suelo.

—¿Por qué no ayudas al viejo Ira? —me retó—. Entonces él te deberá un favor, y algún día puedes necesitarlo.

Yo sonreí y me bajé de la motocicleta.

—¿Eso es un desafío?

Pero antes de ir en auxilio de Ira, le hice una reverencia al Sajian Vivo.

—Gracias por la tinta invisible, señor —le dije—. Firmé mi documento de identidad con ella cuando terminé mis deberes, de inmediato, sin perder tiempo.

Me pareció que sonreía.

—¡Por piedad, ayuda! —gritó Ira.

—Discúlpeme, señor —le dije al Sajian Vivo—. Voy a ayudar al Viejo del Centro Comercial.

—¡Niño-cabra! —me gritó Stoker desde la motocicleta—. ¡Te *desafío* a que lo ayudes! ¿Entiendes? ¡Te estoy desafiando!

También a él le hice una reverencia, y entonces me metí en el círculo de los jóvenes estudiantes enfadados, unos cuantos de los cuales «cojeaban» hasta que me reconocieron. Entonces se quedaron quietos mientras su portavoz me explicaba lo que estaban reclamando. Pero algunos de ellos, que antes se encontraban alrededor del grupo y de espaldas a éste, se metieron entre los demás y comenzaron a pegarle a Ira, aunque no violentamente, con sus pancartas, tal vez a modo de protesta contra la tregua general.

—¡Sigue siendo tan tacaño como siempre! —dijo, lleno de enfado, el portavoz—. Está envenenando todo el Campus Occidental.

—¿No había donado todo lo que tenía al Fondo Filofilosófico? —pregunté.

—¡Les di hasta la camisa! —gritó Ira—. ¿Por qué crees que no puedo dar ni la hora? ¡Soy un hombre enfermo! —Volvió a estornudar y se secó los ojos, que tenía llenos de legañas.

—*Gesundheit* —le dijo un estudiante al tiempo que le daba un golpe.

—En cualquier caso, es de noche —observé, dirigiéndome al grupo—. No puede ver nuestras sombras, así que no sabe qué hora es.

—¡Ja! —gritó Ira.

—Pero eso no es todo —dijo el estudiante portavoz—. Ha estropeado todos los planes de la administración de Rexford. Ha hecho que se hundiera la economía.

—¿Qué importa? —lo desafió otro—. La administración siempre es corrupta. El poder corrompe.

—Y el conocimiento es poder —dijo un tercero, cuya pancarta llevaba una única palabra: *Ignorabimus*—. Por lo tanto, el conocimiento absoluto corrompe absolutamente. Mirad al doctor Faustus. Mirad al doctor Bray.

Entonces se pusieron a discutir si Lucius Rexford era un conservador liberal o un liberal conservador, y tanto les preocupaba el asunto que pude ahorrarle futuros golpes a Ira Héctor simplemente metiéndolo debajo del banco, a salvo de las oscilantes pancartas.

—No te debo nada —me dijo al instante, jadeando—. Tú estás en deuda conmigo, por haber seguido tu estúpido consejo de esta mañana.

Me enteré en ese momento de que les había dado instrucciones a sus agentes para que traspasaran todo su patrimonio y sus diversas fuentes de ingresos al Fondo Filofilosófico, con la intención declarada de aprobar gracias a la pobreza y la ignorancia y endosarles a otros la carga de su riqueza. Pero el resultado fue que había llegado a ser más rico que nunca debido a la devolución de la renta, mientras que la Facultad había entrado en bancarrota por falta de ingresos fiscales. La mitad del cuerpo estudiantil tendría que subsistir gracias a las becas libres de impuestos, que el cártel de Héctor podría deducirse. Además, sus agentes lo estaban abandonando para irse a trabajar con su hermano, que había vuelto de los establos de las cabras, con la errónea convicción de que Reginald era rico e independiente de Ira: ¿por qué, si no, iba a «dimitir» de la dirección del Fondo Filofilosófico? Por último, aquellos estudiantes cuya matrícula iba a costear el programa de subvenciones de Lucius Rexford, sufragadas con cargo al erario público, ahora despreciaban a Ira, y por lo visto le habían quitado la ropa cuando él les había ofrecido darles la hora de manera gratuita.

—Pero usted dijo que les había dado la camisa —le recordé.

Él estornudó y soltó una blasfemia.

—¡Quisiera ver cómo se las apañarían sin mí!

—No pueden —dije yo.

—¡Eso díselo a ellos!

Me incliné hacia él y le dije al oído:

—Escuche, Viejo: olvídense de lo que le dije las dos veces anteriores. Le di consejos equivocados.

Sus ojos adquirieron un extraño fulgor.

—Me timaste, ¿verdad? ¡Te creía más listo! ¿Qué pretendes esta vez?

Yo sonreí y le di las buenas noches.

—¡Espera! —me gritó cuando me estaba yendo—. ¿No crees que estos bribones van a volver a empezar en cuanto te hayas ido? ¿Qué clase de ayuda es ésta? ¡Estás en deuda conmigo!

Lo cierto es que era evidente que algunos de los indigentes estaban esperando a que yo me marchara para volver a acosarlo, por no hablar de unos pocos que no habían dejado de hacerlo en ningún momento. Pero aunque me parecía suspendido, al menos en el Campus Occidental, no prestarle auxilio, también me di cuenta de que, en última instancia, era inútil auxiliarlo, de modo que no me demoré más.

—¡Espera! —me gritó, más desesperado aun—. ¡Es más temprano de lo que crees! ¡Lo sé por las sombras que se ven a la luz de la luna! ¡Sólo son las diez menos cuarto!

Por supuesto, el Reloj de la Torre tocó la melodía de los tres cuartos mientras él hablaba, y si la siguiente hora era, en efecto, las diez, no era tan tarde como yo había

supuesto. Pero eso no tenía ninguna importancia para mí.

—¡Ja! —exclamó el líder de los estudiantes—. ¿Habéis oído eso? ¡Menos cuarto! ¡Muy agradecidos, viejo! —Y riéndose del involuntario regalo de su adversario, que estaba claramente abatido por haberlo hecho, lo dejaron en paz, al menos durante un tiempo... todos salvo una pequeña facción opuesta a la caridad privada y otra opuesta a la exacción forzada de información, que cayeron sobre él con sus pancartas.

—¿No vas a darle otro consejo? —me preguntó Stoker sarcásticamente.

Se me ocurrió una buena respuesta, pero justo en ese momento, las farolas del Gran Centro Comercial —las que no se habían quemado aquella tarde— destellaron un instante y vi a Reginald Héctor, flanqueado por sus ayudantes y la recepcionista, dirigiéndose hacia el banco de su hermano. Me interpuse.

—¡Tú! —gritó el exrector, y su sorpresa por verme se convirtió muy pronto en irritación—. ¡Quítate de en medio, niño! ¡Tengo que salvar a Ira de esos mendigos!

—No hay ningún modo de ayudar a tu hermano, abuelo —afirmé—. Es un caso perdido.

—Qué tontería —dijo él, apartándome de un empujón—. Ése es un típico comentario de perdedores. ¡No hay nada imposible!

—Jaque —declaró la recepcionista—. ¡A por ellos, profesor-general!

—Usted también tiene cosas que mendigar, ¿no es eso?

Mi pulla dio en el blanco, aunque yo sabía que sólo era parcialmente cierta. Él les ordenó a sus ayudantes que fueran al rescate de Ira, señalándoles el camino con el brazo en cabestrillo, y después se volvió hacia mí con la actitud de un profesor-general ante un obstinado recluta de primer curso. Echaba la barbilla peligrosamente hacia delante.

—Retiro mi comentario, señor —le dije, antes de que él pudiera hablar—. Su hermano Ira no puede aprobar, pero sí que tengo un consejo final para usted, si lo quiere.

—¡Hmm!

Me miró un momento con los ojos entornados, acariciándose la mandíbula. Sus ayudantes, tras haber ahuyentado a los tres o cuatro estudiantes que se habían quedado acosando a Ira, se encontraron rodeados por todo el grupo original de manifestantes, que casi se sentían unidos en su oposición a la intervención uniformada.

—¿Contingencia Tres-A? —gritó la recepcionista.

—Afirmativo —dijo el profesor-general, y siguiendo las instrucciones de ella, los ayudantes comenzaron a proporcionarles prendas de ropa para el frío, abrigadas aunque de cualquier talla, a los manifestantes.

—¡Tres-A Sub Uno! —bramó mi abuelo. Al instante, la recepcionista le ofreció al estudiante barbudo el cargo de ayudante auxiliar, o supervisor de campo de los desembolsos del Fondo Filofilosófico, con un salario bastante alto. Él dudó, ponderó los abucheos de sus antiguos compañeros de clase y finalmente aceptó el puesto,

argumentando ante sus colegas que había que ver la revolución de los estudiantes de grado desde una perspectiva más amplia, si uno no quería acabar convertido en un ingenuo que se pasa la vida en su torre de marfil.

—Incluso Sajian... —comenzó a explicar.

—¡Tres-A Sub Dos! —gritó triunfalmente el exrector. Su recepcionista le susurró algo al oído al nuevo ayudante, y entonces éste se quitó su sucia chaqueta de piel de oveja y se puso un pesado sobretodo con hombreras color verde oliva. Después le regaló la piel a Ira Héctor. Los estudiantes lo abuchearon.

—¡Perdedores lloricas! —exclamó Ira, soltando una carcajada—. *Sauve qui peut!* ¡La propiedad hace la ley!

—Guárdate tu consejo, niño —me dijo mi abuelo con orgullo—. ¡Llegaré a las Puertas de la Graduación por mi propio pie! ¡Sin endeudarme con nadie!

No planteé ninguna objeción. Los estudiantes estaban bombardeando a su antiguo portavoz con esposas de oro, calendarios de mesa y bolígrafos que los ayudantes habían repartido entre ellos, y Reginald Héctor fue a darles nuevas directrices para esta contingencia.

—¡A la Sala de la Torre! —le dije a Stoker.

Él torció la boca.

—Seguro que no tenían ningún consejo que darle al profesor-general.

—Más vale que nos demos prisa —advertí, subiéndome al sidecar—. Cada vez es más tarde.

Él puso el motor en marcha, pero se demoró unos momentos mientras observaba cómo el exrector apaciguaba a los manifestantes.

—¿Por qué no le has hecho un certificado, si está aprobado?

—Yo no he dicho que estuviera aprobado.

Él sonrió.

—Así que Reg está tan suspendido como Ira.

Entonces fui yo quien sonrió.

—Tampoco he dicho eso.

—¡Nepotismo! —se burló Stoker—. Es la vieja historia: no importa lo que sabes, sino a quién conoces.

El Reloj de la Torre dio las diez.

—La asignación de tu esposa está prevista para las once —le recordé—, pero a lo mejor ella ya está ahí. Ya sabes cómo son las mujeres cuando se enamoran. Pero en realidad el Reloj de la Torre puede estar mal.

Soltando una sonora grosería, aceleró de repente; me quedé pegado al asiento. Además, encendió la sirena, y cuando cruzamos la Plaza de la Sala de la Torre, la gente que pasaba por allí empezó a mirar en todas direcciones, muy alarmada. Sobre las grandes esferas del reloj, el Campanario estaba iluminado por los focos de las unidades móviles de los Cuerpos de Operaciones Especiales de la Facultad de New

Tammany y de los distintos departamentos de Telerama. Unas palomas agitadas entraban y salían volando. La expresión del rostro de Stoker se volvió lúgubre.

—Ve por la parte de atrás —le dije—. Voy a subir por la Biblioteca.

—¡Y un suspenso! —explotó él, y frenó en seco—. ¡No voy a ninguna parte!

Lo pensé un momento y bajé del sidecar.

—Y tú tampoco —insistió.

Pero evidentemente se equivocaba.

3. A TRAVÉS DE LA SALA DE LOS CATÁLOGOS Y LA SALA DE PRÉSTAMOS HACIA EL CAMPANARIO

Justo en ese momento, oí que la gente suspiraba. Al levantar la vista como hacían los demás, vi una figura con una túnica blanca y una capa negra que saludaba con las manos desde el Campanario. A su lado, toda vestida de blanco, había una figura más pequeña, a la que la otra tapaba parcialmente con su capa.

—¿Lo has visto, Jo-Anne? —le preguntó una chica de colegio mixto a otra—. ¡Ha trepado por la pared con ella subida sobre Sus hombros!

—Nada de eso —dijo un joven en tono burlón—. Está ahí arriba desde hace un buen rato. Yo lo he visto todo.

—¡Yo también! —dijo, indignada, la chica que lo cogía del brazo—. Y estáis equivocados los dos: ha llegado volando, venía desde más arriba.

Defendió esta opinión obcecadamente contra las objeciones más cínicas: quizá fuera una artimaña publicitaria o un truco de Telerama, no lo sabía ni le importaba; pero del hecho de que Bray había entrado en el Campanario volando con su novia estaba tan segura como lo estaba su pareja de que no había hecho nada parecido, y la primera chica de que había escalado por la pared de la torre con las manos y los pies desnudos. A bastonazos y embestidas, en algunos casos, y pidiendo permiso con mucha educación, en otros, me abrí paso entre la multitud y avancé cojeando con energía. En cierto momento reconocí, en un corro, a algunos de mis linchadores de antaño y me puse la máscara con la cara de Bray hasta que los hube dejado atrás; en otra ocasión, afirmé que era un enviado oficial del rectorado; y en otra, que era George Giles, niño-cabra y auténtico Gran Maestro, y que iba a rescatar a mi dama en apuros.

—¿A rescatarla de qué? —preguntó Stoker, que me seguía sobre su motocicleta, sin nada mejor que hacer—. ¿Quién ha dicho que necesita que la rescaten?

Unos cuantos estudiantes varones sofocaron una carcajada. Otros les susurraron algo a sus acompañantes femeninas. Yo continué cojeando hacia la entrada de la Biblioteca, seguido por un grupo de gente pequeño pero en constante aumento. Las figuras que había en el Campanario desaparecieron.

—¡Suspendido sea todo! ¡Escucha lo que te voy a decir! —gritó Stoker, acelerando un poco a mi espalda—. ¿Crees que ella estaría ahí arriba si yo no le hubiera ordenado que fuera? ¡Todo esto lo he organizado yo!

Yo sonreí.

—¡Llámame cornudo, si quieres! —me desafió Stoker—. ¡Pero no te quepa ninguna duda de que tengo mis razones! —A medida que nos acercábamos a la puerta de la Biblioteca, su tono de voz expresaba más inquietud—. ¡Pero eso no te da permiso también a ti, niño-cabra! ¡Tú te vas a quedar aquí abajo!

Le sonreí abiertamente, y en ese momento dijo, con una nueva expresión de astucia en la voz:

—¿Qué me dices de Maxie? Todavía podríamos ayudarlo a escapar, si nos damos prisa... —Revolucionó el motor, enfadado—. ¡Vaya Gran Maestro! ¡La quieres para ti!

Los estudiantes lo vitorearon. Con mi vara, le hice señas de que se quedara detrás de mí; no tenía más remedio que hacerlo, en cualquier caso, o abandonar su vehículo, ya que habíamos llegado a las escaleras de la Biblioteca.

—¡No le pongas las manos encima a mi esposa! —gritó, sin preocuparse por los espectadores, que de todas maneras parecían asumir que él estaba representando un papel, como de costumbre—. ¡Como la toques sin mi permiso, os voy a ajustar las cuentas a los dos!

Pero yo seguí subiendo y él no me siguió.

—¡Ya puedes ir despidiéndote de Spielman! —gritó al fin—. ¡Lo has condenado a muerte!

Después añadió algo más, que no pude entender porque se cerró la puerta. Unos cuantos estudiantes me siguieron. Algunos llevaban unos tanques de cerveza de los que bebían de vez en cuando, otros iban soltando juramentos, unos pocos amenazaban a gritos con un nuevo linchamiento, otros tantos me defendían verbalmente, y la mayoría simplemente observaba con curiosidad. Unos cadetes armados que protegían la puerta de la Sala de los Catálogos los hicieron detenerse, y también a mí.

—No se puede entrar —afirmaron. Los estudiantes les recordaron, muy enfadados, que ésa era una biblioteca pública y que estábamos en una facultad supuestamente libre—. ¡Estanterías abiertas! ¡Estanterías abiertas! —comenzaron a corear. Los cadetes, bellamente al unísono, prepararon sus bayonetas. Todo el mundo esperaba a ver qué hacía yo. Pero el ruido hizo que un científico-bibliotecario mayor saliera de la Sala de los Catálogos, donde, bajo una tenue luz, se podía ver a numerosos colegas suyos leyendo atentamente diversos documentos que cubrían las mesas.

—¡Silencio! —exigió—. ¡En la Biblioteca hay que estar en silencio!

Entonces les explicó a los estudiantes, que parecían respetarlo, que se había declarado la ley marcial en toda New Tammany por orden del rector (quien por lo tanto, según inferí, debía haber regresado al «lugar que le correspondía») y que eso se mantendría hasta que pasara la emergencia general y se restaurara el orden. Los exhortó a que, entretanto, volvieran a sus residencias e hicieran sus deberes, a la luz de las velas si era necesario, ya que las crisis políticas iban y venían, como, al fin y al cabo, iban y venían las facultades y los planes de estudios, pero la búsqueda de las Respuestas debía persistir incansablemente. Nos instó a seguir su ejemplo y el de sus colegas, que continuarían, en la medida de sus posibilidades, reconstruyendo el

Pergamino del Fundador a partir de sus fragmentos aunque la Universidad, como había sucedido con el egregio documento, se añicara.

—Término acuñado por mí —dijo, en referencia al que acababa de pronunciar, con una sonrisa—. Verbo reflexivo procedente del celta *ann* a través del gallego *anaco*: pedazo o pieza pequeña de algo que se ha roto. —Mientras hablaba, colocó en su lugar una lente especial que tenía pegada al costado de sus gafas, similar a las que llevan los mineralogistas, y se fijó detenidamente en mí: me preguntó, un tanto nervioso, si yo no era George Giles, el niño-cabra y presunto Gran Maestro, responsable indirecto de haber hecho jirones el Pergamino del Fundador.

—Sí, señor —le dije—. Lo siento mucho.

Pero él no me guardaba ningún rencor; de hecho, casi parecía sentir gratitud hacia mí por haber, en cierto modo, ocasionado sus investigaciones. Insistió en que los guardias que había en la puerta me dejaran pasar, salvo que tuvieran instrucciones específicas en sentido contrario, pues sus colegas y él necesitaban consultarme sobre una cuestión de restauración textual.

—Comprenderán —les dijo a los cadetes y a los estudiantes— que no estamos necesariamente brindándole ninguna clase de apoyo a las reivindicaciones o aspiraciones del señor Giles, que, francamente, no nos interesan en absoluto. Incluso el Decano de los Suspendidos puede citar el Pergamino a su conveniencia, dicen, y nuestra única preocupación es que la cita sea correcta.

Unos pocos estudiantes se rieron con educación de la broma; los guardias hicieron chasquear el cerrojo de sus armas, pero me permitieron pasar.

—Un poquito de humor, de vez en cuando —me explicó modestamente el científico-bibliotecario—. Para mostrarles que no somos tan aburridos.

Sus socios levantaron la vista de una mesa circular situada en el centro de la sala, donde había estado la vitrina del Pergamino. Algunos tenían lupas en la mano, o lentes eierkopfianas, o tijeras y pegamento. Los fragmentos del manuscrito, cuidadosamente extendidos sobre la mesa, estaban rodeados por material fotográfico y botes de diversas sustancias químicas; en el suelo, alrededor de la mesa, había montones de pergaminos más largos y más modernos: versiones digitales de las impresoras automáticas del ORDACO. Me presentaron a filólogos, arqueólogos, antropólogos de la historiografía, lingüistas comparativos, filósofos, químicos y ciberneticistas; estos últimos tenían el doble cometido de proporcionar la asistencia analítica del ORDACO al proyecto y aplicar su talento para los códigos y las cifras a la restauración del invaluable texto. Yo los saludé uno por uno inclinando la cabeza, les expliqué que sólo estaba de paso por la Sala de los Catálogos, camino del Campanario, y pedí disculpas por tener que marcharme.

—No, no —dijo bruscamente mi acompañante, que hasta entonces había sido un modelo de afabilidad profesoral, y me cogió del brazo. También sus colegas, de quienes había pensado que eran unos académicos amables y absortos en sus materias,

cerraron filas entre la salida y yo, con una expresión de firmeza en el rostro. Yo me quedé observándolos con atención.

—La corrección del texto es lo único que nos preocupa —declaró mi vigilante. Su tono de voz había vuelto a ser educado; incluso me dedicó una sonrisa—. Tras el primer impacto que nos supuso ver los Pergaminos destruidos, nos dimos cuenta de que realmente nos había proporcionado usted una oportunidad única. Todos los textos se van corrompiendo, ¿sabe?, incluso éstos. Son copias de copias de copias, y están llenos de erratas y de lagunas. Nunca hemos podido ponernos de acuerdo, nunca se ha podido hacer una lectura común, y, por supuesto, los antiguos Pergaminos llegaron a adquirir una gran autoridad espuria por razones sentimentales, a pesar de que contradicen a los demás y se contradicen a sí mismos.

Por lo tanto, en un almuerzo interdepartamental del personal docente celebrado aquel mismo día, se había constituido un comité de expertos de varias disciplinas relevantes para reconstruir, a partir de los trozos del Pergamino del Fundador (que en realidad eran unos cuantos pergaminos que se solapaban, llenos de redundancias y discrepancias), el texto madre, que hasta entonces sólo había existido como hipótesis, del que habían surgido todas las variantes conocidas y en el que se basaba, en última instancia, la autoridad de todas ellas.

—Es un proyecto radical, desde luego —dijo el bibliotecario-científico, que era también el presidente del comité ad hoc—. Pero nos gusta pensar que somos clasicistas de vanguardia, por decirlo de algún modo. Una pequeña paradoja...

Tras una breve digresión sobre la etimología de la palabra *laguna*, procedente de *lacuna*, y una más extravagante sobre la de la palabra *digresión* (que justificó con un prefacio sonriente en el que me explicó que *digresión* y *extravagancia* eran, etimológicamente, «como primos que se besan, podría decirse»), fue al meollo de la cuestión. Con la ayuda del ORDACO y la erudición de todos los miembros del comité, el trabajo preliminar para restaurar el Pergamino había avanzado con mucha fluidez, y un «modelo analógico» de la *Urschrift* ya se había esbozado en el ordenador. Pero antes de que pudiera empezar realmente el trabajo de ensamblar los fragmentos del Pergamino siguiendo las pautas propuestas, había que resolver una cuestión fundamental. Se trataba de un asunto que podía considerarse tanto de filosofía personal como de filología histórica, y que implicaba debates complejos, tanto ideológicos como académicos, pero el comité había acordado que, por conveniencia, podía simbolizarse por medio de una pregunta práctica sobre la traducción de una única frase, una oración que constaba meramente de dos palabras en la lengua original de los Pergaminos. Los «étimos», como los llamaban, eran las raíces de los términos *aprobar* y *suspender*, pero había tal cantidad de inflexiones, prefijos, infijos, sufijos y marcas diacríticas, y variaban tanto de un fragmento a otro, que era posible llegar a interpretaciones opuestas; de hecho, podía decirse que la historia de tales interpretaciones, en su opinión, configuraba la biografía intelectual de la estudiantía,

como había quedado ampliamente demostrado en un gran número de lo que él llamaba *Geistesgeschichten*...

—Todo eso se resume así —lo interrumpió uno de sus colegas más jóvenes—: los textos en los que aparece dicha frase son discrepantes desde el punto de vista gramatical, y cuando se supone que aparece en un contexto más fiable, tenemos *lacunae*: los fragmentos perdidos se encuentran o bien en algún lugar del ARCHIVACO o entre los que usted se comió esta mañana.

Mientras hablaba, blandía unas tijeras de podar, y yo cogí mi vara para impedir cualquier intento por su parte de destriparme, pero lo único que querían, como había afirmado su colega más mayor, era mi opinión sobre la cuestión de si, por lo que yo podía saber, la frase crucial debía traducirse como «Suspendidos quienes aprobarían» o como «Aprobados son los suspendidos». De esa cuestión, obviamente, dependían sistemas enteros de otras cuestiones, y tal vez incluso el sentido general del Pergamino del Fundador.

—Eso sí, estamos de acuerdo en lo que significa cada versión —dijo bruscamente el joven—. Lo que llamamos la lectura A significa que uno debería desear suspender, ya que el deseo de aprobar es vano y la vanidad es suspendida, por no mencionar la famosa tradición de que el Aprobado sólo puede hallarse por medio del conocimiento del Suspenso, etc.

El hombre más mayor se acomodó las gafas y se aclaró la garganta.

—Bueno, lo que...

—La lectura B —continuó rápidamente su protegido— es una forma de decir que mientras que desear aprobar es suspender, desear suspender por tal motivo también es suspender, ya que es equivalente a desear aprobar. Pero pese al hecho de que Aprobar y Suspender no son distintos, tampoco son lo mismo; y por ese motivo, si uno quiere Aprobar, no debería desear ni Aprobar ni Suspender. Aunque no debería no desearlo *porque* uno quiere Aprobar, evidentemente...

—Evidentemente —coincidieron algunos de sus colegas, e incluso su mentor asintió con una leve inclinación de la cabeza, como si quisiera expresar que aunque la glosa del joven no era impecable en todos sus detalles y se trababa de una formulación burda, era efectiva y podía servir.

—Pero sobre lo que no logramos es ponernos de acuerdo es sobre si la lectura correcta es A o A —concluyó—, así que estamos recabando las opiniones de los expertos, sopesándolas adecuadamente y programando el ORDACO para que arbitre toda la cuestión. —Guiñó un ojo y sonrió—. Quizá le interese saber que su colega, el doctor Bray, ya nos ha proporcionado su punto de vista, aunque comprenderá que no dispongo de la libertad de confiárselo a nadie, ni de señalar cuánto peso tiene en nuestra pequeña balanza.

Querían que yo hablara.

—Caballeros —les dije—. Su problema es sumamente interesante en sí mismo. Y además, está claro que tiene una importancia práctica de primer orden. Ahora, si me

disculpan...

Pero me bloquearon el paso.

—¿A o B? —preguntó el joven estudioso—. Si no consigue recordar lo que se comió, niño, díganos lo que piensa y dejaremos que se marche.

Su superior chasqueó la lengua en señal de desagrado por aquel despliegue de coerción, pero mi inquisidor declaró francamente que la exactitud y la rigurosidad en las cuestiones académicas eran sus únicos valores en esta Universidad suspendida, y que como investigador realmente revolucionario, no dudaría en recurrir al terrorismo para lograr sus objetivos, si era necesario. No le importaba un suspenso, dijo, si A o B eran «verdaderos» desde el punto de vista filosófico —todas esas formulaciones místicas, de hecho, le parecían un mero palabrerío supersticioso; sus autores eran granujas, y sus discípulos, tontos—, pero sobre ellas y otras oposiciones semejantes se construía todo el enloquecido edificio de la historia del campus, por lo que comprenderás con claridad que era absolutamente esencial para leer los textos de una manera acertada, al margen de si uno se los creía o no.

—¿Acaso usted tiene alguna opinión? —me preguntó irónicamente.

Yo sonreía, como llevaba haciendo todo el episodio.

—Sí.

—Entonces, díganosla —cerró las tijeras de podar gravemente—. Dejaremos que el ORDACO decida qué valor tiene.

Por algún motivo me sentía reacio a emplear el término del bibliotecario-científico, y pregunté:

—¿Dónde está ese famoso «hueco»?

El joven sonrió y señaló cuidadosamente con la punta de sus tijeras un agujero irregular que había cerca del centro de los jirones que habían juntado. Abrí una de las lentes del extremo de mi vara y me incliné hacia él.

—¿Por qué lo amplía si no conoce el texto? —preguntó con desagrado—. Así lo único que consigue es convertir un pequeño enigma en un enigma grande.

Pero yo no estaba inspeccionando la *lacuna*, y mi lente no era una lupa, sino el espejo del doctor Sear, con la ayuda del cual observé que el comité había abandonado la salida al pasillo para apiñarse a mi alrededor.

—¿Cuál es su respuesta? —preguntó uno de ellos.

Soplé con todas mis fuerzas, enviando trozos de vitela en todas las direcciones, y di un golpe con mi vara, haciendo que se desperdigaran por la habitación fragmentos del Pergamino, sustancias químicas, tarjetas con anotaciones, tijeras y estudiosos. Antes de que pudieran recomponerse lo suficiente como para decidir si era más urgente detenerme o re-reensamblar todo lo añicado, ya me había metido a toda velocidad en la Sala de Préstamos y la cruzaba, cojeando, en dirección al vestíbulo. Cuando había recorrido la mitad de un pasillo donde la luz parpadeaba sin cesar, se me ocurrió que si había dos policías de revuelta protegiendo la entrada de la Sala de los Catálogos, en el vestíbulo principal debía haber pelotones enteros, sobre todo ante

los ascensores que llevaban al Campanario y al Estómago. Desde lo alto, el reloj volvió a dar tres cuartos; salvo que se tratara de un error, no había tiempo que perder debatiendo con una falange de bayonetas. Volví sobre mis pasos hasta la Sala de Préstamos (no parecía que nadie hubiera salido a perseguirme) donde, por el rabillo del ojo, un momento antes había visto que sólo había una persona —una chica pálida, de pelo largo, sin maquillar y sin lavar, leyendo detrás de un escritorio donde había un letrero que decía INFORMACIÓN—, y decidí arriesgarme.

—Perdone, señorita: ¿hay alguna manera de subir que no sea tomando el ascensor?

En la habitación de al lado, los académicos protestaban y clamaban, persiguiendo caóticamente los fragmentos a cuatro patas, como si fueran niños torpes, pero la Sala de Préstamos estaba en silencio. La joven tenía la cara llena de granos, era delgada y carecía de ubres, como la señora Rexford pero infinitamente menos atractiva. Levantó la vista de la gruesa novela con que se entretenía, me miró por encima de las gafas y, haciendo un esfuerzo por ser clara y como si hubiera estado esperando que un niño-cabra cubierto con un vellón le hiciera precisamente esa pregunta, dijo:

—Sí. Hay una escalera que sube hasta el mecanismo del reloj desde esta planta. Tiene que ir por la puertita que hay detrás de mí.

Durante todo el tiempo estuvo señalando con el dedo el lugar del libro por el que iba, al que regresó de inmediato tras responderme. Criatura apacible, ordinaria, nunca vista antes ni después, cuyo feo rostro olvidé en dos segundos, cuyo nombre, si es que tenía alguno, nunca supe, cuyos pasado y destino, si alguno tenía, serían *lacunae* hasta el fin de los cursos en la historia de mi vida, ¡que el Aprobado sea tuyo, pues en el momento en que nuestros tiempos se cruzaron enunciaste, con la claridad de un texto escrito, la modesta información que yo necesitaba! ¡Respuesta sencilla a una pregunta sencilla, pero sin la cual este relato habría quedado trunco como el Pergamino, un fragmento sin fin!

—... mento sin fin —me pareció oírla murmurar mientras me inclinaba para pasar por la puertita que me había indicado. Me detuve y fruncí el ceño, pero aunque sus labios seguían moviéndose, al igual que su dedo sobre la página, las palabras que había pronunciado quedaron ahogadas por las campanas del Reloj de la Torre.

4. SU PASO FINAL A TRAVÉS DEL ESTÓMAGO

A saltos espasmódicos, fui subiendo la escalera, dando vueltas en torno al hueco en el que oscilaba el poderoso péndulo. Eran cuatro pisos, que ascendí mientras las campanas desgranaban, frase a frase, su melodía, y después una escalera vertical desde el rellano superior hasta una trampilla cuadrada situada en el suelo del Campanario. Esta última escalera tenía diez escalones, averigüé, pues mientras trepaba a cada uno de ellos, las campanas daban una hora, y por encima de donde me encontraba oía a Anastasia chillar, cada vez un poco más alto, ella, las campanas y yo. Al sonar la octava, que antaño había sido la ruina de la cabeza del doctor Eierkopf, la mía pasó al otro lado de la trampilla y, a la luz reflejada de los reflectores de la plaza, vi a mi dama; la estaban montando en el suelo. Se hallaba a cuatro patas, con la cabeza gacha y el vestido levantado; de pie, detrás de ella, con la capa negra extendida y el rostro chispeante, estaba Harold Bray. Me pareció más mayor que nunca, y también más peludo. Aunque su miembro estaba oculto (los dos miraban hacia mí), debía ser brutalmente largo, y debía estar empleándolo con crudeza: no estaba montado sobre Anastasia, sino de pie, con las rodillas dobladas detrás del escudete de ella, y tenía la sotana levantada por la parte delantera sólo hasta la altura de las rodillas; además, no se balanceaba hacia adelante y hacia atrás, como cualquier otro macho, sino que se limitaba a estar ahí, conectado, abriendo y cerrando los ojos y la capa; pese a ello, con cada repiqueteo (un re y un mi altos fueron los dos que yo presencié) Anastasia chillaba como si la estuvieran empalando, y en el fa —última campanada, con la que pasé del todo al otro lado de la trampilla— se desmayó sobre el suelo encalado por los pájaros, entre las cáscaras de huevos de paloma y la paja. Me vi obligado a saltar por encima de ella, pues el paso entre las mesas de trabajo de Eierkopf y el engranaje en movimiento del reloj era estrecho; el golpe de mi vara, a consecuencia de ello, se quedó corto y no llegó a impactar en la cabeza de Bray, sino que cayó sobre su capa, levantando un polvo sedoso que me hizo estornudar. Él saltó por detrás del hueco del péndulo y se metió en el ascensor, con lo que consiguió escapar, pero en aquel momento mi única intención era hacer que se apartara de mi dama. Me volví entonces hacia ella, que, follada, se incorporó hasta sentarse sobre lo diseminado.

—¿Cómo estás, Anastasia?

Ella se dio una palmada en la frente. En el suelo, entre sus piernas, había un charco verde y espeso.

—George...

—¿Sí?

Contuvo la respiración mientras sus ojos adquirían una expresión de asombro.

—No era lo que Tú piensas. ¡Ahora ya sé por qué el doctor Bray nunca lo intentó antes! Él es... diferente.

—¿Diferente? ¿En qué sentido, Anastasia?

Yo estaba de cuclillas delante de ella; entonces, soltando un gemido, me echó los brazos al cuello, hundió la cara en mi vellón y comenzó a llorar. Cuando logró, entre estremecimientos, explicarme que su violador carecía completamente de lujuria y que lo único que ansiaba era reproducirse con la ayuda de ella; que sus partes pudendas no eran como las de ningún otro macho que hubiera conocido en su amplia experiencia; y que teniendo en cuenta la naturaleza del caso, era muy improbable, incluso inimaginable, que ella pudiera concebir una criatura con unas gotas de aquella sustancia glauca y nauseabunda —la mayor parte de la cual, gracias a mi oportuna aparición y a su desmayo, no había dado en el blanco—, le recomendé que no tenía por qué odiarlo. Ella se secó los ojos.

—Creo que no lo odio, George, ahora que lo sé. Pero ¡puaj!

—Ahora tengo que echarlo del Estómago —le dije—, y antes o después tendré que echarlo del campus. Es parte de mi trabajo. Pero no siento nada hacia él, nada en absoluto.

Ella olisqueó el aire y tuvo un escalofrío.

—Yo tampoco. Pero George...

—¿Qué?

Volvió a abrazarme y a sollozar.

—¡Te quiero! —Y entonces, de repente, se apartó—. ¿Qué vamos a hacer?

Le pregunté a qué se refería. Tres horas y ocho minutos antes, cuando tantas cosas se habían aclarado en el Desfiladero de George, me había dado cuenta —gracias a la iluminación general, por decirlo de algún modo— de que el matrimonio no era para los que son como yo, ni tampoco otra clase de relación amorosa; los lazos del deseo, las ataduras de una esposa, una amante, unos hijos, como cualquier otra atadura, eran algo de lo que había que liberarse y abjurar, y que había que evitar y erradicar si fuera necesario, como el nombre de mi carné de identidad. Y el adulterio, en particular, me pareció —dadas la situación de los estudiantes y la estructura de la vida en el campus— suspendido a ojos del Fundador, valga la expresión, al menos para Sus Grandes Maestros. Sobre estas cosas, ya no tenía una mera opinión; sabía que eran así. En aquel instante se me había dado un conocimiento profundo sobre muchas cuestiones, y ésta era una de ellas. Sin embargo, a pesar de toda esta claridad —que tan incuestionablemente había iluminado mi camino de regreso al Gran Centro Comercial y mi subida al Campanario, y seguiría haciéndolo, del Tac al Tic, hacia donde debía ir entonces—, todavía quedaba una sombra. La noté de un modo evidente en las pupilas de Anastasia, e inferí que lo que envolvía dicha sombra era a mí mismo.

—Tienes que querer a tu marido —le aconsejé, muy serio—. Stoker está en estado crítico. Hasta tiene celos.

—¡Soy un fracaso total! —gritó Anastasia, y repitió lo que ya me había dicho con anterioridad, que el desenfreno al que se había entregado en la Sala de Estar le había

hecho confirmar: todavía sentía compasión por las necesidades del cuerpo estudiantil y una obligación particular de satisfacer a su marido (por quien había descubierto en su interior, ese mismo día, por primera vez, una especie de afecto, cuando lo había visto tan angustiado en la Sala de Estar); además deseaba con todo su corazón poner en práctica las instrucciones que yo le había dado, pues creía absolutamente en mi granmaestría. Pero había fracasado, dijo entre sollozos; era una fracasada, porque lo que le había enseñado su actitud promiscua, su búsqueda deliberada del apareamiento, era que estaba enamorada. ¡Una experiencia por completo novedosa! Y el objeto de su pasión era yo.

Empecé a inquietarme.

—Anastasia...

—No me importa nada —dijo con tranquilidad—. No me importa lo que piense Maurice, ni lo que pienses Tú, ni siquiera lo que piense el Fundador. Sé que estoy suspendida y la verdad es que no me importa.

Había ido al Campanario, me contó, a pesar de la prohibición expresa de su marido (la primera en todo el tiempo que llevaban casados), sabiendo que quizá tuviera que someterse a Bray, y después lo dejó hacer su voluntad incluso cuando vio lo horrible que era aquello, todo con la convicción de que yo aparecería, cosa que ciertamente había sucedido, aunque yo no hubiera decidido hacerlo hasta hacía tres horas y quince minutos (la campana del reloj repicó mientras hablaba) y hasta hubiera llegado a pensar, en la Sala de Tratamientos, que ya no nos veríamos nunca más. Su fe, por lo tanto, quedaba justificada. Lo que quería ahora, y estaba decidida a lograrlo con la misma extraordinaria confianza, era engendrar y parir un hijo mío —una idea que evidentemente había sembrado en ella mi madre— y a tal fin estaba dispuesta a suspenderse para siempre a causa del necesario adulterio. Si yo me negaba (y no iba a «afirmarse», me dijo; eso ya había acabado; yo debía tomarla a ella), tenía la intención de bajar al Estómago conmigo y expirar allí.

—Ya sé que Tú no me quieres —concluyó—. Supongo que no puedes quererme y seguir siendo un Gran Maestro. Pero yo Te quiero a Ti.

Su conducta resultaba más perturbadora debido a su absoluta tranquilidad. Fui presa del asombro y, al principio, una curiosidad realmente desapasionada. Me parecía comprender (desde las ocho en punto) mi naturaleza y mi función de un modo bastante claro y desinteresado. Me había librado de ciertas ideas equivocadas y nociones imperfectas, como puede uno librarse de una venda que le tapa los ojos o de unas esposas que le atenazan las muñecas; ahora sabía con certeza que estaba destinado a la granmaestría, y veía mi camino, mi trabajo y mi sino con indiferencia y seguridad —como, por ejemplo, que iba a echar a Harold Bray—, pero sin rencor ni placer; era sólo parte de mis deberes. Un cuchillo corta; un pez nada; un Gran Maestro, entre otras cosas, echa del campus a la gente como Bray. Mi trabajo no tenía ningún *glamour*, y tampoco el término que lo designaba: *Gran Maestro*, *ORDACO*, *bolígrafo*... eran todos nombres de instrumentos neutros, como también lo eran *Bray*,

impostor, trol. Como él mismo había sugerido en una ocasión, aunque fuera parte de una de sus artimañas, su función era que lo echaran; en las calificaciones que nos habría de poner el Fundador, por decirlo así, su Sobresaliente y el mío tendrían el mismo valor.

—Anastasia —comencé a decir de nuevo. Quería contarle estas cosas: que el hecho de que fuera un Gran Maestro, en sí mismo, no me hacía más querible que si hubiera sido un profesor ayudante, por ejemplo; y que por indicarle el camino hacia las Puertas de la Graduación, como sin duda yo iba a hacer, la estudiantía no me debía más amor del que le debía a un acomodador que trabaja en un teatro, digamos, o al guía que trabaja en un museo, quienes también se limitaban a cumplir con su función. Desde luego, un cierto amor por la estudiantía era un requisito para hacer mi trabajo, pero también lo era el amor por las plantas del horticultor, lo cual no suponía que sus cultivos estuvieran obligados en absoluto a una reciprocidad de sentimientos. ¿Que me quería? ¡Si yo no me quería a mí mismo!

Pero no pude decir más que su nombre; al oírlo, ella abrió ante mí sus hermosos ojos claros y luminosos, que reflejaron mi imagen. Entonces otra sombra desapareció; sólo quedaba una.

—Muéstrame cómo se va al Estómago, Anastasia.

Evidentemente, ella sabía que los ascensores que salían del vestíbulo estaban bajo vigilancia y que, en cualquier caso, no podíamos volver a llamar al ascensor que había tomado Bray. Mi esperanza era que como la anónima chica de Información, ella conociera una escalera oculta o alguna otra ruta poco habitual: su «madre», al fin y al cabo, había trabajado en la Sala de la Torre a lo largo de toda su edad adulta. Pero bajo esa esperanza y esa conjetura había un cierto conocimiento, en vista del cual le di una orden en lugar de preguntarle. Ella se puso un poco pálida y después se levantó en silencio. Nos metimos por la trampilla y bajamos por la escalera vertical y las escaleras normales hasta llegar al descansillo inferior, situado una planta por debajo de la Sala de Préstamos pero todavía muy lejos del Estómago. Entonces me cogió de la mano y me condujo, a través de una puerta baja, hasta un laberinto de estanterías sin iluminar, entre las que avanzaba con tanta seguridad como si ésa fuera su morada. Más de una vez nos encontramos con puertas de tela metálica cerradas, cada vez más sólidas, con letreros que decían **ÁREA RESTRINGIDA: PROHIBIDO EL PASO**, que sin embargo ella abría con gran facilidad con una horquilla a la luz de mi linterna. Al final llegamos a un callejón sin salida, en cuyo muro ciego había un gran montaplatos que subía y bajaba por un hueco recubierto con una pantalla de acero. Un cartel que tenía encima advertía a los pocos que tenían un rango en la facultad lo bastante alto como para poder abrir todas aquellas puertas intermedias: **PELIGRO: SÓLO CINTAS PARA LA DIETA**. Yo entendí dónde me encontraba, y que ya había estado ahí antes. Ella me apretó la mano con fuerza.

La puerta del elevador de cintas tenía unos remaches con distintas cerraduras y diales de combinación; estaba construida a prueba tanto de horquillas como de golpes

de vara. Pero cuando, llevado por la exasperación, di un simple tirón, se abrió, como si hubiera estado así desde que habíamos llegado. Era una caja de acero de un metro cuadrado como máximo, apenas lo bastante grande para que cupiera una persona; pese a ello, Anastasia se metió de inmediato, sin dudarlo, y tiró de mí para que entrara tras ella. Con las rodillas pegadas a la barbilla y cada uno para un lado — como dos zapatos en su caja, o ese signo del Campus del Este al que me recordaba su ombligo—, no teníamos espacio para mover ni un músculo; sin embargo, de algún modo conseguí cerrar la puerta con mi vara, y Anastasia, empleando la linterna, el espejo y la lupa que yo llevaba en la bolsa, y la punta curvada del shofar, logró llegar al otro lado de la tela metálica y apretar el botón rojo junto al que decía ESTÓMAGO. El elevador dio una sacudida, cizallando varios centímetros de la punta del cuerno y enredándonos todavía más a mi dama y a mí. Comenzamos a descender con lentitud en medio de una oscuridad absoluta. De todos modos, aunque nos hubieran iluminado todas las luces del Tendido Eléctrico, yo habría seguido estando tan ciego como Greene o Leonid, tan ciego como Ginandro, de lo pegado que estaba a Anastasia: tenía los ojos apretados contra lo que había sido mi primera visión de ella (y la última de G. Herrold), en el puente roto, y ella se encontraba igualmente pegada a mí. A través de la rizada venda que me tapaba los ojos, sin embargo, comencé a ver una luz.

—El adulterio es suspendido —afirmé contra su cuerpo—. Y también mentir al cónyuge.

—Sobresaliente —susurró ella.

—La hipocresía también —dije yo—. Y a pesar de todo... En alguna parte hay un acertijo, Anastasia. Es algo fundamental. ¡Es como si tuviera la Respuesta justo delante de las narices! Y sin embargo, no puedo alcanzarla.

Estábamos tan apretados que no pudo más que murmurar algo para darme a entender que me entendía. Sin embargo, reaccionó ante mi apasionado rumiar, ofreciéndome en una lengua sin palabras una muestra de la solución definitiva.

Llegamos hasta abajo.

—Esto es la Boca —dije cuando la puerta del ascensor y mis ojos se abrieron ante el ya conocido brillo de color rubí.

—Entonces éste es el final —dijo Anastasia, tensa ante mis palabras, cuando al fin pudo mover la cabeza. De hecho, salió antes que yo y me dio la mano, diciendo —: Te quiero.

¡Esas palabras otra vez! Saqué las piernas del elevador de cintas y, pensativamente, me acaricié la barbilla. Percibía que Bray había entrado delante de mí, dejando sólo un débil rastro a su espalda. Tal vez acechara en el Estómago; pero también podía haberse dirigido a la Colina del Fundador. No importaba. Lo único que contaba era esa sombra final que, como esa impactante mota nocturna que le había visto a mi dama en el Desfiladero, no parecía ser más grande que la mano de un hombre y, sin embargo, envolvía toda la Universidad. ¡Yo, amado! Fruncí el ceño y entorné los ojos; parpadeé como Peter Greene. La cara de Anastasia era toda súplica,

pero, tras haber dicho «Te quiero», no dijo nada más: se quedó esperando con los ojos cerrados y los brazos extendidos.

—Afírmate, Anastasia —le ordené en voz baja, para ponerla a prueba; y en voz baja ella me respondió:

—No.

Me acerqué a ella, conmovido hasta el tuétano, y besé sus labios. Como los últimos velos de la Verdad, mi vellón se levantó. Ella abrió los ojos. Yo cerré los míos, y vi la Respuesta.

—Aprobada seas —le dije en un susurro. Ella asintió.

Sujetándola de las nalgas con mi vara, la alcé y me la coloqué encima; ella se enroscó en mi cuerpo.

—En la bolsa —dije—. La máscara de Bray. Para el escáner.

Sacó la máscara de la bolsa que colgaba de mi cuello y se la puso. Después le pedí que sacara también el resto de lo que había ahí dentro, que me la pusiera dada la vuelta en la cabeza y que tirara de la cuerda para ajustarla. Siguiendo mis directrices, me dirigió hacia la portilla de entrada.

—Espera —le dije—. ¿Ves un panel de control por aquí cerca? ¿Una especie de consola?

—Sí. Tiene una fila de botones negros y una cosa donde pone ENTRADA. Pero la única clavija que veo pone SALIDA.

—Métela —le ordené.

Ella lo hizo y accionó la palanca que había al lado de la consola. Se oyeron zumbidos y chasquidos. Al instante, la portilla se abrió y entré. El escáner emitió un sonido: como si fuéramos uno, con un tropezón, penetramos en lo más profundo del Estómago.

—¡Qué maravilla! —grité. Y es que aunque el lugar estaba oscuro y tenía la bolsa tapándome la cara, descubrí en Anastasia la Universidad, completa y clara. Madre de mi alma, el pulso de toda ella palpitaba a nuestro alrededor; era el ojo de mi padre el que brillaba cerca, cuya amorosa encuesta yo percibía a través de mi dama.

—Dice ERES HOMBRE O MUJER —susurró. Nos levantamos unidos, encontramos la consola y pulsamos alegremente los botones, los dos juntos, dejándolos apretados como estábamos apretados nosotros.

—HAS TERMINADO TUS DEBERES DE INMEDIATO, SIN PERDER EL TIEMPO.

¿Era la voz de Anastasia? ¿La de madre? ¿La mía? En el dulce lugar que me contenía, no existía la oposición entre el Campus del Este y el Campus Occidental, sino un único campus, continuo y sin límites. El Torniquete, la Rejilla de los Chivos, el Gran Centro Comercial, los establos, los horribles fuegos de la Central Eléctrica, las alturas templadas de la Colina del Fundador... lo veía todo. Las exuberantes junglas de Frumencia, el frío de lo más profundo de Nikolay, la pululante T'ang... todo era uno, y uno conmigo. *Aquí* yacía junto a *ahí*, *tic* buscaba a *tac*, *todo* se apareaba con *nada*. Mi dama y yo, todo, éramos uno.

—GILES, HIJO DEL ORDACO.

¡Leche de la estudiantía, pezón inagotable! Yo era el Fundador, yo era el ORDACO, yo no lo era. Me concentré en esos dos botones gemelos. Me alimenté a mí mismo conmigo mismo.

—DESEAS APROBAR.

Yo el aprobador, ella el aprobado, aprobamos juntos, y juntos gritamos «¡Qué maravilla!». Sí y No. ¡En la oscuridad, una luz cegadora! ¡El fin de la Universidad! ¡El Día de la Graduación!

5. LA SALIDA DEL ESTÓMAGO

Nadie sabe cuánto tiempo yacimos abrazados: donde estábamos no repicaba campana alguna. Tras la sacudida, el Estómago se quedó tan quieto como nosotros: dormidos, fallecidos. A lo largo de un instante, yacimos ahí eternamente.

—*Sobresaliente.*

Nos abrazamos con más fuerza, para no despertarnos.

—*¡Aprobar a todos Suspende a todos!*

La voz, que sonaba a unos metros de nosotros, era familiar: un alegre canturreo de señora. Reacio a volver desde el otro lado de las Puertas de la Graduación, intenté no reconocerla, y al hacer tal esfuerzo, ay, volví en mí. Anastasia, que también había vuelto en sí, soltó un gemido cerca de mi oreja, que seguía tapada por la bolsa, y empezó a mover las piernas.

—*¡Ven, Billikins! ¡Ven, Bill!*

Fundador querido, era madre: si suspiré no fue por la dicha aprobada, sino por la pasada. ¿Qué estaba haciendo ella en aquel lugar letal y graduado? Y —*¡Fundador!*— ¿por qué tenía yo que abandonarlo? Anastasia, ya sin su máscara, me quitó la bolsa de la cabeza y me besó la frente. Con lágrimas en los ojos, me puse de rodillas y miré por encima del cálido hombro de la Verdad hacia el campus, frío y suspendido, al que debía retornar. Estaba a punto de amanecer: ¡qué pocas ganas tenía de que acabara aquella noche brillante, consumada, carente de horas! Entonces se me ablandó el corazón al ver a madre, en efecto, asomarse por la portilla de salida. Llevaba en una mano un sándwich de mantequilla de cacahuete, que agitó ante mi vista sin dejar de canturrear, y en la otra, una prenda de vestir cuidadosamente doblada. La compasión hizo que mi vano sentido del deber se relajara: el viento del campus estaba helado, pero el Conocimiento me calentaba. Yo sabía lo que había que hacer, y que lo haría; todo lo que habría de ocurrir estaba claro, de ahí mis lágrimas; pero ahora lloraba por la estudiantía, no por mí.

Los ojos de Anastasia seguían brillando, llenos de amor; los míos, creo, brillaban llenos de una Verdad neutra, de desapasionada compasión. Con el corazón tranquilo, la besé tres veces: una en la frente, en señal de agradecimiento por haber sido, para mí, recipiente de la Verdad, y la declaré aprobada; otra en el ombligo, simbolizando el lugar oscuro en el que al fin había podido ver y llegar a ser yo mismo, del que había partido hacia la realización de mis deberes después de graduarme; otra, por último, en el Monte del Amor, donde me había graduado y en cuyo homólogo algún día llegaría mi final. La Hipótesis Ciclológica, la Ley de Spielman: por fin la comprendía, quizá como Max no la comprendería nunca, y besé su signo.

Ya al otro lado de la portilla había un gran alboroto. Anastasia se acarició el estómago, suspiró y me dijo que me quería. Yo también suspiré —pero no, como ella pensó satisfecha, en simple reciprocidad, aunque no vi ninguna necesidad de

desengañarla— y me dirigí hacia madre. Por desgracia, el ORDACO se la había comido en el momento del fogonazo que había provocado yo al mantener los dos botones apretados para contestar la última pregunta: su pelo, en otro tiempo de color crema, estaba chamuscado, y su balbuceo era incluso menos lúcido que antes. Hasta pasado algún tiempo, no llegué a saber cómo había decidido ir a la salida del Estómago ni cómo había podido meter la cabeza dentro en el momento crucial. Por fortuna, su estado mental ya era tan lamentable (una circunstancia a la que posteriormente los investigadores de revuelta del ORDACO apelarían con insistencia) que la onda de COMER no había resultado fatal: fue como si el tejido cicatrizal de sus antiguas heridas, algunas causadas por mí, protegiera su mente de nuevas agresiones; por estar ya destruida, era invulnerable, y las peores ondas del ORDACO no habían logrado más que, como la metralla que impacta sobre unas ruinas, sacar unas esquirlas. Me comí el sándwich de su mano. La prenda de ropa doblada resultó ser el vellón para la ceremonia de matriculación que me había dejado en el Torniquete meses atrás. No logro imaginarme cómo pudo hacerse con él, salvo que mantuviera una relación íntima y secreta con el ORDACO desde hacía cursos. Aunque estaba completamente destrozado, lo recibí con gran alegría, y al ponérmelo en lugar del de Reginald Héctor, descubrí en uno de sus pliegues un segundo tesoro que se había perdido con el primero: ¡el amuleto de Freddie!

—¡Aprobada sea, madre! —Besé sus manos y las junté con las de Anastasia, que se había acercado a la portilla—. ¡Aprobadas las dos, en nombre del Fundador, *summa cum laude!*

Madre se agitó un poco y, en su tranquila locura, pronunció la frase «el primero que se va es el primero que llega».

Entonces comenzaron a oírse las sirenas y aparecieron numerosas motocicletas. Se arremolinaban por todas partes científicos informáticos, profesores-generales y asistentes de la Casa de la Luz, alarmados por las señales que indicaban que había problemas en el Estómago; manifestaciones de estudiantes coreaban algo que yo no podía oír, pero que supuse que sería «Dadnos a la cabra»; una desordenada caravana de vehículos llegó del Gran Centro Comercial bramando y se detuvo ante la confusión. Encargándole a Anastasia que cuidara de madre, me ceñí el vellón hecho jirones con el amuleto de Freddie y empecé a avanzar. Subió el volumen de los gritos: era, en efecto, «Dadnos a la cabra» lo que clamaban unos tipos ataviados con barbas y pelo largo, pero no parecían enfadados. No eran más que media docena, una fracción de una parte de una minoría, y, mientras vitoreaban, les caían tortazos incluso de sus compañeros de clase calzados con sandalias; pero cuando vi que sus letreros decían ¡FUERA BRAY!, no pude evitar ponerme a llorar de gratitud. Sus mayores me acorralaron y empezaron a atosigarme con sus preguntas, amenazas y burlas. Si había estropeado el ORDACO, me advirtieron los científicos militares, mi destino sería el de un traidor...

—He provocado un cortocircuito —admití tranquilamente, sacando fuerzas de mi media docena de seguidores—. Pero no creo que el ORDACO esté estropeado.

Ciertamente esperaba que no lo estuviera, añadí para que se enteraran bien mis compañeros de clase, pues aunque estuviera entre lo Suspenso y lo Aprobado, el ORDACO, precisamente por ello, participaba de ambos conceptos, los servía a ambos y no era, en sí mismo, un auténtico emblema de ninguno de los dos. Yo me había equivocado, dije, al pensar que era un trol. Como un gorro y una bata negros de la Verdad desnuda, protegía de la mirada de la masa lo que sólo unos pocos, los amantes y discípulos de la Verdad, podían mirar al descubierto sin quedarse ciegos.

Los seis tomaban notas con el ceño fruncido y negando con la cabeza; los demás me abuchearon, riéndose a carcajadas. ¿Cómo nombrar lo innominable? No dije nada más. Un ayudante flequillado le guiñó el ojo a un severo profesor-general, se llevó un dedo a la sien y comentó:

—Se lo han debido COMER, como a la señora.

Yo solté un suspiro y me conformé con hacer una sugerencia que pudieran entender: que desconectaran la Salida del ORDACO de la Entrada, para que el circuito volviera a ser normal. Intercambiando unas miradas de comprensión, se marcharon a toda prisa. Entonces busqué a alguien que quisiera lincharme, como de costumbre, y me sorprendió no ver a nadie que pareciera dispuesto a hacerlo, hasta que me fijé en la caravana de motocicletas que se acercaba: Stoker iba a la cabeza y llevaba a Max en el sidecar: la muchedumbre de estudiantes se había desplazado hasta la Colina del Fundador, descubrí con tristeza, para presenciar la ejecución. La pandilla de las pieles de oveja se había reunido para manifestarse contra la pena capital, entre otras cosas, salvo la pequeña facción que protestaba contra la protesta. Stoker llegó derrapando y le dio un grito a Anastasia; su personal detuvo los tumultuosos vehículos detrás de él.

—¡Ven aquí, mujer! ¡Te voy a llevar a casa!

Ella, con coqueta timidez, se negó; se iba a quedar conmigo, lo quisiera yo o no. Se disculpó por haber renunciado a sus votos matrimoniales y trató de explicarle a Stoker que aunque sentía simpatía por él e incluso en cierto modo estaba empezando a quererlo, tenía una obligación más alta en tanto Gran Discípula; un amor más alto, que no entraba en conflicto con su matrimonio, afirmó, sino que lo trascendía; unos deberes aprobados que le había puesto el Fundador, que ni siquiera yo podía apenas atisbar y a los que, a partir de entonces, se iba a dedicar por entero.

—¡Monsergas! —bramó Stoker, encolerizado. Durante todo este tiempo, yo había estado observando a Max, que, más marchito que nunca, estaba sentado en el sidecar, indiferente a la trifulca. Pero al oír la grosería de Stoker, un término que no me resultaba familiar, me sobresalté, ya que me metió una idea en la cabeza, o más bien me reveló en un instante la presencia de una que había ido creciendo hasta estar casi madura. Medio segundo después, ya estaba examinando de nuevo a Max (que también me examinaba a mí), sin hacer ningún caso a las groserías de Stoker ni al furor general; pero era como si el Fundador se hubiera propuesto que él gritara

«Monsergas» en aquella ocasión, en vez de «Sandeces» o «Bobadas» (otras de sus exclamaciones favoritas), sólo para inspirarme un plan.

Max me saludó con una mano sumamente delgada.

—Adiós, Georgie.

¿Cómo podía decirle que ahora comprendía, entre muchas otras cosas, la clave de su ciclogía; que había terminado mis deberes, aprobado los finales y alcanzado una granmaestría verdadera y fiable? No había ninguna necesidad de hacerlo: él vio lo que yo había visto y lo que había llegado a ser; en sus ojos, oculta detrás de sus cejas como una lechuza entre la nieve, resplandecía la comprensión. Le cogí la mano.

—No tienes por qué morir esta tarde, Max. Te voy a decir un secreto: tengo la llave de Leonid. Puedo sacarte de todo este lío. —Mientras hablaba, observé su rostro con atención. Él tocó el amuleto de Freddie. La auténtica chivoexpiatorieiz no era morir por la estudiantía, sino cargar uno mismo con todos sus defectos y continuar viviendo—. No entendiste bien el amuleto de Freddie.

—*Ach* —dijo él—. No es sólo eso. ¿Sabes por qué he sido un genio todoterreno, George? —Sonrió—. Porque nunca he sabido cuál era mi verdadera vocación. Pero ahora he descubierro cuál es la obra de mi vida.

Yo le pregunté cuál era.

—Morrir —dijo, encantado por su propia broma—. Por el bien de la estudiantía, egoísta o no, incluso aunque no tenga sentido.

—¿Ahora amas el amor, Max? —le pregunté, muy en serio—. ¿U odias el odio, o qué?

Al instante, como si hubiera esperado esa pregunta, me contestó:

—No, ya no odio el odio. Pero amo el amor más que no odio el odio.

—¿Vas a que te ejecuten?

Él asintió con la cabeza.

—¿Aunque sepas que es posible que estés jugando a hacerte el mártir?

Él se encogió de hombros.

—Bueno, pero estoy jugando. Estoy jugando en serio.

Le puse las yemas de los dedos en las sienes y declaré que era candidato a la Graduación.

—*Ach* —dijo él, henchido de orgullo—. ¿Sabes lo que te espera, Georgie? ¿Al final del círculo?

Yo sonreí e imité ligeramente su acento.

—¿Un círculo puede tener un final? *Auf wiedersehen*, Max.

Pero él todavía no soltaba mi amuleto.

—Puedes hacerrme un favorr, Georgie: toca el cuerno cuando llegue el momento, quiero oírlo cuando me ejecuten.

Le prometí que lo haría, estremeciéndome de nuevo ante el modo en que hasta el menor azar parecía cargado de sentido y enseñanzas. El shofar original ya no estaba en condiciones de tocarse, y además me lo había dejado en el Estómago con el bolso

de madre y todas las cosas que me habían ido regalando salvo la vara y el reloj, pues ya habían cumplido su misión; pero confiaba en que su pareja (el cuerno izquierdo del viejo Freddie) todavía estuviera en un armario para herramientas que había en el granero, donde de todas maneras tenía pensado ir antes de la ejecución.

—Yo te llevo —dijo con firmeza Anastasia, apartándose de su esposo—. Iremos en una de las motos de Maurice.

Aquellas palabras me parecieron milagrosas y me animaron mucho. Incapaz de articular palabra de lo furioso que estaba, Stoker disparó al aire sus dos pistolas y puso en marcha su moto. Sus guardias se rieron ante su turbación. Yo le sonreí.

—¡Tú! —bramó, y volviéndose hacia los estudiantes que se estaban manifestando, gritó que el Gran Maestro era Harold Bray, que en ese momento se encontraba en la Colina del Fundador preparándose para hacer milagros en la ejecución, mientras que yo era un impostor repulsivo y traicionero a quien podían linchar sin temer que ningún comité de la facultad los condenara por ello. La media docena esbozó una sonrisa de comprensión, y algunos de sus compañeros de clase me miraron con un nuevo respeto, lo cual enfureció aun más a Stoker. Mientras él los arengaba, yo me acerqué desde atrás y le toqué las sienes, declarando que era candidato a la Graduación. Mis seis seguidores se sobresaltaron; incluso Max y Anastasia parecían sorprendidos.

—¡Bua! —tronó Stoker, en un paroxismo tal que no era capaz de hablar de un modo inteligible—. ¡Bua! ¡Buo! ¡Bua!

Anastasia era quien se encontraba más cerca de él, por lo que le dio un golpe con el casco, haciendo que ella cayera en mis brazos. Esa imagen lo exasperó, y unas lágrimas cayeron de sus ojos; daba la impresión de estar a punto de pegarnos un tiro a cada uno.

—Maurice —le advirtió Anastasia—. No te atrevas a disparar. Estoy embarazada.

—¡Bua! ¡Buo!

—Estoy embarazada desde hace ocho horas —afirmó ella con una seriedad absoluta—. Del Gran Maestro.

Los guardias y los estudiantes comenzaron a reírse a carcajadas y a aclamarnos. Madre murmuró:

—Sobresaliente.

Me maravilló la extraordinaria convicción de mi dama, y al mismo tiempo me pregunté si las ondas de COMER no la habrían afectado, después de todo. En cuanto a Stoker, esta declaración, justo después de que yo hubiera certificado su candidatura, hizo que se pusiera realmente frenético: revolucionó al máximo el motor de su vehículo mientras juraba, balbuceaba y bramaba al mismo tiempo, con las mejillas mugrientas cubiertas de lágrimas. Atravesó la masa de manifestantes, que se dispersaron en todas las direcciones; Max se agarraba como podía al sidecar. Los demás guardias, todavía riéndose, fueron tras él; todos menos uno, cuyo vehículo requisó Anastasia simplemente amenazándolo con decirle a Stoker que la había

forzado. El guardia hizo una mueca, se encogió de hombros y masculló algo sobre *Pantoffelheldentum*, pero se subió a la moto de un colega que sonreía con suficiencia, abandonando la suya. Anastasia se puso el casco con el que su cónyuge le había pegado, le encargó al ayudante flequilludo (que daba la sensación de conocer bien a mi dama, como el resto del cuerpo estudiantil) que cuidara de madre y me indicó con un gesto que me montara detrás de ella, ya que el vehículo carecía de sidecar.

—Bien está lo que bien acaba —murmuró madre al viento.

6. HACIA LOS ESTABLOS DE LAS CABRAS Y LA COLINA DEL FUNDADOR

Entretanto, Stoker, al irse a toda velocidad hacia la esquina, se topó con una segunda caravana —de vehículos con motores blancos que formaban una fila perfecta— procedente del Gran Centro Comercial. La confusión obligó a ambos grupos a detenerse.

—Ay, ay, ay —dijo Anastasia, sonrojándose—. Son el señor y la señora Rexford.

Era una experta conductora y podría haber salido del atasco sin demasiados problemas, pero yo le pedí que me llevara ante el rector, a quien Stoker, bajándose de su motocicleta de un salto, estaba ridiculizando tras haber recuperado su cortante vocabulario.

—¡Maltratador de esposas! —oí que dijo, entre otras cosas, mofándose de él.

Los escoltas del rector, todos ataviados con cascos blancos, sacaron unas lustrosas pistolas, y dos o tres profesores-generales acudieron corriendo desde la portilla del Estómago, que, observé en ese momento, se había vuelto a cerrar. Rexford, aunque se puso rojo por las provocaciones de Stoker, parecía haber recuperado el control sobre sí mismo y no parecía el mismo que se había comportado como un libertino la noche anterior: tenía los ojos brillantes, aunque ligeramente inyectados en sangre; llevaba el cabello bien peinado salvo por un rizo rebelde, el rostro bien afeitado y el abrigo claro planchado a la perfección y sin una sola mancha. Su esposa, aunque tenía el pómulo izquierdo un tanto hinchado, no parecía disgustada por contradecir con su presencia los rumores que anunciaban su separación; miró a Stoker, muy enfadada, como si él fuera responsable no sólo del bochorno que estaban pasando, sino también de que su marido hubiera hecho novillos. En cuanto al rector, aunque frunció el ceño ante el lío que se había organizado, no parecía preocupado en absoluto, y vetó la solicitud de sus profesores-generales de que los guardias dispararan contra Stoker.

—Entonces que lo encadenen —les ordenó otro a los escoltas del rector—. Lo encarcelaremos por alteración del orden público y conspiración con intenciones de derrocamiento.

—No, no —dijo Rexford—. Voy a dejar que vaya a la Central Eléctrica.

Stoker sonrió desdeñosamente.

—¡Ése es mi hermano!

Los profesores-generales, quienes, según se rumoreaba, habían estado hablando de tratar de destituir al rector acusándolo de conducta impropia de un comandante en jefe, intercambiaron unas miradas significativas en las que Rexford, evidentemente, se fijó, y que despertaron en él tanto interés como en Stoker, aunque por motivos distintos.

—Que se le permita salir por la Puerta Principal y desplazarse entre la Central Eléctrica y Detenciones Principales —dijo, dirigiéndose a los profesores-generales

pero con la mirada fija en Stoker—. Si vuelve a poner el pie en el Gran Centro Comercial, que lo arresten. Y si entra en la Sala de la Torre o en la Casa de la Luz, que le disparen.

Stoker soltó una carcajada despectiva y triunfal, pero en esta ocasión el efecto quedó disminuido por el rastro de las lágrimas que todavía tenía en la cara. Entonces le ofreció la mano a Rexford.

—¡Chócala, hermano!

En aquel momento, el rector se percató de nuestra presencia; Anastasia se había acercado, siguiendo mis instrucciones. Nos dedicó una breve sonrisa antes de volver a ocuparse de Stoker; su esposa miraba peligrosamente a mi dama, que bajó la cabeza. De un modo tranquilo, casi respetuoso, Rexford empujó la mano que se le ofrecía, y después se limpió la suya con un pañuelo de lino blanco. Con un tono jovial y burlón, dijo:

—¡Hermano, desde luego! ¡Vuelve a tu lugar!

Los profesores-generales parecieron animarse.

—¿Acaso está negando que es su hermano, señor rector? ¿De una vez por todas?

Rexford les recordó con frialdad que los profesores-generales no se dirigían a su comandante en jefe como si fuera un recluta o un malhechor, y después añadió, guiñando un ojo:

—¿Parezco el hermano de ese bribón?

Stoker echó la cabeza hacia atrás y se rio, de nuevo como si quisiera burlarse; pero me dio la impresión de ver unas zonas húmedas en su cara seca. Entonces, al vernos, bramó:

—¡Bua! ¡Buo!

Y, subiéndose a su moto de un salto, se esfumó a toda prisa. Los profesores-generales se consultaron unos a otros; vi que uno de ellos sacaba una chapa donde decía ILUMÍNATE CON LUCKY y se la volvía a prender en la túnica, por encima de los galones de revuelta. Los hombres de Stoker se marcharon, tratando de alcanzarlo, y los escoltas de cascos blancos recuperaron sus posiciones, encendieron los motores discretamente y se prepararon para continuar su marcha. Pero el rector se había vuelto hacia mí, con una especie de titubeo alegre, como si estuviera seguro de qué deseaba hacer pero no de lo que ordenaba el protocolo. Bajé de la moto y avancé hacia él; entonces, sonriendo, él descendió del sidecar rectoral y vino hacia mí.

—Me alegra verte sin la cuerda —dijo, y expresó su pena por el hecho de que mi antiguo cuidador hubiera decidido no aprovechar la reciente amnistía general, ya que su liberación había sido la única consecuencia feliz de la misma—. Con el estado de la situación en la Universidad —me confió con tristeza— y lo que me ha tocado vivir en los últimos meses, ahora no me atrevo a ordenar que detengan su ejecución; eso provocaría un motín en el Departamento de Ciencias Militares. Pero quiero mucho a ese anciano. Son cosas como ésta las que te hacen pensar que es mejor no ser el suspendido rector.

Escuché con atención lo que decía, observando sus ojos brillantes. Su admiración por Max era completamente sincera, así como su pesar por la ejecución; pero toda su presencia negaba que no quisiera ser el rector.

—¿Cómo es que no está enfadado conmigo por todos los problemas que he causado, señor Rexford?

—¿Quién dice que no lo estoy? —dijo, esbozando una sonrisa astuta—. Creo entender lo que estabas tratando de enseñarme. Pero supongo que la Graduación no es para los miembros de la administración. —Después de haber actuado como un libertino, al recuperar una dolorosa sobriedad, había decidido abandonar su deseo de graduarse y limitarse a «hacer las cosas lo mejor posible, aunque sea un suspendido» por su alma mater, siguiendo su propio criterio, aunque se considerara un ignorante. A tal fin había recuperado las relaciones económicas secretas con Ira Héctor, pese a que deploraba que eso fuera necesario, y había hecho unas propuestas encubiertas para reiniciar las negociaciones con los sindicalistas estudiantiles. Muy probablemente, los Tendidos Eléctricos se instalarían de nuevo en sus lugares «originales» y la Disputa de la Frontera, esperaba, volvería a su estado anterior sin que el Campus Occidental hubiera sufrido pérdidas significativas debido a sus recientes indecisiones. Tras haberse enterado, gracias a mí, de que el Condiscípulo X era Chementinski, el desertor, presumía que le daría a dicha información un uso menos suspendido del que yo quisiera: chantajearía a los nikolayanos para que volvieran a la mesa de reuniones—. Está muy bien que los profes de Profecía estén por encima de estas cosas —dijo con cordialidad—, pero cuando uno está en el poder, no siempre puede tener las manos tan limpias como le gustaría. —Mientras hablaba, se puso a doblar su pañuelo con mucho cuidado, vio la mancha que había dejado Stoker en él y se rio.

—Y ¿qué pasa con los guardias del Tendido Eléctrico? —le pregunté con prudencia. Metiéndose en el sidecar, afirmó que había dado órdenes para que todos los protectores especiales de cabeza y cuello fueran opcionales, si es que no se descartaban por completo.

—Si miran hacia abajo, se caen —dijo alegremente—; y si no miran hacia abajo, también se caen. ¡Tendrán que aprender a ver sin mirar!

Me puse muy contento. Sin embargo, quise hacer un examen final saludando a su esposa (que me observaba con frialdad) y expresando mi pesar por la herida fortuita que había sufrido en la mejilla. Una expresión de enfado se dibujó en su rostro, al igual que, por un instante, en el del rector.

—Es una cosa suspendida que un hombre le pegue a su esposa —dijo él con firmeza—. Ya no vivimos en los Semestres Oscuros. Y no somos mecánicos de la Sala de Calderas.

—Yo diría que no —añadió bruscamente la señora Rexford—. Y le diré otra cosa, señor Giles, ya que ha sacado el tema: mi marido puede ser el rector, pero...

Se detuvo, un tanto asustada, ya que Rexford había levantado la mano de repente. De hecho, sólo estaba haciéndole señas al guardia que guiaba la comitiva para que avanzara, pero incluso Anastasia tuvo que ahogar un grito, y la señora Rexford no pudo terminar la frase.

Su marido sonrió.

—Nos vemos esta tarde en la Colina del Fundador, señor Giles.

Traté de tocarle las sienes para declararlo candidato al Aprobado y a la Graduación, pero él negó con la cabeza y declinó cordialmente. Para empezar, dijo, un gesto tal podía ser considerado por sus enemigos políticos como una especie de soborno, o por lo menos una afirmación de mi autenticidad, y esa cuestión era demasiado polémica como para que adoptara una postura pública al respecto, salvo que se viera obligado a hacerlo. Además —ahora su sonrisa era melancólica—, tenía que recordarme que, en tanto rector, su lealtad era ante todo hacia la facultad, cuyos intereses tenía que buscar a cualquier precio, aunque, esperaba, iluminadamente y, en última instancia, al servicio de todo el Campus Libre, incluso de toda la estudiantía. Pero si las circunstancias lo forzaban a elegir (¡el Fundador no lo quiera!) entre rechazarme a mí y romper el juramento que lo ligaba a su cargo, llegaría a consentir que me ejecutaran, como había consentido que ejecutaran a Max. Ese viceadministrador remusiano de los patios cuadrangulares moisianos de hace muchos semestres, que había mirado para otro lado ante el linchamiento de Enós Enoc, era, para Rexford, un personaje trágico, injustamente calumniado por los enoquistas más simplistas, que no tenían ninguna conciencia de las responsabilidades que conlleva el poder.

—¿Me haría ejecutar si tuviera que hacerlo, señor? ¿Por predicar la subversión administrativa, por ejemplo, si yo tuviera que hacerlo?

Él me miró con suma seriedad.

—Quizá eso me suspendería para siempre, pero lo haría.

Los profesores-generales se dieron unas palmaditas en la espalda unos a otros; la escolta militar comenzó a vitorearlo. Durante un momento, Rexford los observó con una expresión de disgusto, incluso de asco; después esbozó su famosa sonrisa, le guiñó pícaramente un ojo a Anastasia mientras abrazaba a la señora Rexford y se marchó a toda velocidad.

—¿Es candidato o no? —me preguntó Anastasia.

—Tú estás graduada —le contesté—. ¿A ti qué te parece?

Sonrojándose de orgullo, pensó largamente sobre la cuestión mientras conducía en dirección a la autopista, a través de los patios cuadrangulares donde vivían los alumnos y las zonas residenciales para el personal docente, y por la carretera de la Colina del Fundador hacia el Desfiladero de George. Ya cerca de allí, tras haber sopesado los pros y los contras del caso durante más de una hora, dijo al fin:

—Creo que lo es, George. No está graduado, pero es un verdadero candidato a la Graduación.

—Ya veo. ¿Por qué piensas eso, Anastasia?

—No soy muy buena con las palabras —me recordó, muy seria—. Pero aunque me sentí muy avergonzada al verlo, después de la otra noche (sobre todo con la señora Rexford, que debe de odiarme, con lo mucho que me gusta ella a mí), me pareció que pasaba algo importante en relación con todo el tema ese de que le había pegado, ¿sabes?

Hizo una pausa y volvió a intentarlo: que el rector de una facultad rechace y deplore cosas como el espionaje, el engaño y las negociaciones secretas, parecía estar diciendo Anastasia a su manera, pero que no las impida, era, sin duda, mera hipocresía, como condenar, en términos generales, el maltrato a las mujeres cuando uno le pega a la propia esposa; sin embargo, podía imaginarse una versión elevada de este modus operandi, tan sincera y natural que lo que había sido contradicción suspendida llegara a ser paradoja aprobada. Y creía también que si Lucius Rexford alcanzaba ese estado —que se desdibujaba y falseaba con sólo hablar de él, como estaba haciendo ahora—, podría graduarse.

—¿Tengo razón, George? —me preguntó al terminar. Ya que me veía obligado a aferrarme a ella desde atrás para no caerme, sonreí, le di unas palmaditas en el vientre y le dije que era mi primera ayudante graduada.

—¡Me estás tomando el pelo! —dijo, un tanto enfadada, pero soltó el acelerador para apretarme la mano contra su cuerpo un instante—. ¡Si lo que he dicho no es cierto, dímelo!

Pero habíamos llegado a una encrucijada, unos kilómetros pasado el Desfiladero de George; contuve la respiración al reconocer de repente dónde estábamos y lo que nos esperaba tras la siguiente curva. Un momento más tarde, me dio un vuelco el corazón, y por encima del hombro de mi dama señalé los camales y las cúpulas de lo que había sido mi hogar.

Como había sol, aunque hacía mucho frío, el rebaño estaba fuera, en los rediles, supervisado oficialmente por uno de los ayudantes de Reginald Héctor. Pero aquel tipo (que, según me enteraría más tarde, había sido elegido por sorteo cuando el exrector renunció a la vida independiente) era un irresponsable o un incompetente, y no se lo veía por ninguna parte. Todo me pareció mucho más pequeño que en mi cabrancia. Cuando superé la sorpresa que me causó esto, empecé a quejarme ante las diversas muestras de negligencia: el granero y las vallas necesitaban que los encalaran, los rediles estaban mugrientos y los pesebres vacíos. Y lo peor de todo era que el rebaño se había reducido a la mitad —lo cual esperé que se debiera al descuido y al abandono de sus ignorantes cuidadores y no a su apetito sanguinario— y los supervivientes estaban andrajosos y esqueléticos como los reclusos de un campus de concentración. Busqué en vano a Hedda, la de las ubres moteadas, a Sue Orgullo de

Becky o a Thomas de Tommy: no reconocí a nadie. Anastasia no quiso pasar, para no entrometerse en un momento tan doloroso. Al borde de las lágrimas, entré a toda prisa al redil; las cabritas se dispersaron como locas. ¿Esa vieja enjuta y coja no sería Sue Orgullo de Becky? Entonces me puse a llorar ante esa posibilidad, y apenado, además, al ver que ellos tampoco me reconocían a mí, y de repente oí un fuerte balido procedente del establo, un desafío de algún macho; y después —con la cabeza gacha y pateando el suelo con las pezuñas— apareció Tom de Redfearn, embistiendo de entre los muertos. Me quedé con la vara en la mano, como años atrás, pero esta vez traspasado tanto por el asombro como por el miedo. Yo había vuelto sobre mis pasos; ¿acaso también había, de algún modo, rebobinado la cinta del tiempo? El cabro era joven y estaba lleno de vitalidad, a pesar de su delgadez; era más joven que Tom de Redfearn el día que lo había matado, o que Thomas de Tommy cuando había partido rumbo al Gran Centro Comercial. En el instante en que lo tenía justo delante, supuse que no era un fantasma, sino Tom de Tommy de Tommy. ¡Ese Triple T que había visto la luz poco antes de mi marcha! Alegremente, salté hacia un lado; él chocó contra la valla, haciéndola resquebrajarse —¡espléndido hijo de espléndidos progenitores!—, pero, lejos de quedarse aturdido por la colisión y de sentirse tentado a escapar por la valla rota, se dio la vuelta y, al instante, volvió a cargar contra mí. Anastasia soltó un chillido. Como estaba muy desentrenado y bastante flojo por los cursos que pasé en Detenciones Principales y por el estilo de vida de la estudiantía humana, no me atreví a tratar de sujetarlo; lo eludí, lo rehuí, lo esquivé como pude, llamándolo todo el rato por su nombre y dándole a oler, entre embestida y embestida, mi vellón y el amuleto de Freddie. Él se sintió intrigado, y cuando al fin me desnudé (atándome de nuevo el amuleto de Freddie en el lomo) y lancé el vellón por encima de su cabeza, su olor lo conmovió, tal vez despertando algún profundo recuerdo ancestral. Entonces cambió por completo de estado de ánimo; me permitió que le rascara la cabeza, lamió la mano de Anastasia cuando los presenté y husmeó, dando muestras de aprecio, en su escudete.

—¡Es una monada, George! —gritó ella—. ¡Me encantan los animales!

Yo sonreí. Pero aunque estaba disfrutando mucho de la reunión con Triple T y las cabritas —que iban de un lado a otro en grupos de dos o tres, olían la piel y me balaban como si yo fuera su cuidador—, había ido para hacer unos trabajos preparatorios. Sólo me quedé un rato junto a Hedda; increíblemente envejecida y enclenque, desprovista de toda belleza, salió del establo la última, tambaleándose, olisqueó mi amuleto con desconfianza y después estuvo a punto de ponerse a llorar al darse cuenta de quién era yo. Estuvimos acariciándonos con el hocico durante unos minutos. ¡Qué impresionante fue ver lo secas y encogidas que estaban sus antaño incomparables ubres, cuyas motas habían encendido mis sueños de juventud! Cuando, al cabo de un rato, se la presenté a mi dama, las dos se evaluaron unos momentos sin decir nada; después, Anastasia me cogió del brazo y se apoyó contra mí, momento en el cual mi querida Hedda, con un débil bufido, volvió cojeando al

establo para recostarse sobre su lecho de pajas viejas y rancias, del que ya no se levantaría más.

Me puse manos a la obra. En primer lugar, alimenté al rebaño, tirando heno desde el atillo con la horca y rellenando de agua fresca los abrevaderos. Después, con la ayuda de Anastasia, empapé a todas las cabras con sulfato de cobre para desparasitarlas, ordeñé a las pocas que necesitaban tal alivio (el número de cabritillas era descorazonadoramente pequeño) y les arreglé las pezuñas a todas. A continuación llené el tanque de inmersión con una solución de creosota, bañé al rebaño entero y entonces (aunque ni yo ni mi vellón estábamos literalmente verminosos, a diferencia de los demás animales) me lavé en aquel potente baño, sumergiendo incluso la cabeza, hasta que no quedó ni rastro de mi paso por el Gran Centro Comercial. Anastasia me restregó la espalda; ella quería meterse conmigo en el tanque, aunque corría un viento frío y no tenía ni un piojo en sus partes lanosas; yo sabía para qué y, aunque me contentó su deseo, le dije que no era necesario. Sin embargo, entre los dos le lavamos el cuerpo con jabón, y nos acicalamos mutuamente tras cepillar y peinar al rebaño. Ya era mediodía, y ambos nos habíamos excitado al notar el frescor del champú en nuestras partes pudendas, de modo que nos fuimos a una cama hecha de heno recién removido. Abrigados por las cabritas que se apiñaron a nuestro alrededor (todas menos Hedda), estuvimos dos horas sesteando y copulando, aunque sabíamos que no debíamos aspirar a sentir las maravillas de la noche anterior. Ella siguió siendo ella; yo seguí siendo yo. Se abrió ante nosotros todo un campus de posibilidades, y dormitamos y jugamos dulcemente, y nos satisfacimos. No todos los días pueden ser el Día de la Graduación. De almorzar, como de desayunar, nos abstuvimos.

A las dos (yo era capaz de leer la sombra de un cayado en cualquier estación casi con tanta exactitud como Ira Héctor leía la de un hombre, y puse en hora el reloj de la señora Pelocrema con absoluta confianza) me aparté de mi muy follada dama, me puse en pie, totalmente fresco, me volví a lavar el órgano en el tanque y me puse el vellón. Cogí el cuerno suelto que estaba en el baúl de las herramientas y le corté la punta con una hoz para segar las malas hierbas hasta que le di la forma y el tamaño de una boquilla. Después le puse un trozo de bramante para atar las cabras, de modo que pudiera llevarlo colgado. A continuación me despedí de todos los integrantes del rebaño salvo de dos, prometiéndoles que volvería algún día y que me encargaría de que un cuidador mejor se ocupara de ellos hasta que llegara ese momento. Hedda y Tom de Tommy de Tommy fueron las excepciones: el último, porque tenía la intención de llevarlo conmigo; la primera, porque cuando me agaché para entrar en su deteriorada casilla, descubrí que había fallecido. Cerré sus ojos vidriosos, rocé con los labios esas tetas marchitas que en otro tiempo, orgullosas, habían tenido más motas que las de mi progenitora y me marché, confiando en que hasta el ayudante de mi abuelo se encargaría de proporcionarle una tumba adecuada. A Triple T lo atamos detrás de la motocicleta; ahora, bañado y peinado y tras haber comido, era un

hermoso macho; daba saltos y resoplaba y embestía sin miedo el guardabarros. Anastasia (que no sólo rechazó la jeringuilla llena de vinagre con que le propuse que se diera una ducha vaginal, sino que se tapó sus partes con gasa estéril para retener la inseminación) se puso el casco y soltó el embrague, y partimos hacia el oeste.

Sin embargo, con Tom de Tommy de Tommy detrás, avanzábamos muy despacio. Al final me vi en la obligación de inmovilizarlo con el ronzal y atarlo detrás de mí, encima del guardabarros, a pesar de que empatizaba con el terror que él parecía sentir. Gracias a esto, aunque sus balidos habrían conmovido al mismísimo Ira Héctor, logramos triplicar la velocidad; cuando hubimos pasado el Desfiladero y la encrucijada, además, Anastasia demostró un conocimiento de los atajos no inferior al de su marido, y una capacidad verdaderamente stokeriana para ponerse a toda velocidad, cosa que, cuando él era quien conducía, la alarmaba sobremanera. Al sol todavía le faltaba una media hora larga para hundirse en el horizonte cuando apareció ante nuestros ojos la Colina del Fundador.

7. EN LA COLINA DEL FUNDADOR

Triple T avanzaba delante de nosotros, abriéndonos paso entre la multitud. Iba suelto, salvo por una correa que yo me había sujetado a la muñeca dándole tres vueltas. Se habían congregado atestando cada cuesta, estudiantes, profesores, administrativos, miembros del consejo de administración, encargados de las instalaciones deportivas, conserjes, todos vestidos con sus mejores galas. Pese a la solemnidad de la ocasión (las ejecuciones habían vuelto a ser públicas hacía poco tiempo, por obra, curiosamente, de los liberales rexfordianos, que esperaban, de ese modo, impresionar hasta tal punto al cuerpo estudiantil que surgiera un clamor a favor de la abolición de la pena capital), había un ambiente entusiasta, incluso festivo. Como la ejecución coincidía con otras ceremonias y prácticas que tradicionalmente se celebraban ese día de la semana en ese periodo del año, la Colina del Fundador había estado atestada desde la mañana. Cuando llegamos, parecía estar teniendo lugar una especie de intermedio: se oía música marcial por los altavoces y los vendedores ambulantes ofrecían comida, bebidas, banderines y unas grandes flores blancas a la multitud. Los vendedores de periódicos anunciaban ediciones especiales; el que le di a Triple T para que le sirviera de alimento destacaba en titulares las maravillas que había prometido Bray, la restauración total del poder del ORDACO bajo la supervisión del doctor Eierkopf desde la Sala de Control de la Central Eléctrica, la aparente desaparición del Condiscípulo X y la esperada reanudación de la Disputa de la Frontera siguiendo el curso del curso pasado. En todas las portadas salían fotografías de Lucius Rexford abrazando a su esposa en el sidecar rectoral y guiñándole un ojo, por lo que parecía, a la cámara, como si quisiera indicar que, al igual que en el exterior, en casa todo estaba controlado. De hecho, a pesar de la gravedad de la situación de la Universidad y de las grandes perturbaciones que seguía sufriendo New Tammany, los pies de foto eran optimistas: VUELVEN LOS BUENOS TIEMPOS; «LA LUZ ILUMINA», DICE RIÉNDOSE LUCKY. Los estudiantes de periodismo gráfico iban de un lado a otro con cámaras y equipos de telerama, haciéndoles entrevistas al «estudiante del camino» y a las celebridades del campus en las que les preguntaban sobre temas como la pena capital, los impostores que aspiran a la granmaestría y lo que ellos llamaban la «nueva cara» de la administración de Rexford. También se nos acercaron a mí y a Anastasia, en busca de alguna declaración, cuando bajamos de la motocicleta y comenzamos a andar: nos rodearon a toda prisa y me preguntaron qué pensaba de los «milagros» que había hecho Bray al mediodía en la cima de la Colina, y si yo tenía la intención de «superar su actuación» o de «dar el asunto por concluido». Pero gracias a los amenazadores cuernos y a las pezuñas afiladas de Tom de Tommy de Tommy, se mantuvieron a cierta distancia, igual que hicieron mis detractores, mis seguidores y las masas de indiferentes, entre cuyas filas fuimos abriéndonos camino.

Hacia la cumbre, donde la rocosa colina se allanaba formando una especie de parque en torno a la Barra, había algo menos de gente; los guardias de Stoker habían erigido un gran círculo de barreras, de varios cientos de metros de diámetro, en el que sólo permitían entrar a los altos funcionarios y a sus invitados. Stoker en persona recorría el perímetro con el ceño fruncido, amenazando con su porra a quienes tal vez quisieran colarse y examinando credenciales: admitía a algunos cuyos carnés de identidad revelaban que no eran nadie, y rechazaba a otros cuya eminencia debía permitirles pasar. Y ante el consecuente alboroto, se reía, pero sus carcajadas no eran más que un estridente eco de su antigua hilaridad. El guardia que protegía nuestra barrera admitió de inmediato a Anastasia —la reconoció relamiéndose—, y ella lo persuadió de que enfundara de nuevo su pistola en vez de pegarle un tiro a Triple T. Stoker, que nos vigilaba a varios metros de distancia, gritó una obscenidad y le ordenó al guardia que no me dejara pasar. Los dignatarios que se encontraban sentados en su tribuna, cerca de la Barra, se volvieron para mirar.

—Ahora ve con él —le pedí a mi dama. Podría haber añadido más instrucciones, o haberle agradecido por llevarme hasta donde tenía que ir, pero esta vez ella accedió tan rápido y con una sonrisa tan cómplice que no dije nada más. Triple T, ya lejos de la multitud, pacía plácidamente; yo le entregué la correa a Anastasia y pasé junto al guardia.

—*Achtung, Stinkkäfer!* —gritó. Se refería, por supuesto, a mi inmersión en el tanque de bañar a las cabras, cuyo aroma era ciertamente poderoso; pero su epíteto era inapropiado de un modo tan exacto que solté una carcajada. Él me atacó con su porra; yo paré el golpe con mi vara y le di una coz en las pelotas. Antes de que pudiera recuperarse y dispararme, un par de cascos blancos llegaron desde la tribuna de dignatarios. Uno de ellos intervino en nombre del rector y de Harold Bray, quienes, afirmó, habían autorizado mi admisión. Al oír esta noticia, un murmullo se elevó entre los transeúntes más cercanos y el guardia caído se guardó la pistola soltando un juramento.

—¿A eso lo llamas ejercer de Gran Maestro? —gritó Stoker. Había empezado a ir hacia mi dama, pero se detuvo cuando Tom de Tommy de Tommy se puso a corcovear frente a él. Anastasia también pareció sorprenderse por lo que yo había hecho—. ¡Qué violencia! —exclamó Stoker, dirigiéndose a la multitud—. ¡Qué falta de respeto por la ley y el orden!

Se formó un cierto revuelo entre la gente; incluso Casco Blanco, aunque había intervenido por mi bien, se inclinó para asistir a su tizado camarada y masculló que el tipo, al fin y al cabo, sólo estaba haciendo su trabajo.

—Mañana, el Nuevo Programa Revisado —le dije a mi dama—. Hoy, la vara.

El otro casco blanco me escoltó hasta donde estaba Hedwig Sear, a petición, según me enteré, de ella misma, que había observado mi entrada desde la tribuna del público. Iba vestida de negro y llevaba un velo que le tapaba el rostro; Anastasia corrió hacia ella y lloraron juntas mientras Triple T pastaba. El impacto causado por

la agresión de Croador, por lo visto, le había aclarado las ideas a Hedwig; hablaba lúcida y tranquilamente, y su única dificultad para expresarse era el dolor que sentía por el estado crítico en que se encontraba su marido. El doctor Sear estaba en el Hospital, me dijo, al borde de la muerte. Lo único que ella deseaba era estar a su lado, pero había ido a la Colina del Fundador porque él se lo había pedido, para rendirle honores a Max y darme un mensaje. Contó con una calma extraordinaria las circunstancias de la agresión que había sufrido a pesar del hecho de que Croador, con el doctor Eierkopf sobre sus hombros, estaba presente en la tribuna de visitantes. Incluso sonreía, aunque un tanto melancólicamente, ante lo irónico de su violación, pues cuando ella había tratado de provocarlo en una ocasión anterior, en el Motel Luna de Miel, él la había rechazado en favor de una máquina de refrescos. Entonces ella había sufrido una regresión a la infancia, de la cual yo estaba enterado, y cuando el camino de Croador había vuelto a cruzarse con el suyo, tras sus respectivas puestas en libertad gracias a la amnistía del día anterior, había huido de él con el terror de una niña de cinco años.

—Y eso fue justo lo que lo excitó —dijo, con cierto remordimiento—. No pudo evitarlo; se limitó a ser Croador. Pero pobre Kennard... —Sonrió y volvió a llorar—. En los viejos tiempos, se habría puesto a sacar fotos, y yo le habría mostrado a Croador algunos trucos picantes. Pero Kennard también ha cambiado, desde la primavera pasada, por todas las cosas que le dijiste, y el cáncer y todo eso...

Se sonó la nariz. Quizá no fuera más que una metástasis del cáncer en el cerebro, dijo; en cualquier caso, la había ido a buscar al Manicomio para llevarla al Gran Centro Comercial (según le contó posteriormente) y allí tomar un taxi rumbo al Motel Luna de Miel, esta vez sin la intención de montarla en la Posición Uno, la perversión extrema, sino para hacerle el amor de una manera sencilla con la esperanza (su voz adquirió un tono de asombro al pensarlo; dudaba de que yo la creyera) de poder dejar un hijo tras de sí, a su muerte. El resto lo había visto yo desde la horca: cómo, al verla en peligro, el doctor Sear había saltado —espontánea, instantánea, sólo podía decirse que heroicamente— en su defensa y había sido derribado por un golpe de revés de Croador. El impacto había caído sobre el tumor vendado; aunque ahora estaba completamente ciego y casi todo el tiempo, por fortuna, inconsciente, todavía tenía momentos de lucidez durante los cuales, la noche pasada, ella le había contado su sorprendente recuperación, le había suplicado que la perdonara por el papel que había desempeñado en su triste pasado compartido, le había profesado su devoción y le había anunciado sus intenciones de someterse a un legrado, para protegerse contra la improbable posibilidad de que Croador hubiera logrado aquello a lo que aspiraba su esposo.

—Pero Kennard me dijo que no lo hiciera —explicó—. ¡Dice que tenemos que estar agradecidos a Croador por habernos vuelto a unir después de tantos años, y que deberíamos desear que me haya dejado embarazada! No importa qué aspecto tenga el

niño, dice, es nuestro hijo —de Kennard y mío— por lo que hizo Kennard sin pararse a pensarlo.

—¡Ay, Heddy! —Anastasia se puso a llorar, encantada, y la abrazó de nuevo. Evidentemente, estaba tan convencida de la realidad del embarazo de la señora Sear como de la del suyo propio, ¡a pesar de que ninguno de los dos podría haber sucedido hacía más de dos docenas de horas! El tiempo pasaba; le pregunté frontalmente a la señora Sear si su marido estaba satisfecho de morir.

Ella negó con la cabeza de inmediato.

—Eso es lo que tenía que decirte, George. Dice que no se arrepiente ni por un instante de haber hecho lo que hizo. Dice que lo que no había visto nunca hasta que Croador le pegó, aunque pensaba que lo había visto todo, es que cierta clase de vivacidad era absolutamente buena, al margen de cuáles sean las otras Respuestas de una persona. No tiene nada que ver con la educación, me pidió que te dijera, y es la cosa más valiosa de la Universidad. Algo de la energía del decano Zambo, incluso al final... Quiere saber si tiene razón.

—¡Ay, George! —gritó Anastasia—. ¡Apruébalo ahora mismo, para que Heddy pueda contárselo!

—Ha perdido la cabeza —resopló Stoker.

Yo sonreí a Hedwig, que no dejaba de llorar.

—Por favor, dígame al doctor Sear que en mi opinión su actitud es indudablemente sensiblera, y que el cáncer bien puede haberle afectado al cerebro además de a la vista. Pero dígame también que es candidato a la Graduación, y felicítelo de mi parte por su paternidad.

—¿Sólo candidato? —se burló Stoker.

Yo asentí.

—Igual que tú.

Esta respuesta enfureció a Stoker de tal modo que Anastasia, que todavía sujetaba a Triple T, se vio obligada a interponerse entre nosotros y ordenarle que se comportara. Cogiendo a la señora Sear del brazo, yo me escabullí hacia la tribuna del público, y de camino añadí:

—Desde luego, algunos candidatos están mucho más cerca de la Graduación que otros. Transmítale mi cariño a su esposo, señora Sear.

—¡Niño-cabra!

Era el doctor Eierkopf quien me llamaba desde las gradas de los dignatarios. Allí vi también al rector y a la señora Rexford, cogidos de la mano; a los hermanos Héctor, muy abrigados; y a Leonid Alexandrov, inquieto como siempre y mirando una y otra vez hacia el oeste (aunque no veía nada), donde el sol se hundía con rapidez hacia los distantes confines del Campus del Este. Peter Greene estaba a la derecha, con un vendaje similar y flanqueado, para mi sorpresa, por Georgina, la secretaria de Stoker, y una chica blanca, joven y guapa, que supuse que sería la hija de Greene. ¡Pero era la misma imagen de Nena, la chica de colegio mixto que había

visto, años atrás, pasando el rato con un serista en la pradera de alforfón! ¡Los mismos rizos despeinados, los mismos ojos burlones! Si acaso, un poco más joven, aunque yo, testigo de sus antiguos entretenimientos, había envejecido siete años, en el nivel corporal, y tres veces más en el anímico, desde la noche en que la oyera suplicando Ser. No podía, por lo tanto, ser la Nena original; se me vinieron a las mientes, una vez más, ciertas especulaciones irónicas sobre la señorita Sally Ann, pero decidí dejarlas de lado por ser irrelevantes en relación con la candidatura y los deberes de Greene; y también para ocuparme del doctor Eierkopf, que, a pesar del vendaje que tenía en la frente y su falta general de robustez, estaba prácticamente dando botes sobre los hombros de Croador. En torno a ellos se encontraba la delegación de académicos visitantes de Frumencia, que habían acudido a rescatar a su descarriado colega, con los coloridos atuendos de sus alma maters. Equipados con cámaras y portapapeles, parecían estar efectuando un cuidadoso registro de todo el procedimiento.

—¡Estoy *Übertrittig*, niño-cabrra! —gritó—. ¡Me han abierro los ojos!

Mientras Croador croaba un croar de saludo y los académicos frumencianos olisqueaban el aire que me rodeaba, tocaban mi vellón y tomaban notas pictogramáticas, él explicó de modo estridente que ya no era un escéptico en la cuestión de la granmaestría, puesto que había visto con sus propios ojos (asistido, desde luego, por unas lentes correctoras) maravillas inexplicables por medio de la ley natural y la razón estudiantil: Harold Bray, hacía menos de dos horas, se había presentado en la Colina surgiendo de la nada, aparentemente; había cambiado de color y de fisionomía delante de los ojos de todos, había saltado por encima del espejo de agua —que tendría una docena de metros—, había andado por la cara vertical de la Barra del Fundador como si fuera una acera para colocar las sogas y las poleas para el principal evento de la jornada y después había desaparecido, declarando por los altavoces, sin que nadie supiera dónde estaba, que volvería al atardecer.

—*Wunderbar*, ¡niño-cabrra! —exclamó—. ¡Sin trucos! ¡Sin espejos! Con perrdón, ese Brray sí que es un verrdadero Grran Maestro.

Yo sonreí.

—¿Cree que ha visto un milagro, doctor Eierkopf?

—*Ja wohl*, ¡niño! ¡Crreo porrrque he visto uno!

Desde detrás de mí, Stoker, que se había acercado sin que yo me diera cuenta, se burló:

—Todavía no ha visto nada, doc. Si lo que quiere son milagros, George puede hacerlo mucho mejor. —Me dio una palmada fingidamente cariñosa en el hombro.

—¡Decano de los Suspendidos! —gritó Eierkopf—. *Heraus!*

—Va a rescatar a Spielman de la punta de la Barra en el momento crucial —anunció Stoker ante toda la tribuna, señalándome con el dedo índice—. ¡Así

demostrará que es el auténtico Gran Maestro! ¡Podría incluso salvar a toda la Universidad en un abrir y cerrar de ojos, y aprobarnos a todos! ¿Por qué no?

Con la excepción de algunos de mis discípulos, a quienes Bray parecía haber dejado pasar por motivos que sólo él conocía, los privilegiados espectadores que había en la tribuna eran gente de buena posición e influyente. Muchos de ellos habían olfateado mi aroma con un gesto de desaprobación cuando me había acercado; ahora mostraron claramente que el tono pendenciero de Stoker les resultaba ofensivo y les parecía inadecuado para tan solemne ocasión, y le pidieron al rector que se encargara de que nos echaran de la Colina. Rexford nos miró con cierta preocupación; su mujer le susurró algo al oído que lo hizo fruncir el ceño. Él le soltó la mano y consultó con un flequillo que estaba sentado detrás de él, y que nos miró e hizo un gesto de asentimiento.

—¡Vamos! —me desafió Stoker a voz en cuello—. ¡Haz algunos trucos! ¡Muéstranos que eres el auténtico Gran Maestro!

—¡Siéntate, que no dejas ver! —gritó alguien. En ese mismo momento, sonaron unos tambores y vi que la parte inferior del sol ya tocaba el horizonte. Una banda de música comenzó a interpretar una sobria pieza procesional. En las barricadas, dejaron pasar a tres motocicletas negras, tras la última de las cuales venía caminando Max. Encorvado bajo el peso de un enorme cordaje, se movía con dificultad, pero su rostro parecía iluminado. Se oyó un grito ahogado procedente de la tribuna: no por el penoso espectáculo, sino por una súbita aparición junto a la base de la Barra. Cualquiera habría jurado que sus líneas de mármol sólo se veían interrumpidas por las ominosas sogas y poleas; desde luego, no había puertas ni ninguna otra clase de abertura en la construcción, ni ningún lugar donde ocultarse en la pequeña plataforma que rodeaba su base, y todo el monumento estaba circundado por un foso, un espejo de agua que supuestamente tenía un metro de profundidad y doce de anchura. ¡Y sin embargo, de repente, sobre esa plataforma vacía se encontraba Harold Bray, con su capa negra y los brazos extendidos hacia la víctima que se acercaba!

—¿Cómo lo hace, niño-cabra? ¡Enséñanos el truco!

El tono de voz de Stoker era medio de burla, medio de desafío, pero tal vez su mirada expresara otra cosa. Le di la espalda, y a los demás, que me miraron esperando una reacción; le pedí a Anastasia que se quedara donde estaba con Triple T y di la vuelta hacia la tribuna del público, que estaba enfrente. Aunque mi atuendo y mi aroma no eran discretos, pude avanzar sin llamar demasiado la atención, debido a lo preocupada que estaba la multitud. Mientras los guardias conducían a Max hacia la Barra, la capa de Bray comenzó a cambiar de color con cada estruendoso acorde que tocaban las trompetas: de negro a marrón, de marrón a un verde iridiscente, de verde a un blanco tan similar al de la Barra que la capa daba la impresión de haberse vuelto transparente, o de haber desaparecido. ¡Incluso las rayas de la argamasa estaban replicadas en ella! Después pasó de la plataforma a la superficie del foso y casi deslizándose, como si el agua estuviera congelada, lo cruzó para ir al encuentro de mi

cuidador. Los guardias, no menos asombrados que los espectadores, desmontaron y examinaron el foso, e incluso lo sondaron con sus porras para comprobar que no hubiera una pasarela debajo de la superficie del agua.

—*Ja, ja!* —oí gritar al doctor Eierkopf, que empezó a aplaudir. Los demás se sumaron al aplauso. Incluso el rector negó con la cabeza, muy impresionado; los profesores-generales que había tras él se daban codazos unos a otros, presa de un gran entusiasmo; los reporteros de telerama parloteaban ante sus micrófonos con los ojos como platos. Max recorrió la escena con la mirada bajo su pesada carga, tal vez buscándome a mí, mientras los guardias colocaban una pasarela portátil cruzando el foso. Cuando me localizó, no sé si por medio de la vista o del olfato, lo saludé discretamente con la mano y levanté el shofar para asegurarle que su última voluntad sería cumplida. Él asintió con la cabeza, pero las arrugas de su frente no se borraron; seguía consternado por la actuación de Bray. Entonces éste me vio, si es que no lo había hecho antes, y, como si quisiera mofarse de mí con sus habilidades, emitió un sonido bastante parecido al de un conjunto de metales. Los músicos, perplejos, dejaron de tocar sus instrumentos; un murmullo de asombro se elevó de la concurrencia. Todos estaban boquiabiertos menos Anastasia y yo, que intercambiamos una mirada serena a través de la distancia que nos separaba, y Tom de Tommy de Tommy, que pastaba, muy satisfecho, entre los envoltorios de golosinas y los botes de refrescos que la gente había tirado al suelo.

Los escoltas de Max lo ataron a una especie de pañal de lona o silla de contramaestre que colocaron en la plataforma, anudando las sogas que llevaba él a las que subían por la parte frontal de la Barra hasta su llameante punta. Le abrocharon el cinturón de seguridad y quitaron la plancha de desembarco; la multitud guardó silencio. Volvieron a sonar los tambores; el rector dio una señal con desgana; y cuando dos guardias se pusieron a tirar de la driza siguiendo las instrucciones que les daba a voces un tercero, Max comenzó a elevarse lentamente. Incluso los profesores-generales que más satisfechos estaban de verlo partir, como mi abuelo, se quedaron en silencio al contemplar esa imagen.

Entonces Bray avanzó deslizándose, o eso fue lo que pareció, hasta el espacio central que había entre las tribunas, se volvió para situarse frente a la Barra y levantó los brazos. Aunque la luz decaía a gran velocidad (la sombra, de hecho, ascendía por la columna a medida que bajaba el sol, y determinaba el ritmo de subida de Max), comenzó otra serie de metamorfosis todavía más impresionantes que la anterior: no sólo el color y el corte de su capa cambiaban cada vez que los guardias tiraban de la driza, sino que su rostro y su forma lo hacían también. *Tirad:* ¡Era Max en persona! *Tirad:* ¡La hermosa Anastasia! *Tirad:* ¡El difunto G. Herrold! A cada transformación, la multitud rugía «Hurra» (a veces también «Olé»), la banda tocaba un acorde que parecía una salva y Max subía otro tramo de la Barra, tirando besos y tocándose la barba. Bray era ahora el Sajian Vivo, ahora Croador, grande y negro, y después, siempre siguiendo el ritmo, Maurice Stoker, Kennard Sear, Eblis Eierkopf, Lucius

Rexford, los hermanos Héctor (los dos al mismo tiempo), el Condiscípulo X con su sombrero tapándole la cara, Leonid Alexandrov y mi aprobada madre. Por último, asumió mi propia imagen, con vara y shofar y todo, y con este aspecto, mientras Max se aproximaba a la llameante punta de la Barra, proclamó:

—Fundador amado, aprueba a nuestro compañero de clase Maximilian Spielman, que ha concluido su trayecto lleno de fe y quisiera descansar de sus tareas. —Aunque no había ningún sistema de megafonía a la vista, su voz sonaba como si estuviera amplificada—. Sobresaliente —dijo al final, de un modo resonante, y desde algún lugar se oyó la voz de madre, como un eco:

—Sobresaliente.

Era el momento indicado. Mientras Max se acercaba a la punta, saludando con la mano, me llevé el cuerno a los labios y soplé con todas mis fuerzas. ¡Terúa! ¡Terúa! ¡Terúa! Mi querido cuidador —este campus tardará en volver a ver a alguien tan sabio— se consumió en una llamarada gloriosa, a la luz de la cual vi a Tom de Tommy de Tommy corriendo, suelto, hacia mi sotas, con la cabeza bien alta y balando con alegría. Bray se puso muy nervioso, se quitó a toda prisa el disfraz de mí (con la vara y el cuerno incluidos) y se lo tiró a Triple T. Se quedó todo cubierto de algo negro y brillante y con el rostro oculto tras una capucha. Al ver que no era yo, Tom de Tommy de Tommy bajó los cuernos y embistió. Bray soltó un alarido terrible y un hedor espantoso. Los cuernos creosotados de Tom lo lanzaron hacia mí; yo lo repelí con mi cuerno y mi olor. Atrapado de este modo entre los dos, extendió la capa durante medio segundo. ¡Su nuevo alarido sonó más que un motor stokeril! Entonces, por debajo de la parte delantera de su túnica, asomó algo parecido a una daga justo en el momento en que Tom cargaba contra él. El cabro chilló, cayó al suelo moviendo frenéticamente las patas y se quedó quieto. Yo agarré la vestimenta negra, resbaladiza como un impermeable; Bray se despojó de ella, con cara y todo (debajo llevaba un pasamontañas) y huyó —no, se esfumó— en la absoluta oscuridad. Con un vistazo me di cuenta de que no había manera de ayudar a Tom de Tommy de Tommy: tenía las patas rígidas y estiradas, los ojos empañados y el vientre hinchado. Tanteé las sombras, el suelo y el foso con mi vara, por si Bray se hubiera camuflado en ellos; vadeé las heladas aguas (con gran coste de mi caprino olor) y atacé la mismísima Barra. La multitud había estado mirando atónita, y cuando me puse a aporrear la columna pareció despertarse. Una voz muy parecida a la de Peter Green gritó:

—¿Qué es eso que oigo aletear y volar, Leo?

—¡Nadeces! —contestó una voz con acento nikolayano—. ¡Yo no oigo!

—¡Mirren ahí en la punta de la Barra! —graznó el doctor Eierkopf—. *Der Grosslehrer ist jetzt ein Fliegender!*

Levanté la vista. En el féretro situado por encima de mi llameante cuidador pareció surgir algo grande y oscuro, que giraba y se iba expandiendo como el humo. La consternación de la multitud se convirtió en pánico: la gente empezó a saltar desde las tribunas, se arremolinaba en torno a las barricadas, caía de rodillas y sobre sus

novias, abofeteaba a quien tenía al lado y se aferraba a sus seres queridos. Valientemente, la banda se puso a tocar el himno de New Tammany hasta que fue arrollada. Los guardias se lanzaron al foso sin orden ni concierto, con la intención de detenerme o de protegerme; delante de ellos venía Stoker, sonriendo y jurando. Localicé a su esposa en lo alto de la tribuna del público, con una mano apoyada en el vientre, mirando, con angustiado amor, por encima de la multitud. Madre tejía plácidamente a su lado. Entonces, unas dulces cenizas —¿de quién si no de mi dulce cuidador?— comenzaron a caer sobre todos nosotros. Otro curso, sin duda, serían las mías; pero ahora no, ya que aunque mis tareas juveniles ya estaban concluidas, todavía me faltaba llevar a cabo las de la adultez. Vi claramente en qué consistían, y cuál sería su resultado. Pese a todo, sonreí y, apoyándome en mi vara y no más preocupado que mamá, avancé cojeando al encuentro con los guardias.

POSTCINTA

Hoy, a los treinta y tres años y un tercio, grabo indirectamente en el almacén del ORDACO la última de estas cintas (por orden de mi protegida, como siempre, pero no, esta última vez, en su presencia). Ella aguarda mi llegada día tras día en la Sala de Visitas, con un par de jovenzuelos que preferirían estar divirtiéndose al aire libre y disfrutando de la primavera que languidecer en ese lugar cerrado y sin sol. Que espere.

Mi reloj de cuerda automática va rápido; en cualquier caso, me queda poco tiempo, y es tan fútil esta obra que ahora llega a su fin que siento la poderosa tentación de dejarla inacabada y salir a retozar bajo el cielo de abril. Ella piensa que ya está concluida; fue idea suya que registrara mi relato durante esta, mi más reciente y última detención. Su fe, inmensa y constante, es lo único que me ha respaldado, para bien o para mal, a lo largo de este trabajo monstruoso, este «Nuevo Programa Revisado», como ella lo llama, que está convencida de que acabará desbancando al Pergamino del Fundador. Yo sonrío ante esa idea, igual que ante el aceitunado niño que ella afirma que es nuestro, y en quien veo tanto de Stoker, de Croador, hasta de Bray, como de mí. Suponiendo que el Pergamino de verdad fuera reemplazado por estas interminables cintas, que algún día alimentarán a Aquel que venga detrás de mí del mismo modo que yo me alimenté de esa antigua piel de oveja, ¿qué importa? Ciclo tras ciclo, repitiéndose eternamente, como mi reloj, como las bobinas de esta máquina que le quitó a su esposo, como la misma Universidad.

Desenrollar, rebobinar, reproducir.

No importa. La Futilidad y el Propósito, como Aprobar y Suspender, sólo tienen sentido en sí mismos para quienes son como ella, y como su hijo (en cuyos oscuros ojos ya veo la determinación de su madre). Para mí, el Sentido y el Sinsentido perdieron su significado una noche de hace doce años y cuatro meses, en el Estómago del ORDACO, al igual que todas las distinciones semejantes, incluida la que establece una diferencia entre Igual y Diferente. Así, y de ningún otro modo, he estado en el campus estos doce años, en un entorno de lo más humilde, aconsejando uno a uno a estudiantes de carrera para quienes mis palabras no significan nada. Así, acepto sin quejarme demasiado sus limitaciones y las mías, las agresiones de mis enemigos y los errores de mis amigos, los dolores en las piernas, que cada vez son más fuertes, mis arrebatos caprinos, mis equivocaciones a la hora de actuar y a la hora de evaluar, mi falta de resolución... todo esto y mucho más: los inevitables defectos de la estudiantía mortal. Y así —fortalecido por la impotencia, por decirlo de algún modo, y estimulado por la falta de motivación—, grabo esta postcinta (de cuya existencia ella no se ha de enterar) para hablar sobre el intervalo que hubo entre mi «triunfo» de hace doce años, que acabo de relatar, y mi presente pasar. Y quizá también para

hablar conmigo mismo sobre el porvenir: el fin que Max vio desde el principio; el comienzo que yo vi al final.

Para empezar, mis «discípulas» originales: de las dos que gradué sin pensármelo dos veces —mi madre, la «señora Pelocrema», y «mi dama», Anastasia—, de la última ya he hablado y sin duda volveré a ella (como volveré a la Sala de Visitas donde me espera, saldré con ella por New Tammany una vez más cuando me den un permiso y permaneceré junto a ella hasta mi liberación definitiva, de cuya inminencia no tiene ni idea); la primera falleció poco después del nacimiento de su nieto, pues los rayos de COMER la afectaron más gravemente de lo que pareció en un primer momento. Murió sonriendo, según he oído, con Reginald Héctor, Anastasia y el bebé llamado Giles Stoker al lado de su cama. Lo cierto es que también había vivido sonriendo desde el día en que le causé un impacto tan grande que perdió la razón y, a medida que el efecto de las ondas del ORDACO se extendía, eso había degenerado, lamentablemente, en una sucesión de risitas más o menos constantes. Por lo tanto, interpreto la convicción de Anastasia de que madre murió feliz porque era consciente de que le había hecho un «regalo a la estudiantía» como interpreto sus otras convicciones: que el «gilesianismo» (el término es suyo y designa un invento suyo) curará todos los males del cuerpo estudiantil, y que «nuestro» hijo instituirá «el Nuevo Programa» en todos los campus de la Universidad. Yo hace tiempo que dejé de intentar explicar... no importa qué. Han pasado cursos desde la última vez que levanté una ceja o solté un suspiro. No es imposible que mi querida Anastasia fuera ligeramente comida aquella espléndida noche; no es imposible que lo fuera también yo, bien en la infancia, bien en alguno o algunos de mis descensos al Estómago. ¿Cómo podría saberlo? No es imposible (como especuló en una ocasión el doctor Sear) que toda la estudiantía fuera comida hace años —por el ORDACO, el ORDACE o ambos— y que su miedo a la Tercera Revuelta Intercampus no sea más que un detalle irónico de un loco sueño colectivo.

No importa.

Sear también ha muerto, por supuesto; al final murió justo cuando yo estaba declarando que era candidato, aquella tarde, en la Colina del Fundador. Fue el cáncer lo que lo mató, aunque, ay, no directamente. Persuadido, en su claro delirio, de que no sólo había logrado ser padre, sino que también había alcanzado la iluminación total, la simpatía que desde antiguo sentía por Ginandro se convirtió en algo obsesivo: ya ciego, pensaba que sus órganos reproductores eran lo único que lo separaba de llegar a ser profe de Profecía, así que se los extirpó, en un momento en que la enfermera se había ausentado, con un vaso roto, y falleció a consecuencia de una hemorragia masiva. Sin duda, habría sonreído como madre, al llegar su final, si no le hubiera faltado una gran parte de la cara. Hedwig, demasiado mayor y debilitada, por la vida que habían llevado, como para tener hijos sin problemas, estaba, efectivamente, preñada (al igual que Anastasia: una circunstancia que tengo presente siempre que siento la tentación de protestar contra sus convicciones más

extremas); pero el nacimiento de su bebé —una hermosa niña, corpulenta y con la tez de color miel oscura— acabó tanto con su salud como con su breve lucidez. Madre y ella murieron con una semana de diferencia en la habitación que compartieron durante su último curso en el campus, en el Manicomio de la Facultad de New Tammany. Stoker incluso sostiene que al final eran amantes... pero así es Stoker. Nunca se sabe. Cuando dice, sonriendo, «Qué suspensos, George, el amor está donde uno lo encuentra», yo no estoy ni de acuerdo ni en desacuerdo.

De los otros que declaré candidatos —o los habría declarado, o los iba a declarar—, tres más están muertos, sin contar a Max: Reginald Héctor, el Condiscípulo X y Leonid Alexandrov. A mi abuelo la verdad es que ni le declaré su candidatura ni se la negué: si no hubiera sido por él, yo no habría nacido; por otra parte, si se hubiera hecho su voluntad, habría muerto tras nacer. Contemplo ambas circunstancias con sentimientos contradictorios, pero en ningún estado de ánimo una anula a la otra. Recíprocamente, él tampoco reconoció ni rechazó mi granmaestría, pues aunque en realidad, como la mayor parte de la gente, prefería a Bray (en la medida en que se preocupaba por asuntos de esa índole), nunca apoyó abiertamente a quienes exigían mi expulsión aduciendo que había cometido granmastricidio. Fue por una cuestión de lealtad familiar, supongo, o por esa clase de afecto que a veces manifiestan los profesores-generales ancianos por aquellos a quienes en algún momento trataron de matar sin conseguirlo. Falleció no hace mucho, tras una prolongada invalidez, y mantuvo siempre intacta su creencia de que no estaba en deuda con nadie. Su fiel recepcionista —que durante muchos años le había escrito todos sus discursos, se había encargado de todos sus asuntos y había calentado las viejas carnes de él con las suyas jóvenes— le organizó un funeral magnífico sufragado conjuntamente por el Departamento de Ciencias Militares y el Fondo Filofilosófico.

Leonid Alexandrov volvió a desertar inmediatamente después de la ejecución de Max, logrando atravesar, nadie sabe cómo, dada su condición de invidente, la malla de acero de la Sala de Control. Nunca volví a verlo, ni oí hablar de él a lo largo de los siguientes años, durante los cuales la Disputa de la Frontera fue alternando (como, de hecho, todavía hace) entre crisis y puntos muertos, cada crisis un poco más crítica que la anterior, cada punto muerto algo más preocupante que el precedente. Pero un día dos nikolayanos, uno anciano y el otro no, fueron descubiertos luchando a medianoche en la Sala de Control. Nadie llegó a saber cómo habían conseguido abrir la malla divisoria electrificada. Su pelea hizo que saltaran las alarmas; guardias de ambos lados llegaron corriendo a la escena justo a tiempo para ver al hombre más joven empujar al otro al lado de New Tammany, voluntariamente o no, y electrocutarse al hacerlo. El hombre mayor —que resultó ser el Condiscípulo X— podría haber conseguido desertar, si es que ésa era su intención, pero trató de cerrar la puerta a su espalda. Los guardias nikolayanos le pisaban los tobillos, y Chementinski (como empezó a llamarse a sí mismo a partir de entonces), sin saber si querían pegarle un tiro o desertar también ellos, cerró la puerta de malla de una patada y

recibió una descarga que lo dejó al borde de la muerte. Me pidió que fuera a verlo al Hospital antes de expirar (yo trabajaba, entre reclusión y reclusión, como consejero por cuenta propia de los alumnos de primero de carrera) y me contó, entre otras cosas, que su hijo adoptivo había ayudado a docenas de estudiantes de grado de ambos lados del Tendido Eléctrico a pasar ilegalmente al otro lado, arriesgando su vida en la empresa una y otra vez sin recibir remuneración alguna; al final había entregado su vida para salvar la de un agente secreto a quien se le había encomendado que lo matara, pero que en realidad lo admiraba tanto que había decidido suicidarse. Dicho agente, como es obvio, era el Condiscípulo X, a quien Leonid le había repetido cien veces en vano mi consejo, tal como lo entendía él: que la vanidad particular que hay en el suicidio era, en el caso de X, permisible, incluso aprobada, ya que afirmaba el yo que se destruía a sí mismo; dicho yo, al ser absolutamente ineludible, debía trascenderse en vez de suprimirse. Nunca llegué a comprender con claridad la naturaleza del conflicto que había tenido lugar en la puerta —quién estaba tratando de hacerle qué a quién, y por qué—, pero Chementinski parecía convencido de dos cosas: que su hijo adoptivo había perecido por su bien, equivocado o no; y que él, al cerrarles la puerta a los guardias de los dos lados que tal vez tuvieran la intención de desertar, se había suicidado por partida doble (porque el acto era impulsivamente egoísta, y por ello fatal para el personaje altruista llamado X; y porque Chementinski, cuyo yo se veía, de ese modo, reafirmado, estaba a punto de morir debido a la descarga eléctrica consecuente «por voluntad propia», según su aseveración, que no me pareció del todo coherente ni exacta). La última palabra que me dijo, justo antes de expirar, era, según me contó, también la última que Leonid le había dicho a él en el momento en que los dos se habían reconocido en aquel funesto umbral: «¡Agradecimientismoidadezancia!».

Cuando le conté esta historia a Stoker, durante el siguiente curso que pasé en Detenciones Principales, él señaló con desdén que aquel moribundo era tan delirante como Kennard Sear y que, en consecuencia, su relato, significara lo que significara, probablemente era erróneo. El joven de la malla había quedado irreconocible y había sido enterrado. A su compañero de clase mayor, que también había sufrido quemaduras graves, lo vendaron como a una momia. Su palabra febril era lo único con lo que se podía contar para saber algo sobre sus identidades, y los administradores nikolayanos, por ejemplo, sostenían que el condiscípulo Alexandrov no había vuelto a desertar en ningún momento, por una parte, y que el Condiscípulo X había sido ejecutado hacía muchos cursos por participar en un culto prohibido al documento de identidad, por otra.

—Todo eso es bastante posible —admití, pero ya no con una sonrisa, como habría hecho cursos atrás. Anastasia se movilizó de inmediato en favor de la graduación de Chementinski y Leonid, y tanto nos dio la lata sobre ese asunto (su lengua era más afilada cada año, lo cual no dejaba de resultar asombroso) que me sentí tan contento de abandonar la Sala de Visitas como Stoker de llevarme a mi celda.

Mi confinamiento, en aquella ocasión, tenía que ver con el décimo aniversario de la derrota de Bray (otros la llaman su Elevación), del mismo modo que mi confinamiento actual, que concluye hoy, tuvo que ver con el duodécimo de su primera aparición en el anfiteatro. Las dos veces me habían ido a buscar, y a sacarme de mi oscura existencia, unos estudiantes de Periodismo con muy buena memoria, que me preguntaron si todavía sostenía que era el Gran Maestro, si conocía el «Camino hacia la Graduación» (se oían las comillas en su tono de voz) y si Harold Bray, en quien cientos y miles de personas creían, frente al puñado de discípulos que me respaldaban a mí, había sido un impostor suspendido. Pacientemente, en ambas ocasiones había contestado que sí, que era el Gran Maestro, para bien y para mal, que no había nada que hacer al respecto; y que sí, que conocía lo que a la estudiantía le gustaba llamar «la Respuesta», aunque esa palabra —de hecho, toda la proposición— era tan confusa como cualquier otra (y, por lo tanto, igual de satisfactoria), ya que lo que yo «conocía» era algo que ni «yo» ni nadie podía «enseñar», ni siquiera a mis propios discípulos. En cuanto a Bray, afirmé que yo no había dicho que fuera un suspendido: su naturaleza y su origen eran tan extraordinarios y misteriosos como los míos; lo único que podía decirse era que él era mi adversario, y que me resultaba tan necesario como lo es Suspende para Aprobar. Es decir, no se trataba de cosas opuestas e interdependientes, sino, en última instancia, indiferenciables.

—¿Así que dices que en cierto modo eres Bray, eh? —me preguntaba entonces el reportero, con el tono de voz frívolo característico de su fraternidad. Yo no decía nada más, pues ya había dicho demasiado; pero las entrevistas, cuando se emitían, enardecían a las masas de estudiantes contra mí hasta tal punto que mis discípulos más leales (incluyendo a Lucius Rexford) me hacían detener para que estuviera protegido. Yo me mostraba indiferente —puesto que la Libertad y el Cautiverio son etc.— siempre y cuando me permitieran encontrarme en la Sala de Visitas con quienes en cada momento demandaban mis consejos. Pero ya no contestaré a más preguntas, ni siquiera de mis protegidos más íntimos. Es fácil de comprender que muchas cosas son incomprensibles. ¿De verdad Bray salió volando?, me preguntan. ¿Quién o qué era? ¿Volverá a aparecer? (Algunos de sus numerosos seguidores creen que sigue en el campus, con alguno de sus diversos aspectos; como en el maxicausto adoptó mi apariencia, hay incluso quien afirma —como hizo mi abuelo en su vejez— que yo soy él; Lucius Rexford ha conseguido mantenerme con vida gracias a esta incertidumbre). ¿El ORDACO fue realmente superado o él mismo lo planeó todo, incluyendo su propio cortocircuito?, quieren saber. ¿Pudo haber dos o varios Brays, de los cuales uno fuera un auténtico Gran Maestro, que, entonces, tal vez adoptara mi apariencia para derrotarme con la suya? Si el GILES es el hijo del ORDACO, y un Gran Maestro, ¿entonces no es el ORDACO, en cierto sentido, el Fundador? ¿Acaso ser comido no puede ser considerado como equivalente a «convertirse en un niño de preescolar»? ¿No será, por lo tanto, el Camino hacia las Puertas de la Graduación? Quizá el ORDACO no se hubiera comido a nadie; o si, como había conjeturado Sear,

todos hubiéramos sido comidos ya, ¿no podría ser que todos estuviéramos graduados, o incluso que todos fuéramos Grandes Maestros? Me preguntan todas estas cosas movidos por la fe, la desesperación o el deseo de burlarse de mí. Yo no contesto.

Negué la candidatura a tres aspirantes. Ira Héctor estuvo años simulando que no le importaba, puesto que Reginald era candidato; era previsible. A la muerte de su hermano, pareció más preocupado; declaró de inmediato que los Grandes Maestros eran unos estafadores y que yo seguía sin soltar prenda en relación con su candidatura para que le hiciera una oferta económica. De este modo, tiene la intención de vencerme por agotamiento, viviendo más que yo, si es necesario. Y el Viejo del Centro Comercial vivirá más que yo, probablemente. Cada curso se lo ve más calloso, más arrugado y más maloliente, y seguirá guiñando el ojo y mascullando ahí en su banco cuando yo ya no esté. Según ciertos rumores —tal vez propagados por él mismo—, yo he podido sobrevivir tanto a su influencia encubierta como a la de Lucky Rexford. En cualquier caso, él jamás aprobará.

Tampoco, me temo, lo harán ni Croador ni el doctor Eierkopf, aunque este último, cuando derroté a Harold Bray (a quien el doctor Eierkopf entonces prometió que había llamado *ein Fliehender*, no *ein Fliegender*), afirmó que, gracias al testimonio que le habían brindado sus ojos, se había entregado a mi «causa». El consejo que le di fue que se marchara con Croador a la Frumencia más oscura, donde juntos podrían llegar lejos, a pesar de las imperfecciones de su asociación. La idea lo satisfizo: ciertas aves frumencianas, por ejemplo, ponían huevos del tamaño de la cabeza de un hombre; incluso quizá pudiera reescribir su gran tratado, cuando se le hubiera curado la fractura que se había hecho en el cráneo. Pero entretanto, ¿yo no podía al menos declarar candidato a su compañero de piso? ¿Qué pasaba con ese fragmento del Pergamino que llevaba Croador inscrito en la barriga: «Sed como las bestias del bosque, que nunca suspenden»?

—Nunca suspenden —le contesté— porque nunca son candidatas. —Entonces, tan delicadamente como pude, negué que fueran candidatos, sin dejar, en cualquier caso, de darles las gracias por su ayuda, sin la cual yo no podría haber aprobado. Se marcharon juntos rumbo a unos patios cuadrangulares emergentes en medio de la jungla y no se los ha vuelto a ver desde entonces, aunque sospecho que reaparecerán en cursos venideros.

Por el contrario, hubo dos que rechazaron mi oferta de declarar su candidatura: Stoker y Lucius Rexford. De Stoker no hace falta decir mucho: si él no me hubiera rechazado, yo habría tenido que rechazarlo a él; la negación es su modo de afirmación, y él —de hecho, todo el campus— obtiene su fuerza a partir de esta contradicción. El rector, desde luego, niega esto, junto con la reivindicación de Stoker de que son hermanos. En parte debido a ello, su imagen en New Tammany y en toda la Universidad sigue siendo positiva, aunque hay quienes sostienen que su administración, por muy brillante que haya sido, en la práctica no ha logrado demasiados avances. La Disputa de la Frontera continúa sin resolverse, señalan, y el

rectorado no ha adoptado una postura clara en muchos asuntos importantes como, por ejemplo, la enojosa cuestión de qué pasó realmente durante la ejecución de Max Spielman. La opinión popular defiende la autenticidad de Bray y me considera culpable de granmastricidio; los conservadores abogan por mi ejecución; incluso los liberales, aunque en general se muestran escépticos en relación con la granmaestría y se oponen a la pena capital, manifiestan su asombro ante el hecho de que nunca me hayan llevado a juicio, aunque sea para «ventilar un poco el ambiente». Habiéndose enemistado de este modo con los dos polos del espectro de la Sala de la Torre, a Rexford cada vez le resulta más difícil evitar que me lleven a los tribunales o ante un comité disciplinario. Su escrupulosa neutralidad oficial, combinado con el gran apoyo tácito que brinda a mis «seguidores», que viven duramente oprimidos, ha dado lugar a una ominosa coalición de la extrema derecha y la extrema izquierda. En el fondo de su corazón no les importamos ni Bray ni yo; pero en el «caso de la Colina del Fundador» ven una oportunidad para forzar la dimisión de Rexford. El senado ya ha modificado la disposición legislativa en materia de «crímenes contra la estudiantía», entre los que se ha incluido específicamente el granmastricidio. Es posible que mi próxima liberación haga saltar la trampa; no he olvidado las palabras que me dijo Rexford, con una sonrisa, el día en que le ofrecí declararlo candidato.

De mis numerosos discípulos originales, pues, sólo Peter Greene y Anastasia siguen conmigo. Entre los dos han asumido, y se han repartido, la tarea de «difundir la palabra del GILES», Anastasia por el Gran Centro Comercial y Greene en los patios cuadrangulares periféricos de New Tammany y en el exterior. Fervoroso entusiasta, Greene ha encontrado su auténtica vocación: improvisar sermones. Lo hace, sobre todo, entre los percentiles más bajos del cuerpo estudiantil. Lo cierto es que resulta impresionante, con sus hermosas pieles de cabra y su magnífica barba roja, cuando se señala los parches que lleva sobre los ojos y proclama:

—Yo lo he visto, hermanos y hermanas, ¡y pobre de aquel que falte a Sus clases! Pero estoy aquí para deciros a todos vosotros, suspendidos, que no es demasiado tarde. ¡Gracias al gilesianismo, podréis llegar a las Puertas de la Graduación por muy emborronados que estén vuestros ejercicios! ¡Sobresaliente!

Su optimismo es ilimitado; desde su punto de vista, el «gilesianismo» ya es inseparable del «newtammanianismo», y si por él fuera, la inscripción en el «Nuevo Programa» sería obligatoria para toda la estudiantía del Campus Occidental. Su esposa, según he oído, lo apoya en esta empresa; de hecho, ella es el alma organizativa de la «Academia Gilesiana», esa efímera asociación de alumnos que han abandonado los estudios excéntricos e idealistas que se reúne clandestinamente en los terrenos del Departamento de Ciencias Forestales, y en la que Greene ha invertido todas sus riquezas y sus conocimientos empresariales.

Sin embargo, todo su esfuerzo apenas le ha reportado poco más que desprecio y vilipendios; incluso Anastasia, aunque profesaba abiertamente simpatía hacia este grupo, afirma en privado que lo que él llama «las Respuestas del GILES» son

tergiversaciones suspendidas. Ella pone sus esperanzas cada vez más en su hijo. Lo ha educado (pese al escarnio de Stoker) en la creencia de que su misión en el campus es expulsar, cuando llegue el momento, a quienes ella ominosamente llama «los falsos profes de Profecía», sin mencionar ningún nombre, como su «padre» expulsó a Bray, y llevar el «verdadero gilesianismo» a todos los patios cuadrangulares.

¿Cómo arbitrar entre ellos? Greene goza de la ventaja de tener un carisma fuerte y una ingenua energía, además de una organización eficaz y próspera; Anastasia, por su parte, aprovecha muy bien el hecho de que, aunque él puede aseverar que es candidato, ella es la única graduada «gilesiana» que hay en todo el campus, por no mencionar que parió a «Su» hijo. Cada día, sus puntos de divergencia son más numerosos; su incómoda alianza, si su influencia realmente se extendiera, quizá algún día daría lugar a un cisma tan profundo como el que existe entre el Campus del Este y el Campus Occidental. Hasta el momento, mi presencia en la facultad, si no otra cosa, los ha disuadido de denunciarse abiertamente el uno al otro. Y cuando promulgaron de manera conjunta el «Nuevo Programa Revisado», lo hicieron con una conmovedora demostración de compañerismo, e incluso me coaccionaron a mí, con una actitud muy respetuosa, para que colaborara en esa tarea vana e inexorable, amenazándome con llevar a Tombo «al colegio» si yo no cooperaba. Acepté de inmediato.

¡Tombo, Tombo! ¡Cómo odian llevarte a la Sala de Visitas! ¡Cómo los irrita vernos juntos! ¡Tú y yo no sabemos nada del gilesianismo, ni del Nuevo Currículo, ni del Nuevo Programa Revisado, pero nos miramos a los ojos y vemos la Verdad acursal! Ten cuidado con la tía Stacey, Tombo, que aparentemente es tan cariñosa y en realidad es tan celosa del bienestar de su hijo, que te maltrata con crueldad en sus supuestos juegos. Ten cuidado con el tío Peter, a quien tanto te pareces: no vayas con él a visitar sus aserraderos; ¡no dejes que te tiente para ir al elevador de cintas! Tombo es el hijo de la hija del «viejo negro de George», que fue abandonado por su madre, la veleidosa ex secretaria, y criado en la Guardería del Hospital Maternal para Chicas de Colegio Mixto Solteras de New Tammany. Yo le puse su nombre cuando lo saqué de aquel redil bien intencionado pero sin corazón y lo empleé como chico de los recados. A pesar de su pelo rojo, es a G. Herrold a quien oigo hablar en su voz lanuda, tan grave para un muchacho; su madre, por lo que yo sé, nunca contó con cabros entre sus amantes, pero los ojos de Tombo tienen el mismo aspecto que los de Tom de Redfearn y su noble linaje, por eso le di ese nombre. Esos ojos son los únicos de todo el campus —los de Greene ya no existen, los de Anastasia se han vuelto muy duros, los de «Giles Stoker» son todo brillo pero carecen de visión— en los que veo el reflejo de mí mismo, de mi dura historia y de mi destino. Él no sabe nada, y yo no puedo enseñarle, a pesar de que es mi más amado discípulo; pero si el destino le concede el tiempo suficiente (pues no tiene, ay, la salud de hierro de Greene ni de G. Herrold, ni la nervuda dureza que tienen sus tocayos y que tengo yo), y me concede a mí la posibilidad de llevármelo a algún ignoto pastizal donde no corra

ningún peligro, mi Tombo aprenderá. ¡Vaya si aprenderá! Sí, y algún día oirá, en su santuario distante, una llamada, una vocación...

No importa. No me es dado conocer el final de Tombo, pero conozco el mío, que corre hacia mí como Triple T. La rueda debe terminar de girar; los platillos de la balanza, ligeramente desequilibrados por mí, volverán a equilibrarse, como ha ocurrido siempre. En esta época, nadie tiene por qué morir por el currículo de su elección, como sucedía hace cursos; ay, ¿quién estaría dispuesto a hacerlo? La pasión que conduce a la exaltación es la misma que propicia la opresión; el nuevo auditorio de New Tammany no tiene una sala de flagelación, pero tampoco tiene un campanil impresionante. Nunca ha habido tantas matrículas como en la actualidad, y el alumno medio nunca ha estado tan poco preocupado por los Finales. Los profesores han dejado de pegarles a los niños que se portan mal durante las clases; ¿no sucede también que les importa mucho menos de lo que debiera si dichos niños aprueban, y que creen con mucha menor firmeza que, en sus clases, proporcionan Respuestas a los alumnos? El rectorado actual —que unos alaban y otros condenan— tiene, como cualquier otro, los vicios de sus virtudes, precisamente; para obtener esto, debe sacrificarse aquello; los platillos conservan su equilibrio, para bien y para mal.

No; mejor dicho, para mal, siempre es para mal. Antes o después, perdemos. De repente o poco a poco, perdemos. El banco se lleva su comisión por cada movimiento que hay en nuestros fondos. Hay una entropía en el tiempo, un impuesto sobre el cambio: cuatro monedas de cinco centavos por dos de diez, pero cada vez menos plata; las cuentas cuadran, pero ¿quién, en los cursos modernos, distingue entre la cara y la cruz?

Y lo mismo que pasa con la profesión, pasa con el profesor; e incluso con los Grandes Maestros. Esta última vez voy a enseñar lo inenseñable, y fracasaré. Unos pocos me escucharán, y será en vano. El resto se quedará roncando en los pasillos de las aulas, como siempre, haciendo aviones de papel con los apuntes que les doy, ventoseando como respuesta a mis preguntas. Sé que me robarán el almuerzo, que mostrarán sus partes pudendas en el guardarropa, que traficarán con cómics por debajo de la mesa del seminario. Me quedo ronco; la tiza se me rompe en la mano. Sé lo que los estudiantes más avanzados murmurarán junto a los estantes de las bibliotecas y lo que los más novatos canturrearán en sus encuentros a la luz de las antorchas. Se acerca el día en que los conserjes de la Sala de la Torre redactarán unos formularios; los instrumentos de hierro de Stoker están engrasados y dispuestos; sólo hará falta un gesto de asentimiento por parte del rector para que me impriman mis propios consejos. No recordarán quién impuso un orden al caos de sus horarios y enderezó su facultad, quién derrotó al falso Gran Maestro, mostró el Camino hacia las Puertas de la Graduación y les dejó este documento, la única esperanza de la estudiantía, *El Nuevo Programa Revisado*. Las mismas manos que en un curso me quitaban amorosamente los harapos y me frotaban con la esponja en el tanque de inmersión son las que tirarán una moneda al aire para rifarse el dorado vellón con el

que me vistieron. Me desposeerán de mi humilde rango académico, como hicieron con Max; mis protegidos —¡ay, Tombo, también tú, también tú!— maldecirán la hora en que los nombré beneficiarios de mi lamentable política. Desnudo, ciego, deshonrado, me sacarán del Gran Centro Comercial sobre una bicicleta oxidada. Pasados el Observatorio y el Anfiteatro, el Torniquete y la Rejilla de los Chivos, el Desfiladero de George y la intersección... Sí, pasado el remotísimo Silo Modelo, más allá del Campamento de Verano de Ciencias Forestales y de las presas de los Investigadores de la Cuenca Hidrográfica, avanzaré, muy lentamente, hacia el primer manantial de la última avenida en el punto más alto de la Colina del Fundador. Allí, en una arboleda, detrás de la Barra, hay un roble que nace de la roca: su copa está llena de vides, su raíz primaria se abre paso hasta el manantial que hay debajo y llega, creo, hasta las fogosas entrañas del campus. Ese día, al atardecer, cuando las luces se enciendan en las zonas residenciales del profesorado y mis enemigos levanten sus copas, yo haré un cáliz con las manos y beberé el cálido ponche de ese manantial. El muérdago colgará de mis partes y sujetaré con fuerza el shofar; el roble cederá y la roca sentirá mi abrazo. Tres relámpagos brillarán a las siete y cuarto, en toda la Universidad resonarán los truenos de mi amor —¡Terúa! ¡Tekía! ¡Shebarim!— y todo habrá acabado. El estruendo apagará mis sonidos. Muerto, pero no olvidado, podré descansar.

POSTDATA A LA POSTCINTA

El anticlímax, un grave error en la ficción dramática, evidentemente no es un defecto en una obra de las características del *N. P. R.*, mientras que la integridad textual es de primera importancia. Como agente de Stoker Giles (o «Giles Stoker»), por lo tanto, y aspirante a profesor de gilesianismo en la facultad que tenga a bien contratarme, debo observar —renuientemente— que, por mucho que en distintos pasajes la retórica del documento titulado «Postcinta» pueda resultar conmovedora (a mí, personalmente, no me afecta lo más mínimo), hay múltiples razones para considerarlo espurio. Puede ser una interpolación de gilesianos posteriores, quizá —aunque es más probable que sus autores sean antigilesianos—, o una improvisación del *Ordacus Amilpencsis*, pero no se trata de la escritura, por decirlo así, de George Giles, niño-cabra y Gran Maestro. Tampoco la de su hijo, a quien el documento difama tan injusta como inusitadamente. Incluío la «Postcinta» junto al documento sólo porque la encontré (muy manchada y arrugada) entre las páginas que me confió el hijo del Gran Maestro y no me siento autorizado para suprimir lo que él permitió, con gran magnanimidad, que continuara existiendo. Eso, por supuesto, en el caso de que conociera su existencia; el documento estaba doblado de cualquier manera y había sido insertado entre dos páginas al azar, como con prisa. Es muy probable que sea obra de algún excéntrico o de algún cínico contemporáneo de Stoker Giles; de hecho, el texto mecanografiado ha estado tanto tiempo en mi escritorio, sin vigilancia alguna, que la «Postcinta» bien podría ser una broma de algún antiguo colega.

En cualquier caso, no habría que tomárselo en serio. Tengamos en cuenta las pruebas internas contra su falta de autenticidad: en la «Postcinta», el «Gran Maestro» pone entre comillas términos como «mi dama» y «señora Pelocrema», una práctica que no se sigue en ninguna otra parte del manuscrito; lo mismo hace con «Nuevo Programa Revisado» y «gilesianismo», ¡como si hubiera desarrollado cierto desdén por estos términos! Además, de un modo aun más revelador, menciona fenómenos tecnológicos y culturales a cuya existencia nunca había aludido antes, como los aviones y los cómics; y sus referencias a las monedas de cinco y diez centavos, por ejemplo, parecen claramente discrepantes con el sistema económico de la Facultad de New Tammany que aparece en el resto de la crónica, y que tan importante resulta para poder comprender la Disputa de la Frontera. Un ingenioso apologista podría objetar que en uno de los casos, una de estas referencias va precedida por la ambigua frase «en los cursos modernos», lo cual, aunque patentemente signifique «hoy en día», puede interpretarse también como una alusión a una adaptación —hecha por el ORDACO o por el Gran Maestro— de Su Universidad a nuestro sistema educativo. De hecho, en cierto sentido podría decirse lo mismo de todo el Programa, y de todo concepto artístico y pedagógico, en realidad, en especial de los que funcionan como parábolas. Pero baste decir, en respuesta a esta objeción, que el Gran Maestro, a lo

largo del vasto registro de Su vida y Sus enseñanzas, no emplea este recurso en ningún otro lugar, sólo en la sombría «Postcinta».

Lo cual nos lleva a la verdadera prueba de su carácter espurio. Aunque no existiera ninguna de las discrepancias mencionadas, el tono desesperanzado, incluso nihilista de esas páginas finales nos impide creer que hayan sido escritas por el Gran Maestro. Tras llevarnos hasta el fondo del misterio, «Él», súbitamente, cambia de punto de vista para adoptar lo que, con mucha amabilidad, podría llamarse una mirada trágica sobre Su vida y la historia del campus. ¿Dónde están la alegría, la esperanza, el conocimiento y la confiada fuerza del hombre que derrotó a Harold Bray, afirmó las candidaturas de Sus discípulos e hizo todo lo que estuvo en su mano para enseñarle la Respuesta a toda la estudiantía? ¡Desde luego, no es enseñable! Y el imperdonable rechazo de Greene, de Anastasia, de Su propio hijo, en favor de un niño enfermizo y mulato con el inverosímil nombre de Tombo...

Pero no, la idea es ridícula. Algún impostor antigiles redactó la «Postcinta» para contradecir y debilitar la fe en el Camino de Giles. ¡Incluso el tipo de letra de esas suspendidas páginas es distinto!

J. B

NOTA AL PIE DE LA POSTDATA A LA POSTCINTA

El tipo de letra de las páginas manuscritas tituladas «Postdata a la Postcinta» no es el mismo que el de la «Carta de presentación para los editores».

N. del E



JOHN BARTH está considerado uno de los escritores norteamericanos más importantes del siglo xx. Tras una breve incursión en el jazz, se adentró en el mundo de las letras y estudió Periodismo en la Universidad Johns Hopkins, donde trabajó en la sección Clásica y Oriental de la biblioteca de la facultad. En 1973 ganó el National Book Award con *Quimera*. Es autor de una vasta obra novelística, que alternó con sus clases en las universidades de Penn State, Buffalo, Boston y Johns Hopkins. Destacan *El plantador de tabaco* y *Giles, el niño cabra*.

Notas

[1] Para no dañar innecesariamente la reputación de ese espléndido (y ya jubilado) anciano caballero que aquí llamamos A, diremos meramente que su distinguida carrera editorial nunca recuperó la brillantez anterior tras el día, hace unos años, en que, en una decisión discutida tan acaloradamente como la que nos ocupa en este momento, pasó por alto las opiniones que sosteníamos yo mismo y algunos otros de sus pupilos para rechazar la novela que aquí cita B, con la que posteriormente hiciera fortuna nuestro principal competidor. No es necesario decir nada de ese libro excepto que trata de las aventuras, sexuales y de otro tipo, de un joven bello y vital que lucha contra los elementos y diversas tentaciones para cumplir lo que él considera su destino; que el argumento ciertamente no era original de su ahora célebre autor; y que el libro tiene muchas posibilidades de seguir siendo siempre un *best-seller*. <<

[2] A falta de respuesta por parte del autor, a quien hemos invitado repetidamente a debatir la cuestión con nosotros, hemos ejercido con la mayor discreción posible la prerrogativa contractual de modificar o eliminar ciertos pasajes claramente difamatorios, obscenos, incoherentes o falsos. Salvo por esos pocos pasajes (casi todos breves y carentes de importancia), el texto se reproduce aquí tal y como lo recibimos. [N. del E.] <<

[3] *Quem vide infra.* <<

[4] Barth se refiere en este pasaje al cuento *Los tres cabritos Gruff*, recopilado y popularizado por Andersen. [N. del T.] <<

[5] Los jóvenes de primero de carrera enfadados aluden a los *Angry Young Men*, un grupo de escritores británicos, jugando con la palabra *Freshmen* (estudiantes de primer curso); la generación serista (*Beist Generation*) es una referencia a la *Beat Generation*. [N. del T.] <<

[6] Esto es, Ordenador Automático del Campus del Este. [N. del T.] <<

[7] Se aprecia ahora el juego de palabras de Barth: *cum*, en inglés, significa «semen».
[N. del T.] <<

[8] Llamaré «patio cuadrangular» al *quad*, un espacio de césped rodeado de edificios por los cuatro lados, de los que suele haber varios en los campus de las universidades norteamericanas, concepto del que no conozco un equivalente en castellano. [N. del T.] <<

[9] Cerdo hormiguero. [N. del T.] <<

[10] Cimología: ciencia que se ocupa de los procesos de fermentación de los alimentos. [N. del T.] <<

[11] Se denomina *mountain oysters* a los testículos del toro cocinados. [N. del T.] <<

[12] Barth juega aquí con dos de los sentidos del término *service*: el de oficio religioso y el que se refiere a la reproducción animal. [N. del T.] <<

[13] El término *redneck* («cuello rojo») alude despectivamente a la gente de pueblo.
[N. del T.] <<

[14] En inglés, «Keep our forests *Greene*», jugando con el apellido del personaje. [N. del T.] <<

[15] Nuevo juego de palabras con el apellido del personaje. [N. del T.] <<

[16] *Lucky* es «afortunado». [N. del T.] <<

[17] Barth juega aquí con la semejanza entre *Light House* (Casa de la Luz) y *White House* (Casa Blanca). [N. del T.] <<

[18] En inglés, *Old Chancellor's Mansion*, que también puede leerse como «la Mansión del Viejo Rector». [N. del T.] <<

[19] Términos procedentes del yiddish, muy corrientes entre los judíos norteamericanos, que significan «harapos» y «basura», respectivamente. [N. del T.]
<<

[20] En inglés, el personaje dice «A-plus», la máxima nota en el sistema de calificaciones escolares norteamericano, que se entiende de inmediato como equivalente de «Amén». No he podido encontrar la forma de mantener el juego de palabras. [N. del T.] <<

[21] Juego de palabras que no he podido trasladar al castellano. *Lace* es en inglés encaje; *Lacey*, evidentemente, juega con *Stacey*. [N. del T.] <<

[22] La frase *The spring made possible the fall*, además de referirse a las estaciones del año, puede leerse como «El salto hacía posible la caída». [N. del T.] <<

Índice de contenido

Prólogo

Descargo de responsabilidad del editor

Carta de presentación para los editores

Volumen uno

Primera bobina

1. Su cuidador. Su cabrancia
2. Su Decanato de la Colina
3. La señora Pelocrema
4. En el bosquecillo de tsugas con la señora Pelocrema
5. Ataca a Max. Su espionaje de un serista entre el alforfón
6. Su intento de Ser con la señora Pelocrema
7. Su maximización

Segunda bobina

1. Su preparación y Su partida
2. Una bifurcación en Su camino
3. El Desfiladero de George
4. La historia de Anastasia
5. Muerde a Anastasia en el sidecar
6. En la Central Eléctrica
7. El funeral en la Sala de Estar

Tercera bobina

1. Hacia la Posada del Pedal
2. La vida de Peter Greene y su pérdida de un ojo
3. Su llegada a la Puerta Principal
4. La tragedia del decano Zambo
5. En el Observatorio
6. La prueba del Torniquete
7. La Rejilla de los Chivos

Volumen dos

Primera bobina

1. Hacia Detenciones Principales
2. Hacia el Reloj
3. Hacia la Casa de la Luz y el Consejo Universitario
4. Hacia el Hospital de la Facultad de New Tammany
5. Hacia la Biblioteca
6. Hacia el estómago del ORDACO
7. Hacia la Antigua Casa del Rector

Segunda bobina

1. En Detenciones Principales
2. Su partida de Detenciones Principales
3. Arregla el Reloj
4. Pone fin a la de la Frontera
5. Supera Su enfermedad
6. Conoce a fondo a Su dama y re-emplaza el Pergamino del Fundador
7. Aprueba los Finales y presenta Su carné de identidad, adecuadamente firmado, a las autoridades competentes

Tercera bobina

1. En la intersección
2. Su regreso al Gran Centro Comercial
3. A través de la Sala de los Catálogos y la Sala de Préstamos hacia el Campanario
4. Su paso final a través del Estómago
5. La salida del Estómago
6. Hacia los establos de las cabras y la Colina del Fundador
7. En la Colina del Fundador

Postcinta

Postdata a la postcinta

Nota al pie de la postdata a la postcinta

Sobre el autor

Notas